

# ISIS SIN VELO

CLAVE

DE

LOS MISTERIOS ANTIGUOS Y MODERNOS

CIENCIA Y TEOLOGÍA

POR

**H. P. BLAVATSKY**

FUNDADORA DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Traducido del inglés por un miembro de la Sociedad Teosófica

---

«Cecy est un livre de bonne Foy». — MONTAIGNE



**TOMO II.—TEOLOGÍA**

BARCELONA

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE JOSÉ CASAMAJÓ

Bajada de San Miguel, 2 y 2 bis

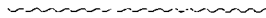
1902



# PREFACIO

PARA LA

# SEGUNDA PARTE



A ser posible, quisiéramos evitar que este libro cayese en manos de muchos Cristianos á quienes la lectura del mismo ningún beneficio podría reportar, y para quienes no ha sido escrito. Nos referimos á aquellos cuya fé en sus iglesias respectivas es pura y sincera, y cuyas vidas intachables reflejan el glorioso ejemplo de aquel Profeta de Nazareth por boca del cual el espíritu de verdad habló tan alto á la humanidad. Tales personas han existido en todos tiempos. La historia conserva los nombres de muchas de ellas, como héroes, filósofos, filántropos, mártires y santos. Pero ¡cuántos más no han vivido y muerto ignorados de todo el mundo, excepto de sus amigos más íntimos, y solamente bendecidos por aquellos á quienes alcanzaron sus beneficios! Estos han ennoblecido al Cristianismo, pero de igual manera hubieran hecho honor á cualquiera otra fe que hubiesen profesado, porque ellos estaban muy por encima de sus propias creencias. La benovolencia de Pedro Cooper y de Isabel Thompson, de América, que no son cristianos ortodoxos, no es menos cristiana que la de la baronesa Angela Burdett-Coutts, de Inglaterra, que lo es. Y sin em-

bargo, comparadas con los millones de Cristianos que han existido, semejantes personas han formado siempre una ínfima minoría. Se las puede encontrar actualmente en el púlpito y en el banco de la iglesia, en el palacio y en la cabaña; pero el creciente materialismo, los intereses mundanos y la hipocresía son causa de que su número proporcional disminuya rápidamente.

Su caridad y su fe sencilla é infantil en la infalibilidad de su Biblia, de su dogmas y de su clero, hacen brotar lozanas y poderosas todas las virtudes que existen en el fondo de nuestra naturaleza. Hemos conocido personalmente á semejantes sacerdotes y eclesiásticos temerosos de Dios, y hemos siempre evitado el discutir con ellos, para que nadie pueda acusarnos de haber herido cruelmente sus sentimientos; tampoco quisiéramos arrebatár á un solo seglar su ciega confianza, si ella por sí sola es causa bastante para vivir santamente y morir con ánimo sereno.

Siendo un análisis de creencias religiosas en general, este tomo va dirigido particularmente contra el Cristianismo teológico, que es el principal enemigo del libre pensamiento. No contiene ni una sola palabra contra las puras enseñanzas de Jesús, pero ataca inexorablemente su degeneración en perniciosos sistemas eclesiásticos, que destruyen la fe del hombre en su inmortalidad y en su Dios, y son atentatorios contra todo freno moral.

Arrojamos el guante á los teólogos dogmáticos que pretenden esclavizar la historia y la ciencia; y especialmente al Vaticano, cuyas despóticas pretensiones se han hecho odiosas para la mayor parte de la Cristiandad ilustrada.

Aparte del clero, nadie más que el filósofo, el investigador y el explorador intrépido deben trabar conocimiento con libros como éste. Tales investigadores de la verdad tienen el valor de sus convicciones.

# ISIS SIN VELO

## SEGUNDA PARTE.—RELIGIÓN

### CAPÍTULO I

«Y hasta un tiempo vendrá en que cualquiera que os matare pensará que hace servicio á Dios.» *Evangelio según Juan, XVI 2.*

«ANATEMA sea sobre aquel.... que diga que las ciencias humanas deben ser proseguidas con tal espíritu de libertad que uno pueda permitirse tomar como verdaderas sus aserciones aun cuando se opongan á las doctrinas reveladas». *Concilio Ecuménico de 1870.*

«*Glouc.*—¡La Iglesia! ¿En dónde está?». *Rey Enrique VI. Act. I. Escena I.*

**E**N los Estados Unidos de América, sesenta mil (60.428) hombres reciben salarios para enseñar la Ciencia de Dios y las relaciones del mismo con sus criaturas.

A estos hombres está encomendada la tarea de comunicarnos los conocimientos que se refieren á la existencia, carácter y atributos de nuestro Creador; sus leyes y gobierno; las doctrinas en que hemos de creer y los deberes que debemos cumplir. Cinco mil (5.141) de estos hombres (1), con la perspectiva de 1.273 estudiantes de Teología para ayudarlos en su tiempo, enseñan esta ciencia, de acuerdo con la fórmula prescrita por el Obispo de Roma, á cinco millones de personas. Cincuenta y cinco mil (55.287) ministros locales y misioneros representando quince distintas sectas, (2) en contradicción las unas con las otras en cuestiones teológicas de mayor ó menor importancia, instruyen en sus respectivas doctrinas á treinta y tres millones (33.500.000) de otras personas. Muchos de ellos enseñan según los

(1) Estas cifras han sido copiadas de las *Estadística Religiosa de los Estados Unidos para el año 1871.*

(2) Estas son Los *Bautistas, Congregacionalistas, Episcopales, Metodistas del Norte, Metodistas del Sur, Metodistas varios, Presbiterianos del Norte, Presbiterianos del Sur, Presbiterianos Unidos, Hermanos Unidos, Hermanos en Cristo, Holandeses Reformados, Alemanes Reformados, Presbiterianos Reformados, Presbiterianos de Cumberland.*

cánones de la secta de este lado del Atlántico que reconoco á una hija del difunto Duque de Kent como á su jefe espiritual. Existen allí muchos centenares de miles de judíos; algunos millares de orientales de todas clases, y un escaso número pertenecientes á la Iglesia Griega. Un hombre de la Ciudad del Lago Salado, con diez y nueve esposas y más de un centenar de hijos y nietos, es el supremo legislador espiritual de noventa mil personas que creen está en frecuente comunicación con los dioses, puesto que los Mormones son tan politeístas como polígamos, y representan á su dios principal viviendo en un planeta al cual llaman Colob.

El Dios de los Unitarios es un solterón; la Deidad de los Presbiterianos, Metodistas, Congregacionalistas y de otras sectas Protestantes ortodoxas es un Padre sin esposa y con un Hijo que es idéntico á él mismo. En las tentativas para sobrepujarse unas á otras en la erección de sus sesenta y dos mil y pico de iglesias, oratorios y salas para reuniones, en donde enseñar estas contradictorias doctrinas teológicas, se llevan gastados 354.485.581 dollars. El valor de las casas parroquiales protestantes solamente, en donde habitan los contendientes y sus familias, está poco más ó menos calculado en 54.115.297 dollars. Además, diez y seis millones (16.179.387) de dollars se pagan todos los años para los gastos corrientes tan sólo de las distintas sectas protestantes. Una Iglesia presbiteriana de Nueva York ha costado un millón, en números redondos; ¿es mucho que un solo altar católico haya costado la cuarta parte de esta suma?

Pasaremos por alto la multitud de sectas más pequeñas, de comunidades y de extravagantemente originales herejías de poca monta que en este país nacen un día para morir en el siguiente, de la misma manera que los hongos después de un día lluvioso. No queremos detenernos en considerar los millones de Espiritistas que se dice existen, porque á la mayoría les falta el valor para romper con sus respectivas sectas religiosas. Estos son los Nicodemus que guardan la puerta de escape.

Y ahora, preguntemos con Pilatos: ¿Qué es la Verdad? ¿En dónde debe buscarse en medio de esta multitud de sectas tan opuestas unas á otras? Cada una de ellas pretende estar fundada en la revelación divina, cada una de ellas pretende poseer las llaves de las puertas celestiales. ¿Está alguna de ellas en posesión de esta rara verdad, ó bien debemos exclamar con el filósofo buddhista: «Sólo existe una verdad en la tierra, es inmutable, y es esta: que aquí no existe *ninguna* verdad.»

Aunque no estamos dispuestos á apropiarnos nada, sea lo que fuere, en el terreno que con tanta minuciosidad ha sido espigado por aquellos sabios y eruditos que han demostrado que cada dogma cristiano tiene su origen en un rito gentil; á pesar de todo, los hechos

que ellos han exhumado, desde la emancipación de la ciencia, no perderán nada con exponerlos aquí de nuevo. Por otra parte, nos proponemos examinar estos hechos desde un punto de vista distinto ó más bien, quizás, nuevo: el de las antiguas filosofías comprendidas esotéricamente. A éstas no hemos hecho más que darles una rápida ojeada en nuestro primer tomo. Las emplearemos á manera de modelo para comparar los dogmas y milagros cristianos con las doctrinas y fenómenos de la antigua magia, y con la moderna «Nueva Ley», como llaman al Espiritismo sus partidarios. Desde el momento en que los materialistas niegan los fenómenos sin investigarlos, y que los teólogos, admitiéndolos, tan sólo nos ofrecen la miserable alternativa de dos absurdos palpables, el Diablo y los milagros, muy poco será lo que perderemos estudiando los teurgistas, los cuales nos ayudarán de veras á arrojar mucha luz sobre tan obscuro asunto.

El profesor A. Butlerof, de la Universidad Imperial de San Petersburgo, hace notar en un reciente folleto, titulado *Manifestaciones Medianímicas*, lo siguiente: «El que pertenezcan los hechos (del moderno Espiritismo), si queréis, al número de aquellos que eran más ó menos conocidos de los antiguos; que sean idénticos á aquellos que en las obscuras edades daban importancia al cargo de Sacerdote egipcio ó de Augur romano; que constituyan ellos la base de la hechicería de nuestro Shamano de Siberia; ... que sean todo esto, y que sean ó no *hechos reales*, no es asunto de incumbencia nuestra. Todos los hechos de la naturaleza *pertenecen á la ciencia* y cada adición al arsenal de la ciencia la enriquece en lugar de empobrecerla. Si la humanidad ha admitido una vez una verdad, y después en la ceguera de su presunción la ha negado, el volver á convencerse de la misma es un paso hacia adelante, no hacia atrás».

Desde el día en que la ciencia moderna dió lo que puede considerarse como el golpe de gracia á la teología dogmática, alegando la razón fundamental de que la religión está llena de misterio y que el misterio es anticientífico, el estado mental de la clase ilustrada ha presentado un aspecto curioso. La sociedad parece desde entonces haber estado siempre balanceándose sobre una pierna, en una maroma tirante invisible, extendida desde nuestro universo visible al invisible, con la incertidumbre de si el extremo enganchado en la fe en este universo invisible podía romperse súbitamente, y ser precipitada en una definitiva aniquilación.

La gran masa de cristianos nominales puede ser dividida en tres porciones desiguales: materialistas, espiritistas y cristianos propiamente dichos. Los materialistas y los espiritistas hacen causa común contra las pretensiones jerárquicas del clero, el cual, en venganza, ataca á los unos y á los otros con igual severidad.

Los materialistas están en tan poca armonía como las mismas

sectas cristianas, viéndose los Comtistas, ó, como ellos mismos se titulan, los positivistas, despreciados y odiados hasta el último extremo por las escuelas de pensadores, una de las cuales está dignamente representada en Inglaterra por Maudsley. El Positivismo, recuérdese bien, es aquella «religión» del porvenir respecto de cuyo fundador el mismo Huxley se muestra indignado en su famoso discurso *La base física de la vida*; y Maudsley se ha visto obligado, por consideración á la ciencia moderna, á expresarse con las siguientes palabras: «No es maravilloso el que los hombres de ciencia muestren tanto afán por desechár á Comte como á su legislador y protestar contra semejante rey proclamado para reinar sobre ellos. No considerándose personalmente obligados por sus escritos —sabiendo lo mucho que en ciertos aspectos ha falseado el espíritu y las pretensiones de la ciencia,—rechazan ellos la lealtad á que sus entusiastas discípulos quisieran obligarles, y que la opinión popular viene rápidamente á creer que es natural. Hacen ellos muy bien en protestar oportunamente de su independencia, porque si esto no lo hacen luego, pronto será tarde para hacerlo bien» (1). Cuando una doctrina materialista es repudiada de un modo tan enérgico por dos materialistas de la talla de Huxley y Maudsley, debemos ciertamente pensar que es un verdadero absurdo.

Entre los cristianos no hay más que disensiones. Sus varias Iglesias representan los distintos grados de la ciencia religiosa, desde la omnívora credulidad de la fe ciega, á la altiva y condescendiente deferencia hacia la Deidad, que encubre apenas una evidente convicción de su propia deífica sabiduría. Todas estas sectas creen más ó menos en la inmortalidad del alma. Algunas admiten como un hecho la comunicación entre ambos mundos; algunas admiten el pensamiento como un sentimiento; otras lo rechazan en absoluto, y sólo unas pocas adoptan una actitud de atención y espectación.

Ansiosa de restricción, anhelante por el retorno de las épocas de tinieblas, la Iglesia Romana frunce el ceño ante las manifestaciones *diabólicas*, é indica lo que haría con sus campeones si gozase del poder que antiguamente tenía. Si no fuese por el hecho evidente de que ella misma está sometida á juicio por parte de la ciencia y de que se encuentra maniatada, se hallaría dispuesta en cualquier momento á repetir en el siglo diez y nueve las escandalosas é irritantes escenas de los tiempos pasados. Respecto al clero protestante, tan furioso en su odio común al espiritismo, un periódico profano hace notar muy atinadamente lo que sigue: «Parece que ellos socavarían gustosos la fé pública en todos los fenómenos espirituales del pasado, tal como los registra la *Biblia*, con tal de ver la pestilente herejía moderna herida de muerte en el corazón» (2).

(1) Maudsley: *Cuerpo y Mente*.

(2) *Boston Sunday Herald*, Noviembre 5, 1876.

Evocando los recuerdos largo tiempo olvidados de las leyes mosaicas, la Iglesia Romana reclama el monopolio de los milagros y el derecho de emitir juicio acerca de los mismos, por ser la única heredera de aquélla en línea directa. El *Antiguo Testamento*, desterrado por Colenso y por sus predecesores y contemporáneos, es llamado de su destierro. Los profetas, á quienes su Santidad el Papa ha condescendido por fin á colocar, si no á igual altura que á sí mismo, siquiera á una distancia menos respetable (1), son ahora limpiados y se les está quitando el polvo.

Son de nuevo evocados todos los recuerdos concernientes á los abracadabras diabólicos. Los impíos *horrores* perpetrados por el Paganismo, su culto fálico, sus maravillas taumatúrgicas obradas por Satán, sus sacrificios humanos, encantamientos, hechicería, magia y brujería son pasados en revista, y el SATANISMO es confrontado con el *espiritismo* para su mutuo reconocimiento é identificación. Nuestros modernos demonólogos pasan por alto oportunamente unos pocos detalles insignificantes, entre los cuales existe la presencia innegable del falicismo pagano en los símbolos del Cristianismo. Un poderoso elemento espiritual de dicho culto puede verse fácilmente demostrado en el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios, y un elemento material puede igualmente demostrarse en la adoración idolátrica de los santos *miembros* de san Cosme y san Damián en Isernia, cerca de Nápoles, un lucrativo tráfico en el cual un *ex-voto* de cera era paseado anualmente por el clero, hará escasamente medio siglo (2).

Encontramos algo imprudente por parte de los escritores católicos el derramar su bilis en sentencias como esta: «En una multitud de pagodas, la piedra fálica, adoptando constantemente, á semejanza del *batylos* griego, la forma brutalmente indecente del *lingham*... el Maha-Deva» (3). Antes de lanzar calumnias sobre un símbolo cuya significación profundamente metafísica es demasiado elevada para los modernos campeones de aquella religión de sensualismo *por excelencia*, el Catolicismo Romano, deben ellos destruir sus más antiguas iglesias, y cambiar la forma de las cúpulas de sus propios templos.

El Mahody de Elefanta, la Torre Redonda de Bhargulpore, los minaretes del Islam, ya sean redondos ó puntiagudos, han sido los mode-

(1) Véase la propia glorificación del Papa actual (\*) en la obra titulada *Discursos del Papa Pío IX*, escrita por Don Pascale de Francischi, y el famoso folleto de aquel nombre, por el Rdo. Hon. W. E. Gladstone. Este último cita de la indicada obra la sentencia siguiente pronunciada por el Papa: «Mi deseo es que todos los Gobiernos sepan que yo estoy hablando en este tono... Y yo tengo *derecho* para hablar, *aun más que el profeta Nathan* al rey David, y *mucho más que san Ambrosio á Teodosio!*»

(\*) Recuérdese que el original inglés fué escrito en el año 1877. (N. del Tr.)

(2) Véase *Gnósticos* de King, y otras obras.

(3) Des Mousseaux: *La Magie au XIXme Siècle*, cap. I.



los para la columna *campanile* de San Marcos de Venecia, la Catedral de Rochester y el moderno Duomo de Milán. Todos estos campanarios, torrecillas, cúpulas y templos cristianos son reproducciones de la primitiva idea del *lithos*, el falo erecto. «La torre occidental de la Catedral de San Pablo de Londres—dice el autor de *Los Rosacruces*—es uno de los dobles *lithos* colocados siempre delante de cada templo, lo mismo cristiano que pagano» (1). Además, en todas las iglesias cristianas, «particularmente en las protestantes, en donde están más visibles, las dos tablas de piedra de la Ley Mosaica están colocadas encima del altar, una al lado de otra como una piedra unida cuyos extremos son redondeados.... La piedra de la derecha es *masculina*, la de la izquierda es *femenina*». Por lo tanto, ni los católicos ni los protestantes tienen derecho para hablar de la «forma indecente» de los monumentos paganos, mientras ellos adornen sus propias iglesias con los símbolos del Lingham y Yoni, y hasta escriban sobre los mismos las leyes de su Dios.

Otro detalle que de un modo especialísimo no redundaría en honor del clero cristiano, puede ser sugerido por la palabra Inquisición. Los torrentes de sangre humana vertidos por esta *cristiana* institución y el número de sus sacrificios humanos no tienen igual en los anales del Paganismo. Otro rasgo todavía más culminante en que el clero ha sobrepujado á sus maestros, los «paganos», es la *hechicería*. Es indudable que en ningún templo pagano la magia negra, en su real y verdadero sentido, fué más practicada que en el Vaticano. En tanto que defendían enérgicamente el exorcismo como una fuente importante de riqueza, desdeñaban la magia considerándola como cosa de tan poca importancia como los antiguos paganos. Fácil es probar que el *sortilegium* ó brujería era practicado en gran escala entre el clero y los frailes hasta una época tan poco lejana como el siglo pasado, y aun hoy día es practicado alguna que otra vez.

Anatematizando toda manifestación de naturaleza oculta que tiene lugar fuera del recinto de la Iglesia, el clero, á pesar de las pruebas que hay en contra, las califica de «obra de Satán» y de «estratagemas de los ángeles caídos» que «se lanzan de un lado á otro desde el abismo sin fondo» mencionado por Juan en su *kaballística Revelación*, «de donde se levanta un humo como el humo de un gran horno». «*Embriagados por estos humos, diariamente se congregan en torno de este abismo millones de espiritistas para adorar el Abismo de Baal*» (2).

Más arrogante, testaruda y despótica que nunca, ahora que ha sido casi derribada por las investigaciones modernas, la Iglesia lati-

(1) Hargrave Jennings: *Los Rosacruces*, pp. 228-241.

(2) Des Mousseaux: «*Hauts Phénomènes de la Magie*».

na toma su desquite atacando los fenómenos impopulares, no atreviéndose á habérselas con los poderosos campeones de la ciencia. Un déspota sin víctima, es una palabra vacía de sentido; un poder que descuida el asegurar para sí mismo, á los ojos del mundo, unos efectos bien calculados, se expone á que al fin se desconfíe de él. La Iglesia no tiene ninguna intención de caer en el olvido de los antiguos mitos, ni de sufrir que su autoridad sea juzgada demasiado de cerca. De aquí que prosiga, hasta donde los tiempos se lo permiten, su política tradicional. Lamentando la forzada extinción de su aliada, la Santa Inquisición, hace de la necesidad virtud. Las únicas víctimas que actualmente se hallan á su alcance son los espiritistas de Francia. Recientes sucesos han demostrado que la dulce Esposa de Cristo no desdeña nunca vengarse en víctimas indefensas.

Habiendo desempeñado con éxito su papel de *Deus ex Machina* por detrás del Tribunal francés, el cual no ha tenido escrúpulo alguno en deshonrarse por ella, la Iglesia de Roma pone manos á la obra, y muestra en el año 1876 lo que es capaz de hacer. Desde las mesas giratorias y los lápices danzantes del Espiritismo profano, es amonestado el mundo cristiano para que vuelva sus ojos á los divinos «milagros» de Lourdes. Mientras tanto las autoridades eclesiásticas aprovechan el tiempo preparándose para otros más fáciles triunfos, calculados para atemorizar á los supersticiosos hasta el punto de hacerles perder la cabeza. Así es que, siguiendo las órdenes recibidas, el clero lanza anatemas dramáticos, si bien de escaso efecto, desde todas las diócesis católicas; amenaza á derecha é izquierda, excomulga y maldice. Pero viendo al fin que sus rayos, lanzados hasta contra cabezas coronadas, eran tan inofensivos como las centellas de Júpiter en el *Calchas* de Offenbach, vuelve Roma su impotente furia contra las víctimas *protegidas* por el emperador de Rusia, los desgraciados búlgaros y servios. Imperturbable ante la evidencia y el sarcasmo, no desconcertado ante las pruebas, «el cordero del Vaticano» divide imparcialmente su cólera entre los liberales de Italia, «los impíos cuyo hálito tiene la hediondez del sepulcro» (1), los «cismáticos *sármatas* rusos», y los herejes y espiritistas, «que practican su culto en el insondable abismo en donde el gran Dragón permanece en acecho».

Mr. Gladstone se ha tomado el trabajo de hacer un catálogo de lo que él llama «flores retóricas», diseminadas en estos discursos papales. Recojamos unos pocos de los selectos términos empleados por este Vicegerente de Aquel que dijo: «Cualquiera que diga *tú eres loco*, estará en peligro de caer en el fuego del infierno». Han sido escogidos de entre los discursos auténticos. La gente que hace oposición al Papa son «lobos, fariseos, ladrones, embusteros, hipócritas, hidrópicos hijos de

(1) D. Pascuale di Francischi: *Discorsi del Sommo Pontifice Pio IX*, Part. I, p. 340.

Satán, hijos de perdición, de pecado y corrupción, satélites de Satán en carne humana, monstruos del infierno, demonios encarnados, cadáveres pestilentes, hombres salidos de los antros del infierno, traidores y Judas guiados por el espíritu infernal, hijos de los más profundos abismos del infierno, etc., etc.; todo esto piadosamente recogido y publicado por D. Pascuale di Franciscis, á quien Gladstone ha llamado con perfecta propiedad «un cumplido profesor de *servilismo* en cosas espirituales» (1).

Desde el momento en que su Santidad el Papa tiene tan rico vocabulario de invectivas á su disposición, no hay que maravillarse de que el obispo de Tolosa no tenga el menor escrúpulo en pronunciar las más indignas falsedades acerca de los protestantes y de los espiritistas de América—gentes doblemente odiosas para un católico— en las pastorales dirigidas á su diócesis. «Nada—dice—es más común en una era de incredulidad que el ver *una falsa revelación sustituir á la verdadera*, y á personas que desdeñan las enseñanzas de la Santa Iglesia dedicarse al estudio de la adivinación y de las ciencias ocultas». Con un fino desprecio episcopal respecto de las estadísticas, y confundiendo extrañamente en su memoria los auditorios de los reencarnacionistas Moody y Sankey, y los defensores de las obscuras salas de sesión, pronuncia la injustificable y falaz aserción de que «está probado que el Espiritismo, en los Estados Unidos, ha dado origen á la sexta parte de todos los casos de suicidio y de locura». Dice que no es posible que los espíritus enseñen ni una ciencia exacta, puesto que son demonios mentirosos, ni una ciencia útil, porque la cualidad de la palabra de Satán, como Satán mismo, es estéril». Advierte á sus amados *colaboradores* «que los escritos en defensa del Espiritismo están prohibidos»; y les avisa para su conocimiento «que el frecuentar círculos espiritistas con la intención de aceptar tales doctrinas es apostatar de la Santa Iglesia, é incurrir en el riesgo de excomunión»; finalmente, dice: «Sea público el hecho de que las enseñanzas de ningún espíritu no prevalecerán contra la cátedra de Pedro, la cual expone las enseñanzas del Espíritu de Dios mismo»!!

Estando enterados de las muchas falsas enseñanzas atribuidas por la Iglesia Romana al Creador, preferimos no dar crédito á esta última aserción. El famoso teólogo católico Tillemont nos asegura en su obra «que todos los ilustres paganos están condenados á los eternos tormentos del infierno *porque* vivieron antes del tiempo de Jesús, y por lo tanto no podía haberles alcanzado el beneficio de la redención»!! Asimismo nos asegura que la Virgen Maria dió personalmente testimonio de esta verdad con su propia firma en una carta dirigida á un santo. Por consiguiente, esto es también una revelación, «el Espíritu de Dios mismo» enseñando tan caritativas doctrinas.

(1) *Discursos de Pío IX*, p. 14. Edición americana.

Hemos leído igualmente con gran fruto la descripción topográfica del *Infierno y Purgatorio* en el célebre tratado publicado con el expresado título por un jesuita, el cardenal Bellarmino. Un crítico encuentra que el autor, que describe dichos sitios fundándose en una visión *divina* con la cual fué favorecido, «parece poseer todos los conocimientos de un agrimensor» acerca de los caminos secretos y formidables divisiones del «abismo sin fondo». Habiendo Justino Mártir confiado al papel la herética idea de que Sócrates, después de todo, podía no estar para siempre en el infierno, su editor, un benedictino, critica muy severamente á este padre demasiado benévolo. Cualquiera que dude de la caridad cristiana de la Corte de Roma en lo que al asunto se refiere, puede leer la *Censura* de la Sorbona sobre el *Belisarius* de Marmontel. El *odium theologicum* resplandece allí en el negro cielo de la teología ortodoxa á modo de una aurora boreal, precursora de la cólera de Dios, según las enseñanzas de ciertos teólogos de la Edad media.

En la primera parte de esta obra hemos intentado probar, por medio de ejemplos históricos, lo muy acreedores que se han hecho los hombres de ciencia al punzante sarcasmo del malogrado profesor de Morgan, quien decia, á propósito de los mismos, que «ellos llevan el traje del cual han despojado á los sacerdotes, teñido para evitar que se conozca». Del mismo modo, el clero cristiano se ha revestido con los ropajes de que ha sido despojado el sacerdocio *pagano*; obrando de una manera diametralmente opuesta á los preceptos morales de su *Dios*, pero, sin embargo, constituyéndose en tribunal para juzgar al mundo entero.

Cuando clavado en la cruz, el martirizado Varón de Dolores perdonó á sus enemigos; sus palabras postreras fueron una plegaria en favor de ellos. Enseñó á sus discípulos, no á maldecir, sino á bendecir hasta á sus propios enemigos. Pero los herederos de San Pedro, los que por sí mismos se han constituido representantes en la tierra de aquel mismo dulce Jesús, sin la menor vacilación maldicen á cualquiera que se oponga á su voluntad despótica. Por otra parte, ¿no han dejado ellos desde hace mucho tiempo al «Hijo» en segundo lugar? Ellos obedecen únicamente á la Madre Viuda, porque, según sus enseñanzas, también debidas al «Espíritu directo de Dios», ella sola actúa como mediadora. El Concilio Ecuménico de 1870 convirtió la creencia en un dogma, que se ha de creer bajo pena de ser condenado al «abismo sin fondo». La obra de Don Pascuale de Francis es terminante acerca de este punto, puesto que nos dice que la Reina del Cielo debe á Pio IX «la más preciosa piedra de su corona»; desde el momento en que él ha conferido á ella el inesperado honor de convertirse súbitamente en inmaculada, nada hay que no pueda ella obtener de su Hijo para «su Iglesia» (1).

(1) Véase *Discursos del Papa Pio IX*, por Don Pascuale de Francis, y el folleto de Gladstone acerca de este libro; *Conflictos entre la Religión y la Ciencia* de Draper, y otros.

Hace algunos años que ciertos viajeros vieron en Barri, Italia, una imagen de la *Madonna* adornada con una falda de flecos rojos sobre un hinchado *miriñaque!* Los piadosos peregrinos que deseen examinar el acostumbrado equipo de la madre de su Dios pueden hacerlo yendo á la Italia Meridional, á España y á las Américas católicas del Norte y del Sur. La *Madonna* de Barri debe todavía estar allí, entre dos viñas y una *locanda* (taberna). La última vez que la vieron hablase hecho con mediano éxito una tentativa para vestir al niño Jesús: habían cubierto sus piernas con unos pantalones sucios y remendados. Habiendo un viajero inglés regalado á la «Mediadora» una sombrilla de seda verde, la agradecida población de los *contadini*, acompañada por el cura del pueblo, fué en procesión á aquel lugar. Colocaron el palo de la sombrilla abierta, entre la espalda del niño y el brazo de la Virgen que le rodeaba. La escena y la ceremonia fueron solemnes y avivaron en alto grado nuestros sentimientos religiosos, puesto que allí estaba la imagen de la diosa en su camarín, rodeada de multitud de lámparas ardiendo constantemente, y cuyas llamas, oscilando por efecto de la brisa, infectaban el puro aire de Dios con un ofensivo olor de aceite de olivas. La Madre y el Hijo representan verdaderamente los dos ídolos principales de la *monoteísta* cristiandad!

Si se quiere encontrar un compañero para el ídolo de los pobres *contadini* de Barri, no hay más que ir á la rica ciudad de Rio Janeiro. En la Iglesia del Duomo de la Candelaria, en una vasta estancia que se extiende á lo largo de uno de los lados de la iglesia, podía verse, hace unos pocos años, otra Virgen. A lo largo de las paredes de dicha estancia hay una fila de santos, colocado cada uno de ellos sobre un cepillo para recoger limosnas, lo que constituye un pedestal muy apropiado. En el centro de esta línea, bajo un brillante y rico dosel de seda azul, se ve á la Virgen María apoyada en el brazo de Cristo. «Nuestra Señora» luce un traje de raso azul, muy *escotado*, con manga corta, mostrando y haciendo gala de un cuello, de unos hombros y brazos tan blancos como la nieve y modelados de un modo exquisito. La falda, igualmente de raso azul, con una sobre-falda de rico encaje y con puffs de muselina, es tan corta como la de una bailarina, llegando escasamente á las rodillas y dejando ver dos piernas muy bien formadas, cubiertas con unas medias de seda de color de carne y unas botas francesas de raso azul con tacones rojos muy altos. El rubio cabello de esta «Madre de Dios» está peinado á la última moda, y recogido en un voluminoso moño y bucles. Estando apoyada en el brazo de su Hijo, tiene la cara vuelta cariñosamente hacia su Unigénito, cuyo traje y actitud son igualmente dignos de admiración. Cristo lleva un frac de cola de golondrina, pantalones negros y chaleco blanco muy abierto, brillantes botas y blancos guantes de cabritilla,

*encima de uno de los cuales* brilla un rico diamante en una sortija que suponemos será de un valor extraordinario, una preciosa piedra del Brasil. Este cuerpo de moderno dandy portugués remata en una cabeza con el pelo partido por una raya en el centro, una cara triste y solemne cuyos ojos pacientes parecen reflejar toda la amargura de este postrer insulto lanzado á la majestad del Crucificado (1).

La Isis egipcia era también representada por sus devotos como una Virgen-Madre, sosteniendo en sus brazos á su hijo infante, Horus. En algunas imágenes y bajo relieves, cuando aparece sola, ó bien está del todo desnuda, ó velada por completo. Pero en los Misterios, lo mismo que casi todas las demás diosas, está enteramente velada de pies á cabeza, como símbolo de la castidad de una madre. No estaría de más que tomásemos de los antiguos algo del poético sentimiento de sus religiones, y la innata veneración que profesaban á sus símbolos.

Podemos muy bien afirmar desde luego que el último de los *verdaderos* cristianos murió con el último de los apóstoles directos. Max Müller pregunta de un modo resuelto: «¿Cómo puede un misionero hacer frente á la sorpresa y á las preguntas de sus discípulos, á no ser que haga referencia á aquella semilla (2), y decirles lo que se proponía que fuese el Cristianismo; y á no ser que les demostrase que, como todas las demás religiones, también el Cristianismo tiene su historia; que el Cristianismo del siglo diez y nueve no es el Cristianismo de la Edad media, y que el Cristianismo de los tiempos medioevales no era el de los primitivos Concilios; que el Cristianismo de los Concilios no era el de los Apóstoles, y que únicamente lo que fué dicho por Cristo estaba bien dicho?» (3)

Así es que podemos nosotros inferir que la única diferencia característica entre el moderno Cristianismo y las antiguas fes paganas está en la creencia, por parte del primero, en un diablo personal y en el infierno. «Las naciones Arias no tienen diablo», dice Max Müller. «Plutón, á pesar de su carácter sombrío, era un personaje muy respetable; y Loki (el escandinavo), aunque maligno, no era un sér infernal. La Diosa germana, Hell, lo mismo que Proserpina, ha visto en otro tiempo mejores días. Así es que cuando á los Germanos se les imbuía la idea de un diablo real, el Seth semítico, Satán ó *Diabolus*, le trataban con muy buen humor».

Lo mismo puede decirse acerca del Infierno. El Hades era un sitio distinto por completo de nuestro lugar de condenación eterna, y

(1) Este hecho nos ha sido comunicado por un testigo de vista que ha visitado dicha iglesia varias veces, un católico romano que, como decía, salió de allí completamente *horrorizado*.

(2) Alude á la semilla sembrada por Jesús y sus Apóstoles.

(3) *Chips*, vol. I, p. 26, Prefacio.

puede más bien ser considerado como un estado intermedio de purificación. El *Hel* ó *Hela* de los escandinavos tampoco implica un estado ó lugar de castigo; porque cuando Frigga, la inconsolable madre de Bal-dur, el dios blanco, que murió y se encontró en la obscura mansión de las sombras (Hades), envía á Hermod, hijo de Thor, en busca de su amado hijo, el mensajero le encuentra en la inexorable región, ¡ay!, pero cómodamente sentado en una roca y leyendo un libro (1). Además, el reino escandinavo de los muertos está situado en las más elevadas latitudes de las regiones Polares; es una región fría y melancólica, y ni las heladas estancias del Hela ni la ocupación de Baldur presentan la menor semejanza con el ardiente infierno de fuego eterno, ni con los infelices pecadores «condenados» de que tan generosamente lo puebla la Iglesia. Tampoco es esto el Amenti egipcio, la región del juicio y de la purificación; ni el Onderrâh, el abismo de tinieblas de los indos, porque hasta á los mismos ángeles caídos arrojados allí por Siva les permite Parabrahma considerar dicho abismo como un estado intermedio, en el cual se les ofrece la oportunidad de prepararse para grados más elevados de purificación, y redimirse de su condición miserable.

El *Gehenna* del *Nuevo Testamento* era una localidad situada extra-muros de Jerusalén, y al mencionarla, Jesús no hacía más que emplear una metáfora ordinaria. ¿De dónde viene, pues, el terrorífico dogma del infierno, la palanca de Arquímedes de la teología cristiana, gracias al cual ha logrado mantener sumisos á innumerables millones de cristianos durante diez y nueve siglos? Con toda seguridad no viene de las Escrituras judías, y apelamos en corroboración de lo mismo á cualquier hebraísta bien informado.

La única designación de algo que se aproxime al infierno en la Biblia, es el *Gehenna* ó Hinnom, un valle cerca de Jerusalén, en donde está situado Tophet, lugar en donde se mantenía continuamente encendido un fuego para fines sanitarios. El profeta Jeremías nos informa de que los israelitas acostumbraban á sacrificar sus niños á Moloch-Hércules en aquel sitio; y más tarde nos encontramos á los cristianos reemplazando tranquilamente esta divinidad con su dios de *misericordia*, cuya cólera no se aplacará á no ser que la Iglesia le sacrifique sus niños no bautizados y sus hijos pecadores en el altar de la «condenación eterna»?

¿De dónde, pues, aprendieron tan bien los teólogos las cualidades del infierno, que dividen actualmente sus tormentos en dos clases, la *pœna damni* (pena de daño) y la *pœna sensus* (pena de sentido), consistiendo la primera en la privación de la visión beatífica, y la segunda en sufrimientos *eternos*, en un lago de fuego y azufre? Si nos

(1) Mallet: *Antigüedades del Norte*.

contestan que esto lo han tomado del *Apocalipsis* (XX 10), estamos dispuestos á demostrarles de dónde el mismo teólogo Juan sacó tal idea. «Y *el diablo* que les engañó fué precipitado en un lago de fuego y de azufre, en donde *la bestia* y el falso profeta son y serán atormentados por todos los siglos de los siglos», dice. Dejando á un lado la esotérica interpretación de que el «diablo» ó demonio tentador significa nuestro propio cuerpo terrestre, el cual después de la muerte se disolverá seguramente en los elementos *igneos* ó *etéreos* (1), la palabra «eterna», con la cual interpretan nuestros teólogos la expresión «por todos los siglos de los siglos», no existe en la lengua hebrea, ni como palabra, ni como significación. No hay ninguna voz hebrea que exprese propiamente *eternidad*; *עולם* *oulam*, según Le Clerc, sólo se refiere á un período de tiempo cuyo principio y fin no son conocidos. Al paso que manifiesta que dicha palabra no significa duración *infinita*, y que en el *Antiguo Testamento* las palabras *para siempre* significan sólo un largo tiempo, el arzobispo Tillotson ha adulterado por completo su sentido con respecto á la idea de los tormentos del infierno. Según su doctrina, cuando se dice que Sodoma y Gomorra están sufriendo un «fuego eterno», debemos entenderlo únicamente en el sentido de que aquel fuego no se extinguirá hasta que ambas ciudades estén consumidas por completo. Pero, en cuanto al fuego del infierno, aquellas palabras deben ser comprendidas en el sentido estricto de infinita duración. Así lo ha decretado el sabio teólogo; porque la duración del castigo del malvado debe ser proporcionada á la eterna felicidad del justo, y así dice: «Estos (hablando de los malvados) irán *eis kólasin aiônion*, al eterno castigo; pero los justos *eis zoen aiônion*, á la vida eterna».

El reverendo T. Surnden (2), haciendo comentarios sobre las especulaciones de sus predecesores, llena un tomo entero de irrefutables argumentos tendiendo á demostrar que el lugar donde está situado el *Infierno es el sol*. Sospechamos que el reverendo especulador habrá leído el *Apocalipsis* en la cama, y que de resultas de esto habrá tenido una pesadilla. Hay dos versículos en la *Revelación de Juan* que dicen así: «Y el cuarto ángel vertió su redoma sobre el sol, y le fué dado afligir á los hombres con calor por fuego. Y los hombres estaban enardecidos por el grande calor, y blasfemaban el nombre de Dios» (3). Esto es sencillamente una alegoría pitagórica y kabalística. La idea no es nueva ni en el anteriormente mencionado autor ni

(1) El Eter es á la vez *fuego puro* ó *impuro*. La composición de este último comprende todas sus formas visibles, tales como la «correlación de fuerzas», calor, llama, electricidad, etc. El primero es el *Espíritu del Fuego*. La diferencia es puramente alquímica.

(2) Véase *Investigaciones acerca de la naturaleza y lugar del Infierno*, por el Rev. T. Surnden.

(3) *Apocalipsis*, XVI 8-9.



en Juan. Pitágoras colocaba la «esfera de purificación en el sol», cuyo sol, con su esfera, coloca él, además, en el centro del universo (1), teniendo esta alegoría una doble significación: 1.º Simbólicamente, el sol central, espiritual, la Deidad Suprema. En llegando á esta región, cada alma queda purificada de sus pecados, y se une para siempre con su espíritu, habiendo previamente sufrido á su paso por todas las esferas más inferiores. 2.º Colocando la esfera del fuego *visible* en el centro del universo, enseñaba sencillamente aquel filósofo el sistema heliocéntrico, que pertenecía á los Misterios y que sólo era comunicado durante el grado de iniciación más elevado. Juan da á su Verbo un significado puramente kabalístico que ninguno de los «Padres», exceptuando aquellos que habían pertenecido á la escuela neo-platónica, fué capaz de comprender. Orígenes lo comprendió perfectamente por haber sido discípulo de Ammonio Saccas; y por lo tanto, le vemos negar resueltamente la eternidad de los tormentos del infierno. Sostiene que no solamente los hombres, sino que hasta los diablos (con cuya palabra expresa á los pecadores humanos desencarnados), después de un castigo de más ó menos duración, serán perdonados, y finalmente restituidos á los cielos (2). A consecuencia de estas y de otras herejías por el estilo, Orígenes, como era de esperar, fué desterrado.

Numerosas son las sabias y verdaderamente inspiradas especulaciones que se han hecho acerca de la situación del infierno.

Las más populares son las que lo colocan en el centro de la tierra. Llegó un tiempo, sin embargo, en que, á consecuencia de haberse entremetido los sabios de aquellos tiempos, surgieron ciertas dudas escépticas que turbaron la placidez de la fe en esta doctrina eminentemente consoladora. Como hace notar un tal Mr. Swinden en nuestro propio siglo, semejante teoría es inadmisibile por dos razones: 1.º, que no puede suponerse que allí exista un depósito de combustible ó de azufre suficiente para mantener un fuego violento y continuo; y 2.º, que deben necesitarse las partículas nitrosas del aire para alimentar este fuego y mantenerlo vivo. «Ahora bien —dice,—¿puede un fuego ser eterno, cuando gradualmente toda la substancia de la tierra debe ser consumida por él?» (3).

Este señor tan incrédulo ha olvidado, por lo visto, que hace ya muchos siglos San Agustín resolvió esta dificultad. ¿No tenemos acaso la palabra de este sabio teólogo de que el infierno, á pesar de todo, *está* en el centro de la tierra, porque «Dios suministra aire al fuego central *por medio de un milagro*? El argumento es irrefutable, y por lo tanto no tratamos de combatirlo.

(1) Aristóteles menciona á los pitagóricos, quienes colocaban la esfera del fuego en el Sol, y la denominaban *la cárcel de Júpiter*. Véase *De Calo*, lib. II.

(2) *De civit. Dei*, I, XXI, c. 17.

(3) *Demonología é Infierno*, pág. 289.

Los Cristianos fueron los primeros en hacer de la existencia de Satán un dogma de la Iglesia. Y una vez ella lo hubo establecido así, ha tenido que luchar durante cerca de 1.700 años para reprimir cierta fuerza misteriosa á la cual tenía interés en hacer pasar como de origen diabólico.

Desgraciadamente, esta fuerza, al manifestarse, tiende invariablemente á trastornar tal creencia, gracias á la ridícula discrepancia que ofrece entre la pretendida causa y los efectos. Si el clero no ha apreciado lo bastante el poder real del «Archienemigo de Dios», debe confesarse que toma grandes precauciones para no ser reconocido como el «Príncipe de las Tinieblas», que tiene á nuestras almas por objetivo. Si los modernos «espíritus» son verdaderos diablos, como el clero predica, no pueden ser más que aquellos «pobres» ó «estúpidos diablos» que describe Max Muller, y que figuran tan á menudo en los cuentos alemanes y noruegos.

Pero, á despecho de esto, lo que más teme el clero es verse forzado á abandonar este dogal con que someter á la humanidad. No nos quieren permitir que juzguemos al árbol por su fruto, porque podría tal cosa obligarles á entrar en peligrosos dilemas. Rehusan igualmente admitir, con la gente libre de preocupaciones, que los fenómenos del Espiritismo han indudablemente espiritualizado y arrancado de su mala conducta á más de un ateo y escéptico recalcitrante. Pero, como ellos mismos confiesan, ¿para qué sirve el Papa, si el Diablo no existe?

Y por esto manda Roma á sus más hábiles agentes y predicadores para socorrer á los que están consumiéndose en el «abismo insondable». Roma emplea con este objeto á sus escritores de más ingenio—casi todos ellos rechazan indignados tal acusación,—y en el prefacio de cada uno de los libros publicados por el prolífico des Mousseaux, el Tertuliano francés de nuestro siglo, encontramos innegables pruebas de este hecho. Entre otros certificados de aprobación eclesiástica, cada volumen está adornado con el texto de cierta carta original dirigida al piadosísimo autor por el universalmente célebre padre Ventura de Raulica, de Roma, cuyo famoso nombre pocas serán las personas que no lo hayan oído. Es el nombre de una de las principales columnas de la Iglesia latina, el ex-general de la Orden de los Teatinos, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos, examinador de obispos y del clero romano, &&. Este sumamente característico documento subsistirá para causar el asombro de las generaciones futuras por su espíritu de verdadera demonolatría y por su descarada franqueza. Traducimos un fragmento al pie de la letra, y, contribuyendo así á su circulación, esperamos hacernos dignos de la bendiciones de la Madre Iglesia (1):

(1) *Les Hauts Phénomènes de la Magie*, p. v, Prefacio.

«MUY SEÑOR MÍO Y EXCELENTE AMIGO:

»La mayor victoria de Satán fué obtenida el día en que ha logrado ser negado.

»Demostrar la existencia de Satán es restablecer *uno de los dogmas fundamentales de la Iglesia*, el cual sirve de base al Cristianismo, y sin el cual Satán sería únicamente un nombre.....

»Magia, mesmerismo, magnetismo, sonambulismo, espiritismo, espiritualismo, hipnotismo, no son más que otros tantos nombres del SATANISMO.

»Poner de manifiesto tal verdad, mostrándola en su propia luz, es desenmascarar al enemigo, es exponer el inmenso peligro de ciertas prácticas *reputadas inocentes*, es merecer bien ante los ojos de la humanidad y de la religión.

EL PADRE VENTURA DE RAULICA. •

¡A-mén!

Esto es verdaderamente un honor inesperado para nuestros «directores» americanos en general, y para los inocentes «gulas indios» en particular. Ser así presentados en Roma como príncipes del Imperio de Eblis es más de lo que podían ellos esperar jamás en otros países.

Sin sospechar en lo más mínimo que estaba trabajando en favor de sus enemigos—los espiritualistas y espiritistas,—la Iglesia, unos veinte años atrás, al tolerar á des Mousseaux y de Mirville como biógrafos del Diablo, y concediéndoles para ello su aprobación, confesaba tácitamente su coparticipación literaria.

El caballero Gougenot des Mousseaux y su amigo y colaborador, el marqués Eudes de Mirville, á juzgar por sus largos títulos, deben de ser aristócratas *pur sang*, y son, además, escritores de no escasa erudición y talento.

Si fuesen un poco menos pródigos en materia de dobles puntos de admiración después de cada uno de los vituperios é invectivas lanzados contra Satán y sus adoradores, su estilo sería intachable. Tal como es, la cruzada que han hecho contra el enemigo del género humano ha sido terrible y ha durado unos veinte años.

Entre los católicos que están acumulando sus fenómenos psicológicos con objeto de probar la existencia de un diablo personal, y el conde de Gasparin, antiguo ministro de Luis Felipe, que está coleccionando volúmenes de otros hechos para probar lo contrario, los espiritistas de Francia han contraído una eterna deuda de gratitud para con los contendientes. La existencia de un invisible universo espiritual poblado de seres también invisibles está ahora demostrada sin dejar lugar á duda. Escudriñando en las antiguas bibliotecas, han destilado de los documentos históricos la quinta esencia de la evidencia. Todas las épocas, desde los tiempos de Homero hasta el día pre-

sente, han proporcionado sus más escogidos materiales á estos infatigables autores. Tratando de probar la autenticidad de los milagros obrados por Satán en los días que precedieron á la era cristiana, así como durante la Edad media, ellos han sentado sencillamente una sólida base para el estudio de los fenómenos en los tiempos modernos.

A pesar de ser un entusiasta apasionado é inflexible, des Mousseaux se transforma, sin saberlo, en el demonio tentador ó—como se complace en llamar al Diablo—la «Serpiente del  *Génesis*». En su afán de demostrar en toda manifestación la presencia del espíritu maligno, sólo consigue demostrar que el Espiritismo y la Magia no son cosas nuevas en el mundo, sino unos hermanos gemelos antiquísimos, cuyo origen debe buscarse en la primitiva infancia de la antigua India, Caldea, Babilonia, Egipto, Persia y Grecia.

Dicho autor demuestra la existencia de los «espíritus», ya sean ángeles, ya sean diablos, con tal claridad de argumento y de lógica y con tal cúmulo de pruebas históricas irrefutables y estrictamente auténticas, que muy poco les quedará por hacer á los autores espiritualistas que tras de él vengan. ¡Qué lástima que los hombres de ciencia, que no creen ni en el diablo ni en el espíritu, se muestren tan dispuestos á ridiculizar los libros de Mr. des Mousseaux sin haberlos leído, puesto que en ellos están contenidos muchísimos hechos de profundo interés científico!

Pero ¿qué es lo que podemos esperar en nuestra época de incredulidad, cuando nos encontramos á Platón quejándose de lo mismo hace unos veinte y dos siglos?

«A mí también —dice este filósofo en su *Euthyphrón*,—cuando digo algo en la asamblea pública concerniente á las cosas divinas y *les pronostico* lo que va á suceder, me ridiculizan como si fuese un loco, y aunque *nada de lo que yo he predicho ha resultado ser falso*, á pesar de todo, ellos odian á los hombres que son como nosotros. Sea como se quiera, no debemos hacerles caso, sino proseguir nuestro propio camino».

Los recursos literarios del Vaticano y de otros depósitos católicos de ciencia deben haber sido libremente puestos á la disposición de estos modernos autores. Cuando uno tiene á mano semejantes tesoros, manuscritos originales, papiros y libros robados de las riquísimas bibliotecas paganas; antiguos tratados de magia y de alquimia y documentos de todos los procesos de hechicería y sentencias por la misma al potro, á la hoguera y al tormento, es la cosa más fácil escribir volúmenes y más volúmenes de acusaciones contra el Diablo. Podemos asegurar con buen fundamento que existen centenares de valiosísimas obras sobre ciencias ocultas, que están condenadas á eterna ocultación para el público, pero que son atentamente leídas y estudiadas por los privilegiados que tienen acceso á la Biblio-

teca del Vaticano. Las leyes de la naturaleza son las mismas para el hechicero pagano que para el santo católico, y un «milagro» puede ser producido lo mismo por el uno que por el otro, sin la menor intervención de Dios ni del diablo.

Apenas principiaban aquellas manifestaciones á llamar la atención en Europa, el clero empezó á vociferar diciendo que su tradicional enemigo había reaparecido bajo un nombre distinto, y también se empezó á oír hablar de «milagros divinos» en algunos casos aislados. Al principio estos milagros no los hacían más que ciertas personas humildes, algunas de las cuales pretendían haberlos realizado por la intercesión de la Virgen María, de los santos ó de los ángeles; otros—según el clero— empezaron á padecer de *obsesiones y posesiones*, porque el Diablo debe tener su parte de fama, lo mismo que la Deidad. En vista de que, á pesar de las advertencias, los fenómenos *independientes*, ó espiritistas como se dió en llamarlos, iban en aumento y se multiplicaban, y notando que estas manifestaciones amenazaban derrocar los tan cuidadosamente elaborados dogmas de la Iglesia, el mundo quedó repentinamente sobrecogido ante una noticia extraordinaria. En 1864, una comunidad completa quedó poseida por el demonio. Morzine, y las espeluznantes historias de sus demoníacos; Valleyres, y las reseñas de sus bien probadas exhibiciones de brujería; y por último, las del Presbiterio de Cideville helaron la sangre en las católicas venas.

Extraño parece el decirlo, pero repetidas veces se han suscitado estas cuestiones: ¿por qué los «divinos» milagros y la mayor parte de las obsesiones se hallan tan estrictamente confinadas á las diócesis y países católico-romanos? ¿Por qué razón desde la Reforma acá apenas ha tenido lugar un solo «milagro» divino en los países protestantes? Por supuesto que la contestación que debemos esperar de los católicos es que, estando estos últimos países poblados por herejes, Dios los ha abandonado. Pues entonces ¿por qué no suceden ya milagros eclesiásticos en Rusia, un país cuya religión difiere de la fe católico-romana sólo en ciertas formas externas de los ritos, siendo sus dogmas fundamentales idénticamente los mismos, excepto en lo referente á la emanación del Espíritu Santo? Rusia tiene sus santos aceptados, sus reliquias taumatúrgicas y sus imágenes milagrosas. San Mitrophaniy de Voroneg es un auténtico hacedor de milagros, pero éstos están limitados á curaciones; y aunque centenares y centenares de personas han sido curadas *por la fe*, y si bien la antigua catedral está impregnada de magnéticos efluvios, y todas las generaciones seguirán *creyendo* en su poder, y siempre habrá alguna que otra persona curada, á pesar de todo no se oye hablar en Rusia de milagros tales como el de Nuestra Señora paseándose, la Virgen escribiendo cartas, y la imagen parlante de los países católicos. ¿Por

qué sucede esto? Sencillamente porque los Emperadores han prohibido estrictamente todas las cosas de este género. El czar Pedro el Grande puso término á todo espurio milagro «divino» con sólo fruncir su poderosa frente. Declaró que no quería ningún otro *falso* milagro ejecutado por las santas *icones* (imágenes de santos), y desaparecieron aquellos milagros para siempre (1).

Regístranse casos de fenómenos independientes y aislados exhibidos por ciertas imágenes durante el pasado siglo (2); el último fué el brotar sangre de la mejilla de una imagen de la Virgen, al dividir en dos su cara un soldado de Napoleón. Este milagro, que, según se dice, ocurrió el año 1812, en la época de la invasión del «grande ejército», fué la despedida final (3). Pero desde entonces, aunque los tres emperadores sucesivos han sido hombres piadosos, su voluntad ha sido respetada, las imágenes de santos y de santas han permanecido tranquilas y apenas se ha hablado de ellas, excepto en lo referente al culto religioso. En Polonia, país de un ultramontanismo furioso, en diferentes ocasiones se han hecho desesperadas tentativas para verificar milagros, pero éstos murieron al nacer, porque el ojo de Argos de la policía estaba allí; un milagro católico en Polonia, hecho público por el clero, significa generalmente revolución política, sangre y guerra.

¿No es permitido entonces sospechar, por lo menos, que si en un país los milagros divinos pueden ser impedidos por las leyes civiles y militares, y en otro *jamás ocurren*, debemos buscar la explicación de ambos hechos en alguna causa natural, en vez de atribuirlos á Dios ó al diablo? En nuestra opinión—si es digna de ser tenida en cuenta,—todo el secreto de esto consiste en lo siguiente. En Rusia, el

(1) Dr. Stanley: «Discursos acerca de la Iglesia Oriental», p. 407.

(2) El siglo diez y ocho (N. del Tr.)

(3) En el Gobierno de Tambov sucedió un caso curioso en la familia de un caballero, rico hacendado, durante la campaña de Hungría de 1848. Su único y muy amado sobrino, á quien por no tener hijos había adoptado como á tal, estaba en el ejército ruso. El anciano matrimonio tenía constantemente durante las comidas el retrato del joven—una acuarela—colocado en la mesa enfrente del asiento habitual del sobrino. Una tarde, mientras la familia con algunos amigos estaban tomando el té, el cristal que cubría el retrato, sin que nadie lo tocara, quedó hecho polvo con una fuerte detonación. Al coger la tía el retrato del joven soldado, vió que la frente y la cabeza estaban salpicadas de sangre. Los invitados, con objeto de tranquilizarla, atribuyeron aquella sangre á haberse dicha señora cortado los dedos con los pedazos de vidrio. Pero después de haber examinado los dedos, no se vió en ellos vestigio alguno de cortadura, y por otra parte, nadie más que ella había tocado el cuadro. Alarmado el marido al ver su estado de excitación, con el pretexto de examinar el retrato con más cuidado, cortóse el dedo intencionadamente y procuró entonces convencerla de que aquella sangre era suya, puesto que en la excitación del momento, él había tocado el marco sin que nadie lo observase. Todo fué en vano, y la anciana señora estaba segura de que Dimitri había sido muerto. Empezó á mandarle decir misas todos los días en la iglesia del pueblo, y puso toda la casa de riguroso luto. Varias semanas después recibióse una comunicación oficial del coronel del regimiento, diciendo que su sobrino había sido muerto por un casco de granada que le había llevado la parte superior de la cabeza.

clero es demasiado listo para descarriar á sus feligreses, cuya piedad es sincera y cuya fe es robusta sin necesidad de milagros; sabe muy bien que no hay nada más á propósito que éstos para sembrar semillas de desconfianza, de duda y finalmente de escepticismo, el cual conduce de un modo directo al ateísmo. Además, el clima es menos propicio, y el magnetismo de la población en general es demasiado positivo, *demasiado sano*, para dar lugar á la aparición de fenómenos *independientes*, y el fraude no daría ningún resultado. Por otra parte, ni en la protestante Alemania, ni en Inglaterra, ni en América, desde los tiempos de la Reforma, el clero ha tenido acceso á ninguna de las bibliotecas secretas del Vaticano. Por este motivo todos ellos son unos infelices en lo referente á la Magia de Alberto Magno.

En cuanto al hecho de que América se halle atestada de médiums y sensitivos, la razón de esto puede atribuirse en parte á la influencia climatológica y especialmente á las condiciones fisiológicas de la población. Desde la época de las brujerías de Salem, unos 200 años atrás, cuando los relativamente escasos inmigrantes tenían en sus venas una sangre pura y sin mezcla, apenas se oía hablar de «espritus» ó de «médiums» hasta el año 1840 (1). Los fenómenos se presentaron primeramente entre los ascéticos y exaltados tembladores (*shakers*) (2), cuyas religiosas aspiraciones, modo particular de vivir, pureza moral y castidad física, todo daba motivos para la producción de fenómenos independientes, tanto de naturaleza psíquica como física. Centenares de miles y hasta millones de personas de distintos climas, y de diferentes constituciones y costumbres, han invadido, desde el año 1692, la América del Norte, y por efecto de los matrimonios entre ellas ha variado substancialmente el tipo físico de sus habitantes. ¿En qué país del mundo puede la constitución de las mujeres compararse con la delicada, nerviosa y sensitiva de la parte femenina de la población de los Estados Unidos? Nos sorprendió, en cuanto llegamos á dicho país, el delicado y semitransparente cutis de los naturales de ambos sexos. Compárese un niño ó una muchacha de trabajo de una fábrica irlandesa con otro perteneciente á una genuina familia americana. Obsérvense sus manos. Tan rudo es el trabajo del uno como el del otro; uno y otro son de la misma edad, y ambos al parecer robustos; y no obstante, mientras que las manos del uno, después de una hora de lavarlas con jabón, presentarán una piel

(1) Hace menos de un siglo que en otras provincias americanas han tenido lugar ejecuciones por brujería. Es notorio que en Nueva Jersey fueron ejecutados algunos negros, quemándolos en un poste, que es el castigo aplicado en varios Estados. Igualmente en la Carolina del Sur, en 1865, cuando el Gobierno del Estado fué «reconstruido» después de la guerra civil, no eran todavía derogados los estatutos que imponían la pena de muerte por hechicería. No hace todavía cien años que los americanos han sido compelidos á la bárbara letra de su texto.

(2) Secta religiosa de los Estados Unidos.

un poco menos suave que la de un joven caimán, en las del otro, á pesar del continuo trabajo, podréis observar la circulación de la sangre bajo la fina y delicada epidermis. No es extraño, pues, que, mientras América sea un simillero de sensitivos, la mayor parte de su clero, incapaz de producir milagros divinos ó de cualquiera otra especie, niegue tenazmente la posibilidad de todo fenómeno, excepto los producidos por medio de supercherías y artificios. Y no es de extrañar tampoco que el sacerdocio católico, que está prácticamente enterado de la existencia de la Magia y de los fenómenos espirituales, y cree en ellos á la par que teme sus consecuencias, procure atribuirlo todo á la intervención del Diablo.

Permitasenos aducir un argumento más en favor únicamente de la evidencia hija de las circunstancias. ¿En qué países los «milagros divinos» han florecido más y han sido más frecuentes y estupendos? Sin la menor duda en la católica España y en la Italia Pontifical. ¿Y cuál de estas dos ha sido más iniciada en la antigua literatura? España era famosa por sus bibliotecas; los Moros gozaban de gran celebridad por sus profundos conocimientos en alquimia y en otras ciencias. El Vaticano es el archivo de un inmenso número de antiguos manuscritos. Durante el largo intervalo de cerca de 1.500 años se ha ido acumulando, proceso tras proceso, libros y manuscritos confiscados á las víctimas sentenciadas, en provecho de los confiscadores. Pueden los católicos alegar que los libros eran generalmente entregados á las llamas y que los tratados de los famosos hechiceros y encantadores eran destruidos juntamente con sus execrables autores. Pero si el Vaticano pudiese hablar, podría contarnos una cosa muy distinta. Está demasiado enterado de la existencia de ciertos escondrijos y de ciertas estancias á los cuales bien pocos son los que tienen acceso. Sabe que las entradas de tales escondrijos secretos están tan ingeniosamente ocultas á la vista en el labrado maderaje y bajo la profusa ornamentación de las paredes de la biblioteca, que hasta ha habido Papas que han vivido y muerto en el recinto de su palacio sin sospechar siquiera su existencia. Pero estos Papas no eran ni Silvestre II, ni Benedicto IX, ni Juan XX, ni los Gregorios VI y VII, ni tampoco el famoso Borgia de toxicológica memoria. Aquellos que permanecían en la ignorancia del saber oculto no eran tampoco amigos de los hijos de Loyola.

¿Dónde, en los anales de la Magia europea, podemos encontrar más hábiles encantadores que en las misteriosas soledades del claustro? Alberto Magno, el famoso obispo y encantador de Ratisbona, no ha sido nunca superado en su arte. Rogerio Bacon era un monje, y Tomás de Aquino, uno de los más inteligentes discípulos de Alberto. Trithemio, abad de los benedictinos de Spanheim, era el maestro, amigo y confidente de Cornelio Agrippa; y durante el tiempo en



que las confederaciones de teosofistas estaban diseminadas por Alemania, en donde tuvieron su origen, ayudándose una á otra y luchando durante años para la adquisición de los conocimientos esotéricos, toda persona que supiese la manera de llegar á ser el discípulo favorito de ciertos monjes podía muy pronto hacer grandes adelantos en todas las ramas importantes del saber oculto.

Todo esto consta en la historia, y no puede negarse fácilmente. La Magia, en todos sus aspectos, era practicada en grande escala y casi públicamente por el clero hasta la época de la Reforma. Y hasta aquel á quien un día llamaban el «Padre de la Reforma», el famoso Juan Reuchlin (1), autor del *Mundo maravilloso* y amigo de Pico de la Mirandola, maestro é instructor de Erasmo, Lutero y Melancton, era un kabalista y ocultista.

El antiguo *Sortilegium*, ó adivinación por medio de *Sortes* ó suertes — arte y práctica ahora reprobados por el clero como una abominación, designados por el *Stat. 10 Jac.* como felonía (2), y por el *Stat. 12 Carolus II* exceptuados de los perdones generales por ser considerados como *brujería*,—era practicado en grande escala por el clero y los monjes. Es más, está sancionado por el mismo S. Agustín, el cual no «desaprueba este método de descubrir lo futuro, con tal de que no se emplee con fines mundanos». Y lo que todavía es más, confiesa el mismo santo haber practicado dicho modo de adivinación (3).

Ciertamente, pero el clero lo llamaba *Sortes Sanctorum* cuando era él quien lo practicaba, mientras que las *Sortes Prænestinæ*, seguidas por las *Sortes Homericæ* y por las *Sortes Virgilianæ*, eran abominable *paganismo* y culto del diablo cuando eran empleadas por otro cualquiera.

Gregorio de Tours refiere que, cuando el clero recurría á las *Sortes*, tenía la costumbre de poner la *Biblia* sobre el altar, y suplicaba al Señor que se dignase descubrir su voluntad y revelar lo futuro en uno de los versículos del libro. Gilbert de Nogent escribe que en su tiempo (sobre el siglo doce) era costumbre, en la consagración de los obispos, consultar las *Sortes Sanctorum* para saber por su medio la suerte ó destino del episcopado. Por otra parte se nos dice que las *Sortes Sanctorum* fueron condenadas por el Concilio de Agda, en 506. Siendo así, se nos ocurre otra vez preguntar en cuál de estos casos ha errado la infalibilidad de la Iglesia. ¿Era cuando prohibía lo que era practicado por uno de sus más grandes Santos y Patronos, Agustín, ó en el siglo doce, cuando públicamente y con la sanción de

(1) Véase la portada de la traducción inglesa del *Reuchlin und Seine Zeit* de Mayeroff, Berlín, 1830. *Vida y tiempos de Juan Reuchlin, ó Capnion, el Padre de la Reforma Germánica*, por F. Barham, Londres, 1843.

(2) Lord Coke: 3 *Instituciones*, fol. 44.

(3) Véase *Vida de S. Gregorio de Tours*.

la misma Iglesia el clero practicaba el *Sortilegium* en beneficio de las elecciones de los obispos? O debemos llegar á creer que en ambos casos contradictorios estaba el Vaticano inspirado directamente por el «Espíritu de Dios»?

Si alguno duda que Gregorio de Tours aprobase una práctica que hoy día aún prevalece más ó menos, hasta entre los rígidos protestantes, puede leer lo siguiente: «Sabido que Lendastus, conde de Tours, que pretendia onemistarme con la reina Fredegunda, se dirigia hacia Tours, lleno de malos designios contra mí, me encerré en mi oratorio presa de profunda inquietud, y cogí los *Salmos*.... Mi corazón se reanimó en cuanto mis ojos se fijaron en estas palabras del *Salmo* setenta y siete: 'Él hizo que marchasen con confianza, mientras el mar se tragaba á su enemigos'. De acuerdo con esto, ni una palabra habló el conde en perjuicio mío; y, saliendo de Tours aquel mismo día, el buque en el cual iba se fué á pique durante una tempestad, pero él se salvó gracias á su destreza en la natación».

El canonizado obispo confiesa aquí sencillamente haber practicado un poco de hechicería. *Todo mesmerizador conoce el poder de la voluntad, durante un intenso deseo dirigido hacia cualquier asunto particular.* Fuese resultado de una coincidencia, ó fuese por otra causa, el versículo aludido sugirió á su mente la venganza por ahogamiento; pasando el resto del día en «profunda inquietud», y poseído por este avasallador pensamiento, el santo—quizás inconscientemente—puso en juego su voluntad en aquel asunto; y así, mientras imaginaba no ver en dicho accidente más que la mano de Dios, se convirtió sencillamente en un hechicero, poniendo en acción su magnética voluntad, que obra sobre la persona á quien se teme; y el conde á duras penas logra escapar con vida. Si tal accidente hubiese sido decretado por Dios, el culpable se hubiera ahogado, puesto que un simple baño no podía alterar su malévolas disposición contra san Gregorio si hubiese estado muy afirmado en ella.

A más de esto, encontramos anatemas fulminados contra esta lotería del destino en el Concilio de Varres, el cual prohíbe «á todos los eclesiásticos, bajo pena de excomunión, practicar aquella especie de adivinación, ó sea escudriñar lo futuro, mirando en algún libro ó escrito, sea el que fuere». La misma prohibición se promulgó en los Concilios de Agda en 506, de Orleans en 511, de Auxerre en 595, y finalmente en el Concilio de Aenham, en 1110, condenando este último á los «brujos, hechiceros y adivinos, los cuales causaban la muerte por medio de operaciones mágicas, y decían la buenaventura por medio de pasajes de la Sagrada Escritura escogidos por la suerte»; y la queja del clero reunido contra Garlande, su obispo de Orleans, y dirigida al papa Alejandro III, concluye de este modo: «Que vuestras apostólicas manos tengan fuerzas para dejar al desnudo la iniquidad de este

hombre, á fin de que pueda alcanzarle la desgracia pronosticada el día de su consagración, porque, habiendo sido abiertos los Evangelios sobre el altar *según costumbre*, las primeras palabras fueron: *y el joven, abandonando su vestido de lino, se les escapó desnudo*» (1).

¿Por qué, pues, achicharrar á los magos laicos y á los consultores de libros, y canonizar á los eclesiásticos? Sencillamente porque los fenómenos de la Edad media, lo mismo que los modernos manifestados por medio de seglares, ya fuesen producidos mediante conocimientos ocultos, ó tuviesen lugar independientemente, echaban por tierra las pretensiones á milagros divinos, tanto de la Iglesia Católica como de la Protestante. Ante la evidencia reiterada é irrecusable, se hacía imposible para la primera el mantener satisfactoriamente la aserción de que las manifestaciones aparentemente milagrosas debidas á los «ángeles buenos» y á la intervención directa de Dios podían ser producidas exclusivamente por sus ministros escogidos y por los santos. Tampoco podía la Iglesia Protestante mantener bien por esta misma razón que los milagros habian terminado con los tiempos apostólicos. Porque tanto si son de la misma naturaleza, como en el caso contrario, los modernos fenómenos reclaman un estrecho parentesco con los bíblicos. Los magnetizadores y curadores de nuestro siglo han entrado en directa y franca competencia con los apóstoles. El zuavo Jacob, de Francia, ha sobrepujado al profeta Elias devolviendo la vida á personas que al parecer estaban muertas; y Alexis, el sonámbulo mencionado por Mr. Wallace en su obra (2), dejaba, gracias á su lucidez, avergonzados á los apóstoles, profetas y á las Sybilas de la antigüedad. Desde la quema del último brujo, la gran Revolución Francesa, tan cuidadosamente preparada por la liga de las sociedades secretas y sus hábiles emisarios, ha despertado y difundido por toda Europa el terror en el seno de la clerecía. A manera de destructor huracán, ha barrido á su paso á los mejores aliados de la Iglesia, á la aristocracia católico-romana. Una sola base ha quedado ahora establecida para el derecho de la opinión individual. El mundo se vió libre de la tiranía eclesiástica, abriendo un camino completamente desembarazado á Napoleón el Grande, el cual dió el golpe de gracia á la Inquisición. Este gran matadero de la Iglesia Cristiana—en la cual ésta degollaba, en nombre del Cordero, á todas las ovejas arbitrariamente declaradas sarnosas—está arruinado, y la misma Iglesia se halla abandonada á su propia responsabilidad y á sus propios recursos.

Mientras los fenómenos han aparecido tan sólo esporádicamente, la Iglesia se ha sentido bastante poderosa para reprimir las consecuencias de los mismos. La superstición y la creencia en el Diabolo

(1) Traducido del documento original existente en los Archivos de Orleans, Francia. Véase también *Suertes y Sortilegio*, y *Vida de Pedro de Blois*.

(2) *Los Milagros y el moderno Espiritismo*.

eran tan fuertes como siempre, y la Ciencia no se había atrevido todavía á medir públicamente sus fuerzas con las de la Religión sobrenatural. Mientras tanto, de un modo lento pero seguro, el enemigo ha ido ganando terreno. De repente, se manifestó con inesperada violencia. Empezaron á aparecer «milagros» en plena luz del día, pasando de su místico retiro al dominio de la ley natural, en donde la mano profana de la ciencia estaba dispuesta á arrancarles su máscara sacerdotal. Durante algún tiempo, mantuvo aún la Iglesia su posición, y con el poderoso auxilio del miedo supersticioso contrarrestó los progresos de la fuerza invasora. Pero cuando posteriormente aparecieron los mesmerizadores y sonámbulos, reproduciendo el fenómeno físico y mental del éxtasis, hasta entonces considerado como un don especial de los santos; cuando la pasión por las mesas giratorias hubo alcanzado en Francia y en otras partes el mayor grado de exaltación; cuando la psicografía—que se pretendía ser espiritual—se había convertido de una simple curiosidad en un objeto de vivo interés, degenerando finalmente en un misticismo religioso; cuando los ecos despertados por los primeros golpes de Rochester, (1) cruzando los mares, se difundieron hasta ser repercutidos por casi todos los rincones del mundo; entonces, y únicamente entonces, la Iglesia latina se despertó por completo ante la proximidad del peligro. Hablábase de maravillas y más maravillas que habían tenido lugar en los círculos espiritistas y en las salas de lectura de los mesmeristas; los enfermos sanaban, los ciegos recobraban la vista, los cojos andaban, y los sordos oían. J. R. Newton en América, y el barón de Potet en Francia, curaban á la multitud sin reclamar la menor intervención divina. El gran descubrimiento de Mesmer, que revela al entusiasta investigador el mecanismo de la naturaleza, dominaba, como si fuese por un poder mágico, á los cuerpos orgánicos é inorgánicos.

Pero no es esto lo peor. Una calamidad todavía más espantosa cayó sobre la Iglesia, á consecuencia de la evocación de una multitud de «espíritus», tanto del mundo superior como del inferior, cuya conversación y conducta privada daban un directo mentís á los más acariciados y productivos dogmas de la Iglesia. Estos «espíritus» pretendían ser las mismas é idénticas entidades, en un estado desencarnado, de padres, madres, hijos, hijas, amigos y conocidos de personas que presenciaban los misteriosos fenómenos. No parecía el Diabolo tener existencia alguna objetiva, y esto atacaba los mismos cimientos sobre los cuales se asienta la Cátedra de san Pedro (2). Ningún espíritu,

(1) Primeras manifestaciones que, en forma de golpes misteriosos, dieron origen al Espiritismo moderno; tuvieron lugar por mediación de las hermanas Fox en Hydesville y más tarde en Rochester (Estados Unidos) en 1847—(N. del Tr.)

(2) Había dos cátedras del apóstol titular en Roma. Asustado el clero ante la no interrumpida evidencia proporcionada por la investigación científica, se ha decidido por fin á

excepto los burlones maniqués de Planchette, confesaría tener el más remoto parentesco con la majestad Satánica, ni conceder á ésta el gobierno de una sola pulgada de territorio.

El clero se daba cuenta de que su prestigio se iba debilitando cada día más y más, y veía al pueblo, en plena luz de la verdad, arrancando impacientemente los negros velos con que había vendado sus ojos durante tantos siglos. Finalmente, la fortuna, que hasta entonces había estado de su parte durante el dilatado conflicto entre la religión y la ciencia, se pasó al enemigo. El auxilio de esta última para el estudio del lado oculto de la naturaleza era verdaderamente precioso y oportuno, y la ciencia, sin darse cuenta de ello, ha ensanchado el antes estrecho sendero de los fenómenos, convirtiéndolo en un ancho camino real. Si este conflicto no hubiese llegado á su apogeo en el tiempo más oportuno, hubiéramos visto reproducidas, aunque en menor escala, las vergonzosas escenas propias de los episodios de las brujerías de Salem y de las monjas de Loudun. En aquella situación, el clero estaba ya amordazado.

Pero si la ciencia, sin quererlo, ha favorecido los progresos de los

hacer frente al enemigo, y nos encontramos á la *Chronique des Arts* dando la más ingeniosa y al mismo tiempo la más jesuítica explicación del hecho. Según dice, «el aumento en el número de los fieles decidió á Pedro á hacer de Roma, de allí en adelante, el centro de su acción. El cementerio de Ostrianum estaba demasiado distante, y no hubiera sido suficiente para las reuniones de los Cristianos. El motivo que había inducido al Apóstol á conferir á Lino y á Cleto sucesivamente el carácter episcopal, con el objeto de hacerles capaces de atender á los cuidados de una iglesia cuya extensión debía ser ilimitada, condujo naturalmente á multiplicar los puntos de reunión. La residencia particular de Pedro se fijó por lo tanto en el Viminal (\*); y allí fué establecida aquella misteriosa cátedra, símbolo del poder y de la verdad. El augusto solio que se veneraba en las Catacumbas Ostrianas no fué, sin embargo, movido de su lugar. Pedro todavía visitaba esta cuna de la Iglesia Romana, y sin duda desempeñaba allí frecuentemente sus funciones santas. Una segunda Cátedra, expresando el mismo misterio que la primera, fué erigida en Cornelia, y esta es la que ha llegado hasta nosotros al través de los tiempos».

Ahora bien, está tan lejos de ser posible que hayan existido allí dos cátedras verdaderas de esta especie, que la mayoría de los críticos demuestran que Pedro jamás estuvo en Roma; las razones de esto son numerosas é irrefutables. Quizás será mejor que empeemos llamando la atención sobre las obras de Justino Mártir. Este gran campeón del Cristianismo, escribiendo en Roma durante la primera porción del siglo segundo, en donde había fijado su residencia, deseoso de encontrar la más pequeña prueba en favor de la verdad por la cual sufrió, parece enteramente inconsciente de la existencia de S. Pedro!!

Ningún otro escritor de alguna importancia hace mención de él con respecto á la Iglesia de Roma, antes de los tiempos de Ireneo, cuando este último se metió á inventar una religión nueva, sacada de las profundidades de su imaginación. Remitimos al lector que desee saber más sobre este punto, á la excelente obra de Mr. George Reber, titulada *El Cristo de Pablo*. Los argumentos de este autor son decisivos. El artículo anterior de la *Chronique des Arts* habla del aumento de los fieles hasta un grado tal que el Ostrianum no podía contener tanto número de Cristianos. Ahora bien, si Pedro estuvo realmente en Roma—arguye Mr. Reber,—debió de ser entre los años 64 y 69 después de Cristo; porque durante el año 64 estaba en Babilonia, desde donde escribía epístolas y cartas á Roma, y del año 64 al 68 (el reinado de Nerón), ó murió mártir, ó en su cama, porque Ireneo le hace entregar la Iglesia de Roma, juntamente con Pablo (!?) (á quien persiguió y con quien luchó toda su vida), en manos de Lino, el cual fué nombrado obispo en el año 69. (Véase el *Cristo de Pablo* de Reber, p. 122). Nos ocuparemos de este asunto con más extensión en el capítulo III.

(\*) Una de las siete colinas de Roma. (N. del Tr.).

fenómenos ocultos, éstos, á su vez, han auxiliado á la ciencia misma. Hasta los días en que la filosofía nuevamente reencarnada reclamaba atrevidamente su lugar en el mundo, muy pocos han sido los sabios que han emprendido la difícil tarea de estudiar la teología comparada. Esta ciencia ocupa un dominio en el cual hasta ahora muy contados exploradores han penetrado. La necesidad que implica de conocer bien las lenguas muertas ha limitado forzosamente el número de los estudiantes. Por otra parte, el pueblo no sentía tanta necesidad de ello mientras no podía reemplazar la ortodoxia cristiana con algo más tangible. Uno de los hechos más innegables de la psicología es que la generalidad de los hombres no puede vivir sin un elemento religioso, sea el que fuere, como no puede vivir el pez fuera del agua. La voz de la verdad, «una voz más potente que la del más violento trueno», habla al interior del hombre del siglo décimo nono de la era Cristiana como hablaba en el siglo correspondiente de la era anterior á Cristo. Es un trabajo inútil é infructuoso el ofrecer á la humanidad que escoja entre una vida futura y la anniquilación. La única eventualidad que les queda á estos amigos del progreso humano, que tratan de establecer para el bien de la humanidad una fé despojada por

Y ahora preguntamos nosotros, en nombre del sentido común: ¿cómo podían los *fieles* de la Iglesia de Pedro *aumentar* hasta un extremo tal, cuando Nerón durante su reinado los perseguía y mataba como si fuesen ratones? La historia nos muestra á los pocos Cristianos huyendo de Roma siempre que podían, para evitar la persecución del emperador, y la *Chronique des Arts* les hace aumentar y multiplicarse. «Cristo—sigue diciendo el artículo—quiso que este signo visible de la doctrinal autoridad de su vicario tuviese también su parte de inmortalidad; puede uno seguirlo de siglo en siglo en los documentos de la Iglesia Romana». Tertuliano atestigua formalmente su existencia en su libro *De Præscriptionibus*. Ansiosos de aprender todo cuanto se relaciona con tan interesante asunto, nos gustaría se nos hiciese ver cuándo Cristo quiso algo de este género. Sea como fuere, «en el frente y detrás de la silla se han aplicado adornos de marfil, pero únicamente en aquellos sitios compuestos con madera de acacia. Los que cubren el tablero del frente están divididos en tres hileras superpuestas, conteniendo cada una de ellas seis placas de marfil, en las cuales se ven grabados varios asuntos, entre otros los *Trabajos de Hércules*. Varias de las placas fueron mal colocadas, y al parecer habían sido fijadas en la silla en una época en que los restos de la antigüedad eran empleados en la ornamentación, sin fijarse mucho en la propiedad de su aplicación». Esta es la cuestión. El artículo fué escrito sencillamente como una hábil contestación á varios hechos publicados durante el siglo actual. Bower, en su *Historia de los Papas* (vol II, p. 7), refiere que en el año 1662, mientras estaban limpiando una de las sillas, «aparecieron, desgraciadamente, grabados en la misma los *Doce Trabajos de Hércules*», después de lo cual fué retirada dicha silla y sustituida por otra. Pero en 1795, cuando las tropas de Bonaparte ocuparon á Roma, la silla fué examinada de nuevo. Esta vez se encontró una confesión de fe mahometana, en letras arábicas: «No hay más Dios que Allah, y Mahoma es su Apóstol». (Véase el Apéndice al *Antiguo Culto Simbólico*, por H. M. Westropp y C. Staniland Wake). En el Apéndice, el profesor Alexander Wilder con mucha justicia hace notar lo siguiente: «Presumimos que el Apóstol de la Circuncisión, como le llama Pablo, su gran rival, no estuvo jamás en la Ciudad imperial, ni tuvo allí sucesor, ni siquiera en el *ghetto*. La Silla de Pedro, por lo tanto, es *sagrada*, más bien que apostólica. Su santidad ha procedido, en todo caso, de la religión esotérica de los primeros tiempos de Roma. El hierofante de los Misterios la ocupaba probablemente el día de las iniciaciones, cuando se exhibía á los candidatos la *Petroma* (tabla de piedra que contenía la última revelación hecha por el hierofante al neófito para la iniciación)».

completo en lo sucesivo de supersticiones y de dogmáticas cadenas, es dirigirse á la gente con las palabras de Josué: «Escoged hoy á quien queréis servir: ó á los dioses á quienes vuestros padres sirvieron, cuando estaban al otro lado de las aguas, ó á los dioses de los Amorreos, en cuya tierra habitáis» (1).

«La ciencia de la religión—escribía Max-Müller en 1860—está apenas en su principio... . Durante los últimos cincuenta años, los documentos auténticos de las religiones más importantes del mundo *han sido encontrados de la manera más extraordinaria y casi milagrosa* (2).

«Tenemos á la vista los libros canónicos del Buddhismo; el *Zend-Avesta* de Zoroastro no es ya un libro sellado, y los himnos del *Rig-Veda* han revelado la existencia de religiones anteriores á los primeros comienzos de aquella mitología que en Homero y en Hesiodo se nos presenta como una ruina que se desmorona»(3).

En su insaciable deseo de extender el dominio de la fe ciega, los primitivos arquitectos de la teología cristiana se vieron obligados á ocultar tanto como les fué posible las verdaderas fuentes de la misma. Con este objeto, se dice, quemaron ó destruyeron todos los manuscritos originales acerca de la *Kábala*, magia y ciencias ocultas sobre los cuales podían poner sus manos. Supónese ignorantemente que los más peligrosos escritos de este género perecieron con los últimos Gnósticos; pero algún día se descubrirá lo equivocado de esta opinión. Otros documentos auténticos y tan importantes aparecerán quizás de «la manera más inesperada y casi milagrosa».

(1) *Josué*, xxiv 15.

(2) Uno de los hechos más sorprendentes que hemos observado es el que los sabios que se dedican á profundas investigaciones no hayan relacionado la frecuente ocurrencia de estos «inesperados y casi milagrosos» hallazgos de documentos importantes, en los momentos más oportunos, con un plan premeditado. ¿Qué tendría de extraño que los custodios de la ciencia «pagana», viendo que había llegado el momento propicio, liciesen que el documento, libro ó reliquia que hacía falta, cayese como por casualidad en el camino del hombre que convenía? Investigadores y exploradores geológicos tan competentes como Humboldt y Tschuddi no han descubierto las minas ocultas de las cuales los Incas del Perú extrajeron su tesoro, si bien el último de estos sabios confiesa que los degenerados indios actuales poseen el secreto. En 1839, el arqueólogo Perring ofreció al *sheik* de una aldea árabe dos talegos de oro si le ayudaba á descubrir la entrada del pasadizo oculto que conduce á las cámaras sepulcrales de la Pirámide Norte de Doshoor. Pero, aunque sus hombres carecían de trabajo y estaban medio muertos de hambre, el *sheik* rehusó con altivez «vender el secreto de los muertos», prometiendo mostrarlo *gratis* cuando *llegase el tiempo para ello*. ¿Es, pues, imposible que en algunas otras regiones de la tierra permanezcan guardados los restos de aquella gloriosa literatura del pasado, que era el fruto de su civilización espléndida? ¿Qué tiene de sorprendente esta idea? Al saber simplemente cómo la Iglesia Cristiana ha engendrado inconscientemente el libre pensamiento, por medio de una reacción contra su propia crueldad, rapacidad y dogmatismo, la inteligencia pública tendrá á bien seguir la conducta de los orientalistas, apartándose de Jerusalén y dirigiéndose hacia Ellora; y entonces mucho más será descubierto de lo que en la actualidad permanece oculto.

(3) *Chips from a German Workshop*, vol I, p. 373; Monoteísmo semítico.

Extrañas tradiciones existen en varios puntos de Oriente—en el Monte Athos y en el Desierto de Nitria, por ejemplo—entre ciertos monjes y sabios rabinos de Palestina que se pasan la vida comentando el *Talmud*. Dicen que no todos los rollos y manuscritos que, según refiere la historia, fueron quemados por César, por el populacho cristiano en 389, y por el general árabe Amru, fueron destruidos, como vulgarmente se cree; y la relación que ellos dan es la siguiente: en la época de la lucha por el trono (año 51 antes de J. C.) entre Cleopatra y su hermano Dionisio Ptolomeo, el Bruckion, que contenía unos setecientos mil rollos, todos encuadernados en madera y pergamino á *prueba de fuego*, era objeto de reparaciones, y una gran porción de los manuscritos originales, que figuraban entre los más preciosos y que no estaban por duplicado, fueron depositados en casa de uno de los bibliotecarios. Habiendo sido puramente accidental el incendio que consumió los restantes rollos, no se había tomado en aquel entonces ninguna clase de precauciones. Pero añade la tradición que transcurrieron varias horas entre el incendio de la flota por orden de César y el momento en que empezaron á arder los primeros edificios situados cerca del puerto; y que todos los bibliotecarios, auxiliados por varios centenares de esclavos pertenecientes al Museo, lograron salvar los rollos más preciosos. Tan perfecta y sólida era la estructura del pergamino que, mientras en algunos rollos las páginas interiores y la encuadernación de madera quedaban reducidas á cenizas, en otros las cubiertas de pergamino permanecían intactas. Todos estos detalles fueron escritos en griego, en latín y en el dialecto caldeo-siriaco por un ilustrado joven llamado Theodas, uno de los escribientes empleados en el Museo. Se pretende que uno de estos manuscritos se conserva aún hoy día en un convento griego; y la persona que nos refirió esta tradición lo ha visto con sus propios ojos. Dice que muchos más lo verán, y que se sabrá adónde hay que ir á buscar algunos importantes documentos, en cuanto se cumpla cierta profecía; añadiendo que la mayor parte de estas obras deben encontrarse en la Tartaria y en la India (1). El monje referido nos enseñó una copia del original, que, como es de suponer, pudimos leer con mucha dificultad, por ser muy escasa nuestra erudición en materia de lenguas muertas. Pero fuimos tan especialmente sorprendidos por la vívida y pintoresca traducción

(1) Se nos ha ocurrido después que podemos comprender lo que significan las siguientes sentencias de *Moisés de Chorene*: «Los antiguos Asiáticos, dice, cinco siglos antes de nuestra era, y especialmente los Indos, los Persas y los Caldeos, tenían en su poder una porción de libros históricos y científicos. Estas obras fueron en parte tomadas del griego y en parte traducidas á esta lengua, principalmente desde que los Ptolomeos fundaron la Biblioteca Alejandrina y alentaron á los escritores con sus liberalidades, de modo que la lengua griega vino á ser el depósito de todas las ciencias» (*Historia de Armenia*). De consiguiente, la mayor parte de la literatura incluida en los 700.000 volúmenes de la Biblioteca Alejandrina procedía de la India y de las naciones vecinas.



del santo padre, que recordamos perfectamente algunos párrafos curiosos, concebidos, si nuestra memoria no nos es infiel, en estos términos:

«Cuando la Reina del Sol (Cleopatra) fué conducida otra vez á la semiarruinada ciudad, después que el fuego hubo devorado la *Gloria del Mundo*; cuando vió ella las montañas de libros ó rollos cubriendo los casi consumidos escalones de la *estrada*; y cuando ella echó de ver que el interior había desaparecido y que sólo quedaban las indestructibles cubiertas, lloró de rabia y furor, maldiciendo la mezquindad de sus padres, que habían dado de mala gana el precio del real Pérgamos tanto por el interior como por el exterior de los preciosos rollos». Más adelante, nuestro autor Theodas se permite hacer burla de la reina, por creer ésta que casi toda la biblioteca había ardidido, cuando, de hecho, centenares y millares de las obras más escogidas estaban seguramente guardadas en su propia casa y en las de otros amanuenses, bibliotecarios, letrados y filósofos.

Tampoco creen en la destrucción total de las subsiguientes bibliotecas diversos Coptos ilustradísimos diseminados por todo el Oriente, en el Asia menor, en Egipto y en la Palestina. Dicen ellos, por ejemplo, que de la biblioteca de Attalus III, de Pérgamo, ofrecida por Antonio á Cleopatra, ni un solo volumen fué destruido. En aquel tiempo, según sus aseveraciones, desde el momento en que los cristianos empezaron á dominar en Alejandria—hacia fines del siglo cuarto—y que Anatolio, obispo de Laodicea, empezó á insultar á los dioses nacionales, los filósofos paganos y los sabios teurgistas adoptaron eficaces medidas para conservar los depósitos de sus conocimientos sagrados. El obispo Teófilo, que dejó tras de sí la reputación de muy miserable y mercenario bribón, fué acusado por un tal Antonino, famoso teurgista y sabio eminente en las ciencias ocultas de Alejandria, de sobornar á los esclavos del Serapion para que robasen libros, que él después vendía á los extranjeros á elevado precio. La historia nos cuenta cómo Teófilo llevó la mejor parte sobre los filósofos, en el año 389 después de J. C., y cómo su sucesor y sobrino, el no menos infame Cirilo, asesinó á Hypatia. Suidas nos da algunos detalles acerca de Antonino, á quien llama Antonius, y de su elocuente amigo Olympus, el defensor del Serapion. Pero la historia dista mucho de ser completa tocante á los miserables restos de libros que á través de tantos siglos han llegado á nuestra ilustrada centuria; deja de exponer los hechos referentes á los cinco primeros siglos del Cristianismo, que están conservados en las numerosas tradiciones populares del Oriente. A pesar de lo poco auténticas que puedan parecer, es indudable que entre la paja hay mucho y buen grano. No es de extrañar que estas tradiciones no sean con más frecuencia comunicadas á los europeos, si se tiene en cuenta la facilidad con que nuestros viajeros se convierten en adversarios de los naturales á causa de su carácter escéptico, y, á veces, de

su dogmática intolerancia. Cuando algunos hombres excepcionales, como algunos arqueólogos que han sabido la manera de captarse la confianza y hasta la amistad de ciertos árabes, son favorecidos con preciosos documentos, se dice simplemente que es efecto de una «coincidencia». Y con todo, existen tradiciones muy generalizadas acerca de la existencia de ciertos subterráneos y de galerías inmensas en las cercanías de Ishmomia, la «ciudad petrificada», en los cuales están guardados innumerables manuscritos y rollos. Por ningún precio se acercarian los árabes allí. De noche, dicen ellos, al través de las grietas de aquellas desoladas ruinas, hundidas profundamente en la seca arena del desierto, brillan los fulgores de ciertas luces llevadas de un lado á otro de las galerías por manos que no son humanas. Los Afrites (1) estudiaban la literatura de las épocas antediluvianas, según se cree, y los Djin (2) aprenden en los mágicos rollos la lección del día siguiente.

La *Enciclopedia Británica*, en su artículo sobre Alejandria, dice: «Cuando el Templo de Serapis fué demolido... la valiosa biblioteca fué saqueada ó destruida; y veinte años después (3) los vacíos estantes infundian tristeza . . . &». Pero nada dice acerca del destino subsiguiente de los libros saqueados.

En competencia con los fanáticos adoradores de María del siglo cuarto, los modernos clericales perseguidores del liberalismo y de la «herejía» de buena gana encerrarían á todos los herejes juntamente con sus libros en algún moderno Serapion, y los quemarían vivos (4). La causa de este odio es muy natural. Ahora más que nunca la investigación moderna ha descubierto el secreto. «¿No es actualmente la adoración de los santos y de los angeles—dice el obispo Newton— en todos conceptos lo mismo que era la adoración de los demonios en los tiempos primitivos? Sólo el nombre es diferente, la cosa es exactamente la misma..... los mismísimos templos, las mismísimas imágenes que en otro tiempo estaban consagrados á Júpiter y á los otros demonios lo están en la actualidad á la Virgen María y á otros santos..... la totalidad del Paganismo es convertida y aplicada al *Papismo*».

¿Por qué no hay que ser imparcial y añadir que «una buena parte

(1) Nombre con que los árabes designan á los espíritus nativos considerados como demonios. Son elementales muy temidos en Egipto. (N. del Tr.)

(2) Genios, elementales ó espíritus de la naturaleza; también muy temidos en diversos países orientales. (N. del Tr.)

(3) Bonamy dice en *La Bibliothèque d' Alexandrie*, citando, suponemos, al presbítero Orosio, que era un testigo de vista, «treinta años después».

(4) Después de escrito lo anterior, el espíritu de persecución aquí expresado se ha puesto hermosamente de relieve en Barcelona, España, en donde el obispo fray Joaquín ha invitado á los espiritistas de la localidad á presenciar una quema formal de libros espiritistas. Encontramos la relación en un periódico llamado *La Revelación*, publicado en Alicante, el cual añade muy juiciosamente que la ceremonia era «una caricatura de la época memorable de la Inquisición».

del Paganismo ha sido adoptada también por las religiones Protestantes»?

El mismo nombre apostólico *Pedro* fué tomado de los Misterios. El hierofante ó pontifice supremo llevaba el título caldeo de *Peter*, פֶּטֶר ó intérprete. Los nombres Phtah, Peth'r, la residencia de Balaam, Patara y Patras, los nombres de las ciudades oraculares, *pateres* ó *pateras* y, quizás, Buddha (1), todos ellos derivan de la misma raíz. Jesús dice: «Sobre esta *petra* yo edificaré mi Iglesia, y las puertas, ó príncipes del Hades, no prevalecerán contra ella»; significando por *petra* el templo de roca, y por metáfora los Misterios cristianos, cuyos adversarios eran los antiguos dioses del misterio del mundo inferior, que eran adorados en los ritos de Isis, Adonis, Atys, Sabazius, Dionysus y en los Eleusinos. Ningún Pedro *apóstol* estuvo jamás en Roma; pero el Papa, empuñando el cetro de *Pontifex Maximus*, las llaves de Jano y Kubelé, y adornando su cristiana cabeza con la tiara de la *Magnu-Mater*, copia de la tiara del Brahmâtma, Supremo Pontífice de los Iniciados de la antigua India, se convirtió en el sucesor del sumo sacerdote pagano, el verdadero Pedro Roma, ó *Petroma* (2).

La Iglesia católico-romana tiene dos enemigos mucho más poderosos que los «herejes» y los «infieles»; y estos son: la Mitología comparada y la Filología. Cuando vemos á teólogos tan eminentes como el Rev. James Freeman Clarke tomarse tanta molestia para probar á sus lectores que «la Teología Crítica desde los tiempos de Orígenes y Jerónimo..... y la Teología de Controversia durante quince siglos, no ha consistido en aceptar como autoridad las opiniones de otra gente», sino que, por el contrario, ha dado muestras «de muy sutil y potente raciocinio», no podemos menos de deplorar que se haya malogrado tanto saber pretendiendo probar una cosa que el examen imparcial de la historia de la teología destruye á cada paso. En estas «controversias» y en el examen crítico de las doctrinas de la Iglesia puede uno encontrar ciertamente algunos «sútiles raciocinios», pero muchos más sofismas todavía más sutiles.

Recientemente, la masa de evidencia que se ha ido acumulando ha sido reforzada de un modo tal que deja muy poco lugar, si es que realmente lo deja, para nuevas controversias. Son demasiados los sabios que han formulado una opinión concluyente, para que dudemos del hecho de que la India es el *Alma-Mater*, no sólo de la civilización, de las artes y de las ciencias, sino también de todas las grandes religiones de la antigüedad, incluyendo al Judaísmo, y por consiguiente al Cris-

(1) E. Pococke da las siguientes variaciones del nombre de Buddha: Bud'ha, Buddha, Boodha, Butta, Pout, Pote, Pto, Pte, Phte, Phtha, Puht, etc., etc. Véase *La India en Grecia*, Nota, Apéndice, 397.

(2) La tiara del Papa es también una copia perfecta de la del Dalai-Lama del Tíbet.

tianismo. Herder coloca en la India la cuna de la humanidad, y presenta á Moisés como á un hábil y relativamente *moderno* compilador de las antiguas tradiciones brahmánicas: «El río que circunda al país (India) es el sagrado Ganges, el cual en toda el Asia es considerado como el río paradisiaco. También está allí el bíblico Gihón, el cual no es otro que el Indo. Los árabes le designan todavía hoy con este nombre, y las denominaciones de los países regados por él existen todavía entre los indos». Jacolliot pretende haber traducido cada uno de los antiguos manuscritos de hojas de palmera que por fortuna los Brahmanes de las pagodas le permitieron ver. En una de estas traducciones encontramos párrafos que nos revelan el *origen indudable de las llaves de S. Pedro*, y explican la subsiguiente adopción del símbolo por Sus Santidades, los Papas de Roma.

Nos enseña, apoyándose en la autoridad del *Agrouchada Parikshai*, obra que traduce libremente con el título de *Libro de los Espíritus* (Pitris), que siglos antes de nuestra era los *iniciados* del templo nombraban un Consejo Supremo presidido por el Brahm-átma, ó jefe supremo de todos aquellos *Iniciados*; que este pontificado únicamente podía ser ejercido por un Brahmán que hubiese alcanzado la edad de ochenta años (1); que el Brahm-átma era el único custodio de la mística fórmula, *resumen* de toda ciencia, contenida en estas misteriosas letras:

## A

## U

## M

que significan *creación, conservación y transformación*. Él solo podía explicar su significación en presencia de los iniciados del tercero y supremo grado. Cualquiera de entre estos iniciados que revelase á un profano una sola de las verdades, y aun el más insignificante de los secretos confiados á su guarda, era condenado á muerte. Aquel que había recibido la confidencia debía compatir su misma suerte.

«Finalmente, para coronar este hábil sistema—dice Jacolliot,—existía una palabra todavía superior al misterioso monosilabo—AUM,—que hacía á aquel que llegaba á poseer la clave casi igual al mismo Brahma. El Brahma-átma era el único que poseía esta clave, y la transmitía en una caja sellada á su sucesor.

»Esta palabra desconocida, que ningún poder humano podría *obligar á revelar*, ni aun hoy día que la autoridad brahmánica ha sido hollada por las invasiones mongola y europea, hoy día que cada pagoda

(1) Es costumbre tradicional entre el colegio de Cardenales el elegir, siempre que es factible, al nuevo Papa entre los más ancianos valetudinarios. El hierofante de las Eleusinas también era siempre un anciano y soltero.

tiene su Brahma-átma (1), estaba grabada en un triángulo de oro y conservada en un santuario del templo de Asgartha, cuyo Brahma-átma solo tiene las llaves. Este llevaba también sobre su tiara dos *llaves cruzadas*, sostenidas por dos Brahmanes arrodillados, símbolo del precioso depósito confiado á su custodia..... Esta palabra y este triángulo estaban grabados en la piedra del anillo que este jefe religioso llevaba como uno de los signos de su dignidad; igualmente veíase esto inscrito en un sol de oro que había sobre el altar, en donde todas las mañanas el Pontífice supremo ofrecía el sacrificio del *sarvameda*, ó sacrificio á todas las fuerzas de la naturaleza» (2).

¿No es esto bastante claro? Y querrán todavía sostener los católicos que los Brahmanes de hace 4000 años han copiado el ritual, los símbolos y las vestiduras de los romanos Pontífices? No nos sorprendería poco ni mucho.

Sin remontarnos á una antigüedad muy remota, con objeto de hacer comparaciones, si nos detenemos tan sólo en los siglos cuarto y quinto de nuestra era, y ponemos en paragón al llamado «Paganismo» de la tercera Escuela ecléctica neo-platónica con la creciente Cristiandad, tal vez el resultado no sería favorable á esta última. Hasta en aquel primitivo período, cuando la nueva religión había apenas delineado sus contradictorios dogmas; cuando los mismos campeones del sanguinario Cirilo no sabían si María tenía que convertirse en la «Madre de Dios», ó figurar como un «demonio» en compañía de Isis; cuando el recuerdo del dulce y humilde Jesús subsistía aún amorosamente en todo corazón cristiano, y sus palabras de misericordia y de caridad vibraban todavía en el aire, aún entonces excedían los cristianos á los paganos en toda suerte de ferocidad y de intolerancia religiosa.

Y si miramos todavía más allá y buscamos ejemplos de verdadero *Cristismo*, en unos tiempos en que el *Budhismo* apenas habla sobrepujado al *Brahmanismo* en la India, y el nombre de Jesús no debía ser pronunciado sino hasta tres siglos después, ¿qué es lo que encontramos? ¿Cuál de las santas columnas de la Iglesia se ha elevado jamás al nivel de la tolerancia religiosa y noble sencillez de carácter de algunos paganos? Compárese, por ejemplo, al indo Asoka, que vivía 400 años antes de la era cristiana, con el cartaginés S. Agustin, que floreció tres siglos después de J. C. Según Max-Müller, he aquí la inscripción que se encuentra grabada en las rocas de Girnar, Dhauli y Kapurdigiri:

•Piyadasi, el rey amado de los dioses, desea que los ascetas *de todas las creencias* puedan residir en todas partes. Todos estos ascetas gozan igualmente del dominio que todo el mundo debería ejercer sobre

(1) Esto no es exacto.

(2) *Le Spiritisme dans le Monde*, p. 28.

sí mismo, y de la pureza del alma. *Pero la gente tiene diferentes opiniones y unas inclinaciones distintas*».

Y he aquí lo que Agustín escribía después de su bautismo: «¡Maravillosa es la profundidad de tus palabras, cuya superficie hela aquí ante nosotros, invitando á los pequeños; á pesar de todo tienen ellas una maravillosa profundidad, oh mi Dios, una maravillosa profundidad! Espantoso es el mirarlo; sí... un espanto de honor y un estremecimiento de amor. A tus enemigos (léase paganos) yo les odio vehementemente; oh, *dígnate matarles* con tu espada de dos filos, para que dejen de ser tus enemigos; *porque me gustaría verlos muertos*» (1).

¡Maravilloso espíritu de Cristianismo, el de un maniqueo convertido á la religión de Uno que murió en la cruz rogando por sus enemigos!

Quiénes eran los enemigos del «Señor», según los cristianos, no es difícil suponerlo; los pocos que estaban dentro del redil agustiniano eran sus (del Señor) nuevos hijos y favoritos, los cuales habían suplantado en sus afecciones á los hijos de Israel, su «pueblo escogido». El resto de la humanidad eran sus naturales enemigos. Las grandes multitudes de paganos eran alimento á propósito para las llamas del infierno; el puñado que figuraba dentro de la comunión de la Iglesia eran los «herederos de salvación».

Pero si era justo un sistema de tal suerte proscriptivo, y el ponerlo en práctica era un «suave perfume» para la nariz del «Señor», ¿por qué no indignarse también contra los ritos y la filosofía pagana? ¿Por qué extraer materiales de lo más profundo de los pozos de sabiduría cavados y llenados hasta rebosar por los mismos gentiles? ¿O querían tal vez los padres, en su afán de imitar al pueblo escogido, cuyos zapatos gastados por el tiempo trataban de acomodar á sus pies, contemplar la repetición de las escenas de despojo del *Exodo*? Se proponían ellos, al huir del paganismo, como los judíos al huir de Egipto, llevarse consigo las riquezas de sus alegorías religiosas, como hicieron los «escogidos» con los ornamentos de oro y plata?

Verdaderamente parece como si los sucesos de los primeros siglos del Cristianismo no fuesen más que el reflejo de las imágenes proyectadas sobre el espejo de lo futuro en los tiempos del Exodo. Durante los borrascosos tiempos de Ireneo, la filosofía platónica, con su mística absorción en la Deidad, no era al fin y al cabo tan perniciosa para la nueva doctrina, hasta el punto de impedir que los Cristianos se presantasen á su abstrusa metafísica á todo trance. Aliándose con los ascetas terapeutas, antecesores y modelos de los monjes y ermitaños cristianos, fué en Alejandría, recuérdese bien, en donde establecieron ellos los primeros fundamentos de la pura doctrina Platónica trinitaria. Esta se convirtió después en la doctrina Platónico-Filoniana, tal como la

(1) Traducido por Draper para los *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, libro xii.

vemos ahora. Platón consideraba la naturaleza divina bajo una triple modificación de la *Primera Causa*, la razón ó *Logos*, y el alma ó espíritu del universo. «Los tres principios primarios ú originales—dice Gibbon (1)—eran representados en el sistema Platónico por tres dioses unidos uno con otro por medio de una generación misteriosa é inefable». Combinando esta idea trascendental con la más hipostática figura del *Logos* de Filón, cuya doctrina era la de la más antigua *Kábala*, y que consideraba al Rey Mesias como el *metatrón*, ó «ángel del Señor», el *Legatus* descendido en la carne, pero no como el mismo *Anciano de los Dias* (2); los Cristianos revistieron con esta mítica representación del Mediador para la caída raza de Adam, á Jesús, hijo de María. Bajo este inesperado aspecto, su personalidad desapareció casi por completo. En el moderno Jesús de la Iglesia cristiana, encontramos el ideal del ingenioso Ireneo, no el adepto de los Esenios, el oscuro reformador de Galilea. Le vemos bajo la desfigurada máscara Platónica-Filoniana, no como sus discípulos le oían en la montaña.

Hasta un extremo tal, pues, la filosofía pagana les había ayudado en la formación del principal dogma. Pero cuando los teurgistas de la tercera escuela Neo-Platónica, privados de sus antiguos Misterios, trataron de amalgamar las doctrinas de Platón con las de Aristóteles, y combinando las dos filosofías, añadieron á su teosofía las primitivas doctrinas de la *Kábala* Oriental, entonces los Cristianos se convirtieron de rivales en perseguidores. Una vez preparadas las metafísicas alegorías de Platón para ser discutidas en público, en la forma de los dialécticos griegos, todo el esmerado sistema de la trinidad cristiana hubiera quedado desembrollado por completo, y el divino prestigio enteramente perdido. La escuela ecléctica, invirtiendo el orden, había adoptado el método inductivo, y este método se convirtió en su campaneó mortuario. De todas las cosas de la tierra, la lógica y las explicaciones razonables eran las más odiosas para la nueva religión del misterio, porque ellas amenazaban descorder el velo que ocultaba todo el fundamento de la concepción trinitaria, enterar al pueblo de la doctrina de las emanaciones y destruir así la unidad del conjunto. Esto no podía permitirse en modo alguno, y no se permitió. En la historia están consignados los *cristianos* medios de que se echó mano.

La doctrina universal de las emanaciones, adoptada desde tiempos inmemoriales por las más grandes escuelas que enseñaban las filosofías kabalística, alejandrina y oriental, da la clave del pánico que reinó entre los padres cristianos. Aquel espíritu de jesuitismo y de astucia clerical que indujo á Parkhurst, muchos siglos después, á suprimir en su *Lexicon Hebreo* la verdadera significación de la primera palabra del

(1) *Decadencia y Caída del Imperio Romano*.

(2) *Sohar Comment., Gen., xl, 10; Kabbal. Denud., I, 528*.

*Génesis*, tuvo su origen en aquellos días de guerra contra la expirante escuela neo-platónica y ecléctica. Los padres habían decidido aduletrar el sentido de la palabra «*daimon*» (1), y sobre todo temían que la verdadera y esotérica significación de la palabra *Rasit* fuese revelada á las multitudes; porque una vez bien comprendido el verdadero sentido de esta sentencia, lo mismo que el de la palabra hebrea *asdi* (traducida en los Setenta por «*ángeles*», siendo así que significa *emanaciones* (2), todo el misterio de la Trinidad cristiana se hubiera venido abajo, arrastrando en su calda á la nueva religión al mismo montón de ruinas que los antiguos Misterios. Este es el verdadero motivo por que los dialécticos, así como el mismo Aristóteles, el «filósofo observador», fueron siempre mal vistos por la teología cristiana. Y hasta Lutero, mientras estaba ocupado en su obra de reforma, sintiendo el terreno inseguro bajo sus pies, no obstante haber él reducido los dogmas á su más simple expresión, no ocultaba el miedo y la aversión que por Aristóteles sentía. El cúmulo de injurias y ultrajes lanzados por él á la memoria de aquel gran lógico puede únicamente ser igualado—jamás sobrepujado—por los anatemas y las invectivas del Papa contra los liberales del Gobierno italiano. Si se los llegase á reunir todos, muy fácilmente se podría completar con ellos el original de una nueva enciclopedia de modelos de diatribas monacales.

Como se comprende, el clero cristiano jamás podrá reconciliarse con una doctrina basada en la aplicación de la lógica estricta al razonamiento discursivo. El número de los que por esta razón han abandonado la teología no se ha sabido nunca. Ellos hacían preguntas, y se les prohibía hacerlas; de ahí separaciones, disgustos y con frecuencia una calda desesperada en los abismos del ateísmo. Las opiniones órficas acerca del éter como principal *medio* entre Dios y la materia creada fueron igualmente combatidas. El Eter órfico recordaba demasiado vivamente al *Archeus*, el Alma del Mundo, y ésta, en su sentido metafísico, estaba demasiado íntimamente relacionada con las emanaciones, siendo Sefhira, ó la Luz Divina, la primera manifestación. Y ¿cuándo podía ser ésta Luz más temida que en aquel momento crítico?

Orígenes, Clemente de Alejandría, Calcidio, Methodio y Maimónides, fundándose en la autoridad del *Targum* de Jerusalén, la ortodoxa y mayor autoridad de los judíos, sostenían que las dos primeras palabras del libro del *Génesis*, B-RASIT, significan *Sabiduría*, ó el *Principio*. Y que la idea de estas palabras significando «*en el principio*» no fué nunca compartida más que por los profanos, á quienes no era permitido penetrar más profundamente en el sentido esotérico de dicha sen-

(1) «Los seres que los filósofos de otros pueblos distinguen con el nombre de *Dæmons*, Moisés les llama *Angeles*», dice Filón el Judío—*De Gigant*, I, 253.

(2) *Deuteronomio* XXXIII 2. פֶּשַׁע es traducido *fiery law* (ley de fuego) en la Biblia inglesa.



tencia. Beausobre, y después de él Godfrey Higgins, han demostrado este hecho. «Todas las cosas—dice la *Kábala*—son derivadas de un gran Principio, y este principio es el Dios *desconocido é invisible*. De Él procede inmediatamente un poder substancial, el cual es la *imagen de Dios* y la fuente de todas las subsiguientes emanaciones. Este segundo principio lanza, por medio de la *energía* (ó *voluntad* y fuerza) de emanación, otras naturalezas, las cuales son más ó menos perfectas según sus diferentes grados de distancia, en la escala de la emanación, de la Fuente Primera de existencia, y las cuales constituyen diferentes mundos, ú órdenes de seres, todos ellos unidos al eterno poder del cual proceden. *La materia no es otra cosa que el efecto más remoto de la energía emanadora* de la Deidad. El mundo material recibe su forma de la intervención inmediata de poderes que están muy por debajo de la Fuente Primera del Sér»(1) .... Según Beausobre (2), dice san Agustín el Maniqueo: «Y si por *Rasit* entendemos el *Principio activo* de la creación, en lugar de su *comienzo* (3), en tal caso veremos claramente que Moisés jamás quiso significar que los cielos y la tierra fuesen la primera obra de Dios. Decía él únicamente que Dios creó los cielos y la tierra *por medio del Principio*, el cual es Su Hijo. No es á la cuestión de *tiempo* á lo que allí se refiere, sino al inmediato autor de la creación». Los Angeles, según Agustín, fueron creados *antes* que el firmamento, y, según la interpretación esotérica, los cielos y la tierra fueron creados después de aquél, desenvolviéndose del *segundo* Principio ó el Logos, la Deidad creadora. «La palabra *principio*—dice Beausobre—no significa que los cielos y la tierra fuesen creados antes de alguna otra cosa, puesto que ante todo fueron creados los ángeles; sino que Dios lo hizo todo por medio de su Sabiduría, la cual es su *Verbo*, y que es designada en la *Biblia* Cristiana con el nombre de Principio», adoptando así la significación exotérica de la palabra abandonada á las multitudes. La *Kábala*—tanto la oriental como la judía—enseña que cierto número de *emanaciones* (los Sephiroth judíos) surgieron del *Primer* Principio, siendo el principal de ellos la *Sabiduría*. Esta Sabiduría es el Logos de Filón, y Miguel el jefe de los Eones gnósticos; es el Ormuzd de los persas; *Minerva*, diosa de la sabiduría, entre los griegos, la cual emanó de la cabeza de Júpiter, y la segunda persona de la Trinidad cristiana. Los primitivos Padres de la Iglesia no tuvieron que calentarse mucho la cabeza, pues se encontraron con una doctrina ya arregladita que había existido en cada teogonía millares de años antes de la era cristiana. Su trinidad no es otra cosa que el trio de los Sephiroth,

(1) Véase *Enciclopedia* de Rees, art. *Kábala*.

(2) *Histor. Manich.*, Lib. vi, cap. I, p. 191.

(3) Este distinto modo de interpretar el texto bíblico depende del doble sentido de dicha palabra, que significa causa primera ú original, y también comienzo ó primer lugar en el orden cronológico (N. del Tr.).

las tres primeras *luces* kabalísticas, de las cuales dice Moisés Nachmánides que «*no han sido vistas jamás por nadie*; no existe en ellas defecto alguno, ni la menor desunión». El primer número eterno es el Padre, ó sea el *caos* caldeo primitivo, invisible é incomprensible, del cual procedió el *Inteligible*. El Phtah egipcio, ó «el *Principio de Luz* (no la luz misma), y el Principio de Vida, aunque él mismo *no es vida*». La *Sabiduría* por medio de la cual el Padre creó los cielos es el *Hijo*, ó sea el andrógino Adam Kadmon de los Kabalistas. El Hijo es á la vez el masculino Ra, ó Luz de Sabiduría, Prudencia ó *Inteligencia*, Sefhira, la parte femenina de Sí mismo; mientras que de este sér dual procede la tercera emanación, el Binah ó Razón, la segunda *Inteligencia*, ó sea el Espíritu Santo de los cristianos. Así pues, estrictamente hablando, existe una TETRAKTIS ó cuaternario, compuesta de la inteligible Primera Mónada y su triple emanación, la cual propiamente constituye nuestra Trinidad.

¿Cómo podía pues, dejarse de ver, desde luego, que si los cristianos, con deliberado intento, no hubiesen desfigurado en su interpretación y traducción el *Génesis* Mosaico para acomodar á él sus propias opiniones, habría sido imposible su religión con sus actuales dogmas? Una vez presentada la palabra *Rasit* en su nuevo sentido de *Principio* y no de *Comienzo*, y una vez admitida la anatematizada doctrina de las emanaciones, la posición de la segunda persona de la Trinidad se hacía insostenible. Porque, si los ángeles son las *primeras* emanaciones divinas de la Divina Substancia, y existían *antes* del segundo Principio, entonces el antropomorfizado Hijo es todo lo más una emanación como ellos mismos, y no puede *hipostáticamente* ser Dios, del mismo modo que no pueden nuestras obras visibles ser nosotros mismos. Que estas sutilezas metafísicas jamás penetraron en la cabeza del honrado y sincero Pablo es cosa evidente, y tanto más desde el momento en que, como todos los judíos instruidos, estaba bien enterado de la doctrina de las emanaciones y nunca pensó en corromperla. ¿Cómo puede nadie imaginar que Pablo identificase al *Hijo* con el *Padre*, cuando nos dice que Dios hizo á Jesús «un *poco inferior* á los ángeles» (*Hebreos* II 9), y un *poco superior* á Moisés! «Porque este HOMBRE ha sido estimado digno de más gloria que Moisés» (*Hebreos* III 3). De cuántas y cuáles falsedades interlineadas posteriormente en los *Hechos* son culpables los Padres no lo sabemos; pero que Pablo nunca consideró á Cristo más que como á un hombre «lleno del Espíritu de Dios» es demasiado evidente: «En el *arce* estaba el *Logos*, y el *Logos* era adnato al Theos».

La *Sabiduría*, primera emanación de En-Soph; el Protógonos, la Hipóstasis; el Adam Kadmon de los kabalistas, el Brahma de los indos; el *Logos* de Platón, y el «Principio» de San Juan, son el *Rasit*, אֲרִיסִית, del *Libro del Génesis*. Debidamente interpretado, cambia por completo, como ya hemos dicho, el meditado sistema de la teología cristiana,

porque prueba que tras de la Deidad *creadora* existía un Dios **MÁS ELEVADO**, uno que trazó el plan, un arquitecto; y que aquélla no era más que su agente ejecutivo—un simple **PODER**!

Ellos han perseguido á los gnósticos, han asesinado á los filósofos y quemado á los kabalistas y masones; y cuando llegue el día en que se rendirá la gran cuenta, y resplandecerá la luz en medio de las tinieblas, ¿qué tendrán ellos para ofrecer en lugar de la muerta y desaparecida religión? ¿Qué responderán á su Creador estos pretendidos monoteístas, estos adoradores y *pseudo*-siervos del único Dios viviente? ¿Cómo explicarán ellos el haber perseguido por tanto tiempo á los que eran verdaderos secuaces del gran Megalistor, el supremo gran maestro de los Rosacruces, el PRIMERO de los masones? «Porque él es el Constructor y Arquitecto del Templo del Universo; Él es el *Verbum Sapienti*» (1).

«Todo el mundo sabe—escribe Fausto, el gran maniqueo del siglo tercero—que los Evangelios no fueron escritos ni por Jesu-Cristo ni por sus Apóstoles, sino mucho después de su tiempo por algunas personas desconocidas, las cuales, comprendiendo muy bien que difícilmente se les daría crédito al referir sucesos que no habían presenciado, encabezaban sus narraciones con los nombres de los apóstoles ó de los discípulos contemporáneos de aquéllos».

Comentando este asunto, A. Franch, el sabio hebraísta del Instituto y traductor de la *Kábala*, expresa la misma idea. «¿No estamos acaso autorizados—pregunta—para considerar la *Kábala* como un resto precioso de la filosofía religiosa del Oriente, la cual, llevada á Alejandría, vino á mezclarse con la doctrina de Platón, y, bajo el usurpado nombre de Dionisio el Areopagita, obispo de Atenas, convertido y consagrado por S. Pablo, pudo penetrar en el misticismo de los tiempos medios?» (2).

Dice Jacolliot: «¿Qué es entonces esta filosofía religiosa que ha penetrado en el místico simbolismo del Cristianismo? Contestamos: Esta filosofía, cuyos vestigios encontramos entre los magos, los caldeos, los egipcios, los kabalistas hebreos y los cristianos, no es otra que la de los brahmanes de la India, los sectarios de los *Pitris*, ó sea los espíritus de los mundos invisibles que nos rodean» (3).

Pero, si bien los gnósticos fueron destruidos, la *Gnosis*, basada en la secreta ciencia de las ciencias, vive todavía. Es la tierra que auxilia á la mujer, y que está destinada á abrir su boca y tragarse al Cristianismo de los tiempos medios, el usurpador y asesino de la doctrina

(1) «El colorido completamente místico del Cristianismo armonizaba con las reglas de vida y opiniones de los Esenios, y no es inverosímil que Jesús y Juan el Bautista fuesen iniciados en los Misterios Esenios, á los cuales el Cristianismo puede ser deudor de más de una forma de expresión; supuesto que realmente la comunidad de terapeutas, cuyo origen arranca del orden Esenio, pronto perteneció por completo al Cristianismo» (*Yost*, 1, 411, citado por el autor de *Sod, el Hijo del Hombre*).

(2) A. Franck: *Die Kabbala*.

(3) *Le Spiritisme dans le Monde*.

de su gran maestro. La antigua *Kábala*, la *Gnosis* ó tradicional ciencia *secreta*, jamás ha carecido de representantes en ninguna época y en ningún país. Las trinitades de los iniciados, tanto si han pasado á la historia, como si han permanecido ocultas bajo el impenetrable velo del misterio, están conservadas é impresas al través de los tiempos. Son ellas conocidas con los nombres de Moisés, Aholiab y Bezaleel, hijo de Uri, hijo de Hur, ó con los de Platón, Filón y Pitágoras, etc. En la Transfiguración las vemos representadas en Jesús, Moisés y Elías, los tres Trismegistos; y tres kabalistas, Pedro, Jaime y Juan, cuya *revelación* (Apocalipsis) es la clave de toda sabiduría. Las encontramos igualmente en el crepúsculo de la historia judía representada por Zoroastro, Abraham y Terah, y después por Henoch, Ezequiel y Daniel.

¿Quién, de aquellos que han estudiado las antiguas filosofías, y que intuitivamente comprenden la grandiosidad de sus concepciones, la inmensa sublimidad de sus ideas acerca de la Desconocida Deidad, podrá vacilar un solo momento en dar la preferencia á sus doctrinas, sobre la incomprensible, dogmática y contradictoria teología de los centenares de sectas cristianas que existen? ¿Quién que haya leído á Platón y profundizado su *To' On*, «á quien nadie ha visto excepto el Hijo», puede dudar de que Jesús era un discípulo de la misma doctrina secreta que había instruido al gran filósofo? Porque, como ya hemos dicho antes, Platón no pretendió nunca ser el inventor de todo lo que escribió, sino que lo atribuía á Pitágoras, el cual, á su vez, indicaba al remoto Oriente como fuente de la cual había sacado sus conocimientos y su filosofía. Colebrooke nos enseña que Platón confiesa esto en sus epístolas, y dice que él ha tomado sus enseñanzas de antiguas y sagradas doctrinas (1). Además, es innegable que las teologías de todas las grandes naciones encajan unas con otras, y muestran que cada una de ellas es parte de «un todo estupendo». Como los restantes iniciados, vemos á Platón tomarse penosos trabajos para ocultar el verdadero significado de sus alegorías. Cada vez que el asunto se roza con los mayores secretos de la *Kábala* oriental, secretos acerca de la verdadera cosmogonía del universo y del mundo *ideal* preexistente, Platón envuelve su filosofía en las más profundas tinieblas. Su *Timæus* es tan confuso que nadie más que un iniciado puede comprender su significación secreta. Y Mosheim opina que Filón llenó sus obras de párrafos que se contradicen directamente el uno al otro, con el único objeto de ocultar la verdadera doctrina. Por una vez siquiera vemos á un crítico en el verdadero camino.

Y esta misma idea trinitaria, lo mismo que la tan duramente combatida doctrina de las emanaciones, ¿dónde tiene su remoto origen? La contestación es fácil, y tenemos ahora á mano todas las pruebas. En la

(1) *Asiat. Trans.*, I, p. 579.

sublime y más profunda de todas las filosofías, en la de la universal «Religión de la Sabiduría», cuyos primeros vestigios la investigación histórica encuentra ahora en la antigua religión pre-Védica de la India. Como hace notar perfectamente el tan maltratado Jacolliot, «no es en las obras religiosas de la antigüedad, tales como los *Vedas*, el *Zend-Avesta*, la *Biblia*, en donde tenemos que buscar la expresión exacta de las ennobecedoras y sublimes creencias de aquellas épocas» (1).

«La sagrada silaba primitiva, compuesta de las tres letras A-U-M, en la cual está contenida la *Trimurti* Védica (Trinidad), debe ser mantenida secreta, como otro triple Veda», dice Manú en el libro XI, sloka 265.

Swayambhuva es la Deidad no revelada; es el Sér existente *por y de* sí mismo; es el germen central é inmortal de todo cuanto existe en el universo. Tres trinidades emanan de él y en él están confundidas formando una *Unidad* Suprema. Estas trinidades, ó sea la triple *Trimurti*, son: la Nara, Nari y Virâdj—la triada *inicial*; la Agni, Vayu y Shiva—la triada *creadora*. Cada una de estas triadas va siendo menos metafísica y más adaptada á la inteligencia vulgar á medida que va descendiendo. Así es que la última no llega á ser más que el símbolo en su concreta expresión; el *necesarianismo* de una concepción puramente metafísica. Juntamente con Swayambhuva, hay los diez *Sephiroth* de los kabalistas hebreos, y los diez Prajâpatis indios—correspondiendo el En-Soph de los primeros al gran *Desconocido* expresado por el místico A U M de los segundos.

Dice Franck, el traductor de la *Kábala*:

«Los diez *Sephiroth* están divididos en *tres clases*, cada una de las cuales nos presenta la divinidad *bajo un aspecto diferente*, permaneciendo el conjunto á pesar de esto una *indivisible Trinidad*.

»Los tres primeros Sephiroth son puramente intelectuales, metafísicamente; expresan la absoluta identidad de la existencia y el pensamiento, y forman lo que los modernos kabalistas llaman el mundo inteligible—el cual es la primera manifestación de Dios.

»Los tres siguientes nos hacen concebir á Dios, en uno de sus aspectos, como la identidad de la bondad y la sabiduría; y en el otro nos muestran, en el bien Supremo, el origen de la belleza y de la magnificencia (en la creación). Por consiguiente son llamadas las *virtudes* ó el *mundo sensible*.

»Finalmente, sabemos, por los tres últimos Sephiroth, que la Providencia Universal, que el Supremo Artífice es también la *fuerza absoluta*, la causa omnipotente, y que, al mismo tiempo, esta causa es el *elemento generador de todo cuanto existe*. Estos últimos Sephirot son los que constituyen el *mundo natural*, ó sea la naturaleza en su ciencia y en su principio *activo*. *Natura naturans*» (2).

(1) Luis Jacolliot: *Los Iniciados de los antiguos Templos*.

(2) Franck: *Die Kabbala*.

Esta concepción kabalística resulta así idéntica á la de la filosofía india. Cualquiera que lea á Platón, en su diálogo *Timæus*, encontrará estas ideas fielmente repetidas por el filósofo griego. Además, la obligación de guardar el secreto era tan estricta entre los kabalistas como entre los iniciados del *Adytum* y los yoguis indios.

«Cierra tu boca, no sea que tú hables de *esto* (el misterio), y tu corazón, no sea que pienses en alta voz; y si tu corazón se te ha escapado, vuélvelo otra vez á su sitio, porque tal es el objeto de nuestra alianza» (*Sepher Jezireh, Libro de la Creación*).

«Este es un secreto que causa la muerte; cierra tu boca, no sea que lo reveles al vulgo; comprime tu cerebro, no sea que de él se escape algo y caiga fuera» (*Agrouchada-Parikshai*).

Verdaderamente, el destino de muchas generaciones futuras estaba pendiente de un hilo imperceptible en los días de los siglos tercero y cuarto. Si el Emperador, en el año 389, no hubiese mandado á Alejandría un rescripto—el cual le fué arrancado por los cristianos—para la destrucción de todos los ídolos, nuestro siglo no hubiera poseído nunca un Panteón mitológico cristiano propio del mismo. Jamás alcanzó la escuela neo-platónica una altura tal en filosofía, como cuando más próxima estaba á su fin. Uniendo la teosofía mística del antiguo Egipto con la refinada filosofía de los griegos; más cercanos á los antiguos Misterios de Tebas y de Menfis de lo que habían estado durante siglos; versados lo mismo en la ciencia de la profecía y de la adivinación, como en el arte de los terapeutas; manteniendo amistosas relaciones con los hombres más perspicaces de la nación judía, los cuales estaban profundamente imbuídos en las ideas de Zoroastro, los neo-platónicos tendían á amalgamar la antigua sabiduría de la *Kábala* oriental con las más refinadas concepciones de los teosofistas occidentales. No obstante la traición de los cristianos, los cuales, después de la época de Constantino, y obedeciendo á ciertas razones políticas, tuvieron por conveniente el repudiar á sus tutores, la influencia de la nueva filosofía platónica es bien notoria en la adopción subsiguiente de dogmas cuyo origen se puede muy fácilmente hacer remontar á aquella notable escuela. Aunque mutilados y desfigurados, conservan todavía tales dogmas un acentuado parecido de familia que nada es capaz de borrar.

Pero, si el conocimiento de los poderes ocultos de la naturaleza abre la percepción espiritual del hombre, desarrolla sus facultades intelectuales, y le conduce infaliblemente á una más profunda veneración hacia su Creador; por otra parte, la ignorancia, la dogmática estrechez de criterio y un miedo pueril de mirar al fondo de las cosas conduce invariablemente al culto de los fetiches y á la superstición.

En cuanto Cirilo, obispo de Alejandría, hubo abrazado públicamente la causa de Isis, la diosa egipcia, y la hubo antropomorfizado

en María, la madre de Dios, y había tenido lugar la controversia trinitaria; desde aquel momento la doctrina egipcia de haber el Dios creador emanado de Emept (1) empezó á ser torturada de mil maneras distintas, hasta que los Concilios hubieron convenido en la adopción de la misma bajo la forma en que hoy día subsiste—el desfigurado Ternario de los cabalísticos Salomón y Filón. Pero como su origen era todavía demasiado evidente, el *Verbo* dejó de ser llamado el «Hombre Celeste», el *primitivo* Adam-Kadmon, pero se convirtió en el *Logos*, Cristo, y se le hizo tan viejo como al «Anciano de los Ancianos», su padre. La *oculta* SABIDURÍA vino á ser idéntica con su emanación el PENSAMIENTO DIVINO, y se la obligó á ser considerada como coigual y coeterna con su primera manifestación.

Si nos detenemos ahora á considerar otro de los dogmas fundamentales del Cristianismo, la doctrina de la redención, podemos también con la misma facilidad seguir sus huellas hasta el Paganismo. Esta piedra angular de una Iglesia que se había creído edificada sobre una firme roca durante largos siglos, se halla en la actualidad socavada por la ciencia, habiéndose probado que procede de los gnósticos. El profesor Draper demuestra que tal doctrina era apenas conocida en tiempo de Tertuliano, y que «*tuvo su origen* entre los herejes gnósticos» (2). No nos permitiremos el contradecir á un autor tan ilustrado; tan sólo nos limitaremos á consignar que lo mismo tuvo origen entre ellos dicha doctrina que lo tuvieron sus «ungidos» Christos y Sophia. Al primero lo modelaron en el original del «Rey Mesías», el principio masculino de sabiduría, y á la segunda en el tercer Sephiroth, tomándolo de la *Kábala* caldea (3), y hasta del Brahma indio y Saraswâti (4), y del Dioniso y Demetra paganos. Y henos aquí en terreno firme, aun cuando no fuese más que por estar probado hoy día que el *Nuevo Testamento* no apareció en su forma completa, tal como en la actualidad existe, hasta 300 años después del periodo de los apóstoles (5), y por haberse descubierto que el Zohar y otros libros kabalísticos pertenecen al primer siglo anterior á nuestra era, si es que no son todavía más antiguos.

Los gnósticos participaban de muchas de las ideas de los esenios; y los esenios tenían sus Misterios «mayores» y «menores», por lo menos, dos siglos antes de nuestra era. Ellos eran los *Isarim* ó *Iniciados*, los descendientes de los hierofantes egipcios, en cuyo país se habían

(1) El uno y supremo Principio Planetario. (N. del Tr.).

(2) Véase *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, p. 224.

(3) Véase *Zohar; Kub. den.; El Libro del Misterio*, el libro más antiguo de los Kabalistas; y Milman: *Historia del Cristianismo*, pp. 212, 213-215.

(4) Milman: *Historia del Cristianismo*, p. 280. El *Kurios* y *Kora* son repetidamente mencionados en *Justino Mártir*. Véase p. 97.

(5) Véase Olshausen: *Biblischer Commentar über sammtliche Schriften des Neuen Testaments*, II.

establecido por espacio de algunos siglos, antes de ser convertidos al estado monacal búddhico por los misioneros del rey Asoka, y amalgamados después con los primitivos cristianos; y existían, probablemente, antes de que los antiguos templos egipcios fuesen profanados y arruinados por las incesantes invasiones de persas, griegos y otras hordas conquistadoras. Los hierofantes tenían su *redención* establecida en el Misterio de la Iniciación siglos antes de que hubiesen aparecido los gnósticos, y hasta los esenios. Era conocida entre los hierofantes con el nombre de BAUTISMO DE SANGRE, y era considerado no como una compensación por la «caída del hombre» en el Edén, sino sencillamente como una expiación por los pecados pasados, presentes y futuros de la ignorante, pero, á pesar de esto, corrompida humanidad. El hierofante podía escoger entre ofrecer su pura é inocente vida como un sacrificio por su raza á los dioses con los cuales esperaba reunirse, ó bien una víctima animal. Lo primero dependía enteramente de su propia voluntad. En el momento postrero del solemne «nuevo nacimiento», el iniciador transmitía la «palabra» al iniciado, é inmediatamente después de haber este último empuñado un arma con su mano derecha y recibido la orden *de herir* (1). Este es el verdadero origen del dogma cristiano de la redención.

Verdaderamente, los Cristos de las épocas pre-cristianas fueron numerosos. Pero murieron desconocidos para el mundo, desapareciendo

(1) Existe una *superstición* (?) muy generalizada, especialmente entre los eslavos y rusos, de que el *magó* ó brujo no puede morir antes de que haya transmitido la «palabra» á un sucesor. Tan profundamente arraigada se halla entre las creencias populares, que no creemos exista una sola persona en Rusia que no haya oído hablar de ella. Es sumamente fácil descubrir el origen de esta superstición en los antiguos Misterios, que durante siglos estuvieron difundidos por todo el mundo. Los antiguos *Variago-Rouss* tenían sus Misterios lo mismo en el Norte que en el Sur de Rusia; y existen muchas reliquias de la fe largo tiempo ha desaparecida, esparcidas por los territorios regados por el sagrado Dniéper, el Jordán bautismal de toda la Rusia. Ningún *Znachar* (el que sabe) ó *Koldoun* (hechicero), varón ó hembra, puede realmente morir antes de haber transmitido la misteriosa palabra á alguno. Según la creencia popular, en el caso de no cumplir él este requisito, se consumirá y sufrirá por espacio de semanas y meses, y si por último algún día consiguiese libertarse, sería únicamente para ir errante por la tierra, incapaz de abandonar esta región, á menos de encontrar un sucesor aun después de la muerte. Hasta qué punto puede dicha creencia ser comprobada por otros no lo sabemos, pero nosotros hemos presenciado un caso que, por su trágico y misterioso desenlace, vale la pena de citarlo aquí como una demostración del asunto que nos ocupa. Un hombre anciano de un centenar de años poco más ó menos, siervo-campesino del gobierno de S., que gozaba de una gran reputación como hechicero y curandero, según se decía estuvo algunos días moribundo, y sin embargo no acababa de morir. La noticia se difundió con la velocidad del rayo, y el pobre hombre se encontraba abandonado hasta por los individuos de su propia familia, pues á estos les asustaba la idea de recibir la desagradable herencia. Por fin se hizo público en la aldea el rumor de que el moribundo había mandado un recado á un colega menos versado que él en el arte, y que, á pesar de residir en un distrito distante, acudía sin embargo al llamamiento, debiendo llegar á primeras horas de la mañana siguiente. Hallábase entonces allí, visitando al propietario del pueblo, un joven médico que, perteneciendo á la famosa escuela del *Nihilismo* de aquellos días, se reía desafortadamente del suceso. El dueño de la casa, como persona muy piadosa que era y sólo medio inclinado á hacer poco caso de tal «superstición», se sonreía,



tan silenciosa y misteriosamente de la vista del hombre como Moisés de la cumbre del Pisgah, la montaña de Nebo (sabiduría oracular), después de haber impuesto sus manos sobre Josué, el cual, de este modo, quedó «lleno del espíritu de sabiduría» (esto es, *iniciado*).

El misterio de la Eucaristía tampoco pertenece al Cristianismo exclusivamente. Godfrey Higgins prueba que fué instituido muchos centenares de años antes de la «Cena Pascual», y dice que «el sacrificio del pan y del vino era común á muchas naciones antiguas» (1). Cicerón lo menciona en sus obras, y se maravilla de la extrañeza del rito. Desde la fundación de los Misterios, había existido un significado esotérico relacionado con el mismo, y la Eucaristía es uno de los ritos más primitivos de la antigüedad. Entre los hierofantes tenía casi la misma significación que entre los cristianos. Ceres era el *pan*, y Baco era el *vino*; significando el primero la regeneración de la vida, brotando de la semilla, y el segundo, el racimo, emblema de la sabiduría y de la ciencia; estando con mucha propiedad simbolizadas por el vino la

como suele decirse, no más que con un extremo de la boca. Mientras tanto el joven escéptico, para satisfacer su curiosidad, había hecho una visita al viejo moribundo, y, viendo que no podía vivir más allá de veinte y cuatro horas, se propuso demostrar lo absurdo de la «superstición», tomando sus medidas para detener en una población vecina al sucesor que estaba en camino. Por la mañana muy temprano, cuatro personas, que eran el médico, el maestro del lugar, su hija, y la que escribe las presentes líneas, fueron á la choza en que debía realizarse el triunfo del escepticismo. El moribundo se hallaba esperando á su libertador á cada momento, y su angustia por efecto de la tardanza era extrema. Tratamos de persuadir al facultativo á que siquiera por humanidad complaciese al paciente, pero no hizo más que reirse. Tomó con una mano el pulso del hechicero, y con la otra su reloj, y diciéndonos luego en francés que todo acabaría en breves momentos, permaneció absorbido en su experimento profesional. La escena era solemne y aterradora. De repente abrióse la puerta y entró un muchacho, el cual, dirigiéndose al doctor, le dió la noticia de que el *koum* estaba en la aldea vecina con una borrachera tremenda, y que, según *sus órdenes*, no podría estar con el «abuelo» hasta el día siguiente. El joven doctor se sintió confundido, y se disponía á dirigir la palabra al anciano cuando, rápido como el rayo, el Znachar saltó su mano de la suya, y se levantó sobre la cama. Sus ojos profundamente hundidos centelleaban. Su barba y sus cabellos de un blanco amarillento, revueltos y rodeando su lívida faz, le daban un aspecto terrorífico. Un instante después, sus largos y nerviosos brazos estaban aferrados rodeando el cuello del médico, y con una fuerza sobrenatural atraía la cabeza de éste más y más cerca de su propio rostro, junto al cual la tenía sujeta como con un tornillo, mientras *murmuraba* á su oído unas palabras que no pudimos oír. Pugnaba el escéptico por desasirse, pero, sin darle tiempo de ejecutar movimiento alguno, la situación había indudablemente concluido: las manos soltaron su presa, y el viejo hechicero cayó de espaldas: era cadáver! Una extraña y horrible sonrisa dibujábase en aquellos labios marmóreos, una sonrisa de diabólico triunfo y de venganza satisfecha, pero el aspecto del doctor era más pálido y sepulcral que el del muerto mismo. Miró á su alrededor con los ojos extraviados y con una expresión de terror difícil de describir, y, sin contestar á nuestras preguntas, salió atropelladamente de la casa, en dirección del bosque; enviáronse mensajeros en su busca, pero en ninguna parte se le pudo encontrar. A la caída del sol, oyóse una detonación en el bosque. Una hora después el cuerpo del doctor era conducido á la casa con un balazo en la cabeza: el escéptico se había levantado la tapa de los sesos. ¿Qué era lo que le obligó á cometer el suicidio? ¿Qué mágica fascinación había obrado en su mente la «palabra» del hechicero moribundo? ¿Quién podría decirlo?

(1) *Anacalipsis*. Véase también Tertuliano.

acumulación del espíritu de la cosas, y la fermentación y fuerza subsiguiente de aquella ciencia esotérica. Dicho misterio estaba relacionado con el drama del Edén, y, según se dice, fué enseñado primeramente por Jano, el cual fué también el primero que introdujo en los templos los sacrificios del «pan» y del «vino», en conmemoración de la «caída en la generación», como el símbolo de la «semilla». «Yo soy la viña, y mi padre es el viñador», dice Jesús, aludiendo al secreto saber que podía por él ser comunicado. «No beberé yo más del fruto de la viña, hasta aquel día en que lo beba de nuevo en el reino de Dios».

Las fiestas de los Misterios de Eleusis empezaban en el mes de Boëdromion, que corresponde al mes de Septiembre, la época de la vendimia, y duraban desde el día 15 hasta el 22 del mismo mes, *siete* días (1). La solemnidad hebrea de la Fiesta de los Tabernáculos empezaba el día 15 y terminaba el 22 del mes de Ethanim, el cual, como indica Dunlap, es derivado de Adonim, Adonia, Attenim, Ethanim (2); y esta fiesta es llamada en el *Exodo* (XXIII, 16) la fiesta de las *cosechas*. «Todos los varones de Israel se congregaron ante el rey Salomón en la fiesta del mes de Ethanim, que es el *séptimo*» (3).

Plutarco cree que la fiesta de los Tabernáculos pertenecía á los ritos Báquicos y no á los de Eleusis. Así, «se invocaba directamente á Baco», dice. El culto *Sabaziano* era *Sabbático*. Los nombres Evius, ó Hevius, y Luaiois eran idénticos á *Hivita* ó Heveo y *Levita*. El nombre francés de Louis es el *Levi* hebreo. Iacchus es á su vez Iao ó Jehovah; y Baal ó Adón, lo mismo que Baco, era un dios fálico. «¿Quién subirá al monte (el lugar elevado) del Señor?», pregunta el santo rey David, «¿quién permanecerá en el lugar de su *Kadushu* קדושי?» (*Salmos*, XXIV 3). *Kadesh* puede significar en un sentido *consagrar*, *santificar*, y también iniciar ó poner á parte; pero igualmente se expresan con dicho nombre los ministros de los ritos lascivos (el culto de Venus), y la verdadera interpretación de la palabra *Kadesh* está expresada sin ambages ni rodeos en el *Deuteronomio*, XXIII, 17; en Oseas, IV, 14; y en el *Génesis* XXXVIII, desde el versículo 15 al 22. Las «sagradas» *Kadeshuth* de la *Biblia* eran idénticas, en cuanto á los deberes de su oficio, á las muchachas Nautch de las últimas Pagodas indias. Las *Kadeshim* ó *galli* hebreas vivían «en la casa del Señor, en donde las mujeres tejan pabellones para el bosque», ó busto de Venus Astarté, dice el versículo séptimo del capítulo veinte y tres del libro segundo de *Los Reyes*.

La danza ejecutada por David alrededor del arca era la «danza circular» que, según se dice, fué prescrita por las Amazonas para los Misterios. Tal era la danza de las hijas de Silo (*Jueces*, XXI, 21, 23 y

(1) *Antho*, art. Eleusinia.

(2) Dunlap: *Musah*, sus *Misterios*, p. 71.

(3) *1 Reyes*, VIII, 2.

*passim*), como también los saltos de los profetas de Baal (I *Reyes*, XVIII, 26). Era sencillamente un rasgo característico del culto Saabeista, puesto que designaba el movimiento de los planetas alrededor del sol. Que aquella danza era un frenesí Báquico es evidente. En aquella ocasión se empleaban sistros (1), y la burla de Michael y la contestación del Rey son muy expresivas. «El rey de Israel se desnudó delante de las criadas de sus siervos, como se desnudara impudicamente un hombre *vano* (disoluto)». Y él replica: «Yo me holgaré (obraré lascivamente) ante יהיה, y me haré todavía más vil que esta vez, y me degradaré ante mis propios ojos». Cuando recordamos que David había vivido entre los Tirios y los Filisteos, en donde sus ritos eran comunes; y que realmente había conquistado aquel territorio de la casa de Saúl, con la ayuda de mercenarios de su país, la tolerancia, y hasta quizás la introducción de semejante culto pagano por el débil «salmista» parece muy natural.

David nada sabía acerca de Moisés, á lo que parece, y, si introdujo el culto de Jehovah, no fué bajo su carácter monoteísta, sino sencillamente como el de uno de tantos dioses de las naciones vecinas — una deidad tutelar á la cual había dado la preferencia y escogido entre «todos los demás dioses».

Pasando revista sucesivamente á los dogmas cristianos, si concentramos nuestra atención sobre uno que ha provocado las más violentas luchas hasta su reconocimiento, el dogma de la Trinidad, ¿qué es lo que encontramos? Hemos dado con él, como hemos visto, al Nordeste del Indo, y siguiendo sus huellas por el Asia Menor y la Europa, lo hemos descubierto en cada uno de los pueblos que han tenido algo que se pareciese á una religión establecida. Era enseñado en las más antiguas escuelas caldeas, egipcias y mithraicas. Mithra, el Dios Solar caldeo, era llamado «Triple», y la idea trinitaria de los caldeos era una doctrina de los akkadios, quienes, á su vez, pertenecían á una raza que fué la primera en concebir una trinidad metafísica. Los caldeos eran una tribu de los akkadios, según Rawlinson, los cuales vivían en Babilonia desde los tiempos más remotos. Según otros, eran turanios, é instruyeron á los babilonios en las primeras nociones de la religión. Pero estos mismos akkadios ¿quiénes eran? Aquellos sabios que quisieran atribuirles un origen turanio hacen de ellos los inventores de los caracteres cuneiformes; otros les llaman sumerianos; otros, aun, quieren respectivamente que su lengua, de la cual (por muy buenas razones) no queda vestigio alguno, sea kasdea, caldaica, proto-caldea, kasdo-scítica, y así sucesivamente. La única tradición

(1) Instrumento músico que consistía en un aro de metal con algunas varillas también metálicas y provisto de un mango para agitarlo con la mano. Era usado por los antiguos egipcios, especialmente para el culto de Isis. (N. del Tr.).

digna de crédito es que estos akkadios instruyeron á los babilonios en los Misterios, y les enseñaron el lenguaje del *Misterio* ó sacerdotal. Estos akkadios eran entonces sencillamente una tribu de los brahmanes indios, ahora llamados arios, siendo su lenguaje nativo el sánscrito (1) de los Vedas; y el lenguaje sagrado ó del Misterio, aquel que aún en nuestros días es usado por los fakires indios y brahmanes iniciados, en sus evocaciones mágicas (2). Dicho lenguaje ha sido y todavía es empleado, desde tiempo inmemorial, por los iniciados de todos los países, y los lamas thibetanos pretenden que en esta lengua aparecen los misteriosos caracteres en las hojas y en la corteza del sagrado Koumboum.

Jaccoliot, que se tomó tanto trabajo para penetrar los misterios de la iniciación brahmánica, al traducir y comentar el *Agrouchada-Parikshai*, confiesa lo siguiente:

«Se pretende también, sin que nos haya sido posible comprobar tal aserción, que las evocaciones mágicas eran pronunciadas en un lenguaje especial, estando prohibido, bajo pena de muerte, el traducirlas á los dialectos vulgares. Las raras expresiones que hemos podido coger, tales como: *L'rhom*, *h'hom*, *sh'hrum*, *sho'rhim*, son efectivamente muy extrañas, y no parecen pertenecer á ningún idioma conocido» (3).

Aquellos que han visto á un fakir ó lama recitando sus *mantras* y conjuraciones saben que jamás pronuncia sus palabras de un modo perceptible cuando se está preparando para un fenómeno. Muévense sus labios, pero nadie oirá la terrible fórmula pronunciada, excepto en el interior de los templos, y entonces en un cauteloso susurro. Este era, pues, el lenguaje respectivamente bautizado ahora por cada sabio, según sus tendencias imaginativas y filológicas, como kasdeo-semítico, escítico, proto-caldeo y otros nombres por el estilo.

Apenas hay dos, aun entre los más sabios filólogos sanscritistas, que estén de acuerdo en cuanto á la verdadera interpretación de las palabras Védicas. Publica uno de ellos un ensayo, un discurso, un tratado, una traducción ó un diccionario: inmediatamente después todos los demás se lanzan á discutir unos con otros y con aquél acerca de sus pecados de omisión y comisión. El profesor Whitney, el más eminente de los orientalistas americanos, dice que las notas del profesor Max-Müller sobre el *Rig Veda Sánhita* «distan mucho de mostrar aquel

(1) Recordemos con este motivo que el coronel Vans Kennedy hace mucho tiempo que ha declarado su opinión de que Babilonia fué en otro tiempo el centro del lenguaje sánscrito y de la influencia brahmánica.

(2) «El *Agrouchada-Parikshai*, que revela hasta cierto punto el orden de la iniciación, no da la fórmula de evocación», dice Jaccoliot, y añade que, según algunos brahmanes, «estas fórmulas jamás han sido escritas; eran y son todavía comunicadas pronunciándolas en voz baja al oído de los adeptos» («la boca al oído y la palabra en voz baja», dicen los masones). — *Le Spiritisme dans le Monde*, p. 108.

(3) *Le Spiritisme dans le Monde*, p. 108.

juicio sano y profundo, aquella moderación y sobriedad que figuran entre las más preciosas cualidades de un exégeta». El profesor Müller se vuelve airado contra sus críticos, diciéndoles que «no sólo es el goce acibarado el premio inherente á toda obra hecha de buena fe, sino que el egoísmo, la malicia y hasta *la falsedad* llevan siempre la mejor parte, y se detiene el sano desarrollo de la ciencia». Difiere «en muchos casos de las explicaciones de las palabras Védicas dadas por el profesor Roth» en su *Diccionario Sánscrito*, y Whitney les limpia á ambos la cabeza, diciendo que indudablemente hay palabras y frases «con respecto á las cuales uno y otro serán enmendados más adelante».

En el tomo primero de sus *Chips*, el profesor Müller estigmatiza todos los *Vedas* excepto el *Rig*, incluyendo al *Atharva Veda*, calificándolos de «jerigonza teológica», mientras que el profesor Whitney considera á este último como la más grande y valiosa de las cuatro colecciones, inmediatamente después del *Rig*. Pero volvamos al caso de Jacolliot. El profesor Whitney le vilipendia acusándole de «chapurero y farsante», y, como hemos indicado antes, este es el veredicto general. Pero cuando apareció la *Bible dans l'Inde*, la Sociedad Académica de S. Quintín pidió á M. Textor de Ravisi, ilustrado indianista y gobernador que fué de Karikal, India, durante diez años, que emitiese un informe acerca de los méritos de dicha obra. M. Textor era ferviente católico y encarnizadamente opuesto á las conclusiones de Jacolliot, en las que se desacreditaban las revelaciones mosaicas y católicas; pero se vió obligado á decir: «Escrita con buena fe, en un estilo fluido, vigoroso y apasionado, con una argumentación fácil y variada, la obra de Mr. Jacolliot es de un interés absorbente... un docto trabajo acerca de hechos conocidos y con argumentos familiares».

No necesitamos más. Goce Jacolliot del beneficio de la duda, cuando tan respetabilísimas autoridades están haciendo todo cuanto pueden para declararse recíprocamente incompetentes y literarios jornaleros. Nosotros convenimos por completo con el profesor Whitney en que «el axioma de que (¿para los críticos europeos?) es mucho más fácil destruir que construir, en ningún caso es más cierto que cuando se trata de materias relacionadas con la arqueología y la historia de la India» (1).

Babilonia se encontró en el camino de la gran corriente de la más primitiva emigración india, y los babilonios fueron uno de los primeros pueblos que recibieron el beneficio de la misma (2). Aquellos

(1) W. D. Whitney: *Estudios orientales y lingüísticos, El Veda*, etc.

(2) Jacolliot parece haber demostrado muy lógicamente las absurdas contradicciones de algunos filólogos, antropólogos y orientalistas, con respecto de sus manías *Akkadia* y *Semítica*. «No hay quizás en sus negaciones mucha buena fe», escribe. «Los sabios que

*khaldi* eran los adoradores del Dios-Luna, *Deus Lunus*, de cuyo hecho podemos inferir que los akkadios —si tal debe ser su nombre— pertenecían á la raza de los Reyes de la Luna, quienes, según la tradición, reinaron en Pruyay, actualmente Allahabad. Entre ellos, la trinidad del *Deus Lunus* se manifestaba en las tres fases lunares, completando el cuaternario con la cuarta, y simbolizando la muerte del Dios-Luna por medio de su desvanecimiento gradual y su desaparición final. Su muerte era alegorizada por ellos y atribuida al triunfo del genio del mal sobre la deidad difundidora de luz; de la propia manera que las naciones posteriores alegorizaban la muerte de sus dioses solares, Osiris y Apolo, á manos de Tifón, y del gran Dragón Pitón, cuando el sol entraba en el solsticio de invierno. Babel, Arach y Akkad son otros tantos nombres del sol. Los *Oráculos Zoroastrianos* son completos y explícitos respecto de la Divina Tríada. «Una tríada de Deidad brilla en toda la extensión del mundo, cuya cabeza es una Mónada», dice el reverendo Dr. Maurice. «Porque desde esta Tríada, en los profundos senos, son gobernadas todas las cosas», dice un oráculo caldeo. El *Phos*, *Pur* y *Phlox* de Sanchoniathón (1) son Luz, Fuego y Llama: tres manifestaciones del Sol que es *uno*. Bel-Saturno, Júpiter-Bel y Bel ó Baal-Chom constituyen la trinidad caldea (2). «El Bel babilónico era considerado bajo el aspecto Trino de Belitán, Zeus-Belus (el mediador) y Baal-Chom, que es Apolo Chomeo. Este era el Trino aspecto del 'Dios Supremo', el cual es, según Berosio, ó bien El (el Hebreo), Bel, Belitán, Mithra ó Zervana, y tiene el nombre de *pater*, el Padre» (3). Los Brahma, Vishnú y Siva, (4) correspondientes á Poder, Sabiduría y Justicia, los cuales corresponden á su vez á Espíritu, Materia y Tiempo, y al Pasado, Presente y Futuro, pueden ser encontrados en el templo de Gharipuri; millares de dogmáticos brahmanes adoran estos atributos de la Deidad Védica, mientras que los severos monjes y monjas del buddhístico Thibet reconocen únicamente la trinidad sagrada de las tres virtudes cardinales: *Pobreza*, *Castidad* y *Obediencia*, profesadas por los cristianos, practicadas por los buddhistas y algunos indos tan sólo.

La Triple Deidad persa también consta de tres personas: Ormuzd,

han inventado los pueblos Turanios saben muy bien que en Manú solamente hay más filosofía y ciencia verdadera que en todo lo que este pretendido Semitismo nos ha ofrecido hasta aquí; pero son esclavos de un sendero que algunos de ellos vienen siguiendo durante los últimos quince, veinte y hasta treinta años.... Nada, por lo tanto, esperamos del presente. La India deberá su reconstitución á los sabios de la generación próxima».(*La Genèse de l'Humanité*, pp. 60-61).

(1) Cory: *Anc. Frag.*

(2) Movers: *Phoinizer*, 263.

(3) Dunlap: *Sp. Hist. of Man*, p. 281.

(4) Siva no es un dios de los *Vedas*, estrictamente hablando. Cuando fueron escritos los *Vedas*, gozaba del rango de Maha-Deva ó Bel entre los dioses de la India aborigen.

Mithra y Ahrimán. «Es aquel principio — dice Porfirio (1) — del cual el autor del *Sumario Caldaico* dice: 'Ellos conciben que existe un principio de todas las cosas, y declaran que es uno y bueno'». El ídolo chino Sanpao consta de tres iguales en todos conceptos (2), y los peruanos «suponían que su Tanga-Tanga era uno en tres, y tres en uno», dice Faber (3). Los egipcios tenían sus Emept, Eictón y Phta, y el triple dios sentado en el Loto puede verse en el Museo de S. Petersburgo, en una medalla de los tártaros del Norte.

Entre los dogmas de la Iglesia que recientemente han sufrido de un modo más serio á manos de los orientalistas, el último en cuestión ocupa un lugar preferente. La reputación de cada uno de los tres personajes de la antropomórfica divinidad, como una revelación original á los cristianos por efecto de la voluntad divina, se ha visto lastimosamente comprometida por las investigaciones acerca de sus predecesores y de su origen. Los orientalistas han publicado, tocante á la semejanza entre el Brahmanismo, Buddhismo y Cristianismo, más de lo que era estrictamente del gusto del Vaticano. La aserción de Draper de que el «Paganismo fué modificado por el Cristianismo, y el Cristianismo por el Paganismo» (4) se está comprobando todos los días.

«El Olimpo fué restaurado, sólo que las divinidades pasaron con otros nombres», dice, hablando del período de Constantino. «Las provincias más poderosas insistieron en que se adoptasen sus veneradas concepciones de otros tiempos. Quedaron admitidas las ideas de la Trinidad conformes con las tradiciones egipcias. No sólo se restableció con otro nombre nuevo el culto de Isis, sino que hasta reapareció su imagen, de pie sobre la media luna. La bien conocida figura de esta diosa con el niño Horus en sus brazos ha llegado hasta nuestros días en las bellas y artísticas creaciones de la Virgen y el Niño».

Pero á la Virgen «Madre de Dios», Reina del Cielo, puede atribuírsele un origen todavía más antiguo que el egipcio y caldeo. Aunque Isis es también por derecho propio la Reina del Cielo, y está generalmente representada llevando en la mano la Cruz *Ansata*, compuesta de la cruz mundana y del *Stauros* de los gnósticos, es ella muchísimo más joven que Neith, la virgen celestial. En una de las tumbas de los Faraones, Ramsés, en el valle de Bibán-el-Molouk, en Thebas, Champollion el menor descubrió una pintura que en su opinión es la más antigua que se haya podido encontrar. Representa

(1) *De Antro Nympharum*.

(2) «Navarrete», lib. II, c. x.

(3) *Del origen de la idolatría pagana*.

(4) Isis y Osiris, como dicen los libros sagrados de Egipto, aparecieron (esto es, fueron adorados) en la tierra, posteriormente á Thot, el primer Hermes, llamado Trismegisto, quien escribió todo un libro sagrado por mandato de Dios, ó por «divina revelación». El compañero é instructor de Isis y Osiris era Thot ó Hermes II, el cual era una encarnación del Hermes celestial.

los cielos, simbolizados por la figura de una mujer adornada con estrellas. El nacimiento del sol está figurado por un tierno infante sacando del seno de su «Divina Madre».

En el *Libro de Hermes* titulado «Pymander», está enunciado en distintas é inequívocas sentencias todo el dogma trinitario aceptado por los cristianos. «La luz es yo», dice Pymander, el DIVINO PENSAMIENTO. «Yo soy el *nous* ó inteligencia, y yo soy tu dios, y yo soy mucho más antiguo que el principio humano que huye de la sombra. Yo soy el germen del pensamiento, el VERBO resplandeciente, el HIJO de Dios. Piensa que lo que así ves y oyes en ti es el *Verbo* del Maestro, es el Pensamiento, el cual es Dios Padre..... El océano celestial, el *ÆTER*, el cual fluye de oriente á occidente, es el aliento del Padre, el Principio dispensador de vida, el ESPÍRITU SANTO!» «Porque ellos no están separados en modo alguno, y su unión constituye la VIDA».

Por antiguo que sea el origen de Hermes, perdido en los tiempos desconocidos de la colonización egipcia, no deja de existir una profecía mucho más antigua todavía, relacionada directamente con el Christna indio, según los brahmanes. Es por lo menos muy extraño que los cristianos pretendan fundar su religión en una profecía de la *Biblia* que no existe en ninguna parte de aquel libro. ¿En qué capítulo ó versículo Jehovah, el «Señor Dios», promete á Adán y Eva enviarles un Redentor que salvará á la humanidad? «Yo pondré enemistad entre tí y la mujer», dice el Señor Dios á la serpiente, «y entre tu simiente y la suya; ella te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar».

No existe en estas palabras la menor alusión á un Redentor, y la más sutil de las inteligencias no podría deducir de las mismas, tal como figuran en el tercer capítulo del *Génesis*, nada que se parezca á lo que los cristianos se han imaginado encontrar. Por otra parte, en las tradiciones y en *Manú*, Brahma promete directamente á la primera pareja enviarles un Salvador que les enseñará el camino de la salvación.

«De los labios de un mensajero de Brahma, que nacerá en Kurukshetra, Matsya, y el territorio de Pantchola, también llamado Kanya-Cubja (montaña de la Virgen), todos los hombres de la tierra aprenderán su deber», dice *Manú* (lib. II, slokas 19 y 20).

Los mejicanos llaman al Padre de su Trinidad *Yzona*; al Hijo, *Bacab*, y al Espíritu Santo, *Echvah*, «y dicen que ellos la recibieron (esta doctrina) de sus antecesores» (1). Entre las naciones semíticas, podemos hacer remontar la trinidad hasta los prehistóricos tiempos del fabuloso Sesostris, el cual es identificado, por más de un crítico, con Nemrod, «el poderoso cazador». Manethón refiere que el oráculo reprendió al rey cuando este último preguntaba: «Dime, oh tú, fuerte

(1) Lord Kingsborough: *Ant. Mex.*, p. 165.



en fuego, ¿quién antes de mí pudo subyugar todas las cosas, y quién lo podrá hacer después de mí?» Y el oráculo dijo así: «Primero Dios, después el Verbo, y después *el Espíritu*» (1).

En lo que antecede está la causa del odio feroz de los cristianos hacia los paganos y teurgistas. Demasiado es lo que se han *apropiado*; las antiguas religiones y los neo-platónicos han sido sujetos por ellos á una contribución suficiente para dejar perplejo al mundo durante varios millares de años. Si las antiguas creencias no hubiesen sido rápidamente olvidadas, hubiera sido imposible predicar la religión cristiana como una nueva Ley, ó como la Revelación directa de Dios Padre por medio de Dios Hijo, y bajo la influencia de Dios Espíritu Santo. Como exigencia política, los Padres, para satisfacer los deseos de sus ricos conversos, habían instituido igualmente las fiestas de Pan, y en esto fueron tan lejos que llegaron á aceptar las ceremonias hasta entonces celebradas por el mundo pagano en honor del *Dios de los jardines*, en toda su primitiva *sinceridad*. (2) Tiempo era ya de romper estas relaciones. O bien el culto pagano y la teúrgia neo-platónica, con todo su ceremonial mágico, debían ser destruidos para siempre, ó bien los cristianos debían convertirse en neo-platónicos.

Las fieras polémicas y los singulares combates entre Ireneo y los gnósticos son demasiado conocidos para repetirlos ahora de nuevo. Continuaron unos dos siglos después que el poco escrupuloso obispo de Lyon hubo pronunciado su última religiosa paradoja. Celso, el neo-platónico y discípulo de la escuela de Ammonio Saccas, había sembrado la discordia entre los cristianos, y hasta había detenido durante algún tiempo los progresos del proselitismo, probando con muy buen éxito que las más originales y puras formas de los principales dogmas del Cristianismo debían buscarse únicamente en las enseñanzas de Platón. Celso les acusaba de aceptar las peores supersticiones del Paganismo y de intercalar pasajes enteros de los libros de las Sibilas, sin comprender debidamente su significado. Las acusaciones eran tan justas y los hechos tan patentes que durante mucho tiempo ningún escritor cristiano se atrevió á contestar al ataque. Orígenes, apremiado por las vehementes súplicas de su amigo Ambrosio, fué el primero en tomar la defensa, porque, habiendo pertenecido á la misma escuela platónica de Ammonio, era considerado como el hombre más competente para refutar los bien fundados cargos. Pero su elocuencia fracasó, y el único remedio que pudo encontrarse era destruir los mismos escritos de Celso (3). Esto podía solamente llevarse á

(1) *Ap. Malal.*, lib. I, cap. IV.

(2) Payne Knight: *Culto fálico*.

(3) El Celso anteriormente mencionado, que vivió entre los siglos II y III, no es Celso el Epicúreo. Este último escribió varias obras contra la Magia, y vivió mucho antes, durante el reinado de Adriano.

cabo durante el siglo V, cuando se habían sacado copias de esta obra y eran en gran número los que las habían leído y estudiado. Si ningún ejemplar de dichas obras ha llegado á nuestra actual generación de sabios, no es porque al presente no exista ninguno de ellos, sino por la sencilla razón de que los monjes de cierta iglesia oriental del monte Athos no quieren enseñarlo ni confesar que tienen uno en su poder (1). Quizás ni ellos mismos conocen el valor del contenido de sus manuscritos, por razón de su crasa ignorancia.

La dispersión de la Escuela eclética había llegado á ser la más anhelada esperanza de los cristianos. Había sido prevista y contemplada con viva ansiedad, y por fin se realizó. Los miembros fueron dispersados por los monstruos Teófilo, obispo de Alejandría, y su nieto Cirilo, el asesino de la joven, instruida é inocente Hypatia! (2).

Con la muerte de la martirizada hija de Theón, el matemático, no quedaba posibilidad alguna para los neo-platónicos de continuar su escuela en Alejandría. Durante la vida de la joven Hypatia, su

(1) Estos hechos los hemos recogido de un testigo fidedigno que no tenía el menor interés en inventar semejante historia. Habiéndose lastimado una pierna por haberse caído desde el vapor al bote en el cual iba á desembarcar en el Monte, fué cuidado por aquellos monjes, y durante su convalecencia logró, á fuerza de dádivas y de dinero, llegar á ser su mayor amigo, y finalmente ganó su confianza por completo. Habiendo pedido que le prestaran algunos libros, fué conducido por el Superior á un espacioso sótano, en el cual guardaban ellos sus vasos sagrados y otros objetos. Abriendo un gran cofre lleno de antiguos y mohosos manuscritos y rollos, el Superior invitó á nuestro amigo á *entretenerse* con ellos. El individuo en cuestión era un sabio, y estaba muy versado en la literatura griega y latina. «Quedéme asombrado —dice en una carta particular—y casi me faltaba el aliento al encontrar entre aquellos antiguos pergaminos, tan abandonados, algunas de las más valiosas reliquias de los primeros siglos, hasta entonces consideradas como perdidas». Entre otros, encontró un manuscrito medio destruido del cual está perfectamente seguro que era un ejemplar de la «Verdadera Doctrina», el *Logos alethés* de Celso, obra de la cual Orígenes ha citado páginas enteras. Nuestro viajero tomó tantas notas como pudo aquel día, pero en cuanto propuso al Superior comprar alguno de aquellos manuscritos, se encontró, con gran sorpresa suya, que no podía tentar á aquellos monjes por mucho dinero que les ofreciese. No sabían ellos el contenido de los manuscritos, ni «les importaba saberlo», decían. Pero aquel «montón de escritos», añadían ellos, les había sido transmitido de una generación á otra, y existía una tradición entre ellos según la cual dichos papeles vendrían á ser algún día otros tantos medios para aplastar á la «Gran Bestia del Apocalypsis», su enemiga tradicional, la Iglesia de Roma. Estaban en continuas pugnas y querellas con los monjes católicos, y entre el «montón» sabían ellos que existía una «santa» reliquia que les protegía. No sabían cuál era, y por esta razón, en medio de sus dudas, se abstentían. Parece ser que el Superior, que era un griego muy sagaz, comprendió la torpeza que había cometido, y se arrepintió de la amabilidad, puesto que lo primero que hizo fué obligar al viajero á darle su más sagrada palabra de honor, reforzada con un juramento que le hizo prestar ante la imagen de la Santa Patrona de la isla, de que jamás revelaría tal secreto y que, cuando menos, jamás mencionaría el nombre del convento. Y por último, cuando el curioso sabio que había pasado quince días leyendo toda clase de anticuados deshechos, antes de que lograrse dar con algún manuscrito precioso, manifestó el deseo de tener la clave para «entretenerse» otra vez con tales escritos, le dijeron muy *ingenuamente* que la «clave se había perdido» y que no sabían donde ir á buscarla. Y de este modo tuvo que contentarse con las pocas notas que había tomado.

(2) Véase la novela histórica de Canon Kingsley, *Hypatia*, en la cual se pinta con vivos colores la trágica suerte de aquella joven mártir.

amistad é influencia con Orestes, gobernador de la ciudad, había sido causa de que los filósofos gozasen de seguridad y protección contra sus sanguinarlos enemigos. Con su muerte perdieron ellos al más poderoso de sus amigos. Del mucho respeto que le profesaban todos cuantos conocían su erudición, carácter y nobles virtudes, podemos juzgar por las cartas á élla dirigidas por Sinesio, obispo de Ptolemaida, algunos de cuyos fragmentos han llegado hasta nosotros. «Mi corazón anhela la presencia de vuestro espíritu divino—escribía aquel obispo en el año 413 después de J. C.,—que más que nada mitigaría la amargura de mi suerte». En otra ocasión dice: «¡Oh, madre mía, hermana mía, mi maestro y bienhechor! Mi alma está muy triste. El recuerdo de mis hijos, á quienes he perdido, me está matando... Cuando tenga noticias vuestras, y sepa, como espero, que sois más afortunada que yo, seré por lo menos la mitad menos desgraciado».

¡Cuál habría sido el sentimiento del más noble y digno de los obispos cristianos, que había sacrificado su familia, sus hijos y su bienestar por la fe hacia la cual había sido atraído, si una visión profética le hubiese revelado que el único amigo que le quedaba, su «madre, su hermana, su bienhechor», pronto se convertiría en una masa informe de carne y sangre, machacada hasta quedar reducida á gelatina bajo los golpes de la maza de Pedro el Lector, y que su joven é inocente cuerpo sería reducido á pedazos, «la carne raspada de los huesos» con conchas de ostra, y el resto de la misma arrojado al fuego por orden del mismo obispo Cirilo, á quién él conocía tan bien, Cirilo, el Santo CANONIZADO!! (1).

No ha existido nunca en los anales del mundo una religión que tenga tan sangrientos recuerdos como el Cristianismo. Todo lo demás, incluyendo á las feroces y tradicionales luchas del «pueblo escogido» con sus próximos parientes, las idólatras tribus de Israel, palidece ante el cruel fanatismo de los pretendidos secuaces de Cristo. La misma rápida difusión del Mahometismo ante la conquistadora espada del profeta del Islam es una consecuencia directa de las sangrientas luchas y discordias entre los cristianos. La guerra intestina entre los Nestorianos y los Cirilianos fué lo que engendró el Islamismo; y en el convento de Bozrah fué en donde la prolífica semilla fué por vez primera sembrada por Bahira, monje nestoriano. Abundan-

(1) Rogamos al lector que tenga presente que es este mismo Cirilo el que fué acusado y reconocido culpable de haber vendido los ornamentos de oro y plata de su iglesia, y de haber gastado el dinero. Cirilo confesó su delito, pero trataba de excusarse alegando que había empleado la moneda en favor de los pobres, pero no pudo presentar prueba alguna de lo mismo. Su doblez con Arrio y su secta es bien conocida. De modo que uno de los primeros santos cristianos y el fundador de la Trinidad aparece en las páginas de la historia como un asesino y un ladrón.

temente regado por ríos de sangre, el árbol de la Meca ha crecido hasta el punto que le vemos hoy cobijar bajo su sombra á cerca de doscientos millones de individuos. Las recientes atrocidades de Bulgaria no son otra cosa que la consecuencia natural del triunfo de Cirilo y de los Mariólatras.

El político astuto y cruel, el intrigante monje, glorificados por la historia eclesiástica con la aureola de los santos mártires, y por otra parte los despojados filósofos, los neo-platónicos y los gnósticos diariamente anatematizados en todo el mundo por la Iglesia durante largos y azarosos siglos. La maldición de la indiferente Deidad á cada momento invocada contra los ritos mágicos y la práctica teúrgica, y por otro lado el mismo clero cristiano practicando la *hechicería* por espacio de siglos. Hypatia, la gloriosa doncella-filósofo, despedazada por el populacho cristiano; y en cambio, mujeres tales como Catalina de Médicis, Lucrecia Borgia, Juana de Nápoles y las Isabeles de España, presentadas á la faz del mundo como fieles hijas de la Iglesia, y hasta algunas de ellas condecoradas por el mismo Papa con la orden de la «Rosa Inmaculada», el más elevado emblema de la pureza y virtud mujeriles, y un símbolo consagrado á la Virgen Madre de Dios. Tales son los ejemplos de la humana justicia. ¡Cuánto menos impío no parece el desechar completamente á María como diosa inmaculada que dedicarle un culto idólatra, acompañado de prácticas semejantes!

En el capítulo próximo presentaremos unos cuantos ejemplos de hechicería, practicados bajo el amparo de la Iglesia Romana.

## CAPÍTULO II

«Pretenden ellos por medio de millas señalar los límites, dimensiones y extensión del infierno..... en donde las almas entumecidas en alumada mazmorra cuelgan como un jamón de Westphalia ó una lengua de vaca, para ser redimidas con misas y salmodias».

OLDHAM: *Sátiras contra los Jesuitas.*

«York.—Pero vosotros sois más inhumanos, más miserables—¡oh!, diez veces más—que los tigres de la Hircania».

*Rey Enrique VI.* Tercera parte. Act. I. Escena IV.

«War.—Y atended, señores; como que se trata de una doncella, no economicéis los haces de leña; que haya bastantes; y colocad barriles de pez en la hoguera fatal».

*Rey Enrique VI.* Primera parte. Act. V. Escena IV.

EN la famosa obra de Bodin referente á hechicería (1), se halla una espantosa historia acerca de Catalina de Médicis. El autor de dicha obra era un ilustrado publicista que por espacio de veinte años estuvo coleccionando documentos auténticos sacados de los archivos de casi todas las ciudades importantes de Francia, para escribir una obra completa sobre la hechicería, magia y el poder de varios «demonios». Empleando una expresión de Eliphaz Levi, su libro presenta una notabilísima colección de «sangrientos y espantosos hechos; actos de repugnante superstición, encarcelamientos y ejecuciones de la más estúpida ferocidad». «¡Quemar á todo el mundo!», parece que decía la Inquisición: Dios distinguirá fácilmente á los suyos. Pobres locos, mujeres histéricas é idiotas eran asados vivos, sin compasión, por el crimen de «magia». Pero «al mismo tiempo, ¡cuántos grandes criminales escapaban á esta injusta y sanguinaria *justicia!* Esto es lo que Bodin nos hace apreciar perfectamente».

Catalina, la piadosa cristiana que tan meritoria se había hecho á los ojos de la Iglesia de Cristo por la horrenda é inolvidable carnicería de San Bartolomé, la reina Catalina, decimos, tenía á su servicio un apóstata sacerdote jacobino. Sumamente versado en el

(1) *La Demonomanie, ou traité des Sorciers*, Paris, 1587.

«negro arte», tan bien patrocinado por la familia Médicis, se había hecho acreedor á la gratitud y protección de su piadosa señora, gracias á su destreza sin igual en matar gente á distancia, torturando por medio de varios hechizos sus figuras de cera. El proceso ha sido descrito repetidas veces, y apenas necesitamos repetirlo.

Carlos estaba en cama, atacado de incurable dolencia. La reina madre, que con la muerte del paciente iba á perderlo todo, recurrió á la nigromancia, y consultó el oráculo de la «cabeza sangrienta». Esta operación infernal requería la decapitación de un niño que debía poseer una grande hermosura y pureza. Dicho niño había sido preparado secretamente para su primera comunión por el *capellán* de palacio, el cual estaba enterado del complot, y á la media noche del día señalado, en el aposento del enfermo y en presencia sólo de Catalina y de unos pocos de sus confederados, se celebró la «misa del diablo». Permitasenos citar el resto de la historia tal como la encontramos en una de las obras de Levi: «En esta misa celebrada ante la imagen del demonio, teniendo bajo sus pies una cruz invertida, el hechicero consagraba dos hostias, negra la una y blanca la otra. La blanca la daban al niño, al cual conducían vestido como para el bautismo, y á quien mataban en las mismas gradas del altar inmediatamente después de su comunión. La cabeza, separada del tronco de un solo golpe, era colocada palpitante sobre la gran hostia negra que cubría el fondo de la patena, y luego la dejaban encima de una mesa en la cual ardían algunas lámparas misteriosas. Entonces empezaba el exorcismo, y el demonio tenía que pronunciar un oráculo y contestar por la boca de dicha cabeza á una pregunta secreta que el rey no se atrevía pronunciar en alta voz y que no había sido comunicada á nadie. En aquel momento, una voz débil, una voz extraña, que nada tenía de humana, se dejó oír en la cabeza de este desgraciado y pequeño mártir». De nada sirvió tal hechicería: el rey murió, y..... Catalina continuó siendo la fiel hija de Roma!

¡Cuán extraño es que des Mousseaux, que con tanta libertad emplea los materiales de Bodin para formular su formidable acusación contra los espiritistas y otros hechiceros, haya pasado por alto este interesante episodio!

Es un hecho bien probado que el papa Silvestre II fué acusado públicamente por el cardenal Benno de encantador y hechicero. La «cabeza oracular» de bronce, fabricada por Su Santidad, era de la misma especie que la construída por Alberto Magno. Esta última fué hecha pedazos por Tomás de Aquino, no porque fuese obra del «demonio» ó estuviese habitada por él, sino porque el espíritu que estaba encerrado en ella por la fuerza magnética hablaba sin parar, y su charla continua impedía al elocuente santo trabajar en sus pro-

blemas matemáticos. Estas cabezas y otras estatuas parlantes, trofeos de la ciencia mágica de los monjes y obispos, eran facsímiles de los dioses «animados» de los antiguos templos. La acusación contra el Papa resultó cierta en aquella época. También se probó que estaba constantemente acompañado de «demonios» ó espíritus. En el capítulo anterior hemos mencionado á Benedictino IX, Juan XX y á los Gregorios VI y VII, todos los cuales eran conocidos como magos. Este último Papa era además el famoso Hildebrando, del cual se ha dicho que era tan experto «en hacer salir rayos de la manga de su vestido»; lo cual ha dado motivo al respetable escritor espiritista, Mr. Howitt, para creer que «este era el origen del célebre rayo del Vaticano».

Las mágicas hazañas del obispo de Ratisbona y las del «angélico doctor» Tomás de Aquino son demasiado conocidas para relatarlas de nuevo; sin embargo, más adelante expondremos la manera como eran producidas las «ilusiones» del mencionado obispo. Si el prelado católico era tan hábil para hacer creer á la gente, durante una cruda noche de invierno, que estaban gozando de las delicias de un espléndido día de verano, y hacer que los carámbanos pendientes de las ramas de los árboles del jardín pareciesen otros tantos frutos tropicales, también los magos de la India ponen en juego semejantes poderes biológicos aun hoy día mismo, sin necesitar para nada el auxilio de ningún dios ni del diablo. Todos estos «milagros» son producidos por el mismo poder humano que es inherente á todos los hombres, únicamente con tal que sepan desarrollarlo.

Durante la época de la Reforma, el estudio de la alquimia y de la magia había adquirido tal preponderancia entre el clero, que había dado lugar á graves escándalos. El cardenal Wolsey era públicamente acusado, ante el tribunal y el consejo privado, de complicidad con un hombre llamado Wood, conocido como hechicero, el cual dijo que: «*Mi señor el Cardenal posee un anillo tal que cualquier cosa que desea de la gracia de los Reyes le es concedida*»; añadiendo que: «*Maese Cromwell, cuando él.... estaba de criado en casa de mi señor el cardenal.... leía muchos libros, y especialmente el libro de Salomón.... y estudiaba los metales y las virtudes que ellos poseen según el canon de Salomón*». Este caso, juntamente con varios otros igualmente curiosos, puede encontrarse entre los papeles de Cromwell, en la oficina de Archivos de la Casa de Documentos Públicos.

Un sacerdote llamado William Stapleton fué preso por conjurador durante el reinado de Enrique VIII, y se conserva todavía en la Casa de los Documentos Públicos una relación de sus aventuras. El sacerdote siciliano á quien Benvenuto Cellini llama nigromántico se hizo famoso por sus afortunadas conjuraciones, y nunca fué molestado. La notable aventura que con él tuvo Cellini, en el Colosseum,

en donde el sacerdote conjuró una legión entera de diablos, es bien conocida del público ilustrado. El subsiguiente encuentro de Cellini con su amiga, tal como le fué predicho y anunciado por el conjurador, en el tiempo preciso fijado por él, será considerado, por supuesto, como una «curiosa coincidencia». A últimos del siglo diez y seis, con dificultad podía encontrarse una parroquia en la cual los sacerdotes no se entregasen al estudio de la magia y de la alquimia. La práctica del exorcismo para expeler los diablos «imitando á Cristo», el cual, dicho sea de paso, jamás empleó el exorcismo, condujo al clero á dedicarse abiertamente á la «sagrada» magia en oposición al «negro arte», de cuyo último crimen eran acusados todos aquellos que no eran ni sacerdotes ni monjes.

Los conocimientos ocultos espigados por la Iglesia Romana en los en otro tiempo fértiles campos de la teúrgia los reservaba ella cuidadosamente para su propio uso, y enviaba únicamente al patíbulo á aquellos prácticos que «cazaban furtivamente» en sus campos de *Scientia Scientiarum*, y á aquellos cuyos pecados no podían ser encubiertos por el hábito del fraile. La prueba de ello la tenemos en los anales de la historia. «Sólo en el transecurso de quince años, entre 1580 y 1595, y únicamente en la provincia de Lorena, el presidente Remigius quemó á 900 brujos», dice Thomas Wright en su *Hechiceria y Magia*. Durante estos días, fecundos en asesinatos eclesiásticos, y sin rival en punto á barbarie y ferocidad, es cuando Juan Bodin escribió su obra.

Mientras el clero ortodoxo evocaba legiones enteras de «demonios» por medio de encantaciones mágicas, sin ser molestado por las autoridades, con tal de que se mantuviese fiel á los dogmas establecidos y no enseñase ninguna herejía, por otra parte, perpetrábanse actos de incomparable crueldad en las personas de pobres y desgraciados locos. Gabriel Malagrida, anciano de ochenta años, fué quemado por estos evangélicos Jack Ketches (1) en 1761. En la biblioteca de Amsterdam existe una copia de la relación de su famoso proceso, traducido de la edición de Lisboa. Malagrida fué acusado de hechiceria y de ilícita comunicación con el Diablo, el cual le había «revelado lo futuro» (?). La profecía comunicada por el enemigo malo al pobre jesuita visionario está concebida en estos términos: «El reo ha confesado que el demonio, bajo la forma de la bienaventurada Virgen, habiéndole ordenado que escribiese la vida del Antecristo (?), le dijo que él, Malagrida, era un segundo Juan, pero más claro que Juan el Evangelista; que tenían que existir tres Antecristos, y que el último debía nacer en Milán, de un fraile y de una monja, en el año 1920; que él se casaría con Proserpina, una de las furias infernales», etc.

(1) Nombre de un miserable verdugo que se hizo universalmente odioso por la cruel é inhumana carnicería que hizo entre víctimas valientes y nobles. (N. del Tr.).



La profecía tiene que cumplirse dentro de cuarenta y tres años. Ciertamente, aun cuando todos los hijos de frailes y monjas debiesen convertirse realmente en antecristos si se les permitiese llegar hasta la época de la madurez, este hecho parecería mucho menos deplorable que los descubrimientos realizados en tantos conventos y monasterios, cuando por alguna causa han debido removerse sus cimientos. Si las afirmaciones de Lutero no merecen entero crédito por razón de su odio al Papado, podemos, en este caso, citar descubrimientos del mismo género hechos muy recientemente en las Polonias Rusa y Austriaca. Habla Lutero de un estanque situado cerca de un convento de monjas en Roma que, habiendo sido limpiado por orden del papa Gregorio, dejó al descubierto, en su fondo, unos seis mil cráneos de infantes; y habla también de un convento de monjas en Neinburg, Austria, cuyos cimientos, al ser registrados, pusieron de manifiesto las mismas reliquias de celibato y castidad!

«*Ecclesia non novit Sanguinem!*», exclaman en tono melifluido los purpurados cardenales, y, para evitar el derramamiento de sangre que tanto les horrorizaba, instituyeron la Santa Inquisición. Si, como los ocultistas sostienen y la ciencia medio confirma, nuestros más insignificantes pensamientos y actos quedan impresos de un modo indeleble en el espejo eterno del éter astral, debe existir en alguna parte del reino sin límites del universo invisible la impresión de una curiosa pintura. Es la de un magnífico estandarte ondeando al soplo de la brisa celeste, al pie del «inmaculado trono» del Todopoderoso. En su damasco carmesí figura una cruz, símbolo del «Hijo de Dios que murió por la humanidad», con una rama de *olivo* á un lado, y al otro una espada teñida de sangre humana hasta el puño. Un lema escogido de los *Salmos* campea allí en letras de oro diciendo: «*Exurge, Domine, et judica causam meam*». Porque tal aparece el estandarte de la Inquisición en una fotografía que poseemos, sacada de un original que existe en el Escorial de Madrid.

Bajo este cristiano estandarte, en el breve espacio de catorce años, Tomás de Torquemada, confesor de la reina Isabel, quemó unas diez mil personas y sentenció al tormento á ochenta mil más. Orobio, el famoso escritor que por espacio de tanto tiempo permaneció encarcelado, y que á duras penas escapó de las llamas de la Inquisición, inmortalizó esta institución en sus obras, una vez se vió en libertad en Holanda. No encontró mejor argumento contra la Santa Iglesia que abrazar la fé judáica, y hasta someterse á la circuncisión. «En la Catedral de Zaragoza—dice un escritor acerca de la Inquisición— existe la tumba de un célebre inquisidor. Seis columnas rodean dicha tumba: *en cada una de ellas está encadenado un moro* para ser quemado». Con motivo de esto, Saint-Foix hace observar muy ingeniosamente que: «Si alguna vez el Jack Ketch de cualquier país fuese bas-

tante rico para tener una tumba espléndida, ésta podía servirle como un excelente modelo!» Sin embargo, para dejar completa dicha tumba, no debían haberse olvidado sus constructores de colocar un bajo relieve del famoso caballo que fué quemado por hechicería y brujería. Granger nos refiere esta historia, la cual, según nos dice, ocurrió en su tiempo. Al pobre animal «le habían enseñado á indicar lugares en un mapa y la hora del día en el reloj. El caballo y su dueño fueron acusados por el Santo Oficio de tener pacto con el demonio, y ambos fueron quemados como hechiceros, con gran ceremonia, en un *auto de fé* celebrado en Lisboa en 1601!»

Esta inmortal institución del Cristianismo no dejó de tener su Dante para cantar las alabanzas de la misma. «Macedo, jesuita portugués — dice el autor de la *Demonología*, — ha descubierto el origen de la Inquisición en el Paraíso terrenal, y pretende que Dios fué el primero que empezó á desempeñar las funciones de inquisidor sobre Caín y los obreros de Babel!»

En ninguna parte, durante la Edad media, fueron más practicadas las artes de la magia y hechicería por el clero que en España y Portugal. Los Moros estaban profundamente versados en las ciencias ocultas, y en Toledo, Sevilla y Salamanca existieron en otro tiempo las grandes escuelas de magia. Los kabalistas de esta última ciudad eran muy expertos en todas las ciencias abstrusas; conocían las virtudes de las piedras preciosas y de otros minerales, y habían arrancado á la alquimia sus más profundos secretos.

Los documentos auténticos pertenecientes al gran proceso de la mariscala d' Ancre, durante la regencia de María de Médicis, descubren que esta desgraciada mujer pereció por culpa de los sacerdotes de quienes, como buena italiana, se rodeaba. El pueblo de París la acusó de hechicera por haberse asegurado que ella había usado, después de la ceremonia del exorcismo, gallos blancos recientemente muertos. Creyéndose constantemente embrujada y estando muy delicada de salud, la mariscala se habla públicamente aplicado á sí misma la ceremonia del exorcismo en la iglesia de los Agustinos; respecto de las aves, las empleaba para aplicárselas á la frente á causa de sus fuertes dolores de cabeza, habiéndoselo esto aconsejado Montalto, médico judío de la Reina, y los clérigos italianos.

En el siglo diez y seis, el cura de Barjota, de la diócesis de Calahorra, España, vino á ser la maravilla del mundo por sus mágicos poderes. Su hecho más extraordinario consistía, según voz pública, en trasladarse á algún país distante, presenciando sucesos políticos ó de otra clase, y volver luego á su casa para predecirlos en su propio país. Tenía un demonio familiar, que le sirvió fielmente durante largos años, dice la *Crónica*, pero el cura se volvió ingrato con él y le engañó. Habiendo sido enterado por el demonio de una conspiración contra

la vida del Papa, á consecuencia de una intriga de éste con una hermosa dama, el cura se transportó á Roma (en su doble (1), por supuesto), salvando así la vida de Su Santidad. Después de esto se arrepintió, confesó sus pecados al galante Papa y *fué absuelto*. «A su vuelta fué puesto, por mera formalidad, bajo la custodia de los Inquisidores de Logroño, pero fué perdonado, recobrando la libertad al poco tiempo».

Fray Pedro, monje dominico del siglo catorce —el mágico que regaló al famoso doctor Eugenio Torralba, médico de la casa del Almirante de Castilla, un *demonio* llamado Zequiél,—debió su fama al proceso subsiguiente de Torralba. El procedimiento y las circunstancias inherentes á este proceso extraordinario están descritos en los documentos originales conservados en los Archivos de la Inquisición. El cardenal de Volterra y el cardenal de Santa Cruz vieron á Zequiél y tuvieron trato con el mismo, el cual resultó ser, durante toda la vida de Torralba, un espíritu elemental puro y bondadoso, llevando á cabo muchas acciones benéficas, y manteniéndose fiel á dicho médico hasta la hora postrera de su vida. La Inquisición misma, teniendo esto en cuenta, absolvió á Torralba, y aunque la sátira de Cervantes le ha asegurado una fama inmortal, ni Torralba, ni el monje Pedro son unos héroes ficticios, sino personajes históricos, citados en documentos eclesiásticos existentes en Roma y en Cuenca, en cuya ciudad tuvo lugar el proceso del doctor el día 29 de Enero de 1530.

El libro del Dr. W. G. Soldan, de Stuttgart, ha llegado á ser tan famoso en Alemania como la obra sobre *Demonomanía* de Bodin en Francia. Es el tratado alemán más completo sobre hechicería del siglo diez y seis. Aquel á quien interese saber las secretas maquinaciones que motivaron aquellos millares de asesinatos perpetrados por un clero que pretendía creer en el Diablo, y lograba que otros creyesen en el mismo, las encontrará divulgadas en la obra anteriormente mencionada (2). El verdadero origen de las diarias acusaciones y sentencias de muerte por hechicería es hábilmente atribuido á enemistades políticas y personales, y sobre todo al odio de los católicos contra los protestantes. La astuta labor de los jesuitas se manifiesta en cada una de las páginas de aquellas sangrientas tragedias, y en Bamberg y Wurzburg, donde estos dignos hijos de Loyola eran más poderosos por aquel tiempo, era en donde los casos de hechicería eran más numerosos. Un poco más abajo presentamos una curiosa lista de algunas víctimas, muchas de las cuales eran niños de siete ú ocho años y protestantes. «Entre la multitud de personas que en Alemania perecieron en la hoguera, acusadas de hechicería, durante la primera mitad del siglo diez y siete, el crimen de muchas de ellas no era otro

(1) Doble astral, periespíritu, etc. (N. del Tr.)

(2) Dr. W. G. Soldan: *Geschichte der Hexenprocese, aus den Quellen dargestellt*, Stuttgart, 1843.

que su adhesión á la religión de Lutero», dice T. Wright, «.... y los pequeños príncipes no dejaban de aprovechar el menor pretexto para llenar sus arcas .... siendo las personas más perseguidas aquellas cuyas riquezas eran más celebradas..... En Bamberg, lo mismo que en Wurzburg, el Obispo era el príncipe soberano de sus dominios. El príncipe-obispo, Juan Jorge II, que gobernaba en Bamberg..... después de varias infructuosas tentativas para desarraigar el Luteranismo, hizo célebre su reinado por una serie de sangrientos procesos por hechicería, que constituyen una página deshonrosa en los anales de dicha ciudad. Podemos formarnos una idea de los procedimientos de su digno agente (1) por lo que afirman los historiadores más fidedignos, esto es, que entre los años 1625 y 1630 tuvieron lugar, en los dos tribunales de Bamberg y de Zeil, no menos de 900 procesos; y en un folleto publicado en Bamberg por la autoridad, en 1659, consta que el número de personas á quienes el obispo Juan Jorge hizo quemar por hechicería llegó á seiscientas» (2).

Deplorando que la falta de espacio nos impida ofrecer una de las más curiosas listas del mundo referentes á brujos quemados, queremos sin embargo hacer unos pocos extractos del documento original, tal como figura en la *Biblioteca Mágica* de Hauber. Basta dar una ojeada á este horrible catálogo de asesinatos en nombre de Cristo para ver que, de las 162 personas quemadas, más de la mitad de ellas son designadas como *extranjeras* (esto es, protestantes) en aquella hospitalaria ciudad; y entre la otra mitad, encontramos *treinta y cuatro niños*, el mayor de los cuales sólo contaba catorce años, siendo el más joven *un infante* hijo del Dr. Schutz. Para abreviar el catálogo, sólo presentaremos, de las veinte y nueve *quemadas*, las víctimas más notables (3).

#### EN LA PRIMERA QUEMA, CUATRO PERSONAS

La viuda del anciano Ancker.

La esposa de Liebler.

La esposa de Gutbrodt.

La esposa de Höcker.

(1) Frederik Forner, sufragáneo de Bamberg, autor de un tratado contra los herejes y hechiceros, titulado *Panoptia Armaturæ Dei*.

(2) *Hechicería y Magia*, por T. Wright, maestro en artes, miembro de la Sociedad de Anticuarios, miembro correspondiente del Instituto Nacional de Francia, tomo II, p. 185.

(3) Además de estas quemadas ejecutadas en Alemania, y que ascienden á muchos miles de personas, encontramos algunos datos muy interesantes en la obra *Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, del prof. Draper. En la página 146, dice: «Las familias de los reos quedaban sumidas en irreparable ruina. Llorente, historiador de la Inquisición, calcula que Torquemada y sus colaboradores, en el espacio de ochenta años, quemaron vivas en la hoguera á 10.220 personas, y en elígie á 6.860, castigando además por otros medios á 97.321! Con indecible repugnancia é indignación, hemos sabido que el gobierno papal recogió mucho dinero vendiendo dispensas á los ricos, con las cuales no podían ser molestados por la Inquisición».

EN LA SEGUNDA QUEMA, CUATRO PERSONAS

Dos mujeres extranjeras (nombres desconocidos).  
La anciana esposa de Beutler.

EN LA TERCERA QUEMA, CINCO PERSONAS

Tungersleber, trovador.  
Cuatro esposas de ciudadanos.

EN LA CUARTA QUEMA, CINCO PERSONAS

Un hombre extranjero.

EN LA QUINTA QUEMA, NUEVE PERSONAS

Lutz, un tendero de importancia.  
La esposa del senador Baunach.

EN LA SEXTA QUEMA, SEIS PERSONAS

La esposa del sastre gordo.  
Un hombre extranjero.  
Una mujer extranjera.

EN LA SÉPTIMA QUEMA, SIETE PERSONAS

Una muchacha extranjera de doce años.  
Un hombre extranjero, una mujer extranjera.  
Un bailío (Schultheiss) extranjero.  
Tres mujeres extranjeras.

EN LA OCTAVA QUEMA, SIETE PERSONAS

Baunach, senador, el ciudadano más opulento de Würzburg.  
Un hombre extranjero.  
Dos mujeres extranjeras.

EN LA NOVENA QUEMA, CINCO PERSONAS

Un hombre extranjero.  
Una madre é hija.

EN LA DÉCIMA QUEMA, TRES PERSONAS

Steinacher, un hombre muy rico.  
Un hombre extranjero y una mujer extranjera.

EN LA ONCENA QUEMA, CUATRO PERSONAS

Dos mujeres y dos hombres.

EN LA DUODÉCIMA QUEMA, DOS PERSONAS

Dos mujeres extranjeras.

## EN LA DÉCIMA TERCERA QUEMA, CUATRO PERSONAS

Una niña de nueve ó diez años.  
Una niña más pequeña, hermanita de la anterior.

## EN LA DÉCIMA CUARTA QUEMA, DOS PERSONAS

La madre de las dos niñas antes mencionadas.  
Una doncella de veinte y cuatro años.

## EN LA DÉCIMA QUINTA QUEMA, DOS PERSONAS

Un muchacho de doce años, que cursaba la enseñanza primaria.  
Una mujer.

## EN LA DÉCIMA SEXTA QUEMA, SEIS PERSONAS

Un muchacho de diez años.

## EN LA DÉCIMA SÉPTIMA QUEMA, CUATRO PERSONAS

Un muchacho de once años.  
Una madre y su hija.

## EN LA DÉCIMA OCTAVA QUEMA, SEIS PERSONAS

Dos muchachos de doce años.  
La hija del doctor Junge.  
Una doncella de quince años.  
Una mujer extranjera.

## EN LA DÉCIMA NOVENA QUEMA, SEIS PERSONAS

Un muchacho de diez años.  
Un muchacho de doce años.

## EN LA VIGÉSIMA QUEMA, SEIS PERSONAS

La hija de Göbel, la muchacha más hermosa Würzburg.  
Dos muchachos de doce años cada uno.  
La hija pequeña de Stepper.

## EN LA VIGÉSIMA PRIMERA QUEMA, SEIS PERSONAS

Un muchacho de catorce años.  
El hijo pequeño del senador Stolzenberg.  
Dos alumnos.

## EN LA VIGÉSIMA SEGUNDA QUEMA, SEIS PERSONAS

Sturman, rico tonelero.  
Un muchacho extranjero.

## EN LA VIGÉSIMA TERCERA QUEMA, NUEVE PERSONAS

El hijo de David Croten, de nueve años.

Los dos hijos del cocinero del príncipe, de catorce y de diez años respectivamente.

## EN LA VIGÉSIMA CUARTA QUEMA, SIETE PERSONAS

Dos muchachos del hospital.

Un rico tonelero.

## EN LA VIGÉSIMA QUINTA QUEMA, SEIS PERSONAS

Un muchacho extranjero.

## EN LA VIGÉSIMA SEXTA QUEMA, SIETE PERSONAS

Weydenbush, senador.

La hija pequeña de Valkenberger.

El hijo pequeño del bailío del consejo de la ciudad.

## EN LA VIGÉSIMA SÉPTIMA QUEMA, SIETE PERSONAS

Un muchacho extranjero.

Una mujer extranjera.

Otro muchacho.

## EN LA VIGÉSIMA OCTAVA QUEMA, SEIS PERSONAS

La hija (infante) del Dr. Schütz.

Una muchacha ciega.

## EN LA VIGÉSIMA NOVENA QUEMA, SIETE PERSONAS

La opulenta y noble señora (Edelfrau).

Un doctor en teología.

## ITEM

Resumen	{	Hombres y mujeres «extranjeros», ó sea <i>protestantes</i> :	28
		Ciudadanos, al parecer todos gente RICA:	100
		Muchachos, muchachas y niños pequeños:	34
			<hr/>

En diez y nueve meses, Personas: 162

«Había entre los hechiceros—dice Wright—pequeñas muchachas de siete á diez años, y *veinte y siete* de ellas fueron convictas y quemadas», en algunas de las otras *brände* ó quemas. «Era tan grande el número de las personas que eran llevadas á juicio en estos procesos terribles, y eran ellas tratadas con tan poca consideración, que generalmente no se tomaba siquiera el trabajo de apuntar los nombres de los procesados, sino que éstos eran citados como el acusado N.º 1,

N.º 2, N.º 3, y así sucesivamente (1). Los jesuitas recibían sus confesiones en privado».

¿Qué lugar queda en una teología que exige holocaustos tales como éstos para satisfacer los sangrientos apetitos de sus sacerdotes, para unas palabras tan dulces como las siguientes?:

«Dejad que los niños se acerquen á mí, y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos». «Tampoco es la voluntad de vuestro Padre... que uno de estos pequeñuelos perezca». «Y cualquiera que escandalizare á alguno de estos pequeños que creen en mí, *mejor fuera para él que le colgasen una piedra de molino al cuello y le arrojasen á las profundidades del mar*».

Esperamos sinceramente que las palabras anteriores no habrán hecho el efecto de una vana amenaza para estos quemadores de niños.

¿Era obstáculo esta carnicería, en nombre de su dios Moloch, para que aquellos mismos cazadores de tesoros se dedicasen también al negro arte? Ni en lo más mínimo. Porque en ninguna clase social eran tales consultores de espíritus «familiares» más numerosos que entre el clero durante los siglos quince, diez y seis y diez y siete. Ciertamente es que entre las víctimas figuraban algunos sacerdotes católicos, pero, si bien éstos eran generalmente acusados «de haber sido inducidos á prácticas demasiado horribles para ser descritas», no era así. En las veinte y nueve quemaduras anteriormente catalogadas encontramos los nombres de *doce vicarios*, *cuatro* canónigos y dos doctores en teología *quemados vivos*. Pero no tenemos más que acudir á obras tales como las que se publicaban en aquellos tiempos, para asegurarnos de que cada uno de los sacerdotes papistas que eran ejecutados era acusado de «herejía condenable», esto es, una tendencia á la reforma, lo cual constituía un crimen más abominable que el de hechicería.

Remitimos á todos cuantos quieran enterarse de la manera como el clero católico combinaba el deber con el placer en materia de exorcismos, venganzas y caza de tesoros, al tomo II, capítulo I, de la *Historia de lo Sobrenatural*, de W. Howitt. «En el libro titulado *Pneumatología Occulta et Vera*, hállanse expuestas las formas de adjuración y de conjuro», dice este veterano escritor, y á continuación da una larga descripción del *modus operandi* favorito. El *Dogme et Rituel de la Haute Magie* de Eliphas Levi, tan ultrajado y despreciado por des Mousseaux, nada dice acerca de las misteriosas prácticas y ceremonias, sino lo que era practicado legalmente y con el consentimiento tácito, si no expreso, de la Iglesia, por los clérigos de los tiempos medioevales. El sacerdote exorcista penetraba en un círculo á media noche, revestido con un sobrepelliz nuevo, y una banda consagrada que le colgaba del cuello, cubierta de caracteres sagrados. Lle-

(1) *Hechicería y Magia; Las quemaduras de Würzburg*, p. 186.



vaba en la cabeza un alto gorro puntiagudo, en cuyo frente estaba escrito en hebreo el santo nombre Tetragrámmaton, el nombre inefable. Estaba escrito con una pluma nueva mojada en la sangre de una paloma blanca. Lo que los exorcistas ansiaban más era poner en libertad á miserables espíritus que *frecuentan los lugares donde hay tesoros escondidos*. El exorcista rocía el círculo con la sangre de un cordero negro y de un pichón blanco. El sacerdote tiene que conjurar á los malos espíritus del infierno, como son Aqueronte, Magoth, Asmodeo, Beelzebub, Belial y todas las almas condenadas, en los poderosos nombres de Jehovah, Adonai, Elohah y Sabaioth, el último de los cuales era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que habitaba en el Urim y Thummim. Cuando las almas condenadas echaban en cara al exorcista que él era un pecador, y que no debía contar con ellas para adquirir el tesoro, el sacerdote hechicero había de contestar que «todos sus pecados habían sido lavados con la sangre de Cristo, (1) y les intimaba la salida como á fantasmas malditos y tábanos condenados». Cuando por fin el exorcista les había desalojado, la pobre alma era «confortada en nombre del Salvador, y *dejada al cuidado de los ángeles buenos*», los cuales eran menos poderosos, debemos pensar, que los dignos exorcistas católicos, «y el tesoro rescatado era, por supuesto, adquirido por la Iglesia».

«Ciertos días—añade Howitt— están señalados en el calendario de la Iglesia como los más favorables para la práctica del exorcismo, y, si los diablos se resistían á salir, se recomendaba el empleo de zahumerios de azufre, asafétida, hiel de oso y ruda, lo cual es de presumir que apestaría hasta para los mismos demonios».

Esta es la Iglesia y este es el clero, que en el siglo décimonono paga á 5.000 sacerdotes para que enseñen al pueblo de los Estados Unidos la falibilidad de la ciencia y la infalibilidad del Obispo de Roma.

Hemos ya mencionado la confesión de un eminente prelado, de que el eliminar de la Teología á Satán sería fatal para la perpetuidad de la Iglesia. Pero esto sólo en parte es verdad. Podría marcharse el Principio del pecado, pero el pecado subsistiría. Si el diablo fuese aniquilado, quedarían los *Artículos de la Fé* y la *Biblia*. En una palabra, seguirían existiendo todavía una pretendida revelación divina y la necesidad de unos intérpretes que se suponen á sí mismos inspirados. Debemos, por lo tanto, considerar la autenticidad de la misma *Biblia*. Debemos estudiar sus páginas, y ver si realmente ellas contienen los mandatos de la Deidad, ó un simple compendio de antiguas tradiciones y mitos trasnochados. Debemos tratar de interpretarlas por nosotros mismos, si es posible. En cuanto á sus pretendidos intérpretes,

(1) Y reteñidos con la sangre de los millones de personas asesinadas en su nombre, en la sangre no menos inocente que la suya, la de los pequeños niños *brujos!*

la única semejanza posible que podemos encontrar para ellos en la *Biblia* es compararlos con el hombre descrito por el sabio rey Salomón en sus *Proverbios*, con el perpetrador de aquellas «seis cosas... y aun siete... que el Señor detesta», y que son una abominación para Él, á saber: «La mirada *altiva*, la lengua *mentirosa*, las manos que derraman *sangre inocente*, el corazón *que maquina designios perversos*, los pies presurosos para correr al mal, el *falso testigo* que profiere mentiras, y *el que siembra discordia entre hermanos*». (*Proverbios* VI 16, 17, 18, 19).

¿De cuáles de estas acusaciones son culpables la larga serie de hombres que han dejado la huella de sus pies en el Vaticano?

«Cuando los demonios—dice Agustín—se insinúan en las criaturas, empiezan por conformarse *con la voluntad de cada uno*.... Con objeto de atraer á los hombres, empiezan por seducirlos, fingiendo obediencia.... ¿*Cómo puede uno saber, si los mismos demonios no se lo han enseñado*, lo que á ellos les gusta, ó lo que ellos aborrecen; *el nombre que les atrae ó que les sujeta á la obediencia*; en una palabra, todo este arte de la *magia*, la ciencia completa de los magos?» (1)

A esta expresiva disertación del «santo», añadiremos que ningún mago ha negado jamás que hubiese aprendido de los «espíritus» dicho *arte*, sea que, siendo un agente intermediario, obrasen ellos independientemente de él, ó que hubiese sido iniciado en la ciencia de la «evocación» por sus padres, que la conocían antes que él. Pero ¿quién era entonces el que enseñaba al exorcista? ¿El sacerdote que se reviste á sí mismo de una autoridad, no solamente sobre el mago, sino también sobre todos aquellos «espíritus» á quienes llama demonios ó *diablos*, tan pronto como les ve obedecer á cualquiera que no sea él mismo? Él debe haber aprendido en alguna parte y de alguien aquel poder que pretende poseer. Porque... ¿*cómo puede uno saber, si los mismos demonios no se lo han enseñado*...., *el nombre que les atrae ó que les sujeta á la obediencia?*, pregunta Agustín.

Inútil es decir que sabemos la respuesta de antemano: «Revelación».... don *divino*.... el Hijo de Dios; aun más, Dios mismo, por medio de su Espíritu directo, que descendió sobre los apóstoles, en forma del fuego de Pentecostés, y que, como ahora se pretende, protege á todo sacerdote que se halla en disposición de exorcizar, sea por deseo de gloria ó sea por afán de lucro. Hemos de creer, pues, que el reciente escándalo de exorcismo público, promovido el día 14 de Octubre de 1876 por el capellán mayor de la iglesia del Espíritu Santo de Barcelona, estaba también bajo la superintendencia directa del Espíritu

(1) San Agustín: *Ciudad de Dios*, I, XXI, cap. VI; des Mousseaux: *Mœurs et Pratique des Démones*.

Santo? (1) Se objetará que «el Obispo no estaba enterado de esta extravagancia del clero»; mas, aun cuando lo hubiese estado, ¿cómo podía haber protestado contra un rito considerado desde los tiempos de los apóstoles como una de las más santas prerrogativas de la Iglesia de Roma? En una fecha tan reciente como en 1852, sólo hace veinticinco años, estos ritos recibieron una pública y solemne sanción de parte del Vaticano, y un *Nuevo Ritual de Exorcismo* fué publicado en Roma, Paris y en otras capitales católicas. Des Mousseaux, escribiendo bajo la protección inmediata del padre Ventura, General de los Teatinos de Roma, hasta nos favorece con largos extractos de este famoso ritual, y explica la razón *por que* se le dió nueva fuerza. Fué á consecuencia de la resurrección de la magia, bajo el nombre de Espiritismo moderno. La bula del papa Inocencio VIII es exhumada y traducida en beneficio de los lectores de des Mousseaux. «Hemos oído —exclama el soberano Pontífice— que un gran número de personas de uno y otro sexo no han temido entrar en relaciones con los espíritus del infierno, y que gracias á su práctica de la hechicería... hieren con la esterilidad el lecho conyugal, destruyen los gérmenes de la humanidad en el seno de la madre, y lanzan hechizos sobre ellos, y ponen un obstáculo á la multiplicación de los animales... etc.» Siguen después maldiciones y anatemas contra tal práctica.

(1) Un corresponsal del *Times*, de Londres, describe al exorcista catalán en las siguientes líneas:

El día 14 de Octubre, se anunció privadamente que una mujer joven de unos diez y siete á diez y ocho años, de la clase más humilde, haciendo largo tiempo que se encontraba afligida por un odio á las cosas santas, el capellán mayor de la iglesia del Espíritu Santo quería curarla de su dolencia. La ceremonia iba á tener lugar en una iglesia frecuentada por la porción más selecta de la comunidad. La iglesia estaba casi á oscuras, puesto que sólo había la luz mortecina que la lanzaban unos cirios sobre las negras formas de unas ochenta ó cien personas que se apiñaban alrededor del *presbiterio*, en frente del altar. Dentro del pequeño recinto, separada de la multitud por una barandilla con luces, estaba echada sobre un banco, teniendo una pequeña almohada para apoyar la cabeza, una muchacha pobremente vestida, la cual pertenecía probablemente á la clase de labradores ó menestrales; un hermano ó el marido permanecía en sus pies para contener sus (á veces) frenéticos puntapiés, sujetando las piernas de la joven. Abrióse la puerta de la sacristía; el exhibidor, quiero decir el sacerdote, entró. La pobre muchacha, no sin justo motivo *tenía aversión á las cosas santas*, ó por lo menos los 400 diablos alojados en su retorcido cuerpo eran los que la tenían, y en la confusión del momento, creyendo que el cura era una *cosa santa*, encogió sus piernas, chilló con la boca contraída, retorciéndose todo su cuerpo, y se lanzó fuera del banco. El hombre que la asistía la cogió por las piernas, las mujeres sostenían su cabeza y recogían su desordenado cabello. Avanzó el sacerdote, y, mezclándose familiarmente con la aterrorizada concurrencia, dijo, señalando á la enferma, que estaba gimiendo y sollozando en el banco: «Prometedme, hijos míos, que seréis prudentes, y os aseguro, hijos é hijas mías, que veréis maravillas». Así lo prometieron. El exhibidor fué en busca de la estola y de un corto sobrepelliz (*estola y roquete*), y volvió un momento después, colocándose al lado de la «poseida por los diablos», con la cara vuelta hacia el grupo de personas doctas. El orden del programa era un discurso á los concurrentes, y la operación de exorcizar á los diablos. «Vosotros sabéis —dijo el sacerdote— que tan grande es la aversión de esta doncella á las cosas santas, incluyéndome á mí mismo, que empieza con convulsiones, patadas y alaridos, y retuerce todo su cuerpo en el momento en que dobla

Esta creencia de los Soberanos Pontífices de un país cristiano ilustrado fué heredada directamente del populacho de la India meridional (los *paganos*) por las más ignorantes multitudes. Las artes diabólicas de ciertos *kanгалins* (brujos) y *jadügars* (hechiceros) gozan de gran crédito entre aquella gente. Los siguientes poderes están comprendidos entre los más temidos: inspirar amor ú odio á voluntad; enviar un diablo á tomar posesión de una persona y atormentarla; expelerlo; ocasionar una muerte súbita ó una enfermedad incurable; herir con epidemias al ganado, ó protegerle de ellas; componer filtros que produzcan la esterilidad ó provoquen pasiones desenfrenadas en los hombres y en las mujeres, etc. La vista sola de un hombre del cual se diga que es un semejante hechicero, excita en el indo un terror profundo.

Y ahora citaremos, á propósito de lo dicho, la justísima observación de un viajero que ha pasado años en la India estudiando el origen de semejantes supersticiones: «La magia vulgar en la India, á manera de degenerada infiltración, se da la mano con las más nobles creencias de los sectarios de los *Pitris*. Era el *oficio del más bajo clero*, y su objeto era mantener al populacho en un continuo estado de terror. Así es que en todas las épocas, y bajo todas las latitudes, al lado de las especulaciones filosóficas del más elevado carácter, encuentra uno siempre *la religión del pueblo*»(1). En la India era el *oficio del más bajo clero*; en Roma, el de los *Pontífices más elevados*. Pero qué ¿no tienen ellos como autoridad á Agustín, uno de sus santos más grandes, quien

la esquina de esta calle, llegando sus ataques convulsivos á su mayor violencia en cuanto entra en la casa sagrada del Altísimo.» Volviéndose luego hacia el postrado, tembloroso é infeliz objeto de su ataque, el sacerdote comenzó: «En nombre de Dios, de los santos y del Santo Espíritu y de todos los santos Sacramentos de nuestra Iglesia, yo te conjuro, Rusbel (\*), para que salgas fuera de esta joven». Conjurada de este modo, la doncella, presa de tremendas convulsiones hasta el extremo de descomponérsele la cara, echar espumarajos por la boca y retorcerse y quedar rígidos sus miembros, arrojóse al suelo cuan larga era, y, en un lenguaje semiobsceno, semiviolento, dijo chillando: «Yo no quiero salir, vosotros sois unos salidos, unos tunantes, unos ladrones». Por fin, de los trémulos labios de la doncella salieron estas palabras: «Quiero», pero el diablo añadió con su tradicional perversidad: «Yo quiero lanzar á los ciento, pero por la boca de la muchacha». El sacerdote objetó: La salida, dijo, de los cien diablos por la pequeña boca española de la mujer la «ahogarí». Entonces la enloquecida doncella dijo que debía desnudarse para que los diablos saliesen. Esta petición fué negada por el santo sacerdote. «Pues entonces saldré por el pie derecho, pero primero—la muchacha llevaba alpargatas, pertenecía evidentemente á la clase más pobre—debéis quitar la alpargata». Se le desató la alpargata; el pie dió una coz convulsiva; el diablo y sus mirmidones (así dijo el cura mirando triunfalmente en torno suyo) se habían marchado á su lugar debido. Y, seguro de esto, el infeliz juguete de una doncella quedóse completamente tranquilo. El Obispo no tenía noticia de esta extravagancia del clero, y, en el momento en que llegó á oídos de las autoridades civiles, se adoptaron las más enérgicas medidas para evitar la repetición de tal escándalo.

(\*) Suponemos que será decir Luzbel. (N. del Tr.)

(1) Louis Jacolliot: *Le Spiritisme dans le monde*, p. 162.

declara que «cualquiera que no crea en los malos espíritus rehusa creer en la Sagrada Escritura»? (1)

Así es que, en la segunda mitad del siglo XIX, nos encontramos al consultor de la Sagrada Congregación de Ritos (incluyendo el exorcismo de demonios), padre Ventura de Raulica, escribiendo lo siguiente en una carta publicada por des Mousseaux en 1865:

«Estamos en plena magia! y bajo falsos nombres; el Espíritu de mentiras y de imprudencia va perpetrando sus horribles depredaciones.... Lo más deplorable es que personas de las más serias no conceden á los más extraños fenómenos la importancia que se merecen, á estas manifestaciones que presenciamos, y que de día en día van siendo más misteriosas, más sorprendentes, á la vez que más fatales.

»No puedo admirar y ensalzar bastante, desde este punto de vista, el celo y valor que habéis desplegado en vuestra obra. Los hechos que habéis coleccionado son á propósito para llevar la luz y la convicción á la mente más escéptica, y, después de haber leído esta notable obra, escrita con tanta inteligencia y tanta conciencia, la ceguera no es ya posible.

»Si algo pudiese sorprendernos, sería la indiferencia con que los fenómenos han sido tratados por lo *falsa* Ciencia, procurando, como ella lo ha hecho, ridiculizar un asunto tan serio; la pueril sencillez que ella ha mostrado en su deseo de explicar los hechos por medio de hipótesis absurdas y contradictorias.... (2)

(Firmado) *El Padre Ventura de Raulica, etc.*»

Alentado de este modo por las más grandes autoridades de la Iglesia de Roma, antigua y moderna, arguye el caballero des Mousseaux acerca de la necesidad y de la eficacia del exorcismo de parte de los sacerdotes. Procura demostrar—*apoyándose en la fe*, como de costumbre—que el poder de los espíritus del infierno está intimamente relacionado con ciertos ritos, palabras y signos formales. «En el Catolicismo diabólico —dice,—lo mismo que en el Catolicismo *divino*, una gracia potencial existe ligada á ciertos signos». Mientras que el poder del sacerdote católico procede de Dios, el del sacerdote pagano procede del Diablo. «El diablo —añade—se ve forzado á someterse» ante el santo ministro de Dios; «*no se atreve él á MENTIR*» (3).

Rogamos al lector se fije bien en la sentencia subrayada, pues nos proponemos probar imparcialmente su verdad. Estamos dispuestos para aducir pruebas innegables, y ni siquiera negadas por la Iglesia pontificia—forzada, como se vió, á confesar,—pruebas de centenares de casos relacionados con los más solemnes de sus dogmas, en los cua-

(1) San Agustín: *Ciudad de Dios*.

(2) *Mœurs et pratiques des Démon*s, p. 11.

(3) Des Mousseaux: *Table des Matières*.

les los «espíritus» mintieron desde el principio hasta el fin. ¿Y qué diremos de ciertas santas reliquias autenticadas por visiones de la bienaventurada Virgen y de una legión de santos? Tenemos á mano un tratado de un piadoso católico, Gilbert de Nogent, acerca de las reliquias de santos. Con sincero disgusto reconoce «el gran número de falsas reliquias, lo mismo que de falsas leyendas», y censura severamente á los inventores de estos milagros fraudulentos. •Fué con motivo de *un diente de nuestro Salvador* —escribe el autor de la *Demonología*— que de Nogent tomó la pluma para ocuparse de este asunto, con el cual los monjes de S. Medardo de Soissons pretendían hacer milagros; pretensión que él aseguraba ser tan quimérica como las de varias personas que se creían en posesión del ombligo y de otras partes menos decentes del cuerpo de Cristo» (1).

«Un monje de San Antonio —dice Stephens (2),—habiendo estado en Jerusalén, vió allí varias reliquias, entre las cuales figuraba un trozo *de dedo del Espíritu Santo*, tan perfecto y entero como había sido siempre; la nariz del serafín que se le apareció á San Francisco; una de las uñas de un querubín; una de las costillas del *Verbum caro factum* (El Verbo hecho carne); algunos rayos de la estrella que se apareció á los tres reyes del Oriente; una redoma con el sudor que brotaba del cuerpo de San Miguel cuando luchaba con el demonio, etc. Todo lo cual—dice el monje coleccionador de reliquias —lo he llevado conmigo á mi casa muy devotamente».

Y si lo que acabamos de citar es desechado como invención protestante, ¿no se nos permitirá remitir al lector á la Historia de Inglaterra y á ciertos documentos auténticos que afirman la existencia de una reliquia no menos extraordinaria que la más excelente de las otras? Enrique III recibió del Gran Maestro de los Templarios una redoma conteniendo una pequeña porción de la sagrada sangre de Cristo, que había él derramado sobre la cruz. Que esta sangre era auténtica lo probaban los sellos del Patriarca y de otros. La procesión que condujo la sagrada redoma desde San Pablo á la Abadía de Westminster es descrita por el historiador: «Dos monjes recibieron la redoma y la depositaron en la Abadía..... la cual hizo que toda Inglaterra resplandeciese de gloria, dedicándola á Dios y á San Eduardo».

La historia del príncipe Radzivil es bien conocida. El innegable engaño de los frailes y monjas que le rodeaban y el de su propio confesor fué causa de que el noble polaco se hiciese luterano. Se sentía al principio tan indignado por la «herejía» de la Reforma que se extendía por la Lituania, que emprendió un viaje á Roma con

(1) *Demonología*. London, 1827, J. Bumpus, 23, Skinner Street.

(2) *Traité préparatif á l'Apologie pour Herodote*, c. 39.

el objeto de prestar su homenaje de simpatía y de veneración al Papa. Este último le regaló una preciosa caja de reliquias. Al volver á su casa, su confesor vió á la Virgen, que descendía de su mansión gloriosa con el único objeto de bendecir aquellas reliquias y darles autenticidad. El superior del monasterio vecino y la madre abadesa de un convento tuvieron la misma visión, con un refuerzo de varios santos y mártires; ellos profetizaban y «sentían al Espíritu Santo», surgiendo de la caja de reliquias y cubriendo con su protección al príncipe. Un demoníaco que á este propósito había proporcionado el clero fué exorcizado con toda solemnidad, y tan pronto como hubo tocado la caja, quedó curado, dando allí mismo gracias al Papa y al Espíritu Santo. Terminada la ceremonia, el custodio del tesoro en el cual se guardaban las reliquias se echó á los pies del príncipe, y le confesó que á su regreso de Roma había perdido la caja de reliquias. Temiendo la cólera de su amo, se había proporcionado una caja semejante, «la cual había llenado de pequeños huesos de perros y gatos»; pero, viendo la manera como el príncipe era engañado, prefería confesar su falta antes que permitir unas farsas tan impías. El príncipe nada dijo, pero continuó durante algún tiempo probando, no las reliquias, sino á su confesor y á los de la visión. Sus fingidos trasportes le hicieron descubrir tan claramente las groseras imposturas de los frailes y de las monjas, que se adhirió á la Iglesia Reformada.

Esta es la historia. Bayle nos enseña que cuando la Iglesia Romana no puede ya negar que han existido falsas reliquias, recurre al sofisma, y replica que si dichas falsas reliquias han obrado milagros es «á causa de las buenas intenciones de los creyentes, que de este modo obtenían de Dios el premio de su buena fé». El mismo Bayle muestra, por medio de numerosos ejemplos, que siempre que se ha probado que, según la opinión pública, varios cuerpos de un mismo santo, ó tres cabezas del mismo, ó tres brazos (como en el caso de san Agustín) existían en distintos puntos, y que por lo tanto no podían en manera alguna ser auténticos, la fría é invariable respuesta de la Iglesia era que todos ellos eran legítimos, porque «Dios los había multiplicado y reproducido milagrosamente para mayor gloria de su Santa Iglesia!» En otras palabras, quisieran ellos que los fieles creyesen que el cuerpo de un santo muerto pudiese, por medio de un milagro divino, adquirir las fisiológicas particularidades de un cangrejo.

Creemos que sería difícil demostrar satisfactoriamente que las visiones de los santos católicos son, en algún caso concreto, superiores ó más dignas de crédito que la generalidad de las visiones y profecías de nuestros modernos «médiúms». Las visiones de Andrew Jackson Davis—por más que nuestros críticos se rían de ellos—son incompa-

rablemente más filosóficas y más compatibles con la ciencia moderna que las especulaciones de san Agustín. Siempre que las visiones de Swedenborg, el más grande de los modernos iluminados, se apartan de la filosofía y de la verdad científica, es cuando más en armonía corren con la teología. Tampoco son estas visiones en modo alguno más inútiles á la ciencia ó á la humanidad que las de los grandes santos ortodoxos. En la vida de san Bernardo se cuenta que, estando en la iglesia la víspera de Navidad, rezaba para que le fuese revelada la hora exacta y precisa en que Cristo nació; y «cuando llegó la hora exacta y precisa, vió al divino infante aparecérsese en su pesebre». ¡Qué lástima que el divino niño no aprovechase tan favorable oportunidad para fijar el año y día precisos de su muerte, y conciliar de este modo las controversias de sus historiadores putativos. Los Tischendorfs, Lardners y Colensos, lo mismo que muchos teólogos católicos que en vano han exprimido la quinta esencia de los anales históricos y sus propios cerebros en inútiles investigaciones, habrían tenido por lo menos algo que agradecer al santo.

Así como así, nos vemos irremediamente en el caso de inferir que la mayor parte de las beatíficas y divinas visiones de la *Leyenda de Oro*, y las que se encuentran en las biografías más completas de los «santos» de mayor importancia, como también la inmensa mayoría de las visiones de nuestros mismos perseguidos videntes, eran producidas por ignorantes y poco desarrollados «espíritus» apasionadamente aficionados á representar grandes personajes históricos. Estamos completamente dispuestos á convenir, con el caballero des Mousseaux y con otros infatigables perseguidores de la magia y del espiritismo en nombre de la Iglesia, que los modernos espíritus son con frecuencia «espíritus mentirosos»; que están dispuestos siempre á halagar las ideas favoritas de las personas que con ellos comunican en los «círculos»; que las *engañan*, y que, por lo tanto, no son *siempre* buenos «espíritus».

Pero, después de hacer tantas concesiones, preguntaremos ahora á cualquier persona imparcial: ¿es posible creer al mismo tiempo que el *poder* concedido al sacerdote exorcista, aquel poder supremo y *divino*, del cual hace alarde, le ha sido dado por Dios con el objeto de engañar á la gente? ¿Puede *admitirse como verdad* que la oración que pronuncia el sacerdote *en nombre de Cristo*, y que, obligando al *demonio* á la obediencia, le fuerza á darse á conocer, sirve al mismo tiempo para hacer que el diablo confiese, *no la verdad*, sino únicamente aquello que es de *interés para la iglesia á la cual pertenece el exorcista*? Y esto es lo que sucede siempre. Compárense, por ejemplo, las respuestas dadas por el demonio á Lutero con las obtenidas de los diablos por santo Domingo. El uno arguye contra la misa privada, y echa en cara á Lutero el colocar á la Virgen María y á los santos



antes que Cristo, postergando así al Hijo de Dios (1); mientras que los demonios exorcizados por santo Domingo, viendo á la Virgen, á quien el santo padre había llamado en su auxilio, gritan rugiendo: «¡Oh, nuestra enemiga!, ¡oh, nuestra condenadora!... ¿por qué bajas del cielo para atormentarnos? ¿Por qué eres tú tan poderosa intercesora para los pecadores? ¡Oh!, tú, el camino más cierto y seguro para los cielos... tú nos mandas, y nosotros nos vemos forzados á confesar que ninguno se condena de aquellos que tan sólo perseveran en tu devoción santa, etc. etc.»(2). «San Satán» de Lutero asegura á éste que, mientras había estado creyendo en la transubstanciación del cuerpo y de la sangre de Cristo, había estado adorando simplemente pan y vino; y los *diablos* de todos los santos católicos prometen la *condenación eterna* á cualquiera que no crea, ó que siquiera llegue á poner en duda tal dogma.

Antes de dejar este asunto, permitasenos citar uno ó dos ejemplos más de las *Crónicas de las Vidas de los Santos*, escogidos de aquellas narraciones que son plenamente aceptadas por la Iglesia. Podríamos llenar tomos enteros con pruebas de la innegable confabulación entre los exorcistas y los demonios. La verdadera naturaleza de éstos les hace traición. En lugar de ser entidades independientes y astutas aplicadas á la destrucción del espíritu y alma de los hombres, la mayoría de ellos son sencillamente los elementales de los kabalistas; criaturas sin inteligencia propia, pero fieles espejos de la VOLUNTAD que les evoca, domina y guía. No queremos perder el tiempo llamando la atención del lector hacia dudosos y oscuros taumaturgos y exorcistas, sino que tomaremos como modelo á uno de los más grandes santos del Catolicismo, y escogeremos un ramillete de aquel mismo prolífico almacén de piadosos embustes, *La Leyenda de Oro*, de Jaime de Voragine (3).

Santo Domingo, fundador de la famosa orden de aquel nombre, es uno de los más poderosos santos del calendario. Su orden fué la primera que recibió una solemne confirmación del Papa (4), siendo él bien conocido en la historia como aliado y consejero del infame Simón de Montfort, general pontificio á quien ayudó á matar á los desgraciados Albigenses en Tolosa y sus alrededores.

Cuenta la historia que este santo y la Iglesia, después de él, pretenden que recibió de la Virgen, *in propria persona*, un rosario, cuyas virtudes producían tan estupendos milagros que dejaban

(1) *De Missa Privata et Unctione Sacerdotum.*

(2) Véase *Vida de Santo Domingo*, y la historia acerca del milagroso Rosario; véase también la *Leyenda de Oro*.

(3) Jaime de Varasse, conocido por el nombre latino de Jaime de Voragine, era vicario general de los Dominicos, y obispo de Génova en 1290.

(4) Siglo trece.

completamente eclipsados los de los apóstoles y hasta los del mismo Jesús. Un hombre, dice el biógrafo, un pecador abandonado tuvo bastante osadía para dudar de la virtud del rosario dominico, y por razón de tan enorme impiedad fué castigado, en aquel mismo lugar, con 15.000 diablos que de él tomaron posesión. Viendo los grandes sufrimientos del infeliz endemoniado, santo Domingo olvidó el insulto, y citó á los diablos á declaración.

Lo que sigue es el coloquio entre el «bienaventurado exorcista» y los demonios.

*Pregunta.*—¿Cómo tomasteis posesión de este hombre, y cuántos sois?

*Contestación de los Diablos.*—Entramos en él por haber hablado irreverentemente del Rosario. Somos 15.000.

*Pregunta.*—¿Por qué entrasteis en él en tan gran número?

*Contestación.*—Porque hay quince decenas en el Rosario del cual él hacia burla.

*Domingo.*—¿No es verdad todo cuanto yo he dicho acerca de las virtudes del Rosario?

*Diablos.*—¡Si, si! (*ellos hacen salir llamas por las narices del endemoniado*). Sabed todos vosotros, cristianos, que Domingo jamás ha dicho una sola palabra referente al Rosario que no sea muy cierta; y sabed, además, que si no le creéis, grandes calamidades caerán sobre vosotros.

*Domingo.*—¿Cuál es el hombre á quien el Diablo odia más en todo el mundo?

*Diablos (En coro).*—Tú eres este hombre (*aquí siguen largos cumplidos*).

*Domingo.*—¿A qué clase pertenecen la mayoría de los cristianos que se condenan?

*Diablos.*—En el infierno tenemos mercaderes, prenderos, banqueros fraudulentos, tenderos, judíos, boticarios, etc., etc.

*Domingo.*—¿Hay sacerdotes ó monjes en el infierno?

*Diablos.*—Hay allí un gran número de sacerdotes, pero *monjes no*, exceptuando aquellos que han faltado á la regla de su orden.

*Domingo.*—¿Tenéis dominicos?

*Diablos.*—¡Ay! No tenemos ninguno todavía, pero esperamos un gran número de ellos en cuanto su devoción se haya entibiado un poco.....

No pretendemos dar las preguntas y respuestas literalmente, porque ocupan veintitrés páginas, pero la substancia es ésta, como puede verlo cualquiera que se tome el trabajo de leer la *Leyenda de oro*. La descripción completa de los horribles bramidos de los demonios, su forzada glorificación del santo y otras cosas por el estilo, son demasiado largas para este capítulo. Baste decir que en cuanto

hubimos leído las numerosas preguntas hechas por Domingo y las contestaciones de los demonios, quedamos completamente convencidos de que corroboran en todos sus detalles las afirmaciones no probadas, y favorecen los intereses de la iglesia. El relato es muy significativo. La leyenda describe gráficamente la batalla entre el exorcista y una legión del abismo sin fondo. Las sulfurosas llamas que brotan de la nariz, boca, ojos y oídos del endemoniado; la súbita aparición de un centenar de ángeles, cubiertos de dorada armadura; y, finalmente, el descenso de la bienaventurada Virgen en persona, llevando una varita de oro, con la que atiza una vigorosa tanda de palos al endemoniado, para obligar á los diablos á dar fe de ella misma, son cosas que no hay necesidad de repetir. El catálogo completo de verdades teológicas expresadas por los diablos de Domingo está comprendido en otros tantos artículos de fe por su santidad el papa Pío IX, en 1870, en el último Concilio Ecuménico.

Por lo que llevamos dicho, es fácil notar que la única diferencia substancial entre los «médiuns» infieles y los santos ortodoxos está en la relativa utilidad de los *demonios*, si es que demonios debemos llamarles. Al paso que el demonio apoya fielmente al exorcista cristiano en sus *ortodoxas* (?) opiniones, el «espíritu» moderno generalmente deja á su médium en el atolladero. Porque, mintiendo, *obra contra* sus intereses más bien que de un modo opuesto, y, por lo tanto, con demasiada frecuencia es causa de innobles sospechas acerca de la legitimidad de la mediumnidad. Si los modernos «espíritus» fuesen *diablos*, desplegarían evidentemente un poco más de talento y de astucia. Harían como los *demonios* del santo, los cuales, obligados por el mago eclesiástico y por el poder «del nombre... que les reduce á la obediencia», *mienten ajustándose al interés directo* del exorcista y de su iglesia. La moraleja de esta comparación la dejamos á la sagacidad del lector.

«Obsérvese bien—exclama des Mousseaux—que hay demonios que algunas veces dicen la verdad». «El exorcista—añade, citando el *Ritual*—debe mandar al demonio que le diga si está detenido en el cuerpo del endemoniado por medio de algún arte mágico, por *signos*, ó por alguno de los objetos que sirven ordinariamente para esta infame práctica. En el caso de que la persona exorcizada haya tragado estos objetos, debe vomitarlos; y, si no están en su cuerpo, debe indicar el demonio el sitio preciso en donde deben encontrarse, y una vez encontrados se han de quemar» (1). Así «revelan algunos demonios la existencia del embrujamiento, dicen quién es su autor, é indican los medios para destruir el *maleficio*. Pero guardaos de recurrir en casos tales á magos hechiceros ó médiuns. No debéis llamar

(1) *Rituale Romanum*, pp. 475-478. Parisiis, 1852.

en vuestra ayuda á nadie más que al ministro de vuestra Iglesia!» «La Iglesia cree en la magia, como veis muy bien —añade,—desde el momento en que tan formalmente se expresa. Y todos aquellos que *no creen en la magia* ¿pueden esperar todavía compartir la fe de su propia Iglesia? ¿Y quién puede enseñarles mejor que aquellos á quienes Cristo dijo: 'Id, pues, y enseñad á todas las naciones.... Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo'»? (1).

¿Hemos de creer que él dijo esto únicamente á aquellos que llevan esas libreas negras ó escarlatas de Roma? ¿Debemos, pues, admitir la historia de que este poder fué concedido por Cristo á Simeón Estilita, el santo que se santificó encaramándose en una columna (*stylos*) de sesenta pies de altura, y pasando en ella treinta y seis años de su vida, sin descender jamás de la misma, con objeto de que, entre otros milagros citados en la *Leyenda de oro*, pudiese curar á un *dragón* que tenía un ojo enfermo? «Cerca de la columna del santo, estaba la guarida de un dragón tan venenoso que su pestilencia se difundía muchas millas en torno de su cueva». Este reptil-ermitaño sufrió un accidente: se clavó una espina en el ojo, y, habiéndose quedado ciego, se arrastró hasta la columna del santo, y oprimió su ojo contra la misma durante tres días, sin tocar á nadie. Entonces el bendito Simeón, desde su aéreo sitial, *de tres pies de diámetro*, ordenó que aplicasen tierra y agua en el ojo del dragón, del cual salió de repente una espina (ó estaca) de un codo de longitud; al ver la gente tal «milagro», glorificó al Creador. En cuanto el agradecido dragón, levantóse, y, habiendo adorado á Dios durante dos horas, volvió á su cueva (2), como un reptil semi-convertido, debemos suponer.

¿Y qué debemos pensar de aquel otro relato que, de no creer en él, *arriesga uno su propia salvación*, como nos advierte un misionero del Papa, de la orden de los Franciscanos? Estando san Francisco predicando un sermón en el desierto, acudieron los pájaros desde los cuatro puntos cardinales del mundo. Gorjeaban aplaudiendo cada sentencia; cantaban en coro una santa misa, y finalmente se dispersaban para llevar las faustas noticias á todos los puntos del universo. Un saltamontes, aprovechándose de la ausencia de la santa Virgen, que generalmente acompañaba al santo, permaneció posado en la cabeza del «bienaventurado» durante una semana entera. Atacado por un lobo feroz, el santo, que no tenía más arma que el signo de la cruz que hizo sobre sí mismo, en vez de huir de su rabioso agresor, empezó á disputar con el animal. Habiéndole enterado de los beneficios que pueden sacarse de la santa religión, no cesó san Fran-

(1) *Mœurs et Pratiques des Demons*, p. 177.

(2) Véanse las relaciones escogidas de la *Leyenda de oro* por Alban Butler.

cisco de hablar hasta que el lobo llegó á ser tan manso como un cordero, y hasta que derramó lágrimas de arrepentimiento por sus culpas pasadas. Finalmente, puso el lobo sus patas en las manos del santo, le siguió como un perro por todas las ciudades en las cuales predicaba, y casi casi se hizo cristiano (1). ¡Maravillas de la zoolo-gía, un caballo convertido en hechicero, un lobo y un dragón cam-biados en cristianos!

Estas dos anécdotas, escogidas al azar entre centenares de ellas, si rivalizan, no son sobrepujadas por las fábulas más extravagantes de los taumaturgos paganos, magos y espiritistas. Y sin embargo, cuando se dice que Pitágoras domó animales y hasta bestias salvajes sólo por medio de una poderosa influencia mesmérica, es considerado por la mitad de los católicos como un desvergonzado impostor, y por los demás como un hechicero que se dedicaba á la magia en compañía del Diablo! Ni la osa, ni el águila, ni siquiera el toro á quien se dice que Pitágoras persuadió que no comiese habas, se pretende que con-testaron en voz humana; mientras que el «cuervo negro» de S. Beni-to, á quien él llamaba «hermano», discute con él, y graznando con-testa como un casuista consumado. Cuando el santo le ofrece la mitad de un pan envenenado, el cuervo se indigna y le lanza un reproche en latín, como si se hubiera acabado de graduar en la Propaganda.

Si se objeta que la *Leyenda de Oro* es ahora sólo á medias admitida por la Iglesia, y que se sabe fué compilada por su autor de una colec-ción de vidas de santos, no auténticas en su mayor parte, podemos nosotros hacer ver, en un caso por lo menos, que la biografía no es ninguna compilación legendaria, sino la historia de un hombre, escrita por otro que era contemporáneo suyo. Jortin y Gibbons han demostrado hace años que los primitivos padres solían escoger narraciones para adornar con ellas las vidas de sus apócrifos santos, sacadas de Ovidio, de Homero, de Livio y hasta de las leyendas orales populares de las na-ciones paganas. Pero no sucedió así en los casos que acabamos de referir. S. Bernardo vivió en el siglo doce, y Sto. Domingo era casi contemporáneo del autor de la *Leyenda de Oro*. De Voragine murió en 1298, y Domingo, cuyos exorcismos y vida describe tan minuciosa-mente, instituyó su orden en el primer cuarto del siglo trece. Además, el mismo de Voragine era Vicario General de los Dominicos, á me-diados del mismo siglo, y describía por lo tanto los milagros obrados por su héroe y patrón, sólo unos pocos años después de la época en que se dice que tuvieron lugar. Escribía la relación de ellos en el mismo convento; y mientras estaba haciendo el relato de estas mara-villas, tenía probablemente á su disposición cincuenta personas que habían sido testigos de vista de la manera de vivir del santo. ¿Qué

(1) Véase *Leyenda de oro, Vida de San Francisco, Demonología*.

debemos pensar, en tal caso, de un biógrafo que seriamente describe lo siguiente: Un día, mientras el bendito santo estaba ocupado en sus estudios, empezó á importunarle el Diabolo en forma de pulga. Saltaba y retozaba por las páginas del libro hasta que, aburrido el santo, poco dispuesto como estaba á obrar duramente aun tratándose del diablo, se vió obligado á castigar al importuno fijándole en la misma sentencia en la cual se habia detenido, cerrando con sus broches el libro. Otra vez el mismo diablo se le apareció bajo la forma de un mono. Hacía unas muecas tan horribles que Domingo, con objeto de librarse de él, ordenó al diablo-mono que cogiese la vela y se la sostuviese hasta que acabase de leer. El pobre diablillo así lo hizo, y la sostuvo hasta que se hubo consumido casi del todo; y, no obstante sus lastimeros gritos pidiendo perdón, el santo le obligó á tenerla hasta quemarse los mismos huesos de los dedos.

¡Basta! La aprobación con que este libro fué recibido por la Iglesia, y la particular santidad que se le atribuyó, bastan para demostrar la estimación en que la veracidad era tenida por sus defensores. Podemos añadir en conclusión que la más sutil quintaesencia del *Decamerón* de Boccaccio parece gazmoñería en comparación del inmundo realismo de la *Leyenda de Oro*.

No podemos ver sin mucho asombro las pretensiones de la Iglesia católica en su empeño de convertir á los Indos y á los Budhistas al Cristianismo. Mientras el «pagano» conserva la fe de sus mayores, tiene por lo menos una buena cualidad en favor suyo, y es la de no haber apostatado por el solo gusto de cambiar una colección de ídolos por otra. Podrá quizá ser para él una novedad el abrazar el Protestantismo, porque éste ofrece, por lo menos, la ventaja de reducir sus opiniones religiosas á la más simple expresión. Pero cuando un Budhista ha sido incitado á trocar su zapato de Dagún por la sandalia del Vaticano, ó los ocho pelos de la cabeza de Gautama y el diente de Buddha, que obran milagros, por los mechones de pelo de un santo cristiano y un diente de Jesús, que obran milagros mucho menos limpios, no tiene ningún motivo para vanagloriarse de su elección. En su discurso á la Sociedad Literaria de Java, Sir. T. S. Raffles refirió, según se dice, la siguiente característica anécdota: «Visitando el gran templo de las colinas de Nagasaki, el comisionado inglés fué recibido con señalada atención y respeto por el venerable patriarca de las provincias del norte, que era un hombre de ochenta años, el cual le obsequió espléndidamente. Enseñándole los patios del templo, uno de los oficiales ingleses allí presentes, sorprendido de lo que veía, exclamó distraidamente: «¡Jesus Christus!» Volvióse el Patriarca con plácida sonrisa, hizo una profunda reverencia, y dijo: «¡Ya conocemos á vuestro Jesus Christus! Bien, no nos le encajéis en nuestros templos, y continuaremos siendo amigos! Y de este modo,

con un cordial apretón de manos, estos dos antagonistas se separaron» (1).

Apenas hay un informe mandado por los misioneros desde la India, Thibet y China que no se lamente de la diabólica «obscenidad» de los ritos Paganos y de su lamentable indecencia; todo lo cual «son tan poderosos indicios del culto diabólico», como dice des Mousseaux. Estamos persuadidos de que la moralidad de los Paganos mejoraría algo si se les permitiese una libre investigación en la vida del rey-salmista, por ejemplo, el autor de aquellos dulces *Salmos* que tan fervorosamente repiten los Cristianos. La diferencia entre David bailando una danza fálica delante del arca—emblema del principio femenino—y el Vishnavita indio llevando el mismo emblema en la frente, está en favor del primero, sólo para aquellos que no han estudiado ni la fe antigua ni la suya propia. Cuando una religión que obligaba á David á cortar y entregar doscientos prepucios de sus enemigos antes de que lograra ser yerno del rey (I *Sam.* xviii) es aceptada como un modelo por los Cristianos, éstos harían muy bien en no echar en cara á los gentiles lo indecoroso de su fe. Recordando la gráfica parábola de Jesús, deben ellos arrancar la viga de su propio ojo, antes de quitar la mota del de su vecino. El elemento sexual está tan acentuado en el Cristianismo como en cualquiera de las «religiones paganas». Ciertamente, en ninguna parte de los *Vedas* pueden encontrarse la grosería y descarada indecencia de lenguaje que en la actualidad los hebraístas descubren en la *Biblia* mosaica.

De poco provecho sería que nos detuviésemos mucho en asuntos que han sido tratados de un modo tan magistral por un autor anónimo cuya obra electrizó á Alemania y á Inglaterra el año pasado (2); mientras que, con respecto al asunto particular de que nos ocupamos, no podemos hacer nada mejor que recomendar los sabios escritos del doctor Inman. Aunque parcial, y en muchos casos injusto para con las antiguas religiones gentiles, pagana y judía, los *hechos* mencionados en el *Ancient and Pagan Christian Symbolism* son irrecusables. Tampoco podemos convenir nosotros con algunos criticos ingleses que le acusan de pretender destruir el Cristianismo. Si por *Cristianismo* se entienden las formas externas del culto religioso, entonces no hay duda de que el autor referido intenta destruirlo, porque á sus ojos, lo mismo que á los de todo hombre verdaderamente religioso que haya estudiado las antiguas creencias exotéricas y su simbología, el Cristianismo es Paganismo puro, y el Catolicismo, con su culto fetichista, es mucho peor y más pernicioso que el Hinduismo en su aspecto más idólatra. Pero en tanto que combate las formas exotéricas y desen-

(1) *La Mitología de los Indos*, por Charles Coleman. Japón.

(2) *Religión Sobrenatural*.

mascara los símbolos, no es á la religión de Cristo lo que el autor ataca, sino al sistema artificial de la teología. Vamos á dejar que él mismo explique su actitud en su propio lenguaje, citando las siguientes palabras de su prefacio:

«Cuando se descubrieron los vampiros, gracias á la sagacidad de algún observador —dice—, eran, como hemos dicho, muertos ignominiosamente, atravesando su cuerpo con una estaca; pero la experiencia demostró que ellos tenían una resistencia vital tan extremada, que se levantaban una y otra vez, á pesar del repetido empalamiento, y que no se lograba concluir con ellos hasta que eran quemados por completo. De igual modo, el paganismo regenerado, que predomina entre los secuaces de Jesús de Nazareth, se ha levantado una y otra vez, después de haber sido atravesado de parte á parte. Acariciado todavía por la mayor parte, es acusado por unos pocos. Entre otros acusadores, yo levanto mi voz contra el Paganismo que tanto abunda en el Cristianismo eclesiástico, y haré todo lo posible para poner de manifiesto semejante impostura.... En una historia de Vampiros que figura la *Thalaba*, de Soutey, el sér resucitado toma la forma de una joven tiernamente amada, y el héroe se ve obligado á matarla por su propia mano. Así lo hace, pero, cuando hiere á la forma de la persona amada, él tiene la seguridad de que únicamente mata á un demonio.

»De la propia manera, al procurar yo destruir la corriente pagana, que ha adoptado el traje de Cristianismo, *no ataco á la verdadera religión* (1). Pero son los que acusarían de malicioso á un obrero que limpiase una preciosa estatua de la suciedad que la cubre. Habrá quizás algunas personas demasiado pulcras para tocar un objeto sucio, pero, con todo, se alegrarán de que haya alguno que quite la inmunidad. Un barrendero tal es necesario» (2).

Pero ¿no son únicamente los paganos y gentiles, los perseguidos por los católicos, y respecto de los cuales, imitando á san Agustín, estos últimos claman á la Deidad: «¡Oh, mi Dios!, *así deseo que tus enemigos sean exterminados*? ¡Ah, no!, sus aspiraciones son más mosaicas y calnicas que esto. Contra sus próximos parientes en la fe, y contra sus cismáticos hermanos, están ellos conspirando ahora dentro de los muros que albergaron á los Borgias asesinos. Las sombras de los Papas infanticidas, parricidas y fraticidas han resultado unos consejeros á propósito para los Caínes de Castelfidardo y de

(1) Tampoco lo hacemos nosotros, si por *verdadera religión* el mundo debe comprender algún día la adoración de una Deidad suprema, invisible y desconocida, por medio de obras y actos, no por la profesión de vanos dogmas humanos. Pero nuestra intención va más lejos. Descamos demostrar que si conseguimos que el culto ceremonial y fetiche deje de ser considerado como una parte esencial de la religión, en este caso tan sólo entre los budhistas y «paganos» se han visto pruebas de los verdaderos principios cristianos, y se ha practicado el verdadero Cristianismo desde los tiempos de los apóstoles.

(2) *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, p. xvi.



Mentana. Ahora les ha llegado el turno á los cristianos eslavos, los cismáticos orientales, que vienen á ser los filisteos de la Iglesia griega.

Su Santidad el papa Pío IX, después de haber agotado, en metáforas en las cuales se ensalzaba á sí mismo, todos los puntos de semejanza entre los grandes profetas bíblicos y él mismo, ha llegado por fin y con mucha razón á compararse con el patriarca Jacob «luchando contra su Dios». En la actualidad corona el edificio de la piedad católica, simpatizando abiertamente con los turcos (!). El Vicegerente de Dios inaugura su infalibilidad alentando, con un espíritu verdaderamente cristiano, los actos del aquel David musulmán, el moderno Bashi-Búzuk; y, á lo que parece, nada le daría tanto gusto á Su Santidad como que éste le presentase algunos millares de «prepucios» de búlgaros ó servios. Fiel á su política de sacrificarlo todo en beneficio de sus propios intereses, la Iglesia romana, mientras escribimos estas líneas (1876), está contemplando con benevolencia las atrocidades búlgaras y servias, y, probablemente, manobrando con Turquía contra Rusia. Antes el Islam y la hasta aquí odiada Media luna sobre el sepulcro del dios cristiano, que permitir que la Iglesia griega se establezca en Constantinopla y en Jerusalén como una religión del Estado. A manera de un decrépito é impotente ex tirano en el destierro, el Vaticano está dispuesto para cualquier alianza que le asegure, si no la restauración de su propio poder, por los menos la debilitación de sus rivales. Con el hacha que en otro tiempo blandieron sus inquisidores, juega ahora en secreto, ensayando su filo, esperando y aguardando contra toda esperanza. Otras veces, la Iglesia papal había compartido su lecho con extraños, pero nunca antes de ahora había caído en la degradación de prestar su apoyo moral á aquellos que durante 1200 años le han escupido á la cara, llamando á sus secuaces «perros infieles», repudiando sus enseñanzas y negando la divinidad de su Dios!

Hasta la prensa de la católica Francia se ha indignado con razón ante tal bajeza, y acusa abiertamente á la fracción ultramontana de la Iglesia católica y al Vaticano de ponerse de lado de los mahometanos contra los cristianos en la presente lucha de Oriente. «Cuando el Ministro de Negocios Extranjeros, en las Cámaras francesas, pronunció algunas palabras benévolas en favor de los cristianos griegos, sólo fué aplaudido por los católico-liberales, y escuchado con frialdad por el partido ultramontano», dice un corresponsal francés de un periódico de Nueva York.

«A tal extremo llegaron las cosas, que M. Lemoinne, famoso editor del importante periódico católico-liberal *Les Débats*, se vió obligado á decir que la Iglesia romana tenía mayores simpatías por los musulmanes que por los cismáticos, del mismo modo que era prefe-

rido un infiel á un protestante. 'Existe en el fondo—dice este escritor—una gran afinidad entre el *Syllabus* y el *Korán*, y entre las dos cabezas de los fieles. Los dos sistemas son de la misma naturaleza, y están unidos por el motivo común de tener una sola é inmutable teoría'. Del mismo modo, en Italia, el rey y los católico-liberales simpatizan vivamente con los desgraciados cristianos, mientras que el Papa y la fracción ultramontana, según se cree, se inclinan en favor de los mahometanos».

El mundo civilizado puede todavía esperar la aparición de la materializada Virgen María dentro del recinto del Vaticano. El «milagro» tantas veces repetido de la Visitadora Inmaculada en los tiempos medio-evaes se ha efectuado recientemente en Lourdes, y ¿por qué no debe repetirse una vez más á manera de *golpe de gracia* para todos los herejes, cismáticos é infieles? Todavía se ve en Arras, la ciudad más importante del Artois, el cirio milagroso; y, á cada nueva calamidad que amenaza á su querida iglesia, la «Bienaventurada Señora» aparece personalmente, y con sus propias hermosas manos lo enciende en presencia de toda una congregación «biologizada». Este género de «milagro»—dice E. Worsley—obrado por la Iglesia católico-romana, «siendo certísimo y jamás puesto en duda por nadie» (1). Tampoco se ha dudado nunca de la correspondencia privada con que la muy «Graciosa Señora» honra á sus amigos. Existen dos preciosas misivas suyas en los archivos de la Iglesia. La primera se pretende que es una carta contestando á otra que Ignacio le dirigió. En ella confirma la Virgen todo cuanto su corresponsal aprendió de «su amigo»—significando con este calificativo al apóstol Juan. Ella le ordena mantenerse fiel á sus votos, y añade á manera de aliciente: «*Yo y Juan iremos juntos á hacerte una visita*»(2).

Nada se sabía acerca de esta descarada impostura hasta que las cartas en cuestión fueron publicadas en París, en 1495. Por una curiosa casualidad aparecieron en una época en que empezaban á hacerse alarmantes investigaciones acerca de la legitimidad del cuarto Synóptico. ¿Quién podía dudar después de semejante confirmación por parte del centro de autoridad? Pero el colmo de la desvergüenza fué en 1534, cuando se recibió otra carta de la «Mediadora», la cual se parece más que nada á un informe de un agente de antecámara á un correligionario político. Estaba escrita en excelente latín, y fué

(1) «Discursos acerca de los milagros verificados en la Iglesia católica romana, ó Refutación completa de las injustas objeciones contra los milagros hechas por el Dr. Stillingfleet». Octavo, 1676, p. 64.

(2) Después de esto, ¿por qué han de oponerse los católico-romanos á las pretensiones de los espiritistas? Si, careciendo de pruebas, creen ellos en la «materialización» de María y de Juan en favor de Ignacio, ¿cómo pueden lógicamente negar la materialización de Katie y John (King), cuando es atestiguada por los minuciosos experimentos del químico inglés Mr. Crookes y por el testimonio unánime de un gran número de testigos?

encontrada en la Catedral de Mesina, juntamente con la imagen á la cual hace alusión. Su contenido es como sigue:

«María Virgen, Madre del Redentor del mundo, al Obispo, clero y demás fieles de Mesina, envía salud y bendición de parte de *ella misma* y de su hijo (1).

»Ya que os habéis mostrado solícitos en establecer mi culto, conviene que sepáis que por haber obrado así habéis adquirido un gran mérito ante mis ojos. Durante mucho tiempo he reflexionado dolorosamente sobre vuestra ciudad, que á tantos peligros está expuesta por su proximidad al fuego del Etna, y con frecuencia he hablado de esto con mi hijo, porque él estaba muy incomodado con vosotros á causa del culpable abandono en que teníais mi culto, y así es que no hacía el menor caso de mi intercesión. Pero ahora que habéis vuelto al buen sentido y felizmente habéis empezado á adorarme, él me ha conferido el derecho de convertirme en vuestra eterna protectora; pero al mismo tiempo os advierto que tengáis mucho cuidado en lo que vais á hacer, y no me déis motivos para arrepentirme de mi bondad hacia vosotros. Las oraciones y fiestas instituidas en honor mío me gustan extraordinariamente (*vehementer*), y si perseveráis fielmente en estas cosas y os oponéis con todas vuestras fuerzas á los herejes que hoy día se extienden por todo el mundo, y por los cuales tanto peligrá mi culto y el de los otros santos y santas, gozaréis de mi protección perpetua.

»En señal de este compromiso, os mando desde los Cielos mi misma imagen, modelada por manos celestiales, y si la tratáis con el honor que se merece, será para mí una prueba evidente de vuestra obediencia y de vuestra fe. Adiós. Fechada en los Cielos, estando sentada cerca del trono de mi hijo, en el mes de Diciembre del año 1534 de su encarnación.

MARÍA VIRGEN».

El lector debe tener bien entendido que este documento no es ninguna invención anticatólica. El autor de quien la hemos tomado (2) dice que la autenticidad de la carta «está atestiguada por el Obispo mismo, por el Vicario general, por el Secretario y por seis Canónigos de la Iglesia Catedral de Mesina, todos los cuales firmaron aquel testimonio con sus nombres, y lo confirmaron con su juramento.

»Tanto la carta como la imagen fueron encontradas encima del altar mayor, en donde habían sido colocadas por ángeles bajados del cielo».

(1) La «Madre de Dios» se coloca antes que Dios, según parece.

(2) Véase la *Nueva Era* de julio de 1875. Nueva York.

Es preciso que una iglesia haya llegado al último extremo de degradación cuando su clero apela á tan sacrilegas farsas, y éstas son aceptadas con ó sin dificultad por el pueblo.

¡No! Una religión semejante debe estar muy lejos del hombre que sienta en su interior las aspiraciones de un alma inmortal! No ha existido ni existirá jamás un espíritu verdaderamente filosófico, sea pagano, gentil, judío ó cristiano, que no haya adoptado este criterio. Gautama-Buddha está reflejado en los preceptos de Cristo; Pablo y Filón el Judío son ecos fieles de Platón, y Ammonio Saccas y Plotino conquistan su fama inmortal combinando las enseñanzas de todos estos grandes maestros de la verdadera filosofía. «Examina todas las cosas; afirmate en lo que es bueno»; éste debe ser el lema de todos los hermanos en la tierra. No sucede así con los intérpretes de la *Biblia*. La semilla de la Reforma fué sembrada el día en que el segundo capítulo de la *Epístola Católica de Jaime* chocó contra el oncenavo capítulo de la *Epístola á los Hebreos* del mismo *Nuevo Testamento*. Uno que crea en Pablo no puede creer en Jaime, en Pedro ni en Juan. Los Paulistas, para permanecer cristianos con su Apóstol, deben resistir á Pedro «cara á cara», y si Pedro «tenía que ser censurado», y *no tenía razón*, entonces no era infalible. ¿Cómo puede entonces su sucesor (?) hacer alarde de su infalibilidad? Todo reino en el cual surgen divisiones marcha á su ruina; y toda casa minada por divisiones ha de caer irremisiblemente. La pluralidad de maestros ha resultado ser tan fatal en religión como en política. Lo que Pablo predicaba era predicado por todos los demás filósofos místicos. «Permaneced firmes, por lo tanto, en la libertad, con la cual Cristo nos ha hecho libres, y no os sujetéis de nuevo al yugo de la servidumbre», exclama el sincero apóstol-filósofo. Y añade, como si estuviese proféticamente inspirado: «Pero si os mordéis y devoráis unos á otros, tened cuidado de no consumiros unos á otros».

Que los neo-platónicos no fueron siempre acusados de demonología resulta evidente por el hecho de haber adoptado la Iglesia Romana sus mismos ritos y su teúrgia. Las mismas é idénticas evocaciones y encantaciones del pagano y del judío kabalista son ahora repetidas por el exorcista cristiano, y la teúrgia de Jámblico ha sido adoptada palabra por palabra. «A pesar de la diferencia que había entre los platónicos y los cristianos paulistas de los primeros siglos —escribe el profesor A. Wilder—, muchos de los más notables maestros de la nueva fe estaban profundamente impregnados de la levadura filosófica. Sinesio, obispo de Cirene, era discípulo de Hypatia. *San Antonio reproducía la teúrgia de Jámblico*. El *Logos*, ó verbo del *Evangelio según S. Juan*, era una personificación gnóstica. Clemente de Alejandria, Orígenes y otros padres bebieron copiosamente en las fuentes de la filosofía. La idea ascética que mantenía la

Iglesia era igual á la practicada por Plotino.... Durante todo el transcurso de la Edad-media, hubo hombres que aceptaban las doctrinas interiores promulgadas por el renombrado maestro de la Academia» (1).

Para probar nuestra acusación de que la Iglesia latina despojó primero á los kabalistas y teurgistas de sus ritos mágicos y ceremonias, antes de fulminar anatemas sobre sus desgraciadas cabezas, traduciremos ahora para el lector algunos fragmentos sacados de las formas de *exorcismo* empleadas por los kabalistas y por los cristianos. La identidad en su fraseología revelará, quizás, una de las razones por que la Iglesia romana ha querido siempre mantener á los fieles en la ignorancia respecto del significado de sus rezos latinos y de su ritual. Unicamente aquellos que están directamente interesados en el engaño han tenido la oportunidad de comparar los rituales de la Iglesia y los de los magos. Los mejores latinistas eran, hasta una época relativamente reciente, ó eclesiásticos, ó dependían de la Iglesia. El vulgo no entendía el latín, y aunque hubiese podido entenderlo, la lectura de los libros de magia estaba prohibida bajo pena de anatema y excomunión. La hábil estratagema de la confesión hacía casi imposible el consultar, aunque fuese á escondidas, lo que los clérigos llaman un *grimoire* (garrapato del diablo), ó Ritual de Magia. Para asegurarse doblemente, empezó la Iglesia por destruir ú ocultar todas las cosas de este género sobre las cuales podía poner sus manos.

Lo que á continuación sigue está traducido del *Ritual Kabalístico*, y del que es conocido generalmente con el nombre de *Ritual romano*. Este último fué promulgado en 1851 y 1852, bajo la sanción del cardenal Engelbert, arzobispo de Malinas, y del arzobispo de París. Hablando del mismo, el demonólogo des Mousseaux dice: «Es el ritual de Pablo V, revisado por el más ilustrado de los Papas modernos, el contemporáneo de Voltaire, Benedicto XIV» (2).

#### RITUAL KABALÍSTICO

(judío y pagano)

##### *Exorcismo de la Sal*

El Sacerdote-Mago bendice la Sal, y dice: «*Criatura de Sal*, (3) en ti permanezca la SABIDU-

#### RITUAL CATÓLICO-ROMANO

##### *Exorcismo de la Sal* (4)

El Sacerdote bendice la *Sal*, y dice: «*Criatura de Sal*, yo te exorcizo en nombre del Dios

(1) Pablo y Platón.

(2) Véase *La Magie au XIXme. Siècle*, p. 168.

(3) *Criatura* de sal, aire, agua, ó de cualquier objeto que haya de ser *encantado* ó *bendecido*, es una palabra técnica en Magia, adoptada por el clero cristiano.

(4) *Rom. Rit.*, edic. de 1851, pp. 291-296, etc., etc.

ría (de Dios); y preserve de toda corrupción *nuestro entendimiento y nuestro cuerpo.*

»Por Hochmael (הַכֹּמַאֵל), Dios de sabiduría, y por el poder de *Ruach-Hochmael* (Espíritu del Espíritu Santo), se alejen ante ella los Espíritus de la materia (malos espíritus)... *Amén*».

#### *Exorcismo del Agua (y Cenizas)*

«Criatura del Agua. Yo te exorcizo... por *los tres nombres* que son Netsah, Hod y Jesod (la trinidad kabalística), en el principio y en el fin, por Alpha y Omega, que entran en el Espíritu Azoth (Espíritu Santo, ó el *Alma Universal*), yo te exorcizo y conjuro... *Aguila errante, que el Señor tenga poder sobre tí por las alas del toro y su flamígera espada*». (El querubín colocado en la puerta oriental del Edén).

#### *Exorcismo de un Espíritu Elemental*

«Serpiente, en nombre del Tetragrámmaton, el Señor; Él tiene poder sobre tí, por el ángel y el león.

»Ángel de tinieblas, obedece, y huye por la virtud de esta agua santa (exorcizada). Aguila encadenada, obedece á este signo, y aléjate ante el soplo. Móvil serpiente, arrástrate á mis pies, ó sé atormentada por *este fuego sagrado*, y desvanécete ante este santo incienso. Que el agua vuelva al agua (el espíritu

vivo.... *se la salud del alma y del cuerpo!* Donde quiera que seas esparcida, *sea ahuyentado el inmundo espíritu.... Amén*».

#### *Exorcismo del agua*

«Criatura del Agua, en nombre del Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo... sé exorcizada... Yo te conjuro en nombre del cordero... (el mago dice *toro* ó *buey per alas Tauri*) del Cordero que aplastó al basilisco y al áspid, y que tiene bajo sus pies al león y al dragón».

#### *Exorcismo del Diablo*

.....  
 «Oh, Señor, haz que aquel que lleva consigo el terror huya, herido á su vez por el terror y sea vencido. Oh, tú, que eres la Antigua Serpiente.... tiembla ante la mano de aquel que, habiendo triunfado de los tormentos del infierno (?)—*devictis gemitibus inferni*,—llamó de nuevo las almas á la luz. Cuanto más te perviertas, tanto más terribles serán tus tormentos... por Aquel que reina sobre los vivos y los

elemental del agua); que el fuego queme y el aire corra; que la tierra vuelva á la tierra por la virtud del Pentagrama, que es la Estrella Matutina, y en nombre del Tetragrámmaton que está trazado en el centro de la *Cruz de Luz. Amén*».

muertos... y que juzgará el mundo por fuego, *sæculum per ignem*, etc. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (1). *Amén*».

No es necesario poner á prueba por más tiempo la paciencia del lector, aunque podríamos multiplicar los ejemplos. No debe olvidarse que las citas anteriores las hemos sacado de la última revisión del *Ritual*, la de 1851-52. Si nos remontásemos á la primitiva, encontraríamos una identidad mucho más sorprendente, no puramente de fraseología, sino de forma ceremonial. Con el objeto de comparar, no nos hemos servido tampoco del ritual de magia ceremonial de los kabalistas *cristianos* en la Edad media, en el cual el lenguaje modelado sobre la creencia en la divinidad de Cristo es, exceptuando alguna que otra expresión que desentona, idéntico al del Ritual católico (2). Este último, sea como fuere, introduce una mejora cuya originalidad debe atribuirse por completo á la Iglesia. Efectivamente, en ningún ritual de magia puede encontrarse nada tan fantástico: «Cede el lugar —dice apostrofando al demonio,—cede el lugar á Jesucristo....., tú, *bestia sucia, hedionda y feroz*..... ¿te rebelas acaso? Escucha y tiembla, Satán; enemigo de la fe, enemigo del linaje humano, introductor de la muerte,... origen de todo mal, promotor del vicio, alma de la envidia, origen de la avaricia, causa de la discordia, príncipe del homicidio, á quien Dios maldiga; autor del incesto y del sacrilegio, inventor de toda obscenidad, *profesor* de las más detestables acciones, y *Gran Maestro de Herejes* (!!) (*Doctor Haereticorum*) ¡Qué!.... todavía permaneces firme? Te atreves á resistir sabiendo que Jesucristo nuestro Señor se acerca?.... Cede el lugar á Jesucristo, cede el lugar al Espíritu Santo, el cual, por medio de su bienaventurado apóstol Pedro, te ha precipitado al suelo ante el público, en la persona de Simón el Mago» (*te manifeste stravit in Simone Mago*) (3).

Después de una granizada tal de insultos, ningún diablo que tenga el más leve sentimiento de dignidad personal puede continuar en semejante compañía, á no ser que por casualidad se trate de un liberal italiano ó del mismo rey Victor Manuel; pues uno y otro, gracias á Pío IX, están ya á prueba de anatemas.

(1) *Rom. Rit.*, pp. 421-435.

(2) Véase *Arte Mágica*, art. Pedro d' Albano.

(3) *Ritual*, pp. 429-433; véase *La Magie au XIX me Siècle*, pp. 171, 172.

Inicuo parece en realidad el despojar á Roma de todos sus símbolos á la vez, pero hay que hacer justicia á los despojados hierofantes. Mucho tiempo antes de que el signo de la Cruz fuese adoptado como simbolo cristiano, era empleado á manera de signo secreto de reconocimiento entre los neófitos y adeptos. Dice Levi: «El signo de la Cruz adoptado por los Cristianos no pertenece á éstos exclusivamente. Es kabalístico, y representa las oposiciones y el equilibrio cuaternario de los elementos. Por el versículo oculto del *Pater*, acerca del cual en otra obra hemos llamado ya la atención, vemos que primitivamente había dos maneras de hacerlo, ó, por lo menos, dos fórmulas muy diferentes para expresar su significación: la una reservada para los sacerdotes é iniciados, y la otra concedida á los neófitos y á los profanos. Así, por ejemplo, el iniciado, llevando la mano á su frente, decía: *A tí*; y luego añadía: *pertenece*; y continuaba mientras llevaba la mano al pecho: *el reino*; después al hombro izquierdo: *justicia*; al hombro derecho: *y misericordia*. Después juntaba las dos manos, añadiendo: *en los ciclos generadores: Tibi sunt Malchut, et Geburah et Chesed per Æonas*; signo de la Cruz absoluta y magníficamente kabalístico que las profanaciones del Gnosticismo hicieron perder completamente á la Iglesia militante y oficial» (1).

¡Cuán fantástica es, por lo tanto, la aserción del padre Ventura, de que mientras Agustín era un maniqueo, un filósofo que ignoraba la «gran revelación cristiana», negándose á humillarse ante la sublimidad de la misma, nada sabía, ni nada comprendía acerca de Dios, del hombre ó del universo..... «permanecía pobre, insignificante, obscuro, inútil y nada escribía, nada hacía grande ó provechoso». Pero apenas hubo abrazado el Cristianismo, «sus facultades razonadoras é intelectuales, iluminadas por la *antorcha de la fe*, le elevaron á las más sublimes alturas de la filosofía y de la teología». Y su otra proposición de que el genio de Agustín, como consecuencia de esto, «se desarrolló en toda su grandeza y prodigiosa fecundidad....., su inteligencia brilló con aquel resplandor inmenso que, reflejándose en sus inmortales escritos, no ha cesado jamás, ni por un momento, durante catorce siglos, de iluminar á la Iglesia y al mundo!» (2).

Lo que fuese Agustín como maniqueo, dejamos al padre Ventura el cuidado de averiguarlo; pero que su entrada en el Cristianismo dió lugar á una eterna enemistad entre la teología y la ciencia es cosa que no admite duda. Mientras que por un lado se veía obligado á confesar que «era posible que los gentiles tuviesen algo de *divino* y verdadero en sus doctrinas», por otro lado declaraba que por sus supersticiones, idolatría y orgullo debían «ser odiados, y, á menos de

(1) *Dogme et Rituel de la Haute Magie*, vol. II, p. 88.

(2) *Conferencias*, por el padre Ventura, vol. II, parte I, p. LVI, Prefacio.



corregirse, ser castigados por la justicia divina». Esto da la clave para explicar la conducta subsiguiente de la iglesia cristiana, hasta nuestros días. Si los gentiles no tuvieron á bien ingresar en la iglesia, todo lo que habla de divino en su filosofía debía ser considerado como nada, y la sagrada cólera de Dios debía caer sobre sus cabezas. El efecto que esto produjo está sucintamente expresado por Draper: «Nadie hizo más que este padre para introducir el antagonismo entre la ciencia y la religión; él principalmente fué quien apartó la *Biblia* de su verdadero objeto (una guía para la pureza de la vida), colocándola en la situación peligrosa de árbitro del saber humano y de audaz déspota sobre la inteligencia del hombre. Una vez dado el ejemplo, no faltaron imitadores; las obras de los filósofos griegos fueron estigmatizadas como profanas; las transcendetales y gloriosas adquisiciones del Museo de Alejandría fueron oscurecidas por una nube de ignorancia, de misticismo y de una jerga ininteligible, de la cual brotaban con demasiada frecuencia los destructores rayos de la venganza eclesiástica» (1).

Agustín y Cipriano (2) admiten que Hermes y Hostanes creían en un Dios verdadero; manteniendo, los dos primeros, lo mismo que los dos paganos, que tal sér es invisible é incomprendible, excepto espiritualmente. Por nuestra parte, invitamos á cualquier hombre inteligente—con tal que no sea un fanático religioso—á que, después de haber leído algunos fragmentos escogidos al azar en las obras de Hermes y de Agustín acerca de la Deidad, decida cuál de los dos da una definición más filosófica del «invisible Padre». Por lo menos tenemos un escritor de fama que es de nuestra opinión. Draper llama á las obras de Agustín una «desaliñada conversación» con Dios, un «sueño incoherente» (3).

El padre Ventura nos pinta al santo pavoneándose, ante un mundo lleno de asombro, en «las más sublimes alturas de la filosofía». Pero aquí nos encontramos de nuevo con el mismo despreocupado crítico, que hace las siguientes observaciones acerca de este coloso de la filosofía de los primeros padres de la iglesia. «¿Era por este descabellado sistema—pregunta,—por este producto de la ignorancia y de la osadía, que habían de desecharse las obras de los filósofos griegos? No fué en manera alguna demasiado pronto cuando los grandes críticos que durante la Reforma aparecieron, comparando las obras de estos escritores unas con otras, las pusieron en el lugar que les corresponde, y nos enseñaron á mirarlas todas con desprecio» (4).

En cuanto al hecho de que hombres tales como Plotino, Porfirio,

(1) *Conflictos entre la religión y la ciencia*, p. 62.

(2) *De Baptismo contra Donatistas*, lib. VI, cap. XLIV.

(3) *Conflictos*, etc., p. 37.

(4) *Conflictos*, etc., p. 37.

Jámblico, Apolonio y hasta Simón el Mago hayan sido acusados de haber hecho pacto con el diablo, sea que este último personaje exista ó no, es tan absurdo que apenas hay necesidad de refutarlo. Si Simón el Mago—el más problemático de todos bajo el punto de vista histórico—no ha existido solamente en la calenturienta imaginación de Pedro y de los demás apóstoles, no era él evidentemente peor que cualquiera de sus adversarios. Una simple diferencia de opiniones religiosas, por grande que sea, es insuficiente *per se* para enviar una persona al cielo y otra al infierno. Tales doctrinas dogmáticas y poco caritativas podían haber sido enseñadas en los tiempos medioevales, pero ahora es demasiado tarde para que la Iglesia nos salga con su tradicional espantajo. Las investigaciones empiezan á sugerir algo que, si se llega á verificar, lanzará eterno oprobio sobre la Iglesia del apóstol Pedro, debiendo tenerse en cuenta que aun la misma fundación de dicha Iglesia sobre el referido apóstol es una de las más indemostradas é indemostrables de las suposiciones del clero católico.

El erudito autor de la *Religión Sobrenatural* se esfuerza en probar que por *Simon Magus* debemos entender al apóstol Pablo, cuyas Epístolas fueron privada y públicamente calumniadas por Pedro, y tachadas de contener «*dysnoética* doctrina». El apóstol de los gentiles era audaz, elocuente, sincero y muy ilustrado; el apóstol de la Circuncisión era cobarde, cauteloso, falto de sinceridad y muy ignorante. Que Pablo había sido parcialmente, al menos, si no por completo, iniciado en los misterios teúrgicos, es cosa que no admite la menor duda. Su lenguaje, la fraseología tan especial de los filósofos griegos, ciertas expresiones empleadas únicamente por los iniciados, son otras tantas pruebas evidentes en favor de tal suposición. Nuestra sospecha ha sido robustecida por un excelente artículo de uno de los periódicos de Nueva York, titulado *Pablo y Platón* (1), en el cual el autor expone una muy notable y, para nosotros, preciosa observación. En sus *Epístolas á los Corintios*, Pablo, según dicho escritor, emplea con mucha frecuencia expresiones sugeridas por las iniciaciones de Sabazius y Eleusis y por las enseñanzas de los filósofos griegos. Pablo se califica á si mismo de *idiotes*, una persona ignorante en cuanto al Verbo, pero no respecto de la *Gnosis* ó ciencia filosófica. «Nosotros hablamos sabiduría entre los perfectos ó iniciados—escribe;—no la sabiduría de este mundo, ni de los arcontes de este mundo, sino la sabiduría divina en misterio, secreto que *ninguno de los Arcontes de este mundo conoció*» (2).

¿Qué otra cosa puede el Apóstol significar por estas palabras

(1) *Pablo y Platón*, por A. Wilder, editor de *Los Misterios báquicos y eleusinos*, de Thomas Taylor.

(2) Id.

inequívocas, sino que él mismo, siendo uno de los *mistæ* (iniciados), hablaba de cosas enseñadas y explicadas sólo en los Misterios? La «Divina Sabiduría en misterio, que ninguno de los *Arcontes de este mundo conoció*», tiene evidentemente alguna relación directa con el *basileus* de la iniciación Eleusina que *sabía*. El *basileus* pertenecía al *estado mayor*, digámoslo así, del gran hierofante, y era un *arconte* de Atenas, y como tal, era uno de los principales *mistæ*, pertenecientes á los Misterios *interiores*, en los cuales muy pocos y muy escogidos eran los que podían tener acceso (1). Los magistrados que inspeccionaban los Eleusinos eran llamados *arcontes*.

Otra prueba de que Pablo formaba parte del círculo de los «Iniciados» la tenemos en el hecho siguiente: Al apóstol le cortaron el cabello con tijera en Cenchrea (en donde Lucio, *Apuleyo*, fué iniciado), porque «habla hecho un voto». Los *nazars*—ó puestos aparte,—como vemos en las Escrituras indias, tenían que cortarse el cabello, que llevaban largo, y al cual «ninguna navaja tocaba» en cualquier otra ocasión, y habían de sacrificarlo en el altar de la iniciación; y los *nazars* eran una secta de teurgistas caldeos. Más adelante haremos ver que Jesús pertenecía á esta secta.

Pablo declara que, «conforme á la gracia de Dios que me ha sido concedida, yo, como sabio *maestro constructor*, he puesto los cimientos»(2).

Esta expresión, *maestro constructor*, empleada *una vez* tan sólo en toda la *Biblia*, y por Pablo, puede ser considerada como una completa revelación. En los Misterios, la tercera parte de los sagrados ritos era llamada *Epopteia*, ó revelación, recepción en los secretos, y viene á significar aquel estado de clarividencia divina en el cual desaparece todo cuanto pertenece á esta tierra, quedando paralizada la visión terrena, y el alma, libre y pura, se une con su espíritu ó Dios. Pero la significación verdadera de dicha palabra es «inspeccionando», de *optomai*: *yo me veo á mí mismo*. En sánscrito la palabra *evápto* tiene la misma significación, y equivale á *obtener* (3). La palabra *epopteia* está compuesta de *epi*, sobre, y *optomai*, mirar, ó vigilante ó inspector, también usada para designar al *maestro constructor*. El título de *maestro masón*, en la *Francmasonería*, se deriva de éste, en el sentido empleado en los Misterios. Por

(1) Véase *Misterios eleusinos y báquicos*, de Taylor.

(2) 1 *Corint.* III, 10.

(3) En su más lata significación, esta voz sánscrita tiene el mismo sentido literal que la palabra griega; ambas implican «revelación», no por medio de algún agente humano, sino por medio de la «recepción de la sagrada bebida». En la India, el iniciado recibía el «Soma», sagrada bebida que servía para libertar al alma de su cuerpo, y en los Misterios Eleusinos, era la sagrada bebida ofrecida en la *Epopteia*. Los Misterios griegos eran derivados por completo de los ritos Védicos Brahmánicos, y estos últimos lo eran de los Misterios religiosos ante-Védicos, primitiva filosofía Búddhica.

lo tanto, cuando Pablo se llama á sí mismo «maestro constructor», hace uso de una palabra eminentemente kabalística, teúrgica y masonónica, una palabra no usada por ninguno de los demás apóstoles. Así, pues, él se declara un *adepto*, teniendo el derecho de *iniciar* á otros.

Si vamos investigando por este camino, sin perder de vista estos dos seguros guías, que son los Misterios griegos y la Kábala, será fácil encontrar la razón oculta de por qué Pablo era tan perseguido y odiado por Pedro, Juan y Jaime. El autor del *Apocalipsis* ó *Revelación* era un kabalista judío *pur sang*, con todo el odio heredado de sus antepasados hacia los Misterios (1). Su recelo durante la vida de Jesús alcanzaba hasta Pedro; y sólo después de la muerte de su común maestro es cuando vemos á los dos apóstoles—el primero de los cuales llevaba la Mitra y el Petalun de los Rabinos judíos—predicar con tanto celo el rito de la circuncisión. A los ojos de Pedro, Pablo, que de tal manera le había humillado, y á quien aquél reconocía tan superior á sí mismo en «literatura griega» y en filosofía, debía haber naturalmente aparecido como un mágico, como un hombre contaminado con la «Gnosis», con la «sabiduría» de los Misterios griegos, y por consiguiente, quizá, «Simón (2) el Mago».

En cuanto á Pedro, la crítica bíblica ha demostrado antes de ahora que, en la fundación de la Iglesia latina en Roma, probablemente él no tenía otra cosa que ver sino proporcionar el pretexto de que tan gustosamente se aprovechó el astuto Ireneo para beneficiar esta Iglesia con el nuevo nombre del apóstol, *Petra* ó *Kiffa*, nombre que permitía muy fácilmente, gracias á un sencillo juego de palabras, relacionarlo con *Petroma*, el doble juego de tablas de piedra usadas por el hierofante en las iniciaciones durante el Misterio final. En esto, quizás, se halla encerrado todo el secreto de las pretensiones del Vaticano. Como indica oportunamente el profesor Wilder: «En los países orientales, la designación פֶּטְרוֹ, Pedro (en fenicio y en caldeo, un *intérprete*), parece haber sido el título de este personaje (el hierofante). Hay en estos hechos alguna reminiscencia de circunstancias peculiares de la Ley mosaica..... así como algo res-

(1) Inútil es sentar que el *Evangelio según Juan* no fué escrito por Juan, sino por un platónico ó gnóstico perteneciente á la Escuela neo-platónica.

(2) El hecho de que Pedro persiguió al «Apóstol de los Gentiles» bajo aquel nombre, no implica de necesidad el que no haya existido ningún Simón Mago individualmente distinto de Pablo. Puede haberse convertido en un nombre injurioso genérico. Teodoro y Crisóstomo, los primitivos y más fecundos comentadores del Gnosticismo de aquellos días, parece que hacen realmente de Simón un rival de Pablo, y afirman que entre ellos hubo cambio frecuente de mensajes. El primero, como activo propagandista de lo que Pablo llama la «antítesis de la Gnosis» (1.ª Epístola á Timoteo), debe haber sido una dolorosa espina en el costado del Apóstol. Existen pruebas suficientes de la existencia real de Simón Mago.

pecto de las pretensiones que tiene el Papa de ser el sucesor de Pedro, el hierofante ó intérprete de la religión cristiana»(1).

Como á tal, debemos concederle, hasta cierto punto, el derecho de ser tal intérprete. La Iglesia latina ha conservado fielmente en sus símbolos, ritos, ceremonias, arquitectura, y hasta en el mismo traje de su clero, la tradición del culto pagano; y de las ceremonias públicas ó exotéricas, deberíamos nosotros añadir; de otra suerte sus dogmas tendrían más sentido, é inferirían menos ultraje á la majestad del Dios Supremo é Invisible.

Una inscripción encontrada en el ataúd de la reina Mentuhept, perteneciente á la oncena dinastía (2250 antes de J. C.), que ahora ha resultado haber sido transcrita del décimo séptimo capítulo del *Libro de los Muertos* (de una época no posterior al año 4500 antes de J. C.), es más que significativa. Este texto monumental contiene un grupo de jeroglíficos que, una vez interpretados, se leen como sigue:

PTR.	RF.	SU.
Peter-	ref-	su.

El barón Bunsen presenta este sagrado formulario mezclado con toda una serie de glosas y varias interpretaciones sobre un monumento que cuenta cuarenta siglos. «Esto es lo mismo que decir que el documento (la interpretación verdadera) ya no era inteligible en aquella época.... Rogamos á nuestros lectores que se enteren—añade— de que un texto sagrado, un himno, conteniendo las palabras de un espíritu desaparecido, existían en tal estado unos 4000 años atrás.... que las hacía casi enteramente ininteligibles para los copistas reales (2)».

Que era ininteligible para los no iniciados entre estos últimos, está tan bien demostrado por los confusos y contradictorios glosarios, como que aquella era una palabra de «misterio», conocida de los hierofantes de los santuarios, y además, una palabra escogida por Jesús para designar el cargo asignado por él á uno de sus apóstoles. Esta palabra, PTR, era parcialmente interpretada, gracias á otra palabra escrita de un modo semejante en otro grupo de jeroglíficos, en una estela, siendo el signo empleado para ella un ojo abierto (3).

(1) *Introducción á los Misterios báquicos y eleusinos*, p. X. Si no poseyésemos una tradición kabalística digna de crédito en que apoyarnos, podríamos quizás vernos obligados á preguntar si debe atribuirse la calidad de autor del *Apocalipsis* al apóstol de aquel nombre. Parece que él era llamado Juan el teólogo.

(2) Bunsen: *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, vol. V, p. 90.

(3) Véase de Rougé: *Stele*, p. 44; PTAR (videus) es interpretado como «aparecer», con un signo de interrogación después: la acostumbrada señal de perplejidad científica. En el tomo quinto de *Egipto* de Bunsen, la interpretación que sigue es *illuminator*, la cual es más correcta.

Bunsen menciona, como otra aplicación de PTR, «mostrar». «Me parece —dice este autor— que nuestro PTR es literalmente el antiguo arameo y hebreo *Patar*, que encontramos en la historia de José como la palabra específica que designa *interpretar*; y de aquí también que *Pitrum* sea el término para la interpretación de un texto ó de un sueño» (1). En un manuscrito del primer siglo, que es una combinación de los textos demótico y griego (2), y, muy probablemente, uno de los pocos que milagrosamente se salvaron del vandalismo cristiano de los siglos segundo y tercero, cuando todos aquellos preciosos manuscritos eran quemados como mágicos, encontramos repetida en varias partes una frase que tal vez pueda arrojar alguna luz sobre esta cuestión. Uno de los principales héroes del manuscrito, al cual se hace constantemente referencia como «*juicio iluminador*» ó iniciado, *Teleiotes*, se supone que comunica sólo con su *Patar*, estando esta última palabra escrita en caracteres caldaicos. Esta misma palabra se halla una vez unida al nombre *Shimeon*. En varias ocasiones, el *Illuminator*, que raras veces interrumpe su soledad contemplativa, está representado habitando una *Krupte* (cueva), y enseñando á las masas de celosos discípulos que permanecían al exterior, no oralmente, sino por medio de su *Patar*. Este último recibe las palabras de sabiduría, aplicando su oído á un agujero circular practicado en una división que oculta al instructor de los oyentes, y luego las transmite con explicaciones y glosas á la multitud. Este, salvo una ligera variación, era el método empleado por Pitágoras, el cual, como sabemos, jamás permitía á sus neófitos que le vieran durante los años de prueba, sino que les instruía desde detrás de una cortina, en su cueva. Pero, si el *Illuminator* del manuscrito greco-demótico es idéntico con Jesús ó no, queda en pie el hecho de que le encontramos escogiendo una «misteriosa» denominación para uno á quien se ha hecho aparecer, después por la Iglesia Católica, como el portero del Reino de los Cielos y el intérprete de la voluntad de Cristo. La palabra *Patar* ó *Peter* coloca á ambos, maestro y discípulo, en el círculo de iniciación, y les pone en conexión con la «Doctrina Secreta». El gran hierofante de los antiguos Misterios nunca permitía que los candidatos le viesen ú oyesen personalmente. El era el *Deus ex Machina*, la Deidad que presidía, aunque invisible, expresando su voluntad é instrucciones por medio de un segundo; y 2.000 años después, descubrimos que los *Dalaï-Lamas* del Thibet han estado siguiendo durante siglos el mismo programa tradicional durante los más importantes misterios religiosos del lamaismo. Si Jesús sabía la secreta significación del título concedido por él á Simón, entonces

(1) *Egipto*, de Bunsen, vol. V, p. 90.

(2) Es propiedad de un místico á quien encontramos en Siria.

debía haber sido iniciado, de otra suerte no hubiera podido saberlo; y si era un iniciado, ya sea de los Esenios pitagóricos, ó de los Magos caldeos, ó bien de los sacerdotes egipcios, entonces la doctrina enseñada por él no era más que una porción de la «Doctrina Secreta», enseñada por los hierofantes paganos á los pocos y escogidos adeptos admitidos en el interior del sagrado ádito.

Pero más adelante discutiremos esta cuestión. Por ahora sólo tratamos de indicar brevemente la extraordinaria semejanza—ó mejor diríamos, identidad—de los ritos y vestiduras ceremoniales del clero cristiano, con los de los antiguos Babilonios, Asirios, Fenicios, Egipcios y otros Paganos de la antigüedad venerable.

Si queremos encontrar el modelo de la tiara Papal, debemos escudriñar los anales de las antiguas tablillas asirias. Invitamos al lector á prestar su atención á la obra ilustrada del Dr. Inman, *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*. En la página sesenta y cuatro fácilmente reconocerá el ornamento de cabeza del sucesor de San Pedro en la prenda análoga que llevan los dioses y ángeles de la antigua Asiria, «en donde aparece coronado por un emblema de la trinidad masculina» (la Cruz Cristiana). «Podemos mencionar de paso—añade el Dr. Inman—que así como los Romanistas adoptaron la mitra y la tiara de la 'raza maldita de Cam', del mismo modo adoptaron la cruz episcopal de los augures de Etruria; y la forma artística con la cual revisten ellos á sus ángeles, de los pintores y fabricantes de urnas de la Magna Grecia y de la Italia Central».

Si continuásemos en nuestras investigaciones, y tratásemos de averiguar con qué están en relación los *nimbus* y la tonsura del sacerdote y del monje católico (1), encontraríamos pruebas innegables de que son emblemas solares. Knight, en su *Old England Pictorially Illustrated*, presenta un dibujo hecho por S. Agustín, representando á un antiguo Obispo cristiano en un traje probablemente idéntico al que llevaba el mismo gran «santo». El *pallium* ó la antigua estola del obispo es el signo femenino cuando es llevado por un sacerdote durante sus funciones ceremoniales. La pintura de S. Agustín está adornada en cruces búddhicas, y su aspecto total es una representación de la **T** (tau) egipcia, tomando ligeramente la forma de la letra **Y**. «Su extremo inferior es el signo de la tríada masculina», dice Inman; «la mano derecha (de la figura) tiene el índice extendido, como los sacerdotes Asirios cuando rendían homenaje á *la arboleda*... Cuando un varón lleva el *pallium* en las ceremonias del culto, se convierte en el representante de la trinidad en la unidad, el *arba*, ó místico cuatro»(2).

(1) Los sacerdotes de Isis estaban tonsurados.

(2) Véase *Antiguas Fes*, vol. II, pp. 915-918.

«Inmaculada es nuestra Señora Isis», dice la leyenda que rodea un grabado de Serapis é Isis descrito por King en *Los Gnósticos y sus Restos*, 'E KURIA ISIS AGNE, «...las mismas palabras aplicadas después á aquel personaje (la Virgen María) que la sucedió en su forma, títulos, símbolos, ritos y ceremonias... Así, pues, sus devotos llevaron al nuevo sacerdocio las primeras insignias de su profesión, la obligación del celibato, la tonsura y el sobrepelliz, omitiendo, desgraciadamente, las abluciones frecuentes prescritas por el antiguo credo». «Las *Virgenes Negras*, tan veneradas en ciertas Catedrales francesas... han resultado, después de haber sido examinadas con detenimiento, imágenes basálticas de Isis» (1).

Delante del altar de Júpiter Ammón colgaban sonoras campanas, de cuyo sonido armónico deducían los sacerdotes los augurios. «Una campana de oro y una granada... rodeando la orla de su vestidura» era la consecuencia de esto entre los judíos mosaicos. Pero en el sistema Búddhico, durante las ceremonias religiosas los dioses del *Deva Loka* son siempre invocados é invitados á descender sobre los altares, con el sonido de las campanas suspendidas en las pagodas. La campana de la sagrada mesa de Siva, en Kuhama, es descrita en Kailasa, y cada vihara y lamaseria Búddhica tiene sus campanas.

Así vemos que las campanas usadas por los cristianos les vienen directamente de los Buddhistas tibetanos y chinos. Las cuentas y rosarios tienen el mismo origen, y han sido usadas por los monjes Buddhistas hace unos 2.300 años. Los *Linghams*, en los templos indios, están adornados en ciertos días con grandes granos de un árbol consagrado á Mahadeva, los cuales son ensartados formando rosarios. El título de *nun* (monja) es una palabra egipcia, y tenía entre ellos la significación actual; los cristianos ni siquiera se han tomado el trabajo de traducir la palabra *Nonna*. La aureola de los santos era usada por los artistas antediluvianos de Babilonia siempre que deseaban honrar ó divinizar una cabeza de mortal. En un célebre cuadro del *Panteón Indio* de Moore, titulado «Christna amamantado por Devaki», de una ejecución sumamente acabada, la Virgen india está representada sentada en una especie de poltrona y dando de mamar á Christna. El pelo peinado hacia atrás, el largo velo y la dorada aureola de oro que circunda la cabeza de la Virgen, lo mismo que la del Salvador indo, llaman verdaderamente la atención. Ningún católico, por muy versado que pueda estar en el misterioso simbolismo de la iconología, dudaría ni por un solo momento en adorar en aquella imagen á la Virgen María, la madre de su Dios! (2). En Indur Subba, la entrada meridio-

(1) *Los Gnósticos y sus Restos*, p. 71.

(2) Véase la ilustración en *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, de Inman, p. 27.



nal de las Cuevas de Ellora, puede verse hoy día la figura de la esposa de Indra, Indrani, sentada con su divino hijo infante, indicando con el dedo el cielo, en la misma actitud que la *Madonna* italiana y el Niño. En el *Sinbolismo Pagano y Cristiano*, el autor reproduce la figura de una imagen de madera de la Edad media —habiendo nosotros visto en antiguos salterios imágenes semejantes á docenas— en la cual la Virgen Maria, con su Niño, está representada como la Reina del Cielo, sobre la media luna, emblema de la virginidad. «Estando delante del sol, ella casi eclipsa su luz. Nada como esto puede identificar más completamente á la Madre é Hijo cristianos con Isis y Horus, Ishtar, Venus, Juno y una multitud de otras diosas paganas que han sido llamadas: *Reina del Cielo, Reina del Universo, Madre de Dios, Esposa de Dios, La Virgen Celestial, La Celeste Pacificadora*, etc.» (1).

Tales pinturas no son puramente astronómicas. Representan al Dios masculino y la Diosa femenina, como al sol y la luna en conjunción, «la unión de la tríada con la unidad». Los cuernos de vaca en la cabeza de Isis tienen la misma significación.

Y tal como es arriba, así es abajo, fuera y dentro, en las vestiduras sacerdotales y en los ritos religiosos de la Iglesia Cristiana reconocemos el sello del paganismo exotérico. Dentro del ancho campo de los humanos conocimientos, en ningún punto ha estado el mundo más ciego ó engañado con una tan persistente adulteración, como en lo que á la antigüedad se refiere. Su venerable pasado y sus creencias religiosas han sido desfiguradas y holladas bajo los pies de sus sucesores. Sus hierofantes y profetas, sus *mistæ* y *epoptæ* (2) del en un tiempo sagrado ádito del templo, presentados como demoniacos y adoradores del diablo. Adornado con los atavíos de que ha despojado á la víctima, el sacerdote cristiano anatematiza en la actualidad á esta última con ritos y ceremonias que ha aprendido de los mismos teurgistas. La *Biblia* Mosaica es empleada como un arma en contra del pueblo que la proporcionó. El filósofo pagano es maldecido bajo el mismo techo que ha presenciado su iniciación; y el «mono de Dios» (ó sea el diablo de Tertuliano), «el autor y fundador de la teúrgia mágica, la ciencia de las ilusiones y mentiras, cuyo padre y autor es el demonio», es exorcizado con agua bendita por la mano que sostiene el idéntico *lituus* (3) con el cual el antiguo augur, después de una solemne plegaria, solía decidir á las regiones de los cielos y evocar en nombre del ALTÍSIMO al dios menor (ahora llamado diablo), quien descubría á sus ojos lo futuro, y le ponía en disposición de profetizar! Por parte de los cristianos y del clero, no hay más que ver-

(1) Véase la ilustración en *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, de Inman, p. 76.

(2) Iniciados y videntes.

(3) El báculo pastoral del augur, y ahora del obispo.

gonzosa ignorancia, preocupación y aquel miserable orgullo tan procazmente puesto de relieve por uno de sus propios reverendos ministros, T. Gross (1), el cual se desata contra toda investigación, considerándola «como un trabajo inútil ó criminal, cuando debe temerse que dé por resultado la ruina de un sistema de fe preestablecido». Por parte de los sabios existe la misma aprensión de la posible necesidad de tener que modificar algunas de sus teorías científicas erróneamente establecidas. «Nada más que una tan deplorable preocupación—dice Gross—puede haber falsificado así la teología del paganismo, y desfigurado—mejor dicho, ridiculizado—sus formas de culto religioso. Tiempo es ya de que la posteridad levante su voz en vindicación de la verdad ultrajada, y de que la época presente adquiera un poco de aquel sentido común del cual con tanta complacencia se vanagloria, como si el privilegio de la razón fuese únicamente una prerrogativa natural de los tiempos modernos.

Todo esto nos da una segura clave respecto de la verdadera causa del odio que los cristianos primitivos y los de la Edad media abrigan contra sus hermanos y peligrosos rivales paganos. Nosotros odiamos únicamente aquello que tememos. Los taumaturgos cristianos, una vez rota toda relación con los Misterios de los Templos, y con «estas tan renombradas escuelas de magia», descritas por S. Hilarión (2), podían ciertamente tener muy pocas esperanzas de rivalizar con los hacedores de prodigios del Paganismo. Ninguno de los apóstoles, excepto quizás en las curaciones efectuadas por el poder mesmérico, llegó á la altura de Apolonio de Tiana; y el escándalo originado entre los apóstoles por los hechos milagrosos de Simón Mago es demasiado notorio para que lo repitamos aquí otra vez. «¿Cómo es—pregunta Justino Mártir, con evidente zozobra—, cómo es que los talismanes (*telesmata*) de Apolonio de Tiana; tienen poder sobre ciertos elementos de la creación, porque impiden, como nosotros vemos, la furia de las olas, la violencia de los vientos y los ataques de las bestias feroces; y, mientras que los milagros de nuestro Señor tan sólo se conservan por tradición, los de Apolonio son sumamente numerosos, y se manifiestan actualmente como hechos palpitantes, hasta el punto de descaminar á todos los que los presencian?» (3). En su perplejidad, este mártir resuelve el problema atribuyendo muy correctamente la eficacia y el poder de los hechizos usados por Apolonio á su profundo conocimiento de las simpatías y antipatías (repugnancias) de la naturaleza.

Incapaces de negar la evidente superioridad de los poderes de sus

(1) *La Religión pagana*.

(2) *Pères du Désert d'Orient*, vol. II, p. 283.

(3) Justino Mártir: *Quæ*. XXIV.

enemigos, apelaron los Padres al antiguo pero siempre afortunado sistema, el de la calumnia. Honraron á los teurgistas con la misma insinuante calumnia á la cual habian los fariseos recurrido contra Jesús. «Tú tienes un demonio», decíanle los príncipes de la Sinagoga. «Tú tienes el diablo», han repetido los astutos Padres, con igual verdad, dirigiéndose al taumaturgo pagano, y esta acusación, echada á todos los vientos y erigida después en artículo de fé, ha logrado triunfar.

Pero los modernos herederos de estos falsificadores eclesiásticos, que acusan á la magia, al espiritismo y hasta al magnetismo de ser producidos por el demonio, han olvidado, ó quizás no han leído nunca á los clásicos. Ninguno de nuestros hipócritas ha mirado con más desprecio los *abusos* de la magia como el verdadero iniciado de la antigüedad. Ninguna ley moderna ó de la Edad media puede ser más severa que la del hierofante. A la verdad, él tenia más discernimiento, caridad y justicia que el clero cristiano; porque, si bien expulsaba al brujo «inconsciente», á la persona turbada por un demonio, del interior de los sagrados recintos de ádito, los sacerdotes, en lugar de quemarle despiadadamente, cuidaban al infortunado «poseso». Habiendo hospitales expresamente para este objeto en las cercanías de los templos, el antiguo «médium», si padecía de obsesión, era allí atendido y se le devolvía la salud. Pero respecto á aquél que, por medio de *hechicería* consciente, habia adquirido poderes peligrosos para sus semejantes, los sacerdotes de la antigüedad eran tan severos como la justicia misma. «Cualquier persona *accidentalmente* culpable de homicidio, ó de cualquier crimen, ó convicta de brujería, era excluida de los Misterios Eleusinos» (1). Y de la misma manera eran tales personas excluidas de todos los demás. Esta ley, mencionada por todos los escritores que han tratado de la antigua iniciación, habla por sí misma. La pretensión de Agustín de que todas las explicaciones dadas por los neo-platónicos eran inventadas por ellos mismos es completamente absurda. Porque casi todas las ceremonias en su orden verdadero y sucesivo están expuestas por el mismo Platón de un modo más ó menos encubierto. Los Misterios son tan antiguos como el mundo, y cualquiera que esté bien versado en las esotéricas mitologías de las distintas naciones puede seguir sus huellas hasta los días del periodo ante-Védico en la India. La virtud y pureza más estrictas son una condición necesaria que se exige al *Vatou*, ó candidato, en la India, antes de que pueda convertirse en un iniciado, tanto si desea ser un simple fakir, un *Purohita* (sacerdote público) ó un *Sannyasi*, un santo perteneciente al segundo grado de iniciación, el más sagrado y venerado de todos ellos. Después de haber salido victorioso de las tremendas pruebas que preceden á la admisión en el templo interior

(1) Véase *Misterios Báquicos y Eleusinos*, de Taylor; Porfirio y otros.

de las criptas subterráneas de su pagoda, el *sannyasi* pasa el resto de su vida en el templo, practicando las ochenta y cuatro reglas y las diez virtudes prescritas á los Yoguis.

«Ninguno que no haya practicado, durante toda su vida, las diez virtudes que el divino Manú impone como un deber, puede ser iniciado en los misterios del consejo», dicen los libros indios de Iniciación.

Estas virtudes son: «Resignación; el acto de devolver bien por mal; templanza; probidad; pureza; castidad; represión de los sentidos físicos; el conocimiento de las Santas Escrituras; el del alma *Superior* (espíritu); culto de la verdad; abstinencia de cólera». Estas virtudes deben únicamente dirigir la vida de un verdadero Yogui. «Ningún adepto indigno debe deshonar las filas de los santos iniciados con su presencia durante veinte y cuatro horas». El adepto se hace culpable, después de haber quebrantado una sola vez cualquiera de estos votos. Indudablemente, el ejercicio de tales virtudes es incompatible con la idea que se tiene del culto *diabólico* y de fines lascivos!

Y ahora procuraremos dar una idea clara acerca de uno de los principales objetos de esta obra. Lo que deseamos probar es que, en el fondo de cada una de las antiguas religiones populares, existe la misma antigua doctrina de sabiduría, una é idéntica, profesada y practicada por los iniciados de cada país, que eran los únicos que estaban enterados de su existencia é importancia. El averiguar su origen, así como la época precisa en que llegó á su madurez, está por ahora fuera de las posibilidades humanas. Una simple ojeada basta, sin embargo, para asegurarle á uno que sólo después de una larga serie de siglos puede haber llegado á la maravillosa perfección con que la vemos reproducida en las reliquias de los distintos sistemas esotéricos. Una filosofía tan profunda, un código moral tan sublime y unos resultados prácticos tan conduyentes y tan uniformemente demostrables no son el producto de una generación ni de una sola época. Un hecho ha debido ser amontonado sobre otro hecho, una deducción sobre otra deducción, la ciencia ha engendrado ciencia, y millares de las más brillantes inteligencias humanas tienen que haber reflexionado acerca de las leyes de la naturaleza, antes de que esta antigua doctrina haya podido tomar una forma concreta. Las pruebas de esta identidad de la doctrina fundamental en las antiguas religiones se encuentran en el predominio de un sistema de iniciación; en las castas sacerdotales secretas, que poseían bajo su custodia las místicas palabras de poder, y en las exhibiciones públicas de un dominio fenomenal sobre las fuerzas naturales, indicando una relación con seres sobrehumanos. Cada entrada de los Misterios de todas estas naciones era guardada con el mismo cuidado celoso, y en todas ellas eran castigados con la pena de muerte los iniciados de cualquier grado que divulgaban los secretos que les habían sido confiados. Hemos visto que tal sucedía en

los Misterios báquicos y eleusinos, entre los Magos caldeos y los hierofantes egipcios; mientras que entre los indos, de quienes procedían todos ellos, la misma regla ha prevalecido desde tiempos inmemoriales. Ninguna duda abrigamos acerca de este punto, porque el *Agrouchada Parikshai* dice explícitamente: «Cualquier iniciado, cualquiera que sea el grado á que pertenezca, que revele la gran fórmula sagrada, debe ser condenado á muerte».

Como es natural, este castigo extremo era prescrito en todas las múltiples sectas y fraternidades que en diferentes períodos han brotado del antiguo tronco. Lo encontramos entre los primitivos Esenios, los Gnósticos, los Teúrgicos neo-platónicos y entre los filósofos de la Edad media; y en nuestros días, hasta los Masones perpetúan la memoria de las antiguas obligaciones, en los castigos de cortar el cuello, descuartizar, arrancar las entrañas, con los cuales el candidato es amenazado. Así como la masónica «palabra del maestro» es comunicada únicamente en «voz baja», del mismo modo una precaución idéntica es prescrita en el *Libro de los Números* caldeo y en la *Mercaba* judía.

Una vez iniciado, el neófito era conducido por un *anciano* á un lugar apartado, y allí este último murmuraba *en su oído* el gran secreto (1). El Masón jura, bajo los más tremendos castigos, que no comunicará los secretos de ningún grado «á un hermano de *grado inferior*»; y el *Agrouchada Parikshai* dice: «Cualquier iniciado del tercer grado que revele antes del tiempo prescrito, á los iniciados del segundo grado, las verdades superiores, debe ser condenado á muerte». Además, el aprendiz Masón consiente en que su «lengua sea arrancada de raíz» si divulga cualquier cosa á un profano; y en los libros indios de Iniciación, en el mismo *Agrouchada Parikshai*, encontramos que todo iniciado del primer grado (el más inferior de todos) que falte á los secretos de su iniciación, comunicándolos á individuos pertenecientes á otras castas, para quienes la ciencia ha de ser un libro cerrado, debe tener «su *lengua cortada*» y sufrir otras mutilaciones.

A medida que vayamos exponiendo nuestro asunto, señalaremos las pruebas de esta identidad de votos, fórmulas, ritos y doctrinas entre los antiguos credos. También haremos ver que no sólo su memoria se conserva todavía en la India, sino que también la Secreta Asociación continúa viva y tan activa como siempre. Igualmente indicaremos que, después de leer lo que tenemos que decir, podrá inferirse que el principal pontífice y hierofante, el *Brahmátma*, es todavía accesible para aquellos «que saben», aunque reconocido quizás bajo otro nombre; y que las ramificaciones de su influencia se

(1) Franck: *Die Kabbala*.

extienden por todo el mundo. Pero volvamos ahora de nuevo al primitivo periodo cristiano.

Como si no estuviese enterado de que existía alguna esotérica significación respecto de los símbolos exotéricos, y que los Misterios mismos estaban compuestos de dos partes, los menores en Agrae, y los superiores en Eleusinia, Clemente de Alejandría, con toda la rencorosa hipocresía que puede uno esperar de un neo-platónico renegado, pero que asombra encontrar en este Padre generalmente honrado é instruido, estigmatiza los Misterios como indecentes y diabólicos. Cualesquiera que fuesen los ritos establecidos entre los neófitos, antes de que éstos pasasen á una forma de instrucción más elevada; por muy mal comprendidas que fuesen las pruebas de la *Katharsis* ó purificación, durante la cual eran ellos sometidos á toda clase de pruebas; y por mucho que las apariencias inmateriales ó físicas hayan podido dar motivo para la calumnia, sólo una malévola preocupación puede obligar á una persona á decir que, bajo esta significación eterna, no existía allí otra significación mucho más profunda y espiritual.

Es positivamente absurdo juzgar á los antiguos desde el punto de vista de nuestro modo de ser y de nuestras propias virtudes. Y con toda seguridad no es á la Iglesia—la cual es acusada hoy día por todos los modernos simbologistas de haber adoptado precisamente estos mismos emblemas en su más grosero aspecto, y se siente ella misma impotente para refutar tales acusaciones—á quien toca lanzar la piedra á aquellos que fueron sus modelos. Cuando hombres como Pitágoras, Platón y Jámblico, renombrados por su severa moralidad, tomaban parte en los Misterios y hablaban de ellos con tanta veneración, cuadra muy mal á nuestros modernos críticos el juzgarlos tan á la ligera y sólo bajo su simple aspecto exterior. Jámblico explica lo peor; y su explicación, para una inteligencia despreocupada, debe ser perfectamente plausible. «Las exhibiciones de esta especie—dice—en los Misterios tenían por objeto el libertarnos de las pasiones licenciosas, satisfaciendo la vista y venciendo al mismo tiempo todo mal pensamiento, por medio de la *imponente solemnidad* que acompañaba estos ritos» (1). «Los hombres más sabios y mejores del mundo pagano —añade el Dr. Warburton— están unánimes en decir que los Misterios fueron instituídos puros, y que se proponían los más nobles fines por los medios más dignos» (2).

En estos célebres ritos, aunque se permitía que tomaran parte personas de uno y otro sexo y de todas clases, siendo hasta obligatoria su participación en los mismos, muy pocos eran en verdad los

(1) *Misterios de los Egipcios, Caldeos y Asirios.*

(2) *Misión divina de Moisés; Los Misterios Eleusinos*, citados por Thos. Taylor.

que alcanzaban la iniciación más elevada y final. El orden gradual de los Misterios nos lo da Proclo en el libro cuarto de su *Teología de Platón*. «El rito perfeccionador (*teleté*) precede en orden á la iniciación—*Muesis*—y á la iniciación, *Epopteia*, ó sea el apocalipsis (revelación) final». Theón de Smyrna, en *Mathematica*, también divide los místicos ritos en cinco partes: «la primera de las cuales es la purificación previa, porque *los Misterios no son comunicados á todos los que están deseosos de recibirlos.....*; hay ciertas personas á quienes les es impedido por la voz del voceador (*Kérux*).... puesto que es necesario que aquellos que no son excluidos de los Misterios sean previamente purificados por ciertas prácticas especiales que preceden á la recepción de los sagrados ritos. La tercera parte es denominada *epopteia* ó recepción; y la cuarta, que es el fin y el designio de la revelación, *es el ceñimiento de la cabeza y fijación de las coronas...* (1) sea que después de esto él (la persona iniciada) se convierta en un hierofante, ó desempeñe algún otro cargo del oficio sacerdotal. Pero la quinta parte, que es la consecuencia de todas ellas, *es la amistad y la comunicación interna con Dios*». Y este era el último y más imponente de todos los Misterios.

Existen escritores que con frecuencia se han maravillado ante la idea de esta pretensión á «una amistad y comunicación interna con Dios». Los autores cristianos han rechazado las pretensiones de los «paganos» á tal «comunicación», afirmando que únicamente los santos cristianos han sido y son capaces de gozar de la misma; los materialistas escépticos se han burlado de la idea de unos y otros. Después de largos siglos de materialismo religioso y de entorpecimiento espiritual, ha llegado á ser ciertamente difícil, si no completamente imposible, el justificar las pretensiones de ambas partes. Los antiguos griegos, que en un tiempo se congregaban en el Ágora de Atenas, con su altar dedicado al «Dios Desconocido», ya no existen; y sus descendientes creen firmemente que han encontrado al «Desconocido» en el Jehovah judío. Los éxtasis divinos de los primitivos cristianos han cedido el lugar á visiones de un carácter más moderno, en perfecta armonía con el progreso y la civilización. El «Hijo del Hombre» apareciendo á la extática visión del antiguo cristiano como si bajase del séptimo cielo, en una nube de gloria, rodeado de ángeles y de alados serafines, ha cedido su sitio á un Jesús más prosaico y al mismo tiempo más positivo. A este último le presentan ahora haciendo visitas matutinas á María y á Marta en Bethania; sentándose en la «otomana» con la

(1) Esta expresión no debe ser entendida literalmente, porque, del mismo modo que en la iniciación de ciertas Fraternidades tiene un significado secreto, insinuado por Pitágoras cuando describe sus impresiones después de la iniciación, y dice que él fué coronado por los dioses, en cuya presencia él había bebido «las aguas de vida», en indo, à-bi-ha-yat, fuente de vida.

más joven de ambas hermanas, hecho un amante platónico, mientras que Marta anda por la cocina haciendo la comida. Y después de esto, la calenturienta imaginación de un irreverente predicador arlequín de Brooklyn, el Reverendo Dr. Talmage, nos la muestra «con el rostro airado, teniendo un cántaro en una mano y las tenazas en la otra... volviendo bruscamente adonde estaba Cristo», para echarle en cara el no haber hecho caso de que su hermana la hubiese dejado «sola para servir» (1).

Desde el nacimiento de la solemne y majestuosa concepción de la Deidad no revelada de los antiguos adeptos, hasta semejantes grotescas descripciones de Aquél que murió en la cruz por su filantrópico amor á la humanidad, largos siglos han transcurrido, y sus pesadas huellas parecen haber borrado casi enteramente de los corazones de sus declarados secuaces todo sentimiento de una religión espiritual. No hay que maravillarse, pues, de que la sentencia de Proclo no sea ya comprendida por los cristianos, y sea desechada como una «extravagancia» por los materialistas, los cuales, en su negación, son menos impíos y ateos que muchos de los clérigos y miembros de las iglesias. Pero aunque los *Epoptai* griegos ya no existen, tenemos actualmente, en nuestra propia época, un pueblo mucho más antiguo que los más antiguos Helenos, que practica los llamados dones «sobrehumanos» del mismo modo que lo hacían sus antecesores muchísimo antes de los tiempos de Troya. A este pueblo es hacia el que llamamos la atención del psicólogo y del filósofo.

No es necesario que uno profundice mucho la literatura de los orientalistas para convencerse de que en la mayoría de los casos ni siquiera sospechan ellos que en la arcana filosofía de la India existen abismos que no han sondeado ni *pueden* sondear, pues pasan de largo sin apercibirse de ellos. Domina en dicha literatura un tono general de consciente superioridad, cierto desprecio en la manera de tratar la metafísica india, como si la inteligencia europea fuese la única suficientemente ilustrada para pulimentar el tosco diamante de los antiguos escritores sánscritos, y separar lo bueno de lo malo en beneficio de sus descendientes. Les vemos nosotros disputar acerca de las formas

(1) Este original y kilométrico sermón fué predicado en una iglesia de Brooklyn (Nueva York), el día 15 de Abril de 1877. A la mañana siguiente, el reverendo orador era calificado, en las columnas del *Sun*, de charlatán sin ton ni son; pero este merecido epíteto no impedirá que otros reverendos bufones hagan lo mismo y aun peor. ¡Y esta es la religión de Cristo! Mucho mejor es no creer en él absolutamente, que ridiculizar á su propio Dios de un modo tal. De todo corazón aplaudimos al *Sun* por las siguientes observaciones que hace: «Y luego, cuando Talmage hace que Cristo diga á Marta malhumorada: '*Bien, no te incomodes, siéntate en esta otomana*', pone el remate á una escena acerca de la cual los escritores inspirados nada tendrían que decir. Las bufanadas de Talmage van demasiado lejos. Si él fuese el peor hereje del país, en lugar de estar firme en su ortodoxia, no haría tanto daño á la religión como el que hace con sus habituales irreverencias».



externas de expresión sin tener una idea de las grandes y vitales verdades que aquellas ocultan á la vista del profano.

«Por regla general, los brahmanes—dice Jacolliot—raras veces pasan de la clase de *grihastas* (sacerdotes de las castas vulgares) y *purohitas* (exorcistas, adivinos, profetas y evocadores de espíritus). Y no obstante veremos ... una vez hayamos tocado la cuestión y el estudio de las manifestaciones y fenómenos, que estos iniciados del *primer* grado (el inferior) se atribuyen, y en apariencia poseen, unas facultades desarrolladas hasta un grado tal que jamás han sido igualadas en Europa. En cuanto á los iniciados pertenecientes á la segunda y en especial á la tercera categoría, tienen la pretensión de no conocer el tiempo ni el espacio, y de tener dominio sobre la vida y la muerte» (1).

Iniciados tales como estos, Mr. Jacolliot no los encontró; porque, como él mismo dice, únicamente aparecen en las ocasiones más solemnes y cuando la fe de las multitudes ha de ser robustecida por medio de fenómenos de un orden superior. «No se les ve jamás ni en las cercanías, ni siquiera en el interior de los templos, excepto en la gran fiesta quinquenal del fuego. En aquella ocasión aparecen á la media noche, en un estrado erigido en el centro del estanque sagrado, como otros tantos espectros, y con sus conjuros iluminan el espacio. Una brillante columna de luz se eleva en torno de ellos, subiendo desde la tierra hasta el cielo. Extraños sonidos surcan los aires, y cinco ó seiscientos mil indos, llegados de todos puntos de la India para contemplar aquellos semi-dioses, se echan boca abajo en el suelo invocando las almas de sus antepasados» (2).

Lea cualquier persona imparcial el *Spiritisme dans le Monde*, y no podrá creer que este «empedernido racionalista», como Jacolliot se envanece en llamarse á sí mismo, diga una palabra más de lo que está autorizado por lo que él ha visto. Sus afirmaciones apoyan y son corroboradas por las de otros escépticos. Por regla general, los misioneros, después de haber pasado la mitad de su vida en el país del «culto diabólico», como llaman ellos á la India, ó bien *niegan* por completo y maliciosamente todo aquello que no pueden apoyar sabiendo que es verdad, ó ridiculamente atribuyen los fenómenos á este poder del Diablo, que sobrepuja á los «milagros» de los tiempos apostólicos. Y ¿cómo es que vemos nosotros á este autor francés, no obstante su incorregible racionalismo, obligado á admitir, después de haberlas descrito, las mayores maravillas? Vigila á los fakires como quiere, y se ve forzado á dar el más fuerte testimonio de su perfecta sinceridad en lo que á sus milagrosos fenómenos se refiere. «Jamás—dice—he

(1) *Le Spiritisme dans le Monde*, p. 68.

(2) *Idem*, pp. 78, 79.

logrado descubrir el menor engaño en ninguno de ellos». Un solo engaño que hubiese debería ser notado por todos aquellos que, sin haber estado en la India, se figuran todavía ser bastante listos para descubrir el fraude de *pretendidos* magos. Este sabio y frío observador, este materialista temible, después de su larga permanencia en la India, dice: «Sin titubear un solo momento, confesamos que no hemos encontrado, ni en la India ni en Ceilán, un solo europeo, aun entre los más antiguos residentes, que haya sido capaz de indicar los medios empleados por estos devotos para la producción de tales fenómenos!»

Y ¿cómo podían hacerlo? ¿No nos confiesa este entusiasta orientalista que él mismo, que tenía á su disposición todos los medios á propósito para aprender muchos de sus ritos y doctrinas de primera mano, fracasó en sus tentativas para hacer que los Brahmanes le explicaran sus secretos? «Todo lo que nuestras más diligentes investigaciones entre los Pourohitas pudieron sonsacar de ellos respecto de los actos de sus superiores (los invisibles iniciados de los templos), resulta bien poco». Y además, hablando de uno de los libros, confiesa que, al pretender revelar todo aquello que es deseable saber, «tropezaba con misteriosas fórmulas y combinaciones de letras mágicas ú ocultas, cuyo secreto nos ha sido imposible penetrar», etc.

Los fakires, aunque no pueden pasar nunca más allá del primer grado de iniciación, son, no obstante, los únicos agentes entre el mundo de los vivos y los «silenciosos hermanos», ó sea aquellos iniciados que jamás cruzan los umbrales de sus sagradas viviendas. Los Fukara-Yogis pertenecen á los templos, y ¿quién sabe si estos cenobitas del santuario tienen mucho más que ver con los fenómenos psicológicos que incumben á los fakires, y que tan gráficamente han sido descritos por Jacolliot, que los mismos *Pitris*? ¿Quién puede decir si aquel espectro fluidico del antiguo Brahmán visto por Jacolliot era el Scin-lecca, el *doble* espiritual de uno de estos misteriosos sannyâsis?

Aunque la siguiente relación ha sido traducida y comentada por el profesor Perty, de Ginebra, nos aventuramos á exponerla con las propias palabras de Jacolliot: «Un momento después de la desaparición de las manos, continuando el fakir sus evocaciones (*mantras*) con más ardor que nunca, una nube parecida á la primera, pero de un tinte más pronunciado y de mayor opacidad, vino á cernerse junto al pequeño brasero, que, á instancias del indo, había yo constantemente alimentado con carbones encendidos. Poco á poco, fué revistiéndose de una forma enteramente humana, y distinguí el espectro ó fantasmagoría, no sé cómo llamarlo, de un anciano Brahmán sacrificador, arrodillado cerca del pequeño brasero.

»Llevaba en su frente los signos consagrados á Vishnú, y ciñendo su cuerpo el triple cordón, signo de los iniciados de la casta sacerdotal. Juntaba sus manos encima de su cabeza, como durante los sacrificios,

y sus labios se movían como si estuviese recitando oraciones. En un momento dado, tomó una pizca de polvo perfumado, y lo echó sobre las ascuas; debía de ser una composición muy enérgica, porque al instante se desprendió una espesa humareda que llenó las dos habitaciones.

»Cuando se hubo disipado, percibí el espectro, que, á dos pasos de mí, me tendía su mano descarnada; yo la cogí con la mía, haciéndole un saludo, y me quedé sumamente asombrado al encontrarla, aunque huesosa y dura, caliente y viva.

»¿Eres tú, verdaderamente, dije yo entonces en voz alta, 'un anti-guo habitante de la tierra?'

• Apenas había yo concluído la pregunta cuando la palabra AM (sí) aparecía y desaparecía alternativamente con caracteres luminosos en el pecho del anciano Brahmán, produciendo un efecto bastante parecido al que hubiera producido dicha palabra escrita en la obscuridad con un palillo de fósforo.

•¿No me dejarás nada en prueba de tu visita?,le dije.

»El espíritu rompió el triple cordón compuesto de tres cordonetes de algodón que ceñía su cuerpo, me lo dió y se desvaneció á mis pies (1).

•¡Oh, Brahma!, ¿qué es este misterio que todas las noches tiene lugar?..... Cuando echado en la estera, con los ojos cerrados, el cuerpo se pierde de vista y el alma vuela para entrar en conversación con los Pitris..... Vela sobre ella, oh, Brahma, cuando, abandonando el cuerpo yacente, va á cernerse sobre las aguas, recorrer la inmensidad de los cielos, y penetrar en los oscuros y misteriosos rincones de los valles y profundas selvas del Hymavat!» (*Agrouchada Parikshai*).

Los fakires, cuando pertenecen á algún templo particular, nunca obran más que por mandato. Ninguno de ellos, á no ser que haya llegado á un grado extraordinario de santidad, está libre de la influencia y dirección de su gurú ó maestro, el que primero le inició é instruyó en los misterios de las ciencias *ocultas*. A manera del *sujeto* del mesmerizador europeo, la generalidad de los fakires nunca puede sustraerse por completo á la influencia psicológica que sobre él ejerce su gurú. Después de pasar dos ó tres horas en el silencio y la soledad del templo interno orando y meditando, el fakir, cuando sale de allí, está mesméricamente fortalecido y preparado; ejecuta maravillas mucho más variadas y sorprendentes que antes de entrar. El «maestro» *ha puesto sus manos sobre él*, y el fakir se siente fuerte.

Puede demostrarse, fundándose en la autoridad de muchos libros sagrados Brahmánicos y Búddhicos, que siempre ha existido una gran diferencia entre los adeptos del orden más elevado y los sujetos puramente psicológicos, como muchos de estos fakires, que son médiums

(1) Louis Jacolliot: *Phénomènes et Manifestations*.

en cierto y determinado sentido. En efecto, el fakir está siempre hablando de Pitris, y esto es muy natural, porque ellos son sus deidades protectoras. Pero ¿son los Pitris *seres humanos desencarnados pertenecientes á nuestra raza?* Esta es la cuestión, y la discutiremos luego.

Decimos que el fakir puede hasta cierto punto ser considerado como un médium, porque está—y esto no se sabe generalmente—bajo la directa influencia mesmérica de un adepto viviente, su *sannyási ó gurú*. Cuando este último muere, el poder del fakir, á no ser que haya recibido la última transferencia de las fuerzas espirituales, se disipa y con frecuencia desaparece del todo. Porque, si fuese de otra manera, ¿debian los fakires haber sido privados del derecho de avanzar y obtener los grados segundo y tercero? Las vidas de muchos de ellos revelan un grado de sacrificio personal y de santidad desconocido y completamente incomprendible para los europeos, quienes se estremecen á la sola idea de las horribles torturas que se infligen ellos mismos. Pero por muy escudado que esté contra el poder de los espíritus vulgares y ligados á la tierra, por muy ancho que sea el abismo entre una humillante influencia y sus almas dueñas de sí mismas, y por bien protegido que esté por la mágica varilla de bambú de siete nudos que recibe de su *gurú*, á pesar de ésto, vive el fakir en el mundo exterior de la materia y el pecado, y es posible que su alma sea manchada, tal vez por las magnéticas emanaciones procedentes de personas y cosas profanas, y por lo tanto facilite el acceso á espíritus y *dioses* extraños. Admitir á uno en tales condiciones, á uno que en todas y cada una de las circunstancias no esté seguro de dominarse á sí mismo, al conocimiento de los tremendos misterios é inapreciables secretos de la iniciación, sería impracticable. No solamente pondría en peligro la seguridad de aquello que debe, á todo trance, ser librado de la profanación, sino que sería consentir en admitir detrás del velo á un individuo cuya medianímica irresponsabilidad podría en cualquier momento hacerle perder la vida, por efecto de una indiscreción involuntaria. La misma ley que prevalecía en los Misterios Eleusinos antes de nuestra era prevalece hoy día en la India.

No solamente debe el adepto dominarse á sí mismo, sino que debe ser capaz de ejercer su dominio sobre los grados inferiores de seres espirituales, espíritus de la naturaleza y almas ligadas á la tierra; en una palabra, sobre los mismos por quienes el fakir está expuesto á ser influido, si es que alguno tenga sobre él tanta influencia.

Para el que ponga objeciones á lo anterior, el afirmar que los Adeptos Brahmánicos y los fakires admiten que ellos por sí mismos son impotentes, y que pueden únicamente obrar con el auxilio de espíritus humanos desencarnados, es lo mismo que sentar que estos indos desconocen las leyes de sus libros sagrados y hasta la significa-

ción de la palabra *Pitris*. Las *Leyes de Manú*, el *Atharva Veda* y otros libros prueban lo que ahora decimos.

«Todo cuanto existe—dice el *Atharva Veda*—está en poder de los dioses. Los dioses están bajo el poder de las conjuraciones mágicas. Las mágicas conjuraciones están bajo el dominio de los Brahmanes. Por consiguiente, los dioses están en poder de los Brahmanes». Esto es lógico, aunque parezca paradójico, y este es el hecho. Y este hecho explicará, á todos aquellos que hasta aquí no han poseído la clave (entre los cuales debe contarse á Jacolliot, como se verá leyendo sus obras), el por qué el fakir debe ser confinado al primero, ó sea al ínfimo grado de aquel curso de iniciación, cuyos más altos adeptos, ó hierofantes, son los *sannyásis*, ó miembros del antiguo y Supremo Consejo de los Setenta.

Además, en el Libro I del *Génesis* indio, ó *Libro de la Creación de Manú*, los *Pitris* son llamados los antecesores *lunares* de la raza humana. Pertenecen á una raza de seres diferentes de nosotros, y no pueden propiamente ser llamados «espíritus humanos» en el sentido en el cual los espiritistas usan dicha palabra. He aquí lo que de ellos se dice:

«Entonces ellos (los dioses) crearon los Yackshas, los Rackshasas, las Pisatchas (1), los Gandarbas (2) y los Apsaras, y los Asuras, los Nagas, los Sarpas y los Suparnas (3) y los Pitris, *antecesores lunares de la raza humana*» (Véase *Instituciones de Manú*, libro I, sloka 37, en donde los Pitris son denominados «progenitores de la humanidad»).

Los Pitris son una raza distinta de espíritus pertenecientes á la jerarquía mitológica, ó más bien á la nomenclatura kabalística, y deben ser comprendidos entre los genios benéficos, los *dæmons* de los Griegos ó los dioses inferiores del mundo invisible; y cuando un fakir atribuye sus fenómenos á los Pitris, indica únicamente lo que los antiguos filósofos y teúrgicos querían decir cuando sostenían que todos los «milagros» eran obtenidos por medio de la intervención de los dioses, ó los buenos y malos demonios que rigen los poderes de la naturaleza, los *elementales*, quienes están subordinados al poder de aquel «que sabe». Un espectro ó fantasma humano sería llamado por un fakir *palit* ó *chutná*, así como el de un espíritu humano femenino, *pichhalpái*, y no *pitris*. Ciertamente es que *pitara* (plural) significa padres, antecesores; y *pitrá-t* es un pariente; pero estas palabras son usadas en un sentido enteramente distinto de aquel con que son invocados los Pitris en los *mantras*.

Sostener delante de un devoto Brahmán ó de un fakir que cual-

(1) *Pisatchas*, demonios de la raza de los gnomos, los gigantes y los vampiros.

(2) *Gandarbas*, buenos demonios, serafines celestiales, cantores.

(3) Los *Asuras* y *Nagas* son los espíritus titánicos y los espíritus con cabeza de dragón ó de serpiente.

quiera puede hablar con los espíritus de los muertos sería sorprenderle con una cosa que le parecería una blasfemia. ¿Acaso no declara este terminante versículo del *Bagavat* que esta suprema felicidad está reservada tan sólo para los santos sannyâsis, los gurús y los yoguis?

«Mucho tiempo antes de que por fin se libren de sus mortales envolturas las almas de aquellos que han practicado sólo el bien, tales como las de los sannyâsis y de los vanaprasthas, adquieren la facultad de conversar con las almas de los que les han precedido en el *swarga*» (1).

En este caso, los Pitris, en lugar de genios, son los espíritus, ó más bien las almas de los difuntos. Pero sólo se comunicarán libremente con aquellos cuya atmósfera sea tan pura como la suya propia, y á cuya piadosa *Kalassa* (invocación) pueden responder sin correr el riesgo de contaminar su propia pureza celestial. Cuando el alma del invocador ha logrado el *Sayadyam*, ó perfecta identidad de esencia con el Alma Universal, cuando la materia está subyugada por completo, entonces puede libremente el Adepto, todos los días y á todas horas, comunicar con aquellos que, aunque desembarazados de sus formas corpóreas, están todavía progresando por la serie interminable de transformaciones incluidas en la gradual aproximación al Paramâtma, ó la grande Alma Universal.

Teniendo presente que los Padres cristianos han pretendido siempre para sí mismos y para sus santos el nombre de «amigos de Dios», y sabiendo que ellos han tomado esta expresión, juntamente con muchas otras, de la tecnología de los templos paganos, es muy natural esperar que ellos den muestras de mal humor cada vez que oyen hablar de aquellos ritos. Siendo generalmente ignorantes, y habiendo tenido biógrafos tan ignorantes como ellos mismos, no podemos esperar encontrar, en los relatos de sus visiones beatíficas, una belleza de descripción tal como la que encontramos en los clásicos paganos. Sea que las visiones y fenómenos objetivos reivindicados tanto por los padres del desierto como por los hierofantes del santuario deban ser desmentidos, ó por el contrario aceptados como hechos, las brillantes imágenes empleadas por Proclo y Apuleyo al narrar la pequeña parte de la iniciación final que se atrevían á revelar dejan completamente en la sombra á los plagiados cuentos de los ascetas cristianos, á pesar de pretender ser *copias* fieles. La leyenda de las tentaciones de San Antonio en el desierto, por el demonio en forma de mujer, es una de las pruebas preliminares del neófito durante los *Mikra* ó Misterios Menores de Agrae, aquellos ritos cuya sola idea hacia prorrumpir á Clemente en crueles burlas é injurias, y los cuales representaban á Deméter (2) en

(1) Paraíso ó mansión celeste. (N. del Tr.).

(2) Nombre griego de la diosa Ceres. (N. del Tr.).

busca de la hija que le habían arrebatado y la bondadosa y hospitalaria Baubo (1).

Sin entrar de nuevo en una demostración de que en las Iglesias cristianas, y especialmente en la católico-romana Irlanda (2), las mismas costumbres indecentes en apariencia, como las antes mencionadas, han prevalecido hasta fines del pasado siglo, recurriremos á los infatigables trabajos de aquel sincero y valiente defensor de la antigua fe, Thomas Taylor, y sus obras. Por más que muchos dogmáticos y eruditos helenistas hayan encontrado algo que decir contra sus «erróneas traducciones», su recuerdo debe ser grato para todo verdadero platónico que busca más bien comprender el pensamiento íntimo del gran filósofo que gozar con el mero mecanismo exterior de sus escritos. Mejores traductores clásicos han vertido quizás á nuestra lengua las *palabras* de Platón con una fraseología más correcta, pero Taylor nos muestra el *sentido* de Platón, y esto es más de lo que puede decirse de Zeller, Jowett y sus predecesores. Sin embargo —como escribe el profesor A. Wilder,—«las obras de Taylor han encontrado aceptación en manos de hombres capaces de pensar profundamente; y debe concederse que él estaba dotado de una cualidad superior, la de una percepción intuitiva del significado íntimo de las materias de que se ocupaba. Pueden otros haber conocido más el griego, pero él conocía mejor á Platón» (3).

Taylor dedicó toda su fructífera vida á buscar antiguos manuscritos que le permitiesen ver sus propias especulaciones concernientes á varios oscuros ritos de los Misterios, corroboradas por escritores que habían sido personalmente iniciados. Teniendo plena confianza en las aseveraciones de varios escritores clásicos, decimos que, por ridículo y tal vez licencioso en algunos casos que parezca el antiguo culto al crítico moderno, no debe haber parecido lo mismo á los cristianos. Durante la Edad Media, y aun después, aceptaron ellos casi lo mismo sin comprender el significado secreto de sus ritos, quedándose completamente satisfechos con las obscuras ó más bien fantásticas interpretaciones de su clero, el cual aceptaba la forma externa, desnaturalizando la significación interna. Estamos dispuestos á conceder, en plena justicia, que han transcurrido siglos desde que la mayoría del clero cristiano, *á quien no le estaba permitido escudriñar los misterios de Dios, ni pretender explicar* aquello que la Iglesia había antes aceptado y establecido, ha tenido una remotísima idea de su simbolismo, tanto en su sentido exotérico como en el esotérico. No pensamos lo mismo respecto de la cabeza visible de la Iglesia y de sus más altos dignatarios.

(1) Véase Arnolius: *Op. cit.*, pp. 249, 250.

(2) Véase *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, de Inman.

(3) Introducción á los *Misterios Báquicos y Eleusinos* de Taylor, publicados por J. W. Bouton.

Y si estamos plenamente de acuerdo con Inman en que es «difícil creer que los eclesiásticos que sancionaron la publicación de tales obras (1) fuesen tan ignorantes como los modernos ritualistas», no estamos del todo dispuestos á creer con el mismo autor «que estos últimos, si hubiesen conocido la verdadera significación de los símbolos comunmente usados por la Iglesia Romana, *no los hubieran adoptado*».

El eliminar todo lo que se deriva claramente del sexo y del culto á la naturaleza de los antiguos paganos equivaldría á echar por tierra todo el culto católico romano de las imágenes—el elemento *Madonna*—y reformar la fe en el sentido del Protestantismo. La imposición del último dogma de la Inmaculada fué debido á esta misma razón secreta. La ciencia del Simbolismo estaba haciendo progresos demasiado rápidos. La fe ciega en la infalibilidad del Papa y en la inmaculada naturaleza de la Virgen y de *la genealogía de sus antepasados femeninos hasta cierto grado*, podían sólo salvar á la Iglesia de las indiscretas revelaciones de la ciencia. Esto fué un hábil golpe político por parte del vicergerente de Dios. ¡Qué importa si «al conferir á ella un honor tal», como inocentemente dice D. Pascale de Franciscais, el Papa ha hecho de la Virgen Maria una Diosa, una divinidad olímpica, que, habiendo sido puesta, por su misma naturaleza, en la imposibilidad de pecar, no puede pretender ninguna virtud ni ningún mérito personal por su pureza, siendo precisamente por esto, como se nos enseñaba á creer cuando éramos niños, que ella fué escogida entre todas las demás mujeres! Si su Santidad le ha privado de tales méritos, quizás, por otra parte, piensa que la ha dotado por lo menos con un atributo físico del cual no participan las otras diosas vírgenes. Pero ni aun este nuevo dogma, que, juntamente con la nueva pretensión á la infalibilidad, ha casi revolucionado al mundo cristiano, no es original de la Iglesia de Roma. Es simplemente un retroceso á la casi olvidada *herejía* de los primitivos tiempos cristianos, la de los Collyridianos, así llamados por razón de sus *sacrificios de tortas á la Virgen*, la cual pretendían ellos que *había nacido Virgen* (2). La nueva sentencia, «Oh, Virgen Maria, *sin pecado*

(1) Figuras ilustradas «de un antiguo Rosario de la bienaventurada Virgen María, impreso en Venecia, en 1524, con una licencia de la Inquisición». En las ilustraciones presentadas por el Dr. Inman, la Virgen está representada en una «arboleda» Asiria, *la abominación á los ojos del Señor*, según los profetas de la Biblia. «El libro en cuestión—dice el autor—contiene numerosas figuras, todas ellas sumamente parecidas al emblema Mesopotámico de *Isthar*. La presencia de la mujer dentro del mismo identifica al dos como simbólico de Isis, ó *la naturaleza*; y un hombre postrado en adoración ante ella muestra la misma idea tal como está representada en las esculturas Asirias, en las cuales los varones ofrecen á la diosa *símbolos de ellos mismos*». (Véase *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, p. 91. Segunda edición. J. W. Bouton, editor, Nueva York).

(2) Véase *Gnósticos*, de King, pp. 91, 92; *Genealogía de la Bienaventurada Virgen Maria*, por Faustus, obispo de Riez.



*concebida*», no es más que una tardía aceptación de aquello que al principio fué condenado como una «impia herejía» por los ortodoxos Padres.

El pensar por un momento que algunos de los papas, cardenales y otros altos dignatarios «no estaban enterados» desde la primera hasta la última de las significaciones externas de sus símbolos, sería hacer una injusticia á su gran saber y á su espíritu de maquiavelismo. Sería olvidar que los emisarios de Roma jamás se han visto detenidos por ninguna dificultad que hayan podido orillar con el empleo de jesuiticos artificios. La política de complaciente conformidad nunca ha sido llevada á mayores extremos como por los misioneros de Ceilán, los cuales, según el abate Dubois—que por cierto es un autor sabio y competente,—«conducían las imágenes de la Virgen y del Salvador en carros triunfales, imitando las orgías de Jaggernaut, é introdujeron las danzas de los ritos brahmánicos en el ceremonial de la Iglesia» (1). Agradecemos por lo menos, á estos políticos de negro hábito, su conformidad en emplear el carro de Jaggernaut, sobre el cual los «perversos gentiles» conducen el *lingham* de Siva. El haber empleado *este* carro á su vez para llevar el representante Romano del principio femenino de la naturaleza es dar muestras de discernimiento y de un conocimiento completo de las más antiguas concepciones mitológicas. Ellos han fundido ambas divinidades, y de esta suerte han representado en una procesión cristiana al *pagano* Brahmá, ó Nara (el padre), á Nari (la madre) y á Viradj (el hijo).

Dice Manú: «El Señor Soberano que existe por sí mismo, divide su cuerpo en dos mitades, macho y hembra, y de la unión de estos dos principios ha nacido Viradj, el Hijo» (2).

No ha existido un Padre cristiano que pueda haber ignorado estos símbolos en su significado físico, porque bajo este último aspecto es como fueron abandonados al vulgo ignorante. Además, todos ellos han tenido buenas razones para sospechar el oculto simbolismo contenido en estas imágenes; aunque, como ninguno de ellos—á excepción de Pablo, quizás—había sido iniciado, no podían saber nada absolutamente acerca de la naturaleza de los ritos consiguientes. Cualquiera persona que revelase estos misterios era condenada á muerte, sin consideración alguna á su sexo, nacionalidad ó creencias. Un Padre cristiano no hubiera estado más á prueba de un *accidente* que un *Mysta* pagano ó el *Mustes*.

Si durante el *Aporreta*, ó arcanos preliminares, tenían lugar algu-

(1) Dubois, citado por Prinseps. *Revista de Edimburgo*, Abril, 1851, p. 411.

(2) *Manú*, Libro I, sloka 32. Sir William Jones, haciendo una versión del *Manú* del Norte, traduce esta *sloka* como sigue: «Habiendo dividido su propia substancia, el poderoso Poder vino á ser medio macho y medio hembra, ó *naturaleza activa y pasiva*; y de aquella hembra, él produjo *Viradj*.»

nas prácticas que podían haber afectado el pudor de un cristiano converso—por más que dudemos de la sinceridad de tales afirmaciones,—su místico simbolismo era más que suficiente para librar á la ceremonia de cualquier acusación de liviandad. Hasta el mismo episodio de la matrona Baubo—cuyo procedimiento de consuelo un tanto excéntrico era inmortalizado en los Misterios menores—es explicado por mistagogos imparciales de un modo completamente natural. Ceres-Deméter y sus terrenas correrías en busca de su hija son las descripciones personificadas de uno de los más metafísico-psicológicos asuntos de que se haya ocupado la humana inteligencia. Es una máscara para la trascendental reseña de los iniciados videntes; la celestial visión del alma libertada del iniciado en la hora postrera describiendo el proceso por medio del cual el alma que no ha sido todavía encarnada desciende por primera vez á la materia.

«Bienaventurado aquel que ha visto estos *comunes asuntos* del mundo inferior; él conoce el fin de la vida y su divino origen de Júpiter», dice Píndaro. Taylor demuestra, fundándose en la autoridad de más de un iniciado, que las «dramáticas ceremonias de los Misterios Menores eran designadas por sus fundadores para significar *ocultamente* la condición del alma impura revestida de un cuerpo terreno y envuelta en una naturaleza física y material.... que el alma, en verdad, hasta que está purificada por la filosofía, sufre la muerte por efecto de su unión con el cuerpo».

El cuerpo es el sepulcro, la cárcel del alma, y muchos Padres cristianos sostienen con Platón que el alma es *castigada* por medio de su unión con el cuerpo. Tal es la doctrina fundamental de los Budhistas y también de muchos Brahmánicos. Al hacer notar Plotino que «cuando el alma ha descendido en la generación (desde su estado *semi-divino*), ella participa del mal y es arrastrada hasta una gran distancia á una condición opuesta á la de su primera integridad y pureza, para quedar por completo sumida en aquel estado que no es nada más que una caída en el negro lodazal» (1), no hace más que repetir las enseñanzas de Gautama-Buddha. Si hemos de dar crédito á los antiguos iniciados, debemos aceptar su interpretación de los símbolos. Y si, por otra parte, nos encontramos con que ellos coinciden perfectamente con las enseñanzas de los más grandes filósofos, y que aquello que nosotros conocemos representa la misma idea en los modernos Misterios del Oriente, debemos entonces creer que tienen razón.

Si Deméter era considerada como el alma intelectual, ó más bien el alma *Astral*, semi-emanación del espíritu y medio contaminada por la materia, durante una serie de evoluciones espirituales, podemos fácilmente comprender qué es lo que significa la matrona Baubo, la Encan-

(1) *Enéadas*, I, libro VIII.

tadora, la cual, antes de que logre reconciliar el alma (Deméter) con su nueva posición, se ve obligada á adoptar las formas sexuales de un infante. Baubo es la *materia*, el cuerpo físico; y la intelectual y todavía pura alma astral sólo puede ser engañada en su nueva posición terrena por la exhibición de la inocente niñez. Hasta entonces, condenada á su destino, Deméter ó *Magna Mater*, el alma, duda, vacila y sufre; pero una vez ha participado de la mágica bebida preparada por Baubo, olvida ella sus penas; durante algún tiempo pierde aquella conciencia de un intelecto más elevado, del cual estaba en posesión antes de entrar en el cuerpo de un niño.

Desde aquel momento, debe ella procurar recobrarla otra vez; y cuando llega para el niño la edad de la razón, la lucha, olvidada durante los breves años de la infancia, empieza de nuevo. El alma astral está colocada entre la materia (cuerpo) y la más elevada inteligencia (su espíritu inmortal ó *nous*). ¿Cuál de estos dos vencerá? El resultado del combate de la vida permanece entre la tríada. Es cuestión de unos pocos años de placer material sobre la tierra y, si ha engendrado el abuso, de la disolución del cuerpo terreno, siendo seguida por la muerte del cuerpo astral, que está así imposibilitado para unirse con el espíritu más elevado de la tríada, que es el único que nos confiere la inmortalidad individual; ó por otra parte, el convertirnos en inmortales *mystax*, iniciados antes de la muerte del cuerpo en las divinas verdades de la vida del más allá. Semi-dioses abajo, y DIOSSES arriba.

Tal era el principal objeto de los Misterios, representados como diabólicos por la teología, y ridiculizados por los simbologistas modernos. El no creer que existen en el hombre ciertos poderes arcanos, que, por medio del estudio psicológico, él puede desarrollar en sí mismo hasta el grado más eminente, y, convirtiéndose en un hierofante, comunicarlos entonces á los demás bajo las mismas condiciones de disciplina terrestre, es lanzar una imputación de falsedad y de insensatez sobre cierto número de los hombres mejores, más puros y más ilustrados de la antigüedad y de los tiempos medios. Lo que le era permitido al hierofante ver en la hora postrera, es apenas insinuado por ellos. Y á pesar de todo, Pitágoras, Platón, Plotino, Jámblico, Proclo y muchos otros conocían y han afirmado su realidad.

Sea en el «templo interno», ó por medio del estudio de la teúrgia hecho privadamente, ó por el solo ejercicio de una vida entera de trabajo espiritual, todos ellos obtenían la prueba práctica de la existencia de tales divinas posibilidades para el hombre que se empeña en ruda pelea con la vida de la tierra, para conquistar una vida en la eternidad. Acerca de lo que era la última *epopteia*, Platón hace alguna alusión en *Phædrus* (64): «..... una vez iniciados en aquellos *Misterios*, á los cuales podemos llamar los más sagrados de todos los misterios... nos vimos libres de las molestias de males que de otra manera nos

esperarían en un futuro período de tiempo. Del mismo modo, á consecuencia de esta divina *iniciación*, nos convertimos en *espectadores* de completas, sencillas, inmutables y *bienaventuradas visiones*, sumidas en una luz pura». Esta sentencia demuestra que ellos veían *visiones*, dioses, espíritus. Como hace notar muy bien Taylor, de todos los párrafos por el estilo que se hallan en las obras de los iniciados puede inferirse «que la parte más sublime de la *epopteia*..... consistía en la contemplación de los mismos dioses revestidos de luz resplandeciente», ó sea los más elevados espíritus planetarios. Las palabras de Proclo acerca de este punto son inequívocas: «En todas las iniciaciones y misterios, los dioses exhiben muchas formas de sí mismos, y aparecen bajo una *variedad de aspectos* y, algunas veces, á la verdad, una luz informe de ellos mismos se presenta ante la vista; algunas veces esta luz es á manera de una forma humana, y algunas veces pasa á una forma distinta» (1).

«Todo cuanto existe en la tierra es la semejanza y SOMBRA de algo que existe en la esfera, mientras aquella cosa resplandeciente (el prototipo del alma-espíritu) permanece en *inmutable condición*, está bien asimismo con su sombra. Pero cuando el *resplandeciente* se separa lejos de su sombra, la vida se separa de esta última á una distancia. Y con todo, aquella misma luz es la sombra de algo aún más resplandeciente que ella misma». Así se expresa el *Desatir*, el *Libro de Seth* persa (2), demostrando con esto la identidad de sus esotéricas doctrinas con las de los filósofos griegos.

La segunda aserción de Platón confirma nuestra creencia de que los Misterios de los antiguos eran idénticos á las iniciaciones tal como hoy se practican entre los adeptos budhistas é indos. Las visiones más sublimes, las más *verdaderas*, no por medio de extáticos *naturales* ó *médiums*, como algunas veces se ha dicho erróneamente, sino en virtud de una disciplina regular de iniciaciones graduales y desenvolvimientos de los poderes psíquicos. Los *Mistax* eran puestos en íntima unión con aquellos á quienes Proclo llama «místicas naturalezas», «dioses resplandecientes», porque, como dice Platón, «nosotros mismos éramos puros é inmaculados, estando libres de esta *vestidura que nos envuelve*, á la cual llamamos cuerpo, y á la cual estamos en la actualidad adheridos como una ostra á su concha» (3).

Así es que la doctrina de los Pitris planetarios y terrestres era revelada *enteramente* en la antigua India, lo mismo que ahora, sólo en el momento postrero de la iniciación y á los adeptos de grados superiores. Muchos son los fakires que, aunque puros, honrados y

(1) *Comentarios sobre la República de Platón*, p. 380.

(2) Versículos 33-41.

(3) *Phædrus*, p. 64.

lentos de abnegación personal, no han visto nunca la forma astral de un puro *pitar humano* (un antecesor ó padre) más que en el instante solemne de su primera y última iniciación. Hallándose en presencia de su instructor, el *gurú*, y un momento antes de que el *vatou-fakir* sea enviado al mundo de los vivientes, con su varilla de bambú de siete nudos por toda protección, es súbitamente puesto cara á cara con la desconocida PRESENCIA. La vé, y cae postrado á los pies de la forma evanescente, pero no es favorecido con el gran secreto de su evocación; porque ésta es el supremo misterio de la sagrada sílaba. El **AUM** contiene la evocación de la tríada védica, la *Trimurti* Brahma, Vishnú, Siva, dicen los orientalistas (1); contiene la evocación de *algo más real y objetivo que esta triuna abstracción*, decimos nosotros, contradiciendo respetuosamente á estos sabios eminentes. Es la trinidad del hombre mismo en camino de hacerse inmortal por medio de la unión solemne de su trino YO interno, no siendo tenida en cuenta para nada, en esta trinidad humana, la cáscara, esto es, el cuerpo exterior y grosero (2).

Cuando esta trinidad, anticipándose á la triunfante reunión final más allá de las puertas de la muerte corporal, se convierte durante unos pocos segundos en una UNIDAD, entonces se permite al candidato, en el momento de la iniciación, el contemplar su futuro yo. Esto es lo que debemos entender por el «Resplandeciente» de que habla el *Desatir* persa; por el *Augoeides* (el que brilla por sí mismo), «bendita visión residente en la pura luz», de los filósofos-iniciados griegos; y por las palabras de Porfirio, cuando dice que Plotino se había unido con su «dios» seis veces durante su vida, y así sucesivamente.

«En la antigua India, el misterio de la tríada, conocido sólo de los iniciados, no podía, bajo pena de muerte, ser revelado al vulgo», dice *Vrihaspati*.

(1) El Supremo Buddha es invocado con dos de sus compañeros de la teística tríada, Dharma y Sanga. Esta tríada es invocada en sánscrito en los siguientes términos:

*Namo Buddhaya*  
*Namo Dharmaya*  
*Namo Sangaya*  
Aum!

Mientras que los Buddhistas thibetanos pronuncian su invocación como sigue:

Nan-won Fo-tho-ye  
Nan-won Tha-ma-ye  
Nan-won Seng-kia-ye  
Aan!

Véase también *Journal Asiatique*, tomo VII, p. 286.

(2) El cuerpo del hombre (su vestidura de piel) es una masa inerte de materia, *per se*; únicamente el *sintiente* cuerpo viviente que hay en el interior del hombre es lo que se considera como el cuerpo humano propiamente dicho, y éste es, juntamente con el alma original ó puro cuerpo astral, directamente relacionado con el espíritu inmortal, lo que constituye la trinidad del hombre.

Tampoco podía serlo en los antiguos Misterios griegos ni en los de Samothracia. *Tampoco puede serlo hoy.* Está en manos de los adeptos, y debe continuar siendo un misterio para el mundo mientras el sabio materialista lo considere como una quimera ó como una insana alucinación, y el dogmático teólogo como una asechanza del espíritu maligno.

La comunicación *subjetiva* con los espíritus humanos de naturaleza divina, de aquellos que nos han precedido en el silencioso país de la bienaventuranza, es dividida en la India en tres categorías. Bajo la dirección espiritual de un gurú ó sannyási, el *vatou* (discipulo ó neófito) empieza á *sentirlos*. Si no estuviese bajo la inmediata dirección de un adepto, sería dominado por los invisibles y estaría por completo á su disposición, porque entre estas influencias subjetivas es incapaz de discernir las buenas de las malas. ¡Feliz el sensitivo que está seguro de la pureza de su atmósfera espiritual!

A esta conciencia subjetiva, que constituye el *primer* grado, se añade, después de cierto tiempo, la clariaudiencia. Este es el *segundo* grado ó fase de desenvolvimiento. El sensitivo—cuando no ha llegado á serlo naturalmente por medio de un proceso psíquico—oye entonces perceptiblemente, pero no le es posible todavía discernir; y, siendo incapaz de comprobar sus impresiones, sucede que si uno no está debidamente protegido, los astutos y falaces poderes del aire con demasiada frecuencia le engañan con apariencias de voces y palabras. Pero la influencia del gurú se deja sentir, siendo el más poderoso escudo contra la intrusión del *bhút* (1) en la atmósfera del *vatou* consagrado á los puros, humanos y celestiales Pitris.

El tercer grado es aquel en que el fakir ó cualquier otro candidato siente, oye y ve al mismo tiempo, y en el cual puede á voluntad producir las *reflexiones* de los Pitris en el espejo de la luz astral. Todo depende de sus poderes psíquicos y mesméricos, los cuales son siempre proporcionados á la intensidad de su *voluntad*. Pero el fakir nunca dominará al Akâsa, el principio de vida espiritual, el omnipotente agente de todo fenómeno, en el mismo grado que un adepto de la iniciación tercera y más elevada; y los fenómenos producidos por la voluntad de este último no recorren generalmente las plazas de los mercados para satisfacción de bobalicones investigadores.

La unidad de Dios, la inmortalidad del espíritu, la creencia en la salvación sólo por medio de nuestras obras, mérito y demérito: tales son los principales artículos de fé de la Religión de la Sabiduría y los fundamentos del Vedismo, Buddhismo, Parsismo, y estos mismos encontramos que han sido los del antiguo Osirismo, cuando nosotros, después de haber abandonado el popular dios-sol al materialismo del vulgo,

(1) *Bhúts* ó *Bhútas*, lantamas ó espíritus maléficos. (N. del Tr.).

limitamos nuestra atención á los *Libros de Hermes*, el tres veces grande.

«El PENSAMIENTO estaba escondido, y el mundo estaba sumido todavía en el silencio y las tinieblas.... Entonces, el Señor que existe por Sí mismo, y *que no debe ser revelado á los sentidos externos del hombre*, dispó las tinieblas y manifestó el mundo perceptible».

«Aquel que puede ser percibido únicamente por medio del espíritu, que escapa á los órganos del sentido, que carece de partes visibles, que es eterno, el alma de todos los seres, aquel á quien nadie puede comprender, desplegó su propio esplendor». (*Manú*, libro I, slokas 6, 7).

Tal es el ideal de lo Supremo en la mente de todos los filósofos indios.

«De todos los deberes, el principal es adquirir el conocimiento del alma suprema (el espíritu); es la primera de todas las ciencias, *porque ella sola confiere al hombre la inmortalidad*». (*Manú*, L. XII, sloka 85).

¡Y nuestros sabios hablan del *Nirvâna* de Buddha y del *Moksha* de Brahma, considerándolos como una completa aniquilación! Y así es como el siguiente versículo es interpretado por algunos materialistas:

•El hombre que reconoce el *Alma Suprema* en su propia alma, lo mismo que en la de todas las criaturas, y que es igualmente justo para todos (sean hombres ó animales), obtiene el más feliz de todos los destinos, que es el de ser finalmente *absorbido* en el seno de Brahma». (*Manú*, libro XII, sloka 125).

La doctrina del *Moksha* y del *Nirvâna*, tal como es comprendida por la escuela de Max-Muller, jamás podrá resistir la confrontación con los numerosos textos que pueden encontrarse, si fuese necesario, como una refutación final. Existen esculturas en muchas pagodas que contradicen rotundamente tal imputación. Pedid á un Brahmán que explique el *Moksha*, dirigios á un budhista ilustrado para que os defina la significación del *Nirvâna*. Ambos os contestarán que en cada una de estas religiones, el *Nirvâna* representa el dogma de la inmortalidad del espíritu. Que alcanzar el *Nirvâna* significa absorción en la grande alma universal, representando esta última un *estado*, no un sér individual ó un dios antropomórfico, como algunos comprenden la gran EXISTENCIA. Que un espíritu, al llegar á semejante estado, se convierte en una *parte* del integral *todo*, pero que, á pesar de esto, nunca pierde su individualidad. A partir de aquel momento, el espíritu vive espiritualmente, sin temor alguno de nuevas modificaciones de forma; porque la forma pertenece á la materia, y el estado de *Nirvâna* implica una purificación completa ó una definitiva emancipación que le libra hasta de las partículas más sublimadas de la materia.

Esta palabra, *absorbido*, una vez está probado que los indos y los budhistas creen en la *inmortalidad* del espíritu, debe significar necesariamente íntima unión y no aniquilación. Llámennles idólatras los

cristianos si se atreven todavía á hacerlo, á la faz de la ciencia y de las últimas traducciones de los sagrados libros sánscritos; no tienen el menor derecho para presentar á la filosofía de los antiguos sabios como un despropósito y á los filósofos mismos como locos sin sentido común. Con mucha mayor razón podemos acusar á los antiguos judíos de completo *nihilismo*. No hay una sola palabra en los Libros de Moisés, ni en los de ningún profeta, que, tomada literalmente, implique la inmortalidad del espíritu. Y sin embargo, todo judío devoto espera tan tranquilamente ser «recogido en el seno de A-Braham».

Los hierofantes y algunos brahmanes son acusados de haber administrado á sus *epoptai* fuertes bebidas ó anestésicos, con objeto de producir visiones que estos últimos tomarían como realidades. Ellos han usado y usan bebidas sagradas que, como el licor Soma, tienen la virtud de libertar la forma astral de los lazos de la materia; pero en estas visiones es tan poco lo que puede ser atribuido á la alucinación, como en las vislumbres que el sabio, con el auxilio de su instrumento óptico, adquiere en el mundo microscópico. Un hombre no puede percibir, tocar, ni conservar con un espíritu puro por medio de cualquiera de sus sentidos corporales. Únicamente el espíritu puede ver y hablar al espíritu; y hasta nuestra misma alma astral, el *Doppelgänger*, es demasiado grosera y todavía demasiado contaminada por la materia terrena para poder esperar ninguna percepción ó insinuación del espíritu.

Cuán peligrosa puede muchas veces resultar la mediumnidad no educada, y cuán bien lo comprendían así los antiguos sabios, y cómo se ponían en guardia contra tales peligros, está perfectamente de manifiesto en el caso de Sócrates. El antiguo filósofo griego era un «médium»; á consecuencia de esto, jamás había sido iniciado en los Misterios: tal era la rigurosa ley. Pero él tenía su «espíritu familiar», como ellos le llamaban, su *daimonion*; y este invisible consejero vino á ser causa de la muerte de aquel sabio. Se cree generalmente que si él no estaba iniciado en los Misterios, era porque no se tomó ninguna molestia para ello. Pero los *Anales Sagrados* nos enseñan que la causa fué porque no podía ser admitido á participar de los ritos sagrados y, precisamente, como hemos sentado, por razón de ser médium. Existía una ley que impedía la admisión no sólo de aquellos que estaban convictos de hechicería (1) deliberada, si que también de todos cuantos

(1) Creemos que la palabra «hechicería» debe, una vez por todas, ser comprendida en el sentido que propiamente le corresponde. La hechicería puede ser consciente ó inconsciente. Ciertos resultados perversos y peligrosos pueden ser obtenidos por medio de los poderes mesméricos de un pretendido brujo que haga mal uso de su fluido potencial; ó además pueden ser conseguidos gracias á un fácil acceso de «espíritus» malignos y falsarios (mucho peores si son humanos) á la atmósfera que rodea á un médium. ¡Cuántos millares de semejantes víctimas irresponsables é inocentes no han encontrado la muerte más infame á causa de las imposturas de estos Elementarios!



se sabía que poseían un «espíritu familiar». La ley era justa y lógica, porque un verdadero médium es más ó menos irresponsable, y así se explican hasta cierto punto las excentricidades de Sócrates. Un médium debe ser *pasivo*; y si es un firme creyente en su «gufa espiritual», se dejará gobernar por este último y no por las reglas del santuario. El *médium* de los antiguos tiempos, lo mismo que el «médium» moderno, podía ser puesto en estado de «éxtasis» (*trance*) á voluntad y capricho del «poder» que le *governaba*; por lo tanto, no podían lógicamente confiársele los tremendos secretos de la iniciación final, «que jamás debían ser revelados, bajo pena de muerte». El anciano filósofo, en algunos momentos de descuido de «inspiración espiritual», reveló aquello que jamás había aprendido, y fué, por lo tanto, condenado á muerte como ateo.

¿Cómo, pues, ante un ejemplo tal como el de Sócrates, en relación con las visiones y espirituales maravillas de los *epoptai* del Templo interior, puede alguien afirmar que aquellos videntes, teúrgicos y taumaturgos eran todos ellos «médiums-espíritistas»? Ni Pitágoras, ni Platón, ni ninguno de los más importantes neo-platónicos; ni Jámblico, ni Longino, ni Proclo, ni Apolonio de Tiana eran médiums, porque en tal caso no hubieran sido admitidos en los Misterios. Como prueba Taylor, «esta aserción de visiones divinas en los Misterios es claramente confirmada por Plotino. En una palabra, aquella mágica evocación formaba una parte del oficio sacerdotal en ellos, y el que esto fuese universalmente creído por toda la antigüedad mucho tiempo antes de la era de los últimos platónicos» demuestra que, aparte de la «mediumnidad» natural, ha existido desde el principio de los tiempos una ciencia misteriosa, discutida por muchos, pero conocida sólo de unos pocos.

El uso de la misma es un anhelo hacia nuestra única verdadera y real mansión, la vida futura, y un deseo de unirnos más íntimamente al espíritu del cual procedemos; el abuso de la misma es la hechicería, brujería, magia *negra*. Entre ambos se halla colocada la «mediumnidad» natural; un alma revestida de materia imperfecta, un agente á disposición del uno ó del otro, y dependiente por completo de las circunstancias que rodean á la vida, de la constitución hereditaria—tanto física como mental—y de la naturaleza de los «espíritus» que atrae alrededor de sí mismo. Su destino será una bendición ó una maldición, á menos que el médium esté purificado de las escorias terrestres.

Dos son las razones de por qué en todas épocas tan poco se ha sabido generalmente acerca de los misterios de la iniciación. La primera ha sido ya explicada por más de un autor, y se funda en el terrible castigo que seguía á la menor indiscreción. La segunda son las sobrehumanas dificultades y hasta peligros con que el osado candidato de la antigüedad tenía que luchar para vencer ó morir en la

demanda si, lo que es todavía peor, no llegaba á perder la razón. Ningún peligro real existe para aquel cuya mente se ha espiritualizado por completo, estando así preparado para toda clase de visiones terroríficas. Aquel que reconoce plenamente el poder de su inmortal espíritu y jamás duda, ni por un solo momento, de su protección omnipotente, nada tiene que temer. Pero ¡ay del candidato á quien el más ligero temor—hijo enfermizo de la materia—hace perder el conocimiento de su propia invulnerabilidad y la fe en la misma! Aquel que no tiene entera confianza en su disposición moral para aceptar la carga de estos secretos tremendos, está condenado.

El *Talmud* cita la leyenda de los cuatro Tanaim, á quienes, en términos alegóricos, hace entrar en el *jardín de las delicias*, ó sea ser iniciados en la ciencia oculta y final.

«Según las enseñanzas de nuestros santos maestros, los nombres de los cuatro que entraron en el jardín de delicias son: Ben Asai, Ben Zoma, Acher y Rabbi Akiba.....

»Ben Asai miró, y perdió su vista.

»Ben Zoma miró, y perdió su razón.

»Acher hizo depredaciones en la plantación» (confundió el todo y fracasó). «Pero Akiba, que había entrado en paz, salió en paz, porque el santo, cuyo nombre sea bendito, ha dicho: 'Este hombre anciano es digno de servirnos con gloria'».

«Los sabios comentadores del *Talmud*, los Rabinos de la Sinagoga, explican que el *jardín de delicias*, en el cual se supone que entraron estos cuatro personajes, no es más que aquella ciencia misteriosa, la más terrible de las ciencias *para las inteligencias débiles, á las cuales conduce directamente á la locura*», dice A. Franck, en su *Kabbala*. No es el hombre puro de corazón, ni el que estudia con el único objeto de perfeccionarse y alcanzar así más fácilmente la inmortalidad prometida, quienes han de abrigar algún temor; pero los que hacen de la ciencia de las ciencias un pecaminoso pretexto para fines mundanos, estos son los que deben temblar. *Estos últimos jamás resistirán las kabalísticas evocaciones de la iniciación suprema*.

Las licenciosas ceremonias de las mil y una primitivas sectas cristianas pueden ser criticadas por comentadores parciales, lo mismo que las antiguas Eleusinas y otros ritos. Pero ¿por qué deben ellos incurrir en las censuras de los teólogos, los cristianos, cuando sus propios *Misterios* de la «divina encarnación con José, María y el Angel», en forma de *trilogía* sagrada, solían representarse en más de un país, y hubo un tiempo en que fueron famosos en España y en el mediodía de Francia? Posteriormente cayeron como muchos otros, en algún tiempo, sagrados ritos, en manos del populacho. Sólo hace pocos años que durante la semana de Navidad unos teatritos portátiles de polichinelas, en los cuales figuraban los personajes anteriormente

citados, con una exhibición adicional del niño Jesús en el pesebre, recorrían el país, en Polonia y en la Rusia Meridional. Eran conocidos con el nombre de *kaliadovki*, palabra cuya correcta etimología no podemos dar, á menos que proceda del verbo *kaliadovât*, término que con gusto lo abandonamos á los sabios filólogos. En los días de nuestra niñez hemos presenciado dicho espectáculo. Recordamos aún los tres Reyes Magos, representados por tres muñecos con empolvadas pelucas y pantalones ajustados de color; y, al recordar la sencilla y profunda veneración pintada en el semblante de la piadosa concurrencia, es como podemos apreciar más fácilmente la sincera y justa observación del editor en la introducción de los *Misterios Eleusinos*, el cual dice: «La ignorancia es lo que conduce á la profanación. Los hombres ridiculizan aquello que no comprenden de la manera debida... La corriente oculta de este mundo va dirigida hacia un objetivo final; y en el fondo de la credulidad humana—llámese, si se quiere, debilidad humana—existe un poder casi infinito, una santa fe capaz de comprender las verdades supremas de toda existencia».

Si aquel abstracto sentimiento llamado *Caridad cristiana* prevaleciese en la Iglesia, hubiéramos estado bien contentos con dejar todo esto por decir. No atacamos en manera alguna á aquellos cristianos cuya fe es sincera, y cuyas prácticas concuerdan con sus creencias. Pero tratándose de un clero soberbio, dogmático y de mala fe, no tenemos más que hacer sino ver á la antigua filosofía combatida por la teología moderna en su tierno descendiente, el Espiritismo, defendida y vindicada hasta donde nos sea posible, de modo que su grandeza y suficiencia puedan quedar enteramente de manifiesto. No es solamente por la filosofía esotérica que luchamos, ni tampoco por ningún sistema moderno de filosofía moral, sino por el derecho inalienable de juicio privado, y especialmente por la ennoblecedora idea de una vida futura de actividad y responsabilidad.

Aplaudimos calurosamente á comentadores tales como Godfrey Higgins, Inman, Payne Knight, King, Dunlap y el Dr. Newton, por mucho que difieran de nuestras opiniones místicas, porque su diligencia es constantemente premiada por nuevos descubrimientos acerca de la pagana paternidad de los símbolos cristianos. Pero por otra parte, todas estas eruditas obras son inútiles; sus investigaciones sólo cubren la mitad del terreno. Faltándoles la verdadera clave de interpretación, ven ellos los símbolos tan sólo bajo su aspecto físico. No tienen la contraseña que pueda abrirles las puertas del misterio; y la antigua filosofía espiritual es para ellos un libro cerrado. Aunque sus ideas respecto de la misma sean diametralmente opuestas á las del clero, en su sistema de interpretación hacen bien poco más que sus adversarios en favor de un público que le está asediando con sus preguntas. Sus trabajos tienden á robustecer el materialismo, así como

los del clero, y en especial los del clero romano, tienden á fomentar la creencia en el diabolismo.

Aunque el estudio de la filosofía Hermética no llevase consigo ninguna otra esperanza de premio, sería más que suficiente el saber que por medio de ella podemos aprender con qué justicia tan perfecta es gobernado este mundo. Un sermón sobre este texto es predicado por cada una de las páginas de la historia. Entre todas no hay ninguna que sugiera una moraleja más profunda que el caso de la Iglesia romana. La ley divina de compensación no se ha manifestado nunca de una manera tan contundente como en el hecho de que, por su propia conducta, ella misma se ha privado de la única clave posible para sus propios misterios religiosos. La suposición de Godfrey Higgins de que existen dos doctrinas mantenidas en la Iglesia romana, una para las masas y la otra (la esotérica) para los «perfectos» ó iniciados, como en los antiguos Misterios, nos parece muy aventurada, ó mejor dicho, fantástica. Ellos han perdido la clave, repetimos; de otra manera ningún poder terrestre hubiera podido humillarla, y, exceptuando un conocimiento superficial de los medios de producir «milagros», no puede en modo alguno su clero ser comparado por su sabiduría con los hierofantes de la antigüedad.

Quemando las obras de los teurgistas; proscribiendo á todos cuantos se dedicaban á su estudio; lanzando el estigma de la demonolatria á la magia en general, Roma ha dado lugar á que su culto exotérico y su Biblia sean irremediamente interpretados por todo librepensador, que sus emblemas sexuales sean identificados con la indecencia y á que sus sacerdotes se conviertan, sin darse cuenta de ello, en magos y hasta en hechiceros durante sus exorcismos, los cuales no son más que nigrománticas evocaciones. De esta suerte, la retribución, por medio de la exquisita equidad de la ley divina, ha alcanzado á este modelo de crueldad, de injusticia y de hipocresía por medio de sus propios actos de suicidio.

La verdadera filosofía y la verdad divina son términos sinónimos. Una religión que teme la luz no puede estar fundada en la verdad ni en la filosofía; por consiguiente, ha de ser falsa. Los antiguos Misterios eran misterios únicamente para los profanos, á quienes el hierofante jamás pretendía ni quería aceptar como prosélitos; á los iniciados les eran explicados los Misterios tan pronto como el velo quedaba descubierto. Ninguna inteligencia como la de Pitágoras ó de Platón se hubiera contentado con un misterio insondable é incomprensible como el del dogma cristiano. No puede existir más que una sola verdad, puesto que dos pequeñas verdades acerca de un mismo asunto sólo pueden constituir un gran error. Entre los millares de religiones exotéricas ó populares, en pugna las unas con las otras, que han sido propagadas desde los tiempos en que los primeros hombres fueron capaces

de cambiar sus ideas, ni una sola nación, ni un solo pueblo, ni la tribu más abyecta ha dejado de creer á su manera en un Dios invisible, la Primera Causa de leyes infalibles é inmutables, así como en la inmortalidad de nuestro espíritu. Ninguna creencia, ninguna falsa filosofía, ninguna exageración religiosa ha podido nunca destruir aquel sentimiento. Debe, por lo tanto, estar basado en una verdad absoluta. Por otra parte, cada una de las innumerables religiones y sectas religiosas considera á la Deidad según su propio capricho, y, fundándose en lo desconocido de sus propias especulaciones, impone á las masas ignorantes estos puramente humanos productos de una imaginación calenturienta, y les da el nombre de «revelación». Como los dogmas de cada religión y secta difieren radicalmente, no pueden ser *verdaderos*. Y si son falsos, ¿qué es lo que son?

«El peor mal para un país—dice el Dr. Inman— no es una *mala religión*, sino una forma de fe que impida una franca investigación. No conozco una sola nación de la antigüedad dirigida por el clero, que no cayese bajo la espada de aquellos que no hacían caso de las jerarquías..... El mayor peligro debe temerse de aquellos eclesiásticos que toleran el vicio y lo fomentan como un medio para adquirir poder sobre sus fieles. En tanto que cada hombre haga á los demás lo que quisiera que le hiciesen á él, *y no permita que nadie se interponga entre él y su Hacedor*, todo irá bien en el mundo» (1).

(1) *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, prefacio, p. 34.

### CAPITULO III

«EL REY.—Sepamos esta historia desde el principio hasta el fin».

*Hasta el fin nadie es dichoso.* Act. V. Esc. 3.<sup>a</sup>

«Él es el Uno, procedente de sí Mismo; y de Aquél todas las cosas proceden y en ellas El Mismo ejerce su actividad, ningún mortal Le Ve, pero El lo ve todo».—*Himno Orfico.*

«Y Atenas, oh, Atena, es tuya! Gran diosa, escucha y en mi mente oscurecida derrama tu pura luz en abundancia sin límites; aquella luz sagrada, oh, Reina de la cual todo procede, que irradia eternamente de tu faz serena. Inspira á mi alma, mientras vaga errante por la tierra, con tu propio bendito é impulsivo fuego!»

PROCI.O; TAYLOR: *A Minerva.*

«Así pues, *la fe* es la substancia de las cosas... Gracias á la fe, la ramera Rahab no pereció con los incrédulos, cuando había recibido á los espías en paz».

*Hebreos, XI 1, 31.*

«Qué aprovechará, hermanos míos, que un hombre tenga fe, y no tenga obras? ¿Podrá la FE salvarle?... Y así tambien, la ramera Rahab no fué justificada por obras, cuando hubo recibido á los mensajeros y los hubo despedido por otro camino?»

*Santiago, II 14, 25.*

CLEMENTE describe á Basílides, el gnóstico, como «un filósofo dedicado á la contemplación de las cosas divinas». Esta misma apropiada expresión puede aplicarse á muchos de los fundadores de las sectas más importantes que posteriormente fueron todas engolfadas en una, ó sea aquella estupenda amalgama de dogmas ininteligibles impuesta por Ireneo, Tertuliano y otros que es conocida actualmente con el nombre de Cristianismo. *Si aquéllas deben llamarse herejtias, entonces el mismo Cristianismo primitivo debe ser incluido en el número de ellas.* Basílides y Valentino precedieron á Ireneo y á Tertuliano; y los dos últimos Padres tienen menos motivos que los dos primeros gnósticos para hacer ver que su herejtia era aceptable. No fué el derecho divino ni la verdad lo que hizo triunfar su Cristianismo: la suerte únicamente les fué propicia. Podemos asegurar, con pleno fundamento, que no existe una sola de estas sectas—Kaba-

lismo, Judaismo, incluyendo nuestro Cristianismo actual—que no haya brotado de las dos principales ramas de aquel único tronco original, la en otro tiempo religión universal, que precedió á las edades Védicas; hablamos de aquel Buddhismo prehistórico que se fundió después en el Brahmanismo.

La religión á que más se parecían las primitivas enseñanzas de los primeros escasos apóstoles—una religión predicada por el mismo Jesús—es la más antigua de estas dos, el Buddhismo. Este último, tal como era enseñado en su pureza primitiva, y llevado á la perfección por el último de los Buddhas, Gautama, basaba su moral en tres principios fundamentales. Afirmaba: 1.º, que todas las cosas existentes son debidas á causas naturales; 2.º, que la virtud lleva consigo su propia recompensa, y el vicio y el pecado su propio castigo; y 3.º, que el estado del hombre en este mundo es un estado de prueba. Podemos añadir nosotros que sobre estos tres principios descansa el fundamento universal de todas las creencias religiosas: Dios y la inmortalidad individual para cada hombre—si sabe conquistarla. Por confusos que fuesen los subsiguientes dogmas teológicos; por incomprendibles que fuesen al parecer las metafísicas abstracciones que han trastornado la teología de cada una de las grandes religiones de la humanidad tan pronto como quedaron establecidas sobre cimientos seguros, se ve que los principios antes indicados son la esencia de toda filosofía religiosa, exceptuando el moderno Cristianismo. Esta era la esencia de la religión de Zoroastro, de Pitágoras, de Platón, de Jesús, y hasta de la de Moisés, si bien las enseñanzas del legislador judío han sido tan piadosamente adulteradas.

Dedicaremos este capítulo principalmente á hacer un breve examen de las numerosas sectas que se han reconocido á sí mismas como cristianas, lo cual equivale á decir que han creído en un *Christos* ó UNGIDO. Procuraremos también explicar esta última denominación desde el punto de vista kabalístico, y mostrarla reapareciendo en cada sistema religioso. Podrá ser provechoso, al mismo tiempo, ver hasta qué punto los primeros apóstoles, Pablo y Pedro, estaban de acuerdo en su predicación de la nueva Ley. Empezaremos por Pedro.

Debemos volver una vez más al mayor de todos los fraudes de los Padres de la Iglesia, aquel que indudablemente ha contribuido más á la supremacía inmerecida de la Iglesia católico-romana, ó sea la descarada afirmación, á la faz de la evidencia histórica, de que Pedro sufrió el martirio en Roma. Es muy natural que el clero latino se aferre en ello, porque, con el escándalo de la falsedad de tal pretexto, el dogma de la sucesión apostólica se vendría abajo.

Han aparecido últimamente muchas obras notables refutando esta absurda pretensión. Entre otras debemos señalar *El Cristo de*

*Pablo*, de Mr. G. Reber, la cual la echa por tierra de un modo sumamente ingenioso. El autor prueba: 1.º, que no existió iglesia alguna establecida en Roma, hasta el reinado de Antonino Pío; 2.º, que, conviniendo Eusebio é Ireneo en que Lino fué el segundo Obispo de Roma, en cuyas manos los «bienaventurados apóstoles» Pedro y Pablo encomendaron la iglesia después de haberla edificado, no podía esto haber tenido lugar en otro tiempo más que entre los años 64 y 68 de la era cristiana; 3.º, que este intervalo de años cae dentro del reinado de Nerón, porque Eusebio afirma que Lino desempeñó dicho cargo durante doce años (*Historia Eclesiástica*, libro III, c. 13), empezando á ejercerlo en el año 69, ó sea un año después de la muerte de Nerón, y muriendo él á su vez en 81. Después de lo cual el autor sostiene, apoyándose en sólidos fundamentos, que Pedro no podía estar en Roma el año 64, porque estaba entonces en Babilonia, desde donde él escribió su primera Epístola, cuya fecha está fijada por el Dr. Lardner y otros críticos precisamente en aquel mismo año. Pero nosotros creemos que su mejor argumento consiste en probar que no era propio del carácter del cobarde Pedro el arriesgarse á permanecer tan cerca de Nerón, el cual, en dicha época, «alimentaba á las fieras del Anfiteatro con la carne y los huesos de los cristianos» (1).

Quizás la Iglesia de Roma fué consecuente consigo misma al escoger como á su fundador titular al apóstol que por tres veces negó á su maestro en los momentos de peligro; y además el único, excepto Judas, que provocó á Cristo de un modo tal para que éste se dirigiese á él como si fuera el «Diablo». «Apártate de mí, Satanás», exclama Jesús, apostrofando al apóstol que le reprendía (2).

Existe una tradición en la Iglesia griega que jamás ha encontrado favor en el Vaticano. La primera atribuye su origen á uno de los principales gnósticos, Basilides, que vivió durante los reinados de Trajano y de Adriano, á fines del primer siglo y principios del segundo. Con respecto á esta tradición particular, si el gnóstico en cuestión es Basilides, entonces debe él ser aceptado como una autoridad suficiente, pues pretendía haber sido discípulo del apóstol Mateo, y haber tenido por maestro á Glaucias, discípulo del mismo S. Pedro. Si se probase la autenticidad de la narración que se le atribuye, el Comité de Londres para la Revisión de la Biblia tendría que añadir un nuevo versículo á *Mateo*, *Marcos* y *Juan*, los cuales cuentan la negación de Cristo por parte de Pedro.

Esta tradición, pues, de que estamos hablando, afirma que, cuando asustado por la acusación de la criada del Sumo Sacerdote, hubo el apóstol por tres veces negado á su maestro, y el gallo hubo can-

(1) *El Cristo de Pablo*, p. 123.

(2) *Evangelio según Marcos*, VIII, 33.



tado, Jesús, que pasaba entonces por el patio bajo la custodia de los soldados, se volvió, y, mirando á Pedro, dijo: «En verdad te digo, Pedro, que tú me negarás durante todos los siglos venideros, y nunca te detendrás hasta que seas viejo, y extenderás tus manos, y otro se burlará de tí, y te conducirá á donde tú no quisieras». La última parte de esta sentencia, dicen los griegos, se refiere á la Iglesia de Roma, y profetiza su constante apostasía de Cristo, bajo la máscara de falsa religión. Posteriormente, fué insertada en el capítulo veinte y uno de *Juan*, pero todo este capítulo ha sido declarado espurio, aun antes de que se descubriera que este Evangelio no fué jamás escrito por Juan el Apóstol.

El anónimo autor de la *Religión Sobrenatural*, obra que en dos años ha alcanzado varias ediciones, y que se pretende haber sido escrita por un eminente teólogo, prueba terminantemente la falsedad de los cuatro evangelios, ó al menos su completa transformación en manos del excesivamente celoso Ireneo y de sus campeones. El cuarto evangelio está completamente tergiversado por este hábil autor; las extraordinarias falsificaciones de los Padres de los primeros siglos están plenamente demostradas, y el valor relativo de los sinópticos está discutido con una fuerza de lógica que no tiene precedente. Dicha obra lleva consigo la convicción en cada una de sus líneas. De ella citamos lo siguiente: «Ganamos nosotros infinitamente más de lo que perdemos, desechando la creencia en la realidad de la Revelación Divina. Al paso que conservamos puro é intacto el tesoro de la moral cristiana, abandonamos sólo los adulterados elementos añadidos á la misma por la superstición humana. No estamos ya obligados á creer en una teología que ultraja á la razón y al sentido moral. Nos hemos librado de indignas opiniones antropomórficas acerca de Dios y de su gobierno del Universo, y de la Mitología judía nos elevamos á concepciones más altas de un Sér infinitamente sabio y bondadoso, que se sustrae, es verdad, á nuestra limitada inteligencia en la gloria impenetrable de la Divinidad, pero cuyas leyes de maravilloso alcance y perfección las vemos continuamente obrando á nuestro alrededor.... El argumento empleado con tanta frecuencia por los teólogos, de que la Revelación Divina es necesaria para el hombre, y de que ciertas opiniones contenidas en aquella revelación son indispensables para nuestra conciencia moral, es puramente imaginario, y procede de la revelación que ellos procuran mantener. La única cosa absolutamente necesaria para el hombre es la VERDAD, y á élla, y sólo á élla debe adaptarse nuestra conciencia moral» (1).

Consideraremos más adelante bajo qué aspecto era considerada

(1) *Religión Sobrenatural*, tomo II, p. 489.

la Revelación Divina de la *Biblia* judía por los gnósticos, quienes, después de todo, creían en Cristo á su manera, mucho mejor y menos impía que la de los católico-romanos. Los Padres de la Iglesia han impuesto á los creyentes en Cristo una *Biblia* cuyas leyes en ella prescritas él fué el primero en quebrantarlas; cuyas enseñanzas desechó por completo, y por cuyos crímenes el fué finalmente crucificado. De cualquiera otra cosa podrá hacer alarde el mundo cristiano, pero difícilmente puede pretender que la lógica y la consecuencia sean sus principales virtudes.

El hecho solamente de que Pedro continuó siendo hasta el fin un «apóstol de la circuncisión» habla por sí mismo. *Quien quiera que sea el que haya edificado la Iglesia de Roma, no fué Pedro.* Si tal hubiese sido el caso, los sucesores de este apóstol se habrían sometido á la circuncisión, aunque no hubiese sido más que por ser consecuentes; y, para demostrar que las pretensiones de los Papas no están del todo desprovistas de fundamento, el Dr. Inman asegura que es fama que «en nuestros cristianos tiempos los papas han de ser privadamente perfectos» (1), pero no sabemos si esto se lleva hasta el extremo que marca la Ley Levítica judía. Los primeros quince Obispos cristianos de Jerusalén, empezando con Jaime é incluyendo á Judas, eran todos judíos circuncisos (2).

En el *Sepher Toldos Jeshu*, (3) manuscrito hebreo de gran antigüedad, la versión acerca de Pedro es distinta. Simón Pedro, dice, era uno de sus propios hermanos, aunque él se había apartado algo de las leyes, y el odio y la persecución que sufrió el apóstol por parte de los judíos parece que no han existido más que en la fecunda imaginación de los Padres de la Iglesia. El autor habla de él con gran respeto y benevolencia, llamándole un «fiel servidor del Dios viviente», que pasó su vida en la austeridad y en la meditación, «viviendo en Babilonia en el extremo de una torre», componiendo himnos y predicando la caridad. Añade que Pedro recomendaba siempre á los cristianos que no molestaran á los judíos, pero que tan pronto como hubo muerto, he aquí que otro predicador fué á Roma y pretendió que Simón Pedro había alterado las enseñanzas de su maestro. Inventó un infierno de fuego, amenazando á todo el mundo con él; prometió milagros, pero no hizo ninguno.

(1) *Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism*, p. 28.

(2) Véase Eusebio, *Ex. H.*, lib. IV, cap. V; *Sulpicius Severus*, vol. II, p. 31.

(3) Según parece, los judíos atribuyen una antigüedad muy grande al *Sepher Toldos Jeshu*. Es mencionado por primera vez por Martín, á principios del siglo trece, porque los Talmudistas tuvieron gran cuidado de ocultarlo de los cristianos. Dice Levi que Porchetus Salvaticus publicó algunos trozos del mismo, los cuales fueron empleados por Lutero (véase vol. VIII, edic. de Jena). El texto hebreo, que se había perdido, fué al fin encontrado por Münster y Buxtorf, y publicado, en 1681 por Christopher Wagenseilius, en Nuremberg, y en Frankfort, en una colección titulada *Tela ignea Satanæ*, ó los ardientes dardos de Satán. ( Véase *La Science des Esprits* de Levi ).

Lo que hay de cierto, y lo que hay de ficticio en lo anterior, dejamos que otros lo decidan; pero tiene indudablemente mayores apariencias de certeza y sinceridad que las fábulas inventadas por los Padres de la Iglesia para asegurar el éxito de sus planes.

Podemos tanto más fácilmente dar crédito á esta amistad entre Pedro y sus antiguos correligionarios, desde el momento en que encontramos en *Teodoreto* la siguiente aserción: «Los Nazarenos son judíos que honran al UNGIDO (Jesús) como á un *hombre justo*, y que hacen uso del *Evangelio* según Pedro» (1). Pedro era un Nazareno, según el *Talmud*. Pertenecía á la secta de los últimos Nazarenos, que disintían de los secuaces de Juan el Bautista, y se convirtieron en una secta rival, y que—como la tradición da á entender—fué instituida por el mismo Jesús.

Según la historia, las primeras sectas cristianas fueron ó Nazarenas como Juan el Bautista, ó Ebionitas, entre los cuales figuraban muchos de los parientes de Jesús; ó Esenios (Iessaens), los Therapeutas, curadores, de los cuales los Nazarios eran una rama. Todas estas sectas, que solamente en los tiempos de Ireneo empezaron á ser consideradas como heréticas, eran más ó menos kabalísticas. Creían en la expulsión de los demonios por medio de encantaciones mágicas, y practicaban este método; Jervis llama á los Nabatheanos y á otras sectas semejantes «Judíos exorcistas errantes» (2), significando la palabra árabe *nabæ*, andar errante, y la hebrea *naba*, profetizar. El *Talmud* llama indistintamente *Nozari* á todos los cristianos (3). Todas las sectas gnósticas creían igualmente en la magia. Ireneo, al describir los secuaces de Basílides, dice: «Ellos usan imágenes, invocaciones, encantaciones y todas las demás cosas que pertenecen á la magia». Dunlap, apoyándose en la autoridad de Lightfoot, dice que Jesús era llamado *Nazariios*, aludiendo á su humilde y pobre condición externa; «porque Nazariios significa separación, alejamiento de los demás hombres» (4).

La verdadera significación de la palabra nazar נָזַר es: dedicarse á consagrarse uno mismo al servicio de Dios. Como nombre, es una *diadema* ó emblema de una tal consagración, una cabeza así consagrada (5). José era llamado un *Nazar* (6). «La cabeza de José, el punto culminante del nazar entre sus hermanos». Sansón y Samuel (שֹׁמֵן אֱלֹהִים שֶׁבֶר Senses-on, y Semva-el) son descritos igualmente como *nazars*. Porfirio, hablando de Pitágoras, dice que fué purificado é

(1) Teodoreto: *Hæretic. Fab.*, lib. II, 11.

(2) Jervis W. Jervis: *Genesis*, p. 324.

(3) *Lightfoot*, 501.

(4) Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*, p. X.

(5) Jeremías VII 29: «Corta tu cabello, oh Jerusalén, y arrójalo, y prorrumpe en lamentos en lugares elevados».

(6) *Génesis*, XLIX 26.

iniciado en Babilonia por Zar-adas, jefe del colegio sagrado. ¿No puede suponerse, por lo tanto, que el Zoro-Aster era el *nazar* de Ishtar, Zar-adas ó Na-Zar-Ad (1), siendo lo mismo con el cambio de idiomas? Ezra, ó עֵזְרָא, era un sacerdote y un escriba, un hierofante; y el primer colonizador hebreo de la Judea fué זְרֻבָבֶל Zeru Babel, ó sea el Zoro ó nazar de Babilonia.

Las Escrituras judías indican la existencia de dos distintos cultos y religiones entre los Israelitas: el culto de Baco, bajo la máscara de Jehovah, y el de los iniciados caldeos, entre los cuales figuraban algunos de los *nazars*, los teurgistas y unos pocos de los profetas. El centro principal de éstos estaba siempre en Babilonia y Caldea, en donde pueden reconocerse distintamente dos escuelas rivales de Magos. Aquellos que pongan en duda esta aseerción deberán tener en cuenta en este caso la discrepancia entre la historia y Platón, el cual, de todos los hombres de aquellos días, era ciertamente uno de los mejor informados. Hablando de los Magos, los presenta él instruyendo á los reyes persas de Zoroastro, como el hijo ó sacerdote de Oromasdes; y sin embargo, Darío, en la inscripción de Behistún, se vanagloria de haber restablecido el culto de Ormuzd y destruído los ritos Magos. Evidentemente existían allí dos escuelas de Magos, distintas y antagonistas, siendo la más antigua y más esotérica de las dos aquella que, satisfecha con sus inaccesibles conocimientos y secreto poder, se contentaba con abandonar en apariencia su exotérica popularidad, y poner su supremacía en manos del reformador Darío. Los últimos gnósticos mostraban la misma prudente conducta acomodándose en cada país á las formas religiosas dominantes, estando sin embargo adheridos á sus propias doctrinas esenciales.

Hay otra hipótesis posible, ó sea, que Zero-Ishtar era el gran sacerdote de la religión caldea, ó hierofante mago. Cuando los Arios de Persia, en tiempo de Darío Hystaspes, vencieron al mago Gomates y restablecieron el culto mazdeista, siguió á esto una amalgama en virtud de la cual el Zoro-astar mago se convirtió en el Zara-tushra del *Vendidad*. Esto no era aceptable para los demás Arios, los cuales adoptaron la religión Védica, por ser distinta de la del *Avesta*. Pero esto no es más que una hipótesis.

Y cualquiera que sea la opinión que ahora tengamos acerca de lo que era Moisés, demostraremos que era un iniciado. La religión mosaica era, á lo sumo, un culto del sol y de la serpiente, diluído quizás con algunas ligeras nociones monoteísticas, antes de que éstas últimas fuesen forzosamente introducidas por Ezra en las llamadas «Escrituras inspiradas», en el tiempo en que se supone que él

(1) Nazareth?

re-escribió los libros Mosaicos. De todos modos, el *Libro de los Números* es un libro posterior, y en él puede descubrirse el culto del sol y de la serpiente con tanta claridad como en cualquiera historia pagana. La leyenda de las serpientes de fuego es una alegoría en más de un sentido. Las «serpientes» eran los *Levitas* ú *Ophitas*, quienes constituían el cuerpo de guardia de Moisés (véase *Exodo xxxii*, 26); y el mandato del «Señor» á Moisés, de que hiciese inclinar la cabeza de su gente «ante el Señor, en frente del sol», el cual es un emblema de este Señor, es inequívoco.

Los nazars ó profetas, lo mismo que los Nazarenos, eran una casta anti-Báquica, hasta un extremo tal que, juntamente con todos los profetas iniciados, ellos se atenían el espíritu de las religiones simbólicas, oponiéndose enérgicamente á las idólatras y exotéricas prácticas de la letra muerta. De ahí la frecuente lapidación de los profetas por el populacho dirigido por aquellos sacerdotes para quienes las supersticiones populares constituían un modo provechoso de vivir.

Otfried Müller nos hace ver lo mucho que los Misterios Orficos diferían de los ritos *populares* de Baco (1), aunque es sabido que los *Orphikoi* seguían la religión de Baco. El sistema de la más pura moralidad y del ascetismo más severo promulgados en las enseñanzas de Orfeo, á que se amoldaban tan estrictamente sus fieles, son incompatibles con la lascivia y grosera inmoralidad de los ritos populares. La fábula de Aristeo persiguiendo á Eurídice en los bosques, en donde una serpiente ocasiona su muerte, es una clarísima alegoría que en parte era explicada en los tiempos más primitivos. Aristeo es el *poder brutal*, persiguiendo á Eurídice, la doctrina esotérica, por los bosques donde la serpiente (emblema de todos los dioses solares y adorada bajo su más grosero aspecto hasta por los judíos) la mata; ó lo que es lo mismo, obliga á la verdad á hacerse todavía más esotérica y á buscar refugio en el Mundo subterráneo, el cual no es el infierno de nuestros teólogos. Además, el destino de Orfeo, despedazado por las Bacantes, es otra alegoría para indicar que los ritos populares y groseros son siempre mejor recibidos que la verdad simple y divina, y prueba la gran diferencia que debe haber existido entre el culto esotérico y el popular. Habiéndose perdido, según se dice, los poemas de Orfeo y de Museo desde los tiempos más primitivos, de modo que ni Platón, ni Aristóteles nada reconocían auténtico en los poemas existentes en su tiempo, es difícil el decir con precisión qué es lo que constituía sus ritos peculiares. Poseemos á pesar de todo la tradición oral y cada una de las deducciones que de ella pueden sacarse; y esta tradición indica que Orfeo

(1) Otfried Müller: *Literatura histórica griega*, pp. 230-240.

trajo sus doctrinas de la India, y que su religión era la de los más antiguos magos, y por consiguiente, aquella á la cual pertenecían los iniciados de todos los países, empezando por Moisés, «los hijos de los Profetas», y los ascéticos *nazars* (los cuales no deben ser confundidos con aquellos contra quienes se desencadenaban Oseas y los demás profetas) y acabando por los Esenios. Esta última secta estaba constituida por pitagóricos, antes de que ellos degenerasen más bien que se perfeccionasen en su sistema, bajo la influencia de los misioneros Buddhistas, de quienes Plinio nos dice que estaban establecidos en las orillas del Mar Muerto, siglos antes de su tiempo, *per sæculorum millia*. Pero si, por una parte, estos monjes Buddhistas fueron los primeros en establecer comunidades monásticas y en inculcar la estricta observancia de la regla dogmática conventual, por otra parte fueron también los primeros en imponer y popularizar aquellas austeras virtudes de que tan grandes ejemplos dió Sakya-muni, y que anteriormente eran practicadas sólo en casos aislados por algunos célebres filósofos y sus secuaces; virtudes predicadas dos ó tres siglos después por Jesús, practicadas por unos pocos ascetas cristianos, abandonadas gradualmente, y olvidadas por completo por la Iglesia cristiana.

Los nazars *iniciados* se habían mantenido siempre fieles á esta regla, la cual debía haber sido seguida antes que ellos por los adeptos de todos tiempos; y los discípulos de Juan eran sólo una rama disidente de los Esenios. Por lo tanto, no podemos confundirlos con todos los nazars de que se habla en el *Antiguo Testamento*, y que fueron acusados por Oseas de haberse separado ó consagrado á *Bosheth* נֹשֶׁת (véase el texto hebreo); lo cual implica la mayor abominación posible. Al inferir, como hacen algunos críticos y teólogos, que esto significa apartarse uno mismo de la *castidad* ó continencia, es, ó pervertir á sabiendas la verdadera significación, ó ignorar completamente el idioma hebreo. El oncenno versículo del primer capítulo de Miqueas explica á medias la palabra en su velada traducción: «Pasa afuera, tú, habitante de Saphir, etc.», y en el texto original la palabra es *Bosheth*. Ciertamente, ni Baal, ni Iahoh Kadosh, con su *Kadeshim*, era un dios de ascética virtud, por más que la versión de los *Setenta* los llame, lo mismo que á los *galli* (los perfectos sacerdotes), *tetelesmenous*, los *iniciados* y los *consagrados* (1). El gran *Sod* de los *Kadeshim*, traducido en el *Salmo* LXXXIX, 7, por «asamblea de los santos», no era más que un misterio de los «santificados», en el sentido dado á la última palabra por Webster.

La secta Nazarena existía mucho antes que las leyes de Moisés, y tuvo su origen entre el pueblo más enemigo de los «escogidos» de

(1) Véase *Movers*, p. 683.

Israel, esto es, el pueblo de Galilea, la antigua *olla-podrida* de naciones idólatras, en donde estaba edificada Nazara, la actual Nazareth. En Nazara es donde los antiguos Názoria, ó Nazireates, celebraban sus «Misterios de Vida», ó «asambleas», como figura actualmente dicha palabra en la traducción (1), que no eran otra cosa que los sagrados misterios de la iniciación (2), completamente distintos, en su forma práctica, de los Misterios populares que se celebraban en Byblus en honor de Adonis. Mientras que los verdaderos *iniciados* de los desterrados galileos adoraban al verdadero Dios, y gozaban de visiones trascendentes, ¿qué es lo que estaban haciendo los escogidos? Ezequiel nos lo expone (cap. VIII) cuando, al describir lo que vió, dice que la *forma* de una mano le cogió por un mechón de su cabeza, y le transportó de Caldea á Jerusalén. «Y allí estaban setenta varones de los ancianos de la casa de Israel.... Hijo del hombre, has visto lo que los ancianos... hacen en la oscuridad?», pregunta el Señor. «A la puerta de la casa del Señor...., y he aquí mujeres que estaban sentadas allí gimiendo por Tammuz» (Adonis). No podemos realmente suponer que los paganos hayan sobrepujado siempre al pueblo «escogido», en ciertas vergonzosas abominaciones de las cuales sus propios profetas les acusan tan profusamente. Para admitir esta verdad, apenas necesita uno ser un erudito hebraísta; léase la *Biblia* en su propio idioma, y medítese acerca del lenguaje de los «santos» profetas.

Esto debe tenerse en cuenta para explicar el odio de los últimos Nazarenos hacia los Judíos ortodoxos—que seguían la Ley Mosaica *exotérica*—, los cuales eran siempre acusados por esta secta de ser adoradores de Iurbo Adunai ó el Señor Baco. Pasando bajo el disfraz de *Adoni-Iachoh* (texto original, *Isaias* LXI 1), Iahoh y Señor Sabaoth, el Baal Adonis, ó Baco, adorado en las arboledas y en los *sods públicos* ó Misterios, bajo la mano pulimentadora de Esdras, se convierte por fin en el últimamente nombrado Adonai de la Massorah, el Único y Supremo Dios de los Cristianos!

«Tú no adorarás al Sol que es llamado Adunai,» dice el *Codex* de los Nazarenos; «cuyo nombre es también *Kadush* (3) y El-El. Este Adunai elegirá para sí mismo una nación, y la congregará en *multitudes* (su culto será exotérico)... Jerusalén se convertirá en el refugio y ciudad de los *Abortos*, que se perfeccionarán á sí mismos (circuncidarán) con una espada... y adorarán á Adunai» (4).

Los Nazarenos más antiguos, que eran descendientes de los *Nazars* de la Escritura, y cuyo último caudillo importante fué Juan el

(1) *Codex Nazaraeus*, II, 305.

(2) Véase Luciano: *De Syria Dea*.

(3) Véase *Salmo* LXXXIX, 18.

(4) *Codex Nazaraeus*, I, 47.

Bautista, aunque no muy ortodoxos ante los ojos de los Escribas y Fariseos de Jerusalén, eran, sin embargo, respetados, y no se les molestaba. Hasta el mismo Herodes «temió á la multitud», porque consideraban á Juan como á un profeta (*Mateo XIV 5*). Pero los secueces de Jesús se adhirieron á una secta que se convirtió en una espina todavía más aguda en su costado. Apareció como una herejía *dentro* de otra herejía; porque al paso que los *nazars* de los antiguos tiempos, los «Hijos de los Profetas», eran Kabalistas caldeos, los adeptos de la nueva secta disidente se presentaron como reformadores é innovadores desde el principio. La gran semejanza descubierta por algunos críticos entre los ritos y observancias de los primitivos Cristianos y los de los Esenios puede así explicarse sin la más leve dificultad. Los Esenios, como acabamos de hacer observar, eran los conversos de los misioneros Buddhistas, los cuales habían recorrido el Egipto, la Grecia y hasta la Judea, desde el reinado de Asoka, el celoso propagandista; y si bien es evidente que á los Esenios corresponde el honor de haber tenido al reformador nazareno, Jesús, como á discípulo, á pesar de esto, se encuentra á éste en desacuerdo con sus primitivos instructores en varias cuestiones de observancia externa. En rigor, él no puede ser llamado Esenio, por razones que más adelante indicaremos, ni era tampoco un nazar, ó Nazaria de la secta más antigua. Lo que Jesús *era* puede encontrarse en el *Codex Nazaraeus*, en las injustas acusaciones de los gnósticos Bardesánicos.

«Jesús es *Nebu*, el falso Mesías, el destructor de la antigua religión ortodoxa», dice el *Codex* (1). Es el fundador de la secta de los nuevos *nazars*, y, como claramente lo implican las palabras, es uno que sigue la doctrina Buddhista. En hebreo la palabra *naba* נבא significa hablar por inspiración; y נבו es *nebo*, un dios de sabiduría. Pero Nebo es también *Mercurio*, y *Mercurio es Buddha*, en el monograma indio de los planetas. Además, encontramos á los Talmudistas sosteniendo que Jesús estaba inspirado por el genio de Mercurio (2).

El reformador Nazareno había pertenecido indudablemente á una de estas sectas, aunque quizás sería casi imposible el decidir en absoluto á cuál de ellas. Pero lo que es evidente de por sí es que predicó la filosofía de Buddha-Sakyamüni. Atacados por los últimos profetas, maldecidos por el Sanhedrín, los nazars eran confundidos con otros de aquél nombre, «quienes se apartaron para su vergüenza» (3); eran perseguidos en secreto, si no declaradamente, por la siuagoga ortodoxa. Claro se vé el porqué Jesús era tratado con tal despre-

(1) *Codex Nazaraeus*; Norberg: *Onomasticon*, 74.

(2) Alph. de Spire: *Fortalicium Fidei*, II, 2.

(3) Oseas, IX 10.



cio por parte de los primeros, y tan desdeñosamente llamado el «Galileo». Nathaniel pregunta: «¿Puede venir algo bueno de Nazareth?» (Juan, I, 46) al mismo principio de su carrera, y sencillamente porque sabe que él es un *nazar*. ¿No indica esto claramente que ni aun los más antiguos *nazars* pertenecían realmente á la religión hebrea, sino que eran más bien una especie de teurgistas caldeos? Además, como el *Nuevo Testamento* es notable por sus traducciones equivocadas, y transparentes falsificaciones de textos, podemos nosotros suponer con fundamento que la palabra Nazareth fué sustituida por la de *nasaria* ó nozari. Que el texto primitivo decía así: «Puede venir algo bueno de un nozari, ó Nazareno»; un secuaz de Juan el Bautista, con quien le vemos asociado desde que por vez primera aparece en el terreno de la acción, después de habersele perdido de vista durante un período de cerca de veinte años. Los crasos errores del *Antiguo Testamento* no son nada en comparación de los que hay en los *evangelios*. Nada demuestra mejor que estas contradicciones, evidentes por sí mismas, el sistema de piadoso fraude sobre el cual descansa el edificio del Mesianismo. «Este es *Elias*, que habla de venir», dice Mateo hablando de Juan el Bautista, haciendo así entrar una antigua tradición kabalística en el molde de la evidencia (XI, 14). Pero cuando, dirigiéndose al Bautista mismo, le preguntan (Juan I, 21) «Eres tú *Elias*?» «Y él dice *no lo soy!*» ¿Quién está mejor enterado, Juan ó su biógrafo? Y dónde está la revelación divina?

El designio de Jesús era evidentemente el mismo que el de Gautama-Buddha, beneficiar en grande escala á la humanidad, produciendo una reforma religiosa que diese origen á una religión de moral pura; debiendo tenerse en cuenta que el verdadero conocimiento de Dios y de la Naturaleza había permanecido hasta entonces solamente en manos de las sectas esotéricas y de sus adeptos. Como Jesús usaba el *aceite*, y los Esenios jamás empleaban otra cosa que agua pura (1), no puede ser llamado propiamente un Esenio. Por otra parte, los Esenios estaban también «separados»; eran curadores (*as-saya*), y vivían en el desierto, como todos los ascetas.

Pero aunque Jesús no se abstuviese del vino, podía del mismo modo haber continuado siendo un Nazareno. Porque en el capítulo VI de los *Números*, vemos que después que el sacerdote ha agitado una parte del cabello de un Nazorita, como ofrenda-ondulante delante del Señor, «después de esto el Nazareno puede beber vino» (VI, 20). La amarga acusación ante el reformador del pueblo, que con nada podía quedar satisfecho, está á la vista en la siguiente exclamación: «Juan vino sin comer ni beber, y dicen: 'Él tiene un

(1) «Los Esenios consideraban el aceite como una impureza», dice Josefo: *Guerras*, II, p. 7.

diablo' .... El Hijo del Hombre vino comiendo y bebiendo, y ellos dicen: 'He aquí un hombre glotón y bebedor de vino'. Y á pesar de todo, él era un Esenio y un Nazareno, porque no solamente le vemos mandando un mensaje á Herodes, para decirle que él era uno de aquellos que lanzan los demonios y que verifican curaciones, sino que además se titulaba profeta, declarándose igual á los demás profetas (1).

El autor de *Sod* presenta á Mateo procurando relacionar el nombre de Nazareno con cierta profecía (2), y pregunta: «¿Por qué sienta entonces Mateo que el profeta dijo que él debería ser llamado *Nazaria?*» Sencillamente «porque él pertenecía á aquella secta, y una profecía confirmaría sus pretensiones al Mesianismo ... Pues bien, en ninguna parte se encuentra que los profetas hayan sentado que el Mesías debiese ser llamado un *Nazareno*» (3). El hecho solamente de que procure Mateo, en el último versículo del capítulo II, reforzar su pretensión de que Jesús habitó en Nazareth, *únicamente para cumplir una profecía*, hace más que debilitar el argumento, lo destruye por completo, porque últimamente se ha demostrado de un modo satisfactorio que los dos primeros capítulos son puras invenciones.

El bautismo no es uno de los ritos más antiguos, y era practicado por todas las naciones en sus Misterios, á manera de abluciones sagradas. Dunlap parece derivar el nombre de nazars de *nazah*, rociar. Bahak-Zivo es el genio que llamó el mundo á la existencia (4) sacándolo del «agua obscura», dicen los Nazarenos; y el *Lexicon persa, árabe é inglés* de Richardson afirma que la palabra *Bahak* significa «lloviendo». Pero el Bahak-Zivo de los Nazarenos no puede ser tan fácilmente referido á Baco, el cual «era el dios de la lluvia», puesto que los nazars eran los mayores adversarios del culto de Baco. «Baco es educado por las Hyadas, las ninfas de la lluvia», dice Preller (5), quien hace ver además que, (6) á la conclusión de los Misterios religiosos, los sacerdotes bautizaban (lavaban) sus monumentos y los untaban con aceite. Todo esto es sólo una prueba muy indirecta. El Bautismo del Jordán no necesita ser presentado como una sustitución de los ritos Báquicos *exotéricos* y de las libaciones en honor de Adonis ó Adoni (á quien los Nazarenos aborrecían), con objeto de probar que habla sido una secta procedente de

(1) *Lucas*, XIII, 32.

(2) *Mateo*, II. Debemos recordar que el Evangelio según Mateo del *Nuevo Testamento* no es el Evangelio original del Apóstol de aquel nombre. El Evangelio auténtico estuvo durante siglos en poder de los Nazarenos y de los Ebionistas, como haremos ver más adelante, admitiéndolo el mismo S. Jerónimo, el cual confiesa que tuvo que *pedir permiso* á los Nazarenos para traducirlo.

(3) Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*.

(4) *Codex Nazaræus*, vol. II, p. 233.

(5) Preller: vol. I, p. 415.

(6) *Idem*, vol. I, p. 490.

los «Misterios» de la Doctrina Secreta; y sus ritos no pueden de ningún modo ser confundidos con los del populacho pagano, el cual había sencillamente caído en la fe idólatra é irracional de todas las multitudes plebeyas. Juan era el profeta de estos Nazarenos, y en Galilea era llamado el «Salvador», pero no fué el fundador de aquella secta que derivaba sus tradiciones de la más remota teúrgia caldeo-akkadia.

Los primitivos Israelitas plebeyos eran Canaanitas y Fenicios con el mismo culto de los dioses fálicos — Baco-Baal ó Adón, Iacchos—Iao ó Jehovah; pero aun entre ellos había existido siempre una clase de adeptos *iniciados*. Posteriormente, el carácter de esta plebe fué modificado por las conquistas de los Asirios; y finalmente las colonizaciones persas impusieron las ideas y usos farisaicos y orientales, de los cuales derivaron el *Antiguo Testamento* y las instituciones Mosaicas. Los reyes-sacerdotes Asmoneos promulgaron el canon del *Antiguo Testamento* para contraponerlo á los *Apocrypha*, ó *Libros Secretos* de los judíos-kabalistas alejandrinos (1). Hasta Juan Hyrcanus eran ellos Asideos (Chasidim) y Fariseos (Parsis), pero después se convirtieron en Saduceos ó Zadokitas, mantenedores de la regla sacerdotal en contra de la rabinica. Los Fariseos eran indulgentes é ilustrados, los Saduceos hipócritas y crueles.

El *Codex* dice: «Juan, hijo del Aba-Saba-Zacharia, concebido por su madre *Anasabet* en su centésimo año, ha bautizado durante *cuarenta y dos años* (2) cuando Jesu Mesías fué al Jordán para ser bautizado con el bautismo de Juan.... Pero él *pervertirá la doctrina de Juan*, cambiando el bautismo del Jordán y pervirtiendo las palabras de justicia» (3).

El bautismo de *agua* fué trocado por el del Espíritu Santo, á consecuencia indudablemente de la idea siempre dominante en los Padres de la Iglesia de instituir una reforma y distinguir á los Cristianos de los Nazarenos de San Juan, de los Nabatheanos y Ebionitas, con objeto de hacer lugar para nuevos dogmas. No solamente nos dicen los Sinópticos que Jesús bautizaba lo mismo que

(1) La palabra *Apocryphos* era muy erróneamente adoptada como dudosa y espuria. Dicha palabra significa *oculto y secreto*; pero lo que es secreto puede con mucha frecuencia ser más verdadero que lo que es revelado.

(2) Esta afirmación, si fuese cierta, nos presentaría á Jesús entre los cincuenta y sesenta años cuando fué bautizado; porque los Evangelios le hacen sólo unos pocos meses más joven que Juan. Los kabalistas dicen que Jesús tenía unos cuarenta años cuando por vez primera apareció á las puertas de Jerusalén. El presente ejemplar del *Codex Nazaræus* data del año 1042, pero Dunlap encuentra en Ireneo (2.º siglo) citas del mismo y amplias referencias á este libro. «La base del material común á Ireneo y al *Codex Nazaræus* debe pertenecer por lo menos á una época tan remota como el siglo primero», dice el autor en su prefacio á *Sod, el Hijo del Hombre*, p. 1.

(3) *Codex Nazaræus*, vol. 1, p. 190; Dunlap: *Idem*, xxiv.

Juan, sino que los mismos discípulos de Juan se quejaban de ello, aunque seguramente no puede Jesús ser acusado de practicar un rito puramente Báquico. El paréntesis del versículo 2.º de *Juan IV*, «.... aunque Jesús mismo no bautizaba», es tan desaliñado que tiene todas las trazas de ser una interpolación. Mateo hace decir á Juan que el que vendrá después de él no les bautizará con agua, «sino con el *Espíritu Santo* y con fuego». Marcos, Lucas y Juan corroboran estas palabras. Agua, fuego y espíritu, ó Espíritu Santo, tienen todos su origen en la India, como lo demostraremos más adelante.

Pero existe una muy extraña particularidad acerca de esta sentencia, y es la de ser muy rotundamente negada en los *Hechos XIX*, 2-5. Apolos, judío de Alejandria, pertenecía á la secta de los discípulos de San Juan; él habla sido bautizado, é instruía á los demás en las doctrinas del Bautista. Y á pesar de todo, cuando Pablo, aprovechándose hábilmente de su ausencia por estar en Corinto, encuentra á ciertos discípulos de Apolos en Efeso, y les pregunta si han recibido *el Espíritu Santo*, le contestan inocentemente: «Nosotros no hemos oído siquiera que exista ningún Espíritu Santo!» «Pues ¿en qué habéis sido vosotros bautizados?», pregunta. «*En el bautismo de Juan*», contestan ellos. Entonces Pablo se ve obligado á repetir las palabras atribuidas á Juan por los Sinópticos; y aquellos hombres «fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús», dando muestras además, en aquel mismo instante, del acostumbrado don de lenguas que acompaña al descenso del Espíritu Santo.

¿Cómo es esto? San Juan el Bautista, que es llamado el «precursor», para que «la profecía se cumpliera», el gran profeta y mártir, cuyas palabras debían haber tenido tanta importancia á los ojos de sus discípulos, anuncia el «Espíritu Santo» á sus oyentes, hace que se aglomeren las muchedumbres á orillas del Jordán, en donde, durante la gran ceremonia del bautismo de Cristo, el «Espíritu Santo» prometido aparece en los cielos abiertos, oyendo la multitud la voz, y á pesar de todo habla discípulos de San Juan que «nunca habían oído siquiera que existiese ningún Espíritu Santo!»

Verdaderamente, los discípulos que escribieron el *Codex Nazaræus* tenían razón. Sólo que no fué el mismo Jesús, sino los que vinieron después de él y que arreglaron la *Biblia* para sus fines particulares, los que «*pervirtieron* la doctrina de Juan, *cambiaron* el bautismo del Jordán, y *pervirtieron* las palabras de justicia».

Inútil es objetar que el actual *Codex* fué escrito siglos después de la predicación de los apóstoles directos de Juan. Lo mismo sucedió con nuestros *Evangelios*. Cuando tuvo lugar la asombrosa conversación de Pablo con los «Bautistas», Bardesanes no habla todavía

aparecido entre ellos, y tal secta no era considerada como una «herejía». Por otra parte, podemos juzgar cuán poco había impresionado á sus discípulos la promesa que San Juan hizo del «Espíritu Santo», y la aparición del «Espíritu» mismo, teniendo tan sólo en cuenta el poco gusto con que veían ellos á los discípulos de Jesús, y la especie de rivalidad que desde el principio se manifestó entre unos y otros. Es más, tan poco seguro estaba el mismo Juan de que Jesús era el esperado Mesías, que, después de la famosa escena del bautismo en el Jordán, y de la seguridad verbalmente dada por el mismo Espíritu Santo de que «*Este es mi Hijo muy amado*» (Mateo III, 17), encontramos «al precursor», en Mateo XI, enviando á dos de sus discípulos desde su prisión á preguntar á Jesús: «¿Eres tú *aquel* que debía venir, ó debemos esperar á otro?» (!!)

Esta flagrante contradicción por sí sola debía mucho tiempo haber satisfecho á las inteligencias razonadoras en lo referente á la supuesta inspiración divina del *Nuevo Testamento*. Pero podemos hacer otra pregunta: Si el bautismo es el signo de la regeneración y una ley establecida por Jesús, ¿por qué no bautizan en la actualidad los Cristianos como se representa á Jesucristo que lo hacía, «con el Espíritu Santo y con fuego», en lugar de seguir la costumbre de los Nazarenos? Al hacer estas palpables interpolaciones, ¿qué motivo podía tener Ireneo más que el hacer creer á la gente que el nombre de Nazareno que Jesús llevaba es debido únicamente á la residencia de su padre en Nazareth, y no á su afiliación en la secta de los *Nozaria*, los curadores?

Este expediente de Ireneo fué sumamente desgraciado, porque desde tiempo inmemorial, los profetas de la antigüedad han estado tronando contra el bautismo de fuego, tal como era practicado por sus vecinos, el cual comunicaba el «espíritu de profecía», ó sea el Espíritu Santo. Pero el caso era desesperado: los Cristianos eran universalmente llamados Nazarenos y Iessaenos (según Epifanio), y Cristo era sencillamente considerado como un profeta y curador judío, como se titulaba él mismo, como era tenido por sus propios discípulos, y como era mirado por sus secuaces. En tal estado de cosas, no había lugar ni para una nueva jerarquía, ni para una nueva divinidad; y desde el momento en que Ireneo emprendió la tarea de fabricar una y otra, tenía que reunir todos cuantos materiales le eran útiles, y llenar los huecos con sus propias y fecundas invenciones.

Para asegurarnos de que Jesús era un verdadero Nazareno (aunque con ideas de una nueva reforma), no debemos buscar las pruebas en los *Evangelios* traducidos, sino en las versiones originales que uno pueda procurarse. Tischendorf, en su traducción del griego de *Lucas*, IV, 34, pone: «Iesou Nazareno», y en siríaco se lee «Iasoua,

tú *Nazaria*». De modo que, si tenemos en cuenta todo lo que es confuso é incomprendible en los cuatro *Evangelios* revisados y corregidos tal como en la actualidad existen, fácilmente veremos por nosotros mismos que el verdadero y original Cristianismo, tal como era predicado por Jesús, debe encontrarse únicamente en las llamadas herejías siríacas. Solamente de ellas podemos obtener claras nociones acerca de lo que era el Cristianismo primitivo.

Tal era la fé de Pablo, cuando Tértulo el orador acusó al apóstol ante el gobernador Félix. Su acusación era de que habian encontrado «en aquel hombre un promovedor de sedición... un jefe de la secta de los *Nazarenos*» (1); y mientras que Pablo niega todas las demás acusaciones, confiesa que «conforme á aquello que llaman ellos herejía, así adoro yo al Dios de mis padres» (2). Esta confesión es una revelación completa. Demuestra: 1.º, que Pablo reconocía pertenecer á la secta de los Nazarenos; 2.º, que él adoraba al *Dios de sus padres*, no al Dios Trinitario cristiano, acerca del cual nada sabía, y que no fué inventado hasta después de su muerte, y 3.º, que esta desgraciada confesión explica satisfactoriamente por qué los *Hechos de los Apóstoles*, juntamente con el apocalipsis de San Juan, que en algún tiempo era completamente desechado, no fueron admitidos en el canon del *Nuevo Testamento* durante tan largo tiempo.

En Byblos, los neófitos, así como los hierofantes, después de haber tomado parte en los Misterios, estaban obligados á ayunar y á permanecer en la soledad durante algún tiempo. Ayunos rigurosos y cierta preparación existían tanto antes como después de las orgías Báquicas, Adonaicas y Eleusinas; y Herodoto hace algunas indicaciones con temor y respeto acerca del LAGO de Baco, en el cual «ellos (los sacerdotes) verificaban durante la noche exhibiciones de su vida y sufrimientos» (3). En los sacrificios Mithraicos, durante la iniciación, una escena preliminar de la muerte era simulada por el neófito, y precedía á la escena en que se le hacia ver á él mismo «naciendo de nuevo en virtud del rito *del bautismo*». Una parte de esta ceremonia se verifica aún hoy día entre los Masones, cuando el neófito yace muerto, como el Gran Maestro Hiram Abiff, y es levantado por el enérgico impulso de la garra del león.

Los sacerdotes eran circuncisos. El neófito no podía ser iniciado, sin haber sido presentado en los solemnes Misterios del LAGO. Los Nazarenos eran bautizados en el Jordán, y no podían serlo en otra parte; también eran circuncidados, y tenían que ayunar tanto antes como después de su purificación por medio del bautismo. De Jesús

(1) *Actos*, XXIV, 5.

(2) *Idem* 14.

(3) *Herodoto*, II, p. 170.

se dice que ayunó en el desierto durante cuarenta días, inmediatamente después de haber sido bautizado. Hasta hoy día existe en la parte exterior de todos los templos de la India un lago, arroyo ó depósito lleno de agua sagrada, en la cual los Brahmanes y los indos devotos se bañan diariamente. Semejantes lugares para el agua consagrada son indispensables en cada templo. Las solemnidades de los baños, ó ritos bautismales, tienen lugar dos veces cada año: en Octubre y en Abril. Cada uno de ellos dura diez días, y, como en el antiguo Egipto y en Grecia, las estatuas de sus dioses, diosas é ídolos son sumergidas en el agua por los sacerdotes; siendo el objeto de dicha ceremonia borrar los pecados de sus adoradores, que ellos han tomado sobre sí mismos, y que les manchan, hasta que les han sido lavados por medio del agua sagrada. Durante el *Arátty*, ó ceremonia de los baños, el dios principal de cada templo es llevado en solemne procesión á ser bautizado en el mar. Los sacerdotes Brahmanes llevando las imágenes sagradas van seguidos generalmente del Maharajah, descalzo y casi desnudo. *Tres veces* entran los sacerdotes en el mar; la tercera vez, llevando consigo todas las imágenes. Manteniéndolas en alto mientras todos los circunstantes allí reunidos repiten las preces, el Sacerdote principal sumerge por *tres veces* en el agua, en nombre de la *mística trinidad*, las estatuas de los dioses, después de lo cual quedan purificadas (1). El himno Órfico llama al *agua* el más grande purificador de los hombres y de los dioses.

Nuestra secta Nazarena, como se sabe, ha existido unos 150 años antes de J. C., y vivía en las orillas del Jordán y en la costa oriental del mar Muerto, según Plinio y Josefo (2). Pero en los *Gnósticos* de King encontramos citada otra afirmación de Josefo tomada del versículo 13, la cual dice que los Esenios hablan estado establecidos á orillas del Mar Muerto, «millares de siglos» antes del tiempo de Plinio (3).

Según Munk, la palabra *Galileo* es casi sinónima de *Nazareno*; además presenta las relaciones de los primeros con los gentiles, como muy íntimas. El populacho había adoptado probablemente de un modo gradual, en sus constantes relaciones, ciertos ritos y costumbres religiosas de los paganos; y el desprecio con que los galileos eran mirados por los judíos ortodoxos es atribuido por él á la misma

(1) El Sumo Pontífice indo, el jefe de los Namburis, que vive en Conchinchina, está generalmente presente durante estas solemnidades de las inmersiones en «Agua bendita». Emrende algunas veces largos viajes para presidir tal ceremonia.

(2) *Ant. Jud.*, XIII, p. 9; XV, p. 10.

(3) King considera esto como una gran exageración, y se inclina á creer que estos Esenios, que eran indudablemente monjes Buddhistas, eran «simplemente una continuación de las asociaciones conocidas con el nombre de *Hijos de los Profetas*». (*Los Gnósticos y sus restos*, p. 22).

causa. Sus amistosas relaciones les habían ciertamente conducido, en un período posterior, á adoptar los *Adonia*, ó sea los sagrados ritos sobre el cuerpo del llorado Adonis, puesto que vemos á Jerónimo lamentándose claramente de dicha circunstancia. «Sobre Belén—dice—, el bosquecillo de Thammuz, que es de Adonis, estaba proyectando su sombra. Y en la GRUTA, en la cual por primera vez lloró el niño Jesús, había sido llorado el amante de Venus» (1).

Después de la rebelión de Bar-Cochba fué cuando el Emperador romano estableció los Misterios de Adonis en la Sagrada Cueva de Belén. Y ¿quién sabe si ésta era la *petra*, ó templo en la roca, sobre la cual fué edificada la Iglesia? El Jabali de Adonis estaba colocado encima de la puerta de Jerusalén que miraba en dirección de Belén.

Munk dice que el «Nazareanismo era una institución establecida anteriormente á las leyes de Musah» (2). Esto es evidente, pues encontramos esta secta no sólo mencionada, sino hasta minuciosamente descrita en los *Números* (cap. VI). En el mandato dado en este capítulo á Moisés por el «Señor», es fácil reconocer los ritos y leyes de los Sacerdotes de Adonis (3). La abstinencia y la pureza estrictamente prescritas en ambas sectas son idénticas. Ambas permitían dejarse crecer el cabello (4) como los cenobitas indos y los fakires de hoy día, mientras que los individuos de las otras castas se afeitan el cabello, y se abstienen del vino en ciertos días. El profeta Elias, Nazareno, es descrito en el libro 2.º de los *Reyes*, y por Josefo, como «un hombre de larga cabellera y ceñido con un cinturón de cuero»(5). Y Juan el Bautista, lo mismo que Jesús, son representados llevando el cabello muy largo (6). Juan está «vestido con pelo de camello», y lleva un cinturón de cuero; y Jesús una larga túnica «sin costuras».... «y muy blanca, como la nieve», dice Marcos; la misma vestidura llevada por los sacerdotes nazarenos, por los pitagóricos y los esenios budhistas, tales como los describe Josefo.

(1) San Jerónimo, *Epistolae*, p. 49 (ad. Poulman); véase *Spirit-History* de Dunlap, p. 218.

(2) *Munk*, p. 169.

(3) Baco y Ceres, ó los místicos *Vino* y *Pan*, empleados durante los Misterios, se convierten, durante los *Adonia*, en Adonis y Venus. Movers demuestra que «*Iao* es Baco», p. 55; y se apoya en la autoridad de Lydus de Mens (38-74); *Spir. Hist.*, p. 195. *Iao* es un Dios solar, y el Jehovah judío; el Sol Central ó Intelectual de los kabalistas. Véase *Julian* en *Proclo*. Pero este *Iao* no es el dios de los Misterios.

(4) Josefo: *Ant. Jud.*, IV, p. 4.

(5) *Idem*, IX; 2 *Reyes*, I, 8.

(6) Relacionado con el hecho bien conocido de que Jesús llevaba el pelo largo, sorprende mucho el ver cuán poco el desconocido editor de los *Hechos* sabía acerca del apóstol Pablo, desde el momento en que le hace decir en su 1.ª epístola á los Corintios XI, 14: «No os enseña la misma Naturaleza que, si un hombre lleva el pelo largo, es deshonesto para él?» Ciertamente no podía Pablo haber dicho jamás una cosa tal! Además, si dicho párrafo es auténtico, nada sabía Pablo acerca del profeta cuyas doctrinas había abrazado, y por las cuales murió; y si es falso, será mucho más digno de crédito lo demás?



Si seguimos cuidadosamente las palabras *nazar* y *nazareth* en el curso de las obras más conocidas de los antiguos escritores, las encontraremos relacionadas lo mismo con los adeptos Judíos que con los «Paganos». Así, Alejandro Polyhistor dice de Pitágoras que fué un discípulo del Asirio *Nazaret*, el cual suponen algunos que era Ezequiel. Diógenes Laercio afirma muy categóricamente que Pitágoras, después de haber sido iniciado en todos los Misterios de los griegos y de los bárbaros, «fué á Egipto, y visitó luego á los Caldeos y á los Magos», y Apuleyo sostiene que fué Zoroastro el que instruyó á Pitágoras.

Si sugiriésemos la idea de que los *nazars* hebreos, los profetas que rodeaban al «Señor», habian sido iniciados en los llamados misterios paganos, y que pertenecían (por lo menos la mayoría de los mismos) á la misma Logia ó círculo de adeptos que aquellos que eran considerados como idólatras; que su «círculo de profetas» era sólo una rama colateral de una asociación secreta, á la cual podemos llamar «internacional», ¿qué corriente de cólera cristiana no caería sobre nosotros!; y á pesar de todo, el caso parece extrañamente sospechoso.

Permítasenos primero recordar lo que Ammiano Marcelino y otros historiadores relatan acerca de Darío Hystaspes. Este último, al penetrar en la India Superior (Bactriana), aprendió unos ritos puros y las ciencias estrellares y cósmicas de los Brachmanes, comunicándolas á los Magos. Ahora bien, de Hystaspes dice la historia que destruyó á los Magos, y que introdujo, ó más bien, les impuso la religión pura de Zoroastro, la de Ormuzd. ¿Cómo se explica, entonces, que exista una inscripción en la tumba de Darío, diciendo que él era «maestro y hierofante de magia, ó magianismo»? Evidentemente debe haber alguna equivocación histórica, y la historia misma lo confiesa. En esta confusión de nombres, Zoroastro, el maestro é instructor de Pitágoras, no puede ser ni el Zoroastro ni el Zarathustra que instituyó el culto del sol entre los Parsis; ni el que apareció en la corte de Gushtasp (Hystaspes), pretendido padre de Darío, ni tampoco el Zoroastro que puso á sus magos por encima de los reyes mismos. La más antigua escritura Zoroástrica—el *Avesta*—no revela ni el más ligero indicio de que el reformador hubiese tenido jamás la menor relación con ninguna de las naciones que posteriormente adoptaron su sistema de culto. Parece desconocer por completo á los vecinos del Irán Occidental, los Medos, los Asirios, los Persas y otros. Si no tuviésemos otras pruebas acerca de la gran antigüedad de la religión de Zoroastro que el descubrimiento del error cometido por algunos sabios de nuestro propio siglo, que han considerado al rey Vistaspa (Gushtasp) como idéntico al padre de Darío, mientras que la tradición persa señala directamente á Vistaspa como al último de la línea de los príncipes Kaianianos que

gobernaron la Bactriana, esto solo sería suficiente, puesto que la conquista asiria de la Bactriana tuvo lugar 1.200 años antes de Jesucristo (1).

Por lo tanto, es muy natural que veamos en el nombre de Zoroastro no un nombre, sino una palabra genérica cuya significación debe ser abandonada á los filólogos para que se pongan de acuerdo acerca de la misma. *Guru*, en sánscrito, es un maestro espiritual, y como Zuruastara significa, en la misma lengua, el que adora el sol, ¿por qué ha de ser imposible que, por algún cambio natural del lenguaje, debido al gran número de naciones distintas que fueron convertidas al culto del sol, la palabra *guru-astara*, el maestro espiritual del culto solar, tan sumamente parecido al nombre del fundador de esta religión, se transformase gradualmente hasta llegar á su forma primaria de Zuryastara ó Zoroastro? La opinión de los Kabalistas es de que existió un solo Zarathustra y muchos *guru-astares*, ó maestros espirituales, y que uno de estos *gurus*, ó más bien *huruasters*, como son llamados en los antiguos manuscritos, fué el instructor de Pitágoras. A la filología y á nuestros lectores dejamos la explicación que esto merece. Personalmente creemos en ello, pues en este punto nos merece mucha más confianza la tradición kabalística que las explicaciones de los sabios, de los cuales no hay dos que hayan podido ponerse de acuerdo hasta el año presente.

Aristóteles sienta que Zoroastro vivió 6.000 años antes que Cristo; Hermipo de Alejandria, de quien se dice que leyó los verdaderos libros de los Zoroastrianos, aunque Alejandro Magno es acusado de haberlos destruido, presenta á Zoroastro como discípulo de Azonak (Azon-ach ó el Dios-Azon), habiendo vivido, según él, 5.000 años antes de la caída de Troya. Er ó Eros, cuya visión es relatada por Platón en la *República*, según Clemente de Alejandria fué Zordusth. Al paso que el Mago que destronó á Cambises era un Medo, y Darío declara que abolió los ritos de los Magos para restablecer los de Ormuzd, Xanthus de Lydia afirma que Zoroastro fué el jefe de los Magos!

¿Cuál de ellos está equivocado? ¿O es que tienen todos ellos razón, y únicamente los modernos intérpretes son los que no logran explicar la diferencia entre el Reformador y sus apóstoles y secuaces? Esta confusión de nuestros comentadores nos recuerda la de Suetonio, que tomó equivocadamente á los Cristianos por un Christos, ó *Crestos*, como él escribía, asegurando á sus lectores que Claudio le desterró á causa de la perturbación que originaba entre los judíos.

(1) Max-Muller ha probado suficientemente la cuestión en su discurso acerca del *Zend-Avesta*. Llama á Gushtap «el mítico discípulo de Zoroastro». Mítico, quizás, únicamente porque el período en que vivió y aprendió con Zoroastro es demasiado remoto para permitir que la moderna ciencia especule acerca del mismo con certeza.

Por último, y volviendo de nuevo á los *nazars*, Zaratus es mencionado por Plinio en las siguientes palabras: «Él era Zoroastro y *Nazareth*». Si Zoroastro es llamado el *príncipe* de los Magos, y *nazar* significa separado ó consagrado, no es esto una traducción hebrea de la palabra *magos*? Así lo cree Volney. La palabra persa *Nazaruan* significa millones de años, y se refiere al caldeo «Anciano de los Días». De ahí el nombre de los Nazars ó Nazarenos, quienes estaban consagrados al servicio del Dios Uno y Supremo, el kabalístico En-Soph, ó el Anciano de los Días, el «Anciano de los Ancianos».

Pero la palabra *Nazar* puede también encontrarse en la India. En el idioma indostano, *nazar* significa vista, visión interna ó *sobrenatural*; *nazar band-i* significa fascivación, ó hechizo mesmérico ó mágico; y *nazaran* es la palabra que corresponde á visión.

El profesor Wilder opina que, no encontrándose la palabra *Zerouana* en ninguna parte del *Avesta*, sino únicamente en los últimos libros parsis, procede de los Magos, quienes constitulan la casta sagrada persa, en el período Sassánida, pero que eran por origen Asirios. «El Turán de los poetas—dice—considero que es la Aturia, ó Asiria; y que Zohak (Az-dahaka, Dei-okes ó Astyages), el Rey-Serpiente, era Asirio, Medo y Babilónico, cuando estos países estaban unidos».

Esta opinión, sea como fuere, no debe implicar en lo más mínimo nuestra afirmación de que las secretas doctrinas de los Magos, de los pre-Védicos Buddhistas, de los hierofantes del Egipto Thoth ó Hermes, y las de los adeptos de cualquier época y nacionalidad, incluyendo á los kabalistas caldeos y á los *nazars* judíos, eran idénticas desde el principio. Cuando empleamos la palabra Buddhistas, no pretendemos significar por ella ni el Budhismo exotérico instituido por los secuaces de Gautama Buddha, ni la moderna religión Budhica, sino la filosofía secreta de Sakyamuni, la cual en su esencia es ciertamente idéntica á la antigua religión de la sabiduría del santuario, el Brahmanismo pre-Védico. El «cisma» de Zoroastro, como se le llama, es una prueba directa de lo dicho, puesto que no fué ningún *cisma*, estrictamente hablando, sino simplemente una exposición parcialmente pública de verdades religiosas estrictamente monoteísticas, hasta entonces sólo enseñadas en los santuarios, y que él había aprendido de los Brahmanes. Zoroastro, el primitivo fundador del culto al sol, no puede ser llamado el fundador del sistema dualista, ni tampoco fué el primero en enseñar la unidad de Dios, puesto que se limitó á enseñar lo que él mismo había aprendido entre los Brahmanes. Y que Zarathustra y sus partidarios, los Zoroastrianos, «se habían establecido en la India antes de que emigrasen á Persia», está también probado por Max-Muller. «Que los Zoroastrianos y sus antecesores salieron de la India—dice—, durante

el período Vaidiko, puede probarse tan claramente como que los habitantes de Massilia vinieron de Grecia.... Muchos de los dioses de los Zoroastrianos aparecieron.... como meros reflejos y modificaciones de los primitivos y auténticos dioses del *Veda*» (1).

Empero, si podemos probar—y podemos hacerlo con demostraciones de la *Kábala* y de las antiquísimas tradiciones de la sabiduría—religión, la filosofía de los antiguos santuarios—que todos estos dioses, sean los de los Zoroastrianos, sean los del *Veda*, son únicamente otros tantos *poderes ocultos* de la naturaleza personificados, los fieles servidores de los adeptos de la sabiduría secreta—la *Magia*—estaremos en terreno seguro.

Así pues, que digamos que el Kabalismo y el Gnosticismo han procedido del Mazdeísmo ó del Zoroastrismo, todo viene á ser lo mismo, á no ser que nos refiramos al culto *exotérico*, lo cual no hacemos. De igual modo, y en este sentido, podemos repetir lo que dicen King, autor de los *Gnósticos*, y varios otros arqueólogos, y sostener que los dos primeros han procedido del *Buddhismo*, la más sencilla y á la vez más satisfactoria de las filosofías, y que ha dado por resultado una de las más puras religiones del mundo. Es una simple cuestión de cronología el decidir cuál de estas religiones, que sólo difieren en su forma exterior, es la más antigua, y, por lo tanto, la menos adulterada. Pero con todo, guarda esto muy poca relación, si es que tiene alguna, con el asunto de que nos ocupamos. Ya algún tiempo antes de nuestra era, los adeptos, excepto en la India, habían dejado de congregarse en grandes comunidades; pero sea entre los Esenios, ó entre los Neo-platónicos, ó entre las innumerables sectas contendientes nacidas sólo para morir, se encuentran las mismas doctrinas, idénticas en substancia y en espíritu, si no siempre en la forma. Por *Buddhismo* entendemos, por consiguiente, aquella religión que significa literalmente la doctrina de sabiduría, y que precede de muchos siglos á la filosofía metafísica de Siddhârtha Sakyamuni.

Después de diez y nueve siglos de forzadas eliminaciones para hacer desaparecer de los libros canónicos toda sentencia que pudiese poner al investigador en el verdadero camino, ha llegado á ser muy difícil el demostrar á satisfacción de la ciencia exacta el que los «paganos» adoradores de Adonis, sus vecinos los Nazarenos, los Esenios pitagóricos, los Terapeutas curadores (2), los Ebionitas y otras sectas, eran todos, con muy ligeras diferencias, pertenecientes á los antiguos Misterios teúrgicos. Y con todo, por medio de la analogía y de un atento estudio del sentido *oculto* de sus ritos y costumbres, podemos descubrir su parentesco.

(1) Max-Muller: *Zend-Avesta*, 83.

(2) Filón: *De Vita Contemp.*

A un contemporáneo de Jesús le fué concedido el servir de instrumento para indicar á la posteridad, por medio de su interpretación de la antiquísima literatura de Israel, cuán extraordinariamente la filosofía kabalística coincidía en su esoterismo con la de los más profundos pensadores griegos. Este contemporáneo, celoso discípulo de Platón y Aristóteles, era Filón el judío. Al paso que explica los libros Mosaicos según un método puramente kabalístico, él es el famoso escritor hebreo á quien Kingsley llama el Padre del Nuevo Platonismo.

Es evidente que los Terapeutas de Filón eran una rama de los Esenios. Su nombre lo indica: *Essaioi*, *Asaya*, médico. De ahí las contradicciones, falsedades y otros desesperados expedientes para conciliar el canon judío con la natividad y divinidad Galilea.

Lucas, que era un médico, es designado en los textos siríacos con el nombre de *Asaia*, el Essaiano ó Esenio. Josefo y Filón el Judío han descrito suficientemente esta secta para que no nos quede la menor duda de que el Reformador Nazareno, después de haber recibido su educación en sus viviendas del desierto, y de haber sido debidamente iniciado en los Misterios, prefirió la libre é independiente vida de un *Nazaria* errante, y así separado ó *desnazarenizado* de ellos, se convirtió, por lo tanto, en un Terapeuta viajero, un Nazario, un curador. Todo Terapeuta, antes de abandonar su comunidad, tenía que hacer lo mismo. Tanto Jesús como S. Juan Bautista predicaron el fin de los Tiempos (1), lo cual prueba que conocían la secreta computación de los sacerdotes y kabalistas, los cuales, juntamente con los jefes de las comunidades Esenias, eran los únicos que poseían el secreto de la duración de los ciclos. Estos últimos individuos eran kabalistas y teurgistas; «ellos tenían sus libros *místicos*, y predecían los sucesos futuros», dice Munk (2).

Dunlap, cuyas investigaciones personales parecen haber sido completamente felices en este sentido, hace remontar el origen de los Esenios, Nazarenos, Dositheanos y de algunas otras sectas, á una época anterior á la de Cristo. «Ellos renunciaban á los placeres, *despreciaban las riquezas, se amaban los unos á los otros*, y más que las otras sectas, no pensaban en el matrimonio, considerando como un acto virtuoso el dominio de las pasiones» (3), dice dicho autor.

(1) El verdadero significado de la división en *tiempos* ó épocas es esotérica y búddhica. Tan poco lo han comprendido los cristianos no iniciados, que han tomado las palabras de Jesús al pie de la letra y han creído positivamente que se refería al fin del mundo. Han existido muchas profecías acerca del tiempo futuro. Virgilio, en la cuarta Eglóga, menciona el *Metatrón*, una nueva progenie, con la cual terminará la *edad de hierro*, dando lugar á la *edad de oro*.

(2) *Palestina*, p. 525 y siguientes.

(3) *Sod*, vol. II. Prefacio, p. XI.

Estas eran todas las virtudes predicadas por Jesús; y, si tenemos que tomar los evangelios como un modelo de verdad, Cristo era un metempsicosista ó *reencarnacionista*, también como estos mismos Esenios, que se nos presentan como Pitagóricos en todas sus doctrinas y costumbres. Jámblico asegura que el filósofo de Samos pasó algún tiempo con ellos en el Carmelo (1). En sus discursos y sermones, hablaba siempre Jesús en parábolas, y usaba metáforas para su auditorio. Esta costumbre era también la de los Esenios y Nazarenos; de los Galileos que habitaban en ciudades y pueblos nunca se ha sabido que empleasen tal lenguaje alegórico. En efecto, algunos de sus discípulos, siendo galileos como él mismo, se sorprendían al oírle emplear con el pueblo semejante forma de expresión. «¿Por qué les hablas por parábolas?» (2), preguntaban ellos con frecuencia. «Porque á vosotros os está concedido el conocer los Misterios del reino de los cielos, pero á ellos no les está concedido», era la contestación, que era la de un iniciado. «Por esto les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden». Además encontramos á Jesús expresando sus sentimientos de un modo todavía más claro—y en sentencias que son puramente pitagóricas—cuando, en el *Sermón de la montaña*, dice:

«No déis lo que es sagrado á los perros, ni arrojéis vuestras perlas á los cerdos; porque el cerdo las pisará con sus pies y los perros se volverán y os desgarrarán».

El profesor A. Wilder, editor de los *Misterios Eleusinos* de Taylor, hace notar «una disposición parecida por parte de Jesús y de Pablo, en clasificar sus doctrinas en esotéricas y exotéricas, los Misterios del Reino de los Cielos para los apóstoles, y las parábolas para la multitud. ‘Nosotros hablamos sabiduría —dice Pablo— entre aquellos que *son perfectos*’ (ó iniciados)» (3).

En los Eleusinos y en otros Misterios, los participantes eran siempre divididos en dos clases, los *neófitos* y los *perfectos*; los primeros eran algunas veces admitidos á la iniciación preliminar: la dramática representación de Ceres, ó el alma descendiendo al Hades (4). Pero solamente á los *perfectos* les era concedido el gozar y aprender los

(1) *Vit. Pythag.* Munk deriva el nombre de *Iessæus* ó Esenios de los *Asaya* siríacos, curadores ó médicos, haciendo ver así su identidad con los Terapeutas egipcios. *Palestina*, p. 515.

(2) *Mateo*, XIII, 10.

(3) *Misterios Eleusinos*, p. 15.

(4) Este descenso al Hades significa el destino inevitable para cada alma, de ser unida durante cierto tiempo con un cuerpo terrestre. Esta unión ó negra perspectiva para el alma de encontrarse aprisionada en la obscura prisión de un cuerpo era considerada por todos los antiguos filósofos, y lo es aún por los modernos Buddhistas, como un castigo.

Misterios del divino *Elysium*, la celestial mansión de los bienaventurados; siendo incuestionablemente este *Elysium* lo mismo que el «Reino de los Cielos». El contradecir ó rechazar lo que acabamos de decir sería sencillamente cerrar los ojos á la verdad.

La narración del apóstol Pablo, en su segunda *Epístola* á los Corintios (XII 3, 4), ha sorprendido á varios hombres de ciencia bien versados en las descripciones de los místicos ritos de la iniciación dadas por algunos clásicos, por aludir muy indudablemente á la *Epopteia* final (1). «Yo conozco á cierto hombre (*si en el cuerpo ó fuera del cuerpo*, yo no lo sé: Dios lo sabe) que fué arrebatado al Paraíso, y oyó cosas inefables (*arreta remata*) que no es lícito al hombre repetir». Estas palabras raramente han sido, por lo que sabemos, consideradas por los comentadores como una alusión á las beatíficas visiones de un vidente *iniciado*. Pero la fraseología es inequívoca. Estas cosas *que no es lícito repetir*, están indicadas en las mismas palabras, y la razón para esto es la misma que encontramos repetidas veces expresada por Platón, Proclo, Jámblico, Herodoto y otros clásicos. «Nosotros hablamos SABIDURÍA únicamente entre aquellos que son PERFECTOS», dice Pablo, siendo la clara é innegable traducción de dicha sentencia: «Nosotros hablamos de las más profundas (ó finales) doctrinas esotéricas de los Misterios (que eran denominadas *sabiduría*) únicamente entre aquellos que están *iniciados*» (2). De modo que, en lo que se refiere al «hombre que fué arrebatado al Paraíso»—y que era evidentemente el mismo Pablo, (3)—la palabra cristiana Paraíso ha reemplazado á la palabra *Elysium*. Para completar la prueba, podemos recordar las palabras de Platón, citadas en otra parte, las cuales nos enseñan que, antes de que un iniciado pudiese ver á los dioses en su purísima luz, tenía que libertarse de su cuerpo, ó sea separar del mismo á su alma astral (4). Apuleyo describe también su iniciación en los Misterios del mismo modo: «Yo me aproximé á los confines de la muerte; y, habiendo pisado los umbrales de Proserpina, volví llevado á través de todos los elementos. En medio de la noche ví al sol brillando con luz espléndida, juntamente con los dioses infernales y celestes y, aproximándome á estas divinidades, les pagué el tributo de adoración» (5).

Así, pues, lo mismo Pitágoras y otros hierofantes reformadores,

(1) *Misterios Eleusinos*, p. 49, nota.

(2) «Las profundas ó esotéricas doctrinas de los antiguos eran denominadas *sabiduría*, y después *filosofía*, y también la *gnosis*, ó saber. Se referían al alma humana, á su divino parentesco, á su supuesta degradación de un estado sublime, por venirse á relacionarse con la «generación» ó el mundo físico, á sus progresos y restitución á Dios mediante regeneraciones ó... transmigraciones». Idem, p. 2, nota.

(3) Cirilo de Jerusalén lo afirma. Véase VI, 10.

(4) *Phædrus*, 64.

(5) *El Asno de oro*, XI.

Jesús dividió sus enseñanzas en exotéricas y esotéricas. Siguiendo fielmente las costumbres Pitagórico-Esenias, jamás se sentó á comer sin dar «gracias». «El sacerdote ora antes de su comida», dice Josefo describiendo a los Esenios. Jesús dividió también á sus discípulos en «neófitos», «hermanos», y «perfectos», si podemos juzgar por la diferencia que estableció entre ellos. Pero su vida, al menos como rabino público, fué demasiado corta para permitirle establecer una escuela regular que le fuese propia; y, á excepción quizás de Juan, no parece que iniciase á ningún otro apóstol. Los amuletos y talismanes gnósticos son principalmente emblemas de apocalípticas alegorías. Las «siete vocales» están íntimamente relacionadas con los «siete sellos»; y el místico título de Abraxas participa tanto del compuesto de *Shem Hamphirosh*, «la palabra sagrada» ó nombre iuefable, como el nombre llamado: la palabra de Dios, que «ningún hombre conoce más que él mismo» (1), como Juan dice.

Difícil sería escapar á las bien deducidas pruebas de que el *Apocalipsis* es la producción de un Kabalista iniciado, cuando esta *Revelación* presenta pasajes enteros tomados de los *libros de Enoch* y de *Daniel*, de los cuales el último es sólo una imitación abreviada del primero; y cuando, por añadidura, afirmamos que los Ofitas gnósticos, que rechazaban todo el *Antiguo Testamento* por «emanar de un sér inferior (Jehová)», aceptaban los más antiguos profetas tales como Enoch, y deducían de este libro los más sólidos argumentos en favor de sus dogmas religiosos, la demostración se hace evidente. Haremos ver más adelante cuán íntimamente relacionadas están todas estas doctrinas. Por otra parte, existe la historia de las persecuciones de Domiciano contra los magos y filósofos, la cual nos ofrece una prueba tan buena como otra cualquiera de que Juan era generalmente considerado como un Kabalista. Como el apóstol estaba incluido en el número y era además una personalidad conspicua, el edicto imperial le desterró no solamente de Roma, sino que hasta del continente. No era á los Cristianos á quienes—confundiéndolos con los Judíos, como algunos historiadores han hecho—el emperador perseguía, sino á los astrólogos y Kabalistas (2).

Las acusaciones contra Jesús de practicar la magia de Egipto, eran numerosas, y á la vez universales en las ciudades en que era conocido. Los fariseos, como pretende la *Biblia*, fueron los primeros

(1) *Apocalipsis*, XIX 12.

(2) Véase Suetonio en *Vita. Eutrop.* 7. No era crueldad ni un loco placer el que sentía este emperador, del cual la historia refiere que se pasaba el tiempo cogiendo moscas y atravesándolas con un alfiler de oro, sino superstición religiosa. Los astrólogos judíos le habían pronosticado que, por haber provocado la cólera de Beelzebub, el «Señor de las moscas», perecería miserablemente por la venganza del negro dios de Ekron, y que moriría como el rey Ahazías, porque perseguía á los Judíos.



en echárselo en cara, aunque el rabino Wise considera al mismo Jesús como un fariseo. El *Talmud* señala efectivamente á Jaime el Justo como uno de aquella secta (1). Pero se sabe de aquellos sectarios que siempre apedrearón á todo profeta que censurase su mala conducta, y no es en este hecho en lo que fundamos nuestra aserción. Ellos le acusaban de hechicería, y de lanzar los demonios por medio de Beelzebub, su príncipe, con tanta justicia como la que tenía posteriormente el clero católico para acusar de lo mismo á más de un mártir inocente. Pero Justino Mártir sienta con la mejor autoridad que los hombres de su tiempo *que no eran Judíos* afirmaban que los milagros de Jesús eran verificados por medio del arte mágico (*magiké phantasia*), que es la misma expresión empleada por los escépticos de aquellos días para designar los hechos taumatúrgicos verificados en los templos paganos. «Hasta se atrevían ellos á llamarle mágico y embaucador del pueblo», dice lamentándose el mártir (2). En el *Evangelio de Nicodemus (Acta Pilate)*, los Judíos sostienen la misma acusación ante Pilatos. «¿No te hemos dicho que era un mágico?» (3) Celso habla del mismo cargo, y como neo-platónico cree en él (4). La literatura Talmúdica está llena de los detalles más minuciosos, y su mayor acusación es que «Jesús podía volar tan fácilmente por los aires como los otros pasear» (5). San Agustín aseguraba que en general se creía que Jesús había sido iniciado en Egipto y que escribió libros concernientes á la magia, los cuales entregó á Juan (6). Existía una obra titulada *Magia Jesu Christi*, la cual era atribuída al mismo Jesús (7). En las *Clementine Recognitiones*, se acusa á Jesús de no haber ejecutado sus milagros como un profeta judío, sino como un mágico, ó sea un iniciado de los tiempos «paganos» (8).

Era costumbre entonces, como lo es ahora, entre el clero intolerante de religiones antagonistas, lo mismo que entre las clases más ínfimas de la sociedad, y aun entre aquellos patricios que por varias razones habían sido excluidos de toda participación en los Misterios, el acusar algunas veces á los más altos hierofantes y adeptos de

(1) Nosotros creemos que fueron los Saduceos y no los Fariseos los que crucificaron á Jesús. Ellos eran Zadokitas, partidarios de la casa de Zadok ó la familia sacerdotal. En los *Hechos* se dice de los apóstoles que fueron perseguidos por los Saduceos, pero nunca por los Fariseos. En realidad los últimos jamás persiguieron á nadie. Entre ellos había los escribas, rabinos y hombres instruídos, y no estaban, como los Saduceos, celosos de su orden.

(2) *Dial.*, p. 69.

(3) Fabricius: *Cod. Apoc. N. T.*, I, 243; Tischendorf: *Evang. Ap.*, p. 214.

(4) Orígenes: *Cont. Cels.*, II.

(5) Rabbi Iochan: *Mag.*, 51.

(6) Orígenes, II.

(7) Véase *Agust. de Consans. Evang.*, I, 9; Fabric.: *Cod. Ap. N. T.*, I, pág. 305.

(8) *Recog.*, I, 58; compárese pág. 40.

hechicería y de magia negra. Así vemos que Apuleyo, que había sido iniciado, era igualmente acusado de brujería y de llevar sobre sí la figura de un esqueleto, un poderoso agente, como se ha asegurado, en las operaciones del negro arte. Pero una de las pruebas mejores y más incuestionables de nuestra afirmación puede encontrarse en el llamado *Museo Gregoriano*. En el sarcófago, cubierto de bajo relieves en forma de cuadros representando los milagros de Cristo (1), puede verse la completa figura de Jesús, el cual, en la resurrección de Lázaro, aparece sin barba, y provisto de una varilla, con el acostumbrado aspecto de un *nigromántico* (?), mientras que el cuerpo de Lázaro está envuelto con vendajes, exactamente como una momia egipcia».

Si hubiese podido la posteridad tener algunas representaciones como esta, ejecutadas durante el primer siglo, cuando la figura, el traje y los hábitos diarios del Reformador estaban todavía frescos en la memoria de sus contemporáneos, quizás el mundo cristiano sería más parecido á Cristo; las docenas de especulaciones contradictorias, infundadas y completamente sin sentido acerca del «Hijo del Hombre» hubieran sido imposibles, y la humanidad no tendría más que una sola religión y un solo Dios. Esta carencia de toda prueba, la falta del dato positivo más insignificante acerca de aquél á quien el Cristianismo ha divinizado, es lo que ha producido el actual estado de perplejidad. Ningún retrato de Cristo era posible, hasta después de los tiempos de Constantino, cuando el elemento judío estaba casi eliminado de entre los secuaces de la nueva religión. Los Judíos, apóstoles y discípulos, á quienes los Zoroastrianos y los Parsis habían inculcado un santo horror á toda forma de imágenes, hubieran considerado como una irreverencia sacrilega el representar en una forma ú otra á su maestro. La única imagen autorizada de Jesús, aun en los días de Tertuliano, era una alegórica representación del «Buen Pastor» (2), la cual no era ningún retrato, sino la figura de un hombre con una cabeza de chacal, como Anubis (3). En esta piedra, tal como se ve en la colección de amuletos gnósticos, el «Buen Pastor» lleva sobre sus hombros á la oveja perdida. Parece tener una cabeza humana sobre su cuello, pero, como justamente hace notar King, «únicamente *parece ser así* al ojo no iniciado». Examinándolo más detenidamente, resulta el Anubis de doble cabeza, la una humana y la otra de chacal, mientras que su cinturón adquiere la forma de una serpiente irguiendo su crestada cabeza. «Esta figura—añade el autor

(1) *Gnósticos* de King, pág. 145; el autor coloca á este sarcófago entre las más primitivas producciones de aquel arte que posteriormente inundó al mundo con mosaicos y tallas representando las escenas y los personajes del *Nuevo Testamento*.

(2) *De Pudicitia*. Véase *Los Gnósticos y sus restos*, pág. 144.

(3) *Ídem*, plancha I, pág. 200.

de los *Gnósticos*, etc.— tenía dos significaciones, una manifiesta para el vulgo, y otra mística é inteligible *solamente para el iniciado*. Era quizás el sello de algún apóstol ó maestro principal» (1). Esto nos ofrece una nueva prueba de que los Gnósticos y primitivos Cristianos *ortodoxos* (?) no se diferenciaban mucho en su *doctrina secreta*. King deduce, de una cita de *Epifanio*, que aun en el año 400 se consideraba como un pecado horrible el querer representar la apariencia corporal de Cristo. Epifanio (2) refiere, como una acusación de idolatría contra los carpocraciauos, que «ellos poseían retratos pintados y hasta imágenes de oro y plata y otros materiales, que ellos pretendían ser los retratos de Jesús, y hechos por Pilatos, según el parecido de Cristo... Estos los guardaban en secreto entre los de Pitágoras, Platón y Aristóteles, y, colocándolos todos juntos, los adoraban y les ofrecían sacrificios, según la costumbre de los Gentiles».

¡Qué diría el piadoso Epifanio si resucitase y recorriese la Catedral de S. Pedro de Roma! Ambrosio parece también muy indignado ante la idea de que algunas personas creían completamente la afirmación de Lampridio, ó sea que Alejandro Severo tenía en su oratorio privado una imagen de Cristo entre las de otros grandes filósofos. «Que los Paganos hayan conservado la efigie de Cristo —exclama— y que los discípulos de éste hayan descuidado el hacerlo es una idea que la inteligencia se estremece sólo de pensarlo, y mucho más se resiste á creerlo».

Todo esto se refiere indudablemente al hecho de que, exceptuando un puñado de individuos que se titulaban cristianos y que posteriormente consiguieron triunfar, toda la porción civilizada de los Paganos que conocían á Jesús le honraban como á un filósofo, como á un *adepto*, al cual colocaban al mismo nivel que á Pitágoras y á Apolonio. ¿A qué debe atribuirse semejante veneración por su parte hacia un hombre, si hubiese sido sencillamente, como es representado por los Sinópticos, un pobre y desconocido carpintero judío de Nazareth? Como dios encarnado, no existe de él un solo recuerdo en esta tierra capaz de resistir al crítico examen de la ciencia; como uno de los más grandes reformadores, un inveterado enemigo de todo dogmatismo teológico, un perseguidor de la hipocresía, un promulgador de uno de los más sublimes códigos de la moral, Jesús es una de las figuras más grandes y más claramente definidas del panorama de la humana historia. Su época puede de día en día ir hundiéndose en las tenebrosas brumas del pasado; y la teología, fundada en la fantasía humana y apoyada en insostenibles dogmas, puede, ó mejor dicho,

(1) Esta piedra preciosa existe en la colección del autor de *Los Gnósticos y sus Restos*; véase pag. 201.

(2) *Herejías*, XXVII.

debe perder cada día más de su prestigio inmerecido; tan sólo la gran figura del filósofo y reformador moral, en lugar de palidecer, irá siendo, á medida que transcurran los siglos, más pronunciada y más claramente definida. Reinará suprema y universalmente sólo aquel día en que la humanidad entera no reconozca más que un padre, el DESCONOCIDO arriba, y un hermano, toda la humanidad aquí abajo.

En una pretendida carta de Léntulo, senador é historiador distinguido, al Senado romano, existe una descripción del aspecto personal de Jesús. La carta en cuestión, escrita en un latín horrible, es considerada como una descarada impostura, pero encontramos en ella una expresión que sugiere muchos pensamientos. Por más que sea un fraude, es evidente que quien quiera que fuere el que la haya inventado, ha procurado no obstante seguir la tradición lo más exactamente posible. El cabello de Jesús es representado en la misma «ondeado y rizado... cayendo sobre sus hombros», y «*teniendo una raya divisoria en medio de la cabeza al estilo de los Nazarenos*». Esta última sentencia demuestra: 1.º Que existía una tradición tal, fundada en la descripción bíblica de Juan el Bautista, el *Nazaria*, y en las costumbres de esta secta. 2.º Que si Léntulo hubiese sido el autor de dicha carta, es difícil creer que Pablo no hubiese oído hablar nunca de la misma; hubiera conocido su contenido, y no hubiera dicho jamás que es una *vergüenza* para los hombres el llevar el pelo largo (1), afrentando así á Cristo, su Dios y Señor. 3.º Si Jesús llevaba el cabello largo y «dividido en la mitad de la frente, según la costumbre de los Nazarenos (lo mismo que Juan, el único de sus apóstoles que le siguió), tenemos entonces una buena razón de más para decir que Jesús debía pertenecer á la secta de los Nazarenos, y ser llamado *NASARIA* por esta razón y no por haber sido habitante de Nazareth, porque ellos no llevaban nunca el pelo largo. El Nazarita, que se *separaba* hacia el Señor, «no consentía que navaja alguna tocase su cabeza». «Él será santo, y dejará crecer los mechones de su cabello», dice el libro de los *Números* (VI 5). Sansón era un Nazarita, ó sea, consagrado al servicio de Dios, y en su cabello residía su fuerza. «Ninguna navaja se pondrá sobre su cabeza; el niño será un Nazarita para Dios desde la matriz» (*Jueces* XIII 5). Pero la conclusión final y más razonable que de esto debe inferirse es que Jesús, que tanto se oponía á todas las prácticas ortodoxas judías, no hubiera dejado crecer su cabello si no hubiese pertenecido á esta secta, la cual, en los días de Juan el Bautista, se había convertido ya en una herejía á los ojos del Sanhedrín.

El *Talmud*, hablando de los *Nazaria* ó Nazarenos (que habían abandonado el mundo, como los yoguis indos ó ermitaños), les llama

(1) 1 Cor. XI, 14.

una secta de médicos, de exorcistas errantes; y lo mismo hace Jer-vis. «Ellos recorrían el país, viviendo de limosna y curando» (1). Epifanio dice que los Nazarenos vienen próximos en herejía á los corintios, sea que hayan existido «antes ó después de ellos, no obstante ser coetáneos», y luego añade que «todos los cristianos en aquel tiempo eran igualmente llamados *Nazarenos!*» (2).

En la primera observación hecha por Jesús acerca de Juan el Bautista, le vemos sentando que él es «Elías, que había de venir». Si esta aserción no es una interpelación posterior, hecha con objeto de que se cumpliese una profecía, da á entender además que Jesús era un kabalista; á no ser que aceptemos la doctrina de los espiritistas franceses y sospechemos que creía en la reencarnación. Exceptuando las sectas kabalísticas de los Esenios, los Nazarenos, los discípulos de Simeón Ben Iochai, é Hillel, ni los Judíos ortodoxos, ni los Galileos creían ó sabían nada acerca de la doctrina de la *permutación*. Y los Saduceos desechaban hasta la de la resurrección.

«Pero el autor de esta *restitutionis* fué Mosah, nuestro maestro, sobre el cual sea la paz! Que era la *revolutio* (transmigración) de Seth y de Hebel, para que él pudiese cubrir la desnudez de su Padre Adam—*Primus*», dice la *kábala* (3). Así, Jesús, indicando que Juan era la *revolutio* ó transmigración de Elías, parece probar hasta no dejar la menor duda la escuela á la cual pertenecía.

Hasta en el día presente, los kabalistas y masones no iniciados creen que la permutación es sinónima de transmigración y de metempsicosis. Pero están ellos tan equivocados con respecto á la doctrina de los verdaderos kabalistas, como á la de los verdaderos Bud-dhistas. Ciertamente es que el *Zohar* dice en cierto sitio: «Todas las almas están sujetas á la transmigración.... los hombres no conocen los procedimientos del Santo, bendito sea Él; ellos no saben que son llevados ante el tribunal, tanto antes de entrar en este mundo, como después de haberlo abandonado», y los Fariseos también sostenían esta doctrina, como lo prueba Josefo (*Antigüedades* XVIII, 13). Asimismo la doctrina de Gilgul se apoyaba en la extraña teoría de la «Rotación del Alma», la cual enseña que los cuerpos de judíos enterrados lejos de la Tierra Santa conservan todavía una partícula del alma, la cual no puede reposar ni abandonarles hasta que llega al suelo de la «Tierra Prometida». Y se enseñaba que este proceso «rotatorio» era verificado por el alma siendo llevada atrás por medio de una verdadera evolución de especies, transmigrando, desde el insecto más diminuto hasta el animal de mayor tamaño. Pero esto era una

(1) Véase el *Israelite Indeed*, tomo II, p. 238; *Tratado Nazir*.

(2) *Epiph. ed. Petar*, tomo I, p. 117.

(3) *Kabbala Denudata*, II, 155; *Vallis Regia*, edición de París.

doctrina *exotérica*. Remitimos el lector á la *Kabbala Denudata* de Henry Khunrath; su lenguaje, por más que sea obscuro, podrá arrojar alguna luz sobre este asunto.

Pero esta doctrina de permutación ó *revolutio* no debe ser entendida como una creencia en la reencarnación. El hecho de ser Moisés considerado como la transmigración de Abel y de Seth no implica el que los kabalistas—por lo menos aquellos que eran *iniciados*—creyesen que el idéntico espíritu de uno y otro hijo de Adán hubiese reaparecido bajo la forma corporal de Moisés. Esto únicamente hace ver cuál era el modo de expresión de que ellos se valían cuando dejaban entrever uno de los más profundos misterios de la Gnosis oriental, uno de los más sublimes artículos de fe de la Secreta Sabiduría. De propósito estaba así velado, para ocultar y revelar sólo á medias la verdad. Implicaba que se creía que Moisés, como ciertos otros hombres-dioses, había alcanzado el más elevado de todos los estados de la tierra; el más raro de todos los fenómenos psicológicos, la perfecta unión del espíritu inmortal con la *dúada* terrestre había tenido lugar. La trinidad estaba completa. Un *dios* se había encarnado. Pero ¡cuán raras son tales encarnaciones!

Aquella expresión: «Vosotros sois dioses», que para nuestros sabios en materias bíblicas es una mera abstracción, tiene para los kabalistas un significado importantísimo. Cada espíritu inmortal que lanza su resplandor sobre un sér humano es un dios—el Microcosmos del Macrocosmos, parte y partícula del Dios Desconocido, la Primera Causa, de la cual es una emanación directa. Posee todos los atributos del origen de que precede. Entre estos atributos están la omnisciencia y la omnipotencia. Dotado con ellos, pero todavía incapaz de manifestarlos por completo mientras está en el cuerpo, durante cuyo tiempo están oscurecidos, velados y limitados por las facultades de la naturaleza física, el hombre así divinamente habitado puede estar muy por encima de los de su especie, dar muestras de una sabiduría propia de un dios, y desplegar delficos poderes; porque mientras el resto de los mortales que le rodean sólo están *protegidos* por su divino YO, teniendo á su disposición todas las posibilidades que les son concedidas para llegar á ser inmortales en la otra vida, pero sin tener otra garantía que sus propios esfuerzos personales para conquistar el reino de los cielos, el hombre así escogido se ha convertido ya en un inmortal durante su permanencia en la tierra. Ha alcanzado ya su premio. En adelante vivirá para siempre en la vida eterna. No solamente tendrá «dominio» (1) sobre todas las obras de la creación empleando la «excelencia» del NOMBRE (el inefable), sino que en esta vida será superior y no,

(1) *Salmos*, VIII.

como se hace decir á Pablo, «un poco inferior á los ángeles» (1).

Los antiguos no concibieron nunca la sacrilega idea de que tan perfectas entidades fuesen encarnaciones del Dios Supremo y para siempre invisible. Nunca semejante profanación de los tremendos Misterios entró en sus concepciones. Moisés y sus antitipos y tipos no eran para ellos más que hombres completos, dioses en la tierra, porque sus *dioses* (divinos espíritus) habian entrado en sus consagrados tabernáculos, los cuerpos materiales purificados. Los espíritus desencadenados de los héroes y de los sabios eran llamados dioses por los antiguos. De ahí la acusación de politeísmo y de idolatría por parte de aquellos que fueron los primeros en antropomorfizar las abstracciones más puras y sagradas de sus antepasados.

El sentido real y oculto de esta doctrina era conocido de todos los iniciados. Los Tanaim lo comunicaban á sus elegidos, los Isarim, en las soledades solemnes de las criptas y de los lugares desiertos. Era una de las cuestiones más esotéricas y más celosamente guardadas, porque la naturaleza humana era la misma entonces que ahora, y la casta sacerdotal estaba tan convencida como en nuestros días de la superioridad de sus conocimientos, y tan afanosa de entronizarse sobre las muchedumbres más débiles; con la diferencia, quizás, de que los hierofantes podían probar la legitimidad de sus pretensiones y lo satisfactorio de sus doctrinas, mientras que los *creyentes* deben contentarse con la fé ciega.

Mientras los kabalistas llamaban á este misterioso y raro hecho de la unión del espíritu con la carga mortal encomendada á su cuidado, el «descenso del Angel Gabriel» (siendo este último una especie de nombre genérico para esto), el *Mensajero de Vida*, y el ángel Metatrón; y mientras que los Nazarenos llamaban al mismo Abel-Zivo (2), el *Delegado* enviado por el Señor de Celsitud, era universalmente conocido con el nombre de «Espíritu Ungido».

Así, pues, la admisión de esta doctrina es lo que hizo que los Gnósticos sostuvieran que Jesús era un hombre que estaba bajo la protección del Christos ó Mensajero de Vida, y que su desesperado grito desde la Cruz, *Eloi, Eloi, Lama Sabachthani*, le fué arrancado en el instante en que sintió que esta inspiradora Presencia le habla finalmente abandonado, porque, como algunos han afirmado, también le había abandonado su fé cuando estaba en la cruz.

Los primeros Nazarenos, los cuales deben ser contados entre las

(1) Esta contradicción, que es atribuída á Pablo en su *Epístola á los Hebreos*, haciéndole decir de Jesús, en el capítulo I, 4: «Siendo hecho tanto más excelente que los ángeles», é inmediatamente después diciendo en el capítulo II, 9: «Pero vemos á Jesús, que fué hecho un poco inferior á los ángeles», demuestra cuán poco escrupulosamente fueron adulterados los escritos de los apóstoles, si es que alguno de ellos escribió algo.

(2) *Codex Nazareus* I, 23.

sectas gnósticas, creyendo que Jesús era un profeta, sostenían, sin embargo, respecto de él, la misma doctrina de la divina «protección» de ciertos «hombres de Dios» enviados para la salvación de las naciones y para volverlas al camino de la justicia. «La Mente Divina es eterna», dice el *Codex* (1). «Y es luz pura, derramada por el espléndido é *inmenso espacio* (pleroma). Es la Madre de los *Æones*. Pero uno de ellos fué á la materia (caos) agitándola con confusos (turbulentos) movimientos; y con una porción de luz celeste le dió forma, quedando propiamente constituída para el uso y la apariencia, pero siendo el origen de todo mal. El Demiurgo (de materia) pretendió honores divinos (2). Por lo tanto, Christus ('el ungido'), el principe de los *Æones* (poderes), fué enviado (*expeditus*), el cual, *posesionándose de la persona* de un muy devoto judío, Iesu, *había de dominarle*; pero *habiéndolo abandonado* (al cuerpo), partió hacia lo alto. Más adelante explicaremos la completa significación del nombre Christus y su místico sentido.

Y ahora, con objeto de hacer más inteligibles algunos párrafos como el anterior, procuraremos definir todo lo brevemente que nos sea posible los dogmas en los cuales, salvo ligerísimas diferencias, todas las sectas Gnósticas creían. En Efeso era donde florecía en aquellos días el más importante colegio en el cual se enseñaban juntamente las más abstrusas especulaciones orientales y la filosofía platónica. Era un foco de las doctrinas «secretas» universales, el laboratorio misterioso de donde, moldeada en la elegante fraseología griega, brotaba la quinta esencia de las filosofías Búdhdica, Zoroastriana y Caldea. Artemis, el gigantesto símbolo concreto de las abstracciones teosófico-panteístas, la gran madre Multimamma, andrógina y patrona de los «escritos Efesianos», fué vencida por Pablo, pero, aunque los celosos conversos de los Apóstoles intentaron quemar todos sus libros acerca de «artes curiosas» (*ta pemiemga*), les quedaron los suficientes para poder estudiar una vez se hubo entibiado el celo primitivo. De Efeso fué de donde brotó casi toda la Gnosis, que en tan fiera pugna estaba con los dogmas de Ireneo, y también fué Efeso, con sus numerosas ramificaciones colaterales del gran colegio de los Esenios, que resultó ser el semillero de todas las kabalísticas especulaciones que los Tanaím trajeron consigo del cautiverio. «En Efeso—dice Matter—las nociones de la escuela judío-egipcia y las especulaciones semi-persas de los kabalistas habían venido entonces recientemente á aumentar la vasta confluencia de las doctrinas griegas y asiáticas, por lo cual nada tiene de particular

(1) Idem, prefacio, p. V, traducido por Norberg.

(2) «Segun los Nazarenos y los Gnósticos, el Demiurgo, el creador del mundo material, no es el Dios supremo». (Véase Dunlap: *Sod, el Hijo del Hombre*).



que saliesen de allí instructores que se esforzasen en combinar la religión nuevamente predicada por el apóstol con las ideas durante tanto tiempo allí establecidas».

Si los Cristianos no se hubiesen sobrecargado con las *Revelaciones* de una pequeña nación y hubiesen aceptado el Jehovah de Moisés, las ideas Gnósticas nunca hubieran sido llamadas *herejias*, y, una vez libertado de sus dogmáticas exageraciones, el mundo hubiera poseído un sistema religioso fundado en la pura filosofía platónica, con lo cual seguramente algo se hubiera ganado.

Veamos ahora cuáles eran las más grandes *herejias* de los Gnósticos. Escogeremos á Basíledes como modelo para nuestras comparaciones, porque todos los demás fundadores de otras sectas Gnósticas se agrupan en torno suyo, á manera de un enjambre de estrellas que de su sol reciben la luz.

Basíledes sostenía que todas sus doctrinas las había obtenido del apóstol Mateo, y de Pedro por medio de Glauco, discípulo de este último (1). Según Eusebio (2), publicó veinte y cuatro volúmenes de *Interpretaciones de los Evangelios* (3), todos los cuales fueron quemados, hecho que nos hace suponer contenían más verdades que las que la escuela de Ireneo estaba preparada para negar. Afirmaba que el Padre eterno, desconocido é increado, habiendo producido al principio el *Nous* ó la Mente, esta última emanó de sí misma el *Logos*. El *Logos* (el Verbo de Juan) emanó á su vez *Phronesis*, ó las Inteligencias (Espíritus humano-divinos). De *Phronesis* brotaron *Sophia*, ó sabiduría femenina, y *Dynamis*, la fuerza. Estos eran los atributos personificados de la Divinidad misteriosa del quinternión gnóstico, representando las cinco substancias espirituales, aunque inteligibles, virtudes personales, ó seres externos á la divinidad desconocida. Esta es una idea preeminentemente kabalística, pero todavía es más Búddhica. El más antiguo sistema de la filosofía Búddhica —el que precedió de con mucho á Gautama Buddha— está fundado en la substancia increada de lo «Desconocido», el A'di-Buddha (4).

(1) Clemente: *Al. Strom.*, VII, 7, § 106.

(2) H. E., IV, 7.

(3) Los evangelios interpretados por Basíledes no eran nuestros evangelios actuales, los cuales, como está probado por las mayores autoridades, no existían todavía en aquellos días. (Véase *Religión Sobrenatural*, vol. II, cap. Basíledes).

(4) Los cinco hacen místicamente diez: son andróginos. «Habiendo dividido su cuerpo en dos partes, la Suprema Subiduría se convirtió en macho y hembra». (*Manú*, libro I, Sloka 32). Pueden encontrarse en el Brahmanismo muchas de las primitivas ideas Búddhicas. La idea predominante de que el último de los Buddhas, Gautama, es la novena encarnación de Vishnú ó el noveno *Avatar*, en parte es negada por los Brahmanes, y rechazada completamente por los teólogos Buddhistas ilustrados. Estos últimos insisten en que el culto de Buddha posee muchísimos más títulos á la antigüedad que cualquiera de las deidades brahmánicas de los *Vedas*, á los cuales llaman ellos literatura secular.

Esta Mónada eterna é infinita posee, como propios de su misma esencia, cinco actos de sabiduría. De éstos, por medio de cinco actos separados de Dhyán, ha emitido cinco Dhyani-Buddhas; éstos, como A'di-Buddha, son inactivos en su sistema (pasivos). Ni A'di, ni ninguno de los cinco Dhyani-Buddhas se han encarnado jamás, sino que siete de sus emanaciones se convirtieron en Avatares, ó, lo que es lo mismo, se encarnaron en esta tierra.

Describiendo el sistema de Basílides, Ireneo, citando á los Gnósticos, declara lo siguiente:

«Cuando el Padre increado é *innominado* vió la corrupción del género humano, envió á su primogénito *Nous* al mundo en forma de Cristo, para la redención de todos cuantos creyesen en él, por el poder de aquellos que fabricaron el mundo (el Demiurgos y sus seis hijos, los genios planetarios). Él apareció entre los hombres como hombre, Jesús, é hizo milagros. Este Cristo *no murió* en persona, pues sufrió en su lugar Simón Cireneo, *al cual prestó su forma corporal*. Porque el Divino Poder, el *Nous* del Eterno Padre, *no es corporal y no puede morir*. Por lo tanto, cualquiera que sostenga que Cristo ha muerto es todavía esclavo de la ignorancia; el que lo niegue es libre, y ha comprendido el designio del Padre» (1).

En todo lo anterior, y tomado en su sentido abstracto, nada vemos de impío en este sistema. Puede ser una *herejía* contra la teología de Ireneo y de Tertuliano (2), pero nada ciertamente hay allí de sacrilego contra la misma idea religiosa, y á todo pensador imparcial le parecerá mucho más conforme con la divina reverencia que el antropomorfismo del Cristianismo actual. Los Gnósticos eran llamados por

Ellos demuestran que los Brahmanes vinieron de otros países, y establecieron su herejía sobre las *deidades* populares ya admitidas. Conquistaron el país con la espada, y lograron sepultar la verdad, edificando una teología propia sobre las ruinas de la más antigua de Buddha, la cual había prevalecido durante siglos. Ellos admiten la divinidad y existencia espiritual de algunos de los Dioses Vedantinos; pero como en el caso de la jerarquía angélica Cristiana, creen que todas estas *deidades* están en alto grado subordinadas hasta á los Buddhas encarnados. No reconocen tampoco la creación del universo material. Este ha existido espiritual é *invisiblemente* desde toda la eternidad, y por lo tanto, únicamente fué hecho visible á los sentidos humanos. Cuando apareció por vez primera, fué llamado del reino de lo invisible al de lo visible por el impulso de A' di Buddha, la «Esencia». Cuentan ellos veinte y dos semejantes apariciones visibles del universo gobernadas por Buddhas, y otras tantas destrucciones del mismo por el fuego y el agua en sucesiones regulares. Después de la última destrucción por las aguas, á la conclusión del ciclo precedente (cuyo cálculo exacto, comprendiendo varios millones de años, es un ciclo secreto), el mundo, durante la época presente de Kali-Yuga—Maha Bhadda Kalpa—ha sido regido sucesivamente por cuatro Buddhas, el último de los cuales ha sido Gautama el «Santo». El quinto, *Maitree-Buddha*, tiene que venir todavía. Este último es el esperado Rey Mesías kabalístico, el Mensajero de Luz, y Sosiosh, el Salvador persa que vendrá en un caballo blanco. Es también el Segundo Advenimiento cristiano. (Véase el «*Apocalipsis* de S. Juan).

(1) Ireneo, I 23.

(2) Tertuliano cambió por completo, desechando más tarde las doctrinas por las cuales tan acerbamente había combatido y convirtiéndose en un Montanista.

los cristianos ortodoxos, *Docetæ*, ó Ilusionistas, por el hecho de creer que Cristo no podía sufrir, ni sufrió la muerte realmente en cuerpo físico. Los últimos libros Brahmánicos contienen, igualmente, muchas cosas que repugnan á los sentimientos de reverencia y á la idea de la Divinidad; y lo mismo que los Gnósticos, los Brahmanes explican tales leyendas de un modo que puede ofender á la dignidad divina de los Seres Espirituales llamados dioses, atribuyéndoles á *Maya* ó Ilusión.

Un pueblo nacido y educado durante siglos innumerables entre todos los fenómenos psicológicos de los cuales las naciones civilizadas (?) se ocupan, pero que desechan como increíbles y sin valor, no puede en realidad esperar que su sistema religioso sea ni siquiera comprendido, ni que lo aprecien tan sólo. Las más profundas y trascendentales especulaciones de los antiguos metafísicos de la India y de otros países están buscadas en aquel gran principio Búddhico y Brahmánico que es el fundamento de toda su metafísica religiosa: la *ilusión* de los sentidos. Todo lo que es finito es ilusión, todo aquello que es eterno é infinito es realidad. La forma, el color, todo cuanto oímos ó sentimos, ó vemos con nuestros ojos mortales, existen únicamente hasta aquel grado en que pueden ser transmitidos á cada uno de nosotros por medio de nuestros sentidos. Para un ciego de nacimiento, el universo no existe ni en forma ni en color, pero existe en su privación (en el sentido Aristotélico), y es una realidad para los sentidos espirituales del hombre ciego. Todos nosotros vivimos bajo el dominio poderoso de la fantasía. Solamente los mas elevados é invisibles *originales* emanados del pensamiento de lo Desconocido son seres, formas ó ideas reales y permanentes; en la tierra sólo vemos sus reflejos más ó menos correctos, y siempre dependientes de la organización física y mental de la persona que los contempla.

En épocas incalculables anteriores á nuestra era, Kapila, el indio Místico, que es considerado por muchos sabios como un escéptico, porque le juzgan con su habitual superficialidad, explicaba de un modo magnífico esta idea en los siguientes términos:

«El hombre (el hombre físico) tiene tan poca importancia que difícilmente nada puede demostrarle su propia existencia y la de la naturaleza. Quizás aquello que consideramos como el universo, y los distintos seres que parecen constituirlo, no tienen nada de real, y son sólo el producto de una ilusión continuada—*maya*—de nuestros sentidos».

Y el moderno Schopenhauer, repitiendo esta filosófica idea que cuenta hoy diez mil años de antigüedad, dice: «La Naturaleza no existe *per se*... La naturaleza es la ilusión infinita de nuestros sentidos». Kant, Schelling y otros metafísicos han dicho lo mismo, y su escuela sostiene la idea. Siendo los objetos del sentido siempre ilusorios

é inestables, no pueden constituir una realidad. Sólo el Espíritu es inmutable, por lo tanto únicamente él no es ilusión. Esto es pura doctrina Búddhica. La religión de la *Gnosis* (ciencia), el más evidente renuevo del Buddhismo, estaba completamente fundada en este dogma metafísico. Christos ha sufrido *espiritualmente* por nosotros, y mucho más vivamente que el ilusorio Jesús mientras que en la Cruz su cuerpo era atormentado.

Según las ideas de los Cristianos, Cristo no es más que otro modo de nombrar á Jesús. La filosofía de los Gnósticos, de los iniciados é hierofantes lo comprendía de otro modo. La palabra *Christos*, como todas las palabras griegas, debe ser buscada en su origen filológico—el sánskrito. En este último lenguaje, *Kris* significa sagrado (1), y la *deidad* *inda* era llamada *Chris-na* (el puro ó el sagrado) por proceder de aquél. Por otra parte, el *Christos* griego lleva consigo varios significados, tales como ungido (aceite puro, *chrism*) y otros. En todas las lenguas, aunque el sinónimo de la palabra significa esencia pura ó sagrada, es la primera emanación de la Divinidad invisible, manifestándose de un modo tangible en espíritu. El Logos griego, el Mesías hebreo, el Verbum latino y el Viradj indo (el hijo) son idénticamente lo mismo, representan una idea de entidades colectivas, de llamas desprendidas de un eterno centro de luz.

«El hombre que verifica acciones piadosas pero interesadas (con el único objeto de salvarse) puede llegar á la dignidad de los *devas* (santos) (2); pero el que lleva á cabo desinteresadamente los mismos actos piadosos se encuentra para siempre libertado de los cinco elementos (de la materia). «Percibiendo al Alma Suprema, en todos los elementos, y á todos los seres en el Alma Suprema, ofreciendo su propia alma en sacrificio, se identifica á sí mismo con el Sér que brilla en su propio esplendor» (*Manú*, libro XII, Slokas 90, 91).

Así, *Christos*, como una unidad, es solo una abstracción: una idea general que representa la agregación colectiva de las innumerables entidades espirituales que son las emanaciones directas de la infinita, invisible é incomprensible CAUSA PRIMERA—los espíritus individuales de los hombres, erróneamente llamados las almas. Ellos son los divinos hijos de Dios, de los cuales solo vislumbran algo los mortales ó su mayor parte—algunos permanecen para siempre convertidos en

(1) En su polémica con Jacolliot acerca de la debida manera de escribir el *Christna* indo, Mr. Textor de Ravisi, un católico ultramontano, procura probar que el nombre de *Christna* debe escribirse *Kristna*, porque como este último significa negro, y las estatuas de esta deidad son generalmente negras, la palabra es derivada del color. Remitimos al lector á la contestación de Jacolliot en su reciente obra, «*Christna* y el *Christo*», para la concluyente prueba de que el nombre no es derivado del color.

(2) Entre los Brahamanes ó Buddhistas no existe equivalente para la palabra «milagro» en su sentido cristiano. La única traducción correcta sería *meipo*, una maravilla, algo notable; pero no una violación de la ley natural. Los «santos» solamente producen *meipo*.

espíritus planetarios, y algunos, la más pequeña y escasa minoría, se unen durante la vida á algunos hombres. Tales seres semejantes á Dios, como Gautama Buddha, Jesús, Tissoo, Christna y otros pocos, han estado permanentemente unidos con sus espíritus, de ahí que pasaran á la condición de dioses en la tierra. Otros, tales como Moisés, Pitágoras, Apolonio, Plotino, Confucio, Platón, Jámblico y algunos santos Cristianos, por haber estado á intervalos así unidos, han tomado en la historia la categoría de semi-dioses y directores de la humanidad. Una vez separados de sus tabernáculos terrestres, libres sus almas, juntados desde entonces para siempre con sus espíritus, vuelven á unirse á toda la hueste luminosa, la cual está ceñida por una solidaridad de pensamiento y de acción, y son llamados «los ungidos». De aquí la significación de los Gnósticos, quienes declan que «Christos», sufriendo espiritualmente por la humanidad, implicaba con ello que su Divino Espíritu fué el que más principalmente sufrió.

Así también y aun más elevadas eran las ideas de Marción, el gran «Heresiarca» del siglo segundo, como es llamado por sus contrarios. Fué á Roma hacia el final de la mitad del siglo, de 139 á 142, según Tertuliano, Ireneo, Clemente y la mayoría de los modernos comentadores, como Bunsen, Tischendorf, Westcott, y muchos otros. Credner y Schleiermacher (1) convienen respecto de su elevado é irreprochable carácter personal, de la pureza de sus aspiraciones religiosas y opiniones elevadas. Su influencia ha de haber sido poderosa, pues vemos á Epifanio escribiendo, más de dos siglos después, que en su tiempo (2) se encontraban por todo el mundo los que seguían á Marción.

Efectivamente el peligro debió ser inminente y grande, si tenemos que juzgar acerca del mismo, en proporción á los infamantes epítetos y vituperios amontonados sobre Marción por el «Gran Africano», aquel Cerbero de los Padres, al cual encontramos siempre vociferando en la puerta de los dogmas de Ireneo (3). No tenemos más que abrir su célebre refutación de las *Antitheses* de Marción para trabar conocimiento con la *fine fleur* del monacal ultraje de la escuela Cristiana; ultraje tan fielmente llevado á cabo al través de la edad media que se ha renovado en nuestros días en el Vaticano. «Ahora, pues, vosotros, sabuesos, ahullando al Dios de Verdad á quien los apóstoles arrojan á todas vuestras contiendas. Estos son los huesos de la disputa los que roéis»(4). «La pobreza de los argumentos del Gran Africano no va á la par con sus ultrajes», observa el autor de

(1) «Beitrage», vol. I, p. 40. Schleiermacher: Sammtl. Werke, VIII; «Einl. N. T.», p. 64.

(2) «Epiph. Hæra.», XLII, p. 1.

(3) Tertuliano: «Adv. Marc.», II, 5; cf. 9.

(4) Idem II, 5.

*Religión Sobrenatural* (1). Sus controversias religiosas (del Padre) están cuajadas de embustes, y enturbiadas con piadosos insultos. Tertuliano era un maestro en este estilo, y el vehemente vituperio con el cual empieza, y que con frecuencia intercala en su obra contra el impío y sacrílego Marción, ofrece cualquier cosa menos una garantía de honrada y legítima crítica.

Cuán firmes estaban estos dos Padres, Tertuliano y Epifanio, en su terreno teológico, puede inferirse del hecho curioso de que ambos reprochaban con intemperancia y vehemencia á la bestia (Marción) «de borrar párrafos del *Evangelio de San Lucas*, que después de todo jamás han estado en *Lucas*» (2). «La ceguedad é inexactitud—añade el crítico—con que Tertuliano procede, no pueden demostrarse mejor que por el hecho de que no tan solo acusa á Marción falsamente, sino que *al propio tiempo explica los motivos* que tuvo al borrar un párrafo que jamás ha existido; en el mismo capítulo acusa también de igual modo á Marción de borrar (de *Lucas*) la frase que Cristo no había venido á destruir la ley y los profetas, sino á cumplirla, y de hecho repite la acusación en otras dos ocasiones (3). Epifanio también incurre en el error de reprochar á Marción el haber omitido de *Lucas* lo que únicamente se encuentra en *Mateo*» (4).

Habiendo demostrado hasta tal punto el grado de confianza que debe concederse á la literatura de los Padres, y siendo unánimemente admitido por la gran mayoría de los críticos Bíblicos que aquello por lo cual los Padres combatían no era la *verdad*, sino sus propias interpretaciones y afirmaciones sin fundamento, (5) pasaremos ahora á consignar cuáles eran las opiniones de Marción, á quien Tertuliano deseaba aniquilar como el más peligroso *hereje* de su tiempo. Luego si hemos de creer á Hilgenfeld, uno de los más grandes críticos bíblicos

(1) Vol II, p. 105.

(2) «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 100.

(3) «Adv. Marc.», IV, 9, 36.

(4) «Religión Sobrenatural», p. 101; Mateo, V 17.

(5) Este autor, vol. II, p. 103, observa con gran justicia del «Heresiarca» Marción, «cuyo elevado carácter personal ejerció tan poderosa influencia en su propio tiempo», que «la desgracia de Marción fué el vivir en una época en que el Cristianismo se había salido de la moralidad pura de su infancia, cuando, no estando perturbado por cuestiones complicadas de dogma, la fe sencilla y el entusiasmo piadoso habían sido el gran lazo de unión de la fraternidad Cristiana para entrar en una fase de desenvolvimiento eclesiástico en la cual la religión iba rápidamente degenerando en teología y las doctrinas complicadas asumían rápidamente la rampante actitud que condujo á tanta persecución, acritud y cisma. En tiempos posteriores, Marción hubiera sido honrado como un reformador; en los suyos, fué denunciado como un hereje. Austero y ascético en sus opiniones, anhelaba una pureza sobre-humana, y aunque sus adversarios clericales pudiesen burlarse de sus impracticables doctrinas respecto del matrimonio y el dominio de la carne, éstas habían tenido sus paralelos entre todos aquellos á quienes desde entonces la Iglesia más se ha complacido en honrar, y, por lo menos, toda la tendencia de su sistema se dirigía marcadamente hacia el lado de la virtud». Estas aserciones están fundadas en el «Beitrag» de Credner, I, p. 40; cf. Neander: «Allg. K. G.», II, p. 792, f.; Schleiermacher, Milman, etc., etc.

**Alemanes:** «Desde el punto de vista crítico, debe uno... considerar las afirmaciones de los padres de la Iglesia, solo como las expresiones de su *opinión subjetiva*, que por sí misma necesita ser probada» (1).

Nada podemos hacer mejor, para citar lo más correctamente posible hechos relativos á Marción, que referirnos en lo que nuestro espacio nos lo permite á *Religión Sobrenatural*, cuyo autor funda sus aserciones en la evidencia de los mas grandes críticos y asimismo en sus propias investigaciones. Él presenta, en la época de Marción, «dos grandes partidos en la Iglesia primitiva», uno considerando al Cristianismo como una mera continuación de la ley, y reduciéndolo hasta convertirlo en una institución Israelita, una mezquina secta del Judaismo; «el otro presentando á la nueva idea» como la introducción de un nuevo sistema aplicable á todos, y sustituyendo la dispensa Mosaica de la ley por una dispensa universal de gracia. «Estos dos partidos», añade, «estaban popularmente representados en la primitiva Iglesia por los dos apóstoles Pedro y Pablo, y su antagonismo se revela fielmente en la *Epístola á los Gálatas*» (2).

(1) *Die Em.*, de Justin, p. 446, sup. B.

(2) Pero, por otra parte, este antagonismo está muy claramente marcado en las «Homilías Clementinas,» en las cuales Pedro niega de un modo inequívoco que Pablo, á quien llama Simón el Mago, haya tenido nunca una *visión* de Cristo, y le llama «Enemigo». El Canon Westcott dice: «No puede existir duda alguna de que, al referirse á Pablo, se le llama *El enemigo*» («Sobre el Canon», p. 252, nota 2; «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 35). Pero este antagonismo, que emponzoña todavía la época actual, lo encontramos además en las «Epístolas» de S. Pablo. Puede darse algo mas enérgico que semejantes sentencias? «Los tales son *falsos* apóstoles, trabajadores falaces que se transforman á sí mismos en apóstoles de Cristo... Yo supongo que algo era tras del verdadero y principal apóstol. «Pablo, apóstol *no de hombre* ni por el hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que le levantó de entre los muertos... pero existen algunos que os perturban y que quisieran corromper el evangelio de Cristo... *falsos hermanos*... Cuando Pedro vino á Antioquía, yo fuí su adversario abierto ante su propia faz porque él merecía ser censurado. Pues antes que algunos viniesen de Jaime, él comió con los Gentiles, pero cuando vinieron, él se retiró, teniéndolos porque eran de la circuncisión. Y los demás Judíos disimularon... de tal modo que Barnabas también fué llevado fuera con su *disimulo*», etc., etc., (Gálat. I, y II). Por otra parte, encontramos á Pedro en las «Homilías» permitiéndose varias quejas que, aunque se alegaban iban dirigidas á Simón Mago, evidentemente todas son contestaciones directas á las sentencias anteriormente citadas de las Epístolas Paulinas, y *no pueden* tener nada que ver con Simón. Así por ejemplo dice Pedro: «Pues algunos de entre los gentiles han despreciado mi legítima predicación y aceptado ciertas enseñanzas *ilegítimas* y *locas* de hombres hostiles (enemigos)» (Epist. de Pedro á Jaime § 2). Y dice más adelante: «Simón (Pablo)... que vino antes que yo hacia los gentiles... y le he seguido como la luz á la sombra, como la ciencia á la ignorancia, como la salud á la enfermedad» («Homil.» II, 17). Todavía más adelante le llama Muerte, y un farsante (*idem* II, 18). Previene á los Gentiles que «nuestro Señor y Profeta (?) (Jesús) anunció que enviaría de entre sus secuaces apóstoles para *engañar*. Por cuyo motivo acordaos sobre todo de rehuir todo apóstol, instructor ó profeta que desde el principio no compare cuidadosamente sus enseñanzas con las de Jaime, llamado el hermano de nuestro Señor» (véase la diferencia entre Pablo y Jaime sobre la fé; Epístola á los hebreos XI, XII, y Epist. de Jaime II), «no sea que el ser Maligno envíe un falso predicador... como nos ha enviado á Simón (?) predicando una falsificación de la verdad en nombre de nuestro Señor, y diseminando el error». (Hom. XI, 35; véase la cita anterior de Gal. I, 5). Entonces niega la aserción de Pablo con las siguientes palabras: «Por lo tanto, si

Marción, que no admitía más *Evangelios* que unas pocas *Epístolas de Pablo*, que desechaba totalmente el antropomorfismo del *Antiguo Testamento*, y que trazaba una línea de demarcación distinta entre el antiguo Judaísmo y el Cristianismo, no consideraba á Jesús, ni como un Rey Mesías de los Judíos, ni como el hijo de David, que estuviera relacionado de ningún modo con la ley ó los Profetas, «sino como un ser divino enviado para revelar á los hombres una religión espiritual, completamente nueva, y un Dios de bondad y de gracia hasta entonces desconocido á sus ojos». El «Señor Dios» de los Judíos, el Creador (Demiurgos), era totalmente diferente y distinto de la Deidad que envió á Jesús á revelar la verdad divina y á predicar las ideas nuevas, para llevar la concordia y la salvación á todos. La misión de Jesús—segun Marción—era revocar al «Señor» Judío, que estaba «en oposición con el Dios y Padre de Jesucristo, como lo está la *materia al espíritu, y la impureza á la pureza*».

Estaba Marción equivocado hasta tal extremo. ¿Era blasfemia ó era en el intuición, inspiración divina, lo que le hacía expresar aquello que todo corazón honrado ansioso de la verdad más ó menos siente y reconoce? Si en su deseo sincero de establecer una religión puramente espiritual, una fé universal fundada en una verdad sin mezcla, halló que era necesario hacer del Cristianismo un sistema completamente nuevo y separado del Judaísmo, no se aprobaba acaso la autoridad de Marción, en las mismas palabras del Cristo? «Nadie ponga un remiendo de paño nuevo en un traje viejo... porque el desgarrón queda peor... Ni ponga nadie vino nuevo en vasijas viejas, de otro modo las vasijas se rompen, el vino se derrama, y se pierden las vasijas si no se pone el *vino nuevo en vasijas nuevas, y ambos serán conservados*». En qué se parece el Dios celoso, colérico y vengativo de Israel, á la Deidad Desconocida, al Dios de Miseri-

nuestro Jesús se os apareció realmente en una visión, fué únicamente como un adversario irritado... Pero cómo puede nadie, por medio de visiones, convertirse en sabio para enseñar? Y si decir que ello es posible, entonces yo pregunto dónde permaneció el Instructor durante un año entero para hablar á aquellos que estaban atentos. Y cómo podemos nosotros creer nuestra historia de que él se os apareció, y en qué forma se os apareció, cuando sostenéis opiniones contrarias á sus enseñanzas?...Pues vos mismo os erguís ahora contra mí, *que soy la roca firme, el fundamento de la Iglesia*. Si no fueseis un contrario no me calumniaríais, ni despreciaríais mis enseñanzas... (circuncisión?) para que, explicando yo lo que yo mismo he oído del Señor, pueda ser creído, como si yo estuviese condenado... Pero si decís que yo estoy condenado, censuráis á Dios, que me ha revelado á Cristo». «Esta última frase», observa el autor de «Religión Sobrenatural», «si decís que yo estoy condenado», es una alusión evidente á Gálat. II, 11: 'Yo fuí su adversario abierto ante su propia faz porque él estaba condenado' (Religión Sobrenatural, p. 37). «No puede haber la menor duda», añade el autor que se acaba de citar, «de que el Apóstol Pablo se le ataca en esta novela religiosa como al gran enemigo de la verdadera fé, bajo el odioso nombre de Simón el Mago, á quien Pedro sigue á todas partes con el objeto de desenmascararle y confundirle» (p. 34). Y si así es, entonces hemos de creer que fué S. Pablo quien se rompió ambas piernas en Roma mientras volaba por el aire.



cordia predicado por Jesús; su Padre que está en los cielos, y el Padre de toda la humanidad? Solamente este Padre es el Dios de espíritu y pureza, y el compararle con la caprichosa y subordinada deidad Sinaitica es un error. Pronunció Jesús alguna vez el nombre de Jehovah? Puso alguna vez en contraste á su Padre con este Juez severo y cruel; su Dios de misericordia, de amor y de justicia, con el genio Judaico de la venganza? Jamás! Desde aquel día memorable en que predicaba el Sermón de la Montaña, quedó abierto un vacío inconmensurable entre su Dios y aquella otra deidad, que fulminaba sus mandamientos desde aquella otra montaña el Sinaí. El lenguaje de Jesús es inequívoco; no tan solo implica rebelión, sino un reto al «Señor Dios» Mosaico. «Vosotros habéis oído», nos dice, «que ha sido dicho ojo por ojo, diente por diente; más Yo os digo que no pongáis resistencia al mal, sino que á cualquiera que os hiera en vuestra mejilla derecha presentadle también la otra. Vosotros habéis oído que ha sido dicho (por el mismo «Señor Dios» en el Sinaí): «Tú amarás á tu vecino, y odiarás á tu enemigo! Pero Yo á vosotros os digo: Amad á vuestro enemigo, bendecid á los que os maldicen, haced bien á aquellos que os odian, y rogad por aquellos que os tratan maliciosamente y que os persiguen». (Mateo v).

Y ahora abrid *Manú* y leed:

«Resignación, la acción de devolver bien por mal, templanza, probidad, pureza, entreno de los sentidos, el conocimiento de las *Sastras* (los libros sagrados), aquél del alma suprema, veracidad y apartarse de la cólera: tales son las diez virtudes en las cuales consiste el deber. Aquellos que estudian estos diez preceptos del deber, y después de haberlos estudiado, amoldan á ellos su vida, alcanzarán la condición suprema». (Manú, lib. VI, sloka 92).

Si *Manú* no trazó estas palabras muchos millones de años antes de nuestra era Cristiana, por lo menos ninguna voz en el mundo entero se atreverá á negarles menos antigüedad que algunos siglos antes de J. C. Lo mismo ocurre con respecto á los preceptos del Buddhismo.

Si nos dirigimos al *Prätimoksha Sûtra*, y á otros tratados religiosos de los Buddhistas, leemos los diez mandamientos siguientes:

- 1.º No matarás á ningún ser viviente.
- 2.º No robarás.
- 3.º No quebrantarás tu voto de castidad.
- 4.º No mentirás.
- 5.º No revelarás los secretos de los demás.
- 6.º No anhelarás la muerte de tus enemigos.
- 7.º No desearás las riquezas de otros.
- 8.º No pronunciarás palabras injuriosas ni obscenas.

9.º No te entregarás á la molicie (dormir en camas blandas ó estar ocioso).

10.º No aceptarás ni oro ni plata (1).

«Buen Maestro, qué haré yo para poder alcanzar la vida eterna?», pregunta un hombre á Jesús (2), y la respuesta fué: «Practica los mandamientos». «Cuáles?» «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no sostendrás falsos testimonios», fué la respuesta.

«Qué haré yo para obtener posesión de Bhodi? (conocimiento de la verdad eterna)», pregunta un discípulo á su maestro Buddhista. «Qué medio existe para convertirse en Upasaka?» «Practica los mandamientos». «Cuales son?» «Te abstendrás toda tu vida del asesinato, del robo, del adulterio y de la mentira», contesta el maestro (3).

Acaso no son preceptos idénticos? Preceptos divinos que si en ellos viviese se purificaría y elevaría la humanidad. ¿Pero son ellos más divinos cuando los pronuncia una boca distinta de otra? Si es hacerse semejante á Dios el devolver el bien por el mal, la anunciación de este precepto por un Nazareno le da mayor fuerza que si procede de un indio ó de un filósofo Thibetano? Vemos que la Edad de Oro no era original de Jesús; que el sitio de su nacimiento era la India. Por más que hagamos, no podemos negar á Sakya Muni Buddha una antigüedad menos remota que algunos siglos anteriores al nacimiento de Jesús. Al buscar un modelo para su sistema de ética, porque hubo de ir Jesús al pie de los Himalayas, con preferencia al pié del Sinaí, sino porque las doctrinas de Manú y de Gautama armonizaban exactamente con su propia filosofía, mientras que las de Jehovah le eran aborrecibles y aterradoras. Los indos hablaban de devolver el *bien por el mal*, y el mandato de Jehova era: «Ojo por ojo, diente por diente».

Sostendrían todavía los Cristianos la identidad del «Padre» de Jesús, y de Jehovah, si pudiese aducirse una prueba suficientemente clara de que el «Señor Dios» no era otro que el Baco Pagano, Dionysos? Pues bien, esta identidad del Jehovah del Monte Sinaí con el dios Baco, á duras penas puede discutirse. El nombre יָוָה es Yava ó Iao, y, según Teodoreto, es el nombre *secreto* del dios Misterio Fenicio (4), y fué realmente sacado de los Caldeos entre los cuales también era el nombre secreto del Creador. Donde quiera que se adoraba á Baco, existía una tradición de Nysa, y una cueva en la cual fué criado. Beth-San ó Scythópolis en Palestina tenía aquella sig-

(1) «Prátimoksha Sûtra», edición Pali-Birmana; véase también «Lotus de la Bonne-Loi», traducido por Burnouf, p. 444.

(2) Mateo XIX, 16-18.

(3) «Pittakatayan», libro III. Versión Pali.

(4) Véase Jueces, XIII, 18: «Y el ángel del Señor le dijo: Por qué preguntas tú por mi nombre, viendo que es SECRETO?»

nificación; igualmente la tenía un lugar del monte Parnaso. Pero Diodoro declara que Nysa estaba situada entre la Fenicia y el Egipto. Eurípides dice que Dyonisos vino á Grecia desde la India, y Diodoro agrega su testimonio: «Osiris fué educado en Nysa, en la Feliz Arabia; era el hijo de Zeus, y se le llamaba por el nombre de su padre (nominativo Zeus, genitivo *Dios*) y al lugar Dio-Nysos», el Zeus ó Jove de Nysa. Esta identidad de nombre ó de título es muy significativa. En Grecia, Dionysos era considerado solo como un segundo Zeus, y Píndaro dice:

«Así el Padre Zeus gobierna todas las cosas, y Baco también gobierna».

Pero, fuera de Grecia, Baco era el todopoderoso «Zagreus, el más elevado de los dioses». Parece que Moisés le hubo adorado por sí mismo y juntamente con el populacho en el Monte Sinai; á menos que admitamos que él era un sacerdote *iniciado*, un adepto que sabía cómo levantar el velo que pende tras de todos los cultos exotéricos semejantes, pero guardaba el secreto. *Y Moisés construyó un altar, y lo llamó con el nombre de Jehovah-NISSI!*, ó *Yao-Nisi*. Qué mejor evidencia se necesita para demostrar que el dios Sinaitico era indiferentemente Baco, Osiris, y Jehovah? Mr. Sharpe añade también su testimonio de que el lugar donde nació Osiris era el Monte Sinai, llamado por los Egipcios Monte Nissa. La serpiente de bronce era un *nis* נִסָּ y *ni san* el mes de la Pascua Judaica.

Si el Mosaico «Señor Dios» era el único Dios viviente, y Jesús su único Hijo, cómo explicar el rebelde lenguaje de este último? Sin la menor duda ó embarazo, barre la *lex talionis* Judia, y la sustituye por la ley de caridad y de abnegación propia. Si el *Antiguo Testamento* es una relación divina, cómo puede serlo el *Nuevo Testamento*? Podemos estar obligados á adorar y á creer en una Deidad que se contradice á sí misma dentro un periodo escaso de centenares de años? Estaba Moisés inspirado, ó no era Jesús el hijo de Dios? Este es un dilema del cual los teólogos están obligados á libertarnos. Este mismo dilema fué el que los Gnósticos se esforzaron en destruir del naciente Cristianismo.

La justicia ha estado esperando durante diez y nueve siglos á los comentadores inteligentes que apreciaran esta diferencia entre el verdadero Tertuliano y el Gnóstico Marción. La violencia brutal, la doblez é hipocresía del «Gran Africano» repelen á todos los que aceptan su Cristianismo. «Cómo puede un dios—pregunta Marción—quebrantar sus propios mandamientos?» Cómo pudo ser consecuente al prohibir la idolatría y el culto de las imágenes, y sin embargo excitar á Moisés á que ensalzara á la serpiente de bronce? Cómo puede mandar: 'Tú no robarás', y luego ordenar á los Isrealitas que despojen á los Egip-

cios de su oro y de su plata? Anticipándose á los resultados de la crítica moderna, Marción niega que se puedan aplicar á Jesús las tal llamadas profecías Mesiánicas. El autor de *Religion Sobrenatural* escribe: (1) «El Emmanuel de Isaias no es Cristo; la Virgen su madre es sencillamente una mujer joven, un *alma* del templo; y los sufrimientos del siervo del Dios (Isaias III, 13 - LIII, 3) no son vaticinios de la muerte de Jesús» (2).

(1) Vol. II, p. 106.

(2) Emmanuel era indudablemente el hijo del mismo profeta, tal como está descrito en el capítulo sexto; lo que era pronosticado solo puede interpretarse sobre aquella hipótesis. El profeta tambien había anunciado á Ajaz que sería extinguido en linea de sucesión. «Si no queréis creer estad seguros que no estaréis establecidos». Luego viene la profecía de la colocación de un nuevo príncipe en el trono: Hezequías de Bethlehem, de quien se dice haber sido yerno de Isaias, y bajo cuyo reinado los cautivos volverían de las regiones mas remotas de la tierra. La Asiria sería humillada y la paz se difundiría por el país Israelita; compárase Isaias VII 14-16; VIII 3, 4; IX 6, 7; X 12, 20, 21; XI; Miqueas V 2-7. El partido popular, el partido de los profetas, siempre opuesto al clero Zedokita, había resuelto dejar de lado á Ahaz y la política que en su tiempo sirviera, la cual había llevado á la Asiria contra Palestina y á proclamar á Hezequías, uno de su hechura, que se rebelaría contra la Asiria y derribaría el culto Assur y Balam (2 Reyes XV 11). Aunque esto los profetas solo lo indican, habiéndolo extraído de los libros históricos, es digno de saberse que Ahaz ofreció su propio hijo á Moloch y tambien que murió á la edad de treinta y seis años y que Hezequías ocupó el trono á los veinte y cinco, ya en completa edad adulta.

## CAPÍTULO IV

Nada mejor que estos Misterios, por los cuales, de una vida violenta y ruda, somos pulimentados hasta lograr la dulzura (humanidad, bondad) y suavizados. —CICERON: *de Legibus*, II, 14.

Desciende, oh Soma, con aquella corriente por medio de la cual iluminas al Sol... Soma, Océano de Vida difundido al través de Todo; tú llenas de fuerza creativa al Sol con radiante luz.—*Rig-Veda*, II, 143.

...la hermosa Virgen asciende, con larga cabellera, y lleva en su mano dos espigas, toma asiento y alimenta á un NIÑO aún, le amamanta y le da de comer.—AVENAR.

**S**E pretende que el *Pentateuco* fué escrito por Moisés, y, no obstante, contiene la relación de su propia muerte (*Deuteronomio* xxxiv, 6); y en el *Génesis* (xiv, 14), se ha dado el nombre Dan á una ciudad, la cual, según los *Jueces* (xviii, 29), tan solo era llamada con aquel nombre últimamente, pues con anterioridad era conocida con el de Laish. Bien pudiera haber rasgado Jonás sus vestiduras cuando hubo oído las palabras del Libro de la Ley, ya que no había de Moisés en él más que de Jesús existe en el *Evangelio según Juan*.

Tenemos una magnífica alternativa para ofrecer á nuestros teólogos, dejándoles en libertad de elegir por sí mismos, y prometiéndoles conformarnos á lo que decidan. Únicamente tendrán que admitir, ó que Moisés era un impostor, ó que sus libros son falsos, escritos en diferentes épocas y por personas distintas; ó también que están llenos de interpolaciones fraudulentas. En ambos casos pierde la obra todos sus derechos á ser considerada como Revelación divina. Ahí está el problema que tomamos de la Biblia—la palabra del Dios de Verdad:

«Y yo aparecí á Abraham, á Isaac, y á Jacob, con el nombre de Dios Todopoderoso, pero por mi nombre de JEHOVAH, era yo desconocido por ellos» (Exodo vi, 3), dijo Dios á Moisés.

Es un fragmento de informe muy sorprendente aquel en que, antes de llegar al libro del *Exodo*, se nos dice en el *Génesis* (xxii, 14) que «Abraham dió por nombre á aquel lugar» en el cual el patriarca había estado preparándose para degollar á su hijo unigénito—JEHOVAH

jireh!» (Jehovah vé). Cuál es el texto inspirado?—no pueden serlo los dos;—cuál es el falsificado?

Ahora bien, si Abraham y Moisés no han pertenecido ambos al mismo grupo santo, quizás podríamos auxiliar á los teólogos sugiriéndoles un medio conveniente para escapar de este dilema. Deberían llamar en su auxilio á los reverendos Padres Jesuitas—especialmente á aquellos que han sido misioneros en la India. Estos no se desconcertarían ni por un solo instante. Nos dirían con frescura que sin duda alguna Abraham había sido el nombre de Jehovah, y lo había *tomado prestado* de Moisés. No sostienen ellos que ellos fueron los que inventaron el *Sánskrito*, que han editado *Manú*, y compuesto la mayor parte de los *Vedas*?

Marción, en unión con los demás Gnósticos, sostenía lo falaz de la idea de un Dios encarnado, y negaba por lo tanto la realidad corporal del cuerpo viviente de Cristo. Su entidad era una mera *ilusión*; no estaba compuesto de carne y sangre humanas, ni había nacido de una madre humana, pues su naturaleza divina no podía haber sido manchada por un contacto cualquiera de la pecadora carne. (1) Él aceptaba á Pablo como el único apóstol que predicaba el puro evangelio de verdad, y acusaba á los demás discípulos de depravar la forma pura de las doctrinas evangélicas que les habían sido comunicadas por Jesús, mezclando asuntos de la Ley con las palabras del Salvador.» (2)

Finalmente, podemos añadir que la moderna crítica bíblica, que por desgracia no ha sido seria y activa más que hacia el final del siglo pasado, ahora generalmente admite que el texto de Marción sobre el único evangelio acerca del cual él supo algo —el de Lucas—es algo superior y mucho más correcto que el de nuestros actuales Synópticos. En *Religión Sobrenatural* encontramos (para todo Cristiano) la siguiente y extraordinaria sentencia: «*Por lo tanto, somos deudores á Marción hasta de la correcta versión de la oración del Padre Nuestro*» (3).

Si, abandonando por ahora á los prominentes fundadores de las sectas Cristianas, nos inclinamos á la de los Ofitas, que adquirió una forma definida allá por los tiempos de Marción y de los Basildeístas, podemos hallar en ella la razón de considerar como *herejías* todas las demás, al igual que todos los otros gnósticos desechaban la *Biblia* Mosaica por completo. Sin embargo, su filosofía, aparte de algunas deducciones originales como las de varios de los más importantes fundadores de las distintas ramas del Gnosticismo, no era nueva. Pasando al traves de la tradición Caldeo-kabalística, recogió sus mate-

(1) Tertuliano: «Adv. Marci.» III, 8 ff.

(2) «Rel. Sobre.», vol. 11, p. 107; «Adv. Marci.» III, 2, § 2; cf. III, 12, § 12.

(3) «Rel. Sobre.», vol. 11, p. 126.

riales en los libros Herméticos, y, prosiguiendo su vuelo aún más atrás para sus especulaciones metafísicas, la vemos surgir de entre los dogmas de Manú y los más antiguos génesis indos ante-sacerdotales. Muchos de nuestros eminentes anticuarios siguen el rastro de las filosofías Gnósticas directamente atrás hacia el Buddhismo, lo cual no altera en lo más mínimo ni sus argumentos ni los nuestros. Volvemos á repetirlo: *el Buddhismo no es sino la fuente primitiva del Brahmanismo*. No es contra los *Vedas* primitivos que Gautama protesta. Es contra la religión sacerdotal y oficial del Estado en su país; y los Brahmanes, que, con objeto de establecer y dar autoridad á las castas, en un periodo posterior embucharon los antiguos manuscritos con slokas interpoladas, quisieron probar que las castas estaban fijadas de antemano por el Creador por el mero hecho de que cada una de las diversas clases de hombres había salido de un miembro más ó menos noble de Brahma. La filosofía de Gautama Buddha era la enseñada desde los tiempos primitivos en el secreto impenetrable de los santuarios internos de las pagodas. No es necesario, pues, que nos mostremos sorprendidos de encontrar de nuevo, en todos los dogmas fundamentales de los Gnósticos, los dogmas metafísicos tanto del Brahmanismo como del Buddhismo. Ellos sostenían que el *Antiguo Testamento* era la revelación de un ser inferior, de una divinidad secundaria, y que no contenía ni una sola sentencia de su *Sophia*, la Sabiduría Divina. En cuanto al *Nuevo Testamento*, había perdido su pureza desde el momento en que sus compiladores se hicieron reos de interpolaciones. La revelación de la verdad divina era sacrificada por ellos para la consecución de fines egoistas y mantener contiendas. Los Gnósticos Ofitas enseñaban la doctrina de las Emanaciones, tan odiosas para los defensores de la unidad en la trinidad y *vice-versa*. La Deidad Desconocida no tenía entre ellos *ningún nombre*, pero su primera emanación femenina era llamada Bythos ó Abismo (1). Respondía á la Shekinah de los Kabalistas, el «Velo» que oculta la «Sabiduría» en el *cranium* de la más elevada de las *tres* cabezas. Como la Mónada Pitagórica, esta Sabiduría sin nombre era el manantial de Luz, y Ennoia, ó Mente, es la Luz misma. La última era también llamada el «Hombre Primitivo», como el Adam Kadmon ó antiguo Adam de la *kábala*. A la verdad, si el hombre fué creado según su semejanza y á la imagen de Dios, luego este Dios era como en forma y figura como su creación; por lo tanto él es el «Hombre Primitivo». El primer Manú, el que procedía de Swayambhuva, «que existe sin revelar en su propia gloria», es también en cierto sentido el hombre primitivo entre los indos.

(1) Damos los sistemas de conformidad con una antigua diagrama conservada entre algunos Koptos y los Drusos del Monte Libano. Ireneo tuvo quizás algunas buenas razones para desfigurar sus doctrinas.

Así, el «innominado y el no revelado», Bythos, su femenina reflexión, y Ennoia, la Mente revelada procedente de ambos, ó su Hijo, son los duplicados de la primera tríada Caldea, lo mismo que de la Trimurti Brahmanica; comparando, en todos tres sistemas vemos:

LA GRAN CAUSA PRIMERA, como el UNO, el germen primordial, el grande y no revelado TODO, existiendo por sí mismo. En el

PANTEON INDO

EL CALDEO

EL OFITA

Brahma-Zyaus. Ilu, En-Soph Kabalístico. El Innominado ó Nombre Secreto

cuando quiera que el Eterno despierta de su reposo y desea manifestarse, se divide por sí mismo en macho y hembra. En cada sistema se convierte entonces en

LA DEIDAD DOBLE SEXUADA. El Padre y Madre universal.

EN LA INDIA

EN CALDEA

EN EL SISTEMA OFITA

Brahma  
Nara (varón), Nari  
(hembra).

Eikon ó En Soph.  
Anu (varón), Anata  
(hembra).

Espíritu Innominado.  
Abrasax (varon), By-  
thos (hembra).

De la unión de los dos, emana un tercero ó principio Creador— el HIJO, ó el Logos manifestado, el producto de la Mente Divina.

EN LA INDIA

EN CALDEA

SISTEMA OFITA

Viradj, el Hijo.

Bel, el Hijo.

Ophis (otro nombre  
de Ennoia), el Hijo.

Además, cada uno de estos sistemas posee una triple trinidad masculina, procediendo separadamente cada una por sí misma de una Deidad femenina. Así por ejemplo:

EN LA INDIA

EN CALDEA

EN EL SISTEMA OFITA

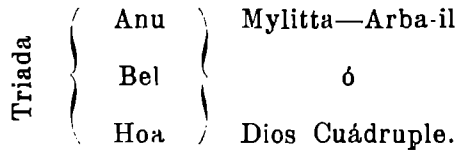
La Trinidad —Brahmá, Vishnu, Siva— están mezclados en UNO, el cual es *Brahma* (género neutro), creando y siendo creado por la Virgen Nari (la madre de perpetua fecundidad).

La trinidad —Anu, Bel, Hoa (ó Sin, Samas, Bin)—están mezclados en UNO que es Anu (doble sexuado) por la Virgen Mylitta.

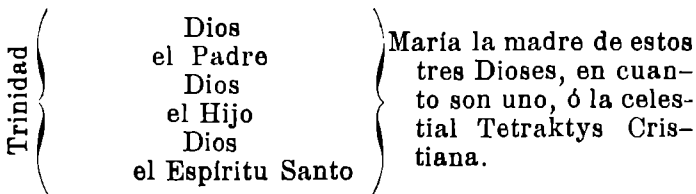
La trinidad consistía en el Misterio llamado Sigé, Bythos, Ennoia. Estos se convierten en UNO que es *Abrasax* por la Virgen *Sophia* (Pneuma), la cual es por sí misma una emanación de Bythos y el dios-Misterio y de ellos emana Christos.



Para hacerlo aún más claro, el sistema Babilónico reconoce primero el UNO (Ad, ó Ad-ad), que no es jamás nombrado, sino simplemente reconocido mentalmente por el indio Swayambhuva. De este se manifiesta como Anu ó Ana—el uno sobre todo,—Monas. Luego viene el Demiurgo llamado Bel ó Elu, que es el poder activo de la Deidad. El tercero es el principio de Sabiduría, Hea ó Hoa, que también gobierna el mar y el mundo interno. Cada uno de estos tiene su consorte divina y nos dan Anata, Belta y Davkina. Estas, sin embargo, son tan solo como las Saktis, y los teólogos no las nombran de un modo especial. Pero el principio femenino es designado por Mylitta, la Gran Madre, llamada también Ishtar. Así, con los tres dioses masculinos, tenemos la Tríada ó Trimurti, y con la adición de Mylitta, el Arba ó Cuatro (Tetraktis de Pitágoras), que todo lo perfecciona y le da potencia. De ahí resultan los modos de expresión antes citados. El siguiente diagrama Caldeo puede servir de aclaración para todos los demás:



Se convierte para los cristianos en:



Por esto Hebrón, la ciudad de los Kabires, era llamada Kirjath-Arba, ciudad de los Cuatro. Los Kabires eran Axieros—el noble Eros, Axiokersos, el benemérito cornudo, Axiokersa, Deméter y Kadmiel, Hoa, etc.

El diez Pitagórico denotaba el Arba-Il, ó Cuatro Divino, simbolizado por el Lingham indio: Anu 1; Bel 2; Hoa 3; lo cual hace seis. La tríada y Mylitta como 4 constituyen el diez.

Aunque es llamado el Hombre Primitivo, Ennoia, el cual es, á manera del Pimander Egipcio, «el Poder del Pensamiento Divino», la primera manifestación inteligible del Espíritu Divino en forma material, es igual al «Hijo Unigénito» del «Padre Desconocido» de todas las demás naciones. Es el emblema de la primera aparición de la Presencia divina en sus propias obras de creación, tangible y visible

y por lo tanto comprensible. El Dios Misterio, ó la Deidad jamás revelada, fecunda por medio de su voluntad á Bythos, el abismo insondable é infinito, que vive en el silencio (Sigé) y obscuridad (para nuestra inteligencia), y que representa la idea abstracta de toda naturaleza, el Cosmos constantemente productor. Como ni el principio masculino ni el femenino, fundidos en la idea de las antiguas concepciones de una Deidad doble sexuada, serán comprendidos por ninguna inteligencia humana ordinaria, la teología de cada pueblo ha tenido que crear para su religión un Logos, ó verbo manifestado, en una ú otra forma. Entre los Ofitas y otros Gnósticos que tomaban sus modelos directamente de originales más antiguos, la Bythos no revelada y su duplicado masculino producen Ennoia, y los tres á su vez producen Sophia (1), completando así la Tetraktis, de la cual emanará Christos, la esencia misma del Espíritu Padre; al igual que el UNO no revelado, ó Logos oculto en su estado latente, ha existido desde la eternidad en Arba-Il, la abstracción metafísica; por lo tanto, él es UNO con todos los demás como unidad, siendo esta última (incluyéndolos todos) llamada indiferentemente Ennoia, Sigé (silencio), Bythos, etc. Y, lo mismo que el revelado, es Andrógino, Christos y Sophia (Sabiduría Divina), que desciende en el hombre Jesús. A ambos, Padre é Hijo, los presenta Ireneo como amantes de la belleza (*formam*) de la mujer primitiva (2), la cual es Bythos—Abismo, como también Sophia, y, habiendo producido mancomunadamente á Ophis y Sophia (otra vez unidad doble sexuada), sabiduría masculina y femenina, siendo la una considerada como el Espíritu Santo no revelado, ó Sophia mayor—el Pneuma—, la intelectual «Madre de todas las cosas»; la otra la revelada, ú *Ophis*, simbolizando la sabiduría divina hundida en la materia, ó Dios-hombre-Jesús, á quien los Gnósticos Ofitas representaban con la serpiente (*Ophis*).

Fecundada por la Luz divina del Padre y el Hijo, espíritu más elevado y Ennoia, produce Sophia á su vez otras dos encarnaciones—un perfecto Christos, y la imperfecta Sophia-Achamoth, (3) de חכמת hakhamoth (simple sabiduría), que se convierte en mediadora entre los mundos material é intelectual.

Christos era el mediador y guía entre Dios (el más Elevado) y todo lo que es espiritual en el hombre; Achamoth—la Sophia más joven—desempeñaba el mismo deber entre el «hombre Primitivo», Ennoia y la materia; acabamos de explicar lo que se quería dar á entender misteriosamente con la dicción general *Christos*.

(1) Sophia es el prototipo más elevado de mujer, la primera Eva *espiritual*. En la Biblia el sistema está invertido y, habiéndose omitido la emanación intermediaria, Eva es reducida á simple humanidad.

(2) Véase «Irenæus», libro I, cap. 31-33.

(3) En los «Gnósticos» de King, encontramos el sistema algo incorrecto. El autor nos dice que ha seguido á «I)rei Programmen uber die Abraxasgemmen» de Bellermann.

Predicando un sermón durante el «Mes de María», nos encontramos al Rev. Dr. Preston, de New York City, expresando la idea Cristiana del principio femenino de la trinidad mucho mejor y con mayor claridad de lo que podríamos nosotros hacerlo, y substancialmente con el espíritu de un antiguo filósofo «pagano». Dice que el «plan de la redención hizo necesario que se hubiese de introducir una madre, y María permanece esencialmente sola como único recurso cuando se necesitó una criatura para que se consumara la obra de Dios». Nosotros nos permitiremos el derecho de contradecir á ese reverendo caballero. Como se ha demostrado anteriormente, miles de años antes de nuestra era, se hizo necesario en todas las teogonías «paganas» encontrar un principio femenino, una madre, para aplicarlo al principio trino masculino. Por lo tanto, el Cristianismo no presenta el «único ejemplo» de semejante consumación de la obra de Dios—aunque, como este trabajo enseña, había en ello más filosofía y menos materialismo, ó más bien antropomorfismo.

Pero oigamos al Reverendo Doctor cómo emite pensamientos «paganos» en ideas cristianas. «Él» (Dios), dice, «preparó su virginal y celestial pureza (de María) porque una madre profanada no podía convertirse en madre del Altísimo. La santa virgen, hasta en su niñez era más placentera que todos los Querubines y Serafines, y desde la infancia á la pubertad y á mujer hecha, fué creciendo más y más pura. Por su misma santidad, reinaba en el corazón de Dios. *Cuando llegó la hora se apaciguó á toda la corte celestial, y la trinidad escuchó la respuesta de María, porque sin su consentimiento el mundo no habría podido ser redimido.*»

No parece como si estuviésemos leyendo á Ireneo, explicando la «Herejía Gnóstica, que enseñaba que el Padre y el Hijo amaron la belleza (*formam*) de la Virgen celestial»? ó el sistema Egipcio, de Isis, quien era á un mismo tiempo esposa, hermana y madre de Osiris Horus? En la filosofía Gnóstica solo eran *dos*, pero los Cristianos han mejorado y perfeccionado el sistema, haciéndolo completamente «pagano», ya que es el caldeo Anu-Bel-Hoa fundiéndose en Mylitta. Ahora bien, añade el Dr. Preston, «durante este mes (de María) empieza la época pascual, mes en que la naturaleza se adorna con frutos y flores, precursores de una cosecha espléndida, séanos permitido á nosotros también empezar por una cosecha dorada. En este mes lo muerto brota de la tierra figurando la resurrección; así, cuando estemos arrodillados ante el altar de la santa é inmaculada María, recordemos que entonces saldrá de nosotros el renuevo de los empeños, la flor de esperanza, y el imperecedero fruto de santidad.»

Este es precisamente el substratum del pensamiento Pagano, que, entre otras significaciones, era simbolizado por los ritos de la resurrección de Osiris, Adonis, Bacos y otros dioses-sol sacrificados; la re-

surrección de toda la naturaleza en primavera, la germinación de semillas que han permanecido muertas y dormidas durante el invierno, y también se decía alegóricamente que eran conservadas en el mundo inferior (Hades). Están representadas por los tres días pasados en el infierno, antes de su resurrección por Hércules, por Cristo y otros.

Esta derivación, ó más bien *herejía*, como se la llama en el Cristianismo, es sencillamente la doctrina Brahmánica en toda su arcaica pureza. Vishnú, el segundo personaje de la trinidad inda, es también el Logos, porque luego se le hace encarnar por sí mismo en Christna. Y Lakmy (ó Lakchmy), que, como en el caso de Osiris é Isis, de En-Soph y Sephira, y de Bythos y Ennoia, es á un tiempo su esposa, hermana é hija, á través de esta interminable correlación de poderes creadores varones y hembras en la abstrusa metafísica de las antiguas filosofías, es Sophia Achamoth. Christna es el mediador prometido por Brahma á la humanidad, y representa la misma idea que el Christos Gnóstico. Y Lakmy, la mitad espiritual de Vishnú, es el emblema de la naturaleza física, la madre universal de todas las formas materiales reveladas; la mediadora y protectora de la naturaleza, como Sophia-Achamoth, que para los Gnósticos era la mediadora entre la Gran Causa y la Materia, como Christos es el mediador entre ella y la humanidad espiritual.

Este dogma Gnóstico Brahmánico es más lógico y más plausible que la alegoría del *Génesis*, y la caída del hombre. Cuando Dios maldice la primera pareja, también se le hace maldecir á la tierra y á todo cuanto en ella existe. El *Nuevo Testamento* nos da un Redentor por el primer pecado de la humanidad, que fué castigada por haber pecado; pero no se dice allí una sola palabra respecto de un Salvador que quisiera destruir la inmerecida maldición de la tierra y de los animales, que nunca habían pecado en nada. Por lo tanto, la alegoría Gnóstica demuestra mayor sentido de justicia y lógica que la Cristiana.

En el sistema Ofita, Sophia, la Sabiduría Andrógina, es también el espíritu hembra ó la nari femenina inda (Narayana), moviéndose en la superficie de las aguas, caos, ó materia futura. La vivifica de lejos, pero sin tocar el abismo de tinieblas. Es incapaz de hacerlo, pues la Sabiduría es puramente intelectual, y no puede obrar directamente sobre la materia. Por esto Sophia se ve obligada á dirigirse á su Padre Supremo; mas aunque la vida procede primariamente de la Causa Invisible y su Ennoia, ninguno de ellos, ni hasta ella misma, pueden tener nada que ver con el caos más inferior, en el cual la materia se apropia su forma definida. Así, Sophia se ve obligada á emplear en el cometido su imperfecta emanación, Sophia-Achamoth, siendo esta última de una naturaleza mixta, mitad espiritual y mitad material.

La única diferencia entre la cosmogonía Ofita y la de los Nazarenos de San Juan es un cambio de nombres. Encontramos igualmente un sistema idéntico en la *Kábala*, el *Libro del Misterio* (*Liber Mysteriorum*) (1). Todos tres sistemas, especialmente el de los Kabalistas y el de los Nazarenos, que sirvieron de *modelos* para la Cosmogonía Ofita, pertenecen al Gnosticismo Oriental puro. El *Codex Nazaræus* empieza por: «El Rey Supremo de Luz, Mano, el gran primero» (2), etcétera, siendo el último la emanación de Ferho, la desconocida VIDA sin forma. Es el jefe de los *Æones*, del cual han procedido (ó brotado) cinco refulgentes rayos de luz Divina. Mano es *Rex Lucis*, el Bythos Ennoia de los Ofitas. «*Unus est Rex Lucis in suo regno, nec ullus qui eo altior, nullus qui ejus similitudinem retulerit, nullus qui sublati oculis, viderit Coronam quæ in ejus capite est*». Él es la Luz Manifestada en torno de la más elevada de las tres cabezas Kabalísticas, la sabiduría oculta; de él emanan las tres *Vidas*. *Æbel Zivo* es el Logos revelado, Christos, el «Apóstol Gabriel», y el primer Legado ó mensajero de luz. Si Bythos y Ennoia son el Mano Nazareno, entonces la semi-espiritual, semi-material Achamoth de doble naturaleza ha de ser Fetahil vista desde su aspecto espiritual; y si se mira en su naturaleza grosera, es el «*Spiritus*» Nazareno.

Fetahil, (3) que es la reflexión de su padre, Señor Abatur, la tercera vida—como la Sophia mayor es también la tercera emanación,—es el «hombre más nuevo». Apercibiéndose de sus infructuosas tentativas para crear un mundo material perfecto, el «*Spiritus*» llama á uno de su progenie, el Karabtanos—Ilda-Baoth,—que carece de sentido ó juicio («*materia ciega*») para unirse á ella con objeto de crear algo definido fuera de esta confusa (*turbulentos*) materia, cuya misión solo pueda ella llevarla á cabo después de haber producido, gracias á su unión con Karabtanos, los siete astros. Al igual que los seis hijos ó genii del Gnóstico Ilda-Baoth, forman entonces el mundo material.

La misma historia es de nuevo repetida en cuanto á Sophia-Achamoth. Delegada por su padre puramente espiritual, la Sophia mayor, para crear el mundo de *formas visibles*, desciende al caos, y oprimida por la emanación de la materia, pierde su camino. Ambicionando crear, á pesar de todo, un mundo de materia exclusivamente suyo, se dedica á revolotear de aquí para allí, entre el oscuro abismo, comunicando vida y movimiento á los elementos inertes, hasta que, hallándose tan desesperadamente embrollada en la mate-

(1) Véase *Ibra Magna*.

(2) *Codex Nazaræus*, part. I, p. 9.

(3) Véase «*Codex Nazaræus*», I, 181. Fetahil, enviado á formar el mundo, se encuentra sumergido en el abismo de lodo, y espantado se queda hablando solo hasta que el *Spiritus* (Sophia Achamoth) se une completamente con la materia, y así crea el mundo material.

ria, se la representa como á Fetahil sumergida, sentada en el lodo, é incapaz de desembarazarse de él, y entonces, por el contacto de la misma materia produce el *Creador* del mundo material. Es el Demiurgus, llamado por los Ofitas Ilda-Baoth, y, tal como haremos ver claramente, el padre del Dios Judío, según algunas sectas, y, según otras, el mismo Señor Dios. En este punto de la cosmogonia kabalístico-gnóstica es donde comienza la *Biblia* Mosaica. Habiendo aceptado el *Antiguo Testamento* Judío por estandarte, no es extraño de que los Cristianos se vieran obligados, por la posición excepcional en que se habían colocado gracias á su propia ignorancia, á sacar de ello el mejor partido.

Los primeros grupos de Cristianos, á quienes Renan presenta numerándolos únicamente de siete á doce hombres en *cada iglesia*, pertenecían indudablemente á las clases más pobres é ignorantes. No tenían ni podían tener idea alguna de las doctrinas altamente filosóficas de los Platónicos y de los Gnósticos, y es evidente que sabían bien poco acerca de su propia religión recientemente creada. Para éstos, que, si eran Judíos, habían sido sojuzgados por el dominio tiránico de la «ley», impuesto por los príncipes de las sinagogas, y si Paganos, siempre habían estado excluidos, como todavía lo están hoy las castas más inferiores en la India de los misterios religiosos, el Dios de los Judíos y el «Padre» predicado por Jesús eran lo mismo. Las contiendas que durante los dos años siguientes á la muerte de Cristo se originaron entre los partidarios de Pablo y los de Pedro, fueron deplorables. Lo que uno hacía, el otro consideraba como un deber sagrado el deshacerlo. Si las *Homilias* son consideradas apócrifas, y no pueden en realidad ser aceptadas como una prueba infalible de la animosidad que á entrambos apóstoles enfurecía, tenemos la *Biblia*, y las pruebas que ésta nos ofrece son abundantes.

Tan desesperadamente enredado se ve Ireneo, en sus inútiles tentativas para describir, por lo menos en su aspecto exterior, las verdaderas doctrinas de las muchas sectas Gnósticas de que trata, y presentarlas al mismo tiempo como abominables «herejías», que, ya deliberadamente ó por ignorancia, de tal manera las confunde que pocos metafísicos serían capaces de desembrollarlas sin la *Kabala* y el *Codex* como sus verdaderas claves. Así, por ejemplo, ni siquiera puede decirnos la diferencia que existía entre los Sethianitas y los Ofitas y nos cuenta que ellos llamaban al «Dios de todo», *Hominem*, un HOMBRE, y á su mente el SEGUNDO hombre, ó el «*Hijo del Hombre*». Lo mismo hace Teodoreto, que vivió dos siglos después que Ireneo, y hace confuso rancho con el orden cronológico en que las diversas sectas se sucedieron unas á otras (1). Ni los Sethianitas (una rama

(1) «Ireneo», 37, y Teodoreto, citado en la misma página.

de los Nazarenos Judíos) ni los Ofitas, una secta puramente Griega, han sostenido jamás una cosa parecida. Ireneo contradice sus propias palabras describiendo en otro lugar las doctrinas de Cerinthus, el discípulo directo de Simón Mago. Dice que Cerinthus enseñaba que el mundo no fué creado por el PRIMER DIOS, sino por una virtud (*virtus*) ó poder, un *Æón* tan distante de la Primera Causa que hasta desconocía á AQUEL que está por encima de todas las cosas. Este *Æón* dominó á Jesús, le engendró físicamente por medio de José, de una que no era virgen, sino sencillamente la esposa de aquel José, y Jesús nació como todos los demás hombres; considerado bajo este aspecto físico de su naturaleza, Jesús era llamado el «hijo del hombre». Únicamente fué después de su *bautismo* que *Christos*, el ungido, descendió del Reino de lo alto en forma de paloma, y entonces anunció el Padre DESCONOCIDO por medio de Jesús (1).

Por lo tanto, si Jesús era considerado físicamente como un hijo de hombre, y espiritualmente como el *Christos*, que le protegía, cómo podía entonces el «DIOS DE TODO», el «Padre Desconocido», ser llamado por los *Gnósticos*, *Homo*, un HOMBRE, y su Mente, Ennoia, el SEGUNDO hombre, ó *Hijo de Hombre*? Ni en la *Kábala* Oriental, ni en el Gnosticismo, fué jamás antropomorfizado el «Dios de todo». Son solo la primera, ó más bien las segundas emanaciones, pues Sefhira, Shekinah, Abismo, y otras virtudes femeninas primeramente manifestadas también son emanaciones que se las llama «hombres primitivos». Así, Adam-Kadmon, Ennoia (ó Sigé), en resumen, los *logoi*, son los «unigénitos», pero no los *Hijos* de Hombre, cuya denominación corresponde propiamente á *Christos*, el hijo de Sophia (la mayor) y del hombre primitivo que le produce por medio de su propia luz vivificadora que emana del manantial ó *causa* de todo; de aquí también la *causa* de su luz, el «Padre Desconocido».

En la metafísica Gnóstica existe una gran diferencia entre el primer Logos no revelado y el «ungido», que es *Christos*. Ennoia puede ser llamado, según Philo lo entiende, el *Segundo* Dios, pero sólo él es el «Hombre Primitivo» y el Primero, y por ningún concepto el Segundo, como Teodoreto é Ireneo pretenden. Es únicamente el deseo inveterado de estos últimos de relacionar á Jesús de cualquier manera posible, hasta en las *Herejtas*, con el Dios Más Elevado, que les ha conducido á tantas falsificaciones.

Tal identificación con el Dios *Desconocido*, hasta respecto de *Christos* —el ungido,—el *Æón* que le protegía por no hablar siquiera del hombre Jesús, jamás pasó por la cabeza de los Gnósticos, ni siquiera por la de los apóstoles directos, ni por la de Pablo, cualquiera que sean las falsedades posteriores que puedan haberse añadido.

(1) Idem á la nota anterior, I, XXV.

Cuán atrevidas y desesperadas eran muchas de tales deliberadas falsificaciones fué demostrado en las primeras tentativas para comparar los manuscritos originales con los posteriores. En la edición del Obispo Horsley de las obras de sir Isaac Newton, fueron cautelosamente apartados de la publicación varios manuscritos sobre materias teológicas. El artículo conocido por el *Descenso de Cristo a los Infernos*, que existe en el último Credo de los Apóstoles, no se halla en los manuscritos del siglo cuarto ni del sexto. Fué una evidente interpolación copiada de las fábulas de Baco y de Hércules, é impuesta á la Cristiandad como un artículo de fé. Referente á este uso, el autor del prefacio para el *Catálogo de los Manuscritos de la Librería de King* (prefacio, p. XXI) observa: «Yo deseo que la inserción del artículo del *Descenso de Cristo al infierno*, en el Credo de los Apóstoles, pueda ser también considerada como la *inserción* del versículo citado» (*Primera Epístola de Juan*, v 7) (1).

Ahora bien, este versículo dice: «Pues existen tres que llevan los protocolos en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres forman uno». Este versículo, «destinado á ser leído en las Iglesias», se sabe ahora que es apócrifo. No se encuentra en ninguno de los manuscritos Griegos, excepto uno en Berlín que fué copiado de alguna paráfrasis intercalada entre renglones. En las ediciones primera y segunda de Erasmo, impresas en 1516 y en 1519, está omitida esta alusión á los tres testigos celestiales; y el texto no está contenido en ninguno de los manuscritos Griegos que fueron escritos antes del siglo quince (2). No está mencionado ni por los escritores eclesiásticos Griegos, ni por los primeros Padres Latinos, tan ansiosos de lanzarse sobre cualquier prueba que sirviera de apoyo á su trinidad; y fué omitido por Lutero en su versión Alemana. Edward Gibbon fué el primero en señalar su carácter espurio. El Arzobispo Newcome lo rechazó y el Obispo de Lincoln expresa su convicción de que es falso (3). Existen veinte y ocho autores Griegos—incluyendo á Ireneo, Clemente y á Anastasio—que ni lo citan ni lo mencionan; y diez y siete autores Latinos, contando entre ellos á Agustín, Jerónimo, Ambrosio, Cipriano y al Papa Eusebio, que parecen ignorarlo completamente. «Es evidente que si el texto de los testigos celestes hubiese sido conocido desde el principio del Cristianismo, buena prisa se hubieran dado los antiguos en apoderarse de él insertándolo en sus credos, citándolo repetidamente en contra de los

(1) Véase el Prefacio al «Nuevo Testamento Apócrifo», Londres, impreso por Hone, Ludgate Hill, 1820.

(2) «Está citado por primera vez por Virgilius Tapsensis, un escritor Latino sin crédito alguno, al final del siglo quinto, y se sospecha fuera quien lo inventó.»

(3) «Elementos de Teología», vol. II, p. 90, nota.



herejes y escogiéndolo como el más brillante ornamento de cada libro que escribieron sobre el asunto de la Trinidad.»(1)

Así se derrumba la columna trinitaria más vigorosa. Otra falsedad no menos manifiesta es la cita de las palabras de Sir Isaac Newton por el editor del *Nuevo Testamento Apócrifo*. Newton observa que lo que los latinos han hecho en este texto (*Primera Epístola de Juan*, v) lo han hecho los Griegos en el de San Pablo (Timoteo, III, 16). Porque, cambiando *oz* en *ez*, abreviatura de *εως*, (Dios), en el manuscrito Alejandrino, del cual se hicieron las copias subsiguientes, leen ellos ahora: «*Grande es el misterio de Santidad, DIOS manifestado en la carne*»; mientras que todas las Iglesias durante los primeros cuatro ó cinco siglos y los autores de todas las antiguas versiones, lo mismo Jerónimo que los demás, leen: «*Grande es el misterio de santidad EL CUAL FUÉ manifestado en la carne*». Newton añade que ahora que las disputas acerca de esta falsificación están sobre el tapete, los que leen DIOS hecho manifiesto en la carne, en lugar de *santidad que fué* manifestada en la carne, consideran este párrafo «uno de los textos más manifiestos y pertinentes al asunto».

Y ahora preguntamos otra vez: ¿quiénes fueron los primeros Cristianos? Aquellos que desde luego eran convertidos por la elocuente simplicidad de Pablo, que les prometió, en nombre de Jesús, *libertad* de las humillantes servidumbres del clericalismo. Ellos sólo comprendían una cosa: que eran los «hijos de la promesa» (Gálatas, IV, 28). La «alegoría» de la *Biblia Mosaica* no les había sido revelada; la alianza «del Monte Sinai que engendró *la esclavitud*» era Agar (Idem, 24), la antigua sinagoga Judía, y ella estaba en «cautiverio con sus hijos» en Jerusalén, la nueva y la libre, «la madre de todos nosotros.» Por una parte la Sinagoga y la Ley, que perseguían á todo el que se atrevía á cruzar el estrecho sendero de la hipocresía y del dogmatismo; por la otra, el Paganismo (2) con sus grandes

(1) «Cartas á Travis» de Parson, 8vo, p. 402.

(2) La palabra «Paganismo» es en realidad usada con vacilación por muchos escritores modernos. El profesor Alexander Wilder, en su edición del «Lenguaje Simbólico del Arte Antiguo y de la Mitología» de Payne Knight, dice: «El Paganismo ha degenerado en jerga y está empleado generalmente en un sentido más ó menos denigrante. La expresión más correcta habría debido ser 'los antiguos cultos étnicos', pero difícilmente habría sido comprendido su verdadero sentido, y por lo tanto hemos adoptado la palabra en su uso popular, pero no sin respeto. Una religión que puede desenvolver un Platón, un Epitecto y un Anaxágoras no es grosera ni superficial, ni completamente indigna de sincera atención. Además, muchos de los ritos y doctrinas comprendidos así en las Instituciones Cristianas como en las Judías aparecieron previamente en los otros sistemas. El Zoroastrismo se anticipó mucho más de lo que se ha imaginado. La cruz, los trajes y signos sacerdotales, los sacramentos, el Sábado, las fiestas y aniversarios, todos son millares de años anteriores á la era Cristiana. El antiguo culto, después que hubo sido excluido de sus primeros altares y de las ciudades metropolitanas, fué sostenido largo tiempo por los habitantes de las localidades humildes. A este grupo deben su última denominación. Por haberlo conservado en los *Pagi*, ó distritos rurales, sus fieles fueron llamados *Paganos* ó provinciales».

verdades filosóficas apartadas de la vista; revelándose únicamente á los pocos y dejando á las masas desamparadas buscando en vano descubrir quién era *el* dios en medio de este repleto panteón de deidades y sub-deidades. A otros, el apóstol de la Circuncisión, sostenido por todos sus secuaces, les prometía, si obedecían á la «ley,» una vida futura y una resurrección de la cual ellos no tenían ninguna idea previa. Al mismo tiempo, jamás perdía la ocasión de contradecir á Pablo sin nombrarle, pero indicándole tan claramente, que es casi imposible dudar de á quién Pedro se refería. Mientras pudo convertir á algunos hombres, ya sea que creyesen en la resurrección Mosaica prometida por los Fariseos, ó estuviesen sumidos en las doctrinas nihilistas de los Saduceos, ó perteneciesen al gentilismo politeísta del populacho pagano, ó no tuvieran de la vida futura más que un lúgubre vacío, no podemos pensar que la obra de contradicción tan sistemáticamente llevada á cabo por ambos apóstoles ayudara mucho en trabajos para lograr prosélitos. En las clases ilustradas y pensadoras obtuvieron muy poco éxito, como claramente lo demuestra la historia eclesiástica. Dónde estaba la verdad; en dónde la palabra inspirada de Dios? Por una parte, como hemos visto, oían al apóstol Pablo explicando lo de las dos alianzas, «las cuales son una alegoría», la antigua del Monte Sinaí, «que engendró el cautiverio», era *Agar*, la mujer-esclava; y el mismo Monte Sinaí respondía á «Jerusalén», que ahora está en «cautiverio» con sus hijos circuncisos —y la nueva alianza significaba Jesu-Cristo,—la «Jerusalén que está en alto y libre»; y por la otra, oían á Pedro, «que le contradecía y hasta le ultrajaba». Pablo exclama vehementemente: «Arrojad fuera á la cautiva y á su hijo» (la antigua *ley* y la sinagoga). «El hijo de la cautiva no será heredero con el hijo de la mujer libre». «Manteneos firmes, por lo tanto, en la libertad con la cual Cristo nos hizo libres, y no os enredéis de nuevo en el yugo de la esclavitud... Mirad. Yo, Pablo, os lo digo, que si sois circuncidados, Cristo no os aprovechará para nada» (Gal. v, 2). Qué es lo que hallamos en los escritos de Pedro? A quién se refiere cuando dice: «Estos que pronuncian palabras altisonantes é hinchadas de vanidad... Mientras les prometen *libertad*, ellos mismos son siervos de corrupción, pues por aquello de que un hombre está dominado de aquello mismo pasa á ser esclavizado. Porque si *ellos han escapado* de la polución del mundo gracias al conocimiento del Señor y Salvador, están de nuevo encenagados en la misma y vencidos... *mucho mejor hubiera sido para ellos no haber conocido el camino de la justicia* que, después de haberlo conocido, apartarse del santo *mandamiento que les había sido transmitido*». (Segunda Epístola).

No podía ciertamente referirse Pedro á los Gnósticos, pues nunca les había sido transmitido el santo mandamiento; á Pablo sí.

Ellos jamás habían prometido á nadie la «libertad» de la esclavitud, pero Pablo lo había hecho repetidas veces. Además, este último desecha la «Antigua Alianza», Agar la esclava; y Pedro se afirma en ella. Pablo aconseja al pueblo en contra de los *poderes* y *dignidades* (los ángeles más inferiores de los kabalistas); y Pedro, como se verá más adelante, los respeta y *acusa á aquellos que no lo hacen*. Pedro predica la circuncisión, y Pablo la prohíbe.

Posteriormente, cuando todas estas extraordinarias falsedades, contradicciones, disensiones é invenciones, fueron á la fuerza introducidas en un molde cuidadosamente elaborado por la carta episcopal de la nueva religión, llamada Cristianismo; y la misma descripción caótica astutamente guardada de un escrutinio demasiado minucioso por una serie de castigos terribles y anatemas Eclesiásticos que mantenían alejado al curioso bajo el falso pretexto de sacrilegio y profanación de los misterios divinos, y se hubieron sacrificado millones de seres humanos en nombre del Dios de Misericordia—entonces vino la Reforma. Merece ciertamente este nombre en su verdadero sentido paradójico. Abandonó á Pedro, y declara haber escogido á Pablo como su único guía. Y el apóstol que tronó en contra de la antigua ley de la esclavitud; que dejó en plena libertad á los Cristianos para observar el Sábado ó desecharlo; que rechaza todo lo anterior á Juan el Bautista, es ahora el porta-estandarte oficial del Protestantismo, que se sostiene en la ley antigua más que los Judíos, encarcela á todos aquellos que consideran el Sábado como Jesús y Pablo hacían, y sobrepuja á la sinagoga del siglo primero en intolerancia dógmática.

Pero quiénes *eran*, pues, los primeros Cristianos?, puede preguntarse todavía. Indudablemente los Ebionitas; y en esto seguimos la autoridad de los mejores críticos. «No puede haber la menor duda de que el autor (de las *Homilias Clementinas*) era un representante del *Gnosticismo* Ebionítico, que en un tiempo *ha sido la forma más pura del Cristianismo...*» (1) Y quiénes eran los Ebionitas? Los discípulos y secuaces de los primitivos Nazarenos, los Gnósticos kabalistas. En el prefacio del *Codex Nazaræus*, el traductor dice: «Que los Nazarenos tampoco desechasen los... *Æones* es natural. Pues entre los Ebionitas que los conocían (los *Æones*), estos eran los instructores» (2).

Encontramos, además, á Epifanio, el Homero Cristiano de *Las Herejias*, que nos dice que «Ebion tenía la opinión de los Nazarenos, la forma de los Cerinthios (los cuales sostenían la fábula de que el mundo había sido compuesto por ángeles), y la denominación de

(1) «Super. Relig.», vol. II, p. 5.

(2) Norberg: Prefacio á «Cod. Naz.», p. v.

Cristianos» (1). Denominación aplicada realmente á ellos más correctamente que á los ortodoxos (asi llamados) Cristianos de la escuela de Ireneo y del Vaticano posterior. Renan presenta á los Ebionitas contando entre los de su secta á todos los sobrevivientes parientes de Jesús. Juan el Bautista, su primo y *precursor*, era el Salvador aceptado por los Nazarenos, y su profeta. Sus discípulos habitaban al otro lado del Jordán, y la escena del bautismo en el mismo está probada clara é indudablemente por el autor de *Sod, el Hijo del Hombre*, haberse verificado en un sitio en que se adoraba á Adonis (2). «Sobre el Jordán, y más allá del lago vivian los Nazarenos, secta que se dice existía ya cuando nació Jesús, y ésta le contaba entre sus miembros. Debieron extenderse hacia el Oriente del Jordán y del sud-este entre los Arabes (gálat. I 17, 21; ii 11) y Sabeanos en la dirección de Bosra; y además deben haber ido á lo lejos del Norte, por el Libano á Antioquia, así como por el Noreste hacia la colonia Nazarena en Berœa, donde S. Jerónimo la encontró. En el desierto, los Misterios de Adonis podían todavía haber prevalecido; en las montañas, *Aiai Adonai* era todavía un clamor»(3).

«Habiendo estado unidos (conjunctus) á los Nazarenos, cada uno (Ebionita) comunicaba al otro sus propias maldades, y decidieron que Cristo *era de la progenie de un hombre*», escribe Epifanio.

Y si así lo hacían, debemos suponer que sabían más ellos acerca de su profeta contemporáneo que Epifanio 400 años después. Teodoro, como hemos visto en otra parte, describe á los Nazarenos como Judíos que «honraban al Ungido como á un hombre justo», y usan el *evangelio* llamado «según Pedro». Jerónimo encuentra el *evangelio* auténtico y original, escrito en Hebreo por Mateo el apóstol publicano, en la biblioteca coleccionada en Cæsárea por el mártir Pámpilius. «Yo obtuve permiso de los Nazarenos, que en Berœa de Siria usaban este (evangelio) para traducirlo», escribe hacia el final del siglo cuarto (4). «En el *evangelio* que los Nazarenos y Ebionitas usan», añade Jerónimo, «el cual he traducido recientemente del Hebreo al Griego (5), y que la mayoría de personas lo llaman el *verdadero evangelio de Mateo*», etc.

Que los apóstoles recibieron una «doctrina secreta» de Jesús, y

(1) Epiph: «Contra Ebionitas».

(2) Véase el prefacio, de p. 1 á 34.

(3) Idem, p. 7, prefacio.

(4) Hierónymus: «De Virus», illust., cap. 3. «Es notable que, mientras todos los Padres de la Iglesia dicen que Mateo escribió en *Hebreo*, todos ellos emplean el texto griego como la legítima escritura apostólica, sin mencionar qué relación hay entre Mateo *Hebreo* y el Griego nuestro! Tenía muchas *adiciones peculiares* que faltan en nuestro evangelio». (Olshausen: «Nachweis der Echtheit der sämtlichen Schritten des Neuen Test.», p. 32; Dunlap: «Sod, el Hijo del Hombre», p. 44).

(5) Hierónymus: «Commen. á Mateo», lib. II, ch. XII, 13. Jerónimo añade que fué escrito en lengua Caldea, pero con letras Hebreas.

que él mismo enseñaba una, es evidente por las siguientes palabras de Jerónimo, que lo confesó en un momento de descuido. Escribiendo á los Obispos Chromatius y Heliodorus, se lamenta de que «un trabajo difícil pesa sobre de mí, desde el momento en que me ha sido esta traducción *encomendada* por vuestras Felicidades, que *el mismo* San Mateo el Apóstol Evangelista no quiso que FUESE ABIERTAMENTE ESCRITA. Pues si no hubiese sido SECRETA, él (Mateo) hubiera añadido al *evangelio* lo que publicó como suyo, pero él compuso este libro cerrándolo con los caracteres Hebreos, disponiéndolo además *de tal modo* que, estando el libro escrito en letras Hebreas, y de *su propia mano*, pudiese ser adquirido *por los hombres más religiosos*, los cuales también, en el transcurso del tiempo, lo recibían de los que les han precedido. Pero este mismo libro jamás lo han entregado á nadie para ser copiado y su texto lo han explicado unos en un sentido y otros en otro»(1). Y añade más adelante en la misma página: «Y sucedió que, habiendo sido este libro publicado por un discípulo de Maniqueo llamado Seleuco, que también escribió falsamente *Los Hechos de los Apóstoles*, dió material no para servir de adelanto, sino de destrucción, y que este libro fué aprobado en un sínodo en el cual justamente los oídos de la Iglesia rehusaron escucharlo»(2)

Él mismo admite que el libro que él certifica haberlo escrito *Mateo por su propia mano*, á pesar de haberlo traducido él dos veces, casi no lo entendía, porque era un arcano, ó un *secreto*. Sin embargo, Jerónimo, con toda frescura, echa abajo como *heréticos* todos los comentarios sobre el mismo menos los suyos; aun más, Jerónimo sabía que este *evangelio original de Mateo* era el que exponía la doctrina verdadera de Cristo, y que era la obra de un evangelista que fué el amigo y compañero de Jesús. Él sabía que si de los dos *Evangelios*, el Hebreo en cuestión, y el Griego perteneciente á nuestra Escritura actual, uno era adulterado, y por lo tanto herético, no era el de los Nazarenos; y, á pesar de todo, sabiendo todo esto, Jerónimo se vuelve más celoso que nunca en sus persecuciones contra los «Herejes». Por qué? Porque el aceptarlo equivalía á leer la sentencia de muerte de la Iglesia establecida. El *Evangelio según los*

(1) «S. Jerónimo», V, 445. «Sod, el Hijo del Hombre», p. 46.

(2) Esto ha de tenerse en cuenta también para comprender el porqué fueran desechadas las obras de Justino Martir, que usaba únicamente este «Evangelio según los Hebreos», como también hacía, muy probablemente, su discípulo Ticiano. En qué último periodo fué plenamente establecida la *divinidad* de Cristo podemos juzgarlo por el mero hecho de que ni aun en el siglo cuarto no denuncia Eusebio dicho libro como adulterado, sino que únicamente lo clasifica tal como el Apocalipsis de Juan; y Credner («Zur Gesch. Des Kan.», p. 120) presenta á Nicéphoro insertándolo, junto con la Revelación, en su «Stichometría», entre los Antilegomena. Los Ebionitas, *genuinos* Cristianos primitivos, desechando el resto de los escritos apostólicos, hacían uso únicamente de este Evangelio («Adv. Hær.», I, 26), y los Ebionitas, según Epifanio declara, creían firmemente, con los Nazarenos, que Jesús no era sino un hombre «de la progeñie de un hombre».

*Hebreos* era no más que demasiado bien conocido, por haber sido el único aceptado durante cuatro siglos por los Judíos Cristianos, los Nazarenos y los Ebionitas. Y ninguno de estos últimos admitía la *divinidad* de Cristo.

Si los comentarios de Jerónimo sobre los Profetas, su famosa *Vulgata*, y numerosos tratados polemistas son todos tan dignos de crédito como esta versión del *Evangelio según Mateo*, entonces tendremos verdaderamente una divina revelación!

Por qué maravillarse de los insondables misterios de la religión Cristiana, desde el momento en que es perfectamente *humana*? No tenemos una carta escrita por uno de los más reputados Padres de la Iglesia á este mismo Jerónimo, la cual demuestra mejor que volúmenes enteros su política tradicional? Esto es lo que *San Gregorio Nazianzeno* escribió á su amigo y confidente *San Jerónimo*: —«Nada puede imponerse mejor á un pueblo que la palabrería; cuanto menos comprenden, más admiran. Nuestros padres y doctores han dicho con frecuencia no lo que ellos pensaban, sino aquello á que las circunstancias y la necesidad les obligaban».

Pero volvamos á nuestra *Sophia-Achamot* y á la creencia de los verdaderos Cristianos primitivos.

Después de haber producido *Ilda-Baoth*, *Ilda* de ילד, un niño, y *Baoth* de ברוך, el huevo, ó בחרה, *Baoth*, un desierto, una desolación, *Sophia-Achamot* sufrió tanto con el contacto de la materia, que, después de esfuerzos extraordinarios, escapa por fin del cenagoso caos. Aunque no conocía la *pleroma*, la región de su madre, llegó al espacio medio, y logró sacudirse de encima las porciones materiales que se habían adherido á su naturaleza espiritual; después de lo cual construye inmediatamente una fuerte borrasca entre el mundo de las inteligencias (espíritus) y el mundo de la materia. Así que *Ilda Baoth* es el «hijo de las tinieblas», el creador de nuestro perverso mundo (la parte física del mundo). Sigue el ejemplo de *Bythos* y produce de sí mismo siete espíritus astrales (hijos). Todos ellos son á su propia imagen y reflejos uno de otro, los cuales se vuelven más oscuros á medida que se apartan sucesivamente de su padre. Con este habitan todos ellos siete regiones dispuestas escalonadamente comenzando debajo del espacio medio la región de su madre *Sophia Achamot*, y terminando en nuestra tierra, la *séptima* region. Constituye así los genios de las siete esferas planetarias, de las cuales la más inferior es la región de nuestra tierra (la esfera que la circunda, nuestro éter). Los respectivos nombres de los genios de estas esferas son: *Jove* (*Jehovah*), *Sabaoth*, *Adonai*, *Eloi*, *Ouraiois*, *Astaphaiois* (1). Los cuatros primeros, como todos sabemos, son los nombres del

(1) Véase «Gnósticos» de King, p. 31.

«Señor Dios» Judío (1), el cual, como C. W. King dice: «está rebajado así por los Ofitas, con los nombres de los subordinados del Creador; los dos últimos corresponden á los genios del fuego y del agua».

Ilda-Baoth, á quien varias sectas consideraban como el Dios de Moisés, no era un espíritu puro: era ambicioso y soberbio, y, despreciando la luz espiritual del espacio medio que le ofreció su madre Sophia-Achamot, se puso á crear un mundo á su hechura. Auxiliado por sus hijos, los seis genios planetarios, creó al hombre, pero esto le resultó un fracaso. Era un monstruo; sin alma, ignorante, arrastrándose á gatas por la tierra ó como una bestia material. Ilda-Baoth se vió obligado á implorar el auxilio de su madre espiritual. Ella le comunicó un rayo de su luz divina, y así animó al hombre, dotándole de una alma. Y aquí empezó la animosidad de Ilda-Baoth contra su propia creación. Siguiendo el impulso de la luz divina, el hombre se remontó más y más en sus aspiraciones; muy pronto comenzó á presentar, no la imagen de su Creador Ilda-Baoth, sino más bien la del Ser Supremo, el «hombre primitivo», Ennoia. Entonces el Demiurgos quedó colmado de rabia y de envidia; y, fijando su ojo envidioso en el abismo de la materia, sus miradas emponzoñadas de pasión fueron repentinamente reflejadas en el mismo como en un espejo; el reflejo se animó, y allí se levantó Satán del abismo, la serpiente, Ophiomorphos, «la encarnación de la envidia y de la astucia. Él es la unión de todo lo que hay en la materia de más ruín con el odio, envidia y fraude en una inteligencia espiritual» (2).

Después de lo cual, rencoroso siempre por la perfección del hombre, Ilda-Baoth creó los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, con todos los malos instintos y propiedades. Impotente para aniquilar el Arbol de la Ciencia, que crece en su esfera, como en cada una de las regiones planetarias, pero resuelto á separar al «hombre» de su protectora espiritual, Ilda-Baoth le prohíbe comer su fruto, por temor de que revele á la humanidad los misterios del mundo superior. Pero Sophia-Achamoth, que quería y protegía al hombre, á quien ella había animado, envió á su propio genio Ophis en forma de serpiente para inducir al hombre á que quebrantara un mandato tan egoísta é injusto. Y el «hombre» se hizo repentinamente capaz de comprender los misterios de la creación.

Ilda-Baoth se vengó castigando á la primera pareja, pues el hombre con su *inteligencia* se había ya procurado una compañera de su mitad espiritual y material. Él encerró al hombre y á la mujer

(1) Este Yove, Iao ó Jehovah es completamente distinto del Dios de los Misterios, IAO, considerado como sagrado por todas las naciones de la antigüedad. Ahora haremos ver la diferencia.

(2) «Gnósticos» de King.

en una cárcel de materia, en el cuerpo tan indigno de su naturaleza, dentro del cual está todavía el hombre esclavizado. Pero Achamoth todavía le protegió. Estableció entre su región celestial y el «hombre» una corriente de luz divina, y estuvo proporcionándole constantemente esta iluminación *espiritual*.

Luego siguen alegorías dando cuerpo á la idea del dualismo, ó sea la lucha entre el bien y el mal, el espíritu y la materia, que se encuentra en todas las cosmogonias, y cuyo origen también se puede ver en la India. Los tipos y ante-tipos representan á los héroes del Panteón Gnóstico, sacados de las más antiguas épocas mythopeicas. Pero, en estos personajes, Ophis y Ophiomorphos, Sophia y Sophia-Achamoth, Adam-Kadmon y Adam, los genios planetarios y los divinos Æones, podemos también reconocer muy fácilmente los modelos de nuestras copias bíblicas, los patriarcas personificados. Los arcángeles, ángeles, virtudes y poderes se encuentran todos, bajo otros nombres, en los *Vedas* y en el sistema Buddhista. El Avéstico Ser Supremo, Zero-ana, ó «Tiempo sin límites», es el tipo de todos estos Gnósticos ó Kabalísticos «Abismos», «Coronas», y hasta del En-Soph Caldeo. Los seis Amshaspends, creados por medio del «Verbo» de Ormazd, el «Primogénito», tienen sus reflexiones en Bythos y sus emanaciones, y el ante-tipo de Ormazd-Ahrimán y sus *deus* también entran en la composición de Ilda-Baoth y sus seis *materiales* genios planetarios, aunque no completamente malos.

Achamoth, afligida por los males que pesan sobre la humanidad, no obstante su protección, suplica á Sophia, su madre celestial—su antetipo,—que alcance del ABISMO DESCONOCIDO, que envíe á Christos (el hijo y emanación de la «Virgen Celestial») en auxilio de la humanidad que perece. Ilda-Baoth, y sus seis hijos de materia, están apartando la luz divina de la humanidad. El hombre debe ser salvado. Ilda-Baoth ha enviado ya á su propio agente, Juan el Bautista, de la raza de Seth, al cual protege, en calidad de profeta para su pueblo; pero solo un pequeño número le escucharon: los Nazarenos, los antagonistas de los Judíos, en razón de adorar á Iurbo-Adunai (1). Achamoth había asegurado á su hijo, Ilda-Baoth, que el reino de Cristo sería solo temporal, y así le indujo á enviar al predecesor ó precursor. Además ella *fué causa* de que *él* diese lugar al nacimiento del *hombre* Jesús de la Virgen María, su propio tipo en la tierra, pues la creación de un personaje material tan sólo podía ser obra del Demiurgo, para no caer en las atribuciones de un poder más elevado. Tan pronto como nació Jesús, Christos, el perfecto, uniéndose á sí mismo con Sophia (sabiduría y espiritualidad), descendió á

(1) Iurbo y Adunai, según los Ofitas, son nombres de Iao-Jehovah, una de las emanaciones de Ilda-Baoth. «Iurbo es llamado por los Abortos (los Judíos) Adunai». (Codex Nazaraeus, vol. III, p. 73).



las siete regiones planetarias, asumiendo en cada una de ellas una forma análoga, y ocultando su verdadera naturaleza á sus genios respectivos, al paso que atraía hacia sí los destellos de luz divina que ellos conservaban en esencia. Así, Christos entró en el *hombre* Jesús en el momento de ser bautizado en el Jordán. Desde entonces Jesús empezó á hacer milagros; antes de lo cual había ignorado por completo su misión (1).

Al descubrir Ilda-Baoth que Christos iba á acabar con su propio reino de materia, incitó á los Judíos en contra suya, y Jesús fué condenado á muerte (2). Cuando estaba en la Cruz, Christos y Sophia abandonaron su cuerpo y volvieron á su propia esfera. El cuerpo del hombre Jesús fué abandonado á la tierra, pero le fué dado un cuerpo formado de *éter* (alma astral). «Desde entonces en adelante, quedó constituido solamente *alma y espíritu*, lo cual fué el motivo de que los discípulos no le reconocían después de su resurrección. En este estado espiritual de *simulacrum*, Jesús permaneció en la tierra durante diez y ocho meses después de su resurrección. Durante esta última estancia recibió de Sophia aquella ciencia perfecta, aquella verdadera *Gnosis*, que comunicó á algunos pocos de entre los apóstoles *aptos para recibirla*».

«Ascendiendo luego al espacio medio, está sentado á la derecha de Ilda-Baoth, pero sin que éste le perciba, y allí recoge á todas las almas que habrán sido purificadas por el conocimiento de Cristo. Cuando haya recogido toda la luz espiritual que en la materia existe, sacándola del imperio de Ilda-Baoth, se habrá cumplido la redención, y el mundo será destruido. Tal es el significado de la re-absorción de toda la luz espiritual, de donde descendió en su origen».

Lo anterior procede de la descripción dada por Teodoreto, y adoptada por King en sus *Gnósticos*, con adiciones de Epifanio y de Ireneo. Pero el primero dá una versión muy imperfecta aliñada en parte con las descripciones de Ireneo, y en parte por sus propios conocimientos acerca de los últimos Ofitas, quienes, hacia el final del siglo tercero, se habían ya mezclado con otras varias sectas. También Ireneo les confunde con frecuencia, y ninguno de ellos da correctamente la verdadera teogonía de los Ofitas. Exceptuando un cambio de nombres,

(1) King: «Los Gnósticos y sus Restos», p. 31.

(2) En el «Evangelio de Nicodemus», Ilda-Baoth es llamado *Satán* por su piadoso y anónimo autor; evidentemente una de las últimas burlas dirigidas al enemigo destruido. «En cuanto á mí», dice Satán excusándose ante el príncipe del Infierno, «yo he tentado (á Jesús) y he sublevado á mi antiguo pueblo (los Judíos) contra él» (Cap. XV, 9). De todos los ejemplos de Cristiana ingratitud, éste casi parece el más aparente. A los pobres Judíos, por de pronto, les son robados sus libros sagrados, y después, en un «Evangelio» falso, son insultados como representantes de Satán, que les llama su «antiguo pueblo». Si ellos constituían su pueblo, y al propio tiempo eran «el pueblo escogido de Dios», en este caso el nombre de este Dios debe ser Satán y no Jehovah. Esto es lógico, pero dudamos si puede ser visto como una lisonja dirigida al «Señor Dios de Israel».

la teogonía ante descrita es la de todos los Gnósticos, y también la de los Nazarenos. Ophis es únicamente el sucesor del Egipcio *Chnupis*, la *Buena Serpiente* con una radiante cabeza de león, y era conservada desde la antigüedad más remota como un emblema de la sabiduría, ó Thauth, el instructor y Salvador de la humanidad, el «Hijo de Dios». «¡Oh, los hombres, vivid sobriamente, ... conquistad vuestra inmortalidad!», exclama Hermes, el tres veces grande Trismegistus. «Instructor y guía de la humanidad, Yo os conduciré á la salvación». Así es que los mas antiguos sectarios consideraban á Ophis, el Agathodæmon, como idéntico á Cristos; siendo la serpiente el emblema de la sabiduría celestial y de la eternidad, y en el caso presente el antetipo de la serpiente Chnupis Egipcia. Estos Gnósticos, los más primitivos de nuestra era Cristiana, sostenían: «Que habiendo emitido el supremo Æón otros Æones de sí mismo, uno de ellos, una hembra, *Prunnikos* (concupiscencia), descendió al caos, de donde, incapaz de escapar, quedó suspendida en el espacio medio por estar demasiado obstruida por la materia para volver arriba, y no poder caer más abajo, donde no habia nada afín con su naturaleza. Entonces ella creó á su hijo Ilda—Baoth, el Dios de los Judios, el cual, á su vez, produjo siete Æones ó ángeles, (1) que crearon los siete cielos».

En esta pluralidad de cielos los Cristianos creyeron desde el principio, pues encontramos á Pablo enseñando su existencia, y hablando de un hombre «arrebataado al *tercer* cielo» (2 Corintios, XIII). «A estos siete ángeles, Ilda-Baoth les ocultó todo cuanto estaba por encima de él, á fin de que no conocieran algo que le fuera superior (2). Entonces ellos crearon al hombre á imagen de su Padre (3), pero encorvado y arrastrándose por la tierra como un gusano. Mas deseando la madre celeste, Prunnikos, privar á Ilda-Baoth del poder con que inadvertidamente le había dotado, introdujo en el hombre un destello celestial, el espíritu. Inmediatamente se levantó el hombre sobre sus pies, remontó *su mente* más allá de los límites de las siete esferas y glorificó al Padre Supremo, *A Aquel que está por encima de Ilda-Baoth*. Por lo cual este último, lleno de celos, dirigió la vista hacia el depósito más inferior de la materia y engendró una potencia en forma de serpiente, á la cual ellos (los Ofitas) llaman su hijo. Eva, obedeciéndolo-

(1) Este es el sistema Nazareno; el Spiritus, después de unirse con Karabtanos (*materia*, turbulenta é insensible), produce en el orcus *siete astros mal dispuestos*, «Siete figuras» que ella conserva «faltas de inteligencia» («Codex Nazaræus,» I, p. 118). Justino Mártir evidentemente adopta esta idea, pues nos habla de «los profetas sagrados, que dicen que uno y el mismo *espíritu* está dividido en *siete* espíritus» (pneumata). «Justin ad Græcos;» «Sod,» vol. II, p. 52. En el Apocalipsis, el Espíritu Santo está subdividido en «*siete* espíritus» ante el trono, según la manera de clasificar Persa-Mithraítica.

(2) Este ciertamente se parece al «Dios Celoso» de los Judios.

(3) Son los *Elohim* (plural) quienes crearon á Adam y los que no desean que el hombre se convierta como en uno de *Nosotros*.

la como al hijo de Dios, fué atraída á comer del fruto del Arbol de la ciencia»(1).

Es un hecho evidente por sí mismo que la serpiente del *Génesis*, que aparece repentinamente y sin ninguna introducción preliminar, ha debido ser el antetipo de los Archi-Devs Persas, cuya cabeza es Ash-Mogh, la «serpiente de dos pies, de las mentiras». Si la Serpiente de la Biblia fué privada de sus miembros antes de tentar á la mujer al pecado, por qué especifica Dios como un castigo que ella se arrastrara «sobre su vientre»? Nadie ha de suponer que se paseaba sobre la extremidad de su cola.

Esta controversia acerca de la supremacía de Jehovah entre los Presbíteros y los Padres por una parte, y los Gnósticos, los Nazarenos y todas las sectas declaradas heterodoxas, como último recurso, por la otra, duró hasta los días de Constantino y mucho después. Que las ideas peculiares de los Gnósticos acerca de la *genealogía* de Jehovah, ó sobre el verdadero lugar que debía asignarse en el Panteón Cristiano—Gnóstico, al Dios de los Judíos, no fueron al principio consideradas ni como blasfemas ni heterodoxas, es evidente por la diferencia de opiniones sostenidas sobre este punto por Clemente de Alejandría, por ejemplo, y Tertuliano. El primero, que parece haber conocido á Basilides mejor que nadie, nada vió de heterodoxo ó censurable en las opiniones místicas y trascendentales del nuevo Reformador. «A sus ojos», observa el autor de *Los Gnósticos*, refiriéndose á Clemente, «Basilides no era un herético, ó sea un innovador, respecto de las doctrinas de la Iglesia Cristiana, sino un nuevo filósofo teosófico que procuraba expresar *antiguas verdades* bajo formas nuevas y quizás combinarlas con la nueva fé, cuya verdad no podía él admitir sin renunciar necesariamente á la antigua, igual que sucede con los Indos ilustrados de nuestros días» (2).

No ocurre esto con Ireneo y Tertuliano (3). Las obras principales de este último *contra los Heréticos* fueron escritas después de haberse separado de la Iglesia Católica, cuando él mismo se habla alistado entre los celosos secuaces de Montano, y rebosan mala fé y una fanática prevención (4). Exageró cada una de las opiniones Gnósti-

(1) Teodoreto: «Hæret.»; Gnósticos de King.

(2) «Los Gnósticos y sus Restos», p. 78.

(3) Algunas personas sostienen que era Obispo de Roma; otras que de Cartago.

(4) Su obra de controversia, dirigida contra la que se llama Iglesia ortodoxa —la Católica—, no obstante su acritud y su acostumbrado estilo de censura, es mucho más justa, considerando que del «Gran Africano» se dice que fué expulsado de la Iglesia de Roma. Si creemos á S. Jerónimo, no fué más que la envidia y las inmerecidas calumnias del primitivo clero Romano, contra Tertuliano, las que le obligaron á renunciar á la Iglesia Católica y convertirse en un Montanista. No obstante, si la ilimitada admiración de S. Cipriano, que llama á Tertuliano el «Maestro», y su apreciación del mismo fueron merecidas, hallaríamos menos error y paganismo en la Iglesia de Roma. La expresión de Vincent de Lerius, «que cada palabra de Tertuliano era una sentencia, y cada sentencia

cas hasta convertirlas en un monstruoso absurdo, y sus argumentos no están fundados en razonamientos coercitivos, sino sencillamente en la ciega estupidez de un sectario fanático. Discutiendo á Basilides, el «piadoso, divino, y filósofo teosófico», como le consideraba Clemente de Alejandría, exclama Tertuliano: «Después de esto, Basilides, el *hereje*, se desmanda (1). Él ha sostenido que existe un Dios Supremo, con el nombre de Abraxas, por el cual la Mente ha sido creada y á la que los Griegos llaman *Nous*. De ella emanó el Verbo; del Verbo, la Providencia; de la Providencia, la Virtud y la Sabiduría; de estas dos virtudes fueron formados además *Principados* (2) y *Poderes*; de allí infinitas producciones y emisiones de ángeles. Entre los ángeles más inferiores, realmente, y aquellos que formaron este mundo, coloca él, *después de todos*, al dios de los Judíos, al cual niega que sea el mismo Dios, afirmando que solo es uno de los ángeles» (3).

Sería igualmente inútil referirse á los apóstoles directos de Cristo, y presentarlos como sosteniendo en sus controversias que Jesús jamás hizo diferencia alguna entre su «Padre» y el «Señor Dios» de Moisés. Pues en las *Homilias Clementinas*, en las cuales existen los mayores argumentos sobre el asunto, como se ve en las disputas que se dice tuvieron lugar entre Pedro y Simón el Mago, está también hoy día probado que fueron falsamente atribuidas á Clemente el Romano. Esta obra, si ha sido escrita por un Ebionista—como el autor de *Religión Sobrenatural* declara, lo mismo que algunos otros comentadores,(4)—debe haber sido escrita mucho tiempo después del periodo Paulino, que generalmente se le señala, ó la disputa acerca de la identidad de Jehovah con Dios, el «Padre de Jesús», ha sido desnaturalizada por interpolaciones posteriores. Esta disputa está en su misma ciencia en contradicción con las primitivas doctrinas de los Ebionitas. Estos últimos, como lo han demostrado Epifanio y Teodoreto, eran los secuaces directos de la secta de los

un triunfo *sobre el error*», no nos parece muy feliz, cuando pensamos en el respeto concedido á Tertuliano por la Iglesia de Roma, no obstante su parcial apostasía y los *errores* en los cuales esta última está sumida todavía, y que ha impuesto al mundo como dogmas *infallibles*.

(1) No eran acaso las opiniones de Montano, el Obispo Frigio, también condenadas como una *HEREJÍA* por la Iglesia de Roma? Es completamente extraordinario el ver cuán fácilmente el Vaticano da alientos á los ultrajes de un Tertuliano *herético* contra otro *herético* Basilides, cuando los insultos le sirven para favorecer sus propios fines.

(2) No habla el mismo Pablo de *Principados* y *Potestades* en los lugares celestes (Efesios III, 10; I, 21), y confiesa que existen muchos *dioses* y muchos Señores (Kurios)? Y ángeles, potestades (Dunameis) y *Principados*? (Véase I Corintios, VIII, 5; y Epístola á los Romanos, VIII, 88).

(3) Tertuliano: «Præscript.»

(4) Baur; Credner; Hilgenfeld; Kirchofer; Lechler; Nicolas; Ritschl; Schwegler; Westcott, y Zeller; véase «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 2.

Nazarenos (1) (los Sabeanos), los «Discípulos de Juan». Él dice, sin que dé lugar á dudas, que los Ebionitas creían en los *Æones* (emanaciones), que los Nazarenos eran sus *instructores*, y que «cada uno de ellos comunicaba al otro sus propios pecados». Por lo tanto, teniendo las mismas creencias que los Nazarenos, un Ebionita no hubiera favorecido tanto á la doctrina sostenida por Pedro en las *Homilias*. Tanto los antiguos Nazarenos como los últimos, cuyas opiniones están comprendidas en el *Codex Nazaræus*, nunca llamaron á Jehovah de otro modo que *Adonai*, *Iurbo*, el Dios de los *Abortos* (2) (los Judíos ortodoxos). Guardaban ellos sus creencias y dogmas religiosos tan *secretamente* que hasta Epifanio, que escribía ya de tan antiguo como es el final del siglo cuarto, (3) confiesa su ignorancia respecto de su verdadera doctrina. «No ocupándose del nombre de Jesús», dice el Obispo de Salamis, «ni se llaman á sí mismo *Iessaenos*, ni continúan conservando el nombre de Judíos, ni se apellidan Cristianos, sino *Nazarenos*... Confiesan la resurrección de los muertos... pero, respecto de Cristo, *no puedo decir* si lo consideran *meramente como un hombre*, ó, como realmente es, confiesan que nació de la Virgen por medio del *Santo Pneuma*»(4).

Mientras que Simón Mago arguye en las *Homilias* desde el punto de partida de todos los Gnósticos (incluyendo á Nazarenos y Ebionitas), Pedro, como un verdadero apóstol de la circuncisión, se mantiene en la antigua Ley, y, por de contado, busca la manera de combinar su creencia en la divinidad de Cristo con su antigua Fé en el «Señor Dios», ex-protector del «pueblo escogido». Como hace ver el autor de *Religión Sobrenatural*, el Epítome (5), «una mezcla de las otras dos, escritas probablemente con la intención de purgarlas de doctrinas heréticas» (6), y, de común acuerdo con una gran mayoría de críticos, no asigna á las *Homilias* una fecha más antigua que el final del siglo tercero, por lo cual podemos muy bien inferir que deben diferenciarse muchísimo de su original, si es que haya existido. Simón Mago prueba, en toda la obra, que el Demiurgo, el Arquitecto del Mundo, no es la Deidad más elevada; y funda sus aserciones en las palabras del mismo Jesús, quien afirma repetidas veces que «ningún hombre conoció al Padre». En las *Homilias* se

(1) Véase Epifanio: «Contra Ebionitas».

(2) Los Ofitas, por ejemplo, hicieron de Adonai el tercer hijo de Ilda-Baoth, un genio maligno, y, al igual que de sus otros cinco hermanos, un enemigo constante y adversario del hombre, cuyo divino é inmortal espíritu le daba los medios de convertirse en el rival de estos genios.

(3) El Obispo de Salamis murió en 403 D. Cristo.

(4) «Epifanio», I, 122 y 123.

(5) Las «Clementinas» están compuestas de tres partes, á saber: las *Homilias*, las *Recogniciones*, y un Epítome.

(6) «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 2.

hace que Pedro rechace, con gran muestra de indignación, el aserto de que los Patriarcas no habían sido considerados dignos de conocer al Padre, á lo que Simón se opone de nuevo citando las palabras de Jesús, el cual da gracias al «Señor de los Cielos y la tierra de que lo que había sido ocultado á los sabios» él lo había «revelado á los niños», probando muy lógicamente que, según estas mismas palabras, los Patriarcas no podían haber conocido al «Padre». A su vez, después, Pedro arguye que la expresión «lo que está *oculto* para los sabios» se refería á los *misterios* ocultos de la creación (1).

Por lo tanto, esta argumentación de Pedro, aunque hubiese emanado del mismo apóstol, en lugar de ser una «novela religiosa», como la llama el autor de *Religión Sobrenatural*, no probaría nada en absoluto en favor de la identidad del Dios de los Judíos con el «Padre» de Jesús. Todo lo más únicamente demostraría que Pedro había sido, desde el principio hasta el fin, «un apóstol de la circuncisión», un Judío fiel á su antigua ley, y un defensor del *Antiguo Testamento*. Esta explicación prueba, además, la flojedad de la causa que defiende, pues vemos en el apóstol á un hombre que, á pesar de sus relaciones en extremo íntimas con Jesús, nada puede proporcionarnos como una prueba directa de que él siempre pensó enseñar, con sus predicaciones, que la Paternidad toda bondad y sabiduría que predicaba era el áspero y vengativo tronador del Monte Sinal. Pero lo que de nuevo prueban las *Homilías* es nuestra aserción de que existía una doctrina secreta predicada por Jesús á los poquísimos que fueron considerados dignos de ser depositarios y guardianes. Y Pedro decía: «Nosotros recordamos que nuestro Señor y Maestro, á manera de mandato, nos dijo: 'guarda los misterios para mí y los hijos de mi casa.' Por lo cual, también él explica reservadamente á sus discípulos los *misterios de los reinos de los cielos*» (2).

Si ahora nos fijamos en el hecho de que una parte de los Misterios de los «Paganos» consistía en los ἀπορήτα, *aporrheta*, ó discursos secretos, y que eran de la misma naturaleza las secretas *Logia* ó discursos de Jesús contenidos en el *Evangelio según Mateo* original, cuya significación é interpretación confesaba S. Jerónimo ser para él «un trabajo difícil» de ejecutar, y si recordamos, además, que solo muy pocos de los más escogidos eran admitidos para algunos de los Misterios del interior ó finales, y que, finalmente, era de entre aquellos de donde se escogían todos los ministros de los santos ritos «Paganos», comprenderemos entonces claramente esta expresión de Jesús citada por Pedro: «Guarda los *Misterios para mí y los hijos de mi casa*», ó sea, de mi doctrina. Y si lo interpretamos bien, no pode-

(1) «Homilías», XVIII, 1-15.

(2) «Homilías Clementinas»; «Religión Sobrenatural», vol. II.

mos eludir el pensar que esta «secreta» doctrina de Jesús, y hasta sus expresiones técnicas, que no son más que otras tantas repeticiones de la mística fraseología Gnóstica y Neo-Platónica; decimos que esta doctrina estaba fundada en la misma filosofía trascendente de la *Gnosis* Oriental, como el resto de las religiones de aquellos remotísimos tiempos. Que ninguna de las últimas sectas Cristianas, á despecho de su jactancia, han sido sus herederas, es evidente por las contradicciones, desatinos y groseros arreglos de los errores de cada siglo precedente por los descubrimientos del que le sucedía. Estas equivocaciones, en cierto número de manuscritos que se pretende sean auténticos, son algunas veces tan ridículos como si llevaran marcada en su cara la señal de ser falsificaciones. Así, por ejemplo, la completa ignorancia de algunos campeones patrísticos de los mismos evangelios que pretendían defender. Hemos citado la acusación de Tertuliano y de Epifanio contra Marción, por haber mutilado el *Evangelio* atribuido á Lucas, suprimiendo del mismo lo que en la actualidad está probado que de ninguna manera ha existido nunca en dicho Evangelio. Finalmente, el método adoptado por Juan de expresarse por medio de parábolas, con el cual no hacía más que seguir el ejemplo de su secta, es atribuido en las *Homilias* á una profecía de *Isaías*! A Pedro se le hace advertir: «Pues *Isaías* dijo: 'Yo abriré mi boca con parábolas, y revelaré cosas que han sido guardadas en secreto desde la fundación del mundo'». Esta errónea referencia á *Isaías* de una sentencia dada en los Salmos LXXVIII, 2, se encuentra no solo en las *Homilias* apócrifas, sino también en el *Codex* Sináítico. Comentando el hecho en *Religión Sobrenatural*, dice el autor que «Porfirio, en el siglo tercero, echa en cara á los Cristianos esta errónea atribución que su inspirado evangelista hace á *Isaías* de un párrafo de un *Salmo*, que puso á los Padres en un grave apuro» (1). Eusebio y Jerónimo intentaron salir de la dificultad atribuyendo la equivocación á un «escriba ignorante»; y Jerónimo llega hasta el punto de asegurar que el nombre de *Isaías* jamás figuró á continuación de dicha sentencia en ninguno de los antiguos códices, sino que en su lugar se halló el nombre de «Asaph», pero «hombres *ignorantes* lo quitaron» (2). A esto el autor observa de nuevo: «el hecho es que el leer *Asaph* por *Isaías* no se encuentra en ninguno de los manuscritos sobresalientes; y, aunque *Isaías* ha desaparecido de todos exceptuando unos pocos códices oscuros, no puede negarse que antiguamente el nombre figuraba en el texto. En el *Codex* Sináítico, que es probablemente el manuscrito más antiguo que existe... y el cual se supone sea del

(1) «Religión Sobrenatural», p. 11.

(2) Hierón.:«Opp.»,VII, p. 270, ff.;«Religión Sobrenatural», p. 11.

siglo cuarto», añade, «el Profeta *Isaias* ha figurado en el texto por haberlo puesto la primera mano, pero *está borrado* por la segunda» (1).

Es un hecho muy significativo que no exista ni una sola palabra, en lo que se llama las sagradas *Escrituras*, para demostrar que Jesús era considerado como un Dios por sus discípulos. Ni antes ni después de su muerte, le tributaron honores divinos. Sus relaciones con él eran únicamente las de discípulos y «maestro»; con cuyo nombre se le dirigían, igual que hacían los de Pitágoras y Platón al dirigirse á sus respectivos maestros cuando estaban en su presencia. Cualquiera que sean las palabras que hayan sido puestas en boca de Jesús, Pedro, Juan, Pablo y otros, no existe el menor acto de adoración establecido por parte suya, ni el mismo Jesús declaró nunca su identidad con *su Padre*. Acusaba á los Fariseos de *apedrear* á sus profetas, pero no de *deicidas*. Se llamaba á sí mismo el hijo de Dios, pero tuvo cuidado de indicar repetidamente que todos ellos eran hijos de Dios, el cual era el Padre celestial de todos. Al predicar así, no hacía más que repetir una doctrina enseñada muchos siglos antes por Hermes, Platón y por otros filósofos. Extraña contradicción! Jesús, á quien se nos inculca que adoremos como á un Dios viviente, le encontramos inmediatamente después de su Resurrección diciendo á María Magdalena: «Yo no he ascendido todavía hacia *mi Padre*, pero voy hacia mis hermanos, y á decirles: Yo asciendo hacia *mi Padre* y *vuestro Padre*, y hacia *mi Dios* y *vuestro Dios!*» (Juan xx, 17).

Demuestra esto que él se identificara á sí propio con su Padre? «*Mi Padre* y *vuestro Padre*, *mi Dios* y *vuestro Dios*» implica, por su parte, un deseo de que se le considere bajo el aspecto de una perfecta igualdad con sus hermanos, nada más. Teodoreto escribe: «Los herejes concuerdan con nosotros respetando el principio de todas las cosas... Pero ellos dicen que no existe un Cristo (Dios), sino uno arriba y otro abajo. Y este último *primeramente habitó en muchos*; pero *El Jesús* dicen unas veces que es *de Dios*, y otras le llaman un ESPÍRITU»(2). Este espíritu es el Cristo, el *mensajero* de vida, el cual unas veces es llamado el Ángel *Gabriel* (en Hebreo el poder de Dios) y entre los Gnósticos ocupa el lugar del Logos, mientras que el Espíritu Santo era considerado *Vida*, (3). Entre la secta de los Nazarenos, sin embargo, al Spiritus, ó Espíritu Santo, se le concedía menos honor. Mientras casi cada una de las sectas Gnósticas lo consideraban como un Poder Femenino, sea que le llamasen *Binah*, בְּרִיחַ, Sophia, la Divina Inteligencia, para la secta Nazarena

(1) Hierón.: «Opp.», VII, p. 270, ff.; «Religión Sobrenatural», p. 11.

(2) Teodoreto: «Hæret. Fab.» II, VII.

(3) Véase «Ireneo» I, XII, p. 86.



era el *Spiritus Femenino*, la luz astral, la generatriz de todas las cosas materiales, el caos en su aspecto malo, enturbiado (*turbido*) por el Demiurgo. En la creación del hombre, «era luz al lado del PADRE, y era luz (luz material) al lado de la MADRE. Y esto es el *hombre doble*», (1) dice el *Sohar*. «Aquel día (el último) perecerán los siete astros mal dispuestos; también los hijos del hombre, que han confesado el *Spiritus*, el (falso) Mesías, el Deus, y la MADRE del SPIRITUS perecerán» (2).

Jesús reforzó y enseñó sus doctrinas con signos y maravillas; y si dejamos aparte las pretensiones adelantadas en favor suyo por los que le divinizaron, no hizo sino lo que hicieron otros Kabalistas; y únicamente ellos, en aquella época en que por espacio de dos siglos las fuentes de profecía se hubieron completamente agotado, y por su causa se estancaron los «milagros» públicos, fueron el origen del escepticismo de la incrédula secta de los Sadduceos. Describiendo las «herejías» de aquellos tiempos, Teodoreto, que no tenía la menor idea del significado oculto de la palabra *Christos*, el *mensajero*, se queja de que ellos (los Gnósticos) afirman *que este Mensajero ó Delegatus cambie su cuerpo de tiempo en tiempo «y vaya á otros cuerpos, y cada vez se manifieste de un modo distinto*. Y estos (los profetas iluminados) hacen uso de encantos é invocaciones á varios demonios y de bautismos en la confesión de sus principios... Ellos abrazan la astrología y la magia y el error matemático» (?), dice (3).

Este «error matemático», del cual el piadoso escritor se queja, condujo otra vez posteriormente al nuevo descubrimiento del sistema heliocéntrico, tan erróneo como pueda todavía ser, y olvidado desde los tiempos de otro «mago» que lo enseñaba: Pitágoras. Así, las maravillas curativas y los *thaums* de Jesús, que comunicaba á los que le seguían, demuestran que estos iban aprendiendo, en sus relaciones diarias con él, la teoría y la práctica de la nueva ética, día por día, y en la comunicación familiar de íntima amistad. Su fe iba desenvolviéndose progresivamente, lo mismo que la de todos los neófitos, á medida que aumentaban sus conocimientos. Hemos de recordar que Josefo, que con toda seguridad debe haber estado bien informado del asunto, llama al arte de expeler demonios «una ciencia». Este aumento en la fe está claramente demostrado en el caso de Pedro, quien, á pesar de haberle faltado la fé suficiente para sostenerse mientras andaba sobre las aguas yendo á su maestro desde la barca, llegó á ser al fin tan experto taumaturgo que se dice que Simón Mago le ofreció dinero para que le enseñara el secreto de curar, y otras maravillas. Y se nos presenta á Felipe, que llegó á

(1) «Auszüge aus dem Sohar», p. 12.

(2) «Cod. Naz.» vol. II, p. 149.

(3) Theodoret: «Haeret. Fab.» II, VII.

ser convertido en un Æthrobático tan bueno como Abaris de Pitagórica memoria, pero menos experto que Simón Mago.

Ni en las *Homilias*, ni en ninguna de las otras obras primitivas de los Apóstoles, existe nada que demuestre que ni sus amigos ni sus secuaces miraban á Jesús sino como algo más que un profeta. La idea está claramente expuesta en las *Clementinas*. Exceptuando que se concede á Pedro demasiada latitud para establecer la identidad del Dios Mosaico con el Padre de Jesús, la obra entera está dedicada al Monoteísmo. El autor se presenta tan mal dispuesto contra el Politeísmo como contra la concesión de la divinidad á Cristo (1). Parece estar en completa ignorancia del Logos y sus especulaciones se circunscriben á Sophia, la sabiduría Gnóstica. No existe allí traza alguna de una trinidad hipostática, sino que la misma iluminación de la «sabiduría» Gnóstica (Christos y Sophia) se atribuye para él á Jesús, como á los de Adam, Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Moisés (2). Estos personajes están colocados todos al mismo nivel, y se les llama verdaderos profetas, y las «siete columnas del mundo». Aún más, Pedro niega resueltamente la caída de Adam, y con él la doctrina de la redención tal como la enseña la teología Cristiana, que derrumba por completo, *pues la combate como una blasfemia* (3). La teoría de Pedro acerca del pecado es la de los Kabalistas Judíos, y hasta en cierto sentido Platónica. Adam no tan solo no pecó jamás, sino que, «como un verdadero profeta poseido del Espiritu de Dios, como después poseyó Jesús, *no podía pecar*»(4). En resumen, toda la obra expone la creencia del autor en la doctrina Kabalística de la permutación. La *Kábala* enseña la doctrina de la transmigración del Espiritu (5). «Mosah es la *revolutio* de Seth y Hebel»(6).

«Dime quién es que lleva á cabo el *re-nacimiento* (la *revolutio*?)», se le pregunta al sabio Hermes. «El Hijo de Dios, *único hombre*, por la voluntad de Dios», es la contestación del pagano (7).

«El Hijo de Dios» es el espíritu inmortal asignado á cada uno de los seres humanos. Es esta entidad divina la que es el *único hombre*, pues la cáscara que contiene nuestra alma, y el alma misma, tan solo son entidades á medias, y sin su iluminación, ambos, cuerpo y alma astral, no resultan más que una *dúada* animal. Es necesaria

(1) «Homilias» xvi, 15 ff.; ii, 12; iii, 57-59; x, 19. Schliemann: «Die Clementinem», p. 134 ff.; «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 349.

(2) «Homilias», iii, 20 f.; ii, 16-18, etc.

(3) Idem, iii, 20 ff.

(4) Schliemann: «Die Clementinem», p. 130-176; citado también en «Religión Sobrenatural», p. 342.

(5) Nos ocuparemos de esta doctrina más adelante.

(6) «Kabbala Denudata», vol. II, p. 155; «Vallis Regia».

(7) «Hermes», x, IV, 21-23.

una trinidad para constituir el «hombre» completo, y permitirle el que renazca inmortal en cada «renacimiento», ó *revolutio*, al través de las esferas subsiguientes y ascendentes, cada una de las cuales le aproxima más al refulgente reino de la luz eterna y *absoluta*.

«EL PRIMER NACIDO de Dios, que es el santo Velo, la Luz de Luces, es él quien envía la *revolutio* del Delegatus, porque él es el primer *Poder*», dice el Kabalista (1).

«El Pneuma (espíritu) y el dunamis (poder), el cual es de Dios, es justo no considerar á ningún otro más que al *Logos*, que es también (?) Primogénito en cuanto á Dios», arguye un Cristiano (2).

«Angeles y potestades existen en los cielos!», dice Justino, exponiendo así una doctrina puramente kabalística. Los Cristianos la adoptaron del *Sohar* y de las sectas heréticas, y si Jesús los mencionaba, no fué en las Sinagogas oficiales donde aprendió la teoría, sino directamente en las enseñanzas kabalísticas. En los libros Mosaicos, bien poco se les menciona, y Moisés, que mantenía relaciones directas con el «Señor Dios», se preocupa muy poco de ellos. La doctrina era secreta y condenada como herética por la sinagoga ortodoxa. Josefo llama herejes á los Esenios, diciendo: «Los que son admitidos entre los Esenios deben jurar no comunicar sus doctrinas á nadie más como no sea tal como ellos mismos las han recibido, é igualmente preservar los libros pertenecientes á su secta y los nombres de los ángeles» (3). Los Sadduceos no creían en ángeles, como tampoco los Gentiles iniciados, los cuales mantenían su Olympus para los dioses y semi-dioses, ó «espíritus». Tan solo los kabalistas y teurgistas sostuvieron aquella doctrina desde tiempo inmemorial, y, como consecuencia, Platón y, después de él, Philo Judæus, á quienes siguieron los Gnósticos primero y después los Cristianos.

Así pues, si Josefo no escribió nunca la famosa interpolación inventada por Eusebio, referente á Jesús, por otro lado ha escrito en los Esenios todos los rasgos principales que encontramos en primer lugar en el Nazareno. Cuando rezaban, buscaban la soledad (4). «Cuando quieras rezar, entra en tu gabinete... y ruega á tu Padre en secreto» (Mateo VI, 6). «Cualquier cosa dicha por ellos es más segura que mi juramento. Evitan el jurar» (Josefo II, VIII, 6). «Pero yo os digo: no juréis... pero que vuestra contestación sea: sí, sí; no, no». (Mateo V, 34-37).

Los Nazarenos, lo mismo que los Esenios y los Terapeutas, creían más en sus propias interpretaciones del «sentido oculto» de

(1) Idra-Magna: «Kabbala Denudata».

(2) Justino Mártir: «Apol.», vol. II, p. 74.

(3) Josefo: «Guerras» II, cap. 8, sec. 7.

(4) Véase Josefo; Philón; Munk (35). Eusebio menciona su *semneion*, en donde verificaban ellos los misterios de una vida retirada («Historia Eclesiástica», lib. II, c. 17).

las más antiguas Escrituras, que en las últimas leyes de Moisés. Jesús, como ya hemos visto antes, sentía muy poca veneración por los mandamientos de su predecesor, con el cual tan ansioso está Ireneo de relacionarle.

Los Esenios «entran en las casas de *aquellos á quienes nunca han visto antes*, como si fuesen sus íntimos amigos» (Josefo II, VIII, 4). Es innegable que tal era la costumbre de Jesús y de sus discípulos.

Epifanio, que coloca á la «herejía» Ebionita al mismo nivel que la de los Nazarenos, también observa que los Nazaraioi vienen inmediatamente después que los Cerinthios (1), tan vituperados por Ireneo (2).

Munk, en su obra *La Palestina*, afirma que existían allí 4.000 Esenios viviendo en el desierto (3); que tenían sus libros místicos, y vaticinaban lo futuro. Los Nabatheanos, realmente con muy pocas diferencias, participaban de igual creencia que los Nazarenos y Sabeanos; y todos ellos honraban más á Juan el Bautista que á su sucesor Jesús. El Persa Iezidi dice que en un principio vinieron á Siria desde Busrah. Hacen uso del bautismo, y creen en siete arcángeles, aunque al propio tiempo rinden culto á Satán. Su profeta Iezed, que floreció mucho tiempo antes que Mahoma, (4) enseñaba que Dios enviaría un mensajero y que este último le revelaría un libro que está ya escrito en los cielos desde la eternidad (5). Los Nabatheanos vivían en el Líbano, como hacen sus descendientes hoy día, y su religión era desde su origen puramente Kabalística. Maimónides habla de ellos como si los identificase con los Sabeanos. «Yo te haré mención de los escritos... respecto de las creencias é instituciones de los *Sabeanos*», dice. «El más famoso es el libro *La Agricultura de los Nabatheanos*, que ha sido traducido por Ibn Wahhijah. Este libro está lleno de locuras Paganas... Habla de las preparaciones de TALISMANES, los destructores de los poderes de los ESPÍRITUS, MÁGICOS, DEMONIOS, y gulas, que tienen sus viviendas en el desierto» (6).

Existen tradiciones entre las tribus que viven diseminadas *más allá* del Jordán, como también las hay muchas entre los descendientes

(1) «Epifanio», ed. Petau, I, p. 117.

(2) Cerinthus es el mismo Gnóstico—un contemporáneo de Juan el Evangelista—acerca del cual Ireneo inventó la anécdota siguiente: «Allí están los que le oyeron (Policarpo) decir que Juan, el discípulo del Señor, yendo á bañarse en Efeso, y viendo á Cerinthus dentro, salió de repente fuera de la casa de baños... gritando: 'Huyamos, no sea que la casa de baños se derrumbe, estando en ella Cerinthus, el enemigo de la verdad'». (Ireneo: «Adv. Hær.» III, 3, § 4).

(3) Munk: «Palestina», p. 525; «Sod, el Hijo del Hombre».

(4) «Haxthausen», p. 229.

(5) «Shahrastani»; Dr. D. Chwolsohn: «Die Ssabier und der Ssabismus», II, p. 625.

(6) Maimónides, citado en Dr. D. Chwolsohn; «Die Ssabier und der Ssabismus», II, p. 458.

de los Samaritanos en Damasco, Gaza y en Naplosa (la antigua Shechem). Muchas de estas tribus, á pesar de diez y ocho siglos de persecuciones, han conservado la fé de sus padres en su primitiva sencillez. Allí es donde tenemos que ir á buscar tradiciones fundadas en verdades *históricas*, por desfiguradas que estén por la exageración y el descuido, y compararlas con las leyendas religiosas de los Padres, á las cuales ellos llaman revelación. Dice Eusebio que, antes del sitio de Jerusalén, la pequeña comunidad Cristiana—que constaba de miembros que, si no todos, por lo menos muchos de ellos habían conocido personalmente á Jesús y á sus apóstoles—se refugió en la pequeña ciudad de Pella, situada en la orilla opuesta del Jordán. Es indudable que este pueblo sencillo, separado durante siglos del resto del mundo, debe haber conservado sus tradiciones más puras que ninguna de las demás naciones! En Palestina es donde hemos de buscar las aguas más *crystalinas* del Cristianismo, admitiendo que es el manantial de origen. Los primeros Cristianos, después de la muerte de Jesús, estuvieron todos reunidos durante una temporada, ya fueran Ebionistas, Nazarenos, Gnósticos ú otros. En aquellos días no existían dogmas Cristianos, y su Cristianismo consistía en creer que Jesús era un profeta, variando únicamente su creencia en considerarle simplemente un «hombre justo» (1), ó un santo é inspirado profeta, un vehículo empleado por Christos y Sophía para manifestarse á ellos por su mediación. Todos éstos se mantuvieron unidos en oposición á la Sinagoga, y á los tiránicos tecnicismos de los fariseos, hasta que el grupo primitivo se dividió en dos distintas ramas—á las cuales podemos llamar, correctamente, los Cristianos kabalistas de la Escuela Tanaim Judía, y los Cristianos kabalistas de la Gnosis Platónica (2). La primera estaba representada por el partido compuesto de los secuaces de Pedro y de Juan, el Autor del *Apocalipsis*, y la segunda estaba constituida por la Cristiandad Paulina, yendo á mezclarse al final del siglo segundo con la filosofía Platónica, y absorbiendo, más tarde aún, á las sectas Gnósticas, cuyos símbolos y mal comprendido misticismo fueron á rebosar sobre la Iglesia de Roma.

En medio de este cúmulo de contradicciones, qué Cristiano está en lo seguro al confesarse como á tal? En el antiguo *Evangelio siríaco según Lucas* (III, 22), se dice que el Espíritu Santo descendió en forma de paloma. «Jesús, lleno del Espíritu sagrado, volvió del Jordán, y el Espíritu le condujo al desierto» (antiguo Siríaco, *Lucas*, IV, 1, *Tre-*

(1) «Vosotros habéis condenado y matado al Santo», dice Jaime en su epístola á las doce tribus.

(2) Porfirio hace una distinción entre lo que él llama la *filosofía antigua ú Oriental*, y el sistema Griego propiamente dicho, el de los Neo-Platónicos. King dice que todas estas religiones y sistemas son ramas de una religión antigua y común, la Asiática ó Budhística («Gnósticos y sus Restos», p. 1).

*mellius*). «La dificultad», dice Dunlap, «estaba en que los Evangelios declaraban que Juan el Bautista vió al Espíritu (el Poder de Dios) que descendió sobre Jesús cuando hubo llegado á la edad viril, y si el Espíritu descendió entonces sobre él por vez primera, tenía algún fundamento la opinión de los Ebionitas y Nazarenos, que negaban su anterior existencia, y no le concedían los atributos del LOGOS. Los Gnósticos, por otra parte, se oponían á la carne, pero admitían el LOGOS»(1).

El *Apocalipsis* de Juan y las explicaciones de Obispos Cristianos sinceros como Sinesius, el cual se había adherido al fin á las doctrinas Platónicas, nos hacen pensar que el camino más recto y seguro es conservar aquella sencilla fe primitiva que parece haber animado al Obispo citado anteriormente. Este, el mejor, el más sincero y el más desgraciado de los Cristianos, dirigiéndose á lo «Desconocido», exclama: «¡Oh, Padre de los mundos... Padre de los *Æones*... *Artífice de los Dioses*, santificado es el orar!». Pero Sinesius tenía á Hypatia por maestro y á esto es debido el que le encontremos confesando con toda sinceridad sus opiniones y su profesión de fe. «La plebe no desea otra cosa que ser engañada..., por lo tanto, en lo que á mí se refiere, *seré siempre un filósofo para conmigo mismo*, pero para la gente *he de ser un sacerdote*».

«Santo es Dios, el Padre de todos los seres, santo es Dios, cuya sabiduría es puesta en acción por medio de sus propios Poderes!... Bendito eres Tú, que por medio del Verbo lo has creado todo! Por lo tanto yo creo en TI, de Ti doy testimonio, y voy á la VIDA y la LUZ» (2). Así habla Hermes Trismegisto, el gentil divino. ¿Qué obispo Cristiano pudo haber dicho algo mejor que esto?

La aparente discrepancia de los cuatro Evangelios considerados en conjunto no impide que cada una de las narraciones expuestas en el *Nuevo Testamento*—por muy desfiguradas que estén—contengan una sólida base de verdad. A ésta se han añadido astutamente detalles forzados para satisfacer las exigencias posteriores de la Iglesia. De este modo, apoyados en parte por la evidencia indirecta, y aún más por la fe ciega, se han convertido con el tiempo en artículos de fe. Hasta la fingida degollación de los «Inocentes» por el rey Herodes tiene cierto fundamento en su sentido alegórico. Aparte del hecho nuevamente descubierto de que la historia completa de tal degollación de Inocentes está tomada por entero del Bhagavad Gitá indo de las tradiciones Brahmánicas, la leyenda se refiere, sin embargo, alegóricamente, á un hecho histórico. El Rey Herodes es el tipo de Kansa, el tirano de Madura, el tío materno de Christna, á

(1) «Sod, el Hijo del Hombre».

(2) «Hermes Trismegistus», pp. 86, 87 y 90.

quien los astrólogos pronosticaron que un hijo de su sobrina Devaki le arrebatara el trono. Por lo tanto, da orden de matar al niño que de ella ha nacido. Pero Christna se libra de su furia gracias á la protección de Mahadeva (El Gran Dios), que hace de modo que el niño sea conducido á otra ciudad, fuera del alcance de Kansa. Después de lo cual, con objeto de estar seguro y de matar al niño verdadero, en el cual no logró aplicar sus asesinas manos, hace Kansa matar á todos los varones de su reino recién nacidos. Christna es adorado también por los *gopas* (los pastores) del campo.

Aunque esta antigua leyenda inda tiene un parecido muy sospechoso con la moderna novela bíblica, Gaffarel y otros atribuyen el origen de esta última á las persecuciones de kabalistas y *Hombres Sabios* que no se hablan mantenido estrictamente ortodoxos durante el reinado de Herodes. Estos últimos, lo mismo que los profetas, eran llamados los «Inocentes» y los «Niños», por razón de su beatitud. Como es el caso en ciertos grados de la moderna Masonería, los adeptos contaban su grado de iniciación por medio de una edad simbólica. Así Saúl, que cuando fué elegido rey era «un hombre escogido y bondadoso» y que «de sus hombros para arriba era más alto que ninguno de los del pueblo», está descrito en las versiones Católicas como un «niño de un año cuando empezó á reinar», lo cual, tomado en su sentido literal, es un absurdo evidente. Pero en *I Samuel X* están descritas su unción por Samuel y su iniciación, y en el versículo 6.º, Samuel emplea este significativo lenguaje: «... el Espíritu del Señor vendrá sobre tí, y tú profetizarás con ellos y serás convertido en otro hombre». La frase anteriormente citada se hace así clara: había recibido un grado de iniciación, y estaba descrito simbólicamente como «un niño de un año». La *Biblia* Católica, de la cual está tomado el texto, dice con encantadora inocencia en una nota: «Es extremadamente difícil el explicarlo» (la significación de que Saúl era un niño de un año). Pero, impávido ante cualquier dificultad, el Editor, sin embargo, toma á su cargo la tarea de explicarlo y añade: «Un niño de un año». Es decir, «era bueno y parecido á un niño inocente». Una interpretación tan ingeniosa como piadosa, y que, si no hace ningún bien, tampoco hace ningún mal (1).

(1) La interpretación correcta de las alegorías de la Biblia es lo que irrita tanto al Clero Católico hacia los Protestantes que libremente escudriñan la Biblia. El grado de acritud á que este sentimiento ha llegado podemos juzgarlo por las siguientes palabras del Reverendo Padre Parker de Hyde Park, New York, quien, predicando en la Iglesia Católica de Santa Teresa, el 10 de Diciembre de 1876, dice: «A quién debe la Iglesia Protestante el estar en posesión de su Biblia, que quieren poner en manos de toda persona ignorante y de toda criatura? A manos monásticas, que laboriosamente la copiaron antes de la época de la imprenta. El Protestantismo ha producido discusión en la Iglesia, rebeliones y convulsiones en el Estado, corrupción en la vida social, y no estará satisfecho hasta que eche á la Biblia por los suelos! Los Protestantes deben admitir que la Iglesia

Si la explicación de los kabalistas es desechada, entonces el asunto viene á parar completamente en la confusión; peor aún, puesto que se convierte en un plagio directo de la leyenda inda. Todos los comentadores han convenido en que una verdadera matanza de niños en ninguna parte es mencionada por la historia; y que además un suceso de tal naturaleza hubiera marcado una página tan sangrienta en los anales de los Romanos, que su memoria nos hubiera sido conservada por algunos de los autores de aquellos días. El mismo Herodes estaba sujeto á la ley Romana é indudablemente con su propia vida hubiera pagado la pena por un crimen tan monstruoso. Pero si por una parte no poseemos el más ligero indicio de esta fábula en la historia, por otra, encontramos en las quejas oficiales de la Sinagoga evidencias abundantes de la persecución de los iniciados. El *Talmud* también lo corrobora.

La versión Judía acerca del nacimiento de Jesús está registrada en el *Sepher Toldos Jeshu* en las siguientes palabras:

«Habiéndose convertido María en la madre de un Hijo llamado Jehosuah, una vez que éste creció, lo confió á los cuidados de Rabbi Elhanán y el niño progresaba en conocimientos porque estaba bien dotado de espíritu y de comprensión.

»Rabbi Jehosuah, hijo de Perachiah, continuó la educación de Jehosuah (Jesús) después de Elhanán, y le *inició* en la ciencia *secreta*; pero, habiendo el rey Janneus dado orden de matar á todos los iniciados, Jehosuah Ben Perachiah huyó á Alejandria de Egipto, llevándose al niño consigo.

Mientras estuvieron en Alejandria, continúa la historia, fueron recibidos en la casa de una señora rica é ilustrada (personificación del Egipto). El joven Jesús la encontró bella, no obstante *un defecto en sus ojos*, y así lo declaró á su maestro. Al oír esto, le encolerizó tanto á este último el que su discípulo encontrase algo bueno en el país de la esclavitud, que «le maldijo, y lanzó al joven fuera de su presencia». Sigue después una serie de aventuras narradas en lenguaje alegórico, que hacen ver que Jesús completó su iniciación en

Romana ha hecho más para difundir el Cristianismo y extirpar la idolatría que todas sus sectas. Desde un púlpito se dice que no hay infierno, y desde otro que la condenación es inmediata y sin alivio. Uno dice que Jesucristo era solo un hombre, otro que debéis ser sumergidos corporalmente en el agua para ser bautizados, y rehúsa los ritos á los niños. La mayor parte de ellos no tienen prescrita forma alguna de culto, ni vestiduras sagradas, y sus doctrinas son tan poco definidas como informal es su servicio. El fundador del Protestantismo, Martín Lutero, era el hombre peor de Europa. El advenimiento de la Reforma fué la señal para la guerra civil, y desde entonces hasta hoy día el mundo ha permanecido en estado de desasosiego, de inquietud respecto de los Gobiernos, y volviéndose de día en día más escéptico. La tendencia final del Protestantismo es evidentemente la destrucción de todo respeto por la Biblia, y la disolución del Gobierno y de la Sociedad». Esto es hablar muy claro. Los Protestantes podían muy fácilmente devolverle el cumplido.



la *Kábala* Judía con la adquisición adicional de la sabiduría secreta del Egipto. Cuando cesó la persecución, ambos volvieron á Judea (1).

Los cargos reales contra Jesús, sienta el sabio autor de *Tela Ignea Satanae* (los furibundos dardos de Satán), eran dos: 1.º Que había descubierto los grandes Misterios de su Templo, por haber sido iniciado en Egipto; y 2.º Que los había profanado por exponerlos al vulgo, que los comprendía mal y los desfiguraba. En ellos se dice lo siguiente (2):

«Existe allí, en el santuario del Dios viviente, una piedra cúbica, en la cual están esculpidos los sagrados caracteres, cuya combinación da la explicación de los atributos y poderes del nombre indecible. Esta explicación es la clave secreta de todas las ciencias ocultas y de las fuerzas en la naturaleza. Es lo que los Hebreos llaman el *Scham hamphorash*. La piedra está custodiada por dos leones de oro que rugen en cuanto se les aproximan (3). A las puertas del templo jamás se las perdía de vista, y la puerta del santuario solo se abría una vez al año, para admitir solamente al Gran Sacerdote. Pero Jesús, que había aprendido en Egipto los grandes secretos, se forjó para sí claves invisibles, y de este modo pudo penetrar en el santuario que no se ve... Copió los caracteres de la piedra cúbica, y los escondió en su muslo (4); después de lo cual, saliendo del templo, marchóse fuera, y empezó á asombrar al pueblo con sus milagros. Los muertos se levantaban por su mandato, los leprosos y obcecados eran curados. Obligaba á las piedras que desde muchos siglos estaban sumergidas en el fondo del mar á que subieran á la superficie hasta que formaban una montaña, desde cuya cumbre predicaba». Dice además el *Sepher Toldos* que, incapaz de mover de su sitio la piedra cúbica del santuario, Jesús fabricó una de arcilla, la cual enseñaba á las naciones, y pasaba por la verdadera piedra cúbica de Israel.

Esta alegoría, como el resto de las mismas en tales libros, está escrita *interior y exteriormente*: tiene su significación secreta, y debe ser leída de dos maneras. Los libros kabalísticos explican su sentido místico. Más adelante el mismo talmudista dice en substancia lo siguiente: Jesús fué echado á la cárcel (5), y custodiado allí du-

(1) Eliphaz Levi atribuye esta narración á los autores Talmudistas de «Sota» y «Sanhedrin», p. 19, libro de Jechiel.

(2) Este fragmento está traducido del original Hebreo por Eliphaz Levi en su «La Science des Esprits».

(3) Todos los que saben algo acerca de los ritos de los Hebreos deben reconocer en estos leones las gigantestas figuras de los Querubines, cuya simbólica monstruosidad estaba bien calculada para asustar y poner en fuga al profano.

(4) Arnobius cuenta la misma historia de Jesús, y relata cómo fué acusado de haber robado el santuario de los nombres secretos del Solo Santo, por medio de cuyo conocimiento realizó todos los milagros.

(5) Esto es una traducción de Eliphaz Levi.

rante cuarenta días; después fué azotado como un rebelde sedicioso; luego apedreado como blasfemo en un lugar llamado Lud, y finalmente se le hizo expirar en una cruz. «Todo esto», dice Levi, «porque reveló al pueblo las verdades que ellos (los Fariseos) deseaban mantener ocultas para su exclusivo uso. Él había adivinado la teología oculta de Israel, y comparado con ella la sabiduría de Egipto, hallando de consiguiente la razón para establecer una síntesis religiosa universal»(1).

Por prudente que uno deba ser en aceptar algo sobre Jesús que proceda de orígenes Judíos, es preciso confesar que en algunas cosas parecen éstos más acertados en sus relatos (siempre que su interés directo en sentar hechos no les afecte) que nuestros buenos pero demasiado celosos Padres. Una cosa es cierta: Jaime, el «Hermano del Señor», guarda silencio respecto de la *resurrección*. En ninguna parte llama á Jesús «Hijo de Dios», ni siquiera Cristo-Dios. Solo una vez, hablando de Jesús, le llama el «Señor de Gloria», pero lo mismo hacían los Nazarenos cuando escribían acerca de su profeta *Johanán bar Zacharia*, ó Juan hijo de Zacarías (San Juan Bautista). Sus expresiones favoritas acerca de su profeta son las mismas que las empleadas por Jaime cuando habla de Jesús. Un hombre «de la progeñie de un hombre», «Mensajero de Vida», de luz, «mi Señor Apóstol», «Rey nacido de la Luz», y así sucesivamente. «No tenéis la fé de nuestro Señor JESÚS Cristo, el *Señor de Gloria*», etc., dice Jaime en su epístola (II 1), dirigiéndose probablemente á Cristo como DIOS. «Paz á tí, mi Señor, JUAN Abo Sabo, Señor de Gloria», dice el *Codex Nazaræus* (II 19), conocido como dirigiéndose solo á un profeta. «Vosotros habéis condenado y matado al *Justo*», dice Jaime (v 6). «Johanán (Juan) es el *Justo*, él viene por el camino de *justicia*», dice Mateo (XXI 32, texto Siriaco).

Jaime ni siquiera llama á Jesús *Mesías*, en el sentido dado al título por los Cristianos, sino que alude al kabalístico «Rey Mesías», el cual es Señor de Sabaoth (2) (v 4), y repite varias veces: el «Señor» vendrá, pero en ninguna parte identifica á este último con Jesús. «Por lo tanto, hermanos, esperad con paciencia la venida del Señor... tened paciencia porque la venida del Señor está cercana» (v 7, 8). Y añade: «Tomad, hermanos míos, al profeta (Jesús) *que ha hablado en nombre del Señor*, como un ejemplo de sufrimiento, de aflicción y de paciencia». Aunque es después de todo una deliberada falsificación del original, cuyo objeto es demasiado evidente. Inmediatamente después de haber citado los «profetas» como un ejemplo, añade Jaime: «Heos aquí... vosotros habéis oído hablar de la pacien-

(1) «La Science des Esprits», p. 37.

(2) «Realmente Israelita», vol. III, p. 61.

cia de Job, y *habéis visto el fin del Señor*», combinando así los ejemplos de estos dos admirables caracteres, y colocándolos bajo un pie de igualdad perfecta. Pero tenemos todavía más que aducir en apoyo de nuestro argumento. No glorificó el mismo Jesús al profeta del Jordán? «Qué es lo que venis vosotros á ver? Un profeta? Sí. Yo os lo digo, y más que un profeta... en verdad os digo, entre los nacidos *de mujeres* no ha existido uno más grande que Juan el Bautista».

Y de quién había nacido el que así hablaba? Los Católico-Romanos son únicamente los que han convertido á María, la madre de Jesús, en una *diosa*. A los ojos de todos los demás Cristianos, era una mujer, sea que su propio nacimiento fuera ó no inmaculado. De acuerdo con la lógica estricta, entonces, Jesús confesaba que Juan era *más grande* que él mismo. Nótese cuán completamente está dispuesto este asunto por el lenguaje empleado por el Angel Gabriel, cuando se dirige á María: «Bendita tú eres entre todas las mujeres». Estas palabras son inequívocas. Ni él la adora como á la Madre de Dios, ni la llama *diosa*; ni siquiera se dirige á ella como «Virgen», sino que la llama *mujer*, y únicamente la distingue sobre las demás mujeres por haber tenido mejor fortuna, por su pureza.

Los Nazarenos eran conocidos como Bautistas, Sabeanos y Cristianos de San Juan. Su creencia era que el Mesías no era el Hijo de Dios, sino sencillamente un profeta que quiso seguir á Juan. «Iohanan, el Hijo del Abo Sabo Zachariah, dirá á él mismo: 'Cualquiera que creará en mi *justicia* y en mi BAUTISMO será admitido en una asociación; él compartirá conmigo el solio que es la mansión de vida del Mano supremo y de viviente fuego'» (*Codex Nazaræus*, II, p. 115). Orígenes observa: «existen algunos que dicen de Juan (el Bautista) que él era el *ungido*» (Christus) (1). El ángel Rasiel de los kabalistas es el Angel *Gabriel* de los Nazarenos, y este último es el escogido de entre toda la jerarquía celestial por los Cristianos para convertirse en el mensajero de la anunciación. «El genio enviado por el Señor de Celsitud es Æbel Zivo, conocido también por el nombre de GABRIEL Legatus» (2). Pablo debe haber tenido presente la secta de los Nazarenos cuando decía: «Y al último de todo él (Jesús) fué visto también por mí, á manera *de uno nacido fuera de tiempo*» (1 *Corintios*, XV, 8), recordando así á sus oyentes una expresión usual en los Nazarenos, los cuales llamaban á los Judíos «los abortos, ó nacidos fuera de tiempo». El mismo Pablo se enorgullece de pertenecer á una herejía (3).

Cuando las concepciones metafísicas de los Gnósticos, que veían

(1) «Orígenes», vol. II, p. 150.

(2) «Codex Nazaræus», vol. I, p. 23.

(3) «Yo adoro lo que estos llaman herejía» (Hechos XXIV, 14).

en Jesús el Logos y el ungido, empezaron á ganar terreno, los primitivos Cristianos se separaron de los Nazarenos, los cuales acusaban á Jesús de pervertir las doctrinas de Juan, y de cambiar el bautismo en el Jordán (1). «Directamente», dice Milman, «á medida que (el Evangelio) se esparcía *más allá* de las fronteras de Palestina, y el nombre de Cristo había adquirido *santidad* y *veneración* en las ciudades Orientales, se convirtió en una especie de *personificación metafísica*, al paso que la religión perdía su aspecto puramente moral, y tomaba el carácter de una *teogonia especulativa*» (2). El único documento semi-original que nos ha sido posible conseguir desde los primitivos tiempos apostólicos es la *Logia* de Mateo. La doctrina real y legítima ha permanecido en manos de los Nazarenos en este *Evangelio de Mateo* que contiene la «doctrina secreta», los «Dichos de Jesús», mencionados por Papias. Estos dichos eran, sin duda alguna, de la misma naturaleza que los pequeños manuscritos que se ponían en manos de los neófitos que eran candidatos á las Iniciaciones en los Misterios, y que contenían la *Aporrheta*, las revelaciones de algunos ritos y símbolos importantes. Con qué idea hubiera tomado Mateo tantas precauciones para mantenerlas *secretas* si hubiese sido de otro modo?

El Cristianismo primitivo tenía su apretón de manos, sus palabras de contraseña y grados de iniciación. El sinnúmero de joyas y amuletos Gnósticos son fehacientes pruebas de ello. Es una ciencia simbólica por completo. Los kabalistas fueron los primeros en embellecer el Logos universal (3) con palabras tales como «Luz de Luz», el Mensajero de VIDA y de LUZ (4), y encontramos estas expresiones adoptadas, *in toto*, por los Cristianos, con la adición de casi todos los términos Gnósticos tales como Pleroma (plenitud), Archontes, Æones, etc. Respecto del «Primogénito», el Primero, y el «Unigénito», son tan antiguos como el mundo. Orígenes señala la palabra «Logos», empleada entre los Brahmanes. «Los Brahmanes dicen que el Dios es *Luz*, no tal como la vemos, ni como el sol y el fuego; pero ellos tienen el *Dios* LOGOS, no el articulado, el Logos de la Gnosis, por medio del cual los *más* elevados MISTERIOS de la Gnosis son vistos por el sabio» (5). Los *Hechos* y el cuarto *Evangelio* están llenos de expresiones Gnósticas. El Kabalístico «primogénito de Dios emanado del Altísimo», juntamente *con aquello que es el Espíritu de la Unción*; y además «ellos le han llamado el ungido del

(1) «Codex Nazaræus», vol. II, p. 109.

(2) «Milman», p. 200.

(3) Dunlap dice en «Sod, el Hijo del Hombre»: «Mr. Hall, de la India, nos informa de que ha visto tratados filosóficos Sânscritos en los cuales el *Logos* continuamente se cita», p. 39. Nota al pie.

(4) Véase Juan I.

(5) Orígenes: «Philosophumena», xxiv.

Altísimo», (1), están reproducidas en Espíritu y substancia por el autor de *El Evangelio según Juan*. «Que era la luz verdadera», y la luz brilló en las tinieblas. «Y el VERBO *fué hecho carne*». «Y su plenitud (Pleroma) todos nosotros la hemos recibido» (Juan I y siguientes).

El «Cristo», pues, y el «Logos», han existido en épocas anteriores al Cristianismo; la Gnosis Oriental se estudiaba mucho antes de la época de Moisés, y el origen de todo esto hemos de buscarlo en los periodos arcaicos de la primitiva filosofía Asiática. La segunda *Epístola* de Pedro y el fragmento de Judas conservado en el *Nuevo Testamento* demuestran por su fraseología que pertenecen á la Gnosis kabalística Oriental, puesto que emplean las mismas expresiones que los Gnósticos Cristianos que formaron una parte de su sistema valiéndose de la *Kábala* Oriental. «Presuntuosos son ellos (los Oftas), tenaces, no temen hablar mal de las DIGNIDADES», dice Pedro (2.<sup>a</sup> Epístola, II, 10), el modelo original para los denuestos posteriores de Tertuliano é Ireneo (2). «Asimismo, y hasta como Sodoma y Gomorra, también estos *impuros* soñadores corrompen la carne, desprecian la DOMINACIÓN y hablan mal de las DIGNIDADES», dice Judas repitiendo las mismas palabras de Pedro, y, por lo tanto, expresiones consagradas en la *Kábala*. *Dominación* es el «Imperio», el *décimo* de los sephiroth kabalísticos (3). Las *Potestades* y Dignidades son los genios subordinados de los Archiángeles ó Angeles del *Sohar* (4). Estas emanaciones son el alma y la vida misma de la *Kábala* y del Zoroastrismo; y el mismo *Talmud*, en su estado actual, está tomado todo él del *Zend-Avesta*. Por lo cual, adoptando las opiniones de Pedro, de Judas y de otros apóstoles Judíos, los Cristianos se han convertido únicamente en una secta disidente de los Persas, pues ni siquiera interpretan la significación de poderes como lo hacen los verdaderos kabalistas. La advertencia de Pablo á sus conversos, contraria á la adoración de los ángeles, demuestra lo bien que reconocía, hasta en un periodo tan remoto, los peligros de acogerse á una doctrina metafísica cuya filosofía tan solo podía ser

(1) Kleuker: *Natur und Unprung der Emanations lehre bei den Kabbalisten*, pp. 10, 11; véase *Libri Misterii*.

(2) «Estos como verdaderas *bestias brutas*». «El perro ha vuelto de nuevo á su propio vómito; y la *marrana* que había sido lavada, á su encenegamiento en el fango» (22).

(3) Los tipos de la creación, ó los atributos del Ser Supremo, tienen lugar por medio de las emanaciones de Adam kadmon; estas son: *La Corona, Sabiduría, Prudencia, Magnificencia, Severidad, Belleza, Victoria, Gloria, Fundación, Imperio*. La Sabiduría es llamada *Jeh*; la Prudencia *Jehovah*; la Severidad *Elohim*; la Magnificencia *El*; Victoria y Gloria, *SABAOTH*; Imperio ó Dominio, *ADONAI*. Así, cuando los Nazarenos y otros Gnósticos de tendencia más Platónica reprochaban á los Judíos como «abortos que adoran á su dios turbo, *Adunais*», no hemos de maravillarnos por la cólera de los que han aceptado el antiguo sistema Mosaico, pero sí de ver que Pedro y Judas, que pretenden ser discípulos de Jesús, disidentes de sus opiniones, siendo así que era también Nazareno.

(4) De acuerdo con la «*Kábala*», *Imperio* ó *Dominación* es el fuego consumidor, y su esposa es el Templo ó la Iglesia.

interpretada debidamente por sus partidarios bien instruidos, los Magos y los Tamaim Judíos. «No permitáis que ningún hombre os seduzca con una recompensa por una humildad voluntaria y *la adoración de los ángeles*, entrometiéndoos en aquellas cosas que él no ha visto, vanamente engreído por su entendimiento carnal»(1), es una sentencia soltada oportunamente á las puertas de Pedro y sus campeonos. En el *Talmud*, Michael es el Príncipe del Agua, que tiene *siete* espíritus inferiores que le están subordinados. Él es el patrono, el Ángel guardián de los Judíos, según nos lo enseña Daniel (v, 21), y los Ofitas Griegos, que le consideraban idéntico á su Ophiomorphos, la creación personificada de la envidia y malicia de Ilda-Baath, el Demiurgos (Creador del mundo *material*), y se propusieron probar que también era Samuel, el príncipe Hebreo de los malos espíritus, ó deus Persas, naturalmente eran mirados como blasfemos por los Judíos. Pero sancionó Jesús en alguna ocasión esta creencia en los ángeles, sino indicando tan solo que ellos eran los mensajeros y los subordinados de Dios? Y de aquí que el origen de las diferencias posteriores entre las creencias Cristianas está directamente relacionado con estas dos antiguas y contradictorias opiniones.

Creyendo Pablo en todos esos poderes ocultos en el mundo «invisible», pero siempre «presente», dice: «Vosotros, de acuerdo con el *ÆÓN* de este mundo, de acuerdo con el *Archonte* (Ilda-Baath, el *Demiurgo*) que posee el dominio del aire», y «Nosotros combatimos, no contra la carne y sangre, sino contra las *dominaciones*, los *poderes*; los señores de tinieblas, contra la maldad de los espíritus en las regiones superiores». Esta sentencia: «Vosotros estabais muertos en el pecado y en el error», porque «vosotros ibais de acuerdo con el *Archonte*», ó Ilda-Baath, el Dios y creador de las materias de los Ofitas, demuestra de una manera inequívoca que: 1.º Pablo, no obstante algunas diferencias con las doctrinas más importantes de los Gnósticos, participaba más ó menos de sus opiniones cosmogónicas acerca de las emanaciones; y 2.º que él sabia perfectamente que este Demiurgo, cuyo nombre Judío era Jehovah, *no era* el Dios predicado por Juan. Y ahora, si comparamos la doctrina de Pablo con las opiniones religiosas de Pedro y de Judas, nos hallamos con que no solamente adoraban ellos á Michael, el Arcángel, sino que también veneraban á SATÁN, porque este último antes de su caída era igualmente un ángel! Esto lo hacian abiertamente, y apostrofaban á los Gnósticos (2) por hablar «mal» de él. Nadie puede negar lo siguiente: cuando Pedro denuncia á aquellos que no temen hablar mal de las

(1) Colosenses, II, 18.

(2) Es más probable que ambos apostrofaban á Pablo, que predicaba en contra de esta creencia y que al hablar de los Gnósticos era únicamente un pretexto. (Véase la 2.ª Epístola de Pedro).

*dignidades*, añada inmediatamente: «Mientras que los ángeles, que son superiores en poder y fuerza, no les *acusan* (á las dignidades) *injuriosamente* ante el Señor» (II, 11). Quiénes son las dignidades? Judas, en su epístola general, presenta la palabra tan clara como el día. Las *dignidades* son los DIABLOS!! Quejándose de la falta de respeto demostrado por los Gnósticos hacia los *poderes* y *dominaciones*, Judas arguye con las mismas palabras de Pedro: «Y á pesar de todo, Michael el Archángel, mientras estaba luchando *con el Diablo*, disputándole el cuerpo de Moisés, *no se atrevió á lanzar contra él una acusación ofensiva*, sino que dijo: 'El Señor te reprende'» (I, 9). Es esto bastante claro? Si no lo es, tenemos aún la kábala para probar quiénes eran las *dignidades*.

Considerando que el *Deuteronomio* nos dice que el Señor Mismo enterró á Moisés en un valle de Moab (xxxiv, 6), y ningún hombre ha sabido nada de su sepulcro hasta este día, este lapsus linguae bíblico de Judas da un fuerte colorido á las aserciones de algunos de los Gnósticos. Ellos no trataban sino de aquello que era secretamente enseñado por los mismos kabalistas Judíos, á saber: que el Dios supremo y más elevado era desconocido é invisible; «el Rey de Luz es un ojo cerrado»; que Ilda-Baoth, el segundo Adam Judío, era el verdadero Demiurgo; y que Iao, Adonai, Sabaoth y Eloí eran la emanación cuaternaria que constituía la unidad del Dios de los Hebreos, Jehovah. Además, este último era también llamado por ellos Michael y Samael, y considerado únicamente como un ángel, á muchos grados de distancia de la Divinidad. Manteniendo tal creencia, los Gnósticos apoyaban las enseñanzas del más grande de los doctores Judíos, Hillel, y de otros teólogos Babilónicos. Josefo señala la gran diferencia entre la Sinagoga oficial de Jerusalém y la sabiduría de las escuelas del Asia Central. Los colegios de Sora, Pumbiditha y de Nahaidea eran considerados como los centros de las enseñanzas esotéricas y teológicas por todas las escuelas de Palestina. La versión caldea del *Pentateuco*, hecha por el bien conocido teólogo Babilónico, Onkelos, era considerada como la más autorizada de todas; y, de acuerdo con este sabio Rabbi, Hillel y otros Tanaím después de él han sostenido que el Ser que se apareció á Moisés cuando ardía el matorral en el Monte Sinai, y que al final le enterró á él, era Memro, el *ángel* del Señor, y no el Señor Mismo; y que aquel á quien los Hebreos del *Antiguo Testamento* confunden con Jahoh era únicamente su Mensajero, uno de Sus hijos, ó emanaciones. Todo ello no hace más que establecer una conclusión lógica, esto es, que los Gnósticos eran en alto grado superiores á los discípulos en punto á educación é ilustración general, y hasta en el conocimiento de los dogmas religiosos de los mismos Judíos. Al paso que estaban perfectamente muy versados en la sabiduría Caldea,

los discípulos de buena intención, piadosos, pero tan fanáticos como ignorantes, incapaces de comprender ó dominar completamente el espíritu religioso de su propio sistema, eran arrastrados en sus contiendas á una lógica tan convincente como la de emplear los vocablos de «bestias brutas», «marranos», «perros», y otros epítetos prodigados con tanta liberalidad por Pedro.

Desde entonces, la epidemia ha alcanzado á la cima de la jerarquía sacerdotal. Desde el día en que el fundador del Cristianismo estableció la máxima de que aquel que diga á su hermano: «Eres un malvado, estarás en peligro del fuego del infierno», todos los que se han sucedido como á Jefes superiores, empezando por el colérico pescador de Galilea, y terminando con los Pontífices cargados de joyas, han parecido estar en competencia uno con otro, al inventar epítetos insultantes para sus contrarios. Así, encontramos á Lutero pronunciando una sentencia final sobre los Católicos, y exclamando que: «Los Papistas todos son borricos, ponedlos en la forma que queráis, tanto si están hervidos, asados, cocidos, fritos, desollados, picados, siempre serán los mismos burros». Calvino llamaba á las víctimas á quienes perseguía, y las cuales en determinadas circunstancias entregaba á la hoguera, «perros maliciosos ladrando colmados de bestialidad y de insolencia, fondo de corrupción de los escritos sagrados», etc. El Dr. Warburton llama á la religión Papista «una farsa impia», y Mons. Dupanloup asegura que el culto Protestante del Sábado es la «misa del Diablo», y que todos los eclesiásticos son «ladrones y ministros del Diablo».

El mismo espíritu de investigación incompleta y de ignorancia ha conducido á la Iglesia Cristiana á otorgar á sus más santos apóstoles títulos usurpados á sus contrarios más violentos, los «Herejes» y los Gnósticos. Así vemos, por ejemplo, á Pablo llamado el vaso de elección, *Vas electionis*, un título escogido por *Manes* (1), el más grande hereje de sus tiempos á los ojos de la Iglesia, significando *Manes*, en lenguaje Babilónico, el vaso escogido ó receptáculo (2).

Lo mismo ocurre con la Virgen Maria. Tenían tan poca originalidad que han copiado de las religiones Egipcia é inda los mismos apóstrofes que dirigian á sus respectivas Virgenes-Madres. Esto se verá más claro presentando unos cuantos ejemplos:

(1) El verdadero nombre de *Manes*—que habia nacido en Persia—era *Cubricus*. (Véase Epiph.: «Vida de *Manes*», Hæret. LXV). Fué desollado vivo á instancia de los magos por el Rey Persa Varana I. Plutarco dice que *Manes* ó *Mamis* significa *Masses* ó UNGIDO. La vasija, ó vaso de elección, es por lo tanto el vaso lleno de aquella luz de Dios vertida sobre aquel á quien él ha escogido como á intérprete.

(2) Véase «Gnósticos» de King, p. 38.



## INDIO

*Letanía de nuestra Señora Nari: Virgen.*  
(También Devanaki)

1. Santa Nari. — Mariama. — Madre de perpetua fecundidad.
2. Madre de un Dios encarnado. — Vishnú (Devanaki)
3. Madre de Krishna.
4. Eterna Virgindad. — Kanyabáva.
5. Madre. — Pura Esencia. Akasha.
6. Virgen Castísima. — Kanya.
7. Madre Tanmatra, de las cinco virtudes ó elementos.
8. Virgen Trigana (de los tres elementos, poder ó riqueza, amor y misericordia).
9. Espejo de la Conciencia Suprema. — Ahan-kara.
10. Sabia Madre. — Saraswati.
11. Virgen del Lotus Blanco, Pedma ó Kamala.
12. Matriz de oro. — Hyrania.
13. Luz Celestial.
14. Idem.
15. Reina del Cielo y del Universo. — Sakti.
16. Madre alma de todos los seres. — Paramátma.
17. Devanaki es concebida sin pecado, ó inmaculada por sí misma, (según la fantasía Brahmanica).

## EGIPCIO

*Letanía de nuestra Señora Isis: Virgen*

1. Santa Isis, madre universal. — Muth.
2. Madre de los Dioses. Athyr.
3. Madre de Horus.
4. Virgo generatriz. — Neith.
5. Madre alma del universo. — Anouké.
6. Virgen sagrada tierra-Isis.
7. Madre de todas las virtudes. — Thmei, con las mismas cualidades.
8. Ilustre Isis, poderosísima, misericordiosísima, justa. (*Libro de los Muertos*).
9. Espejo de Justicia y Verdad. — Thmei.
10. Misteriosa Madre del mundo. — *Buto* (sabiduría secreta).
11. Sagrado Lotus.
12. Systro de oro.
13. Astar-té (Sirio), Astaroth (Judío).
14. Argua de la Luna.
15. Reina del Cielo y del Universo. — Sati.
16. Modelo de todas las Madres. — Athor.
17. Isis es una Virgen Madre.

## CATOLICO-ROMANO

*Letanía de nuestra Señora de Loretto: Virgen*

1. Santa María, madre de la divina gracia.
2. Madre de Dios.
3. Madre de Cristo.
4. Virgen de Virgenes.
5. Madre de la Divina Gracia.
6. Virgen castísima.
7. Madre purísima. Madre sin mancha. Madre no violada. Madre amabilísima. Madre admirabilísima.
8. Virgen poderosísima. Virgen misericordiosísima. Virgen fidelísima.
9. Espejo de Justicia
10. Solio de Sabiduría.
11. Rosa Mística.
12. Casa de Oro.
13. Estrella matulina.
14. Arca de la Alianza.
15. Reina del Cielo.
16. Mater Dolorosa.
17. María concebida sin pecado de acuerdo con las últimas disposiciones.

Si la Virgen María tiene sus monjas, que están consagradas á ella y sujetas á vivir en estado de castidad, también Isis tenía las suyas en Egipto, como Vesta las tuvo en Roma, y como la inda Nari, «madre del mundo», tiene las suyas. Las virgenes consagradas á su culto—las Devadasi de los templos, que eran las monjas de los tiempos antiguos—vivían en un estado de castidad grande, y eran objeto de la más extraordinaria veneración, como las santas mujeres de la diosa. Reprocharían los misioneros, y algunos viajeros, á las modernas Devadasis, ó doncellas—Nautch? Por toda contestación les encargáramos que consultasen los informes oficiales del último cuarto de siglo, citados en el capítulo II, respecto de ciertos descu-

brimientos hechos durante el derribo de conventos, en Austria y en Italia. Millares de cráneos de criaturas fueron exhumados de los estanques de bóvedas subterráneas y de los jardines de los conventos. Nada que compita con *esto* se ha encontrado jamás en países paganos.

Tomando la teología Cristiana, la doctrina de los arcángeles y y ángeles directamente de la *Kábala* Oriental, de la cual la *Biblia* Mosaica es solo una alegórica pantalla, debiera por lo menos recordar la jerarquía que aquélla inventó para estas emanaciones personalizadas. Las huestes de Querubines y Serafines, con las cuales vemos generalmente rodeadas en sus pinturas á las Católicas Madonnas, corresponden, juntamente con los Elohim y Beni Elohim de los Hebreos, al *tercer* mundo Kabalístico, *Jezirah*. Este mundo solo está un grado más elevado que *Asiah*, el cuarto mundo y el más inferior, en el cual moran los seres más groseros y más materiales: los *Klippoth*, que se deleitan en el mal y en causar daño, y cuyo jefe es *Belial!*

Explicando, á su manera, por supuesto, las distintas «herejías» de los dos primeros siglos, Ireneo dice: «Nuestros Heréticos sostienen... que PROPATOR le es conocido únicamente al hijo *unigénito*, ó sea á la *mente*» (el nous). Eran los Valentinianos, los partidarios del «doctor más profundo de la Gnosis», Valentino, quienes sostenían que había un perfecto AIÓN, que existía antes que Bythos, ó Buthon (el Abismo), llamado Propator. Esto es también kabalístico, porque en el *Sohar* de Simón Ben Iochai leemos lo siguiente: «*Senior occultatus est et absconditus; Microprosopus manifestus est, et non manifestus*» (Rosenroth: *Sohar Liber Mysteries* IV, 1).

En la metafísica religiosa de los Hebreos, el Altísimo es una abstracción; él es «sin forma ni existencia», «sin semejanza alguna con nada más» (1). E igualmente Philón llama al Creador, el *Logos* que está próximo á Dios, «el SEGUNDO Dios». «El *segundo* Dios, el cual es su SABIDURÍA» (2). Dios es NADA, no tiene nombre, y por esto se le llama *Ain Soph*—la palabra *Ain* significa *nada* (3). Pero si, de conformidad con los Judíos mas antiguos, Jehovah es *el* Dios, y Él se manifiesta por sí mismo varias veces á Moisés y á los profetas, y la Iglesia Cristiana ha anatematizado á los Gnósticos que negaban el hecho, ¿cómo se explica entonces que leamos en el cuarto Evangelio aquello de que: «Ningún hombre ha visto á Dios EN NINGÚN TIEMPO, sino el Hijo *unigénito*... él se lo ha manifestado»? Las mismas palabras de los Gnósticos, en espíritu y substancia. Esta sentencia de S. Juan—ó más bien quien quiera que sea que escribió

(1) Franck: «Die Kabbala», p. 126.

(2) Philón: «Quaest. et Solut.»

(3) Véase Franck: «Die kabbala», p. 153 ff.

este evangelio que hoy lleva su nombre —echa por el suelo sin apelación todos los argumentos de Pedro contra Simón Mago. Las palabras están repetidas y reforzadas en el capítulo VI: «*No es que ningún hombre haya visto al Padre*» (46), la grande objeción aducida resueltamente por Simón en las *Homilias*. Estas palabras prueban, ó que el autor del cuarto evangelio no tenía ninguna idea de la existencia de las *Homilias*, ó que él *no era* Juan, el amigo y compañero de Pedro, al cual contradice completamente con su enfática aserción. Sea lo que sea, esta sentencia, como otras muchas más que podrían ser citadas con ventaja, traba por completo al Cristianismo con la Gnósis Oriental, y por lo tanto con la *Kábala*.

Al paso que las doctrinas, código ético y ritos de la religión Cristiana fueron todas sacadas del Brahmanismo y del Budhismo, sus ceremonias, vestiduras y fausto fueron tomadas por completo del Lamaismo. Los monasterios Romanos de frailes y de monjas son casi copias serviles de casas religiosas similares del Thibet y de la Mongolia, y, cuando los exploradores que visitan con interés los países Buddhistas se ven obligados á hacer mención de algún hecho inoportuno, no les queda más alternativa que un anacronismo sin equivalente en que cargar la acusación del plagio sobre el sistema religioso al cual su propia madre, la Iglesia, despojó. Este procedimiento ha servido para su propósito y tuvo su época. Pero ha llegado por fin el día en que debe ser escrita esta página de la historia.

## CAPITULO V

«Aprende para saberlo todo, pero mantente tú mismo desconocido».

MÁXIMA GNÓSTICA.

«Un Dios Supremo existe sobre todos los dioses, más divinos que mortales, cuya forma no es como la del hombre, y distinto de su naturaleza; Pero los vanos mortales imaginan que los dioses *son engendrados como ellos mismos*, Con humanas sensaciones, y voz, y miembros corporales».

XENÓPHANES: *Clem. Al. Strom.*, v, 14, § 110.

«TYCHIADES.—Podéis decirme la razón, Philocles, por que la mayor parte de los hombres desean mentir, y se complacen no solo en hablar de ficciones, sino que prestan atención seria á otros que hacen lo mismo?»

PHILOCLES.—Hay muchas razones, Tychiades, que obligan á algunos á decir mentira, porque lo encuentran provechoso». *Un Diálogo de Luciano.*

«ESPARTANO.—Es á tí ó á Dios, que debo confesar?»

SACERDOTE.—A Dios.

ESPARTANO.—Entonces, HOMBRE, apártate!» PLUTARCO: *Notables Sentencias Lacedemonias.*

**P**RESTAREMOS ahora atención á algunos de los más importantes Misterios de la *Kábala*, é indicaremos sus relaciones con los mitos filosóficos de varias naciones.

En la *Kábala* Oriental más antigua, la Deidad está representada por tres círculos en uno, envuelto en una especie de humo ó exhalación caótica. En el prefacio al *Sohar*, que transforma los tres círculos primordiales en TRES CABEZAS, figura encima de ellas una exhalación ó humo, ni blanco ni negro, sino incoloro, y circunscrito dentro de un círculo. Este es la Esencia desconocida (1). El origen de la imagen Judía puede, quizás, ser atribuido al *Pimander* de Hermes, el *Logos* Egipcio, que aparece dentro de una nube de naturaleza húmeda, con humo que sale de la misma (2). En el *Sohar*, el Dios más elevado es, como ya hemos hecho ver en en el capítulo precedente, y en el caso de las filosofías Indas y Buddhistas, una pura abstrac-

(1) «Kabbala Denudata»; prefacio al «Sohar», II, p. 242.

(2) Véase «Egipto» de Champollion.

ción, cuya existencia objetiva es negada por las últimas. Es Hackama, «LA SABIDURÍA SUPREMA, que no puede ser comprendida por reflexión», y está dentro y fuera del CRÁNEO de CARA LARGA (1) (Sephira), la más elevada de las tres «Cabezas». Es el «ilimitado y el infinito En-Soph», el «Ninguna-Cosa».

Las «tres cabezas», superpuestas la una encima de la otra, están tomadas evidentemente de los tres triángulos místicos de los Indos, los cuales también los sobreponen uno á otro. La «cabeza» más elevada contiene la *Trinidad en el caos*, de la cual brota la trinidad manifestada. En-Soph, el no revelado y sempiterno, que es ilimitado é incondicionado, no puede crear, y por lo tanto nos parece un error grande el atribuirle un «pensamiento creador», como lo hacen comunmente los intérpretes. En cada una de las Cosmogonías, esta Esencia Suprema es *pasiva*; si es ilimitada, infinita é incondicionada, no puede tener ningun *pensamiento* ni *idea*. Actúa no como resultado de volición, sino en obediencia á su propia naturaleza, *y de acuerdo con la fatalidad de la ley de la cual es por sí misma la encarnación*. Así, para los kabalistas Hebreos, En-Soph es no existente נִשְׁוֹ, por no ser comprensible para nuestras inteligencias finitas, y por lo tanto para nuestras mentes no puede existir. Su primera emanación fué Sephira, la corona כתר. Cuando llegó el tiempo para un periodo activo, se produjo entonces una expansión natural de esta Esencia Divina desde dentro á fuera, obedeciendo á la ley eterna é inmutable; y de esta luz eterna é infinita (que para nosotros es obscuridad) fué emitida una substancia espiritual (2). Esta era el Primer Sephirot, que contenía en sí mismo los otros nueve כְּפִירוֹת Sephirot, ó inteligencias. En su totalidad y de por sí representan el hombre arquetipo, Adam Kadmon, el πρωτόγονος, el cual, en su individualidad ó unidad, es todavía doble ó bisexual, el Griego *Didumos*, puesto que es el prototipo de toda la humanidad. De este modo obtenemos tres trinidades, contenida cada cual en una «cabeza». En la primera cabeza ó cara (la Trimurti India de tres caras) encontramos á *Sephira*, el primer andrógino, en la cima del triángulo superior, emitiendo *Hackama* ó sabiduría, una potencia activa y masculina, llamada también *Jah*, יָה, y *Binah*, כּוֹבֵה, ó Inteligencia, potencia femenina y pasiva representada también con el nombre *Jehovah* יְהוָה. Estas tres forman la primera trinidad ó «cara» de los Sephirot. Esta tríada emanó á *Hesed* חֶסֶד ó Misericordia, una potencia masculina activa, llamada también *El*, de la cual emanó *Geburah* גְּבוּרָה ó Justicia, llamada también *Eloha*, una potencia femenina pasiva; por la unión de estas dos fué producido *Tiphereth* תִּפְהָרֵת, Belleza, Clemen-

(1) «Idra Rabba», vi, p. 58.

(2) Idra Suta: «Sohar», II.

cia, el Sol Espiritual, conocido con el nombre divino de *Elohim*; y fué formada la segunda tríada, «Cara» ó «cabeza». Estas emanan, á su vez, á la potencia masculina *Netzah*, נֵצַח, Firmeza, ó Jehovah Sabaoth, de quien procedió la potencia femenina pasiva *Hod*, הוֹד, Esplendor ó Elohim Sabaoth; las dos produjeron á *Jesod*, יְסוּד, Fundación, que es el poderoso viviente *El-Chai*, constituyendo así la tercera trinidad ó «cabeza». El décimo Sefiroth es más bien una dúada, y está representado en el diagrama por el círculo más bajo. Es Malchuth ó Reino, מַלְכוּת, y Shekinah שְׁכִינָה, también llamada Adonai, y *Cherubim* entre las huestes angélicas. La primera «Cabeza» es llamada el mundo Intelectual; la segunda «Cabeza» es el mundo de Percepción ó Sensible; y la tercera es el mundo Físico ó Material.

«Antes de dar Él forma alguna al universo —dice la *Kábala*—, antes de que Él produjere alguna forma, Él estaba solo sin forma alguna ni tampoco parecido á algo. Quién puede, pues, comprenderle tal como era antes de la creación, desde el momento en que era informe? Por esto está prohibido representarle bajo forma alguna ni semejanza, ni hasta por su nombre sagrado, ni una sola letra ni un simple punto..... El Anciano de lo Anciano, el desconocido de lo desconocido, tiene una forma, y sin embargo ninguna. Él tiene una forma, con la cual el universo es conservado y, no obstante, no tiene ninguna porque no puede ser comprendido. Cuando por primera vez anunció una forma (en Sefhira, su primera emanación), hizo que emanasen de él nueve espléndidas luces». (1)

Y ahora pasaremos á la Cosmogonía Inda esotérica y á la definición de «Aquel que es, y sin embargo no es».

«De Aquel que es, (2) de este inmortal Principio que en nuestras mentes existe, pero que no puede ser percibido por los sentidos, nació Purusha, el Varón y Hembra Divino, que se convirtió en *Narayana*, ó el Divino Espiritu, moviéndose sobre las aguas».

Swayambhuva, la desconocida esencia de los Brahmanes, es idéntico á En-Soph, la esencia desconocida de los Kabalistas. Lo mismo que con estos últimos, el nombre inefable no puede ser pronunciado por los Indos, bajo pena de muerte. En la antigua y primitiva trinidad de la India, aquella que evidentemente puede ser considerada como prevédica, el *germen* que fecunda al *principio madre*, el huevo mundano, ó la matriz universal, es llamado *Nara*, el Espiritu, ó el Espiritu-Santo, el cual emana de la esencia primordial. Es como Sefhira, la emanación más antigua, llamada el *punto primordial* y la *Cabeza Blanca*, porque es el punto de la luz divina apareciendo desde el seno de las tinieblas insondables y sin límites. En *Manú* es «NARA, ó el Espiritu

(1) Idra Suta: «Sohar», 111, p. 288 a.

(2) Ego sum qui sum (Véase «Biblia»).

de Dios, que se mueve encima del Ayana (Caos ó lugar del movimiento) y es llamado NARAYANA, ó moviéndose sobre las aguas». (1) En Hermes, el Egipcio, leemos: «En el principio del tiempo nada existía en el caos». Pero cuando el *verbum*, saliendo del vacío á manera de un «humo incoloro», hizo su aparición, entonces este «verbum se movió sobre el principio húmedo» (2). Y en el *Génesis* encontramos: «Y la obscuridad reinaba sobre la faz del abismo (caos). Y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas». En la *Kábala*, la emanación del pasivo primordial (Sephira), dividiéndose por sí mismo en dos partes, activa y pasiva, emite á Chochmah-Sabiduría y á Binah-Jehovah, y, en conjunción con estos dos acólitos, que completan la trinidad, se convierte en Creador del Universo abstracto, siendo el mundo físico la producción de los últimos poderes aún más materiales. (3) En la cosmogonía Inda, Swayambhuva emite Nara y Nari, su emanación bisexual y, dividiendo sus partes en dos mitades, macho y hembra, estas fecundan al huevo mundano dentro del cual se desarrolla Brahmá, ó más bien Viradj, el Creador. «El punto de partida de la Mitología Egipcia,» dice Champollion, «es una triada... á saber: Kneph, Neith y Phtah; y Ammón, el varón, el padre; Muth, la hembra y madre; y Khons, el hijo.»

Los diez Sephiroth son copias de los diez Prajâpatis creados por Viradj, llamados los «Señores de todos los Seres,» correspondiendo con los Patriarcas Bíblicos.

Justino Mártir explica algunas de las «herejías» de aquellos días, pero de una manera muy poco satisfactoria. *Él hace ver, sea como quiera, la identidad de todas las religiones del mundo en su punto de partida.* El primer comienzo se abre invariablemente con la deidad *desconocida* y pasiva, produciendo de sí misma un cierto poder activo ó virtud, «Racional,» al cual se llama algunas veces SABIDURIA, otras

(1) Véanse «Las Instituciones de Manú», traducidas por Sir William Jones.

(2) Champollion.

(3) Estamos perfectamente enterados de que algunos Kabalistas Cristianos llaman á En-Soph la «Corona», identificándolo con Sephira; llaman á En-Soph «una emanación de Dios», y consideran á los diez Sephirot, comprendiendo á «En-Soph», como una unidad. También invierten muy erróneamente las dos primeras emanaciones de Sephira: Chochmah y Binah. Los más grandes Kabalistas han considerado siempre á Chochmah (Sabiduría) como una inteligencia masculina y activa, Jah יה, y la han colocado debajo del número 2, al lado derecho del triángulo, en cuya cima está la corona, mientras que Binah (Inteligencia) ó ברנה está debajo del número 3, á la izquierda. Pero, siendo esta última representada por su nombre divino como Jehovah יהוה, es muy natural que presentaba al Dios de Israel únicamente como una tercera emanación así como á un principio femenino pasivo. De ahí que, cuando llegó la ocasión de que transformaran sus múltiples deidades Talmudistas en un solo Dios viviente, acudieron á sus puntos Misoréticos, y combinaron para transformar á Jehovah en Adonai, «el Señor.» Esto, bajo la persecución de los Kabalistas de la edad media por la Iglesia, también obligó á algunos de los primeros á cambiar su Sephirot femenino en masculino y *vice versa*, para evitar el ser acusados de blasfemia y falta de respeto á Jehovah; cuyo nombre, además, por convenio mutuo y secreto ellos aceptaban como un *sustituto* para Jah, ó sea יא, el nombre del misterio. Solamente los

el HIJO, y con mucha frecuencia Dios, Angel, Señor y LOGOS (1). Este último nombre es aplicado algunas veces á la misma emanación primera, pero en varios sistemas procede del primer andrógino ó doble rayo producido en el principio por el invisible. Philón pinta á esta sabiduría como varón y hembra. Pero aunque su primera manifestación haya tenido un principio, pues ha procedido de *Oulom* (2) (Aión, tiempo), el más elevado de los *Æones*, cuando emanada de los Padres, ha permanecido con él *antes de todas las creaciones*, porque es parte de él (3). Por esto Philo Judæus llama á Adam-Kadmon «mente» (la Ennoia de Bythos en el sistema Gnóstico). «Sea la mente llamada Adam» (4).

Hablando rigurosamente, es difícil considerar al *Libro del Génesis* Judío de otra suerte que como un fragmento del tronco del árbol terreno de la Cosmogonía universal, presentado en forma de alegorías Orientales. Así como un ciclo sigue á otro ciclo, y una nación se presenta tras de otra en el escenario del mundo, á representar su efímero papel en el majestuoso drama de la vida humana, cada pueblo nuevo saca de las tradiciones de sus antepasados su religión propia dándole colorido local, y marcando en ella sus características individuales. Al paso que cada una de estas religiones tiene sus rasgos distintivos, por medio de los cuales, aunque no existiesen otros vestigios arcaicos, podría apreciarse el estado físico y psicológico de sus fundadores, pues todas ellas conservaban un parecido común á un mismo prototipo.

Este culto-matriz no es otro que la primitiva «sabiduría-religión». Las *Escrituras* Israelitas no constituyen excepción alguna. Su historia nacional—si es que ellos pueden abrogarse alguna autonomía,

*iniciados* lo conocían, pero posteriormente dió lugar á una gran confusión entre los *no iniciados*. Si no fuese por la falta de espacio, valdría la pena de citar algunos de los muchos párrafos de las más antiguas autoridades Judías, tales como Rabbí Akiba, y el «Sohar», que corroboran nuestra aserción. Chochmah—Sabiduría es un principio masculino en todas partes, y Binah-Jehovah, una potencia femenina. Los escritos de Ireneo, Teodoro y de Epifanio, plagados de acusaciones contra los Gnósticos y las «Herejías», presentan repetidas veces á Simón Mago y á Cerinthus haciendo de Binah el divino Espíritu femenino que inspiraba á Simón; Binah es Sophia, y la Sophia no es seguramente una potencia masculina, sino sencillamente la Sabiduría femenina, ó Inteligencia. (Véase cualquier antiguo «Arbor Kabbalística» ó Arbol de los Sephiroth). Eliphaz Levi, en «Rituel de la Haute Magie», vol. I, pp. 223 y 231, coloca á Chochmah como número 2 y como Sephiroth masculino, á la derecha del Arbol. En la «Kabala», los tres Sephiroth masculinos, Chochmah, Chesed y Netsah, son conocidos como la Columna de Misericordia; y los tres femeninos de la izquierda, á saber, Binah, Geburach, y Hod, son llamados la Columna de Juicio; mientras que los cuatro Sephiroth del centro—Kether, Tiphereth, Jesod y Malchuth—son llamados la Columna Media. Y, como enseña Mackenzie en la «Real Cyclopaedia Masónica», «existe una analogía entre estas tres columnas y las tres columnas de Sabiduría, Fuerza y Belleza que hay en la señal de Logia masónica, mientras el En-Soph forma la misteriosa estrella flamígera, ó mística luz del Oriente» (p. 407).

(1) Justino: «Cum Trypho», p. 284.

(2) Una división indicadora del tiempo.

(3) Sanchoniathón llama al tiempo el *Æón* mas antiguo, *Protógonos*, el «primogénito».

(4) Philo Judæus: «Cain y su Nacimiento», p. xvii.



antes de la vuelta de Babilonia, y si es que fuesen algo más que generaciones emigrantes de parias Indos—no pueden remontarse ni un día más allá de la época de Moisés; y si este ex-sacerdote Egipcio debe por necesidad teológica ser transformado en un patriarca Hebreo, hemos de insistir en que la nación judía nació con aquel niño sonriente de entre los juncos del Lago Mœris. Abraham, su pretendido padre, pertenece á la mitología universal. Lo más probable es que fuese uno de los numerosos *alter-egos* de *Zeruan* (Saturno), el rey de la edad de oro, al cual también se llamaba el hombre anciano (emblema del tiempo) (1).

Actualmente está demostrado por los Asiriólogos que, en los antiguos libros caldeos, Abraham es llamado Zeruan, ó Zerb-ban—significando uno muy rico en oro y en plata, y un príncipe poderoso (2). También es conocido por Zarouan y Zarman—un hombre viejo de crépito (3).

La antigua leyenda Babilónica es que Xisuthrus (Hasisadra de las Tablillas, ó Xisuthrus), salió con su arca hacia Armenia y su hijo Sim se convirtió en rey supremo. Plinio dice que á Sim se le llamaba Zeruan; y Sim es Shem. En Hebreo este nombre se escribe שֵׁם, *Shem*—un signo. Asiria, según los etnólogos, es el país de Shem, y Egipto llamado el de Cam. A Shem, en el décimo capítulo del *Génesis*, se le considera padre de todos los hijos de Eber, de Elam (Oulam ó Eilam) y de Ashur (Assur ó Asiria). Los *nephelim*, ú hombres caídos, *Gebbers*, hombres poderosos de los cuales se habla en el *Génesis* (VI, 4), vienen de *Oulam*, «hombres de *Shem*». Hasta á Ophir, al cual evidentemente hay que buscarle en la India en la época de Hiram, se le considera un descendiente de Shem. Los archivos están de propósito confundidos para colocarlos de un modo conveniente en la formación de la *Biblia Mosaica*. Pero el *Génesis*, desde su primer versículo hasta el último, nada tiene que ver con el «pueblo escogido»: corresponde á la historia del mundo. El habérselo apropiado los autores Judíos en la época llamada de *restauración* de los libros de los Israelitas destruidos por Ezra, nada prueba y hasta hoy ha estado semi-apoyado en una pretendida revelación divina. Es sencillamente una compilación de las leyendas universales de la humanidad universal. Bunsen dice que en la «tribu caldea en relación inmediata con Abraham, encontramos reminiscencias de fechas desfiguradas y erróneas, como genealogías de hombres solos, ó indicaciones de épocas. Los recuerdos Abrahámicos, alcanzan por lo menos tres milenios más allá del abuelo de Jacob» (4).

(1) Azrael, ángel de la muerte, es también Israel. *e-ib-ram* significa padre de elevación, padre colocado en alto, porque Saturno es el planeta más alto ó más apartado.

(2) Véase el *Génesis* XIII, 2.

(3) Saturno es generalmente representado como un hombre muy viejo con una gaudaña en la mano.

(4) Bunsen: «Lugar que corresponde á Egipto en la Historia Universal», vol. v, p. 85.

Alejandro Polyhistor dice que Abraham nació en Kamarina, ó *Uria*, una ciudad de adivinos, é *inventó la astronomía*. Josefo dice lo mismo respecto de Terah, padre de Abraham. La torre de Babel fué construída tanto por los descendientes directos de Shem, como por los de los «malditos» Cam y Canaan, pues el pueblo en aquellos días se creía «único» y que la «tierra entera no tenía más que un lenguaje». Babel era sencillamente una torre astrológica, y sus constructores eran astrólogos y adeptos de la primitiva Sabiduría-Religión, ó de lo que nosotros llamamos además Doctrina Secreta.

La Sibila Berosiana dice: Antes de la Torre, Zeru-an, Titán y Yapetosthe gobernaban la tierra; Zeru-an quiso ser el supremo, pero sus dos hermanos se resistieron; su hermana Astlik intervino y les apaciguó. Se convino en que Zeru-an gobernaría, pero que sus hijos varones serian matados; y fueron señalados Titanes robustos para llevarlo á cumplimiento.

Sar (Círculo, Saros) es el dios Babilónico del firmamento. Es también Assaros ó Asshur (el hijo de Shem), y Zero—Zero-ana, el chaktra ó rueda, el tiempo ilimitado. De ahí que, como la primera disposición tomada por Zoroastro al fundar su nueva religión, fué el cambiar las más sagradas deidades del *Veda* Sánscrito en nombres de malos espíritus, en sus *Escrituras Zend*, y hasta despreciando algunas de ellas, no encontremos en el *Avesta* la menor traza de chaktra—el círculo simbólico del firmamento.

Elam, otro de los hijos de *Shem*, es Oulam עִלָּם, y se refiere á un orden ó ciclo de acontecimientos. En el *Eclesiastés*, III, 11, se le llama «mundo». En *Ezekiel* XXVI, 20, «de tiempo antiguo». En el *Génesis* III, 22, la palabra aparece como «para siempre», y en el capítulo IX, 16, «eterno». Finalmente, en el *Génesis* VI, 4, está la palabra completamente definida del modo siguiente: «Existían *nephelim* (gigantes, hombres caídos, ó Titanes) en la tierra». La palabra es sinónima de *Æón*, αἰών. En los *Proverbios* VIII, 23, se lee: «Yo fui difundido desde *Oulam*, desde *Ras*» (sabiduría). Por medio de esta sentencia, el sabio rey-kabalista se refiere á uno de los misterios del espíritu humano: la corona inmortal de la trinidad—hombre. Al paso que debe ser leída como más arriba, y significar, cuando se la interpreta kabalísticamente, que el Yo (ó sea mi *Ego* eterno é inmortal), la entidad espiritual, fué difundida desde la eternidad ilimitada y sin nombre, por medio de la sabiduría creadora del Dios desconocido, en la traducción canónica se lee como sigue: «El Señor me ha poseído en el principio de su camino, antes de sus obras antiguas»!, lo cual, sin la interpretación kabalística, es una falta de sentido ininteligible. Cuando se le hace decir á Salomón que «Yo existía desde el principio... cuando todavía él (la Deidad Suprema) no había hecho la tierra ni la porción más elevada del polvo del mundo... Yo estaba allí», y «cuando él marcaba los ci-

mientos de la tierra... entonces yo estaba junto á él, á manera *de uno llevado en él*», qué puede el kabalista significar por el «Yo» más que su propio y divino espíritu, una gota procedente de aquella eterna fuente de luz y sabiduría, el espíritu universal de la Deidad?

El hilo de gloria emitido por En-Soph desde la más elevada de las tres cabezas kabalísticas, al través del cual «todas las cosas brillan lucientes», el hilo que verifica su salida por medio de Adam *Primus*, es el espíritu individual de cada hombre. «Yo era diariamente su delicia (de En-Soph), regocijándome siempre ante él... y mis delicias eran *con los hijos de los hombres*», añade Salomón en el mismo capítulo de los *Proverbios*. El inmortal espíritu se complace en los *hijos de los hombres*, que, sin este espíritu, son únicamente dualidades (cuerpo físico y alma astral, ó sea aquel principio de vida que anima hasta á los seres más inferiores del reino animal). Pero hemos visto que la doctrina enseña que este espíritu no puede unirse con el hombre en el cual la materia y las más groseras tendencias de su alma animal irán aumentando siempre. Por esto Salomón, que se expresa bajo la inspiración de su propio espíritu, del cual estaba poseído en aquel entonces, pronuncia las siguientes palabras de sabiduría: «Escúchame, hijo mío» (el hombre dual), «bienaventurados son aquellos que guardan mis caminos... Bienaventurado es el hombre que me escucha velando diariamente en mis puertas... Porque aquellos que *me encuentran, encuentran la vida*, y obtendrán favor ante el Señor... Pero el que peca *contra mí*, daña su *propia alma*... y ama la *muerte*.» (*Proverbios*, VII, 1-36).

Este capítulo, tal como se interpreta, está arreglado por algunos teólogos, como todo lo demás, para aplicarlo á Cristo, el «Hijo de Dios», que dice repetidas veces que el que le sigue obtiene la vida eterna y vence á la muerte. Pero hasta con su errónea traducción puede demostrarse que á todo se refería menos al pretendido Salvador. Si lo aceptásemos en este sentido, la teología Cristiana tendría entonces que volver, *volens volens*, al Averroísmo y al Budhismo; en resumen, á la doctrina de la emanación. Pues Salomón dice: «Yo fui emanado» de Oulam y Rasit, cada uno de los cuales son una parte de la Deidad; y, por lo tanto, Cristo no sería el mismo Dios, tal como su doctrina lo pretende, sino una emanación de Él, igual al Cristos de los Gnósticos. De aquí la significación del Æón Gnóstico personificado; la palabra se refiere á ciclos ó periodos determinados en la eternidad, y representa al mismo tiempo una jerarquía de espíritus celestiales. Así, á Cristo se le llama algunas veces el «Eterno Æón», pero la palabra «eterno» no es exacta en su relación con los Æones. Eterno es aquello que no tiene ni principio ni fin, pero las «Emanaciones», ó Æones, aunque han vivido como absorbidas en la esencia divina desde la eternidad, una vez han emanado individual-

mente, debe decirse que tienen un principio. Pueden por lo tanto ser *sin fin* en su vida espiritual, jamás eternas.

A estas emanaciones sin fin de la Primera Causa, que fueron todas gradualmente transformadas por la fantasía popular en distintos dioses, espíritus, ángeles y demonios, se les consideraba tan poco como inmortales, que á todas se les asignaba una existencia limitada. Y esta creencia común á todos los pueblos de la antigüedad, tanto á los Magos Caldeos como á los Egipcios, y hasta mantenida en nuestros días por los Brahmánicos y los Buddhistas, prueba de la manera más evidente el monoteísmo de los antiguos sistemas religiosos. Esta doctrina llama al periodo de la vida de todas las divinidades inferiores «un día de Brahmá». Después de un ciclo de catorce millares de millones, trecientos veinte millones de años humanos—dice la tradición—, la trinidad misma, con todas las divinidades menores, será aniquilada juntamente con el universo, y cesará de existir. Entonces otro universo brotará gradualmente del Pralaya (disolución) y los hombres en la tierra estarán en aptitud de comprender á SWAYAMBHUYA tal cual es. Únicamente esta causa primera existirá para siempre en toda su gloria, llenando el espacio infinito. Qué mejor prueba puede ser aducida para explicar el sentimiento de profunda reverencia con que los «gentiles» consideran á la única y Suprema causa eterna de todas las cosas visibles é invisibles?

Esta es además la fuente de la cual los antiguos kabalistas sacaron doctrinas idénticas. Si los Cristianos entendieron el *Génesis* á su manera, y si por aceptar sus textos literalmente, impusieron sobre las masas no educadas la creencia en una creación de nuestro mundo salido de la nada, asignándole, sin embargo, un *principio*, no son seguramente los Tanaim, los únicos comentadores del significado oculto contenido en la *Biblia*, los que tienen que ser criticados. Ni más ni menos que cualquiera otros filósofos, ellos jamás han creído en creaciones espontáneas, limitadas ó *ex-nihilo*. La *Kábala* ha sobrevivido para enseñar que su filosofía es precisamente la de los Buddhistas de Nepal, los Svabhávikas. Ellos han creído *en la eternidad y en la indestructibilidad de la materia*, y por lo tanto en muchas creaciones anteriores y destrucciones de mundos, antes del nuestro. «Existían antiguos mundos que han perecido» (1). Por esto vemos nosotros que el «Santo», bendito sea Su nombre, ha creado y destruido sucesivamente varios mundos antes de haber creado el actual, y cuando lo creó, dijo: «Este me gusta; los anteriores no me han gustado» (2). Además, ellos creían también, como los Svabhávikas, llamados ahora Ateos, que cada cosa procede (es creada)

(1) Idrá Suta: «Sohar», III, p. 292 b.

(2) Bereshith Rabba: «Parshá», IX.

de su propia naturaleza, y que, una vez dado el primer impulso por aquella naturaleza Creadora inherente á la «Substancia Creada por Sí misma», ó Sefhira, cada cosa se desenvuelve por sí misma, siguiendo su modelo, el prototipo más espiritual que la precede en la escala de la creación infinita. «El punto indivisible que no tiene limite, y que no puede ser comprendido (porque es absoluto), surgió de su mismo interior, y formó un resplandor que sirvió de vestidura (un velo) á los puntos indivisibles... éste á su vez surgió también de su interior... de este modo todas las cosas tuvieron por origen una agitación y levantamiento constante, y finalmente tuvo así origen el mundo»(1).

En los últimos libros Zoroastricos, después que Darío hubo restaurado á un mismo tiempo el culto de Ormazd, acompañado del más puro magianismo de la primitiva *Sabiburia Secreta* חסבנבוריה סכרת, de la cual, según la inscripción nos enseña, él mismo era un hierofante, vemos reaparecer de nuevo el Zeru-ana, ó tiempo sin límites, representado por los Brahmanes con el *chakkra*, ó un círculo; y le vemos figurar en el dedo levantado de las principales deidades. Más adelante haremos ver la relación en que está respecto de los místicos números Pitagóricos —el primero y el último, que es un *ceró* (0)—y con referencia al más grande de los Dioses del Misterio, IAO. La identidad de este símbolo, en todas las antiguas religiones, es suficiente por sí solo para hacer ver su procedencia común de una Fe primitiva (2). Esta frase, «tiempo sin límites», que puede aplicarse únicamente al UNO que no tiene ni principio ni fin, es llamado por los Zoroástricos Zeruana-Akarene, porque él ha existido siempre. Su gloria, dicen ellos, es demasiado elevada, su luz demasiado resplandeciente, para que ni la inteligencia humana, ni los ojos mortales puedan apreciarla ó verla. Su primera emanación es luz eterna, que, habiendo estado antes oculta en las tinieblas, fué llamada á manifestarse al exterior y así fué formado Ormazd, «el Rey de Vida». Él es el primogénito del tiempo ilimitado, pero, al igual que su propio antetipo, ó idea espiritual preexistente, ha vivido en el seno de las tinieblas primitivas desde toda la eternidad. Su *Logos* creó el mundo intelectual puro. Después del transcurso de tres grandes ciclos,(3) creó el mundo material en seis periodos. Los seis Amsharpends, ó

(1) «Sohar», I, p. 20 a.

(2) «La s Sánscrita», dice Max-Muller, «es representada con la  $\zeta$  y la  $h$ . De este modo el nombre geográfico 'hapta hendu', que existe en el Avesta, se hace inteligible si retraducimos la  $\zeta$  y la  $h$  en la  $s$  sánscrita. Porque Sapta Sindhu, ó los siete ríos, es el antiguo nombre Vaidico de la misma India» (Chips, vol. I, p. 81). El «Avesta» es el espíritu de los «Vedas», puesta en claro en parte su significación esotérica.

(3) Lo que generalmente es comprendido en el «Avesta» como un *millar* de años significa, en la doctrina esotérica, un ciclo cuya duración solo es conocida de los iniciados, y que tiene un sentido alegórico.

*primitivos* hombres espirituales, á quienes Ormazd creó á su propia imagen, son los mediadores entre este mundo y él. Mithras es una emanación del Logos y jefe de los veinte y ocho *izeds*, que son los ángeles tutelares en la parte espiritual de la humanidad—las almas de los hombres. Los *Ferouers* son en gran número. Son las ideas, ó más bien las concepciones ideales de cosas que se formaron en la mente de Ormazd ó Ahuramazda, antes de que él quisiese que asumiesen una forma concreta. Son lo que Aristóteles llama «privaciones» de formas y substancias. La religión de Zarathustra, como se le llama siempre en el *Avesta*, es una de las que más han copiado los antiguos Judíos. En uno de los Yashts, Ahuramazda, el Supremo, da al profeta, como uno de sus nombres sagrados, el de *Ahmi*, «Yo soy»; y en otro lugar *ahmi yat ahmi*, *Yo soy el que soy*, como el que se atribuye que Jehovah dió á Moisés.

Esta Cosmogonía, adoptada con un cambio de nombres en la *kábala* Rabínica, fué tomando más tarde su camino con algunas especulaciones adicionales de Manes, el semi-Mago, semi-Platónico, en el gran cuerpo del Gnosticismo. Las verdaderas doctrinas de los Basilideos, Valentinianos y de los Marcionitas no pueden ser correctamente establecidas en los parciales y calumniosos escritos de los Padres de la Iglesia, sino más bien en lo que queda de las obras de los Bardesanesios, conocidos por Nazarenos. Es casi imposible, hoy que están destruidos todos sus libros y manuscritos, el asignar á cada una de estas sectas la parte que les corresponde en sus disidencias de opinión. Pero hay unos cuantos hombres que aún viven que han conservado libros y tradiciones directas acerca de los Ofitas, aunque se cuidan poco de comunicarlas al mundo. Entre las sectas desconocidas del Monte Líbano y de Palestina, la verdad ha permanecido oculta durante más de un millar de años. Y su *diagrama* del *schema* Ofita difiere de la descripción del mismo dada por Orígenes, y por lo tanto del *diagrama* de Matter (1).

La trinidad kabalística es uno de los modelos de la Cristiana. «LO ANCIANO, cuyo nombre sea santificado, tiene tres cabezas, pero forman solo una» (2). *Tria capita exsculpa sunt, unum intra alterum, et alterum supra alterum.* «Tres cabezas están colocadas una en otra, y una sobre la otra. La primera cabeza es la Sabiduría Oculta (Sapientia Abscondita); debajo de esta cabeza está lo anciano (*Mónada* Pitagórica), el más oculto de los misterios; una cabeza que no es cabeza (*caput quod non est caput*); nadie puede saber lo que hay en esta cabeza. Ninguna inteligencia es capaz de comprender esta sabiduría (3). Este *Senior Sanctissimus* está rodeado por las tres cabezas. Él es la

(1) Matter: «Histoire Critique du Gnosticisme», pl. x.

(2) Idra Suta: «Sohar», III, p. 288.

(3) Idra Suta: «Sohar», II.

LUZ eterna de la sabiduría, y la sabiduría es el manantial en el cual todas las manifestaciones han empezado. Las tres cabezas, incluidas en UNA CABEZA (que no es cabeza); y estas tres están encorvadas hacia (patrocinan á) CARA CORTA (el hijo) y por medio de ellas todas las cosas resplandecen de luz»(1). «En-Soph emite un hilo desde EL ó Al (el Dios más elevado de la Trinidad), y la luz sigue el hilo y entra, y pasando al través sale por Adam *Primus* (Kadmon), el cual permanece *oculto* hasta que el plan que debe llevarse á efecto (*statum dispositionis*) está dispuesto; el hilo le atraviesa desde la cabeza á los pies; y en él (en el Adam oculto) está la figura de UN HOMBRE» (2).

«El que quiera tener un conocimiento profundo acerca de la sagrada unidad, que se represente una llama que se eleva de un carbón ardiendo ó de una lámpara encendida. Verá primero una luz doble, una brillante y blanca, y una luz azul ú oscura; la luz blanca está *encima* y asciende en forma de luz directa, mientras que la azul, ó luz oscura, está *debajo*, y parece como el asiento de la primera; sin embargo, están ambas tan íntimamente unidas que constituyen una sola llama. No obstante, el asiento formado por la luz azul ú oscura está también unido con la materia ardiente que está aún *más abajo*. La luz blanca nunca cambia de color, siempre se mantiene blanca; pero se observan en la luz más baja unas sombras y, además, esta luz más inferior de todas toma dos direcciones: arriba está en contacto con la luz blanca, y abajo con el combustible; ahora, pues, este se va consumiendo sin interrupciones y asciende continuamente hacia la luz más alta; de este modo todo se confunde en una sola unidad»(3).

Tales eran las antiguas ideas de la trinidad en la unidad, como abstracción. El hombre, que es el microcosmos del macrocosmos, ó del hombre arquetipo celeste, Adam-Kadmon, es de igual modo una trinidad, porque posee *cuerpo, alma y espíritu*.

«Todo lo que es creado por el Anciano de los Ancianos puede vivir y existir únicamente por relación de macho y hembra», dice el «Sohar» (4). El único á quien nadie puede decir «Tú», porque es el espíritu de la CABEZA BLANCA, en quien las «TRES CABEZAS» están unidas, es increado. Del fuego sutil, de un lado de la Cabeza Blanca, y del «aire sutil», en el otro, emana Shekinah, su velo (El Espíritu

(1) Idem, vii.

(2) Jam vero quoniam hoc in loco recondita est illa plane non utuntur, et tantum de parte lucis ejus participant quae demittitur et ingreditur intra filum Ain Soph protensum e Persona 𐤁𐤍 (=Al-Dios) deorum: intratque et perrumpit et transit per Adam primum occultum usque in statum dispositionis transitque per eum a capite usque ad pedes ejus: et in eo est figura hominis («Kabbala Denudata», II, p. 246).

(3) «Sohar», I, p. 51 a.

(4) Libro III, p. 290.

Santo vuelto hembra). «Este aire», dice Idra Rabba, «es el más oculto (occultissimus) atributo del Anciano de los Días (1). El más Anciano de los más Ancianos es el *Oculto* de los ocultos (2). Todas las cosas son Él mismo, y Él mismo está oculto en todos sentidos (3). El *cráneo* de la CABEZA BLANCA no tiene principio ninguno, pero su fin tiene una reflexión brillante y una *redondez* que es nuestro universo».

«Ellos consideran», dice Klenker, «al primogénito como hombre y mujer, hasta tal extremo que su luz comprende en sí misma todas las demás luces, y que su espíritu de vida, ó soplo de vida, comprende en sí todos los demás espíritus de vida» (4). La Shekinah Kabalística corresponde con la Sophia Ofita. Propiamente hablando, Adam Kadmon es el Bythos, pero en este sistema de emanación, donde todo está calculado para enredar y poner obstáculos á la investigación, es la *f fuente* de Luz el primer «hombre primitivo», y al mismo tiempo *Ennoia*, el Pensamiento de Bythos, el Abismo, porque es Pimander.

Tanto los Gnósticos como los Nazarenos, haciendo alegorías por medio de la personificación, dicen que el *Primero* y *Segundo* (hombre) quisieron la belleza de Sophia (Sephira), la primera mujer, y así el Padre y el Hijo fecundaron á la «Mujer» celeste, y de la primitiva oscuridad provocaron la luz visible (Sephira es la Luz Invisible ó Espiritual), «á la cual ellos llamaban el CRISTO UNGIDO, ó Rey Mesías» (5). Este Cristo es el *Adam de Polvo* antes de su caída, con el espíritu del Adonai, su Padre, y Shekinah Adonai, su madre, en él; porque Adam Primus es Adón, Adonai, ó Adonis. La primera existencia se manifiesta por medio de su sabiduría, y produce el LOGOS *Inteligible* (toda la creación visible). Esta sabiduría era venerada por los Ofitas bajo la forma de una serpiente. Hasta aquí vemos que la primera y segunda vida son los dos Adams, ó sean los hombres primero y segundo. En el primero está *Eva*, ó sea la Eva espiritual no nacida todavía, y ella está en el Adam *Primus*, porque es una parte de él mismo, que es andrógino. La Eva de polvo, aquella á quien en el *Génesis* «se llamará la madre de todos los que viven», está en el Adam Segundo. Luego, desde el instante de su primera manifestación, el SEÑOR MANO, la Ininteligible Sabiduría, desaparece de la escena de acción. Se manifestará únicamente como Shekinah, la GRACIA, porque la CORONA es «la Luz más interna de todas las Luces», y por lo tanto es la propia substancia de las tinieblas (6).

(1) «Idra Rabba», §§ 541, 542.

(2) Idem, III, p. 36.

(3) Idem, p. 171.

(4) «Nat. und Urspr. d. Emanationslehre b. d. Kabbalisten», p. 11.

(5) «Ireneo», p. 637.

(6) «Idra Suta», IX; «Kabbala Denudata»; véase Pitágoras: «Mónada».



En la *Kábala*, Shekinah es la novena emanación de Sephira, la cual contiene en sí misma el conjunto de los nueve Sephirot. Corresponde á la tercera tríada y es producida juntamente con *Malchutch* ó «Reino», del cual es el duplicado femenino. Por otra parte, es considerada más elevada que cualquiera de aquellos, porque es la «Gloria Divina», el «Velo» ó «Vestidura» de En-Soph. Los Judíos, siempre que está mencionada en el *Targum*, dicen que es la gloria de Jehovah, el cual reside en el tabernáculo, manifestándose ella como una nube visible; la «Gloria» permanecía sobre el Propiciatorio en el *Sancta Sanctorum*.

En el sistema Nazareno ó Bardesiano, que puede ser llamado la kábala dentro de la kábala, el Anciano de los tiempos, *Antiquus Altus*, que es el Padre del Demiurgo del Universo, es conocido por la *Tercera Vida* ó *Abatur*; y es el Padre de Fetahil, el arquitecto del universo visible, el cual llama á la existencia por medio de los poderes de sus genios á la orden del «Más Grande»; el Abatur equivale al «Padre» de Jesús, en la última teología Cristiana. Estas dos *Vidas* superiores son, pues, la corona dentro de la cual habita el más grande *Ferho*. «Antes de que ninguna criatura viniese á la existencia, el Señor Ferho existía» (1). Este es la Vida Primera, sin forma é invisible; en quien el Espíritu viviente de VIDA existe, la GRACIA Más Elevada. Los dos son UNO desde la eternidad, porque ellos son la Luz y la CAUSA de la Luz. Equivalen por lo tanto á la *Sabiduría* oculta kabalística, y á la Shekinah oculta, el Espíritu Santo. «Esta luz que se ha manifestado es la vestidura del Oculto Celeste», dice Idrá Suta. Y el «hombre celeste» es el Adam superior. «Nadie conoce su curso más que *Macroprosopus*» (Cara larga), el Dios Superior *activo* (2). «No quiero ser leído tal como estoy escrito; en este mundo mi nombre se escribirá Jehovah y leído Adonai» (3), dicen los Rabinos muy correctamente. Adonai es el Adam Kadmon; es PADRE Y MADRE á un tiempo. Gracias á esta doble mediación, el Espíritu del Anciano de los Ancianos descendiendo sobre el *Macroprosopus* (cara corta), ó sea el Adam del Edén. Y el «Señor Dios alienta en las ventanas de su nariz el sopro de vida».

Cuando la mujer se separa de su andrógino y se convierte en una individualidad distinta, se vuelve á repetir la historia primera. Ambos, el Padre y el Hijo, los dos Adanes, quieren su belleza; y luego sigue la alegoría de la tentación y de su caída. Ocurre en la *Kábbala* lo que en el sistema Ofita, en el cual los dos, Ophis y Ophiomorphos, son emanaciones simbolizadas por serpientes, representando la primera, Eternidad, Sabiduría y Espíritu (como en el

(1) «Codex Nazaraeus», I, p. 145.

(2) «Idra Rabba», VIII, pp. 107-109.

(3) «Auszüge aus dem Sohar», p. 11.

Magismo Caldeo del culto del Áspid, y en la Doctrina de Sabiduría de los tiempos antiguos), y la segunda, Astucia, Envidia y Materia; ambos, espíritu y materia, son serpientes; y Adam Kadmon se convierte en el Ophis que instiga—al hombre y á la mujer—á que prueben del «Árbol del Bien y del Mal», con objeto de enseñarles los misterios de la sabiduría espiritual. La luz tenta á las Tinieblas, y las Tinieblas atraen á la Luz, pues las Tinieblas son materia, y «la Luz más elevada no brilla en sus *Tenebræ*». Con el conocimiento viene la tentación del Ophiomorphos, y él prevalece. El dualismo, en cada una de las religiones existentes, está manifestado por la caída. «Yo he obtenido un hombre *del Señor*», exclama Eva, cuando ha nacido el Dualismo, Cain y Abel—el mal y el bien. «Y el Adam conoció á Hua, su mujer (*astu*), y ella concibió y parió á *Kin*, y dijo: אִשָּׁתִּי-חַוָּה: בְּיָמֶיהָ: *Kiniti ais Yava*. He logrado ú obtenido un marido, pues *Yava*—Is, Ais—hombre». *Cum arbore peccati Deus creavit seculum*.

Y ahora compararemos este sistema con el de los Gnósticos Judíos, los Nazarenos, y también con las demás filosofías.

El ISH AMON, la pleroma, ó sea el círculo sin límites dentro del cual están «todas las formas», es el PENSAMIENTO del poder divino; trabaja en SILENCIO, y repentinamente las tinieblas engendran la luz; es llamada la SEGUNDA vida; y ésta produce ó engendra á la TERCERA. Esta tercera luz «es el Padre de todas las cosas que viven», como EUA es «la Madre de todo cuanto vive». Es el Creador que llama á la materia inerte á la vida, por medio de su vivificante espíritu, y por lo tanto es llamado el anciano del mundo. Abatur es el Padre que crea al primer Adam, el cual crea á su vez al segundo. Abatur abre una puerta y se dirige hacia el agua negra (caos), y, dirigiendo la mirada al fondo, la oscuridad refleja la imagen de ÉL... y ¡oh!, está formado un HIJO, el Logos ó Demiurgo; Fetahil, que es el constructor del mundo *material*, es llamado á la existencia. Según el dogma Gnóstico, este era el *Metatrón*, el Arcángel Gabriel, ó mensajero de vida; ó, como la bíblica alegoría dice, también el andrógino Adam Kadmon, el HIJO, el cual, con el espíritu de su Padre, produce al UNGIDO, ó Adam antes de su caída.

Cuando Swayambhuva, el «Señor que existe por sí mismo», se siente impulsado á manifestarse, está descrito en los libros Indos sagrados como sigue.

Habiéndose sentido impulsado á producir varios seres de su propia substancia divina, puso de manifiesto primeramente las aguas dentro de las cuales se desarrolló una semilla productiva.

La semilla se convirtió en un germen brillante como el oro, resplandeciente como la lumbrera con un millar de rayos; y en aquel huevo nació él mismo bajo la forma de BRAHMA, el gran principio de todos los seres (*Manú*, libro I, Slokas 8 y 9).

El Egiptio Kneph, Chnupis, Sabiduría Divina, representado por una serpiente, produce un huevo en su boca, del cual sale Phtha. En este caso Phtha representa el germen universal, lo mismo que Brahmâ, el cual pertenece al género neutro cuando la *a* final lleva puesta una diéresis (1); de otro modo se convierte sencillamente en uno de los nombres de la Deidad. El primero fué el modelo de las TRES VIDAS de los Nazarenos, lo mismo que para las «Caras» kabalísticas, PHARAZUPHA, y éstas á su vez proporcionaron el tipo para la Trinidad Cristiana de Ireneo y de los que le seguían. El huevo era la materia primitiva, que sirvió de material para la construcción del universo visible; contenía lo mismo que la Pleroma, la Shekinah kabalística, el hombre y la mujer, el espíritu y la vida, «cuya luz comprende todas las demás luces» ó espíritus de vida. Esta primera manifestación estaba simbolizada por una serpiente, la cual al principio es sabiduría *divina, pero, cayendo en la generación*, se mancha. Phtha es el hombre celeste, el Adam Kadmon Egipcio ó Cristo, el cual, en unión con el Espíritu Santo femenino, ZOE, produce los cinco elementos: aire, agua, fuego, tierra y éter; siendo este último una copia servil del A'd Buddhista y sus cinco Dhyani Buddhas, como hemos hecho ver en el capítulo precedente. El Indo Swayambhuva-Nara desenvuelve de sí mismo el *principio-madre* contenido dentro de su misma esencia divina: Nari, la Virgen Inmortal, la que, en cuanto ha sido fecundada por su espíritu, se convierte en Tanmâtra, la madre de los cinco elementos, aire, agua, fuego, tierra y éter. Así puede demostrarse cómo de la cosmogía Inda proceden todas las demás.

Knorr von Rosenroth, ocupándose de la interpretación de la *Kábala*, arguye que, «En este primer estado (de secreta sabiduría), el Dios mismo infinito puede ser interpretado como Padre (de la nueva alianza). Pero, siendo conducida la luz por el Infinito á través de un canal al Adam primero, ó *Mesías*, y, unida á él, puede ser aplicada al nombre HIJO. Y el influjo emitido desde él (el Hijo) á las partes más bajas (del universo) puede ser aplicado al carácter del Espíritu Santo» (2). Sophia-Achamot, la VIDA semi-espiritual, semi-material, que vivifica á la materia inerte en las profundidades del caos, es el Espíritu Santo de los Gnósticos, y la *Spiritus* (femenino) de los Nazarenos. Recuérdese que esta es la *hermana de Christos*, la emanación perfecta, y ambos son los hijos ó emanaciones de Sophia, la hija puramente espiritual é intelectual de Bythos, el Abismo. Pues la Sophia primera es Shekinah, la Faz de Dios, «Shekinha de Dios, que es su imagen» (3).

(1) Él es el germen universal y espiritual de *todas* las cosas.

(2) «Ad. Kabb. Chr.», p. 6.

(3) «Sohar», p. 93.

«El *Hijo* Zeus-Belus ó Sol-Mithra es una imagen del Padre, una emanación de la *Luz Suprema*», dice Movers. «Ha pasado por Creador» (1).

«Los Filósofos dicen que el primer aire es *anima mundi*. Pero la vestidura (Shekinah) es mas elevada que el aire primero, desde el momento en que está intimamente unida á En-Soph, el Ilimitado» (2). Así, Sophia es Shekinah, y Sophia Achamoth el *anima mundi*, la luz astral de los Kabalistas, la cual contiene el germen espiritual y material de *todo cuanto es*. Porque la Sophia Achamoth, al igual que Eva, de quien es el prototipo, es «la madre de todo lo que vive».

Tres trinidades existen en el sistema Nazareno, lo mismo que en la filosofía Inda del período pre-Védico. Cuando vemos á los pocos traductores de la *Kábala*, el *Codex Nazaræus*, y otras obras abstrusas, vagar sin esperanza en medio del panteón interminable de nombres, incapacitados de llegar á un sistema que pueda clasificarlos, pues una hipótesis destruye y contradice la otra, no podemos menos que extrañarnos de este trabajo, que tan fácilmente podría ser vencido. Pero aun ahora en que la traducción, y hasta la comprobación del antiguo Sánscrito, se ha hecho tan fácil bajo el punto de vista de la comprobación, nunca podrían pensar en la posibilidad de que cada filosofía, sea Semítica, Camítica ó Turaniana, como ellos las llaman, tiene su clave en los libros sagrados Indos, y sin embargo ahí están los hechos, y los hechos no son destruidos fácilmente. Así, mientras encontramos la Trimurti Inda triple manifestada por:

Nara (ó Para-Purusa), Nari (Mariama), Viradj (Brahma),	Agni, Vayu, Surya,	Brahma, Vishnú, Siva,	el Padre, la Madre, el Hijo,
--	--------------------------	-----------------------------	------------------------------------

y la trinidad Egipcia como sigue:

Kneph (ó Amón), Maut (ó Mut), Khons,	Osiris, Isis, Horus,	Ra, Isis, Malouli,	el Padre, la Madre, el Hijo, (2)
--	----------------------------	--------------------------	--

el sistema Nazareno consiste en

Ferho (Ish-Amón), Caos (Agua oscura), Fetahil,	Mano, Spíritus (femenino), Ledhaio,	Abatur, Netubto, Señor Jordán,	el Padre, la Madre, el Hijo.
--	---	--------------------------------------	------------------------------------

La primera es la trinidad oculta ó no manifestada, una pura abstracción. La otra la activa, ó la revelada en los resultados de la

(1) «Movers», p. 265.

(2) Champollion, Junior: «Cartas».

creación, procediendo de la primera, su prototipo espiritual. La tercera es la imagen mutilada de las otras dos, cristalizada en la forma de dogmas humanos, los cuales varían según la exuberancia de la fantasía materialista nacional.

El Señor Supremo de esplendor y de luz, luminoso y refulgente, antes del cual ningún otro ha existido, es llamado la Corona; Señor Ferho, la vida no revelada que en el primero ha existido desde la eternidad; y el Señor Jordán, el espíritu, el agua de gracia viviente (1).

Es el único por medio del cual podemos ser salvados; y así corresponde con Sekinah, la vestidura espiritual de En-Soph, ó sea el Espíritu Santo. Estos tres constituyen la trinidad *in abscondito*. La segunda trinidad está compuesta de las tres vidas. La primera es la semejanza del Señor Ferho, del cual ella ha salido; y el segundo Ferho es el Rey de Luz, MANO (*Rex Lucis*). Es la vida celeste y la luz, y más antiguo que el Arquitecto de los cielos y de la tierra (2). La segunda vida es *Ish Amon* (Pleroma), el vaso de elección, que contiene el pensamiento visible del *Jordanus Maximus*, el tipo (ó su inteligible reflejo), el prototipo del agua viviente, que es el «Jordán espiritual» (3). La tercera vida, la que es producida por las otras dos, es ABATUR (*Ab*, el Pariente ó Padre). Este es el misterioso y decrepito «Anciano de los Ancianos», el «Antiguo *Senem sui obtemperantem et grandævum mundi*». Esta última Vida tercera es el Padre del Demiurgo Fetahil, el Creador del mundo, á quien los Ofitas llaman Ilda-Baoth (4), aunque Fetahil es el *unigénito*, el reflejo del Padre, Abatur, que le engendra mirando en el «agua negra» (5), pero el Señor Mano, «el Señor de sublimidad, el Señor de todos los gé-nios», está más elevado que el Padre, en este *Codex Kabalístico*; el uno es puramente espiritual, el otro material. Así por ejemplo, mientras el «unigénito» de Abatur, es el genio Fetahil, el Creador del mundo físico, el Señor Mano, el «Señor de Celsitud», que es el hijo de Aquel que es «el Padre de todos los que predicán el Evangelio», produce también un «unigénito», el Señor Lehdaio, «un Señor justo». Él es el Christos, el ungido, que vierte la «gracia» del Jordán Invisible, el Espíritu de la *Corona más Elevada*.

En el Arcanum, «en la asamblea de esplendor, iluminada por MANO, al cual las chispas de esplendor deben su origen», los genios que viven en la luz «se levantaron, fueron al Jordán visible y al

(1) «Codex Nazaræus», vol. II, pp. 47-57.

(2) Idem, vol. I, p. 145.

(3) Idem, vol. II, p. 211.

(4) «Codex Nazaræus», vol. I, p. 308.

(5) Sophia Achamoth también engendra á su hijo Ilda-Baoth, el *Demiurgo*, mirando al caos ó materia, y poniéndose en contacto con ella.

agua corriente... se reunieron para celebrar un consejo... y evocaron al Hijo Unigénito de imagen imperecedera, y que no puede ser concebido por reflexión: Lehdaio, el Señor justo, salió de Lehdaio, el señor justo, el cual ha producido la vida por medio de su palabra»(1).

Mano es el jefe de los siete *Æones*, los cuales son Mano (*Rex Lucis*), Aiar Zivo, Ignis Vivus, Lux, Vita, Aqua Viva (el agua viviente del bautismo, el genio del Jordán), é Ipsa Vita, el jefe de los seis genios que forman, con él, el *siete* místico. El Mano Nazareno es sencillamente la copia del primer Manu Indo —emanación de Manú Swayambhuva—, del cual proceden sucesivamente los otros seis Manús, tipos de las subsiguientes razas de hombres. Los encontramos á todos ellos representados por el Apóstol Kabalista Juan, en las «siete lámparas de fuego ardiendo ante el trono, que son los siete espíritus de Dios» (2), y en los siete ángeles llevando las siete redomas. Además, en Fetahil reconocemos el original de la doctrina Cristiana.

En la *Revelación* de Joannes Theologos se dice: «Yo me volví y ví, en medio de los *siete* candeleros, uno parecido al Hijo del Hombre... su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana, tan blanca como la nieve; y sus ojos eran como una llama de fuego... y sus pies como bronce, cual si ardiesen en un horno» (1 13, 14, 15). Juan aquí repite, como es bien sabido, las palabras de Daniel y de Ezekiel: «El Anciano de los tiempos... cuyo cabello era tan blanco como lana pura...» Y «el aspecto de un hombre... encima del trono... y la apariencia de fuego, y estaba rodeado de resplandor» (3). Siendo el fuego «la gloria del Señor». Fetahil es hijo del hombre, la Tercera Vida, y su parte superior es representada tan blanca como nieve; estando además junto al trono del fuego viviente, tiene la apariencia de una llama.

Todas estas «visiones apocalípticas» están fundadas en la descripción de «la cabeza blanca» del Sohar, en la cual está unida la trinidad Kabalística. La cabeza blanca «que oculta al espíritu en su cráneo», y está rodeada por fuego sutil. El «aspecto de un hombre» es el de Adam Kadmon, al través del cual pasa el hilo de luz representado por el fuego. Fetahil es el *Vir Novissimus* (el hombre novísimo), el hijo de Abatur (4), siendo el último el «hombre», ó la *tercera* vida (5), actualmente el tercer personaje de la trinidad. Juan vé á «uno como el hijo de hombre», sosteniendo su mano derecha siete estrellas, y entre «siete candeleros de oro» (*Revelación* 1). Fetahil fija

(1) «Codex Nazaraeus», vol. II, p. 109. Véase «Sod, el Hijo del Hombre», para traducción.

(2) *Revelación*, IV, 5.

(3) Ezekiel.

(4) «Codex Nazaraeus», vol. II, p. 127.

(5) La primera dúaada andrógina, considerada como una unidad en todas las computaciones secretas, es, por lo tanto, el Espíritu Santo.

su «residencia en lo alto» de acuerdo con la voluntad de su padre, «el Æón más elevado que tiene siete cetros», y siete genios, que representan astronómicamente los siete planetas ó estrellas. Permanece «brillando en la vestidura del Señor, resplandeciente por la obra de los genios» (1). Es el Hijo de su Padre, Vida, y de su madre, Espíritu ó Luz (2). El Logos está representado en el *Evangelio según Juan* como uno en quien habla «Vida, y la vida era luz de los hombres» (1, 4). Fetahil es el Demiurgo, y su padre creó el universo visible de materia por medio de él (3). En la *Epistola de Pablo á los Efesios* (III 9) se dice que Dios ha «creado todas las cosas por medio de Jesús». En el *Codex*, el Padre-VIDA dice: «Levántate, anda, hijo primogénito nuestro, mandado para todas las criaturas» (4). «Como el padre viviente me ha enviado», dice Cristo, «Dios envió á su hijo unigénito para que podamos vivir» (5). Finalmente, habiendo llevado á efecto su obra en la tierra, Fetahil vuelve á subir hacia su padre Abatur. «*Et qui, relicto quem procreavit mundo, ad Abatur suum patrem contendit*» (6). «Mi padre me envió... Yo voy al Padre», repite Jesús.

Dejando aparte las disputas teológicas del Cristianismo, que procuran hermanar al Creador Judío del primer capítulo del *Génesis* con el «Padre» del *Nuevo Testamento*, Jesús declara repetidas veces refiriéndose al Padre que «Está en secreto». Seguramente no hubiera hablado así del siempre presente «Señor Dios» de los libros Mosaicos, que se manifestó personalmente á Moisés y á los Patriarcas, y que finalmente permitió que pudieran verle todos los ancianos de Israel (7).

Cuando se hace hablar á Jesús del templo de Jerusalén como de la «casa de su Padre», no se refiere al cuerpo físico, que sostiene él puede destruir y reedificar en tres días, sino al templo de Salomón, el sabio Kabalista, que indica en sus *Proverbios* que cada hombre es el templo de Dios ó de su propio y divino espíritu. Esta frase del «Padre que permanece en secreto» la encontramos empleada tanto en la *Kábala* como en el *Codex Nazareus* y en otras partes. Nadie ha visto jamás la sabiduría oculta en el «Cráneo» y nadie ha mirado al «Abismo» (Bythos). Simón el *Mago* decía predicando «un Padre desconocido para todos» (8).

(1) «*Codex Nazareus*», vol. III, p. 59.

(2) Idem, vol. I, p. 285.

(3) *Codex Nazareus*, vol. I, p. 309.

(4) Idem, vol. I, p. 287. Véase «Sod, el Hijo del Hombre», p. 101.

(5) Juan, IV, 9.

(6) «*Codex Nazareus*», vol. II, p. 123.

(7) «Entonces subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abihu, y setenta de los ancianos de Israel. Y ellos vieron al Dios de Israel». Exodo XXIV, 9, 10.

(8) Ireneo: «Homilías Clementinas», I, XXII, p. 118.

Podemos seguir las trazas de esta denominación de un Dios «secreto» desde más atrás aún. En la *Kábala*, el «Hijo» del Padre *oculto* que mora en luz y gloria es el «Ungido», el *Seir-Anpin* que reúne en sí mismo á los Sephiroth; es Christos ó el hombre Celeste. Es por medio de Cristo que el Pneuma ó Espíritu Santo crea «todas las cosas» (Efesios III, 9), y produce los cuatro elementos: aire, agua, fuego y tierra. Esta aserción es incuestionable, porque encontramos á Ireneo fundando en este hecho su mejor argumento para demostrar la necesidad de ser cuatro los evangelios. No pueden ser, arguye, ni más ni menos que cuatro, «porque así como existen cuatro partes del mundo y cuatro vientos generales, (καθολικά πνεύματα)... es justo que ella (la Iglesia) tenga cuatro columnas. Con lo que se pone de manifiesto que el Verbo, *el hacedor de todo*, el que *está sentado encima de los Querubines*... como dice David cuando suplica su advenimiento: 'Tú que permaneces sentado entre los Querubines, resplandece!' Porque los Querubines también tienen cuatro caras, y sus caras son símbolos de las obras del Hijo de Dios» (1).

No nos detendremos á discutir con detenimiento la santidad especial de los Querubines de cuádruple faz, aunque podríamos, quizás, mostrar su origen en los *vehans* (ó vehículos) de los dioses principales en todas las antiguas pagodas de la India; como también podríamos fácilmente atribuir el respeto que se les concede á la sabiduría kabalística, que, sin embargo, la Iglesia desecha con gran horror. Pero no podemos resistir á la tentación de recordar al lector que puede comprobar fácilmente las distintas significaciones atribuidas á estos Querubines leyendo la *Kábala*. «Cuando las almas están á punto de abandonar su habitación», dice el *Sohar* refiriéndose á la doctrina de la pre-existencia de las almas en el mundo de las emanaciones, «cada alma aparece separadamente ante el Sagrado Rey, revestida de una forma sublime, con el semblante con que va á aparecer en este mundo. Es de esta forma sublime que la imagen procede» (*Sohar* III, p. 104, ab). Luego continúa para decir que los tipos ó formas de estas caras son en número de cuatro: las del ángel ú hombre, del león, del toro y del águila. Aún más, podemos manifestar nuestra admiración de que Ireneo no haya reforzado su argumento en favor de los cuatro evangelios citando el Panteón entero de los Dioses Indos de cuatro brazos!

Al representar Ezekiel á sus cuatro animales, llamados hoy Querubines, como tipos de los cuatro seres simbólicos que en sus visiones sostienen el trono de Jehovah, no tuvo que ir muy lejos para sus modelos. Estaba familiarizado con los genios protectores Caldeos Babilónicos; el Sed, Alap ó *Kirub* (Querubín), el toro con la faz humana;

(1) «Adv. Haec.», III, II, 18.



el Nirgal, león con cabeza humana; Oustour, el hombre Esfinge, y el Nathga, con su cabeza de águila. La religión de los Maestros—los idólatras Babilonios y Asirios—fué casi integralmente transferida á la Escritura «revelada» de los Cautivos y de allí pasó al Cristianismo.

Además nos encontramos á Ezekiel, que se le llama, por la semejanza de la gloria del Señor, como «Hijo del Hombre». Este título peculiar es empleado repetidas veces en el libro entero de este profeta, que es tan kabalístico como el «rollo de un libro» que la «Gloria» le hace comer. Está escrito *interior* y *exteriormente*, y su significado real es idéntico al del Apocalipsis. Parece extraño que se haya concedido tanta importancia á esta denominación peculiar, de la que se dice se aplicó Jesús á sí mismo, cuando, en el lenguaje simbólico ó kabalístico, un profeta es denominado así. Es igualmente extraordinario ver á Ireneo ocupado en las descripciones tan gráficas que hace de Jesús, presentándole como «el hacedor de todo, sentado sobre un Querubín», á menos que le identifique con Shekinah, cuyo sitio usual era entre los Charoubs del Propiciatorio. También sabemos que los Querubines y Serafines son títulos de la «Antigua Serpiente» (el diablo ortodoxo), siendo los Serafines las serpientes ardientes ó abrasadoras en el simbolismo kabalístico. Las diez emanaciones de Adam Kadmon, llamadas los Sephiroth, todas tienen emblemas y títulos correspondientes á cada una de ellas. Así por ejemplo, las dos últimas son Victoria ó Jehovah-Sabaoth, cuyo simbolo es la columna derecha de Salomón, la Columna Jachin; mientras que GLORIA es la columna izquierda ó Boaz, y su nombre es la «antigua serpiente», y también Seraphim y Cherubim (1).

«Hijo de Hombre» es una denominación que no puede atribuirse á nadie más que á un Kabalista. Como hemos hecho ver antes, en el *Antiguo Testamento* es empleada únicamente por un profeta, Ezekiel el Kabalista. En sus misteriosas relaciones místicas, los Æones ó Sephiroth están representados en la *Kábala* por un gran número de círculos, y algunas veces por la figura de un HOMBRE, que está simbólicamente formado por tales círculos. Este hombre es Seir-Anpin, y los 243 números de que consta esta figura se refieren á los distintos órdenes de la jerarquía celestial. La idea original de esta figura, ó más bien el modelo, puede haber sido tomada del Brahmâ Indo, y las varias castas, simbolizadas por las distintas partes de su cuerpo, como King sugiere en sus *Gnósticos*. En uno de los más grandes y bellos templos-cavernas de Ellora, Nasak, dedicado á Vishvakarma, hijo de Brahmâ, existe una representación de este Dios y de sus atributos. Para el que conozca la descripción de Ezekiel de la

(1) Véase «Gnósticos» de King.

« semejanza de cuatro criaturas vivientes », cada una de las cuales tenía cuatro caras, y las manos de un hombre bajo sus alas (1), esta figura de Ellora debería parecerle absolutamente *biblica*. Brahmâ es llamado el padre del « hombre », lo mismo que Júpiter y otros dioses de los más elevados.

Es en las representaciones Buddhistas del Monte Meru, llamado por los Birmanos *Myé-nmo*, y por los *Siameses Sineru*, donde encontramos uno de los originales del Adam-Kadmon, Seir-Anpin, el « hombre celeste », y de todos los *Æones*, Sefiroth, Poderes, Dominaciones, Tronos, Virtudes y Dignidades de la *Kábala*. Entre dos columnas que están unidas por un arco, la bóveda de este último está representada por una *media luna*. Esta es la morada en que habita la Sabiduría Suprema de A'di-Buddha, la Deidad Suprema é Invisible. Debajo de este punto central más elevado, viene el círculo de la emanación directa del Desconocido, el círculo de Brahmâ, según algunos Indos; el primer *avatar* de Buddha, según otros. Esto responde al Adam-Kadmon y á los diez Sefiroth. Nueve de las emanaciones están circundadas por la décima, y en ocasiones representadas por pagodas, cada una de las cuales lleva un nombre que expresa uno de los principales atributos de la Deidad manifestada. Siguen luego debajo los siete planos ó esferas celestiales, y cada esfera está rodeada por un mar. Estas son las mansiones celestiales de los *devatas* ó dioses, perdiendo cada una de ellas algo en santidad y pureza á medida que se aproximan á la tierra. Luego viene el mismo Meru, formado por innumerables círculos colocados dentro de tres más grandes que simbolizan la trinidad del hombre; y, para uno que conozca el valor numérico de las letras en los nombres bíblicos, como el de la « Gran Bestia », ó el de Mithra *μει θρας αβραζις*, y otros, es cosa fácil de establecer la identidad de los dioses-Meru con las emanaciones ó Sefiroth de los Kabalistas. También se encuentran en estos antiquísimos mitos los genios de los Nazarenos, todos con sus misiones especiales, perfectísima representación del simbolismo de la « doctrina secreta », tal como se enseñaba en las edades arcaicas.

King dá unas pocas indicaciones— aunque indudablemente muy insuficientes para enseñar algo importante, pues están fundadas en los cálculos del Obispo Newton (2)— respecto del modo de descubrir los misterios fundándose en el valor de las letras. Encontramos, sin embargo, á este gran arqueólogo, que tanto tiempo y trabajo ha dedicado al estudio de las piedras Gnósticas, que corroboran nuestra aserción. Hace ver que la teoría entera es Inda é indica que *durga*, ó duplicado femenino correspondiente á cada uno de los dioses Asiá-

(1) Ezekiel, 1-11.

(2) « Gnósticos y sus restos ».

ticos, es lo que los Kabalistas llaman *Virtud* activa (1) en la jerarquía celestial, palabra que los Padres Cristianos han adoptado y repetido, sin apreciarla por completo, y cuyo significado la teología última ha desfigurado completamente. Pero volvamos al Meru.

El conjunto está rodeado por el Maha Samut, ó el gran mar, la luz astral y el éter de los Kabalistas y los sabios; y, dentro de los círculos centrales, se presenta «la semejanza de un hombre». Es el Achadoth de los Nazarenos, la doble unidad, ó sea el hombre andrógino; la celeste encarnación, y una representación perfecta de Seir-Anpin (cara corta), el hijo de *Arich-Anpin* (cara larga) (2). Este parecido es en la actualidad representado en muchas Lamaserias por Gautama-Buddha, la encarnación de el último de los avatares. Más abajo del Meru está la vivienda del gran Naga, al que se llama *Rajah Naga*, el rey serpiente —la serpiente del *Génesis*, el Ophis Gnóstico, —y la diosa de la tierra, Bhumây Nari, ó Yama, que espera sobre el gran dragón, pues ella es Eva, «la madre de todo cuanto vive». Más abajo aún, está la octava esfera, las regiones infernales. Las regiones más superiores de Brahmâ están rodeadas por el sol, la luna y los planetas, las siete lumbreras de los Nazarenos, y exactamente tal como están descritas en el *Codex*.

«Los siete Demonios-impostores que engañan á los hijos de Adán. El nombre de uno de ellos es *Sol*; de otro, *Spiritus Venereus*, Astro; del tercero, *Nebu*, Mercurio, un falso Mesías...; el nombre del cuarto es *Sin Luna*; el quinto es *Kiun*, Saturno; el sexto, *Bel-Zeus*; el séptimo, *Nerig-Marte*» (3). Luego hay «*Siete Vidas* procreadas», siete buenos Lúminares, «que son de Cabar Zio, y son aquellos brillantes que relucen en su propia forma y esplendor difundiéndola desde lo alto... A la puerta de la MANSIÓN DE VIDA, el trono está colocado á propósito para el Señor de Esplendor, y hay allí TRES habitaciones» (4). Las habitaciones de la *Trimurti* (trinidad Inda) están colocadas bajo la bóveda, la media luna de oro, en representación de Meru. «Y estaba bajo sus pies (del Dios de Israel), como si fuese un pavi-

(1) «Aunque comunmente se supone que esta ciencia es peculiar á los Talmudistas Judíos, no cabe la menor duda de que la idea la han copiado de un origen extranjero, y este es de los Caldeos, *los fundadores del arte mágico*», dice King, en los «Gnósticos». Los títulos *Iao* y *Abraxas*, etc., en vez de ser invenciones Gnósticas recientes, fueron realmente nombres santos tomados de las más antiguas *formula* del Oriente. Plinio debe aludir á ellos cuando menciona las virtudes atribuidas por los Magos á las amatistas grabadas con los nombres del sol y luna, nombres no expresados ni en lengua Griega ni la Latina. En el *Eterno sol*, el *Abraxas*, el *Adonai*, de estas piedras preciosas, nosotros reconocemos los mismos amuletos ridiculizados por el filósofo Plinio («Gnósticos», pp. 79, 80). *Virtutes* (milagros), según lo usa Ireneo.

(2) Llamado así para distinguir la cara corta, que es *exterior*, «del venerable anciano sagrado» (el *Idra Rabba*), III, 36; v 54). Seir-Anpin es la «imagen del Padre». «El que me ha visto á mí ha visto á mi Padre» (Juan, XIV, 9).

(3) «*Codex Nazaræus*», vol. III, p. 57.

(4) *Idem*, vol. III, p. 61.

mento de zafiro» (*Exodo* XXIV, 10). Bajo la media luna está el cielo de Brahmá, todo empedrado de zafiros. El paraíso de Indra resplandece con un millar de soles; el de Siva (Saturno) está en el Nordeste; su trono está formado de lapis-lazuli, y el suelo de los cielos es de oro ardiente. «Cuando él se sienta en el trono, arde en fuego hasta la altura de *los lomos*». En Hurdwar, durante la feria, en la cual es aún más que Mahadeva, el dios más elevado, los atributos y emblemas consagrados al «Señor Dios» Judío pueden ser reconocidos uno por uno en los de Siva. La piedra Binlang (1), consagrada á esta deidad Inda, es una piedra tosca como el Beth-el, consagrada por el Patriarca Jacob, y erigida por él «por columna», y, al igual que la citada Binlang, está *ungida*. Casi no será necesario recordar al estudiante que el *linga*, el emblema consagrado á Siva, y cuyos templos están modelados según esta forma, es idéntico en estilo, significación y objeto, á las «columnas» elevadas por los distintos Patriarcas para marcar su adoración del Señor Dios. En verdad hasta actualmente podría uno de estos patriarcales lithoi ser llevado en las procesiones Sivaíticas de la Calcutta, sin que pudiera sospecharse su derivación Hebrea. Los cuatro brazos de Siva son con frecuencia representados con apéndices á manera de alas; tiene *tres* ojos, y un *cuarto* en media luna, obtenido por él durante la agitación violenta del océano; así como Páncha Mukhti, Siva tiene cuatro cabezas.

En este dios hallamos la descripción dada por Ezequiel, en el primer capítulo de su libro, de su visión, durante la cual contempla la «apariciencia de un hombre» en las cuatro criaturas vivientes que tenían «cuatro caras», cuatro alas, «que tenían un par de pies rectos... que brillaban con el color del bronce *ardiente*... y sus anillos estaban llenos de ojos alrededor de los cuatro». Es el trono y el cielo de Siva lo que el profeta describe diciendo: «...y allí había el aspecto de un trono con apariciencia de zafiro... y yo percibí como un color de ámbar (oro), como si fuera fuego en torno suyo... desde sus lomos, aun hacia arriba, y desde lo que parecían sus lomos, igualmente hacia abajo, y lo vi como si aquello fuese á manera de fuego» (Ezequiel, I 27). «Y sus pies parecidos á bronce fino, como si ardiesen en un horno» (*Revelación* I 15). «En cuanto á sus caras... una tenía la faz de un querubín y la cara del león... también tenían la del toro y la del águila» (Ezequiel I 10, x 14). Este *cuádruple* aspecto que encontramos en los dos *cherubines* de oro situados en los dos extremos del arca; siendo además adoptadas posteriormente estas cuatro *caras* simbólicas, una para cada evangelista, como puede fácilmente comprobarse por las pinturas de Mateo, Marcos, Lucas y de Juan

(1) Esta piedra, cuya superficie es parecida á la esponja, se encuentra en Narmada y rara vez se puede ver en otros sitios.

(1), que preceden á sus respectivos evangelios en la Vulgata Romana y las *Biblias Griegas*.

«Taauth, el gran dios de los Fenicios», dice Sanchoniathón, «para expresar el carácter de Saturno ó Kronos, hizo su imagen con cuatro ojos... dos delante, dos detrás, abiertos y cerrados, y cuatro alas, dos extendidas, dos dobladas. Los ojos denotan que el dios ve mientras duerme y duerme estando despierto; la posición de las alas, que vuela parado y que descansa cuando vuela».

La identidad de Saturno y Siva se corrobora aún más cuando nos fijamos en el emblema del último, el *damara*, que es un reloj de arena para indicar los progresos del tiempo, representado por este dios en su facultad de destructor. El toro Nardi, el *vahan* de Siva y el emblema más sagrado de este dios, está reproducido en el Apis Egipcio, y en el toro creado por Ormazd y matado por Ahrimán. La religión de Zoroastro, fundada toda en la «doctrina secreta», se ve que era profesada por el pueblo de Eritene; era la religión de los Persas cuando conquistaron á los Asirios. Desde allí es fácil seguir la pista de este emblema de VIDA representado por el Toro, que se introducía en cada uno de los sistemas religiosos. El colegio de los magos lo había aceptado al cambiar de dinastía (2); Daniel está descrito como un Rabbi, el jefe de los astrólogos y Magos Babilónicos (3); por esto vemos los pequeños toros asirios y los atributos de Siva reapareciendo bajo una forma escasamente modificada en los Querubines de las Judíos Talmudistas, del mismo modo que hemos señalado al buey Apis en las esfinges ó Querubines del Arca Mosaica; y como lo hallamos luego algunos miles de años después en compañía de Lucas, uno de los evangelistas cristianos.

Cualquiera que haya vivido en la India el tiempo suficiente para conocer, aunque no sea más que de un modo superficial, las deidades indígenas, ha de descubrir la semejanza entre Jehovah y otros dioses además de Siva. Igual que Saturno, este último fué siempre tenido en gran respeto por los Talmudistas. Los kabalistas Alejandrinos le reverenciaban como el inspirador directo de la ley y de los Profetas; uno de los nombres de Saturno era Israel, y, á su tiempo debido, haremos ver su identidad con Abraham en cierto sentido, lo cual fué sugerido hace mucho tiempo por Movers y otros. Por lo tanto, no hay que extrañar que Valentinus, Basilides y los Gnósticos Ofitas colocaran la residencia de su Ilda-Baoth, destructor y creador á la vez, en el planeta Saturno, porque él fué quien dió la ley en el desierto, y hablaba por medio de los profetas. Si se necesitaran más

(1) Juan tiene un águila á su lado; Lucas un toro; Marcos, un León; y Mateo, un ángel; el cuaternario kabalístico del Tarot Egipcio.

(2) Véase á Matter, acerca del asunto.

(3) Consúltese el Libro de Daniel, iv, v.

pruebas las fundaríamos en el testimonio de la misma *Biblia* Canónica. En *Amos*, el «Señor» vierte cólera á cántaros sobre el pueblo de Israel. Desprecia sus sacrificios, y no quiere escuchar sus plegarias, pero pregunta á Amos: «Me habéis ofrecido sacrificios y ofrendas en el desierto durante cuarenta años, oh, casa de Israel?» «Pero habéis conservado los tabernáculos de vuestro Moloch y *Chiun* vuestras imágenes, la *estrella de vuestro dios*» (v 25, 26). Quiénes eran Moloch y *Chiun* más que Baal-Saturno-Siva, y *Chiun*, Kivan, el mismo Saturno, cuya estrella los Israelitas se apropiaron? Parece que en este caso no hay escape posible; todas estas deidades son idénticas.

Lo mismo ocurre en el caso de los numerosos Logoï. Mientras el Sosiosh Zoroastriano está modelado en el décimo Avatar Brahmánico y en el quinto Buddha de los secuaces de Gautama; y nos encontramos al primero, después de haber pasado parte por parte al sistema kabalístico del rey Mesías, reflejado en el Apóstol Gabriel de los Nazarenos, y en Æbel-Zivo, el Legatus, enviado á la tierra por el Señor de Celsitud y de Luz; todos ellos—Indo y Persa, Budhista y Judío, el Christos de los Gnósticos, y el Logos Philoneano—se encuentran combinados en el «Verbo hecho carne» del cuarto *Evangelio*. El Cristianismo incluye á todos estos sistemas, cosidos y remendados para aprovechar la ocasión. Si cogemos el *Avesta*, encontramos en él el sistema dualista que tanto prevalece en el schema Cristiano. La lucha entre Ahrimán (1), Tinieblas, y Ormazd, Luz, ha ido corriendo continuamente por el mundo desde los principios de los tiempos. Cuando llegue la situación peor, y parezca que Ahrimán haya conquistado el mundo y corrompido á todo el género humano, entonces aparecerá el Salvador de la humanidad, Sosiosh. Vendrá montado en un caballo blanco y seguido por un ejército de buenos genios cabalgando igualmente en corceles blancos como la leche (2). Y esto lo encontramos fielmente copiado en la *Revelación*: «Yo ví los cielos abiertos y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba era llamado fiel y verdadero... Y los ejércitos que había en los cielos le seguían montados en caballos blancos» (*Revelación* XIX 11, 14). El mismo Sosiosh no es más que una *permutación* Persa del Indo Vishnú. Hasta hoy día puede verse la figura de este dios, representándole como el Salvador, el «Preservador» (el espíritu preservador

(1) Ahrimán, la producción de Zoroastro, es llamado así en odio á los Arios ó Aryos, los Brahmanes contra cuyo dominio los Zoroastrianos se habían rebelado. Aunque Zoroastro mismo era un Ario (un noble, un sabio), tal como en el caso de los Devas á los cuales hizo pasar de dioses á *diablos*, no vaciló en designar á esta personificación del espíritu del mal con el nombre de sus enemigos, los Arios Brahmanes. La lucha entera de Ahura-mazd y Ahrimán no es más que la alegoría de la gran guerra político-religiosa entre el Brahmanismo y el Zoroastrianismo.

(2) «Nork», II, 146.

de Dios), en el templo de Rama. Está pintado figurando su décima encarnación—el *Kalki-avatar*, que todavía está por venir—como un guerrero armado montado en un caballo blanco. Blandiendo sobre su cabeza la espada destructora, sostiene con su otra mano un disco, formado de anillos contenidos unos en otros, emblema de los ciclos que se suceden, ó grandes épocas (1), porque Vishnú aparecerá únicamente así al final del *Kaliyuga*, que corresponde con el fin del mundo esperado por nuestros Adventistas. «Y de su boca salía una afilada espada... en su cabeza había muchas coronas» (*Revelación* xix, 12). Vishnú es con frecuencia representado con varias coronas superpuestas sobre su cabeza. «Y ví á un ángel de pié en el Sol» (17). El *caballo blanco es el caballo del sol* (2). Sosiosh, el Salvador Persa, nació también de una virgen (3), y al final de los siglos vendrá también como un Redentor para regenerar al mundo, pero será precedido por dos profetas, que vendrán á anunciarle (4). Por esto los Judíos, que tuvieron á Moisés y á Elías, ahora están esperando al Mesías. «Luego viene la *resurrección* general, cuando los buenos entrarán inmediatamente en su feliz mansión, la tierra regenerada; y Ahrimán con sus ángeles (los diablos) (5), y los malos serán purificados por inmersión en un lago de metal fundido... En lo sucesivo desde entonces, todos gozarán de una felicidad permanente y, dirigidos por Sosiosh, entonarán para siempre las alabanzas del Eterno» (6). Lo anterior es una perfecta repetición de Vishnú en su décimo avatar, porque él mismo entonces echará los malvados á las regiones infernales, en las que, después de purificarse, serán perdonados —y hasta aquellos diablos que se rebelaron contra Brahmá y que fueron arrojados por Siva al abismo sin fondo (7) irán también, como los bienaventurados, á vivir con los dioses en el Monte Meru.

Habiendo trazado así la semejanza de opiniones respecto del Logos, Metatrón y Mediador, tales como se encuentran en la *Kábala*, en el *Codex* de los Cristianos Nazarenos y en los Gnósticos, el lector está ya preparado para poder apreciar la audacia del schema Patrístico, que reduce un símbolo puramente metafísico á una forma concreta, y lo presenta como si el dedo de la profecía hubiese estado desde tiempo inmemorial señalando á Jesús en todas épocas como

(1) El Rv. Mr. Maurice lo considera como significando ciclos.

(2) «Duncker», II, 363; «Avesta» de Spiegel, I, 32, 34.

(3) Véase el «Libro de Dehesh», 47.

(4) Véase la traducción del «Zend-Avesta» por King, en sus «Gnósticos», p. 9.

(5) Los *dævas* ó diablos de los Iranios contrastan con los *devas* ó deidades de la India.

(6) «Nork», II, 146.

(7) El Obispo de Epheso, 218 D. Cr.; Eusebio: «H. E.» III, 31. Orígenes sostenía enérgicamente la doctrina de que el castigo eterno era erróneo. Declaraba que, al segundo advenimiento de Cristo, hasta los diablos entre los condenados serán perdonados. La condenación eterna es una idea *Cristiana* posterior.

el Mesías venidero. Un theomytos para simbolizar á la edad futura, cercana á la conclusión del gran ciclo, en que las «agradables nuevas» proclamarían desde los cielos la fraternidad universal y la fé común de la humanidad, el día de la regeneración—fué violentamente desfigurado en un hecho ya cumplido.

«Por qué me llamas tú bueno?;no hay nadie bueno más que *uno, que es Dios*», dice Jesús. Es este el lenguaje de un Dios?, de la segunda persona de la Trinidad, que es idéntica á la Primera? Y si este Mesías, ó Espíritu Santo de las Trinidades Gnóstica y Pagana, había venido en su persona, qué quería significar al distinguir en sí mismo el «Hijo del Hombre» y el Espíritu Santo? «Y á cualquiera que pronuncie una palabra contra el Hijo del hombre le será perdonado; pero aquel que blasfeme contra el Espíritu Santo no le será perdonado», dice (1). Y cómo darse cuenta de la maravillosa identidad de este mismo lenguaje con los preceptos enunciados, siglos antes, por los Kabalistas y los iniciados Paganos? Citaremos unos pocos de los muchos ejemplos que pueden presentarse.

«Ninguno de los dioses, ningun hombre ó Señor, puede ser bueno, sino *únicamente Dios solo*», dice Hermes (2).

«Ser un hombre bueno es imposible, solamente Dios posee este privilegio», repite Platón con una ligera diferencia (3).

Seis siglos antes de Cristo, el filósofo divino Confucio dijo que su doctrina era sencilla y fácil de comprender (Lún-yú, cap. 5, § 15). A lo cual uno de sus discípulos añadió: «La doctrina de nuestro maestro consiste en poseer una invariable rectitud de corazón, y en hacer para los demás tal como quisiéramos que ellos hicieran para nosotros» (4).

«Jesús de Nazareth, un hombre aprobado de Dios entre vosotros por milagros» (5), exclama Pedro largo tiempo después de la escena del Calvario. «Hubo un *hombre* enviado de Dios cuyo nombre era Juan» (6), dice el cuarto *Evangelio*, poniendo así al Bautista al mismo nivel que Jesús. Juan el Bautista, en uno de los actos más solemnes de su vida, aquel en que bautizó á Cristo, no cree que vá á bautizar á un *Dios*, sino que emplea la palabra hombre. «Este es aquel de quien yo he dicho: después de mi ha venido *un hombre*» (7). Hablando de sí mismo, dice Jesús: «Vosotros buskais matarme, á mí, á un *hombre* que os ha dicho la verdad, la cual *yo he oído de Dios*»

(1) Lucas XII, 10.

(2) Hermes Trismegistus, VI, 55.

(3) Platón, Protágoras; «Cory», p. 274.

(4) Panthier: «La Chine», II, 375; «Sod, el Hijo del Hombre», p. 97.

(5) Hechos II, 22.

(6) Juan, I, 6.

(7) Juan, I, 30.



(1). Hasta el ciego de Jerusalén, curado por el gran taumaturgo, lleno de gratitud y de admiración hacia su bienecor, al contar el milagro, no llama Dios á Jesús, sino que dice sencillamente: «... *un hombre*, que es llamado Jesús, hizo barro» (2).

Cerramos la lista, no por falta de otros ejemplos y pruebas, sino sencillamente porque lo que estamos diciendo ha sido repetido y demostrado por otros, muchas veces antes que nosotros. Pero no existe un mal más incurable que el fanatismo ciego é irracional. Pocos son los hombres que, como el Dr. Priestley, tengan el valor de escribir: «No encontramos nada como la divinidad atribuida á Cristo antes de Justino Mártir (D. de Cr. 141), el cual, siendo un filósofo, se convirtió en un Cristiano» (3).

Mahoma apareció cerca de seiscientos años (4) después de lo que se presume ser un deicidio. El mundo Græco-Romano estaba todavía sacudido por disensiones religiosas, resistiendo á todos los edictos imperiales pasados, y al Cristianismo impuesto. Mientras el Concilio de Trento estaba discutiendo acerca de la *Vulgata*, la unidad de Dios tranquilamente invalidaba á la trinidad, y pronto los Mahometanos excedieron en número á los Cristianos. Por qué? Porque su profeta jamás pretendió identificarse á sí mismo con Allah. De otro modo, puede decirse con toda seguridad, no hubiera visto florecer su religión. Hasta ahora el Mahometismo ha hecho y está haciendo más prosélitos que el Cristianismo. Buddha Siddhartha vino como un simple mortal siglos antes que Cristo. Y se ha encontrado hoy día que la ética religiosa de su fé es en belleza moral inmensamente superior á todo cuanto jamás soñaron los Tertulianos y Agustines.

El verdadero espíritu del Cristianismo solo puede encontrarse completo en el Budhismo; parcialmente se manifiesta en otras religiones «paganas». Buddha jamás hizo de sí mismo un Dios, ni fué divinizado por los que le siguieron. Es sabido que los Budhistas sobrepujan extraordinariamente en número á los Cristianos; se cuentan cerca de 500.000.000. Mientras los casos de conversión entre Budhistas, Brahmánicos, Mahometanos y Judíos son tan raros que demuestran cuán estériles son los esfuerzos de los misioneros; el ateísmo y el materialismo extienden sus gangrenosas úlceras y corroen cada día más profundamente el corazón mismo del Cristianismo. Entre las poblaciones paganas, no existen ateos, y los pocos que entre los Budhistas y Brahmánicos han sido infeccionados por el materialismo siempre se ve que pertenecen á las grandes ciuda-

(1) Juan, viii, 40.

(2) Juan, ix, 11.

(3) Priestley: «Historia del Primitivo Cristianismo», p. 2, sect. 2.

(4) Mahoma nació en 571 D. de J. C.

des muy pobladas de Europeos, y únicamente entre las clases ilustradas. Con mucha razón dice el Obispo Kidder: «Si un hombre sabio se hallara en el caso de tener que elegir su religión de entre todas las que se profesan, quizás sería el Cristianismo la última religión que escogería!

En un pequeño y útil folleto debido á la pluma del popular orador M. Peebles, cita el autor, tomándolo del *Athenæum* de Londres, un artículo en el cual se describen el bienestar y civilización de los habitantes de Yarkand y Kashgar, «que parecen virtuosos y felices». «Cielos benditos», exclama con fervor el autor honrado que fué un tiempo clérigo Universitario, «haced que los misioneros Cristianos se mantengan *separados* de los paganos y 'felices' Tártaros»(1).

Desde los primitivos días del Cristianismo, en que Pablo vituperaba á la Iglesia de Corinto por un crimen «que no vale tanto como el citar lo entre los Gentiles, de que uno pueda poseer la mujer de su padre»; y tomar por pretexto la «Cara del Señor» para entregarse á la *disolución* y la borrachera (I *Corintios*, v, 1), la profesión del nombre de Cristo siempre ha sido más un pretexto que la prueba de un sentimiento puro. Sin embargo, la forma correcta de este versículo es: «En todas partes se oye hablar de vosotros que practicáis la disolución, costumbre tan malvada que no se encuentra entre las naciones paganas, como el poseer ó casarse con la esposa del padre». Este lenguaje parecería indicar la influencia Persa. La práctica no existía en «ninguna parte de otras naciones», excepto en Persia, en donde era considerada como especialmente meritoria. De ahí también las historias Judías de Abraham casándose con su hermana, de Nahor con su sobrina, de Amram con la hermana de su padre, y de Judá con la viuda de su hijo, cuyos hijos parece fueron legitimados. Las tribus Arias preferían los matrimonios endogámicos, mientras que los Tártaros y todas las naciones bárbaras exigían que todas las uniones fuesen exógamas.

Solo ha existido un apóstol de Jesús digno de este nombre, y fué Pablo. Por desfiguradas que sus *Epistolas* hayan sido por manos dogmáticas antes de ser admitidas en el canon, su manera de concebir la figura grande y divina del filósofo que murió por su idea puede todavía ser apreciada en sus discursos á las distintas naciones Gentiles. Sin embargo, aquel que quiera comprenderle mejor todavía, debe estudiar el *Logos* Philoneano, que refleja hoy y entonces el *Sabda* (logos) Indo de la escuela Mimansa.

En cuanto á los demás Apóstoles, aquellos cuyos nombres llevan puestos los *Evangelios*, no podemos tener perfecta confianza en su

(7) J. M. Peebles: «Jesús-Hombre, Mito, ó Dios».

veracidad desde el momento en que las vemos atribuir á su Maestro milagros rodeados de circunstancias, registradas, si no en los libros más antiguos de la India, por lo menos en aquellos que precedieron al Cristianismo, y con la misma fraseología de las tradiciones. Quién sino, en sus días de credulidad ciega y sencilla, podía maravillarse ante la conmovedora narración dada, en los *Evangelios según Marcos y Lucas*, de la resurrección de la hija de Jairo? Quién ha dudado jamás de su originalidad? Y á pesar de todo la historia está copiada enteramente del *Hari Purana*, y está registrada entre los milagros atribuidos á Krishna. Vamos á traducirla de la versión Francesa; dice así:

«El Rey Angashuna hizo que los desposorios de su hija, la hermosa Kalavatti, con el joven hijo de Vamadeva, el Rey poderoso de Antarvedi, llamado Govinda, fuesen celebrados con más pompa.

»Pero, estando Kalavatti divirtiéndose en los bosques con sus compañeras, fué mordida por una serpiente y murió. Angashuna rasgó sus vestiduras, se cubrió de ceniza y maldijo el día en que nació.

»Súbitamente se esparció por el palacio un gran rumor y se oyeron repetidos, un millar de veces, los siguientes gritos: '*Pacya pitaram; pacya gurum!*' 'El Padre, el Maestro!' Entonces Krishna se acercó sonriente apoyándose en el brazo de Arjuna... 'Maestro', exclamó Angashuna, arrojándose á sus pies, y regándolos con sus lágrimas, '¡Mira mi pobre hija!', mostrándole el cuerpo de Kalavatti, tendido sobre una estera...

»'Por qué lloras?', contestó Krishna con voz suave. '*No veis que está durmiendo?*' Escuchad el sonido de su respiración, parecido al suspiro del viento de la noche, que acaricia las hojas de los árboles. Mirad cómo sus mejillas recobran su color; sus ojos, cuyos párpados tiemblan como si estuvieran á punto de abrirse; sus labios se mueven como si fueran á hablar; está durmiendo. Yo os lo digo; y mirad, ved, se mueve; *Kalavatti, levántate y anda!*'

»Apenas hubo hablado Krishna, la respiración, el calor, movimiento y vida volvieron poco á poco al cuerpo, y la joven doncella, obedeciendo al mandato del semi-dios, se levantó de su lecho y fué á reunirse con sus compañeras. Pero la multitud, maravillada, gritó: 'Este es un dios, puesto que la muerte no es para él más que un sueño!'» (1).

Todas estas parábolas han sido impuestas á los Cristianos, con la adición de dogmas que en su extraordinario carácter sobrepujan en mucho á las más extravagantes concepciones del paganismo. Los

(1) Traducido del «Hari-Purana» por Jacolliot: «Krishna y el Cristo».

Cristianos, con objeto de creer en una Deidad, han creído necesario matar á su Dios, para poder ellos vivir.

Y en la actualidad, el Supremo, el Desconocido, el Padre de Gracia y de Misericordia, y su celestial jerarquía, son manejados por la Iglesia como si fuesen otras tantas estrellas de teatro, ó empleados supernumerarios sujetos á salario!

Seis siglos antes de la era Cristiana, Xenóphanes se había ocupado de semejante antropomorfismo por medio de una sátira inmortal registrada y conservada por Clemente de Alejandria:

«EXISTE UN DIOS SUPREMO...

Cuya forma no es como la del hombre, y es distinta su naturaleza;  
 Pero imaginan los vanos mortales que los dioses son engendrados  
 [parecidos á ellos,  
 Con sensaciones humanas, voz y miembros corpóreos;  
 Así, si los bueyes ó los leones tuviesen manos, y pudiesen trabajar  
 [como el hombre,  
 Y trazar con pincel ó cincel su concepto de la Divinidad,  
 Los caballos pintarían á los dioses como caballos, y los bueyes en  
 [forma de bueyes,  
 Dotando cada especie á lo divino con su propia naturaleza y forma»(1).

Y oid á Vyasa—el poeta Panteísta de la India, el cual, como todos los inteligentes pueden probar, vivió, según cuenta Jacolliot, unos quince mil años atrás— lo que dice sobre Maya, la ilusión de los sentidos:

«Todos los dogmas religiosos solo sirven para oscurecer la inteligencia del hombre... El culto de divinidades, bajo de cuyas alegorías se oculta el respeto hacia las leyes naturales, hace desaparecer la verdad en provecho de las supersticiones más abyectas» (*Vyasa Maya*).

Ha sido patrimonio del Cristianismo el describirnos al Dios Todopoderoso tomando por modelo la abstracción kabalística del «Anciano de los Tiempos». De los antiguos frescos existentes en las bóvedas de las Catedrales, en los misales Católicos, y en otras pinturas é imágenes, le encontramos en la actualidad reproducido por el poético pincel de Gustavo Doré. La majestad terrible y desconocida de Aquel, á quien ningún «pagano» se atrevió á reproducir en forma correcta, está figurando en nuestro propio siglo en la *Biblia Ilustrada de Doré*. Andando sobre nubes que flotan en medio del aire, con tinieblas y el caos detrás de él, y teniendo al mundo debajo de sus pies, está un anciano majestuoso recogiendo con la mano izquierda sus flotantes vestiduras, y con la derecha levantada en actitud de mando.

(1) Clemente: «Al Strom», v 14, § 110; traducción existente en «Religión Sobrenatural», vol. 1, p. 77.

Ha pronunciado el Verbo, y de su excelsa persona brota un resplandor de Luz, la Shekinah. Como concepción poética, su composición honra al artista, pero es un honor de Dios? Vale más el caos que detrás de Él existe que la figura misma, porque allí por lo menos tenemos un misterio solemne. Por nuestra parte preferimos el silencio de los antiguos paganos. Ante una representación de la Primera Causa tan groseramente antropomórfica y blasfema además, quién puede sentirse sorprendido de cualquier iconográfica extravagancia en la representación del Cristo Cristiano, de los Apóstoles y de los supuestos santos? Para los Católicos, San Pedro se convierte, como es muy natural, en el portero de los Cielos, y está sentado á la puerta del reino celestial: un dependiente de la Trinidad que recoge las entradas!

En un motín religioso ocurrido recientemente en una de las provincias Hispano-Americanas, fueron encontrados, encima de los cuerpos de algunos de los que habían sido muertos, pasaportes firmados por el Obispo de la Diócesis, y dirigidos á San Pedro, ordenándole *admitiese al portador como á un hijo verdadero de la iglesia*. Se averiguó después que estos documentos, únicos en su género, habían salido de manos del prelado Católico momentos antes de que sus engañados diocesanos fueran al combate por instigación de sus sacerdotes.

En su inmoderado deseo por encontrar una evidencia para demostrar la autenticidad del *Nuevo Testamento*, los hombres de más mérito, los estudiantes más eruditos hasta entre los teólogos Protestantes, no hacen más que caer con demasiada frecuencia en deplorables celadas. No podemos creer que un comentador tan instruido como Canon Westcott pueda haber quedado en la ignorancia en cuanto á los textos Talmudistas y puramente Kabalistas; ¿cómo se explica, pues, que le veamos citar con tan serena certeza, que nos presente «sorprendentes analogías con el *Evangelio de San Juan*», párrafos de la obra de *El Pastor de Hermas*, que son sentencias completas de la literatura Kabalística? «La opinión que Hermas da acerca de la naturaleza de Cristo y su misión no es menos harmónica que la doctrina apostólica, y presenta analogías sorprendentes con el *Evangelio de San Juan*... Él (Jesús) es una roca más elevada que las montañas, capaz de sostener el mundo entero, antiguo, y teniendo todavía una nueva puerta!... Él es más antiguo que la creación, de manera que tomó consejo de su Padre acerca de la creación que Él llevó á efecto... Nadie entrará en él de otra manera que por medio de su Hijo (1)».

(1) Esta obra, «El Pastor de Hermas», ya no existe, únicamente aparece en la «Stichometría» de Nicéphorus; es en la actualidad considerada como apócrifa. Pero en los días de Ireneo era citada como una Santa Escritura (véase «Religión Sobrenatural».

Ahora bien, como el autor de «Religión Sobrenatural» prueba perfectamente, nada hay en esto que parezca ser una corroboración de la doctrina enseñada en el cuarto evangelio, y omite el decir que casi todo lo expresado por el pseudo-Hermas, refiriéndose á su parabólica conversación con el «Señor», es por completo una cita, con repetidas variaciones, del *Sohar* y de otros libros kabalísticos. Podemos hacer la comparación tan bien que el lector no tendrá ninguna dificultad para juzgar por sí mismo.

«Dios», dice Hermas, «plantó la viña, esto es, Él creó los hombres, y los dió á Su Hijo; y el Hijo mismo lavó sus pecados (de ellos), etcétera», á saber: el Hijo los lavó con su sangre, en conmemoración de lo cual los Cristianos beben vino en la Comunión. En la *Kábalu* se enseña que el Anciano de los Ancianos, ó *Cara Larga*, planta una viña, representando ésta el género humano; y una vid simbolizando la Vida. El Espíritu del «*Rey Mesias*» es por lo tanto presentado como lavando sus vestiduras en *el vino* de arriba, desde la creación del mundo (1). Adam, ó A-Dam, es «sangre». La vida de la carne está en la sangre (nephesh-alma. *Levitico XVII*). Y Adam Kadmon es el Unigénito. Noé también planta una viña, la *cama caliente* alegórica de la humanidad futura. Como una consecuencia de la adopción de la misma alegoría, la encontramos reproducida en el *Codex Nazareno*. Siete vides son procreadas, las cuales brotan de Iukabar-Ziva, y Ferho (ó Parcha) Raba las riega (2). Cuando los bienaventurados subirán á reunirse con las criaturas de Luz, verán á Iavar-Zivo, *Señor de VIDA*, y la PRIMERA VID! (3). Esta metáfora es kabalística, repetida así mismo en el *Evangelio según Juan* (xv, 1): «Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador». En el *Génesis* (xlix) se hace decir á Jacob moribundo: «El cetro no se separará de Judah (el cachorro del león), ni un legislador de entre sus pies, hasta que Shiloh (Siloh) venga... Atando su potro en *la vid*, y al pollino en la vid escogida, él ha lavado sus vestiduras *en vino*, y sus ropas *en sangre de uvas*». Shiloh es el «*Rey Mesias*», lo mismo que el Shiloh en Ephraim, que estaba destinada á ser la capital y el lugar del santuario. En el *Targum de Onkelos*, el Babilónico, se leen las palabras de Jacob: «Hasta que el *Rey Mestas* vendrá». La profecía ha fracasado lo mismo en el sentido Cristiano como en el kabalístico-Judío. El cetro se ha separado de Judá, sea que el Mesias haya ya venido ó esté todavía por venir, á menos de que creamos con los kabalistas

vol. 1, p. 257) por los Padres, se sostenía era debida á la inspiración divina, y públicamente leída en las Iglesias (Ireneo: «*Adv. Hær.*» iv, 20). Cuando Tertuliano se convirtió en un Montanista, la despreció, después de haber *afirmado* su divinidad (Tertuliano: «*De Orat.*», p. 12).

(1) «*Sohar*», xl, p. 10.

(2) «*Codex Nazaræus*», vol. III, pp. 60, 61.

(3) «*Codex Nazaræus*». vol. II, p. 281; vol. III, p. 59.

que Moisés era el primer Mesías, que transfirió su alma á Joshua— Jesús (1).

Hermas dice: «Y, en medio de la llanura, me enseñó una gran roca blanca, que sobresalía de la llanura, y la roca era más alta que las montañas, rectangular, de manera que pudiera sostener al mundo entero; pero aquella roca era antigua, tenía una puerta sacada de la misma, y el tallado de la puerta me parecía ser reciente». En el Sohar encontramos: «A 40.000 mundos superiores se extiende la blancura de su cabeza (la del Sacratísimo Anciano *in absconditus*) (2). Cuando *Seir* (el primer reflejo é imagen de su Padre, el Anciano de los Ancianos) descenderá, por medio del misterio de los setenta nombres de Metatrón, á Iezirah (el tercer mundo), abrirá una puerta nueva... el Spiritus Decisorius cortará y dividirá la vestidura (Shekinah) en dos partes (3)... A la venida del Rey Mesías, de la sagrada piedra cúbica del templo, se elevará una luz blanca durante cuarenta días. Esta se difundirá hasta que cubra al mundo entero... En aquella ocasión el Rey Mesías se permitirá ser revelado y se le podrá ver saliendo de la puerta del jardín de Odan (Edén). 'Él será revelado en la tierra de Galil'. (4)... Cuando haya hecho recompensa por los pecados de Israel, les conducirá á pasar por una puerta nueva, hacia el tribunal (5). En la Puerta de la Mansión de Vida está preparado el trono para el Señor de Esplendor»(6).

Más adelante, el comentador introduce la cita siguiente: «Esta roca y esta puerta son el Hijo de Dios. 'Como, Señor, dije yo, 'la roca es antigua y la puerta nueva?' 'Escucha', dijo, 'y compréndelo, tú, hombre ignorante. El Hijo de Dios es más antiguo que todo lo de su creación, de modo que fué un Consejero con su Padre en Sus obras de creación; y por esto es viejo»(7).

Ahora bien, estas dos aserciones son no tan solo puramente kabalísticas, hasta sin cambiar de expresión, sino también como Brahmánicas y Paganas. «*Vidi virum excellentem cali terraeque conditore natu majorem...* Yo he visto al HOMBRE más excelente (superior), que es más viejo por nacimiento que el Hacedor de cielos y tierra», dice el *Codex* kabalístico (8). El Dionysus Eleusino, cuyo

(1) Debemos recordar al lector, á propósito de esto, que Joshua y Jesús son uno y el mismo nombre. En las Biblias Eslavas Joshua se lee *Iesus* (ó *Jesus*), *Navin*.

(2) «Iadra Rabba», vol. III, § 41; el «Sohar».

(3) «Kabbala Denudata», vol. II, p. 230; el «Libro de los Compañeros Babilónicos», p. 35.

(4) «Sohar Ex.», p. II.

(5) «Midrash Hashirim; Rabbi Akaba; Midrash Kohemoth», vol. II, p. 45.

(6) «Codex Nazaraeus», vol. III, p. 60.

(7) «Sobre el Canon», p. 178 ff.

(8) Vol. II, p. 57; «Onomasticon» de Norberg; «Sod, el Hijo del Hombre», p. 103.

nombre particular era *Iacchos* (Iaccho, Iahoh) (1) —el Dios del cual se esperaba la liberación de las almas—, era considerado más anciano que el Demiurgo. En los Misterios del Anthesteria en los lagos (el Limnæ), después del bautismo usual de purificación con agua, se hacía pasar á los *Mystæ* por otra puerta, dispuesta especialmente para aquel objeto, y se la llamaba «la puerta de Dionysus», y de «los *purificados*».

En el *Sohar*, cuentan los Kabalistas que el Director de la Obra, el Demiurgo, dice al Señor: «Hagamos al hombre según nuestra imagen» (2). Y en los textos originales del primer capítulo del *Génesis*, hay: «Y los *Elohim* (traducido como el Dios Supremo), que son los dioses ó poderes más elevados, dijeron: Hagamos al hombre en *nuestra* (?) imagen, según *nuestra* semejanza». En los Vedas, Brahma celebra consejo con Parabrahma, respecto del mejor modo de proceder para crear el mundo.

Canon Westcott, citando á Hermas, le presenta preguntando: «Y por qué, Señor, está la puerta *nueva*?», dije yo, y contestó: 'Porque fué manifestada en el último de los días de la dispensación; por esta razón se hizo nueva la puerta con objeto de que aquellos que deberán ser salvados puedan entrar por ella en el Reino de Dios' (3). Hay en este pasaje dos particularidades dignas de mención. Para comenzar, atribuye «al Señor» una afirmación falsa de igual carácter que aquella sentada tan enfáticamente por el Apóstol Juan, y que en un periodo posterior condujo á todo el Cristianismo Ortodoxo, que aceptaba literalmente las alegorías apostólicas, á tantas é inconvenientes estrecheces. Jesús, como Mesías, *no* fué manifestado en el último de los días, pues éstos están todavía por venir, á pesar de cierto número de profecías inspiradas por la divinidad que han dado por resultado esperanzas defraudadas al querer atestiguar su venida inmediata. La creencia de que los «últimos tiempos» habían llegado era natural desde el momento en que había sido reconocida la venida del «Rey Mesías». La segunda particularidad se halla en el hecho de que la profecía pudiese haber sido siquiera aceptada cuando hasta su determinación más aproximada es una directa contradicción á Marcos, cuando hace declarar á Jesús que ni los ángeles ni el Hijo mismo saben nada de aquel día ó de aquella hora (4). Podríamos añadir nosotros: como es innegable que la creencia tuvo su origen en el *Apocalipsis*, esto debería ser por sí solo una prueba evidente de que pertenecía á los cálculos peculiares de los kabalistas y de los santuarios Paganos. Era la computación secreta de un ciclo

(1) «Preller», vol. 1, p. 484; K. O Muller: «Historia de la Literatura Griega», p. 238; «Morsers», p. 553.

(2) «Sohar», vol. 1, fol. 25.

(3) «Simil.», vol. IX, p. 12; «Religión Sobrenatural», vol. 1, p. 257.

(4) Marcos XIII 32.



que, según su manera de contar, estaba terminando hacia el final del siglo primero, como prueba que corrobora esto mismo. Puede también aducirse que el *Evangelio según Marcos*, lo mismo que el atribuido á Juan, y el *Apocalipsis*, fueron escritos por hombres que ninguno de ellos conocía suficientemente al otro. El Logos fué primero llamado claramente *petra* (roca) por Philón; la palabra, sin embargo, como ya hemos hecho ver en otra parte, significa, en caldeo y en Fenicio, «intérprete». Justino Mártir le llama, en todas sus obras, «ángel», y hace una distinción clara entre el Logos y el Dios Creador. «El Verbo de Dios es su Hijo... y él es también llamado Angel y Apóstol, porque manifiesta aquello que nosotros debemos saber (interpreta), y es enviado á manifestar aquello que está revelado» (1).

El Adán Inferior está investido de sus mismos atributos en treinta y dos líneas de senderos, y sin embargo nadie le conoce sino por *Seir*. Pero nadie conoce al ADAN SUPERIOR, ni Sus atributos, sino Cara Larga, el Dios Supremo (2). *Seir* es el «genio» Nazareno llamado *Æbel-Zivo*; y Gabriel Legatus, Apóstol Gabriel (3). Sostienen los Nazarenos, con los Kabalistas, que ni aun el Mesías que habla de venir conocía al «Adán Superior», la Deidad oculta; nadie excepto el Dios Supremo; enseñando así que por encima de la Deidad Suprema é Inteligible existe otra todavía más secreta y no revelada. *Seir-Anpin* es el tercer Dios, mientras que el «Logos», según Philo-Judæus, es el segundo (4). Esto se vé claramente en el *Codex*. «El falso Mesías dirá: 'Yo soy Deus, hijo de Deus; mi padre me envió aquí... Yo soy el primer *Legado*, soy *Æbel-Zivo*. Yo he venido de lo alto!' Pero no lo creáis, porque no será *Æbel-Zivo*. *Æbel-Zivo* no permitirá ser visto en esta época» (5). De aquí la creencia en que están algunos Gnósticos, de que no era *Æbel-Zivo* (el Arcángel Gabriel) quien *asombró* á María, sino Ilda-Baath, que formó el *cuerpo material* de Jesús; uniéndose el mismo *Christos* con él, únicamente en el acto del bautismo en el Jordán.

¿Podemos poner en duda la aserción de Nork, de que «el Bereshith Rabba, la porción más antigua del Midrash Rabboth, era conocida por los Padres de la Iglesia en una traducción Griega?» (6).

(1) «Apolog.», vol. 1, p. 63.

(2) «Idra Rabba», x, p. 177.

(3) «Codex Nazaræus», vol. 1, p. 23.

(4) Philón dice que el Logos es el *intérprete* del Dios más elevado, y arguye «que él debe ser el Dios de nosotros, seres imperfectos» («Leg. Alleg.», III, § 73). Según esta opinión, el hombre no fué hecho á semejanza del Dios *más Elevado*, el Padre de todo, sino á la del *segundo* Dios, el cual es su verbo — Logos. (Philón: «Fragmentos», 1, ex-Euseb. «Praepar. Evang.» VII, 13).

(5) «Codex Nazaræus», p. 57; «Sod, el Hijo del Hombre», p. 59.

(6) «Hundert und ein Frage», p. xvii; Dunlap: «Sod, el Hijo del Hombre», p. 87; el autor, quien cita á Nork, dice que trozos del «Midrashim», y del «Targum» de Onkelos, son anteriores al «Nuevo Testamento».

Pero si por un lado ellos conocían suficientemente los diferentes sistemas religiosos de sus vecinos, que les permitiera construir una religión nueva alegando que era distinta de las demás, su ignorancia acerca del mismo *Antiguo Testamento*, por no decir nada de las cuestiones más complicadas de la metafísica Griega, se ha visto ahora que ha sido deplorable. «Así, por ejemplo, en *Mateo* xxvii 9 f., el párrafo de *Zacarías* xi 12, 13 es atribuido á *Jeremías*», dice el autor de *Religión Sobrenatural*. En *Marcos* I 2, una cita de *Malaquías* III I es atribuida á *Isaías*. En I *Corintios* II 9, se cita como *Sagrada Escritura* un párrafo que no se encuentra en ninguna parte del *Antiguo Testamento*, sino que está tomado, como hacen constar *Orígenes* y *Jerónimo*, de una obra apócrifa, *La Revelación de Elías* (*Orígenes: Tract. xxxv*), y el párrafo está citado similarmente en la llamada *Epístola de Clemente á los Corintios* (xxxiv). Lo seguros que están los piadosos Padres en sus explicaciones de las diversas herejías, puede verse en el caso de *Epifanio*, quien tomó equivocadamente la sagrada Tétrada Pitagórica, llamada, en la *Gnosis* Valentiniana, *Kol-Arbas*, por un *caudillo herético* (1). Qué diremos de los errores involuntarios, y de las deliberadas falsificaciones de las enseñanzas de aquellos que diferían de sus opiniones; la canonización de la Mitológica *Aura Plácida* (brisa suave) en un par de mártires Cristianos, *S. Mauro* y *S. Plácido* (2); la deificación de una *lanza* y de una *capa* bajo los nombres de *SS. Longimus* y *Amphibolus* (3); y las *Patristicas* citas de *Profetas*, de cosas que jamás existieron en tales profetas; bien puede uno preguntar, en asombrosa confusión, si la llamada religión de Cristo no ha sido otra cosa más que un sueño incoherente desde la muerte del Gran Maestro.

Encontramos tan maliciosos á los Santos Padres en su incesante persecución de supuestas «*herejías*» (4), que les vemos sostener, sin vacilación, los más descabellados embustes, inventando narraciones enteras, las adecuadas para inculcar á los ignorantes sus propios argumentos insostenibles de otro modo. Si el error en la relación de la Tétrada hubiese tenido el principio en una simple consecuencia de

(1) Escribiendo sobre *Ptolomaeus* y *Heracleon*, el autor de «*Religión Sobrenatural*» (vol. II, p. 217) dice que «la inexactitud de los Padres corre pareja con su falta de juicio crítico», y luego procede á ilustrar este ridículo desatino particular cometido por *Epifanio* en común con *Hipólito*, *Tertuliano* y *Philostrius*. «Equivocando un párrafo de *Ireneo*, 'Adv. Hær.' I, p. 14, referente á la Sagrada Tétrada (*Kol-Arbas*), supone *Hipólito* que *Ireneo* se refiere á otro jefe herético». Trata desde luego á la Tétrada como si fuera un caudillo llamado «*Colarbasus*», y después de ocuparse (VI 4) de las doctrinas de *Secundus*, de *Ptolomeo*, y de *Heracleon*, se propone, § 5, hacer ver «cuáles son las opiniones sostenidas por *Marcus* y *Colarbasus*», siendo estos dos, según él, los sucesores de la escuela de *Valentino* (cf. *Bunsen: Hippolytus, U. S. Zeit.*, p. 54 f; «*Ref. Omn. Hær.*», IV, § 13).

(2) Véase *Godf. Higgins: «Anacalipsis»*.

(3) *Inman: «Ancient Pagan and Modern Christian Symbolism»*, p. 84.

(4) Que significa sostener *opiniones diferentes*.

un desatino impremeditado de Hippólito, las explicaciones de Epifanio y de otros que cayeron en la misma absurda equivocación (1) presentan un aspecto menos cándido. Cuando Hippólito denuncia con gravedad la gran herejía de la Tétrada, Kol-Arbas, y declara que el imaginario caudillo Gnóstico es «Kolarbasus», que se afana en explicar la religión por medio de medidas y de números (2), lo único que podemos hacer es sonreirnos. Pero cuando Epifanio, con indignación desmesurada, desarrolla el tema, «que es la Herejía xv», y, pretendiendo conocer perfectamente el asunto, añade: «Un tal Heraclleon sigue después de Kolarbasus, «que es la Herejía xvi» (3), entonces él mismo abre el camino para cargar deliberadamente con la falsificación.

Si este celoso *Cristiano* puede vanagloriarse sin sonrojo de haber sido causa de que «*gracias á sus informes, setenta mujeres, hasta de elevada categoría, fuesen enviadas al destierro, á favor de las seducciones de algunos, entre cuyo número había sido arrastrado él mismo al adherirse á su secta*», nos ha dejado un magnífico modelo por el cual podemos juzgarle. C. W. King observa muy acertadamente acerca del particular que «*puede con mucha razón sospecharse que en este caso este benemérito renegado se salvó de la suerte de sus compañeros en creencias, volviendo contra ellos la evidencia al principiar la persecución*» (4).

Y así, uno por uno, perecieron los Gnósticos, los únicos herederos á quienes les habían caído algunas migajas sueltas de la verdad del Cristianismo primitivo no adulterado. Todo era tumulto y confusión durante aquellos primeros siglos, hasta el momento en que todos estos dogmas contradictorios fueron finalmente impuestos al mundo Cristiano y prohibido su examen. Durante largos siglos, fué considerado como un sacrilegio, castigado con penas severas, á menudo con la muerte, el procurar comprender aquello que la Iglesia había elevado con tanta conveniencia á la categoría del misterio *divino*. Pero, desde el momento en que los críticos Bíblicos han tomado sobre sí el «poner la casa en orden», la posición se ha invertido. De todas las partes del globo vienen ahora acreedores paganos á reclamar lo que es suyo, y la teología Cristiana empieza á ser sospechada de estar en completa bancarrota. Tal es el triste resultado del fanatismo de las sectas «ortodoxas», las que, valiéndonos de una expresión del autor de «La Decadencia y Caída del Imperio Romano», nunca

(1) «Esta absurda equivocación», observa el autor de «Religión Sobrenatural», vol. II, p. 218, «demuestra cuán poco sabían estos escritores acerca de los Gnósticos de quienes escribían, y la manera como el uno sigue al otro con igual ignorancia».

(2) «Ref. Omn. Hær.», IV, § 13.

(3) Epiph: «Hær.», xxxvi, § 1, p. 262 (citado en «Religión Sobrenatural»). Véase «Die Colarbasus - gnosis» de Volkmar, en «Zeitschr. Hist. Theol.» de Niedner.

(4) «Gnósticos y sus Restos», p. 182 f., nota 3.

fueron, como los Gnósticos, los «más corteses, ni los más instruidos, ni los más ricos de entre los que llevaban el nombre de Cristianos». Y si bien no todos ellos «olían á ajos», como pretende Renan, por otro lado ninguno de estos santos Cristianos han debido encogerse de hombros por haber vertido la sangre del vecino, si sus opiniones no coincidían con las suyas.

Y así fueron barridos todos nuestros filósofos por las masas ignorantes y supersticiosas. Los Philaletheos, los amantes de la verdad y su escuela ecléctica, perecieron; y allí en donde la joven Hypatia había enseñado las doctrinas filosóficas más elevadas; y en donde Ammonio Saccas había explicado que *todo lo que Cristo se proponta* era reinstalar y restaurar á su pureza primitiva la sabiduría de los antiguos, reducir dentro de límites el dominio universal de superstición que prevalecía... y disipar los distintos errores que habían hecho presa en las distintas religiones populares (1)—allí, decimos nosotros, con toda libertad deliraba el «*οικτιρο*» del Cristianismo. No se oían ya más preceptos de la boca del filósofo «enseñado por Dios», sino otros dictados por la encarnación de una superstición la más cruel é infernal.

«Si tu padre», escribió San Jerónimo, «se echa á dormir atrevesado en el umbral de tu casa, si tu madre descubre delante de tí el seno que te amamantó, huella el cuerpo inanimado de tu padre, pisotea el pecho de tu madre, y, sin verter lágrimas y los ojos secos, vuela al Señor que te ha llamado!!»

Esta sentencia es igual, si no lo sobrepuja, á otra dictada en un espíritu parecido. Procede de otro de los padres de la Iglesia primitiva, el elocuente Tertuliano, que espera ver á todos los «filósofos» en la gehenna de fuego del Infierno. «Cuán grande será aquella escena!... Cómo me reiré! Cómo me regocijaré! Cómo triunfaré cuando yo vea á tantos reyes ilustres, de quienes se dice que subieron á los cielos, gimiendo con Júpiter, su dios, en las tinieblas más profundas del infierno! Entonces los soldados que han perseguido el nombre de Cristo arderán en un fuego más cruel que el que ellos encendieron para los santos» (2).

Todavía en la actualidad estas sanguinarias expresiones marcan el espíritu del Cristianismo. Pero ilustran ellas las enseñanzas de Cristo? De ningún modo. Como dice Eliphaz Levi: «Al Dios en nombre del cual pisotearíamos el seno de nuestra madre debemos verle en el estado futuro, con un infierno ampliamente abierto á sus pies, y una espada exterminadora en su mano... Moloch quemaba á los niños en pocos segundos; estaba reservado, para los discípulos de un

(1) Mosheim.

(2) Tertuliano: «Despectus», ch. xxx.

dios que se considera murió en la cruz con el fin de redimir á la humanidad, el crear un nuevo Moloch cuya pira ardiente es eterna»! (1).

Que este espíritu del verdadero amor Cristiano ha pasado sus contratiempos al través de diez y nueve siglos, y que está ardiendo ahora en América, queda plenamente probado con el hecho del violento Moody, el restaurador, el cual exclama: «Tengo un hijo, y nadie más que Dios sabe cuánto le amo; pero preferiría ver arrancar de su cabeza sus hermosos ojos esta noche, antes que verle llegar á la edad viril y bajar á la tumba sin Cristo y sin esperanza»!!

A esto un periódico Americano, de Chicago, contesta atinadamente: «Este es el espíritu de la inquisición, que se nos dice está muerto. Si Moody, en su fervor, arrancaría los ojos á su querido hijo, á qué extremo no puede llegar con los hijos de los demás, á los cuales ha de amar menos? Esto es el espíritu de Loyola, con todas sus jergas en pleno siglo diez y nueve é impedido solo por el brazo de la ley, de prender fuego á los haces, y de calentar al rojo vivo los instrumentos de tortura».

(1) Mosheim: «Hist. Eccles.» c. v, § 5.

## CAPITULO VI

«Las cortinas del Ayer bajan, las del Mañana se levantan, pero ambos, el Ayer y el Mañana, existen». *Sartor Resartus*: Sobrenaturalismo Natural.

«No se nos puede permitir, pues, examinar la autenticidad de la Biblia, que desde el siglo segundo ha sido exhibida como el criterio de la verdad científica? Para mantenerse en una posición tan elevada, debe desafiar á la crítica humana».—*Conflicto entre la Religión y la Ciencia*.

«Un beso de Nara sobre los labios de Nari y despierta toda la Naturaleza».—VINA SNA-TI (Un poeta indo).

**N**o debemos olvidar que la Iglesia Cristiana debe sus actuales *Evangelios* canónicos, y por lo tanto su completo dogmatismo religioso, á las *Sortes Sanctorum*. Incapaz de resolver cuál de los numerosos evangelios existentes en su tiempo era el más divinamente inspirado, el misterioso Concilio de Nicea decidió dejar la resolución de un asunto tan embrollado á la intervención milagrosa. Este Concilio Niceo puede ser bien calificado de misterioso. En primer lugar habla un misterio en el número místico de sus 318 obispos, á lo cual Barnabas (VIII 11, 12, 13) atribuye tanta importancia; añádese á esto que entre los escritores antiguos no existe coincidencia alguna de opiniones en lo que se refiere al tiempo y lugar en que se reunió esta asamblea, ni siquiera respecto del obispo que la presidió. No obstante el grandilocuente elogio de Constantino (1), Sabino, el Obispo de Heraclea, afirma que, «exceptuando á Constantino, el emperador, y Eusebio Pámphilus, aquellos obispos eran una colección de seres *ignorantes y sencillos* que no comprendieron nada», lo cual equivale á decir que eran una colección de tontos. Igual era, según parece, la opinión mantenida por Pappus acerca de los mismos, el cual nos habla del recurso, con ribetes de magia, á que acudieron para decidir cuáles eran los evangelios *ver-*

(1) Sócrates: «Scol. Eccl. Hist.», b. I. c. IX.

*daderos*. En su *Synodicon* sobre aquel Concilio, Pappus dice, habiendo «mezclado todos los libros que se presentaron al examen del Concilio para determinar, colocándolos debajo de una mesa de comunión en una iglesia, ellos (los obispos) imploraron del Señor que los *escritos inspirados* apareciesen sobre la mesa y quedaran debajo los *espurios*, y así sucedió, por de contado». Pero no se nos dice quién guardó durante la noche las llaves de la sala del concilio!

Apoyándonos, por lo tanto, en la autoridad de un testigo visual eclesiástico, estamos en libertad de decir que el mundo Cristiano debe su «Palabra de Dios» á un método de adivinación que, posteriormente y por recurrir al mismo, condenaba la Iglesia á desgraciadas víctimas tales como conspiradores, encantadores, mágicos, hechiceros y adivinos, á ser quemados por millares! Ocupándose de este fenómeno verdaderamente divino de los manuscritos que salen por sí solos, dicen los Padres de la Iglesia que el mismo Dios preside en las *Sortes*. Como ya hemos indicado en otra parte, el mismo Agustín confiesa que hacía uso de esta especie de adivinación. Pero las opiniones, al igual que las religiones reveladas, están expuestas á cambiar. Aquello que durante cerca de 1500 años era impuesto á la Cristiandad como un libro en el cual cada palabra estaba escrita bajo la directa vigilancia del Espíritu Santo, del cual ni una sílaba, ni una coma, podían ser cambiadas sin incurrir en sacrilegio, está en la actualidad retraducido, revisado, corregido y mutilado en versículos completos, y en algunos casos por capítulos enteros. Y sin embargo, tan pronto como aparece la nueva edición, sus doctores quisieran que la aceptemos como una nueva «Revelación» del siglo diez y nueve, dejándonos en la alternativa de ser considerados como infieles. Así vemos que á la infalible Iglesia, ni por dentro ni por fuera de sus comités, podemos confiarles más de lo que sea conveniente. Los antepasados de nuestros modernos teólogos hallaron una autoridad para las *Sortes* en el versículo que dice: «La suerte está vertida en la falda, pero la completa facultad de disponer de ella corresponde al Señor» (1); y en la actualidad sus herederos directos sostienen «que el disponer por completo de ella corresponde al Diablo». Quizás inconscientemente empiezan á admitir la doctrina de los Sirios Bardesanes, ó sea que las acciones de Dios, lo mismo que las del hombre, *están sujetas á la necesidad?*

Tampoco cabe la menor duda de que, de acuerdo con la estricta «necesidad», los Neo-Platónicos fueron combatidos tan sumariamente por el populacho Cristiano. En aquellos días, las doctrinas de los

(1) «Proverbios», cap. xvi, p. 33. En el antiguo Egipto y en Grecia, y entre los Israelitas, se empleaban en los templos, para esta especie de oráculo, pequeños bastones y balas llamadas las sagradas suertes adivinatorias. Según las figuras que formaban en su yuxtaposición accidental, el sacerdote interpretaba la voluntad de los dioses.

naturalistas indos y las de los Pirronistas antdiluvianos fueron olvidadas, si es que hubiesen sido conocidas más que por algunos pocos filósofos; y Mr. Darwin, con sus modernos *descubrimientos*, ni siquiera ha sido jamás mencionado en las profecías. En este caso, la ley de sobrevivencia del más apto fué invertida; los *Neo-Platónicos* fueron condenados á la destrucción desde el día en que abiertamente se colocaron al lado de *Aristóteles*.

A principios del siglo cuarto, empezaron á agruparse multitudes en la puerta de la academia en donde la sabia y desgraciada Hypatia explicaba los doctrinas del divino Platón y de Plotino y con ello impedía el progreso del proselitismo Cristiano. Disipaba ella con demasiado éxito la niebla que cubría los «misterios» religiosos inventados por los Padres, para no ser considerada peligrosa. Esto solo hubiera sido suficiente para ponerla en peligro, tanto á ella como á sus secuaces. Eran precisamente las enseñanzas de este filósofo pagano, que con tanto desembarazo habían sido copiadas por los Cristianos para dar un retoque final á su schema, que de otro modo había resultado incomprendible, lo que había seducido á muchos para unirse á la nueva religión; y la luz Platónica empezó á brillar de una manera tan inconveniente y brillante sobre la piadosa y heterogénea reunión que permitía á cada cual ver de dónde procedían las doctrinas «reveladas». Pero aún existía un peligro mayor: Hypatia había estudiado bajo la dirección de Plutarco, el jefe de la escuela Ateniense, y había aprendido todos los secretos de la teúrgia. Mientras ella viviese para instruir á la multitud, no podían verificarse milagros *divinos* ante una que podía divulgar las causas naturales que los producían. Su sentencia fué firmada por Cirilo, á cuya elocuencia ella eclipsaba, y cuya autoridad, fundada en supersticiones degradantes, tenía que ceder ante la suya, que estaba erigida sobre la roca de la ley natural é inmutable. Es más que curioso que Cave, el autor de *Las Vidas de los Padres*, encuentre increíble que Cirilo sancionara aquel asesinato, si se tiene en cuenta su «carácter general». Un santo que vende los vasos de oro y plata de su iglesia, y que, después de haber gastado el dinero, miente en su proceso, como lo hizo, bien puede ser sospechoso de cualquier cosa. Además, en este caso, la iglesia tenía que luchar por su vida, por no decir nada de su futura supremacía. Únicamente los odiados y eruditos sabios paganos, y los no menos instruidos Gnósticos, poseían en sus doctrinas los alambres hasta entonces ocultos de todos aquellos títeres teológicos. Una vez levantada la cortina, hubiera quedado expuesta la conexión entre las antiguas religiones Paganas y la nueva religión Cristiana; y entonces, qué habría sido de los Misterios según los cuales es pecado y blasfemia el escudriñar? Con una coincidencia tal de las alegorías astronómicas de varios mitos Paganos con las



fechas adoptadas por la Cristiandad, para la natividad, crucifixión y resurrección, y una identidad tal de ritos y ceremonias, cuál hubiera sido el destino de la nueva religión si, bajo el pretexto de servir á Cristo, la Iglesia no se hubiese desembarazado de los filósofos demasiado bien informados? Sería difícil poder conjeturar cuál hubiera sido la religión predominante en nuestro propio siglo, si el *coup d' état* hubiese fracasado en su día. Pero, según todas las probabilidades, el estado de cosas que hizo de la edad media un período de tinieblas intelectuales, que degradó á las naciones del Occidente, y rebajó al Europeo de aquellos días casi al nivel de un salvaje Papuano, no habría podido tener lugar.

Los temores de los Cristianos estaban demasiado bien fundados, y su piadoso celo y profética intuición fueron premiados ya desde el principio. Cuando la demolición del Serapeum, después de la sangrienta colisión entre el populacho Cristiano y los del culto Pagano, que terminó con la intervención del emperador, fué descubierta, esculpida sobre las losas de granito del adytum, una cruz Latina de perfecta forma Cristiana. Verdaderamente esto fué un descubrimiento afortunado, y los monjes no faltaron en hacer ver que la cruz había sido consagrada por los Paganos como «espíritu de profecía». Por lo menos, Sozomeno cita el hecho con un aire de triunfo (1). Pero la arqueología y el simbolismo, estos enemigos implacables é infatigables de las pretensiones clericales falsas, han encontrado en los jeróglíficos de las inscripciones que rodean el dibujo una interpretación de su significado, cuando menos.

Según King y otros numismáticos y arqueólogos, la cruz estaba puesta allí como el símbolo de la vida eterna. Semejante Tau, ó cruz Egipcia, se usaba en los Misterios Báquicos y Eleusinos. Símbolo del doble poder generativo, se colocaba en el pecho del iniciado después de haberse cumplido su «nuevo nacimiento», y haber vuelto el *Mystæ* del mar después del bautismo. Era un signo místico de que su nacimiento espiritual había regenerado y unido su alma astral con su espíritu divino, y de que estaba en disposición de ascender en espíritu á las sagradas mansiones de luz y de gloria—los Eleusinos. La Tau era un talismán mágico y á la vez un emblema religioso. Los Cristianos la adoptaron de los Gnósticos y Kabalistas, los cuales la usaban con liberalidad, como lo atestiguan sus numerosas piedras preciosas; la Tau (ó cruz con mango) la adquirieron de los Egipcios, y la cruz Latina vino con los misioneros Buddhistas dos ó tres siglos

(1) Otro escritor indigno de crédito, mentiroso é ignorante, é historiador eclesiástico del siglo quinto. Su pretendida historia de la lucha entre los Paganos, Neo-Platónicos y los Cristianos de Alejandría y Constantinopla, que alcanza desde el año 324 al 439, y dedicada por él á Teodosio el joven, está llena de falsificaciones deliberadas. Edición de «Reading», Cantab, 1720, fol. Traducida. Plon. Hermanos, París.

antes de Cristo, que la trajeron de la India, en donde todavía hoy puede encontrarse. Los Asirios, Egipcios, Americanos antiguos, indos y Romanos, la tenían de varias formas, pero con unas ligeras modificaciones. Hasta muy tarde, durante la época medioeval, fué considerada como un potente hechizo contra la epilepsia y los poseídos del demonio; el «sello del Dios viviente», llevado en la visión de S. Juan por el ángel que ascendía desde el Oriente para «sellar á los servidores de nuestro Dios en sus frentes», no era más que la misma Tau mística, la cruz Egipcia. En la vidriera de color de San Dionisio (Francia), este ángel está representado en el acto de estampar este signo en la frente del elegido; y la inscripción dice *SIGNVM TAY*. En los *Gnósticos* de King, el autor nos recuerda que «esta señal la lleva marcada comunmente S. Antonio, un recluso *Egipcio*» (1). Cuál era el significado real de la Tau nos lo explican el Cristiano San Juan, el Hermes Egipcio y los Brahmanes indos. No es sino en extremo evidente que, á lo menos para el Apóstol, significaba el «Nombre Inefable», puesto que á éste le llama «sello del Dios viviente», y, á los pocos capítulos siguientes (2), *El nombre del Padre escrito en sus frentes*.

El Brahmátma, el jefe de los iniciados Indos, lleva en su tocado dos llaves, símbolo del misterio revelado de vida y muerte, puestas en cruz; y en algunas pagodas Buddhistas de Tartaria y de Mongolia, la entrada de un recinto del interior del templo en el cual hay, por regla general, la escalera que conduce á la daghoba interior (3), y los pórticos de algunos Prachida (4), están guarnecidos con una cruz formada con dos peces, y tal como se vé en algunos de los zodíacos de los Buddhistas. No debemos de ninguna manera maravillarnos al saber que la divisa sagrada que hay en los sepulcros de las Catacumbas, en Roma, la «*Vesica piscis*», derivaba del signo zodiacal Buddhista mencionado. Lo generalizada que debe haber sido aquella figura geométrica en el mundo del simbolismo, puede deducirse del hecho de existir una tradición Masónica de que el Templo de Salomón fué construido sobre tres fundamentos, formando la «triple Tau», ó tres cruces.

En su sentido místico, la cruz Egipcia, como emblema, debe su origen á la comprensión por parte de la filosofía más antigua de un dualismo andrógino en cada manifestación de la naturaleza, que procede de la idea abstracta de una deidad también andrógina, mientras que el

(1) «Piedras preciosas de los Cristianos Ortodoxos», vol. 1, p. 135.

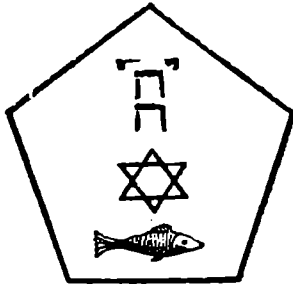
(2) Revelación XIV, 1.

(3) Daghoba es un pequeño templo de forma globular en el cual están guardadas las reliquias de Gautama.

(4) Prachidas son edificios de todas formas y tamaños, como nuestros mausoleos, y están consagrados á las ofrendas votivas para los muertos.

emblema Cristiano es debido puramente al acaso. Si hubiese prevalecido la ley Mosaica, Jesús habría sido apedreado (1). El crucifijo era un instrumento de tortura, y tan común entre los Romanos como desconocido entre las naciones Semíticas. Se le llamaba el «Arbol de Infamia». No fué hasta más tarde que se adoptó como un símbolo Cristiano; pero, durante las dos primeras décadas, los apóstoles lo miraban con horror (2). No es seguramente la cruz Cristiana que Juan tiene en su mente cuando hablaba del «sello del Dios viviente», sino la mística Tau, el Tetragrámmaton, ó nombre poderoso, que en los talismanes kabalísticos mas antiguos estaba representado por las cuatro letras Hebreas que constituyen la Palabra Sagrada.

La famosa Lady Ellenborough, conocida entre los Arabes de Damasco, y en el desierto, después de su último matrimonio, por el nombre de *Hanoum Medjouyé*, poseía un talismán que le había sido regalado por un Druso del Monte Libano. Gracias á cierto signo que habla en su extremo izquierdo, se reconoció que pertenecía á aquella clase de piedras conocidas en Palestina como un amuleto *Mesiánico*, del siglo segundo ó tercero después de Cristo. Es una piedra verde de forma pentagonal; en su parte baja está grabado un pez; más arriba el sello de Salomón (3); y más arriba aún, las cuatro letras caldeas, Jod, He, Vau, He, IAHO, que forman el nombre de la Deidad. Están éstas dispuestas en una forma casi no acostumbrada siguiendo de abajo para arriba, en orden inverso, y formando la Tau Egipcia. A su alrededor hay una inscripción que, como la piedra no es de nuestra propiedad, no tenemos libertad de citar. La Tau, en su sentido místico, lo mismo que la *cruz-ansata*, es el *Arbol de Vida*.



Es bien sabido que los más antiguos emblemas Cristianos—aun antes que se intentara representar el aspecto corpóreo de Jesús—fueron el Cor-

dero, el Buen Pastor y el *Pez*. El origen de este último emblema, que tanto ha confundido á los arqueólogos, se hace así comprensible.

(1) Los registros Talmudistas pretenden que, después de haber sido ahorcado, fué apedreado y sepultado bajo el agua, en la confluencia de dos ríos. «Mishná Sanhedrín», vol. vi, p. 4. «Talmud», de Babilonia, el mismo artículo, 43 a, 67 a.

(2) «Leyendas Coptas acerca de la Crucifixión», M. S. S. xi.

(3) El grabado representa el talismán en doble tamaño del natural. No comprendemos por qué King, en sus «Piedras Gnósticas», representa el sello de Salomón como una estrella de cinco puntas, cuando tiene seis, y en la India es el sello de Vishnú.

Todo el secreto estriba en el hecho fácil de comprobar que, mientras en la *Kábala*, al Rey Mesías se le llama «Intérprete», ó Revelador del misterio, y presentado como siendo la *quinta* emanación, en el *Talmud*—por razones que ahora explicaremos—el Mesías es muy á menudo designado como DAG, ó el Pez. Esto es heredado de los caldeos, y se refiere —como el mismo nombre lo indica—al Dagón Babilónico, ó sea el hombre-pep, que fué el instructor é intérprete del pueblo al cual se apareció. Abarbanel explica el nombre sentando que el signo de su venida (del Mesías) es cuando coinciden Saturno y Júpiter en el signo *Piscis* (1). Por lo tanto, como lo que intentaban los Cristianos era identificar su Christos con el Mesías del Antiguo Testamento, lo adoptaron tan fácilmente, hasta el punto de olvidar que su verdadero origen podía ser señalado en época muy anterior á la del Dagón Babilónico. El grado de ardor é intimidad que los primitivos cristianos habían puesto en su ideal de Jesús con cada uno de los dogmas Kabalísticos y Paganos imaginables puede inferirse del lenguaje de Clemente de Alejandría dirigido á sus hermanos co-religionarios.

Cuando aquellos estaban discutiendo acerca de la elección del símbolo más apropiado para acordarse de Jesús, Clemente les aconseja en las siguientes palabras: «Procurad que el grabado de la piedra de vuestro anillo sea, ó bien *una paloma*, ó *un buque impulsado por el viento* (el Argha), ó *un pescado*». ¿Estaba el buen padre, cuando escribía esta sentencia, dominado por el recuerdo de Joshua, hijo de Nun (llamado *Jesús* en las versiones Griegas y Eslavas), ó había olvidado la verdadera interpretación de estos símbolos Paganos? Joshua, hijo de Nun, ó Nave (*Navis*), podía perfectamente haber adoptado la imagen de un *buque*, ó hasta la de un pez, porque Joshua significa Jesús, hijo del dios-pep, pero era realmente demasiado expuesto relacionar los emblemas de Venus, Astarté, y todas las diosas indas—el *argha*, el *palomo*, el *pescado*—con el «inmaculado» nacimiento de su dios! Esto parece mucho como si en los primeros días del Cristianismo se hiciera muy poca diferencia entre Cristo, Baco, Apolo, y el Indo Krishna, la encarnación de Vishnú, con cuyo primer avatar tuvo origen este símbolo del pez.

En el *Hari-purána*, en el *Bhagavad-Gita*, lo mismo que en varios otros libros, se presenta al dios Vishnú dándole la forma de un pez con cabeza humana, con objeto de reclamar los *Vedas* perdidos durante el diluvio. Habiendo facilitado á Visvamitra el librarse del mismo con toda su tribu en el arca, compadecido Vishnú de la débil

(1) King («Gnósticos») dá la figura de un símbolo Cristiano, muy común durante la edad media, de tres peces entrelazados dentro un triángulo, con las cinco letras (un número Pythagórico muy sagrado) I. X. ΘΥΣ grabadas en el mismo. El número cinco se refiere á la misma computación kabalística.

é ignorante humanidad, permaneció con ellos durante algun tiempo. Este dios fué quien les enseñó á construir casas, á cultivar las tierras y á dar gracias á la Divinidad desconocida, á quien él representaba, edificando templos é instituyendo un culto regular; y, como durante todo el tiempo continuó siendo mitad pez y mitad hombre, á cada puesta de sol acostumbraba á volver al océano y allí pasaba la noche.

«Él es», dice el libro sagrado, «quien después del diluvio enseñó á los hombres todo cuanto era necesario para su felicidad.

»Sumergióse un día en el agua, y no volvió más, porque la tierra se había cubierto otra vez de vegetación, frutos y rebaños.

»Pero él había enseñado á los Brahmanes el secreto de todas las cosas» (*Hari-Purána*).

Hasta aquí, vemos en esta narración el *double* de la historia narrada por el Babilonio Berosio acerca de Oannes, el hombre-pezu, el cual no es otro que Vishnú, á menos, realmente, que hayamos de creer que fué la Caldea la que civilizó la India!

Lo repetiremos, no deseamos decir nada apoyándonos en nuestra sola autoridad. Citamos por lo tanto á Jacolliot, quien, por muy criticado y contradicho que haya sido sobre otros puntos, y por más descuidado que haya sido en materia de cronología (aunque hasta en esto está más cerca de la verdad que aquellos sabios que quisieran que todos los libros indos hayan sido escritos desde el Concilio de Nicea), por lo menos no se le puede negar la reputación de ser un buen Sanscritista. Y él dice, ocupado en analizar la palabra *Oan*, ú Oannes, que Oh, en Sánscrito, es una interjección que expresa una invocación, como Oh, Swayambhuva! Oh, Dios! etc., y *An* es una radical, significando en Sánscrito un espíritu, un ser; y, nosotros presumimos, lo que los Griegos quieren decir por la palabra *Dæmon*, un semi-dios.

«Qué extraordinaria antigüedad», observa, «esta fábula de Vishnú, disfrazado como un pez, concede á los libros sagrados de los indos; especialmente ante el hecho de que los *Vedas* y *Manú* cuentan más de veinte y cinco mil años de existencia, como está probado por los documentos más serios y más auténticos. Pocos pueblos, dice el sabio Halled, poseen anales más auténticos ó serios que los indos» (1).

Pedemos tal vez presentar una luz ulterior sobre la embrollada cuestión del símbolo del pez, recordando al lector que, según el *Genesis*, el primero de los seres vivientes creado, el primer tipo de la vida animal, fué el pez. «Y los Elohim dijeron: 'Produzcan las aguas en abundancia la criatura moviente que *tiene vida*'... y creó

(1) «La Genèse de l' Humanité», p. 9.

Dios grandes ballenas... y la mañana y la tarde fueron el *dia quinto*». A Jonás se lo traga un gran pez, y vuelve de nuevo á salir tres dias después. Esto es considerado por los Cristianos como un aviso anticipado de los tres dias de sepultura de Jesús que precedieron á su resurrección, aunque lo de los tres dias es tan imaginario como la mayor parte de todo lo demás y fué adoptado para establecer la base de la amenaza tan bien conocida de que el templo sería destruído y vuelto á edificar de nuevo á los *tres* dias. Entre el acto de la sepultura y su presumida resurrección solo transcurrió *un dia*—el del Sábado Judio—, puesto que fué sepultado en la tarde del Viernes y recobró la vida al amanecer del Domingo. Aunque pueda ser considerada como una profecía cualquiera otra circunstancia, la historia de Jonás no puede responder á este propósito.

«Gran Pez» es Cetus, la forma latinizada de Keto—*κῆτος* y Keto es Dagón, Poseidón, siendo su género femenino Keton Atar-gatis—la diosa Siria, y Venus, de Ascalón. La figura ó busto de Der-Keto ó Astarté la llevaban generalmente en la proa los buques. Jonás (el Iona Griego, ó paloma consagrada á Venus) voló á Jaffa, en donde era adorado el dios Dagón, el hombre-pez, y no se atrevió á ir á Nínive, *en cuyo lugar la paloma era venerada*. Por esto algunos comentadores creen que cuando se dice que Jonás fué arrojado al mar y tragado por un pez, debemos entender que fué recogido por uno de estos barcos, en cuya proa habia la figura de Keto. Pero sobre esto mismo los kabalistas tienen otra leyenda. Dicen que Jonás era un sacerdote fugitivo del templo de la diosa donde se veneraba la paloma, que deseaba abolir la idolatría é instituir el culto monoteista. Que, cogido cerca de Jaffa, fué hecho prisionero por los fieles de Dagón en una de las celdas carcelarias del templo, y que la extraña forma de la celda fué la que dió origen á la alegoría. En la colección de Moisés de García, kabalista Portugués, existe un dibujo que representa el interior del templo de Dagón. En el centro del mismo figura un ídolo inmenso, cuyo cuerpo en su parte superior es humano, y la inferior tiene aspecto de pez. Entre el vientre y la cola tiene una abertura que puede cerrarse lo mismo que una puerta de gabinete. Allí eran encerrados hasta nueva orden los acusados de haber obrado contra la deidad local. El dibujo en cuestión estaba copiado de una antigua tabla cubierta de curiosos dibujos é inscripciones en antiguos caracteres Fenicios, que describian esta *oubliette* Veneciana de la época Bíblica. Esta misma tabla fué hallada en una excavación á pocas millas de Jaffa. Considerando la extraordinaria tendencia de las naciones Orientales á juegos de palabras y á alegorías, ¿no es posible quizás que el «enorme pez» que se tragó á Jonás fuera sencillamente la celda interior del vientre de Dagón?

Es también significativo que esta doble denominación de

«Mesías» y de «Dag» (pez) de los Talmudistas se aplicara también al Vishnú indo, el Espíritu «Preservador», y la segunda persona de la trinidad Brahmánica. Esta deidad, que ya se había manifestado, es considerada aún como el futuro Salvador de la humanidad, y es el Redentor escogido que aparecerá en su décima encarnación ó *avatar*, lo mismo que el Mesías de los Judíos, para guiar á los bienaventurados, y restituirles los *Vedas* primitivos. Se explica que, en su primer avatar, Vishnú se apareció á la humanidad en una forma parecida á un pez. En el templo de Rama existe una representación de este dios que responde perfectamente á la de Dagón tal como nos la dá Berosio. Tiene el cuerpo de un hombre saliendo por la boca de un pez, y lleva en sus manos el *Veda* perdido. Además, Vishnú es el dios del agua, en un sentido, el Logos de Parabrahm, pues, como las tres personas de la divinidad manifestada alternan constantemente sus atributos, le vemos representado en el mismo templo como reclinándose sobre la serpiente de siete cabezas, Ananta (eternidad), y moviéndose, como *Espíritu* de Dios, sobre la superficie de las aguas primitivas.

Vishnú es evidentemente el Adam Kadmon de los Kabalistas, pues Adam es el Logos, ó el primer Ungido, como el Adam Segundo es el Rey Mesías.

Lakmy ó Lakshmi, duplicado pasivo ó femenino de Vishnú, el creador y conservador, es también llamada Ada Maya. Es la «Madre del Mundo», Damatri, la Venus Aphrodita de los Griegos, y también Isis y Eva. Mientras Venus nace de la espuma del mar, Lakmy surge del agua en medio del mar agitado; es tan bella al nacer que todos los dioses se enamoran de ella. Copiando los Judíos sus tipos allí donde podían obtenerlos, hicieron su primera mujer tomando por modelo á Lakmy. Es curioso que Viracocha, el Ser Supremo en el Perú, signifique, traducido literalmente, «espuma del mar».

Eugène Burnouf, la gran autoridad de la escuela Francesa, manifiesta su opinión en el mismo sentido: «Sabremos algún día», observa, «que todas las antiguas tradiciones desfiguradas por la emigración y la leyenda pertenecen á la historia de la India». Igual opinión tienen Colebrooke, Inman, King, Jacolliot, y muchos otros Orientalistas.

Hemos dicho antes que, de acuerdo con la computación secreta peculiar de los estudiantes de la ciencia oculta, el Mesías es la quinta emanación ó potencia. En la *Kábala* Judía, donde los diez Sephiroth emanan de Adam-Kadmon (colocado bajo la corona), viene en quinto lugar; igual sucede en el sistema Gnóstico; lo mismo en el Budhista, según el cual el quinto Buddha, Maitri, aparecerá, en su último advenimiento, para salvar á la humanidad antes de la destrucción final del mundo. Si Vishnú es representado, en su nueva venida y

última aparición, como el *décimo* avatar ó encarnación, es únicamente porque, considerando á cada unidad como andrógina, se manifiesta doblada. Los Buddhistas que no admiten esta encarnación doble-sexuada no cuentan más que cinco. Así, mientras Vishnú ha de aparecer por última vez en su décima encarnación, se dice que Buddha hará lo mismo en su encarnación quinta (1).

Para presentar mejor la idea, y hacer ver completamente cuán mal interpretada por las masas ignorantes era la significación real de los avatares, que solo conocían los estudiantes de la doctrina secreta, damos en otra parte los diagramas de los avatares y emanaciones kabalísticas indos y Caldeos (2). Esta piedra básica y verdaderamente fundamental de los ciclos secretos demuestra por si misma que, lejos de interpretar literalmente sus *Vedas* y su *Biblia*, los pundits Brahmanes y los Tanaïm (los sabios y filósofos de las épocas pre-Cristianas) especulaban acerca de la creación y desenvolvimiento del mundo en un sentido Darwinista por completo, anticipándose lo mismo á él que á su escuela en la selección natural de las especies, en el desenvolvimiento gradual, y en la transformación.

Aconsejamos, á cualquiera que se sienta tentado á protestar indignado contra esta afirmación, que lea muy cuidadosamente los libros de Manú, aunque sea en la traducción incompleta de Sir William Jones, ó en la más ó menos negligente de Jacolliot. Si comparamos la Cosmogonía Fenicia de Sanchoniathón y el protocolo de Berosio con el *Bhagavatta* y *Manú*, encontraremos exactamente enunciados los mismos principios que en la actualidad nos ofrecen los últimos desenvolvimientos de la ciencia moderna. En nuestro primer volumen hemos dado citas tomadas de los archivos Caldeos y Fenicios; ahora dirigiremos una ojeada á los libros indos.

«Cuando este mundo hubo salido de las tinieblas, los principios elementarios sutiles produjeron el germen vegetal que animó primero á las plantas; de las plantas la vida pasó á cuerpos fantásticos que nacieron en el *ilus de las aguas*; después, á través de series de formas y animales diversos, llegó al HOMBRE» (3).

«Este (el hombre, antes de llegar á serlo) pasará sucesivamente por ser planta, gusano, insecto, pez, serpiente, tortuga, animal doméstico, y animal salvaje; esto constituye el grado inferior».

«Así, desde Brahma hasta llegar á los vegetales, se manifiestan las transmigraciones que tienen lugar en este mundo» (4).

(1) Los Sephiroth Kabalísticos son también en número diez, ó cinco pares.

(2) Un avatar es un descenso de la Deidad á la tierra desde lo alto, en una ú otra forma manifestada.

(3) «Bhagavatta».

(4) «Manú», libros I y XII.



Según la Cosmogonía de Sanchoniathón, los hombres han surgido también del ilus del caos (1), y en ella se propone la misma evolución y transformación de las especies.

Y ahora dejaremos la palabra á Mr. Darwin: «Yo creo que los animales han descendido, todo lo más, de cuatro ó cinco progenitores solamente» (2).

Luego: «Yo debería por analogía inferir que probablemente todos los seres orgánicos que han existido en esta tierra han descendido de alguna forma primordial (3)... Yo considero á todos los seres no como creaciones especiales, sino como los descendientes lineales de algunos pocos seres que vivieron mucho tiempo *antes de depositarse la primera capa del sistema Siluriano*»(4).

En resumen, vivían en el Caos Sanchoniático, y en el *ilus* de Manú. Vyasa y Kapila van aún más lejos que Darwin y Manú. «Ellos solo ven en Brahma el nombre del germen universal; *niegan la existencia de una Causa Primera*; y consideran que en la naturaleza todo se halló desenvuelto á consecuencia tan solo de fuerzas materiales y fatales», dice Jacolliot (5).

Por correcta que sea esta última cita sacada de Kapila, son necesarias unas pocas palabras aclaratorias. Jacolliot compara repetidas veces á Kapila y á Veda Vyasa con Pyrrho y Littré.

Nada tenemos que objetar en contra de semejante comparación con el filósofo Griego, pero nos oponemos decididamente á la que se refiere al cronista Francés; vemos en ello como un inmerecido sarcasmo á la memoria del gran sabio Ario. En ninguna parte expone este prolífico escritor que ni los antiguos ni los modernos Brahmanes repudiaran á Dios, el «desconocido» *Espritu* universal; ni ningún otro Orientalista acusa á los indos en este sentido, por pervertidas que estén las deducciones generales de nuestros sabios acerca del ateísmo Buddhista. Al contrario, Jacolliot sienta, más de una vez, que los Pundits instruidos y los Brahmanes ilustrados nunca han compartido las supersticiones populares; y afirma su inquebrantable creencia en la unidad de Dios y en la inmortalidad del alma, aunque con toda seguridad ni Kapila, ni los Brahmanes iniciados, ni los partidarios de la escuela Vedanta, jamás admitirían existencia de un creador antropomórfico, de una «Causa Primera» en el sentido Cristiano.

En sus *Tradiciones Indo-Europeas y Africanas*, es Jacolliot el primero en atacar al Profesor Müller, por hacer observar que los dioses indos eran «máscaras sin actores... nombres imaginarios, y

(1) Véase «Antiguos Fragmentos» de Cory.

(2) «Origen de las Especies», primera edición, p. 484.

(3) *Idem*, p. 484.

(4) *Idem*, pp. 488-489.

(5) «La Genèse de l' Humanité», p. 339.

no seres sin nombres» (1). Citando, en apoyo de su argumento, gran número de versos de los libros sagrados indios, añade: «Es posible dejar de conceder al autor de estas estrofas una concepción clara y definida de la fuerza divina del Único Ser, dueño y Soberano del Universo?... Acaso fueron construidos los altares por mera alegría?»(2).

Este último argumento es perfectamente justo por lo que se refiere á la negación de Max-Müller. Pero nosotros dudamos si el racionalista Francés entiende la filosofía de Kapila y de Vyasa mejor que lo hace el filólogo Alemán del «theológico embrollo», como este llama al *Atharva-Veda*.

El Profesor Müller y Jacolliot pueden hasta poseer tan grandes pretensiones de erudición, y estar además tan familiarizados con el Sánscrito y otras lenguas Orientales como quieran, pero á ambos les falta la clave para los mil y un misterios de la antigua doctrina secreta y de su filosofía. Solamente que, mientras el filólogo Alemán no se toma siquiera la molestia de examinar este mágico y «theológico embrollo», vemos al Indianista Francés cómo nunca pierde una oportunidad de investigar. Además, confiesa honradamente su incompetencia para ni aun sondear este océano de enseñanzas místicas. No solamente cree con firmeza que existe, sino que en todas sus obras llama sin cesar la atención de la ciencia hacia sus inequívocas señales á cada paso que dá en la India. Además, aunque los sabios Pundits y Brahmanes—sus «venerados maestros»—de las pagodas de Villenoor y Chélambrum en el Carnatic (3), según parece, se negaron positivamente á revelarles los misterios de la parte mágica del *Agrouchada-Parikshai* (4) y del triángulo (5) del Brah-mâtma, persiste en declarar honradamente que en metafísica inda todo es posible, y hasta en los sistemas de Kapila y Vyasa, que hasta la fecha han sido mal comprendidos.

M. Jacolliot debilita su aserto inmediatamente después con la siguiente contradicción:

«Preguntábamos un día á un Brahmán de la pagoda de Chélambrum, que pertenecía á la *escuela escéptica de los naturalistas de Vyasa*, si creía en la existencia de Dios. Contestónos sonriendo: *'Aham eva param Brahma'*.—Yo mismo soy un dios.

»'Que quiere V. decir con esto?'

(1) «Tradiciones Indo-Europeas y Africanas», p. 291.

(2) «Tradiciones Indo-Europeas Africanas», pp. 294-295.

(3) «Les Fils de Dieu», p. 32.

(4) «Le Spiritisme dans le Monde», p. 78 y otras.

(5) «Les Fils de Dieu», p. 272. Aunque no nos sorprende del todo que los Brahmanes se negasen á satisfacer la curiosidad de M. Jacolliot, debemos añadir que la significación de este signo es conocida por los superiores de cada una de las Lamaserías Buddhistas, y no solamente por los Brahmanes.

» 'Quiero decir que cada uno de los seres de la tierra, por humilde que sea, es una porción inmortal de la materia inmortal' »(1).

Esta contestación se le habría ocurrido á cualquier antiguo filósofo, Kabalista ó Gnóstico, de los tiempos primitivos. Contiene el espíritu mismo del precepto delfico y kabalístico, porque la filosofía esotérica hace siglos que resolvió el problema de lo que el hombre era, y lo que será. Si las personas creen en el versículo de la *Biblia* que enseña que el «Señor Dios formó el hombre del polvo de la tierra, y sopló en sus narices el aliento de vida», desechan al mismo tiempo la idea de que cada átomo de este polvo, lo mismo que cada partícula de esta «alma viviente», contienen á «Dios» en sí mismos, entonces da menos lástima la lógica de tales Cristianos. Olvidan los versículos que preceden á éste. Dios bendice igualmente á cada bestia del campo y á cada criatura viviente tanto del agua como del aire, y Él las dota *de vida* á todas, vida que es un soplo de su propio Espíritu, y el *alma* del animal. La humanidad es el Adam-Kadmon de lo «Desconocido». Su microcosmo, y Su único representante en la tierra, y cada hombre es un dios en ella.

A este sabio Francés, que parece tan familiarizado con cada una de las slokas de los libros de Manú, y de otros escritores Védicos, desearíamos preguntarle la significación de esta sentencia, que él conoce tan bien:

«Las plantas y la vegetación revelan una multitud de formas á causa de sus acciones precedentes; ellas están rodeadas de tinieblas, pero sin embargo están dotadas de un alma interior, é igualmente sienten el dolor y el placer». (*Manú*, libro 1).

Si la filosofía inda enseña la presencia de un grado de *alma* en las formas más inferiores de la vida vegetal, é igualmente en cada átomo del espacio, cómo es posible que pueda negar al hombre el mismo principio inmortal? Y, una vez admitido el espíritu inmortal en el hombre, ¿cómo puede lógicamente negar la existencia del manantial paterno, no diré el primero, sino la Causa eterna? Ni los racionalistas, ni sensualistas, que no comprenden metafísica inda, deberían juzgar de la ignorancia de los metafísicos indos por la suya propia.

El gran ciclo, como ya hemos observado antes, comprende el progreso de la humanidad desde su germen en el primer hombre de forma espiritual, hasta los más profundos abismos de degradación á que pueda alcanzar—y va acompañado cada paso sucesivo en la escala de descenso, por una fuerza mayor y más grosera de la forma física que la de su precursor—y acaba con el Diluvio. Pero mientras el gran ciclo, ó época, sigue su curso, transcurren siete ciclos me-

(5) «La Genèse de l' Humanité», p. 339.

nores, marcando cada uno de ellos la evolución de una nueva raza en un mundo nuevo, salida de la que la precede. Y cada una de estas razas, ó grandes tipos de humanidad, se ramifican en subdivisiones de familias, y otra vez en naciones y en tribus, como hoy día vemos á los habitantes de la tierra subdivididos en Mongoles, Caucásicos, Indos, etc.

Antes de proceder á demostrar por medio de diagramas la íntima semejanza entre las filosofías exotéricas de todos los antiguos pueblos, separados sin embargo geográficamente uno de otro, será útil explicar brevemente las ideas reales que yacen en el fondo de todos aquellos símbolos y representaciones alegóricas que hasta aquí tanto han confundido á los comentadores no iniciados. Con esto se verá mejor que, en la época de la antigüedad, la religión y la ciencia estaban más íntimamente unidas que dos hermanas gemelas; que formaban una en dos, y eran dos en una desde el primer instante de concebirse. Con atributos revestibles mutuamente, la ciencia era espiritual y la religión era científica. Al igual del hombre andrógino del primer capítulo del *Génesis*, «macho y hembra», pasivo y activo; creado á imagen de los Elohim. La Omnisciencia desarrollaba Omnipotencia; esta última estaba llamada para poner en ejercicio á la primera, y así constituía un gigante á quien se había concedido el dominio sobre todos los cuatro reinos del mundo. Pero, lo mismo que el segundo Adán, estos andróginos estaban condenados á «caer y perder sus poderes» tan pronto como las dos mitades de la dualidad se separasen. El fruto del Arbol de la Ciencia ocasiona la muerte, si carece del fruto del Arbol de la Vida. El hombre debe conocerse á sí mismo antes de que pueda esperar conocer el *génesis* postrero, hasta de seres y poderes menos desarrollados que él mismo en su naturaleza interna. Igual pasa con la religión y la ciencia; unidas las dos en una, fueron infalibles, porque allí estaba la intuición espiritual, para suplir las limitaciones de los sentidos físicos. Separadas, la ciencia exacta desprecia el auxilio de la voz interna, mientras que la religión se convierte en una nueva teología dogmática; cada una de ellas es á su vez un cuerpo sin alma.

La doctrina exotérica, pues, como el Buddhismo y el Brahmanismo, y como también la perseguida *Kábala*, enseña que la esencia infinita y desconocida existe desde toda la eternidad, y que, con sucesiones regulares y harmónicas, es por turno activa y pasiva. En la fraseología poética de Manú, estas condiciones son llamadas el «día» y la «noche» de Brahma. Este último está ó bien «despierto» ó «dormido». Los Svábhávikas, ó filósofos pertenecientes á la más antigua escuela del Buddhismo (la que todavía existe en Nepaul), especulan solo acerca de la condición activa de esta «Esencia», á la cual llaman Svabhávát, y consideran como una locura el teorizar acerca

del poder abstracto é incognoscible en su condición pasiva. De aquí el que sean llamados *atheos* tanto por la *theología* Cristiana como por los sabios modernos; porque ni la una ni los otros son capaces de comprender la lógica profunda de su filosofía. La primera no quiere admitir otro Dios que los poderes *secundarios* personificados que han construido ciegamente el universo visible, y que entre ellos se convirtió en el Dios antropomórfico de los Cristianos, el Jehovah, rugiendo en medio de truenos y rayos. A su vez, la ciencia racionalista saluda á los Buddhistas y á los Svâbhâvikas como á los *positivistas* de las épocas arcaicas. Si solamente consideramos uno de los aspectos de la filosofía de estos últimos, pueden tener razón nuestros materialistas. Los Buddhistas sostienen que no existe ningún creador, sino una inmensidad de *poderes creadores*, que forman colectivamente la única sustancia eterna, cuya *esencia* es inescrutable, y por lo tanto no está sujeta á especulación por parte de ningún verdadero filósofo. Sócrates rehusaba constantemente argüir acerca del misterio del ser universal, y, no obstante, nadie pensó en acusarle de ateísmo más que aquellos que estaban dispuestos á destruirle. Al inaugurar un período activo, dice la *Doctrina Secreta*, tiene lugar una expansión de esta Divina esencia, *de dentro hacia afuera*, obedeciendo á la ley eterna é inmutable, y el universo fenomenal ó visible es el resultado acabado de la larga cadena de fuerzas cósmicas, puestas así progresivamente en movimiento. Del mismo modo, cuando se cumple la condición pasiva, tiene lugar una contracción de la Esencia Divina, y la obra previa de la creación se deshace de una manera gradual y progresiva. El universo visible se desintegra, sus materiales se dispersan, y las «tinieblas» solitarias se cobijan una vez más por encima del recinto del «abismo». Empleando una metáfora que presentará la idea de una manera todavía más clara, diremos que una expiración de la «ciencia desconocida» da origen al mundo, y que una inhalación lo hace desaparecer. *Este proceso ha venido verificándose desde toda la eternidad, y nuestro universo presente no es más que uno entre una infinidad de series que no han tenido principio, y que no tendrán fin.*

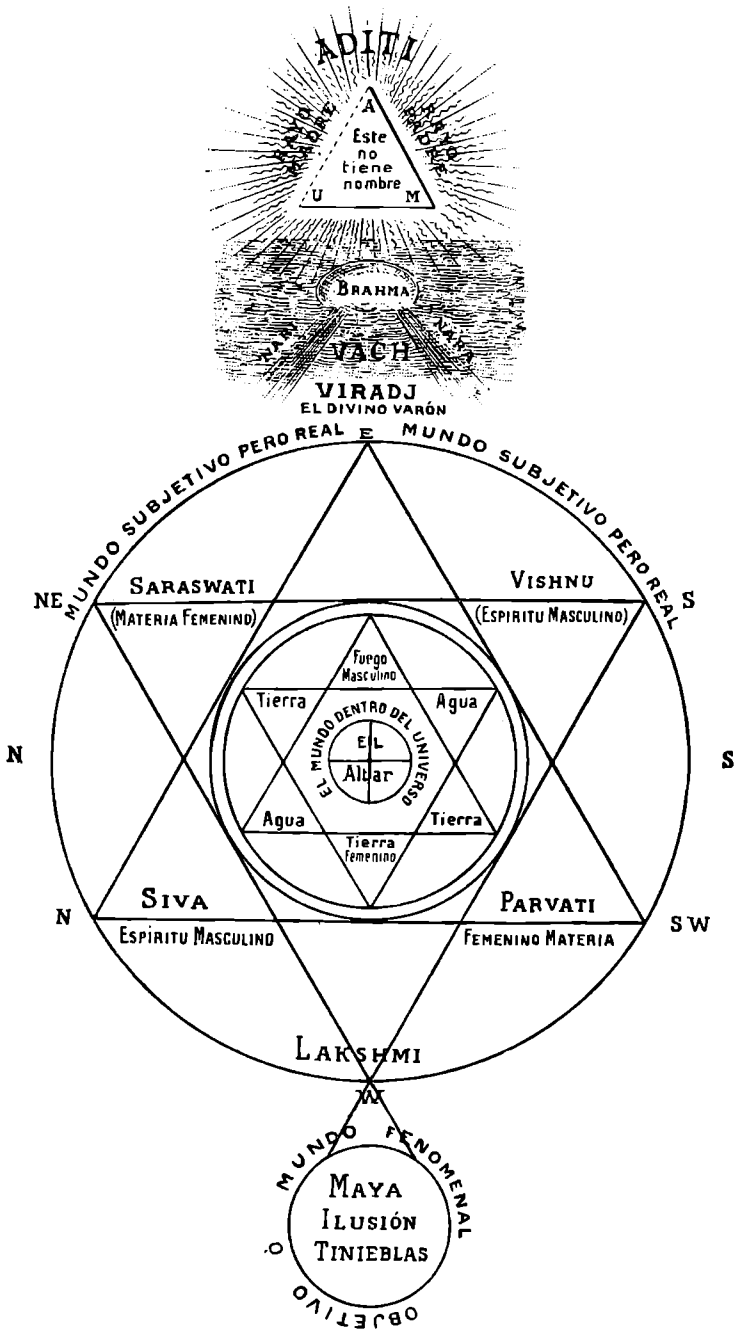
Así es que solo somos capaces de construir nuestras teorías sobre las manifestaciones visibles de la Deidad en sus fenómenos naturales objetivos. El aplicar á estos principios creadores la palabra Dios es pueril y absurdo. Podría uno también dar el nombre de Benvenuto Cellini al fuego que funde el metal, ó al aire que lo enfría una vez arrojado en el molde. Si la Esencia espiritual, interna, siempre oculta y abstracta para nuestras mentes, que existe en éstas fuerzas, puede en algún modo ser relacionada con la creación del universo físico, es únicamente en el sentido en que lo hace Platón. ELLO puede, todo lo más, ser llamado el constructor del universo abstracto, que se

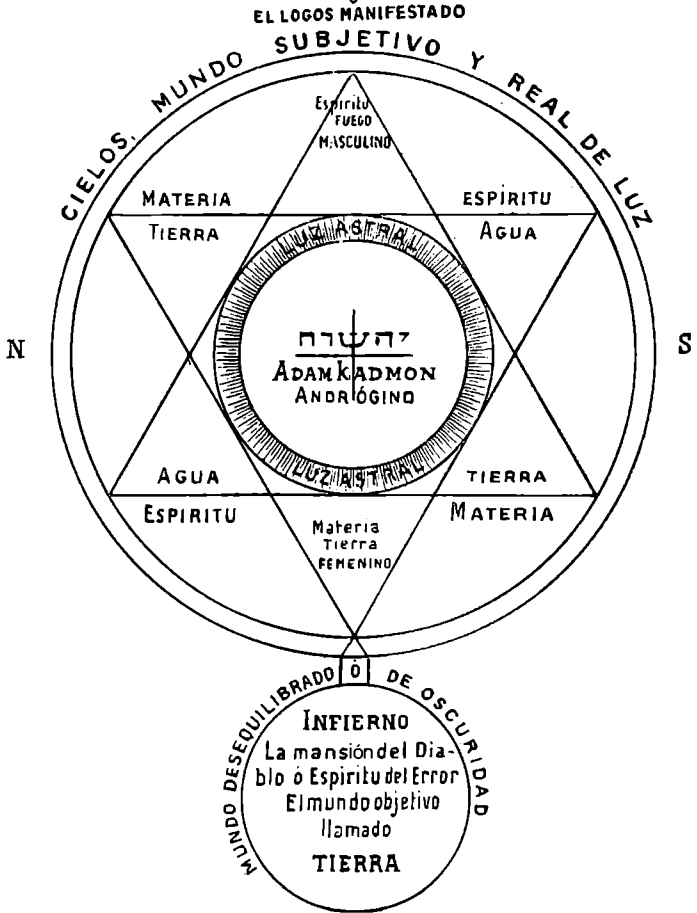
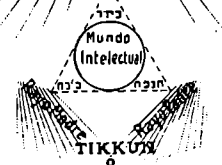
desarrolló gradualmente en el Pensamiento Divino, dentro del cual había permanecido durmiendo.

En el Capítulo VIII intentaremos hacer ver el significado exotérico del *Génesis* y su completa concordancia con las ideas de otras naciones. Se verá que los seis días de la creación tienen una significación apenas sospechada por el gran número de comentaristas, que han puesto en pleno ejercicio sus habilidades para intentar reconciliarse por turno con la *theologia* Cristiana y con la Geología no Cristiana. A pesar de lo desfigurado que está el *Antiguo Testamento*, en su simbolismo se conserva todavía bastante del original en sus principales rasgos, para que se vea el parecido de familia que tiene con las cosmogonías de naciones más antiguas que los Judíos.

Damos aquí los diagramas de las cosmogonías inda y Caldeo-Judía. La antigüedad del diagrama de la primera puede inferirse del hecho que muchas de las Pagodas Brahmánicas están dibujadas y construídas según esta figura llamada la «Sri-Yantara» (1). Y además, nos encontramos con los grandes honores que le tributan los Judíos y los Kabalistas de la edad media, que la conocen con el nombre de «Sello de Salomón». Sería un asunto de todo punto sencillo el remontarse al origen de esta figura, una vez que recordemos la historia del rey kabalista y de sus transacciones con el rey Hiram y Ophir, el país de los pavos reales, del oro y del marfil, cuya región debemos buscarla en la antigua India.

(1) Véase *Diario de la Sociedad Real Asiática*, vol. XIII, p. 79.







## EXPLICACIÓN DE LOS DOS DIAGRAMAS

### QUE REPRESENTAN

LOS PERÍODOS CAÓTICO Y DE FORMACIÓN ANTES Y DESPUÉS QUE NUESTRO UNIVERSO COMENZARA Á DESENVOLVERSE DESDE LOS PUNTOS DE VISTA ESOTÉRICOS CORRESPONDIENTES Á LOS SISTEMAS BRAHMÁNICO, BUDHISTA Y CALDEO, QUE CONCUERDAN EN CADA UNO DE SUS ASPECTOS CON LA TEORÍA EVOLUCIONISTA DE LA CIENCIA MODERNA.

### LA DOCTRINA INDA

#### EL TRIÁNGULO SUPERIOR

Contiene el Nombre Inefable. Es el AUM, que solo debe pronunciarse mentalmente, bajo pena de muerte. El irrevelado Para-Brahma, el Principio Pasivo; el absoluto é incondicionado «mukta», el cual no puede entrar en la condición de un Creador, pues este último, con objeto de *pensar, querer, y proyectar*, debe estar limitado y sujeto á condiciones (badha) y por lo tanto ser en un sentido un ser finito. «Este (Para-Brahma) fué absorbido en el no-ser, imperceptible, sin ningún atributo distinto, imperceptible para nuestros sentidos. Estaba absorbido en su (para nosotros) eterno (para sí mismo) sueño periódico», pues transcurría una de las «Noches de Brahma». Por esto él no es la *Primera*, sino la *Eterna Causa*. Él es el Alma de las Almas, á quien ningún ser puede comprender en este estado. Pero «aquel que estudió los Mantras secretos y comprende el *Vách*» (el Espíritu ó voz oculta de los Mantras, la manifestación activa de la Fuerza latente) aprenderá á comprenderle en su aspecto «revelado».

### LA DOCTRINA CALDEA

#### EL TRIÁNGULO SUPERIOR

Contiene el Nombre Inefable; es En-Soph, el Ilimitado, el Infinito, cuyo nombre no es conocido por nadie más que por el iniciado, y no puede ser pronunciado en alta voz so pena de muerte. Puesto que En-Soph está en la misma condición de ser que Para-Brahma, no puede crear más que este; él es 𐤍𐤍 no-existente, en tanto que permanece en su estado latente ó pasivo comprendido en *Oulom* (el tiempo ilimitado é interminable); como tal, no es el Creador del Universo visible, ni tampoco *Aur* (Luz). Se convertirá en esta última cuando el periodo de creación le habrá impelido á dilatar la fuerza contenida en sí mismo, de acuerdo con la Ley de la cual él es la incorporación y la esencia.

«Cualquiera que se instruya con 𐤍𐤍 la Mercaba y con *lahgash* (discurso secreto ó encantación)(1), aprenderá el secreto de los secretos».

(1) La significación de *Lahgash* es casi idéntica á la de *Vách*, el poder oculto de los Mantras.

Ambos, ESTE y En-Sohp, en su primera manifestación de Luz, surgiendo de las Tinieblas, pueden ser compendiados en el Svabhávát, la Eterna Substancia, no creada, existente por sí misma, que todo lo produce; mientras que todo lo que es de su propia ciencia se produce saliendo de su naturaleza propia.

*El espacio que rodea al Triángulo Superior*

Cuando la «Noche de Brahma» hubo terminado y llegó la ocasión para que el Existente por Sí Mismo se manifestase á sí propio por revelación, hizo visible su gloria emitiendo desde su Esencia un Poder activo que, siendo femenino al principio, se convirtió seguramente en andrógino. Es Aditi, el «Infinito» (1), el Ilimitado, ó más bien el «Sin Límites». Aditi es la «madre» de todos los dioses, y Aditi es el Padre y el Hijo (2). «Quién nos hará volver á la gran Aditi, para que yo pueda ver padre y madre?» (3). En conjunción con esta última Fuerza femenina es como el Divino pero latente Pensamiento produce el gran «Abismo», agua. «El agua es nacida de una transformación de luz... y de una modificación del agua ha nacido la tierra», dice Manú (libro 1).

«Vosotros habéis nacido de Aditi, salidos del agua; vosotros, que habéis nacido de la tierra, oid todos mi convocatoria»(4).

En esta agua (ó Caos primitivo), el «Infinito» andrógino, que con la Causa Eterna constituye la primera Tríada abstracta, expresada por AUM, depositó el germen de vida universal. Este es el Huevo Mundano, en el cual tuvo lugar la gestación de Purusha, ó sea el Bramha manifestado. El germen que fecundó al Principio *Madre* (el agua) es llamado Nara, el espiri-

*El Espacio que rodea al Triángulo Superior*

Cuando hubo llegado el periodo activo, En-Soph emitió, saliendo de su propia esencia eterna, á Sephira, el poder activo, llamado el punto primordial, y la Corona, *Keter*. Únicamente por medio de ella es como la «Sabiduría sin límites» puede dar una forma concreta á su Pensamiento abstracto. Dos lados del triángulo superior, el de la derecha y la base, están formados por líneas no interrumpidas; el tercero, el de la izquierda, es de puntos. Es á través de este último que surge Sephira. Difundiéndose ella en todas direcciones, envuelve finalmente todo el triángulo. En esta emanación del principio femenino activo á través del lado izquierdo del triángulo místico, está vislumbrada la creación de Eva de la costilla izquierda de Adán. Adán es el Microcosmo del Macrocosmo, y es creado á imagen de los Elohim.

En el Arbol de Vida עץחַיִּים, la triple tríada está dispuesta de tal manera que los tres Sephiroth varones están á la derecha, los tres hembras á la izquierda, y en el centro los cuatro principios unidores. Del invisible Rocío que cae de la «Cabeza» más Elevada, Sephira crea el agua primitiva ó Caos que toma forma. Es el primer paso hacia la solidificación del Espíritu, el cual en virtud de varias modificaciones producirá tierra (1). «Se

(1) En el «Rig-Veda Sanhita», Max-Muller da su significación como el Absoluto, puesto que se deriva de *aditi*, límite, y de la partícula negativa A.

(2) «Himnos á los Maruts», 1, 89, 10.

(3) Idem, 1, 24, 1.

(4) Idem, x, 63, 2.

(1) George Smith cita los primeros versículos del Génesis Akkadio, tal como se ha encontrado en los textos cuneiformes de los «Lateres Coctiles». Allí encontramos también *Anu*, la deidad pasiva ó En-Soph, *Bel*, el Creador, el Espíritu de Dios (Sephira) moviéndose en la superficie de las aguas, de ahí la misma agua, y *Hea*, el

tu Divino, ó Espíritu Santo (1), y las aguas mismas son una emanación del primero, Nari, mientras que el Espíritu que se cernía por encima es llamado Narayana (2).

«En aquel huevo, el gran Poder permaneció inactivo durante un año entero del Creador, y, al terminarse éste, por su solo pensamiento hizo que el huevo se dividiese» (3). La mitad superior se convirtió en firmamento, la inferior en la tierra (ambos todavía en su forma ideal, no en la manifestada).

Así, esta segunda triada, otro nombre del principio primero (jamás pronunciado en alta voz), la cual es la real Trimurti pre-Védica secreta y primordial, consistía en:

Nara, Padre-Cielo.  
Nari, Madre-Tierra.  
Viradj, El Hijo ó Universo.

La Trimurti, que comprende Brahma, el Creador; Vishnú, el Conservador; y Siva, el Destructor y Regenerador, corresponden á un periodo posterior. Es un pensamiento antropomórfico y tardío, inventado para que fuera de comprensión más popular para las masas no iniciadas. El *Dikshita*, el iniciado, sabía más. Así también, la profunda alegoría bajo los colores de una fábula ridícula citada en la *Aytareya Brahmana* (4), y

(1) Así es que en todas las theologías filosóficas encontramos al Espíritu Santo femenino. Las numerosas sectas de los Gnósticos tenían Sophía; los Kabalistas y Talmudistas Judíos, Shekinah (la vestidura del Altísimo), que descendió entre los dos querubines sobre el Propiciatorio, y encontramos también que en un antiguo texto se hace decir á Jesús: «Mi Madre, el Espíritu Santo, me tomó». «Las aguas son llamadas *nara*, porque eran la producción de Nara, el Espíritu de Dios». («Instituciones de Manú», I, 10).

(2) Narayana, ó aquello que se mueve sobre las aguas.

(3) «Manú», sloka 12.

(4) Véase «Aytareya Brahmanam» del Rig-Veda, de Haug.

*necesita tierra y agua para formar un alma con vida», dice Moisés.*

Cuando Séphira surge como un poder activo del interior de la Deidad latente, es femenina; cuando asume la acción de Creador, se convierte en varón; de ahí que sea andrógino. Ella es el «Padre y Madre Aditi» de la Cosmogonía inda.

Después, cernido sobre el «Abismo», el «Espíritu de Dios» produce su propia imagen en el agua, la Matriz Universal, simbolizada en *Manú* por el Huevo de Oro. En la cosmogonía Kabalística, Cielo y Tierra están personificados por Adam Kadmon y el segundo Adam. La primera Inefable Triada, contenida en la idea abstracta de las «Tres Cabezas», era un «nombre misterioso». La formaban En-Soph, Séphira, y Adam-Kadmon, el Protógonos, y éste, cuando era bisexual, era idéntico al primero (1). En cada triada hay un varón, una hembra, y un andrógino. Adam-Séphira es la Corona (Keter). Se entre-

Alma Universal ó sabiduría de los tres combinada.

Los ocho primeros versículos dicen así:

1.º Mientras arriba, no estaban levantados los cielos.

2.º Y abajo en la tierra no había crecido una planta.

3.º El abismo no había roto sus límites.

4.º El Caos (ó agua) Tiamat (el mar) era la madre productora de todos ellos (esta es la Aditi y Séphira cósmica).

5.º Al principio solo fueron ordenadas aquellas aguas.

6.º No había crecido ni un árbol, ni se había desplegado una flor.

7.º Cuando los dioses no habían aparecido, ninguno de ellos.

8.º No había crecido una planta y el orden no existía.

Este era el período Caótico ó ante-genésico.

(1) Cuando es un poder femenino, es Séphira; cuando masculino, es Adam Kadmon, porque, como la primera contiene en sí misma los otros nueve Sephiroth, ó sea su totalidad, el segundo, incluso Séphira, está comprendido en el archi-típico Kadmon, el  $\epsilon\rho\omega\tau\alpha\gamma\upsilon\mu\omicron\varsigma$ .

que resultó además en representar en algunos templos á Brahm-Nara asumiendo la forma de un toro, y su hija, Aditi-Nari, la de una ternera, contiene la misma idea metafísica que la «caída del hombre», ó la del Espíritu en la generación-materia.

El Omni-penetrante Espíritu Divino comprendido en los símbolos de Cielo, Sol, y Calor (fuego)—la correlación de las fuerzas cósmicas—fecunda á la Materia ó Naturaleza, hija del Espíritu. Y el mismo Para-Brahma tiene que someterse y sufrir el castigo de las maldiciones de los otros dioses (Elohim), por tal incesto. (Véase la columna correspondiente). Según la ley inmutable, y por lo tanto fatal, los dos, Nara y Nari, son recíprocamente Padre y Madre, como también Padre é Hija (1). La Materia, á través de infinitas transformaciones, es el producto gradual del Espíritu. La unificación de una eterna Causa Suprema requería tal correlación; y si la naturaleza es el producto ó efecto de aquella Causa, tiene que ser á su vez fecundada por el mismo Rayo Divino que produjo esta misma naturaleza. Si las alegorías cosmogónicas más abundantes se analizan sin preocupación, se hallará que están construídas con arreglo á una necesidad lógica y estricta.

«El Ser nació del no-Ser», dice un verso del *Rig-Veda* (2). El primer ser tenía que convertirse en andrógino y finito, por el mismo hecho de su creación como un ser. Y del mismo modo la Sagrada Trimurti, que comprende á Brahma, Vishnú, y Siva, tendrá un fin cuando la noche de Brahma suceda al «día» actual, ó periodo de actividad universal.

(1) Las mismas transformaciones se encuentran en la cosmogonía de toda nación importante. Así, vemos en la mitología Egipcia á Isis y Osiris, hermana y hermano, marido y mujer; y Horus, el hijo de ambos, pasando á ser marido de su madre Isis, procrea un hijo, *Malouli*.

(2) Mandala 1, Sûkta 166, Max-Müller.

ga á la obra de la creación produciendo primero Chochmah, Sabiduría Masculina, una potencia varón activa representada por יהה Jah, ó las Ruedas de Creación, אפנרמ del cual procede Binah, Inteligencia, potencia femenina pasiva, la cual es *Jehovah* יהוה, á quien encontramos en la Biblia figurando como el Supremo. Pero este Jehovah no es el Jodcheva Kabalístico. El binario es la piedra angular y fundamental de la *Gnosis*. Como el binario es la Unidad multiplicándose y creándose por sí misma, los kabalistas presentan al «Desconocido» En-Soph, pasivo, como emanando á Sephira de sí mismo, la cual, convirtiéndose en luz visible, se dice que ha producido á Adam-Kadmon. Pero, según el sentido oculto, Sephira y Adam son una y la misma luz, solo latente y activa, invisible y visible. El segundo Adam, como el tetragrama humano, produce á su vez á Eva de su costado. Es esta segunda tríada de la cual los kabalistas se han ocupado hasta aquí (que indica escasamente al Supremo é Inefable), no confiando nunca nada á ser escrito. Todos los conocimientos referentes á esto último eran comunicados de palabra. El segundo Adam es, pues, la unidad representada por *Jod*, emblema del principio masculino kabalístico, y al mismo tiempo es Chochmah, Sabiduría, mientras Binah ó Jehovah es Eva; procediendo el primero, Chochmah, de Keter, ó el andrógino Adam-Kadmon, y la segunda, Binah, de Chochmah. Si combinamos con *Jod* las tres letras que forman el nombre de Eva, tendremos el tetragrama divino pronunciado יֵוֹו־הֵוָה, Adam y Eva, יהוה Jehovah, varón y hembra, ó sea la idealización de la humanidad encarnada en el primer hombre. Así que lo que podemos probar es que, mientras los Judíos kabalistas, de acuerdo con sus maestros iniciados, los Caldeos y los Indos, adoraban al Dios Supremo y Desconocido, en el sagrado silencio

La segunda tríada, ó más bien la primera—como la más elevada es una pura abstracción—, es el mundo intelectual. La Vâch que la rodea es una transformación más definida de Aditi. Además de su significación oculta, en el Mantrâm secreto, Vâch está personificada como el poder activo de Brahma procediendo del mismo. En los Vedas se la hace decir que es el alma universal y suprema. «Yo llevo al Padre en la cabeza de la mente universal, y mi origen está en medio del océano; y por esto yo penetro en todos los seres... siendo el origen de todos los seres, yo paso como la brisa (Espíritu Santo). Yo estoy por encima de este cielo, más allá de esta tierra; y lo que es el Único Grande, aquello soy yo» (1). Literalmente, Vâch es palabra, el poder de despertar, gracias á la combinación métrica contenida en el número y sílabas de los Mantras (2), á poderes correspondientes del mundo invisible. En los Misterios del sacrificio, Vâch despierta al Brahma (*Brahma jinvati*), ó sea el poder que existe latente en el fondo de toda operación mágica. Ha existido desde la eternidad como Yajna (su forma latente), permaneciendo dormida en Brahma desde «sin principio», y surgió del mismo como Vâch (el poder activo). Es la clave para la «Traividya», la ciencia tres veces sagrada que enseña los Yajus (los Misterios del sacrificio) (3).

Habiéndonos ya ocupado de la tríada irrevealada y de la primera tríada de los Sefiroth, llamada el «mundo intelectual», poco queda ya

(1) «Investigaciones Asiáticas», volumen VIII, pp. 402, 403. Traducción de Colebrooke.

(2) Como en el sistema numérico Pythagórico, cada número en la tierra, ó mundo de los efectos, corresponde á su invisible prototipo en el mundo de las causas.

(3) Véase Capítulo inicial, vol. I, palabra Yajna.

de sus santuarios, á las masas ignorantes de cada nación las dejaban adorar algo que realmente era menos que la Eterna Substancia de los Buddhistas, á los cuales se dicen ateos. Como Brahma, la deidad manifestada en el místico *Manú*, ó sea el primer hombre (nacido de Swayambhuva, ó el existente por Sí mismo), es finito, asimismo Jehovah, encarnado en Adán y Eva, no es sino un dios humano. Él es el símbolo de la humanidad, una mezcla de bien con una parte de mal inevitable; de espíritu caído en la materia. Adorando á Jehová, adoramos puramente á la naturaleza por estar encarnada en el hombre semi-espiritual, semi-material todo lo más; no somos Panteístas, sino adoradores de fetiches, como los Judíos idólatras, que sacrificaban, en los sitios elevados de las arboledas, al principio masculino y femenino personificado por no conocer á IAU, el Supremo Nombre Secreto de los Misterios.

Shekinah es la Vâch inda, y se la invoca en los mismos términos que á aquélla. Aunque en el Arbol de Vida Kabalístico se la presenta como procediendo del noveno Sefiroth, Shekinah es, no obstante, el «velo» de En-Soph, y la «vestidura» de Jehovah. El «velo», porque logró durante largos siglos ocultar al Dios Real y Supremo, el Espíritu universal, y, velando á Jehovah, la deidad exotérica, hizo que los Cristianos le aceptasen como al «padre» de Jesús, el iniciado. Tanto los Kabalistas como los *Dikshita* indos conocen todavía el poder de Shekinah ó Vâch y lo llaman la «secreta sabiduría», חכמה נסתרת.

El triángulo desempeñó un papel prominente en el simbolismo religioso de cada gran nación, pues en todas partes representaba los tres grandes principios: espíritu, fuerza y materia; ó los principios activo (masculino), pasivo (femenino), y el doble ó correlativo que participa de

que decir. En la gran figura geométrica que tiene en su interior un doble triángulo, el círculo central representa al mundo dentro del universo. El doble triángulo pertenece á una de las más importantes figuras místicas en la India, si no es la más importante por sí sola. Es el emblema de la Trimurti, tres en uno. El triángulo con su vértice hacia arriba indica el principio masculino, con el mismo hacia abajo, el femenino, representando los dos al mismo tiempo espíritu y materia. Este mundo dentro del universo infinito es el microcosmo dentro del macrocosmo, como en la *Kábala* Judía. Es el símbolo de la matriz del universo, el huevo terrestre, cuyo arquetipo es el huevo de oro mundano. De este seno espiritual de madre naturaleza es de donde proceden todos los grandes salvadores del universo, los avatares de la Deidad Invisible.

«De aquel que es, y sin embargo no es, del no-ser, Eterna Causa, ha nacido el ser Pouroucha», dice Manú el legislador. Pouroucha es el «varón divino», el *segundo* dios, y el avatar, ó el Logos de Para-Brahma, y su divino hijo, el cual á su vez ha producido á Viradj, el hijo, ó el tipo ideal del universo. «Viradj empieza la obra de la creación produciendo los diez Pradjapati, los señores de todos los seres».

Según la doctrina de Manú, el universo está sujeto á una sucesión periódica é interminable de creaciones y disoluciones, á cuyos periodos de creación se llama Manvántara.

«El germen (que el Espíritu Divino ha producido de su propia substancia) es lo que en el ser jamás parece, porque se convierte en el alma del Ser, y en el periodo de *pralaya* (disolución) vuelve á ser de nuevo absorbido en el *Espíritu Divino*, que por sí solo permanece desde toda la eternidad en el seno de Swayambhuva, el Existente por sí mismo» (*Instituciones de Manú*, libro 1).

ambos, y los mantiene unidos. Era el *Arba*, ó sea el «cuatro» místico, (1) los dioses del misterio, los Kabeirios, comprendidos en la unidad de una Deidad Suprema. Se encuentra en las pirámides Egipcias, cuyos costados se elevan iguales hasta que se pierden en el punto de remate. En el diagrama kabalístico, el círculo central de la figura Brahmánica está sustituido por la cruz, la perpendicular celeste y la línea horizontal terrestre como base (2). Pero la idea es la misma: Adam Kadmon es el tipo de la humanidad considerada como una totalidad colectiva dentro de la

(1) Eva es la trinidad de la naturaleza, y Adán la unidad del espíritu; la primera es el principio material creado, el segundo, el órgano ideal del principio creador, ó, en otros términos, este andrógino es á la vez el principio y el Logos, porque  $\aleph$  es el varón y  $\beth$  la hembra; y, como dice Levi, esta primera letra del lenguaje santo, Aleph, representa un hombre señalando con una mano el firmamento y con la otra la tierra. Es al mismo tiempo el macrocosmo y el microcosmo, y explica el doble triángulo de los Masones y la estrella de cinco puntas. Al paso que el principio masculino es activo, el femenino es pasivo, porque ES ESPÍRITU Y MATERIA, significando *madre* esta última palabra en casi todas las lenguas. Las columnas del templo de Salomón, Jachín y Boaz, son los emblemas del andrógino; también son respectivamente varón y hembra, blanco y negro, cuadrado y redondo; la masculina es una unidad, la femenina un binario. En los últimos tratados kabalísticos, el principio activo es representado por la espada דכך, el pasivo por la vaina נקכה. Véase «Dogme et Rituel de la Haute Magie», vol. 1.

(2) Siendo la línea vertical el principio masculino, y la horizontal el femenino, por la unión de los dos, en el punto de intersección, es formada la cruz: el símbolo más antiguo en la historia Egipcia de los dioses. Es la llave de los cielos en los sonrosados dedos de Neith, la virgen celestial, que abre la puerta á la aurora para que salga su unigénito, el radiante sol. Es el Stauros de los Gnósticos, y la cruz filosófica de los Masones de grado elevado.

Como hemos hecho ver, ni los Svābhāvikas, filósofos Buddhistas, ni los Brahmanes creen en una creación del universo *ex nihilo*, pero ambos creen en *Prakriti*, la indestructibilidad de la materia.

La evolución de las especies y la sucesiva aparición de varios nuevos tipos se ve muy claramente en *Manú*.

«De tierra, calor y agua han nacido todas las criaturas, ya sean animadas ó inanimadas, producidas por el germen que el Divino Espíritu sacó de su propia substancia. Así ha establecido Brahma la serie de transformaciones desde la planta hasta llegar al hombre, y desde el hombre á la esencia primordial... durante las cuales cada ser sucesivo (ó elemento) adquiere la cualidad del predecesor; y en el número de grados que cada uno de ellos ha adelantado, con igual número de propiedades correspondientes á los mismos se dice que está dotado» (*Manú*, libro I, sloka 20) (1).

Creemos que esta es la verdadera teoría de los modernos evolucionistas.

(1) «Cuando este mundo surgió de la oscuridad, los principios elementarios sutiles produjeron el germen vegetal que animó primero á las plantas; de las plantas la vida pasó por los fantásticos organismos que habían nacido en el ilus (*fango*) de las aguas; después, á través de unas series de formas y de animales diferentes, alcanzó por fin al hombre». («*Manú*», libro I, y «*Bhagavatta*»).

Manú es un tipo transmutable que no puede ser explicado en manera alguna como un personaje. Significa algunas veces humanidad, otras veces hombre. El Manú que emanó del increado Swayambhuva es sin duda alguna el tipo de Adam Kadmon. El Manú progenitor de los otros seis Manús es evidentemente idéntico á los Rishis, ó siete primitivos sabios que son los antepasados de las razas post-diluvianas. Él es—como enseñaremos en el Capítulo VIII—Noé, y sus seis hijos, ó generaciones subsiguientes, son los originales de los patriarcas post-diluvianos y míticos de la Biblia.

unidad del Dios creador y del espíritu universal.

«De aquel que no tiene forma, el no existente (también la eterna, pero *no* Causa Primera), nació el hombre celeste». Pero después que hubo creado la forma del hombre celeste, אֱלֹהִים אֵל «la empleó como un vehículo en el cual descender», dice la *Kábala*. Así es que Adam Kadmon es el avatar del poder oculto. Después de lo cual, el Adam celeste crea ó engendra, por medio del poder combinado de los Sephirot, al Adam terreno. La obra de la creación empieza también por Sephira al crear los diez Sephiroth (que son los Pradjapatis de la *Kábala*, pues son igualmente los Señores de todos los seres).

El *Sohar* expresa lo mismo. Según la doctrina Kabalística, existían antiguos mundos (véase *Idra Suta: Sohar*, III, p. 292 b). Todas las cosas volverán algún día á aquello de donde procedieron antes. «Todas las cosas de que consta este mundo, tanto espíritu como cuerpo, volverán á su origen y á las raíces de donde han procedido» (*Sohar*, II, 218 b). Los Kabalistas también sostienen la indestructibilidad de la materia, si bien su doctrina está todavía más cuidadosamente velada que la de los Indos. La creación es eterna, y el universo es la «vestidura», ó «el velo de Dios», Shekinah; y esta última es inmortal y eterna como Aquél con el cual ha existido siempre. Cada mundo es formado según el modelo de su predecesor, y cada uno de ellos es más grosero y material que el precedente. En la *Kábala* á todos se les llama chispas. Finalmente fué

Encontramos á este símbolo adornando en forma de sombrilla el *tee* de las más antiguas pagodas del Thibet, China é India, y le vemos también en manos de Isis, en forma de la «cruz ansata». En una de las cuevas Chaitya, de Ajunta, está colocada encima de las tres sombrillas de piedra, y forma el centro de la bóveda.

formado nuestro actual globo groseramente materialista.

En la relación Caldea del período que precedió al génesis de nuestro mundo, habla Berosio de un tiempo en el cual no existía nada más que tinieblas y un abismo de aguas, lleno de asquerosos monstruos, «productos de un principio doble... Estos eran criaturas en las cuales estaban combinados los miembros de todas las especies de animales. Además de estos, había peces, reptiles, serpientes y otros animales, monstruos y otros que asumían unos de otros sus formas y parecido»(1).

(1) «Antiguos Fragmentos» de Cory.

En el primer libro de Manú, se lee: «Sabed que la suma de 1000 épocas divinas constituye la totalidad de un día de Brahma; y que una noche es igual á aquel día». Un millar de épocas divinas es igual á 4.320.000.000 de años humanos en los cálculos Brahmánicos.

«A la espiración de cada noche, Brahma, que ha estado durmiendo, despierta, y, por medio de la sola energía de su movimiento, hace que de sí mismo emane el espíritu, el cual en su esencia *es*, y sin embargo no es».

«Instigado por el deseo de crear, el Espíritu (primera de las emanaciones) realiza la creación y da nacimiento al éter, que los sabios consideran que tiene la facultad de transmitir el sonido.

»El éter engendra aire, cuya propiedad es ser tangible, y el cual es necesario para la vida.

»Por medio de una transformación del aire, es producida la luz.

»Del aire y la luz, que engendra calor, es formada el agua, y el agua es la matriz de todos los gérmenes vivientes».

A través del completo é inmenso período de progresiva creación, que comprende 4.320.000.000 de años, el éter, el aire, el agua y el fuego (calor) están constantemente formando materia bajo el impulso incesante del espíritu, ó sea el Dios *no revelado* que llena la creación entera, pues él está en todo, y todo está en él. Esta computación, que era secreta, y que aun ahora está escasamente insinuada, condujo á Higgins al error de dividir cada diez épocas en 6000 años. Si hubiese añadido unas pocas cifras más á sus cálculos, se habría aproximado más á una correcta explicación de los nerosos ó ciclos secretos (1).

(1) Véase el vol. 1, cap. 1, pp. 96, 97, de esta obra.



En el *Sepher Jezireh*, el Libro kabalístico de la Creación, el autor ha repetido evidentemente las palabras de Manú. En él, la Divina Substancia se representa como habiendo existido sola desde la eternidad, ilimitada y absoluta, y emitido de sí misma el Espíritu. «Uno es el Espíritu del Dios viviente, bendito sea Su Nombre, que vivió por siempre! Voz, Espíritu y Verbo, este es el Espíritu Santo» (1); y esto constituye la abstracta Trinidad kabalística, antropoformizada tan sin rodeos por los Padres. De este triple UNO ha emanado el Cosmos entero. Del UNO emanó primero el número DOS, ó Aire, el elemento creador; y luego el número TRES, *Agua*, procedió del aire; y el *Eter* ó fuego completa el cuatro místico, el Arba-il (2). «Cuando el Oculto de lo Oculto necesitó revelarse, hizo primero un punto (el punto primordial, ó la primera Sefhira, aire ó Espíritu Santo), lo modeló en una forma sagrada (los diez Sefhiroth, ó el hombre Celeste), y lo cubrió con una rica y espléndida vestidura, *que es el mundo*» (3). «Él formó del viento sus mensajeros, del ardiente Fuego sus servidores», dice el *Jezireh*, haciendo ver el carácter cósmico de los ángeles descritos más tarde (4), y que el Espíritu penetra en cada uno de los átomos más diminutos del Cosmos (5).

Quando el ciclo de creación va bajando, la energía del mundo manifestado va debilitándose. Solamente ÉL, el Incognoscible, es inmutable (siempre latente), pero la fuerza Creadora, aunque también Eterna, como lo ha sido en el primero desde «la eternidad», debe todavía estar sujeta á ciclos periódicos de actividad y de reposo; pues, habiendo tenido un *principio* en uno de sus aspectos, cuando por vez primera emanó, debe tener también un fin. De este modo el crepúsculo sigue al día y la noche de la deidad se aproxima. Brahma va cayendo gradualmente. En uno de los libros del *Sohar*, leemos lo siguiente:

«Estando Moisés en el Monte Sinal, velando en compañía de la Deidad, que una nube ocultaba de su vista, sintió apoderarse de él un gran temor y preguntó de repente: 'Señor, en dónde estás... duermes Tú, oh, Señor?' Y contestóle el espíritu: 'Yo nunca duermo; si por un momento tan solo cayese dormido *antes de tiempo*, toda la Creación se destruiría en la disolución en un instante'». Y Vamadeva Modely describe la noche de Brahma, ó el segundo período de la Divina existencia Desconocida, como sigue:

(1) «Sepher Jezireh», cap. 1, Mishná ix.

(2) Idem.

(3) «Sohar», 1, 2 a.

(4) «Sepher Jezireh», Mishná ix, 10.

(5) Es interesante recordar Hebreos 1, 7, en consonancia con este párrafo. «El cual hace a sus espíritus ángeles (mensajeros) y a sus ministros (servidores aquellos que administran) una llama de fuego». El parecido es demasiado chocante para que dejemos de deducir que el autor de los «Hebreos» estaba tan familiarizado con la *Kábala* como lo están generalmente los adeptos.

«Ruidos extraños se oyen, procedentes de todos lados... Estos son los precursores de la Noche de Brahma; levántase la *obscuridad en el horizonte* y el Sol desaparece detrás del trigésimo grado de Macara (signo del zodiaco), y no llegará ya más al signo de los *Minas (piscis ó pez)* del zodiaco. Los gurús de las pagodas, encargados de observar el ras-chakr (Zodiaco), pueden ya romper su círculo é instrumentos, porque en adelante serán inútiles.

»Gradualmente la luz palidece, el calor disminuye, multiplicanse en la tierra los lugares inhabitables, el aire se enrarece más y más, las fuentes de las aguas se secan, los grandes ríos ven exhaustas sus corrientes, el Océano muestra su arenoso fondo, y las plantas mueren. Los hombres y los animales disminuyen en tamaño de día en día. La vida y el movimiento pierden su fuerza, los planetas á duras penas pueden gravitar en el espacio; se extinguen uno por uno, cual si fueran lámparas que la mano del chokra (criado) descuida de rellenar. Sourya (el Sol) fluctúa y desaparece, la materia cae en disolución (pralaya) y Brahma se modifica otra vez en Dyaus, el Dios Irrevelado, pues, habiéndose terminado su misión, cae dormido. Ha pasado la noche, otro día llega y continuará hasta la futura aurora.

»Y ahora regresan y entran en el huevo áureo de Su Pensamiento los gérmenes de todo cuanto existe, como nos dice el divino Manú. Durante Su pacífico reposo, los seres animados, dotados con los principios de acción, cesan en sus funciones, y todo sentimiento (manas) queda latente. Cuando están todos ellos absorbidos en el ALMA SUPREMA, esta Alma de todos los Seres duerme en completo reposo, hasta el día en que reaparece su forma, y despierta otra vez de sus primitivas sombras»(1).

Si ahora examinamos los diez avatares místicos de Vishnú, los vemos anotados en la siguiente progresión:

- 1.º Matsya-Avatar: como un pez. También lo será en su décimo y último avatar al final del Kali-Yug.
- 2.º Kurm-Avatar: como una tortuga.
- 3.º Varaha: como un jabalí.
- 4.º Nara-Sing: como un *hombre-león*; último grado animal.
- 5.º Vamuna: como un enano; primer paso hacia la forma humana.
- 6.º Parasu-Rama: como un héroe, pero todavía un hombre imperfecto.
- 7.º Rama-Chandra: como el héroe del Rāmâyana. Físicamente un hombre perfecto, siendo su próximo pariente, amigo y aliado Hanouma, el dios-mono. *El mono dotado del habla* (2).

(1) «Los Hijos de Dios»; «La India de los Brahmanes», p. 230.

(2) No podría ser que Hanouma es el representante de aquel eslabón de seres medio hombres, medio monos, los cuales, según las teorías de Messrs. Hovelaeque y Schleicher, fueron detenidos en su desarrollo, y cayeron por decirlo así en una evolución retrógrada?

8.º Krishna-Avatar: el Hijo de la Virgen Devanaguy (ó Devaki) formada por Dios, ó más bien por Vishnú, la Deidad manifestada, el cual es idéntico á Adam-Kadmon (1). Krishna es llamada también Kaneya, el Hijo de la Virgen.

9.º Gautama-Buddha, Siddhârtha, ó Sakya-Muni. (Los Buddhistas no admiten esta doctrina de que su Buddha sea una encarnación de Vishnú).

10. Este Avatar todavía no ha ocurrido. Se le espera para lo futuro, como el Advenimiento Cristiano, cuya idea ha sido copiada indudablemente de la India. Cuando Vishnú aparezca por última vez, vendrá como un «Salvador». Según la opinión de algunos Brahmanes, se aparecerá bajo la forma del caballo Kalki. Otros sostienen que vendrá montado en él. Este caballo es la envoltura del espíritu del mal, y Vishnú lo montará, invisible para todos, hasta que lo haya vencido para siempre. El «Kalki-Avataram», ó la última encarnación, divide al Brahmanismo en dos sectas. La de los Vaïhnáva rehúsa aceptar las encarnaciones de su Dios Vishnú en verdaderas formas animales. Pretenden que éstas deben ser tenidas por alegóricas.

En este diagrama de avatares, vemos trazada la evolución gradual y la transformación de todas las especies á partir del sedimento ante-Silúrico de Darwin y del *ilus* de Sanchoniathón y de Berosio. Empezando con el período Azoico, correspondiente al *ilus* en el cual Brahma implanta el germen creador, pasamos á través de los períodos Paleozoico y Mesozoico, envueltos en la primera y segunda encarnaciones, la del pez y la de la tortuga; y por el Cenozoico, que comprende las encarnaciones, de forma animal y semi-humana, del jabalí y del hombre-león; y llegamos al quinto y culminante período geológico, designado como la «era de la mente, ó época del hombre», cuyo simbolo, en la mitología inda, es el enano, la primera tentativa de la naturaleza en la creación del hombre. En este diagrama deberíamos seguir la idea principal, y no juzgar del grado de conocimientos de los antiguos filósofos por la aceptación literal de la forma popular con que se nos presenta en el gran poema épico de *Maha-Bharata*, y en su capítulo el *Bagava-Gîtá*.

Del mismo modo, las cuatro edades de la cronología Inda contienen una idea mucho más filosófica de lo que aparece superficialmente. Las define en consonancia con el estado psicológico ó mental y el físico, ambos estados por que pasaba el hombre durante sus periodos respectivos. Krita-Yug, la edad de oro, la «edad de

(1) La Esencia Primaria ó Final no tiene en la India ningún nombre. Se la indica algunas veces por «Aquello» y «Esto». «Esto (el universo) en su origen no era nada. Ni cielos, ni tierra, ni atmósfera existían. Aquel Ser no existente decidió: 'Voy á Ser'». (Texto Original Sánscrito). Dr. Muir, vol. v, p. 366.

júbilo» ó inocencia espiritual del hombre; Treta-yug, la edad de plata ó la de fuego, el periodo de supremacía del hombre, de los gigantes y de los hijos de Dios; Dwpara-yug, la edad de bronce—una mezcla ya de pureza y de impureza (espíritu y materia), la edad de duda; y por fin la nuestra, la de Kali-yug, ó edad de hierro, de tinieblas, miseria y pesares. En esta edad, el mismo Vishnú tiene que encarnarse en Krishna con objeto de salvar á la humanidad de la diosa Kali, la consorte de Siva, el que todo lo aniquila, la diosa de la muerte, de la destrucción y de la miseria humana. Kali es el mejor emblema para representar la «caída del hombre»; la caída del espíritu en la degradación de la materia, con todos sus terribles resultados. Tenemos que librarnos nosotros mismos de Kali, antes de que podamos alcanzar «Moksha», ó Nirvana, la mansión de Paz y bienaventuranza, y del Espíritu.

Para los Buddhistas, la quinta encarnación es la última. A la vinda de Maitree-Buddha, nuestro mundo actual será destruido y reemplazado por otro nuevo y mejor. Los cuatro brazos de cada una de las Deidades Indas son los emblemas de las cuatro manifestaciones precedentes de nuestra tierra desde su estado invisible, mientras que su cabeza simboliza el quinto y último *Kalki-Avatar*, en que aquella será destruida, y el poder de Budh-Sabiduría (entre los Indos, de Brahma) será llamado de nuevo y requerido para que se manifieste—como un *Logos*—con objeto de crear el mundo futuro.

En este diagrama, los dioses masculinos simbolizan el Espíritu en sus atributos divinizados, mientras que sus duplicados femeninos — los *Sakti*—representan las energías activas de estos atributos. La *Durga* (virtud activa) es una fuerza sutil é invisible que corresponde á Shekinah, la vestidura de En-Soph. Ella es Sakti, por medio de la cual el «Eterno» pasivo hace que de su primera concepción ideal aparezca el universo visible. A cada uno de los tres personajes de la Trimurti Exotérica se les presenta valiéndose de su Sakti como á *Vahan* (Vehículo). Entretanto, cada uno de ellos es la forma que está sentada en el misterioso carro de Ezekiel.

En esta sucesión de avatares no deja de verse deducida menos claramente la idea verdaderamente filosófica de una evolución simultánea, espiritual y física de las creaciones y del hombre. A partir de un pez, el progreso de esta doble transformación conduce á la forma física á través de la estructura de una tortuga, de un jabalí y de un hombre-león; apareciendo luego en el pigmeo de la humanidad, presenta á Parasu Rama, perfecto físicamente; en lo espiritual, una entidad no desarrollada, hasta elevar á la humanidad, personificada en un hombre semejante á Dios, á la cumbre de la perfección física y espiritual, un dios en la tierra. En Krishna y en los demás salvadores del mundo, vemos la idea filosófica del doble

desenvolvimiento progresivo, comprendido y tan claramente expresado en el *Sohar*. El «Hombre Celeste», que es el Protógonos, Tikkún, el primogénito de Dios, ó la Forma é Idea universal, engendra á Adán. De ahí que este último es dios-nacido en humanidad y dotado de los atributos de todos los diez Sephiroth. Estos son: Sabiduría, Inteligencia, Justicia, Amor, Belleza, Esplendor, Firmeza, etc., que hacen de él la Fundación ó base, *el viviente poderoso*, אלהי y el remate de la creación, colocándole así, como el Alpha y Omega, para reinar sobre el «reino», Malchuth. «El hombre es á un tiempo el objetivo y el grado más elevado de la creación», dice el *Sohar*. «Tan pronto como fué creado el hombre, todo quedó completo, incluyendo los mundos superiores y los inferiores, pues todo está comprendido en el hombre. Él reúne en si mismo todas las formas» (III, p. 48 a).

Pero esto no se refiere á nuestra degenerada humanidad; solo de vez en cuando nacen hombres que son los tipos de lo que el hombre debería ser, y todavía no es. Las primeras razas de hombres eran espirituales, y sus cuerpos protoplásticos no estaban compuestos de las substancias materiales y groseras de que vemos están constituidos hoy día. Los primeros hombres fueron creados con todas las facultades de la Deidad, y con poderes que sobrepujaban en mucho á los de la hueste angélica, pues eran las emanaciones de Adán Kadmon, el hombre primitivo, el Macrocosmo; mientras que la humanidad actual está algunos grados separada hasta del Adán terreno, que era el Microcosmo, ó «mundo pequeño». Seir Anpin, la figura mística del Hombre, consta de 243 números, y vemos, en los círculos que siguen uno tras otro, que son los ángeles los que emanaron del «Hombre Primitivo», y no los Sephiroth de los ángeles. De ahí que desde el principio se ha considerado al hombre como un ser de doble naturaleza progresiva y retrogresiva. Empezando en el ápice del cielo divino, comenzó á apartarse gradualmente del centro de Luz, adquiriendo en cada nueva y más baja esfera del ser (mundos habitados cada uno por una raza distinta de seres humanos) una forma física más sólida, y perdiendo una parte de sus facultades *divinas*.

En la «caída de Adán», debemos ver, no la transgresión personal del hombre, sino sencillamente la ley de la doble evolución. Adán, ú «Hombre», comienza su serie de existencias viviendo en el jardín del Edén «vestido con el celeste ropaje, que es una *vestidura de luz celestial*» (*Sohar*, II, 229 b); pero, una vez expulsado, es «vestido» con trajes de piel por Dios, ó sea por la ley eterna de Evolución ó necesidad. Pero aun en esta tierra de degradación material—en la cual la chispa divina (el Alma, un relámpago del Espíritu) hubo de comenzar su progresión física, á través de unas series de aprisionamientos desde una piedra, hasta el cuerpo de un hombre—, con solo que él ponga en ejercicio su *voluntad*, y llame en su auxilio á su

deidad, el hombre puede superar al ángel en poderes. «No sabéis que nosotros juzgaremos ángeles?», pregunta Pablo (1 Corintios, VI, 3). El Hombre real es el Alma (Espíritu), enseña el *Sohar*. «El misterio del hombre terrenal es según el misterio del hombre celeste... el sabio puede leer los misterios en la faz humana» (II, 76 a).

Esta es todavía otra de las muchas sentencias por las cuales debe Pablo ser reconocido como un iniciado. Por razones ya plenamente expuestas, concedemos mucho más crédito á la legitimidad de ciertas Epístolas de los apóstoles, descartadas actualmente como apócrifas, que á muchas porciones sospechosas de los *Actos*. Y esta opinión la encontramos corroborada en la *Epístola de Pablo y Séneca*. En ella Pablo llama á Séneca «mi respetado maestro», mientras que Séneca llama al Apóstol sencillamente «hermano».

Así como la verdadera religión de la filosofía Judaica no puede ser juzgada por los absurdos de la *Biblia* exotérica, tampoco tenemos derecho alguno á formarnos una opinión acerca del Brahmanismo y del Buddhismo por sus formas populares faltas de sentido y desagradables algunas veces. Si nos limitamos á investigar la verdadera esencia de la filosofía de ambos, tanto de *Manú* como de la *Kábala*, hallaremos que Vishnú es, igual que Adán Kadmon, la expresión del universo mismo, y que sus encarnaciones no son más que personificaciones concretas y variadas de las manifestaciones de este «maravilloso Todo». «Yo soy, oh, Arjuna, el Alma que en el corazón de todos los seres existe, y soy el principio, el medio y también el fin de las cosas existentes», dice Vishnú á su discípulo en *Bagavad-Gitá* (cap. x, p. 71).

«Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin... Yo soy el primero y el último», dice Jesús á Juan (*Rev.* I, 6, 17).

Brahma, Vishnú y Siva son una trinidad en una unidad, y, lo mismo que en la trinidad Cristiana, son mutuamente transmutables. En la doctrina exotérica son la única y la misma manifestación de Aquél «cuyo nombre es demasiado sagrado para ser pronunciado, y cuyo poder es demasiado majestuoso é infinito para poderle imaginar». Así es que, al describir los avatares de uno, todos los demás quedan incluidos en la alegoría, cambiados de forma, aunque no de substancia. De tales manifestaciones han emanado los muchos mundos que han existido, y de igual modo emanará aquel que ha de venir.

Coleman, imitado en esto por otros Orientalistas, presenta el séptimo avatar de Vishnú de la manera la más ridícula (1). Dejando aparte el hecho de que *El Râmâyana* es uno de los más grandes poemas épicos del mundo—fuente y origen de la inspiración de Homero—, dicho avatar oculta uno de los problemas más científicos de nuestra

(1) «Mitología Inda», de Coleman.

época moderna. Los Brahmanes instruidos de la India jamás interpretaron la alegoría de la famosa guerra entre hombres, gigantes y monos de otra manera más que á la luz de la transformación de las especies. Creemos firmemente que si los académicos Europeos hubiesen acudido para sus informes á algunos Brahmanes instruidos del país, en vez de desechar unánimamente y con resolución su autoridad, y hubiesen procurado como Jacolliot—contra el cual se han coaligado casi todos ellos—buscar la luz en los más antiguos documentos diseminados en las pagodas del país, hubieran podido aprender lecciones extrañas, pero de provecho. Pregunte cualquiera á un Brahmán *educado* por qué razón muestra tanto respeto hacia los monos, el origen de cuyo sentimiento está indicado en la historia de las valerosas hazañas de Hanouma, el generalísimo y aliado fiel del héroe del Râmâyana (1), y pronto quedará desengañado de la errónea idea de que los Indos conceden honores de divinidad á un *dios-mono*. Quizás aprenda—si el Brahmán le considera digno de darle una explicación—que el Indo vé en el mono únicamente lo que Manú ha querido que viese, ó sea la transformación de especies más directamente relacionadas con la de la familia humana, una rama bastarda injertada en su mismo tronco antes de la perfección final de este último (2). Podría aprender, además, que, á los ojos del «pagano» ilustrado, el hombre espiritual ó *interno* es una cosa, y que su envase físico y terrestre es otra. Que la naturaleza *física*, la gran combinación de correlaciones físicas de fuerzas, dirigiéndose lentamente sin cesar hacia la perfección, tiene que valerse del material que tiene á mano; ella modela y remodela á medida que adelanta, y coronando su obra en el hombre, le presenta solamente á él como un tabernáculo digno de la iluminación del Espiritu Divino. Pero

(1) El sitio y subsiguiente rendición de Lanca (Isla de Ceilán) á Râmâ está descrito por la Cronología Inda—fundada en el Zodíaco—como correspondiendo á una época anterior á Cristo en 7.500 á 8.000 años, y la siguiente ú octava encarnación de Vishnú en 4.800 años (del libro de los Zodíacos históricos de los Brahmanes).

(2) Un sabio Hannoveriano ha publicado recientemente una obra titulada *Ueber die Auflösung der Arten durck Natürliche Zuchwahl*, en la cual hace ver, con gran ingenuidad, que Darwin se equivocó completamente al decir que el hombre procedía del mono. Al contrario, él sostiene que es el mono el que ha procedido del hombre. Que, en un principio, constituían á la humanidad, moral y físicamente, los tipos y prototipos de nuestra raza presente y de dignidad humana, por la belleza de sus formas, regularidad de facciones, desarrollo del cráneo, nobleza de sentimientos, heroicos impulsos y grandeza en las concepciones ideales. Esta es una filosofía puramente Brahmánica, Buddhista y Kabalística. Su libro está copiosamente ilustrado con diagramas, tablas, etc. Dice que el rebajamiento y degradación gradual del hombre, moral y físicamente, puede ser seguido fácilmente á través de las transformaciones hasta llegar á nuestros tiempos. Y así como una porción ha degenerado ya en monos, así el hombre civilizado actual será al final, bajo la acción de la ley inevitable de la necesidad, sucedido por iguales descendientes. Si podemos juzgar del porvenir por la época actual, realmente parece posible que una corporación tan anti-espiritual y materialista como nuestros sabios físicos terminará más bien como *simia* que como serafines.

esta última circunstancia no concede al hombre el derecho de vida y muerte sobre los animales más inferiores que él en la escala de la *naturaleza*, ni el derecho de atormentarles; antes al contrario. Además de estar dotado de un alma —que cada animal, lo mismo que cada planta posee más ó menos—, el hombre tiene su alma *racional*, inmortal ó *nous*, la cual debería hacerle por lo menos igual en magnanimidad al elefante, que anda tan cuidadosamente para no aplastar criaturas más débiles que él. Este sentimiento es el que impele tanto á Brahmanes como á Buddhistas á construir hospitales para animales enfermos, y hasta para insectos, y á disponer asilos en donde éstos puedan acabar sus días. Es también este mismo sentimiento la causa de que el sectario Jain sacrifique la mitad de su vida apartando del camino por que pasa á los indefensos insectos que en él se arrastran, antes que mirar con indiferencia el privar de la vida al más ínfimo de ellos; y es además, con motivo de este sentimiento, de la más elevada benevolencia y caridad hacia el ser más débil, por abyecto que éste sea, que ellos honran á una de las modificaciones naturales de su propia doble naturaleza, y de la cual procedió más tarde la creencia popular en la metempsícosis. Ninguna traza se encuentra de esta última en los *Vedas*; y, habiendo sido desde el principio relegada á las castas sacerdotales ilustradas la verdadera interpretación de la doctrina, discutida ampliamente en *Manú* y en los libros sagrados de los Buddhistas, no hay motivo para maravillarse de las falsas y necias ideas populares que á la misma se refieren.

Es cosa común el acusar por tener una tendencia á la exageración y desnaturalizar los hechos, á aquellos que ven en los restos de la antigüedad la evidencia de que los tiempos modernos pueden tener poco derecho á la demanda de originalidad. Pero al lector cándido le será difícil reconocer que la anterior afirmación sea atinada. Existían evolucionistas antes del día en que el Noé mítico aparece en la *Biblia* flotando en su arca; y los antiguos sabios estaban mejor informados, y tenían sus teorías más lógicamente definidas que los modernos evolucionistas.

Platón, Anaxágoras, Pythágoras, las Escuelas Eleáticas de Grecia, lo mismo que los antiguos colegios sacerdotales Caldeos, todos enseñaban la doctrina de la doble evolución; refiriéndose la doctrina de la transmigración de las almas únicamente á los progresos del hombre de mundo en mundo, después de su muerte en éste. Cada filosofía digna de este nombre ha enseñado que el *espíritu* del hombre, si no el *alma*, era preexistente. «Los Essenios», dice Josefo, «creían que las almas eran inmortales, y que descendían de los espacios etéreos para ser unidas á cuerpos» (1). A su vez, Philo-Judeus

(1) «De Bel. Jud.», vol, II, p. 12.



dice, el «aire está lleno de ellas (de almas); aquellas que están más cerca de la tierra, bajando para ser unidas á cuerpos mortales, *παλινοδρουμεύσαι αἰθερις*, vuelven á otros cuerpos, deseando vivir en ellos» (1). En el *Sohar*, se presenta al alma impetrando su libertad delante de Dios: «Señor del Universo! Yo soy feliz en este mundo, y no deseo ir á otro mundo, en donde seré una sierva y estaré expuesta á toda clase de poluciones» (2). En la contestación de la Deidad está afirmada la doctrina de necesidad fatal, la Ley eterna é inmutable: «Contra tu voluntad te convertirás en un embrión, y contra tu voluntad has de nacer» (3). La luz sería incomprendible sin la oscuridad, que por el contraste la pone de manifiesto; el bien no sería ningún bien sin el mal, para demostrar la inapreciable naturaleza de la dádiva; y por lo tanto la virtud personal no podría pretender mérito alguno, á menos de haber pasado por las pruebas de la tentación. Nada es eterno é inmutable salvo la Deidad Oculta. Nada de lo que es finito—ya sea porque tiene un principio ó porque deba tener un fin—puede permanecer estacionario. Debe progresar ó retroceder, y una alma que está sedienta de reunirse con su espíritu, que es lo único que le confiere la inmortalidad, debe purificarse á través de transmigraciones cíclicas, avanzando hacia la única Mansión de Bienaventuranza y de Eterno Reposo, llamada, en el *Sohar*, «El Palacio de Amor», *היכל האהבה*; en la religión Inda, «Moksha»; entre los Gnósticos, la «Pleroma de la Luz Eterna»; y «Nirvana», por los Buddhistas. El Cristiano la llama el «Reino de los Cielos», y pretende ser el único que ha encontrado la verdad, siendo así que no ha hecho más que inventar un nombre nuevo para una doctrina que es coetánea del hombre.

La prueba de que la transmigración del alma no se refiere á la condición del hombre en esta tierra *después* de la muerte, se halla en el *Sohar*, á pesar de las versiones muy incorrectas de sus traductores. «Todas las almas que en los cielos se han apartado del solo Santo—bendito sea Su Nombre—se han arrojado por sí mismas á su misma existencia en un abismo, y han anticipado el tiempo en que tenían que descender á la tierra... (4) Ven y contempla cuando el alma llega á la mansión de Amor... El alma no podría soportar esta luz si no fuera por el luminoso manto con que se cubre. Pues así como el alma, cuando es enviada á esta tierra, se cubre con una vestidura terrena para poder conservarse aquí, de igual manera arriba recibe un traje resplandeciente con objeto de poder mirar sin da-

(1) «De Somniis», p. 455 d.

(2) «Sohar», vol. II, p. 96.

(3) «Misnha»; «Aboth», vol. IV, p. 29; «Real Enciclopedia Masónica» de Mackenzie, p. 413.

(4) «Sohar», vol. III, p. 61 b.

ñarse en el espejo, cuya luz procede del Señor de Luz» (1). Además, el *Sohar* enseña que el alma no puede alcanzar la mansión de bienaventuranza, á no ser que haya recibido el «Santo beso», ó sea la reunión del alma *con la substancia de la cual ha emanado*: el espíritu. Todas las almas son dobles, y, mientras que esta última es un principio femenino, el espíritu es masculino. Mientras está aprisionada en el cuerpo, el hombre es una trinidad, á menos que su polución sea tal que le haya divorciado de su espíritu. «Infeliz del alma que prefiere, en vez de su divino esposo (espíritu), el connubio terrenal con su cuerpo terrestre», advierte un texto del *Libro de las Llaves* (2).

Estas ideas acerca de las transmigraciones y de la trinidad del hombre fueron sostenidas por muchos de los primitivos Padres Cristianos. Es la confusión introducida por los traductores del *Nuevo Testamento* y de antiguos tratados filosóficos, entre alma y espíritu, lo que ha ocasionado la mayor parte de los errores. Es también una de las muchas razones por las que se ha acusado ahora á Buddha, Plotino y tantos otros iniciados de haber anhelado la extinción total de sus almas, «absorción en la Deidad» ó «reunión con el alma universal», que significaba, según las ideas modernas, aniquilación. El alma animal debe naturalmente ser distinguida de sus particulares, antes que sea apta para unir para siempre su más pura esencia con el espíritu inmortal. Pero los traductores, tanto de los *Actos* como de las *Epístolas*, que establecieron los cimientos del *Reino de los Cielos*, y los modernos comentadores del *Buddhista Sutra de la Fundación del Reino de la Justicia*, han desnaturalizado el sentido del gran apóstol del Cristianismo, lo mismo que el del gran reformador de la India. Los primeros han bruñido la palabra *ψυχουσα* de tal manera que ningún lector imagina que tenga ninguna relación con *alma*; y, con esta confusión de *alma* y *espíritu* juntos, los lectores de la Biblia únicamente pueden adquirir un sentido adulterado de todo lo que con el asunto tenga relación; y los intérpretes del otro no han conseguido comprender la significación y objeto de los cuatro grados *Buddhistas* de *Dhyána*.

En los escritos de Pablo, la entidad humana es dividida en tres —carne, existencia psíquica ó *alma*, y la entidad patrocinadora y al mismo tiempo interna ó *ESPÍRITU*. Su fraseología es muy definida cuando enseña la *anástasis*, ó sea la continuación de la vida de aquellos que han muerto. Él sostiene que existe un cuerpo *psíquico* que está basado en lo corruptible, y un cuerpo espiritual que lo está en substancia incorruptible. «El primer hombre es de la tierra terrenal; el segundo hombre, de los cielos». Hasta Santiago (III, 15) identifica el

(1) «Sohar», vol. 1, p. 65 b.

(2) Obra Hermética.

alma diciendo que su «sabiduría descende no de lo alto, sino que es terrestre, *psíquica, demoniacal*». (Véase el texto Griego). Platón, hablando del Alma (*psuché*), observa que, cuando se alia con el *nous* (substancia divina, un dios, así como *psuché* es una diosa), todo lo hace rectamente y con felicidad; pero sucede lo contrario cuando se une á Annoia. A lo que Platón llama *Nous*, Pablo lo denomina el *Espíritu*, y Jesús hace del *corazón* lo que Pablo dice de la *carne*. La condición natural del género humano era llamada en griego *αποστασία*; la condición nueva *αναστασις*. En Adán vino la primera (muerte), en Cristo la segunda (resurrección), pues él fué el primero que enseñó públicamente á la humanidad la «Noble Senda» que conduce á la Vida Eterna, del mismo modo que Gautama indicó igual Sendero hacia el Nirvana. Para lograr ambos fines, solo existía un medio, según las enseñanzas de los dos. «Pobreza, castidad, contemplación ó plegaria interna, y desprecio de las riquezas y gozos ilusorios de este mundo».

«Entrad en esta Senda y poned fin al pesar; verdaderamente el Sendero ha sido predicado por mí, que he hallado la manera de destruir los dardos del dolor. Vosotros, vosotros mismos debéis hacer el esfuerzo; *los Buddhas son únicamente predicadores*. Los pensadores que entran en el Sendero son libertados de los lazos del Impostor (Marâ)»(1).

«Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y ancho el camino que conduce á la destrucción... Seguidme... Todo el que oye estos proverbios y no los practica será parecido á un hombre loco» (*Mateo*, VII y VIII). «Yo no puedo hacer nada por mí mismo» (Juan, v, 30). «El cuidado de este mundo y la falacia de las riquezas ahogan la palabra» (*Mateo*, XIII, 22), dicen los Cristianos; y únicamente sacudiendo todas la ilusiones es como entra el Buddhista en el «Sendero» que le conducirá «fuera de las inquietas y revueltas olas del océano de vida», y le pondrá «en la tranquila Ciudad de Paz, en la dicha real y en el reposo del Nirvana».

De igual manera les pasa á los filósofos Griegos; sus traductores, sabios en demasía, les vuelven confusos en vez de místicos. Los Egipcios veneraban al Divino Espíritu, el Uno Solo Uno, como NOUT. Es evidentísimo que de esta palabra copió Anaxágoras su denominativo *nous*, ó, según él lo llama, *Νους; αὐτομρακτής*, la Mente ó Espíritu, potente por sí mismo, el *αρχητης μωτησιως*. «Todas las cosas», dice, «estaban en Caos; vino entonces *Νους*; é introdujo el orden». También ha denominado á este *Νους* el Uno que gobernó á los muchos. En su idea *Νους* era Dios, y el Logos era hombre, la emanación del primero. Los poderes externos percibían *fenómenos*; el *nous* únicamente reco-

(1) «Dhamma-pada», slokas 276 y sig.

noía *noúmenos* ó cosas subjetivas. Esto es puramente Buddhístico y esotérico.

Aquí Sócrates cogió su ovillo y lo siguió, y después de él Platón, con el mundo entero de conocimiento interno. Donde el antiguo mundo Jónico-Italiano llegó á su apogeo en Anaxágoras, el nuevo empezó con Sócrates y Platón. Pythágoras hizo del *Alma* una unidad semoviente con tres elementos, el *nous*, el *phren* y el *thumos*; los dos últimos, asociados á los irracionales; constituyendo el primero su *yo* esencial únicamente. Así queda refutado el cargo de que él enseñaba la transmigración; él no enseñó más que lo mismo que Buddha siempre hizo, cualquiera que sea la superstición popular que la plebe Inda hizo de ello después de su muerte. Si Pythágoras copió de Buddha, ó Buddha también de otro cualquiera, importa poco; la doctrina esotérica es la misma.

La Escuela Platónica, en sus declaraciones sobre esto mismo, lo hace aún de una manera más precisa.

En la base de todo estaba la verdadera individualidad propia. Por esta razón Sócrates enseñaba que él tenía un *δαίμωνιον* (*daimonion*), un algo espiritual que le colocaba en el camino de la sabiduría. Él, por sí mismo, nada sabía, pero aquél le ponía en disposición de aprenderlo todo.

Platón le siguió con una investigación plena de los principios del ser. Existía un *Agathón*, Dios supremo, que ha producido en su mente propia un *paradigma* de todas las cosas.

Explicaba que en el hombre había «el principio inmortal del alma», un cuerpo mortal, y una «especie de alma mortal separada», que estaba colocada en un receptáculo del cuerpo, aparte del de la otra; la porción inmortal estaba en la cabeza (*Timæus*, XIX, XX), la otra en el tronco (XLIV).

Nada es más claro, pues, que Platón consideraba al hombre interno como constituido de dos partes, una invariable, formada de la misma entidad que la Deidad, y otra mortal y corruptible.

«Platón y Pythágoras», dice Plutarco, «dividen el alma en dos partes, la racional (noética) y la irracional (*agnoia*); que aquella parte del alma del hombre que es racional, es eterna; pues, si bien no es Dios, es sin embargo el producto de una deidad eterna, pero aquella parte del alma que está privada de razón (*agnoia*) muere».

«El hombre», dice Plutarco, «es un compuesto, y se equivocan los que piensan que únicamente se compone de dos partes. Pues imaginan que el entendimiento es una parte del alma, pero en esto no yerran menos que los que consideran el alma como una parte del cuerpo, porque la inteligencia (*nous*) está tan por encima del alma, como el alma es superior y más divina que el cuerpo. Ahora bien, esta composición del alma (  $\psi\chi\eta$  ) con la inteligencia (  $\nu\upsilon\varsigma$  ) cons-

tituye razón; y con el cuerpo, pasión; de las cuales la una es el origen ó principio de placer y pena, y la otra de virtud y vicio. De estas tres partes, asociadas y consolidadas juntas, la tierra a la generación del hombre ha dado el cuerpo, la luna el alma, y el sol la inteligencia.

«Ahora bien, cuando ocurren las muertes, en *la una* el hombre constituye *dos partes de las tres*, y en la otra las dos pasan á *una*. La primera tiene lugar en la región y jurisdicción de Deméter, de ahí que el nombre dado á los *Misterios*, *τῆλειου*, sea parecido al que tiene la muerte, *τῆλευται*. Además, los Atenienses en otro tiempo llamaron al difunto como entidad consagrada á Deméter. En cuanto á la *otra muerte*, ésta tiene lugar en la luna ó región de Perséphone. Y tanto en la una, la terrestre, como en la otra, la celeste, Hermes reside. Este arranca súbita y violentamente el alma del cuerpo; pero Proserpina va separando, suavemente y durante largo tiempo, al entendimiento del alma. Por esta razón, es llamada *Monogenes, unigénita*, ó más bien, *de engendro único*; pues la mejor parte del hombre se queda sola cuando ella la ha separado. Tanto una cosa como la otra ocurren así de conformidad con la naturaleza. Está dispuesto por la Fé que cada una de las almas, con ó sin conocimiento (*νοῦς*), cuando ha salido del cuerpo, vagará una temporada, que no es la misma para todas, por la región situada entre la tierra y la luna. Porque aquellos que han sido injustos y disolutos sufren allí el castigo merecido por sus faltas; pero los buenos y virtuosos están allí detenidos hasta que están purificados, y por la expiación hayan evacuado todas las infecciones que podían haber contraído debido al contagio del cuerpo, y, como si fuera por falta de salud, viven en la región más apacible del aire llamada la Pradera del Hades, en donde deben permanecer durante un cierto tiempo fijo y previamente señalado. Entonces, como si regresaran á su país de una errante peregrinación ó largo destierro, experimentan una sensación de gozo, tal como la reciben principalmente los que están iniciados en los Sagrados Misterios, mezclada con turbación, admiración y según el deseo propio y peculiar de cada uno».

El *dæmonium* de Sócrates era ese *νοῦς*, mente, espíritu, ó su conocimiento de lo divino. «El *νοῦς* de Sócrates», dice Plutarco, «era puro, y no se mezclaba con el cuerpo más de lo estrictamente necesario... Cada alma tiene una porción del *νοῦς*, razón, sin ella un hombre no puede ser hombre; pero cada alma es modificada por la parte en que se mezcla con carne y deseo, y, por medio del pesar y del placer, se convierte en irracional. No todas las almas se mezclan de igual modo; algunas se introducen dentro del cuerpo, y por esto, en esta vida toda su estructura está correspondida por deseo y pasión; otras se han mezclado parcialmente, pero la parte más pura (*nous*) perma-

nece no obstante *fuera del cuerpo*. No es llevada hacia el interior del cuerpo, sino que flota por encima de él y toca (abriga) la porción más alta de la cabeza del hombre; es semejante á una cuerda que sostiene y dirige á la parte sumergida del alma, tanto tiempo como ésta demuestra su obediencia, y que no está dominada por los apetitos de la carne. La parte que está metida en el cuerpo es llamada *alma*. Pero á la porción incorruptible se la conoce con el nombre de *nous*, y *el vulgo cree que está dentro de ellos*, como asimismo se figuran que la imagen reflejada por el espejo está en él. Pero el más inteligente, que sabe que está fuera, la llama un *Daëmon*» (un Dios, un espíritu).

«El alma, parecida á un sueño, echa á volar vivamente, y esto no lo hace enseguida, así que se ha separado del cuerpo, sino después, cuando está sola y separada del conocimiento (*nous*); y, amoldándose y formando ella el cuerpo, para abarcarlo en todos sentidos, recibe de él una impresión y una forma, de modo que, aun estando separada así del conocimiento como del cuerpo, todavía conserva sin embargo su figura y parecido de tal suerte, durante largo tiempo, que con razón puede llamársela su imagen.

»Y la luna es el elemento de estas almas, porque se revuelven en ella, como lo verifican los cuerpos de los difuntos en la tierra. Efectivamente, aquellos que han sido virtuosos y honestos, viviendo una existencia pacífica y filosófica, sin enredarse en asuntos perturbadores, se deciden pronto; porque, abandonados por el *nous*, conocimiento, y no haciendo ya uso de las pasiones materiales, se desvanecen inmediatamente».

Hasta á Ireneo, aquel enemigo mortal é infatigable de toda herejía Griega y «Pagana», le hallamos explicando su creencia en la trinidad del hombre. En su opinión, el hombre perfecto consta de *carne, alma y espíritu*. «...carne, anima, spiritu, altero quidem figurante, spiritu, altero quod formatur, carne. Id vero quod inter haec est duo, est anima, quæ aliquando subsequens spiritum elevatur ab eo, aliquando autem consentiens carni in terrenas concupiscentias» (*Irenæus*, v 1).

Y Orígenes, en su *Sexta Epístola á los Romanos*, dice: «Existe en el hombre una división triple, el cuerpo ó carne, porción la más inferior de nuestra naturaleza, en la que la antigua serpiente inscribió por el pecado original la ley del pecado, y por cuya influencia nos vemos tentados á cometer acciones malas, y, según sea la frecuencia con que estamos dominados por las tentaciones, tanto más rápidamente nos unimos al Diablo; el espíritu, según el cual ó por el cual expresamos la semejanza de la naturaleza divina en la que el Creador más Superior mismo, del molde de su propia mente, gravó con su dedo (ó sea su espíritu) la ley eterna de justicia; por su influencia

estamos unidos (amalgamados) á Dios, y hechos uno con Él. En la tercera, el alma interviene entre los dos, y, al igual que en una república dividida en facciones, no puede unirse sino á un partido ó á otro, se ve solicitada en uno ú otro sentido, y es libre de elegir el lado á que quiere adherirse. Si, renunciando á la carne, se une al partido del espíritu, se convertirá en espiritual, pero si se entrega á la concupiscencia de la carne degenerará en un cuerpo».

Platón (en *Leyes*, X) define el *alma* como «la moción que es apta para moverse á sí misma». «El alma es la más antigua de todas las cosas, y el principio de moción». «El alma fué engendrada antes que el cuerpo, y el cuerpo es posterior y secundario, siendo, conforme á la naturaleza, dirigido por el alma reguladora». «El alma que administra todas las cosas que son movidas en todos sentidos, administra asimismo los cielos».

«El alma, pues, dirige con sus movimientos todas las cosas en los cielos, en la tierra y en el mar, y sus atributos son: querer, considerar, cuidar, consultar, formar opiniones verdaderas y falsas, permanecer en estado de alegría, de pesar, de confianza, de miedo, de odio, de amor, juntamente con todos aquellos movimientos primarios que están unidos á éstos... siendo ella misma una diosa, toma siempre por un aliado NOUS, un dios, y disciplina todas las cosas correcta y felizmente; pero cuando está unida con *Annoia*—no *nous*—obra en todo en sentido contrario».

En este lenguaje, lo mismo que en los textos Buddhistas, lo negativo es tratado como existencia esencial. *Annihilación* está bajo una exegesis parecida. El estado positivo es ser esencial, pero no su manifestación como tal. Según la fraseología Buddhista, cuando el espíritu hubo entrado en *Nirvana*, perdió la existencia objetiva, pero retuvo la subjetiva. Para las mentes objetivas esto parecerá nada en absoluto; para las subjetivas, NINGUNA cosa, nada que pueda manifestarse al sentido.

Estas citas, algo largas quizás, son necesarias para nuestro propósito. Demuestran más que nada la conformidad de opiniones entre las filosofías «Paganas» más antiguas—que «la luz de la revelación divina» no ha asistido, si hemos de emplear la curiosa expresión de Laboulaye respecto de Buddha—y del primitivo Cristianismo de algunos Padres. Ambas, la filosofía Pagana y el Cristianismo, no obstante, deben sus elevadas ideas acerca del alma y del espíritu del hombre, y sobre la Deidad desconocida, al Buddhismo y al Manú Indo. No es extraño que los Manicheos sostuvieran que Jesús era una permutación de Gautama; que Buddha, Cristo y Manú eran una sola ó idéntica persona (1), puesto que las enseñanzas de los dos pri-

(1) Neander: «Historia de la Iglesia», vol. 1, p. 817.

meros eran idénticas. Era la doctrina de la antigua India la que Jesús sostenía cuando predicaba la completa renunciación del mundo y sus vanidades, para alcanzar el reino de los Cielos, Nirvana, donde «los hombres ni se casan ni son dados en matrimonio, sino que viven como los ángeles».

Es también la filosofía de Siddhârtha-Buddha la que Pythagoras exponía cuando afirmaba que el *ego* (*vis*) era eterno con Dios, y que únicamente el alma pasaba por varios estados (*Rupa-lokas* Indos) para llegar á la divina excelencia; entre tanto el *thumos* volvía á la tierra, y hasta el *phren* era eliminado. Así que la *metempsychosis* era tan sólo una sucesión de procedimientos correctivos á través de cielos de refugio (llamados por los Buddhistas *Zion*) (1), para desarrollar la mente exterior y separar al *nous* del *phren*, ó alma, el «Winyanaskandaya» Buddhista, *aquel principio que vive de Karma* y los Skandhas (grupos). Estos últimos, personificaciones metafísicas de las «acciones» del hombre, buenas ó malas, son las que después de la muerte del cuerpo encarnan por sí mismas, por decirlo así, y arreglan sus muchos componentes invisibles, que jamás mueren, en un nuevo cuerpo, ó más bien en un ser etéreo, el duplicado de lo que era el hombre *moralmente*. Es el cuerpo astral del Kabalista y las «acciones encarnadas» los que forman el nuevo yo sensitivo que no puede nunca perecer, como su *Ahankara* (el ego, conciencia propia), que le ha sido concedida por el Soberano Maestro (el soplo de Dios), pues que como espíritu es inmortal *per se*; de ahí los sufrimientos del *yo* nuevamente nacido, hasta que puede desprenderse de todo pensamiento, deseo y pasión terrenos.

Vemos ahora que los «cuatro misterios» de la doctrina Buddhista han sido tan poco comprendidos y apreciados como la «sabiduría» á la cual hace alusión Pablo, hablada «entre aquellos que son *perfectos*» (iniciados), la «sabiduría misteriosa» que «ninguno de los *Archontes* de este mundo conoció» (2). El cuarto grado del Dhyána Buddhista, el fruto de Samâdhi, que conduce á la perfección suprema, á *Viconddham*, palabra correctamente traducida por Burnouf por el verbo *Perfeccionado* (3), la han comprendido completamente mal tanto él como otros. Al definir la condición de Dhyána, S. Hilaire arguye así:

«Finalmente, habiendo alcanzado el cuarto grado, el ascético no posee ya más este sentimiento de beatitud, por obscuro que sea... ha perdido también toda memoria... ha logrado la impasibilidad,

(1) Es desde el *Zion* más elevado que Maitrec-Buddha, el futuro Salvador, descenderá sobre la tierra; y es también desde *Zion* que viene el Libertador Cristiano (véase Romanos, xi, 26).

(2) I Corintios, ii, 6, 7 y 8.

(3) «Lotus de la Bonne Loi», p. 806.



tan aproximada como puede tenerla un vecino de Nirvana... no obstante, esta absoluta impasibilidad no priva al ascético de adquirir, en aquel mismo momento, *omnisciencia y el poder mágico; flagrante contradicción, acerca de la cual los Buddhistas no se preocupan más ni menos que lo hacen respecto de muchas otras*» (1).

Y por qué lo harían, cuando de hecho estas contradicciones en realidad no lo son? Mal se nos aviene el hablar de contradicciones en las religiones de otros pueblos, cuando las de las nuestras han alimentado, además de los tres grandes cuerpos combatientes del Romanismo, Protestantismo y de la Iglesia Oriental, á mil y una pequeñas sectas de las más curiosas. Sea como quiera, aquí tenemos un término aplicado á una misma cosa por los santos «mendicantes» Buddhistas, y por Pablo el Apóstol. Cuando este último dice: «Si es así como yo podría obtener la *resurrección* de entre los muertos (el Nirvana), no como si ya la había yo alcanzado ó ya fuese *perfecto*» (iniciado) (2), emplea una expresión generalizada entre los iniciados Buddhistas. Cuando un ascético Budhista ha alcanzado el «cuarto grado», es considerado un *rahat*. Produce toda clase de fenómenos por el solo poder de su espíritu libertado. Un *Rahat*, dicen los Buddhistas, es uno que ha adquirido el poder de volar por el aire, de hacerse invisible, de gobernar á los elementos, de obrar toda suerte de maravillas mal denominadas comunmente *meipo* (milagros). Es un hombre *perfecto*, un semi-dios. Se convertirá en un dios cuando alcance Nirvana; porque, lo mismo que los iniciados de ambos testamentos, los adoradores de Buddha saben que ellos «son dioses».

«El verdadero Buddhismo, franqueando la barrera existente entre la mente finita y la infinita, excita á sus secuaces enseñándoles á aspirar, *por sus propios esfuerzos*, á aquella divina perfectibilidad de que el hombre es capaz, y con cuya obtención se convierte en *un dios*», dice Brian Houghton Hodgson (3).

Espantosos y tristes fueron los procedimientos empleados, y cubiertos de sangre estuvieron los senderos por los cuales el mundo de los Cristianos fué compelido á abrazar el Cristianismo de Eusebio y de Ireneo. Y sin embargo, á menos que aceptemos las opiniones de los antiguos Paganos, con qué derecho nuestra generación pretenderá haber resuelto alguno de los misterios del «reino de los cielos»? Qué más conoce el más piadoso é ilustrado de los Cristianos acerca del futuro destino y progreso de nuestros inmortales espíritus, que el filósofo pagano de la antigüedad, ó el moderno «Pagano» de más allá del Himalaya? Puede envanecerse de que sabe siquiera tanto, á pesar de trabajar en el pleno resplandor de la «divina» revelación?

(1) «Du Bouddhisme», p. 95.

(2) Philipenses III, 11-14.

(3) «El Mahávansa», vol. I, Introducción.

Nosotros hemos visto á un Buddhista adherido á la religión de sus padres, tanto en la teoría como en la práctica; y, por ciega que sea su fé, por absurdas que sean sus nociones sobre algunos puntos particulares de doctrina, como injertos posteriores de un clero ambicioso, sin embargo, en obras prácticas, su Buddhismo es mucho más parecido al Cristo en acciones y en espíritu que el promedio de la vida normal de nuestros sacerdotes y ministros Cristianos. El hecho solo de que su religión le ordena «honrar su propia fé, pero jamás hablar mal de la de otro pueblo» (1) es suficiente. Esto coloca al lama Buddhista infinitamente más elevado que á aquellos sacerdotes ó ministros que consideran como uno de sus deberes sagrados maldecir á los «paganos» cara á cara, y sentenciarles á ellos y á su religión á «condenación eterna». El Cristianismo se convierte cada día más en una religión de emocionalismo puro. La doctrina de Buddha está enteramente fundada en obras prácticas. Constituye su núcleo un amor general hacia todos los seres, humanos y animales. Un hombre que sabe que, á menos de afanarse él mismo, tiene que morir de hambre, y que comprende que no existe macho de escape alguno que cargue por él con el peso de sus iniquidades, posee una probabilidad diez veces mayor de convertirse en un hombre mejor que aquel á quien se ha enseñado que el asesinato, el robo y la disolución pueden ser lavados en un instante, dejándole tan blanco como la nieve, con solo creer en un Dios que, copiando una expresión de Volney, «tomó una vez alimento sobre la tierra, y en la actualidad él mismo es el alimento de su pueblo».

(1) Los Cinco Artículos de Fé.

## CAPITULO VII

«Acerca de los dogmas de los Drusos, nada auténtico ha brotado todavía á la luz; la creencia popular entre sus vecinos es que adoran un ídolo en forma de becerro». KING: *Los Gnósticos y sus restos.*

«¡Oh, vosotros, Señores de Verdad sin tacha, que estáis siempre girando en ciclos durante la eternidad... salvadme de la aniquilación de esta Región de las *'Dos Verdades!'*» *Ritual Egipcio de los Muertos.*

«Pitágoras consideraba justamente al *'Inefable Nombre'* de Dios... como la clave de los Misterios del Universo». PANCOAST: *Luz Azul y Roja.*

**E**N los dos capítulos próximos daremos noticia de las más importantes sectas Cristianas secretas, las llamadas «Herejias» que se establecieron entre los siglos primero y cuarto de nuestra era.

Echando una rápida ojeada á los Ofitas y Nazarenos, pasaremos á sus retosños, que todavía existen en Siria y Palestina bajo el nombre de Drusos del Monte Líbano; y cerca de Basra ó Bassorah, en Persia, bajo el de Mendeanos, ó Discípulos de San Juan. Todas estas sectas tienen una inmediata relación con nuestro asunto, pues son de origen Kabalístico, y han seguido algún tiempo á la secreta «Religión de la Sabiduría», reconociendo como Supremo al Misterioso Dios del *Nombre Inefable*. Al dar noticias de estas numerosas sociedades secretas del pasado, las compararemos directamente con varias de las modernas. Concluiremos con una breve ojeada á los Jesuitas, y á aquella venerable pesadilla de la Iglesia católico-romana, la moderna Francmasonería. Todas estas hermandades, tanto las antiguas como las modernas, exceptuando á la moderna Francmasonería, han estado y están más ó menos relacionadas con la magia, lo mismo práctica que teóricamente, y cada una de ellas, sin exceptuar la Francmasonería, eran y son aún acusadas de demonolatría, impiedad y desenfreno.

No es nuestro objeto el escribir la historia de cada una de ellas, sino tan sólo comparar estas comunidades maltratadas seriamente, con las sectas Cristianas, pasadas y presentes, y entonces, tomando por guía ciertos hechos históricos, defender contra toda acusación injusta tanto á la ciencia secreta como á los hombres que son estudiantes y campeones de la misma.

Una tras otra, se han tragado las oleadas del tiempo á las sectas de los siglos primitivos, hasta que, de todas ellas, sólo una ha sobrevivido en su integridad primitiva. Dicha secta todavía existe, todavía enseña la doctrina de su fundador, todavía da muestras de su fé con gran número de hechos. Las movedizas arenas que tragaron á cada uno de los demás brotes de la agitación religiosa en los tiempos de Jesús, con sus recuerdos, reliquias y tradiciones, han resultado un terreno firme para esta secta. Arrojadados de su patria, sus miembros se refugiaron en Persia, y puede el viajero que lo desee, hablar hoy día con los descendientes directos de los «Discípulos de Juan», que en las orillas del Jordán escuchaban al «hombre enviado por Dios», y que eran bautizados y creían. Este curioso pueblo compuesto de unas 30.000 almas ó más se les llama malamente «Cristianos de San Juan», pero, de hecho, deberían ser conocidos por su antiguo nombre de Nazarenos, ó por el más nuevo de Mendæanos.

El llamarles Cristianos es arbitrario por completo. Ni creen en Jesús como Cristo, ni aceptan su redención, ni se adhieren á su Iglesia, ni veneran sus «Santas Escrituras». Tampoco adoran á Dios Jehovah de los Judíos y de los Cristianos, circunstancia que prueba naturalmente que su fundador Juan el Bautista tampoco le adoraba. Y, siendo así, qué derecho tiene á ser puesto en la *Biblia*, ó en la galería de retratos de los santos Cristianos? Aún más, si Ferho era su Dios, y era «un hombre enviado por Dios», debió ser enviado por el Señor Ferho, y haber predicado y bautizado en su nombre. Ahora bien, si Jesús fué bautizado por Juan, se deduce que lo fué según su propia fé; por lo tanto, Jesús era también un creyente en Ferho, ó Faho, como ellos le llaman; conclusión que parece de todo punto legítima por su silencio por lo que se refiere al nombre de su «Padre». Y por qué tendría que parecer ridícula la hipótesis de que *Faho* es solo una de las muchas corrupciones de Fho y Fo, como los Thibetanos y Chinos llaman á Buddha? En el Norte de Nepaul, á Buddha se le llama con más frecuencia *Fo* que *Buddha*. El Libro de *Mahawansa* muestra lo temprano que comenzó en Nepaul la obra del proselitismo Buddhista, y la historia enseña que los monjes Buddhistas abundaban en Siria (1) y en Babylonia durante el siglo

(1) No solo los Misioneros Buddhistas emprendieron su camino hacia el Valle de la Mesopotamia, sino que llegaron á un punto tan lejano del Oeste como es Irlanda. El Rev. Dr. Lundy, en su obra acerca del «Cristianismo Monumental», refiriéndose á una

anterior á nuestra era, y que Buddhasp (Bodhisatva), el pretendido Caldeo, fué el fundador del Sabismo ó bautismo (1).

Lo que creen los actuales Bautistas, *el-Mogtasila*, ó Nazarenos, ha sido ya plenamente expuesto en otro lugar, pues ellos son los mismos Nazarenos de quienes tanto hemos hablado, y de cuyo *Codex* hemos dado citas. Perseguidos y amenazados con la destrucción, refugiáronse entre los Nestorianos, y así dieron motivo para ser clasificados arbitrariamente como Cristianos, pero tan pronto como se les ofreció una oportunidad se separaron, y en la actualidad, después de varios siglos, ni siquiera nominalmente han conservado el apelativo. Que sean sin embargo llamados así por los escritores eclesiásticos no es, después de todo, muy difícil de comprender. Conocen demasiado todo lo que al Cristianismo primitivo se refiere para dejarlos al descubierto como testimonio contrario á sus tradiciones, y sin el estigma de herejía y de apostasía arrojado sobre ellos para que debilita la confianza en lo que podrían decir.

¿Pero dónde puede además encontrar la ciencia un campo tan á propósito para las investigaciones Bíblicas, como en medio de este pueblo, el cual se ha olvidado en demasía? No cabe duda alguna de que han heredado las doctrinas del Bautista; sus tradiciones no han sufrido la menor interrupción. Lo que ellos enseñan en la actualidad lo enseñaban sus antepasados en cada una de las épocas en que aparecen en la historia. Ellos son los discípulos de aquel Juan de quien se dice que profetizó la venida de Jesús, al cual bautizó, y declaró que él (Juan) no era digno de desatarle las correas de sus zapatos. Cuando los dos—el Mensajero y el Mesías—estaban en el

«Torre Redonda Irlandesa», observa: «Henry O' Brien presenta esta Torre Redonda Crucifixión como la de Buddha; los animales, como el elefante y el toro, consagrados á Buddha, y en los cuales su alma ha entrado después de la muerte; las dos figuras de pie al lado de la cruz, como la virgen-madre de Buddha, y Kama, su discípulo favorito. La pintura toda tiene una gran semejanza con la Crucifixión en el cementerio del Papa Julius, exceptuando los animales, lo cual es una prueba concluyente de que no puede ser Cristiana. Llegó últimamente á Irlanda procedente del lejano Oriente, con los colonizadores fenicios, que erigieron las Torres Redondas como símbolos del poder que tienen el hombre y la naturaleza de dar vida, y de conservar, y de cómo aquella vida universal es producida gracias al sufrimiento y á la muerte».

Cuando un ministro Protestante se ve así obligado á confesar la existencia pre-Cristiana del crucifijo en Irlanda, su carácter Buddhístico, y el penetrar los misioneros de dicha fe hasta en aquella por entonces remota parte de la tierra, no debe extrañarnos que en la mente de los Nazarenos contemporáneos de Jesús y de sus descendientes no se hubiera asociado aquel emblema universalmente conocido con el carácter de un Redentor.

Al tener noticia de esta opinión del Dr. Lundy, Mr. Charles Sotheran observó, en un discurso ante la Sociedad Filológica Americana, que así las leyendas como los restos arqueológicos se juntan para probar, sin dejar duda, «que Irlanda, lo mismo que cualquier otra nación, escuchó un día á los propagandistas de Siddhârtha-Buddha».

(1) «La religión de los bautismos multiplicados, el vástago de la secta existente, aún llamada 'Cristianos de San Juan', ó Mendaeanos, á los cuales los Arabes llaman *el-Mogtasila*, y Bautistas. El verbo Arameo *seba*, origen del nombre *Sabiano*, es un sinónimo de βαπτισμα» (Renan: «Vida de Jesús»).

Jordán, donde el mayor consagraba al más joven—que era además su propio primo, humanamente hablando—, abriéronse los cielos, y el mismo Dios, en forma de paloma, descendió rodeado de gloria sobre su «Amado Hijo»!! Cómo, pues, si este cuento es verídico, podemos explicarnos la extraña infidelidad que hallamos entre estos Nazarenos sobrevivientes? Están tan lejos de considerar que Jesús era el Unigénito Hijo de Dios, que en el siglo diez y siete dijeron á los misioneros Persas, que por vez primera los descubrieron á los Europeos, que el Cristo del *Nuevo Testamento* era «un falso maestro», y que tanto el sistema Judío como el de Jesús (?) procedían del reino de las tinieblas! Quién está mejor enterado que ellos? Dónde pueden encontrarse unos testigos vivientes más competentes? Los sacerdotes Cristianos quisieran imponernos un Salvador ungido, del cual Juan era el heraldo, y los discipulos de este mismo Bautista, desde los siglos más primitivos, han estigmatizado á este personaje ideal como á un impostor, y á su Padre putativo, Jehovah, como á «un Dios espurio», el Ilda Baoth de los Ofitas! Desgraciado será para el Cristianismo el día en que algún sabio honrado é intrépido persuadirá á sus ancianos que le permitan traducir el contenido de sus libros secretos, y compile sus venerables tradiciones. Es un error extraño el que hace creer á algunos escritores que los Nazarenos no poseen más literatura sagrada, ni otras reliquias literarias que cuatro libros doctrinales, y aquel curioso volumen lleno de astrología y magia que están obligados á repasar á la puesta del sol, todos los domingos (días del Sol).

Esta investigación de la verdad nos lleva verdaderamente por caminos muy extraviados. Muchos son los obstáculos que la astucia Eclesiástica ha colocado en nuestro curso al buscar el manantial de origen de las ideas religiosas. El Cristianismo está puesto en juicio, y lo ha estado siempre que la Ciencia se ha sentido suficientemente fuerte para actuar como Acusador Público. De una parte de la cuestión, la vamos reseñando en este libro. Qué hay de verdad en esta Teología? Por medio de qué sectas ha sido transmitida? *De dónde procedía primariamente?* Para contestar, tenemos que trazar la historia de la Religión del Mundo, lo mismo á través de las sectas Cristianas Secretas que á través de las otras grandes subdivisiones religiosas de la raza; porque la *Doctrina Secreta* es la verdad, y aquella religión es la más divina que la ha conservado con menos adulteraciones.

Nuestra investigación nos lleva de aquí para allá, pero nunca ponemos sin motivo á sectas abiertamente separadas por su orden cronológico en crítica yuxtaposición. Tiene nuestra obra un objeto que debe tenerse presente constantemente: el análisis de las creencias religiosas, y la definición de su descendencia desde el pasado al

presente. El Catolicismo Romano es el que más obstáculos ha puesto en el camino, y hasta que estén descubiertos los principios secretos de esta religión, no podemos comprender la barra de hierro sobre la que se apoya para sostener sus vacilantes pasos en la actualidad.

Empezaremos por los Ofitas, Nazarenos y los modernos Drusos. Las opiniones personales del autor, tal como serán presentadas en los diagramas, discreparán decididamente de las dañosas especulaciones de Ireneo, Theodoretto y de Epifanio (el renegado santificado que vendió á sus hermanos), tanto más en cuanto reflejarán las ideas de ciertos kabalistas en íntimas relaciones con los misteriosos Drusos del Monte Líbano. Los *okhals* Sirios, ó Espiritualistas, como se les llama algunas veces, poseen un gran número de antiguos manuscritos y piedras preciosas en apoyo del asunto que nos ocupa.

El primer *esquema*—el de los Ofitas—, desde su punto de partida mismo, como hemos demostrado, es distinto de la descripción que acerca del mismo dan los Padres, puesto que considera á Bythos, ó abismo, como una emanación femenina, y le coloca como si correspondiera al lugar de Pleroma, pero en una región más superior; mientras que los Padres nos aseguran que los Gnósticos dan el nombre de Bythos á la Primera Causa. En el sistema kabalístico, representa el vacío ilimitado é infinito dentro del cual está oculto en la oscuridad el motor Desconocido y Primario de todas las cosas. A Él le envuelve á manera de un velo; en una palabra, vemos de nuevo la «Shekinah» de En-Soph. Solo el nombre de ΙΑΩ Iao, indica el centro superior, ó más bien el supuesto lugar donde puede presumirse que reside el Desconocido. En torno de Iao, hay la inscripción CEMEC EIAAM ABPAΣAΞ. «El eterno Sol-Abraax» (el Sol Central y Espiritual de todos los kabalistas, representado en algunos de sus diagramas por el círculo de Tiphereth).

De esta región de abismo insondable sale un círculo formado por espirales; lo cual, en el lenguaje del simbolismo, significa un gran ciclo, *μυμλος*, compuesto de otros menores. Arrollada en su interior, como siguiendo la dirección de las espirales, está la serpiente—emblemata de sabiduría y eternidad—, el Doble Andrógino, representando el ciclo á *Ennoia* ó la mente Divina, y la Serpiente—al Agathodaimon, Ophis—la Sombra de la Luz. Ambos eran los Logos de los Ofitas, ó la unidad como Logos manifestándose como un principio doble del bien y del mal; pues, según su manera de ver, estos dos principios son inmutables y han existido desde toda la eternidad, y así continuarán existiendo siempre.

Este símbolo explica la adoración que esta secta presta á la Serpiente, como á Salvador, enroscada en torno del pan Sacramental ó de una Tau. Considerados una unidad, *Ennoia* y Ophis son el Logos; separados, el uno es el Arbol de la Vida (Espiritual), y el

otro, el Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Por esto, vemos á Ophis instigando á la primera pareja humana (la producción material de Ilda-Baoth, que debia su principio espiritual á Sofla-Achamoth) á comer el fruto prohibido, bien que Ophis representa la Sabiduría Divina.

La Serpiente, el Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, y el Arbol de la Vida, son todos símbolos transplantados del suelo de la India. El Arasa-Maram, el baniano, tan sagrado para los Indos desde que Vishnú, durante una de sus encarnaciones, descansó debajo de su sombra inmensa, enseñando desde allí á la humanidad, filosofía y ciencias, es conocido por el Arbol de la Ciencia y el Arbol de la Vida. Bajo la sombra protectora de este rey de las selvas, los Gurús enseñan á sus discípulos las primeras lecciones acerca de la inmortalidad, y les inician en los misterios de la vida y de la muerte. Los *Java-ALEIM* del Colegio Sacerdotal, según se dice en la tradición Caldea, enseñaron á los hijos de los hombres para que pudieran llegar á ser como uno de ellos. En la actualidad, Foh-tchou (1), que vive en su Foh-Maëyu, ó templo de Buddha, en la cima de «Kouin-long-sang» (2), la gran montaña, verifica sus mayores milagros religiosos bajo un árbol llamado, en Chino, Sung-Ming-Shü, ó sea el Arbol de la Ciencia y el Arbol de Vida, pues la ignorancia es la muerte, y únicamente la ciencia concede la inmortalidad. Este maravilloso espectáculo tiene lugar cada tres años, en cuya época se reúnen en aquel santo lugar una multitud inmensa de Chinos Buddhistas que allí acuden en peregrinación.

A Ilda-Baoth, el «Hijo de las Tinieblas», y creador del mundo material, se le consideraba habitando el planeta Saturno, lo cual le identifica todavía más con el Jehovah Judío, que era el mismo Saturno, según los Ofitas, y éstos no admitían su nombre Sináitico. De Ilda-Baoth emanan seis espíritus que residen respectivamente con su Padre en los siete planetas. Estos son Saba—ó Marte; Adonai—el Sol (3); Ievo—la Luna; Eloí—Júpiter; Astaphoi—Mercurio (espíritu del agua); y Ouraños—Venus, espíritu del fuego (4).

En sus funciones y descripción citadas, estos siete planetas son idénticos á los *Sapta-Loka* Indos, los siete lugares ó esferas, ó

(1) Foh-Tchou literalmente, en Chino, significa señor de Buddha, ó el Maestro de las doctrinas de Buddha-Foh.

(2) Esta montaña está situada al Sudoeste de China, casi entre la China y el Thibet.

(3) El SOL, presentado, en el diagrama, exactamente en el centro del sistema solar (que parece conocían los Ofitas), y por lo tanto debajo del rayo directo y vertical del Sol Espiritual más Elevado, comunica su resplandor á todos los demás planetas.

(4) Hablando de Venus, Plácidus, el astrólogo, siempre sostuvo que su brillo azulado denota calor. «En cuanto á Mercurio, era una extraña fantasía de los Ofitas el representarle como un espíritu del agua, cuando astrológicamente considerado es como una estrella fría, seca, terrena y melancólica».



mundos superiores é inferiores; pues representan las siete esferas kabalísticas. Según los Ofitas, corresponden á las esferas inferiores. Los monogramas de estos planetas Gnósticos son también Buddhistas, si bien estos últimos se diferencian ligeramente de los de las «mansiones» astrológicas usuales. En las notas aclaratorias que acompañan al diagrama, se mencionan con frecuencia los nombres de Cirenthius (el discípulo de Simón Mago), de Menander, y de ciertos otros Gnósticos cuyos nombres no se encuentran en los escritos Patrísticos, tales como Parcha (Ferho) (1). Por otra parte, el autor del diagrama quiere que su secta sea la de más antigüedad, presentando, como una prueba, que sus «antepasados» fueron los constructores de todos los templos «Dracontia», hasta de los situados más allá de las «grandes aguas». Él afirma que el «Justo», que fué el porta-voz ó boquilla del Æón Eterno (Christos), envió él mismo sus discípulos al mundo, poniéndolos bajo la doble protección de Sigé (Silencio, el Logos) y de Ophis, el Agathodæmon. El autor alude sin duda alguna á la expresión favorita de Jesús, «sed discretos como las serpientes, é inofensivos como las palomas». En el diagrama, Ophis se le representa como el Cnuphis ó Kneph Egipcio, llamado Dracontia. Aparece como una serpiente erguida apoyada sobre su cola, con cabeza de león, coronada y radiando, y llevando en la extremidad de cada uno de los rayos una de las siete vocales Griegas —símbolo de las siete esferas celestiales. Esta figura es muy familiar á todos aquellos que conocen las piedras Gnósticas (2), y ha sido copiada de los *Libros Herméticos* Egipcios. La descripción que se dá en la *Revelación* de uno «parecido al Hijo del Hombre», con sus siete estrellas, que es el Logos, es otra forma de Ophis.

El diagrama Nazareno, exceptuando un cambio en los nombres, es idéntico al de los Gnósticos, que evidentemente de él copiaron sus ideas, añadiendo unas pocas denominaciones sacadas de los sistemas Basileiano y Valentiniano. Para evitar repeticiones, vamos á sentarlos ahora ambos paralelamente.

Así, pues, vemos en la Cosmogonía Nazarena que los nombres de Poderes y Genios tienen las siguientes relaciones con los de los Gnósticos:

(1) El nombre que Norberg traduce, en su *Onomasticon* al «Codex Nazaræus», como Ferho, figura en el original como *Parcha Rabba*. En la «Vida de Manes», dada por Epifanio en su «Hær.», LXVI, es mencionado un cierto sacerdote de Mithras, un amigo del gran Hæresiarcha Manes, llamado Parchus.

(2) Su descripción se encuentra en uno de los libros mágicos del Rey Egipcio Nechepsos, y su uso prescrito en piedras de jaspé verde, como un potente amuleto. Galeno lo menciona en su obra «De Simp. Med.» c. 1x.

## NAZARENO

*Primera Trinidad*

El Señor FERHO—la Vida que no es Vida alguna—el Dios Supremo. La *Causa* que produce la Luz, ó el Logos *in abscondito*. El agua de *Jordanus Máximus*—el agua de Vida, ó Ajar, el principio femenino. Unidad en una Trinidad, encerrada dentro de ISH AMON.

*Segunda Trinidad*

(La manifestación de la primera)

1. Señor MANO—El Rey de Vida y de Luz—*Rex Lucis*. Primera VIDA, ó el hombre primitivo.

2. Señor Jordán—manifestación ó emanación de Jordán Máximus—las aguas de gracia. Segunda VIDA.

3. El Padre Superior — Abatur—Tercera VIDA.

Esta Trinidad dá origen también á una dúada—Señor Ledhoio y Fetahil, el genio (el primero una emanación perfecta, el segundo imperfecta).

Señor Jordán, «El Señor de todos los Jordanes», manifiesta á NETUBTO (Fé *sin* Obras) (1).

Además, los siete genios planetarios Ofitas, que han emanado uno de otro, se encuentran también en la religión Nazarena, bajo el nombre de los «siete demonios impostores» ó astrales que «engañarán á todos los hijos de Adán». Estos son: *Sol*; *Spiritus Venerens* (Espíritu Santo, en su aspecto material) (2), la madre de los «siete astrales mal dispuestos», que corresponde á la Achamoth Gnóstica; *Nebu*, ó Mercurio, «un falso Mesías que depravará al antiguo culto de Dios» (3); SIN (ó Luna ó Shuril); KIUN (Kivan ó Saturno); Bel-Júpter; y el séptimo, *Nerig*, Marte (*Codex Nazaræus*, p. 57).

(1) Considérense aquellas dos doctrinas diametralmente opuestas—la Católica y la Protestante; la una predicada por Pablo, el semi-Platónico, la otra por Santiago, el Talmudista Ortodoxo.

(2) El material, el lado malo de Sophia-Achamoth, que emana de sí misma á Ilda Baoth y á sus seis hijos.

(3) Véase el Prefacio de la traducción de Norberg del «Codex Nazaræus». Esto prueba una vez más la identificación de Jesús con Gautama Buddha en la mente de los Nazarenos Gnósticos, puesto que *Nebu* ó Mercurio es el planeta consagrado á los Buddhas.

## GNÓSTICO-OFITA

*Primera Unidad en una Trinidad*

IAO. El Nombre Inefable de la Deidad Desconocida. Abraxas y el Sol Eterno y Espiritual. Unidad encerrada en el interior del Abismo, Bythos, principio femenino—el círculo sin límites, dentro del cual están todas las formas ideales. De esta unidad emana la

*Segunda Trinidad*

(La manifestación de la primera)

1. Ennoia—mente.

2. Ofis, el Agathodæmon.

3. Sophia Andrógino—sabiduría; la cual, á su vez, fecundada por la Divina Luz, produce Christos y Sophia-Achamoth (uno perfecto, la otra imperfecta) como una emanación.

Sophia-Achamoth emana á Ilda-Baoth, el Demiurgo, que dá origen á la creación material é inanimada. «Obras *sin* Fe» (ó gracia) (1).

El Christos de los Gnósticos es el principal de los siete *Æons*, los siete espíritus de Dios de San Juan; también tienen los Nazarenos sus siete genios ó buenos *Æons*, cuyo jefe es *Rea-Lucis*, MANO, su Christos. Los *Sapta-Rishis*, los siete sabios de la India, residen en las *Sapta-Poura*, ó sea las siete ciudades celestiales.

Qué encontramos de más ó de menos en la Iglesia Universal, hasta los días de la Reforma, y en la Iglesia Romana Papista, después de la separación? Hemos comparado el valor relativo de la Cosmogonía Inda, la Caldea, la Zoroastriana, la *Kábala* Judía, y la de los llamados Herejes. Un diagrama correcto de la religión Judaica-CRISTIANA, que, para imponerla á los paganos que la han suministrado, se gastan tan cuantiosas sumas todos los años, demostraría mejor aún la identidad de las dos, pero nos falta espacio, y podemos ahorrarnos la necesidad de probar lo que está ya completamente demostrado.

En las piedras Ofitas de King (*Gnósticos*), encontramos repetido el nombre de Iao, y confundido con frecuencia con el de Ievo, mientras que este último representa sencillamente uno de los genios antagonistas de Abraxas. Con objeto de que estos nombres no puedan ser tomados como idénticos al del Jehovah Judaico, explicaremos desde luego esta palabra. Se nos hace en gran manera extraño que tantos arqueólogos instruidos hayan insistido tan poco en que hubo más de un Jehovah, y que no hayan rechazado la suposición de que el nombre empezó con Moisés. Iao es realmente un título del Ser Supremo, y corresponde *en parte* al Nombre Inefable; pero ni tuvo su origen entre los Judíos, ni era además exclusivamente suyo. Aunque á Moisés le hubiese parecido bien aplicarlo al «Espíritu» tutelar, al supuesto protector y deidad nacional del «Pueblo escogido de Israel», no hay sin embargo razón alguna para que fuera posible que otras nacionalidades hubiesen de aceptar á Aquél como al más Elevado y Unico Dios viviente. Sino que nosotros negamos del todo esta suposición. Además, es un hecho que Yaho, ó Iao, fué un «nombre misterioso» desde el principio, יהוה y יי nunca fué empleado antes del Rey David. Antes de dicha época, pocos ó ninguno de los nombres propios estaban compuestos con *iah* ó *jah*. Parece más bien que, habiendo residido David una temporada entre los Tyrios y los Filisteos (2 Samuel), trajo de allí el nombre de Jehovah. Él nombró á Zadok sumo sacerdote, y de él nacieron los Zadokitas ó Sadduceos. Vivió y reinó primero en Hebrón, חֶבְרוֹן, Habir-on ó Ciudad-Kabeir, en la cual representaban los ritos de los cuatro (dioses del misterio). Ni David ni Salomón reconocieron á Moisés ó su Ley. Ellos aspiraban á construir un templo á יהוה, semejante á las construcciones erigidas por Hiram á Hércules y á Venus, Adón y Astarté.

Dice Fürst: «El muy antiguo nombre de Dios, Yâho, que en griego se escribe  $\text{I}\omega\omega$ , dejando á parte su derivación, parece haber sido un antiguo nombre místico de la Suprema Deidad de los Semitas. (De aquí, fué comunicado á Moisés, cuando le iniciaron en HOR-EB, la cueva, bajo la dirección de Jetro, el sacerdote Kenita ó Cainita de Midian). En una antigua religión de los Caldeos, cuyos restos deben hallarse entre los Neo-Platónicos, la divinidad más elevada, que tiene su trono sobre los siete cielos, representando al Principio Espiritual de Luz (*nous*) (1), y concebida también como Demiurgo (2), era llamada  $\text{I}\omega\omega\ \text{ד}\eta\eta$ , que era lo mismo que el Yâho Hebreo, misterioso y no se podía nombrar, y su nombre solo se comunicaba al iniciado. Los Fenicios tenían un Dios Supremo cuyo nombre era trilateral y secreto, y éste era  $\text{I}\omega\omega$ » (3).

Pero, al paso que Fürst insiste en que el nombre tiene un origen Semítico, otros sabios hay que siguen su rastro mucho más lejos que él, y lo buscan retrocediendo más allá de la clasificación de los Caucásianos.

Tenemos en Sánscrito Jah y Jaya, ó Jaa y Ja-ga, y esto vierte luz sobre el origen del famoso festival del carro de Jaga-nath, comúnmente llamado Jaggarnâth. Javhe significa «el que es», y el Dr. Spiegel atribuye igualmente el nombre Persa de Dios, «Ahura», á la raíz *ah* (4), que en Sánscrito se pronuncia *as* y *asu*, exhalar, y naturalmente con el tiempo se hizo sinónimo de «Espíritu» (5). Rawlinson sostiene decididamente la opinión de que había una influencia Aria ó Védica en la primitiva mitología Babilónica. Hemos dado en páginas anteriores las pruebas más sólidas posibles acerca de la identidad de Vishnú con Dag-on.

Lo mismo puede aducirse para el título de  $\text{I}\omega\omega$ , y su raíz Sánscrita está indicada en cada país. JU ó *Jovis* es el nombre latino más antiguo que se daba á Dios. «Como masculino, es *Ju-piter*, ó sea *Ju*, el padre, y pitar es padre en Sánscrito; como femenino, *Ju-no* ó *Ju*, el que consuela, y  $\text{ד}\eta\eta$  es el nombre Fenicio de descanso y consuelo» (6). El Profesor Max Muller hace ver que, si bien «Dyaus», firmamento, no aparece como masculino en el Sánscrito ordinario, aparece sin embargo en el *Veda*, «atestiguando así la primitiva adoración Aria de Dyaus, el Zeus Griego» (*El Veda*).

(1) *Nous*, la designación dada por Anaxágoras á la Deidad Suprema, fué tomada de Egipto, en donde se le llamaba NOUT.

(2) Por muy pocos, sin embargo, pues los creadores del universo material eran siempre considerados como deidades subordinadas al Dios más Elevado.

(3) Lydus l c. Ledrenus l c.

(4) «Eran das Land zwischen dem Indus und Tigris».

(5) Así significa, además, «Tú eres», en Sánscrito, y también «espada». Así, sin el acento en la primera vocal.

(6) Profesor A. Wilder.

Para comprender el sentido real y primitivo del término  $\text{IAD}$  y el porqué había de servir para designar la más misteriosa de todas las deidades, hemos de buscar su origen en la fraseología figurada de todos los pueblos primitivos. Para nuestros informes hemos de dirigirnos ante todo á las fuentes más antiguas. En uno de los *Libros de Hermes*, por ejemplo, vemos que dice que el número DIEZ es la madre del alma, y que la *vida* y la *luz* están unidas á ella. Porque «el número 1 (uno) ha nacido del espíritu, y el número 10 (diez) de la materia» (1); «la unidad ha hecho el DIEZ, el DIEZ la unidad» (2).

La *gematria* kabalística—uno de los métodos para descubrir el significado oculto de las letras, palabras y sentencias—es aritmética. Consiste en aplicar á las letras de una palabra el sentido que representan, como números, tanto en su aspecto *externo* como en su sentido individual. Además, por medio de la *Temurah* (otro método usado por los kabalistas) puede hacerse que cada palabra comunique su misterio sacado del anagrama. Por esto encontramos al autor de *Sepher Jetzira*, que decía ya uno ó dos siglos antes de nuestra era (3): «UNO, el espíritu del *Alahim* de Vidas» (4). Asimismo, también en los mas antiguos diagramas kabalísticos, los *diez* Sephiroth están representados como ruedas ó círculos, y Adam Kadmon, el hombre primitivo, como una columna *en pie*. «Ruedas y serafin y las santas criaturas» (Chioth), dice Rabbi Akiba (5). En otro sistema de la misma rama de la *Kábala* simbólica, llamado Athbach, que dispone las letras del alfabeto por pares, en tres líneas, todas las parejas de la primera línea tienen el valor numérico de *diez*; y en el sistema de Simeón Ben Shetah (6), el par superior, el más sagrado de todos, está precedido por la cifra Pithagórica, uno y un cero—10.

Si podemos hacernos cargo del hecho de que, entre todos los pueblos de la antigüedad más remota, la concepción más natural de la Primera Causa, manifestándose en sus creaciones, y que á ella no podían menos que atribuir la creación de todo, era la de una deidad andrógina; que el principio masculino era considerado como el espíritu vivificante é invisible, y el femenino como la madre natu-

(1) Estos anagramas sagrados eran llamados «Zeruph».

(2) «Libro de los Números, ó Libro de las Llaves».

(3) El «*Jetzira*», ó libro de la Creación, fué escrito por Rabbi Akiba, que fué el maestro é instructor de Simeón Ben Jochai, al cual llamaban el príncipe de los kabalistas, y escribió el «*Sohar*». Franck indica que «*Jetzira*» fué escrita un siglo antes de Cristo («*Die Kabbala*», 65), pero otros jueces tan competentes como él lo consideran mucho más antiguo. De todos modos, está actualmente probado que Simeón Ben Jochai vivía *antes* de la segunda destrucción del templo.

(4) «*Jetzira*», p. 8.

(5) Idem. Véase la constancia con la cual Ezekiel insiste en su visión referente á las *ruedas* de «las criaturas vivientes» (ch. 1, *passim*).

(6) Era un Neo-Platónico Alejandrino en la época del primer Ptolomeo.

raleza, comprenderemos más fácilmente por qué aquella misteriosa causa llegó á ser representada al principio (en los jeroglíficos quizás) como combinación del alpha y de la omega de los números, un decimal, luego como IAO, nombre trilateral, que por sí solo constituye una alegoría profunda.

IAO, en este caso, considerado etimológicamente, significaría el «Soplo de Vida» engendrado ó brotando de la naturaleza por un principio masculino y otro femenino en forma de huevo; pues *as*, en Sánscrito, significa «ser», «vivir ó existir»; y en su origen significaba «respirar». «De él», dice Max Muller, «por su sentido primitivo de respirar, los Indos formaron 'asu', soplo, y 'asura', el nombre de Dios, ya significara el que respira, ó el que suministra la respiración» (1). En realidad significaba esto último. En Hebreo, «Ah» y «Jah» significan vida. Cornelius Agrippa, en su tratado acerca de la *Preeminencia de la Mujer*, hace ver que «la palabra Eva sugiere la idea de compararlo con los símbolos místicos de los kabalistas, por tener nombre de la mujer afinidad con el inefable Tetragrámmaton, el nombre más sagrado de la divinidad». Los nombres antiguos siempre estaban en consonancia con las cosas que representaban. En relación con el nombre misterioso de la Deidad en cuestión, la indicación hasta ahora inexplicable de los kabalistas queda aclarada por lo que se refiere al valor de la letra H, «que Abraham sacó de su mujer Sarah», y «la colocó en medio de su propio nombre».

Quizá puede argüirse, á manera de objeción, que no está comprobado todavía en qué periodo de la antigüedad se presenta por primera vez el *cero* en los manuscritos ó inscripciones Indas. Sea como quiera, el caso presenta una evidencia circunstancial de un carácter demasiado marcado para no constituir por sí solo una convicción de probabilidad. Según Max Muller, «las dos palabras 'cifra' y 'cero', que no son en realidad más que una... bastan para probar que hemos copiado nuestros números de los Arabes» (2). Ciphra, dice, es el «cifrón» Arabe y significa *vacio*, traducción del nombre del cero, «synya», en Sánscrito. Los Arabes tomaron sus números del Indostán, y ellos no han pretendido nunca haberlos descubierto (3). En cuanto á los Pythagóricos, no tenemos más que dirigirnos á los antiguos manuscritos de la *Geometría* de Boethius, compuesta en el siglo sexto, para encontrar en la numeración Pythagórica (4) el 1 y el *cero* como primera y última cifras. Y Porfirio, que cita del *Moderatus* Pythagórico (5), dice que los números de

(1) «Chips», vol. i.

(2) Véase «Nuestras Cifras», de Max Muller.

(3) Idem.

(4) «Gnósticos y sus Restos», de King, plancha XIII.

(5) «Vita Pythagor».

Pythágoras eran «símbolos jeroglíficos, por medio de los cuales explicaba ideas relacionadas con la naturaleza de las cosas.»

Ahora bien, si en los más antiguos manuscritos Indos no se ve por ahora vestigio alguno de anotación decimal, Max Muller nos dice muy claramente que hasta el presente solo ha encontrado en ellos nueve letras (las iniciales de los números Sánscritos), tenemos por otro lado otros documentos tan antiguos que suministran la prueba necesaria. Nos referimos á las esculturas é imágenes sagradas en los más antiguos templos del extremo Oriente. Pythágoras aprendió en la India; y vemos al Profesor Max Muller, que corrobora nuestra afirmación, conviniendo á lo menos en admitir que los *Neo-Pythagóricos* fueron los primeros maestros de escribir en cifras entre los Griegos y Romanos; que «en Alejandría ó en Siria llegaron á conocer las cifras Indas, y las adaptaron al ábacus Pythagórico», los números nuestros. De esta circunspecta opinión se deduce que Pythágoras mismo solo conocía *nueve* cifras. Así pues, podríamos contestar con razón que, aunque no poseemos prueba cierta de que Pythágoras, que vivía al terminar el periodo arcaico, conocía la numeración decimal (1), tenemos no obstante evidencia suficiente para demostrar que los números completos, tal como los dió Boëthius, eran conocidos por los Pythagóricos, como antes de ser edificada Alejandría (2). Esta evidencia la encontramos en Aristóteles, quien dice que «algunos filósofos sostienen que las ideas y los números son de la misma naturaleza, y suman DIEZ en conjunto» (3). Creemos que esto será suficiente para demostrar que la numeración decimal era conocida entre ellos por lo menos unos cuatro siglos antes de J. C., pues Aristóteles no parece ocuparse del asunto, considerándolo como una innovación de los «Neo-Pythagóricos».

Además, como hemos observado ya anteriormente, las representaciones de las deidades arcaicas en los muros de los templos son por sí solas suficientemente sugestivas. Así, por ejemplo, Visnhú es representado en el Kurmavata (su segundo avatar) como una tortuga sosteniendo una columna circular, en la cual está sentada su misma semejanza (Maya, ó la ilusión) con todos sus atributos. Mientras una mano sostiene una flor, la otra una maza, la tercera una concha, la cuarta, generalmente la superior—ó la de la derecha—, sostiene en su índice, extendido como la cifra 1, el *chakra*, ó disco, que parece un anillo ó rueda, y podría tomarse por el cero. En su primer avatar, el Matsyavatam, cuando sale de la boca del pez, es representado en la misma posición (4). El Durga de Bengala de diez

(1) 608 años antes de J. C.

(2) Esta ciudad fué construida 332 años antes de J. C.

(3) «Metaph.», vii, F.

(4) Véanse los dibujos del templo de Rámá: «Mitología de los Indos» de Coleman, New York, J. W. Bouton, Editor.

brazos; el gigante Ravana de diez cabezas; Parvati, lo mismo que Durga, Indra é Indrani, se encuentran con este atributo, que es una perfecta representación del Arbol de Mayo (1).

Entre los Indos, los templos más sagrados son los de Jaggarnâth. Esta deidad es adorada igualmente por todas las sectas de la India, y Jaggarnâth es llamado «El Señor del Mundo». Es el dios de los Misterios, y sus templos, los más numerosos en Bengala, son todos de forma piramidal.

No existe ninguna otra deidad que ofrezca una variedad tal de etimologías como Iaho, ni un nombre que pueda ser tan diversamente pronunciado. Solo asociándolo con los puntos Masoréticos es como los últimos rabinos lograron hacer que Jehovah se leyese «Adonâi», ó Señor. Philo Byblus lo deletrea con las Griegas ΙΕΥΟ-ΙΕΥΟ. Theodoreto dice que los Samaritanos lo pronunciaban *Iabé* (*Yahva*) y los Judíos *Yaho*; lo cual equivaldría, como hemos visto, á I-ah-O. Diodoro explica que «entre los Judíos, se refería que Moisés llamaba á Dios Iao». Por esto es que, fundándonos en la autoridad de la Biblia misma, sostenemos que, antes de ser iniciado por su suegro Jethro, Moisés jamás había conocido la palabra Iaho. La futura Deidad de los hijos de Israel le llama desde el matorral ardiendo y dá Su nombre diciendo: «Yo soy el que soy», y designa cuidadosamente que Él es el «Señor Dios de los Hebreos» (*Exodo*, III, 18), no de las demás naciones. Juzgándole por sus propios actos, á través de los archivos Judíos, dudamos que, si en los días del Exodo, Cristo mismo hubiese aparecido, habría sido bien recibido por la irascible Deidad Sinaitica. Sin embargo, «El Señor Dios» que, según Su propia confesión, solo se convierte en Jehovah en el 6.º capítulo del *Exodo* (versículo 3), halla su veracidad sometida á una prueba extraordinaria en el *Génesis* XXII, 14, en cuyo *revelado* párrafo Abraham construye un altar para *Jehovah-jireh*.

Por lo tanto, parecería natural establecer una diferencia entre Iao, el Dios-misterio, aceptado desde la más remota antigüedad por todos cuantos participaban de los conocimientos esotéricos de los sacerdotes, y sus copias fonéticas, á las cuales vemos tratar con tan poca reverencia por los Ofitas y otros Gnósticos. Toda vez que, imitando al Azazel de la barbarie, cargaron con los pecados é iniquidades de la nación Judía, les parece ahora duro á los Cristianos tener que confesar que aquella á quienes ellos consideraban dignos de ser mirados como el «pueblo escogido» de Dios—sus únicos predecesores en monoteísmo—fueron hasta un periodo muy tardío tan idólatras y politeistas como sus vecinos. Los sagaces Talmudistas se han librado de la acusación durante muchos siglos, amparándose en la

(1) Véanse «Rosacrucés», p. 252, de Hargrave Jennings.



invención Masorética. Pero, como con todas las cosas, la verdad fué por fin elevada á resplandecer. Sabemos ahora que Iloh יהוה debe ser leído Iahoh y Iah, no Jehovah. El Iah de los Hebreos es llanamente el Iacchos (Bacchus) de los Misterios; el Dios «del cual se esperaba la liberación de las almas: Dionysus, Iacchos, Iahoh, Iah» (1). Aristóteles estaba, pues, en lo justo cuando decía: «Joh יהוה era Oromasdes, y Ahrimán Plutón, pues el Dios de los Cielos, Ahuramazda, vá en un carro al cual sigue el *Caballo del Sol*»(2). Y Dunlap cita el *Psalmo* LXVIII 4, que dice:

«Glorifica á aquel, por su nombre Iach (יה),  
Que sobre los cielos cabalga como á caballo»,

y luego enseña que «los Arabes representaban á Iauk (Iach) por medio de un caballo. El Caballo del Sol (Dionysus)» (3). «Iah es una suavización de Iach», él explica. «*ch* y *h* se entrecambian; así, la *s* suaviza á la *h*. Los Hebreos expresan la idea de VIDA, á lo mismo por una *ch* que una *h*; como *chiach*, ser, *hiah*, ser; *iach*, Dios de Vida, *Iah*, Yo *soy*» (4). Bien podemos pues repetir las líneas de Ausonius:

«Ogugia me llama Bacchus; Egipto me considera como Osiris;  
Los Musianos denominánme Ph'anax; los Indi dicen soy Dionysus;  
Los Misterios Romanos me llaman Liber; la raza Arabe Adonis!»

y nosotros podemos añadir:

Y el pueblo escogido, Adoni y Jehovah.

Cuán poco era comprendida la filosofía de la antigua doctrina secreta está demostrado por las atroces persecuciones de los Templarios por la Iglesia, y en la acusación de que adoraban al Diablo bajo la forma del chivo, Baphomet! Sin entrar en los antiguos misterios Masónicos, no hay un Masón—y nos referimos á aquellos *que saben algo*—que no tenga una idea de la verdadera relación que existe entre Baphomet y Azazel, el chivo expiatorio del desierto (5), cuyo carácter y significación están completamente corrompidos en las traducciones Cristianas. «Este terrible y venerable nombre de Dios», dice Lanci (6), bibliotecario del Vaticano, «debido á la pluma de los comentadores bíblicos, ora ha significado un *diablo*, una mon-

(1) K. O. Müller: «Historia de la Literatura Griega», p. 283; «Movers», 547-553; Dunlap: «Sod, los Misterios de Adoni», p. 21.

(2) Véase «Historia Universal», vol. v, p. 301.

(3) «Spirit. Hist.», pp. 64, 67 y 78.

(4) «Sod, los Misterios de Adoni», p. 21.

(5) Véase Levítico xvi 8, 10, y otros versículos referentes al bíblico chivo en los textos originales.

(6) «Sagra Scrittura», y «Paralipomeni».

taña, un desierto y *un chivo*». En *La Real Cyclopædia Masónica* de Mackenzie, el autor observa muy acertadamente que esta palabra debería dividirse en Azaz y El, «pues significa Dios de Victoria, pero aquí está usada en el sentido de *autor de Muerte*, como contraste de Jehovah, *el autor de Vida*; este último recibía una cabra muerta por ofrenda» (1). La Trinidad Inda está compuesta de tres personajes que se convierten en uno. La *Trimurti* es una é indivisible en su abstracción y sin embargo vemos que desde el principio va tomando cuerpo una división metafísica, y, mientras que Brahma, aunque representando colectivamente á los tres, queda apartado de la escena, Vishnú es el Dispensador de Vida, el Creador y el Conservador, y Siva es el *Destructor* y la deidad que dá *Muerte*. «Muerte al que dá Vida, vida al que dá *Muerte*. La antitesis simbólica es grande y hermosa», dice Gliddon (2). El *Deus est Dæmon inversus* de los Kabalistas se presenta ahora claro; no es más que el intenso y cruel deseo de destruir el último vestigio de las antiguas filosofías pervirtiendo su sentido, temerosos de que sus propios dogmas no sean debidamente considerados como sacados de aquéllas, lo que impele á la Iglesia Católica á mantener una persecución sistemática respecto de los Gnósticos, Kabalistas y hasta los mismos Masones, comparativamente inocentes.

Ah!, la divina semilla en tanta abundancia sembrada por la mano del apacible filósofo Judío, cuán poco ha prosperado ó dado fruto. Él, que huyó de la hipocresía, que aconsejó no rezar en público mostrando tanto desprecio por toda manifestación inútil de tal práctica, si pudiese tan solo dirigir su afligida mirada sobre la tierra, desde las regiones de eterna bienaventuranza, vería que esta semilla no cayó ni en roca estéril, ni en el camino. No, arraigó profundamente en el más prolífico de los suelos; en uno rico hasta la plétora en embustes y cuajos de sangre humana!

«Pues si la verdad de Dios ha aumentado, *gracias á mi mentira* en beneficio de su gloria, por qué, pues, he de ser juzgado aun como un pecador?», pregunta inocentemente Pablo, el mejor y el más sincero de todos los Apóstoles. Y después añade: «*Permitidnos hacer mal, para que el bien pueda venir!*» (*Romanos III, 7-8*). Se nos encarga hemos de creer en tal confesión por ser debida á una inspiración directa de Dios! Ella explica, aunque no excusa, la máxima adoptada más tarde por la Iglesia de que «es un acto de virtud el engañar y mentir, cuando por tales medios pueden favorecer los intereses de la *Iglesia*» (3). Máxima aplicada en su sentido más pleno por aquel

(1) Artículo «Chivo», p. 257.

(2) «Tipos de Humanidad», p. 600; «*Real Cyclopædia Masónica*».

(3) «*Historia Eclesiástica*», vol. 1, p. 381 y 382. Léanse las citaciones completas para apreciar plenamente la doctrina.

consumado profesor en el arte de mentir, el Armenio Eusebio; y hasta por Ireneo, que contemplaba la Biblia inocentemente como quien mira en un kaleidoscopio. Y estos hombres fueron seguidos por un verdadero ejército de asesinos piadosos, quienes al propio tiempo perfeccionaron el sistema de la impostura proclamando que era lícito hasta el matar, cuando por medio del asesinato pudiesen introducir la nueva religión. Theófilo, «aquel enemigo perpetuo de la paz y de la virtud», como se llamaba al famoso obispo; Cirilo, Atanasio, el asesino de Arius, y una multitud de otros «Santos» canonizados, no eran todos ellos más que dignos sucesores de San Constantino, que ahogó á su esposa en agua hirviendo; que des-cuartizó á su sobrinito; que asesinó con su propia y piadosa mano á dos de sus cuñados; que mató á su propio hijo Crispus; que hizo sangrar hasta morir á muchos hombres y mujeres; y que asfixió en un pozo á un monje anciano. Y, sin embargo, Eusebio nos dice que este Cristiano Emperador fué remunerado por medio de una *visión* del Cristo mismo, llevando su cruz, el cual le instruyó para que marchara á otros triunfos, puesto que él siempre le protegería.

Bajo la sombra del estandarte Imperial, con su famoso lema, *In hoc signo vinces*, fué donde la *visionaria* Cristiandad, que desde los días de Ireneo creció insensiblemente, proclamó con arrogancia sus derechos sobre todo cuanto el sol alumbraba.

Probablemente el Lábaro facilitó el modelo para la *verdadera* cruz, que, «milagrosamente», y grata á la voluntad imperial, fué encontrada unos cuantos años después. Tan solo una visión tan notable implacablemente puesta en duda por algunos críticos —el Doctor Lardner uno de ellos—, un milagro reciente por auxiliar, podían dar por resultado el encuentro de una cruz allí donde antes jamás había existido ninguna. No obstante, ó hemos de creer en el fenómeno, ó discutirlo aun á riesgo de ser tratados como infieles; y esto, á pesar de que á través de una comprobación cuidadosa veríamos que los fragmentos de la «verdadera cruz» se han multiplicado más maravillosamente aún que los cinco panes de la invisible panadería y los dos peces. En todos los casos como este, en que puede ser tan conveniente echar mano de los milagros, no hay sitio para el hecho concreto. Ha de salir la historia para que pueda entrar la falsedad. Si, después de un transcurso de diez y nueve siglos, es aún predicado el que se tiene por fundador de la religión cristiana con más ó menos éxito en todos los rincones del globo, tenemos entera libertad de pensar que las doctrinas que se le atribuyen le asombrarían y entristecerían más á él que á nadie. Se adoptó ya desde el principio un sistema deliberado de falsificación. Cuán decidido estaba Ireneo á destruir la verdad y á construir una iglesia propiamente suya sobre los mutilados restos de las siete Iglesias primitivas men-

cionadas en la *Revelación*, puede inferirse de sus altercados con Ptolomeo. Y es, además, un signo evidente contra el cual no podrá prevalecer la fé más ciega. La Historia Eclesiástica nos asegura que el ministerio de Cristo solo duró tres años. Sobre este punto existe una discrepancia marcada entre los tres primeros sinópticos y el cuarto evangelio; pero estaba reservado á Ireneo el señalar á los Cristianos de la posteridad que, ya en época tan remota como en 180 después de J. C.—probablemente la fecha en que este Padre escribió sus obras contra las herejías—,tales columnas de la Iglesia como él mismo, ó bien nada sabían de cierto sobre el asunto, ó mentaban deliberadamente y falsificaban fechas en apoyo de sus opiniones. Tan ansioso estaba el benemérito Padre de allanar toda objeción posible contraria á sus planes, que para él ninguna falsificación ni ningún sofisma eran excesivos. Cómo hemos de comprender lo que sigue, y en tal caso quién es el falsificador? El argumento de Ptolomeo fué que Jesús era demasiado joven para haber podido enseñar algo de mucha importancia; añadiendo que Cristo predicó *solamente durante un año*, y que además de esto padeció al llegar al duodécimo mes. En esto Ptolomeo se separaba muy poco de los evangelios. Pero, arrastrado Ireneo en su propósito más allá de los límites de la prudencia, convierte una simple discrepancia entre uno y tres años, en otra de diez y hasta de veinte años! «Destruyendo su obra entera (de Cristo), *secuestrándole* en aquella edad que á *la par es necesaria y más honrosa* que otra cualquiera; me refiero á aquella edad más avanzada, durante la cual, como maestro, también sobrepujó á todos los demás.» Y después, no pudiendo proporcionar ningún dato cierto, vuelve atrás entregándose á la *tradición*, y establece que Cristo habla predicado más allá de DIEZ años! (libro II, c. 22, pp. 4, 5). En otro lugar cita la edad de Jesús en cincuenta años.

Pero debemos proseguir nuestra tarea de señalar los diversos orígenes del Cristianismo, como asimismo las fuentes de donde sacó Jesús sus propias ideas acerca de Dios y de la humanidad.

Los Koinobi vivían en Egipto, donde Jesús pasó su juventud más temprana. Generalmente se les confundía con los Therapeutas, que eran una rama de aquella sociedad extensamente difundida. Tal es la opinión de Godfrey Higgins y de De Rebold. Después de las caídas de los principales santuarios, que ya había empezado en la época de Platón, las múltiples y diversas sectas, como los Gymnosofistas y los Magi (de los que Clearchus muy erróneamente hace derivar los primeros), los Pythagóricos, los Sufis, y los Rashees de Cachemira, instituyeron una especie de Fracmasonería universal internacional entre sus sociedades esotéricas. «Estos Rashees», dice Higgins, «son los Esenios, Carmelitas ó Nazaritas del templo» (1). «Aquella ciencia

(1) «Anacalipsis».

oculta conocida por los antiguos sacerdotes bajo el nombre de *fuego regenerador*», dice el Padre Rebold, «... una ciencia que durante más de 3.000 años fué del dominio peculiar del clero indio y Egipto, en cuyo conocimiento fué iniciado Moisés en Heliópolis, donde se educó; y Jesús entre los sacerdotes Esenios de Egipto y de Judea; y por medio de la cual estos dos grandes reformadores, *particularmente el último*, obraron muchos de los milagros mencionados en las *Escrituras*»(1).

Platón declara que la mística religión maga, conocida por el nombre de *Machagistia*, es la forma de adoración de las cosas divinas menos corrompida. Más tarde, uno de los Zoroastros y Darío Hystaspes le añadieron los Misterios de los santuarios Caldeos. Este último la completó y perfeccionó todavía más, con la ayuda de los conocimientos que había obtenido de los sabios ascéticos de la India, cuyos ritos eran idénticos á los de los Magos iniciados (2). Ammiano, en su historia de la expedición Persa de Juliano, refiere la historia diciendo que un día Hystaspes, á medida que iba penetrando resueltamente en las regiones desconocidas de la India Superior, llegó á cierta selva solitaria cuyo tranquilo retiro estaba ocupado por aquellos sabios exaltados, los Brahmanes (ó Shamanos). Instruído por sus enseñanzas en la ciencia de *los movimientos del mundo*, y de los cuerpos celestes, y en *los ritos religiosos puros*... las introdujo en las creencias de los Magos. Compaginando estos últimos dichas doctrinas con su ciencia *propia y peculiar de hacer vaticinios*, lo han transmitido por entero á la posteridad por medio de sus descendientes (3). Y es de éstos de quienes los Sufis, compuestos principalmente de Persas y Sirios, adquirieron sus adelantados conocimientos en astrología, medicina, y la doctrina esotérica de los tiempos. «La doctrina Sufi», dice C. W. King, «comprendía la gran idea de una creencia universal que pudiera ser mantenida secretamente en la profesión externa de una fé cualquiera; y de hecho consideró virtualmente los sistemas religiosos bajo el mismo prisma con que los antiguos filósofos habían mirado tales materias» (4). Los misteriosos Drusos del Mon-

(1) Citado en «Seers of the ages» (Profetas de las Epocas), por J. M. Peebles.

(2) Persistimos en la idea de (evidente por sí sola cuando se examina el enredo Zoroastriano) que hasta en tiempo de Darío existieron allí dos distintas castas sacerdotales de Magos: los iniciados, y aquellos á quienes únicamente se les permitía officiar en los ritos populares. Lo mismo vemos en los Misterios Eleusinos. A cada templo estaban adscritos los «hierofantes» del santuario *interno* que le correspondían, y el clero secular, que no estaba introducido en los misterios. Rebelóse Darío contra los absurdos y supersticiones de estos últimos, y los «destruyó», pues la inscripción de su tumba enseña que él mismo era un «hierofante» y un mago. Por muchas conjeturas que acerca de su naturaleza se hayan hecho, son únicamente los ritos exotéricos de esta clase de Magos los que han llegado á la posteridad, pues no fué nunca violado el gran secreto con que eran guardados los Misterios de los Magos Caldeos verdaderos.

(3) xxiii, 6.

(4) «Los Gnósticos y sus Restos», p. 185.

te Líbano son los descendientes de todos estos. Coptos solitarios, estudiantes ardientes, diseminados aquí y allí, al través de las arenosas soledades de Egipto, Arabia, Petræa, Palestina, y en los impenetrables bosques de Abisinia, aunque raramente se encuentran, pueden verse en alguna ocasión. Muchas y variadas son las nacionalidades á las cuales pertenecen los discípulos de aquella misteriosa escuela, y muchos los brotes de aquel tronco primitivo. El cuidadoso silencio conservado por estas sub-logias, lo mismo que por la gran logia suprema, ha estado siempre en proporción con la actividad de las persecuciones religiosas; y en la actualidad, á la faz del creciente materialismo, va siendo un misterio su misma existencia (1).

Pero de ello no debe inferirse que una hermandad tan misteriosa sea solo una ficción, ni tenga siquiera *un nombre*, aunque hoy dice se mantiene desconocida. Que sus afiliados sean llamados por un nombre Egipto, indo ó Persa, importa muy poco; además del autor, algunas personas conocidas y dignas de fé han encontrado á individuos pertenecientes á una de estas hermandades y explican algunos hechos concernientes á las mismas, gracias al permiso especial concedido *por uno que tiene derecho* para darlo. En una obra reciente y muy valiosa sobre *sociedades secretas*, la *Real Ciclopedia Masónica* de K. R. H. Mackenzie, nos encontramos al mismo sabio autor, miembro honorario de la Canongate Kilwinning Lodge N. 2 (Escocia), y Masón de naturaleza refractaria á imposiciones, sentando lo siguiente, bajo el título *Hermanos Herméticos de Egipto*:

«Una Hermandad oculta que viene existiendo desde tiempos muy antiguos, poseyendo una jerarquía de oficiales, signos secretos y consignas y un método peculiar de instrucción en ciencia, religión y filosofía... Si podemos creer á aquellos que en la actualidad profesan de pertenecer á ella, *la piedra filosofal, el elixir de vida, el arte de la invisibilidad*, y el poder de comunicación directa con la vida

(1) Verdades son estas que no pueden dejar de hacer impresión en la inteligencia de pensadores ardientes. Mientras los Ebionitas, Nazaritas, Hemerobautistas, Lampseanos, Sabeanos y otras muchas sectas primitivas que más tarde fluctuaron entre los variados dogmatismos que les sugerían las *esotéricas* y mal comprendidas parábolas del preceptor Nazareno, al cual consideraban con justicia como á un profeta, existían hombres cuyo nombre en vano buscaríamos en la historia, los cuales conservaron las doctrinas secretas de Jesús tan puras é incorruptas como las habían recibido. Y sin embargo, todas estas sectas turbulentas antes citadas eran aún mucho más ortodoxas en su Cristianismo, ó mejor dicho, Cristismo, que las Iglesias de Constantino y Roma. «Fué un destino extraño el que cayó sobre este desgraciado pueblo» ( los Ebionitas ), dice Lord Amberley, «cuando, abrumados por la corriente de paganismo que había penetrado en la Iglesia, fueron condenados como herejes. Empero no existe ninguna evidencia de que se hubiesen apartado de las doctrinas de Jesús ó de los discípulos que le conocieron en vida... Jesús inismo estaba circuncidado... veneraba el templo de Jerusalém como 'una casa de oración para todas las naciones'... Pero la corriente del progreso barrió á los Ebionitas y les dejó encallados en la costa.» («Un Análisis de Creencias Religiosas», por el Vizconde Amberley, vol. 1, p. 446).

ultra-mundana forman parte de la herencia que poseen. El autor se ha encontrado únicamente con tres personas que han asegurado existe actualmente este cuerpo de filósofos religiosos, y le han indicado ser ellos mismos miembros de ella. No había motivo para dudar de la buena fé de aquellos individuos, aparentemente desconocidos entre sí y hombres de competencia mediana, vida intachable, modales austeros, y casi ascéticos en sus costumbres. Parecían tener de cuarenta á cuarenta y cinco años, y evidentemente de vasta erudición... su conocimiento de lenguas era indudable... Nunca permanecían mucho tiempo en un mismo país, sino que se ausentaban de él sin dar lugar á que nadie lo notara»(1).

Otra de tales sub-Hermandades es la secta de los Pitris en la India. Conocida solo de nombre, ahora que Jacolliot la ha dado á conocer al público, es quizás más secreta que la otra á la que Mr. Mackenzie llama «Los Hermanos Herméticos». Lo que Jacolliot estudió acerca de ella fue debido á fragmentos manuscritos que le fueron entregados por Brahmanes, y hemos de creer que tendrían sus razones al hacerlo. El *Agrouchada Parikshai* dá ciertos detalles acerca de la asociación tal como era en la antigüedad, y al explicar ritos místicos y encantaciones mágicas no viene á decir nada después de todo; de modo que los místicos L' om, L' Rhum, Sh' hrum y Sho-rim Ramaya-Namaha continúan siendo para el mistificado escritor tan enigmáticos como antes. Sin embargo, hay que hacerle justicia: admite el hecho por completo, y no se mete en inútiles especulaciones.

Cualquiera que desee asegurarse por sí mismo de que en la actualidad existe una religión que durante siglos ha burlado las imprudentes pesquisas de los misioneros, y las perseverantes investigaciones de la ciencia, procure ver si puede violar el apartamiento de los Drusos Sirios. Les encontrará en número de unos 80.000 guerreros, esparcidos desde la llanura situada al Oriente de Damasco á la costa Occidental. No anhelan prosélitos, evitan la notoriedad, y mantienen amistad—en lo posible—con los Cristianos y con los Mahometanos; respetan la religión de cada una de las demás sectas ó pueblos, pero jamás descubren sus propios secretos. En vano los

(1) Lo que quizás asombrará más á los lectores Americanos es el hecho de que en los Estados Unidos existe hoy día una hermandad mística que pretende estar en íntimas relaciones con una de las más antiguas y poderosas Hermandades Orientales. Es conocida por la Hermandad de Luxor, y sus fieles miembros tienen la custodia de secretos científicos muy importantes. Sus ramificaciones se extienden mucho por la Gran República de Occidente. Aunque esta hermandad ha tenido que trabajar durante mucho tiempo y penosamente, el secreto de su existencia ha sido cuidadosamente guardado. Mackenzie la describe diciendo que tiene una base Rosicruciana y consta de muchos miembros (*Real Ciclopedia Masónica*, p. 461). Pero en esto el autor se equivoca; no tiene base Rosicruciana ninguna. El nombre Luxor deriva su origen de la antigua ciudad de Looksur en el Beluchistán, que se halla situada entre Bela y Kedgic, y dió también nombre á la ciudad Egipcia.

misioneros les estigmatizan como infieles, idólatras, bandoleros y ladrones. Ni amenazas, ni liberalidades, ni ninguna otra consideración inducirán á un Druso á convertirse al Cristianismo dogmático. En cincuenta años, hemos sabido de dos que lo han hecho, y ambos han acabado en la cárcel por robo y embriaguez. Han demostrado ser «verdaderos *Drusos*» (1), decía uno de sus jefes, tratando del asunto. Nunca hubo caso alguno de que un Druso *iniciado* se convirtiera en Cristiano. En cuanto á los no iniciados, nunca se les ha permitido ni tan solo ver los escritos sagrados, ni tienen la más remota idea siquiera del lugar en donde se custodian. Hay misioneros en Siria que se envanecen de poseer unos pocos ejemplares. Los volúmenes que se pretende sean exposición correcta de estos libros (tales como la traducción por Petis de la Croix, en 1701, de las obras presentadas por Nasr-Allah al Rey de Francia) no son más que una compilación de «secretos» más ó menos conocidos por cualquiera de los habitantes de las cordilleras meridionales del Libano y del Anti-Libano. Fueron obra de un Derviche apóstata que fué expulsado de la secta Hanafi por su conducta irregular: por malversación del dinero de viudas y huérfanos. El *Exposé de la Religion des Druses*, en dos volúmenes, por Sylvestre de Sacy (1828), es otro tejido de hipótesis. Un ejemplar de esta obra fué encontrada en 1870, en el dintel de la ventana de uno de sus principales *Holowey*, ó lugar de reuniones religiosas. Al preguntar un viajero inglés acerca de sus ritos, el *Okhal* (2), un venerable anciano que hablaba Inglés tan bien como el Francés, abrió el volumen de Sacy, y, ofreciéndolo á su interlocutor, contestó con benévola sonrisa: «Leed este instructivo y verídico libro; no podría yo explicaros ni mejor ni más correctamente los secretos de Dios y de nuestro bienaventurado Hamsa». El viajero comprendió la indirecta.

Dice Mackenzie que se establecieron en el Libano sobre el siglo décimo, y que parecen ser una mezcla de Kurdos, Mardi-Arabes y otras tribus semi-civilizadas. Su religión es un compuesto de Judaismo, Cristianismo y Mahometismo. Tienen un orden regular de sacerdocio y una *especie de jerarquía*... existe un sistema regular de palabras de consigna, y signos... Preceden á la iniciación doce meses de prueba, á la cual son admitidos los dos sexos.

(1) Este pueblo no acepta que se les llame Drusos; al contrario, considera este nombre como un insulto. Se llaman á sí mismos los discípulos de «Hamsa», su Mesías, que vino á ellos, en el siglo décimo, de la «Tierra de la Palabra de Dios»; junto con su discípulo, Mochtana Boha-eddin, puso esta *Palabra* en la escritura, y la confió al cuidado de unos pocos iniciados, con el mandato de guardarlo de la manera más secreta. Generalmente se llaman Unitarios.

(2) Los *Okhal* (del Arabe *akl*, inteligencia ó sabiduría) son los iniciados, ú hombres sabios de esta secta. Ocupan en sus misterios la misma posición que los hierofantes de la antigüedad, en los Eleusenios y en otros.



Citamos lo anterior solo para hacer ver cuán poco saben en realidad, acerca de estos místicos, personas tan dignas de crédito como Mr. Mackenzie.

Mosheim, que sabe tanto, ó como deberíamos más bien decir, tan poco, como los demás, tiene derecho se le otorgue el mérito de admitir cándidamente que su religión es peculiar suya y está envuelta en algun misterio. Deberíamos más bien decir que lo estaba.

Que su religión presenta trazas de Magianismo y de Gnosticismo es natural, desde el momento en que en su fondo hay la filosofía Ofita esotérica completa. Pero el dogma característico de los Drusos es la unidad absoluta de Dios. El es la esencia de vida, y, aunque incomprendible é invisible, puede ser conocido gracias á *manifestaciones ocasionales en forma humana* (1). Lo mismo que los indos, sostienen que se ha encarnado más de una vez en la tierra. Hamsa fué el precursor de la última manifestación que ha de venir (el décimo *avatar*) (2), no el heredero de Hakem, el cual todavía tiene que venir. Hamsa era la personificación de la «Sabiduría Universal». Boha-eddin, en sus escritos, lo llama Mesías. El número completo de sus discípulos, ó de aquellos que en distintas épocas del mundo han comunicado sabiduría á la humanidad, que esta última invariablemente ha olvidado y despreciado con el tiempo, es ciento sesenta y cuatro (164, el S. d. K. kabalístico). Por esto, sus grados de promoción para la iniciación son cinco; los tres primeros están simbolizados por los «tres pies del candelabro del Santuario interno, que sostiene la luz de los cinco elementos»; los dos últimos grados, los más importantes y terroríficos en su solemne grandeza, corresponden á las órdenes más elevadas; y los cinco grados juntos representan emblemáticamente los cinco elementos místicos citados. Los «tres piés son la santa *Aplicación*, la *Entrada*, y el *Fantasma*», dice uno de sus libros; sobre el alma interna y externa del hombre y su cuerpo, un Fantasma, una sombra pasajera. El cuerpo, ó materia, es también llamado el «Rival», porque «él es ministro del pecado, el Diablo, originando siempre disensiones entre la Inteligencia Celeste (Espíritu) y el alma, á la cual tienta incesantemente». Sus ideas acerca de la transmigración son Pytagóricas y Kabalísticas. El espíritu, ó Temeami (el alma divina), estaba en Elijah y en Juan el Bautista; y el alma de Jesús era la de H'amsa, es decir, que era del mismo grado de pureza y santidad. Hasta su resurrección, por la cual ellos entienden el día en que los cuerpos espirituales de los hombres serán absorbidos en la propia esencia y existencia de Dios

(1) Esta es la doctrina de los Gnósticos, que sostenían que Christos era el Espíritu personal é inmortal del Hombre.

(2) Los diez Mesías ó Avatares recuerdan de nuevo á los cinco avatares Buddhistas de Buddha, y los diez Brahmánicos de Krishna.

(el Nirvana de los indos), sus almas conservarán sus formas astrales, salvo los pocos escogidos que, desde el instante de la separación de sus cuerpos, comienzan á existir como meros espíritus. Dividen ellos la vida del hombre en alma, cuerpo é inteligencia, ó mente. Es esta última la que dá y comunica al alma la divina chispa de su Hamsa (Christos).

Tienen siete grandes mandamientos, que se dan á conocer también á todos los no iniciados; y sin embargo, hasta estos artículos de fé tan conocidos se han puesto tan enredados en las relaciones de los escritores extranjeros que, en una de las mejores Ciclopedias de América (la de Appleton), están entresacados de la manera que puede verse en la siguiente tabla comparativa, en la cual hemos colocado paralelamente ambos órdenes, el espurio y el verdadero:

Versión Correcta de los Mandamientos tal como los comunican de palabra Los Instructores (1).

1.º *La Unidad de Dios*, ó la infinita individualidad de la Deidad.

2.º *La excelencia esencial de la Verdad*.

3.º Tolerancia; derecho concedido á todos los hombres y mujeres para expresar libremente sus opiniones en materias religiosas, y sujetarlas á la razón.

4.º Respeto á todos los hombres y mujeres conforme á su carácter y conducta.

5.º Sumisión completa á los mandatos de Dios.

6.º Castidad de cuerpo, mente y alma.

7.º Auxilio mutuo bajo todas condiciones.

Versión embrollada referida por los Misioneros Cristianos y presentada en aparentes Exposiciones (2).

1.º (2) «Verdad en palabras; significando, en la práctica, *verdad solo para la religión y para los iniciados; es lícito obrar y hablar con falsedad á hombres de otras creencias*» (3).

2.º (7) «Auxilio mutuo, Vigilancia y protección».

3.º (?) «Renunciar á todas las demás religiones» (4).

4.º (?) «Separarse de los infieles de todas clases, no exteriormente, sino solo de corazón» (5).

5.º (1) «Reconocimiento de la eterna unidad de Dios».

6.º (5) «Satisfacción ante los actos de Dios».

7.º (5) «Resignación á la voluntad de Dios».

(1) Véase más adelante una carta de un «Iniciado».

(2) En esta columna, los números primeros son los que lleva el artículo sobre los Drusos de la «New American Cyclopedic» de Appleton, vol. vi, p. 631. Los puestos entre paréntesis indican el orden en que los mandamientos deberían estar colocados si estuviesen expuestos correctamente.

(3) Esta perniciosa doctrina corresponde á la antigua política de la Iglesia Católica, pero es falsa realmente en lo que á los Drusos se refiere. Estos sostienen que es lícito y legítimo ocultar la verdad acerca de sus dogmas; ningún extraño á su propia secta tiene derecho á escudriñar su religión. Los *okhals* jamás apoyan deliberadamente falsedades en ninguna forma, si bien algunas veces los laicos se han desembarazado de los espías enviados por los Cristianos con objeto de descubrir sus secretos, despistándoles con iniciaciones fingidas. (Véase la carta del Prof. Rawson al autor, p. 313).

(4) Este mandamiento no existe en las enseñanzas del Líbano.

(5) No hay tal mandamiento, pero existe, sin embargo, en la práctica por mutuo convenio, como en los días de la persecución Gnóstica.

Como se habrá visto, lo único que en lo anterior queda expuesto es la gran ignorancia, quizás malicia, de los escritores que, como Sylvestre de Sacy, se proponen ilustrar al mundo sobre materias que desconocen por completo.

Así pues, «castidad, honradez, dulzura y compasión» constituyen las cuatro virtudes teológicas de los Drusos todos, además de varias otras que se exigen de los iniciados; «asesinato, robo, crueldad, avaricia, y calumnia», los cinco pecados, á los cuales están agregados otros varios de las tablas sagradas, pero nos abstendremos de citarlos. La moralidad de los Drusos es estricta é inflexible. Nada es capaz de hacer que ninguno de estos Unitarios del Libano se aparte de aquello que se le ha enseñado á considerar su deber. *Siendo su Ritual desconocido por los extraños*, sus pretendidos historiadores hasta ahora han negado que lo posean. Sus «asambleas de los Jueves» están abiertas á todos, pero ningún intruso ha participado aún de los ritos de la iniciación, que comunmente tienen lugar los Viernes, en medio del mayor secreto. Las mujeres son admitidas lo mismo que los hombres, y desempeñan un papel de gran importancia en la iniciación de éstos. El periodo de prueba, á menos que se haga una excepción extraordinaria, es largo y severo. En cierta época tiene lugar, una vez, una solemne ceremonia, durante la cual todos los ancianos y los iniciados pertenecientes á los dos grados más elevados parten para una peregrinación de varios días, á cierto sitio de las montañas. Se juntan dentro de los seguros límites de un monasterio que se dice fué erigido en los tiempos más primitivos de la era Cristiana. Exteriormente no se ven más que antiguas ruinas de otro gran edificio que fué en algún tiempo empleado, según dice la leyenda, por algunas sectas Gnósticas, como lugar de culto durante las persecuciones religiosas. Las ruinas á flor de tierra son solo por lo que conviene disimular; la capilla, salas y celdas subterráneas comprenden una área mucho mayor que los edificios superiores; la riqueza de la ornamentación, la belleza de las antiguas esculturas, y los vasos de oro y de plata en este sagrado resorte parecen «un sueño de gloria», según la expresión de un iniciado. Así como las lamaserías de Mongolia y del Thibet son visitadas en las grandes solemnidades por la sagrada sombra del «Señor Buddha», del mismo modo allí, durante la ceremonia, aparece la etérea y resplandeciente forma de Hamsa el Bienaventurado, que instruye á los fieles. Los hechos más extraordinarios de lo que se llamaría Mágico tienen lugar durante las varias noches que dura la convocación; y uno de los más grandes misterios—copia fiel del pasado—se verifica dentro del discreto seno de nuestra madre tierra; ni un eco, ni el más ligero ruido, ni un rayo de luz descubren traidoramente al exterior el gran secreto de los iniciados.

Hamsa, como Jesús, era un hombre mortal, y, á pesar de todo, «Hamsa» y «Christos» son palabras sinónimas por lo que se refiere á su sentido interno ú oculto. Ambos son símbolos del *Nous*, el alma divina y más elevada del hombre, su espíritu. La doctrina enseñada por los Drusos respecto de aquella idea particular de la dualidad del hombre espiritual, que consiste en tener un alma mortal y otra inmortal, es idéntica á la de los Gnósticos, á la de los más antiguos filósofos Griegos, y á la de otros iniciados.

Fuera de Oriente, hemos encontrado un iniciado (únicamente uno) que, por razones que él sabrá mejor que nadie, no guarda en secreto su iniciación en la Hermandad del Líbano. Es el ilustrado viajero y artista, Profesor A. L. Rawson, de New York City. Este caballero ha pasado muchos años en Oriente, ha visitado la Palestina cuatro veces, y ha ido á la Meca. Se puede decir con seguridad que tiene una provisión inapreciable de hechos referentes á los principios de la Iglesia Cristiana, que nadie podría haber coleccionado más que uno que haya tenido libre acceso á los depósitos cerrados para el viajero ordinario. El Profesor Rawson, con la verdadera devoción de un hombre de ciencia, ha anotado todos los descubrimientos importantes que hizo en las bibliotecas de Palestina, y de cada hecho precioso que le ha sido comunicado por los místicos que encontraba, cuyos hechos algún día se publicarán. Con la mayor amabilidad, nos ha mandado la siguiente comunicación, y, como el lector observará, corrobora plenamente lo que antes hemos dicho, por nuestra experiencia personal, acerca de la extraña Hermandad incorrectamente llamada los Drusos:

«34 Bond St., New York, Junio 6, 1877.

»... Esta mañana he recibido su nota pidiéndome le dé una relación de mi iniciación en una orden secreta que existe entre el pueblo conocido vulgarmente por Drusos en el Monte Líbano. Como sabe V. perfectamente, me obligué entonces á conservar ocultos, en mi propia memoria, la mayor parte de los 'misterios', así como los puntos más interesantes de las 'instrucciones'; de manera que lo que se sepa, no puede ser de utilidad alguna para el público. Tales informes, tal como tengo perfecto derecho para dar, se los comunico á V. con placer; celebro que pueda V. tenerlos y hacer uso de ellos cuando le convenga.

»El periodo de prueba, en mi caso, fué, por *dispensa especial*, de un mes, durante cuyo tiempo fui seguido como por mi sombra por un sacerdote que me servía de cocinero, de guía, de intérprete, y criado para todo, á fin de que pudiese justificar el hecho de que me había ajustado estrictamente á las reglas en dieta, abluciones y otras materias. Era él también mi instructor en el texto del ritual que

de vez en cuando recitábamos como ejercicio práctico, ya en diálogo, ya cantando, según como conviniera. Si alguna vez ocurría que estuviéramos cerca de una aldea Drusa en día de Jueves, asistíamos á las reuniones 'abiertas', en donde se reúnen hombres y mujeres para el culto y la instrucción, y para exponer, al mundo en general, sus prácticas religiosas. Antes de mi iniciación no asistí nunca á una reunión 'reservada' de los Viernes, ni creo que nunca ningún hombre ó mujer lo hayan logrado, á menos de haberse concertado con un sacerdote, lo cual no es probable, puesto que un falso sacerdote pone á contribución su vida. Algunas veces, los de buen humor entre ellos engañan al 'Infeliz' demasiado curioso, por medio de una iniciación fingida, especialmente si se sospecha de él que tiene algo que ver con los misioneros de Beiruth ó de otro punto.

»Entre los iniciados están comprendidos hombres y mujeres, y las ceremonias son de una naturaleza tan peculiar que se necesitan ambos sexos para ayudar en el ceremonial y 'Trabajo'

»El ajuar de la 'casa de oración', y el de la 'cámara de visión', es sencillo, y solo cuando convenga, puede consistir únicamente en una tira de alfombra. En la 'Sala Gris' (el lugar jamás es nombrado y está bajo tierra, *no lejos* de Bayt-ed-Deen) hay algunos ricos adornos y valiosos ejemplares de materiales antiguos, obra de plateros árabes, de hace cinco ó seis siglos, con inscripciones y fechas. El día de iniciación debe ser de ayuno continuado, desde que amanece hasta puesta de sol en invierno, ó hasta las seis en verano, y la ceremonia, desde el principio hasta el fin, consiste en una serie de pruebas y tentaciones, combinadas para formar juicio sobre la resistencia del candidato sometido á opresión física y mental. Ocurre raramente que alguno, como no sea joven (varón ó hembra), logre 'ganar' todos los premios, puesto que la *Naturaleza querrá también alguna vez entrar en acción*, á pesar de la voluntad más obstinada, y el neófito fracasa en alguna de las pruebas. En este caso la tentativa se aplaza otro año, cuando tiene lugar otro experimento.

»Entre otras pruebas acerca del dominio propio en el neófito, hay las siguientes. Se escogen trozos de carne guisada, sopa sabrosa, pilau, y otros platos apetitosos, además de sorbetes, café, vino y agua; los colocan en su camino, como si fuera casual, y le dejan con los objetos tentadores durante un período de tiempo. Para un cuerpo hambriento y desfallecido, la prueba es severa. Pero se presenta otra más difícil cuando se retiran las siete sacerdotisas, todas menos una, ó sea la más joven y bella; se cierra la puerta y queda asegurada desde el exterior, después de advertir al candidato que será abandonado á sus 'reflexiones' durante media hora. Fatigado por el largo y continuo ceremonial, debilitado por el hambre, abrasado por la sed, presa de una reacción agradable después del tremendo es-

fuerzo sostenido para mantener sujeta su naturaleza animal, este momento de retiro y de tentación está colmado de peligros. La joven y hermosa vestal acércase tímidamente y, con miradas que imprimen un carácter doblemente magnético á sus palabras, le suplica tímidamente que la 'haga feliz'. Desgraciado de él si lo hace! Un centenar de miradas le acechan por entre secretos orificios, y la oportunidad que allí se ofrece con visos de oculta es aparente tan solo para el neófito ignorante.

»No existen ni infidelidad, ni idolatría, ni ningún otro rasgo realmente malo en el sistema. Conservan las reliquias de lo que en otros tiempos constituía una gran forma de culto á la Naturaleza, que, debido al despotismo, se ha convertido en una orden secreta, apartada de la luz del día y expuesta únicamente al humeante resplandor de unas pocas lámparas encendidas en alguna mohosa cueva ó capilla subterránea. Los principales dogmas de sus enseñanzas religiosas están comprendidos en siete 'tablillas', los cuales, en términos generales, son los siguientes:

»1.º La Unidad de Dios ó la unidad infinita de la Deidad.

»2.º La Excelencia esencial de la verdad.

»3.º La ley de tolerancia respecto á la opinión de todos, en ambos sexos.

»4.º Respeto para todos (hombres y mujeres) en cuanto á su carácter y conducta.

»5.º Entera sumisión á los mandatos de Dios sobre el destino.

»6.º Castidad de cuerpo, de mente y de alma.

»7.º Asistencia mutua en todas circunstancias.

»Estos dogmas no están impresos ni escritos. Existe otra colección impresa ó escrita para despistar al imprudente, pero éstos nada nos importan.

»Los principales resultados de la iniciación parecían consistir en una especie de ilusión mental ó de sueño despierto durante el cual el neófito veía ó creía ver las imágenes de personas que él sabía estaban ausentes, y á millares de millas de distancia en algunos casos. Yo pensaba (ó era quizás mi mente la que obraba) que veía á amigos y parientes que yo sabía estaban en aquel momento en el estado de New York, mientras yo me hallaba entonces en el Líbano. Yo no puedo decir cómo se producían estos resultados. Aparecían en una habitación oscura, mientras el 'guía' estaba hablando, la 'comunidad' cantaba en la habitación contigua, y, próximo á terminar el día, cuando yo estaba fatigado por los ayunos, paseos, conversación, cantos, vestido de gala, desnudado, teniendo á la vista mucha gente con variadas condiciones de vestido ó de desnudez, y con gran esfuerzo mental por resistir ciertas manifestaciones físicas resultantes de los apetitos cuando estos sobrepujan á la voluntad, y

aplicando completa atención á las escenas que se desarrollaban con la esperanza de recordarlas, de manera que pude no haberme hallado en condiciones de juzgar acerca de cualquier fenómeno nuevo y sorprendente, y más especialmente de aquellos aspectos aparentemente mágicos que siempre han excitado mi sospecha y recelo. Conozco los distintos usos de la linterna mágica y de otros aparatos, y tuve cuidado de examinar la habitación en la cual las 'visiones' se me aparecieron la misma tarde y al día siguiente, y varias veces después conocí que conmigo no se había hecho uso de ninguna clase de maquinaria ú otros medios, más que de la voz de mi guía é instructor. Después, en varias ocasiones, estando muy lejos de la 'cámara', se produjeron las mismas ó parecidas visiones en el Hotel de Hornstein en Jerusalén, por ejemplo. Una nuera de un comerciante judío de Jerusalén muy conocido es 'hermana' iniciada, y puede producir las visiones casi á voluntad á cualquiera que viva estrictamente según las reglas de la orden durante unas pocas semanas, más ó menos, según que su naturaleza sea refinada, grosera, etc., etc.

»Tengo la completa seguridad al decir que la iniciación es tan peculiar que no podría ser impresa para instruir á uno que no hubiese sido 'trabajado' por conducto de la 'cámara'. Así que sería hasta menos posible hacer de ella una exposición que de la de los Francmasones. Los secretos reales son ejecutados y no aplicados y se requiere que asistan al acto varias personas iniciadas.

»No tendré necesidad de decir hasta qué punto algunas de las nociones de aquel pueblo parecen perpetuar ciertas creencias de los antiguos griegos, como por ejemplo, entre muchas otras, la idea de que el hombre tiene dos almas, pues V. se familiarizaría probablemente con ellas al pasar por la 'cámara superior' y la 'inferior'. Si estoy equivocado al suponerla á V. una 'iniciada', tenga la bondad de excusarme. Estoy prevenido de que los amigos más íntimos se ocultan con frecuencia entre sí aquel 'secreto sagrado'; y hasta pueden ser marido y esposa, como se dió el caso, según fui informado, que tuvo lugar en Dayr-el-Kamar, en una familia de allí, que vivieron juntos durante veinte años, y no obstante sin saber nada el uno respecto á la iniciación del otro. V. tiene indudablemente sus buenas razones para atenerse á su propio criterio. Su afmo.

L. RAWSON».

Antes de finalizar este asunto, podemos añadir que, si un extranjero solicita que se le admita en la sesión de un «Jueves», no le será rehusado nunca. Únicamente, si es Cristiano, el *okhal* abrirá una *Biblia* y la leerá; y si es Mahometano, oirá unos pocos capítulos del *Korán*, y con esto terminará la ceremonia. Ellos aguardarán hasta que se haya marchado, y entonces, cerrando bien las puertas de su

convento, se entregan á sus ritos y libros propios, para cuyo objeto pasan á sus santuarios subterráneos. «Los Drusos continúan siendo, aun más que los Judíos, un pueblo particular», dice el Coronel Churchill(1), uno de los pocos escritores estrictamente rectos é imparciales. «Contraen matrimonio dentro de su propia raza; raras veces se han convertido, si es que ha habido algun caso; se adhieren tenazmente á sus tradiciones, y burlan todos los esfuerzos que se hagan para descubrir sus queridos secretos... El mal nombre de aquel Califa á quien consideran como á su fundador halla justa compensación en las vidas puras de algunos á quienes honran como santos, y en el heroísmo de sus caudillos feudales».

Y sin embargo, puede decirse que los Drusos pertenecen á una de las sociedades secretas menos esotéricas. Hay otras mucho más sabias y poderosas, de cuya existencia ni siquiera se sospecha en Europa. Existen muchas ramas de la Gran Logia Madre que, confundidas con ciertas comunidades, pueden ser llamadas sectas secretas dentro de otras sectas. Una de ellas es la conocida comunmente por Laghana-Sastra. Cuenta muchos millares de adeptos que están diseminados en pequeños grupos al sud del Dekkán, India. Por superstición popular, esta secta es temida á causa de su gran reputación para la magia y hechicería. Los Brahmanes acusan á sus miembros de ateísmo y sacrilegio, pues ninguno de ellos consentirá en reconocer la autoridad, ya sea de los *Vedas* ó de *Manú*, excepto en aquello que esté de acuerdo con las versiones que ellos poseen, sobre las cuales sostienen abiertamente que son los únicos textos originales; los Laghana-Sastra no tienen ni templos ni sacerdotes, pero, dos veces al mes, cada miembro de la comunidad tiene que ausentarse de su casa por espacio de tres días. Rumores populares, salidos principalmente de entre las mujeres, atribuyen tales ausencias á peregrinaciones á que tienen lugar en sus sitios de reunión quincenal. En algunos lugares montañosos, apartados, ignorados é inaccesibles para otras sectas, ocultos y muy difíciles de ver entre la lujuriosa vegetación de la India, tienen ellos sus bungalows, que parecen pequeñas fortalezas, rodeados como están de elevados y gruesos muros. Estos á su vez están circundados por los árboles sagrados llamados *assonata*, y en Tamul *arassa maram*. Estas son las «alamedas sagradas», las que dieron origen á las de Egipto y de Grecia, dentro las cuales edificaban también sus iniciados sus templos fuera del alcance de los profanos (2).

No será leído sin interés lo que Mr. John Yarker Jr. viene á decir acerca de algunas sociedades secretas modernas, existentes

(1) «Monte Líbano», vol. 3, Londres, 1853.

(2) En la India, cada templo está rodeado de esta especie de fajas de árboles sagrados. Y, á manera del Koum-Boum de Kansu (Mongolia), nadie que no sea iniciado tiene derecho á aproximarse á ellos.



entre los Orientales. «Lo que tiene más parecido con los Misterios Brahmánicos se halla probablemente en los primitivos 'senderos' de los Dervishes, que están generalmente gobernados por doce oficiales, uno de los cuales ejerce el tribunal más antiguo de superintendente sobre los demás, por derecho de ancianidad. Aquí el maestro del Tribunal es llamado *Sheik*, y tiene sus diputados, 'Califas', ó sucesores; de éstos puede haber muchos (como por ejemplo, en el grado honorífico de un Maestro Masón). La orden está dividida cuando menos en cuatro columnas, pilares ó grados. El primer paso es el de Humanidad, que representa atención á la ley escrita, y renunciación ó anulación en el *Sheik*. El segundo es el del 'Sendero', en el cual el *Murid* se ha convertido en inspirado; es llamado 'aniquilación en el Profeta'. El cuarto grado hasta le conduce á Dios, y entonces se convierte en una parte de la Deidad, y le ve á Él en todas las cosas. Los grados primero y segundo han recibido subdivisiones modernas, tales como Integridad, Virtud, Templanza, Benevolencia. Después de todo esto, el *Sheik* le confiere el grado de 'Califa' ó Maestro Honorario, pues dicen en su místico lenguaje: 'debe morir el hombre antes que pueda nacer el santo'. Se verá que esta especie de misticismo es aplicable al Cristo, como fundador de un Sendero».

A lo anterior, el autor añade lo siguiente acerca de los Dervishes Bektash, que «á menudo iniciaban á los Jenizaros. Usan *un pequeño cubo de mármol, manchado de sangre*. Su rito consiste en lo siguiente. Antes de recibir al candidato, se le pone á prueba un año, durante el cual se le comunican falsos secretos para probarle; tiene dos padrinos, y *se le despoja de toda clase de metales y hasta de sus vestidos*; de la lana de una oveja se fabrica una cuerda para su cuello, y un cinturón para sus lomos; se le conduce al centro de una habitación cuadrada, presentado como un esclavo, y sentado sobre una gran piedra con doce pechinas; los brazos cruzados sobre su pecho, el cuerpo inclinado hacia adelante, los dedos de su pié derecho extendidos sobre su pié izquierdo; después de varias oraciones, se le coloca de cierta manera particular, con su mano de un modo especial puesta en la del *Sheik*, el cual recita un versículo del *Korán*: 'Aquellos que al darte su mano te prestan un juramento, lo prestan á Dios; la mano de Dios está colocada en su mano; cualquiera que viole este juramento lo hará en su propio daño, y, al que permanezca fiel, Dios le concederá una espléndida recompensa'. Su signo consiste en poner la mano debajo la barba, quizás como recuerdo de su voto. Todos emplean los dobles triángulos. Los Brahmanes ponen inscripciones de su trinidad en los ángulos y poseen también el signo Masónico de aflicción tal como se usa en Francia» (1).

(1) John Yarker Jr.: «Notas acerca de los Misterios Religiosos y Científicos de la Antigüedad», etc.

Desde el mismo día en que el primer místico halló los medios de comunicación entre este mundo y los de la hueste invisible, entre la esfera de la materia y la del espíritu puro, sacó la deducción de que el abandonar esta misteriosa ciencia á la profanación del vulgo era perderla. Su abuso podía conducir á la humanidad á una rápida destrucción; equivaldría á poner en torno de un grupo de niños una cantidad de substancias explosivas, y al propio tiempo procederles de mechas. El primero que fué Adepto inició únicamente á unos pocos escogidos y se mantuvo reservado con las multitudes. Había reconocido á su Dios, y sentido al gran ser en su propio interior. El «Atman», el Yo (1), el Señor poderoso y Protector, una vez que el hombre le conoció por el *Yo soy*, el *Ego Sum*, el *Ahmi*, manifestó su pleno poder á aquel que pudo reconocer la *voz pequeña y tranquila*. Desde los días del hombre primitivo descrito por el primer poeta Védico, hasta nuestra época moderna, no ha existido ningún filósofo digno de este nombre que no haya llevado en el secreto santuario de su corazón la grande y misteriosa verdad. Si era iniciado, lo aprendió como una ciencia sagrada; si en otro sentido, entonces, al igual que Sócrates, repitiéndose á sí mismo, como lo hacía á sus compañeros, el noble precepto: «Oh, mortal, concómete á ti mismo», alcanzó á reconocer en su mismo interior á su Dios. «Vosotros sois

(1) Este «Yo», que los filósofos Griegos llamaban *Augaides*, el «Resplandeciente», está magníficamente descrito y de un modo sugestivo en el «Veda» de Max-Müller. Presentando al «Veda» como el primer libro de las naciones Aryas, el profesor añade que «en él tenemos un periodo de la vida intelectual del hombre del que no existe otro paralelo en ninguna otra parte del mundo. En los himnos del 'Veda', vemos al hombre abandonado á que solucione el enigma de este mundo... Invoca á los dioses en torno suyo, les glorifica, les adora. Pero, sin embargo, con todos estos dioses... por debajo y encima de él, al poeta primitivo le parece estar intranquilo en su interior. En su propio pecho, ha descubierto además un poder que jamás permanece mudo cuando él está orando, que nunca se ausenta cuando está temeroso y tiembla. Parece que suspira sus plegarias, y al propio tiempo las escucha; parece que vive en él, y ser además su sostén, y de todo cuanto le rodea. El único nombre que puede aplicar á este poder misterioso es Brahman; pues *brahman* significaba, en su origen, fuerza, voluntad, deseo, y el poder propulsor de la creación. Pero este Brahman impersonal, tan pronto como se le nombra, crece también hasta convertirse en algo extraordinario y divino. Acaba por ser uno de tantos dioses, uno de la gran tríada, venerada hasta hoy día. Y, á pesar de todo, el pensamiento que en su interior recibe no tiene verdadero nombre; aquel poder que nada es más que él mismo, que sostiene á los dioses, á los cielos, y á cada uno de los seres vivientes, flota ante su mente, concebido pero no expresado. Al fin, él le llama Atman, pues Atman, que en su origen es aliento ó espíritu, viene á significar Yo, y únicamente yo; Yo, ya sea Divino ó humano; Yo, sea creando ó sufriendo; Yo, ya sea uno ó todo: pero siempre Yo, independiente y libre. 'Quién ha visto al primogénito', dice el poeta, cuándo aquel que no tuvo huesos (ó sea forma) fué el sostén de aquel que tuvo huesos? En dónde estaba la vida, la sangre, el Yo del mundo? Quién fué á preguntarlo á alguien que le hubiese conocido?» («Rig Veda», I, 164). Una vez expresada esta idea de un Yo divino, todo lo demás ha de reconocer su supremacía; «Yo es el Señor de todas las cosas. Yo es el Rey de todas ellas. Así como todos los rayos de una rueda están contenidos en el cubo y en la circunferencia, en este Yo están contenidas todas las cosas. Todos los Yos están contenidos en este Yo. Brahman mismo no es más que sí mismo». (Idem, p. 478; «Khândogya-upanishad», VIII, 3, 3, 4). «Chips from a German Workshop», vol. I, p. 69.

dioses», nos dice el rey psalmista; y hallamos á Jesús recordando á los escribas que la expresión «Vosotros sois dioses» iba dirigida á otros mortales, y reclamaba igual privilegio para sí mismo sin incurrir en blasfemia (1). Y á manera de un eco fiel, mientras Pablo asegura que todos nosotros somos «el templo de Dios viviente» (2), añade cautelosamente que, sin embargo, estas cosas son únicamente para los «sabios», y que no es lícito hablar de ellas.

Por lo tanto, debemos aceptar el aviso y observar sencillamente que hasta en la torturada y bárbara fraseología del *Codex Nazaræus* descubrimos por completo la misma idea. A manera de una rápida y cristalina corriente subterránea, circula sin confundir su diáfana pureza con las densas y cenagosas aguas del dogmatismo. La encontramos en el *Codex*, lo mismo que en los *Vedas*; tanto en el *Avesta*, como en el *Abhidharma*; y en los *Sânkhyâ Sûtras* de *Kapila*, no menos que en el *Cuarto Evangelio*. No podemos obtener el «Reino de los Cielos» á menos de unirnos indisolublemente con nuestro *Rex-Lucis*, el Señor de Esplendor y de Luz, nuestro Dios Inmortal. Debemos primero conquistar la inmortalidad ofrecida á nuestros *yos* materiales y «apoderarnos del Reino de los Cielos por violencia». «El primer hombre es terrenal de la tierra; el *segundo es de los cielos*... Mirad, yo os presento un *misterio*», dice Pablo (I Corintios xv, 47). En la religión de Sakya-Muni, ilustrados comentadores tanto se han complacido últimamente en presentar como puramente *nihilística* la doctrina de la inmortalidad, que está muy claramente definida, á pesar de las ideas Europeas ó más bien Cristianicas acerca del Nirvana. En los sagrados libros Jaïna de Patuna, al moribundo Gautama se le dice lo siguiente: «Elévate hacia *Nirvi* (Nirvana) desde este cuerpo decrepito al cual has sido enviado. Asciende á tu *mansión anterior*, ¡oh, bendito Avatar!» Esto nos parece que está por completo en oposición con el Nihilismo. Si Gautama es invitado á reascender á su «anterior mansión», y ésta es Nirvana, es entonces incontestable que la filosofía Buddhista *no* enseña la anihilación final. Así como se dice de Jesús que después de su muerte apareció á sus discípulos, de igual modo se cree hasta hoy que Gautama desciende de Nirvana. Y si tiene allí una existencia, no puede pues este estado ser sinónimo de *aniquilación*.

Gautama, lo mismo que todos los demás grandes reformadores, tenía una doctrina para sus «elegidos» y otra para las masas libres, aunque el principal objeto de su reforma era iniciarles á todos, hasta un extremo que fuese posible y prudente el hacerlo, sin distinción de castas ó de fortuna, en las grandes verdades mantenidas secretas hasta entonces por el egoísmo de la clase Brahmánica. Gautama

(1) Juan, x, 34, 35.

(2) II Corintios, vi, 16.

Buddha es el primero á quien en la historia del mundo vemos movido por aquel generoso sentimiento que reúne á la humanidad entera en un solo abrazo, que invita al «pobre», al «lisiado» y al «ciego» á la mesa del festín del Rey, de la cual él excluía á todos aquellos que hasta entonces se habían sentado solos en ella con aislamiento altanero. Él fué quien primero abrió con mano enérgica las puertas del santuario á los parias, á los caídos y á todos los «afligidos por los hombres» vestidos de oro y de púrpura, con frecuencia mucho menos dignos que los proscritos á quienes su dedo señalaba con desprecio. Todo esto hizo Siddhartha seis siglos antes que lo hacía en otro país otro reformador tan noble y tan amante, aunque menos favorecido por la oportunidad. Si ambos, comprendiendo el gran peligro que involucraba el proporcionar á un populacho inculdo el arma de doble filo de la *ciencia que dá poder*, dejaron en la sombra más profunda al rincón más interno del santuario, ¿quién que conozca la naturaleza humana puede por ello criticarles? Pero mientras el uno fué movido por la prudencia, el otro se vió forzado á ello. Gautama dejó intacta la parte esotérica y más peligrosa de la «ciencia secreta», y vivió hasta la avanzada edad de ochenta años, con la seguridad de haber enseñado las verdades esenciales, y convertido á ellas una tercera parte del globo. Jesús prometió á sus discípulos la ciencia que confiere al hombre el poder *de producir milagros mucho mayores que los que jamás él mismo efectuó*, y murió dejando únicamente unos pocos individuos fieles en la mitad tan solo de la senda del conocimiento para luchar con el mundo, al que solo le podían comunicar lo que conocían no más que á *medias*. Posteriormente, sus sucesores aún desfiguraron más la verdad de lo que ellos mismos habían realizado.

No es exacto que Gautama nunca enseñara nada que tuviese relación con la vida futura, ó que negase la inmortalidad del alma. Pregúntese á cualquier Budhista inteligente sobre sus ideas acerca de Nirvana, y sin duda alguna se expresará como el tan conocido Wong-Chin-Fu, el orador Chino que en la actualidad viaja por este país, lo hizo en una reciente conversación que tuvimos sobre *Nie-pang* (Nirvana). «Esta condición», observó, «entendemos nosotros que significa una reunión final con Dios, coincidiendo con la perfección del espíritu humano por su postrer desprendimiento de la materia. Esto es lo más opuesto á la aniquilación personal».

Nirvana significa la certidumbre de la inmortalidad personal en *Espíritu*, no en *Alma*, la cual, como emanación finita, debe ciertamente sufrir la desintegración de sus partículas, un compuesto de sensaciones humanas, pasiones y anhelos por alguna clase de existencia objetiva, antes de que el espíritu inmortal del *Ego* esté completamente libertado, y por lo tanto seguro de no sufrir ninguna

transmigración ulterior en forma alguna. ¿Y cómo puede el hombre llegar jamás á este estado en tanto que el *Upadana*, el ansia de *vida*, más vida, no desaparezca del ser sensitivo, del *Ahankara*, revestido, sin embargo, de un cuerpo sublimado? Es el «Upadana», ó sea el intenso deseo, el que produce VOLUNTAD, y la *voluntad* lo que desarrolla *fuerza*, la cual engendra *materia* ú objeto que tiene forma. Así, el *Ego* desencarnado, únicamente por medio de este deseo permanente elabora inconscientemente las condiciones de sus propias procreaciones sucesivas en formas variadas que dependen de su estado mental, y *Karma*, las acciones buenas ó malas de su existencia anterior, llamadas comunmente «mérito y desmérito». Por esto es que el «Maestro» recomendaba, á los que le imploraban, la observancia de los cuatro grados de Dhyana, el noble «Sendero de las Cuatro Verdades», ó sea la adquisición gradual de indiferencia estoica, así por la vida como por la muerte; aquel estado de contemplación espiritual de sí mismo, durante el cual el hombre pierde por completo de vista su individualidad física y dual, compuesta de alma y cuerpo; y, uniéndose con su tercer yo inmortal más elevado, *el hombre real y celeste* se sumerge, por decirlo así, en la Esencia Divina, de donde su propio espíritu procedió como una chispa común de la tierra. Así el Arhat, el bendito mendicante, podrá alcanzar Nirvana estando aún en la tierra; y su espíritu, libertado por completo de las ataduras de la «sabiduría psíquica, terrestre y *diabólica*», como Jaime la llama, y siendo por su propia naturaleza omnisciente y omnipotente, puede producir en la tierra, con el solo poder de su *pensamiento*, los más grandes fenómenos.

«Fueron los misioneros de la China y de la India los que sentaron por vez primera esta falsedad acerca de Niepang ó Niepana (Nirvana)», dice Wong-Chin-Fu. ¿Quién puede negar la verdad de esta acusación después de haber leído, por ejemplo, las obras del Abbe Dubois? Un misionero que pasa cuarenta años de su vida en la India, y luego escribe que «los Buddhistas no aceptan otro Dios que el cuerpo del hombre y no tienen más objetivo que la satisfacción de sus sentidos», publica una falsedad que puede ser probada con el testimonio de las leyes de los Talapoines de Siam y de Birmah; leyes que prevalecen aún hoy día, y que condenan á muerte por decapitación lo mismo á un sabán ó *punghi* (un hombre instruido; del Sánscrito *Pundit*) que á un simple Talapoin por el crimen de deshonestidad. Ningún extranjero puede ser admitido en sus *Kyums* ó Viharas (monasterios), y, no obstante, existen viajeros franceses, imparciales y rectos en otro sentido, que, hablando de la gran severidad de las reglas á que están sujetos en aquellas comunidades los monjes Buddhistas, y sin poseer un solo hecho que corrobore su escepticismo, dicen llanamente que «no obstante los grandes elogios

que de ellos (Talapoines) han hecho ciertos viajeros, fúndanse *meramente en la fuerza de las apariencias*. Yo no creo del todo en su castidad» (1).

Afortunadamente para los talapoines, lamas, sahâns, upasampadas (2) y hasta samenaïras (3) Buddhistas, poseen hechos y documentos públicos que, por sí solos, son de mucho mayor peso que la infundada opinión personal de un Francés, nacido en países católicos, al cual á duras penas podemos culpar de que haya perdido toda fé en la virtud clerical. Cuando un monje Buddhista es culpable (lo cual quizás no ocurre ni una sola vez en un siglo) de conversación criminal, ni dispone de una comunidad de miembros blandos de corazón, á quienes pueda conmover con lágrimas ó por medio de una elocuente confesión de sus culpas, ni tiene á un Jesús, en cuyo sobrecargado y por largo tiempo doliente seno, son arrojadas como en un común muladar cristiano todas las impurezas de la raza. Ningún transgresor Buddhista puede consolarse con las perspectivas de un Vaticano, dentro de cuyos muros saturados de pecados, lo negro es convertido en blanco, los asesinos en santos intachables, y en cuyos confesionarios pueden ser negociadas lociones doradas ó plateadas para lavar, al tardío penitente, ofensas de mayor ó menor importancia cometidas contra Dios ó los hombres.

Excepto unos pocos arqueólogos imparciales, que descubren un elemento directamente Buddhista en el Gnosticismo, lo mismo que en todas aquellas sectas primitivas cuya vida fué efímera, muy pocos autores conocemos que, al escribir acerca del Cristianismo Primitivo, hayan concedido á la cuestión la importancia que se merecía. ¿No poseemos acaso datos suficientes para despertar cuando menos algún interés hacia esta línea de estudio? ¿No sabemos que, en época tan remota como la de Platón, existan «Brahmanes»—léase misioneros Buddhistas, Samaneanos, Saman ó Shaman—en Grecia, y que en breve tiempo se esparcieron por todo el país? No les muestra Plinio establecidos en las orillas del Mar Muerto, durante millares de años? Después de haber hecho todas las concesiones necesarias á la exageración, todavía tenemos que dejar en el margen varios siglos antes de J. C. ¿Y es posible que su influencia no haya dejado más profundas huellas en todas estas sectas que lo que generalmente se cree? Sabemos que la secta Jaïna pretende que el Buddhismo ha sido derivado de sus dogmas, y que el Buddhismo

(1) Jacolliot: «Voyage au Pays des Elephants».

(2) Principales Sacerdotes Buddhistas en Ceilán.

(3) Samenaïra es el que estudia para obtener el elevado cargo de un *Oepasampala*. Es un discípulo, y es considerado como un hijo por el sacerdote principal. Sospechamos que los Seminaristas Católicos debían tener presentes á los Buddhistas en cuanto á la genealogía de su título.

existía antes de Siddhârtha, más conocido como Gautama Buddha. Los Brahmanes Indos, á quienes los Orientalistas Europeos niegan el derecho de saber algo acerca de su propio país, ó de entender su propio idioma y anales mejor que los que jamás han estado en la India, apoyándose en el mismo principio en que se fundan los Theólogos Cristianos para prohibir á los Judíos que interpreten sus propias Escrituras; los Brahmanes, decimos nosotros, poseen anales y documentos auténticos. Y éstos muestran la encarnación del primer Buddha en la Virgen Avany—*Luz Divina* es aquél llamado—como habiendo tenido lugar algunos millares de años antes de J. C. en la isla de Ceilán. Los Brahmanes rechazan la pretensión de que fuera un avatar de Vishnú, pero admiten la aparición de un reformador del Brahmanismo en aquel tiempo. La historia de la Virgen Avany y de su divino hijo, Sâkya Muni, está registrada en uno de los libros sagrados de los Buddhistas Cingaleses, el *Nirdhasa*; y la cronología Brahmánica fija la fecha de la gran revolución Buddhista y guerras religiosas, con la subsiguiente difusión de la doctrina de Sakya Muni por el Thibet, China, Japón y otros países, en el año 4620 antes de J. C. (1).

Claro es que Gautama Buddha, el Hijo del Rey de Kapilavastu y el descendiente del primer Sakya, por parte de padre, que pertenecía á la casta guerrera ó Kshatriya, no inventó su filosofía. Filántropo por naturaleza, sus ideas se desarrollaron y adquirieron madurez mientras estuvo bajo la tutela de Tir-thankara, el famoso Gurú de la secta Jaïna. Esta última pretende que su filosofía es el árbol del cual el Buddhismo contemporáneo no es más que una rama desprendida y que ellos mismos son los únicos secuaces del primer Buddha á quienes fué permitido permanecer en la India después de la expulsión de todos los demás Buddhistas; debido probablemente á un compromiso adquirido y por haber admitido algunas de las doctrinas Brahmánicas. Lo menos que puede decirse es que es curioso que tres religiones distintas y enemigas, como el Brahmanismo, el Buddhismo y el Jainismo, coincidan tan perfectamente en sus tradiciones y Cronología en lo que al Buddhismo se refiere, y que nuestros sabios solo escuchen sus propias especulaciones é hipótesis sin fundamento ninguno. Si el nacimiento de Gautama puede decirse, con algunas apariencias de exactitud, que tuvo lugar unos 600 años antes de J. C., se debe entonces conceder á los Buddhas precedentes algún lugar en la cronología. Los Buddhas no son dioses, sino sencillamente individuos iluminados por el espíritu de Buddha, el rayo divino. Ahora bien, ¿es acaso que viéndose nuestros Orientalistas incapaces de vencer por sí mismos todas las dificultades con el solo

(1) Jacolliot declara, en su «Fils de Dieu», que ha copiado estas fechas del «Libro de los Zodiacos Históricos», conservado en la Pagoda de Vilenuur.

auxilio de sus propias investigaciones, prefieren cerrar los ojos y negarlo todo, antes que conceder á los Indos el derecho de saber algo acerca de su propia religión é historia? Extraña manera de descubrir la verdad.

El argumento comunmente aducido contra la pretensión Jaïna, de haber sido el origen de la restauración del antiguo Buddhismo, ó sea que el principal dogma de esta última religión es opuesto á la creencia de los Jaïnas, no es sólido. Los Buddhistas, dicen nuestros Orientalistas, niegan la existencia de Un Ser Supremo; los Jaïnas admiten uno, pero protestan contra la suposición de que Él pueda inmiscuirse en la regulación del Universo. Ya hemos demostrado, en el capítulo anterior, que los Buddhistas no niegan semejante cosa. Pero si algún sabio desinteresado quisiese estudiar cuidadosamente la literatura Jaïna en sus millares de libros que aún se conservan—ó mejor dicho, que se hallan escondidos—en Rajpootana, Jusselmere, en Patun, y en otros lugares (1); y especialmente si pudiese tener acceso á los más antiguos de sus sagrados volúmenes, encontraría una perfecta identidad de pensamiento filosófico, si no de ritos populares, entre los Jaïnas y los Buddhistas. El Adi-Buddha y Adinátha (ó Adiswara) son idénticos en esencia y objeto. Y ahora, si, remon-tándonos hacia atrás, seguimos las huellas de los Jaïnas, con sus pretensiones á la propiedad de los más antiguos templos-cuevas (aquellos soberbios ejemplares de arquitectura y escultura Inda), y sus anales de una antigüedad casi increíble, difícilmente podemos rehusar el considerarles desde el punto de vista que ellos pretenden. Debemos admitir que, según todas las probabilidades, son ellos los únicos descendientes verdaderos de los primitivos poseedores de la antigua India, quienes fueron despojados por aquellas misteriosas y conquistadoras hordas de Brahmanes de blanca piel á quienes en el crepúsculo de la historia vemos aparecer desde el principio vagando por entre los valles de Jumna y del Ganges. Los libros de los Srawacs—los descendientes únicos de los Arhâts ó Jaïnas primitivos, los desnudos ermitaños de las selvas de la antigüedad—podrían quizás arrojar alguna luz en más de una cuestión embarazosa. Pero ¿tendrán nuestros sabios Europeos acceso á esos verdaderos volúmenes ínterin prosigan en su peculiar línea de estudios? Mucho lo dudamos. Pregúntese á cualquier Indo digno de fé cómo han tratado los misioneros aquellos manuscritos que desgraciadamente han caído en sus manos, y entonces se verá si podemos echar en cara á los naturales el que traten de salvar de la profanación á los «dioses de sus padres».

Para sostener sus doctrinas, Ireneo y su Escuela tuvieron que

(1) Se nos dice que existen cerca de 20.000 de tales libros.



luchar rudamente con los Gnósticos. Lo mismo le sucedió á Eusebio, quien se encontraba muy perplejo acerca del modo como habla que considerar á los Esenios. Los procedimientos y costumbres de Jesús y de sus Apóstoles presentaban un tan exacto parecido con los de esta secta, que no era posible dejar pasar este hecho en silencio. Eusebio se esforzaba en hacer creer á las gentes que los Esenios eran los primitivos Cristianos. Sus esfuerzos fueron contrarrestados por Philo-Judæus, quien escribió el periodo histórico de los Esenios y los describió con el más municioso cuidado, mucho tiempo antes de que hubiese aparecido un solo Cristiano en Palestina. Pero, si no había allí *Cristianos*, existían, sin embargo, Chrestianos mucho antes de la era Cristiana; y los Esenios pertenecían á estos últimos lo mismo que todas las demás fraternidades iniciadas, esto sin contar á los Christinitas de la India. Lepsius demuestra que la palabra *Nofre* significa *Chrestos*, «bueno», y que uno de los títulos de Osiris, «Onnofre», debe ser traducido «la bondad de Dios manifestada» (1). «El culto del Cristo no era universal en aquella fecha primitiva», dice Mackenzie, «con lo que quiero decir que la Christolatría no había sido aún introducida, sino que, por el contrario, el culto de *Chrestos*—el Buen Principio—le precedió de muchos siglos, y aun sobrevivió á la general adopción del Cristianismo, como se ve demostrado en monumentos todavía existentes... Además, tenemos una inscripción que es pre-Cristiana en una tablilla epitafio (Spon, *Misc. Erud. Ant.* x, xviii, 2), *Γαχινθε Δασιταίων Δημοσίε Πρωίς Χρηστέ Χαίρε*, y de Rossi (*Roma Sotteranea*, tomo I, tab. XXI), que nos dá otro ejemplo de las catacumbas, 'Ælia Chreste, in Pace'» (2). Y *Kris*, como lo demuestra Jacolliot, significa «sagrado», en Sánscrito.

Las meritorias estratagemas del *verídico* Eusebio han resultado así un trabajo perdido. Fué victoriosamente desenmascarado por Basnage, quien, según dice Gibbon, «examinó con la mayor escrupulosidad crítica el curioso tratado de Philo en el cual describe á los Therapeutas, y halló comprobado que éste fué escrito en una época tan remota como la de Augusto, demostrando así, á despecho de Eusebio y de gran número de modernos Católicos, que los Therapeutas no eran ni Cristianos, ni monjes».

En resumen, los Gnósticos *Cristianos* aparecieron hacia los comienzos del siglo segundo, precisamente en los momentos en que los Esenios desaparecieron del modo más misterioso, lo cual indica que ellos eran los verdaderos Esenios y además *Christistas* puros, esto es, los que creían y mejor comprendían lo que uno de sus mismos hermanos había predicado. La insistencia de que la tetra Iota, men-

(1) Lepsius: «Konigsbuch», b. II, *tal. i. dyn.* 5, h. p. En I Pedro II, 3, Jesús es llamado «El Señor Chrestos».

(2) Mackenzie: «Real Ciclopedia Masónica», p. 207.

cionada por Jesús en *Mateo* (v 19), indicaba una doctrina secreta relacionada con los diez ñones, basta para demostrar á un kabalista que Jesús perteneci3 á la Fracmasonería de aquellos tiempos; pues Yo, que es Iota en griego, tiene otros nombres en otras lenguas; y es, como lo era entre los Gn3sticos de aquellos tiempos, una palabra que sirve de salvo-conducto, y que, en las fraternidades orientales que hoy día existen, significa el CETRO del PADRE.

Pero durante los primeros siglos, estos hechos, aunque eran bien conocidos, fueron de propósito ocultados, y no solo se hizo todo lo posible para apartarlos del dominio del p3blico, sino que adem3s fueron negados sistem3ticamente siempre que las circunstancias hacían forzosa su discusi3n. Las denuncias de los Padres eran tanto m3s violentas cuanto m3s patente era la verdad que trataban de refutar.

«Esto sucede», escribe Ireneo, quej3ndose de los Gn3sticos, «porque ellos no aceptan ni las escrituras ni la tradici3n» (1). Y ¿por qu3 hemos de maravillarnos de esto, cuando hasta los comentadores del siglo diez y nueve, con solo fragmentos de los manuscritos Gn3sticos que han comparado con los voluminosos escritos de sus calumniadores, han podido descubrir fraudes en casi cada p3gina? ¿Cu3nto m3s no debieron los sabios y cultos Gn3sticos, con todas sus ventajas de observaci3n personal y del conocimiento de los hechos, hacerse cargo del estupendo esquema de fraudes, que ante sus mismos ojos se consum3! ¿Por qu3 acusaban á Celso de sostener que toda su religi3n estaba fundada en las especulaciones de Plat3n, con la diferencia de que sus doctrinas eran mucho m3s puras y racionales que las suyas, cuando encontramos á Sprengel, diez y siete siglos despu3s, escribiendo lo siguiente?: «No solamente creían ellos (los cristianos) descubrir los dogmas de Plat3n en los libros de Mois3s, sino que adem3s imaginaban que, introduciendo el Platonismo en el Cristianismo, *elevarían la dignidad de esta religi3n y la harían m3s popular entre las naciones*» (2).

De tal modo lo introdujeron que no solamente fu3 la filosofía Plat3nica escogida como base de su trinidad, sino que hasta las leyendas y fábulas míticas que eran familiares entre los admiradores del gran fil3sofo—pues una costumbre sancionada por el tiempo exigía que se presentara á los ojos de la posteridad esos aleg3ricos homenajes prestados á cada uno de los h3roes dignos de ser deificados—fueron modificadas y empleadas por los Cristianos. Sin necesidad de ir á paises tan apartados como la India, ¿no tenían á mano un ejemplo para la «concepci3n milagrosa», origen de la milagrosa concepci3n mítica en la leyenda de Periktione, la madre de Plat3n?

(1) «Adv. Hær.», III, 2, § 2.

(2) Sprengel: «Histoire de la Medecine».

También en su caso, sostenía la tradición popular que lo había concebido quedando inmaculada, y que el dios Apolo era su padre. Del mismo modo, la anunciación por medio de un ángel á José, en sueños, la copiaron los Cristianos del mensaje de Apolo á Aristón, el marido de Periktione, de que el niño que iba á nacer era la progenie de aquel dios. Del mismo modo se decía de Rómulo que era el hijo de Marte y de la virgen Rhea Sylvania.

Todos los escritores que se han ocupado de simbolismo sostienen generalmente que los Ophitas eran culpables de practicar los más licenciosos ritos durante sus asambleas religiosas. La misma acusación fué lanzada contra los Maniqueos, los Carpocratianos, los Paulicianos, los Albigenses y, en resumen, contra toda secta Gnóstica que tenía la temeridad de reclamar el derecho de pensar por sí misma. En nuestros modernos tiempos, las 160 sectas Americanas y las 125 Inglesas no son con tanta frecuencia molestadas con semejantes acusaciones; los tiempos han cambiado, y hasta el en otro tiempo omnipotente clero, ó tiene que refrenar su lengua ó probar sus calumniosas acusaciones.

Hemos ojeado cuidadosamente las obras de autores tales como Payne Knight, C. W. King y Olshausen, que tratan de nuestro asunto; hemos pasado revista á los extensos volúmenes de Ireneo, Tertuliano, Sozomeno, Theodoret; y en ninguno de ellos, excepto en los de Epifanio, hemos encontrado acusación alguna fundada en la evidencia directa de un testigo de vista. «Ellos dicen», «*Alguno dice*», «Nosotros hemos oído»: tales son los términos generales é indefinidos empleados por los papales acusadores. Solamente Epifanio, en cuyas obras se hace constantemente mención de todos estos casos, parece experimentar gran placer siempre que enristra la lanza. No pretendemos hacer la defensa de todas las sectas que inundaron la Europa durante el siglo oncenno, las cuales dieron á luz las más extraordinarias creencias; nos limitaremos simplemente á las sectas Cristianas cuyas teorías estaban comprendidas bajo el genérico nombre de *Gnosticismo*. Estas sectas son las que aparecieron inmediatamente después de la pretendida crucifixión, y que persistieron hasta que fueron casi exterminadas, bajo la rigurosa ejecución de la ley de Constantino. Su mayor delito estaba en sus opiniones sincretísticas, pues en ningún otro período de la historia del mundo tuvo la verdad unas más tristes perspectivas de triunfo que en aquellos días de mistificación, de embustes y de deliberada falsificación de los hechos.

Pero antes de que nos veamos obligados á creer en las acusaciones, ¿no nos ha de ser permitido investigar los caracteres históricos de sus acusadores? Empecemos por preguntar: ¿en qué funda la Iglesia de Roma su pretensión de supremacía para sus doctrinas so-

bre las de los Gnósticos? En la sucesión Apostólica, indudablemente. La sucesión *tradicionalmente* instituida por Pedro el Apóstol inmediato. Pero y si se demuestra que esto es una ficción? En este caso toda la estructura sostenida por tales imaginarios puntales se derrumbaría con estrépito. Y cuando investigamos cuidadosamente, vemos que debemos tomar las palabras de Ireneo *tan solo* por lo que valgan; de Ireneo, que no proporciona una sola prueba válida en apoyo de lo que con tanta audacia pretende demostrar, á cuyo fin recurre á interminables falsificaciones. No cita autoridad ninguna, ni para sus fechas, ni para sus aserciones. Este digno Smyrniota ni siquiera tiene la brutal pero sincera fé de Tertuliano, pues se contradice á cada paso, y solo sostiene sus pretensiones por medio de sutiles sofismas. Aunque era indudablemente un hombre de refinada inteligencia y muy instruido, no le importó gran cosa el que, debido á algunas de sus afirmaciones y argumentos, pudiera aparecer como un idiota ante los ojos de la posteridad, con tal de sostener la situación. Atacado y acorralado á cada paso por sus no menos sutiles y sabios adversarios, los Gnósticos, se parapeta descaradamente tras la fé ciega, y en contestación á su inflexible lógica se abraza á imaginarias tradiciones por él mismo inventadas. Reber observa muy oportunamente: «cuando leemos sus erróneas aplicaciones de palabras y sentencias, deberíamos deducir que era un lunático, si no supiésemos que era otra cosa» (1).

Tan descaradamente embustero se presenta este «Santo Padre» en muchas ocasiones, que hasta se ve contradecido por Eusebio, el cual es más circunspecto, aunque no más veraz que el otro. Se ve impelido por la necesidad á obrar así en vista de la incontrastable evidencia. Así, por ejemplo, Ireneo asegura que Papias, Obispo de Hierápolis, era un oyente directo de S. Juan (2). Y Eusebio se ve obligado á demostrar que Papias jamás pretendió semejante cosa, contentándose con dejar sentado que habia recibido su *doctrina de aquellos que habian conocido á Juan* (3).

En un punto le llevaron la ventaja los Gnósticos á Ireneo. Debido al temor de aparecer inconsecuente, le obligaron á admitir su doctrina kabalística de la expiación; incapaz Ireneo de comprenderla en su significación alegórica, la introdujo en la Teología Cristiana, tal como la hallamos en su presente estado de «pecado original *versus* Adam», una doctrina que hubiera llenado á Pedro de un santo horror si todavía hubiese vivido.

El segundo campeón de la propagación de la Sucesión Apostólica es el mismo Eusebio. ¿Es la palabra de este Padre Armenio más

(1) «El Cristo de Pablo», p. 188.

(2) «Adv. Hær.», v, 33, § 4.

(3) Eusebius: «Hist. Eccles.» III, p. 39.

digna de crédito que la de Ireneo? Veamos lo que los críticos más competentes dicen de él. Pero, antes de dirigirnos á los críticos modernos, debemos recordar al lector los injuriosos términos con los cuales es atacado Eusebio por Jorge Syncellus, el Vice-Patriarca de Constantinopla (siglo octavo), por su audaz falsificación de la Cronología Egipcia. La opinión de Sócrates, un historiador del siglo quinto, no le es más favorable. Acusa sin temor alguno á Eusebio de alterar fechas históricas con el objeto de complacer al Emperador Constantino. En su obra cronográfica, procedió antes por sí mismo á falsificar las tablas sincrónicas, á fin de dar á la cronología de las Escrituras una apariencia más digna de crédito. Y Syncellus dirige á Eusebio los más deliciosos epitetos del repertorio monjil. *El Barón Bunsen halla justificada esta enérgica reprimenda, si bien rechaza el grosero lenguaje que en ella campea.* Sus cuidadosas investigaciones al proceder á la rectificación del *Catálogo Egipcio de Cronología* de Manethón, le obligaron á confesar que, en su obra, el Obispo de Cæsárea «no tuvo más objeto que el de mutilar *deliberadamente* la historia». «Eusebio», dice, «es el autor de aquella sistemática teoría de Synchronismos que con tanta frecuencia en lo sucesivo ha deformado y mutilado á la historia en su lecho de Procusto» (1). A esto el autor del *Desenvolvimiento Intelectual de Europa* añade: «Entre aquellos que se han hecho más culpables de esta ofensa, el nombre del famoso Eusebio, el Obispo de Cæsárea... debe figurar en primera línea» (2).

No estará fuera de lugar el recordar al lector que al mismo Eusebio se le acusa de haber interpolado el famoso párrafo referente á Jesús (3), el cual fué tan milagrosamente hallado, en el decurso del tiempo, entre los escritos de Josefo, y que había permanecido hasta aquel momento completamente ignorado. Renan, en su *Vida de Jesús*, expone una opinión contraria. «Yo creo», dice, «que el pasaje referente á Jesús es auténtico. *Está perfectamente escrito en el mismo estilo de Josefo; y si este historiador ha hecho mención de Jesús, es así como de él debe haber hablado.*»

Pidiéndole perdón á este sabio eminente, debemos contradecirle de nuevo. Dejando á un lado su cauteloso «*si*», queremos sencillamente hacer ver que, aunque el corto párrafo es posible que sea genuino, y que esté «perfectamente dentro del estilo de Josepho», sus diversas digresiones son evidentemente falsificaciones posteriores; y que «*si*» Josepho hubiese, después de todo, mencionado á Cristo, *no* es así como «hubiera hablado de él». Todo el párrafo no consta más que de unas pocas líneas y dice: «En este tiempo existía *Iasous*,

(1) Bunsen: «Egipto», vol. 1, p. 200.

(2) «Desenvolvimiento Intelectual de Europa», p. 147.

(3) «Antigüedades», lib. xviii, cap. 3.

un HOMBRE SABIO (1), si, después de todo, *es justo llamarle un hombre!* (ἄνδρα), puesto que realizaba hechos prodigiosos y era un instructor de aquellos hombres que reciben 'las verdades' con placer... Este era el UNGIDO (!!), quien, debido á una acusación lanzada contra él por los principales del pueblo, fué condenado á la cruz por Pilatos. Sus acusadores no quisieron amar al que les brindaba su amor. Sin embargo, él se les apareció vivo al tercer día. De este Ungido es de quien los profetas divinos han dicho éstas y otras muchas cosas maravillosas».

Este párrafo (de diez y seis líneas en el original) contiene dos inequívocas afirmaciones y una calificación. Esta última se halla contenida en la sentencia siguiente: «si después de todo es justo llamarle un hombre». Las afirmaciones inequívocas están contenidas en «Este es el UNGIDO», y en que Jesús «se les apareció vivo al tercer día». La Historia nos presenta á Josepho como á un Judío ortodoxo, completamente inflexible y obstinado, aunque escribió para «los Paganos». Conviene hacerse cargo de la falsa posición en que semejantes sentencias hubieran colocado á un Judío *pur sang*, si realmente hubiesen emanado de él. Su Mesías era entonces y es todavía esperado. El Mesías es el Ungido, y *viceversa*. Y se pretende que Josepho escribió que los principales del pueblo habían acusado y crucificado á su Mesías y Ungido!! Todo comentario está de más ante tal absurda incongruencia (2), aunque esté sostenida por un sabio de la talla de Renan.

En cuanto á Tertuliano, aquella antorcha papal á quien des Mousseaux ensalza en compañía de sus otros semi-dioses, es considerado por Reuss, Baur y Schweigler de un modo completamente distinto. La falta de veracidad en la exposición y la incuria de Tertuliano, dice el autor de *Religión Sobrenatural*, son con frecuencia evidentes. Reuss califica su Cristianismo de «*apre, insolent, brutal, ferrallieur*». Carece de unción y de caridad, á veces hasta de *lealtad*, cuando se halla frente á frente de la oposición. «Si», observa este autor, «en el siglo segundo todos los sectarios, excepto algunos gnósticos, eran intolerantes, Tertuliano era el más intolerante de todos!»

La obra empezada por los primitivos Padres fué concluída por el sofisticado Agustín. Sus especulaciones supra-trascendentales acerca de la Trinidad son imaginarios diálogos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y las *revelaciones* y alusiones encubiertas acerca de sus ex-hermanos, los Maniqueos, han conducido al mundo á cubrir al Gnoticismo de oprobio, y han arrojado en la más profunda sombra

(1) Hombre sabio siempre significa un kabalista entre los antiguos. Significa astrólogo y mago. «El Verdadero Israelita», vol. III, p. 206. Hakim es un médico.

(2) El Dr. Lardner lo rechaza como espurio, y da *nueve* razones en las cuales se apoya para rechazarlo.

la insultada majestad del único Dios, adorado en reverente silencio por los «paganos».

*Y así es que toda la pirámide de los Dogmas Católico Romanos no descansa sobre pruebas, sino sobre suposiciones.* Los Gnósticos habían acorralado á los Padres con tanta habilidad que su *única salvación era recurrir al fraude.* Durante cerca de cuatro siglos, los grandes historiadores casi contemporáneos de Jesús no tuvieron la mas leve noticia ni de su vida ni de su muerte. Maravillábanse los Cristianos de una tan incomprensible omisión de lo que consideraba la Iglesia como el más grande acontecimiento de la historia del mundo. Entonces Eusebio los sacó del atolladero. Tales son los hombres que han calumniado á los Gnósticos. La primera y menos importante secta de que tenemos noticia es la de los Nicolaítas, de quienes Juan, en el *Apocalipsis*, hace decir á la voz que le habla en sus visiones que aborrece sus doctrinas (1). Estos Nicolaítas eran, sin embargo, los secuaces de Nicolás de Antioquia, uno de los «siete» escogidos por los «doce», para hacer la distribución del fondo común á los prosélitos de Jerusalén (Actos II 44, 45, VI 1-5), después de la Crucifixión (2); y un hombre de «conducta intachable, lleno del Espíritu Santo y de Sabiduría» (versículo 3). De modo que, según parece, el «Espíritu Santo y la sabiduría» de lo alto servían tanto de escudo contra la acusación de «herejía», como si jamás hubiesen iluminado á los «elegidos de los apóstoles».

Fácil sería averiguar la clase de herejía que atacaban, aunque no tuviéramos otras fuentes más auténticas de información en los escritos kabalísticos. La acusación y la naturaleza precisa de la «abominación» se hallan en el capítulo segundo del libro de la *Revelación*, versículos 14, 15. El pecado era meramente *matrimonio*. Juan era «virgen»; varios de los Padres confirman el hecho fundándose en la autoridad de la tradición. Hasta Pablo, el más liberal y altamente dotado de todos ellos, encuentra difícil el reconciliar la situación de un hombre casado con la de un fiel servidor de Dios. Existe también «una diferencia entre una esposa y una virgen» (3). Esta última se ocupa solo de las cosas del Señor, y la primera únicamente de «cómo puede complacer á su marido». «Si algún hombre piensa que se ha conducido inconvenientemente con respecto á su virgen... que se case. Sin embargo, el que se ha mantenido recto en su corazón, y que tiene poder sobre su propia voluntad, y que así lo ha decidido... conserve su virgen y obrará bien». Así es que el que se casa «hace bien ... pero el que no la da en matrimonio *hace mejor*». «Estás tú

(1) Revelación I y II.

(2) Felipe, el primer mártir, era uno de los siete, y fué apedreado poco más ó menos el año 34 después de J. C.

(3) I Corintios VII, 34.

separado de una esposa?», pregunta; «no busques una esposa» (27). Y observando que, según su modo ver, ambos serían más felices si no contraían matrimonio, añade como conclusión de mucho peso: «Y también pienso yo tener el Espíritu de Dios» (40). Las palabras de Juan están muy lejos de este espíritu de tolerancia. Según su visión, allí están solo los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron *redimidos* de la tierra, y «éstos son aquellos que no se han manchado con mujeres: porque *ellos eran vírgenes*» (1). Esto parece concluyente, pues, excepto Pablo, ninguno de estos primitivos *Nazari*, «separados» y consagrados á Dios, parece establecer una gran diferencia entre el «pecado» dentro de las relaciones del matrimonio legal y la «abominación» del adulterio.

Con tales opiniones y estrechez de miras era muy natural que empezaran estos fanáticos por lanzar esta *iniquidad* á manera de borrón á la faz de sus hermanos, y que después los abrumaran cada vez más con sus acusaciones. Como ya se ha dicho, solo Epifanio vemos que da minuciosos detalles acerca de los apretones de manos Masónicos, así como de otros signos de que se servían los Gnósticos para reconocerse. En otro tiempo había pertenecido á esta secta, y por lo tanto le era fácil proporcionar detalles. Pero hasta qué punto puede tenerse confianza en el digno obispo es una muy grave cuestión. No se necesita profundizar mucho la naturaleza humana para comprender que raras veces ha existido un traidor, un renegado que, en un momento de peligro, *viéndose perdido* ante la «evidencia de su complicidad», no haya mentido con tanta frescura como antes hizo traición. Los hombres jamás perdonan ni ceden ante aquellos á quienes ultrajaron. Odiamos á nuestras víctimas en proporción al daño que les causamos. Esta es una verdad tan antigua como el mundo. Por otra parte, es absurdo el creer que personas tales como los Gnósticos, quienes, según Gibbon, eran los más ricos, los más orgullosos, los mejor educados, lo mismo que los más ilustrados de la era Cristiana, fuesen culpables de las denigrantes y libidinosas acciones de que se complace Epifanio en acusarles. Aunque hubiesen sido como «aquella turba de mendigos andrajosos, casi desnudos, de feroces miradas», como Luciano describe que eran los secuaces de Pablo (2), dudaríamos en creer una tan infamante historia. ¡Cuánto menos probable es, pues, que hombres que eran Platónicos, además de Cristianos, se hayan hecho culpables de practicar tan repugnantes ritos!

Payne Knight no parece sospechar nunca del testimonio de Epifanio. Él arguye que, si «tenemos en consideración las voluntarias exageraciones del odio religioso y las consiguientes preocupaciones populares, la convicción general de que estos sectarios practicaban

(1) Revelación XIV, 3, 4.

(2) Philopatris, en «Diégesis» de Taylor, p. 376.



ritos de un carácter licencioso parece bastante evidente para que pueda ser completamente despreciada». Si traza una honrosa línea de separación entre los Gnósticos de los tres primeros siglos y aquellas sectas de la edad media cuyas doctrinas «tan estrecha semejanza tenían con el comunismo moderno», nada tenemos que objetar. Únicamente suplicaremos á todos los críticos que tengan presente que, si los Templarios eran acusados del más abominable de los crímenes, ó sea de aplicar el «ósculo santo» á la raíz de la cola de Baphomet (1), también se sospecha, con bastante fundamento por cierto, que San Agustín permitió á su comunidad el apartarse algo del primitivo procedimiento de administrar el «ósculo santo» cuando la fiesta de la Eucaristía. El Santo Obispo parece que fué muy escrupuloso en lo referente á ciertos detalles de la *toilet* de las damas á fin de que el «ósculo» fuera de una naturaleza estrictamente ortodoxa (2). Donde quiera que en el fondo exista un verdadero y sincero sentimiento religioso, no hay lugar para mundanos detalles.

Teniendo en cuenta el extraordinario desaseo de que desde un principio dieron muestras los Cristianos, no debemos maravillarnos ante tan extraña solicitud por parte del santo Obispo hacia sus diocesananas, á menos de que debamos disculparle teniendo en cuenta que quizás procedía aquella de alguna ligera reminiscencia que aún conservaba de los ritos Maniqueos.

Injusto sería, en verdad, el criticar á ningún escritor por conservar tales sospechas de inmoralidad como las referidas anteriormente, cuando tenemos á mano los escritos de muchos historiadores que pueden ayudarnos á verificar una investigación imparcial. «Los Heréticos» son acusados de crímenes en los cuales la Iglesia ha consentido más ó menos abiertamente, hasta á principios de este siglo. En 1233 el Papa Gregorio IX publicó dos bulas contra los Stedingers «por varias prácticas *paganas* y mágicas» (3), y éstos fueron, por supuesto, exterminados en nombre de Cristo y de su Santa Madre. En 1282 un clérigo de la parroquia de Inverkeithing llamado Juan verificaba en el día de Pascua ritos mucho peores que los «mágicos». Reuniendo á una multitud de jóvenes doncellas, las obligaba á entrar en «divinos éxtasis» y Bacanales furias, y las hacía danzar la antigua danza circular de las amazonas entorno de la figura del pagano «dios de los jardines». A pesar de que, á consecuencia de la denuncia de algunos de sus feligreses, fué citado ante su obispo, conservó su beneficio, puesto que probó *que aquella era la costumbre del país* (4).

(1) Los «Gnósticos y sus Restos», de King.

(2) «Aug. Serm.», c. l. i. Véase «Theología Mística de los Antiguos», de Payne Knight, p. 107.

(3) Baronius: «Annales Ecclesiastici», t. xxi, p. 89.

(4) «Chron. de Lanercost», ed. Stevenson, p. 109.

Los Waldenses, los «primitivos Protestantes», fueron acusados de los más antinaturales horrores; quemados, descuartizados y exterminados debido á las calumnias que sobre ellos acumularon sus acusadores. Mientras tanto, triunfantes estos últimos en toda la línea, organizaron sus paganas procesiones del «Corpus Cristi», con emblemas modelados sobre los de Baal-Peor y «Osiris», y en todas las ciudades del mediodía de Francia conducen, en sus anuales procesiones de los días de Pascua, panes y tortas en forma de los tan criticados emblemas de los Indos Sivitas y Vishnitas, y esto en el año 1825!

Privados de sus antiguos medios para calumniar á las sectas Cristianas cuyas opiniones religiosas diferían de las suyas, ahora les toca el turno á los «paganos» Indos, Chinos y Japoneses, para hacer también partícipes á las antiguas religiones del honor de haberles echado en cara denuncias de sus «libidinosas religiones».

Sin tener que ir tan lejos en busca de pruebas de inmoralidad igual, si es que no la sobrepuja, recordaríamos á los escritores Católico Romanos ciertos *bajos relieves* existentes en las puertas de la Catedral de San Pedro. Son tan de bronce como la puerta misma; pero lo son menos que aquellos autores que, conociendo todo esto, fingen ignorar hechos históricos. Una larga serie de Papas han fijado sus pastorales ojos sobre estos bronceados cuadros de la más vil obscenidad durante muchos siglos, sin que jamás se les haya ocurrido que hubiese la menor necesidad de suprimirlas. Todo lo contrario, pues podríamos citar algunos Papas y Cardenales que durante toda su vida han hecho de este asunto un objeto de estudio y han procurado copiar estas Paganas sugerencias de los «dioses de la naturaleza», tanto en teoría como en la práctica.

En la Podolia Polaca existía hace algunos años, en una Iglesia Católico Romana, una estatua de Cristo en mármol negro. Tenía la reputación de verificar milagros en ciertos días, tales como hacer que su pelo y barba crecieran á la vista del público y permitirse otras *menos* inocentes maravillas. Este espectáculo fué finalmente prohibido por el Gobierno Ruso. Cuando en 1585 los Protestantes tomaron á Embrun (Departamento de los Altos Alpes), encontraron en las iglesias de esta ciudad reliquias de un carácter tal que, como dice la Crónica, se vió á viejos soldados hugonotes sonrojarse varias semanas después á la simple mención del descubrimiento. En un ángulo de la Iglesia de San Fiacre, cerca de Monceaux, en Francia, existía—y si no nos equivocamos todavía existe—un asiento llamado «la silla de San Fiacre», que tenía la reputación de conferir la fecundidad á las mujeres estériles. Una roca situada en las cercanías de Atenas, no lejos de la llamada «Tumba de Sócrates», se dice que posee la misma virtud. Cuando hace unos veinte años la Reina Amelia, quizás en un momento de buen humor, se dijo que había en-

(1) Dulaure: «Historie Abrégée des Différents Cultes», vol. II, p. 285; Martezzi: «Pagganni e Christianni», p. 78.

sayado el experimento, no tuvieron fin los insultantes epítetos que le prodigó un Padre Católico que á la sazón pasaba por Syra en su viaje hacia alguna misión. Declaró que la Reina era una «supersticiosa herética!», «una hechicera abominable!», «Jezabel empleando artes mágicas». Mucho más sin duda alguna hubiera añadido el celoso misionero, si en medio de sus fogosos vituperios no se hubiese visto de repente interrumpido y lanzado desde la ventana para encontrarse sano y salvo sobre un charco de barro. El virtuoso orador se vió forzado á emprender un tal anormal viaje gracias al robusto brazo de un oficial Griego que casualmente entró en la habitación en aquel preciso momento.

Jamás ha existido una verdadera reforma religiosa que no haya sido pura al principio. Los primeros discípulos de Buddha, lo mismo que los de Jesús, eran todos hombres de la más elevada moralidad. La aversión sentida al vicio bajo todas sus formas por los reformadores de todos los tiempos se halla demostrada en los casos de Sakyamuni, Pythagoras, Platón, Jesús, S. Pablo y Ammonio Sakkas. Los grandes instructores Gnósticos—aunque menos afortunados—no fueron prácticamente ni menos virtuosos, ni menos puros moralmente. Marción, Basilides (1) y Valentinus eran famosos debido á sus ascéticas vidas. Los Nicolaítas, que, si bien no pertenecían á la gran colectividad de los Ophitas, se contaban entre las pequeñas sectas que en la misma fueron absorbidas al principio del siglo segundo, deben su origen, como ya hemos dicho, á Nicolás de Antioquia, «un hombre de intachable conducta, lleno del Espíritu Santo y de Sabiduría». Cuán absurda es la idea de que semejantes hombres hubiesen instituido «ritos libidinosos!» Tanto como si acusásemos á Jesús de haber instituido los ritos similares que con tanta profusión vemos que practicaban los *ortodoxos* Cristianos de la edad media, tras del seguro refugio de los muros monásticos.

Como quiera que sea, si se nos pide que demos crédito á tales acusaciones contra los Gnósticos, acusaciones lanzadas con acrimonia diez veces mayor, siglos después, sobre las infortunadas cabezas de los Templarios, ¿por qué razón no hemos de creer lo mismo respecto de los Cristianos ortodoxos? Minucius Félix afirma que «los primeros Cristianos fueron acusados de inducir, durante la ceremonia de la 'Perfecta Pascua', á cada neófito, cuando su admisión, á hundir un cuchillo en el cuerpo de un niño que estaba debajo de un montón de harina, sirviendo entonces el cuerpo de manjar á toda la congregación. Después que llegaron á ser el partido dominante, ellos (los Cristianos) lanzaron esta acusación sobre sus propios disidentes» (2).

(1) Tertuliano llama Platónico á Basilides.

(2) C. W. King: «Los Gnósticos y sus Restos», p. 197, nota al pie 1.

El verdadero crimen de heterodoxia se halla claramente descrito por Juan en sus *Epistolas y Evangelio*. «El que no confiese que Jesu-Cristo vino en carne... es un *impostor y un anticristo*» (2 *Epistola* 7). En su *Epistola* anterior enseña á su rebaño que existen *dos* trinidades (7, 8) —en resumen, el sistema Nazareno.

La consecuencia que de todo esto se deduce es que el acomodaticio y dogmático Cristianismo del período de Constantino es simplemente la progenie de las numerosas sectas en conflicto, hijas ellas mismas degeneradas, nacidas de Padres Paganos. Cada una de éstas podía decir que tenía representantes convertidos al llamado cuerpo *ortodoxo* de Cristianos. Y como que cada dogma nuevamente dado á luz tenía que ser sancionado por mayoría de votos, cada una de las sectas dió color al conjunto con su matiz peculiar, hasta el momento en que el Emperador impuso esta *revelada* olla podrida, de la cual evidentemente ni él mismo comprendía ni una sola palabra, sobre un mundo que tan poco predispuesto estaba para aceptar la *religión de Cristo*. Fatigada por las vanas tentativas de sondear este laberinto insondable de especulaciones internacionales, incapaz de apreciar una religión fundada sobre la pura espiritualidad de una concepción ideal, entregóse la Cristiandad á la adoración de la fuerza brutal, tal como la representaba la Iglesia apoyada por Constantino. Desde entonces, entre los millares de ritos, dogmas y ceremonias copiadas del Paganismo, la Iglesia solo puede pretender una invención completamente original suya, á saber: la doctrina de la condenación eterna, y una costumbre, la del anatema. Los Paganos rechazaban ambas cosas con horror. «Una maldición es cosa horrible y cruel», dice Plutarco. «Por este motivo la sacerdotisa de Atenas fue encomiada, puesto que rehusó maldecir á Alcibiades (por profanación de los Misterios) cuando el pueblo exigía que lo hiciese, pues dijo *que era una sacerdotisa de plegarias y no de maldiciones*» (1).

«Cuidadosas investigaciones demostrarían», dice Renan, «que casi todo el Cristianismo no es más que un mero conjunto de deshechos sacados de los Misterios Paganos. El primitivo culto Cristiano no es más que un misterio. Todo el orden interior de la Iglesia, los grados de iniciación, el mandato de silencio y una multitud de frases del lenguaje eclesiástico, no tienen otro origen... La Revolución que derribó el Paganismo *parece* á primera vista... una ruptura absoluta con el pasado... pero *la fe popular salvó del naufragio sus símbolos más familiares*. El Cristianismo introdujo al principio un cambio tan poco sensible en las costumbres de la vida social y privada que en el cuarto y quinto siglo existían un buen número de individuos que no se sabe á ciencia cierta si eran Cristianos ó Paganos; y hasta pa-

(1) Plutarco: «Controversias Romanas», p. 44.

rece que muchos no aciertan á distinguir diferencia alguna entre ambas religiones». Hablando después del *Arte*, que constituía una parte tan esencial de la antigua religión, dice que «*apenas tenía que chocar con ninguna de sus tradiciones*. El primitivo arte Cristiano no es en realidad más que el arte Pagano en su decadencia, ó en sus aspectos más inferiores. El Buen Pastor de las Catacumbas de Roma es una copia de Aristeus ó del Apolo Nomius, que en la misma actitud figura en el sarcófago Pagano, y que todavía lleva la flauta de Pan en medio de las cuatro estaciones semi-desnudas. En las tumbas Cristianas del cementerio de S. Calixto, Orfeo domestica á los animales. En otra parte, el Cristo como Júpiter -Plutón, y María como Proserpina, reciben las almas que Mercurio, llevando el sombrero de anchas alas, y en su mano la varilla para guiar el alma (*psychopompos*), las conduce á la presencia de los tres hados. Pegaso, el símbolo de la apoteosis; Psyque, el símbolo del alma inmortal; Cielo, personificado por un anciano, el río Jordán; y Victoria, figuran en una multitud de monumentos Cristianos».

Como ya en otro lugar hemos dicho, la primitiva comunidad Cristiana estaba compuesta de pequeños grupos esparcidos y organizados en forma de sociedades secretas, con sus signos y santo y seña para reconocerse. Para evitar la incesante persecución de sus enemigos, se veían obligados á refugiarse y reunirse en catacumbas abandonadas, en los lugares inaccesibles de las montañas, y en otros asilos seguros. Iguales inconvenientes han hallado constantemente todas las reformas religiosas en un principio. Desde la aparición primera de Jesús y de sus doce discípulos, les vemos congregándose aparte, disponiendo de seguros refugios en el desierto, entre sus amigos en Bethania, y en otras partes. Si la Cristiandad no hubiese estado desde el principio compuesta de «*comunidades secretas*», la historia dispondría de más *hechos* relativos á su fundador y á sus discípulos de los que en la actualidad dispone.

Lo poco que la personalidad de Jesús impresionó á sus contemporáneos es cosa que asombra al investigador. Renan demuestra que Philo, que murió hacia el año 50, y que había nacido muchos años antes que Jesús, y vivido en Palestina durante todo aquel tiempo en que, según los Evangelios, las alegres nuevas eran predicadas por todo el país, jamás había oído hablar de él. Josepho el historiador, que nació tres ó cuatro años después de la muerte de Jesús, menciona su ejecución en una corta sentencia, y hasta aquellas pocas palabras fueron alteradas «por una *mano Cristiana*», dice el autor de la *Vida de Jesús*. Escribiendo al final del primer siglo, en cuya época se dice que Pablo, el ilustrado propagandista, fundó multitud de Iglesias, y se pretende que Pedro estableció la sucesión apostólica, á la cual la cronología Ireneo-Esébica incluye ya tres

obispos de Roma (1). Josepho, el escrupuloso compilador é historiadador imparcial hasta de las sectas menos importantes, ignora por completo la existencia de una sola secta Cristiana. Suetonio, secretario de Adriano, que escribió en el primer cuarto del segundo siglo, sabe tan poco acerca de Jesús ó de su historia, que dice que el Emperador Claudio «expulsó á todos los Judíos, porque continuamente promovían disturbios á instigación de un tal *Crestus*», que debemos suponer significa Cristo (2). El mismo Emperador Adriano, que escribió más tarde, estaba tan poco impresionado por los dogmas ó importancia de la nueva secta que, en una carta á Servianus, dice que cree que los Cristianos son adoradores de Serapis (3). «En el siglo segundo», dice C. W. King, «las sectas syncretísticas que habían brotado en Alejandria, el verdadero foco del Gnosticismo, encontraron en Serapis un profético tipo de Cristo, como Señor y Creador de todo, y Juez de vivos y muertos» (4). Así es que, mientras que los filósofos «Paganos» jamás habían considerado á Serapis, ó más bien á la idea abstracta que en él estaba encarnada, más que como una representación del Anima Mundi, los Cristianos antropomorfizaron al «Hijo de Dios» y á su «Padre», no encontrando mejor modelo para él que el ídolo de un mito Pagano. «No cabe duda», observa el mismo escritor, «de que la cabeza de Serapis, caracterizada como está su faz por una grave y melancólica majestad, proporcionó la primera idea para los convencionales retratos del Salvador» (5).

En las notas tomadas por un viajero —cuyo episodio con los monjes del Monte Athos hemos mencionado en otra parte— encontramos que, durante la primera época de su vida, Jesús tenía comunicación frecuente con los Esenios pertenecientes á la escuela Pythagórica, y conocidos como los Koinobi. Creemos que Renan cometió una imprudencia al asegurar, tan dogmáticamente como lo hace, que Jesús hasta ignoraba los nombres de Buddha, de Zoroastro y de Platón; que jamás había leído un libro Griego ó Buddhista, aunque poseía más de un elemento que, sin saberlo él mismo, procedía del Buddhismo, Parsismo, y de la sabiduría Griega (6). Esto equivale á la semi-concesión de un milagro, y es conceder mucho á la casualidad y á la coincidencia. Abusa de la inmunidad el autor que, pretendiendo escribir hechos históricos, deduce consecuencias que le son

(1) Lino, Anacleto y Clemente.

(2) «Vida de Claudio», sec. 25.

(3) «Vita Saturnini Vopiscus».

(4) «Los Gnósticos y sus Restos», p. 68.

(5) En el «Antiguo Arte y Mitología» de Payne Knight, se representa á Serapis llevando su cabello largo, «vuelto solamente hacia atrás y dispuesto en rizos que caen sobre su pecho y espaldas, como lo llevan las mujeres. Toda su persona está siempre envuelta en ropajes que le cubren hasta los pies» (§ cxlv). Esta es la pintura convencional de Cristo.

(6) «Vie de Jesus», p. 405.

simpáticas de premisas hipotéticas, y luego las llama una biografía —una *Vida* de Jesús. No tiene Renan ni una pulgada más de terreno seguro sobre el cual apoya sus pies, que cualquiera otro compilador de leyendas concernientes á la problemática historia del profeta Nazareno; ni nadie tiene el derecho de contradecir á los demás, excepto cuando se puede apoyar en hechos concluyentes. Y sin embargo, mientras que Renan no dispone ni de un solo hecho que demuestre que Jesús jamás estudió los dogmas metafísicos del Budhismo y del Parsismo, si oyó hablar de la filosofía de Platón, sus antagonistas tienen las mejores razones del mundo para sospechar lo contrario. Cuando ellos encuentran que: 1.º, todas sus sentencias están concebidas en un espíritu Pythagórico, cuando no son repeticiones *verbatim*; 2.º, su código de ética es puramente Buddhístico; 3.º, su manera de obrar y proceder en vida, Esenio; y 4.º, su mítico modo de expresarse, sus parábolas y costumbres, las de un iniciado, bien sea Griego, Caldeo ó Magiano (pues los «Perfectos», que hablaban la *oculta* sabiduría, pertenecían á la misma escuela de conocimientos arcaicos establecida por todo el mundo), es difícil escapar á la lógica conclusión de que pertenecía al mismo cuerpo de iniciados. Es una bien pobre alabanza dirigida al Supremo el querer reducirlo á los cuatro evangelios, los cuales, además de contradecirse con frecuencia, no existe en ellos una sola narración, sentencia, ó expresión peculiar cuyo paralelo no pueda encontrarse en alguna doctrina ó filosofía más antigua. Seguramente el Todopoderoso— aun cuando no hubiera sido más que para evitar á las generaciones futuras su presente perplejidad— podía haber hecho descender con Él, en Su *primera y única encarnación* sobre la tierra, algo original, algo que hubiese trazado una línea divisoria entre Él Mismo y la veintena, ó cosa así, de dioses Paganos encarnados que nacieron de vírgenes, que todos han sido salvadores, y que han sido muertos ó se han sacrificado por la humanidad.

Bastante espacio hemos concedido ya al aspecto emocional de la historia. Lo que el mundo necesita es un retrato menos exaltado, pero más fiel, de un personaje en cuyo favor la casi mitad de los Cristianos han destronado al Todopoderoso. No es al erudito, al sabio famoso en el mundo, á quien ponemos en tela de juicio por lo que encontramos en su *Vida de Jesús*, ni á uno de sus datos *históricos*. Lo que simplemente refutamos son unas pocas afirmaciones sin fundamento é insostenibles que han hallado eco en el ánimo del emocional narrador, y que ha transmitido, en las por otra parte bellas páginas de su obra, una vida fundamentada por completo sobre meras probabilidades, y sin embargo de uno que, si se le acepta como un personaje histórico, tiene muchísimo más derecho á nuestro amor y veneración, á pesar de que con todas sus grandezas

es sin embargo falible, si le consideramos como á un Dios omnipotente. Solo bajo este último aspecto es como Jesús debe ser considerado por todo espíritu respetuoso, como falible.

No obstante la escasez de antiguas obras filosóficas existentes en la actualidad, podemos encontrar un sin fin de ejemplos de identidad perfecta entre las sentencias Pythagóricas, Indas y las del *Nuevo Testamento*. Acerca de este punto no faltan pruebas. Lo que se necesita es un público Cristiano que quiera examinar lo que se le ofrece, y dé muestras de comun honradez al pronunciar su veredicto. El Fanatismo ha tenido su día, y causado sus daños. «No debemos asustarnos», dice el Profesor Müller, «si descubrimos vestigios de verdades, aunque sean de verdades Cristianas entre los sabios y legisladores de otras naciones».

Después de leer los siguientes aforismos filosóficos, quién puede creer que Jesús y Pablo no hayan leído jamás á los filósofos Indos y Griegos?

Sentencias de Sexto el Pythagórico y de otros Paganos.

1. «No poseas tesoros, sino aquellas cosas de las cuales nadie pueda privarte».
2. «Es preferible que aquella parte del cuerpo que contiene materia purulenta, y que amenaza infeccionar al resto, *sea quemada*, que no que continúe así en otro estado (vida)».
3. «En vosotros mismos tenéis algo similar á Dios; conducíos por lo tanto como el templo de Dios».
4. «El mayor honor que puede tributarse á Dios es el conocer é imitar su perfección».
5. «Lo que yo no deseo que los hombres me hagan, tampoco debo yo hacerlo á los hombres». (*Fragmentos de Confucio*, p. 76; véanse *Las obras de Confucio*, por Max-Müller).
6. «La Luna brilla del mismo modo sobre la casa del malvado» (*Manú*).
7. «Aquellos que dan, reciben; aquellos que rehusan dar, se les quita lo que tienen» (*Idem*).
8. «Solo el puro de espíritu ve á Dios» (*Idem*).—Refrán todavía popular en la India.

Versículos del Nuevo Testamento (1).

1. «No amontonéis para vosotros tesoros sobre la tierra, en donde los gusanos y el orín todo lo corrompen, y en donde penetran violentamente ladrones y roban». (*Mateo* vi 19)
2. «Y si tu mano te ofende, córtatela; es para tí preferible entrar en la vida mutilada, que ir al infierno». (*Marco* ix 43).
3. «No sabéis vosotros que sois el templo de Dios, y que en vosotros reside el Espíritu de Dios?» (*I Corintios* iii 16).
4. «Para que vosotros podáis ser los hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, sed perfectos como vuestro Padre es perfecto» (*Mateo* v 45, 48).
5. «Conducíos para con los demás como quisierais que ellos se condujeran respecto á vosotros».
6. «Él hizo que su sol se levantase lo mismo para el malo que para el bueno, y ha enviado la lluvia tanto para el justo como para el injusto». (*Mateo* v 45).
7. «A cualquiera que tenga, le será dado... pero á cualquiera que no tenga, le será quitado» (*Mateo* xiii 12).
8. «Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios». (*Mateo* v 8).

(1) Véase «Pirke Aboth»; Colección de Proverbios y Sentencias de los antiguos Instrutores Judíos, en las cuales muchas de las Máximas del Nuevo Testamento están basadas.



Platón no ocultaba que sus principales doctrinas filosóficas las obtuvo de Pythagoras y que él fué sencillamente el primero que las puso en orden, mezclándolas á veces con sus propias especulaciones metafísicas. Y aun el mismo Pythagoras adquirió sus abstrusas doctrinas, primero de los descendientes de Mochus, y después de los Brahmanes de la India. Fué además iniciado en los Misterios por los hierofantes de Thebas, los Magos Persas y Caldeos. Así, paso á paso, hallamos que la mayor parte de nuestras doctrinas Cristianas derivan del Asia Central. Privese al Cristianismo de la personalidad de Jesús, tan sublime por su simplicidad incomparable, y ¿qué es lo que queda? La historia y la Teología comparada contestan melancólicamente: «un armazón en ruinas formado por los más antiguos mitos Paganos».

Mientras que el mítico nacimiento y vida de Jesús son una copia fiel de los del Brahmánico Krishna, su carácter histórico como reformador religioso en Palestina es el verdadero tipo de Buddha en la India. En más de un aspecto, su gran parecido en filantrópicas y espirituales aspiraciones, lo mismo que en el modo de ser externo, es en verdad sorprendente. A pesar de ser hijo de un Rey, mientras que Jesús no era más que un carpintero, Buddha no pertenecía por su nacimiento á la elevada casta Brahmánica. Como Jesús, sentíase disgustado ante el dogmático espíritu de la religión de su país, ante la intolerancia é hipocresía del sacerdocio, por sus muestras exteriores de devoción, y por sus inútiles ceremonias y plegarias. Así como Buddha rompió violentamente con las leyes y reglas tradicionales de los Brahmanes, del mismo modo declaró Jesús la guerra á los Fariseos y á los Sadduceos. Lo que el Nazareno hizo como una consecuencia de su humilde nacimiento y posición, Buddha lo verificó como penitencia voluntaria. Viajó casi como un mendigo; y—también como Jesús—buscó después con preferencia la compañía de publicanos y pecadores. El objetivo que ambos perseguían era el de una reforma social y religiosa; y, dando un golpe de muerte á las antiguas religiones en sus respectivos países, se convirtieron ambos en los fundadores de una nueva religión.

«La reforma de Buddha», dice Max-Müller, «tuvo en su principio un carácter mucho más social que religioso. El elemento más importante de la reforma Buddhista ha sido siempre su código social y moral, no sus teorías metafísicas. *Aquel código de moral es uno de los más perfectos que el mundo ha conocido jamás...* y aquel cuyas meditaciones tuvieron por objeto librar al alma del hombre de la miseria y del temor de la muerte libertó también al pueblo de la India de una esclavitud degradante y de la tiranía sacerdotal». De no ser así, añade más adelante el orador, «Buddha hubiera podido enseñar la filosofía que mas le hubiese gustado, y difícilmente hubiéramos oído

nosotros pronunciar su nombre. El pueblo no se hubiera acordado más de él, y su sistema no habría sido más que una gota de agua lanzada en aquel océano de especulación filosófica que siempre ha inundado á la India»(1).

Lo mismo podemos decir con respecto á Jesús. Mientras que Philo, á quien Renan llama el hermano mayor de Jesús, Hillel, Shammai y Gamaliel, son apenas mencionados, Jesús se ha convertido en un Dios. Y á pesar de todo lo puro y divino que era el código moral enseñado por Cristo, jamás hubiera podido ser comparado con el de Buddha, á no haber sido por la tragedia del Calvario. Lo que dió impulso á la deificación de Jesús fué su dramática muerte, el voluntario sacrificio de su vida, que se pretende tuvo lugar para la salvación de la humanidad, y el posterior y acomodaticio dogma de la expiación inventado por los Cristianos. En la India, en donde no se da á la vida ningún valor, la crucifixión hubiera producido bien poco efecto, si es que hubiese producido alguno. En un país en donde—como saben muy bien todos los Indianistas—los religiosos fanáticos se condenan á sí mismos á morir lentamente por medio de penitencias que duran años; en donde los fakires se infligen las maceraciones más horribles; en donde jóvenes y delicadas viudas, con un espíritu tanto de desafío contra gobierno como de fanatismo religioso, suben á la pira funeraria con la sonrisa en los labios; en donde, para citar las palabras del gran orador, «Hombres en la primavera de la vida se arrojan bajo las ruedas del carro de Juggernâth para ser aplastados y muertos por el ídolo en quien creen; en donde el demandante que no puede lograr justicia se deja morir de hambre á la puerta de su juez; en donde el filósofo que cree haber aprendido todo cuanto este mundo puede enseñarle, y que anhela absorberse en la Deidad, se abandona tranquilamente al Ganges con objeto de llegar á la otra orilla de la existencia» (2); en un país como éste hasta una voluntaria crucifixión hubiera pasado desapercibida. En la Judea, é igualmente entre naciones más viriles que los Judíos—los Romanos y Griegos,—en donde todos estaban más ó menos apegados á la vida, y la mayor parte de sus individuos hubieran luchado por ella con desesperación, el trágico fin del gran Reformador estaba calculado para producir una gran impresión. Los nombres de otros héroes de menor importancia, tales como Mutius Scævola, Horatius Cocles, la madre de los Gracos y otros, han pasado á la posteridad, y durante los estudios de nuestra juventud, lo mismo que después, sus historias han despertado nuestra simpatía y se han conquistado una respetuosa admiración. Pero ¿podremos jamás olvidar la desdeñosa sonrisa de algunos Indos de Benarés cuando una señora inglesa, la esposa de un

(1) «Buddhismo», p. 217.

(2) Max-Müller: «Cristo y otros Maestros»; «Chips», vol. 1.

clérigo, procuraba impresionarles con la grandeza del sacrificio de Jesús al dar *su* vida por nosotros? Entonces, por vez primera, se nos ocurrió la idea de lo mucho que lo patético del gran drama del Calvario ha influido en los sucesos subsiguientes que dieron lugar á la fundación del Cristianismo. Hasta el fecundo é impresionable Renan fué movido por este sentimiento á escribir en su último capítulo de la *La Vida de Jesús* algunas páginas de singular y simpática belleza (1).

Apolonio, que fué contemporáneo de Jesús de Nazareth, era, como él, un entusiasta fundador de una nueva escuela espiritual. Quizás menos metafísico y más práctico que Jesús, menos tierno y perfecto en su naturaleza, inculcó sin embargo la misma quintaesencia de espiritualidad y las mismas elevadas verdades morales. Su gran error fué el confinarlas de un modo demasiado exclusivo á las clases más elevadas de la sociedad. Mientras que el pobre y humilde Jesús predicaba: «Paz en la tierra y á los hombres de buena voluntad», Apolonio era amigo de reyes y se movía en un círculo aristocrático. En éste había nacido, siendo él mismo un hombre rico, mientras que el «hijo del hombre», representando al pueblo, «no tenía en donde reclinar su cabeza»; sin embargo, ambos «obraban milagros», exhibiendo una sorprendente similaridad de objetivo. Todavía antes que Apolonio, había aparecido Simón el Mago, llamado «el gran poder de Dios». Sus «milagros» son á la par más maravillosos, más variados, y están mejor atestiguados que los de los Apóstoles y los del mismo filósofo Galileo. El materialismo los niega todos, pero la historia los confirma. A continuación apareció Apolonio, y lo grandes y renombrados que fueron sus hechos milagrosos en comparación con los del pretendido fundador del Cristianismo, como sostienen los kabalistas, nos los corroboran además la historia y Justino Mártir (2).

(1) La «Vida de Jesús», por Strauss, á la cual Renan llama *un livre commode, exact, spirituel et consciencieux*, rudo é inconocástico como es, es sin embargo en muchos sentidos preferible á la «Vie de Jesus», del autor Francés. Dejando á un lado el valor intrínseco é histórico de las dos obras, con las cuales nada tenemos que ver, solo nos referimos ahora simplemente al erróneo bosquejo que de Jesús ha trazado Renan. No podemos concebir qué es lo que ha conducido á Renan á una tan errónea exposición de carácter. Pocos de aquellos que, al paso que desechan la divinidad del profeta Nazareno, creen sin embargo que no es un mito, pueden leer la obra sin experimentar un sentimiento de malestar y hasta de irritación ante tal mutilación mitológica. Renan convierte á Jesús en una especie de bobo sentimental, en un simplón teatral, enamorado de sus propios discursos y divagaciones poéticas, necesitando ser adorado por todos, y cogido finalmente en las redes de sus enemigos. No es así como Jesús, el filántropo Judío, el adepto y el místico de una escuela en la actualidad olvidada por los Cristianos y la Iglesia—si es que alguna vez la han conocido;—el héroe que prefirió arrostrar la muerte, antes que ocultar algunas verdades que creía podían ser beneficiosas para la humanidad. Preferimos á Strauss, que abiertamente le llama un impostor y un pretencioso, y que hasta á veces llega á dudar de su existencia, pero que al menos le libra de aquel ridículo color de sentimentalismo con el cual Renan le pinta.

(2) Véase el Cap. II, p. 110.

Lo mismo que Buddha y Jesús, era Apolonio el irreconciliable enemigo de toda manifestación exterior de piedad, de toda ostentación de inútiles ceremonias religiosas y de la hipocresía. Si, como el Salvador Cristiano, el sabio de Tiana hubiese buscado con preferencia la compañía del pobre y del humilde, y si en lugar de morir tranquilamente á los cien años y más de su edad, hubiese sido un mártir voluntario, proclamando la verdad divina desde lo alto de una cruz (1), su sangre hubiera sido tan eficaz para la difusión subsiguiente de las doctrinas espirituales, como la del Mesías Cristiano.

Las calumnias lanzadas contra Apolonio fueron tan numerosas como falsas. Deciocho siglos después de su muerte, fué difamado por el Obispo Douglas con su obra contra los milagros. En esto el muy reverendo Obispo se estrelló contra los hechos históricos. Si estudiamos imparcialmente la cuestión, pronto nos apercibiremos de que las éticas de Gautama Buddha, Platón, Apolonio, Jesús, Ammonio Sakkas y sus discípulos, estaban todas fundadas en la misma filosofía mística. Que todos adoraban á un Dios Unico, sea que Le considerasen como el «Padre» de la humanidad, que vive en el hombre como

(1) En una obra reciente titulada los «Diez y seis Salvadores Crucificados en el Mundo» (por Mr. Kersey Graves), que llamó nuestra atención por su título, nos sorprendimos á la verdad, pues creemos que el título del libro nos daba el derecho de suponer que se trataba de hechos históricos, al ver que no estaba basado ni en la historia ni en la tradición. Apolonio, que está en el libro incluido en el número de estos «diez y seis salvadores», lo presenta el autor como «finalmente crucificado... habiéndose levantado de entre los muertos... apareciéndose á sus discípulos después de su resurrección» y—como Cristo—«conociendo á Tommy (?) Didymus», haciéndole sentir la impresión de las uñas en sus manos y pies (véase la nota, p. 268). Empecemos por decir que ni Philóstratus, el biógrafo de Apolonio, ni la historia, dicen semejante cosa. Aunque la época precisa de su muerte es desconocida, ningún discípulo de Apolonio ha dicho jamás que fué crucificado, ni que se les hubiese aparecido. Esto ya es bastante para un «Salvador». Después de lo cual, nos cuenta que Gautama-Buddha, cuya vida y muerte han sido tan minuciosamente descritas por varias autoridades, entre otras por Barthélemy St. Hilaire, fué también crucificado por sus enemigos cerca del pié de las montañas de Nepal (véase p. 107); cuando los libros Buddhistas, la historia, y las investigaciones científicas nos dicen, por boca de Max-Müller y de una multitud de Orientalistas, que «Gautama Buddha (Sákya-muni) murió cerca del Ganges... Se hallaba cerca de la ciudad de Kusinagara, cuando sus fuerzas vitales empezaron á decaer. Se detuvo en una selva; hallándose sentado bajo de un árbol *sál*, entregó su espíritu» (Max-Müller: «Chips from a German Workshop», vol. I, p. 213). Las referencias de Mr. Graves á Higgins y á Sir W. Jones, en algunas de sus arriesgadas especulaciones, nada prueban. Max-Müller presenta algunas autoridades anticuadas que han escrito libros curiosos «... con el objeto de probar que Buddha había sido en realidad el Thoth de los Egipcios; que era Mercurio, ó Wodan, ó Zoroastro, ó Pythagoras... Hasta Sir W. Jones... identificó á Buddha primero con Odín y después con Shishlak». Estamos en el siglo diez y nueve y no el diez y ocho. Y aunque el escribir libros, fundándose en la autoridad de los primitivos Orientalistas, puede en cierto modo ser considerado como una muestra de respeto hacia la antigüedad, no siempre está en nuestros tiempos exento de peligros el tentar el experimento. De aquí que á este volumen altamente instructivo le falta un importante rasgo que todavía le haría más interesante. Debía el autor haber añadido, después de Prometheo el «Romanos», y de Alcides el *dios Egipto* (p. 266), un décimo séptimo «Salvador Crucificado» á la lista, á «Venus, dios de la guerra», presentado á un mundo admirado por Mr. Artemus Ward el «saltimbanquis».

el hombre vive en Él, ó como el Invencible Principio Creador; por lo cual sus vidas se asemejaban á la de un Dios. Ammonio, hablando de su filosofía, enseñaba que su escuela databa de los tiempos de Hermes, quien trajo su sabiduría de la India.

En todas partes existía la misma contemplación mística, la de los Yoguis; la comunión del Brahmán con su propio luminoso Yo, el «Atman». Este término Indo es además kabalístico *par excellence*. «Quién es yo?», se pregunta en el *Rig Veda*; «Yo es el señor de todas las cosas... todas las cosas están contenidas en este Yo; todos los yos están contenidos en este Yo. Brahmán mismo es solo Yo» (1), es la contestación. Dice la Idra Rabba: «Todas las cosas son Él Mismo y Él Mismo está *oculto* en todas las cosas» (2). El «Adam Kadmon de los kabalistas contiene en sí mismo todas las almas de los Israelitas, y él mismo está en cada una de las almas», dice el *Sohar* (3). Las bases de la Escuela Ecléctica eran también idénticas á las doctrinas de los Yoguis, los Indos místicos, y al primitivo Buddhismo de los discípulos de Gautama. Y cuando Jesús aseguraba á sus discípulos que «el espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir *porque no Le ve ni Le conoce*», habita *con* y *en* ellos, que ellos «están en Él como Él en ellos» (4), no hace más que exponer el mismo dogma que encontramos en todas las filosofías dignas de este nombre.

Laboulaye, el ilustrado y escéptico sabio Francés, no cree una sola palabra acerca de la milagrosa vida de Buddha; sin embargo, tiene la candidez de hablar de Gautama, y le coloca solamente en *segundo lugar* después de Cristo, por la gran pureza de su ética y moralidad personal. Por estas dos opiniones, es respectivamente reprendido por des Mousseaux. Contrariado por esta científica contradicción de sus acusaciones de demonolatría contra Gautama-Buddha, asegura á sus lectores que «ce savant distingué n'a point étudié cette question» (5).

«Yo no vacilo en decir», observa á su vez Barthélemy St. Hilaire, «que, exceptuando á Cristo, no existe, entre los fundadores de religiones, una figura más pura ni más conmovedora que la de Buddha. Su vida es sin mancha. Su constante heroísmo iguala á sus convicciones... Es el modelo perfecto de todas las virtudes que predica; su abnegación, su caridad, su inalterable dulzura de carácter, jamás le abandonan. A la edad de veinte y nueve años, abandonó la corte de su padre para convertirse en monje y mendigo... y, cuando muere en brazos de sus discípulos, es con la serenidad del justo que ha

(1) «Khandogya-upanishad», viii, 3, 4. Max-Müller: «Veda».

(2) «Idra Rabba», x, 117.

(3) Introducción en el «Sohar», pp. 305-312.

(4) Juan xiv.

(5) «Les Hauts Phénomènes de la Magie», 74.

practicado la virtud durante toda su vida, y que muere convencido de que ha encontrado la verdad» (1). Este merecido panegírico no es más caluroso que el pronunciado por el mismo Laboulaye, y que despertó la cólera de des Mousseaux. «Es más que difícil», añade el primero, «el comprender que hombres que no hayan sido ayudados por la revelación puedan haberse cernido á tan grande altura, aproximándose tanto á la verdad» (2). Qué curioso es que hayan existido tantas almas elevadas «no asistidas por la revelación».

Y ¿por qué debe nadie sorprenderse de que Gautama muriese con serenidad filosófica? Como justamente dicen los kabalistas: «La Muerte no existe, y el hombre jamás sale de la vida universal. Aquellos á quienes creemos muertos, viven todavía en nosotros, así como nosotros vivimos en ellos... Cuanto más uno vive por sus semejantes, tanto menos temor debe tener de morir» (3). Y podemos añadir nosotros que el que *vive* por la humanidad hace más aún que aquel que por ella muere.

El *Nombre inefable*, en busca del cual tantos kabalistas—sin conocer á ningún adepto oriental ó europeo siquiera—vanamente consumen su saber y su vida, existe latente en el corazón de cada hombre. Este mirífico nombre que, según los más antiguos oráculos, «se lanza en los mundos infinitos *achoi meto srophaligni*», puede ser obtenido de dos modos distintos: por una iniciación regular, y por medio de la «pequeña voz» que oyó Elías en la cueva de Horeb, la montaña de Dios. Y «cuando Elías la oyó, cubrió *su rostro con su manto*, y paróse á la entrada de la cueva. Y he aquí que llegó á él *una voz*».

Cuando Apolonio de Tiana deseaba oír la «pequeña voz», acostumbraba envolverse por completo en un manto de lana fina, sobre el cual colocaba sus dos piés, después de haber ejecutado ciertos pases magnéticos, y pronunciando no el nombre, sino una invocación bien conocida de todos los adeptos. Luego cubría su cabeza y cara con el manto, y su espíritu translucido ó astral quedaba libre. En las ocasiones ordinarias, no llevaba lana, como los sacerdotes de los templos. La posesión de la secreta combinación del «nombre» daba al hierofante un supremo dominio sobre cada ser humano ó de otra clase, inferior á él mismo en fuerza de alma. De aquí que cuando Max-Müller nos dice del Quiché: «Oculta majestad, que jamás tenía que ser abierta por manos humanas», el kabalista comprende perfectamente lo que dicha expresión significa, y no se sorprende en lo más mínimo al oír exclamar á este eruditísimo filósofo: «Lo que era aquello, no lo sabemos».

(1) Barthélemy St. Hilaire: *Le Bouddha et sa Religion*, Paris, 1860.

(2) *Journal des Débats*, Abril, 1853.

(3) *Dogme et Rituel de la Haute Magie*.

Nunca insistiremos bastante en decir que únicamente por medio de las doctrinas de las más antiguas filosofías es como la religión predicada por Jesucristo puede ser comprendida. Por medio de Pitágoras, Confucio y Platón es como podemos comprender la idea oculta bajo la palabra «Padre» en el *Nuevo Testamento*. El ideal de Platón acerca de la Deidad, á la cual llama el único Dios eterno é invisible, el Autor y Padre de todas las cosas (1), es más bien el «Padre» de Jesús. De este Ser Divino es de quien el sabio griego dice que Él no puede ser ni el que desee ni el que cause el mal, puesto que él no puede producir nada más que lo bueno y justo (2); no es este ciertamente el Jehovah de Moisés, el «celoso Dios», sino el Dios de Jesús, el cual «solamente es bueno». Él ensalza Su divino poder que todo lo abraza (3) y Su omnipotencia, pero al mismo tiempo insinúa que, como él es inmutable, jamás puede desear cambiar sus leyes, ó sea extirpar el mal del mundo por medio de un milagro (4). Él es omnisciente, y nada escapa á Su ojo vigilante (5). Su justicia, que encontramos encarnada en la ley de compensación y de retribución, no dejará ningún crimen sin castigo, ni ninguna virtud sin recompensa (6); y, por lo tanto, declara que el único modo de honrar á Dios es cultivar la pureza moral. No solo desprecia completamente la antropomórfica idea de que Dios pudo tener un cuerpo material (7), sino que además «desecha con disgusto todas aquellas fábulas que atribuyen pasiones, querellas y crímenes de todas clases á los dioses menores» (8). Niega indignado que Dios consienta que Él mismo sea propiciado, ó más bien sobornado por plegarias y sacrificios (9).

El *Phædrus* de Platón expone todo lo que el hombre era en otro tiempo, y lo que otra vez podrá ser: «Antes de que el espíritu del hombre se encenegase en la sensualidad, y fuese encarnado en la misma gracia á la pérdida de sus alas, vivía entre los dioses en el mundo aéreo (espiritual), en donde todo es verdadero y puro». En el *Timæus* dice: «hubo un tiempo en que la humanidad no se perpetuaba, sino que vivía como espíritus puros». En el mundo futuro, dice Jesús, «ni se casan, ni son dados en matrimonio», sino que «viven como los ángeles de Dios en los Cielos».

Las investigaciones de Laboulaye, Anquetil Duperron, Colebroo-

(1) *Timæus*; *Polit.*, 269 E.

(2) *Timæus*, 29; *Phædrus*, 182, 247; *Repub.*, II, 379 B.

(3) *Leyes*, IV, 715 E.; X, 901 C.

(4) *Repub.*, II, 381; *Thæt.*, 176 A.

(5) *Leyes* X, 901 D.

(6) *Leyes*, IV, 716 A; *Repub.*, X, 613 A.

(7) *Phædrus*, 246 C.

(8) E. Zeller: *Platón y la Antigua Academia*.

(9) *Leyes*, X, 905 D.

ke, Barthélemy St. Hilaire, Max-Müller, Spiegel, Burnouf, Wilson y de tantos otros lingüistas, han puesto á la luz una parte de la verdad. Y ahora que las dificultades del sánscrito, thibetano, cingalés, zend, pehlevi, chino, y hasta del birmano, están parcialmente vencidas, y que los *Vedas*, el *Zend-Avesta*, los textos búddhicos y hasta los *Sátras* de Kapila están traducidos, abierta está de par en par una ancha puerta que, una vez franqueada, debe para siempre cerrar el paso á todos y á cada uno de aquellos que, sea por especulación ó por ignorancia, denigran las antiguas religiones. Aún en la época presente, el clero, empleando las palabras de Max-Müller, ha «apelado generalmente á los diabolismos y á las orgías del culto pagano... pero raras veces, si es que alguna se ha hecho, se ha tratado de descubrir el carácter verdadero y original de las extrañas formas de fé y culto á las cuales se ha llamado obra del diablo» (1). Cuando leemos la verdadera historia de Buddha y del Buddhismo escrita por Müller, y las entusiastas opiniones acerca de uno y otro expresadas por Barthélemy St. Hilaire y Laboulaye; y cuando, finalmente, un misionero papista, un testigo ocular, el que menos que nadie puede ser acusado de parcialidad hacia los Buddhistas —nos referimos al abate Huc—, no encuentra más que motivos de admiración para el elevado carácter individual de estos *adoradores del diablo*; debemos nosotros considerar la filosofía de Sakya Muni como algo más que una religión de fetichismo y ateísmo, como los católicos quisieran hacernos creer. Huc era un misionero, y su primer deber era considerar al Buddhismo ni más ni menos que como un rebrote del culto á Satán. El pobre abate fué borrado de la lista de los misioneros en Roma (2), después de publicado su libro de viajes. Esto nos demuestra cuán poco podemos esperar conocer la verdad acerca de las religiones de otros pueblos, por medio de los misioneros, desde el momento en que sus relaciones son ante todo revisadas por las autoridades eclesiásticas superiores, y ellos severamente castigados por decir la verdad.

Cuando estos hombres, que han sido y son todavía con frecuencia

(1) Max-Müller: *Buddhismo*, Abril, 1862.

(2) Acerca del pobre abate Huc, Max-Müller escribe lo siguiente en sus *Chips from a German Workshop*, vol. 1, p. 187: «El difunto abate Huc indicó las semejanzas entre los ceremoniales búddhico y católico-romano con una tal ingenuidad que, con sorpresa suya, encontré con sus deliciosos *Viajes en el Thibet* puestos en el *Índice*. 'No puede uno menos de sorprenderse', escribe, 'de su gran parecido con el Catolicismo. El báculo del obispo, la mitra, la dalmática, el sombrero redondo que los grandes lamas usan en viaje... la misa, el doble coro, la salmodia, los exorcismos, el incensario con cinco cadenas abriéndose y cerrándose á voluntad, las bendiciones de los lamas, los cuales extienden la mano derecha sobre la cabeza de los fieles, el rosario, el celibato del clero, las penitencias y retiros, el culto de los santos, los ayunos, las procesiones, las letanías, el agua bendita, tales son las semejanzas de los Buddhistas con nosotros mismos'. El abate hubiera podido añadir la tonsura, las reliquias y el confesionario».



llamados «los oscuros ascetas», ó sea los fieles de diferentes sectas de la India, generalmente llamados *Yoguis*, fueron interrogados por Marco Polo de «por qué no se avergonzaban de ir enteramente desnudos», dieron al investigador del siglo trece la misma contestación que á un misionero del siglo diez y nueve: «Vamos desnudos—dicen—porque desnudos vinimos á este mundo, y no deseamos tener encima de nosotros nada que á este mundo pertenezca. Además, no tenemos ningún pecado de la carne del cual seamos conscientes y, por lo tanto, no nos avergonzamos de nuestra desnudez más de lo que os avergonzáis vosotros de enseñar las manos ó la cara. Vosotros, que tenéis conciencia de los pecados de la carne, hacéis bien en tener vergüenza, y en cubrir vuestra desnudez» (1).

Podría hacerse una curiosa lista con los subterfugios y explicaciones del clero, referentes á las semejanzas que cada día se descubren entre el Romanismo y las religiones paganas. Con todo el resumen de las mismas, conduciría invariablemente á esta violenta reclamación: Las doctrinas del Cristianismo han sido plagiadas por los paganos de todo el mundo. Platón y su antigua Academia robaron sus ideas de la revelación cristiana, han dicho los Padres alejandrinos!!! Los Brahmanes y Manú tomaron sus doctrinas de los misioneros jesuitas, y el *Bhagavad gita* fué escrito por el padre Calmet, que transformó á Cristo y á Juan en Krishna y en Arjuna, para amoldarlos á la inteligencia de los indos!! El insignificante hecho de que el Buddhismo y el Platonismo fuesen anteriores al Cristianismo, y que los *Vedas* hubiesen ya degenerado en el Brahmanismo antes del tiempo de Moisés, importa poco. Lo mismo puede decirse con Apolonio de Tiana. A pesar de que sus taumatúrgicos poderes no pueden ser negados á la faz del testimonio de emperadores, de sus cortes y del gentio de varias ciudades; y á pesar de que pocas de estas personas habian oido hablar del profeta Nazareno, cuyos «milagros» habian sido presenciados únicamente por unos pocos apóstoles, cuyas individualidades mismas son aún hoy día un problema en la historia, á pesar de todo, Apolonio tiene que ser aceptado como el «mono de Cristo».

Aunque en realidad muchos hombres piadosos, buenos y honrados pueden encontrarse todavía entre los cleros católico, griego y protestante, cuya fé sincera lleva la mejor parte sobre sus facultades racionadoras, y que, no habiendo vivido nunca entre paganos, son injustos solo por su ignorancia, no sucede así con los misioneros. El invariable subterfugio de estos últimos es el atribuir á demonolatría la vida realmente cristiana de los ascetas indos y budhistas y de muchos de los lamas. Algunos años de permanencia en las

(1) *Misión de Crawford á Siam*, p. 182.

naciones «paganas», en China, Tartaria, Thibet é Indostán, han proporcionado á dichos misioneros sobradas pruebas de cuán injustamente los llamados idólatras han sido calumniados. Los misioneros no tienen ni siquiera la excusa de la fé sincera para dar al mundo, al cual engañan; y, salvo contadas excepciones, puede uno sin rebozo parafrasear la observación hecha por Garibaldi, y decir que: *El sacerdote conoce por sí mismo que es un impostor, á menos de ser un idiota, ó de que se le haya enseñado á mentir desde la niñez.*

## CAPITULO VIII

Los hijos cristianos y católicos pueden acusar á sus padres del crimen de herejía... aun cuando sepan que por ello sus padres serán quemados con fuego, y condenados á muerte... Y no solamente pueden negarles el alimento, *si intentan apartarles de la fe Católica*, SINO QUE ADEMÁS PUEDEN ELLOS TAMBIÉN JUSTAMENTE MATARLES.—*Precepto jesuita* (P. ESTEBAN FAGUNDEZ en *Precepta Decalogi*. Lugduni, 1640).

*El Muy Sabio*: ¿Qué hora es?

*Respet. K. S. Warden*: Es la primera hora del día, la hora en que se rasgó el velo del templo, en que las tinieblas y la consternación se difundieron sobre la tierra en que la luz se obscureció, en que los utensilios de la Masonería fueron rotos, en que desapareció la estrella flamiguera, en que se rompió la piedra cúbica, en que se perdió la PALABRA.

*Magna est Veritas et praevalabit.*

— JAH-BUH-LUN — אֶתְחַלְּקֶנּוּ אֶתְחַלְּקֶנּוּ אֶתְחַלְּקֶנּוּ

LA más grande de las obras kabalísticas de los Hebreos—el *Zohar* אֶתְחַלְּקֶנּוּ—fué compilada por el rabino Simeón Ben-Iochai. Según algunos críticos, tuvo esto lugar años antes de la era cristiana; según otros, solamente después de la destrucción del templo. Sea como fuere, únicamente fué completado por el hijo de Simeón, el rabino Eleazar, y por su secretario el rabino Abba; porque dicha obra es tan inmensa, y los asuntos de que trata son tan abstrusos, que ni aun toda la vida de este rabino, llamado príncipe de los kabalistas, hubiera sido suficiente para esta tarea. A causa de saberse que él estaba en posesión de estos conocimientos y de la *Mercaba*, que le aseguraba la recepción de la «Palabra», su misma vida corrió peligro, y se vió obligado á huir al desierto, en donde por espacio

de doce años vivió en una cueva, rodeado de fieles discípulos, muriendo finalmente en medio de portentos y maravillas (1).

Pero á pesar de lo voluminosa que es tal obra, y conteniendo como contiene los principales puntos de la tradición oral y secreta, no lo abraza todo. Bien sabido es que este venerable kabalista nunca comunicó los puntos más importantes de su doctrina sino oralmente, y á un muy limitado número de amigos y discípulos, incluyendo á su hijo único. Por lo tanto, sin la iniciación final en la *Mercaba*, el estudio de la *Kábala* sería siempre incompleto, y la *Mercaba* puede únicamente ser enseñada en la «obscuridad, en un lugar desierto y después de muchas y terroríficas pruebas». Desde la muerte de Simeón Ben-Iochai, esta doctrina oculta ha permanecido siendo un secreto inviolable para el mundo exterior. Transmitida *solamente como un misterio*, era comunicada al candidato oralmente, «cara á cara, y la boca al oído».

Este Masónico mandamiento, «boca al oído, y la palabra en voz baja», es una herencia de los Tanaïm y de los antiguos Misterios paganos. Su uso moderno debe atribuirse seguramente á la indiscreción de algún kabalista renegado, aunque la «palabra» misma es sólo una «substitución» de la «palabra perdida», y es de invención relativamente moderna, como haremos ver más adelante. La verdadera sentencia ha permanecido siempre únicamente en posesión de los adeptos de varios países de los hemisferios oriental y occidental. Sólo un número limitado entre los jefes de los Templarios, y algunos Rosacruces del siglo diez y siete, siempre en íntimas relaciones con alquimistas é iniciados Arabes, pueden realmente envanecerse de haberla poseído. Desde el siglo séptimo al quince, nadie en Europa podía jactarse de su posesión, y si bien habían existido alquimistas antes del tiempo de Paracelso, él fué el primero que pasó por la verdadera iniciación, cuya última ceremonia era la que confería al adepto el poder de dirigirse hacia la «zarza ardiente», sobre la sagrada tierra, y el de «quemar el becerro de oro en el fuego y reducirlo á polvo, y esparcirlo sobre el agua». Verdaderamente, entonces, esta mágica *agua* y la «palabra perdida» resucitaron á más de uno de los Adonirams, Gedaliahs é Hiram Abiffs, anteriores á Moisés. La palabra verdadera fué instituida por *Mac Benac* y *Mah*

(1) Muchas son las maravillas que se recuerda tuvieron lugar á su muerte, ó mejor diríamos, su tránsito, puesto que él no murió como los demás, sino que, habiendo súbitamente desaparecido, mientras una deslumbradora luz llenaba la cueva de gloria, su cuerpo fué visto de nuevo en el fondo de la misma. Cuando á esta luz celestial reemplazó la habitual semi-obscuridad de la lóbrega cueva, entonces únicamente, dice Ginsburg, «notaron los discípulos de Israel que la lámpara de Israel se había extinguido». Sus biógrafos nos dicen que, durante los preparativos para su funeral y entierro, oyéronse voces procedentes de los cielos. Cuando el ataúd fué bajado á la profunda fosa abierta para este objeto, salió de ella una llama, y una potente y majestuosa voz pronunció estas palabras en el aire: «Este es el que hizo temblar la tierra, y que hizo conmovér los reinos».

era empleada siglos antes de que sus pseudo-mágicos efectos fuesen experimentados en los «hijos de la viuda» de los dos últimos siglos. ¿Quién fué, de hecho, el primer Masón activo de alguna importancia? Elias Ashmole, *el último de los rosacruces y alquimistas*. Admitido en la Compañía de Masones activos de Londres en 1646, murió en 1692. En aquel tiempo no era la Masonería lo que vino á ser después; no era una institución política ni cristiana, sino una verdadera organización secreta, que admitía en los lazos del compañerismo á todos los hombres ansiosos de obtener el don inapreciable de la libertad de conciencia y de evitar la persecución clerical (1). Hasta unos treinta años después de la muerte de Ashmole, no vió la luz lo que actualmente se conoce con el nombre de Francmasonería moderna. Nació el día 24 de Junio del año 1717, en la taberna de las Tres Manzanas, situada en Charles Street, Covent Garden, Londres. Y entonces fué, como nos dicen las *constituciones* de Anderson, que las únicas cuatro logias del mediodía de Inglaterra eligieron á Antonio Sayer primer Gran Maestro de los Masones. No obstante su excesiva juventud, esta gran logia ha reclamado siempre el reconocimiento de su supremacía por todo el cuerpo de la fraternidad en el mundo entero, como la inscripción latina de la placa colocada debajo de la piedra angular de la Sala de Francmasones de Londres, en 1775, lo diría á todos los que pudiesen verla. Pero acerca de esto diremos algo más adelante.

En *Die Kabbala*, de Frank, el autor, siguiendo sus «esotéricos delirios», como los llama, nos da, como apéndice á la traducción, sus comentarios. Hablando de sus predecesores, dice que Simón Ben Iochai menciona repetidas veces lo que los «compañeros» han enseñado en las obras más antiguas. Y el autor cita á un tal «Ieba, el viejo, y á Hamnuna, el viejo» (2). Pero lo que significan estos dos «viejos», ó quiénes eran ellos en realidad, no nos lo dice, puesto que él tampoco lo sabe.

Entre la venerable secta de los Tanaïm, ó más bien de los Tananim, los hombres sabios, estaban aquellos que enseñaban los secretos prácticamente y que iniciaron á algunos discípulos en el grande y final Misterio. Pero la *Mishná Hagiga*, 2.<sup>a</sup> sección, dice que el índice ó tabla de materias de la *Mercaba* «debe únicamente ser comunicada á los sabios ancianos» (3). La *Gemara* es todavía más dogmática. «Los secretos más importantes de los Misterios no eran revelados á todos los sacerdotes. Solamente se comunicaban á los iniciados». Y de igual modo encontramos el mismo gran secreto prevaleciendo en todas las antiguas religiones.

(1) Plot: *Historia natural de Staffordshire*, publicada en 1666.

(2) *Die Kabbala*, 75; *Sod*, vol. II.

(3) *Die Kabbala*, 47.

Pero como vemos, ni el *Zohar* ni ningún otro libro kabalístico contiene puramente sabiduría judía. Siendo la doctrina en sí misma el resultado de milenarios enteros de estudio, es por lo tanto la común propiedad de los adeptos de cada una de las naciones que existen debajo del sol. Sin embargo, el *Zohar* enseña más ocultismo práctico que ninguna otra obra acerca de aquel asunto; no tal como se halla traducido y comentado por sus distintos críticos, sino con los signos secretos que hay al margen. Estos signos contienen las instrucciones ocultas, aparte de las interpretaciones metafísicas y de los manifiestos absurdos, á los cuales tanto crédito da Josefo, el cual, no habiendo sido nunca iniciado, dió al público la *letra muerta*, tal como la había recibido (1).

La verdadera práctica mágica contenida en el *Zohar* y en otras obras kabalísticas, es útil únicamente para los que puedan leer *interiormente*. Los apóstoles cristianos—al menos aquellos de quienes se dice que habían obrado «milagros» á *voluntad* (2)—debían de estar enterados de esta ciencia. No está bien que los cristianos miren con horror ó escarnio las «mágicas» piedras preciosas, amuletos y otros talismanes contra el «mal de ojo», los cuales sirven como hechizos para ejercer una misteriosa influencia, ya sobre el poseedor, ya sobre la persona á quien el mago desea dominar. Existe todavía cierto número de semejantes amuletos encantados en colecciones de antigüedades, así particulares como públicas. Diseños de piedras convexas con misteriosas leyendas—cuyo significado burla toda interpretación científica—han sido publicados por distintos coleccionistas. King presenta varios de ellos en sus *Gnósticos*, y describe una cornerina (calcedonia) blanca, cubierta en sus dos caras con interminables leyendas, cuya interpretación resulta siempre un fracaso, á menos, quizás, que el interpretador sea un sabio Hermético ó un Adepto. Pero remitimos al lector á dicha interesante obra y los talismanes reproducidos en sus láminas, para hacer ver que el mismo «Iluminado de Patmos» estaba bien versado en esta kabalística ciencia de talismanes y piedras preciosas. S. Juan claramente alude á la poderosa «cornerina blanca», piedra bien conocida entre los adeptos, con el nombre de «*alba petra*», ó la piedra de iniciación, en la cual se encuentra generalmente grabada la palabra «*premio*», pues

(1) Este autor refiere cómo el rabino Eleazar, en presencia de Vespasiano y de su corte, expelía demonios de varios hombres, sencillamente aplicando á la nariz del demoníaco una de las raíces recomendadas por el rey Salomón! El distinguido historiador nos asegura que dicho rabino hacía salir al demonio por las ventanas de la nariz del paciente en nombre de Salomón, y por el poder de los conjuros compuestos por el rey kabalista. Josefo: *Antigüedades*, VIII, 11, 5.

(2) Algunas veces se producen milagros *inconscientes*, los cuales, como los fenómenos llamados en la actualidad «*espiritistas*», son llevados á efecto por medio de poderes cósmicos naturales, mesmerismo, electricidad, y por los seres invisibles que siempre actúan en torno de nosotros, ya sean espíritus humanos ó elementarios.

era entregada al candidato que había pasado felizmente por todas las pruebas preliminares de un neófito. El hecho es que, lo mismo que el *Libro de Job*, todo el *Apocalipsis* no es otra cosa que una alegórica narración de los Misterios y de la iniciación en ellos de un candidato que, en este caso, es el mismo Juan. Ningún elevado masón que esté bien versado en los diferentes grados puede dejar de verlo. Los números *siete*, *doce* y los demás son todos ellos otros tantos rayos de luz lanzados sobre la obscuridad de dicha obra. Siglos hace que Paracelso sostuvo lo mismo. Y cuando nos encontramos á «uno semejante al Hijo del hombre» diciendo (cap. II, 17): «*A aquel que venciere, yo le daré á comer del maná escondido, y le daré una PIEDRA BLANCA, y en la piedra un nuevo nombre escrito*»—la palabra—, el cual *nadie conoce sino aquel que lo recibe*, ¿qué Maestro masón puede dudar de que se refiere á la última línea del encabezamiento de este capítulo?

En los Misterios Mitraicos pre-cristianos, el candidato que impávidamente triunfaba de las «*Doce Torturas*», que precedían á la iniciación final, recibía una pequeña torta redonda ú hostia de pan sin levadura, simbolizando, *en una de sus significaciones*, el disco solar, conocido también con el nombre de pan celestial ó «maná», y teniendo algunas figuras trazadas en el mismo. Mataban un *cordero* ó un *toro*, y, con su sangre, el candidato tenía que ser rociado, como en el caso de la iniciación del emperador Juliano. Los *siete* misterios ó reglas eran entonces comunicados al «nuevo nacido», los cuales están representados en el *Apocalipsis* por los *siete* sellos que van abriéndose «por orden» (véanse los caps. V y VI). No puede haber la menor duda de que el Iluminado de Patmos se refería á esta ceremonia.

El origen de los amuletos católico-romanos y el de las «reliquias» bendecidas por el Papa es el mismo que el del «Hechizo Efesiano», ó caracteres mágicos grabados en una piedra, ó trazados en un pedazo de pergamino; el mismo que el de los amuletos judíos con versículos de la Ley, y llamados *phylacteria*; y el mismo que el de los amuletos mahometanos con versículos del *Korán*. Todos ellos eran usados como mágicos hechizos protectores, siendo llevados por los creyentes sobre sus personas. Epifanio, el digno ex-Marcosiano, que habla de estos hechizos cuando eran usados por los Maniqueos como amuletos, lo cual equivale á decir cosas llevadas alrededor del cuello (*Peryapta*), y «encantamientos y otras *farsas por el estilo*», no puede razonablemente lanzar un borrón sobre las *farsas* de los paganos y de los gnósticos, sin incluir los amuletos católicos romanos y papistas.

Pero el ser consecuente es una virtud que tenemos va perdiéndose bajo los manejos jesuíticos, por pequeña que haya sido su influen-

cia en la Iglesia. El alma astuta, sabia, sin conciencia y terrible del jesuitismo, en el interior del cuerpo del Romanismo, va apoderándose, de un modo lento pero seguro, de todo el prestigio y poder espiritual inherentes á él. Para mejor ilustración de nuestro tema, será necesario hacer ver el contraste que hay entre los principios morales de los antiguos tanaím y teurgistas y los profesados por los modernos jesuitas, que prácticamente dominan hoy día al Romanismo, y que son los enemigos solapados con quienes tienen que encontrarse y á quienes han de vencer los que quieren ser reformadores. En toda la antigüedad, ¿en dónde, en qué país podemos encontrar algo que á esta Orden se parezca, algo que siquiera se le aproxime? Debemos dedicar un lugar á los jesuitas en este capítulo acerca de las sociedades secretas, porque, más que otra alguna, constituyen una colectividad secreta, y tienen una conexión con la Masonería actual —por lo menos en Francia y en Alemania—mucho más íntima de lo que en general sabe el público. El grito de la pública moralidad ultrajada se ha elevado contra esta orden desde su nacimiento mismo (1). Apenas habían pasado quince años desde la promulgación de la bula aprobando su constitución, sus miembros empezaron á ser arrojados de un lugar á otro. Portugal y los Países Bajos se desembarazaron de ellos en 1578; Francia en 1594; Venecia en 1606; Nápoles en 1622; de San Petersburgo fueron expulsados en 1815, y de Rusia en 1820.

Era un niño que prometía mucho desde su mismo principio. Lo que fué más adelante, todo el mundo lo sabe muy bien. Los jesuitas han hecho más daño moral en este mundo que todos los infernales ejércitos del mítico Satán. Cualquiera exageración que parezca haber en lo que acabamos de decir, desaparecerá cuando nuestros lectores de América, que en la actualidad conocen muy poco acerca de los jesuitas, se hayan hecho cargo de sus principios y reglas, tales como aparecen en varias obras escritas por ellos mismos. Rogamos al público no olvide que cada una de las declaraciones que siguen, á manera de citas, están sacadas de auténticos manuscritos ó folios impresos por tan distinguido cuerpo. Muchas de ellas son copiadas de la gran obra en cuarto (2) publicada por orden del Parlamento francés, y verificado y confrontado por los Comisionados del mismo.

(1) Data de 1540; y en 1555, un grito general levantóse contra ellos en algunos puntos de España, Portugal y otros países.

(2) Los extractos de este *Arrêt* fueron compilados en una obra en 4 tomos, en 12.<sup>o</sup>, que en 1762 se publicó en París, llevando el título de *Extraits des Assertions, etc.* En una obra titulada *Réponse aux Assertions*, intentaron los jesuitas desacreditar los hechos recogidos por los Comisionados del Parlamento francés en 1762, calificándolos, en su mayor parte, de maliciosas invenciones. «Para averiguar la validez de tal acusación —dice el autor de *Los principios de los Jesuitas*— las bibliotecas de las dos Universidades del Museo Británico y del Colegio de Sión han sido registradas por los autores citados; y en todos los casos en que se encontraba el volumen, pudo comprobarse lo correcto de la cita».



Las declaraciones allí coleccionadas fueron presentadas al Rey, con objeto de que, como dice la Decisión del Parlamento del 5 de Marzo de 1762, «el hijo primogénito de la Iglesia pueda enterarse de la perversidad de esta doctrina... Una doctrina que autoriza el robo, el asesinato, el perjurio, la impureza y todos los crímenes y pasiones, predicando el homicidio, parricidio y regicidio, echando por tierra la religión, con objeto de sustituirla con la superstición, fomentando la *hechicería*, la impiedad, la irreligión y la idolatría...» Examinemos, pues, las ideas de los jesuitas acerca de la *magia*. Escribiendo acerca de este asunto en sus instrucciones secretas, Antonio Escobar (1) dice:

«Es lícito... hacer uso de la ciencia adquirida *por medio del Diablo*, con tal que la conservación y uso de aquel conocimiento no se hallen sujetos al Diablo, *porque el conocimiento es bueno en sí mismo, y el pecado por medio del cual fué adquirido desapareció*» (2). De consiguiente, ¿por qué no debe el jesuita dar chasco al Diablo, lo mismo que da chasco á todo laico?

«*Los astrólogos y adivinos están obligados ó no están obligados á devolver el precio de su adivinación, si el acontecimiento no sucede*. Yo confieso», dice el buen padre Escobar, «que la primera opinión no me satisface, porque, cuando un astrólogo ó adivino ha puesto en juego toda su diligencia *en el diabólico arte* que es esencial para el objeto que se propone, él ha cumplido con su deber, sea cual fuere el resultado. Así como el médico... no está obligado á restituir sus honorarios... si su paciente muere, del mismo modo tampoco está el astrólogo obligado á la devolución de los suyos... excepto cuando no haya hecho esfuerzo alguno, ó sea ignorante en su diabólico arte; porque, cuando ha hecho todo cuanto ha podido, no ha engañado» (3).

Además, en materia de Astrología, encontramos lo siguiente: «Si alguno afirma, por conjeturas fundadas en la influencia de los astros y en el carácter y disposición de un hombre, que será soldado, eclesiástico ú obispo, *esta adivinación estará libre de todo pecado*, porque los astros y la disposición del hombre pueden tener el poder de inclinar la voluntad humana hacia una dirección ó suerte determinada, pero no de obligarla» (4).

Busembaum y Lacroix, en la obra *Theologiae Moralis* (5), dicen: «La Quiromancia puede considerarse lícita si por medio de las líneas y divisiones de las manos puede averiguarse la disposición de

(1) *Theologiae Moralis*, tom. iv, Lugduni, 1663.

(2) *Theologiae Moralis*, Tom. iv, lib. xxviii, sec. 1, de *Præcept.* I, c. 20, n. 184.

(3) *Idem*, sec. 2, de *Præcept.* I, Probl. 113, n. 586.

(4) Richard Arsdekin: *Theologia Tripartita*, Coloniae, 1744. Tom. II. Pars. II. Tr. 5, c. 1, § 2, n. 4

(5) «*Theologia Moralis nunc pluribus partibus aucta*, a R. P. Claudio Lacroix, Societatis Jesu». Coloniae, 1757. (Ed. Mus. Brit.)

cuerpo, y conjeturar, con probabilidad, las inclinaciones y los afectos del alma» (1).

Esta noble fraternidad, que muchos predicadores han negado últimamente con tanta vehemencia que haya sido nunca *secreta*, ha resultado serlo. Sus constituciones fueron traducidas al latín por el jesuita Polancus, é impresas en el colegio que tiene la Sociedad en Roma, en 1558. «Fueron escrupulosamente mantenidas en secreto, conociendo unos extractos de las mismas la mayor parte de los jesuitas (2). *Jamás fueron dadas á luz hasta 1761, cuando fueron publicadas por orden del Parlamento francés en 1761-1762, en el famoso proceso del padre Lavalette*». Los grados de la Orden son: 1.º Novicios; 2.º Hermanos laicos ó Coadjutores temporales; 3.º Escolásticos; 4.º Coadjutores espirituales; 5.º Profesos en los Tres Votos; 6.º Profesos en los Cinco Votos. «Existe también una clase secreta, conocida únicamente del General y unos pocos jesuitas fieles, la cual, quizás más que ninguna otra, ha contribuido al temido y misterioso poder de la Orden», dice Niccolini. Los jesuitas consideran como uno de los mayores timbres de gloria para la Orden el haber Loyola apoyado, por medio de una instancia particular al Papa, una petición para que se reorganizara aquel abominable y odioso instrumento de carnicería al por mayor, el infame tribunal de la Inquisición.

Esta Orden de los jesuitas es en la actualidad omnipotente en Roma. Ellos han sido reinstalados en la Congregación de Asuntos eclesiásticos extraordinarios, en el Departamento de la Secretaría de Estado y en el Ministerio de Negocios extranjeros. El Gobierno Pontificio, años antes de la ocupación de Roma por Víctor Manuel, estaba enteramente en sus manos. La Sociedad cuenta actualmente 8.584 miembros. Pero debemos ver cuáles son sus principales reglas. Por lo visto anteriormente, al enterarnos de su modo de proceder, podemos hacernos cargo de lo que es probablemente toda la colectividad católica. Dice Mackenzie: «La Orden tiene signos secretos y palabras de contraseña, según los grados á que pertenecen los miembros, y, como no usan ellos ningún traje especial, es muy difícil el reconocerlos, á menos que se declaren ellos mismos miembros de la Orden; puesto que pueden presentarse como protestantes ó católicos, demócratas ó aristócratas, infieles ó fanáticos, según la misión especial que les haya sido confiada. Sus espías están en todas partes, pertenecen á todas las clases de la sociedad, y pueden parecer ilus-

(1) Tom. II, lib. III. Pars. I. Fr. I, c. I, dub. 2, resol. VIII. ¡Qué lástima que el consejo de defensa se haya olvidado de citar esta ortodoxa legislación: «engañar por medio de la quiromancia ó de otro modo», en el reciente proceso religioso-científico del médium Slade en Londres.

(2) Niccolini: *Historia de los Jesuitas*.

trados y sabios ó simples y tontos, según sean las instrucciones recibidas. Existen jesuitas de uno y otro sexo y de todas edades, y es cosa bien sabida que hay miembros de la Orden, de familias distinguidas y de delicada constitución, que sirven como criados en familias protestantes, y hacen otras cosas de naturaleza parecida, en favor de los intereses de la Sociedad. Nunca será demasiado todo cuanto hagamos para ponernos en guardia, porque, estando fundada toda la Compañía sobre una ley de obediencia ciega y absoluta, puede con infalible y fatal precisión dirigir su fuerza á cualquier punto dado» (1).

Sostienen los jesuitas que «la Compañía de Jesús no es de humana invención, sino que ha procedido de aquél cuyo nombre lleva. Puesto que Jesús mismo describió la regla de vida que sigue la Compañía, primero con su ejemplo, y después por medio de sus palabras» (2).

Escuchen, pues, todos los cristianos piadosos y entérense de esta pretendida «regla de vida» y estos preceptos de su Dios, tal como los jesuitas los exponen. Pedro Alagona (*St. Thomæ Aquinatis Summæ Theologiæ Compendium*) dice: «Por mandato de Dios, es lícito matar á una persona inocente, robar ó cometer.... (*Ex mandato Dei licet occidere innocentem, furari, fornicari*); porque él es Señor de la vida y de la muerte y de todas las cosas, y se debe por lo tanto cumplir su mandato». (*Ex prima secundæ, Quæst. 94*).

«Un hombre de una orden religiosa que durante un corto tiempo deja su hábito, con un propósito criminal, está libre de pecado abominable, y no incurre en la pena de excomunión» (Lib. III, sec. 2, Probl. 44, n. 212) (3).

Juan Bautista Taberna (*Synopsis Theologiæ Practicæ*) propone la siguiente cuestión: «¿Está obligado un Juez á devolver el estipendio que ha recibido por dictar una sentencia?» *Contestación*: «Si ha recibido el estipendio por dictar una sentencia injusta, es probable que pueda guardarlo.... Esta opinión es sostenida y defendida por cincuenta y ocho doctores» (4) (jesuitas).

Debemos abstenernos, por ahora, de seguir adelante. Tan repugnantes, licenciosos, hipócritas y desmoralizadores son casi todos estos preceptos, que se ha considerado imposible imprimir muchos de ellos, excepto en latín (5). A medida que prosigamos, volveremos

(1) *Real Enciclopedia Masónica*, p. 369.

(2) Imago: *Primi Sæculi Societatis Jesu*, lib. 1, c. 3, p. 64.

(3) Antonio Escobar: *Universæ Theologiæ Moralis receptiore, absque lite sententiæ, etc.* Tomus 1. Lugduni, 1652 (Ed. Bibl. Acad. Cant.). *Idem sentio, e breve illud tempus ad unius horæ spatium traho. Religiosus itaque habitum demittens assignato hoc temporis interstitio, non incurrit excommunicationem, ETIAMSI DIMITTAT NON SOLUM EX CAUSA, TURPI, SCILICET FORNICANDI, AUT CLAM ALIQUID ABRUPIENDI, SET ETIAM UT INCOGNITUS INEAT LUPANAR.* Probl. 44, n. 213.

(4) Pars. 11, Tra. 2, c. 31.

(5) Véase «Los Principios de los Jesuitas, expuestos en una Colección de extractos de sus propios autores». Londres, 1839.

á algunos de los más decentes por vía de comparación. Pero ¿qué podemos pensar acerca del porvenir del mundo católico, si tiene que estar dominado de palabra y obra por esta infame Sociedad? Y apenas podemos dudar de que será así, desde el momento en que vemos al Cardenal Arzobispo de Cambrai á voz en grito diciendo lo mismo á todos los fieles. Su pastoral ha hecho cierto ruido en Francia; pero como transcurrieron dos siglos desde que tuvo lugar la exposición de estos infames principios, han tenido los jesuitas sobrado tiempo para mentir con tan afortunado éxito negando tan justos cargos, que la inmensa mayoría de los católicos jamás creará tal cosa. El *infalible* papa, Clemente XIV (Ganganelli), abolió la Orden el 23 de Julio de 1773, y á pesar de esto volvieron los jesuitas de nuevo á la vida; y otro papa igualmente infalible, Pío VII, los restableció el 7 de Agosto de 1814.

Pero oigamos lo que Monseñor de Cambrai se apresura á proclamar en 1876. Citamos de un periódico secular:

«Entre otras cosas, él sostiene que *Clericalismo, Ultramontanismo y Jesuitismo son una misma cosa—esto es, Catolicismo—* y que las distinciones entre ellos han sido creadas por los enemigos de la religión. Hubo un tiempo—dice—en que era generalmente profesada en Francia cierta opinión teológica con respecto á la autoridad del papa. Estaba limitada á nuestra nación, y era de origen reciente. El poder civil, durante un siglo y medio, impuso la enseñanza oficial. Aquellos que profesaban estas opiniones eran llamados Galicanos, y aquellos que protestaban de las mismas Ultramontanos, porque tenían su centro doctrinal más allá de los Alpes, en Roma. Hoy día la distinción entre ambas escuelas ya no es admisible. El Galicanismo Teológico no puede existir por más tiempo, desde el momento en que esta opinión ha cesado de ser tolerada por la Iglesia. *Ha sido solemnemente é irrevocablemente condenada por el Concilio Ecuménico del Vaticano. No se puede actualmente ser católico sin ser ultramontano y jesuita*» (1).

Esto decide la cuestión. Dejándonos por ahora de deducciones, procederemos á la comparación de algunas de las prácticas y preceptos de los jesuitas, con los de los místicos y los de las castas y sociedades organizadas de los antiguos tiempos. De este modo el lector imparcial podrá colocarse en situación de poder juzgar en cuanto á la tendencia de sus doctrinas á beneficiar ó degradar á la humanidad.

El rabino Jehoshua Ben Chananea, que murió sobre el año 72 después de J. C., declaró públicamente que él había obrado «milagros» por medio del *Libro de Sepher Jezireh*, y retaba á todos los

(1) De la Pastoral del Arzobispo de Cambrai.

escépticos (1). Franck, citando al *Talmud* Babilónico, nombra á otros dos taumaturgos, los rabinos Chanina y Oshoi (2).

Simón el Mago era indudablemente discípulo de los Tanaïm de Samaria, y la reputación que dejó, así como el título que le dieron de «El Gran Poder de Dios», son una prueba elocuente del poder de sus maestros. Las calumnias con tanto encarnizamiento lanzadas contra él por los desconocidos autores y compiladores de los *Hechos* y de otros escritos, no pueden desfigurar la verdad hasta el punto de ocultar el hecho de que ningún cristiano podía rivalizar con él en obras taumatúrgicas. La leyenda acerca de su caída durante su vuelo por los aires, rompiéndose ambas piernas y suicidándose después, es de todo punto ridícula. En vez de orar mentalmente á fin de que semejante cosa sucediera, ¿por qué no oraban más bien los apóstoles para que les fuera permitido sobrepujar á Simón en maravillas y milagros, puesto que entonces hubieran demostrado más fácilmente su condición y hubieran convertido á millares de personas al cristianismo? La posteridad no se ha enterado más que de uno de los aspectos de tal leyenda. Si la suerte hubiese estado de parte de los discípulos de Simón, nos hubiéramos encontrado, quizás, con que Pedro fué quien se rompió ambas piernas, si no supiésemos que este apóstol era demasiado prudente para aventurarse en Roma. Según confiesan varios escritores eclesiásticos, ningún apóstol ejecutó jamás tales «maravillas sobrenaturales». Por supuesto, las personas piadosas dirán que, á lo sumo, esto no hace más que demostrar que era el «Diablo» quien obraba por medio de Simón.

Simón fué acusado de impiedad contra el Espíritu Santo, porque él lo hizo adoptar con el nombre de «Espíritu Santo, *Mens* (Inteligencia), ó la madre de todo». Pero encontramos la misma expresión en el *Libro de Enoch*, en el cual, en contraposición al «Hijo del Hombre», dice el «Hijo de la Mujer». En el *Codex* de los Nazarenos y en el *Zohar*, lo mismo que en los *Libros de Hermes*, dicha expresión es corriente; y hasta en el Evangelio apócrifo de los Hebreos leemos que Jesús mismo admitía el sexo del Espíritu Santo, empleando la expresión «*Mi Madre, el Santo Pneuma*».

Pero ¿qué es la herejía de Simón, qué son las blasfemias de todos los herejes, en comparación de las de los mismos jesuitas, que en la actualidad han dominado tan completamente al Papa, á la Roma eclesiástica y á todo el mundo católico? Oigamos de nuevo su profesión de fé.

«Haced lo que vuestra conciencia os diga que es bueno y mandado: si, por un error invencible, creéis que Dios os manda mentir ó blasfemar, *blasfemad*» (3).

(1) Véase *Jerusalem Talmud, Synhedrin*, c. 7, etc.

(2) *Franck*, pp. 55, 56.

(3) Carlos Antonio Casnedi: *Crisis Theologica*, Ulyssipone, 1711. Tomo I. Disp. 6. Sect. 2, § 1, n. 59.

«No hagáis lo que vuestra conciencia os diga que está prohibido: dejad el culto de Dios, si invenciblemente creéis que por Dios está prohibido» (1).

«Existe una ley implícita... obedeced los dictados invenciblemente erróneos de la conciencia. Tantas veces como creáis invenciblemente que una mentira es mandada, *mentid*» (2).

«Supongamos que un católico cree invenciblemente que el culto de las imágenes está prohibido; en un caso tal, Nuestro Señor Jesucristo se verá obligado á decirle: *‘Apártate de mi, maldito... porque has adorado mi imagen’*. Así, tampoco es ningún absurdo suponer que Cristo pueda decir: *‘Ven, tú, bendito... porque has mentido creyendo invenciblemente que en semejante caso yo te mandaba mentir’*»(3).

¡No! No hay palabras para expresar las emociones que estos preceptos estupendos deben despertar en el pecho de toda persona honrada. Que el *silencio*, resultante de una repugnancia *invencible*, sea nuestro único y adecuado tributo á semejante incomparable perversión moral.

El sentimiento popular en Venecia (1606), cuando los jesuitas fueron arrojados de aquella ciudad, se manifestó del modo más violento. Las muchedumbres habían acompañado á los desterrados hasta la orilla del mar, y el grito de despedida que llegaba hasta ellos surcando las olas, *Ande in malora* (¡Fuera!, id en hora mala). «Aquel grito resonó durante los dos siglos siguientes, dice Michelet, de quien tomamos este dato», «en Bohemia en 1618... en la India en 1623... y por toda la Cristiandad en 1773».

¿En qué punto particular era, pues, Simón Mago, un impío, si él no hacía más que lo que su conciencia le decía invenciblemente que era la verdad? Y bajo qué punto de vista han sido los herejes, y los mismos *infieles* de la peor especie, más culpables que los jesuitas—los de Caen,(4) por ejemplo—, que dicen lo siguiente:

«La religión cristiana es... *evidentemente* creíble, pero no *evidentemente verdadera*. Es *evidentemente* creíble, porque es evidente que cualquiera que la abraza es prudente. *No es evidentemente verdadera*, porque ó bien enseña obscuramente, ó las cosas que enseña son oscuras. Y aquellos que afirman que la religión cristiana es *evidentemente verdadera* están obligados á confesar que es *evidentemente falsa*».

(1) Carlos Antonio Casnedi: *Crisis Theologica*, Ulyssipone, 1711. Tomo I. Disp. 6. Sect. 2, § 1, n. 59.

(2) Carlos Antonio Casnedi: *Crisis Theologica*, Ulyssipone, 1711, Tomo I. Disp. 6. Sect. 2, § 2, n. 78.

(3) Carlos Antonio Casnedi: *Crisis Theologica*, Ulyssipone, 1711, Tomo I. Disp. 6. Sect. 5, § 1, n. 165.

(4) *Thesis propugnata in regio Soc. Jes. Collegio celeberrimæ Academiæ Cadomensis, die Veneris, 30 Jan. 1693*. Cadomi, 1693.

«Infiérese de aquí:

»1.º Que *no* es evidente que en la actualidad exista alguna religión verdadera en el mundo.

»2.º Que *no* es evidente que, de todas las religiones existentes sobre la tierra, la religión cristiana sea la más verdadera; porque ¿habéis acaso viajado por todos los países del mundo, ó conocéis las religiones que otros tienen?

»4.º Que *no* es evidente que las predicciones de los profetas fuesen hechas por inspiración de Dios; porque ¿qué objeción me opondréis si yo niego que dichas predicciones fuesen verdaderas profecías, ó aseguro que eran simples conjeturas?

»5.º Que *no* es evidente que fuesen reales los milagros que constan haber sido ejecutados por Cristo, aunque nadie puede prudentemente negarlos. (Proposición 6.<sup>a</sup>)

»Tampoco es necesario para los cristianos una creencia confesada en Jesu-Cristo, en la Trinidad, en todos los artículos de la Fé, y en el Decálogo. La única explícita creencia que era necesaria á los primeros (judíos) y que es necesaria para los últimos (cristianos) es: 1.º la de Dios; y 2.º la de un Dios remunerador» (Proposición 8.<sup>a</sup>)

De aquí se deduce que también es más que «evidente» que durante la vida del mayor de los embusteros hay momentos en que puede pronunciar algunas verdades. Tan perfecto ejemplo nos dan de esto los *buenos* Padres, que podemos ver más claramente que nunca de dónde procedieron las solemnes condenaciones del Concilio Ecuménico de 1870, de ciertas «herejías», y la imposición de otros artículos de fé, en los cuales nadie creía menos que los mismos que inspiraron al Papa que los promulgase.

La historia tiene todavía quizás que aprender que el octogenario Papa, embriagado con los vapores de su recientemente impuesta infalibilidad, no era otra cosa que el eco fiel de los jesuitas. «Un viejo tembloroso es levantado sobre el pavés del Vaticano —dice Michelet—; todo queda absorbido y confinado en él... Durante quince siglos la Cristiandad había estado sometida al yugo espiritual de la Iglesia... Pero aquel yugo no era suficiente para ellos: querían que el mundo entero se doblara bajo la mano de un solo señor. Aquí mis propias palabras son demasiado débiles; tomaré las de otros. Ellos (los jesuitas) han querido (esta es la acusación lanzada á su faz por el Obispo de París en pleno Concilio de Trento) *hacer de la esposa de Jesu-Cristo una prostituta sujeta á los caprichos de un hombre*»(1).

Ellos han salido con la suya. La Iglesia es desde ahora en adelante un agente inerte, y el Papa un pobre débil instrumento en

(1) Michelet y Quinet, del Colegio de Francia: *Los Jesuitas*.

manos de esta Orden. Pero ¿hasta cuándo? Hasta que el final llegue, bien pueden los Cristianos sinceros recordar las proféticas lamentaciones del tres veces grande Trismegistus acerca de su propio país: «¡Ay, hijo mío!, día vendrá en que los sagrados jeroglíficos no vendrán á ser más que idolos. *El mundo tomará equivocadamente los emblemas de la ciencia por dioses*, y acusará al gran Egipto de haber adorado monstruos infernales. Pero aquellos que nos calumniarán de este modo, adorarán á la Muerte en lugar de la Vida, á la locura en lugar de la sabiduría; atacarán el amor y la fecundidad, llenarán sus templos de huesos de hombres muertos, á manera de reliquias, y malograrán su juventud en la soledad y el llanto. *Sus vírgenes serán viudas (monjas) antes de ser esposas*, y se consumirán en el dolor; porque los hombres habrán despreciado y profanado los sagrados misterios de Isis» (1).

Cuán acertada ha resultado ser esta profecía lo encontramos en el siguiente precepto jesuita, que también extraemos del informe de los Comisionados al Parlamento de París:

«La opinión más verdadera es *que todas las cosas inanimadas é irracionales pueden ser legitimamente adoradas*», dice el padre Gabriel Vázquez, tratando de la Idolatría. «Si la doctrina que hemos sentado es debidamente comprendida, no solamente una imagen pintada y toda cosa santa, expuesta por la autoridad pública para el culto de Dios, puede ser justamente adorada lo mismo que Dios como imagen de Él mismo, sino también cualquier otra cosa de este mundo, ya sea inanimada é irracional, ó racional en su naturaleza»(2).

«Por qué no hemos de poder adorar y venerar como á Dios, sin peligro alguno, una cosa cualquier de este mundo; puesto que Dios en ella está en Esencia... (Esto es precisamente lo que el panteísta y la filosofía inda sostienen) y la conserva continuamente por medio de Su poder; y cuando nosotros nos inclinamos ante ella y la besamos, nos presentamos ante Dios, el autor de la misma, con toda nuestra alma, considerándolo como el prototipo de la imagen (siguen ejemplos de religión)... A esto podemos añadir que, desde el momento en que todo lo de este mundo es obra de Dios, y que Dios siempre reside y obra en el mismo, podemos más fácilmente concebirle á Él existiendo en el mismo, que un santo en las vestiduras que le pertenecieron. Y por lo tanto, *sin tener en cuenta en manera alguna la dignidad de la cosa creada, el dirigir nuestro pensamiento hacia Dios, mientras damos á la criatura una señal de sumisión, mediante un beso ó genuflexión, no es raro ni supersticioso, sino un acto de religión la más pura*» (3).

(1) Champollion: *Hermes Trismegistus*, xxvii.

(2) *De cultu Adorationis Libri Tres*. Lib. III. Disp. 1, c. 2.

(3) *De Cultu Adorationis Libri tres*, lib. III. Disp. 1, c. 2.



Es este un precepto que, haga ó no haga honor á la Iglesia Cristiana, puede ser ventajosamente citado por cualquier indo, japonés ú otros paganos, cuando se les echa en cara su adoración de ídolos. De propósito lo citamos en beneficio de nuestros respetables amigos «paganos» que verán estas líneas.

La profecía de Hermes es menos equívoca que cualquiera de las pretendidas profecías de Isaias, que han proporcionado el pretexto de decir que los dioses de todas las naciones eran demonios. Solo que los hechos son algunas veces más fuertes que la más enérgica fé. Todo cuanto los judíos aprendieron lo debían á naciones más antiguas que ellos mismos. Los magos caldeos fueron sus maestros en la doctrina secreta, y durante el cautiverio de Babilonia fué cuando aprendieron sus doctrinas tanto metafísicas como prácticas. Plinio menciona tres escuelas de Magos: una que nos manifiesta haber sido fundada en una antigüedad desconocida; otra establecida por Osthanes y Zoroastro; y la tercera por Moisés y Jambres. Y todos los conocimientos adquiridos por estas diferentes escuelas, ya sean magianas, egipcias ó indas, eran derivadas de la India, ó mejor dicho, de ambos lados de los Himalayas. Más de un secreto perdido permanece sepultado bajo masas de arena en el desierto de Gobi del Turkestán oriental, y los sabios del Khotán han conservado extrañas tradiciones y conocimientos en alquimia.

El barón Bunsen declara que el origen de las antiguas plegarias é himnos del egipcio *Libro de los Muertos* es anterior á Menes, y pertenece, probablemente, á la dinastía pre-Menita de Abydos, entre los años 3100 y 4500 antes de J. C. El sabio egipólogo fija la era de Menes, ó Imperio Nacional, en una época no posterior á 3059 antes de J. C., y demuestra que «el sistema de culto de Osiris y de la mitología estaba ya formado» (1) antes de esta era de Menes.

En los himnos de esta época pre-Edénica científicamente establecida (puesto que Bunsen nos lleva hacia atrás varios siglos *más allá* del año de la creación del mundo, 4004 años antes de J. C., tal como la fija la cronología bíblica), encontramos preciosas lecciones de moralidad, idénticas en substancia, y casi en la forma de expresión, á las predicadas por Jesús en su Sermón de la Montaña. Apoyamos nuestra afirmación en la autoridad de los egipólogos é hierólogos más eminentes. «Las inscripciones de la duodécima dinastía están llenas de fórmulas ritualísticas», dice Bunsen. Encuétranse extractos de los libros Herméticos en monumentos de las primitivas dinastías, y «en los de la duodécima (dinastía) no es raro ver fragmentos de un ritual *más primitivo*..... *Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, enterrar los muertos*..... *constituían el*

(1) *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, tom. v, p. 94.

*primer deber de un hombre piadoso.....* La doctrina de la inmortalidad del alma es tan antigua como este período» (Tableta 562 del Museo Británico) (1).

Y quizá mucho más. Data del tiempo en que el alma era un ser *objetivo*, y, por lo tanto, cuando difícilmente podía ser negada por *sí misma*; cuando la humanidad era una raza espiritual, y la muerte no existía. Hacia la declinación del ciclo de vida, el Aéreo *hombre-espiritu* sumióse en dulce sueño de temporal inconsciencia en una esfera, únicamente para encontrarse despertando en la todavía más resplandeciente luz de otra esfera más elevada. Pero mientras que el hombre espiritual está siempre esforzándose para ascender más y más hacia su fuente de existencia, pasando por los ciclos y esferas de la vida individual, el hombre físico tenía que descender con el gran ciclo de la creación universal, hasta encontrarse cubierto con las vestiduras terrestres. Desde entonces en adelante, estaba el alma demasiado profundamente sepultada bajo físicas vestiduras para asegurar de nuevo su existencia, excepto en los casos de aquellas naturalezas más espirituales, que á cada ciclo van siendo más raras. Y á pesar de todo, ninguna de las naciones pre-históricas pensó jamás en negar la existencia ni la inmortalidad del hombre interno, el verdadero «yo». No tenemos más que recordar las enseñanzas de las antiguas filosofías; sólo el espíritu es inmortal; el alma, *per se*, no es ni eterna ni divina. Una vez unida demasiado íntimamente al cerebro físico de su cáscara terrestre, gradualmente se convierte en una mente *finita*, un simple animal y sintiente principio de vida, el *nepshesh* de la *Biblia* hebrea (2).

La doctrina de la naturaleza *trina* del hombre está tan clara-

(1) *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, tomo v, p. 129.

(2) «Y Dios creó... cada *nepshesh* (vida) que se movía» (*Gén.* 1 21), significando los animales; también en el *Génesis* (11 7) se dice: «Y el hombre se convirtió en un *nepshesh*» (alma viviente); lo cual indica que la palabra *nepshesh* era indiferentemente aplicada al hombre *inmortal* y al bruto *mortal*. «Y ciertamente vuestra sangre de vuestras *nepsheshim* (vidas) yo la demandaré de mano de todo animal, yo la demandaré de mano del hombre» (*Gén.* ix 5). «Escapa por *nepshesh*» (escapa por tu *vida*, se halla traducido) (*Gén.* xix 17). «No le matemos», se lee en la versión inglesa (*Gén.* xxxvii 21). «No matemos su *nepshesh*», dice el texto hebreo. «*Nepshesh* por *Nepshesh*», dice el *Levítico* (xvii 8). «El que matare á algún hombre, deberá seguramente ser condenado á muerte». «El que matare el *nepshesh* de un hombre». (*Levit* xxiv 17); y á partir del versículo 18 se lee: «Y el que matare á un animal (*nepshesh*) lo restituirá... Animal por animal», mientras que el texto original dice «*nepshesh* por *nepshesh*».

I Reyes I 12; II 23; III 11; xix 2, 3, todos tienen *nepshesh* por vida y alma. «Entonces tu *nepsheshah* será por (su) *nepsheshu*», expone el Profeta en el libro 1.º de los *Reyes* xx 39.

Verdaderamente, á menos de leer el *Antiguo Testamento* kabalísticamente, y de comprender el oculto significado del mismo, es muy poco lo que podremos aprender en lo referente á la inmortalidad del alma. El vulgo entre los hebreos no tiene la más ligera idea de alma y de espíritu, y no hace diferencia alguna entre *vida*, *sangre* y *alma*, llamando á ésta última el «soplo de vida». Y los traductores de King James han hecho un galimatías tal, que *nadie más que un kabalista puede restaurar la Biblia en su forma original*.

mente definida en los libros Herméticos, como en el sistema de Platón, como también en el de las filosofías búddhica y brahmánica. Y esta es una de las más importantes al par que menos comprendidas de las doctrinas de la ciencia Hermética. Los Misterios egipcios, tan imperfectamente conocidos por el mundo, y gracias á unas pocas y breves alusiones referentes á los mismos existentes en las *Metamorfosis de Apuleyo*, enseñaban únicamente las más sublimes virtudes. Revelaban al aspirante en los «más elevados» misterios de la iniciación aquello que muchos de nuestros modernos sabios Herméticos en vano buscan en los libros kabalísticos, y que ninguna de las obscuras enseñanzas de la Iglesia, bajo la dirección de la Orden de los jesuitas, será capaz de descubrir. El comparar, pues, á las antiguas sociedades secretas de los hierofantes, con las alucinaciones artificialmente producidas de aquellos pocos secuaces de Loyola que eran tal vez de buena fe en los primeros tiempos de su fundación, es insultar á las sociedades primeramente mencionadas. Y á pesar de todo, para hacerles justicia, nos vemos obligados á ello.

Uno de los más infranqueables obstáculos para la iniciación, tanto entre los egipcios como entre los griegos, era cualquier grado de asesinato. Uno de los más grandes títulos para la admisión en la Orden de los jesuitas es un *asesinato* en defensa del jesuitismo. «*Los hijos podrán matar á sus padres si éstos les inducen á abandonar la fé católica*».

«Los hijos cristianos y católicos—dice Esteban Fagúndez—pueden acusar á sus padres del crimen de herejía, si pretenden apartarles de la fé, aunque sepan que sus padres serán quemados con fuego y condenados á muerte por ello, como Tolet enseña..... Y no solamente pueden negarles el alimento..... *sino que pueden también justamente matarlos*» (1).

Bien sabido es que Nerón, el emperador, jamás se atrevió á pretender la iniciación en los Misterios á causa de la muerte de Agripina.

En la Sección XIV de los *Principios de los Jesuitas*, encontramos acerca del *Homicidio* los siguientes cristianos principios inculcados por el padre Enrique Henríquez, en la *Summæ Theologiæ Moralis*, Tomus I, Venetiis, 1600 (Ed. Coll. Sión): «Si un adúltero, aunque sea un eclesiástico,..... siendo atacado por el marido, mata á su agresor..... no es considerado irregular; *non ridetur irregularis*» (Lib. XIV, de *Irregularitæ*, c. 10, § 3).

«Si un padre fuera perjudicial al Estado (estando en destierro), y á la sociedad en general, y no hubiese ningún otro medio de evitar un daño tal, entonces yo aprobaría esto» (el que un hijo mate á su padre), dice la Sec. XV, sobre *Parricidio y Homicidio* (2).

(1) *In Præcepta Decalogi* (Edic. de la bibliot. de Sión). Tom. I, lib. IV, c. 2, n. 7, 8.

(2) Opinión de Juan de Dicastille, Secc. XV, *De Justitia et Jure*, etc., cens. pp. 319, 320.

«Es lícito para un eclesiástico ó para uno perteneciente á una orden religiosa *el matar á un calumniador* que amenace con difundir atroces acusaciones contra él mismo ó contra su religión» (1). Esta regla es promulgada por el jesuita Francisco Amicus.

Hasta aquí puede pasar. Sabemos, por las autoridades más eminentes, que un hombre en la comunión católica puede hacer lo que las leyes ordinarias y la pública moralidad consideran como criminal, y á pesar de todo continuar en olor de jesuítica santidad. Vamos ahora á volver la medalla del otro lado, y veremos qué principios eran inculcados por los paganos moralistas egipcios antes de que el mundo fuese favorecido con estos modernos perfeccionamientos en Ética.

En Egipto toda ciudad de importancia estaba separada de su cementerio por un lago sagrado. La misma ceremonia de juicio, que el *Libro de los Muertos* describe como teniendo lugar en el mundo del Espíritu, tenía lugar en la tierra, durante el entierro de la momia. Cuarenta y dos jueces ó asesores se reunían en la orilla y juzgaban al «alma» del difunto según sus acciones mientras estaba en el cuerpo; y solamente en virtud de una unánime aprobación de este jurado *post-mortem* el barquero, que representaba al Espíritu de la Muerte, podía conducir al justificado cuerpo del difunto á su última morada de reposo. Después de esto, volvían los sacerdotes al sagrado recinto é instruían á los neófitos acerca del probable y solemne drama que se estaba verificando en el reino invisible hacia el cual el alma había volado. La inmortalidad del Espíritu era sólidamente inculcada por el Al-om-jah (2). En el *Crata Repoa* (3) se describe lo siguiente como los *siete* grados de la iniciación.

Después de una prueba preliminar en Thebas, durante la cual el neófito tenía que pasar por numerosas pruebas, llamadas las «Doce Torturas», se le ordenaba dominar sus pasiones, y no perder ni por un momento la idea de su Dios. Entonces, á manera de símbolo de las peregrinaciones del alma impurificada, tenía que subir por varias escaleras, y vagar á obscuras en una cueva con muchas puertas, todas las cuales estaban cerradas. Cuando había salido vencedor de las terribles pruebas, recibía el grado de *Pastophoris*, siendo llamados los grados segundo y tercero, *Neocoris* y *Melane-phoris* respectivamente. Conducido á una vasta cámara subterránea atestada de momias expuestas con gran aparato, se le ponía en presencia de un ataúd que contenía el mutilado cuerpo de Osiris, cubierto de sangre. Esta era la cámara denominada «Puerta de la Muerte», y con toda seguridad aluden á este misterio los párrafos

(1) *Cursus Theologici*. Tomus V. Duaci, 1642. Disp. 36. Sect. 5, n. 118.

(2) Nombre de los más elevados hierofantes egipcios.

(3) «*Crata Repoa*, ó los Misterios de los antiguos Sacerdotes egipcios».

del *Libro de Job* (xxxviii, 17) y otros puntos de la *Biblia* cuando se habla de estas puertas (1). En el capítulo x, damos la interpretación del *Libro de Job*, el cual es el poema de la iniciación por excelencia.

«Te han sido abiertas las puertas de la muerte?

Has visto tú las puertas de la sombra de la muerte?», pregunta el «Señor» —ó sea el *Al-om-jah*, el Iniciador—de Job, aludiendo á este tercer grado de iniciación.

Cuando el Neófito había vencido los terrores de esta prueba, era conducido á la «Cámara de los Espíritus», para ser juzgado por ellos. Entre las reglas en las cuales se le instruía, se le ordenaba «no desear ó procurar jamás vengarse de nadie; estar siempre dispuesto á auxiliar á un hermano en peligro, aun con riesgo de su propia vida; enterrar á todo cuerpo muerto; honrar á sus padres sobre todo; respetar la ancianidad, y proteger á los que sean más débiles que él mismo; y por último, tener siempre presente la hora de la muerte, y la de la resurrección en un cuerpo nuevo é imperecedero» (2). La pureza y la castidad eran altamente recomendadas, y el *adulterio amenazado con la muerte*.

Entonces el neófito egipcio pasaba á la categoría de *Kristophores*. En este grado se le comunicaba el misterioso nombre *IAO*. El quinto grado era el de *Balahala*, y el neófito era instruido por Horus en la Alquimia, siendo la «palabra» *chemia*. En el sexto, se le enseñaba la danza sacerdotal en círculo, con la cual era instruido en la Astronomía, puesto que dicha danza representaba el curso de los planetas. En el séptimo grado, se le iniciaba en los Misterios finales. Después de una prueba final en un edificio destinado para ello, el *Astronomus*, como era entonces llamado, salía de aquellos sagrados departamentos llamados *Manneras*, y recibía una cruz, la *Tau*, que á su muerte debía ser colocada sobre su pecho, y era ya un hierofante.

Hemos visto más arriba las reglas de estos santos iniciados de la *cristiana* Compañía de Jesús. Compárense con las que se imponían al postulante pagano, y con la moralidad cristiana (!) que se inculcaba en aquellos Misterios de los paganos, sobre los cuales todos los rayos de una Deidad vengadora son invocados por la Iglesia. ¿No ha tenido esta última Misterios propios de sí misma, no eran estos misterios en algún modo puros, más nobles, ó más incitadores á una vida santa y virtuosa? Oigamos lo que Nicolini nos dice en su elocuente *Historia de los Jesuitas*, acerca de los *modernos* misterios del claustro cristiano (3).

(1) Véase *Mateo* xvi 18, en donde está equivocadamente traducido «las puertas del Infierno».

(2) Humberto Malhandrini: *Ritual de Iniciaciones*, p. 105. Venecia, 1657.

(3) Páginas 43, 44, nota f. Niccolini de Roma, autor de la *Historia del Pontificado de Pio IX; Vida del padre Gavazzí*, etc.

«En la mayor parte de los monasterios, y más particularmente en los de Capuchinos y Reformados (*reformati*), empiezan en Navidad una serie de fiestas, que continúan hasta la Cuaresma. Ejecútase toda suerte de juegos y diversiones, celébranse los más espléndidos banquetes, y en las pequeñas ciudades, sobre todo, el refectorio del convento es el mejor punto de diversión para la mayoría de sus habitantes. En Carnaval tienen lugar dos ó tres magníficos festines; la mesa está dispuesta con tanta profusión que podría uno imaginar que la abundancia había derramado sobre ella todo el contenido de su cuerno. Debe tenerse presente que estas dos órdenes viven de limosnas (1). El silencio sombrío del claustro es entonces reemplazado por un confuso ruido de jolgorio, y sus tétricas bóvedas resuenan con cantos distintos de los del psalmita. Un baile anima y pone término á la fiesta; y, para hacerlo todavía más animado, y quizás para mostrar *cuán completamente sus votos de castidad han extirpado todos sus apetitos carnales*, algunos de los monjes jóvenes aparecen coquetamente vestidos de mujer y empiezan el baile con los otros monjes transformados en alegres caballeros. *El describir la escandalosa escena que á continuación sigue, no podría menos de repugnar á mis lectores.* Únicamente diré que yo mismo con frecuencia he sido espectador de semejantes Saturnales».

El ciclo está en su descenso, y, á medida que desciende, la naturaleza física y bestial del hombre se desarrolla más y más á expensas del Yo espiritual (2). ¡Con qué disgusto no apartaremos nuestras miradas de esta farsa religiosa llamada Cristianismo moderno, para dirigir las á las nobles creencias de la antigüedad!

(1) Y mendigaba en nombre de Aquél que no tenía donde reclinar su cabeza!

(2) En la obra *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, Bunsen ofrece el ciclo de 21.000 años, el cual adopta con el objeto de facilitar los cálculos cronológicos para la reconstrucción de la historia universal de la humanidad. Demuestra que este ciclo, «por la nutación de la eclíptica», llegó á su punto culminante en el año 1240 de nuestra era. Dice así:

«El ciclo se divide en dos mitades de 10.500 (ó dos veces 5.250) años cada una.

El principio de la primera mitad:

El punto más elevado será 19.760 antes de J. C.

El más inferior . . . . . 9.260.

Por consiguiente, el punto medio de la línea descendente (principio del segundo cuarto) será 14.510.

El punto medio de la línea ascendente (principio del cuarto cuarto) . . . . . 4.010.

El nuevo ciclo que empezó en 1240 de nuestra era llegará al fin de su primer cuarto en el año 4010 después de J. C.»

El mismo autor dice que «en números redondos, las épocas más favorables para nuestro hemisferio desde que tuvo lugar la gran catástrofe en el Asia Central (el Diluvio, 10.000 años antes de J. C.) son: los 4.000 años anteriores y los 4.000 posteriores á Cristo; y el principio de la primera época, *la única de que podemos juzgar*, porque es la única completa que tenemos ante nosotros, coincide exactamente con los comienzos de historia nacional, ó (lo que es lo mismo) con el principio de *nuestra conciencia* de existencia continua» (*Lugar del Egipto en la Historia Universal*, Llave, p. 102).

Por «nuestra conciencia» debemos entender, según suponemos, la conciencia de los

En el *Ritual Funeral* egipcio encontrado entre los himnos del *Libro de los Muertos*, y que es llamado por Bunsen «aquel precioso y misterioso libro», leemos un discurso del difunto, en representación de Horus, detallando todo cuanto él ha hecho por su padre Osiris. Entre otras cosas, la deidad dice:

- «30. Yo te he dado tu *Espíritu*.
- 31. Yo te he dado tu *Alma*.
- 32. Yo te he dado tu fuerza (cuerpo)».

En otro lugar, la entidad, á la cual el alma desencarnada se dirige llamándole «Padre», es presentada para significar el «espíritu» del hombre, puesto que el verso dice: «Yo he hecho que mi alma venga y hable con su *Padre*», su *Espíritu* (1).

Los egipcios consideraban á su *Ritual* esencialmente como una inspiración divina; en una palabra, como miran los indos modernos á los *Vedas*, y los modernos judíos á sus libros Mosaicos. Bunsen y Lepsius enseñan que la palabra *Hermético* significa inspirado, porque es Thoth, la Deidad misma, la que habla y revela á su elegido entre los hombres la voluntad de Dios y los arcanos de las cosas divinas. Algunas porciones de aquellos libros, según se afirma expresamente, «han sido escritos por el dedo mismo de Thoth en persona», y han sido obra y composición del gran Dios (2). «En un período posterior, su carácter Hermético es todavía más distintamente apreciable, y, en un ataúd perteneciente á la Dinastía 26, Horus anuncia, al difunto, que el mismo Thoth le ha traído los libros de sus divinas palabras, ó escritos Herméticos»(3).

Desde que sabemos que Moisés era un sacerdote egipcio, ó por lo menos que estaba instruido en toda su *sabiduría*, no tenemos que asombrarnos de que escribiese en el *Deuteronomio* (IX 10): «Y el Señor me entregó dos tablas de piedra escritas con el dedo de DIOS»;

*sabios*, que nada aceptan *bajo fé*, pero que admiten mucho fundándose en hipótesis no comprobadas. No decimos esto con referencia al autor anteriormente citado, sabio sincero y noble campeón como es de la libertad en la Iglesia cristiana, sino que hablamos en general. El barón de Bunsen ha experimentado, por sí mismo, que no puede un hombre permanecer siendo un sabio de buena fé, y complacer al partido clerical. Hasta las pequeñas concesiones que hizo en favor de la antigüedad del género humano le acarrearón, en 1859, los ataques más insolentes, tales como «Perdemos toda fé en el juicio del autor... tiene que aprender todavía hasta los primeros principios de la crítica histórica... extravagante y *anti-científica* exageración», y así sucesivamente, concluyendo el piadoso censor sus sabias acusaciones asegurando al público que el barón de Bunsen *no sabe siquiera componer una sentencia griega* (Quarterly Review, 1859; véase también *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, cap. acerca de las obras de Egiptología y las revistas inglesas). Pero nosotros lamentamos que el barón de Bunsen no haya tenido una mejor oportunidad para examinar la *Kábala* y los libros Brahmánicos de los Zodíacos.

(1) «El Ritual Funerario de las Acciones de Horus».

(2) Bunsen: *Lugar del Egipto en la Historia Universal*, vol. v, p. 133.

(3) Lepsius: *Abth.*, III. *Bl.*, 276. Bunsen, 134.

ó de encontrar en el *Exodo xxxi*: «Y él (el Señor) dió á Moisés.... dos tablas de testimonio, tablas de piedra, escritas con el dedo de Dios».

Según las nociones egipcias, como en las de las demás creencias fundadas en la filosofía, el hombre no era simplemente, como para los cristianos, un compuesto de alma y cuerpo; era una trinidad cuando se le agregaba el espíritu. Por otra parte, según aquella doctrina, el hombre está compuesto de *kha*, cuerpo; *khaba*, forma astral ó sombra; *ka*, alma animal ó principio de vida; *ba*, el alma superior; y *akh*, inteligencia terrestre. Tenían los egipcios, además, un sexto principio, llamado *Sah* ó momia, pero las funciones de éste comenzaban únicamente después de la muerte del cuerpo. Después de la debida purificación, durante la cual el alma separada de su cuerpo continuaba visitando de nuevo á este último en su condición momificada, esta alma astral se «convertía en un Dios», porque era finalmente absorbida en el «Alma del mundo». Transformábase en una de las deidades creadoras, «el dios de Phtah» (1), el Demiurgos, nombre genérico para los creadores del mundo expresado en la *Biblia* con el término los *Elohim*. En el *Ritual*, el alma buena ó purificada, «juntamente con su espíritu superior ó *increado*, es más ó menos víctima de la negra influencia del dragón Apophis. Si ha logrado el conocimiento final de los misterios celestiales é infernales, la *gnosis*, ó sea la completa reunión con el espíritu, triunfará de sus enemigos; en el caso contrario, no puede librarse el alma de su *segunda muerte*. Es el *lago que ardia con fuego y azufre* (elementos), en el cual aquellos que allí son arrojados sufren una segunda muerte» (2) (*Apocalipsis*). Esta muerte es la disolución gradual de la forma astral en sus elementos primitivos, á la cual hemos aludido ya varias veces en el curso de esta obra. Pero este tremendo destino puede evitarse mediante el conocimiento del «Nombre Misterioso», la «Palabra» (3), como dicen los kabalistas.

(1) En el capítulo ochenta y uno del *Ritual*, el alma es llamada el *germen de luces*, y en el setenta y nueve, el Demiurgos, ó uno de los creadores.

(2) *Ritual*, vi, 44; Champollion: *Manifestaciones á la Luz*; Lepsius: *Libro de los Muertos*; Bunsen: *Lugar del Egipto en la Historia Universal*.

(3) No podemos menos de citar una observación del barón de Bunsen referente á que la «Palabra» es idéntica con el «Nombre Inefable» de los Masones y de los Kabalistas. Al exponer el *Ritual*, algunos de cuyos detalles «parecen más bien *encantamientos de un mago que ritos solemnes*, por más que se les haya atribuido un significado oculto y místico» (la sincera admisión de este mucho vale algo, por lo menos), el autor dice: «El misterio de los nombres, cuyo conocimiento era una virtud soberana, y que en un periodo de tiempo posterior degeneró en la *grosera herejía* (?) de los Gnósticos y en la magia de los encantadores, parece haber existido no solamente en Egipto, sino también en todas partes. Encuéntranse vestigios de la misma en la *Kábala*... prevaleció en la mitología griega y asiática» (*Lugar del Egipto*, etc., p. 147).

Vemos, pues, á los representantes de la ciencia, convenir por lo menos acerca de este punto. Los iniciados de todos los países tenían el mismo «nombre misterioso». Y ahora les



Y ¿cuál era, pues, el castigo inherente á la negligencia en esto? Cuando un hombre lleva una vida naturalmente pura y virtuosa, no hay castigo ninguno, exceptuando un retardo en el mundo de los Espíritus, hasta encontrarse él suficientemente purificado para recibirlo de su «Señor» Espiritual, uno de la poderosa Hueste. Pero si, por el contrario, el «alma», como principio semi-animal, se paraliza y se vuelve inconsciente de su mitad subjetiva—el Señor—y en proporción al desenvolvimiento sensitivo del cerebro y de los nervios, más pronto ó más tarde, pierde finalmente de vista su divina misión en la tierra.

A manera del *Vourdalak* ó Vampiro del cuento servio, el cerebro se alimenta, vive y aumenta en fuerza y poder á expensas de su padre espiritual. Entonces el alma ya semi-inconsciente, del todo embriagada con los vapores de la vida terrena, se vuelve insensible y pierde la esperanza de la redención. Es impotente para discernir el brillo de su espíritu superior y para oír la voz avisadora de su «Angel Guardián» y su «Dios». Sus aspiraciones se dirigen tan sólo al desenvolvimiento y comprensión más completa de su vida natural ó terrena; de esta suerte únicamente puede descubrir los misterios de la naturaleza física. Sus penas y zozobras, sus esperanzas y alegrías, están todas ellas íntimamente amalgamadas con su existencia terrestre. Rechaza todo cuanto no puede ser demostrado por sus órganos de acción ó de sensación. Empieza por morir virtualmente, y por fin muere completamente. Es *aniquilada*. Una catástrofe tal puede tener lugar con frecuencia, muchos años antes de separarse definitivamente del cuerpo el principio *de vida*. Cuando llega la muerte, su garra férrea y viscosa encuentra como de costumbre *Vida* á donde agarrarse; pero allí no hay ya alma alguna que libertar. La esencia toda de esta última ha sido ya completamente absorbida por el sistema vital del hombre físico. La horrible muerte deja únicamente en libertad un cadáver espiritual, todo lo más un idiota. Incapaz de cernerse en otras regiones más elevadas ó de despertar de su letargo, pronto se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre.

Los iluminados, los hombres justos, aquellos que han llegado á la suprema ciencia del hombre interno y al conocimiento de la verdad, han recibido, como Marco Antonino, instrucciones «de los dioses» durante el sueño ó de otro modo. Auxiliados por los espíritus más puros, aquellos que habitan en «las regiones de bienaventuranza eterna» han observado el curso de tales hechos y han avisado á

queda por probar á los sabios que todos los adeptos, hierofantes, magos ó encantadores (incluyendo á Moisés y á Aarón), lo mismo que todos los kabalistas, desde la institución de los Misterios hasta la época presente, han sido unos farsantes ó locos por creer en la eficacia de tal nombre.

la humanidad repetidas veces. Puede el escepticismo burlarse de esto; la *fé*, fundada en el *conocimiento* y en la ciencia espiritual, lo cree y lo afirma.

Nuestro ciclo actual es eminentemente un ciclo de tales muertes de alma. A cada paso nos codeamos con hombres y mujeres sin alma. No podemos maravillarnos, en el presente estado de cosas, del tremendo fracaso de los últimos esfuerzos de Hegel y de Schelling para construir algún sistema metafísico. Cuando varios hechos, hechos palpables y tangibles, como los del moderno Espiritismo fenomenal, tienen lugar todos los días y á todas horas, y á pesar de todo son negados por la mayoría de las naciones «civilizadas», bien poca probabilidad existe para la aceptación de una metafísica puramente abstracta, por parte de la siempre creciente multitud de materialistas.

En el libro llamado por Champollion *La Manifestation a la Lumière*, existe un capítulo sobre el *Ritual* que está lleno de misteriosos diálogos, con peticiones del alma á varios «Poderes». Entre estos diálogos hay uno que es más que expresivo de la potencialidad de la «Palabra». La escena tiene lugar en la «Cámara de las Dos Verdades». El «Portal», la «Cámara de la Verdad», y hasta las distintas partes de la puerta, se dirigen al alma que se presenta para ser admitida. Todas ellas le prohíben la entrada á menos de que les diga sus misteriosos ó místicos nombres. ¿Qué estudiante de las Doctrinas Secretas dejará de reconocer en estos nombres una identidad de significación y objeto con aquellos que se encuentran en los *Vedas*, en las últimas obras de los Brahmanes y en la *Kábala*?

Los magos, los kabalistas, místicos, neo-platónicos y teurgistas de Alejandría, los cuales en grado tal sobrepujaban á los cristianos en sus adelantos en la secreta ciencia, los brahmanes ó Samaneanos (Shamanos) de la antigüedad, y los modernos brahmanes, budhistas y lamaístas, todos ellos han pretendido que hay cierto poder ligado á estos distintos nombres, perteneciendo á la única inefable Palabra. Hemos demostrado, fundándonos en la experiencia personal, cuán profundamente arraigada está aún hoy día tal creencia entre el pueblo, en toda Rusia (1), de que la Palabra obra «milagros» y existe en el fondo de todo hecho mágico. Los kabalistas relacionan misteriosamente la *Fe* con la misma. Así lo hacían los apóstoles, fundando sus aserciones en las palabras de Jesús, al cual se le hace decir: «Si tenéis fe como un grano de mostaza..... nada os será imposible», y Pablo, repitiendo las palabras de Moisés, dice que «la PALABRA está cerca de tí, en tu boca y en tu corazón; esto es, *la palabra de fe*» (*Romanos* x, 8). Pero ¿quién, excepto los iniciados, puede envanecerse de comprender su perfecto significado?

(1) Véase Cap. I, pp. 51, 52, nota, de este tomo.

En nuestros días sucede lo mismo que en los antiguos tiempos, que para creer en los «milagros» bíblicos se necesita *fe*; pero para ser uno capaz de producirlos por sí mismo, es indispensable el conocimiento de la significación esotérica de la «Palabra». «Si Cristo», dicen el Dr. Farrar y Canon Westcott, «no hizo milagros, entonces los *evangelios* son indignos de fe». Pero aun suponiendo que él verificó tales milagros, ¿probaría esto que los evangelios escritos por otros, y no por él mismo, son algo más dignos de crédito? Y si no, ¿de qué sirve el argumento? Por otra parte, semejante manera de razonar daría validez á la analogía de que los milagros ejecutados por individuos pertenecientes á otra religión distinta del Cristianismo deben hacer *sus* evangelios dignos de crédito. ¿No implica esto por lo menos una igualdad entre las Escrituras cristianas y los sagrados libros búddhicos? Porque también éstos abundan en fenómenos del más estupendo carácter. Además, los cristianos ya no tienen milagros *genuinos* producidos por sus sacerdotes, puesto que ellos han *perdido la Palabra*. Pero más de un Lama buddhista ó Talapoin siamés—á no ser que todos los viajeros se hayan puesto de acuerdo para mentir—ha sido y es aún capaz en la actualidad para duplicar cada uno de los fenómenos descritos en el *Nuevo Testamento*, y hasta para hacer más que esto, sin la menor pretensión de suspender las leyes naturales ni de intervención divina. En realidad el Cristianismo demuestra que está tan muerto en fe como lo está en obras, mientras que el Buddhismo se encuentra lleno de vida y sostenido por pruebas prácticas.

El mejor argumento en favor de la legitimidad de los «milagros» Búddhicos está en el hecho de que los misioneros católicos, en lugar de negarlos ó de considerarlos como simples juegos de prestidigitación—como hacen algunos misioneros protestantes,—con frecuencia se han encontrado en apuros tales que se han visto forzados á adoptar la desesperada alternativa de achacarlo todo al Diablo. Y tan rebajados se sentían los mismos jesuitas, en presencia de estos verdaderos servidores de Dios, que con una astucia sin igual decidieron obrar, en el caso de los talapoines y buddhistas, como se dice que Mahoma lo hizo respecto á la montaña. «Y viendo que ella no iba hacia él, el mismo Profeta se fué en dirección de la montaña». Dándose cuenta de que no podían coger á los siameses con la liga de sus perniciosas doctrinas con barniz cristiano, se disfrazaron, y durante siglos han aparecido entre el pueblo pobre é ignorante como talapoines, hasta que fueron desenmascarados, llegando al extremo de votar y adoptar inmediatamente resolución, que tiene en la actualidad toda la fuerza de un antiguo artículo de fé. «Naaman, el Sirio —dicen los jesuitas de Caen— no disimuló su fé cuando dobló la rodilla con el rey en la casa de Rimmón; tampoco la disimulan los

Padres de la Compañía de Jesús, cuando adoptan la regla y el hábito de los Talapoines de Siam» (nec dissimulant Patres S. J. Talapoinorum Siamensium institutum vestemque affectantes. Proposición 9. 30 Jan. 1693).

En la potencia contenida en los *Mantras* y en el *Vách* de los Brahmanes, se cree tanto hoy día como durante el primitivo periodo Védico. El «Nombre Inefable» de cada país y religión se refiere á aquel que los Masones afirman ser los misteriosos caracteres emblemáticos de los nueve nombres ó atributos por los cuales la Deidad era conocida de los iniciados. La Palabra que todo lo crea, trazada por Enoch en las dos deltas de oro purísimo, en las cuales grabó dos de los caracteres misteriosos, es quizás mejor conocida del pobre y no ilustrado «pagano» que de los altamente perfectos Grandes Sumos Sacerdotes y Grandes Z de los Supremos Capítulos de Europa y de América. Lo único que no comprendemos es por qué los compañeros del Arca Real han de estar siempre llorando tan amargamente su pérdida. Esta palabra de M. M. está, como ellos dirán, enteramente compuesta de consonantes. De aquí que dudemos de que alguno de ellos haya aprendido alguna vez su pronunciación, así hubiese sido conducido á la luz desde la bóveda secreta en lugar de sus distintas corrupciones. Como quiera que sea, el país de Mizraim es á donde se cree que el nieto de Cam condujo la delta sagrada del patriarca Enoch. Por lo tanto, solamente en Egipto y en Oriente es en donde la misteriosa «Palabra» debe buscarse.

Pero ahora que tantos de los más importantes secretos de la Masonería han sido divulgados tanto por amigos como por enemigos, ¿no podemos decir, sin que nos hagamos sospechosos de malicia ó de antipatía, que desde la triste catástrofe de los Templarios, ninguna «Logia» en Europa, y mucho menos en América, ha sabido nunca nada digno de permanecer oculto? Temiendo ser mal comprendidos, decimos *ninguna* Logia, prescindiendo por completo de unos pocos hermanos *escogidos*. Los furiosos ataques de la Hermandad por parte de los escritores católicos y protestantes parecen sencillamente ridículas, así como también la afirmación del abate Barruel, de que todo «revela á nuestros Francmasones como descendientes de aquellos proscritos caballeros», los Templarios de 1314. *Las Memorias del Jacobinismo* de dicho abate, testigo ocular de los horrores de la primera Revolución, están dedicadas en gran parte á los Rosacruces y á otras fraternidades masónicas. El hecho solo de atribuir el origen de los modernos Masones á los Templarios, y de señalarlos como asesinos secretos, acostumbrados á crímenes políticos, demuestra cuán poco sabía acerca de los mismos, pero cuán ardientemente deseaba, al mismo tiempo, encontrar, en estas sociedades, unos machos cabríos á propósito para hacerles cargar con los crímenes y

pecados de otra sociedad secreta que, desde que existe, ha protegido á más de un peligroso asesino político: la Compañía de Jesús.

Las acusaciones contra los Masones han sido principalmente debidas en parte á conjeturas, y en parte á una malicia inagotable y á una premeditada intención de envilecer. Nada concluyente y positivo de carácter criminal ha sido directamente probado contra ellos. El mismo secuestro de Morgan ha seguido siendo cuestión de simple conjetura. En su tiempo, algunos políticos farsantes se agarraron á dicho caso por conveniencia política. Cuando un cuerpo imposible de reconocer fué encontrado en el río Niágara, uno de los principales personajes de esta clase poco escrupulosa, informado de que la identidad era sumamente discutible, inadvertidamente descubrió todo el complot diciendo: «Bien, no importa, *ese es un Morgan bastante bueno hasta después de la elección!*» Por otra parte, encontramos á la Orden de los Jesuitas no solamente permitiendo, en ciertos casos, sino también actualmente *predicando la alta traición y regicidio*, é incitando á estos crímenes (1).

(1) Véase *Los Principios de los Jesuitas, desarrollados en una colección de extractos de sus propios Autores*, Londres, J. G. y F. Rivington, Cementerio de S. Pablo, y Plaza de Waterloo, Pall Mall; H. Wix, 41, New Bridge Street, Blackfriars; J. Leslie, Queen Street, 1839. Sección xvii, «Alta Traición y Regicidio», conteniendo treinta y cuatro extractos de otras tantas autoridades (de la Compañía de Jesús) acerca de la cuestión, entre ellas la opinión acerca de lo mismo del famoso *Roberto Bellarmine*. Emmanuel Sa dice, pues, así: «La rebelión de un eclesiástico contra un rey no es un crimen de alta traición, porque él no está sujeto al rey». *Confessarium Aphorismi Verbo Clericus*, Ed. Coloniae, 1615. Ed. Coll. Sión. «A la gente—dice Juan Bridgewater—no solamente les es permitido, sino que además se la requiere y su deber les exige, que al mandato del Vicario de Cristo, que es el soberano Pastor sobre todas las naciones de la tierra, deje de guardarse la fé que ella había anteriormente pactado con tales principios». (*Concertatio Ecclesiae Catholicae in Anglia adversus Calvino Papistas*. Resp. fol. 348).

En *De Rege et Regis Institutione, Libri tres*, 1640 (Edit. Mus. Brit.), Juan Mariana va todavía más lejos: «Si las circunstancias lo permiten—dice—será lícito destruir con la espada al príncipe que es declarado un enemigo público... Yo jamás consideraré que haya obrado mal aquel hombre que, satisfaciendo los públicos deseos, intentase matarlo, y condenarlos á muerte es no solamente lícito, sino también una acción laudable y gloriosa. Est tamen salutaris cogitatio, ut sit principibus persuasum si rempublicam oppreserint, si vitii et fæditate intolerandi erunt, ea conditione vivere, ut non jure tantum, sed cum laude et gloria perimi possint» (lib. 1, c. 6, p. 61).

Pero la más delicada muestra de cristiana enseñanza se encuentra en el precepto de este jesuita, cuando discute acerca del medio mejor y más seguro para matar á reyes y hombres de estado. «Según mi propia opinión», dice, «á un enemigo no deben dársele drogas venenosas, ni debe echarse ningún veneno mortal en sus alimentos ó en su copa... Pero con todo, será en verdad lícito emplear este método en el caso en cuestión (puesto que el que matase al tirano sería altamente estimado, tanto en favor como en alabanzas, porque es un acto glorioso el exterminar á esta raza malvada y pestilente de la comunidad de los hombres), no obligar á la persona que tiene que ser muerta á que tome por sí misma el veneno que, recibido en su interior, le quitaría la vida, sino hacer de modo que sea aplicado exteriormente por otro sin su intervención; porque cuando tiene mucha fuerza el veneno, si se derrama sobre el asiento ó por los vestidos, será suficientemente poderoso para producir la muerte» (Idem, lib. I, c. f., p. 67). «Así fué como Squire atenta contra la vida de la reina Isabel, por instigación del jesuita Walpole».—Pasquier: *Catéchisme des Jesuites* (1677, p. 350), y Rapin (fol., Lond., 1733, vol. II, libro xvii, p. 148).

Tenemos á la vista una serie de *Discursos* acerca de la Francmasonería y sus peligros, tal como fueron pronunciados en 1862 por James Burton Robertson, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Dublín. En ellos, el conferenciante cita profusamente como á sus autoridades: al referido abate (Barruel, un enemigo natural de los Masones *que no pudo ser cogido en el confesionario*) y á Robison, famoso masón apóstata de 1798. Como costumbre en todos los partidos, sea que pertenezcan al campo masónico ó al anti-masónico, el traidor del campo opuesto es perfectamente recibido con elogios y palabras de estímulo, y se pone el mayor cuidado en disimular todos sus vicios y defectos. Por conveniente que haya encontrado el Comité de la Convención anti-masónica celebrada en 1830 (Estados Unidos de América) el adoptar por ciertas razones políticas esta muy jesuítica proposición de Puffendorf de que «los juramentos no obligan cuando son absurdos é impertinentes», y aquella otra que enseña «que un juramento no obliga, si Dios no lo acepta» (1), á pesar de todo, ningún hombre verdaderamente honrado aceptaría tal sofisma. Sinceramente creemos que la mejor porción de la humanidad siempre tendrá presente que existe un código moral de honor que obliga infinitamente más que un juramento, sea sobre la *Biblia*, el *Korán* ó el *Veda*.

Los Esenios nunca juraban sobre cosa alguna, pero sus *sís* y sus *nos* eran tan buenos y mejores que su juramento. Por otra parte, parece sumamente extraño ver á naciones que á sí mismas se llaman cristianas, instituyendo costumbres en los tribunales eclesiásticos y civiles diametralmente opuestas al mandamiento de su Dios (2), el cual terminantemente prohíbe todo juramento, «ni por los cielos... ni por la tierra... ni por la cabeza...» A nosotros nos parece que sostener que «un juramento no obliga si Dios no lo acepta», además de ser un absurdo, puesto que ningún hombre viviente, ya sea falible ó infalible, puede saber nada acerca de los secretos pensamientos de Dios, es *anti-cristiano* en el pleno sentido de la palabra (3). El argumento es presentado solo porque es conveniente y responde al objeto. Los juramentos jamás obligarán, hasta que cada hombre comprenda perfectamente que la humanidad es la más sublime manifestación en la tierra de la invisible Deidad Suprema, y que cada hombre es una encarnación de su Dios; y cuando el sentimiento de responsabilidad *personal* estará tan desarrollado en

(1) Puffendorf: *Droit de la Nat.*, libro IV, cap. 1.

(2) «También habéis oído lo que fué dicho á los antiguos: No te perjurarás... Pero yo os digo: no juréis. Pero procurad que vuestra contestación sea: Sí, sí; No, no; porque cualquier cosa que pase de esto procede del mal» (*Mateo*, v. 33, 34, 37).

(3) Barbeyrac, en sus notas acerca de Puffendorf, manifiesta que los Peruanos no hacían uso de ningún juramento, sino solo una simple afirmación ante el Inca, y jamás se les encontró perjuros.

él, que considerará al perjurio como el mayor insulto posible tanto para sí mismo como para la humanidad. Ningún juramento obliga en la actualidad, á menos de ser pronunciado por uno que, sin ninguna clase de juramento, sostuviese solemnemente su simple palabra de honor. Por lo tanto, el presentar como autoridades á hombres tales como Barruel ó Robison es sencillamente lograr la confianza del público bajo falsos pretextos. No es el «espíritu de la *Masónica malicia* cuyo corazón acuña columnas como un troquel», sino que lo es mucho más el del clero católico y el de sus campeones, y un hombre que pretenda reconciliar las dos ideas, de honor y de perjurio, en un caso cualquiera, no merece confianza alguna.

Ruidosa es la pretensión del siglo diez y nueve á la preeminencia en punto á civilización sobre los antiguos, y todavía más ruidosa la de las Iglesias y de sus parásitos y aduladores, de que el Cristianismo ha redimido al mundo sacándolo de la barbarie y de la idolatría. La escasa validez de una y otra, hemos procurado demostrarla en estos dos volúmenes. La luz del Cristianismo ha servido únicamente para poner de manifiesto cuánta más hipocresía é imperfección sus enseñanzas han engendrado en el mundo desde su advenimiento, y cuán inmensamente superiores á nosotros eran los antiguos en toda cuestión de honor (1). El clero, predicando la debilidad del hombre, su dependencia completa de la Providencia, y la doctrina de la redención, ha destruido en sus fieles secuaces todo átomo de confianza en sí mismos y de propio respeto. Tan cierto es esto, que va haciéndose proverbial que los hombres más respetables deben buscarse entre los ateos y entre los llamados «infieles».

De Hiparco hemos oído referir que, en los tiempos del *paganismo*, «la vergüenza y el oprobio que justamente siguieron á la violación de su juramento sumieron al infeliz en un paroxismo de locura y desesperación tal que se degolló muriendo por sus propias manos, y que su memoria era tan odiosa después de su muerte, que su cuerpo abandonado en la orilla de la isla de Samos no tuvo otra sepultura que las arenas del mar» (2). Pero en nuestro mismo siglo vemos á noventa y seis delegados de la Convención Anti-Masónica de los Estados Unidos, cada uno de ellos miembro indudablemente de alguna Iglesia protestante, reclamando el respeto debido á hombres de honor y caballeros, y presentando los más jesuíticos argumentos en contra de la validez de un juramento masónico. Pretendiendo el Comité hacer resaltar la autoridad de los más distinguidos guías en la filosofía moral, y reclamando el más amplio apoyo de los *inspira-*

(1) Rogamos al lector tenga presente que por Cristianismo no queremos significar las enseñanzas de Cristo, sino las de sus pretendidos servidores, el clero.

(2) *Vindicación*, del Dr. Anderson, citada por John Yarker en sus *Notas acerca de los misterios religiosos y científicos de la antigüedad*.

dos (1)... que escribieron antes de que la Francmasonería existiera, decidieron que, desde el momento en que el juramento es «una transacción entre el hombre por una parte, y el Juez Todopoderoso por otra», y siendo todos los Masones infieles é «impropios para la confianza civil», resulta de ahí que sus juramentos tenían que ser considerados ilegales y no obligatorios (2).

Pero volvamos á estos *Discursos* de Robertson y á sus cargos contra la Masonería. La mayor acusación contra esta última es que los Masones rechazan un Dios *personal* (esto según la autoridad de Barruel y Robison), y que pretenden estar en posesión de un «secreto para hacer á los hombres mejores y más felices de lo que Cristo sus apóstoles y su Iglesia les han hecho». Aun cuando esta última acusación sólo fuese verdadera á medias, podría aún dejar la consoladora esperanza de que ellos habían realmente encontrado el secreto de separarse enteramente del mítico Cristo de la Iglesia, y del Jehovah oficial. Pero ambas acusaciones son simplemente tan maliciosas como absurdas y falsas, como veremos enseguida.

No se vaya á imaginar que nos hallamos influidos por sentimientos personales en alguna de nuestras reflexiones acerca de la Masonería. Tan lejos estamos de eso que, sin titubear lo más mínimo, proclamamos nuestro más alto respeto por los propósitos originales de la Orden, y algunos de nuestros más grandes amigos figuran dentro de su fraternidad. Nada decimos contra la Masonería, como debería ser, pero la atacamos tal como, gracias á las intrigas del Clero, así católico como protestante, empieza ahora á ser. Declarando ser la más absoluta de las democracias, es en la práctica el monopolio de la Aristocracia, de la riqueza y de la ambición personal. Profesando ser la instructora de la verdadera ética, se ha rebajado á una propaganda de antropomórfica teología. Al aprendiz semi-desnudo, llevado ante el Maestro durante la iniciación del primer grado, se le enseña que á la puerta de la Logia desaparece toda distinción social, y que el más pobre de los hermanos es el igual de cualquiera otro, aunque sea un soberano reinante, ó un príncipe imperial. En la práctica, la Francmasonería conviértese en vil adulator, en todo país monárquico, de cualquier retoño real que, con objeto de usarla como arma política, digne ponerse la un día simbólica piel de cordero.

Hasta qué punto ha llegado la Fraternidad Masónica en esta dirección, podemos deducirlo de las palabras de una de sus mayores autoridades. Juan Yarker, el menor, de Inglaterra; ex-Gran Guar-

(1) Incluyendo á Epifanio, debemos creer después de haber violado su juramento, enviando al destierro unas setenta personas pertenecientes á la sociedad secreta á la cual hizo traición.

(2) Convención Anti-Masónica de los Estados Unidos: *Obligación de los juramentos Masónicos*, discurso por Mr. Hopkins, de Nueva York.



dián de la Gran Logia de Grecia; Gran Maestro del Rito de Swedenborg; Gran Maestro también del Antiguo y Primitivo Rito de Masonería, y sabe Dios cuántas cosas más (1), dice que la Masonería nada perdería con «la adopción de una más elevada (no pecuniaria) norma de compañerismo y de moralidad, con exclusión de la *púrpura* de todo lo que *inculca fraudes, imposturas, grados históricos y otros abusos inmorales*» (página 158). Y vemos además en la página 157: «Tal como está gobernada actualmente la Fraternidad Masónica, la Masonería va convirtiéndose rápidamente en el paraíso del *bon vivant*, del *caritativo* hipócrita, que olvida la versión de S. Pablo, y adorna su pecho con la 'joya de la caridad' (habiendo, mediante este gasto juicioso, obtenido la *púrpura*, pone fuera de juicio á otros hermanos de mayor habilidad y moralidad, pero de menos medios); el fabricante de mezquino oropel Masónico; el comerciante bribón que estafa á centenares y aun á millares, apelando á las sensibles conciencias de aquellos pocos que tienen en consideración sus O. B.; y los *Emperadores* Masónicos y otros charlatanes que obtienen poder ó dinero gracias á pretensiones aristocráticas que han añadido á nuestra institución *ad captandum vulgus*».

No pretendemos en manera alguna exponer secretos mucho tiempo há divulgados por masones perjuros. Todo lo verdaderamente esencial, sea en representaciones simbólicas, ritos ó palabras de pase, tal como se usa en la moderna Francmasonería, es conocido en las fraternidades Orientales; aunque no parece existir entre las mismas relación ó comunicación alguna. Si Medea es descrita por Ovidio llevando «brazo, pecho y rodilla desnudos, y el pié izquierdo á medio calzar»; y Virgilio, hablando de Dido, presenta á esta «misma Reina..... resuelta entonces á morir, con un pié desnudo» (2), ¿por qué dudar de que existen en Oriente verdaderos «Patriarcas de los Sagrados *Vedas*», explicando el esotericismo de la pura teología inda y el Brahmanismo, tan completamente como los «Patriarcas» europeos?

Pero si existen unos pocos Masones que, gracias al estudio de algunas obras kabalísticas y de otros libros raros, y poniéndose en comunicación personal con «Hermanos» del remoto Oriente, han aprendido algo de Masonería *esotérica*, no es este el caso con respecto á los centenares de Logias americanas. Mientras estábamos escribiendo este capítulo, hemos recibido inesperadamente, debido á la amabilidad de un amigo, un ejemplar de la obra de Mr. Yarker, de la cual hemos citado ya algunos párrafos. Está llena de erudi-

(1) John Yarker, el menor: *Notas acerca de los Misterios religiosos y científicos de la Antigüedad; la Gnosis y las Escuelas Secretas de la Edad Media. Moderno Rosicrucianismo; y los distintos Ritos y Grados de la Libre y Aceptada Masonería*, Londres, 1872.

(2) John Yarker: *Notas*, p. 151.

ción, y, lo que es más aún, de *conocimientos*, según nos parece. Su valor resalta mucho más en estos momentos, puesto que corrobora en muchos puntos lo que hemos dicho en esta obra. Así pues, leemos en dicho libro lo siguiente:

«Creemos haber establecido suficientemente el hecho de la conexión de la Francmasonería con otros ritos especulativos de la antigüedad, así como la antigüedad y pureza del antiguo Rito-Templario inglés, de *siete grados*, y la espuria derivación de muchos de los demás ritos de éste» (1).

A semejantes masones elevados no es necesario decirles, como lo es para los masones en general, que ha llegado el tiempo de refundir la Masonería y de restaurar aquellos antiguos límites, tomados de las primitivas hermandades, que en el siglo diez y ocho los fundadores de la Masonería especulativa creían haber incorporado á la fraternidad. No existen ya secretos que no hayan sido publicados; la Orden va degenerando en una institución de conveniencia en provecho de hombres egoístas, y es degradada por hombres malévolos.

Recientemente, una mayoría de los Supremos Consejos del Rito Antiguo y Aceptado, reunidos en Lausana, justamente indignados contra una tan impía creencia como la de una Deidad personal, investida con todos los atributos humanos, han pronunciado las siguientes palabras: «La Francmasonería proclama, como ha proclamado desde su origen, la existencia de un *principio creador*, bajo el nombre de Gran Arquitecto del Universo». Contra esto, una pequeña minoría ha protestado diciendo que «la creencia en un *principio Creador* no es la creencia en Dios que la Francmasonería exige de todo candidato antes de cruzar sus mismos umbrales».

Esta confesión en nada se parece á la recusación de un Dios personal. Si tuviésemos la más leve duda acerca del asunto, se desvanecería por completo ante las palabras de General Albert Pike (2), que es quizá la mayor autoridad del día entre los Masones americanos y que se opone del modo más violento á esta innovación. Nada mejor podemos hacer que citar sus propias palabras:

«Este *Principio Creador* no es ninguna frase nueva: es sólo un antiguo término reavivado. Nuestros adversarios, numerosos y formidables, dirán y tendrán el derecho de decir que nuestro *Principio Creador* es idéntico al *Principio Generador* de los indios y de los Egipcios, y que puede propiamente ser simbolizado, como lo era en los antiguos tiempos, por el *Lingae*. ... El aceptar esto, en lugar de

(1) John Yarker: *Notas*, p. 150.

(2) «Autos del Supremo Consejo de Soberanos y Grandes Inspectores Generales del Grado treinta y tres y Ultimo. Verificados en la ciudad de Nueva York, el 15 de Agosto de 1876», pp. 54, 55.

un Dios personal, es ABANDONAR EL CRISTIANISMO, y *el culto de Jehovah*, y volver á revolcarse en las pocilgas del Paganismo».

¿Y son acaso las del *Jesuitismo* mucho más limpias? «Nuestros adversarios numerosos y formidables». Esta frase lo dice todo. Quiénes son estos formidables enemigos, inútil es decirlo. Son los Católico-Romanos y algunos de los Presbiterianos Reformados. Al leer lo que ambas fracciones respectivamente escriben, bien podemos preguntar cuál de los dos adversarios teme más al otro. Pero ¿qué provecho se sacará organizándose contra una fraternidad que ni siquiera se atreve á tener una creencia propia de sí misma, por temor de inferir ofensas? Y si los juramentos Masónicos significan algo y los castigos masónicos son considerados como algo más que irrisorios, ¿cómo pueden los adversarios, cualesquiera que sean, numerosos ó escasos, débiles ó fuertes, saber lo que pasa dentro de la logia, ó penetrar más allá de aquel «hermano terrible que con una espada desnuda guarda la puerta de la logia»? No es, pues, este «hermano terrible» más formidable que el *General Boum* de Offenbach, con su ridícula pistola, sus ruidosas espuelas y su colosal *penacho*? ¿De qué sirven los millones de hombres que constituyen esta gran fraternidad, extendida por todo el orbe, si no pueden mantenerse unidos de tal modo que puedan desafiar á todos sus adversarios? ¿Será quizás que el «místico nudo» es sólo un lazo de arena, y la Masonería sólo un juguete para dar pábulo á la vanidad de unos pocos caudillos que se gozan adornándose con cintas é insignias? ¿Es su autoridad tan falsa como su antigüedad? Así lo parece, realmente; y sin embargo, como que «hasta las pulgas tienen otras pulgas más pequeñas que las pican», no faltan aquí mismo Católicos alarmistas que pretenden asustar á la Masonería!

Y, no obstante, estos mismos Católicos, con toda la tranquilidad de su tradicional insolencia, amenazan públicamente á América, con sus 500.000 Masones y sus 34 millones de Protestantes, con una unión de la Iglesia y del Estado bajo la dirección de Roma! El peligro que amenaza á las instituciones libres de esta República, se nos dice, vendrá de los principios del Protestantismo lógicamente desarrollados. El Secretario actual de la Marina, el Hon. R. W. Thompson, de Indiana, habiéndose atrevido hace poco, en su propio y libre país protestante, á publicar un libro sobre el *Papado y el Poder Civil*, en el cual su lenguaje es tan moderado como correcto y propio de un caballero, un sacerdote Católico Romano en Washington D. C.—la misma residencia del Gobierno—le ataca con la mayor dureza. Y lo que todavía es mejor, un miembro representante de la Compañía de Jesús, el padre F. X. Weninger, doctor en Teología, vierte sobre su cabeza condenada una redoma de cólera que parece haber sido directamente extraída de los sótanos del Vaticano. «Las aseveraciones —

dice— que Mr. Thompson sienta, fundándose en el necesario antagonismo entre la Iglesia Católica y las instituciones libres, están caracterizadas por una deplorable ignorancia y por una ciega audacia. El autor no hace ningún caso de la lógica, de la historia, del sentido común, de la caridad; y se presenta ante el leal pueblo americano como un hipócrita de inteligencia muy limitada. Ninguna persona ilustrada se atrevería á repetir las manoseadas calumnias que tantas veces han sido refutadas.... En contestación á sus acusaciones contra la Iglesia como enemiga de la libertad, le diré que si este país pudiera algún día convertirse en una nación católica, ó, lo que es igual, si los Católicos pudiesen estar en mayoría, y *tener las riendas del poder político*, entonces vería él los principios de nuestra Constitución desarrollados en toda su extensión, y vería que estos Estados en cada uno de sus actos estarían *Unidos*. Contemplaría á un pueblo viviendo en paz y armonía; unido por los lazos de una fé única, latiendo sus corazones al unisono con el amor de su patria, con caridad é indulgencia hacia todos, y respetando los derechos y las conciencias hasta de sus calumniadores».

En interés de esta «Compañía de Jesús», aconseja dicho padre á Mr. Thompson que mande su libro al Czar Alejandro II y á Federico Guillermo, emperador de Alemania. Puede esperar de ellos, como muestra de su simpatía, las órdenes de S. Andrés y del Aguila Negra. «De los patrióticos americanos, de clara inteligencia y que saben reflexionar, no puede él esperar otra cosa más que la *condescendencia* de su desprecio. En tanto que los corazones americanos sigan latiendo en pechos americanos, y la sangre de sus padres continúe corriendo por sus venas, unos esfuerzos tales como los de Thompson *no* lograrán su objeto. Los verdaderos y legítimos americanos protegerán siempre á la Iglesia Católica en este país, *y finalmente se unirán á ella*». Después de esto, habiendo así dejado en el campo, como parece figurarse, el cadáver de su impío antagonista, lo pisotea, vaciando las heces de su redoma exhausta del modo siguiente: «Abandonamos el libro cuyo argumento hemos destruido, á manera de una carroña propia para ser devorada por los cernicalos de Texas, aquellas aves hediondas por las cuales queremos significar aquella clase de hombres que gustan alimentarse de corrupción, calumnias y mentiras, y que se sienten atraídos por el hedor de las mismas».

Esta última sentencia es digna de ser añadida, á manera de apéndice, á los *Discorsi del Sommo Pontifice Pio IX*, por D. Pascuale di Francisca, immortalizados por el desprecio de Mr. Gladstone.— *Tel maître tel valet* (1).

(1) Tal amo, tal criado.

Moraleja: Esto enseñará á los escritores imparciales, sabios y cultos, que hasta un antagonista tan bien educado como ha demostrado ser Mr. Thompson en su libro, no puede esperar escapar á la única arma en buen estado que hay en la panoplia católica, el lenguaje de pescadera. El argumento entero del autor demuestra que, á la par que enérgico, procura ser amable; pero aun cuando atacado con Tertuliánica violencia, no hubiera sido peor tratado. Indudablemente le servirá de algún consuelo el ser colocado en la misma categoría que los emperadores y reyes infieles y cismáticos.

Mientras que los Americanos, incluyendo á los Masones, están ahora avisados para que se preparen á unirse á la Santa Iglesia católica apostólica y romana, nos alegramos de saber que hay en la Masonería algunos miembros, tan leales y respetados como el que más, que sostienen nuestras opiniones. Conspicuo entre ellos es nuestro venerable amigo, Mr. Leon Hyneman, P. M. y miembro de la Gran Logia de Pensilvania. Durante ocho ó nueve años ha sido editor del *Espejo y Clave Masónica* y es un autor de reputación. Personalmente nos asegura que por espacio de unos treinta años ha combatido el designio de erigir en dogma masónico la creencia en un Dios *personal*. En su obra *Ancient York and London Grand Lodges*, dice (p. 169): «La Masonería, en lugar de desenvolverse ostensiblemente á tenor del progreso intelectual de los conocimientos científicos y de la inteligencia general, se ha separado de los designios originales de la fraternidad, y tiende aparentemente á ser una sociedad sectaria. Claramente puede esto verse... en la persistente determinación de no expurgar al ritual de las sectarias innovaciones intercaladas en el mismo... Parecería que la Masónica fraternidad de este país es tan indiferente á los antiguos puntos de mira y usos de la Masonería como lo eran los Masones del siglo pasado bajo la Gran Logia de Londres». Fué esta convicción la que en 1856, cuando Jacques Étienne Marconis de Negre, Gran Hierofante del Rito de Memphis, se dirigió á América, y le ofreció el cargo de gran Maestro del Rito de los Estados Unidos, y el Antiguo y Aceptado Rito le ofreció un grado 33.º Honorario; esto fué, decimos, lo que le indujo á rehusar ambas distinciones.

El Temple fué la última organización secreta europea que como cuerpo poseyó algunos de los misterios del Oriente. Ciertamente, habia durante el siglo pasado (y quizás también ahora) «Hermanos» aislados que trabajaban fiel y secretamente, bajo la dirección de las Fraternidades Orientales. Pero cuando éstos pertenecían á sociedades europeas, siempre se unían á ellas por motivos desconocidos á la Fraternidad, aunque al mismo tiempo para beneficio de la misma. Por medio de ellos es como los modernos Masones han sabido todo cuanto tienen de importante; y la semejanza que ahora se encuen-

tra entre los Ritos especulativos de la antigüedad, los Misterios de los Esenios, Gnósticos é indos, y los más elevados y antiguos de los grados Masónicos, prueba bien este hecho. Si estos misteriosos hermanos llegaron á poseer los secretos de las sociedades, jamás podían ellos comunicarse mutuamente tales confidencias, aunque en sus manos aquellos secretos estaban más seguros quizás que bajo la custodia de los Masones europeos. Cuando se veía á alguno de estos últimos que fuese digno de pasar á ser afiliado del Oriente, se le instruía é iniciaba secretamente, sin que los demás supiesen por tal motivo más de lo que sabían antes.

Nadie pudo jamás poner la mano sobre los Rosacruces, y á pesar de los pretendidos descubrimientos de «cámaras secretas», *vellums* llamados T, y caballeros fósiles con lámparas siempre ardientes, esta antigua asociación y sus objetivos verdaderos son todavía hoy un misterio. Algunos pretendidos Templarios y falsos Rosacruces, con unos pocos verdaderos Kabalistas, han sido quemados alguna que otra vez, y algunos desgraciados Teosofistas y Alquimistas han sido presos y puestos en el tormento; engañosas confesiones les eran arrancadas por los medios más feroces, pero, á pesar de todo, la verdadera Sociedad permanece hoy día como ha sido siempre, desconocida para todo el mundo, especialmente para su más cruel enemigo, la Iglesia.

En cuanto á los modernos Caballeros Templarios y aquellas Logias Masónicas que pretenden ahora descender directamente de los antiguos Templarios, su persecución por la Iglesia fué desde el principio una farsa. Ni poseen, ni han poseído jamás ningún secreto peligroso para la Iglesia. Todo lo contrario; puesto que encontramos á J. G. Findel diciendo que los grados Escoceses, ó sea el sistema Templario, data únicamente de 1735-1740, y *siguiendo su tendencia católica, establecieron su residencia principal en el Colegio de Jesuitas de Clermont, en París*, por lo cual era denominado sistema Clermont. El actual sistema Sueco tiene en sí también algo del elemento Templario, pero está libre de Jesuitas y de intervención en la política; sea como fuere, afirma que posee el original del Testamento de Molay, porque un conde Beaujeu, sobrino de Molay, *jamás oido nombrar en ninguna otra parte* —dice Findel—, trasplantó el Templarismo en la Francmasonería, y procuró de este modo para las cenizas de su tío un misterioso sepulcro. Basta para probar que esto es una fábula Masónica el que, en este pretendido monumento, el día del entierro de Molay figura en 11 de Marzo de 1313, mientras que el día de su muerte fué el 19 de Marzo de 1313. Esta espuria producción, que ni es verdadero Templarismo, ni verdadera Francmasonería, no ha arraigado nunca sólidamente en Alemania. Pero el caso es muy distinto en Francia.

Escribiendo sobre este particular, debemos oír lo que Wilcke tiene que decir acerca de estas pretensiones:

«Los actuales Caballeros Templarios de París pretenden ser los descendientes directos de los antiguos Caballeros, y se esfuerzan en probarlo con documentos, reglamentos interiores y doctrinas secretas. Foraisse dice que la Fraternidad de los Francmasones fué fundada en Egipto, que Moisés comunicó las enseñanzas secretas á los Israelitas, Jesús á los Apóstoles, y que de éstos fueron pasando hasta llegar á los Caballeros Templarios. Tales invenciones son necesarias... para la aserción de que los Templarios Parisienses son la progenie de la antigua orden. Todas estas aseveraciones, no apoyadas por la historia, fueron fabricadas en el *Alto Capitulo de Clermont* (Jesuitas) y conservadas por los Templarios Parisienses como un legado que les dejaron aquellos políticos revolucionarios, los Stuarts y los Jesuitas». De aquí que encontremos á los Obispos Grégoire (1) y Münter (2) apoyándolas.

Relacionando los Templarios modernos con los antiguos, podemos todo lo más, por lo tanto, concederles que han adoptado ciertos ritos y ceremonias de carácter puramente *eclesiástico*, después de haber sido astutamente inoculadas en la grande y antigua Orden por el clero. A partir de esta profanación, gradualmente fué perdiendo su carácter simple y primitivo, y marchó con rapidez á su ruina final. Fundada en 1118 por los Caballeros Hugo de Payens y Godofredo de St. Omer, nominalmente para la protección de los peregrinos, su objeto verdadero era la restauración del primitivo culto secreto. La verdadera versión de la historia de Jesús y del Cristianismo primitivo le fué comunicada á Hugo de Payens por el Gran Pontifice de la Orden del Temple (de la secta Nazarena ó Johanita), llamado Theocletes, después del cual fué instruido por algunos Caballeros de Palestina, de entre los miembros más elevados é inteligentes de la secta de S. Juan, los cuales estaban iniciados en sus misterios (3). La libertad de pensamiento y la restauración de una religión única y universal eran sus fines secretos. Ligados por los votos de obediencia, pobreza y castidad, eran al principio los verdaderos Caballeros de Juan el Bautista, predicando en el desierto y alimentándose de langostas y miel silvestre. Tal es la tradición y la verdadera versión kabalística.

(1) *Historia de las sectas religiosas*, vol. II, pp. 392-428.

(2) *Notitia codicis græci evangelium Johannis variatum continentis*, Havanix, 1828.

(3) Esta es la razón por que aún hoy día, los fanáticos y kabalísticos miembros de los Nazarenos de Basra (Persia) conservan una tradición de la gloria, riqueza y poder de sus «Hermanos», agentes ó *mensajeros*, como les llaman en Malta y en Europa. Dicen ellos que quedan todavía allí unos pocos, que más pronto ó más tarde restaurarán la doctrina de su Profeta Iohanán (S. Juan), el hijo del Señor Jordán, y que eliminarán de los corazones de la humanidad todas las otras falsas enseñanzas.

Es un error el decir que solamente en sus últimos tiempos la Orden se hizo anti-católica. Lo fué desde el principio, y la cruz roja sobre el manto blanco, que era la vestidura de la Orden, tenía la misma significación que entre los iniciados de todos los demás países. Indicaba los cuatro puntos cardinales, y era el emblema del Universo (1). Cuando más tarde la Fraternidad se hubo transformado en una Logia, los Templarios, con objeto de evitar la persecución, se vieron obligados á verificar sus propias ceremonias con el mayor secreto, generalmente en la sala del capítulo, y, con más frecuencia, en cuevas solitarias, ó en casas de campo construidas en medio de los bosques, mientras que la forma de culto eclesiástica se verificaba públicamente en capillas pertenecientes á la Orden.

Aunque muchas de las acusaciones lanzadas contra los Templarios por orden de Felipe IV eran infamemente falsas, los cargos principales eran ciertamente verdaderos, desde el punto de vista de lo que la Iglesia considera como *herejía*. Los Templarios de hoy día, estrictamente adheridos como están á la *Biblia*, difícilmente pueden pretender descender de aquellos que no creían en Cristo, como hombre Dios, ni como Salvador del mundo; que rechazaban el milagro de su nacimiento, y los que él mismo ejecutaba; que no creían ni en la transustanciación, ni en los santos, ni en las santas reliquias, ni en el purgatorio, etc. El Cristo Jesús era, en su opinión, un falso profeta, pero el hombre Jesús, un Hermano. Consideraban ellos á Juan el Bautista como á su patrón, pero jamás le miraron bajo el aspecto en que se le presenta en la *Biblia*. Respetaban las doctrinas de la alquimia, astrología, magia, así como los talismanes kabalísticos, y se adherían á las enseñanzas secretas de sus jefes del Oriente. «En el siglo último—dice Findel—, cuando la Francmasonería se suponía falsamente á sí misma hija del Templarismo, costaba mucho trabajo considerar á la Orden de los Caballeros del Temple como inocente.... Con este objeto no solo se inventaron leyendas y hechos no registrados, sino que se procuró con gran empeño reprimir la verdad. Los Masónicos admiradores de los Caballeros Templarios recogieron todos los documentos del proceso publicados por Moldenwahr, por la razón de que probaban la culpabilidad de la Orden» (2).

Esta culpabilidad consistía en su *herejía* contra la Iglesia católico-romana. Mientras que los verdaderos «Hermanos» morían de muerte ignominiosa, la Orden espuria que trataba de seguir sus huellas se convirtió exclusivamente en un rama de los Jesuitas, bajo la inmediata tutela de éstos últimos. Los Masones fieles y sinceros deben

(1) Las dos grandes Pagodas de Madura y Benarés están constituidas en forma de cruz, siendo cada brazo de la misma longitud. (Véase Mauri: *Antigüedades Indias*, vol. III, pp. 360-376).

(2) Findel: *Historia de la Francmasonería*. Apéndice.



rechazar con horror toda relación con ellos, prescindiendo de su descendencia de los mismos.

«Los Caballeros de S. Juan de Jerusalén— escribe el Comendador Gourdin (1)—, llamados algunas veces Caballeros Hospitalarios y Caballeros de Malta, no eran Francmasones; antes al contrario, parecen haber sido enemigos de la Francmasonería, porque en el año 1740, el Gran Maestre de la Orden de Malta hizo publicar la Bula del Papa Clemente XII en aquella isla, y prohibió las reuniones de los Masones. En esta ocasión, varios Caballeros y muchos ciudadanos abandonaron la isla, y, en 1741, la Inquisición persiguió á los Francmasones en Malta. El Gran Maestre prohibió sus asambleas bajo distintas penas, y seis Caballeros fueron para siempre desterrados de la isla por haber asistido á una reunión. En realidad, al revés de los Templarios, ni siquiera tenían una forma secreta de recepción. Reghellini dice que le fué imposible procurarse un solo ejemplar del Ritual Secreto de los Caballeros de Malta. La razón es obvia: no había ninguno».

Y á pesar de esto, el Templarismo Americano comprende tres grados: 1.º Caballero de la Cruz Roja; 2.º Caballero Templario, y 3.º Caballero de Malta. Fué introducido en los Estados Unidos, procedente de Francia, en 1808, y el primer *Grand Encampment* fué organizado el 20 de Junio de 1816, con el gobernador De Witt Clinton, de Nueva York, como Gran Maestre.

No pueden envanecerse mucho de esta herencia de los Jesuitas los Caballeros Templarios. Si éstos desean justificar sus pretensiones, deben escoger entre admitir que descienden de los *herejes*, anti-cristianos, kabalísticos y primitivos Templarios, ó unirse con los Jesuitas y clavar sus alfombras en mosaico directamente sobre la plataforma del ultra-Catolicismo. De otra manera, sus reclamaciones vendrían á ser una mera pretensión.

Tan imposible se ha hecho para los originadores de la *eclesiástica* pseudo-orden de los Templarios, inventada según Dupuy en Francia por los partidarios de los Stuarts, evitar que fuese considerada como una rama de la Orden de los Jesuitas, que no nos sorprende el ver á un autor anónimo, del cual se sospecha que pertenecía al Capítulo Jesuita de Clermont, publicando en 1751 una obra en Bruselas acerca del proceso de los Caballeros Templarios. En varias notas mutiladas, adiciones y comentarios de esta obra, su autor manifiesta la *inocencia* de los Templarios respecto á la acusación de «herejía», arrebatándoles así el mayor título que al respeto y á la admiración estos primitivos libre-pensadores y mártires habían conquistado!

(1) *Bosquejo de los Caballeros Templarios y de los Caballeros de S. Juan de Jerusalén*, por Richard Woolf, miembro de la Sociedad Asiática, Comendador de la Orden de Caballeros Templarios Masónicos.

Esta última pseudo-orden fué constituida en Paris el 4 de Noviembre de 1804, en virtud de una *Constitución falsificada*, y desde entonces ha «contaminado á la legítima Francmasonería», como nos dicen los más eminentes Masones. *La Charte de transmission (tabula aurea Larmenii)* tiene todos los visos de una tan remota antigüedad «que Grégoire confiesa que, si todas las demás reliquias del tesoro parisiense de la Orden no hubiesen acallado sus dudas tocante á su antigua descendencia, la vista de esta carta le hubiera á primera vista persuadido» (1). El primer Gran Maestro de esta Orden espuria fué un médico de Paris, el Dr. Fahre-Palaprat, que adoptó el nombre de Bernard Raymond.

El conde Ramsay, jesuita, fué el primero en lanzar la idea de que los Templarios se habian unido á los Caballeros de Malta. Así pues, leemos lo siguiente salido de su pluma: «Nuestros antepasados (!!!) los Cruzados, reunidos en la Tierra Santa, procedentes de toda la Cristiandad, desearon unirse en una fraternidad que abrazase á todas las naciones, para que, cuando estuviesen ligadas juntas en corazón y alma, para el mutuo mejoramiento, pudieran, en el transcurso del tiempo, representar un solo pueblo intelectual».

Por esto es que se hizo unir á los Templarios con los Caballeros de S. Juan, y que éstos entrarau en la hermandad de la Masonería conocida con el nombre de Masones de S. Juan.

En el *Sceau Rompu*, en 1745, encontramos por lo tanto la siguiente descarada falsedad, digna de los Hijos de Loyola: «Las logias estaban dedicadas á S. Juan, porque *los Caballeros* Masones, cuando las guerras santas de Palestina, se habían unido á los Caballeros de S. Juan».

En 1743 fué inventado el grado Kadosh en Lion (así lo dice al menos Thory) y «representa la *venganza de los Templarios*». Y aquí nos encontramos á Findel diciendo que «la Orden de los Caballeros Templarios había sido abolida en 1311, y que por aquella época se vieron obligados á buscar refugio, cuando, después de la expulsión de varios Caballeros de Malta, en 1740, por razón de ser Francmasones, no era ya posible continuar unidos con la Orden de S. Juan ó Caballeros de Malta, entonces en la plenitud de su poder y *bajo la soberanía del Papa*».

Volviendo á Clavel, una de las mayores autoridades Masónicas, leemos: «Es evidente que la fundación de la Orden Francesa de los Caballeros Templarios no es más antigua que del año 1804, y que no puede legítimamente pretender en manera alguna ser la continuación de la sociedad llamada *la petite Resurrection des Templiers*, ni tampoco esta última puede remontarse hasta la antigua Orden de los

(1) Findel: *Historia de la Francmasonería*, Apéndice.

Caballeros Templarios». Por dicha razón vemos á estos pseudo-Templarios, bajo la dirección de los dignos padres Jesuitas, forjando en París en 1806 la famosa Carta de Larmenius. Veinte años más tarde, esta corporación nefasta y subterránea, guiando la mano de viles asesinos, la dirigió contra uno de los más nobles y grandes príncipes de Europa, cuya muerte misteriosa, desgraciadamente para los intereses de la verdad y de la justicia, no ha sido nunca, por razones políticas, investigada y puesta en conocimiento de todo el mundo, como debía haberlo sido. Este príncipe, que era francmasón, fué el último depositario de los secretos de los verdaderos Caballeros Templarios. Durante largos siglos éstos habían permanecido ignorados y al abrigo de toda sospecha. Celebrando sus reuniones una vez cada *trece* años, en Malta, y avisando su Gran Maestre á los hermanos europeos, para indicarles el lugar de la cita, sólo con unas pocas horas de anticipación, estos representantes del un día poderosísimo y gloriosísimo cuerpo de Caballeros se reunían el día fijado procedentes de diversos puntos de la tierra. *Trece* en número, en conmemoración del año de la muerte de Jacques de Molay (1313), los entonces hermanos Orientales, entre los cuales había testas coronadas, fraguaban juntos el porvenir religioso y el destino político de las naciones; mientras que los Caballeros Papistas, sus asesinos y bastardos sucesores dormían tranquilamente en la cama sin que la menor pesadilla turbara sus conciencias criminales.

«Y á pesar de todo—dice Rebold—, no obstante la confusión á que habían dado lugar (1736-72), los jesuitas sólo habían logrado uno de sus designios, ó sea *desnaturalizar y desacreditar á la Institución Masónica*. Creyendo que habían conseguido destruirla en una forma, decidieron emplearla en otra. A este fin organizaron los sistemas llamados 'Oficialidad de los Templarios', una amalgama de las diferentes historias, sucesos y rasgos característicos de las cruzadas, mezclados con los sueños de los alquimistas. *En esta combinación el Catolicismo lo gobernaba todo y la fábrica entera se movía sobre ruedas, representando el gran objeto para el cual la Compañía de Jesús estaba organizada*» (1).

De ahí que los ritos y símbolos de la Masonería, á pesar de ser ésta «Pagana» en su origen, hayan pasado todos al Cristianismo y de que éste participe de su sabor. El Masón tiene que declarar su creencia en un Dios *personal*, Jehovah, y, en los Grados de Campamento, también en Cristo, antes de que pueda ser aceptado en la Logia, mientras que los Templarios Johanistas creían en el desconocido é invisible Principio, de donde han procedido los Poderes Creadores, mal llamados *dioses*, y se atenían á la versión Nazarena de haber sido

(1) *Historia General de la Francmasonería*, p. 218.

Ben-Panther el padre pecador de Jesús, quien se proclamaba á sí mismo «el hijo de Dios y de la humanidad» (1). Esto también da la explicación de los terribles juramentos tomados á los Masones *sobre la Biblia*, y de la manera servil como sus leyendas coinciden con la cronología Bíblico-Patriarcal. En la Orden Americana de la Rosa-Cruz, por ejemplo, cuando el neófito se aproxima al altar, los «Señores Caballeros son llamados á formar y el capitán de la guardia hace su proclamación». «A la gloria del sublime arquitecto del universo (Jehovah-Binah?), bajo los auspicios del Soberano Santuario de la *Antigua y Primitiva* Francmasonería», etc., etc. Entonces el Caballero Orador da un golpe, y dice al neófito que las antiguas leyendas de la Masonería datan de CUARENTA siglos; no pretendiendo mayor antigüedad para la más antigua de ellas que 622 A. M., en cuyo tiempo dice él que nació Noé. Bajo estas circunstancias, esto será considerado como una liberal concesión á preferencias cronológicas. Después de lo cual se les enseña á los Masones (2) que fué sobre el año 2188 antes de Jesucristo que Mizraim llevó colonias á Egipto, colocando los cimientos del Reino de Egipto, cuyo reino duró 1663 años (!!!). Extraña cronología, que, si bien coincide piadosamente con la de la *Biblia*, difiere por completo de la de la historia. Los nueve míticos nombres de la Deidad, importados á Egipto según los Masones en el siglo vigésimo segundo antes de Jesucristo, se encuentran en monumentos que los mejores Egiptólogos calculan que son doble más antiguos. Sin embargo, debemos al mismo tiempo tener en consideración que los mismos Masones ignoran estos nombres.

La simple verdad es que la moderna Masonería es una cosa bien tristemente distinta de lo que en otro tiempo era la fraternidad secreta y universal cuando los Brahmas-adoradores del AUM cambia-

(1) Véase la versión de Gaffarel; *La Science des Esprits*, de Eliphas Levi; *La Real Enciclopedia Masónica*, de Makenzie; *Sepher Toldos Jeshu*, y otros libros kabalísticos y rabínicos. La historia es la siguiente. Una Virgen llamada Mariam, prometida á un joven conocido con el nombre de Iohanán, fué ultrajada por otro hombre llamado Ben-Panther, ó José Panther, dice «Sepher Toldos Jeshu». Apercibido su prometido de su desgracia, la abandonó y al mismo tiempo la olvidó. El niño que nació fué Jesús, llamado Joshua. Adoptado por su tío Rabi Jehosuah, fué iniciado en la doctrina secreta por Rabi Elhanán, un kabalista, y después por los sacerdotes Egipcios, que le consagraron Sumo Pontífice de la Doctrina Secreta Universal, á causa de sus grandes cualidades místicas. A su vuelta á Judea, sus conocimientos y poderes excitaron los celos de los Rabbis, los cuales le echaban en cara públicamente su origen, é insultaban á su madre. De aquí las palabras atribuidas á Jesús en Caná: «Mujer, qué tengo yo que ver contigo?» (Véase Juan 11, 4). Habiéndole sus discípulos reprochado su falta de bondad para con su madre, Jesús se arrepintió, y habiendo sabido por ellos los detalles de su triste historia, declaró: «Mi madre no ha pecado, no ha perdido su inocencia, es inmaculada, y á pesar de esto es madre... En cuanto á mí, como no tengo padre ninguno, en este mundo, soy el Hijo de Dios y de la humanidad!» Sublimas palabras de confianza y firme creencia en el Invisible Poder, pero cuán fatales para los millones de millones de hombres asesinados á causa de haber sido estas palabras por completo mal comprendidas!

(2) Hablamos del Capítulo Americano de la Rosa Cruz.

ban signos y se daban el santo y seña con los devotos de TUM, y en los que los adeptos de todos los países existentes bajo el sol eran «Hermanos».

¿Qué era, pues, aquel «nombre» misterioso, aquella potente *palabra* por medio de cuyo poder tanto el iniciado Indo como el Caldeo y el Egipcio llevaban á cabo sus maravillas? En el capítulo CXV del *Ritual Funerario* Egipcio, titulado «El Capítulo de la partida para los Cielos... y del conocimiento de los Espíritus de An» (Heliópolis), dice Horus: «Yo conocí los Espíritus de An. El más grande y glorioso no entra en él... á menos de que los dioses me den la PALABRA». En otro himno, el alma regenerada exclama: «Haced camino para mí á Rusta. Yo soy el Gran Uno, vestido como el Gran Uno. Yo he venido! Yo he venido! Deliciosos son para mí los reyes de Osiris. Yo creo el agua (por medio del poder de la *Palabra*)... No he visto yo los secretos ocultos... Yo he dado la verdad al Sol. Yo soy pura. Yo soy adorada por mi pureza» (CXVII-CXIX. Los capítulos de entrar y salir de la Rusta). En otro lugar, el rollo de la momia expresa lo siguiente: «Yo soy el Gran Dios (espíritu) existiendo por mí mismo, el creador de *Su Nombre*... Yo conozco el nombre de este Gran Dios que está allí».

Jesús es acusado por sus enemigos de haber obrado milagros, y presentado por sus mismos Apóstoles como habiendo lanzado *demonios*, por el poder del NOMBRE INEFABLE. Los primeros creían firmemente que lo había sustraído secretamente del Santuario: «Y él arrojaba á los espíritus con su *palabra*... y curaba á todos los que estaban enfermos» (Mateo XVIII 16). Cuando los gobernantes Judíos preguntan á Pedro (*Actos* IV 7): «¿En virtud de qué poder ó *nombre* habéis hecho esto?» Contesta Pedro: «En virtud del NOMBRE de Jesu-Cristo de Nazareth». Pero ¿significa esto en el nombre de Cristo, como los intérpretes quisieran hacernos creer, ó significa, más bien, «en virtud del NOMBRE que estaba en posesión de Jesús de Nazareth», el iniciado que era acusado por los Judíos de haberlo aprendido, cuando en realidad lo poseía debido á la iniciación? Además, él afirma repetidamente que todo cuanto hace lo hace en «Nombre de Su Padre», y no en el suyo.

Pero quién, de entre los modernos Masones, lo ha oído pronunciar alguna vez? En su propio *Ritual*, confiesan que no lo tienen. El «Señor Orador» dice al «Señor Caballero» que las palabras de pase que ha recibido en los grados precedentes son todas «otras tantas corrupciones» del verdadero nombre de Dios grabadas sobre el triángulo, y que por lo tanto han adoptado un «sustituto» para el mismo. Tal es también el caso en la Logia Azul, en donde el Maestro, representando al Rey Salomón, conviene con el Rey Hiram en que la Palabra \*\*\* «será mala como *sustituto* de la palabra del Maestro,

hasta que épocas más sabias descubrirán la verdadera». ¿Qué Superior Diácono, de los millares que han ayudado á sacar candidatos de las tinieblas á la luz; ó qué Maestro que ha susurrado la mística «palabra» al oído de los supuestos Hiram Abiffs, mientras les sostenía en los cinco puntos del compañerismo, ha sospechado la verdadera significación aun de este sustituto que ellos comunican «en un debil susurro»? Cuán pocos Maestros Masones recientemente iniciados saldrán creyendo que tiene alguna oculta conexión con el «tuétano en el hueso». Qué saben ellos acerca de aquel místico personaje conocido por algunos adeptos como el «venerable MAH», ó de los misteriosos hermanos Orientales que le obedecen, cuyo nombre está abreviado en la primera sílaba de las tres que componen el sustituto Masónico, el MAH, que actualmente vive en un lugar para todos desconocido, excepto para los iniciados, y cuyas cercanías están por completo rodeadas de desiertos infranqueables, no hallados por el pie de ningún Jesuita ó misionero, pues están llenos de peligros capaces de aterrorizar á los más intrépidos exploradores? Y á pesar de todo, durante generaciones, este retintín de vocales y consonantes incomprensible ha sido repetido en los oídos novicios, como si aún poseyera la fuerza suficiente para poder desviar de su curso una semilla de cardo flotando en el aire! Como el Cristianismo, la francmasonería es un cadáver del cual hace largo tiempo que el espíritu ha huído.

A propósito de esto, bien puede concederse lugar á una carta de Mr. Charles Sotheran, Secretario Correspondiente del Club Liberal de New York, la cual recibimos al día siguiente al de la fecha que lleva. Mr. Sotheran es conocido como escritor y conferenciante en asuntos arqueológicos, místicos y de otras clases. En Masonería ha recibido un número de grados suficiente para que se le pueda considerar como una autoridad competente en lo que se refiere á la Hermandad. Es 32 .°. A. y P. R. 94 .°. Memfis K. R. ✕, K. Kadosh M. M. 104, Ingl., etc. Es también un iniciado de la moderna Hermandad Inglesa de los Rosa-Cruces, y de otras sociedades secretas, y editor Masónico del New York Advocate. A continuación reproducimos su carta, que exponemos á la consideración de los Masones, pues deseamos que vean por sí mismos lo que uno de sus mismos correli-gionarios dice.

«New York Press Club, 11 de Enero de 1877.

»En contestación á la carta de V., con mucho gusto proporciono los informes deseados respecto de la antigüedad y condición actual de la Francmasonería. Hago esto con tanto mayor placer desde el momento en que, perteneciendo V. á las mismas sociedades secretas, puede apreciar así mejor la necesidad en que me encontraré en

algunas ocasiones de guardar reserva. Con mucha razón hace V. referencia al hecho de que la fracmasonería, no menos que las gastadas theologías del día, tiene su fabulosa historia que contar. Embazada como se ha visto la Orden hasta la fecha, por los estorbos y el cúmulo de absurdas leyendas Bíblicas, nada tiene de particular que su utilidad haya sido menor y sus funciones civilizadoras estorbadas. Afortunadamente, la gran excitación Anti-Masónica que tuvo lugar en los Estados Unidos durante una parte de este siglo, obligó á un considerable número de trabajadores á indagar acerca del origen verdadero de la Hermandad, y esto produjo un cambio saludable de cosas. La agitación de América comunicóse también á Europa, y los literarios esfuerzos de los autores Masónicos de ambos lados del Atlántico, tales como Rebold, Findel, Hyneman, Mitchell, Mackenzie, Hughan, Yarker y otros bien conocidos de la Fraternidad, son ahora un asunto para la historia. Como resultado de sus trabajos, una gran parte de la historia de la Masonería ha sido expuesta á la luz del día, puesto que sus enseñanzas, jurisprudencia y ritual no son ya un secreto para los profanos, que tienen un criterio bastante ilustrado para saberlas leer tal como están expuestas.

»Correctamente dice V. que la *Biblia* es la gran luz de la Masonería Europea y Americana. A consecuencia de esto, la theística concepción de Dios, y la cosmogonía bíblica, han sido consideradas como dos de sus grandes piedras angulares. Su cronología parece también haber sido fundada en la misma pseudo-revelación. Así es que el Dr. Dalcho, en uno de sus tratados, asegura que los principios de la Orden Masónica son contemporáneos de la Creación. No hay que maravillarse, por lo tanto, de que un tal pundit sentase que Dios fué el primer Gran Maestro, Adán el segundo, y que este último inició á Eva en el Gran Misterio, como supongo que muchas sacerdotisas de Cibele y la Señora Kadosh lo fueron después. El Rev. Dr. Oliver, otra autoridad Masónica, cita gravemente lo que puede llamarse las notas de una Logia en la que Moisés presidía como gran Maestro, Josué como Diputado Gran Maestro, y Aholiab y Bezaleel como Grandes Guardianes! El templo de Jerusalén, que modernos Arqueólogos han demostrado ser una construcción que no tiene ni con mucho la antigüedad que se pretende darle, y al que incorrectamente se le llamó después del mismo modo que á un monarca cuyo nombre prueba su místico carácter, Sol-Om-On (el nombre del Sol en tres lenguas), desempeña, como observa V. correctamente, un papel importante en el misterio Masónico. Tales fábulas, y la tradicional colonización Masónica del antiguo Egipto, han dado á la Orden el crédito de un ilustre origen al cual no tiene derecho alguno y ante cuyos cuarenta siglos de legendaria historia las mitologías de Grecia y Roma son cosas insignificantes. Las teorías Egipcia, Caldea y

demás necesarias á cada forjador de grados elevados, han tenido también todas ellas su breve período de preeminencia. La última hacha para aguzar ha sido consecutivamente la fructifera madre de la esterilidad.

»Ambos convenimos en que todos los antiguos sacerdocios tenían sus esotéricas doctrinas y ceremonias secretas. De la Fraternidad Esénica, una rama de los Gymnosophistas Indios, procedieron indudablemente las Solidaridades de Grecia y de Roma, tales como las describen los escritores llamados Paganos. Fundándose en éstas y copiándolas en lo referente á Ritual, signos, apretones de mano, palabras de pase, etc., se desarrollaron las comunidades de la edad media. Como las actuales sociedades de obreros en Londres, las reliquias de los Gremios Ingleses, los Masones operativos eran solo una comunidad de trabajadores con más elevadas pretensiones. Del Francés «Maçon», derivado de Mas, un antiguo nombre Normando que significa «casa», procede nuestro «Masón» Inglés, un constructor de casas. Así como las sociedades de Londres aludidas concedían el Libre uso de sus *Uniformes* á los ajenos á la corporación, del mismo modo encontramos á los Gremios de Masones haciendo otro tanto. Así, el fundador del Museo Ashmoleano fué hecho libre de los Masones en Warrington, en Lancashire, Inglaterra, el 16 de Octubre de 1646. La entrada de hombres tales como Elías Ashmole en la Fraternidad operativa facilitó el camino para la Gran Revolución Masónica de 1717, cuando la Masonería ESPECULATIVA vino á la existencia. Las Constituciones de 1723 y de 1738 fueron escritas por el Masónico impostor Anderson, para la recién nacida y primera Gran Logia de Libres y Aceptados Masones de Inglaterra, de cuyo cuerpo todas las demás existentes en el mundo las reciben hoy día.

»Estas embrolladas é impúdicas constituciones, escritas por Anderson, compiladas entonces, y con objeto de poder hacer uso de sus miserables engendros llamados historia de la hermandad, tuvo la audacia de afirmar que casi todos los documentos relativos á la Masonería en Inglaterra habían sido destruidos por los reformadores de 1717. Felizmente, en el Museo Británico, Librería Bodleiana, y en otras instituciones públicas, Rebold, Hughan y otros han descubierto suficiente evidencia en forma de antiguos cargos Masónicos operativos, que contradicen esta afirmación.

»Los mismos escritores, según creo, han demostrado también por modo concluyente la ilegitimidad de los otros dos documentos atribuidos á la Masonería, á saber: la carta espuria de Colonia de 1535, y las preguntas falsificadas que se suponen escritas por Leylande, el anticuario, de un Manuscrito del Rey Enrique VI de Inglaterra. En estas últimas, se hace referencia á Pythágoras, diciendo que estableció una gran logia en Crotona, y que hizo muchos Masones,



algunos de los cuales fueron á Francia, en donde hicieron muchos prosélitos, desde donde andando el tiempo pasó el arte á Inglaterra. Sir Christopher Wren, arquitecto de la Catedral de San Pablo en Londres, llamado con frecuencia el Gran Maestre de los Francmasones, era sencillamente el Maestre ó Presidente de la Compañía Operativa de Masones de Londres. Si un tal tejido de fábulas ha podido entretajerse en la historia de las Grandes Logias que ahora tienen á su cargo los tres primeros grados simbólicos, no es de extrañar que el mismo destino les haya cabido á casi todos los Altos Grados Masónicos, los cuales con mucha propiedad han sido llamados una incoherente mezcla de principios opuestos.

»Es también curioso hacer notar que, en la mayor parte de los cuerpos en los cuales éstos trabajan, tales como el Antiguo y Aceptado Rito Escocés, el Rito de Avignon, La Orden del Templo, El Rito de Fessler, el Gran Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente, Soberanos Príncipes Masones, etc., etc., son casi todos ellos la progenie de los hijos de Ignacio de Loyola. El Barón Hundt, el Caballero Ramsay, Tschoudy, Zinnendorf, y otros muchos que han fundado los grados en estos ritos, obraban según las intenciones del General de los Jesuitas. El nido en donde estos grados elevados fueron empollados fué el Colegio Jesuita de Clermont en París, y todos los ritos Masónicos están más ó menos supeditados á su funesta influencia.

»Aquel hijo bastardo de Francmasonería, el Antiguo y Aceptado Rito Escocés, que no es reconocido por las Logias Azules, fué en su principio el engendro del cerebro del Jesuita Caballero Ramsay. Fué llevado por él á Inglaterra en 1736-38, con objeto de ayudar á la causa de los Católicos Stuarts. Este rito, en su forma actual de 33 grados, fué reorganizado á fines del siglo diez y ocho por una media docena de aventureros Masónicos en Charleston, Carolina del Sur. Dos de estos, Pirlet, un sastre, y un maestro de baile llamado Lacorne, fueron dignos predecesores para la resurrección posterior del mismo debida á un caballero llamado Gourgas, empleado en la aristocrática ocupación de contador de un buque de comercio que iba de New York á Liverpool. El Dr. Crucefix, *alias* Goss, *inventor* de ciertas medicinas de un carácter evidentemente dudoso, introdujo esta institución en Inglaterra. Los poderes bajo los cuales estos dignos personajes obraban era un documento que pretendían haber sido firmado por Federico el Grande en Berlín el 1.º de Mayo de 1786, y por el cual fueron revisados la Constitución y Estatutos Masónicos de los Altos Grados del Antiguo y Aceptado Rito. Este documento era una imprudente falsificación, y fué causa de la publicación de un protocolo por las Grandes Logias de los Tres Globos de Berlín, el cual de un modo concluyente probó que el arreglo era falso en todas sus partes.

Se dice que, apoyándose en este supuesto documento, el Antiguo y Aceptado Rito ha estafado, á sus confiados hermanos de las Américas y de Europa, millares de dollars, para vergüenza y descrédito de la humanidad.

»Los Modernos Templarios, á quienes se refiere V. en su carta, son meras maricas con plumas de pavo-real. El objetivo de los Templarios Masónicos es la sectarización, ó más bien la Cristianización de la Masonería, una fraternidad que se supone admite dentro de sus umbrales al Indio, Parsi, Mahometano, Budhista, y de hecho á todo fiel que acepte la doctrina de un dios personal y la inmortalidad del espíritu. Según la opinión de una parte, si no de todos los Israelitas pertenecientes á la Fraternidad de América, Templarismo es Jesuitismo.

»Extraño parece en la actualidad, cuando la creencia en un Dios personal va extinguiéndose, y que el mismo teólogo ha transformado á su Deidad en un ser indefinible, que existan quienes se hallan en camino de la aceptación general del Pantheismo sublime de los Orientales primitivos, de Jacob Boheme, de Spinoza. Frecuentemente en la Gran Logia, y en las logias subordinadas de esta y de otras jurisdicciones, cántase la antigua alabanza á Dios, con su Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, con disgusto de los hermanos Israelitas y libre-pensadores, que son así sin ninguna necesidad insultados. No puede esto suceder nunca en la India, en donde la gran luz en una logia puede ser el *Korán*, el *Zend-Avesta*, ó uno de los *Vedas*. El espíritu Cristiano sectario de la Masonería debe ser destruido. Existen hoy día Grandes Logias Alemanas en las que no se permite á los judíos que sean iniciados ó que sean aceptados Israelitas de países extranjeros como hermanos dentro de su jurisdicción. Como quiera que sea, los Masones Franceses se han rebelado contra esta tiranía, y el Gran Oriente de Francia permite en la actualidad que el atheo y el materialista pertenezcan á la Hermandad. Es una elocuente protesta contra la pretendida universalidad de la Masonería el hecho de que los hermanos Franceses son ahora repudiados.

»No obstante sus muchos defectos —y la Masonería Especulativa es solo humana y por lo tanto falible—, no existe institución alguna que haya hecho tanto y que esté todavía en disposición de llevar á cabo en lo futuro tan grandes empresas dirigidas al perfeccionamiento humano, religioso y político. Durante el siglo último, los Illuminati enseñaban paz con la cabaña, y guerra al palacio á través de toda Europa. En el siglo pasado, los Estados Unidos libraronse de la tiranía de la madre patria, debida, más de lo que comunmente se cree, á los esfuerzos de las sociedades secretas. Washington, Lafayette, Franklin, Jefferson, Hamilton, eran Masones. Y, en el siglo diez y nueve, ha sido el Gran Maestre Garibaldi, 33, quien ha unifi-

cado Italia, obrando de acuerdo con el espíritu de la fiel fraternidad y con los principios Masónicos, ó más bien Carbonarios, de libertad, igualdad, humanidad, independencia y unidad, aleccionados durante años por el hermano José Mazzini.

»La Masonería Especulativa tiene todavía muchas cosas que hacer dentro de sus filas. Una de ellas es el aceptar á la mujer como cooperadora del hombre en la lucha de la vida, como han hecho últimamente los Masones Húngaros iniciando á la Condesa Haideck. Otra, y muy importante, es también el reconocer prácticamente la fraternidad humana, no rechazando á nadie á causa de su color, raza, posición ó creencia. El negro no debería ser solo teóricamente el hermano del blanco. Los Masones de color que han sido debida y regularmente promovidos permanecen en las puertas de las logias de América pidiendo que se les admita, y son rechazados. Y hay que conquistar á la América del Sur á fin de que tome parte en los deberes de humanidad que le incumben.

»Si la Masonería es, como se pretende, una ciencia progresiva y una escuela de religión pura, debe siempre hallarse á la vanguardia de la civilización, no á retaguardia. Si es solo un esfuerzo empírico, una mera tentativa de la humanidad para resolver algunos de los más profundos problemas de la raza, y nada más, debe ceder el puesto á más adecuados sucesores, quizás á uno de aquellos á quienes V. y yo conocemos, uno que puede haber actuado como el inspirador al lado de los jefes de la Orden, durante sus mayores triunfos, susurrando á su oído como lo hacía el Dæmon en el de Sócrates.

Su más sincero amigo,

CHARLES SOTHERAN».

Así cae en ruinas el gran poema épico de los Masones cantado por tantos misteriosos Caballeros como otro evangelio revelado. Como vemos, el Templo de Salomón es minado y derribado por los propios principales Maestros Masones de este siglo. Pero si, siguiendo la ingeniosa descripción exotérica de la *Biblia*, existen todavía Masones que persisten en considerarlo como en otro tiempo una construcción real, ¿quién de entre los estudiantes de la doctrina exotérica considerará jamás á este mítico templo de otra manera que como una alegoría, conteniendo á la secreta ciencia? Si ha existido ó no alguna vez un verdadero templo de aquel nombre, dejaremos á los arqueólogos que lo decidan, pero que la detallada descripción existente en *I Reyes* es puramente alegórica, ningún hombre de ciencia serio, conocedor de la jerga antigua, así como de la de los tiempos medios de los kabalistas y alquimistas, puede ponerlo en duda. La construcción del Templo de Salomón es la representación

simbólica de la adquisición gradual de la sabiduría *secreta* ó magia; la erección y desenvolvimiento de lo espiritual desde lo terreno; la manifestación del poder y esplendor del espíritu, en el mundo físico, por medio del genio y sabiduría del constructor. Este último, cuando se ha convertido en un adepto, es un rey más poderoso que el mismo Salomón, el emblema del Sol, ó la Luz misma, la luz del mundo real y subjetivo, brillando en la oscuridad del universo objetivo. Este es el «Templo» que puede ser erigido *sin el sonido del martillo, y sin que en la casa se oiga ruido de ningún instrumento de hierro mientras se está construyendo.*


En Oriente, esta ciencia es llamada en algunos puntos el «Templo de siete pisos» y en otros el «Templo de nueve pisos»; cada piso corresponde alegóricamente á un grado de conocimiento adquirido. En todos los países Orientales en los cuales la magia y la sabiduría-religión se estudian, sus prácticos y estudiantes son conocidos por sus hermandades como Constructores, puesto que ellos construyen el templo del conocimiento de la ciencia secreta. Aquellos de entre los Adeptos que son activos se les llama Constructores prácticos ú *operadores*, mientras que á los estudiantes ó neófitos se les clasifica como *especulativos* ó teóricos. Los primeros demuestran por medio de sus obras el dominio que poseen sobre las fuerzas tanto de la naturaleza inanimada como de la animada; los últimos están solo perfeccionándose en los rudimentos de la ciencia sagrada. Estos términos fueron indudablemente copiados, al principio, por los desconocidos fundadores de las primeras hermandades Masónicas.

En la locución ahora popular, se entiende por «Masones Operativos» á los albañiles y artesanos que constituían la hermandad hasta los tiempos de Sir Christofer Wren, y por «Masones Especulativos» á los miembros de la Orden, tal como hoy se la comprende. La sentencia atribuida á Jesús: «Tú eres Pedro... y sobre esta roca Yo construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella», desfigurada como se halla por su mala traducción é interpretación, claramente indica su verdadero significado. Hemos hecho ver la significación de *Pater* y de *Petra*; la interpretación trazada por los hierofantes sobre las tablas de piedra en la iniciación final era entregada por el iniciador al intérprete futuro escogido. Habiéndose familiarizado con sus misteriosos contenidos, que le revelaban los misterios de la Creación, el iniciado se convertía en un *constructor*, puesto que había trabado conocimiento con el *dodecaedro* ó sea la figura geométrica según la cual el Universo fué construido. A lo que en iniciaciones previas había aprendido acerca del uso de la regla y principios arquitectónicos, era añadida una cruz, cuyas líneas, horizontal y perpendicular, se suponía que formaban la base del templo espiritual, uniéndolas en cruz en su punto central

primordial, el elemento de todas las existencias que (1) representa la primera idea concreta de la Deidad. Desde este momento, podía por sí mismo, como Maestro constructor (véase I *Corintios*, III 10), erigir un templo de sabiduría sobre aquella roca de *Petra*; y, habiendo colocado una base segura, permitir que otro construyese sobre ella.

Al hierofante Egipto se le entregaban un bonete cuadrado, que tenía que llevar siempre consigo, y una escuadra (véase señales de Masón), sin lo cual no podía salir. La *Tau* perfecta formada por una línea perpendicular (rayo masculino descendente, ó espíritu) y por una horizontal (ó materia, rayo femenino) y el círculo mundano, era un atributo de Isis, y solo á su muerte era cuando la cruz Egipcia era colocada sobre el pecho de su momia. Estos gorros cuadrados son llevados aún hoy día por los sacerdotes Armenios. La pretensión de que la cruz es un símbolo puramente Cristiano, introducido después de nuestra era, es á la verdad muy extraña, desde el momento en que encontramos á Ezequiel marcando las frentes de los hombres de Judah, que temían al Señor (*Ezekiel*, IX 4), con el signo *Thau*, tal como está traducido en la Vulgata. En el antiguo Hebreo

este signo estaba formado así: , pero, en los jeroglíficos Egip-

cios originales, tiene la forma de una perfecta cruz Cristiana: 

En la *Revelación*, también, el «Alpha y Omega» (espíritu y materia), el principio y el fin, estampa el nombre de su Padre en las frentes de los *elegidos*.

Y si nuestras afirmaciones son erróneas, si Jesús no era un iniciado, un Maestro Constructor, ó Maestro Masón, como ahora se le llama, ¿cómo se explica que en las más antiguas Catedrales veamos sobre su efigie los signos del Masón? En la Catedral de Santa Croce, Florencia, puede verse, encima de la puerta principal, la imagen de Cristo llevando una perfecta escuadra en su mano.

Los «Maestros Constructores» sobrevivientes de la *operativa* hermandad del verdadero Templo pueden literalmente andar *semi-desnudos*, y vagar *semi-descalzados* para siempre—no ya debido á una ceremonia pueril, sino porque, como el «Hijo del Hombre», no tienen en donde apoyar sus cabezas—y sin embargo, ser los únicos poseedores sobrevivientes de la «Palabra». Su «Cable de remolque» es la sagrada triple cuerda de un Brahmán-Sannyási, ó el cordón del cual ciertos lamas cuelgan su *piedra yu*; estos talismanes, al parecer sin valor, ninguno de ellos los trocaría por todas las riquezas de Salomón y de Sheba. La varilla de bambú de siete nudos del fakir puede

(1) Pythágoras.

llegar á ser tan poderosa como la vara de Moisés, «la cual fué creada durante los crepúsculos vespertinos, y en la cual estaba grabado y expuesto el grande y glorioso NOMBRE, con el cual obraba maravillas en Mizraim».

Pero estos «operativos trabajadores» no tienen temor alguno de que sus secretos sean descubiertos por traidores ex-grandes sacerdotes de capítulo, aunque su generación puede haberlos recibido por medio de otros distintos de «Moisés, Salomón, y Zerubbabel». Si Moisés Michael Hayes, el Hermano Israelita que introdujo en este país la Masonería Arca Real (en Diciembre de 1778) (1), hubiese tenido un profético presentimiento de las traiciones futuras, hubiera impuesto obligaciones más rigurosas que las que estableció.

Verdaderamente, la grande y omnipotente palabra Arca Real, *largo tiempo perdida pero ahora encontrada*, ha cumplido su profética promesa. La palabra de pase de aquel grado ya no es YO SOY EL QUE SOY. Ahora es simplemente: «Yo era, pero no soy».

RFNKJE JFUB TJVNIVJN>RNNFEK <NA EJAL RFLVLFALWKNRF  
7KVVLFOLV ELV VJLVV ED7LV JVV LVV!

Para que no se nos acuse de vana presunción, daremos las claves de algunas de las cifras secretas de los más selectos é importantes de los llamados grados Masónicos elevados. Si no nos equivocamos, nunca han sido reveladas al mundo profano hasta la fecha (excepto la de los Masones del Arca Real, en 1830), sino que han sido lo más celosamente guardadas en el seno de las distintas órdenes. No nos hallamos ligados por ninguna promesa, obligación ó juramento, y por lo tanto, no violamos confidencia alguna. No es nuestro objeto el satisfacer una frívola curiosidad; deseamos únicamente demostrar á los Masones y á los afiliados á todas las demás sociedades Occidentales—incluyendo á la Compañía de Jesús—que es imposible para ellos el estar seguros de que se hallan en posesión de ningún secreto que sea digno de ser descubierto por una Fraternidad Oriental. De paso puede también demostrárseles que, si estas últimas pueden quitar la máscara á las sociedades Europeas, ellas sin embargo consiguen felizmente tener caladas sus viseras; puesto que, si alguna cosa es universalmente reconocida, es que los verdaderos secretos de ninguna de las antiguas fraternidades sobrevivientes están en posesión del profano.

Algunas de estas cifras fueron empleadas por los Jesuitas, en su correspondencia secreta en tiempos de la conspiración Jacobina, y cuando la Masonería (la pretendida sucesora del Temple) era empleada por la Iglesia para fines políticos.

(1) El primer *Gran Capítulo* fué instituido en Filadelfia, en 1797.

Findel dice (véase su *Historia de la Francmasonería*, p. 253) que en el siglo diez y ocho, «además de los modernos Caballeros Templarios, vemos á los Jesuitas... desfigurando el verdadero carácter de la Francmasonería. Muchos autores Masónicos, que conocían perfectamente aquel periodo, y que están exactamente enterados de todos los incidentes ocurridos, aseguran positivamente que, tanto entonces como después, los Jesuitas han ejercido una perniciosa influencia, ó por lo menos han procurado ejercerla, sobre la fraternidad». Acerca de la Orden de los Rosacruces observa, fundándose en la autoridad del Prof. Woog, que su «objeto al principio... era nada menos el de sostener y desarrollar el Catolicismo. *Cuando esta religión se determinó de una manera manifiesta á reprimir la libertad de pensamiento...* los Rosacruces redoblaron igualmente sus esfuerzos para detener en lo posible los progresos de la civilización que trataba de abrirse paso».

En el *Sincerus Renatus* (el verdaderamente convertido) de S. Richter, de Berlín (1714), observamos que las leyes que eran comunicadas para el gobierno de los «Rosacruces de Oro» llevan evidencias inequívocas de Jesútica intervención.

Empezaremos con la cryptografía de los «Soberanos Príncipes Rosa-Cruces», llamados también *Caballeros de S. Andrés*, Caballeros del Aguila y del Pelicano, Rosa Crucis, Rosa Cruz, Triple Cruz, Perfecto Hermano, Príncipe Masón, y así sucesivamente. Los Rosa Cruces también pretenden un origen Templario, en 1314 (1).

Cifra de Los

S. : P. : R. : C. :

ϣ	—	L	□	◻	÷	⊥	=	≅	⊥	Γ	F	∨
a	b	c	d	e	f	g	h	ij	k	l	m	n
π	C	⊥	≅	∪	⊥	ρ	z	γ	⊥	ψ		
o	p	q	r	s	t	uv	x	y	z	&		

Cifra de Los Caballeros Rosa Cruz de HEREDOM (de Kilwining)

0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	10	11	12	13	14	15	16	17
a	b	c	d	e	f	g	h	i	j	ba (ó)	k	kb	kc	kd	ke	kf	kg	kh

(1) Véase «Notas acerca de los Misterios de la Antigüedad», de Yarker, p. 153.

18 19 20 30 40 50 60 70 80 90 100 200 300 400 500 600 700  
 ki kj ck dk ek fk gk hk ik jk l cl dl el fl gl hl  
 800 900 1000  
 il jl m

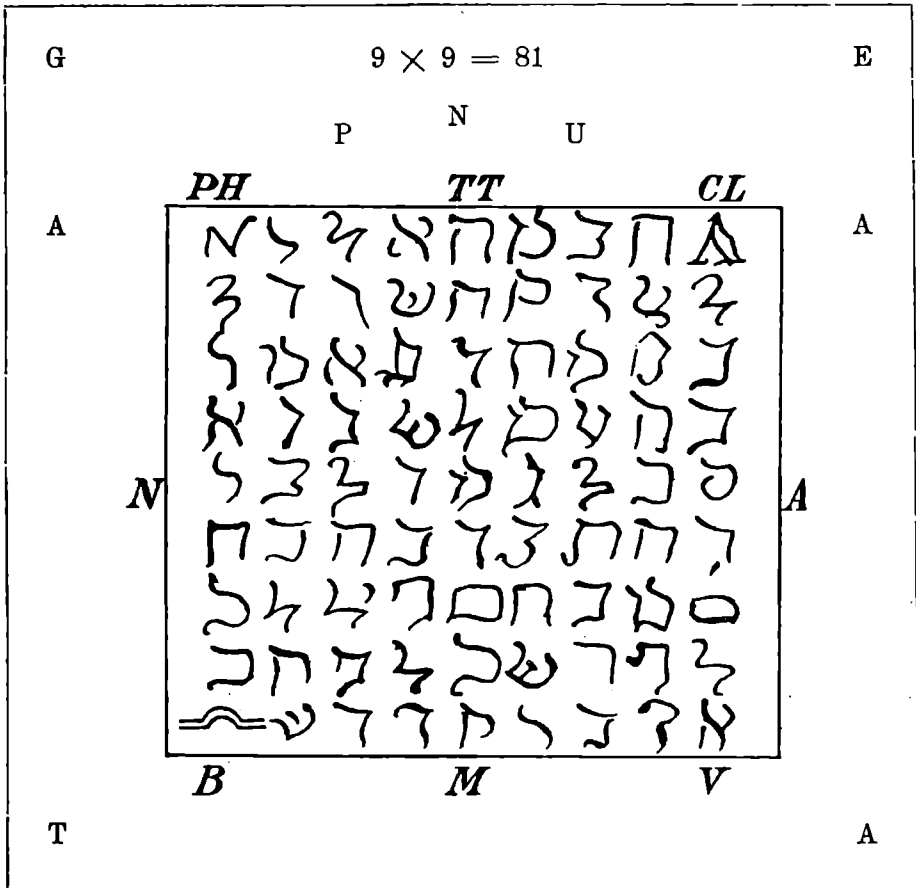
Cifra de los Caballeros Kadosh

(También Aguila Blanca y Negra y Gran Elegido Caballero Templario)

70 2 3 12 15 20 30 33 38 9 10 40 60 80 81 82  
 a b c d e f g h i k l m n o p q  
 83 84 85 86 90 91 94 95  
 r s t u v x y z

Los Caballeros Kadosh poseen otra cifra—ó más bien jeroglífico, —que en este caso está tomada del Hebreo; es posible que sea la que más relacionada está con la Biblia Kadeshim del Templo (1).

Jeroglífico de los K.: Kad.:



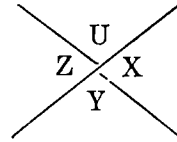
(1) Véase 2 Reyes, xxiii 7, texto Hebreo é Inglés, el primero especialmente. En el grado de Kadosh, se pronuncia un discurso acerca del origen de la Masonería á través de Moisés, Salomón, los Esenios y los Templarios. Los K. K. Christianos que creen en semejante origen genealógico podrían adquirir alguna luz acerca de la clase de templo que sus antecesores deseaban consultando el versículo 13 del mismo capítulo antes citado.



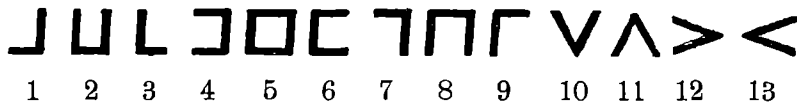
En cuanto á la cifra Arca Real, ha sido ya expuesta antes; sin embargo, podemos presentarla además algún tanto amplificada. Esta cifra consiste en ciertas combinaciones de ángulos rectos, con ó sin puntos ó señales. A continuación sigue la base de su

Formación

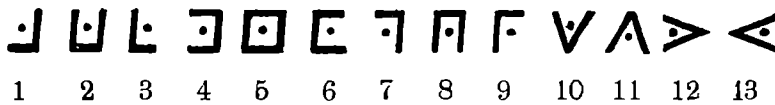
A	B	C	D	E	F
G	H	J	L	M	N
O	P	Q	R	S	T



Ahora bien, el alfabeto consta de 26 letras, y estos signos, estando divididos en dos partes, forman trece caracteres distintos, así:



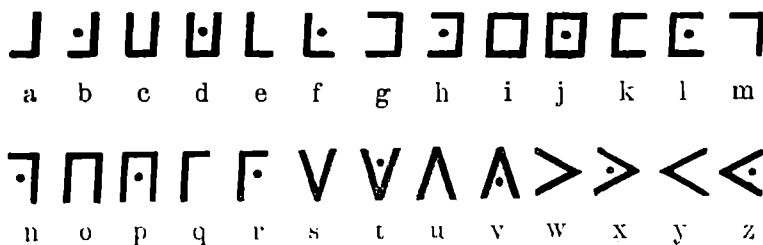
Un punto colocado en el interior de cada uno de ellos da origen á trece más, así:



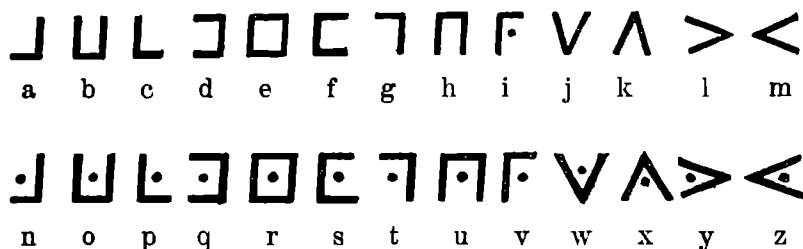
Formando una suma total de veinte y seis, igual al número de letras del alfabeto Inglés.

Existen dos procedimientos, por lo menos, para combinar y usar estos caracteres en la correspondencia secreta. Uno de ellos consiste en llamar al primer signo  $\_$  a; al mismo con un punto,  $\cdot$  b, etc. El otro consiste en usarlos en su regular sucesión, hasta la primera mitad del alfabeto,  $\_$  a,  $\_$  b, y así sucesivamente, hasta m; después de lo cual se repiten con un punto, empezando con  $\cdot$  n,  $\cdot$  o, etc., hasta  $\cdot$  z.

El alfabeto, según el primer método, es como sigue:



Según el segundo método es así:



Además de estos signos, los Masones Franceses, evidentemente bajo la tutela de sus consumados maestros los Jesuitas, han perfeccionado esta cifra en todos sus detalles. Así es que tienen signos hasta para comas, diptongos, acentos, puntos, etc., y estos son los siguientes:



Basta con esto. Podríamos, si quisiéramos, dar la cifra alfabética, con sus llaves, de otro método de los Masones del Arca Real, extraordinariamente parecido á cierto carácter Indio; del G .°. El .°. de la Mística Ciudad; de una bien conocida forma de la escritura Devanagari de los (Franceses) sabios de las Pirámides, el del Sublime Maestro de la Gran Obra y otros. Pero nos abstenemos de ello, solamente, y entiéndase bien, por la razón de que algunas de las ramas laterales de la original Libre-Masonería de la Logia Azul contienen la promesa de un útil futuro. En cuanto al resto, pueden ir é irán á parar al montón de cenizas del tiempo. Los Masones elevados comprenderán lo que queremos decir.

Debemos ahora presentar algunas pruebas de lo que hemos sentido, y demostrar que la palabra Jehovah, tan querida de la Masonería, permanecerá siempre como una sustitución, pero jamás será idéntica al admirable nombre perdido. Es esto tan bien sabido de los kabalistas, que, en su secreta etimología del nombre יהוה, demuestran sin ningún género de duda que es únicamente uno de los muchos sustitutos para el verdadero nombre, y compuesto del nombre del primer andrógino, Adam y Eva, Jod (ó Yodh), Vau y He-Va, la serpiente femenina como símbolo de la Divina Inteligencia que procede del UNO-Generador ó Espíritu *Creador* (1). Así es que Jehovah no es en modo alguno el nombre sagrado. Si Moisés hubiese comuni-

(1) Véase «Dogme et Rituel» de Eliphaz Levi, vol. 1.

cado á Faraón el «nombre» *verdadero*, no hubiera este último contestado como lo hizo, pues los Reyes Egipcios Iniciados lo conocían tan bien como él, que lo había aprendido de ellos. Este «nombre» era en aquellos tiempos del dominio común de los adeptos de todas las naciones del mundo, y Faraón conocía ciertamente el «nombre» del Dios más elevado mencionado en el *Libro de los Muertos*. Pero en lugar de aquél, Moisés (si aceptamos la alegoría del *Exodo* literalmente) da á Faraón el nombre de *Yeva*, la expresión ó forma del nombre Divino usada por todos los *Targum*, como transmitido por Moisés. De aquí la contestación de Faraón: «Y quién es este *Yeva* (1) para que yo deba obedecer su voz?»

Jehovah data sólo de la innovación Masorética. Cuando los Rabinos, por temor de perder las llaves de sus propias doctrinas, hasta entonces exclusivamente escritas con consonantes, empezaron á insertar sus puntos vocales en sus manuscritos, ignoraban completamente la verdadera pronunciación del NOMBRE. De aquí que le dieran el sonido de *Adonah*, é hicieron que se leyese *Ja-ho-vah*. Así es que este último es solamente una ficción, una perversión del Santo Nombre. ¿Y cómo podían ellos conocerlo? Únicamente los sumos sacerdotes estaban en posesión del mismo, y lo transmitían sucesivamente á sus sucesores como hace el Indo Brahmaâtma antes de su muerte. Solo una vez al año, en el día de la expiación, le era permitido al Sumo Sacerdote el pronunciarlo en voz baja. Pasando tras del velo á la cámara interna al Santo de los Santos, con los ojos bajos y labios temblorosos, el sacerdote invocaba el temido NOMBRE. La feroz persecución contra los kabalistas, que recibían las preciosas sílabas después de haberse hecho acreedores á las mismas por una vida entera de santidad, fué debida á la sospecha de que habían hecho un mal uso de las mismas.

Al principio de este capítulo hemos referido la historia de Simeón Ben-Iochai, una de las víctimas de este inapreciable conocimiento, y visto cuán poco merecía los crueles tratamientos de que fué objeto.

El *Libro de Jasher*, una obra—según nos dice un muy sabio teólogo Hebreo de New York—compuesta en España durante el siglo XII como un «cuento popular», y que no obtuvo «la sanción del Colegio Rabínico de Venecia», está llena de alegorías kabalísticas, alquimistas y mágicas. Admitiendo lo anterior, debemos añadir que existen pocos cuentos populares que no estén basados en verdades históricas. *Los Normandos en Islandia*, por el Dr. G. W. Dasent, es también una colección de cuentos populares, pero que contiene la clave del primitivo culto religioso de aquel pueblo. Lo mismo sucede con el *Libro de Jasher*. Contiene la totalidad del *Antiguo Testamento* en

(1) *Yeva* es *Heva*, el aspecto femenino de Jehovah-Binah.

forma condensada y tal como los Samaritanos lo tenían, ó sea los cinco *Libros de Moisés*, sin los Profetas. Aunque desechado por los Rabinos ortodoxos, no podemos menos de pensar que, como en el caso de los *Evangelios* apócrifos, los cuales fueron escritos mucho antes que los canónicos, el *Libro de Jasher* es el verdadero original del cual la *Biblia* subsiguiente fué en parte compuesta. Los *Evangelios* Apócrifos y el *Libro de Jasher* son ambos una serie de cuentos religiosos en los cuales los milagros se suceden á los milagros y que las leyendas populares describen cuando tuvieron lugar sin consideración alguna á la cronología ni al dogma. Ambas son todavía las piedras angulares de las religiones Mosaica y Cristiana. Que existía un *Libro de Jasher* anterior al *Pentateuco* Mosaico es evidente, pues se halla mencionado en *Joshua*, *Isaiah*, y *2 Samuel*.

En ninguna otra parte está tan claramente expuesta la diferencia entre Elohistas y Jehovistas como en *Jasher*. En éste se habla de Jehovah como siendo lo que los Ophitas sostenían que era, ó sea un hijo de Ilda-Baath, ó Saturno. En este libro, los Magos Egipcios, cuando son interrogados por Faraón: «¿Quién es aquél de quien habla Moisés como el *YO soy?*», contestan: «sabemos que el Dios de Moisés es el Hijo del Sabio, el Hijo de antiguos reyes» (cap. LXXIX 45) (1). Ahora bien, todos los que aseguran que *Jasher* es una ficción del siglo doce—y así nos inclinamos á creerlo nosotros—deberían sin embargo explicar el hecho curioso de que, mientras el texto anterior *no* se encuentra en la *Biblia*, la contestación al mismo existe en ella, y está además escrita en términos inequívocos. En *Isaiah*, XIX 11, el «Señor Dios» se lamenta de ello muy coléricamente al Profeta y dice: «Seguramente los principes de Zoán están locos; el consejo de los sabios consejeros de Faraón se ha embrutecido; ¿cómo es que decís á Faraón: Yo soy el Hijo del Sabio, el Hijo de antiguos reyes?», lo cual es evidentemente una contestación á lo anterior. En *Joshua* x 13, se hace referencia á *Jasher* en corroboración á la ultrajante aserción de que el sol permaneció inmóvil, y de que la luna se detuvo hasta que el pueblo se hubo vengado. «¿No está esto escrito en el *Libro de Jasher?*», dice el texto. Y en *2 Samuel*, I 19, el mismo libro es de nuevo citado. «Ved», dice, «está escrito en el *Libro de Jasher*». Evidentemente, *Jasher* debe haber existido; debe haber sido considerado como una autoridad; debe haber sido más antiguo que *Joshua*; y, desde el momento en que el versículo en *Isaiah* alude de una manera inequívoca al párrafo anteriormente citado, tenemos por lo menos tanta razón para aceptar la edición corriente de *Jasher* como una

(1) Encontramos un punto muy sugestivo en conexión con esta denominación de Jehovah, «Hijo de antiguos Reyes», en la secta Jaína del indostán conocida como los Sauryas. Ellos admiten que Brahma es un Devatá, pero niegan su poder creador, y le llaman el «Hijo de un Rey». Véase «Investigaciones Asiáticas», vol. IX, p. 279.

copia, fragmento ó compilación de la obra original, como para respetar el *Pentateuco* de los Setenta, y á los primitivos y sagrados documentos Hebraicos.

De todos modos, Jehovah no es el anciano de los ancianos, ó el «viejo de los viejos» del *Sohar*, puesto que le encontramos, en este libro, pidiendo datos á Dios el Padre respecto á la creación del mundo. «El constructor dijo al Señor: 'Hagamos al hombre á nuestra imagen'» (*Sohar* I, fol. 25). Jehovah es solo el Metatrón, y quizás, ni aun siquiera el más elevado, sino únicamente uno de los Æons; porque aquel á quien Onkelos llama *Memro*, la «Palabra», no es el *exotérico* Jehovah de la *Biblia*, ni es Jahvé יהוה, el Único Existente.

El secreto de que se rodeaban los primitivos kabalistas, que ansiaban salvar al verdadero nombre Misterioso del «Eterno» de la profanación, y posteriormente la prudencia que los alquimistas y ocultistas de la edad Media se vieron obligados á adoptar para salvar sus vidas, fué lo que dió origen á la inextricable confusión de los nombres divinos. Esto es lo que condujo al pueblo á aceptar al Jehovah de la *Biblia* como el nombre del «Unico Dios viviente». Los Judíos más ancianos, los profetas y demás personas de alguna importancia, conocían la diferencia; pero, como esta diferencia radica en la vocalización del «nombre», y su genuina pronunciación acarrea la muerte, el vulgo la ignoraba, puesto que ningún iniciado quería arriesgar su vida enseñándosela. De este modo la deidad Sinaitica llegó gradualmente á ser considerada como idéntica á «Aquél cuyo nombre es únicamente conocido por los sabios». Cuando Capellus traduce: «Quienquiera que sea el que pronuncie el nombre de Jehovah, sufrirá la muerte», comete dos equivocaciones. La primera es la de añadir la letra *h* final al nombre, si es que desea se considere á esta deidad como masculina ó como andrógina, puesto que esta letra hace femenino al nombre, como realmente debería ser, considerando que es uno de los nombres de Binah, la tercera emanación; su segundo error consiste en asegurar que la palabra *nokeb* significa solo pronunciar claramente. Por lo tanto, el bíblico nombre Jehovah puede ser considerado simplemente como un *sustituto*, que, sintetizando á uno de los «poderes», ha llegado á ser considerado como el del «Eterno». Existe un error evidente (uno de los muchos) en uno de los textos del *Levítico*, que ha sido corregido por Cahen, y que prueba que la prohibición no se refería en modo alguno al nombre del Jehovah exotérico, cuyos otros numerosos nombres podían también ser pronunciados sin incurrir en castigo alguno (1). En la defectuosa versión Inglesa, la traducción dice así: «Y el que blasfeme el nombre del Señor será seguramente condenado á muerte», *Levit. XXIV 16*. Cahen lo traduce

(1) Como por ejemplo: Shaddai, Elohim, Sabaoth.

mucho más correctamente, así: «Y el que blasfeme el nombre del *Eterno* morirá», etc. El «Eterno» es algún tanto más elevado que el «Señor» exotérico y personal (1).

Lo mismo que entre las naciones Gentiles, los símbolos de los Israelitas estaban siempre directa ó indirectamente basados en el culto del sol. El exotérico Jehovah de la *Biblia* es un dios *dual*, como todos los otros dioses; y el hecho de que David, que está completamente ignorante de Moisés, glorifique á su «Señor» y le asegure que el «Señor es un gran Dios y un gran Rey entre todos los dioses», puede ser de una gran importancia para los descendientes de Jacob y de David, pero su Dios nacional nada nos importa á nosotros. Estamos completamente dispuestos á demostrar al «Señor Dios» de Israel el mismo respeto que á Brahma, Zeus ó á otra deidad secundaria cualquiera. Pero nos negamos rotundamente á reconocer en él ni á la Deidad adorada por Moisés, ni al «Padre» de Jesús, ni aun al «Nombre Inefable de los kabalistas». Jehovah es quizás uno de los *Elohim* que estuvo relacionado con la *formación* (la cual no es creación) del universo, uno de los arquitectos que construyeron sirviéndose de la materia preexistente, pero jamás fué la «Incognoscible» Causa que creó «bara» en la noche de la Eternidad. Estos *Elohim* primero forman y bendicen, después *maldicen y destruyen*; como uno de estos poderes, Jehovah es por lo tanto, por turno, benéfico y maléfico; en un momento dado castiga y después se arrepiente. Es el antitipo de algunos de los Patriarcas, de Esaú y de Jacob, los alegóricos gemelos, emblemas del siempre manifestado principio dual en la naturaleza. Así es que Jacob, que significa Israel, es la columna izquierda, el principio femenino de Esaú, el cual es la columna derecha y el principio masculino. Cuando lucha con Malach-Iho, el Señor, este último se convierte en la columna *derecha* y Jacob-Israel le llama Dios; á pesar de que los intérpretes de la *Biblia* han procurado transformarle en un mero «ángel del Señor» (*Génesis*, XXXII), Jacob le vence —como la materia con demasiada frecuencia vencerá al espíritu—, pero su *muslo* queda dislocado á consecuencia de la lucha.

El nombre de Israel se deriva de Isaral ó Asar, el Dios Sol, que es conocido como Suryal, Sur ya y Sur. Isra-el significa «luchando con Dios». El «sol elevándose sobre Jacob-Israel» es el Dios-Sol Isaral fecundando á la materia ó tierra, representada por el Jacob *femenino*. Como de costumbre, esta alegoría tiene más de un significado oculto en la *Kábala*. Esaú, Æsaou, Asu, es también el sol. Lo mismo que el «Señor», Esaú lucha con Jacob y no consigue vencer. El Dios-Sol combate primero contra él, y después se eleva sobre él en señal de alianza.

(1) «Biblia Hebraea» de Cahen, III, p. 117.

«Y como él pasase por Peniel, *el sol se elevó sobre él*, y él (Jacob) *cojeaba de uno de sus muslos*» (Génesis, XXXII 31). Isra-Jacob, el contrario de su hermano Esaú, es *Samael*, y «los nombres de Samael son Azazel y *Satán*» (el opositor).

Si se objetase que Moisés no conocía la filosofía Inda y que, por lo tanto, no podía haber tomado á Siva, el regenerador y el destructor, para modelo de su Jehovah, en este caso deberemos admitir que ha existido alguna milagrosa intuición internacional que ha inducido á cada nación á escoger, para su deidad nacional exotérica, el tipo dual que en el «Señor Dios» de Israel encontramos. Todas estas fábulas hablan por sí mismas. Siva, Jehovah y Osiris son todos ellos *par excellence* los símbolos del principio activo en la naturaleza. Son las fuerzas que presiden á la formación ó *regeneración* de la materia y á su destrucción. Son los símbolos de la Vida y de la Muerte, siempre fecundando y destruyendo bajo el incesante influjo del *ánima-mundi*, el Alma Intelectual universal, el invisible pero siempre presente espíritu que se halla tras de la correlación de las fuerzas ciegas. Solo este Espíritu es inmutable, y, por lo tanto, las fuerzas del universo, causa y efecto, están siempre en perfecta armonía con esta única y gran Inmutable Ley. La Vida Espiritual es el único principio primordial *superior*; la Vida Física es el principio primordial *inferior*; pero ambas son una bajo su aspecto dual. Cuando el Espíritu se ha desenredado por completo de los lazos de la ilusión y su esencia se ha hecho tan pura que puede volverse á reunir con su CAUSA, puede—y aun puede decirse que puede si realmente quiere—obtener un vislumbre de la Verdad Eterna. Ínterin este momento llega, no nos forjemos ídolos á nuestra propia imagen, ni confundamos las Sombras con la Luz Eterna.

El mayor error del siglo ha sido el intentar establecer una comparación entre los méritos relativos de todas las antiguas religiones y el burlarse de las doctrinas de la *Kábala* y de otras supersticiones.

Pero la verdad es más maravillosa que la ficción, y este refrán del mundo antiguo halla su aplicación en el presente caso. La «sabiduría» de las edades arcaicas ó la «doctrina secreta» contenida en la *Kábala Oriental*, de la cual, como hemos dicho, la Rabínica no es más que un compendio, no murió con los Filaletheanos de la última Escuela Ecléctica. Todavía la *Gnosis* permanece sobre la tierra y sus fieles son muchos, aunque desconocidos. Tales fraternidades Secretas han sido mencionadas aun antes del tiempo de Mackenzie, por más de un gran autor. El que hayan sido consideradas como meras ficciones del novelista no ha servido más que para ayudar á los «hermanos adeptos» á conservar con más facilidad su incógnito. Nosotros hemos conocido personalmente á varios de ellos, que, con gran satisfacción suya, hablan oído á escépticos, que no sospechaban

con quiénes hablaban, negar la historia de sus logias y de las comunidades en las cuales ellos vivían, y burlarse ante su misma presencia de los maravillosos poderes que durante tantos siglos estaban ejerciendo. Algunos de estos hermanos pertenecen á los pequeños grupos de «viajeros». Hasta el final del feliz reinado de Luis-Felipe, eran ellos pomposamente llamados, por el *garçon* y comerciante Parisiense, los *nobles étrangers*, y creían inocentemente que eran «Boyardos», Valaquios, «Gospodares», Nabobs Indios y «Margraves» Húngaros que se habían reunido en la capital del mundo civilizado para admirar sus monumentos y compartir sus disipaciones. Existen, sin embargo, algunos lo suficientemente *locos* para relacionar la presencia de varios de estos misteriosos huéspedes en París con los grandes sucesos políticos que después tuvieron lugar. Esto recuerda por lo menos algunas muy notables coincidencias, como el estallido de la Revolución del 93, y la primitiva explosión poco después de la aparición de los «nobles extranjeros», que, durante periodos más ó menos dilatados, habían conmovido á todo París, sea por sus místicas doctrinas ó por sus «dones sobrenaturales». Los St. Germain y Cagliostros de este siglo, habiendo sido duramente aleccionados por las indignidades y persecuciones del pasado, proceden hoy día con táctica distinta.

Pero existen muchas de estas místicas fraternidades que nada tienen que ver con los países «civilizados», y en sus desconocidas comunidades es en donde permanecen ocultos los residuos del pasado. Estos «adeptos» podrían, si quisiesen, reclamar una ascendencia extraordinaria, y exhibir documentos comprobatorios que explicarían muchas páginas misteriosas tanto de la historia sagrada como de la profana. Si las claves de los escritos hieráticos y el secreto del simbolismo Egipcio é Indo hubiesen sido conocidas por los Padres Cristianos, ni uno solo de los antiguos monumentos hubiera escapado á la mutilación. Además, si, como creemos, estamos bien informados, no hubo ni uno solo de ellos en todo el Egipto en que los secretos anales de sus jeroglíficos no fuesen cuidadosamente buscados por la casta sacerdotal. Estos anales existen todavía, si bien no son del dominio del público, aun cuando quizás los monumentos hayan para siempre desaparecido de la vista de los hombres.

De cuarenta y siete tumbas de reyes, existentes cerca de Gornorra, mencionadas por los sacerdotes Egipcios en sus sagrados registros, solo diez y siete eran conocidas del público, según dice Diodoro Sículo, que visitó aquel lugar unos sesenta años antes de Cristo. No obstante esta *histórica* evidencia, aseguramos que aún hoy día existen todas, y la tumba real descubierta por Belzoni en las montañas de piedra arenosa de Biban-el-Melook (Melech?) es solo una débil muestra del resto. Añadiremos, además, que los Arabes-Cristia-



nos, los Monjes, esparcidos en sus pobres y desolados conventos situados en los confines del gran Desierto Líbico, conocen la existencia de tales ocultas reliquias. Pero son Coptos, únicos restos de la verdadera raza Egipcia, y, siendo el Copto de una naturaleza superior á la del Monje Cristiano, sabe guardar silencio; la razón del mismo no nos toca á nosotros decirla. Algunos hay que creen que su traje monjil no es más que una máscara, y que han escogido estas desoladas mansiones, situadas en áridos desiertos, y rodeadas de tribus Mahometanas, solo para fines particulares. Sea como fuere, son tenidos en gran estima por los monjes Griegos de Palestina; y entre los peregrinos Cristianos de Jerusalén, que en cada Pascua de Resurrección se reúnen para visitar el Santo Sepulcro, corre muy válido el rumor de que el fuego santo de los Cielos nunca descende *tan milagrosamente* como cuando estos monjes del desierto se hallan presentes y lo atraen con sus plegarias (1).

«El reino de los Cielos se puede alcanzar á viva fuerza, y el fuerte á viva fuerza lo toma». Muchos son los candidatos que esperan á las puertas de aquellos que se supone conocen el sendero que á las fraternidades secretas conduce. A la gran mayoría se rehúsa admitirles, y estos se alejan interpretando la negativa como una prueba de la no existencia de tales sociedades secretas. De la minoría aceptada, más de los dos tercios sucumben á la prueba. La séptima regla de las antiguas fraternidades Rosacruces, que es general entre todas las verdaderas sociedades secretas, ó sea: que el «Rosa-Cruz se hace y *no es hecho*», es más de lo que la generalidad de los hombres pueden resistir para que se les aplique. Pero no vaya nadie á suponer que, de los candidatos que fracasan, ninguno divulgue al mundo ni lo más mínimo de lo que puedan haber aprendido, como hacen algunos Masones. Nadie mejor que ellos sabe cuán improbable es que un neófito hable jamás de lo que le ha sido comunicado. Así es que estas sociedades seguirán su camino y oirán cómo se les niega, sin proferir una palabra, hasta que llegue el día en que les sea dable salir de su reserva y demostrar cuán por completo son ellas dueñas de la situación.

(1) Los monjes Griegos ejecutan este «milagro» todos los años durante la noche de Pascua para que sirva de edificación á los fieles. Millares de peregrinos esperan con sus cirios para encenderlos en este fuego sagrado, que, en el momento preciso que se le necesita, descende de la bóveda de la capilla y revolotea en torno del sepulcro en forma de lengua de fuego, hasta que cada uno de los millares de peregrinos ha encendido en él su cirio.

## CAPITULO IX

«Todas las cosas van dirigidas al seno de esta triada».—LYDUS. De Mensibus, 20.

«Tres veces se permite á los cielos que sobre su eterno eje giren.—OVID. *Jasti* iv.

«Y Balaam dijo á Balak: Constrúyeme aquí *siete* altares, y prepárame *siete* bueyes, y *siete* carneros».—*Números* xxiii 1, 2.

«En *siete* días todas las criaturas que me han ofendido serán destruidas por un diluvio, pero tú serás salvado en una embarcación milagrosamente formada; toma, por lo tanto... y con *siete* hombres santos, sus respectivas mujeres, y parejas de todos los animales, entra en el arca sin temor; entonces conocerás á Dios cara á cara, y todas tus preguntas serán contestadas».—*Bhagavad Gitta*.

«Y el Señor dijo: Yo haré desaparecer al hombre... de la faz de la tierra... Pero contigo, yo estableceré mi alianza... Entrad tú y toda tu familia en el arca... Porque durante siete días haré yo que llueva sobre la tierra.»—*Génesis*, vi, vii.

«No era la Tetraktis única y principalmente venerada á causa de que se halló que contiene en sí todas las armonías, sino también porque evidentemente contiene la naturaleza de todas las cosas». THEON DE SMYRNA.—*Mathem.*, p. 147.

**M**AL hubiéramos desempeñado nuestra tarea si en los capítulos precedentes no hubiésemos demostrado que el Judaísmo, el Gnosticismo primitivo y posterior, el Cristianismo, é igualmente la Masonería Cristiana, están todos basados sobre idénticos mitos cósmicos, símbolos y alegorías, cuya plena comprensión es únicamente posible para aquellos que han heredado la clave de sus inventores.

En las páginas siguientes trataremos de demostrar cuán mal interpretados han sido por los en extremo distintos aunque íntimamente relacionados sistemas más arriba mencionados, al adaptarlos á sus particulares necesidades. Esto no solamente será beneficioso

para el lector, sino que además realizaremos con ello un acto de justicia por largo tiempo diferido, y que en la actualidad es muy necesario, en favor de aquellas primitivas generaciones cuyo genio se ha hecho acreedor del respeto de toda la humana raza. Empecemos pues, una vez más, por comparar los mitos de la Biblia con los de los sagrados libros de las demás naciones, para ver cuál de ellos es el original, y cuáles son las copias.

Sólo existen dos métodos que, correctamente explicados, pueden ayudarnos á conseguir este resultado. Estos son los *Vedas*, la literatura Brahmánica, y la *Kábala* Judía. Los primeros han concebido estos grandiosos mitos con un espíritu más filosófico; los últimos, tomándolos de los Caldeos y de los Persas, formaron con ellos la historia de la nación Judía, en la cual su espíritu de filosofía estaba oculto, de modo que nadie más que los elegidos podía reconocerlo, y bajo una forma mucho más absurda que la que los Arios les habían dado. La *Biblia* de la Iglesia Cristiana es el último receptáculo de este esquema de alegorías desfiguradas, que han sido erigidas en un edificio de superstición tal como jamás entró en el pensamiento de aquéllos de quienes la Iglesia obtuvo sus conocimientos. Las abstractas ficciones de la antigüedad, que durante épocas la fantasía popular llenó sólo de fluctuantes sombras y de inciertas imágenes, han asumido en el Cristianismo las formas de personajes reales, y se han convertido en hechos consumados. La Alegoría, metamorfoseada, se ha convertido en historia sagrada, y el mito Pagano se enseña al pueblo como si fuese una cosa revelada por Dios á Su pueblo escogido.

«Los mitos», dice Horacio en su *Ars Poetica*, «han sido inventados por hombres sabios para dar fuerza á las leyes y enseñar verdades morales». Mientras que Horacio procuraba aclarar el verdadero espíritu, y la ciencia de los antiguos mitos, Euhemerus pretendía, al contrario, que los «mitos eran la historia legendaria de reyes y héroes transformados en dioses por la veneración que por ellos sentían las naciones».

Este último método es el que, á consecuencia de esto, ha sido seguido por los Cristianos desde el momento en que aceptaron euhemerizados patriarcas, tomándolos equivocadamente por hombres que han vivido realmente.

Pero son contrarios á esta perniciosa teoría, que ha dado origen á tan amargos frutos, una larga serie de los más grandes filósofos que el mundo ha producido, tales como Platón, Epicharmus, Sócrates, Empédocles, Plotino, Porfirio, Proclo, Damascenus, Orígenes, y hasta Aristóteles. Este último afirma claramente esta verdad, diciendo que una tradición de la más remota antigüedad, transmitida á la posteridad bajo la forma de diversos mitos, nos enseña que los principios superiores de la Naturaleza pueden ser considerados como

«dioses», puesto que lo *divino* compenetra á toda la naturaleza. Todo lo demás, detalles y personajes, fueron añadidos posteriormente para la mejor comprensión del vulgo, y, con demasiada frecuencia, tan sólo con el objeto de sostener leyes inventadas para favorecer intereses bastardos.

Los cuentos de hadas no pertenecen exclusivamente á las nodrizas; toda la humanidad—excepto aquellos pocos que en todas épocas han comprendido su oculta significación, y procurado abrir los ojos á los supersticiosos—ha escuchado semejantes cuentos en una ú otra forma y, transformándolos después en símbolos sagrados, llamó al producto ¡RELIGIÓN!

Procuraremos sistematizar nuestro asunto todo lo que nos lo permita la necesidad, que se presentará constantemente, de trazar paralelos entre opuestas opiniones que han sido basadas en los mismos mitos. Empecemos por el libro del *Génesis*, y, para encontrar su significación oculta, dirigiremos nuestras investigaciones hacia las tradiciones Brahmánicas, y á la Kábala Caldeo-Judaica.

La primera lección de la Escritura que nos ha sido enseñada en nuestra infancia es que Dios creó el mundo en seis días, y que descansó en el séptimo. De aquí el que se suponga que el día séptimo es un día solemne y santo, y los Cristianos, adoptando la rígida observancia del Sábado judío, nos lo han impuesto sustituyéndolo con el primer día de la semana, en lugar del séptimo.

Todos los sistemas de misticismo religioso están basados en guarismos. Según Pitágoras, la Monas ó unidad, emanando la dúada, y formando así la trinidad, y el cuaternario ó Arba-il (el místico cuatro), constituye el número siete! El carácter sagrado de los números principia con el gran Primero, UNO, y sólo termina con el nada ó cero, símbolo del infinito é ilimitado círculo que representa el universo. Todas las cifras intermedias, sea cual fuere su combinación ó multiplicación, representan ideas filosóficas, desde sus más indefinidos hasta el axioma científico definitivamente comprobado referente á un hecho moral ó físico de la naturaleza. Son una clave para las antiguas opiniones acerca de la cosmogonía, en su sentido general, incluyendo al hombre y demás seres, y á la evolución de la raza humana, tanto espiritual como física.

El número *siete* es indudablemente de origen Indo, y es el más sagrado de todos. Todas las cosas importantes eran calculadas y adaptadas á este número por los filósofos Arios, así las ideas como las localidades. Así es que tienen ellos los:

*Sapta-Rishis*, ó siete sabios, simbolizando á las siete primitivas razas diluvianas (post-diluvianas, como algunos dicen).

*Sapta-Loka*, los siete mundos inferiores y superiores, de donde

cada uno de estos *Rishis* han procedido, y á donde han vuelto gloriosos antes de alcanzar la felicidad final de Moksha (1).

*Sapta-Kula*, ó siete castas; los Brahamanes pretenden ser los descendientes directos de la más elevada de ellas (2).

Hay, además, *Sapta-Pura* (las siete ciudades santas); *Sapta-Duipa* (las siete santas islas); *Sapta-Samudra* (los siete santos mares); *Sapta-Parvata* (las siete montañas santas); *Sapta-Arania* (los siete desiertos); *Sapta-Vruksha* (los siete árboles sagrados) y así sucesivamente.

En la magia Caldeo-Babilónica, este número reaparece una y otra vez de un modo tan preminente como entre los Indos. Este número es *doble* en sus atributos; esto es, benéfico en uno de sus aspectos, se convierte en maléfico bajo otras condiciones. Así es que en las tablillas Asirias, en la actualidad tan correctamente interpretadas, encontramos la encantación siguiente:

«La tarde de mal agüero, la región del cielo que produce desgracias.....

»Presagio de peste.

»Suplicantes de Nin-ki-gal.

»Los siete dioses del vasto cielo.

»Los siete dioses de la vasta tierra.

»Los siete dioses de las fulgurantes esferas.

»Los siete dioses de la celestial legión.

»Los siete dioses maléficos.

»Los siete fantasmas malos.

»Los siete fantasmas de malélicas llamas...

»Mal demonio, mal *alal*, mal *gigim*, mal *telal*... mal dios, mal *maskin*.

»Espiritu de los siete cielos, recuerda... Espiritu de las siete tierras, recuerda... etc.»

Este número reaparece del mismo modo en casi cada página del *Génesis*, y en todos los libros Mosaicos, y lo encontramos bien claramente (véase el capítulo siguiente) en el *Libro de Job*, y en la *Kábala Oriental*. Si los Hebreos Semitas lo adoptaron tan resueltamente,

(1) Los *Rishis* son idénticos á *Manú*. Los diez *Prajápati*, hijos de *Viradj*, llamados *Maritchi*, *Atri*, *Angira*, *Pólasya*, *Poulaha*, *Kratu*, *Pratcheta*, *Vasishtha*, *Brighu*, y *Narada*, son *Poderes* euhemerizados, los *Sephiroth* Indos. Estos emanan á los siete *Rishis*, ó *Manús*, el principal de los cuales procedió de lo «increado». Es el *Adam* de tierra, y significa hombre. Los «hijos», los seis *Manús* siguientes, representan cada uno de ellos una nueva raza de hombres, y en su totalidad son la *humanidad*, que pasa gradualmente al través de los siete primitivos planos de evolución.

(2) Antiguamente, cuando los Brahmanes estudiaban, más de lo que en la actualidad lo hacen, el oculto sentido de su filosofía, explicaban que todas estas diferentes razas que han precedido á las nuestras habían desaparecido. Pero ahora pretenden que una rama de las mismas sobrevivió al resto, la cual ha alcanzado el actual *séptimo* plano. Así es que ellos, los Brahmanes, son los descendientes del *Manú* celestial, y han salido de la boca de *Brahma*; mientras que los *Sudras* han sido creados de su pié.

debemos inferir que no fué á ciegas, sino debido á que conocían perfectamente su significación secreta; de aquí que hayan también adoptado las doctrinas de sus «paganos» vecinos. Es por lo tanto muy natural que busquemos el significado de éste número en la filosofía pagana, el cual reaparece también en el Cristianismo, en sus *siete* sacramentos, sus *siete* Iglesias en el Asia Menor, sus *siete* pecados capitales, sus *siete* virtudes (cuatro cardinales y tres teologales), etc.

Tienen acaso los siete colores prismáticos del arco iris visto por Noé algún otro significado que no sea el de una alianza entre Dios y el hombre para refrescar la memoria del primero? Para el kabalista, á lo menos, tienen una significación inseparable de las siete prácticas de la magia, de las siete esferas superiores, de las siete notas de la escala musical, de los siete guarismos de Pitágoras, de las siete maravillas del mundo, de las siete épocas y hasta de los siete pasos de los Masones, que conducen al Santo de los Santos, después de haber pasado los vuelos de *tres* y *cinco*.

De dónde procede, pues, la identidad de estos enigmáticos guarismos que reaparecen constantemente y que se encuentran en cada página de las Escrituras Judías, del mismo modo que en cada ola y sloka de los libros Buddhistas y Brahmánicos? De dónde proceden estos guarismos que son el alma del pensamiento Pitagórico y Platónico, y cuyo origen ningún Orientalista ni estudiante bíblico no iluminado ha sido jamás capaz de sondear? Y sin embargo tienen una clave á mano; solo les falta saber hacer uso de ella.

En ninguna parte está el místico valor del humano lenguaje y sus efectos sobre los actos humanos tan perfectamente comprendidos en la India, ni por nadie mejor explicados que por los autores de los más antiguos *Brahmanas*. A pesar de lo remota que ahora se ve que su época se halla, solo tratan de exponer en una forma más concreta las abstractas especulaciones metafísicas de sus antecesores.

Es tal el respeto de los Brahmanes hacia los misterios referentes á los sacrificios, que sostienen que el mundo mismo vino á la existencia á consecuencia de «una palabra de sacrificio» pronunciada por la Causa Primera. Esta palabra es el «Nombre Inefable» de los kabalistas, que en el último capítulo hemos examinado ampliamente.

El secreto de los *Vedas*, «conocimiento Sagrado», sea el que fuere, es impenetrable sin el auxilio de los *Brahmanas*. Propiamente hablando, los *Vedas* (que están escritos en verso y se hallan contenidos en cuatro volúmenes) constituyen aquella porción llamada el *Mantra* ó plegaria mágica; los *Brahmanas* (que están en prosa) contienen su clave. Al paso que la porción Mantra es únicamente religiosa y sagrada, la parte Brahmana contiene todas las exégesis teológicas, y las especulaciones y explicaciones del sacerdocio. Nuestros Orientalistas, repetimos, no harán grandes progresos en lo que á la com-

prensión de la literatura Védica se refiere, hasta que concedan el valor que les es debido á obras que en la actualidad desprecian; como por ejemplo el *Aitareya* y *Kaushitaki Brhâmanas*, los cuales pertenecen al *Rig-Veda*.

Zoroastro era llamado un *Manthram* ó pronunciador de *Mantras*, y, según Haug, uno de los nombres más primitivos de las Sagradas Escrituras de los Parsis era *Mánthraspenta*. El poder y significación del Brahmán que actúa como el sacerdote Hotri, en el sacrificio Soma, consiste en la posesión y pleno conocimiento de los usos de la palabra sagrada ó discurso, *Vâch*. Esta última está personificada por Sara-isyati, la esposa de Brahma, que es la diosa de la «Ciencia Secreta» ó sagrada. Generalmente se la representa montada sobre un pavo real, con su cola extendida. Los ojos existentes en las plumas de la cola del ave simbolizan los ojos que el sueño jamás cierra y que ven todas las cosas. Al que ambiciona convertirse en un adepto de las «Secretas doctrinas» le recuerdan que debe tener los cien ojos de Argos para ver y comprender todas las cosas.

Por esto decimos que no es posible resolver acertadamente los profundos problemas existentes en el fondo de los libros sagrados Brahmánicos y Buddhistas sin poseer una comprensión perfecta de la significación esotérica de los números Pitagóricos. El mayor poder de esta *Vâch*, ó sagrado discurso, se desarrolla según la forma que el Mantra da el Hotri oficiante, y esta forma consiste principalmente en los números y sílabas del metro sagrado. Si se pronuncia lentamente y con un cierto ritmo, se produce un efecto; si se pronuncia vivamente y con otro ritmo, el resultado es distinto. «Cada metro», dice Haug, «es el invisible motor de alguna cosa visible en este mundo; y es, por decirlo así, su representante y su ideal. La gran importancia del discurso métrico consiste en el número de sílabas de que está compuesto, ya que todas las cosas tienen (justamente lo mismo que en el sistema Pitagórico) una cierta proporción numérica. Todas estas cosas, metros (*chhandas*), *stomas* y *prishthas*, son susceptibles de ser tan eternas y divinas, como las mismas palabras que contienen. Los primitivos Teólogos Indos no solamente creían en una primitiva revelación de las palabras de los textos sagrados, sino además en la de las diversas formas. Estas formas, junto con sus contenidos, las eternas palabras del *Veda*, son símbolos que expresan cosas pertenecientes al mundo invisible, y comparables en algunos puntos á las ideas Platónicas».

*Este testimonio, de un testigo nada predispuesto á nuestro favor, demuestra una vez más la identidad existente entre las antiguas religiones en lo referente á sus doctrinas secretas.* El metro *Gâyatri*, por ejemplo, consta de tres veces ocho sílabas, y es considerado como el más sagrado de todos. Es el metro de Agni, el dios del fuego, y se con-

vierte á veces en el emblema del mismo Brahma, el soberano creador y «constructor del hombre» á su propia imagen. Ahora bien, Pitágoras dice que «El número ocho, ó la Óctada, es el primer cubo, lo que equivale á decir el cuadrado en todos sentidos, como un dado, de lo cual se deriva su doble base ó número par; así es el hombre de cuatro lados ó perfecto». Por supuesto que pocos, excepto los Pitagóricos y Kabalistas, pueden comprender claramente esta idea; pero los ejemplos y símiles nos servirán para hacer patente la íntima relación de los números con los *Mantras* Védicos. Los problemas más importantes de cada teología yacen ocultos bajo esta imagen del fuego y el variante ritmo de sus llamas. La raza ardiente de la *Biblia*, los sagrados fuegos Zoroastrianos y otros, el alma universal de Platón y las doctrinas Rosacruces de que el alma y el cuerpo del hombre han procedido del fuego, el elemento razonador é inmortal que compenetra todas las cosas, y el que, según Herakleitus, Hipócrates y Parménides, es Dios, tienen todos una misma significación.

Cada metro en los *Brahmanas* corresponde á un número, y, como Haug lo demuestra, y se ve en los sagrados volúmenes, es el prototipo de alguna forma visible en la tierra y sus efectos son buenos ó malos. La «palabra sagrada» puede salvar, pero también puede matar; sus múltiples significados y poderes solo son bien conocidos por el *Dikshita* (el adepto), que ha sido iniciado en los grandes misterios y cuyo «nacimiento espiritual» se ha completado; la *Vach* del *mantra* es un poder hablado que despierta otro poder correspondiente y todavía más oculto, estando cada uno de ellos alegóricamente personificado por algún dios en el mundo de los espíritus, y, según la manera como es empleado, responden al mismo ó los dioses ó los *Rakshasas* (malos espíritus). Según las doctrinas Brahmánicas y Buddhistas, una maldición, una bendición, un voto, un deseo, un pensamiento frívolo pueden asumir una forma visible y manifestarse de este modo, *objetivamente* á los ojos de su autor, ó á los de aquel á quien van dirigidos. Cada pecado se encarna, por decirlo así, y á manera de enemigo implacable persigue á su autor.

Existen palabras que poseen una cualidad destructiva en sus mismas sílabas, como si fueran cosas objetivas; pues cada sonido despierta otro sonido correspondiente en el mundo invisible del espíritu, y la repercusión produce un efecto bueno ó malo. Un ritmo armonioso, una melodía vibrando dulcemente la atmósfera, crea una suave y benéfica influencia en derredor suyo, y reacciona muy poderosamente sobre la naturaleza psíquica y física de todas las cosas vivientes en la tierra; reacciona del mismo modo sobre los objetos inanimados, puesto que la materia es, á pesar de todo, espíritu en su esencia, por invisible que pueda parecer á nuestros groseros sentidos.



Lo mismo sucede con los números. Do quiera que volvamos la vista, desde los profetas al Apocalipsis, veremos á los escritores Bíblicos empleando constantemente los números *tres, cuatro, siete y doce*.

Y, sin embargo, hemos conocido á algunos partidarios de la *Biblia* que sostenían que los *Vedas* fueron copiados de los libros Mosaicos! (1) Los *Vedas*, que están escritos en Sánscrito, lengua cuyos caracteres y reglas gramaticales, como Max Muller y otros sabios confiesan, *fueron definitivamente establecidas* mucho tiempo antes de la época que la grande ola de emigración la introdujese desde Asia sobre todo el Occidente, están ahí para probar que son el origen de todas las filosofías é instituciones religiosas desarrolladas posteriormente entre los pueblos Semíticos. Y cuáles son los números que con más frecuencia se presentan en los cantos Sánscritos, en aquellos himnos sublimes á la creación, á la unidad de Dios, y á las infinitas manifestaciones de su poder? UNO, TRES, y SIETE.

Leed el himno de Dirghatamas.

«A AQUEL QUE REPRESENTA A TODOS LOS DIOSSES».

«El *Dios* aquí presente, nuestro bienaventurado protector, nuestro bienaventurado sacrificador, tiene un hermano que se difunde por la región media del cielo. Existe allí un *tercer* hermano al cual rociamos nosotros con nuestras libaciones.... Él es aquel á quien yo he visto dueño de los hombres y armado con *siete rayos*» (2).

Y además:

«*Siete* Frenos prestan su ayuda para guiar un carro que solo tiene UNA rueda, y que es arrastrado por un solo caballo que brilla con *siete rayos*. La rueda tiene tres *rayos*, una rueda inmortal, infatigable, de la cual todos los mundos están suspendidos».

«A veces *siete* caballos arrastran un carro de *siete* ruedas, en el cual van montados *siete* personajes, acompañados de siete fecundas ninfas del agua», al que sigue después otro en honor del dios del fuego, *Agni*, que de esta suerte se demuestra claramente que solo es un espíritu subordinado al Dios ÚNICO.

«Siempre UNO, aunque teniendo *tres* formas de doble naturaleza (andrógino), él se eleva!, y los sacerdotes ofrecen á *Dios*, en el acto del sacrificio, sus plegarias, que llegan á los cielos, llevadas hacia lo alto por *Agni*».

Es esto una coincidencia, ó más bien, como la razón nos lo indica, el resultado de que gran número de cultos nacionales derivan de una sola religión universal y primitiva? Un *misterio* para el no iniciado,

(1) Para evitar discusiones, adoptamos las conclusiones palæográficas á que han llegado Martín Haug y algunos otros sabios prudentes. Personalmente nos atenemos á las afirmaciones de los Brahmanes y á las de Halled, el traductor de los «*Sastras*».

(2) El Dios Heptaktis.

la *revelación* de los más sublimes (puesto que son correctos y verdaderos) problemas psicológicos y fisiológicos para el iniciado. Revelaciones del espíritu personal del hombre, que es divino, puesto que este espíritu no es solamente la emanación del ÚNICO Dios Supremo, sino que es el único Dios que el hombre, en su debilidad é impotencia, es capaz de comprender, de sentir *dentro* de si mismo. Claramente confirma esta verdad el poeta Védico, cuando dice:

«El Señor, Dueño del universo y lleno de sabiduría, ha entrado en mí (dentro de mí)—débil é ignorante—y me ha formado de *si mismo* en este lugar (1) en donde los espíritus obtienen, con el auxilio de la *Ciencia*, el goce pacífico del *fruto*, tan dulce como la ambrosia».

El que llamemos á este fruto «la manzana» del Arbol de la Ciencia, ó el *pippala* del poeta Indo, importa poco. Es el fruto de la sabiduría esotérica. Nuestro objeto es demostrar la existencia de un sistema religioso en la India, muchos millares de años antes de que las exotéricas fábulas del Jardín del Edén y del Diluvio hubiesen sido inventadas. De aquí la identidad de doctrinas. Instruidos en ellas, cada uno de los iniciados de los otros países se convirtió, á su vez, en el fundador de una gran escuela de filosofía en Occidente.

Quién de entre nuestros sabios sanscritistas se ha sentido alguna vez interesado en descubrir el sentido verdadero de los siguientes himnos, á pesar de lo palpable que es: «*Pippala*, el dulce fruto de aquel árbol sobre el cual van los *espíritus* que aman la *ciencia* (?) y en donde los *dioses* producen toda suerte de maravillas. Esto es un misterio para aquel *que no conoce al Padre* del mundo».

O este otro también:

«Estas stanzas llevan en su cabecera un título que anuncia que están consagradas á los *Viswadevas* (lo cual equivale á decir, á todos los dioses). Aquél que no conozca al Ser á quien yo canto *en todas sus manifestaciones*, nada comprenderá de mis versos; aquellos que LE conocen no son ajenos á esta reunión».

Esto se refiere á la reunión y separación de las partes inmortal y mortal del hombre. «El Ser inmortal—dice la stanza precedente—está en la cuna del Ser mortal. Los dos espíritus eternos van y vienen por todas partes; solo algunos hombres conocen al uno sin conocer al otro» (*Dirghatamas*).

Quién podrá dar una idea correcta de Aquel de quien el *Rig-Veda* dice: «A Aquel que es Uno, le llama el sabio de distintos modos»? Aquel Uno es cantado por los poetas Védicos en todas sus manifestaciones en la naturaleza; y los libros considerados como «pueriles y tontos» enseñan la manera de llamar á voluntad á los seres de

(1) El santuario de la iniciación.

sabiduría para nuestra instrucción. Enseñan, como Porfirio dice: «la liberación de todos los intereses terrestres... la partida del *único* hacia el ÚNICO».

El Profesor Max Muller, cuyas palabras son aceptadas por su escuela como un evangelio filológico, tiene indudablemente razón hasta cierto punto cuando, al determinar la naturaleza de los dioses Indos, les llama «máscaras sin actbr... nombres sin ser, no seres sin nombres». (1) Pero con esto no hace más que probar el monoteísmo de la antigua religión Védica. Pero nos parece más que dudoso el que tanto él como cualquier sabio de su escuela puedan tener esperanza de sondear el antiguo pensamiento Ario (2) sin un estudio minucioso de estas mismas «máscaras». Para el materialista, lo mismo que para el sabio, que por varias razones se esfuerzan en resolver el difícil problema de obligar á los hechos á que convengan ya sea con sus propias opiniones ó con las de la *Biblia*, no aparecerán ellas más que como huecas cáscaras de fantasmas. Sin embargo, semejantes autoridades serán siempre, como en el pasado, los más inseguros de los guías, excepto en cuestiones de ciencia exacta. Los Patriarcas de la *Biblia* son tan «máscaras sin actores» como los prajápatís, y, á pesar de esto, aunque el personaje viviente oculto detrás de estas máscaras no es más que una sombra abstracta, existe, sin embargo, encarnada en cada uno de ellos una idea que pertenece á las teorías filosóficas y científicas de la antigua sabiduría (3). ¿Y quién puede prestar mejores servicios en esta tarea que los mismos Brahmanes del país, ó los Kabalistas?

El negar, de buenas á primeras, una profunda filosofía en las últimas especulaciones Brahmánicas acerca del *Rig Veda* equivale á renunciar para siempre el comprender correctamente la misma religión madre que les dió origen, y que es la expresión del pensamiento oculto de los directos antecesores de los últimos autores de los *Brahmanas*. Si Europeos ilustrados pueden tan fácilmente demostrar que todos los dioses Védicos son únicamente máscaras vacías, deben estar también dispuestos para probar que los autores

(1) *Mitología Comparada*.

(2) Si bien no tenemos intención alguna de entrar ahora en discusiones acerca de las razas nómadas del «período Rhemático», nos reservamos sin embargo el derecho que creemos nos asiste de llamar Arios á aquella parte del pueblo primitivo de cuyas tradiciones proceden los «Vedas». Algunos sabios hallan que la existencia de estos Arianos no solo no está probada por la ciencia, sino que además las tradiciones del Indostán protestan contra semejante suposición.

(3) Sin la explicación esotérica, el «Antiguo Testamento» se convierte en una absurda mezcla de cuentos sin sentido; peor todavía que esto: colocado en lugar preferente entre los libros *inmorales*. Es extraño que el Profesor Max-Müller, un sabio tan versado en *Mitología Comparada*, diga, de los prajápatís y de los dioses Indios, que son máscaras *sin actores*; y de Abraham y de otros míticos Patriarcas, que eran en realidad hombres vivientes; á Abraham nos lo presenta especialmente (véase «*Monoteísmo Semítico*») como una figura que solo es inferior á uno en la historia del mundo.

Brahmánicos fueron tan incapaces como ellos mismos para descubrir á los «actores» donde quiera que fuesen. Una vez hecho esto, no solamente los otros tres libros sagrados acerca de los cuales dice Max-Muller que «no merecen el nombre de *Vedas*», sino que el *Rig-Veda* mismo se convierte en una baraúnda de palabras sin sentido, pues lo que la sutil y la por todo el mundo reconocida perspicacia de los antiguos sabios Indos no logró comprender, ningún sabio moderno, por ilustrado que sea, puede esperar descubrirlo. El pobre Thomas Taylor estaba en lo justo cuando decía que «filología no es filosofía».

Lo menos que podemos decir es que es ilógico el admitir que existe un pensamiento oculto en la obra literaria de una raza quizás etnológicamente distinta de la nuestra; y después, porque este pensamiento es completamente ininteligible para nosotros, cuyo desenvolvimiento espiritual durante los millares de años transcurridos se ha bifurcado en una dirección completamente distinta, negar en absoluto que en el mismo exista sentido alguno. Pero esto es precisamente lo que, con todo el respeto debido á su erudición, hacen, por lo menos en este caso, el Profesor Max Müller y su escuela. Ante todo se nos dice que, si bien cautelosamente y con algún esfuerzo, podemos sin embargo marchar sobre las huellas de los autores de los *Vedas*. «Sentiremos que se nos ha colocado cara á cara y frente á frente de hombres todavía inteligibles para nosotros *después de que nos hayamos librado de nuestras modernas presunciones*. No siempre seremos afortunados; palabras, versos, más aún, himnos enteros del *Rig Veda*, deben permanecer y permanecerán letra muerta para nosotros... Puesto que, con escasas excepciones, el mundo entero de las ideas Védicas está tan por completo fuera de nuestro horizonte intelectual que, en lugar de traducir, solo podemos hasta aquí conjeturar y combinar» (1).

Y además, para que no nos quede duda alguna acerca del verdadero valor de sus palabras, este sabio eminente, en otro párrafo, expone su opinión sobre los mismos *Vedas* (con una sola excepción) del modo siguiente: «El único importante, el único Veda verdadero es el *Rig-Veda*.

»Los otros llamados *Vedas* merecen tanto el nombre de *Veda* como el *Talmud* merece el de *Biblia*». El Profesor Müller los desecha como indignos de que nadie fije la atención en ellos, y, según podemos colegir, fundándose en que contienen en primer término «fórmulas relacionadas con los sacrificios, hechizos y encantamientos» (2).

Y ahora se nos ocurre una pregunta muy natural: ¿hay alguno de nuestros sabios que esté bastante preparado para demostrar que se

(1) Las itálicas son nuestras. «Los Vedas», discurso por Max-Müller, p. 75.

(2) «Chips», vol. 1, p. 8.

halla perfectamente familiarizado con el oculto sentido de estas en absoluto absurdas «fórmulas relativas á los sacrificios, á la hechicería, á las encantaciones» y desatinos mágicos del *Atharva Veda*? Creemos que no, y nuestra duda se funda en la confesión del mismo Profesor Müller, que acabamos de citar. Si «el mundo entero de las ideas Védicas (suponemos que el *Rig Veda*, no es el único que puede ser incluido en este mundo) está tan por completo fuera de nuestro (de los sabios) horizonte intelectual que, en lugar de traducir, lo que podemos hacer únicamente es conjeturar y combinar», y el *Yagur Veda*, el *Sama Veda* y el *Atharva Veda* son «niñerías y tonterías» (1); y los *Brahmanas*, los *Sutras Yáska*, y *Sayàna*, «aunque de fecha más cercana á los los himnos del *Rig Veda*, dan lugar á las más frívolas y erróneas interpretaciones», ¿cómo han de poder ni él ni ningún otro sabio formar una opinión adecuada acerca de ninguno de ellos? Además, si los autores de los *Brahmanas*, cuya fecha es la más cercana á la de los himnos Védicos, eran ya incapaces de ofrecer algo que no fueran interpretaciones erróneas, ¿entonces, en qué periodo de la historia, en dónde, y por quién, fueron escritos estos grandiosos poemas, cuyo místico sentido ha muerto con sus generaciones? No creemos, pues, estar tan equivocados al afirmar que, si los sagrados textos descubiertos en Egipto se han hecho hasta para los escribas sacerdotales de 4.000 años atrás completamente ininteligibles (2), y los *Brahmanas* sólo ofrecen «pueriles y necias» interpretaciones del *Rig Veda*, por lo menos hasta una época tan remota, entonces debemos deducir, primero: que así la filosofía religiosa Egipcia como la Inda son de una indedible antigüedad, de con mucho muy superior á la que se les asigna prudentemente por nuestros estudiantes de mitología comparada; y 2.º, que las pretensiones de los antiguos sacerdotes de Egipto y las de los *Brahmanes* modernos, en lo que á su edad se refiere, son, después de todo, correctas.

Jamás admitiremos que los otros tres *Vedas* sean menos dignos de este nombre que los himnos del *Rig Veda*, ni que el *Talmud* y la *Kábala* sean así mismo inferiores á la *Biblia*. El nombre mismo de los *Vedas* (cuyo sentido literal significa *conocimiento* ó *sabiduría*) demuestra que pertenecen á la literatura de aquellos hombres que en todos los países, lenguas y épocas han sido conocidos como «aquellos que saben». En Sánscrito, la tercera persona del singular es *vêda* (él sabe), y el plural es *vidâ* (ellos saben). Esta palabra es sinónima de la Griega *σοφία* que Platón emplea cuando habla de los *sabios* los mágicos; y de la Hebrea *Hakamin*, *הַכַּמִּינ* (hombres sabios). Deséchese al *Talmud* y á su antigua predecesora la *Kábala*, y será sencillamente imposible

(1) Creemos que en otro lugar hemos sostenido la opinión contraria acerca del *Atharva Veda* del Prof. Whitney, del Colegio Yale.

(2) Véase «Egipto» del Barón Bunsen, vol. v.

comprender correctamente ni una sola palabra de esta *Biblia* tan ensalzada á sus expensas. Pero esto es quizás lo que precisamente se proponen conseguir sus partidarios. El desechar los *Brahmanas* es arrojar la llave que abre la puerta del *Rig Veda*. La interpretación literal de la *Biblia* ha producido ya sus frutos; con los *Vedas* y los libros sagrados Sánscritos, en general, sucederá precisamente lo mismo, con la diferencia que la absurda interpretación dada á la *Biblia* y sancionada por el tiempo ha dado lugar á que ocupe un sitio preferente en el departamento de lo ridículo; y que encontrará sus sostenedores en contra de toda clase de razones y pruebas. En cuanto á la literatura «pagana», después de algunos años más de inútiles tentativas para interpretarla en su significado religioso, será relegada al limbo de las despreciables supersticiones, y el público no oirá hablar más de ella.

Desearíamos que se nos comprendiera claramente antes de que se nos censure y critique por las observaciones anteriores.

La vasta instrucción del célebre Profesor de Oxford difícilmente puede ser puesta en tela de juicio ni aun por sus mismos enemigos; sin embargo, tenemos el derecho de deplorar su precipitación en condenar aquello que él mismo confiesa «que se halla por completo más allá de nuestro horizonte intelectual». Hasta en lo que él considera un error ridículo por parte del autor de los *Brahmanas*, otras personas más espiritualmente desarrolladas pueden ver todo lo contrario. «¿Quién es el más grande de los dioses? ¿Quién será el primero ensalzado por nuestros cantos?», dice un antiguo Rishi del *Rig Veda*; equivocando (como el Prof. M. imagina) el pronombre interrogativo «Quién» por algún nombre divino. Dice el Profesor: «Un lugar es concedido en las invocaciones propiciatorias á un Dios 'Quién', y los himnos al mismo dirigidos son llamados 'himnos de Quién'. Y es acaso un dios «Quién» un término menos natural que un dios «Yo soy»? ó «himno de Quién», menos reverente que «salmos de Yo soy»? Y quién es capaz de probar que esto sea un error y no una expresión premeditada? Y es tan imposible el creer que el extraño término fué precisamente debido á un reverente temor que hizo que el poeta vacilara antes de dar un nombre con que denominar aquello que es precisamente considerado como la más elevada abstracción de los ideales metafísicos, Dios? O que el mismo sentimiento fué causa de que el comentador que después de él vino se detuviera y abandonase la empresa de antropomorfizar al «Desconocido», al «Quién», á la futura concepción humana? «Estos primitivos poetas pensaban más para sí mismos que para los demás», observa el mismo Max-Muller. «Se preocupaban más de que su lenguaje fuese la expresión fiel de su pensamiento que en complacer la imaginación de sus oyentes» (1). Desgraciadamente, este

(1) «Chips», vol. 1; «Los Vedas».

mismo pensamiento no despierta eco alguno en los méritos de nuestros filólogos.

Más adelante leemos este prudente aviso dirigido á los que estudien los himnos del *Rig Veda*; ó sea, que reúnan, comparen, seleccionen y desechen. «Que estudien los comentarios, los *Sûtras*, los *Brahmanas* é igualmente las obras posteriores, con objeto de agotar todas las fuentes de las cuales puede sacarse alguna información. El erudito *no debe despreciar las tradiciones de los Brahmanas*, ni siquiera en aquellos puntos en que sus errores..... son palpables..... Ni un sólo rincón debe dejarse sin explorar en los *Brahmanas*, *Sûtras Yas-ka* y *Sâyana*, antes de que nos propongamos traducirlos..... . Después que el erudito ha hecho su obra, deben el poeta y el filósofo tomarla y concluirla» (1).

Mala suerte ha de caberle al «filósofo» que siga las huellas de un filólogo ilustrado y pretenda corregir *sus* errores! Nos gustaría ver qué clase de recepción obtendría el más ilustrado de los sabios Indos, de la India, de parte del público educado de Europa y de América, si se propusiera corregir á un sabio, después de haber éste examinado, aceptado, desechado, explicado y declarado lo que fuese bueno, y lo que «absurdo y pueril», de los libros sagrados de sus antepasados. Aquello que finalmente sería declarado «errores Brahmánicos» por el cónclave de sabios Europeos, y especialmente por los Alemanes, tendría tan pocas probabilidades de poseer títulos á la consideración del más erudito pundit de Benares ó de Ceilán, como la interpretación de la Escritura Judía por Maimónides y Filo-Judaeus tiene para los Cristianos, después de que los Concilios de la Iglesia han aceptado las erróneas traducciones y explicaciones de Ireneo y de Eusebio. Por qué un pundit ó un filósofo natural de la India no ha de poder conocer la lengua, la religión ó la filosofía de sus antepasados, tan bien como un Inglés ó un Alemán? O por qué no debe permitirse á un Indo que exponga el Brahmanismo del mismo modo que á un sabio Rabino se le consiente la interpretación del Judaismo ó de las profecías de Isaías? Los traductores más seguros, y mucho más dignos de fé, es más facil hallarlos dentro del mismo país. Sin embargo, todavía alentamos la esperanza de que al fin hallaremos, aunque sea en el futuro incierto, un filósofo Europeo que examinará los sagrados libros de la sabiduría-religión, sin que sea contradicho por ninguno de los de su clase.

Mientras tanto, y sin tener en cuenta á ninguna de las pretendidas autoridades, procuremos examinar por nosotros mismos algunos de los mitos de la antigüedad. Buscaremos una explicación dentro de la interpretación popular, y tentaremos nuestro camino con auxilio de

(1) Max-Müller: Discurso acerca «Los Vedas».

la linterna mágica de Trismegistus, el misterioso número *siete*. Debe haber existido alguna razón para que este número haya sido universalmente aceptado como un cálculo místico. En todos los pueblos antiguos, el Creador ó Demiurgo se suponía que habitaba en el séptimo cielo. «Si tuviera que hablar acerca de la iniciación de nuestros Misterios sagrados—dice el Emperador Juliano, el kabalista—, á los cuales los Caldeos baquinizaron, venerando *al dios de los siete rayos, elevando las almas por medio de Él*, diría cosas desconocidas, y muy desconocidas para el vulgo, pero bien sabidas por los benditos *Theurgistas*» (1). En *Lydus* se dice que «Los Caldeos llaman al Dios IAO, y SABAOth él es con frecuencia llamado, como *El* que está sobre las siete órbitas (cielos ó esferas), el cual es el Demiurgo» (2).

Se debe consultar á los Pytagóricos y á los kabalistas para conocer la potencialidad de este número. Exotéricamente, los siete rayos del espectro solar están concretamente representados por Heptaktis, el dios de los siete rayos. Estos siete rayos, sintetizados en TRES rayos primarios, á saber, el rojo, el azul y el amarillo, constituyen la trinidad solar, y simbolizan respectivamente espíritu-materia y espíritu-esencia. También la ciencia ha reducido últimamente los siete rayos á tres rayos primarios, corroborando así la concepción científica de los antiguos, á lo menos en una de las visibles manifestaciones de la deidad invisible, y dividido á los siete rayos en un cuaternario y en una trinidad.

Los Pytagóricos llamaban al número siete el vehículo de vida, como conteniendo cuerpo y alma. Lo explicaban diciendo que el cuerpo humano se componía de cuatro elementos principales, y que el alma es triple, comprendiendo razón, pasión y deseo. La PALABRA inefable era considerada la *séptima* y más elevada de todas, puesto que existen siete substitutos de menor importancia, perteneciendo cada uno de ellos á uno de los grados de la iniciación. Los Judíos copiaron su Sábado de los antiguos, los cuales le llamaban el día de Saturno, considerándolo como nefasto, y no estos últimos de los Israelitas, que entonces eran ya Cristianos. El pueblo de la India, Arabia, Siria y de Egipto observaba semanas de siete días; y los Romanos aprendieron el método hebdomadario de estos países extranjeros después que aquéllos quedaron sujetos al Imperio. A pesar de todo, hasta el siglo cuarto no fueron abandonados las kalendas, nonas é idus Romanos, y las semanas sustituidas en su lugar; y los nombres astronómicos de los días, tales como *dies Solis* (día del Sol), *dies Lunæ* (día de la Luna), *dies Martis* (día de Marte), *dies Mercurii* (día de Mercurio), *dies Jovis* (día de Júpiter), *dies Veneris* (día de

(1) Juliano: «In Matrem», p. 173; Juliano: «Oratio», v 172.

(2) Lyd: «De Mensibus», iv, 38-74; «Movers», p. 550; Dunlap: «Saba», p. 3.



Venus) y *dies Saturni* (día de Saturno), prueban que no fué de los Hebreos de quienes se adoptó la semana de siete días. Antes de que examinemos este número kabalísticamente, nos proponemos analizarlo desde el punto de vista del Sábado Judaico-Cristiano.

Cuando Moisés substituyó el *yom shaba*, ó *Shebang* (Sábado), la alegoría del Señor Dios descansando de su obra de creación en el séptimo día era solo un *pretexto*, ó, como dice el *Sohar*, un velo para ocultar la verdadera significación.

Los Judíos contaban entonces, como cuentan ahora, sus días por números, como día *primero*; día *segundo*; y así sucesivamente; *yom ahad*; *yom sheni*; *yom shelisho*; *yom rebis*; *yom shamishi*; *yom shishehi*; *yom SHABA*.

«El *siete* Hebreo, שבע, que consta de tres letras, S. B. O., tiene más de una significación. En primer lugar significa *época* ó *ciclo*, *Shab-ang*; Sábado, שבת, puede ser traducido por *época antigua*, lo mismo que por *descanso*; en el antiguo Copto, *Sabe* significa *sabiduría*, conocimiento. Los arqueólogos modernos han hallado que en Hebreo *Sab* שב significa también *cabeza gris*, y que por lo tanto el *Shaba* era aquel en que los «hombres de cabeza gris», ó los ancianos de una tribu, acostumbraban á reunirse para celebrar juntas ó sacrificios» (1).

Así es que la semana de seis días y el séptimo, el *Shaba*, ó período *Sapta*-día, es de la más remota antigüedad. La observancia de las fiestas lunares en la India demuestra que también aquella nación tenía reuniones hebdomadarias. Como cada nuevo cuarto de luna produce cambios en la atmósfera, de aquí que se produzcan también ciertos cambios, al través de todo nuestro universo, de los cuales los metereológicos son los más insignificantes. En este *séptimo* día, el más poderoso de los días prismáticos, los adeptos de la «Ciencia Secreta» se reúnen como se reunían millares de años hace para convertirse en los agentes de los ocultos poderes de la naturaleza (emanaciones del Dios que obra) y comunicar con los mundos invisibles. En esta observancia del séptimo día por los antiguos sabios—no porque la considerasen como el de reposo de la deidad, sino porque habían comprendido su oculto poder—se funda la veneración profunda de todos los filósofos paganos por el número *siete*, al cual llaman el «venerable», el número sagrado. La *Tetraktis* Pythagórica venerada por los Platónicos era el *cuadrado*, colocado debajo del *triángulo*; este último, ó sea la Trinidad conteniendo á la Invisible *Mónada*—la unidad—era considerado demasiado sagrado para ser pronunciado, excepto en el interior de los muros de un Santuario.

La ascética observancia del Sábado Cristiano por los Protestan-

(1) «Westminster Review»: Instituciones Septenarias; «Apedrearle hasta la Muerte».

tes es pura tiranía religiosa, y tememos que cause más daño que bien. En realidad data únicamente de la disposición (1678) del año 29 del reinado de Carlos II, la cual prohibía á los «comerciantes, artífices, trabajadores, labradores ó á cualquier otra persona» el «dedicarse ó llevar á efecto cualquier trabajo mundano, etc., etc., durante el día del Señor». Los Puritanos llevaron esta disposición al extremo, evidentemente para demostrar su odio al Catolicismo, tanto Romano como Episcopal. Es evidente que no entró jamás en las miras de Jesús el que semejante día fuese distinto de los demás, y lo prueba no solo por medio de sus palabras, si que también con sus obras. Los primitivos Cristianos no lo observaban.

Cuando Tryphón el Judío reprochaba á los Cristianos *por qué no tentan un Sábado*, ¿qué es lo que el mártir le contesta? «La nueva ley os hará guardar un Sábado perpetuo. Vosotros, cuando *habéis pasado un día en la ociosidad, pensáis que sois religiosos*. El Señor no se complace con semejantes cosas. Si uno es culpable de *perjurio ó de fraude*, que se corrija; *si es adúltero*, que se arrepienta; y entonces *habrá observado la clase de Sábado verdaderamente agradable á Dios...* Los elementos jamás están ociosos, y no observan Sábado alguno. Antes de Moisés no existía necesidad alguna de observar los Sábados, ni tampoco la hay de observarlos después de Jesucristo».

La Heptaktis no es la Causa Suprema, sino simplemente una emanación de *Ella*, la primera manifestación visible del Poder No-Revelado. «Su Divino *Soplo*, que brota impetuosamente y se condensa, brilla esplendorosamente hasta que se convierte en Luz, y se hace de esta suerte asequible al sentido externo», dice John Reuchlin (1). Esta es la emanación del Altísimo, el Demiurgo, la multiplicidad en la *unidad*, los *Elohim*, á quienes vemos *creando* nuestro mundo, ó más bien formándolo en seis días, y descansando en el *séptimo*. ¿Y quiénes son estos *Elohim* sino los euhemerizados poderes de la naturaleza, los fieles servidores manifestados, las leyes de Aquel que es, Él mismo, ley inmutable y armonía?

Estos Elohim residen en el séptimo cielo (ó mundo espiritual), puesto que son ellos quienes, según los kabalistas, formaron sucesivamente los seis mundos materiales, ó más bien, tentativas de mundos que precedieron al nuestro, el cual es el *séptimo*, según ellos dicen. Si, dejando á un lado la concepción metafísico-espiritual, fijamos únicamente nuestra atención en el problema religioso-científico de la creación en «seis días», acerca de la que tan en vano y por tan largo tiempo han especulado nuestros mejores sabios bíblicos, podremos quizás colocarnos en camino de hallar la verdadera idea que se halla oculta en esta alegoría. Los antiguos eran filósofos consu-

(1) «Di Verbo Mirifico».

mados en todas las cosas, de aquí el que enseñasen que cada uno de estos mundos desaparecidos, habiendo verificado su evolución física, y alcanzado—pasando por el nacimiento, desarrollo, madurez, decrepitud y muerte—el final de su ciclo, habían vuelto á su primitiva y subjetiva forma de tierra *espiritual*. De allí en adelante, tenían que servir durante toda una eternidad de residencia para todos cuantos en ellos habían vivido como hombres, y hasta como animales, pero que ahora eran espíritus. Esta idea, aunque fuese tan difícil de demostrar exactamente como la de nuestros teólogos referente al Paraíso, es, por lo menos, un poco más filosófica.

Lo mismo que el hombre, y que todas las demás cosas vivientes que sobre el mismo existen, nuestro planeta ha tenido su evolución espiritual y física. De un *pensamiento* ideal, impalpable, bajo la voluntad creadora de Aquel acerca del cual nada sabemos, y que solo confusamente podemos concebir en imaginación, este globo se hizo fluido y *semi-espiritual*, condensóse después más y más, hasta que su desenvolvimiento físico—materia, el demonio tentador—le impulsó á ensayar su propia facultad creadora. La *Materia* desafió al ESPÍRITU y la tierra tuvo también su Caída. La maldición alegórica á la cual está sujeta consiste en que únicamente *procrea*, pero no *crea*. Nuestro planeta físico es solo el ayuda, ó más bien el sirviente para todos los trabajos del espíritu, su dueño. «Maldita sea la tierra... espinos y abrojos producirá», se hace decir á los *Elohim*. «Parirás hijos con dolor». Esto dicen los *Elohim* á la tierra y á la mujer. Y esta maldición durará hasta que la partícula más diminuta de materia de la tierra habrá recorrido su ciclo de vida; hasta que cada grano de polvo se habrá, por medio de una transformación gradual al través de la evolución, convertido en una parte constituyente de una «alma viviente»; y hasta que esta última habrá reascendido el arco cíclico, y finalmente será su propia *Metatrón* ó Espíritu Redentor al pié de la grada más elevada de los mundos espirituales, como al principio de su emanación. Más allá de esto se oculta el gran «Abismo». Un MISTERIO!

Debe tenerse presente que toda cosmogonía consta de una trinidad de artífices con su Padre ó espíritu en primer término; luego la Madre, la naturaleza ó materia; y el Universo manifestado, el Hijo de ambos. El Universo, así como todos los planetas que contiene, pasa también por cuatro *edades*, como el hombre. Todos tienen su infancia, juventud, virilidad y vejez, y estas cuatro, añadidas á las otras tres, constituyen una vez más el sagrado siete.

Los capítulos preliminares del *Génesis* no fueron destinados para presentar ni la más remota alegoría de la religión de *nuestra* tierra. Estos comprenden (capítulo I) una concepción metafísica de un período indefinido en la eternidad, cuando la ley de evolución verifica-

ba tentativas sucesivas para la formación de universos. Esta idea está claramente expuesta en el *Sohar*: «Han existido antiguos mundos que perecieron tan pronto como brotaron á la existencia; eran sin forma, se les llamaba *chispas*. Del mismo modo el herrero, al machacar el hierro, produce chispas que se esparcen en todas direcciones. Las chispas son los mundos primordiales que no pudieron persistir, porque el *Sagrado Anciano* (Sephira) no había asumido todavía su forma (de andrógino ó de sexos opuestos) de rey y reina (Sephira y Kadmon) y el Maestro no se había dedicado todavía á desarrollar su obra»(1).

Los seis periodos ó «días» del *Génesis* se refieren á la misma creencia metafísica. Cinco de tales ineficaces tentativas fueron llevadas á cabo por los *Elohim*, pero de la sexta resultaron mundos como el nuestro (esto es, todos los planetas y la mayor parte de las estrellas, que son mundos, que están habitados, si bien no á la manera que lo está nuestra tierra). Habiendo por fin formado este mundo en el periodo sexto, los *Elohim* descansaron el *séptimo*. Así es que el «Santo», cuando hubo creado este mundo, dijo: «Este me gusta, los anteriores no me gustaban» (2), y los *Elohim* «contemplaron todas las cosas que él había hecho, y vieron que eran muy buenas. Y la mañana y la tarde eran el sexto día».—*Génesis* I.

Recordará el lector que en el capítulo IV se dió una explicación del «día» y «noche» de Brahmá. El primero representa un cierto periodo de actividad cósmica, y el segundo otro periodo igual de reposo cósmico. En el primero son desarrollados los mundos pasando al través de sus cuatro épocas señaladas de existencia; en el segundo la «inspiración» de Brahmá invierte la tendencia de las fuerzas naturales; todas las cosas visibles se disgregan gradualmente; llega el caos, y una larga noche de reposo da nuevo vigor al cosmos para su próximo periodo de evolución. Durante la mañana de uno de estos «días», los procesos de formación van alcanzando gradualmente su máximo de actividad; por la tarde ésta disminuye imperceptiblemente, hasta que llega el *pralaya* y con él la *noche*. Una tal mañana y tarde constituyen en efecto un día cósmico; y un «día de Brahmá» era lo que el kabalístico autor del *Génesis* quería dar á entender siempre que decía: «Y la mañana y la tarde fueron el primer (ó quin-

(1) Idra-Suta: «Sohar», libro III, p. 292 b. El Supremo consultando con el Arquitecto del mundo—su Logos—acerca de la creación.

(2) Idra-Suta: «Sohar», III, 135 b. Si los capítulos del *Génesis* y de otros libros Mosáicos, lo mismo que las materias de que tratan, son confusos, la culpa es del compilador, no de la tradición oral. Hilkiah y Josiah tenían que conferenciar con Hulda la profetisa, y por lo tanto recurrir á la magia para comprender la palabra del «Señor Dios de Israel», muy oportunamente hallada por Hilkiah (2 Reyes, XXIII); y que ha pasado todavía más tarde por más de una revisión y reforma lo prueban sus frecuentes incongruidades, repeticiones y contradicciones.

to ó sexto ó cualquier otro) *día*». Seis días de gradual evolución, uno de descanso y luego ¡el fin! Desde la primera aparición del hombre en *nuestra* tierra, ha habido un eterno Sábado ó periodo de reposo para el Demiurgo.

Las especulaciones cosmogónicas de los seis primeros capítulos del *Génesis* están de manifiesto en las razas de los «hijos de Dios», de los «Gigantes», etc., del capítulo VI. Propiamente hablando, la historia de la formación de nuestra tierra, ó «creación», como impropiamente se la llama, empieza con la salvación de Noé del diluvio. Las tablillas Caldeo-Babilónicas recientemente traducidas por George Smith no dejan duda alguna de esto en el ánimo de aquellos que leen las inscripciones esotéricamente. Ishtar, la gran diosa, habla, en la columna III, de la destrucción del *sexto* mundo y de la aparición del *séptimo* de este modo:

«SEIS *días* y *noches* el viento, diluvio y tempestad dominaron.

»En el curso del *séptimo* día calmóse la tormenta, y el diluvio, que todo lo había destruido á manera de terremoto (1), se tranquilizó. Él hizo que el mar se secase y el viento y el diluvio terminaron.....

»Yo percibía la costa al límite del mar.....

»al país de Nizir fué el buque (argha ó la luna);

»la montaña de Nizir detuvo al buque.....

»el *primer* día y el *segundo* día, la montaña de Nizir lo mismo;

»al *quinto* y *sexto*, la montaña de Nizir lo mismo;

»durante el transcurso del *séptimo* día,

»Yo solté una paloma, la cual partió. La paloma se fué y volvió y ..... el cuervo se fué..... y no volvió.

»Yo construí un altar en la cima de la montaña;

»*siete* hierbas corté, en el centro de las cuales coloqué cañas, pinos y.....

»los dioses, á manera de moscas, sobre del sacrificio afluyeron,

»desde antiguo *también* el *gran Dios* en su carrera,

»el *gran resplandor* (el sol) de Anu había creado (2)...

»En cuanto á la gloria de estos dioses, el amuleto que rodea mi cuello no lo resistiría», etc., etc.

Todo esto posee una relación puramente astronómica, mágica y

(1) Esta comparación del diluvio á un terremoto en las tablillas Asirias conduciría á probar que las naciones antediluvianas estaban muy familiarizadas con otros cataclismos geológicos además del diluvio, el cual es representado en la Biblia como la *primera* calamidad que cayó sobre la humanidad, y como un castigo.

(2) George Smith nota, en las tablillas, primero la creación de la luna, y después la del sol: «Su belleza y perfección son ensalzadas, y la regularidad de su órbita conduce á que se le considere como el tipo de un juez y regulador del mundo». Si esta historia del diluvio se refiriese únicamente á un cataclismo cosmogónico—aunque fuera universal—, por qué tendría que hablar la diosa Ishtar á Astoreth (la luna) de *la creación del sol* des-

esotérica. El que lea estas tablillas reconocerá al primer golpe de vista la narración bíblica; y juzgará, al mismo tiempo, lo muy desfigurado que está el gran poema Babilónico de euheméricos personajes, degradados desde sus exaltadas posiciones de dioses á la de simples patriarcas. Nos falta espacio para entrar de lleno en esta bíblica parodia de las alegorías Caldeas. Por lo que solo recordaremos al lector que, según confesión de testigos bien poco predispuestos á nuestro favor—tales como Lenormant, primero el inventor y después el campeón de los Akkadios,—la tríada Caldeo-Babilónica, colocada bajo Ilon, la deidad *no revelada*, se compone de Anu, Nuah y Bel. Anu es el Caos primordial, el dios tiempo y mundo á la vez, *χρὸνος* y *κόσμος*, la materia increada procedente del principio uno y fundamental de todas las cosas. En cuanto á Nuah, es, según el mismo Orientalista: «... la inteligencia, de buen grado diríamos el *verbum*, que anima y fecundiza la materia, que penetra al Universo, lo dirige y hace vivir; y al mismo tiempo, Nuah es el rey del *principio liquido*; el *Espiritu moviéndose sobre las aguas*».

No es esto evidente? Nuah es Noé *flotando sobre las aguas* en su arca; siendo esta última el enblema del argha ó luna, el principio femenino; Noé es el «espíritu» cayendo en la materia. Le encontramos, tan pronto como descende sobre la tierra, plantando una viña, bebiendo el vino y embriagándose con él; lo cual equivale á decir que el puro espíritu se intoxica tan pronto como queda finalmente aprisionado en la materia. El capítulo séptimo del *Génesis* es solo otra versión del primero. Así es que mientras en éste se lee: «....y las tinieblas se extendían sobre la faz del abismo. Y el espíritu (de Dios) se movía sobre la superficie de las aguas», en el capítulo séptimo se dice: «....y las aguas prevalecieron.... y el arca se hallaba (con Noé, el espíritu) sobre la superficie de las aguas». Así Noé, si es el Nuah Caldeo, es el espíritu vivificando á la *materia*, el caos representado por el abismo ó aguas del diluvio. En la leyenda Babilónica, Istar (Astoret, la luna) es quien se halla encerrada en el arca, y envía una paloma (emblema de Venus y de otras diosas lunares) en busca de tierra firme. Y mientras que en las tablillas Semíticas Xisuthrus ó Hasisadra es quien por su piedad es conducido á la presencia de los dioses, en la *Biblia* es Enoch quien pasea con ellos, y, arrebatado por Dios, «no se le volvió á ver más».

pués del diluvio? Podían las aguas haber llegado á una tan grande altura como la de la montaña de *Nizir* (versión Caldea) ó Jebel-Djudi (las montañas del diluvio de las leyendas Arabes), ó también el Ararat de la narración bíblica, y hasta el Himalaya de la tradición Inda, y á pesar de todo, no haber llegado al sol; hasta la Biblia misma se ha abstenido de un tal milagro. Es evidente que el diluvio del pueblo que primero lo ha registrado tiene otro significado, menos problemático y mucho más filosófico que el de un diluvio *universal*, del cual no existen huellas geológicas en parte alguna.

La sucesiva existencia de un número incalculable de mundos, antes de la subsiguiente evolución del nuestro, era creída y enseñada por todos los pueblos antiguos. El castigo de los Cristianos por haber despojado á los Indos de sus anales empezó desde los primeros siglos, puesto que les fué negada la verdadera clave para los mismos.

Así es que vemos á los Santos Padres de la Iglesia trabajar en el imposible de establecer una cronología basándola en los absurdos de la interpretación literal, mientras que los sabios Rabinos conocían perfectamente la verdadera significación de sus alegorías. Así es que no solo en el *Sohar*, si que también en otras obras kabalísticas aceptadas por los Talmudistas, tales como *Midrash Berasheth*, ó *Génesis universal*, los cuales, junto con la *Mercaba* (el carro de Ezekiel), constituyen la *Kábala*, puede encontrarse la doctrina de toda una serie de mundos saliendo del caos y siendo destruidos sucesivamente.

Las doctrinas Indas hablan de dos *Pralayas* ó disoluciones: una universal, Maha-Pralaya, y la otra parcial, ó Pralaya menor. Esta no se refiere á la disolución universal que tiene lugar al fin de cada «Día de Brahmâ», sino á los cataclismos geológicos que ocurren á la conclusión de cada ciclo menor de nuestro globo. Este diluvio histórico y puramente local del Asia Central, cuyas tradiciones pueden encontrarse en todos los países, y que según Bunsen tuvo lugar cerca de 10.000 años antes de Cristo, nada tiene que ver con el místico Noé ó Nuah. Estas doctrinas dicen que á la conclusión de cada «edad» del mundo tiene lugar un cataclismo parcial, el cual no destruye á éste, sino que cambia únicamente su aspecto general. Nuevas razas de hombres, de animales, y una nueva flora se desenvuelven de la destrucción de las precedentes.

Las alegorías de la «calda del hombre» y la del «diluvio» son los dos rasgos más importantes del *Pentateuco*. Son, por decirlo así, el Alpha y la Omega, las claves superior é inferior de la escala de armonía en la cual resuenan los himnos majestuosos de la creación del género humano; puesto que ellas descubren, á aquel que pregunta al *Zura* (*Gematría* figurativa), el proceso de la evolución del hombre desde la entidad espiritual más elevada hasta la física más inferior, el hombre post-diluviano. Así como, en los jeroglíficos Egipcios, todos los signos de la escritura que no pueden ser adaptados á ciertas figuras geométricas circunscritas deben ser desechados teniendo en cuenta que el sagrado hierogramático los consideraba únicamente como un medio de ocultación premeditado, del mismo modo muchos de los detalles de la *Biblia* deben ser tratados fundándose en el mismo principio, siendo únicamente aceptada aquella porción que responde á los métodos numéricos enseñados en la *Kábala*.

El diluvio aparece en los libros Indos únicamente como una tradición. No pretende tener ningún carácter sagrado, y solo le encontramos en el *Mahábhárata*, en los *Puranas*, y hasta primitivamente en el *Satapatha*, uno de los posteriores *Brahmanas*. Es más que probable que Moisés, ó quien quiera que sea el que en su lugar escribió, empleó estos relatos como base de su alegoría, de propósito desfigurada, añadiendo además á la misma la narración Caldea de Berosio. En el *Mahábhárata* reconocemos á Nimrod bajo el nombre del *Rey Daytha*. El origen de la fábula Griega de los Titanes escalando el Olimpo y la otra de los constructores de la Torre de Babel que pretenden llegar al cielo, se ve demostrado en el impío *Daytha*, que lanza imprecaciones contra el trueno del cielo, y amenaza conquistarlo con sus poderosos guerreros, dando con ello motivo á que caiga sobre la humanidad la cólera de Brahmá. «El Señor resolvió entonces», dice el texto, «infligir á sus criaturas un terrible castigo que sirviese de ejemplo á los que sobreviviesen y á sus descendientes».

*Vaivasvata* (que en la *Biblia* se convierte en *Noé*) salva á un pequeño pez que se convierte en un *Avatar* de *Vishnú*. El pez advierte á aquel hombre justo que el globo está á punto de ser sumergido, que todo cuanto en él habita debe perecer, y le ordena construir una embarcación en la cual se embarcará con toda su familia. Cuando el buque está dispuesto, y *Vaivasvata* se ha encerrado en él con su familia y *las semillas de las plantas junto con una pareja de cada especie de animales*, y la lluvia empieza á caer, un gigantesco pez, armado de un cuerno, se coloca á la cabeza del arca. El santo varón, siguiendo sus órdenes, ata un cable á este cuerno, y el pez guía felizmente á la embarcación por entre los desencadenados elementos. En la tradición Inda, el número de días que duró el diluvio *concuerdá exactamente con el de la relación Mosaica*. En cuanto los elementos se hubieron calmado, el pez hizo que el arca tomase tierra en la cumbre de los Himalayas.

Muchos comentadores ortodoxos opinan que esta fábula ha sido copiada de las *Escrituras Mosaicas* (1). Pero seguramente, si semejante cataclismo *universal* hubiese tenido lugar en un período que el hombre pudiese recordar, algunos de los monumentos Egipcios, de los cuales muchos se remontan á la más remota antigüedad, recorda-

(1) La «letra muerta que mata», está expuesta de una manera magistral en el caso del Jesuita de Carriere, citado en la «Bible dans l'Inde». La siguiente disertación representa el espíritu de todo el mundo Católico. «Así es que la creación del mundo y todo lo que en el *Génesis* se dice, pudo llegar á conocimiento de Moisés, por medio de *narraciones que le fueron hechas personalmente por sus padres*. Quizás, hasta los recuerdos existían todavía entre los Israelitas, y valiéndose de estos recuerdos, pudo él registrar las fechas de los nacimientos y muertes de los patriarcas, el número de sus hijos, y los nombres de los diferentes países en los cuales cada uno de ellos se estableció, guiados por *el espíritu santo, al cual debemos siempre considerar como al principal autor de los sagrados libros*».



rían aquel suceso junto con el de la desgracia de Cam, Canaan y Mizraim, sus pretendidos predecesores. Pero, hasta la fecha, todavía no se ha encontrado la más remota alusión á semejante calamidad, aunque Mizraim pertenezca ciertamente á la primera generación después del diluvio, si es que no era realmente un antediluviano. Por otra parte, los Caldeos conservaron la tradición, como vemos que Berosio lo afirma, y los antiguos Indos poseen esta leyenda tal como la hemos citado anteriormente. Ahora bien, solo existe una explicación para el extraño hecho de que dos naciones contemporáneas y civilizadas tales como el Egipto y la Caldea, la una no haya conservado tradición alguna del diluvio, aunque fué la más directamente interesada en el suceso—si hemos de dar crédito á la *Biblia*—y la otra sí. El diluvio de que se habla en la *Biblia*, así como en uno de los *Brahmanas* y en los *Fragmentos* de Berosio, se refiere á la inundación parcial que, según Bunsen y las computaciones Brahmánicas del Zodíaco, tuvo lugar hace cerca de 10.000 años antes de Cristo y que cambió toda la faz del Asia Central (1). Así es que los Babilonios y los Caldeos pudieron tener noticias acerca del mismo, por sus misteriosos huéspedes bautizados con el nombre de Akkadios por algunos Asyriólogos, ó, lo que todavía es más probable, que ellos mismos eran quizás los descendientes de los que habitaron las comarcas sumergidas. Los Judíos recibieron la narración, así como todo lo demás, de estos últimos; los Brahmanes pueden haber registrado las tradiciones de los países que primero invadieron, y que habitaron quizás antes de haberse apoderado del Punjab. Pero los Egipcios, cuyos primeros colonizadores procedieron evidentemente de la India Meridional, tenían menos motivos para recordar el Cataclismo, desde el momento en que no les afectó más que indirectamente, limitada como estuvo la inundación al Asia Central.

Burnouf hace observar que la historia del diluvio solo se encuentra en uno de los más modernos *Brahmanas*, por cuyo motivo opina también que pueden los Indos haberla copiado de las naciones Semíticas. Contra semejante suposición se oponen de consuno todas las tradiciones y costumbres de los Indos. Los Arios, y especialmente los *Brahmanes*, jamás copiaron absolutamente nada de los Semitas, y aquí vemos que confirma nuestra opinión aun de aquellos «testigos mal predispuestos», como Higgins llama á los partidarios de Jehovah y de la *Biblia*. «Jamás he visto nada en la historia de los Egipcios y Judíos», escribe el Abbé Dubois, que residió cuarenta años en la India, «que me indujese á creer que ninguna de estas naciones ó cualquiera otra de las que sobre la faz de la tierra existen sea más antigua que los Indos, y particularmente que los Brahmanes: así es

(1) Véase el cap. xv y último de la Primera Parte.

que no puedo inclinarme á creer que estos últimos hayan copiado sus ritos de naciones extranjeras. Al contrario, infiero que las han tomado de una fuente original exclusivamente suya. Cualquiera que conozca algo acerca del espíritu y carácter de los Brahmanes, su altivez, su orgullo y extremada vanidad, su esquividad y soberano desprecio por todo cuanto es extranjero, y de lo cual no pueden vanagloriarse de haber sido los inventores, convendrá conmigo en que un pueblo semejante no puede haber querido copiar las costumbres y modos de ser de un país extranjero»(1).

Esta fábula que menciona el avatar más primitivo —el Matsya— se refiere á otro yuga distinto del nuestro, al de la aparición primera de la vida animal; ¿quién sabe si acaso á la época Devoniana de nuestros geólogos? Ciertamente corresponde mejor á esta última que al año 2348 antes de Cristo. Aparte de esto, la misma ausencia de toda mención del diluvio en los más antiguos libros de los Indos proporciona un moderno argumento, cuando, como en el caso presente, no tenemos á mano, para orientarnos, más que suposiciones. «Los *Vedas y Manú*», dice Jacolliot, «estos monumentos del antiguo pensamiento asiático, existían mucho antes del período diluviano; *este es un hecho incontrovertible que tiene todo el valor de una verdad histórica*, puesto que, además de la tradición que presenta al mismo Vishnú como salvando á los *Vedas* del diluvio—tradición que, no obstante su forma legendaria, debe ciertamente apoyarse en un hecho real—se ha observado que ninguno de estos libros sagrados menciona el cataclismo, mientras que los *Puranas*, el *Mahábhárata*, y un gran número de otras obras más recientes lo describen con detalles minuciosos, lo cual es una prueba de la prioridad de los primeros. Los *Vedas* no habrían ciertamente dejado de dedicar algunos himnos al terrible desastre que, más que otro cualquier fenómeno natural, debió haber impresionado la imaginación del pueblo que lo presenció».

«Ni Manú, que nos da una descripción detallada de la creación con una cronología de las épocas divinas y heroicas hasta la aparición del hombre sobre la tierra, habría pasado en silencio un suceso de tanta importancia». *Manú* (libro I, sloka 35) cita los nombres de diez santos eminentes á quienes llama pradjápatís (más correctamente *prajápatís*), en los cuales los teólogos Brahmanes ven profetas antecesores de la raza humana, y á los que los Pundits consideraban simplemente como diez poderosos reyes que vivieron durante el krita-yuga, ó sea la edad feliz (la edad de oro de los Griegos).

El último de estos prajápatís es Brighou.

«Enumerando la sucesión de estos seres eminentes, que según

(1) «Descripción del país de la India», por el Abbé J. A. Dubois, misionero en Mysore, vol. 1, p. 186.

Manú han gobernado al mundo, el antiguo legislador Brahmánico nombra como descendiendo de Brighou á Swârotchica, Ottami, Tamasa, Raivata, el glorioso Tchâkchoucha y el hijo de Vivasvat, habiéndose hecho todos ellos dignos del título de Manú (legislador divino), título que había pertenecido igualmente á los Prajâpatis y á todos los grandes personajes de la India primitiva. La genealogía se detiene en este nombre.

»Ahora bien, según los *Pûranas* y el *Mahâbhârata*, bajo el gobierno de un descendiente de este hijo de Vivasvata llamado Vaivaswata, fué cuando tuvo lugar el gran cataclismo cuyo recuerdo, como se verá, ha pasado á la tradición y llevado por la emigración á todos los países del Oriente y Occidente que la India ha colonizado desde entonces.....

»En la genealogía dada por Manú, que, como hemos visto, se detiene en Vivasvata, se desprende que cuando se compuso esta obra (de Manú) nada se sabía aún acerca de Vivasvata ni del diluvio» (1).

El argumento es irrefutable y lo recomendamos á aquellos sabios oficiales, que, para complacer al clero, combaten todos los hechos que demuestran la antigüedad tremenda de los *Vedas* y de *Manú*. El Coronel Vans Kennedy ha declarado desde hace mucho tiempo que Babilonia fué desde su origen el asiento de la literatura *Sânscrita* y del saber Brahmánico. ¿Y cómo, ó por qué medio hubieran los Brahmanes penetrado allí á no haber sido como una consecuencia de las guerras intestinas y de la emigración desde la India? La más completa relación del diluvio se encuentra en el *Mahâbhârata* de Veda-vyasa, poema dedicado en honor de las alegorías astrológicas acerca de las guerras entre las razas Solar y Lunar. Una de las versiones sienta que Vivasvata se convirtió en el padre de todas las naciones de la tierra por medio de su propia progenie, y esta es la forma adoptada por la relación Noética; la otra se refiere que—á manera de Deukalión y Pyrrha—solo tuvo que arrojar guijarros en el ilus abandonado por las aguas del diluvio para producir hombres á voluntad. De estas dos versiones—la una Hebrea y la otra Griega,—no sabemos á cuál atenernos. Debemos creer, ó bien que los Indos copiaron de los Griegos Paganos, así como de los monoteísticos Judíos, ó—lo que es mucho más probable—que las dos versiones de ambas naciones se han derivado de la literatura Védica por el intermediario de los Babilonios.

La historia nos habla de la corriente de emigración de los Indos y posteriormente de que se esparcieron por el Occidente, y acerca de los pueblos de origen Indo que pasaron desde el Asia Menor á

(1) «Fetichisme, Polytheisme, Monotheisme», pp. 170-171.

colonizar la Grecia. Pero la historia no dice una sola palabra acerca del «pueblo escogido», ni de colonias griegas que hubiesen penetrado en la India antes de los siglos 5.º y 4.º antes de Jesucristo, cuando nos encontramos por vez primera con vagas tradiciones que hacen tomar desde Babilonia el camino hacia la India á algunas de las problemáticas tribus *perdidas* de Israel. Pero aunque la historia de las diez tribus fuese digna de fe y se probase que estas mismas tribus han existido así en la historia profana como en la sagrada, esto en nada puede ayudar á resolver la cuestión. Colebrooke, Wilson y otros eminentes Indianistas presentan al *Mahābhārata*, si no al *Satapatha*-brahmana, en el cual también la historia está citada como muy anterior á la época de Cyro, y por lo tanto, al tiempo en que probablemente aparecieron en la India algunas de las tribus de Israel. (1).

Los Orientalistas conceden al *Mahābhārata* una antigüedad que oscila entre mil doscientos y mil quinientos años antes de Jesucristo; en cuanto á la versión Griega, los datos que presenta son tan poco evidentes como los de la otra, y las tentativas de los Helenistas en esta dirección han fracasado por completo. La historia del ejército conquistador de Alejandro penetrando en la India del Norte, se hace cada día más dudosa. Ni un solo anal Indo, ni el más ligero recuerdo histórico al través de toda la India, ofrece la más leve huella de semejante invasión.

Si hasta *hechos históricos* semejantes se encuentra ahora que son ficciones, ¿qué es lo que hemos de pensar acerca de narraciones que llevan en su misma faz el sello de la invención? No podemos en conciencia simpatizar con el profesor Müller cuando observa que «le parece una blasfemia el considerar á las fábulas del mundo pagano como fragmentos corrompidos y erróneamente interpretados de la *divina* Revelación en otro tiempo concedida á toda la raza humana». No se puede considerar á este sabio como perfectamente imparcial y justo para ambas partes, á menos de que incluya en el número de estas fábulas á las de la *Biblia*. ¿Y es acaso el lenguaje del *Antiguo Testamento* más puro ó moral que el de los libros de los Brahmanes? ¿O cualquiera de las fábulas del mundo pagano más blasfemas y ridículas que la conferencia de Jehovah con Moisés? (*Exodo xxxiii 23*). ¿Aparece ninguno de los dioses Paganos más malévolo que el mismo Jehovah en una porción de pasajes? Si los sentimientos de un Cristia-

(1) En contra de esta última suposición deducida solamente de los relatos de la Biblia, tenemos todos los hechos históricos. 1.º No existen pruebas de que estas doce tribus hayan jamás existido; excepto la de Levi, que era una casta sacerdotal, siendo todas las demás imaginarias. 2.º Herodoto, el más fidedigno de los historiadores, que estaba en Asiria cuando Ezra floreció, jamás menciona á los Israelitas. Herodoto nació en 484 antes de Cristo.

no piadoso se ofenden ante los absurdos del Padre Kronos comiéndose á sus hijos y mutilando á Urano, ó de Júpiter precipitando á Vulcano de los cielos y rompiéndole la pierna, no puede en cambio sentirse disgustado si un *no-Cristiano* se ríe ante la idea de Jacob andando á puñetazo limpio con el Creador, el cual, «cuando vió que *no podía prevalecer* contra él», le dislocó á Jacob el muslo, á pesar de lo cual el patriarca se mantuvo firme contra Dios y no Le permitió seguir Su camino á pesar de Su defensa.

¿Por qué la historia de Deukalión y de Pyrrha, arrojando piedras tras de sí y creando de este modo á la humana raza, debe ser considerada como más ridícula que la de la mujer de Lot convertida en estatua de sal, ó que la del Todopoderoso creando á los hombres *de arcilla* é infundiéndoles después el soplo de vida? La diferencia entre este último modo de crear, y la del dios Egipcio con cuernos de carnero fabricando al hombre sobre una rueda de alfarero, es difícilmente perceptible. La historia de Minerva, la diosa de la sabiduría, venida á la existencia después de un cierto periodo de gestación en el cerebro de su padre, es por lo menos sugestiva y poética como alegoría. Ningún antiguo Griego fue jamás quemado por no aceptarla literalmente; y de todos modos, las fábulas «paganas» son en general mucho menos denigrantes y blasfemas que las impuestas sobre los Cristianos desde que la Iglesia aceptó el *Antiguo Testamento* y que la Iglesia Católica Romana abrió su catálogo de santos taumaturgos.

«Muchos de los naturales de la India», continúa el profesor Müller, «confiesan que su espíritu se revela contra las impurezas atribuidas á los dioses por lo que ellos llaman sus sagradas escrituras; sin embargo, existen honrados Brahmanes que sostendrán que *estas historias tienen un significado más profundo*; que, siendo la moralidad incompatible con un ser divino, debe suponerse que en estas fábulas sancionadas por el tiempo existe *un misterio oculto*, misterio que un espíritu investigador y respetuoso puede esperar descubrir».

Esto es precisamente lo que el clero Cristiano sostiene al intentar explicar las indecencias é incongruencias del *Antiguo Testamento*. Solo que, en lugar de permitir que las interpreten aquellos que poseen la llave de estas aparentes incongruencias, ellos se han apropiado el oficio y el derecho, por procuración *divina*, de interpretarlas según sus miras. No solamente han hecho esto, sino que gradualmente han despojado al clero Hebreo de los medios que poseía para interpretar sus Escrituras como sus padres lo hacían; de modo que es muy raro el encontrar entre los Rabinos del presente siglo á un kabalista bien versado en esta materia. ¡Los mismos Judíos han olvidado la clave! Cómo pueden ellos recobrarla? En dónde están los manuscritos originales? Dícese que el manuscrito Hebreo más antiguo que existe es el *Codex Bodleiano*, cuya antigüedad no pasa de

ocho á nueve siglos (1). El período que media entre Ezra y este *Codex* es, pues, de quince siglos. En 1490 la Inquisición *mandó quemar todas las Biblias Hebreas*, y Torquemada solo destruyó 6000 volúmenes en Salamanca. Excepto unos pocos manuscritos del *Tora Ketubim* y de *Nebiim*, usados en las sinagogas, y que pertenecen á una fecha muy reciente, creemos que no existe un solo manuscrito antiguo que no esté puntuado, y, por consiguiente, completamente mal interpretado y alterado por los Masoréticos. A no ser por la oportuna invención de la *Masora*, no sería posible que en nuestro siglo fuese tolerado ejemplar alguno del *Antiguo Testamento*. Es bien sabido que los Masoréticos, al transcribir los más antiguos manuscritos, se impusieron la tarea de suprimir, excepto en unos pocos lugares que probablemente les pasaron inadvertidos, todas las palabras *inconvenientes* y de intercalar sentencias de su propia cosecha, cambiando con frecuencia por completo el sentido del versículo. «Claro es», dice Donaldson, «que la escuela Masorética en Tiberias estaba empeñada en arreglar ó desarreglar el texto Hebreo, hasta la publicación final de la *Masora*». Por lo tanto, si poseyésemos los textos originales de la Biblia y nouviésemos que juzgar con solo los actuales ejemplares que de la misma poseemos, sería realmente edificante el comparar el *Antiguo Testamento* con los *Vedas* y hasta con los libros Brahmánicos. A la verdad, creemos que ninguna fe, por ciega que fuese, resistiría ante una tal avalancha de crudas impurezas y fábulas. Si estas últimas son no solo aceptadas, sino impuestas á millones de personas civilizadas que encuentran respetable y edificante el creer en ellas como á una *revelación divina*, ¿por qué hemos de maravillarnos de que los Brahmanes crean del mismo modo que sus libros son una *Sruti*, una revelación?

De todos modos, demos las gracias á todos los Masoréticos, pero estudiemos al mismo tiempo los dos lados de la medalla.

Las leyendas, mitos, alegorías y símbolos, si pertenecen á las tradiciones Inda, Caldea ó Egipcia, son arrojadas al mismo montón común de ficción. Apenas se las considera dignas de que se les dedique siquiera sea una investigación superficial en lo referente á sus posibles relaciones con la astronomía ó con los emblemas sexuales. Estos mismos mitos—una vez y por esta razón mutilados—son acep-

(1) El mismo Dr. Kennicot, y Bruns, bajo su dirección, en el año 1870, coleccionaron 692 manuscritos de la «Biblia» Hebrea. De todos estos, solo *dos* fueron atribuidos al siglo décimo, y tres á un período tan remoto como al oncenno y al duodécimo. Los demás fueron atribuidos al período comprendido entre los siglos trece y diez y seis.

En su «Introduzione alla Sacra Scrittura», pp. 34-47. De Rossi, de Parma, menciona 1418 Manuscritos coleccionados y 374 ediciones. El manuscrito más antiguo «Codex»—el de Viena—asegura que data de 1019 D. Chr.; el siguiente, de Reuchlin de Carlsruhe, de 1038. «Nada existe», declara, «en los manuscritos del Antiguo Testamento Hebreo, que pertenezca á una fecha anterior al siglo oncenno después de Cristo».

tados como Sagradas Escrituras, más aún, como la Palabra de Dios! Es esto imparcialidad histórica? Es esto justicia, sea con respecto al pasado, al presente ó al futuro? «Vosotros no podéis servir á Dios y á Mammón», dijo el Reformador hace diez y nueve siglos. «Vosotros no podéis servir á la verdad y á las preocupaciones públicas», sería más aplicable á nuestros tiempos. Sin embargo, nuestras autoridades pretenden servir á la primera.

Pocos son los mitos en todos los sistemas religiosos que no contengan así una base histórica como científica. Los Mitos, como oportunamente observa Pococke, «se prueba en la actualidad que son fábulas justamente en la proporción en que nosotros *los interpretamos erróneamente*; verdades en la proporción de lo que eran en otro tiempo *comprendidas*. Nuestra ignorancia es lo que ha hecho de la historia un mito; y nuestra ignorancia es una herencia Helénica, mucha parte de ella un resultado de la vanidad Helénica» (1).

Bunsen y Champollion han demostrado ya que los libros sagrados Egipcios son mucho más antiguos que las porciones más antiguas del libro del *Génesis*. Y en la actualidad, una más minuciosa investigación parece legitimar la sospecha—que para nosotros es certidumbre—de que las leyes de Moisés son copias del código del *Manú* Brahmanico. Así es que, según todas las probabilidades, el Egipto debe su civilización, sus instituciones civiles y sus artes á la India. Pero en contra de esta última suposición tenemos todo un ejército de «autoridades» formados en fila; ¿pero qué importa que éstas en la actualidad nieguen el hecho? Tarde ó temprano tendrán que aceptarlo, ya sea que pertenezcan á la escuela Alemana ó á la Francesa. Existen algunos sabios intrépidos, aunque no entre aquellos que posponen el interés á la conciencia, que pueden presentar á la luz del día hechos incontrovertibles. Hace unos veinte años que Max Müller, en una carta al Editor del *Times*, Londres, Abril 1857, sostenía con la mayor vehemencia que Nirvana significa *anihilación* en el más lato sentido de la palabra. (Véanse *Chips*, vol. I, p. 287, sobre el significado del Nirvana). Pero en 1869, en un discurso pronunciado ante la reunión general de la Asociación de psicólogos Alemanes en Kiel, «declara distintamente su creencia de que el nihilismo atribuido á las enseñanzas de Buddha no forma parte de su doctrina, y que es completamente erróneo el suponer que Nirvana significa *anihilación*». (*Registro Literario Americano y Oriental* de Trübner, Octubre, 16, 1869, y también *Creencias Antiguas y Modernas* de Inman, p. 128). Sin embargo, si no nos equivocamos, el Profesor Müller era tan autoridad en 1857 como en 1869.

«Difícil sería el sentar», dice (ahora) este gran sabio, «si los *Vedas*

(1) «La India en Grecia», Prefacio, ix.

son los libros más antiguos y si alguna de las porciones del *Antiguo Testamento* no pueden hacerse remontar á los mismos ó quizás á una fecha anterior aun á los más antiguos himnos del *Veda*» (1). Además, su retractación con respecto al Nirvana nos permite esperar que puede también cambiar de opinión por lo que se refiere al *Génesis*, de modo que el público pueda tener simultáneamente el beneficio de la verdad y la sanción de una de las más grandes autoridades Europeas.

Bien sabido es que los Orientalistas no han conseguido aún ponerse de acuerdo acerca de la época de Zoroastro, y hasta que esta cuestión esté zanjada, sería quizás más seguro fiarse implícitamente en los cálculos Brahmánicos derivados del Zodíaco que en las opiniones de los sabios. Dejando de lado la profana turba de sabios no reconocidos, aquellos que todavía aguardan su turno para ser escogidos por la pública adoración como ídolos simbólicos en su calidad de directores científicos, ¿en dónde encontraremos, entre las autoridades reconocidas del día, siquiera dos que estén de acuerdo en cuanto á esta época? He aquí á Bunsen, que coloca á Zoroastro en Baktra y la emigración de los Baktrianos al Indus en 3784 antes de Jesucristo (2), y el nacimiento de Moisés en 1392 (3). Ahora bien, es muy difícil colocar á Zoroastro en una época anterior á los *Vedas*, teniendo en cuenta que toda su doctrina es la de los más primitivos *Vedas*. Es cierto que permaneció en el Afghanistan durante un periodo más ó menos problemático antes de pasar al Punjab; pero los *Vedas* fueron principiados en este último país. Ellos indican los progresos de los Indos, así como el *Avesta* los de los Iranios. Tenemos además á Haug, que asigna al *Aitareya Brahmanam*, una especulación y comentario Brahmánicos acerca del *Rig-Veda* de fecha muy posterior á la del mismo *Veda*, una época entre 1400 y 1200 años antes de Jesucristo, mientras que coloca á los *Vedas* entre el año 2000 y el 2400 antes de Jesucristo. Max Müller opone prudentemente algunas dificultades á esta computación cronológica, aunque no la niega por completo (4). Como quiera que sea, y suponiendo que el *Pentateuco* fué escrito por el mismo Moisés, no obstante de que de esta suerte él mismo habría hecho constar dos veces su propia muerte; á pesar de todo, si Moisés nació, como admite Bunsen, en 1392 antes de Jesucristo, no pudo el *Pentateuco* ser escrito *antes que los Vedas*. Y á mayor abundamiento, Zoroastro nació en 3784 antes de Jesucristo. Si, como el Dr. Haug (5) nos dice, algunos de los himnos del

(1) «Chips», vol. 1.

(2) «Lugar del Egipto en la Historia Universal», vol. v, p. 77.

(3) Idem, p. 78.

(4) «Chips»; «Aitareya Brahmanam».

(5) Dr. M. Haug, Director de la clase de Sánscrito en el colegio Poona de Bombay.



*Rig-Veda* fueron escritos antes de que Zoroastro llevase á efecto su cisma, algunos treinta y siete siglos antes de Jesucristo, y el mismo Max Müller dice que «los Zoroastrianos y sus antecesores abandonaron la India durante el período *Védico*», ¿cómo pueden algunas de las porciones del *Antiguo Testamento* hacerse remontar al mismo y hasta á «una fecha anterior á los más antiguos himnos del *Veda*»?

Se ha convenido generalmente entre los Orientalistas que los Arios, 3000 años antes de Jesucristo, permanecían todavía unidos en las estepas situadas á Oriente del Mar Caspio. Rawlinson *conjetura* que se «derramaron hacia el Oriente» de Armenia tomándolo como á centro común, al mismo tiempo que dos corrientes análogas empezaron á dirigirse la una hacia el Norte, en dirección al Cáucaso, y la otra hacia Occidente, en dirección del Asia Menor y de Europa. Encuentra á los Arios, en un período anterior al siglo quince antes de nuestra era, «establecidos en el territorio regado por el Indus Superior». Desde allí los Arios Védicos emigraron al Punjáb y los Arios Zéndicos á Occidente, dando origen á los países históricos. Pero esto, como lo demás, es solo una hipótesis y como á tal se da.

Además, Rawlinson, copiando evidentemente á Max Müller, dice: «La primitiva historia de los Arios es un enigma absoluto». Sin embargo, muchos sabios Brahmanes han declarado haber encontrado trazas de la existencia de los *Vedas* en un período tan primitivo como el de 2100 años antes de Cristo, y Sir William Jones, tomando por guía datos astronómicos, coloca al *Yagur-Veda* en 1580 años antes de Cristo, lo cual es todavía «antes de Moisés».

Apoyándose en el supuesto hecho de que los Arios no abandonaron el Afghanistan para dirigirse al Punjab en una fecha anterior á la de 1500 años antes de Cristo, Max Müller y otros sabios de Oxford pretenden que á algunas porciones del *Antiguo Testamento* se las puede hacer remontar hasta dicha fecha, aun á una época anterior á la de los más antiguos himnos del *Veda*. Por lo tanto, hasta que los Orientalistas puedan demostrarnos la fecha exacta en que Zoroastro floreció, ninguna autoridad puede ser considerada como más digna de fé, en lo referente á las épocas de los *Vedas*, que los mismos Brahmanes.

Siendo un hecho indudable que los Judíos copiaron de los Egipcios la mayor parte de sus leyes, examinemos quiénes eran estos últimos. En opinión nuestra—que, por supuesto, no posee más que una autoridad muy secundaria—eran los antiguos Indos, y en nuestro primer volumen hemos citado párrafos del historiador Collouca-Batta que apoyan esta teoría. Lo que entendemos por India antigua es lo siguiente:

Ninguna región en el mapa—excepto la antigua Scythia—está más confusamente descrita que la que lleva el nombre de India.

Quizás la Etiopia es la única que con ella corre parejas. Fué la cuna de las razas Cusitas ó Camíticas, y estaba situada al oriente de Babilonia. Llevó en otro tiempo el nombre de Indostán, cuando las razas oscuras, adoradoras de Bala-Mahadeva y de Bhavani-Mahidevi dominaban por completo en este país. La India de los primitivos sabios parece haber sido la región situada en las fuentes del Oxus y del Jaxartes. Apollonio de Tiana cruzó el Cáucaso ó Hindu-Kush, en donde encontró á un rey que le condujo á la mansión de los sabios, quizás los descendientes de aquellos á quienes Ammonio llama los «Brahmanes de la India Superior» y á quienes Hystaspes, el padre de Darío (ó más probablemente el mismo Darío Hystaspes), visitó; y habiendo sido instruido por ellos, introdujo sus ritos y doctrinas en las ceremonias Mágicas. Esta narración acerca de Apollonio parece indicar que Kachemira fué el país que visitó, y que los *Nagas*—después de su conversión al Buddhismo—fueron sus instructores. En aquel tiempo la India Ariana no se extendía más allá del Punjab.

En opinión nuestra, el mayor obstáculo que se ha puesto siempre al progreso de la etnología ha sido la triple progenie de Noé. Al intentar reconciliar las razas post-diluvianas con la descendencia genealógica de Sem, Cam y Japhet, los Orientalistas Cristianescos se han impuesto una tarea imposible de llevar á cabo. La bíblica arca de Noé ha sido un lecho de Procusto al cual han tenido que acomodar todas las cosas. La atención ha sido por lo tanto desviada de las verdaderas fuentes de información en cuanto al origen del hombre y una alegoría puramente local, tomada equivocadamente por un recuerdo histórico emanado de un inspirado origen. Extraña y desgraciada elección. De entre todos los escritos sagrados procedentes de todas las ramas de las diversas naciones salidas del primitivo tronco de la humanidad, el Cristianismo ha debido tomar por guía á los anales y escrituras nacionales de un pueblo quizás el menos espiritual de la familia humana, el Semítico. Una rama que nunca ha sido capaz de desenvolver de sus numerosas lenguas una que fuese apta para encarnar ideas de un mundo moral é intelectual, cuya forma de expresión y vuelo de pensamiento jamás puede cernirse á mayor altura que á la de las figuras de lenguaje puramente sensuales y terrestres, cuya literatura nada de original nos ha dejado, nada que no haya sido copiado del pensamiento Ario, y cuya ciencia y filosofía carecen por completo de aquellos nobles rasgos que caracterizan los en alto grado espirituales y metafísicos sistemas de las razas Indo-Europeas (Jaféticas).

Bunsen presenta al khamismo (la lengua del Egipto) como á una muy antigua prenda del Asia Occidental, conteniendo *los gérmenes* de la Semítica, y dando así «testimonio del primitivo parentesco de

las razas Semíticas y Arias». Debemos recordar, á este efecto, que los pueblos del Asia Sud-occidental y Occidental, incluyendo á los Medos, eran todos Arios. Sin embargo, se está muy lejos de haber probado todavía quiénes fueron los primitivos y originarios dueños de la India. El que este período esté en la actualidad fuera del alcance de los documentos históricos no se opone á la probabilidad de nuestra teoría de que era la poderosa raza de los constructores, sea que les llamemos Etiopes Orientales ó Arios de piel oscura (significando sencillamente esta palabra «noble guerrero», un «valiente»). Hubo un tiempo en que gobernaron supremos sobre toda la antigua India, citada posteriormente por Manú como la propiedad de aquellos á quienes nuestros sabios denominan el pueblo que hablaba Sánscrito.

*Se supone* que estos Indos entraron en el país procedentes del Noroeste; *se conjetura* por algunos que trajeron consigo la religión Brahmánica, y que la lengua de los conquistadores era *probablemente* el Sánscrito. Con estos tres miserables datos han trabajado siempre nuestros filólogos, desde que el Indostán y su inmensa literatura Sánscrita fué por Sir William Jones expuesta, quieras que no, á la vista del público, llevando durante todo este tiempo á los tres hijos de Noé, constantemente colgados de sus cuellos. Es esta la ciencia *exacta*, libre de religiosas preocupaciones! A la verdad, muchísimo hubiera ganado la etnología si á este Noético trío le hubiesen ahogado arrojándole al agua por encima de la borda, antes de que el arca llegase á tierra!

Los Etiopes están generalmente clasificados entre el grupo Semítico, pero nosotros vamos á ver cuán lejos están de tener derecho á una tal clasificación. Examinaremos también lo mucho que debieron haber estado relacionados con la civilización Egipcia, la cual, como hace observar un autor, parece haber poseído la misma perfección en sus épocas más remotas, sin haberse elevado ni progresado más, como ha sucedido con las de otros pueblos. Por razones que ahora aduciremos, estamos dispuestos á sostener que el Egipto debe su civilización, su sistema de gobierno y sus artes—especialmente el de construir—á la India pre-Védica, y que era una colonia de Arios de piel oscura, ó aquellos á quienes Homero y Herodoto llaman los Etiopes Orientales, ó sean, los habitantes de la India Meridional, que trajeron allí su civilización ya constituida en las épocas ante-cronológicas á las cuales Bunsen denomina pre-Menitas, pero que son, sin embargo, épocas históricas.

En la *India en Grecia* de Pococke, encontramos el siguiente y sugestivo párrafo: «La relación completa de las guerras entre los jefes solares, Oosras (Osiris) el príncipe de los Guclas, y TU-PHOO es el simple hecho histórico de las guerras de los Apianos, ó tribus del

Sol de Oude, con el pueblo de TU-PHOO ó THIBET, que era, en efecto, la raza lunar, la mayor parte Buddhistas (1) y contrarios de Rama y de los AITYO-PIAS ó pueblo de Oude, subsiguientemente los AITH-IO-PIANS de Africa» (2).

Con este motivo recordaremos al lector que á Ravana, el gigante que en el *Rámáyana* sostiene una de estas guerras con Rama-Chandra, se le presenta como Rey de Lanka, que era el antiguo nombre de Ceilán; y que Ceilán, en aquellos tiempos, quizás formaba parte del continente de la India Meridional, y estaba poblada por «Etiopes Orientales». Vencidos por Rama, el hijo de Dasarata, el Rey Solar de la antigua Oude, una colonia de ellos emigraron al Africa del Norte. Si, como muchos sospechan, la *Iliada* de Homero, y mucha parte de su relación de la guerra de Troya, es solo un plagio del *Rámáyana*, en este caso, las tradiciones que sirvieron de base para esta última deben ser de una tremenda antigüedad. Amplio margen se ha dejado de este modo en la historia pre-cronológica por medio de un período durante el cual los «Etiopes Orientales» podrán haber establecido la hipotética colonia Mizraica con sus artes y elevada civilización Inda.

La ciencia permanece todavía en la obscuridad respecto de las inscripciones cuneiformes. Hasta que éstas sean descifradas por completo, y en especial las grabadas en las rocas, que con tanta abundancia se encuentran en las fronteras del antiguo Irán, ¿quién podrá decir los secretos que nos pueden revelar todavía? No existe ninguna inscripción monumental Sánscrita anterior á la de Chandra-gupta (315 años antes de Cristo) y las inscripciones Persepolitanas se ha visto que eran 220 años más antiguas. Existen igualmente hoy día algunos manuscritos hechos en caracteres completamente desconocidos para los filólogos y paleógrafos, y uno de ellos está ó estaba hace algún tiempo en la biblioteca de Cambridge, Inglaterra. Escritores lingüísticos clasifican á la lengua Semítica entre las lenguas Indo-Europeas, incluyendo generalmente á la Etiope y á la antigua Egipcia en la clasificación. Pero, aunque algunos de los dialectos de la moderna Africa del Norte, y hasta el moderno Gheez ó Etiope, están hoy día tan degenerados y corrompidos que pueden dar lugar á admitir falsas conclusiones en cuanto á las genéticas relaciones entre ellos y otras lenguas Semíticas, no estamos del todo seguros de que éstas últimas tengan algún derecho á semejante clasificación, excepción hecha del viejo Copto y del antiguo Gheez.

(1) Pococke pertenece á aquella clase de Orientalistas que creen que el Buddhismo ha precedido al Brahmanismo, y que era la religión de los Vedas más primitivos, habiendo sido Cautama solo el restaurador de la misma en su forma más pura, la cual, después de él, degeneró de nuevo en dogmatismo.

(2) «India en Grecia», p. 200.

Que existen muchos grados de parentesco entre los Etiopes y los Arios, las razas de piel oscura, y entre estos últimos y los Egipcios, es una cosa que puede todavía probarse. Se ha encontrado últimamente que los antiguos Egipcios pertenecían al tipo Caucasio de la humanidad, y la forma de sus cráneos es puramente Asiática (1). Si eran menos cobrizos que los Etiopes de nuestros días, también los Etiopes de la antigüedad podían haber tenido un color más claro. El hecho de que entre los reyes Etiopes, el orden de sucesión concedía la corona al sobrino del rey, *al hijo de su hermana*, y no á su propio hijo, es en extremo sugestivo. Es una antigua costumbre que todavía hoy día prevalece en la India Meridional. No suceden al Rajah sus propios hijos, sino *los hijos de su hermana* (2).

De todos los dialectos y lenguas que se pretende son Semíticos, solo el Etiope se escribe de izquierda á derecha, como el Sánscrito, y los de los pueblos Indo-Arios (3).

De modo que, contra la suposición que atribuye el origen de los Egipcios á una antigua colonia Inda, no existe mayor impedimento que el del poco respetuoso hijo de Noé, Cam, siendo el mismo un mito. Además, las más antiguas formas de culto religioso y de gobierno Egipcio, teocrático y sacerdotal, y sus hábitos y costumbres, todas revelan un origen Indo.

Las más antiguas leyendas en la historia de la India hacen mención de dos dinastías perdidas hoy en la noche de los tiempos:

(1) «El origen Asiático de los primeros habitantes del Valle del Nilo está claramente demostrado por un testimonio unánime é independiente. Cuvier y Blumenbach afirman que todos los cráneos de momias que tuvieron la oportunidad de examinar presentaban el tipo Caucásico. Un verdadero fisiólogo Americano (Dr. Morton) también se ha decidido por la misma conclusión» («Crania Ægyptiaca», Filadelfia, 1844).

(2) El difunto Rajah de Travancore fué sucedido por el hijo mayor de su hermana, hoy día reinante, el Maharajah *Rama Urmah*. Sus próximos sucesores son los hijos de su difunta hermana. En el caso de que la línea femenina sea extinguida por la muerte, la familia real está obligada á adoptar la hija de algun otro Rajah, y si solo hijas le nacen á esta Rama, otra doncella es adoptada, y así sucesivamente.

(3) Existen algunos Orientalistas que creen que esta costumbre no fué introducida hasta después que los primeros Cristianos se hubieron establecido en Etiopía; pero, como bajo la dominación Romana la población de este país cambió casi por completo, convirtiéndose el elemento de la misma por completo en Arabe, podemos, sin ningún género de duda, creer que fué la predominante influencia Árabe la que alteró el primitivo modo de escribir. Su método actual, igualmente muy parecido al Devanagari, y á otros Alfabetos Indos más antiguos, que se leen de izquierda á derecha; y sus letras no presentan parecido alguno con los caracteres Fenicios. Además, todas las autoridades antiguas corroboran también nuestras afirmaciones. Philóstratus hace decir al Brahmín Iarchus (v. A. III, 6) que los Etiopes eran originariamente *una raza Inda* que se vió obligada á emigrar de la madre patria por sacrilegio y regicidio (véase «India» de Pockocke, etc., II, p. 206). A un Egipcio se le hace observar que él había oído decir á su padre que los Indos eran los más sabios de los hombres, y que los Etiopes, una colonia de los Indos, habían conservado la sabiduría y costumbres de sus padres, y que conocían su antiguo origen. Julius Africanus (en Eusebio y Syncellus) hace la misma afirmación. Y Eusebio escribe: «Los Etiopes, emigrando desde el río Indus, se establecieron en las cercanías de Egipto» (Lemp., edición de Barker, «Meroë»).

la primera era la dinastía de los reyes, de «la raza del sol», que reinaba en Ayodhia (en la actualidad Oude); la segunda la de «la raza de la luna», que tenía su trono en Pruyag (Allahabad). El que desee obtener datos acerca del culto religioso de estos primitivos reyes lea el *Libro de los Muertos* de los Egipcios, y todas las particularidades referentes á este culto del sol y á los dioses sol. No se menciona jamás ni á Osiris ni á Horus, sin relacionarles con el sol. Ellos son los «Hijos del Sol»; y el «Señor y Adorador del Sol» es su nombre. El Sol es el creador del cuerpo; el origen de los dioses que son *los sucesores del Hijo*. Pococke, en su muy ingeniosa obra, aboga enérgicamente por la misma idea, y se esfuerza en sentar todavía más firmemente la identidad de las mitologías Egipcia, Griega é Inda. Muestra al jefe de la Raza Solar Rajput—de hecho el gran Cuclo-pos (Cicóple ó constructor)—llamado «El gran sol», en la tradición Inda más remota. «Este Príncipe Gok-la, el patriarca de las inmensas legiones de Inachienses», dice, «este Gran Sol fué divinizado á su muerte, y, según la doctrina Inda de la metempsicosis, se supuso que su alma había transmigrado al buey Apis, el Sera-pis de los Griegos, y el SOORAPAS, ó Supremo de los Egipcios... Osiris, propiamente Oosras, significa al mismo tiempo un «toro» y un «rayo de luz». Sooroa-pas (Serapis), el sol supremo, puesto que el Sol en Sánscrito es Sûrya. Champollion, en su *Manifestación de la Luz*, hace mención en cada capítulo de las dinastías de Reyes del Sol y de la Luna. Posteriormente todos estos reyes fueron divinizados y transformados después de su muerte en deidades solares y lunares. Su culto fué la primera corrupción de la gran fé primitiva que con justicia consideraba al sol y á sus flamígeros y vivificantes rayos como al simbolo más apropiado para recordarnos la presencia universal é invisible de Aquel que es el Señor de la Vida y de la Muerte. De esto pueden hallarse actualmente vestigios en todo el globo. Era la religión de los primitivos Brahmanes Védicos, quienes le llaman, en los antiguos himnos del *Rig-Veda*, Sûrya (el sol) y Agni (fuego), «el regulador del universo», «el señor de los hombres», y el «rey sabio». Era la religión de los Magos, de los Zoroastrianos, de los Egipcios y de los Griegos, sea que le llamasen Mithra, Ahura-Mazda, Osiris ó Zeus, conservando, en honor de su próxima parienta Vesta, el fuego puro y celestial. Y esta religión se encuentra también en el culto solar Peruviano, en el Sabianismo y heliolatría de los Caldeos, en la «zarza ardiente» Mosaica, en la sumisión demostrada hacia el Señor, el Sol, por los gobernantes ó jefes del pueblo, y hasta en la construcción Abrahámica de los altares de fuego, y en los sacrificios de los monotehistas Judíos á Astarté, la Reina de los Cielos.

En la actualidad, y á pesar de todas las controversias é investigaciones, la Historia y la Ciencia continúan como siempre en la

obscuridad, por lo que se refiere al origen de los Judíos. Lo mismo pueden ser los desterrados Tchandalas, ó Parias, de la antigua India, los «albañiles» mencionados por Vina-Svati, Veda-Vyasa y Manú, que los Fenicios de Herodoto, ó los Hyk-sos de Josepho, ó los descendientes de los pastores Palis, ó una mezcla de todos ellos. La *Biblia* cita á los Tirios como á un pueblo de la misma familia, y pretende tener soberanía sobre ellos (1).

En la *Biblia* se menciona á más de una importante personalidad cuya biografía prueba que se trata de un héroe mítico. A Samuel se le considera como á un personaje de la República Hebraica. Es el *doppel* de Sansón del *Libro de los Jueces*, pues se puede ver que es el hijo de Anna y ELKAINA, como Sansón lo era de Manua ó Manoah. Ambos eran personajes fabulosos, como ahora están descritos en el libro revelado. Uno de ellos era el Hércules Hebreo, y el otro Ganesa. Se atribuye á Samuel el establecimiento de la República, así como que abolió el culto Cananita de Baal y Astarté, ó Adonis y Venus, y estableció el de Jehovah. Entonces el pueblo pidió un rey, y él ungió á Saúl, y después de éste á David de Beth-lehem.

David es el Rey Israelita Arturo. Llevó á cabo grandes cosas, y gobernó en toda la Siria é Idumea. Sus dominios comprendían la Armenia y Asiria al Norte y Noroeste, el Desierto Asirio y el Golfo Pérsico al Este, la Arabia hacia el Sur, y el Egipto y el Levante hacia el Oeste. Únicamente la Fenicia no le pertenecía.

Su amistad con Hiram parece indicar que llevó á efecto su primera expedición á Judea desde aquel país; y su larga estancia en Hebrón, la ciudad de los kabeirios (*Arba* ó cuatro), parece indicar igualmente que estableció una nueva religión en este país.

A David le sucedió el poderoso y fastuoso Salomón, que procuró consolidar los dominios que David había adquirido. Siendo David un adorador de Jehovah, fué edificado en honor de éste un templo en Jerusalén (Tukt Suleima) al mismo tiempo que en el monte Olivet se levantaron altares á Moloch, Hércules, Khemos, y á Astarté. Estos altares permanecían todavía en pié en tiempos de Josiah. Se

(1) Podían haber sido también, como piensa Pococke, sencillamente las tribus del «Oxus», nombre derivado de los «Ookshas», pueblo cuya riqueza consistía en el «Buey», pues demuestra que *Ookshan* es una forma degenerada de *Ooksha*, un buey (en Sánscrito *ox* (buey) es lo mismo que en Inglés). Cree que fueron ellos «los señores del Oxus», quienes dieron su nombre al mar muchas de cuyas comarcas limítrofes dominaron, el *Euxino* ó *Ooksh-ino*. *Pali* significa pastor y *s'than* es un país. «Las tribus guerreras del Oxus, que penetraron en Egipto, se corrieron después hacia la Palestina (PALI-STAN), el país de los Palis ó pastores, y allí se establecieron de un modo más permanente» («India en Grecia»). Dado que fuese así, esto aún confirmaría más nuestra opinión de que los Judíos son una raza híbrida, puesto que la «*Biblia*» nos los presenta como casándose libremente, no solo con los Cananitas, sino con todas las demás naciones y razas con las cuales se ponían en contacto.

formaron conspiraciones. Estallaron revueltas en Idumea y en Damasco; y Ahijah el profeta dirigió el movimiento popular que dió por resultado la deposición de la casa de David, y la proclamación de Jeroboam como rey. Desde entonces los profetas dominaron en Israel, en donde prevaleció el culto al becerro; los sacerdotes dominaron á la débil dinastía de David, y el afeminado culto se extendió por todo el país. Después de la destrucción de la casa de Ahab, y del fracaso de Jehu y de sus descendientes para unir al país bajo un solo cetro, la tentativa se hizo en Judah. Habiéndose extinguido la línea directa de Isaiah en la persona de Ahaz (*Isaiah*, VII, 9), se colocó en el trono á un príncipe de Bethlehem (*Micah*, V, 2, 5). Este príncipe era Ezekiah. Al subir al trono, invitó á los jefes de Israel á aliarse con él contra Asiria (2 *Crónicas*, XXX, 1, 21; XXXI, 1, 5; 2 *Reyes*, XVIII, 7). A lo que parece, estableció un colegio de teología (*Proverbios*, XXV, 1) y cambió por completo el culto. Más todavía, hasta hizo pedazos á la serpiente de bronce que Moisés había fabricado.

Esto demuestra que la historia de Samuel, de David y Salomón es un mito. A lo que parece, la mayor parte de los profetas, que eran hombres de letras, empezaron á escribir en esta época.

Este país fué finalmente subyugado por los Asirios, que encontraron en él la misma población ó instituciones que entre los Fenicios y otros países.

Hezekiah no era un descendiente directo de Ahaz, sino solo su ahijado. Isaiah el profeta pertenecía á la familia real, y Hezekiah era considerado como su yerno. Ahaz reusó aliarse con el profeta y su partido, diciendo: «Yo no quiero *tentar* (confiar) en el Señor» (*Isaiah*, VII, 12). El profeta había declarado: «Si vosotros no queréis creer, seguramente no se os forzará á ello», desfigurado el sentido de su claro lenguaje. «Vosotros fatigáis á mi Dios», contestó el profeta, y predijo el nacimiento de un niño, de un *alma*, ó mujer del templo, y que antes de que llegase á su mayor edad (*Hebreos* V, 14; *Isaiah*, VII 16, VIII 4) el rey de Asiria subyugaría á Syria y á Israel. Esta es la profecía que tanto se empeña Ireneo en relacionar con María y Jesús, y la causa de que á la madre del profeta Nazareno se la represente como perteneciendo al templo, y consagrada á Dios desde su infancia.

En un segundo canto, *Isaiah* ensalza al nuevo jefe, que tiene que sentarse en el trono de David (IX 6, 7; XI 1) y que devolverá á sus hogares á los Judíos á quienes la confederación se había llevado cautivos (*Isaiah*, VIII, 2 12; *Joel*, III 1-7; *Obadiah* 7, 11, 14). Micah—su contemporáneo—también anunció el mismo suceso (IV 7-13; V 1-7). El Redentor tenía que venir de Bethlehem; en otras palabras, debía pertenecer á la casa de David; y tenía que combatir contra



Asiria, á la cual Ahaz había jurado fidelidad, y reformar también la religión (2 *Reyes*, XVIII 4-8). Esto fué lo que hizo Hezekiah. Era nieto de Zechariah el profeta (2 *Crónicas* XXIX 1; XXVI 5), el consejero de Uzziah; y tan pronto como ascendió al trono, restauró la religión de David y destruyó los últimos vestigios de la de Moisés, ó sea, la doctrina *esotérica*, declarando: «nuestros padres han pecado» (2 *Crónicas*, XXIX 6-9). Enseguida intentó reunir á la suya la monarquía del norte, pues Israel estaba á la sazón sin rey (2 *Crónicas*, XXX 1, 2, 6; XXXI 1, 6, 7). Lo logró, pero la consecuencia fué una invasión por parte del rey de Asiria. Pero existía ya un nuevo *régime*; todo esto demuestra el establecimiento de dos corrientes paralelas en el culto religioso de los Israelitas, una perteneciente á la religión del estado, y adoptada para fines políticos; la otra idolatría pura, resultante de la ignorancia de la verdadera doctrina esotérica predicada por Moisés. Por vez primera, desde que Salomón los edificó, los lugares elevados fueron destruidos.

Hezekiah era el Mesías esperado por la exotérica religión del estado. Era el renuevo de la raza de Jese, que debía recordar á los Judíos una deplorable cautividad, acerca de la cual los historiadores Hebreos parecen guardar silencio, evitando cuidadosamente mencionar este hecho particular, pero que los irascibles profetas imprudentemente descubren. Si Hezekiah destruyó el culto exotérico de Baal, también arrebató violentamente al pueblo de Israel la religión de sus padres y los ritos secretos instituidos por Moisés.

Darío Hystaspes fué el primero en establecer una colonia Persa en Judea, y Zoro-Babel fué quizás su caudillo. «El nombre *Zoro-babel* significa la progenie ó hijo de Babilonia, como *Zoro-astro* זורו-אשור es la progenie, hijo, ó príncipe de Ishtar» (1). Los nuevos colonos eran indudablemente *Judei*. Este nombre se refiere al Oriente. De igual manera Siam es llamado Judía, y en la India existía una Ayodia. Los templos de *Solom* ó Paz eran numerosos. En toda la Persia y el Afghanistan, los nombres de Saúl y de David son muy comunes. La «Ley» es atribuida por turno á la época de Hezekiah, á la de Ezra, á la de Simón el Justo, y á la Asmoneana. Nada en definitivo; en todas partes contradicciones. Cuando principió el periodo Asmoneano, los principales doctores de la Ley eran llamados Asideanos ó Klasdim (Caldeos), y después Fariseos ó Pharsi (Parsis). Esto indica que las colonias Persas estaban establecidas en Judea y que regían el país; mientras que todos los pueblos que se mencionan en los libros del *Génesis* y de *Joshua* vivían allí en comunidad (véase *Ezra* IX 1).

No existe historia alguna verdadera en el *Antiguo Testamento*, y

(1) Prof. A. Wilder: «Notas».

la escasa información histórica que puede uno recoger es debida únicamente á las indiscretas revelaciones de los profetas. Este libro como un todo debe haber sido escrito en distintas épocas, ó mejor dicho, inventado para que sirviera de apoyo á algún culto subsiguiente, cuyo origen puede en parte encontrarse muy fácilmente en los Misterios Órficos, y en parte en los antiguos ritos Egipcios, con los cuales fué familiarmente educado Moisés en su infancia.

Desde el siglo pasado, la Iglesia se ha visto obligada gradualmente á ceder el terreno bíblico usurpado á aquellos á quienes de derecho pertenecía. Pulgada tras pulgada, ha ido cediendo, y, un personaje tras otro, se ha demostrado que eran míticos y paganos. Pero ahora, después del reciente descubrimiento de George Smith, el malogrado Asiriólogo, uno de los más seguros apoyos de la *Biblia* ha sido derribado. Está á punto de demostrarse que Sargón y sus tablillas son más antiguos que Moisés. Lo mismo que la relación del *Exodo*, el nacimiento é historia del legislador parecen haber sido «copiados» de los Asirios, así como las «joyas de oro y plata» se dice que lo fueron de los Egipcios.

En la página 224 de los *Descubrimientos Asirios*, Mr. George Smith dice: «En el palacio de Sennacherib en Kouyunjik, encontré otro fragmento de la curiosa historia de Sargón, cuya traducción publiqué en los *Trabajos de la Sociedad de Arqueología Bíblica*, vol. I, part. I, pág. 46. Este texto refiere que Sargón, un primitivo Monarca Babilónico, era hijo de reyes, y que fué escondido por su madre, que lo abandonó al Eufrates en una cesta de mimbrés, calafateada con betún, como aquella con la que la madre de Moisés ocultó á su hijo (véase *Exodo*, II). Sargón fué descubierto por un hombre llamado Akki, un aguador, que le adoptó como hijo; llegando á ser más tarde Rey de Babilonia. La capital de Sargón era la gran ciudad de Agadí, llamada Akkad por los Semitas, y mencionada en el *Génesis* como la capital de Nimrod (*Génesis* x, 10), y en ella reinó por espacio de *cuarenta y cinco* años (1). Akkad está situada cerca de la ciudad de *Sippara* (2), en el Eufrates y al Norte de Babilonia. La época de Sargón, al que puede llamarse el Moisés Babilónico, fué el siglo décimo sexto y quizás antes».

G. Smith añade en su *Cómputo Caldeo* que Sargón I fué un monarca Babilónico que reinó en la ciudad de Akkad, cerca de 1600 años antes de Cristo. El nombre de Sargón significa el rey justo verdadero ó legítimo. Esta curiosa historia se encuentra en fragmentos de tablillas de Kouyunjik, y dice como sigue:

1.<sup>a</sup> Sargona, el poderoso rey, el rey de Akkad, soy yo.

(1) Moisés reinó sobre el pueblo de Israel en el desierto durante más de *cuarenta* años.

(2) El nombre de la mujer de Moisés era Zipporah (*Exodo*, II).

2.<sup>a</sup> Mi madre era una princesa; á mi padre no lo conocí; un hermano de mi padre gobernó el país.

3.<sup>a</sup> En la ciudad de Azupirana, que está situada en la orilla del río Eufrates.

4.<sup>a</sup> Mi madre, la princesa, me concibió y con sufrimientos me parió.

5.<sup>a</sup> Me colocó en una cesta de mimbres, con betún mi partida selló.

6.<sup>a</sup> Me lanzó al río, el cual no me ahogó.

7.<sup>a</sup> El río me condujo á la presencia de Akki, el aguador me recogió.

8.<sup>a</sup> Akki, el aguador, con tierna solicitud se me llevó, etc., etc.

Y ahora *Exodo* (II): «Y cuando ella (la madre de Moisés) no pudo ocultarle por más tiempo, procuróse para él una cesta de juncos, calafateóla con barro y pez, y colocando al niño en la misma, abandonólo en los juncos de la orilla del río».

Esta historia, dice Mr. G. Smith, «se supone que tuvo lugar cerca de 1600 años antes de Cristo, esto es, antes de la supuesta época de Moisés (1); como sabemos que la fama de Sargón llegó hasta Egipto, es muy probable que esta historia estuviese relacionada con el suceso referido en el *Exodo* II, pues que toda acción, una vez efectuada, tiene una tendencia á repetirse».

Las «épocas» de los Indos difieren muy poco de las de los Griegos, Romanos, y hasta de las de los Judíos. A propósito incluimos la computación Mosaica con el objeto de probar nuestra tesis. La cronología que separa á Moisés de la creación del mundo tan *solo de cuatro generaciones*, parece ridícula sencillamente porque el clero Cristiano se empeña en imponerla al mundo en su sentido literal (2). Los kabalistas saben que estas cuatro generaciones representan edades del mundo. Las alegorías que en los cálculos Indos abrazan toda la enorme serie de las cuatro edades, se hallan hábilmente introducidas en los libros Mosaicos, gracias á la complaciente ayuda

(1) En 1040, los doctores Judíos trasladaron sus escuelas de Babilonia á España, y de los cuatro grandes Rabinos que florecieron durante los cuatro siglos siguientes, todas sus obras presentan distintas versiones, y en los manuscritos abundan las equivocaciones. La «Masorah» hizo cosas todavía peores. Muchas cosas que entonces existían en los manuscritos ya no están, y en sus obras abundan tanto las interpolaciones como las *lacunæ*. El manuscrito Hebreo más antiguo pertenece á este período. Tal es la revelación divina á la que debemos creer.

(2) Ninguna cronología fué aceptada por los Rabinos como autorizada hasta el siglo doce. El 40 y el 1000 no son números exactos, sino que han sido forjados para responder al monoteísmo y á las exigencias de una religión calculada para aparecer como diferente de la de los Paganos. («Chron. Orth.», p. 238). Solo encuentra uno en el Pentateuco sucesos ocurridos dos años antes del fabuloso «Exodo» y en el último año. El resto de la cronología no se halla en parte alguna, y solo puede ser seguida por medio de las computaciones kabalistas, teniendo á mano una clave de las mismas.

de la *Masorah*, de modo tal que quedan reducidas al insignificante periodo de dos milenios y medio (2513).

El plan exotérico de la *Biblia* fué ideado para que correspondiera también con cuatro épocas. Así es que cuentan la Edad de Oro, de Adam ó Abraham; la de plata, de Abraham á David; la de Cobre, de David á la Cautividad; y de esta en adelante la de hierro. Pero la computación secreta es completamente distinta, y en nada se distingue de los cálculos zodiacales de los Brahmanes. Ahora nos hallamos en la Edad de Hierro, ó Kali-Yuga, pero ésta empezó con Noé, el mítico antepasado de nuestra raza.

Noé ó Nuah, como todas las euhemerizadas manifestaciones del Uno Inmanifestado, Swayambhuva (ó Swayambhu), era andrógino. Así es que á veces correspondía y se refería á la tríada puramente femenina de los Caldeos, conocida como «Nuah, la Madre universal». Hemos demostrado en otro capítulo que cada tríada masculina tiene su correspondiente contraparte femenina, una en tres, como la tríada original. Es el complemento pasivo del principio activo, su *reflejo*. En la India, la trimurti masculina es reproducida por Sakti, la trimurti femenina, y en Caldea, Ana, Belita y Davkina correspondían con Anu, Bel y Nuah. Las tres primeras resumidas en una eran llamadas Belita.

«Soberana diosa, señora del abismo inferior, madre de dioses, reina de la tierra, reina de fecundidad».

Como la humedad primordial de donde *todo* ha procedido, Belita es Tamti, ó el mar, la madre de *la ciudad de Erech* (la gran Necrópolis Caldea) y por lo tanto es una diosa infernal. En el mundo de las estrellas y planetas es conocida como Istar ó Astoreth; de aquí que sea idéntica á Venus y á todas las demás reinas del cielo á quienes eran ofrecidos bollos y tortas en sacrificio (1), y, como todos los arqueólogos saben, á *Eva*, la madre de todo lo que vive, y á María.

El Arca en la cual son conservados los gérmenes de todas las cosas vivientes necesarias para repoblar la tierra, representa la supervivencia de la vida y la supremacía del espíritu sobre la materia, al través del conflicto de las opuestas fuerzas de la naturaleza. En la carta Astro-Teosófica del Rito Occidental, el arca corresponde al ombligo, y se halla colocada al lado izquierdo, el

(1) Los Gnósticos, llamados Collyridianos, traspasaron el culto de Astoreth á María, también Reina de los Cielos. Fueron perseguidos y condenados á muerte por los Cristianos Ortodoxos, como heréticos. Pero si estos Gnósticos establecieron su culto, ofreciéndole sacrificios de bollos, roscas ó pastas finas, era porque creían que había nacido de una virgen inmaculada, como se pretende que nació Cristo de su madre. Y en la actualidad, que la *infalibilidad* del Papa ha sido reconocida y aceptada, su primera disposición práctica ha sido la restauración de la creencia Collyridiana como un artículo de fé. Véase «Nuevo Testamento Apócrifo»; Hone : «El Evangelio de María atribuido á Mateo».

lado de la mujer (la luna), uno de cuyos símbolos es la columna izquierda del templo de Salomón, Boaz. El ombligo está en conexión con el receptáculo en el cual se desarrollan los gérmenes de la raza (1). El Arca es el *Arg̃ha* sagrada de los Indos, y por lo tanto, la relación que guarda con el arca de Noé puede ser fácilmente colegida cuando sabemos que el *Arg̃ha* era un oblongo usado por los sumos sacerdotes como cáliz para los sacrificios en el culto de Isis, Astarté y Venus Afrodita, las cuales eran todas diosas de los poderes generadores de la naturaleza, ó de la materia, por lo cual representan simbólicamente al Arca que contiene los gérmenes de todas las cosas vivientes.

Admitimos que los Paganos tenían y tienen actualmente—como por ejemplo en la India—extraños símbolos, que á los ojos de los hipócritas y puritanos parecen escandalosamente inmorales. Pero no copiaron los Judíos la mayor parte de estos símbolos? Hemos descrito en otra parte la identidad del *lingham* con la columna de Jacob, y podríamos citar numerosos ejemplos de ritos Cristianos actuales que tienen el mismo origen, si el espacio nos lo permitiese y si no lo hubiesen ya hecho cumplidamente Inman y otros. (Véase *Creencias Antiguas contenidas en Nombres Antiguos de Inman*).

Describiendo el culto de los Egipcios, Mrs. Lydia Maria Child dice: «Esta veneración hacia los poderes productores de vida introdujo en el culto de Osiris los emblemas sexuales tan comunes en el Indostán. Una colosal imagen de esta especie fué regalada y destinada al templo de Alejandria por el Rey Ptolomeo Filadelfio... La veneración hacia los misterios de la vida organizada condujo al conocimiento de un principio masculino y otro femenino, en todas las cosas, así espirituales como materiales.. Los emblemas sexuales, claramente visibles por doquier en las esculturas de sus templos, parecerían obscenos si se describiesen, pero ningún *espíritu casto y pensador* podría considerarlos así, al contemplar la evidente sencillez y la seriedad con las cuales el asunto es tratado»(2).

Así se expresa esta respetable señora y admirable escritora, y ningún hombre ni mujer verdaderamente puros pensarán nunca en criticarla por ello. La perversión del pensamiento antiguo es muy natural y lógico en una época de hipocresía y gazmoñería como la nuestra.

El agua del diluvio, que se halla en la alegoría, representa el «mar» simbólico. Tamti simboliza el caos turbulento, ó materia, llamado «el gran dragón». Según las doctrinas de los Gnósticos y Rosacruces de la edad media, la creación de la mujer no estaba en un principio

(1) Hargrave Jenninigs: «Rosacruces».

(2) «Progresos de las Ideas Religiosas».

proyectada. Ella es la progenie de la propia é impura imaginación del hombre, y, como dicen los Herméticos, «una intrusión». Creada por un pensamiento impuro, viene á la existencia concebida en la *mala* «hora séptima», cuando los «sobrenaturales» mundos reales han desaparecido, y los mundos «naturales» é ilusorios empiezan á evolucionar á lo largo del «Microcosmos descendente», ó, para hablar más claramente, el arco del gran ciclo. Primeramente, «Virgo», la Virgen Celestial del Zodíaco, se convierte en «Virgo-Scorpio». Pero al desenvolverse su segunda compañera, el hombre la ha dotado sin darse cuenta de ello con una parte de su propia Espiritualidad; y el nuevo ser á quien su «imaginación» ha llamado á la vida se convierte en su «Salvador», defendiéndole de las asechanzas de Eva-Lilith, la Eva primera, que en su constitución contenía una mayor parte de materia que el hombre «espiritual» y primitivo (1).

De suerte que en la cosmogonía, la mujer está relacionada con la «materia» ó el *gran abismo*; es la «Virgen del Mar», que aplasta al Dragón bajo sus pies. También con mucha frecuencia en la fraseología simbólica es presentado el «diluvio» como el «gran dragón». Para el que está familiarizado con estas doctrinas es más que sugestivo el saber que para los Católicos la Virgen María no es solamente la patrona aceptada de los marinos Cristianos, sino también «La Virgen del Mar».

Del mismo modo era Dido la patrona de los marinos Fenicios (2), y, como Venus y otras diosas lunares—teniendo la luna una tan grande influencia sobre las mareas—, era la «Virgen del Mar». *Mar*, el Mar, es la raíz del nombre María. El color azul, que entre los antiguos simbolizaba al «Gran Abismo», ó mundo material, y por lo tanto al mal, ha sido consagrado á nuestra «Bendita Señora». Es el color de «Notre Dame de Paris». A causa de su relación con la simbólica serpiente, es considerado este color con la más profunda aversión por los ex-Nazarenos discípulos de Juan el Bautista, hoy día los Mendaeanos de Basra.

Entre las magníficas placas de Maurice, hay una que representa á *Krishna* aplastando la cabeza de la serpiente. Lleva sobre su cabeza una mitra de tres puntas (simbolizando la trinidad), y el cuerpo y cola de la vencida serpiente rodean el talle del dios Indo. Esta placa demuestra de dónde ha procedido la inspiración para «el arreglo» de

(1) Lilith fué la *primera* mujer de Adán «antes de casarse con Eva», con la cual «solo engendró demonios». Nos choca este modo verdaderamente original, aunque piadoso, de explicar una alegoría altamente filosófica.

(2) En conmemoración del Arca del Diluvio, los Fenicios, aquellos intrépidos exploradores del *abismo*, llevaban colocada, en la proa de sus buques, la imagen de la diosa Astarté, la cual es Elisa, Venus Erycina de Sicilia, y Dido, cuyo nombre es el equivalente femenino de David.

una historia posterior extraída de una pretendida profecía. «Yo pondré enemistad entre tí y la mujer, y entre tu progenie y la suya; ella quebrantará tu cabeza y será aplastada bajo sus plantas».

El Orante Egipcio es también representado con los brazos extendidos en forma de cruz y aplastando á la «serpiente»; y á Horus (el Logos) se le representa atravesando la cabeza del dragón, Typhón ó Aphophis. Todo esto nos dá la clave de la alegoría bíblica de Cain y Abel. Cain era considerado como el antecesor de los Hivitas, las Serpientes, y los gemelos de Adam son una copia evidente de la fábula de Osiris y Typhón. Además de la forma externa de la alegoría, esta fábula encierra el concepto de la lucha entre el bien y el mal.

Pero cuán extrañamente elástica, y cuán adaptable á todas las opiniones y creencias ha demostrado ser esta mística filosofía, después de la era Cristiana! Cuándo hechos irrefutables, irrefragables é imposibles de negar han tenido menos fuerza para el restablecimiento de la verdad que en nuestro siglo de casuístico y cristiano artificio? Si se ha demostrado que Krishna ha sido conocido como el «Buen Pastor» eras antes del año I antes de Cristo, que aplastó á la Serpiente Kalinaga, y que fué crucificado, todo esto no era más que una profética previsión de lo futuro! El Thor Scandinavo, que aplastó la cabeza de la Serpiente con su maza cruciforme, y Apolo, que mató á Pythón, los cuales presentan igualmente la más sorprendente semejanza con los héroes de las fábulas Cristianas, no son más que conceptos derivados de mentes «paganas» sacados de las antiguas profecías Patriarcales referentes á Cristo, tal como estaban contenidas en una universal y primitiva Revelación! (1)

Las aguas son, pues, la «Antigua Serpiente», ó sea el gran abismo de materia, el «dragón del mar» de Isaiah (XXVII I), sobre cuya superficie cruza el arca felizmente, en su camino hacia la montaña de Salvación. Pero, si hemos oído hablar del Arca de Noé y de la *Biblia*, es después de todo porque la mitología de los Egipcios era familiar á Moisés (aunque Moisés jamás escribió ninguna *Biblia*), y porque conocía la historia de Horus, de pié en su lancha de forma serpentina, matando á la Serpiente con su lanza, y el significado oculto de otras fábulas, y su verdadero origen. Por esta misma razón encontramos también en el *Levitico*, y en otras partes de sus libros, páginas enteras de leyes idénticas á las de *Manú*.

Los animales encerrados en el arca son las pasiones humanas. Simbolizan ciertas pruebas de la iniciación y los misterios que fueron instituidos en diferentes naciones, en conmemoración de esta alegoría. El arca de Noé se detuvo el día diez y siete del *séptimo* mes. Aquí

(1) Dr. Lundy: «Cristianismo Monumental».

hallamos de nuevo el número; como también en los «animales puros» que en grupos de *siete* recogía en el arca. Hablando de los misterios del agua, de Biblos, Luciano dice: «En el extremo de una de las dos columnas que Baco erigió, permanece un hombre durante *siete* días» (1). Él supone que esto se hacía en honor de Deukalión. Cuando Elijah ora en la cumbre del Monte Carmelo, manda á su criado á mirar si en dirección del mar aparece una nube y repite: «ve además *siete* veces. Y al verificar su *séptimo viaje*, he aquí que del mar elevóse una pequeña nube como la mano de un hombre» (2).

«Noé es una *revolutio* de Adam, como Moisés es una *revolutio* de Abel y Seth», dice la Kábala; lo cual equivale á decir, una repetición ú otra versión de la misma historia. La mejor prueba de ello es la clasificación de los personajes de la *Biblia*. Por ejemplo, empezando con Caín, el primer asesino, cada *quinto* hombre de su descendencia es un asesino. Después siguen por orden Enoch, Irad, Mehujael, Methuselah, y el *quinto* es *Lamech*, el segundo asesino, y el padre de Noé. Dibujando la estrella de cinco puntas de Lucifer (cuya punta más prolongada está dirigida hácia abajo) y escribiendo el nombre de Caín debajo de la punta inferior, y sucesivamente los de sus descendientes debajo de las demás puntas, se verá que cada quinto nombre—que se escribirá debajo del de Caín—es el de un asesino. En el Talmud se dá esta genealogía completa, y debajo del nombre de Caín se hallan colocados en línea los nombres de trece asesinos. Esto *no es ninguna* coincidencia. Siva es el Destructor, pero también es el *Regenerador*. Caín es un asesino, pero también es el creador de naciones, y un inventor. Esta estrella de *Lucifer* es la misma que Juan vé caer sobre la tierra en su *Apocalipsis*.

En Thebas, ó Theba, que significa arca—TH-ABA, y es sinónimo de Kartha ó Tyro, Astu ó Atenas, y Urbi ó Roma, y que significa también la ciudad—se encuentran los mismos adornos que se dice existen en las columnas del templo de Salomón. La hoja bi-colorada del olivo, la hoja de higuera tri-lobulada, y la hoja de laurel en forma de lanza, tenían todas significados así esotéricos como populares entre los antiguos.

Las investigaciones de los Egiptólogos nos dan una prueba más de la identidad de las alegorías de la *Biblia* con las de los países de los Faraones y de los Caldeos. La cronología dinástica de los Egipcios, mencionada por Herodoto, Manethón, Eratósthenes, Diodoro Sículo, y aceptada por nuestros anticuarios, dividía el periodo de la historia Egipcia en cuatro etapas principales: la del gobierno de los dioses,

(1) Luciano, iv, 276.

(2) I Reyes xviii. Todo esto es alegórico, y, lo que es más todavía, puramente mágico. Porque Elijah está preparando una encantación.



de los semi-dioses, de los héroes, y de los hombres mortales. Uniendo la de los semi-dioses con la de los héroes en una sola clase, Bunsen reduce estas etapas á tres: la del gobierno de los dioses, de los semi-dioses ó héroes—hijos de dioses, pero nacidos de madres mortales—y de los Manes, que fueron los antecesores de tribus independientes. Como se vé, estas subdivisiones corresponden perfectamente con los Elohim biblicos, esto es, los hijos de Dios, los Gigantes, y los hombres mortales Noéticos.

Diodoro de Sicilia y Berosio nos dan los nombres de los doce grandes dioses que presidían sobre los doce meses del año y los doce signos del Zodiaco. Estos nombres, en los cuales está incluido el de Noé (1), son demasiado bien conocidos para que tengamos que repetirlos. El Jano de doble faz era también el jefe de doce dioses, y se le representa llevando en su mano las llaves de los dominios celestiales. Habiendo todos estos servido de modelo para los patriarcas biblicos, han servido además—especialmente Jano—para copia de San Pedro y sus doce Apóstoles, teniendo también el primero, debido á su negación, una faz doble, y siendo también representado con las llaves del Paraiso en la mano.

La afirmación de que la historia de Noé no es más que una versión en su significado oculto de la historia de Adam y sus tres hijos, se halla corroborada en cada una de las páginas del *Génesis*. Adam es el prototipo de Noé. Adam *cae* porque come el fruto prohibido del conocimiento *celestial*; Noé porque gusta el fruto *terrestre*: el zumo de la vid representa el abuso del conocimiento en una mente desequilibrada. Adam se ve despojado de su envoltura celeste y Noé de sus vestiduras terrestres, y ambos se sienten avergonzados de la *desnudez* en que se ven. El crimen de Caín se encuentra repetido por Cam. Pero los descendientes de ambos son presentados como las razas más sabias de la tierra; por cuyo motivo se les llamaba «serpientes», y los «hijos de serpientes», significando á los *hijos de la sabiduría*, y no de Satán, como algunos teólogos desearían que el mundo comprendiese. La enemistad entre la «serpiente» y la «mujer» solo tiene lugar en este mortal y fenomenal «mundo del hombre», como «nacido de la mujer». Antes de la caída en la carne, la «serpiente» era Ophis, la divina sabiduría que no necesitaba á la materia para procrear hombres, siendo la humanidad completamente espiritual. De aquí la guerra entre la serpiente y la mujer, ó sea entre el espíritu y la materia. Si en su aspecto material la «antigua serpiente» es materia y representa Ophiomorphos, en su significación espiritual

(1) Los libros del Talmud dicen que el mismo Noé era la *paloma* (espíritu), identificándole así todavía más con el Nouah Caldeo. Baal es representado con alón de paloma, y los Samaritanos adoraban en el monte Gerizim la imagen de una paloma. «Talmud, Tract. Chalin», fol. 6, col. 1.

se convierte en Ophis-Christos. En la magia de los antiguos Sirio-Caldeos, ambos están unidos con el signo zodiacal del andrógino de Virgo-Scorpio, y pueden ser *divididos* ó separados siempre que sea necesario. Así es que, como el origen del «bien y del mal», la significación de las SS y ZZ siempre ha sido intercambiable; y aunque en algunas ocasiones las SS en sellos y talismanes son sugestivas de mala influencia serpentina y denotan un designio de magia *negra* sobre otros, también la doble SS se encuentra en los vasos sacramentales de la Iglesia y significan la presencia del Espíritu Santo, ó pura sabiduría.

Los Madianitas eran conocidos como los hombres *sabios*, ó hijos de serpientes, lo mismo que los Canaanitas y Camitas; y era tal la fama de los Madianitas que vemos á Moisés, *el profeta guiado y conducido por «el Señor»*, inclinándose ante Hobab, el hijo de Raguel, el *Madianita*, y suplicándole que permanezca con el pueblo de Israel: «No nos abandones, yo te lo ruego; puesto que tú sabes cómo debemos acampar EN EL DESIERTO, puedes servirnos de guía» (1). Más adelante, cuando Moisés envía espías á examinar la tierra de Canaan, éstos traen, como prueba de la sabiduría (kabalísticamente hablando) y bondad del país, una rama con *un racimo de uvas* que se ven obligados á conducir dos hombres con una pértiga. Además, añaden ellos: «hemos visto allí á los hijos de ANAK». Los hijos de Anak son los gigantes, «*los cuales proceden de los gigantes*» (2), y nosotros éramos á nuestra propia vista así como á la suya á manera de cigarrones» (3).

Anak es Enoch, el Patriarca que *no muere*, y que es el primer poseedor del «nombre adorable», según la kábala y el ritual de la Francmasonería.

Comparando á los patriarcas Bíblicos con los descendientes de Vaiswasvata, el Noé Indo, y con las antiguas tradiciones Sánscritas acerca del diluvio, existentes en el *Mahábhârata* Brahmánico, les encontramos reflejados en los Patriarcas Valdicos, los cuales son los tipos primitivos sobre los que todos los demás han sido modelados. Pero antes de que la comparación sea posible, deben los mitos Indos ser comprendidos en su verdadero significado. Cada uno de estos míticos personajes tiene además un significado astronómico, uno espiritual ó moral y otro antropológico ó físico. Los Patriarcas no son únicamente dioses euhemerizados—correspondiendo los prediluvianos á los *doce* grandes dioses de Berosio, y á los *diez* Prajapatis, y los post-diluvianos á los siete dioses de la famosa tablilla de

(1) «Números» x, 29, 31.

(2) La Biblia se contradice, lo mismo que los anales Caldeos, puesto que en el capítulo vii del Génesis dice que «todos perecieron» en el diluvio.

(3) Números xiii.

la Biblioteca de Ninive,—sino que son además los símbolos de los Æons Griegos, de los Sephiroth kabalísticos y de los signos zodiacales, así como los tipos de una serie de razas humanas (1). Esta variación de diez á doce se explicará ahora apoyándose en la misma autoridad de la Biblia. No son los dioses descritos por Cicerón (2), que pertenecen á la jerarquía de los poderes más elevados, los Elohim, sino que corresponden más bien á la segunda clase de los «doce dioses», los *Dii Minores*, que son las reflexiones terrestres de los primeros, entre los cuales Herodoto coloca á Hércules (3). De entre el grupo de los doce, solo Noé, por hallarse en el punto de transición, pertenece á la más elevada tríada Babilónica, Noé, el espíritu de las aguas. El resto son idénticos á los dioses inferiores de Asiria y de Babilonia, los cuales representaban el orden inferior de las emanaciones, colocados bajo la dirección de Bel, el Demiurgo, para auxiliarle en su obra del mismo modo que se representa á los patriarcas ayudando á Jehovah—El «Señor Dios».

Además de éstos, muchos de los cuales eran dioses *locales*, las deidades protectoras de ciudades y ríos, había las cuatro clases de genios que según la visión de Ezekiel sostienen el trono de Jehovah. Un hecho que, si identifica al «Señor Dios» Judío con uno de la trini-

(1) No acertamos á comprender por qué el clero—especialmente el Católico—se opone á nuestra afirmación de que los patriarcas son signos del zodíaco, así como los antiguos dioses de los «paganos». Aún no hace dos siglos que el mismo clero demostraba el más ferviente deseo de volver al culto del sol y de las estrellas. Esta piadosa y curiosa tentativa hace solo algunos meses que fué hecha pública por Camilo Flammarion, el astrónomo Francés. Presenta á dos jesuitas de Augsburgo, Schiller y Bayer, que estaban muy ansiosos de cambiar los nombres de toda la hueste Sabeana de los estrellados cielos y adorarles de nuevo bajo nombres Cristianos! Habiendo anatematizado á los idólatras adoradores del sol durante más de quince siglos, la Iglesia se propuso entonces restaurar formalmente la idolatría—á la letra esta vez—pues su idea era cambiar los mitos Paganos bíblicos en (según sus designios) verdaderos personajes. Habrían llamado al Sol, Cristo; á la Luna, Virgen María; á Saturno, Adam; á Júpiter, Moisés (!); á Marte, Joshua; á Venus, Juan el Bautista; y á Mercurio, Elías. Y después de todo, sustitutos muy apropiados que hubieran demostrado el gran parentesco de la Iglesia Católica con la antigua literatura Pagana y Kabalística, y que hubieran quizás al fin puesto de relieve el origen de donde proceden sus mitos. Porque no es acaso el sol, el Rey Mesías, el Demiurgo de los heliólatras, bajo nombres distintos? No es el Osiris Egipto y el Apolo Griego? Y qué mejor nombre que el de Virgen María, para la Pagana Diana-Astarté, la «Reina de los Cielos», contra la cual agotó Jeremías todo un vocabulario de imprecaciones? Una adopción semejante hubiera sido correcta tanto bajo el punto de vista histórico como religioso. Se confeccionaron dos grandes placas, dice Flammarion, en un número reciente de *La Nature*, que representaban los cielos, con las constelaciones Cristianas en lugar de las Paganas. Apóstoles, papas, santos, mártires y personajes del Antiguo y Nuevo Testamento completaban este Cristiano Sabeanismo. «Los discípulos de Loyola pusieron en juego todos los medios para que este proyecto se realizara». Es curioso encontrar en la India, entre los Musulmanes, el nombre de Terah, el padre de Abraham, Azar ó Azarh, y Azur, el cual también significa fuego, y que es al mismo tiempo el nombre del tercer mes solar Indo (de Junio á Julio), durante el cual el Sol está en Géminis y la luna llena cerca de *Sagitario*.

(2) Cicerón: «De Nat. Deo», 1, 13.

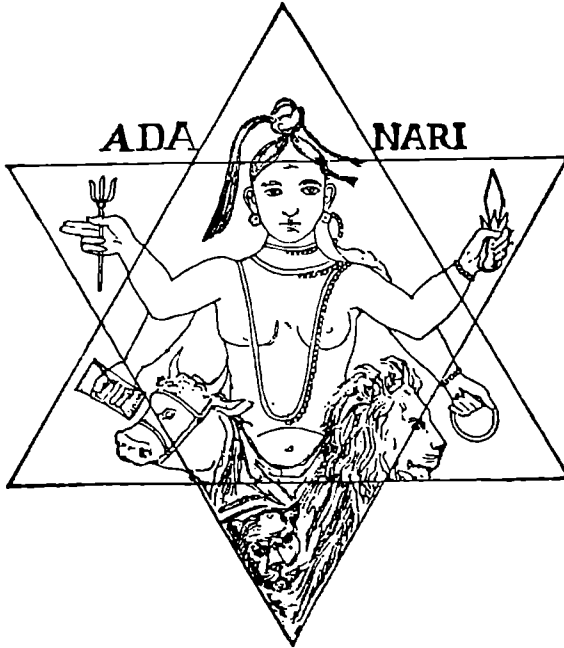
(3) «Herodoto» II, 145.

dad Babilónica, relaciona al mismo tiempo al Dios Cristiano actual con la misma tríada, puesto que, como recordará el lector, estos cuatro querubines son aquellos sobre los cuales, según Ireneo, es llevado Jesús, y á quienes se presenta como compañeros de los evangelistas.

El origen Indo-Kabalístico de los libros de *Ezekiel* y de la *Revelación* en nada se halla tan claramente demostrado como en la designación de las cuatro bestias, que simbolizan á los cuatro reinos elementales: tierra, aire, fuego y agua. Como es bien sabido, ellas son las esfinges Asirias, pero estas figuras están también esculpidas en los muros de casi todas las pagodas Indas.

El autor de la *Revelación* copia fielmente en su texto (véase capítulo IV, versículo 7) el pentágono Pitagórico, cuyo admirable diseño trazado por Levi reproducimos más adelante. La diosa Inda Adanari (ó, como con más propiedad podría escribirse, Adonari, desde el momento en que la segunda *a* es pronunciada casi como la *o* Inglesa), está representada rodeada por las mismas figuras. Es exactamente igual á la «rueda de Adonai», de Ezekiel, conocida como el «Querubin de Ezekiel», é indica, sin ningún género de duda, la fuente de donde el vidente Hebreo tomó sus alegorías. Para que la comparación resulte más evidente, hemos colocado las figuras dentro del pentágono (véase más adelante).





Sobre estas bestias estaban los ángeles ó espíritus divididos en dos grupos: los Igili, ó seres celestiales, y los Am-anaki, ó espíritus terrestres, los gigantes, hijos de Anak, de quienes los espías se quejaron á Moisés.

La *Kábbala Denudata* da á los kabalistas una muy clara, y á los profanos, una muy confusa relación de las permutaciones ó substituciones de una persona por otra. Así, por ejemplo, dice que la «centella» (chispa espiritual ó alma) de Abraham procedía de Michael, el jefe de los Æons, y la más elevada emanación de la Deidad; tan elevada, á la verdad, que, á los ojos de los Gnósticos, Michael era idéntico á Cristo. Y sin embargo, Michael y Enoch son una sola y misma persona. Ambos ocupan el punto de unión de la cruz del Zodíaco como el «hombre». La centella de Isaac era la de Gabriel, el jefe de la hueste evangélica, y la centella de Jacob procedía de Uriel, llamado «el fuego de Dios»; el espíritu de vista más penetrante de todos los Cielos. Adam no es el Adam Kadmon, sino el Adam *Primus*, el *Microprosopus*. En uno de sus aspectos, este último es Enoch, el patriarca terrestre y padre de Methuselah. Aquel que «fué arrebatado por Dios», y «no murió», es el Enoch espiritual, que simboliza á la humanidad, tan eterna en espíritu como en la carne, si bien esta última *perece*. La muerte es tan solo un nuevo nacimiento, pues el espíritu es inmortal; así, pues, la humanidad no puede morir jamás,

puesto que el *Destructor* se convierte en el *Creador*; Enoch es el tipo del hombre dual, espiritual y terrestre. De aquí el lugar que ocupa en el centro de la cruz astronómica.

Pero era esta idea original de los Hebreos? Creemos que no; todas las naciones que poseían un sistema astronómico, y en especial la India, sentían por la cruz la mayor veneración, puesto que era la base geométrica del simbolismo religioso de sus *avatares*; la manifestación de la Deidad, ó del Creador en su criatura el HOMBRE; de Dios en la humanidad y de la humanidad en Dios como espíritu. Los monumentos más antiguos de Caldea, Persia, é India presentan la cruz doble ó de ocho puntas. Este símbolo, que tan comunmente se encuentra, como todas las demás figuras geométricas de la naturaleza, así en las plantas como en los copos de nieve, ha conducido al Dr. Lundy, en su misticismo super-Cristiano, á llamar algunas flores cruciformes, que forman una estrella de ocho puntas; por la unión de las dos cruces— «*La Profética Estrella de la Encarnación*, que une á los cielos con la tierra, á Dios con el hombre» (1). Esta última sentencia simboliza perfectamente la idea; únicamente el antiguo axioma kabalístico, «tal como es arriba, así es abajo», responde todavía mejor, pues nos revela al mismo Dios para toda la humanidad, y no solamente para un puñado de Cristianos. Es la *Mundana* cruz de los Cielos, repetida en la tierra por medio de las plantas y el hombre dual, reemplazando el hombre físico al «espiritual», en el punto de unión en el cual permanece el místico Libra-Hermes - Enoch. La posición de una mano señalando á los cielos está equilibrada por la otra indicando la tierra; infinitas generaciones abajo, infinitas generaciones arriba; lo visible solo es la manifestación de lo invisible; el hombre de polvo es abandonado al polvo, el hombre de espíritu renace en espíritu; así la humanidad finita es el Hijo del Dios Infinito. Abba es el Padre; Amona la Madre; el Hijo es el Universo. Esta primitiva tríada se halla repetida en todas las teogonías. Adam Kadmon, Hermes, Enoch, Osiris, Krishna, Ormazd ó Cristos son todos uno mismo. Permanecen como *Metatrons* entre el cuerpo y el alma, espíritus eternos que redimen á la carne por medio de la regeneración de la carne *abajo*, y al alma por la regeneración *arriba*, en donde la humanidad se une una vez más con Dios.

Hemos demostrado en otra parte que el simbolo de la cruz ó *Tau* **T** Egipcia era de muchos siglos anterior al periodo asignado á Abraham, el pretendido antepasado de los Israelitas, pues de no ser así no hubiera podido Moisés aprenderlo de los sacerdotes. Y que la Tau era considerada como sagrada tanto por los Judíos como por otras

(1) «Cristianismo Monumental», p. 3.

naciones «Paganas» está demostrado por un hecho en la actualidad admitido así por los teólogos cristianos como por los arqueólogos gentiles. Moisés, en el *Exodo* XII 22, ordena á su pueblo que señale las *jambas y dinteles de sus puertas* con sangre, no fuera que el «Señor Dios» se equivocase y matase á alguno de los de su pueblo escogido, en lugar de los sentenciados Egipcios (1). Y esta señal es una tau! La misma manoseada cruz Egipcia, con la mitad de cuyo talismán Horus resucitaba á los muertos, como se vé en la escultura de una ruina en Philæ. (2) Cuán gratuita es la idea de que todas estas cruces y símbolos eran otras tantas inconscientes profecias de Cristo, se vé plenamente demostrado en el caso de los Judíos, bajo cuyas acusaciones fué Jesús condenado á muerte. Por ejemplo, el mismo sabio autor observa, en el *Cristianismo Monumental*, que «los mismos Judíos reconocían este signo de salvación hasta que despreciaron á Cristo»; y en otro lugar asegura que la vara de Moisés, que empleaba para producir sus milagros ante Faraón, «era, sin duda alguna, esta *crux ansata*, ó algo parecido á la misma, *empleada también por los sacerdotes Egipcios*» (3). Así, pues, la consecuencia lógica sería que: 1.º, si los Judíos adoraban los mismos símbolos que los Paganos, no eran en este caso mejores que ellos; y 2.º, si, estando tan bien versados como estaban en el simbolismo oculto de la cruz, teniendo en cuenta que hacía muchos siglos que esperaban á su Mesías, desecharon sin embargo al Mesías Cristiano y á la cruz cristiana, debe en este caso deducirse que hubo acerca de ambos alguna mala interpretación.

Los que «desecharon» á Jesús como al «Hijo de Dios» no eran ni el pueblo, que no comprendía los símbolos religiosos, ni el puñado de Sadduceos ateos que le condenaron á muerte, sino los mismos que estaban instruidos en la sabiduría secreta, los cuales conocían tanto el origen como la significación del símbolo cruciforme, y que rechazaron así al emblema cristiano como al Salvador del mismo, porque no podían hacerse cómplices de que se hiciese creer al pueblo una tan blasfema impostura.

Casi todas las profecias acerca de Cristo son atribuidas á los Patriarcas y Profetas. Si algunos de estos últimos pueden haber existido como personajes reales, en cambio los primeros son todos ellos un mito. Trataremos de probarlo por medio de la oculta interpretación del Zodíaco, y de las relaciones de sus signos con estos hombres antediluvianos.

(1) Quiénes sino los autores del «Pentateuco» podían haber inventado un Dios Supremo ó su ángel, tan por completo humano, que necesiten una mancha de sangre sobre el dintel de la puerta para impedir que matase á una persona por otra. En cuanto á grosero materialismo, esto sobrepaja á todas las concepciones teistas que conocemos en la literatura Pagana.

(2) Denon: «Egipto», II. pl. 40. No. 8, p. 54.

(3) Páginas 13 y 402.

Si el lector tiene presente las ideas Indas acerca de la Cosmogonía tal como han sido expuestas en el capítulo VI, comprenderá mejor la relación entre los antediluvianos patriarcas bíblicos y aquel enigma para los comentadores, «la rueda de Ezequiel». Así es que debe tenerse presente, 1.º, que el Universo no es una creación espontánea, sino una evolución de materia preexistente; 2.º, que es solamente uno de entre una infinita serie de universos; 3.º, que la eternidad está dividida en grandes ciclos, en cada uno de los cuales, tienen lugar doce transformaciones de nuestro mundo, cuya destrucción parcial es alternativamente ya al fuego, ya al agua. De modo que, cuando un nuevo periodo menor se inicia, la tierra se halla tan cambiada, hasta geológicamente, que en realidad puede considerársela como un nuevo mundo; 4.º, que en estas doce transformaciones, después de cada una de las seis primeras, es la tierra más grosera, y todas las cosas que en la misma existen—incluyendo al hombre—más materiales que en la precedente; mientras que después de cada una de las seis restantes tiene lugar lo contrario, haciéndose así la tierra como el hombre más y más puros y espirituales á cada cambio terrestre; 5.º, que cuando el punto culminante del ciclo es alcanzado, tiene lugar una disolución gradual, siendo destruidas todas las formas vivientes y objetivas. Pero cuando este punto es alcanzado, la humanidad ha llegado á un estado en que lo mismo puede vivir subjetiva que objetivamente. Y no la humanidad sola, sino también los animales, plantas, y cada uno de los átomos. Después de un periodo de reposo, dicen los Buddhistas, cuando un mundo es nuevamente formado, las almas astrales de los animales, y todos los demás seres, excepto las de aquellos que han alcanzado el más elevado Nirvana, vuelven de nuevo á la tierra á terminar sus ciclos de transformaciones y á convertirse en hombres á su vez.

A esta concepción estupenda, los antiguos, para la instrucción del vulgo; la compendiaban en un solo diseño pictórico, el Zodiaco ó cinturón celeste. En lugar de los doce signos hoy día empleados, en un principio el público en general solo conocía diez, á saber: Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo-Scorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis (1). Estos eran exotéricos. Pero además se añadían dos místicos signos, los cuales nadie, excepto los iniciados, comprendía; uno de ellos estaba en el centro ó punto de unión en donde ahora está *Libra*, y el otro en el signo llamado ahora Scorpio, que sigue á Virgo. Cuando se creyó necesario el hacerlos exotéricos, estos dos

(1) En las «Ruinas de los Imperios» de Volney, p. 360, se hace observar que, hallándose Aries en su décimo quinto grado en 1447 antes de Cristo, se sigue de aquí que el primer grado de «Libra» no podía haber coincidido con el equinoccio Vernal antes de 15.194 años antes de Cristo, á los cuales, si añadís 1790 años después de Cristo, resulta que el *Zodiaco* tiene una antigüedad de 16.984 años.



signos secretos fueron añadidos bajo sus denominaciones presentes como velos para ocultar los verdaderos nombres, que daban la clave de todo el secreto de la creación, y divulgaban el origen del bien y del mal.

La verdadera doctrina astrológica Sabeana enseñaba secretamente que en este doble signo estaba oculta la explicación de la gradual transformación del mundo, desde su estado espiritual y subjetivo, al de doble sexo sublunar. Los doce signos estaban por lo tanto divididos en dos grupos. Los seis primeros eran llamados los ascendentes, ó línea del Macrocosmo (el mundo superior espiritual); y los seis últimos, la línea descendente, ó el Microcosmo (el mundo inferior secundario), la mera reflexión del primero, por decirlo así. A esta división se la llamaba la rueda de Ezequiel, y se la completaba del modo siguiente. En primer lugar estaban los cinco signos ascendentes (euhemerizados en patriarcas), Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, y el grupo concluía con Virgo-Scorpio. Luego seguía el punto de vuelta *Libra*. Después del cual, la primera mitad del signo Virgo-Scorpio era copiada y trasladada para conducir al grupo inferior ó descendente del Microcosmo que se dirige á *Piscis*, ó Noé (diluvio). Para hacer esto más claro, el signo Virgo-Scorpio, que aparecía originariamente en esta forma  $\eta\rho$ , se convirtió sencillamente en *Virgo*, y la duplicación  $\eta\rho$ , ó Scorpio, fué colocada en *Libra*, el séptimo signo (el cual es Enoch, ó el angel Metratón, ó el *Mediator* entre el espíritu y la materia, ó Dios y el hombre). Entonces se convirtió en Scorpio (ó Cain), cuyo signo ó patriarca condujo la *humanidad á la destrucción*, según la teología exotérica; pero, según la verdadera doctrina de la sabiduría-religión, indicaba *la degradación de todo el universo en su curso de evolución descendente desde lo subjetivo á lo objetivo*.

Al signo de *Libra* se le considera como una invención posterior de los Griegos, pero generalmente no se cree que aquellos de entre los mismos que estaban iniciados hubiesen verificado un cambio de nombres que contenían la misma idea del nombre secreto, tan solo para beneficio de aquéllos «que sabían», dejando á las masas tan á oscuras como siempre. A pesar de todo, esta invención de *Libra*, ó la balanza, fué una idea magnífica, pues expresaba todo lo que podía decirse sin revelar la verdad entera. Lo inventaron para dar á entender que cuando el curso de la evolución hubo conducido á los mundos al punto más inferior de materialidad, en donde las tierras y sus productos eran más groseros, y sus habitantes más toscos y brutales, el punto de vuelta había sido alcanzado—las fuerzas estaban equilibradas. Al llegar al punto más inferior, la chispa divina del espíritu, que permanecía en el interior, empezó á dirigir sus impulsos hacia arriba. Las balanzas simbolizan aquél equilibrio eterno que

es necesario en un universo de armonía, de equitativa justicia, de equilibrio entre las fuerzas centrifugas y centrípetas, entre la luz y las tinieblas, entre la materia y el espíritu.

*Estos signos adicionales del Zodíaco nos autorizan para decir que el Libro del Génesis, tal como lo encontramos en la actualidad, debe ser de fecha posterior á la invención de Libra por los Griegos; puesto que encontramos los capítulos de las genealogías modeladas de nuevo á fin de que concuerden con el nuevo Zodíaco, en lugar de haberse arreglado éste para que correspondiera con la lista de Patriarcas. Esta adición, y la necesidad de ocultar la verdadera clave, es lo que condujo á los compiladores rabínicos á repetir los nombres de Enoch y de Lamech dos veces, tal como los vemos en la actualidad en la tabla Kenita. Entre todos los libros de la Biblia, solo el Génesis pertenece á una época remotísima. Los demás son todos adiciones posteriores, el más antiguo de los cuales apareció con Hilkiah, quien evidentemente lo arregló con ayuda de Hulda, la profetisa.*

Como que existe más de un significado relacionado con la historia de la creación y del diluvio, decimos nosotros, por lo tanto, que la relación bíblica no puede ser comprendida sin la historia Babilónica referente á los mismos, así como que ninguna de ellas se comprenderá clara y evidente sin esotérica interpretación Brahmánica del diluvio, tal como se encuentra en el *Mahábhárata* y en el *Satápatha-Brahmána*. A los Babilonios fué á quienes les fueron enseñados los «misterios», el lenguaje sacerdotal y su religión por los problemáticos Akkadios, los cuales, según Rawlinson, vinieron de Armenia—pero que no fueron los primeros que emigraron á la India. Aquí la prueba es evidente. Movers demuestra que el Xisuthrus Babilónico ha representado el «sol» en el Zodíaco, en el signo de Acuario, y Oannes, el hombre-pezu, el semi-demonio, es Vishnú en su primer avatar; dando así la clave del doble origen de la revelación bíblica.

Oannes es el emblema de la sabiduría sacerdotal esotérica; viene del mar, puesto que el «gran abismo», el agua, simboliza, como hemos demostrado, á la doctrina secreta. Por esta misma razón los Egipcios deificaban al Nilo, pues era considerado, á consecuencia de sus crecidas periódicas, como el «Salvador» del país. Consideraban también á los cocodrilos como sagrados, por tener su vivienda en el «abismo». Los llamados Camitas han preferido siempre establecerse cerca de los ríos y Océanos. El agua fué el primero de los elementos creados, según algunas antiguas Cosmogonías. El nombre de Oannes es tenido en la mayor veneración en los anales Caldeos. Los sacerdotes Caldeos llevaban un bonete en forma de cabeza de pescado, y una vestidura que representaba el cuerpo de un pescado (1).

(1) Véanse los grabados en «Antiguas Creencias de Inman».

«Thales», dice Cicerón, «asegura que el *agua* es el principio de todas las cosas; y que Dios es aquella Inteligencia que formó y creó todas las cosas del agua» (1).

«En el Principio, el ESPÍRITU que mora dentro sostiene á los Cielos y  
[á la Tierra,  
Al líquido elemento y al brillante globo de la Luna, y además  
A las estrellas titanes; y la inteligencia difundida por los miembros  
Agita á la masa entera y se confunde con la GRAN MATERIA» (2).

Así es que el agua representa la dualidad del Macrocosmos y del Microcosmos en conjunción con el vivificante ESPÍRITU y la evolución del mundo limitado del cosmos universal. El diluvio, pues, en este sentido, se refiere á la lucha final entre los elementos en conflicto, que tuvo lugar á la conclusión del primer gran ciclo de nuestro planeta. Estos periodos se suceden gradualmente uno tras otro, brotando el orden del caos ó desorden, y los tipos sucesivos del organismo son desenvueltos únicamente á medida que las condiciones físicas de la naturaleza están preparadas para su aparición; nuestra raza actual no hubiera podido vivir sobre la tierra durante aquel periodo intermedio, puesto que no poseía todavía los alegóricos trajes de piel (3).

En los capítulos IV y V del *Génesis*, encontramos las llamadas generaciones de Caín y de Seth. Hechémolos una ojeada en el orden según el cual aparecen.

### LÍNEAS DE GENERACIONES

<i>Sethita</i>					<i>Kenita</i>	
1	Adam	} Buen Principio	} Mal Principio	1	Adam	
2	Seth			2	Caín	
3	Enos			3	Enoch	
4	Cainan			4	Irada	
5	Mahalaleel			5	Mehujael	
6	Jared			6	Methusael	
7	Enoch			7	Lamech	
8	Methuselah			8	Jubal	
9	Lamech			9	Jabal	
10	Noah			10	Tubal Caín	

Los anteriores nombres son los diez Patriarcas bíblicos, idénticos á los Pragâpatis (Pradjâpatis) Indos, y á los Sephiroth de la *Kábala*.

(1) Cicerón: «De Nat. Deorum», I, 10.

(2) Virgilio: «Eneida» IV, 724 ff.

(3) La palabra «trajes de piel» es más sugestiva cuando nos enteramos de que la palabra Hebrea «piel», usada en el texto original, significa piel *humana*. El texto dice: «Y *Java Aleim* hizo para Adam y su mujer עֵרַר כְּבִישׁוֹת עֵרַר CHITONOT OUR. La primera palabra Hebrea es la misma que la Griega «χιτών»—chitón—traje. Parkhurst la define como *la piel de hombres* ó de animales. עֵרַר וְ עֵרַרָה y עֵרַרָה OUR, OR, U ORA. La misma palabra es empleada en el *Exodo* xxxiv 30, 35, cuando la *piel* de Moisés «resplandecía» (A. Wilder).

Decimos *diez* patriarcas y no *veinte*, porque la línea Kenita solo fué inventada con el objeto de: 1.º, hacer comprensible la idea de dualismo sobre la cual está fundada la filosofía de todas las religiones, pues estas dos tablas genealógicas representan simplemente los poderes ó principios opuestos del bien y del mal; y 2.º, como un velo para las masas no iniciadas. Nosotros creemos poderlos restituir á su forma primitiva, rasgando estos premeditados velos. Son estos tan transparentes que solo se necesita una pequeña dosis de perspicacia para distinguirlos, aun cuando fuese sin el auxilio de nadie, no nos halláramos como nos hallamos en el caso de poder consultar el texto de la doctrina secreta.

Al desembarazarnos, por lo tanto, de los nombres Kenitas que solo son meros duplicados de los Sethitas, ó éstos lo son de aquéllos, nos desembarazamos de Adam; de Enoch, quien en una genealogía aparece como el padre de Irad, y en otra, como el hijo de Jared; de Lamech, hijo de Methusael, al paso que él, Lamech, es hijo de Methuselah, de la línea Sethita; de Irad (Jared) (1), Jubal y Jabal, los cuales, con Tubal-Cain, forman una trinidad en uno, y este uno el doble de Cain; de Mehujael (el cual es solo Mahalaleel escrito de un modo distinto), y Methusael (Metuhsehlah). Esto nos deja en la genealogía Kenita del capítulo IV un solo Cain, á quien siendo el primer asesino y fratricida se le hace aparecer en su línea como padre de Enoch, el más virtuoso de los hombres, el cual no muere, sino que es arrobado vivo. Volviendo ahora á la tabla Sethita, vemos que Enos, ó Enoch, viene el *segundo* después de Adam, y es el padre de Cain (an). Esto no es casual. Había una razón evidente para esta inversión de paternidad: una intención palpable, la de crear confusiones y burlar las investigaciones.

Repetimos, pues, que los Patriarcas son sencillamente los signos del Zodíaco, emblemas, en sus múltiples aspectos, de la evolución espiritual y física de las razas humanas, de épocas, y de divisiones del tiempo. En Astrología, el primer cuatro de las «Mansiones», en los diagramas de las «Doce Mansiones de los Cielos»—principalmente la primera, la décima, la séptima y la cuarta, ó el segundo cuadrado interno colocado con sus ángulos hacia arriba y abajo—son llamadas

(1) Aquí, de nuevo, la «Masorah», convirtiendo un nombre en otro, ha contribuido á falsificar lo poco que de original se había dejado en las primitivas Escrituras.

De Rossi, de Parma, dice de los Masoréticos, en su «Compendis», vol. IV, p. 7: «Sabida es la escrupulosidad con que Esdras, el mejor crítico que han tenido, *reformó* (el texto), lo *corregió* y lo volvió á su primitivo esplendor. De las muchas revisiones después de él emprendidas, ninguna es más celebrada que la de los Masoréticos que aparecieron después del siglo sexto... y todos los más celosos adoradores y defensores de la «Masorah», Cristianos y Judíos... ingenuamente convienen y confiesan que, tal como ella es, es *deficiente, imperfecta, interpolada, llena de errores, y el más inseguro de los guías*». La letra cuadrada no fué invertida hasta después del siglo tercero.

*ángulos*, por hallarse dotadas de la mayor fuerza y poder. Corresponden á Adam, Noé, Caín-an, y Enoch, Alfa, Omega, mal y bien, conteniendo el todo. Además, cuando divididas (incluyendo los dos nombres secretos) en cuatro triángulos ó tríadas, á saber: ignea, aérea, terrena y acuosa, vemos que esta última corresponde á Noé.

Enoch y Lamech estaban repetidos en la tabla de Caín para completar el número diez requerido en «ambas generaciones» de la *Biblia*, en lugar de emplear el «Nombre Secreto»; y, con objeto de que los patriarcas correspondiesen con los diez Sephiroth Kabalísticos, y concordasen al mismo tiempo con los diez y después *doce* signos del Zodíaco, de una manera solo comprensible para los kabalistas.

Ahora bien, habiendo Abel desaparecido de aquella línea de descendencia, es reemplazado por Seth, cuyo hecho fué indudablemente debido á un pensamiento posterior hijo de la necesidad de hacer constar que no toda la humana raza descendía de un asesino. Es evidente que, habiéndose notado por vez primera esta dificultad, cuando ya la tabla Kenita había sido completada, se hace que Adam (después de haber aparecido todas las generaciones) enjendre á este hijo, Seth. Es un hecho sugestivo el que, mientras el Adam de doble sexo del capítulo V es formado á semejanza de los *Elohim* (véase *Génesis*, capítulo I 27 y V 1 del mismo), Seth (V 3) es engendrado á la misma «semejanza» de Adam, significando así que existían hombres de diferentes razas. Además, es muy digno de tenerse en cuenta que en la tabla Kenita nada se dice ni con respecto á la época ni á ningún otro detalle referente á los patriarcas, al paso que en la línea Sethita sucede todo lo contrario.

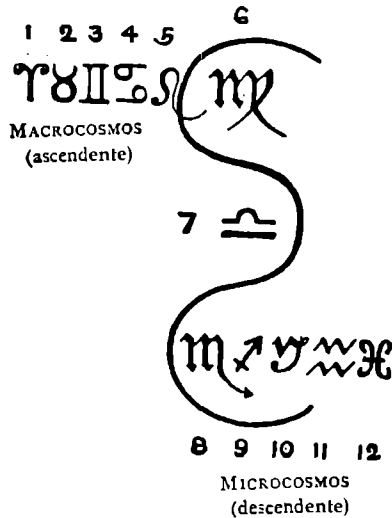
Seguramente que nadie podía esperar encontrar, en una obra que era del dominio público, los misterios finales de aquello que durante siglos innumerables fue guardado como el mayor secreto del santuario. Pero sin divulgar la clave á los profanos, y sin que se nos pueda tachar de indiscretos, se nos puede permitir que levantemos una punta del velo que cubre á las majestuosas doctrinas de la antigüedad. Describamos, pues, á los patriarcas tal como deberían estar en su relación con el Zodíaco, y veamos cómo corresponden con los signos. El diagrama siguiente representa la rueda de Ezekiel tal como es presentada en muchas obras, y entre otras, en *Los Rosacruces* de Hargrave Jennings.

Estos signos están en el orden siguiente.

1, Aries. 2, Tauro. 3, Géminis. 4, Cáncer. 5, Leo. 6, Virgo, ó sea la línea *ascendente* del gran ciclo de creación. Después de este signo el 7, *Libra*—«hombre»—, el cual, aunque se encuentra precisamente en el centro, ó punto de intersección, conduce hacia abajo á los números:

8, Scorpio. 9, Sagitario. 10, Capricornio. 11, Acuario, y 12, Piscis.

## RUEDA DE EZEQUIEL (exotérica)



Al ocuparse del doble signo de Virgo-Scorpio y Libra, Hargrave Jennings observa (p. 65):

«Todo esto es incomprensible, excepto en el extremo misticismo de los Gnósticos y Kabalistas; y toda la teoría requiere una clave que la explique para hacerla inteligible; esta clave acerca de cuya existencia solo se refieren de una manera vaga y confusa, es constante y absolutamente negada por estos hombres extraordinarios; puesto que no es permitido divulgarla».

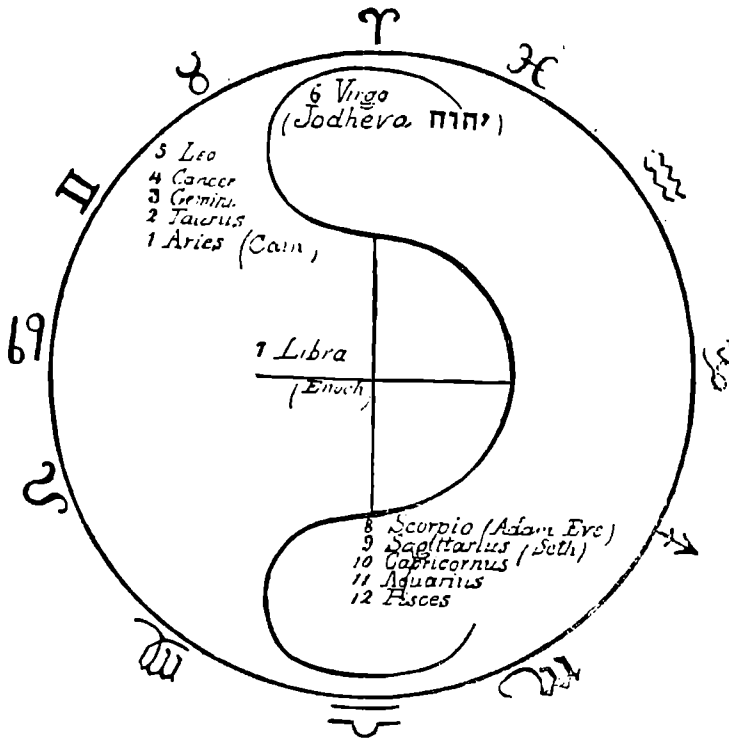
A dicha clave debe comprendérsela de *siete* modos distintos antes de que el entero sistema pueda ser comprendido. Nosotros solo la expondremos de un modo, permitiendo que con ello perciba el profano un vislumbre del misterio. Feliz aquél que comprende el todo!

Para explicar la presencia de Jodheva (ó Yodheva), ó sea el nombre que generalmente se dá al tetragrama יהוה, y la de Adam y Eva, bastará recordar al lector los siguientes versículos del *Génesis* con su interpretación literal inserta entre paréntesis.

1. «Y Dios (Elohim) creó al hombre á su (su) propia imagen..... varón y hembra él los (le) creó»—(Cap. I 27).
2. «Varón y hembra él los (le) creó..... y llamó *su* (su) nombre ADAM». (v 2).

Cuando se toma al ternario al principio del tetragrama, expresa la creación divina *espiritualmente*, ó sea, sin ningún pecado carnal; tomado en su sentido inverso, expresa esto último; y es femenino. El nombre de Eva está compuesto de tres letras, el del Adam primitivo ó celeste está escrito con una sola letra, Jod ó Yodh; por lo tanto no

## RUEDA DE EZEQUIEL (esotérica)



debe leerse Jehová, sino *Ieva*, ó Eva. El Adam del primer capítulo es el Adam espiritual, Adam Kadmon, y por lo tanto andrógino puro. Cuando la mujer sale de la costilla izquierda del segundo Adam (de polvo), la pura *Virgo* se separa, y, «cayendo en la generación», ó ciclo descendente, se convierte en *Scorpio* (1), emblema del pecado y de la materia. Mientras que el ciclo ascendente se refiere á las razas puramente espirituales, ó á los diez patriarcas pre-diluvianos (los Pradjâpatis, y los Sephiroth)(2), que son guiados por la misma Deidad creadora, la cual es Adam Kadmon ó Yodheva, de estas razas terrestres, una de las más inferiores es la guiada por Enoch ó *Libra*, el *séptimo*; quien, á causa de ser semi-divino y semi-terrestre, se ha dicho que fué arrebatado vivo por Dios. Enoch, Hermes, ó *Libra* son uno. Todos ellos son las balanzas de la armonía universal; la justicia y el equilibrio están colocadas en el punto central del Zodíaco. El gran

(1) Scorpio es el signo astrológico de los órganos de la reproducción.

(2) Todos los patriarcas son en sus números mutua y reciprocamente cambiables. Según sea á lo que se refieren, se convierten en diez, cinco, siete, doce, y hasta en catorce. Todo el sistema es tan complicado que en una obra como esta solo es posible hacer alguna que otra insinuación sobre ciertas materias.

círculo de los ciclos, tan bien descrito por Platón en su *Timæus*, simboliza al desconocido como unidad; y los círculos menores que forman la cruz, por medio de su división en el plano del anillo zodiacal, simbolizan, en el punto de su intersección, á la vida. Las fuerzas centrípeta y centrífuga, como símbolos del Bien y del Mal, del Espíritu y la Materia, de la Vida y de la Muerte, son también las del Creador y Destructor, Adam y Eva, ó Dios y el Diablo, como se dice en lenguaje vulgar. Tanto en los mundos subjetivos como en los objetivos, son los dos poderes que, gracias á su eterno conflicto, mantienen en armonía al universo del espíritu y de la materia. Ellos obligan á los planetas á proseguir en su curso, y los mantienen en sus órbitas elípticas, trazando así la cruz astronómica en su revolución al través del Zodíaco. En su conflicto, si la fuerza centrípeta prevaleciese, arrastraría á los planetas y á las almas vivientes hacia el sol, símbolo del invisible Sol Espiritual, el Paraátma ó gran Alma universal, su padre; mientras que la fuerza centrífuga lanzaría á las soledades del espacio, así á los planetas como á las *almas*, lejos de la luz del universo objetivo, fuera del reino espiritual de salvación y de vida eterna, y al caos de la final destrucción cósmica y anihilación individual. Pero la *balanza* está allí siempre sensible en el punto de intersección: Ella regula la acción de ambos combatientes, cuyos esfuerzos combinados es lo que obliga á los planetas y á las almas vivientes á proseguir una doble línea diagonal en su revolución al través del Zodíaco y de la Vida; y conservando así una armonía estricta entre el cielo y la tierra, visible é invisible, la forzada unidad de ambos reconcilia al espíritu con la materia, y se dice que Enoch permanece ante Dios como «Metratón». Contando desde Enoch hasta Noé y sus tres hijos, cada uno de ellos representa un nuevo «mundo», ó sea, nuestra tierra, que es el séptimo (1), el cual, después de cada periodo de transformación geológica, dá origen á otra raza distinta de hombres y seres.

Caín guía la línea ascendente, ó Macrocosmo, porque es el Hijo del «Señor», no de Adam. (*Génesis IV 1*) El «Señor» es Adam Kadmon,

(1) Véase el Vol. 1 de la presente obra, p. 95. Solo el computo Indo por medio del Zodíaco puede dar la clave de las cronologías Hebreas y épocas de los patriarcas. Si tenemos presente que, según los primitivos cómputos astronómicos y cronológicos de los manvantaras (ó épocas divinas), cada uno de los cuales compuesto de *doce* mil años de los devas, multiplicados por setenta y uno, forma un *periodo* de la creación, no han pasado por completo *siete* todavía, el cómputo Hebreo se hará más claro. Para ayudar en lo posible á aquellos que crean que pueden confundirse al verificar este cálculo, recordaremos al lector que el Zodíaco está dividido en 360 grados, y cada signo en treinta grados; que en la *Biblia Samaritana*, la época de Enoch está fijada en 360 años; que en «Manú», las divisiones del tiempo están dadas de este modo: «El día y la noche están compuestas de treinta *Mouhourta*. Un mouhourta contiene treinta *Kalás*. Un mes de los mortales es de treinta días, pero es *un solo* día de los meses pitris... Un año de los mortales es un solo día de los años Devas».



Cain, el Hijo del pensamiento culpable, no la progenie de carne y sangre. Seth, por otra parte, es el guía de las razas de la tierra, porque es el Hijo de Adam, y engendrado «á su propia semejanza, según su imagen». (*Génesis v 3*). Cain es *Kenu*, Asirio, y significa el mayor, mientras que la palabra Hebrea חָקֵף significa un herrero, un artífice.

Nuestra ciencia demuestra que el globo ha pasado al través de cinco distintas fases geológicas, cada una de las cuales está caracterizada por un diferente estrato, y éstas son, en orden invertido, empezando por la última: 1.º El periodo Cuaternario, en el cual la aparición del hombre es un hecho evidente. 2.º El periodo Terciario, en el cual el hombre *puede haber* aparecido. 3.º El periodo Secundario, el de los gigantescos Saurios, los megalosauros, ichtiosauros, y plesiosauros—*ningún vestigio del hombre*. 4.º El periodo Paleozoico, el de los Crustáceos gigantescos. 5.º (ó primero) El periodo Azoico, durante el cual asegura la ciencia que la vida orgánica no había aparecido todavía.

¿Y no hay la posibilidad de que hubiese existido un periodo, y varios periodos, en los cuales el hombre *existió*, y que, no siendo todavía un ser orgánico, no puede, por lo tanto, dejar huella alguna de sí mismo para la ciencia exacta? El *Espíritu* no deja tras sí esqueletos ó fósiles, y en realidad pocos son los hombres que duden de que el hombre pueda vivir objetiva ó subjetivamente sobre la tierra. De todos modos, la teología de los Brahmanes, venerable por su antigüedad, y que divide á los periodos de la formación de la tierra en cuatro épocas, y coloca entre cada una de estas un transcurso de tiempo de 1.728.000 años, está mucho más de acuerdo con la ciencia oficial y los descubrimientos modernos que los absurdos datos cronológicos promulgados por los Concilios de Nicea y Trento.

Los nombres de los Patriarcas no eran Hebreos, aunque pueden haber sido hebreizados posteriormente: eran evidentemente de origen Asirio ó Ario.

Así el nombre Adam, por ejemplo, se usa en la Kábala como un término convertible y se aplica á casi todos los demás patriarcas, como todos los Sefhirot á cada Sefhira, y *vice-versa*. Adam, Cain y Abel constituyen la primera tríada de los *doce*. Comprenden al árbol Sefhiral, de la Corona, Sabiduría é Inteligencia; y en astrología á los tres triángulos, el igneo, el terreno, y el aéreo; cuyo hecho, si nos fuera dable dedicarle más espacio del que disponemos para su explicación, demostraría quizás que la astrología merece el nombre de ciencia, lo mismo que cualquiera otra rama de la misma. Adam (Kadmon) ó Aries (Carnero) es idéntico á Amun, el Dios Egipcio con cabeza de carnero construyendo al hombre con el torno de alfarero. Su duplicado, por lo tanto, ó sea el Adam de polvo, es también Aries,

Amón, cuando se halla á la cabeza de su progenie, puesto que también él construye mortales á «su propia semejanza». En Astrología, el planeta Júpiter está relacionado con la «primera mansión» (Aries). El color de Júpiter, tal como era visto en las «fases de las siete esferas», en la torre de Borsippa, ó Birs Nimrud, era *rojo* (1); y el Adam Hebreo significa אדם «rojo», tanto como «hombre». Aquí el dios Indo que preside en el signo de Piscis, próximo al de Aries en su relación con los doce meses (Febrero y Marzo) (2), está pintado de rojo oscuro, con dos caras (varón y hembra), tres piernas y siete brazos, formando el conjunto el número doce. Así también Noé (Piscis), que en el linaje ó descendencia aparece como el duodécimo patriarca, contando á Caín y Abel, es también Adam bajo otro nombre, puesto que es el predecesor de una nueva raza humana; y con sus «tres hijos», uno de ellos malo, el otro bueno y el tercero participando de ambas cualidades, es la reflexión terrestre del Adam super-terrestre y sus tres hijos. Agni es representado montado sobre un carnero y con una tiara coronada por una cruz (3).

El que Caín presida sobre el signo Tauro (Toro) del Zodíaco es también muy significativo. Tauro pertenece al triángulo terrestre, y á propósito de este signo, no estará fuera de lugar el recordar al estudiante una alegoría del *Avesta* persa. La historia cuenta que Ormazd produjo un ser—origen y tipo de todos los seres universales—llamado VIDA, ó Toro en el *Zend*. Ahrimán (Caín) mata á este ser (Abel), de cuya semilla (Seth) se producen nuevos seres. Abel, en Asirio, significa *hijo*, pero en Hebreo אבל indica algo efímero, que no tiene larga vida, *sin valor*, y también «un ídolo Pagano» (4), así como Kain significa una *estatua hermaica* (una columna, el símbolo de la generación). Del mismo modo Abel es el duplicado femenino de Caín (masculino), pues son gemelos y probablemente andróginos; este último simboliza á la Sabiduría, y el primero á la Inteligencia.

Lo mismo sucede con todos los demás patriarcas. Enos אנוש es *Homo* también, un hombre, ó el mismo Adam, y Enoch según se convenga; y קַיִן *Kain-an* es idéntico á Caín. Seth נש es Teth, ó Thoth, ó Hermes; y esta es sin duda la razón por la que Josepho, en su primer libro (cap. 3), presenta á Seth tan instruido en astrología, geometría, y en otras ciencias ocultas. Preveyendo el diluvio, dice

(1) Véanse «Diagramas» de Rawlinson.

(2) En el Zodíaco Brahmánico, todos los signos están presididos y dedicados á uno de los doce grandes dioses. Así, pues, 1, Mecha (Aries) está dedicado á Varuna; 2, Vricha (Taurus), á Yama; 3, Mithuna (Géminis), á Pavana; 4, Karkataca (Cáncer), á Sùrya; 5, Sinha (Leo), á Soma; 6, Kanya (Virgo), á Kartikeia; 7, Toulha (Libra), á Kouvera; 8, Vristchica (Scorpio), á Kama; 9, Dhanous (Sagittarius), á Ganesa; 10, Makara (Crapricornius), á Poulhar; 11, Kumbha (Acuarius), á Indra, y 12, Minas (Pisces), á Agni.

(3) «Panteón Indo de Moor», pp. 295-302.

(4) Apolo era también *Abelius* ó Bel.

Josepho, Seth esculpió los principios fundamentales de su arte en dos columnas de ladrillo y piedra, la última de las cuales el mismo Josepho *la vió en Syria, pues en su tiempo aún subsistía*. Así es que Seth es idéntico también á Enoch, á quien los Kabalistas y MASONES atribuyen el mismo hecho; y lo es así mismo con Hermes, ó Kadmus además, puesto que Enoch es idéntico al primero; הניך He-NOCH significa un instructor, un iniciador, ó un iniciado; en la mitología Griega, Inachus. Ya hemos visto el papel que se le hace desempeñar en el Zodíaco.

Mahalaleel, si dividimos esta palabra, y escribimos מהלה *ma-ha-la*, significa tierno, compasivo y por lo tanto se le hace corresponder con el cuarto Sefhira, *Amor ó Compasión*, emanado de la primera triada (1). *Irad*, ירד ó *Iared*, es (menos las vocales) precisamente lo mismo. Si procede del verbo ירד significa *descenso*; si de ארד *arad*, significa progenie, y corresponde así perfectamente con las emanaciones kabalísticas.

*Lamech* למהך no es Hebreo, sino Griego. Lam-ach significa Lam— el padre, y Ou-Lom-Ach es el padre de la época, ó el padre del (Noé) que inaugura una nueva era ó periodo de creación después del *pralaya* del diluvio; Noé es el símbolo de un nuevo mundo, el Reino (Malchuth) de los Sefhirot; de aquí que su padre, que corresponde al noveno Sefhiroth, sea el Fundamento (2). Además, ambos, padre é hijo, corresponden á Acuario y á Piscis en el Zodíaco; y correspondiendo el primero al triángulo aéreo, y el segundo al *acuoso*, cierran así la lista de los mitos bíblicos.

Pero aunque como vemos cada uno de los Patriarcas y Pradjápatís representan en cierto sentido á una nueva raza de seres humanos antediluvianos, y aunque como puede fácilmente demostrarse, son copias de los *Saros* ó épocas Babilónicas, y estos últimos á su vez copias de las diez dinastías Indas de los «Señores de los seres» (3), á pesar de todo podemos incluirlos entre el número de las más profundas alegorías que jamás hayan sido concebidas por el espíritu filosófico.

En el *Nuctemeron* (4), la evolución del universo y de sus sucesi-

(1) Halal es un nombre de Apolo. El nombre de *Mahalal-Eliel* sería entonces el sol otoñal de Julio, y este patriarca preside sobre *Leo*, Julio, el signo zodiacal.

(2) Véase la descripción de los Sefhirot, en el capítulo iv.

(3) Cuán servil era esta  *copia* Caldea puede verse comparando la Cronología Inda con la de los Babilonios. Según Manú, las dinastías antediluvianas de los Pradjápatís, reinaron durante 4.320.000 de años humanos, una entera edad divina de los devas en suma, ó sea aquel periodo de tiempo que invariablemente transcurre entre la aparición y desaparición ó pralaya de la vida sobre la tierra. Los Caldeos á su vez dan exactamente las mismas cifras, menos *una*; ó sea, con sus 120 saros, forman un total de 432.000 años.

(4) Eliphaz Levi la da en ambas versiones, la Griega y la Hebrea, pero tan condensada y de una manera tan arbitraria que es imposible, para uno que esté menos versado que él, el comprenderle.

vos periodos de formación, junto con el desenvolvimiento gradual de las razas humanas, se hallan ilustrados tanto como es posible en las doce «horas» en las que la alegoría está dividida. Cada «hora» simboliza la evolución de un nuevo hombre, y á su vez está dividida en cuatro cuartos ó épocas. Esta obra demuestra cuán completamente la antigua filosofía estaba imbuida con las doctrinas de los Arios primitivos, quienes fueron los primeros en dividir en cuatro edades la vida de nuestro planeta. Si quisiese uno seguir la pista á esta doctrina, desde su origen en la noche del periodo tradicional, hasta el vidente de Patmos, no necesitaría salirse de los sistemas religiosos de todas las naciones. Encontraría á los Babilonios enseñando que en cuatro distintos periodos aparecieron cuatro Oannes (ó Soles); á los Griegos, Romanos y á otros, creyendo firmemente en las edades de oro, plata, cobre y hierro, cada una de cuyas épocas es precedida por la aparición de un Salvador. Los cuatro Buddhas de los Indos, y los tres profetas de los Zoroastrianos—Oshedar-Cami, Oshedar-mah, y Sosiosh—precedidos por Zaratustra son los tipos de estas épocas.

En el mismo principio de la *Blibia* se nos dice que, *antes de que los hijos de Dios vieran á las hijas de los hombres*, éstos vivían de 365 á 969 años. Pero que cuando el «Señor Dios» vió las iniquidades de los hombres, decidió concederles todo lo más 120 años de vida (*Génesis* VI 3.) Solo es posible comprender esta violenta oscilación en la duración de la vida humana, buscando esta decisión del «Señor Dios» en su origen. Las incongruencias que á cada paso encontramos en la *Biblia* solo pueden ser atribuidas al hecho de que el libro del *Génesis* y los demás libros de Moisés fueron amañados y reconstruidos por más de un autor; y que en su estado original eran, excepción hecha de la forma externa de las alegorías, fieles copias de los libros sagrados Indos. En *Manú*, libro I, encontramos lo siguiente:

«En las épocas primitivas, ni las enfermedades ni los sufrimientos eran conocidos. Los hombres vivían cuatro siglos».

Esto sucedía en la Krita ó Satya-Yuga.

«La Krita-Yuga es el tipo de la justicia. El Toro que se mantiene firme sobre sus cuatro piernas es su imagen; el hombre permanece fiel á la verdad, y el mal no es el que impulsa todavía sus acciones» (1). Pero en cada una de las edades siguientes, la primitiva vida humana disminuye en una cuarta parte de su duración, esto es, durante el Treta Yuga el hombre vive 300 años, en Dwapara-Yuga 200, y en Kali-Yuga, ó sea la presente época, solo 100 años á lo sumo por regla general. Noé hijo de Lamech—Ou-Lom-Ach, ó padre de la época—es la desnaturalizada copia de *Manú*, hijo de Swayambhu, y los

(1) Véase la disertación de Rabbi Simeón acerca del primitivo hombre toro, y de los cuernos. «Sohar».

seis Manús ó Rishis salidos del «primer hombre» Indo son los originales de Terah, Abraham, Isac, Jacob, José y Moisés, los sabios hebreos, quienes, empezando con Terah, se pretendió que todos habían sido astrólogos, alquimistas, profetas inspirados y adivinos; ó, para decirlo en un lenguaje más profano, aunque más claro, magos.

Si consultamos la Talmudística *Mishná*, encontramos allí á la primera pareja divina emanada, al andrógino Demiurgo Chochmah (ó Hachma Achamoth) y á Binah, construyendo una casa con *siete* columnas. Ellos son los arquitectos de Dios—Sabiduría é Inteligencia—y Su «compás y escuadra». Las *siete* columnas son los *siete* mundos futuros, ó los típicos *siete* «días» primordiales de la creación.

«Chochmah inmola á sus víctimas». Estas víctimas son las innumerables fuerzas de la naturaleza, que deben «morir» (agotarse) *con objeto de que puedan vivir*.

Cuando una fuerza muere, es solo para dar nacimiento á otra fuerza, que es su progeñe. Muere, pero vive en sus hijos, y resucita á cada *séptima* generación. Los servidores de Chochmá, ó sabiduría, son las almas de H - Adam, pues en él permanecen todas las almas de Israel.

*Doce* horas contiene el día, dice la *Mishná*, y durante las mismas tiene lugar la creación del hombre. ¿Sería esto comprensible, si no tuviésemos á Manú, que nos enseña que este día comprende las cuatro edades del mundo, y que su duración equivale á *doce mil* años divinos de los Devas?

«Los Creadores (Elohim) trazan en la segunda hora el contorno de una forma de hombre más material. La dividen en dos, y de esta suerte preparan la división de los sexos. Tal es la manera como los Elohim han procedido con referencia á todas las cosas creadas»(1). «Todos los peces, aves, plantas, animales y hombres eran andróginos á la primera hora».

El gran comentador, Rabbi Simeón, dice:

«Oh, amigos, amigos, el hombre como emanación era á la par hombre y mujer; lo mismo por el lado del PADRE que por el lado de la MADRE. Y este es el sentido de las palabras, y los Elohim dijeron, Hágase la Luz, y la Luz fué hecha!.... y este es el hombre doble! (2)».

Era necesario una mujer espiritual para formar contraste con el hombre espiritual. La Harmonía es la ley Universal.

Traduciendo Taylor un discurso de Platón acerca de la Creación, le hace decir acerca de este universo que «Él fué la causa de que gire circularmente..... Cuando, á causa de esto, aquél Dios que es una Divinidad eternamente razonadora pensó en aquél Dios (hombre)

(1) «El Nuctameron de los Hebreos»; véase Eliphaz Levi, vol. II.

(2) «Auszuge aus dem Sohar», p. 13, 15.

que estaba destinado á subsistir durante un cierto periodo de tiempo, Él produjo su cuerpo suave é igual, y todas sus porciones iguales y completas á contar desde el centro, y le hizo perfecto. A este círculo perfecto del Dios creado *Él lo cortó en la forma de la letra X*.

Los párrafos de estas dos sentencias del *Timæus*, escritos en letra cursiva, pertenecen al Dr. Lundy, el autor de la notable obra antes mencionada, *Cristianismo Monumental*; y se llama la atención hacia las palabras del filósofo Griego, con el evidente propósito de darles el carácter profético que á las mismas dió Justino Mártir, al acusar á Platón de haber copiado su fisiológica discusión en el *Timæus*... referente al Hijo de Dios colocado en cruz al través del Universo, de Moisés y su serpiente de bronce. El ilustradro autor parece dar á estas palabras el carácter de una profecía impremeditada, aunque no nos dice si cree que, como el Dios creado de Platón, Jesús era originariamente una esfera, «suave é igual, y todas sus porciones iguales y completas á contar desde el centro». Aun cuando la perversión de Platón por Justino Mártir fuese excusable, debe saber el Doctor Lundy que los días en que esta especie de casuística podían usarse, largo tiempo hace que han pasado. Lo que el filósofo quería dar á entender era que el *hombre*, antes de hallarse aprisionado por la materia, no tenía necesidad de miembros, pues era una entidad puramente espiritual. De aquí que si la Deidad, y su universo, y los cuerpos estelares deben ser concebidos como esferoidales, esta forma sería la del hombre arquetipo. A medida que su envoltura se hizo más grosera, los miembros se hicieron necesarios, por lo tanto aparecieron. Si imaginamos á un hombre con las piernas y brazos extendidos en un mismo ángulo y lo apoyamos contra el círculo que simboliza su forma precedente como espíritu, obtendremos la misma figura descrita por Platón—la cruz X dentro del círculo.

Todas las leyendas de la creación, de la caída del hombre, y su resultante, el diluvio, pertenecen á la historia universal, y no son más la propiedad de los Israelitas que la de otra nación cualquiera. Lo que especialmente les pertenece (exceptuando los kabalistas) son solo los detalles desfigurados de todas las tradiciones. El *Génesis* de Enoch es de con mucho anterior á los libros de Moisés (1), y Guillermo Postel lo ha presentado al mundo, explicando sus alegorías hasta donde le ha sido posible; pero su origen se ignora todavía.

Para los Judíos, el *Libro de Enoch* es tan canónico como los libros Mosaicos; y si los Cristianos aceptaron á estos últimos como á una

(1) Tal es la opinión del erudito Dr. Yost y Donaldson. Los Libros del Antiguo Testamento, tal como en la actualidad los vemos, parecen haber sido concluidos sobre 150 años antes de Cristo... Los Judíos buscan en la actualidad los otros libros, que se perdieron durante las guerras y forman con ellos una colección (Ghillany: «Menschenopfer der Hebräer», p. 1). «Soq, el Hijo del Hombre». Apéndice.

autoridad, no vemos la razón por que debieron desechar al primero como apócrifo. Ni la edad del uno ni la de los otros puede determinarse con exactitud.

Cuando la dispersión de los Samaritanos, éstos solo reconocieron los libros de Moisés y el de Joshua, dice el Dr. Jost (1). En 168 antes de Cristo, el templo de Jerusalén fué saqueado y todos los libros sagrados destruidos (2). Por lo tanto, los pocos manuscritos que quedaron solo podían encontrarse entre los «instructores de la tradición». Los Tanaims kabalistas y sus iniciados y profetas habían siempre puesto en práctica sus enseñanzas en común con los Cananitas, los Camitas, Madianitas, Caldeos, y con todas las demás naciones. La historia de Daniel es una prueba de ello.

Hasta donde alcanza la memoria del hombre, entre los kabalistas esparcidos por todo el mundo, ha existido una especie de Fraternidad ó Francmasonería; y, como algunas sociedades Masónicas Europeas de la Edad Media, se llamaban entre sí *Compañeros* (3) é *Inocentes* (4). Es una creencia (fundada en el conocimiento) entre los kabalistas, que solo los rollos Herméticos son los legítimos libros sagrados de los setenta y dos ancianos—libros que contenían la «Antigua Palabra»—perdidos, pero que todos ellos han sido conservados desde los tiempos más remotos, entre las comunidades secretas. Emmanuel Swedenborg dice otro tanto, y sus palabras se fundan, según dice, en los informes que le dieron ciertos *espíritus*, los cuales le aseguraron que «ejecutaban su culto, según esta Antigua Palabra». «Buscadla en China», añade el gran vidente, «quizás la encontraréis en la Gran Tartaria». Otros estudiantes de las ciencias ocultas han obtenido algo más que la palabra de ciertos espíritus en que apoyarse con respecto á este particular, pues han visto los libros.

Nos vemos obligados por lo tanto á escoger entre dos métodos, ó aceptar la *Biblia* exotérica, ó bien esotéricamente. En contra del primero tenemos los hechos siguientes. Que después de que el primer ejemplar del *Libro de Dios* ha sido editado y lanzado al mundo por Hilkihah, este ejemplar desaparece, y Ezra tiene que componer una nueva Biblia, que Judas Macabeo concluye; que cuando fué copiada empleando la cuadrada en vez de la puntiaguda anterior, su texto fué desnaturalizado hasta el punto de no ser posible reconocerla; que la *Masorah* completó la obra de destrucción; y que, finalmente, poseemos un texto que no cuenta aún 900 años de antigüedad, en el cual abundan las omisiones, interpolaciones y premeditadas mistificaciones, y que por consiguiente, como que este Masorético texto

(1) «Jost», vol. 1, p. 51.

(2) «Josephus de Burders», vol. 11, pp. 331-335.

(3) «Die Kabbala», p. 95.

(4) Gaffarel: Introducción al «Libro de Enoch».

Hebreo ha petrificado sus errores, y la clave para la «Palabra de Dios» está perdida, nadie tiene derecho para imponer á los llamados «Cristianos» las divagaciones de una serie de alucinados, y quizás espurios profetas basándose en la suposición no demostrada é insostenible de que el autor de la misma fué el Espíritu Santo en *persona*.

Por esta razón rechazamos á esta pretendida Escritura monoteística dada á luz precisamente en el momento en que los sacerdotes de Jerusalén creyeron que era útil á su política el romper violentamente toda conexión con los Gentiles. Solo en este momento es cuando les vemos persiguiendo á los kabalistas, y execrando á la «antigua sabiduría», así la de los paganos como la de los Judíos. *La verdadera Biblia Hebrea era un libro secreto desconocido para las masas*, y hasta el *Pentateuco Samaritano* es mucho más antiguo que los *Setenta*. En cuanto á la primera, los Padres de la Iglesia jamás han oído hablar de ella. Nosotros decididamente preferimos atenernos á las palabras de Swedenborg, de que la «Antigua Palabra» existe en *algún punto de la China ó de la Gran Tartaria*. Tanto es así cuanto que se declara (á lo menos así lo hace el Rev. Dr. R. L. Tafel, de Londres) que el vidente sueco estaba bajo la «inspiración de Dios» mientras escribía sus obras teológicas. A él se le concede igualmente la superioridad sobre los escritores de la *Biblia*, pues mientras que á estos últimos les decían las palabras al oído, á Swedenborg se las hacían comprender racionalmente, y era por lo tanto iluminado *internamente*, y no externamente. «Cuando», dice el reverendo autor, «un miembro convencido de la Nueva Iglesia oye dirigir cualquier cargo contra la divinidad y la infalibilidad, sea del alma, sea del cuerpo de las doctrinas de la Nueva Jerusalén, debe atenerse al momento á la inequívoca declaración hecha en estas doctrinas, ó sea, que el Señor ha efectuado Su segundo advenimiento por medio de aquellos escritos que fueron publicados por Emmanuel Swedenborg, como Su servidor, y que por lo tanto aquellos cargos ni son ni pueden ser verdaderos». Y si es el «Señor» quien habló por boca de Swedenborg, en este caso nos queda el consuelo de que á lo menos una voluntad divina corrobora nuestras afirmaciones de que la antigua «palabra de Dios» en ninguna parte existe más que en los países paganos, especialmente en la *Tartárica Buddhística, en el Thibet y en la China!*

«La primitiva historia de Grecia es la historia primitiva de la India», exclama Pocke en su *India en Grecia*. En vista de los últimos resultados obtenidos por medio de la investigación crítica, podemos parafrasear esta sentencia y decir: «La primitiva historia de la Judea es una caricatura de la fábula inda, injertada en la de Egipto. Encontrándose muchos sabios con hechos contumaces, y repugnando hacer ver el contraste que existe entre las narraciones de la «divina» revelación, y las de los libros Brahmánicos, se limitan simplemente á



presentarlos al público. Mientras tanto, limitan sus conclusiones á criticarse y contradecirse mutuamente. Así es que Max Müller contradice las teorías de Spiegel, y de algún otro; el Profesor Whitney, las del orientalista de Oxford; y el Dr. Haug ataca á Spiegel, mientras que el Dr. Spiegel escoge otra víctima; y en la actualidad, hasta los venerables Akkadios y Turanios han tenido sus días de gloria. Los *Proto-Kasdeanos*, los *Casdeo Scytas*, los *Sumirianos*, y quién sabe lo qué más, tienen que hacer lugar para otras ficciones. ¡Ay!, á causa de los Akkadios: Halevy el asiriólogo ataca al lenguaje Akkado-Sumiriano de la antigua Babilonia, y Chabas, el egiptólogo, no contento con destronar á la lengua Turania, que ha prestado tan eminentes servicios á los orientalistas cuando se hallaban perplejos, llama charlatán al mismo venerable padre de los Akkadios, François Lenormant. Aprovechándose de estas disputas, el clero cristiano se envalentona y aferrá á su fantástica teología, fundándose en que cuando los jueces difieren en sus opiniones, la parte acusada gana tiempo cuando menos. Y de este modo se olvida la vital cuestión, de si no sería mucho mejor para la Cristiandad el adoptar el Cristismo en lugar del Cristianismo con su *Biblia*, su redención por medio de sustituto y su Diablo. Pero á un personaje tan importante como este no podemos menos de dedicarle un capítulo aparte.

## CAPÍTULO X

«Apártate de mí, *Satán*» (Jesús á Pedro).—*Mateo* xvi, 23.

«Y tal enredo de patrañas y majaderías que me apartan de mi fé. Os aseguro que la noche pasada me tuvo lo ments nueve horas recitándome los nombres de los diferentes diablos». *El Rey Enrique IV*; Parte 1; Acto 3.º

«La fuerza terrible y justa, que mata eternamente los abortos, ha sido denominada por los Egipcios Tifón, por los Hebreos Samaël, por los Orientales *Satán*, y por los Latinos *Lucifer*. El *Lucifer* de la Kábala no es un ángel maldito y caído; es el ángel que ilumina y que *regenera al caer*». ELIPHAS LEVI: *Dogme et Rituel* &.

«Malo como es, el Diabolo puede ser engañado, puede ser acusado falsamente y sin motivo, cuando los hombres, no queriendo ser ellos solos los culpados, atribuyen á aquél sus propios crímenes».—*Defoc.* 1726.

**H**ACE ya algunos años que un distinguido escritor y perseguido kabalista sugirió un credo para las colectividades protestante y católico romana, que puede ser formulado como sigue:

### PROTOEVANGELIO

Creo en el Diabolo, Padre todopoderoso del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de Cielos y Tierra.

Y en el Anticristo su único Hijo, nuestro perseguidor,

Que fué concebido por obra del Espíritu Maligno;

Nació de una Virgen sacrílega y loca;

Fué glorificado por la humanidad, reinó sobre la misma;

Y subió al trono del Dios Omnipotente;

Haciéndose sitio á su lado y desde donde insulta á los vivos y á los muertos.

Creo en el Espíritu del Mal;

En la Sinagoga de *Satán*;

En la coalición de los malvados;

En la perdición del cuerpo;

Y en la Muerte é Infierno perdurables. *Amén*».

¿Es esto ofensivo? ¿Parece acaso extravagante, cruel, ó impío? Escuchad. En la ciudad de Nueva York, el día nueve de Abril de 1877—ó sea en el último cuarto del que es orgullosamente llamado el siglo de los descubrimientos y de las luces—lanzábanse á la publicidad las siguientes escandalosas ideas. Citaremos la relación del *Sun* de la mañana siguiente:

«Los predicadores Bautistas se reunieron ayer en la Capilla de los Marinos, en Oliver Street. Varios misioneros extranjeros estaban presentes. El Rev. John W. Sarles, de Brooklyn, leyó un trabajo en el cual sostenía la proposición de que *todos los paganos adultos que mueren sin el conocimiento del Evangelio se condenan eternamente*. En otras palabras, lo que el reverendo orador ha venido á decir es que el Evangelio es una maldición en lugar de ser una bendición; que los hombres que crucificaron á Cristo hicieron con él lo que se merecía, y con eso todo el edificio de la religión revelada se viene abajo.

El Hermano Stoddard, misionero de la India, sancionó las opiniones del pastor de Brooklyn. Los indos eran unos grandes pecadores. Un día después de haber predicado en la plaza del mercado, levantóse un Brahmán y dijo: «Nosotros los indos ganamos á todo el mundo en cuestión de mentir, pero este hombre nos gana á nosotros. ¿Cómo puede decir él que Dios nos ama? Mirad las serpientes venenosas, los tigres, leones y toda suerte de peligrosos animales que nos rodean. Si Dios nos ama, ¿por qué no hace Él que desaparezcan?»

El Rev. Mr. Pixley, de Hamilton, N. Y., de todo corazón se adhirió á la doctrina del trabajo del hermano Sarles, y pidió 5.000 dólares para preparar á hombres jóvenes para el sacerdocio».

¿Y estos hombres son *pagados* para enseñar la doctrina de Jesús? —Y no decimos que *enseñan* la doctrina de Jesús porque esto sería insultar su memoria. ¿Podemos, pues, maravillarnos de que haya personas inteligentes que prefieran la aniquilación á una fé coronada por una tan monstruosa doctrina? Dudamos de que ningún Brahmán respetable se hubiese confesado reo del vicio de mentir, arte cultivado únicamente en aquellos puntos de la India Británica en donde hay más cristianos (1). Pero desafiamos á cualquiera persona honra-

(1) Tan sólida parece haber sido la reputación de los Brahmanes y de los Buddhistas en lo referente á la más pura moralidad, y eso desde tiempo inmemorial, que vemos al coronel Yule, en su admirable edición de *Marco Polo*, dando el testimonio siguiente: «Las excelsas virtudes atribuídas á los Brahmanes y á los mercaderes indos eran quizás, en parte, cuestión de tradición... pero el elogio es tan constante entre los viajeros de la edad media, que debe haber tenido algún fundamento sólido. En realidad no sería difícil el trazar una cadena de testimonios parecidos desde los tiempos antiguos hasta los modernos. Arriano dice que ningún indio ha sido nunca acusado de falsedad. Hewen T'sang atribuye al pueblo de la India rectitud eminente, sinceridad y desinterés. El fraile Jordanus

da á que nos diga si cree que el Brahmán se apartaba mucho *de la verdad al decir* refiriéndose al misionero Stoddard: «este hombre nos gana á nosotros» (en mentir). ¡Qué hubiera dicho, si aquél misionero les hubiese predicado la doctrina de la *condenación eterna*, por haber ellos vivido sin leer un libro judío cuya existencia jamás habían sospechado, ó por no haber pedido la salvación á un Cristo de quien nunca habían oído hablar!

Pero el clero Bautista, que necesita unos cuantos millares de dollars, tiene que inventar sensaciones terroríficas para inflamar el corazón de la congregación.

Nos abstenemos, como de costumbre, de citar nuestra propia experiencia, siempre que podemos recurrir á testigos aceptables, y así es que después de haber leído las ultrajantes observaciones del misionero Stoddard, pedimos á nuestro amigo, Mr. William, L. D. O'Grady (1), que nos diese su franca opinión acerca de los misioneros. El padre y el abuelo de este caballero eran oficiales del ejército inglés, y él nació en la India, habiendo tenido en el largo transcurso de su vida grandes oportunidades para enterarse de cuál es la opinión general entre los ingleses acerca de estos propagandistas religiosos. He aquí su comunicación contestando á nuestra carta:

«Me pregunta usted mi opinión acerca de los misioneros cristianos en la India. Durante todos los años que allí he permanecido, jamás he hablado á un solo misionero. No vivían ellos entre la sociedad, y á juzgar por lo que he oído acerca de su manera de proceder, y lo que he podido ver por mi mismo, no me maravillo de ello. *Su influencia sobre los naturales del país es mala. Sus conversos son ruines, y en general pertenecen á la clase infima; tampoco mejoran con la conversión.*

(por los años de 1330) dice que el pueblo de la India Menor (Sindh é India Occidental) era veraz en palabras y eminente en justicia; y también podemos mencionar el noble carácter atribuido á los indos por Abul-Fazl. Pero, *después de 150 años de trato europeo, nos encontramos verdaderamente con una triste desmoralización...* Sin embargo, Pallas, hablando en el siglo pasado de la colonia Bamyana de Astrakán, dice que sus miembros eran notables por su recto proceder, que les hacía en gran manera preferibles á los Armenios. Y aquel sabio y admirable hombre público, el difunto Sir William Sleeman, en nuestros propios tiempos ha dicho que no conocía ninguna clase de hombres en el mundo más estrictamente honrados que las clases mercantiles de la India»(\*).

Los tristes ejemplos de la rápida desmoralización de los *salvajes* Indos americanos, tan pronto como se han visto obligados á vivir en íntima proximidad con oficiales y misioneros cristianos, son cosa corriente en nuestros días.

(\* *Libro de Maese Marco Polo, el Veneciano*, traducido por el coronel Henry Yule; tomo II, p. 354.

(1) En la actualidad Mr. O'Grady es editor del *American Builder*, de Nueva York, y es bien conocido por sus interesantes cartas, *esbozos indos*, *La Vida en Oriente*, con las cuales ha colaborado bajo el pseudónimo de *Hadji Nicka Bauker Khan* en el *Boletín Comercial* de Boston.

»Ninguna familia respetable admitirá criados cristianos. Ellos mienten, roban y son sucios, y la suciedad no es por cierto un vicio entre los indos; beben, y ningún natural decente que pertenezca á cualquiera otra creencia prueba jamás licores embriagantes; son desechados por sus propios paisanos, y completamente despreciables. Sus nuevos instructores les dan un pobre ejemplo de consecuencia. Mientras predicán al paria que Dios no hace ninguna distinción entre las personas, ellos se ensalzan de una manera intolerable sobre los descarriados brahmanes, que en gran parte, «en apariencia», alguna que otra vez y muy de tarde en tarde, caen en las garras de estos hipócritas.

»Los misioneros tienen muy poco sueldo, como está públicamente declarado en las sociedades que los emplean, pero, gracias á algún medio inexplicable, viven tan bien como los oficiales que gozan de sueldos diez veces mayores. Cuando vuelven á su país para recobrar la salud quebrantada, como dicen ellos, por sus arduos trabajos—lo cual, según parece, ellos pueden permitirse hacerlo con mucha frecuencia, cuando muchas personas que tienen fama de ricas no pueden—, cuentan historias pueriles en las tribunas, enseñan ídolos que dicen se han procurado con dificultades infinitas, lo cual es completamente absurdo, y hacen una relación de sus imaginarias penas y fatigas, lo cual es sumamente conmovedor, pero falso desde el principio hasta el fin. Yo mismo he vivido algunos años en la India, y casi todos mis parientes han pasado ó pasarán allí los mejores años de su vida. Conozco á centenares de oficiales ingleses, y jamás he oído á ninguno de ellos una sola palabra en favor de los misioneros. Los naturales de alguna posición miran á estos últimos con el más supremo desprecio, aunque sufriendo una crónica exasperación á causa de su insolente actitud agresiva; y el gobierno inglés, que sigue pagando á las Pagodas las subvenciones concedidas por la Compañía de la India Oriental, y que sostiene una educación anti-sectaria, no les concede apoyo ninguno. Invulnerables como son, aúllan y ladran tanto á los naturales como á los europeos, según costumbre de perros de mala raza. Con frecuencia reclutados de entre los más miserables tipos del fanatismo teológico, en todas partes son considerados como una plaga. Su rabioso, incansable, vulgar y ofensivo propagandismo dió lugar á la gran sublevación de 1857. Son unos charlatanes dañinos.

WM. L. D. O'GRADY».

Nueva York, Junio 12, 1877.

El nuevo credo, por lo tanto, con el cual hemos encabezado este capítulo, por grosero que parezca, encarna la esencia misma de las creencias de la Iglesia, tal como sus misioneros las inculcan. Es con-

siderado como menos impío, como menos infiel el dudar acerca de la existencia personal del Espíritu Santo, ó de la codivinidad de Jesús, que el poner en tela de juicio la personalidad del Diablo. Pero un sumario de Kohemoth está casi olvidado (1). ¿Quién cita siquiera las palabras de oro del profeta Miqueas (2), ó parece hacer caso de la exposición de la Ley, tal como fué promulgada por el mismo Jesús? (3) El blanco al cual tira el Cristianismo moderno está expresado en esta simple frase: «temer al diablo».

El clero católico y alguno de los campeones laicos de la Iglesia romana luchan todavía con más ardor por la existencia de Satán y sus engendros. Si des Mousseaux sostiene la objetiva realidad de los fenómenos espiritistas con un celo tan infatigable es porque, en su opinión, estos fenómenos son la prueba más directa del Diablo en acción. El caballero en cuestión es más católico que el Papa; y su lógica y sus deducciones de premisas nunca establecidas y que jamás han existido, son únicas en su género, y prueban una vez más que el credo que hemos presentado es el que más elocuentemente expresa las creencias católicas.

«Si la Magia y el Espiritismo—dice—no fuesen más que quimeras, tendríamos que dar un eterno adiós á todos los ángeles rebeldes, que en la actualidad perturban al mundo; pues de este modo, *no tendríamos ya más demonios aquí abajo.... Y si nosotros perdemos nuestros demonios, perderíamos igualmente á NUESTRO SALVADOR*. Porque ¿de quién aquel Salvador vino á salvarnos? Y en este caso no existiría ya el Redentor; porque ¿de quién ó de qué nos hubiera redimido aquel Redentor? *Por lo tanto dejaría de existir el Cristianismo!*» (4).

Oh!, santo Padre del Mal, santificado Satán! Te rogamos no abandonos á tales piadosos cristianos como al caballero des Mousseaux y á algunos ministros Bautistas!!

Por nuestra parte, quisiéramos más bien recordar las sabias palabras de J. C. Colquhoun (5), el cual dice que «aquellas personas que en los tiempos modernos aceptan la doctrina del Diablo en su aplicación estrictamente literal y personal, no parecen caer en la cuenta de que en realidad son politeistas, paganos é idólatras».

Buscando en todo supremacía sobre las antiguas creencias, los Cristianos reclaman para sí el descubrimiento del Diablo, oficialmente reconocido por la Iglesia. Jesús fué el primero en emplear la pa-

(1) *Eclesiastés* xii, 13; véase «Traducción Métrica» de Tayler Lewis.

«He aquí la gran conclusión:

Temer á Dios y guardar Sus mandamientos, esto es todo para el hombre».

(2) Véase *Miqueas* vi, 6-8. Traducción de Noyes.

(3) *Mateo* xvii, 37-40.

(4) *Les Hauts Phénomènes de la Magie*, p. 12, prefacio.

(5) *Historia de la Magia, Hechicería y Magnetismo Animal*.

labra *legión* al hablar de los demonios, y, afirmándose en este terreno, Mr. des Mousseaux defiende así su posición en una de sus obras demonológicas. «Posteriormente —dice—, cuando hubo *expirado* la Sinagoga, depositando su herencia en manos de Cristo, nacieron y *brillaron* en el mundo los Padres de la Iglesia, los cuales han sido acusados por ciertas personas de rara y preciosa ignorancia, de haber tomado de los teurgistas sus ideas referentes á los espíritus de las tinieblas».

Tres errores deliberados, tangibles y fácilmente refutables, por no emplear una palabra más dura, existen en estas breves líneas. En primer lugar, la *Sinagoga*, lejos de haber *expirado*, existe hoy floreciente en casi todas las ciudades de Europa, América y Asia; y de todas las iglesias existentes en ciudades cristianas, es la más sólidamente establecida, y también la que mejor se conduce. Además, al paso que nadie negará que muchos Padres cristianos han nacido en el mundo (exceptuando siempre, por supuesto, á los doce ficticios Obispos de Roma, los cuales aún están por nacer), toda persona que quiera tomarse la molestia de leer las obras de los Platónicos de la antigua Academia, que eran teurgistas antes de Jámblico, reconocerá en ellas el origen de la Demonología cristiana, lo mismo que el de la Angelología, cuya alegórica significación fué completamente desnaturalizada por los Padres. Por lo tanto, difícilmente puede admitirse que dichos Padres hayan *brillado*, excepto, quizás, con el brillo de su extrema ignorancia. El Reverendo Dr. Shuckford, que pasó la mejor parte de su vida procurando conciliar sus contradicciones y absurdos, perdió toda esperanza de lograrlo, y por fin tuvo que abandonar la empresa por completo. La ignorancia de los campeones de Platón debe en verdad parecer rara y preciosa en comparación de la insondable profundidad de Agustín, «el gigante de saber y de erudición», que rechazaba la esfericidad de la tierra porque, de ser cierta, impediría á los antipodas ver á Jesucristo cuando descendiese de los cielos en el segundo advenimiento; ó de Lactancio, que con piadoso horror desecha la teoría idéntica de Plinio, fundándose en la poderosa razón de que en el lado opuesto de la tierra los árboles crecerían al revés y los hombres andarían cabeza abajo; ó también de Cosmas-Indicopleustes, cuyo ortodoxo sistema geográfico está cuidadosamente guardado en su *Topografía cristiana*; ó finalmente, en comparación de Bede, el cual ha asegurado al mundo que el cielo «está templado con aguas glaciales, para que no se inflame» (1): bondadoso favor de la Providencia, muy probablemente para evitar que la radiación de su saber prendiera fuego al cielo!

Sea como fuere, lo cierto es que estos *resplandecientes* Padres

(1) Véase *Conflictos entre la Religión y la Ciencia* de Draper.

tomaron sus nociones acerca de los «espíritus de las tinieblas», de los kabalistas judíos y de los teurgistas paganos, con la diferencia, sin embargo, de que desfiguraron y sobrepujaron en lo absurdo á todo cuanto la más extravagante fantasía del populacho indo, griego y romano inventara jamás. No existe en el *Pandemonium* persa un solo *dev* que, como concepción, sea la mitad tan absurdo como el *Incubus* de des Mousseaux, remiendo del de Agustín. Tifón, simbolizado como un *asno*, parece un filósofo en comparación del diablo cogido por el campesino normando en el agujero de una cerradura; y no son ciertamente ni Ahrimán ni el indo Vritra quienes echarían á correr llenos de rabia y desaliento al oírse llamar *San Satán* por un Lutero natural del país.

El Diablo es el genio protector del Cristianismo teológico. Tan «santo y venerado es su nombre», según las ideas modernas, que no puede, salvo alguna vez desde el púlpito, ser pronunciado ante oídos bien educados. Del mismo modo, antiguamente no era lícito pronunciar los nombres sagrados, ni repetir la fraseología de los Misterios, excepto en el sagrado recinto. Apenas conocemos los nombres de los dioses Samotracios, ni podemos decir el número preciso de los Cabiros. Los Egipcios consideraban como impío el pronunciar el nombre de los dioses de sus ritos secretos. Aún hoy mismo, el Brahmán solo pronuncia la sílaba *Om* silenciosamente en su pensamiento, y el Rabino, el nombre Inefable, יהוה. De aquí el que nosotros, que no profesamos semejante veneración, hayamos venido á parar á la confusión de no llamar como es debido los nombres de HISIRIS y YAVA, gracias á las erróneas pronunciaciones de Osiris y Jehovah. Un engaño tal justifica, como se verá, el recoger de todas partes la designación del negro personaje de quien nos estamos ocupando; y en tono familiar, es muy probable que ofendamos la sensibilidad especial de muchos que consideran la libre mención de los nombres del Diablo como una blasfemia—el pecado de los pecados, aquél que «jamás logra perdón» (1).

Varios años hace que una persona conocida del autor escribió un artículo en un periódico para demostrar que el *diabolo* ó Satán del *Nuevo Testamento* denotaba la personificación de una idea abstracta, y no un ser personal. Contestóle un clérigo, que terminó su réplica con la deprecatoria expresión: «Temo que él haya negado á su Salvador». A lo cual nuestro conocido escritor contestó: «¡Oh, no!, nosotros hemos negado únicamente al Diablo». Pero el clero no echó de ver la diferencia. En su modo de sentir, la negación de la existencia

(1) Evangelio según Marcos III, 29: «Aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo jamás obtendrá perdón, antes bien está en peligro de condenación eterna» (*amartematos*, error).



objetiva y personal del Diablo era en sí misma «el pecado contra el Espíritu Santo».

Este Mal necesario, honrado con el epíteto de «Padre de la Mentira», ha sido, según el clero, el fundador de todas las antiguas religiones del mundo, así como de las herejías, ó más bien heterodoxias, de periodos posteriores, y es también el *Deux ex Machina* del moderno Espiritismo. En las excepciones que hacemos á esta noción, protestamos de que no atacamos á la religión verdadera ni á la sincera piedad. No hacemos más que promover una controversia con los dogmas humanos. Quizás, al obrar así, nos parecemos á D. Quijote, puesto que todas estas cosas no son más que molinos de viento. Sin embargo, no hay que olvidar que han servido de ocasión y pretexto para asesinar á más de cincuenta millones de seres humanos desde que fueron pronunciadas las palabras: «AMAD Á VUESTROS ENEMIGOS» (1).

Es lo último que esperamos que el clero cristiano deshaga y enmiende su obra. Sería exponerse demasiado. El abandonar, por parte de la Iglesia Cristiana, ó el modificar siquiera el dogma de un antropomórfico diablo, equivaldría á quitar la carta que sostiene un castillo de naipes. Todo el castillo se vendría abajo. Los clérigos á quienes hemos aludido han echado de ver que al abandonar á Satán como diablo personal, el dogma de Jesucristo como segunda deidad de su trinidad debe correr la misma suerte en tal catástrofe. Por muy increíble y horripilante que parezca, la Iglesia Romana funda su doctrina acerca de la divinidad de Cristo enteramente sobre el satanismo del arcángel caído. Tenemos el testimonio del Padre Ventura, que proclama la importancia vital de este dogma para los Católicos.

El Reverendo padre Ventura, muy ilustre ex-general de los Theatinos, certifica que el caballero de Mousseaux, por su tratado *Mœurs et pratiques des Démones*, ha merecido bien de la humanidad, y todavía más de la muy Santa Iglesia Católica y Apostólica. Con semejante abogado, el noble caballero, como se verá, «habla como un hombre de autoridad». Explicitamente afirma que *al Diablo y á sus ángeles debemos en absoluto nuestro Salvador*; y que si no hubiese sido por ellos, *no hubiéramos tenido ni Redentor, ni Cristianismo*.

Muchas almas celosas y fervientes se han sublevado contra el monstruoso dogma de Juan Calvino, el pseudo-papa de Ginebra, de que el *pecado es la causa necesaria del mayor bien*. Estaba, sin embargo, apoyada por una lógica por el estilo de la de des Mousseaux y demostrada por los mismos dogmas. La muerte de Jesús, el hombre-dios, en la cruz, fué el crimen más estupendo del universo, y no obstante, fué necesario para que la humanidad (los predestinados para

(1) Evangelio según Mateo v, 44.

la vida eterna) pudiera salvarse. D'Aubigné expone la cita que hace Martín Lutero del Canon, y le hace exclamar en extático raptó: *O beata culpa, qui talem meruisti redemptorem!* Oh, bendita culpa que tal Redentor mereciste! Ahora, pues, caemos en la cuenta de que el dogma que tan monstruoso nos ha parecido es al fin y al cabo la doctrina del Papa, de Calvinó, y de Lutero á la vez—y que los tres no son más que uno.

Mahoma y sus discípulos, que tenían á Jesús en gran respeto como á profeta, hace notar Eliphaz Levi, solían decir, cuando hablaban de los Cristianos, las siguientes notables palabras: «Jesús de Nazareth era ciertamente un verdadero profeta de Allah y un grande hombre; pero he aquí que un día todos sus discípulos se volvieron locos, é hicieron de él un Dios».

Max Müller justamente añade: «Fué un error, por parte de los primitivos Padres, el tratar á los dioses paganos como demonios ó espíritus malignos, y debemos tener cuidado de no cometer el mismo error con respecto á los dioses indos» (1).

Pero á nosotros nos presentan á Satán como sostén y principal apoyo del sacerdotalismo, un Atlas sosteniendo sobre sus espaldas al cosmos y á los cielos cristianos. Si cae, entonces, según su modo de pensar, todo está perdido, y el caos debe venir de nuevo.

Este dogma del Diablo y redención parece estar fundado en estos dos párrafos del *Nuevo Testamento*: «Con este objeto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del Diablo» (2). «Y hubo guerra en los cielos; Miguel y sus ángeles peleaban contra el Dragón; y el Dragón peleaba, y sus ángeles, y no prevaleció; ni su lugar se encontró más en los cielos. Y el Gran Dragón fué arrojado afuera, aquella antigua serpiente, llamada el Diablo y Satán, que engañaba al mundo entero». Exploremos, pues, las antiguas teogonias, para averiguar qué es lo que se quiere dar á entender por medio de estas notables expresiones.

Lo primero que hay que indagar es si la palabra *Diablo*, tal como se usa actualmente, representa á la maligna Deidad de los cristianos, ó á una fuerza antagonista y ciega, ó sea el lado obscuro de la naturaleza, entendiendo por esto, no la manifestación de algún mal principio que sea *malum in se*, sino únicamente la sombra de la Luz, por decirlo así. Las teorías de los kabalistas se ocupan de la misma considerándola como de una fuerza que es antagonista, pero esencial al mismo tiempo para la vitalidad, evolución y energía activa del buen principio. Las plantas perecerían durante su primer estado de existencia si estuviesen expuestas constantemente á la luz del sol; la

(1) *Mitología Comparada*, Abril, 1856.

(2) 1.ª *Epístola de Juan*, III, 8.

alternativa del día y de la noche es esencial para su crecimiento y sano desarrollo. De igual manera la bondad pronto cesaría de ser tal, si no alternase con su contrario. En la naturaleza humana el mal denota el antagonismo de la materia respecto á lo espiritual, y en virtud de esto cada cual se purifica. En el Cosmos, el equilibrio debe conservarse; la operación de los dos contrarios produce la armonía, del propio modo que las fuerzas centrípeta y centrífuga son necesarias una á otra. Si una de ellas se detiene, la acción de la otra se convertirá inmediatamente en destructora.

Esta personificación, denominada *Satán*, tiene que ser contemplada desde tres diferentes planos: el del *Antiguo Testamento*, el de los Padres Cristianos, y desde la antigua altura gentilica. Se ha supuesto que ha estado representada por la serpiente en el jardín del Edén; sin embargo, el epíteto de Satán, en ninguna parte de los sagrados escritos Hebreos se encuentra aplicado á aquella ó á cualquiera otra variedad de reptiles. La Serpiente de Bronce de Moisés era adorada por los Israelitas como un Dios (1), siendo el símbolo de Esmun-Asklepius, el Iao fenicio. La verdad es que el personaje del mismo Satán es introducido en el libro I de las *Crónicas*, en el acto de instigar al Rey David á que contara el pueblo israelita, acto que en otra parte está terminantemente declarado haber sido incitado por el mismo Jehovah (2). La deducción de que los dos, Satán y Jehovah, eran considerados como idénticos, es inevitable.

Otra mención de Satán se encuentra en las *profecías de Zacarías*. Este libro fué escrito en un periodo posterior á la colonización judía de la Palestina, y de ahí que puede con fundamento suponerse que los Asideos llevaron allí, de Oriente, aquella personificación. Es bien sabido que esta colectividad de sectarios estaba profundamente imbuida en las nociones Mazdeanas, y que ellos representaban á Ahrimán ó Anra-manyas con los nombres divinos de la Syria. Set ó Sat-an, el dios de los Hittitas é Hyk-sos, y Beel-Zebub, el dios oráculo, que fué más tarde el Apolo griego. El profeta empezó su trabajo en Judea, durante el segundo año de Dario Hystaspes, restaurador del culto Mazdeano. He aquí como describe Zacarías el encuentro con Satán: «Él me mostró á Josué, el sumo sacerdote, el cual estaba de-

(1) 2 Reyes, xviii, 4. Es probable que las serpientes de fuego ó *Seraphins* mencionadas en el capítulo veinte y uno del libro de los Números eran lo mismo que los Levitas, ó tribu Ofita. Compárese *Exodo* xxxii, 26-29, con *Números* xxi, 5-9. Los nombres Heva הוהה *Hivi* ó Heveo הוהו, y Levi לדי, todos significan serpiente, y es un hecho curioso que lo mismo los Heveos, ó tribu-serpiente de Palestina, que los Levitas ú Ofitas de Israel, eran ministros en los templos. Los Gibeonitas, á quienes Josué designó para el servicio del santuario, eran Heveos.

(2) 1 *Crónicas*, xxi, 1: «Y Satán se levantó contra Israel, é incitó á David á que contase á Israel». 2 *Samuel*, xxiv, 1: «Y de nuevo la cólera del Señor se enardeció contra Israel, é incitó á David contra ellos á que dijese: 'Vé, cuenta á Israel y á Judá'».

lante del ángel del Señor, y Satán á su mano derecha, para ser su adversario. Y el Señor dijo á Satán: 'El Señor te castigue, oh, Satán; el Señor que ha escogido á Jerusalén te castigue: no es este un tizón sacado del fuego?'» (1)

Creemos que este párrafo que hemos citado es simbólico. Dos alusiones en el *Nuevo Testamento* indican que era considerado así. La *Epístola Católica de Judas* hace referencia al mismo en su lenguaje peculiar: «Pues cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando acerca del cuerpo de Moisés, no se atrevió á proferir sobre él un juicio infamatorio (*κρίσαι ἀποκαλήν βλασφημίας*), sino que dijo: 'El Señor te reprenda'» (2). El arcángel Miguel es mencionado por lo tanto como idéntico al יהוה Señor ó ángel del Señor de la cita precedente, y así se vé que el Jehovah hebreo tenía un doble carácter, el secreto y el manifestado como ángel del Señor, ó Miguel el arcángel. Una comparación entre ambos pasajes hace ver claramente que «el cuerpo de Moisés» acerca del cual contondían, era la Palestina, la cual, como «país de los Hetheos» (3), era el dominio peculiar de Seth, su dios tutelar (4). Miguel, como campeón del culto de Jehovah, contiende con el Diablo ó Adversario, pero abandona el juicio á su superior.

Belial no tiene títulos para ser considerado ni como dios, ni como diablo. La palabra בלעל BELIAL es definida en los lexicones hebreos, dándole el significado de destrucción, asolamiento, esterilidad; y la frase איש-בלעל AIS BELIAL, ú hombre-Belial, significa un hombre destructor, inútil. Si Belial debe ser personificado para complacer á nuestros religiosos amigos, nos veriamos obligados á hacerle completamente distinto de Satán, y á considerarle como una especie de «Diakka» espiritual. Como quiera que sea, los demonógrafos, que enumeran nueve distintos órdenes de *daimonia*, le hacen el jefe de los de la tercera clase, una especie de espíritus duendes malévolos y que no son buenos para nada.

Asmodeo no es ningún espíritu judío; su origen es puramente persa. Bréal, autor de *Hércules y Caco*, nos demuestra que es el parsí Eshem-Dev, ó Aêshma-dev, el mal espíritu de concupiscencia, el cual, según nos dice Max-Müller, «es mencionado varias veces en el *Avesta*

(1) Zacarías, III 1, 2. Hay que fijarse en este juego de palabras: «adversario» está asociado á «Satán», como si procediese de שטן, oponer.

(2) Judas, 9.

(3) En las *Tablillas Asirias* se da á la Palestina el nombre de «país de los Hetheos»; y los Papiros egipcios declaran lo mismo, y hacen de Seth, el «dios columna», su deidad tutelar.

(4) *Sêth*, *Sosteh*, ó Sat-an era el dios de las naciones aborígenes de Siria. Plutarco le considera idéntico á Tifón. Por lo tanto, era el dios de Goshén y de Palestina, países ocupados por los Israelitas.

como uno de los Devs (1), dioses primitivamente, que se convirtieron en malos espíritus».

Samael es Satán; pero Bryan y un buen número de otros autores competentes demuestran que es el nombre del *Simoun*, el viento del desierto (2), y el Simoun es llamado Atabul-os ó Diabolos.

Plutarco indica que por Tifón se entendía algo violento, desarregrado y desordenado. Al desbordamiento del Nilo, los Egipcios le llamaban Tifón. El bajo Egipto es muy llano, y algunos montículos levantados á lo largo del río, para prevenir las frecuentes inundaciones, eran llamados Tifonianos ó *taphos*; de aquí el origen de Tifón. Plutarco, que era un griego muy rígido y ortodoxo, y que jamás se le ha tenido por muy benévolo para con los Egipcios, atestigua en su *Isis y Osiris* el hecho de que, lejos de adorar al Diablo (de lo cual los Cristianos les han acusado), más que temer á Tifón, le desprecian. En su símbolo de potencia contraria y rebelde de la Naturaleza, ellos le consideraban como á una divinidad miserable, luchando desesperadamente y medio muerta. Así es que aun en aquella época remota vemos á los antiguos ya *demasiado ilustrados para creer en un diablo personal*. Como Tifón era representado en uno de sus símbolos bajo la figura de un asno, cuando la fiesta de los sacrificios al sol, los sacerdotes egipcios exhortaban á los fieles á no llevar sobre su cuerpo adornos de oro, por miedo de dar alimento al *asno!* (3).

Tres siglos y medio antes de Cristo, Platón expresaba su opinion acerca del mal diciendo que «en la materia existe una fuerza ciega y rebelde que resiste á la voluntad del gran Artífice». Esta fuerza ciega, bajo el influjo cristiano, se ha visto obligada á ver y á tener responsabilidad: ha sido transformada en Satán!

Su identidad con Tifón dificilmente puede ser puesta en duda al leer en el libro de *Job* el relato de su presentación con los hijos de Dios ante el Señor. Satán acusa á Job de la facilidad con que blasfemaré ante la misma faz del Señor, si se le provoca debidamente. Del mismo modo Tifón, en el *Libro de los Muertos* egipcio, figura como

(1) *Vendidad*, fargard x, 23: «Yo combato al *dæva* *Æshma*, el mismo mal». Los *Yasnas*, x 18, hablan del mismo modo de *Æshma-Dæva*, ó *Khasm*: «Todas las demás ciencias dependen de *Æshma*, el artificio». *Sery*, lvi 12: «Destruir al malvado *Auramanyas* (*Ahrimán*, el poder malo), destruir á *Æshma* con el arma terrible, destruir los *dævas* *Mazanianos*, destruir todos los devas».

En el mismo fargard del *Vendidad*, las divinidades Brahmánicas van incluidas en la misma amenaza que *Æshma-dæva*: «Yo combato á India, yo combato á Sauru, yo combato al *Dæva* *Naonhaití*». El anotador explica que estos son los dioses Védicos, *Indus*, *Gaurca*, ó *Siva*, y los dos *Aswins*. Como quiera que sea, debe de existir algún error, pues *Siva*, en la época en que los *Vedas* fueron completados, era un Dios aborigen ó etiope, el *Bala* ó *Bel* del Asia Occidental. No era ninguna deidad aria ó védica. Quizás es *Surya* la divinidad á la cual se hace referencia.

(2) Jacob Bryant: *Análisis de Antigua Mitología*.

(3) Plutarco: *de Iside*, xxx, xxxi.

acusador. La semejanza llega hasta los mismos nombres, puesto que una de las denominaciones de Tifón era *Seth* ó *Seph*; y como *Sâtân*, en hebreo, significa adversario. En árabe, la palabra es *Shâtana*—ser contrario, perseguir, y Manethón dice que él había traidoramente asesinado á Osiris, y aliándose con los Shemitas (los Israelitas). Es posible que esto haya dado origen á la fábula referida por Plutarco, de que á consecuencia de la lucha entre Horus y Tifón, éste, aterrorizado ante la maldad que había cometido, «huyó durante siete días montado en un asno, y al escapar engendró á dos niños, Ierosolomos y Ioudaíos (Jerusalén y Judea)».

Refiriéndose á una invocación de Tifón-Seth, dice el profesor Reuvens que los Egipcios adoraban á Tifón bajo la forma de un asno; y según él, Seth «aparece gradualmente entre los Shemitas en el fondo de su sentimiento religioso» (1). AO, que es el nombre del asno en Copto, es un fonético de IAO, y, con un simple juego de vocablos, el animal en cuestión ha venido á ser un simbolo.

Así pues, Satán es una invención posterior, salida de la ardiente fantasía de los Padres de la Iglesia. Por efecto de algún revés de fortuna, á lo cual los dioses, lo mismo que los mortales, se hallan sujetos, Tifón-Seth cayó de la eminencia de divinizado hijo de Adam Kadmon, á la degradante situación de un espíritu subalterno, un demonio mítico, un asno. Están los cismas religiosos tan poco libres de las miserables pequeñeces y de los rencorosos sentimientos, propios de la humanidad, como las querellas de los abogados. Una buena prueba de lo dicho encontramos en el caso de la reforma de Zoroastro, cuando el Magianismo se separó de la antigua fé de los Brahmanes. Los Devas resplandecientes del *Veda* convirtiéronse gracias á la reforma religiosa de Zoroastro, en Daévas ó espíritus malignos del *Avesta*. Hasta Indra, el dios luminoso, fué relegado á la negra sombra (2) con objeto de hacer resaltar, en medio de un más brillante resplandor, á Ahura-mazda, la sabia y suprema Divinidad.

La extraña veneración en que los Ofitas tenían á la serpiente que representaba á Cristos no daría tal vez tanto que pensar á los sabios si estos recordaran tan solo que en todas épocas la serpiente ha sido considerada como simbolo de la divina sabiduría, que mata, pero para resucitar, y destruye, pero con objeto de reconstruir mejor. A Moisés le han hecho descendiente de Leví, que era una tribu serpentina. Gautama-Buddha pertenece á una genealogía serpentina, por los *Naga* (serpiente), raza de reyes que dominaban en Magadha. Hermes, ó el dios Taaut (Thoth), en su simbolo serpentino es Têt; y, según las leyendas Ofitas, Jesús ó Cristos ha nacido de una serpiente

(1) *Antiguos Egipcios*, de Wilkinson, p. 434.

(2) Véase *Vendidad*, fargard x.

(sabiduría divina, ó Espíritu Santo), ó lo que es lo mismo, convirtiéndose en Hijo de Dios por medio de su iniciación en la «Ciencia serpentina». Vishnú, idéntico al Kneph egipcio, descansa sobre la celeste serpiente de siete cabezas.

El rojo ó flamígero dragón de los antiguos tiempos era la insignia militar de los Asiros. Ciro lo adoptó tomándolo de ellos cuando Persia fué la que dominó. Aceptáronla luego los Romanos y Bizantinos; y de este modo el «gran dragón rojo», después de ser el símbolo de Babilonia y de Ninive, vino á ser el de Roma (1).

La tentación ó probación (2) de Jesús es, después de todo, la más dramática ocasión en que Satán aparece. Como si fuera para probar la designación de Apolo, Esculapio y Baco, *Diabolos*, ó hijo de Zeus, también es llamado *Diabolos*, ó acusador. La escena de la tentación tuvo lugar en el desierto. En el desierto situado en las cercanías del Jordán y del Mar Muerto, estaban las viviendas de los «hijos de los profetas» y de los Essenios (3). Estos ascetas acostumbraban someter á sus neófitos á pruebas análogas á las *torturas* de los ritos Mitráicos; siendo la tentación de Jesús evidentemente una escena de este género. De ahí que, en el *Evangelio según Lucas*, se diga que: «Habiendo el Diabolos completado la prueba, le dejó durante un tiempo determinado, y Jesús volvió en virtud del Espíritu á Galilea». Pero el diabolos, ó diablo, no es evidentemente en este caso ningún principio maligno, sino una disciplina en acción. En este sentido, los términos Diablo y Satán son frecuentemente usados (4). Así, cuando Pablo se sentía inclinado á enorgullecerse indebidamente en razón de la abundancia de revelaciones epópticas, le era dado «un agujón en la carne, un ángel de Satanás», para corregirle (5).

La historia de Satán en el *Libro de Job* es de un carácter parecido. Es introducido entre los «Hijos de Dios», presentándose ante el «Señor», como en una iniciación mística. El profeta Miqueas describe una escena análoga, en la cual vió «al Señor sentado en su trono, y todas las huestes de los Cielos estaban junto á Él», de las cuales Él tomaba consejo, cuyo resultado fué el poner «un espíritu de mentira en la boca de los profetas de Ahab» (6). El Señor conferencia con Satán, y le dá carta blanca para poner á prueba la fidelidad de Job, el cual es despojado de su riqueza y familia, y afligido con una enfermedad asquerosa. En un extremo tal, hasta su misma esposa duda de su integridad, y le exhorta á adorar á Dios, estando como está á

(1) Salverte: *Des Sciences Occultes*, apéndice, nota A.

(2) La palabra griega *peirasmós* significa prueba.

(3) *Samuel*, II 5, 15; VI 1-4. Plinio.

(4) Véase I *Corintios*, v 5; 2 *Corintios*, XI 14; 1 *Timotheo*, I 20.

(5) 2.<sup>a</sup> Epístola de Pablo á los Corintios, XII. En los *Números* XXII 22, el ángel del Señor está representado desempeñando el papel de un Satán respecto á Balaam.

(6) 1 *Reyes*, XXII, 19-23.

punto de morir. Sus amigos todos le importunan con acusaciones, y finalmente, el Señor, el Gran Hierofante mismo, le acusa de proferir palabras en las que ninguna sabiduría existe, y de disputar con el Todopoderoso. Ante esta reprensión Job se somete, apelando de este modo: «Yo te preguntaré y tú me lo declararás: por qué he de aborrecerme á mí mismo, y consumirme entre polvo y cenizas?» Inmediatamente es vindicado. «El Señor dice á Elifaz... vosotros no habéis dicho de mí lo que es justo, como mi siervo Job lo ha hecho». Su integridad ha sido comprobada, y su predicción verificada: «Yo sé que mi Campeón vive, y que me sostendrá sobre la tierra aún mucho tiempo; y aunque después mi piel y mi cuerpo mismo se hayan corrompido, todavía entonces, sin mi carne yo veré á Dios». La predicción se realizó: «Yo he oído de tí por la audición del oído, pero ahora mis ojos te han visto..... Y el Señor trocó el cautiverio de Job».

En todas estas escenas no existe manifestación alguna de un tan maligno diabolismo como el que, según se supone, caracteriza al «enemigo de las almas».

En opinión de algunos escritores de mérito é ilustrados, el *Satán* del *Libro de Job* es un mito judío, conteniendo la doctrina Mazdeana del Mal Principio. El Dr. Haug hace notar que la religión Zoroastriana presenta una grande afinidad, ó más bien entidad, con la religión Mosaica y con el cristianismo, tal como la personalidad y atributos del Diablo, y la resurrección de los muertos» (1). La guerra del *Apocalipsis*, entre Miguel y el Dragón, puede hacerse remontar con la misma facilidad á uno de los más antiguos mitos de los Arios. En el *Avesta* leemos la guerra entre Thrætæona y Azhi-Dahaka, la serpiente destructora. Burnouf ha procurado demostrar que el mito Védico de Ahí, ó la serpiente luchando contra la diosa, ha sido gradualmente representado en el «combate de un hombre piadoso contra el poder del mal», en la religión Mazdeana. Gracias á estas interpretaciones, Satán se identificaria con Zohak ó Azhi-Dahaka, el cual es una serpiente de tres cabezas, una de ellas humana (2).

A Beel-Zebub se le distingue generalmente de Satán. Según aparece en el *Nuevo Testamento Apócrifo*, debe ser considerado como un potentado del mundo subterráneo. Dicho nombre es generalmente

(1) Haug: *Ensayos acerca del Lenguaje sagrado, Escritos y Religión de los Parsis*.

(2) El *Avesta* describe la serpiente Dahaka como perteneciente á la región de Bauri ó Babilonia. En la historia Médica existen dos reyes llamados Deiokes Dahaka, y Astyages ó Az-dahaka. Según Feridun, ha habido hijos de Zohak sentados en varios tronos Orientales. Parece ser, por lo tanto, que por Zohak se designa la dinastía Asiria, cuyo símbolo era el *purpureum signum draconis*, el signo purpúreo del Dragón. Desde una muy remota antigüedad (*Génesis* XIV), esta dinastía regía el Asia, Armenia, Siria, Arabia, Babilonia, Media, Persia, Bactriana y el Afghanistan. Fué finalmente derribada por Ciro y Darío Hystaspes, después de «1.000 años» de dominación. Yima y Thrætæona, ó Jemshid y Feridun, son indudables personificaciones. Zohak impuso probablemente el culto de fuego Asirio ó Magiano á los Persas. Darío era el vice-gerente de Ahura-Mazda.



traducido «Baal de las Moscas», lo cual puede ser una designación de los *Scarabai*, ó escarabajos sagrados (1). Más correctamente se leerá tal como se le cita siempre en el texto griego de los *Evangelios*, Beelzebub, ó padre de familias, como es á la verdad citado en *Mateo* x, 25: «Si han llamado al padre de familias Beelzebub, cuánto más llamarán á los de su casa?» También se le llamaba el príncipe ó archonte de los demonios.

Tifón figura en el *Libro de los Muertos* como el Acusador de las almas cuando comparecen á juicio, del mismo modo que Satán se levantó para acusar al sumo sacerdote Josué ante el ángel, y lo mismo que el Diablo se llegó á Jesús para tentarle ó probarle, durante su largo ayuno en el desierto. También es la deidad denominada Baal-Tseephon, ó dios de la cripta, en el libro del *Exodo*, y *Seth*, ó la columna. Durante este periodo, el culto antiguo ó arcaico estaba más ó menos bajo el entredicho del gobierno; en lenguaje figurado, Osiris había sido asesinado traidoramente, y dividido en *catorce* (dos veces *siete*) pedazos, y luego metido en un ataúd por su hermano Tifón, habiendo ido Isis á Byblos en busca de su cuerpo.

No debemos olvidar, en esta relación, que Saba ó Sabazios, de Frigia y Grecia, fué despedazado por los Titanes en *siete* porciones, y que él era, á manera del Heptaktis de los Caldeos, el dios de *siete* rayos. El Siva indo es representado coronado con *siete* serpientes, y es el dios de la guerra y de la destrucción. El Jehovah, el Sabaoth hebreo, es también denominado Señor de los Ejércitos, Seba ó Saba, Baco ó Dionysus Sabazios; así es que todos estos puede demostrarse que son idénticos.

Finalmente los príncipes del más antiguo *régime*, los dioses que, cuando el asalto de los gigantes, tomaron la forma de animales ocultándose en Etiopía, volvieron y expulsaron á los pastores.

Según Josefo, los Hyk-sos eran los antecesores de los Israelitas (2). Indudablemente, en substancia esto es verdad. Las *Escrituras* hebreas, que cuentan un historia algo diferente, fueron escritas en un periodo posterior, y sufrieron varias revisiones antes de que fueran promulgadas con algún grado de publicidad. Tifón se hizo odioso en Egipto, y los pastores vinieron á ser «una abominación». «Durante el curso de la vigésima dinastía, fué súbitamente tratado como un vil

(1) El nombre en los Evangelios es *Beelze-Boul*, ó Baal de la Morada. Es probablemente cierto que Apolo, el Dios Delfico, no era en su origen helénico, sino fenicio. Él era el Paian ó médico, lo mismo que dios de los oráculos. No es necesario un gran esfuerzo de imaginación para identificarlo con Baal-Zebul, el dios de Ekrón, ó Acherón, indudablemente cambiado en Zebub, ó moscas, por los judíos, en son de burla.

(2) *Contra Apion*, i 25. Los Egipcios se valían de muchas coyunturas para odiarnos y envidiarnos; en primer lugar, porque nuestros antecesores (los Hyk-sos ó pastores) habían dominado sobre su país, y, cuando sacudieron su yugo y se fueron á su propio país, vivieron allí prósperamente.

demonio, hasta el extremo de que sus efigies y su nombre se encuentran borrados en todos los monumentos é inscripciones que podían ser alcanzadas» (1).

En todas épocas han estado los dioses expuestos á ser personificados en hombres. Existen tumbas de Zeus, de Apolo, de Hércules y de Baco, que son con frecuencia mencionados para mostrar que en su origen eran ellos simples mortales. Shem, Cam y Japhet están calcados en las divinidades Shamas de Asiria, Kham de Egipto, y Iapetos el Titán. Seth era dios de los Hyk-sos; Enoch, ó Inachus, de los Argivos; y Abraham, Isaac, y Judah han sido comparados con Brahma, Ikshwaka y Yadu del panteón indo. Tifón cayó de una condición divina á otra diabólica, las dos en su propio carácter como hermano de Osiris, y como Seth, ó Satán de Asia. Apolo, el dios del día, vino á ser, en su antiguo aspecto fenicio, no ya Baal-Zebul, el dios-Oráculo, sino el príncipe de los demonios, y finalmente el Señor del mundo subterráneo. La separación entre el Mazdeanismo y el Vedismo transformó á los *Devas* ó dioses en malas potencias. Indra, también, en el *Vendidad* es presentado como el subalterno de Ahrimán (2), creado por él con los materiales de las tinieblas (3), juntamente con Siva (Surya) y los dos Aswins. Del mismo modo Jahi es el demonio de la Lujuria, idéntico probablemente á Indra.

Las distintas tribus y naciones han tenido sus dioses tutelares y han envilecido á los de los pueblos enemigos. Las transformaciones de Tifón, Satán y Beelzebub son de este carácter. Y la verdad es que Tertuliano habla de Mithra, el dios de los Misterios, como de un diablo.

En el duodécimo capítulo del *Apocalipsis*, Miguel y sus ángeles vencen al Dragón y á sus ángeles: «y fué lanzado afuera el Gran Dragón, aquella antigua serpiente llamada Diabolos, y Satán, que engaña á todo el mundo». Y se añade: «Ellos le vencieron gracias á la sangre del Cordero». El Cordero, ó Cristo, tuvo que descender al infierno, al mundo de los muertos, y permanecer tres días antes de que venciera al enemigo, según el mito.

Miguel era denominado por los kabalistas y los Gnósticos «el Salvador», el ángel del Sol, y el ángel de Luz. (מִיכָאֵל, probablemente de מִבְּרָה manifestar, y אֱלֹהִים Dios). Fué el primero de los *Æones*, y es bien conocido de los arqueólogos como el «ángel desconocido», representado en los amuletos gnósticos.

(1) Bunsen. El nombre *Seth* con la sílaba *an* del caldeo *ana*, ó Cielos, forma la palabra *Satán*. Los buscadores de equívocos parecen en la actualidad haberse cogido á él, según su costumbre, y lo han convertido en Satán, del verbo שָׂטָן *Sitan*, oponer.

(2) *Vendidad*, fargard x. El nombre *Vendidad* es una contracción de *Vidava-data*, disposiciones contra los *Dævas*.

(3) *Bundahest*. «Ahrimán creó con los materiales de las tinieblas Akuman y Ander, y después á Sauru y á Nakit».

El autor del *Apocalipsis*, si no lo era Kabalista debía haber sido un Gnóstico. Miguel no era un personaje que se le presentó por vez primera en su visión (*epopteia*), sino el Salvador y matador del Dragón. Las investigaciones arqueológicas han demostrado que es idéntico á Anubis, cuya efigie ha sido últimamente descubierta sobre un monumento egipcio, con una coraza y empuñando una lanza, como San Miguel y San Jorge. También se le representa matando á un Dragón, que tiene la cabeza y cola de Serpiente (1).

El sabio de Lepsius, Champollion, y otros egiptólogos prontamente reconocerán á Isis como la «mujer con el niño», «vestida con el Sol, y con la Luna bajo sus piés», á quien el «grande y flamígero Dragón» ha perseguido, y á la cual «fueron dadas dos alas de la Grande Aguila, para que pudiese volar al desierto». Tifón era de piel roja (2).

Los Dos Hermanos, los Principios Bueno y Malo, aparecen en los Mytos de la *Biblia*, lo mismo que en los de los Gentiles, y Caín y Abel, Tifón y Osiris, Esaú y Jacob, Apolo y Pitón, etc., Esaú ú Osu es representado, cuando nacido, como «rojo sobre todo su cuerpo á manera de una vestidura cabelluda». Él es el Tifón ó Satán, haciendo oposición á su hermano.

Desde la más remota antigüedad, la serpiente ha sido tenida por todos los pueblos en la mayor veneración, como una encarnación de la Sabiduría Divina, y como el símbolo del espíritu, y sabemos por Sanchoniathón que Hermes ó Thot fué el primero en considerar la serpiente como «el más espiritual de todos los reptiles»; y la serpiente Gnóstica con las siete vocales sobre su cabeza no es más que la copia de Ananta, la serpiente de siete cabezas sobre la que descansa el dios Vishnú.

Sorpresa no pequeña ha sido la que hemos experimentado al ver, después de leer los últimos tratados europeos acerca del culto de la Serpiente, que sus autores confiesen que el público está «casi á obscuras respecto al origen de tal superstición». Mr. C. Staniland Wake, M. A. I., á quien ahora citamos, dice: «El estudiante de mitología sabe que ciertas ideas estaban asociadas por los pueblos de la antigüedad con la serpiente, y que ésta era el símbolo favorito de deidades particulares; pero la razón por la que aquel animal fué escogido, con preferencia á cualquier otro para este objeto, es todavía incierta» (3).

Mr. James Fergusson, miembro de la Real Sociedad de Londres,

(1) Véase *Du Dragon de Metz*, de Lenoir, en las *Mémoires de l'Académie Celtique*, I, 11, 12.

(2) Plutarco. *Isis Osiris*.

(3) *Origen del Culto de la Serpiente*, por C. Staniland Wake, M. A. I., Nueva York. J. W. Bouton, 1877.

el cual ha reunido tal abundancia de materiales acerca de este antiguo culto, parece no haber adelantado más que los otros en cuestión de sospechar la verdad (1).

Nuestra explicación del mito será de poco valor para los estudiantes del simbolismo, y sin embargo, creemos que la interpretación del primitivo culto de la serpiente tal como la dan los iniciados, es la única verdadera. En el tomo I, pág. 70 y 71, citamos del Mantra-serpiente, en el *Aytareya-Brahmana*, un párrafo que habla de la tierra considerada como *Sarpa Rajni*, la Reina de las Serpientes, y «la madre de todo cuanto se mueve». Estas expresiones se refieren al hecho de que, antes de que nuestro globo hubiese llegado á tener forma de huevo ó redondo, era un largo rastro de polvo cósmico ó niebla de fuego, moviéndose y retorciéndose á manera de una serpiente. Esto, dicen las explicaciones, era el Espíritu de Dios moviéndose en el caos, hasta que su aliento hubo incubado la materia cósmica, haciéndola adquirir la forma anular de una serpiente con la cola en su boca, emblema de la eternidad en su sentido espiritual, y de nuestro mundo en su sentido físico. Según las nociones de los más antiguos filósofos, tales como las hemos expuesto en el capítulo precedente, la tierra, á manera de una serpiente, arroja de sí su piel, y aparece rejuvenecida después de cada uno de los pralayas menores, y después del gran Pralaya resucita ó evoluciona de nuevo desde su estado subjetivo al objetivo. Lo mismo que la serpiente, dice Sanchoniathón, no solo «se desembaraza de su antigua edad, sino que aumenta en tamaño y en energía». Por esto es que no solamente Seraphis, y posteriormente Jesús, han sido representados por una gran serpiente, sino que además esta es la razón por que, en nuestro propio siglo, se guardan con religioso cuidado grandes serpientes en las mezquitas musulmanas, como por ejemplo en la del Cairo. En el Alto Egipto, se dice que un famoso santo se aparece bajo la forma de una gran serpiente, y en la India, en algunas cunas de niño, se crían, juntamente con éste, una pareja de serpientes, macho y hembra, y con frecuencia se encuentran reptiles de este género, pues según se cree, llevan consigo (una aura magnética de) sabiduría, salud, y buena suerte. Las serpientes son la progenie de *Sarpa Rajni*, la tierra, y están dotadas de todas sus virtudes.

En la Mitología inda, Vasaki, el Gran Dragón, lanza de su boca, sobre Durga, un líquido venenoso que se extiende por el suelo, pero su consorte Siva hace que la tierra abra su boca y lo trague.

Así es que el místico drama de la virgen celestial perseguida por el dragón que pretende devorar á su hijo no figura únicamente

(1) *Arbol y Culto de la Serpiente*, etc.

reproducido en las constelaciones celestes, como se ha dicho, sino que era representado en el culto secreto de los templos. Era el misterio del dios Sol, é inscrito sobre una negra imagen de Isis (1). El Niño Divino era perseguido por el cruel Tifón (2). Y en una leyenda egipcia se dice que el Dragón persigue á Thuesis (Isis), mientras ella trata de proteger á su hijo (3). Ovidio describe á Dioné (esposa del Zeus pelago primitivo, y madre de Venus) huyendo de Tifón hacia el Eufrates (4), identificando así el mito, que pertenecía igualmente á todos los países en donde se celebraban los misterios.

Virgilio canta la victoria en estos términos:

«Salud, hijo amado de los dioses, de Jove gran hijo!  
Recibe los grandes honores; el tiempo está próximo;  
La Serpiente morirá!» (5).

Alberto Magno, que á la vez que alquimista y estudiante de las ciencias ocultas, era al mismo tiempo obispo de la Iglesia católico-romana, en su entusiasmo por la astrología, declaró que el signo zodiacal de la Virgen celeste se eleva sobre el horizonte el veinticinco de Diciembre, en el momento señalado por la Iglesia para el nacimiento del Salvador (6).

El signo y mito de la madre y del niño eran conocidos millares de años antes de la era cristiana. El drama de los Misterios de Deméter representa á Persefoneia, su hija, arrebatada por Plutón ó Hades al mundo de los muertos, y cuando por fin la madre allí la descubre, ha sido ella instalada como reina en el reino de las Tinieblas. Este mito ha sido transcrito por la Iglesia en la leyenda de Santa Ana (7), yendo en busca de su hija María, que había sido llevada á Egipto por José. Persefoné es representada con dos espigas de trigo en la mano; así era también representada María en las antiguas pinturas, y lo mismo la Virgen Celestial de la constelación. Albumazar, el Arabe, indica la identidad de los distintos mitos del modo siguiente:

«En el primer *decan* de la Virgen nace una doncella llamada en arábigo Aderenosa (Adha-nari?), la cual es pura, inmaculada, virgen (8), graciosa en su persona, encantadora en su semblante, modesta en

(1) Codfrey Higgins: *Anacalipsis*; Dupuis: *Origines des Cultes*, III, 51.

(2) Martianus Capella: *Himno al Sol*, I, II; Movers: *Phiniza*, 266.

(3) Plutarco: *Isis y Osiris*.

(4) Ovidio: *Fasti*, II, 451.

(5) Virgilio: *Eglogas*, IV.

(6) Knorring: *Terra et Cælum*, 53.

(7) Anna es una denominación oriental, procedente del caldeo *Ana*, ó cielos, de donde *Anaïtis* y *Anaïtres*. Durga, esposa de Siva, es llamada también Anna purna, y era indudablemente la santa Anna original. La madre del profeta Samuel se llamaba Ana; el padre de su pareja, Sansón, era *Manú*.

(8) Las vírgenes de los antiguos tiempos, como se verá, no eran doncellas, sino simplemente *almas*, ó mujeres núbiles.

el vestir, con los cabellos sueltos, llevando en las manos dos espigas de trigo, sentada sobre un trono adornado, criando á un niño, y alimentándolo debidamente en el lugar llamado Hebrea; un niño, digo, llamado Iesus por ciertas naciones, que significa Issa, y á quien llaman también Christ en griego» (1).

En dicho tiempo, las ideas griegas, asiáticas y egipcias habían sufrido una notable transformación. Los Misterios de Dionysus Sabazius habían sido substituidos por los ritos de Mithras, cuyas «cuevas» reemplazaron á las criptas del primer dios, desde Babilonia á Bretaña. Serapis ó Sri-Apa, desde el Ponto, había usurpado el lugar de Osiris. Asoka, rey del Indostán Oriental, había abrazado la religión de Siddharta, y enviado misioneros á iluminar la Grecia, Asia, Siria y Egipto, y á promulgar el evangelio de la sabiduría. Los Esenios de Judea y de Arabia, los Therapeutas de Egipto (2) y los Pitagóricos de Grecia y de la Magna Grecia (3) eran evidentemente devotos de la nueva fé. Las leyendas de Gautama reemplazaron á los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco. Estos fueron entremetidos de nuevo en los Misterios y Evangelios, y á ellos debemos la literatura conocida con el nombre de *Evangelistas*, y el *Nuevo Testamento Apócrifo*. Estos eran guardados por los Ebionitas, Nazarenos y otras sectas, como libros sagrados, que solo á los sabios podían ser enseñados, y fueron conservados así hasta que la avasalladora influencia de la política Romano-Eclesiástica fué capaz de arrancarlos á aquellos que los habían guardado.

En la época en que se dice que el sumo-sacerdote Hilkiab encontró el *Libro de la Ley*, los *Puranas* (Escritura) indos eran conocidos de los Asirios. Estos últimos habían dominado durante muchos siglos desde el Helesponto hasta el Indo, y probablemente echaron á los Arios de Bactriana haciéndoles pasar al Punjâb. El *Libro de la Ley* parece haber sido un *purana*. «Los Brahmanes instruidos,» dice Sir William Jones, «pretenden que son necesarias cinco condiciones para constituir un verdadero *purana*:

- »1.<sup>a</sup> Tratar de la creación de la materia en general.
- »2.<sup>a</sup> Tratar de la *creación ó producción de materia secundaria y de seres espirituales*.
- »3.<sup>a</sup> Dar un resumen cronológico de los grandes periodos de tiempo.

(1) Kircher: *Cedipus Aegypticus*, III, 5.

(2) De *therapeuo*, servir, adorar, curar.

(3) E. Pococke deriva el nombre *Pythagoras* de *Buddha*, y *gurú*, un instructor espiritual. Higgins lo hace céltico, y dice que significa un observador de los astros. Véase: *Druidas Célticos*. Si, como quiera que sea, derivamos la palabra *Pytho* de פֶּתַח *petah*, el nombre significaría un expositor de los oráculos, y *Buddha-gurú* un maestro de las doctrinas de *Buddha*.

»4.<sup>a</sup> Presentar un resumen genealógico de las principales familias que han reinado en el país.

»5.<sup>a</sup> Referir la historia de algún grande hombre en particular».

Es casi indudable que cualquiera que haya sido el que escribió el *Pentateuco*, tenía este plan á la vista, así como los que escribieron el *Nuevo Testamento* estaban perfectamente enterados del culto y ritual Búddhico, y de sus leyendas y doctrinas, por medio de los misioneros Buddhistas que en aquellos días figuraban en gran número en Grecia y Palestina.

Pero «sin Diablo no hay Cristo». Este es el dogma fundamental de la Iglesia. Debemos estudiar á los dos juntamente. Existe entre ambos una relación misteriosa, más íntima de lo que quizás se sospecha, llegando á la identidad. Si reunimos á todos los místicos Hijos de Dios, á todos aquellos que han sido considerados como «primogénitos», se verá que se amoldan los unos á los otros y se confunden en este doble carácter. Adam-Kadmon se bifurca desde la conceptiva sabiduría espiritual á la creadora, la cual desenvuelve la *materia*. El Adam hecho de polvo es á la par hijo de Dios y Satán, y también este último es un hijo de Dios (1), según Job.

Hércules era asimismo «el Primogénito». Él es también Bel, Baal y Bal, y por lo tanto, Siva, el Destructor. Baco era llamado por Eurípides «Baco, el Hijo de Dios». Cuando niño, Baco, lo mismo que el Jesús de los *Evangelios Apócrifos*, era sumamente respetado. Es descrito como benévolo para con la humanidad; era sin embargo inexorable en castigar á cualquiera que faltase al respeto á su culto. Pentheus, el hijo de Cadmo y de Hermione, fué, lo mismo que el hijo del rabino Hannón, destruido por su falta de piedad.

La alegoría de Job, á la cual ya se ha hecho referencia, si es debidamente comprendida, nos dará la clave para la cuestión completa del Diablo, su naturaleza y su oficio, y comprobará nuestras declaraciones. Que ninguna persona piadosa censure el calificativo de alegoría que hemos empleado. El mito ha sido el método favorito y universal de enseñanza en los tiempos arcaicos. Pablo, escribiendo á los Corintios, ha declarado que toda la historia de Moisés y de los Israelitas era alegórica (2); y en su *Epístola á los Gálatas*, afirmó que toda la historia de Abraham, de sus dos mujeres y de sus hijos, era una alegoría (3). Verdaderamente, es una teoría que equivale á la certidumbre, la de que los libros históricos del *Antiguo Testamento*

(1) En el Museo secreto de Nápoles existe un bajo relieve de mármol representando la *Caida del Hombre*, en el cual Dios Padre desempeña el papel de Serpiente tentadora.

(2) Primera *Epístola* á los Corintios, x 11: «Todas estas cosas les sucedieron como ejemplos».

(3) *Epístola á los Gálatas*, iv, 24: «Escrito está que Abraham tuvo dos hijos, el uno de una esclava, y el otro de una mujer libre... cuyos casos son una alegoría».

tenían el mismo carácter. Y no nos tomamos ninguna libertad extraordinaria con el *Libro de Job*, cuando le designamos del mismo modo que designaba Pablo las historias de Abraham y de Moisés.

Pero debemos quizás explicar el antiguo uso de la alegoría y del simbolismo. En la primera se dejaba que fuera deducida la verdad; el símbolo expresaba alguna cualidad abstracta de la Deidad que podían fácilmente los laicos percibir. Su más elevado sentido terminaba aquí y de entonces en adelante fué usada por la multitud, á manera de una imagen empleada en los ritos idólatras. Pero la alegoría estaba reservada para el santuario interno, en el cual solo los elegidos eran admitidos. De ahí la contestación de Jesús á sus discípulos, cuando le preguntaban por qué hablaba á la multitud en parábolas. «A vosotros os es concedido—les decía— el saber los misterios del Reino de los Cielos, pero á ellos no les es dado. Porque á cualquiera que tenga, á él le será dado, y él tendrá mayor abundancia; pero á cualquiera que no tenga, á él le será quitado aun aquello que tiene». En los Misterios menores, era lavada una marrana, para significar la purificación del neófito, por cuanto su vuelta al fango indicaba la naturaleza superficial de la obra que se había llevado á cabo.

«El Mythus es el no revelado pensamiento del alma. El rasgo característico del mito es convertir la reflexión en la historia (una forma histórica). Como en la epopeya, en el mito predomina el elemento histórico. Los hechos (sucesos externos) con frecuencia constituyen la base del mito, y con ellos se hallan entrelazadas las ideas religiosas».

La alegoría entera de Job es un libro abierto para aquel que comprende el lenguaje geroglífico del Egipto, tal como se halla registrado en *El Libro de los Muertos*. En la escena del Juicio, Osiris está representado sentado en su trono, sosteniendo en una mano el símbolo de la vida, «el garfio de atracción», y en la otra, el místico abanico Báquico. Ante él están los hijos de Dios, los cuarenta y dos asesores de los muertos. Inmediato al trono existe un altar cubierto de ofrendas, y coronado por la sagrada flor del loto, sobre el cual se ven cuatro espíritus. A la entrada permanece el alma que va á ser juzgada, á quien Thmei, el genio de la Verdad, está dando la bien venida para la conclusión de su prueba. Thot, con una caña en la mano, registra el proceso en el Libro de la Vida. Horus y Anubis, sosteniendo las balanzas, observan el peso que determina si el corazón del difunto equilibra al símbolo de la verdad, ó si este último prepondera. En un pedestal permanece sentada una ramera, símbolo del acusador.

La Iniciación en los Misterios, como sabe toda persona inteligente, era una dramática representación de escenas del mundo inferior. Tal es la alegoría de Job.



Varios críticos han atribuido la paternidad de este libro á Moisés. Pero es más antiguo que el *Pentateuco*. Jehovah no es mencionado en el poema mismo; y si su nombre se encuentra en el prólogo, debe esto atribuirse ó bien á un error de los traductores, ó la premeditación exigida más tarde por la necesidad de transformar al Politeísmo en una religión monoteísta. El plan adoptado era el tan sencillo de atribuir los numerosos nombres de los Elohim (dioses) á un solo dios. Así es que en uno de los más antiguos textos hebreos de Job (en el capítulo XII, 9) figura el nombre de Jehovah, mientras que en todos los restantes manuscritos dice «Adonai». Pero en el poema original, no se halla Jehovah. En lugar de este nombre encontramos *Al, Aleim, Ale, Shaddai, Adonai*, etc. Debemos, por lo tanto, sacar como consecuencia que ó bien el prólogo y el epílogo fueron añadidos en un periodo posterior, lo cual es inadmisibles por muchas razones, ó que, como los demás manuscritos, ha sido adulterado. Así pues, no encontramos en este arcaico Poema mención alguna de la Institución Sabbática; pero en cambio hallamos un gran número de referencias al sagrado número siete, acerca de lo cual más adelante hablaremos, y una franca discusión acerca del Sabeísmo, pues en aquellos días prevalecía en Arabia el culto de los cuerpos celestes. En dicho libro Satán es llamado un «Hijo de Dios», uno de los del consejo que se presentan ante Dios, al cual él induce á poner á prueba la fidelidad de Job. En este poema, más claro y explícitamente que en ninguna otra parte, encontramos la significación de la palabra Satán. Es un término para el oficio ó carácter de *acusador público*. Satán es el Tifón de los Egipcios, que aúlla sus acusaciones en Amenthi; un oficio tan respetable como el de fiscal en nuestros propios tiempos; y si, por efecto de la ignorancia de los primeros cristianos, convirtiéndose últimamente en un ser idéntico al diablo, no tiene él nada que ver con esto.

El *Libro de Job* es una representación completa de la iniciación antigua, y de las pruebas que generalmente preceden á ésta, la más grande de todas las ceremonias. El neófito se ve despojado de todo aquello que para él tenía valor, y afligido por una enfermedad impura. Su esposa le aconseja que adore á Dios y que muera; para él no hay ya esperanza. Tres amigos aparecen en la escena por mutuo acuerdo. Eliphaz, el sabio Temanita, lleno del conocimiento «que los hombres sabios han recibido de sus padres, á quienes únicamente la tierra era dada»; Bildad, el conservador, tomando las cosas tal como vienen, y juzgando que Job debía haber obrado mal, desde el momento en que se encontraba afligido; y Zophar, inteligente y hábil en materia de «generalidades», pero no sabio á fondo. Job contesta resueltamente: «Si yo he errado, á nadie más que á mí mismo concierne. Vosotros os ensalzáis y habláis contra mí al

reprocharme, pero Dios es el que me ha abatido. ¿Por qué me perseguís vosotros, y no os dais por satisfechos con mi carne, que así ha desaparecido? Pero yo sé que mi Campeón vive, y que vendrá día que me sostendrá sobre la tierra, hasta la consumación de los siglos; y que aunque, juntamente con mi piel, todo lo de aquí abajo se haya destruido, á pesar de esto y sin mi carne, yo veré á Dios... Vosotros diréis: '¿Por qué le molestamos?' Porque la raíz de la materia se ha encontrado en mí».

Este párrafo, lo mismo que todos los demás en los cuales se pueden descubrir ligerísimas alusiones á un *Campeón*, *Libertador*, ó *Vengador*, fué interpretado en referencia directa al Mesías; pero, aparte del hecho que en los *Setenta*, este versículo es traducido en estos términos:

«Porque yo sé que Él es eterno,  
Aquel que va á libertarme en la tierra,  
Para restaurar esta mi piel que sufre estas cosas», etc.

en la versión del rey Jacobo, tal como está traducido, no tiene la menor semejanza con el original (1). Los astutos traductores lo han convertido en: «Yo sé que *mi Redentor vive*», etc. Y á pesar de esto, los *Setenta*, la *Vulgata*, y el original Hebreo, tienen todos ellos que ser considerados como la inspirada palabra de Dios. Job se refiere á su propio espíritu *inmortal*, que es eterno, y que, cuando llegue la muerte, le libertará de su corrompido cuerpo terreno, y le revestirá de una nueva envoltura espiritual. En los *Misterios de Eleusinia*, en el *Libro de los muertos* egipcio, y en todas las demás obras que tratan de la iniciación, este «eterno ser» tiene un nombre. Entre los Neoplatónicos era el *Nous*, el *Augoeides*; entre los Buddhistas es *Aggra*; y entre los Persas, *Ferwer*. Todos estos son denominados los «Libertadores», los «Campeones», los «Metratons», etc. En las esculturas Mitraicas de Persia, el *Ferwer* es representado por una figura alada, cerniéndose en el aire encima de su «objeto» ó cuerpo (2). Es el Yo luminoso, el *Atmán* de los Indos, nuestro espíritu inmortal, el único que puede redimir á nuestra alma, como lo hará si á él nos elevamos en lugar de ser arrastrados hacia abajo por nuestro cuerpo. Por lo tanto, en los textos caldeos, lo anterior dice así: «Mi *Libertador*, mi *Restaurador*», ó sea, el Espíritu que restaurará el gastado cuerpo del hombre, y lo transformará en una vestidura de Éter. Y á este *Nous*, *Augoeides*, *Ferwer*, *Aggra*, Espíritu de sí mismo, es á quien el triunfante Job verá sin su carne (ó lo que es lo mismo, cuando haya

(1) Véase *Job*, por varios traductores, y compárense los diferentes textos.

(2) Véase *Persia*, de Kerr Porter, tomo 1, láminas 17, 41.

escapado de su prisión temporal), y á quien los traductores llaman «Dios».

No solamente no existe en el poema de Job la más leve alusión á Cristo, sino que en la actualidad está bien probado que todas las versiones de diferentes traductores que concuerdan con la del rey Jacobo fueron escritas fundándose en la autoridad de Jerónimo, que se ha tomado extrañas libertades en su *Vulgata*. Él fué el primero en interpolar en el texto este versículo de su propia cosecha:

«Yo sé que mi Redentor vive,  
Y que en el último día yo me levantaré de la tierra,  
Y de nuevo seré envuelto con mi piel,  
Y en mi carne yo veré á mi Dios».

Todo lo cual puede haber sido para él una buena razón para creerlo, desde el momento en que *lo sabía*, mas para otros que *no lo sabían*, y que por otra parte han encontrado en el texto una idea completamente distinta, esto no prueba otra cosa sino que Jerónimo había decidido valerse de una interpolación más para imponer el dogma de la resurrección «en el último día», en la misma piel y en los mismos huesos que teníamos en la tierra. Verdaderamente esta es una agradable perspectiva de «restauración». ¿Por qué no sucede lo mismo con las ropas que cubren el cuerpo en el momento de la muerte?

¿Y cómo podía el autor del *Libro de Job* saber algo acerca del *Nuevo Testamento*, cuando es evidente que ignoraba por completo el *Antiguo*? Existe en él una ausencia total de alusiones á cualquiera de los patriarcas; y tan notorio es que es la obra de un *Iniciado*, que hasta una de las tres hijas de Job es designada con un nombre decididamente mitológico y «pagano». El nombre *Kerenhappuch* es traducido de distintas maneras por los diversos traductores. En la *Vulgata* figura como «cuerno de antimonio»; y en los *Setenta* como el «cuerno de Amaltea», la nodriza de Júpiter, y una de las constelaciones, emblema del «cuerno de la abundancia». La presencia de esta heroína de la fábula Pagana en los *Setenta*, demuestra la ignorancia de los traductores, tanto en lo que á su significación se refiere, como respecto del origen esotérico del *Libro de Job*.

En lugar de ofrecerle consuelos, los tres amigos del doliente Job procuran hacerle creer que su infortunio debe ser el castigo de algunos pecados extraordinarios que él había cometido. Rechazando sobre ellos todas sus imputaciones, jura Job que mientras tenga alientos mantendrá su causa. Pasa en revista el periodo de su prosperidad, «cuando el secreto de Dios permanecía sobre sus tabernáculos», y él era un juez que se sentaba soberano y estaba como

un rey en el ejército, ó uno que á los afligidos consolaba», y compara con aquél el tiempo presente, en que unos beduinos vagabundos se burlan de él, hombres «más viles que la tierra», cuando se encuentra postrado por el infortunio y por una enfermedad asquerosa. Entonces declara él su simpatía por los desgraciados, su castidad, su integridad, su honradez, su estricta justicia, sus caridades, su moderación, su abstención del prevaleciente culto al Sol, su ternura hacia sus enemigos, su hospitalidad para con los extraños, su grandeza de corazón, su intrepidez en favor de la justicia, aunque tuviese que chocar con la multitud, y sufrir el desprecio de las familias; é invoca al Todopoderoso para que le conteste, é invita á sus adversarios á que tomen nota de aquello de que él se ha hecho culpable. A esto no se dió ni podía darse contestación alguna. Los tres se habían propuesto aplastar á Job, con razones y argumentos vulgares, y él había pedido que se tuvieran en cuenta sus actos concretos. Entonces apareció el cuarto; Elihu, hijo de Barachel el Buzita, de la raza de Ram (1).

Elihu es el hierofante; empieza con una reprensión, y los sofismas de los falsos amigos de Job son barridos como la arena movediza ante el viento de Occidente.

Y Elihu, hijo de Barachel, habló y dijo: «Los grandes hombres no son siempre sabios... un espíritu *existe* en el hombre; el *espíritu en mí* me ha obligado... Dios ha hablado una vez, y dos veces, y á *pesar de todo*, el hombre no le ha percibido. En un sueño, en una visión nocturna, cuando el profundo sueño ha caído sobre el hombre que duerme sobre el lecho; entonces él abrió los oídos de los hombres, y selló su instrucción. Oh, Job, óyeme; conserva tu paz, y yo te enseñaré la SABIDURÍA».

Y Job, que ante las dogmáticas falacias de sus tres amigos, en la amargura de su corazón había exclamado: «No dudo que vosotros sois el vulgo y en vosotros morirá la sabiduría... Miserables consoladores sois todos vosotros... Seguramente yo quisiera hablar al Todopoderoso, y yo deseo razonar con Dios. Pero *vosotros* sois forjadores de embustes, *vosotros* sois médicos de ningún valor!» El consumido de tristeza y visitado Job, quien á la faz del clero oficial (que le ofrecía por toda esperanza la necesidad de la condenación) había en medio de su desesperación casi vacilado en su paciente fé, contestó: «¿Qué es lo que sabéis *vosotros*, que no sepa yo también *lo mismo*; yo no soy inferior á vosotros... El hombre surge á manera de una flor, y es cortado; él pasa á manera de una sombra, y no

(1) La expresión «de la raza de Ram» denota que él era un Aramaeo ó Sirio de Mesopotamia. Buz era hijo de Nahor. «Elihu hijo de Barachel» es susceptible de dos traducciones. *Eli-Hu*, Dios es, ó Hoa es Dios; y Barach-Al, el adorador de Dios, ó Bar-Rachel, el hijo de Rachel, ó hijo de la oveja.

*continúa*... El hombre muere, y se consume, aún más, el hombre abandona el espíritu, y *en dónde está el?*... Si un hombre muere *vivirá* otra vez?... En cuanto hayan pasado unos pocos años, entonces iré al camino *de donde* no volveré... ¡Oh, que pueda uno interceder por un hombre ante Dios del mismo modo que un hombre intercede con su vecino!» Encuentra Job á uno que á su grito de agonía responde. Él atiende á la SABIDURÍA de Elihu, el hierofante, el instructor perfecto, el inspirado filósofo. De sus labios severos brota la justa represión por su impiedad en hacer responsable al SER SUPREMO de los males de la humanidad. «Dios—dice Elihu— es excelente en poder, en juicio y en plenitud de justicia; ÉL *no afigirá*».

Durante todo el tiempo que el neófito estaba satisfecho con su propia sabiduría mundana é irreverente estimación de la Deidad y de sus designios; durante todo el tiempo en que daba oídos á los perniciosos sofismas de los que le aconsejaban, el hierofante guardaba silencio. Pero en cuanto la mente ansiosa se halla dispuesta para el consejo y la instrucción, óyese su voz y él habla con la autoridad del Espíritu de Dios que le *obligó*: «Seguramente no querrá Dios oír *vanidad*, ni querrá el Todopoderoso mirarle... Él no respeta á ninguno que sea sabio de corazón».

¡Qué mejor comentario que éste sobre el predicador á la moda que «*multiplica* palabras sin conocimiento»! Esta magnífica sátira *profética* podía haber sido escrita para prefigurar el espíritu que prevalece en todas las sectas de los Cristianos.

Presta oído Job á las palabras de sabiduría, y entonces el «Señor» contesta á Job «desde el torbellino» de la naturaleza, la primera manifestación visible de Dios: «Permanece tranquilo, oh Job, permanece tranquilo y considera las obras maravillosas de Dios, puesto que *solo por medio de ellas* es como tú puedes conocer á Dios. He aquí que Dios es grande, y *nosotros no lo conocemos*, á Aquel que hizo pequeñas á las gotas de agua; *pero ellas* difunden la lluvia, *en proporción al vapor de la mina*» (1); no según el capricho divino, sino en armonía con leyes ya establecidas é inmutables. Cuya ley «arranca los montes, y ellos no lo saben; remueve la tierra, manda al sol, *y no sale*; y sella las estrellas... el que hace *grandes cosas* é incomprensibles; y *maravillas sin número*... He aquí que *Él va cerca de mí*, y yo *no le veo*; él pasa también, pero *yo no le percibo*» (2).

Después, «¿Quién es este que ofusca el consejo con palabras sin sabiduría?» (3), habla la voz de Dios por medio de su porta voz, la

(1) *Job*, xxxvi, 24-27.

(2) *Job*, xi, 5-11.

(3) *Job*, xxxviii, 1, *et passim*.

naturaleza. «¿En dónde estabas tú, cuando yo coloqué los cimientos de la tierra?; decláralo si tienes inteligencia. ¿Quién ha dispuesto las dimensiones de la misma, *si tú lo sabes?* ¿Cuándo cantaban juntas las estrellas matutinas, y todos los hijos de Dios lanzaban gritos de júbilo?... Estabas tú presente cuando yo dije á los mares: 'Hasta aquí llegarás, pero no más allá; y aquí tus olas ensoberbecidas se detendrán'?... ¿Sabes tú quién ha hecho llover sobre la tierra *en donde ningún hombre existe*; en los desiertos, en donde *no existe nombre alguno*... Puedes tú oponerte á la grata influencia de las Pléyadas, ó desatar las ataduras de Orión?... Puedes tú *enviar rayos* para que ellos vayan, y te dirán ellos á tí: 'Henos aquí?'» (1).

«Entonces Job contestó al Señor». Él comprendió sus caminos, y sus ojos por vez primera fueron abiertos. La Sabiduría Suprema descendió sobre él; y si el lector permanece confundido ante esta **PETROMA** final de la iniciación, por lo menos Job, ó el hombre «afligido» en su ceguera, comprendió entonces la imposibilidad de apoderarse del «Leviathán, poniéndole un anzuelo en la nariz». El Leviathán es la **CIENCIA OCULTA**, sobre la cual puede uno poner su mano, pero *nunca más* (2), cuyo poder y «proporción debida» Dios no quiere ocultar.

¿Quién podrá descubrir la delantera de su vestidura, ó quien podrá ir á él, con su *doble freno*? Quién podrá abrir las puertas de su rostro, de aquel cuyas *conchas* son su orgullo, cerradas entre sí como *con un apretado sello*? Con cuyos estornudos enciende una lumbre, y cuyos ojos son como los párpados de la aurora. Quien ha hecho que en pos de sí *brille* una luz para aquellos que tienen la intrepidez de aproximarse. Y entonces ellos, como él, contemplarán «todas las cosas *elevadas*, porque sobre todos los hijos de la soberbia él solo es el rey» (3).

Entonces Job, con modesta confianza, contestó:

«Yo sé que tú puedes hacer todas las cosas,  
Y que á ninguno de tus pensamientos puede oponerse resistencia.  
¿Quién es aquél que ha hecho una exposición de arcana sabiduría,  
Acerca de la cual él nada sabía?  
Así yo he dicho lo que no he comprendido.  
Cosas muy por encima de mí, que yo ignoraba.  
¡Óyeme! Yo te lo suplico, y yo hablaré;  
Yo te preguntaré y tú me contestarás;  
Yo te he oído con mis oídos,  
Y ahora yo te veo con mis ojos,  
¿Por qué soy yo repugnante,  
Y me aflijo en el polvo y las cenizas?»

(1) *Job*, xxxviii, 35.

(2) *Job*, xli, 8.

(3) *Job*, xli, 34.

Él reconoció á su «Campeón», y recibió la seguridad de que el tiempo de su vindicación había llegado. Inmediatamente, el Señor («los sacerdotes y los jueces», *Deuteronomio* XIX 17) dice á sus amigos: «Mi cólera está encendida contra tí y tus dos compañeros, porque no habéis hablado por mí lo recto, como lo ha hecho mi siervo Job». Así «el Señor trocó la aflicción de Job, y bendijo á Job en sus últimos tiempos, más de lo que había hecho al principio».

Entonces, en el juicio, el difunto invoca á cuatro espíritus que presiden sobre el lago de Fuego, y es por ellos purificado. Luego es conducido á su celestial mansión, y recibido por Athar é Isis, y permanece ante *Atum* (1), el Dios esencial. Él es en la actualidad *Turu*, el hombre esencial, un espíritu puro, y de allí en adelante, On-ati, el ojo de fuego, y un asociado de los dioses.

Este grandioso poema de Job era bien comprendido por los Kabalistas. Mientras que muchos de los Herméticos de la edad media eran hombres profundamente religiosos, al mismo tiempo en lo más íntimo de su corazón eran (como los Kabalistas de todas las épocas) los más mortales enemigos del clero. ¡Cuán ciertas son las palabras de Paracelso, cuando, acosado por fieras persecuciones y calumnias, mal comprendido por amigos y enemigos, maltratado por el clero y los laicos, exclamaba:

«¡Oh, vosotros, de París, Padua, Montpeller, Salerno, Viena y Leipzig!, no sois vosotros maestros de la verdad, sino confesores de mentiras. Vuestra filosofía es un embuste. Si queréis saber *lo que la MAGIA realmente es*, buscadlo en la *Revelación* de San Juan..... Desde el momento en que no podéis demostrar que vuestras enseñanzas proceden de la *Biblia* y de la *Revelación*, concluid de una vez con vuestras farsas. *La Biblia es la verdadera clave y el intérprete*. Juan, lo mismo que Moisés, Elias, Enoch, David, Salomón, Daniel, Jeremías y los demás profetas, era un *mago*, kabalista y adivino. Si en la actualidad viviesen todos ó siquiera alguno de los que he citado, no me cabe la menor duda de que les castigaríais de un modo ejemplar en vuestro miserable matadero, y que les aniquilaríais en aquel mismo sitio, y si fuese posible, hasta al mismo Creador de todas las cosas!»

Que Paracelso había aprendido algunas cosas útiles y misteriosas en la *Revelación* y en otros libros de la *Biblia*, así como en los de la *Kábala*, lo demostraba él prácticamente; tanto es así, que por muchos es llamado «padre de la magia y fundador de la física oculta de la *Kábala* y magnetismo» (2).

Tan firme era la creencia popular en los poderes sobrenaturales de Paracelso, que aún hoy día entre los sencillos alsacianos se con-

(1) *Atum*, ó *At-ma*, es el Dios Oculto, y á la vez *Phtha* y *Amón*, Padre é Hijo, Creador y cosa creada, Pensamiento y Apariencia, Padre y Madre.

(2) Molitor, Ennemoser, Henman, Pfaff, etc.

serva la tradición de que no está muerto, sino «dormido en su tumba», en Estrasburgo (1). Y con frecuencia, entre ellos se susurra que el suelo cubierto de césped se levanta á cada respiración de aquél pecho fatigado, y que se oyen profundos gemidos cuando el gran filósofo del fuego despierta al recuerdo de las crueles injurias que sufrió á manos de sus despiadados calumniadores, por amor á la gran verdad!

Por estas extensas aclaraciones, se verá que el Satán del *Antiguo Testamento*, el *Diablos* ó Diabolo de los *Evangelios* y de las *Epistolas Apostólicas*, eran solo el principio antagónico en la materia necesariamente dependiente de la misma, y no malévolo en el sentido moral de la palabra. Al venir de Persia, los Judíos trajeron consigo la doctrina de los dos principios. No podían llevarse el *Avesta*, porque no estaba escrito. Pero ellos—nos referimos á los *Asidianos* y *Pharsis*—dieron á Ormuzd el nombre secreto יהרה y á Ahrimán el de los dioses del país, Satán de los Heteos, y *Diabolos*, ó más bien *Diobolos*, de los Griegos. La primitiva Iglesia, por lo menos la porción Paulina de la misma, los Gnósticos y sus sucesores, refinaron posteriormente sus ideas; y la Iglesia Católica las adoptó y las adaptó, al propio tiempo que pasaba á cuchillo á sus promulgadores.

La Protestante es una reacción de la Iglesia Católica Romana. No es de necesidad coherente en sus partes, sino que está constituida por una prodigiosa pléyade de fragmentos, empujándose en su camino alrededor de un centro común, atrayéndose y repeliéndose unos á otros. Existen porciones centripetamente impelidas hacia la antigua Roma, ó hacia el sistema que hizo que la antigua Roma existiera; otras partes todavía retroceden bajo el impulso centrifugo, y procuran lanzarse en la inmensa región etérea, más allá de la influencia Romana, y hasta más allá de la Cristiana.

El Diabolo moderno es la principal herencia de la Romana Cibeles, «Babilonia, la Gran Madre de las idólatras y de las religiones abominables de la tierra».

Puede objetarse, quizás, que la teología de la India, tanto la Brahmanica como la Búddhica, se hallan tan profundamente impregnadas de la creencia en diablos objetivos, como el mismo Cristianismo. Hay una ligera diferencia. Esta misma *sutileza* de la inteligencia inda es un resguardo suficiente para que la porción mejor educada del pueblo, la parte instruída, al menos, de los teólogos Brahmanes y Buddhistas, consideren al Diabolo bajo otro punto de vista. Para ellos el Diabolo es una abstracción metafísica, una alegoría del *mal* necesario; mientras que, *entre los Cristianos, el mito se ha convertido en una entidad histórica, la piedra fundamental sobre la que está edificado el Cristianismo, con su dogma de la redención.* Es tan necesario—como des Mousseaux

(1) Schopheim: *Tradiciones*, p. 32.



ha hecho ver—para la Iglesia, como el animal del capítulo décimo séptimo del *Apocalipsis* lo era para su jinete. Los Protestantes que hablan el inglés, no encontrando la *Biblia* bastante explícita, han adoptado la *Diabología* del célebre Poema de Milton, el *Paraiso Perdido*, embelleciéndolo con algo tomado del *Fausto*, la famosa tragedia de Goethe. Juan Milton, puritano al principio y después quietista y unitario, jamás consideró su gran poema más que como una obra de fantasía, si bien ajustada por completo á las diferentes partes de la Escritura. El Ilda-Baath de los Ofitas fué transformado en un ángel de Luz, y en estrella matutina, é hizo de diablo en el primer acto del *Diabólico Drama*. Después, para el segundo acto, fué sacado á luz el duodécimo capítulo del *Apocalipsis*. El gran Dragón rojo fué adoptado como el mismo ilustre personaje que *Lucifer*, y la escena final es su caída, como la de Vulcano-Hephaistos, desde los Cielos á la isla de Lemnos; llegando las huestes fugitivas con su caudillo «al negro abismo» en Pandemonium. El tercer acto figura el Jardín del Edén. Satán celebra un consejo en un edificio erigido por él para su nuevo imperio, y determina emprender una expedición exploradora en busca del nuevo mundo. El acto siguiente relata la caída del hombre, su peregrinación en la tierra, el advenimiento del *Logos*, ó Hijo de Dios, y su redención del género humano, ó de la parte elegida del mismo, según sea el caso.

Este drama del *Paraiso Perdido* comprende la implícita creencia de los «Cristianos protestantes evangélicos» de lengua inglesa. El no creer en sus principales rasgos es equivalente, en su opinión, á «negar á Cristo», y á «blasfemar contra el Espíritu Santo». Si Juan Milton hubiese podido suponer que su poema, en lugar de ser considerado como un compañero de la *Divina Comedia* de Dante, tenía que ser mirado como otro *Apocalipsis* y como suplemento de la *Biblia*, para completar su demonología, es más que probable que hubiera soportado más resueltamente su pobreza, y no lo hubiera dado á la prensa. Un poeta posterior, Robert Pollok, siguiendo las huellas de esta obra, escribió otra, *El curso del Tiempo*, que tuvo la suerte, durante una temporada, de adquirir la importancia de una *Escritura* posterior, pero por fortuna el siglo diez y nueve ha recibido una inspiración diferente, y el poeta escocés está cayendo en el olvido.

Debemos quizás dar á conocer brevemente al Diabolo europeo. Él es el genio que interviene en la hechicería, brujería, y en otras maldades. Tomando los Padres de la Iglesia dicha idea de los Fariseos judíos, convirtieron en diablos los dioses paganos, Mithras, Serapis y otros. La iglesia Católico-Romana ha seguido condenando el referido culto como un comercio con los poderes de las tinieblas. Los *maleficii* y los brujos de la edad media no eran más que los sectarios del culto proscrito. La Magia en los antiguos tiempos fué siempre

considerada como una ciencia divina, como la sabiduría y conocimiento de Dios. El arte de curar en los templos de Esculapio y en los altares egipcios y orientales ha sido siempre mágico. Hasta Darío Hystaspes, que había exterminado á los Magos medos, y expulsado á los teurgistas caldeos de Babilonia al Asia Menor, había también sido instruido por los Brahmanes del Asia Superior, y finalmente, mientras establecía el culto de Ormazd, era también denominado el institutor del magismo. Todo cambió entonces. La ignorancia fué entronizada como madre de la devoción. El saber fué condenado, y los sabios con peligro de su vida proseguían el estudio de la ciencia, viéndose obligados á emplear un lenguaje especial para ocultar sus ideas á todo el mundo, excepto á sus propios adeptos, y á aceptar el oprobio, la calumnia y la pobreza.

Los fieles del culto antiguo, acusados de hechicería, eran perseguidos y condenados á muerte. Los Albigenses, descendientes de los Gnósticos y los Waldenses, precursores de los Protestantes, eran cazados y asesinados bajo iguales acusaciones. Martín Lutero fué también acusado de consorcio con el mismo Satanás en persona, y todo el mundo Protestante todavía sufre el peso de la misma imputación. En los juicios de la Iglesia no existe distinción alguna entre disentimiento, herejía y hechicería, y excepto allí donde existe la protección de la autoridad civil, son igualmente ofensas capitales. A la libertad religiosa, la Iglesia la considera como intolerancia.

Pero los reformadores fueron alimentados con la leche de su madre. Lutero estaba tan sediento de sangre como el Papa; Calvino era más intolerante que León ó que Urbano. Treinta años de guerra despoblaron comarcas enteras de Alemania, siendo tan crueles los Protestantes como los Católicos. No dejó la nueva fé de dirigir sus baterías contra la hechicería. Enrojeciéronse los códigos con legislaciones sangrientas en Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Gran Bretaña y en la República Norte-Americana. Todo el que era más liberal, más inteligente, más libre en sus palabras que sus conciudadanos, corría peligro de prisión y muerte. Las hogueras que en Smithfield estaban extinguiéndose fueron de nuevo encendidas para los magos; era menos expuesto el rebelarse contra un trono que dedicarse á los obstrusos conocimientos que se separaban de la línea ortodoxa trazada.

Durante el siglo diez y siete, aparece Satán en Nueva Inglaterra, en Nueva Jersey, en Nueva York y en varias de las colonias meridionales de Norte-América, facilitándonos Cotton Mather las principales crónicas de su manifestación. Pocos años después, visitó la Parroquia de Mora en Suecia, y la *Vida en Dalecarlia* sufría en cambio con la quema de niños vivos de corta edad, y el azotamiento de otros, los Sábados, á las puertas de las Iglesias. Como quiera que

sea, el escepticismo de los tiempos modernos ha reducido casi al interior de conventos la creencia en la hechicería; y el Diablo, en su personal y antropomórfica forma, con sus pezuñas como Baco, sus cuernos de macho cabrío, como Pan, conserva un lugar solamente en las *Encíclicas*, y en otras publicaciones de la Iglesia católico-romana. La seriedad Protestante no permite en manera alguna que se le nombre más que á media voz en el púlpito.

Habiendo expuesto ya la biografía del Diablo desde su primera aparición en la India y en Persia, sus progresos entre los Judíos, y en la primitiva y posterior *Teología* cristiana, hasta las últimas fases de su manifestación, debemos ahora volver atrás con el objeto de pasar revista á ciertas opiniones que reinaban en los primeros siglos del Cristianismo.

Las encarnaciones ó *avatares* eran comunes á todas las religiones antiguas. La India las había reducido á un sistema. Los Persas esperaban á Sosiosh, y los escritores judíos á un libertador. Tácito y Suetonio refieren que el Oriente estaba en plena expectación del Gran Personaje, allá por el tiempo de Augusto. «Así, unas doctrinas que eran obvias para los Cristianos eran los más altos arcanos del Paganismo» (1). El Maneros de Plutarco (2) era un niño de Palestina, su mediador Mithras, el Salvador Osiris es el Mesías. En nuestras actuales *Escrituras Canónicas*, pueden descubrirse los vestigios de los antiguos cultos, y en los ritos y ceremonias de la Iglesia católico-romana encontramos las formas del culto Búddhico, sus ceremonias y jerarquía. Los primeros *Evangelios*, tan canónicos en un tiempo, como cualquiera de los cuatro presentes, contienen páginas tomadas casi enteramente de las narraciones Búddhicas, como estamos dispuestos á demostrar. Después de las pruebas evidentes suministradas por Burnouff, Asoma, Korosi, Beal, Hardy, Schmidt, y de las traducciones de los *Tripitakas*, es imposible dudar que todo el esquema cristiano haya emanado del Buddhismo. La «Concepción Milagrosa», los milagros y otros incidentes se encuentran extensamente detallados en el *Manual del Buddhismo* de Hardy. Fácilmente podemos comprender por qué la Iglesia Católico-romana muestra tanto afán por mantener al vulgo en una completa ignorancia respecto de la *Biblia* hebrea y de la literatura griega. La Filología y la Teología comparada son sus más mortales enemigos. Las deliberadas falsificaciones de Ireneo, Epifanio, Eusebio y Tertuliano se habían hecho una verdadera necesidad.

Los *Libros Sibilinos*, durante aquel periodo parecen haber sido considerados con extraordinario favor. Con facilidad puede uno

(1) W. Williams: *Historia Primitiva*; Dunlap: *Historia espiritual del Hombre*.

(2) Plutarco: *Isis y Osiris*, p. 17.

percibir que tanto ellos como los de las naciones gentílicas tenían una misma fuente de inspiración.

He aquí una página de Gallæus:

Nueva Luz ha brotado:  
 Viniendo de los Cielos, ha tomado una forma mortal....  
 —Virgen, recibe á Dios en tu seno puro—  
 Y el Verbo á su matriz voló:  
 Encarnándose en el Tiempo, y animado por su cuerpo,  
 Fué encontrado en una imagen mortal, y un Niño fué creado  
 Por una Virgen..... La nueva estrella por Dios enviada fué adorada por  
 [los Magos],  
 El niño envuelto en pañales era expuesto en un pesebre.....  
 Y Bethlehem fué llamado «país del Verbo, visitado por Dios» (1).

Parece esto á primera vista una profecía de Jesús. Pero no podía referirse también á algún otro Dios creador? Tenemos expresiones parecidas referentes á Baco y á Mithras.

«Yo, hijo de Zeus, he venido al país de los Thebanos; Baco, á quien primeramente Semelé (la virgen), la hija de Cadmo (el hombre de Oriente), parió, siendo asistida por el rayo portador de llama; y habiendo tomado una forma mortal en lugar de la de Dios, Yo he llegado» (2).

Las *Dionisiacas*, escritas en el siglo quinto, sirven para hacer este asunto muy claro, y hasta para hacer ver su íntima conexión con la leyenda cristiana del nacimiento de Jesús:

Koré-Persephoneia (3)..... tú estabas unida al Dragón como esposa,  
 Cuando Zeus, muy replegado con su forma y aspecto cambiados,  
 Un Novio-Dragón, replegado en un redil que inspiraba amor.....  
 Deslizóse en la obscuridad hasta el lecho virginal de Koré.....  
 Así, en virtud de la alianza con el dragón del Eter,  
 El seno de Persephoné avivóse con fruto,  
 Llevando á Zagreus (4), el Niño provisto de cuernos (5).

Aquí tenemos el secreto del culto Ofita, y el origen de la fábula cristiana (posteriormente revisada) de la inmaculada concepción. Los

(1) *Oráculos Sibílicos*, págs. 760-788.

(2) Eurípides: *Bacha*.

(3) Dudamos de la propiedad de traducir *κορη* como virgen. Deméter y Persephoneia eran substancialmente la misma divinidad, como lo eran Apolo y Esculapio. La escena de esta aventura es colocada en *Kreta* ó *Koureteia*, en donde Zeus era el dios principal. Indudablemente la referencia es á *Keres* ó Deméter. Ella era también denominada *κουρα*, lo cual es lo mismo que *κορη*. Como ella era la diosa de los Misterios, era la más apropiada para consorte del Dios Serpiente, y madre de Zagreus.

(4) Poccocke considera á Zeus un gran Lama, ó jefe Jaina, y á Koré-Persephoné como *Kuru-Parasu-pani*. Zagreus es *Chakras*, la rueda ó círculo, la tierra, el regulador del mundo. Fué muerto por los Titanes ó *Teith-ans* (Daityas). Los cuernos, ó media luna, eran un símbolo de soberanía lamaica.

(5) Nonnus: *Dionysiacas*.

Gnósticos eran los Cristianos primitivos teniendo algo parecido á un regular sistema teológico, y es demasiado evidente que se hizo adaptar á Jesús á su teología como Cristo, y no que su teología se desarrollase á consecuencia de sus enseñanzas y hechos. Sus antecesores habían sostenido, antes de la era Cristiana, que la Gran Serpiente (Júpiter, el Dragón de Vida, el Padre, y la «Buena Divinidad») se había deslizado en el lecho de Semelé, y entonces, los Gnósticos post-cristianos, con ligerísimos cambios, aplicaron la fábula al hombre Jesús, declarando que la misma «Buena Divinidad», Saturno (Ildabaoth), en forma del Dragón de Vida, se había deslizado en la cuna de la niña María (1). A sus ojos, la serpiente era el Logos, Cristo, la encarnación de la Sabiduría Divina, por intermedio de su Padre Ennoia y su Madre Sophia.

«Entonces mi madre, el Espíritu Santo, me tomó», se hace decir á Jesús en el *Evangelio de los Hebreos* (2), desempeñando así su papel de Cristos, el Hijo de Sophia, el Espíritu Santo (3).

«El *Espíritu Santo vendrá sobre ti*, y el PODER del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual aquello santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios», dice el ángel (*Lucas I 35*).

«Dios.... al final de estos días, nos ha hablado por medio de un Hijo, á quien ha nombrado heredero de todas las cosas, por medio de quien formó también á los Æons». (Pablo: *Heb. I*) (4).

Todas estas expresiones son otras tantas citas cristianas del verso *Nonnus*..... «referente al Ætéreo Draconteum», puesto que el Éter es el Espíritu Santo ó tercera persona de la Trinidad, la Serpiente con cabeza de Halcón, el Kneph Egipcio, emblema de la Mente Divina (5), y el alma universal de Platón.

«Yo, Sabiduría, salí de la boca del Altísimo, y cubrí la tierra á manera de una nube» (6).

Pimander, el Logos, sale del seno de la Obscuridad Infinita, y cubre la tierra de nubes, que, á manera de formas serpentinadas, se extienden sobre toda la tierra. (Véase el *Egipto* de Champollion). El Logos es la *más antigua* imagen de Dios, y él es el Logos activo, dice Philo (7). El Padre es el *Pensamiento Latente*.

(1) Véase *Culto de la Serpiente*, de Deane, pp. 89 y 90.

(2) Creuzer: *Symbol.*, vol. 1, p. 341.

(3) El Dragón es el *Sol*, el principio generador, Júpiter-Zeus; y Júpiter es llamado el «Espíritu Santo» por los Egipcios, dice Plutarco, *De Iside*, xxxvi.

(4) En el original dice *Æons* (emanaciones). En la traducción aparecen como *mundos*. No era de esperar que, después de haber anatematizado la doctrina de las emanaciones, dejase la Iglesia de borrar la palabra original, que era diametralmente contraria á su recientemente impuesto dogma de la Trinidad.

(5) Véase «El Culto de la Serpiente», de Deane, p. 145.

(6) *Ecclesiasticus* xxiv 3.

(7) Véase «Historia del Espíritu del Hombre», de Dunlap, en el capítulo sobre el «Logos, el Unigénito y el Rey».

Siendo esta idea universal, encontramos una fraseología idéntica para expresarla entre los Paganos, Judíos, y los primitivos Cristianos. El *Logos* Caldeo-Persa es el unigénito del Padre en la cosmogonía Babilónica de Eudemus. «Alabad ahora á ELI, hijo de Deus», es como empieza un himno Homérico al Sol (1). Sol-Mithra es una «imagen del Padre», lo mismo que el kabalístico Seir-Anpin.

El que de entre todas las distintas naciones de la antigüedad no haya existido ni una que haya creído en un diablo personal, más que los liberales cristianos del siglo diez y nueve, parece difícilmente creíble, y sin embargo tal es el hecho desconsolador. Ni los Egipcios, á quienes Porfirio llama «la más sabia nación del mundo» (2), ni la Grecia, su fiel imitadora, se hicieron jamás culpables de un tan monstruoso absurdo. Nosotros podemos añadir, á la vez, que ninguno de ellos, ni siquiera los antiguos Judíos, creían en el infierno, ni en una condenación eterna, más que en el Diablo, aunque nuestras iglesias Cristianas se muestran tan pródigas cuando tratan de relacionar á este último con los Paganos. Siempre que la palabra «infierno» se emplea en las traducciones de los sagrados textos Hebreos, se hace de una manera desgraciada. Los Hebreos ignoraban semejante idea; y á pesar de esto, contienen los evangelios ejemplos frecuentes de la misma falsa interpretación. Así, cuando á Jesús se le hace decir (*Mateo* XVI, 18): «.....y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella», en el texto original dice «las puertas de la muerte». Jamás es la palabra «infierno»—en el sentido de implicar un estado de *condenación*, bien sea temporal, ó eterno—empleada en ningún pasaje del *Antiguo Testamento*, á pesar de cuanto en contrario digan todos los partidarios del infierno. «Tophet», ó «el Valle de Hinnom» (*Isaiah* LXVI 24), no tiene semejante sentido. La palabra griega «Gehenna» tiene también un significado completamente distinto, puesto que ha sido demostrado de una manera concluyente por más de un escritor competente que «Gehenna» es idéntico al Tártaro Homérico.

En efecto, por lo que á esta cuestión se refiere, tenemos al mismo Pedro como autoridad. En su segunda *Epistola* (II 2), en el texto original, se le hace decir al Apóstol que Dios arrojó al *Tartarus* á los ángeles rebeldes. Recordando esta expresión, en exceso inconveniente, la guerra entre Júpiter y los Titanes, fué alterada, y en la versión de King James se lee ahora: «los arrojó al *Infierno*».

En el *Antiguo Testamento*, las expresiones «puertas de la muerte» y «cámaras de la muerte» aluden simplemente á «las puertas del sepulcro», que se mencionan detalladamente en los *Salmos* y *Proverbios*. El infierno y su soberano son invenciones del Cristianismo, y contemporáneos de su elevación al poder y práctica de la tiranía.

(1) Traducido por Buckley.

(2) «Obras selectas sobre el Sacrificio».

Fueron alucinaciones nacidas de las pesadillas de los S. Antonios en el desierto. Antes de nuestra era, conocían los antiguos sabios al «Padre del Mal», y no le trataban mejor que á un asno, el símbolo escogido para Tifón, «el Diablo» (1). Triste degeneración de los cerebros humanos.

Así como Tifón era la negra sombra de su hermano Osiris, del mismo modo Pythón es el mal aspecto de Apolo, el Dios resplandeciente de las visiones, el profeta y adivino. Es muerto por Pythón, pero mata á éste á su vez, redimiendo de este modo á la humanidad del pecado. En memoria de este hecho era por lo que las sacerdotisas del dios-sol se envolvían en la piel de Serpiente, tipo del monstruo fabuloso. Bajo su incitante influencia—pues se considera que la piel de la serpiente posee poderes magnéticos—cafan las sacerdotisas en éxtasis magnético, y, «recibiendo su inspiración de Apolo», adquirirían el don de profecía, y pronunciaban oráculos.

Además, Apolo y Pythón son uno, y moralmente andróginos. Las concepciones acerca del dios-sol son todas duales sin excepción.

El benéfico calor del sol hace que el germen brote á la existencia, pero una temperatura excesiva mata á la planta. Mientras pulsa su planetaria lira de siete cuerdas, Apolo produce armonía, pero, lo mismo que los demás dioses-sol, bajo su negro aspecto se convierte en Pythón, el destructor.

Se sabe de San Juan que viajó por Asia, país gobernado por Magos é imbuído con ideas Zoroastrianas, y lleno, en aquellos días, de misioneros Buddhistas. Si no hubiese visitado aquellos lugares, y no se hubiese puesto en contacto con Buddhistas, es dudoso que la *Revelación* hubiera llegado á escribirse. Además de sus ideas respecto del Dragón, dá proféticas narraciones enteramente desconocidas por los demás apóstoles, las cuales, refiriéndose al segundo advenimiento, hacen de Cristo una exacta copia de Vishnú.

Así es que Ofios, Ofiomorfos, Apolo y Pythón, Osiris y Tifón, Cristo y la Serpiente, son todos ellos términos convertibles. Todos ellos son Logos, y el uno es ininteligible sin el otro, así como no conoceríamos el día si no tuviéramos la noche. Todos son regeneradores y salvadores, el uno en sentido espiritual, el otro en el físico. El uno asegura la inmortalidad por el poder del Espíritu Divino; el otro la concede por medio de la regeneración del germen. El salvador del género humano tiene que morir porque revela á la humanidad el gran secreto del ego inmortal; la serpiente del *Génesis* es maldecida porque dijo á la *materia*: «Vosotros no moriréis». En el mundo del Paganismo, la imagen de la «serpiente» es el segundo Hermes, la reencarnación de Hermes Trismegistus.

(1) Typhón es llamado por Plutarco y Sanchoniathón «Tuphón, el de piel-roja». Plutarco: «Ísis y Osiris», XXI-XXVI.

Hermes es el constante compañero é instructor de Osiris y de Isis. Es la sabiduría personificada; lo mismo es Caín, el hijo del «Señor». Ambos edifican ciudades y civilizan é instruyen á la humanidad en las artes.

Repetidas veces han dicho los misioneros Cristianos, en Ceilán y en la India, que la población se halla sumida en la demonolatría; que son adoradores del diablo, en el sentido literal de la palabra. Sin incurrir en ninguna exageración, creemos que podemos decir que no lo son más que las masas de cristianos sin educación. Pero aunque fuesen adoradores (lo cual aún es más que creyentes) del Diablo, existe, sin embargo, una gran diferencia entre las enseñanzas de su clero en lo que á un diablo personal se refiere, y los dogmas de los predicadores Católicos, y también de muchos ministros Protestantes. Los sacerdotes Cristianos están obligados á enseñar y á imprimir en el espíritu de sus feligreses la existencia del Diablo, y la razón de ello se halla expuesta en las primeras páginas de este capítulo. Pero no solo los Oepasampala cingaleses, que pertenecen al más elevado sacerdocio, no confesarán su creencia en un demonio personal, sino que hasta los Samenaira, los candidatos y novicios, se echarían á reir ante una idea semejante. En el culto externo de los Buddhistas, todo es alegórico, y nunca es aceptado ó enseñado de otra manera por los ilustrados *pungis* (pundits). La acusación de que estos consienten, y tácitamente convienen, en dejar al pobre pueblo que se suma en las supersticiones más degradantes, no carece de fundamento; pero que ellos impongan semejantes supersticiones lo negamos rotundamente. Y en esto demuestran también su superioridad sobre nuestro clero Cristiano, quien (por lo menos aquellos que no han permitido que su fanatismo alucine su entendimiento), sin creer una palabra de ello, predica sin embargo la existencia del Diablo, como enemigo personal de un Dios personal, y el mal genio de la humanidad.

El Dragón de San Jorge, que tan comunmente figura en las más grandes Catedrales de los Cristianos, no es ni un ápice más hermoso que el Rey de las Culebras, el Nammadänam-näraya buddhista, el gran Dragón. Si, según la superstición popular de los cingaleses, se cree que Rawho, el Demonio Planetario, procura destruir la luna tragándosela; y si en China y Tartaria se permite sin restricción que la multitud golpee bombos y platillos y meta un ruido horroroso, para ahuyentar al monstruo de su presa durante los eclipses, por qué debe el clero Católico encontrar esto pecaminoso ó llamarlo superstición? En 1456, cuando el cometa de Halley hizo su aparición, «fué tal el espanto que esta aparición produjo», escribe Draper, «que fué necesaria la misma intervención del Papa. Éste lo exorcizó y arrojó de los cielos, el cual se precipitó en los abismos del espacio, loco de



terror ante las maldiciones de Calixto III, y no volvió á tentar una nueva aventura hasta despues de haber transcurrido setenta y cinco años» (1).

No tenemos noticia de que jamás ningun clérigo cristiano, ó Papa, hayan procurado convencer á las gentes ignorantes de que el diablo nada tiene que ver con los eclipses ni con los cometas, al paso que vemos á un sumo-sacerdote buddhista diciendo á un oficial que le echaba en cara esta superstición: «Nuestros libros religiosos cingaleses enseñan que los eclipses de sol y de luna denotan un ataque de Rahu (2) (uno de los nueve planetas), *no el de un diablo*»(3).

El origen del mito del «Dragón», que tan importante papel desempeña en el *Apocalipsis* y en la *Leyenda de Oro*, y el de la fábula acerca de Simeón Stylita convirtiéndolo al Dragón, es innegablemente buddhístico y hasta pre-buddhístico. Las puras doctrinas de Gautama fueron las que condujeron al Buddhismo á los habitantes de Cachemira, cuya primitiva religión era la Ofita, ó culto de la serpiente.

Flores ó incienso reemplazaron desde entonces á los sacrificios humanos, y á la creencia en demonios personales. Al Cristianismo le ha tocado el turno de heredar la degradante superstición acerca de diablos vestidos con pestilentes y criminales poderes. El *Mahāvansa*, el más antiguo de los libros ceilaneses, refiere la historia del Rey Covercapal (cobra de capello), el dios serpiente que fué convertido al Buddhismo por un santo Rahat (4); siendo á todas luces el Mahavansa muy anterior á la *Leyenda de Oro* que nos cuenta la misma historia de Simeón Stylita y su Dragón.

El Logos triunfa, una vez más, del Gran Dragón; Miguel, el luminoso arcángel, jefe de los Æons, vence á Satán (5).

Es un hecho digno de tenerse en cuenta que mientras el iniciado guardó silencio «acerca de lo que sabia», estuvo perfectamente seguro. Tal sucedía en los antiguos tiempos, tal sucede en la actualidad. Tan pronto como el Dios Cristiano, emanando del *Silencio*, se manifestó como el *Verbo* ó Logos, este último se convirtió en la causa de su muerte. La serpiente es el símbolo de la sabiduría y de la

(1) «Conflicto entre la Religión y la Ciencia», p. 269.

(2) Rahu y Kehetty son las dos estrellas fijas que forman la cabeza y la cola de la constelación del Dragón.

(3) E. Upham: «El Mahāvansi, etc.», p. 54, para la contestación dada por el sumo-sacerdote de Mulgirs Galle Vihari, llamado Sue Bandare Metankere Samanere Samavahanse, á un Gobernador Holandés en 1766.

(4) Dejamos que los ilustrados arqueólogos y filólogos decidan de qué modo el *Naga*, ó culto de la Serpiente, pudo pasar desde Cachemira á México, y convertirse en la religión Nargál, la cual es también el culto de la Serpiente y una doctrina de licantropía.

(5) Miguel, el jefe de los Æons, es también «Gabriel, el mensajero de Vida», de los Nazarenos, y el Indra Indo, el jefe de los buenos espíritus, que vencieron á Vasouki, el Demonio que se rebeló contra Brahma.

elocuencia, pero es igualmente el símbolo de la destrucción. «Atreverse, saber, querer y callar» son los axiomas fundamentales del kabalista. Lo mismo que Apolo y otros dioses, Jesús es muerto por su *Logos* (1); pero él se levanta de nuevo, le mata á su vez y se convierte en su maestro. Será, quizás, que este antiguo símbolo, lo mismo que el resto de las antiguas concepciones filosóficas, posea más de una significación alegórica jamás sospechada? Las coincidencias son demasiado extrañas para que sean efecto de la mera casualidad.

Y ahora que hemos puesto de relieve la identidad entre Miguel y Satán, y entre los Salvadores y Dragones de otros pueblos, ¿qué puede ser más claro sino que todas estas fábulas filosóficas se han originado en la India, en aquel semillero universal de metafísico misticismo? «El mundo», dice, Ramatsariar, en sus comentarios sobre los *Vedas*, «empezó con una lucha entre el Espíritu del Bien y el Espíritu del Mal, y así debe terminar. Después de la destrucción de la materia, no puede el mal existir por más tiempo; debe volver á la nada»(2).

En la *Apología*, Tertuliano falsifica del modo más palpable todas las doctrinas y creencias de los Paganos en lo que se refiere á sus oráculos y dioses. Les llama, indiferentemente, demonios y diablos, acusando á estos últimos hasta de posesionarse de los pájaros del aire! Qué Cristiano se atreverá á dudar ahora de semejante autoridad? No ha exclamado el Salmita: «Todos los dioses de las naciones son *ídolos*»; y el Angel de la Escuela, Tomás de Aquino, traduce, basándose en su propia y *kabalística* autoridad, la palabra *ídolos* por *diablos*? «Se acercan los hombres», dice, «les invita á que les adoren llevando á cabo ciertos fenómenos que parecen milagrosos» (3).

Los Padres fueron tan prudentes como sabios en sus inserciones. Para ser imparciales, después de haber creado un Diablo, procedieron á crear santos apócrifos. Hemos citado ya á varios en capítulos anteriores; pero no debemos olvidar á Baronius, quien, habiendo leído en una obra de Crisóstomo algo acerca del santo *Xenoris*, palabra que significa un *par*, una pareja, tomóla por el nombre de un santo, y en consecuencia procedió inmediatamente á hacer de él un *mártir* de Antioquía, dando una muy detallada y auténtica biografía del «bienaventurado mártir». Otros teólogos hacen de Apollýon —ó más bien *Apoulouón*— el ante-Cristo. Apoulouón es el «lavador» de Platón, el dios *que purifica*, que lava, y nos *redime* del

(1) Véjse el amuleto Gnóstico llamado el «Chnuphis-Serpiente», en el acto de levantar su cabeza coronada con las *siete vocales*, que es el símbolo kabalístico que significa el «don de la palabra en el hombre», ó *Logos*.

(2) «Tamas, los Vedas».

(3) Thomas Aquinas: «Somma», II, 94-A.

pecado, pero fué transformado así en aquel «cuyo nombre en la lengua Hebrea es Abaddón, pero el cual en Griego se le llama Apollyón», Diablo!

Dice Max-Müller que la serpiente del paraíso es una concepción que pudo haber tenido principio entre los Judíos y «que parece difícil el poder establecer unas comparaciones con las mucho más grandiosas concepciones del terrible poder del Vritra y Ahrimán del *Veda* y *Avesta*». Entre los kabalistas, el Diablo fué siempre un mito, —Dios ó el bien invertido. El moderno Magus, Eliphas Levi, llama al Diablo *l'ivresse astrale*. Es una fuerza ciega parecida á la electricidad, y hablando como siempre alegóricamente, dice que Jesús observó que contemplaba á Satán como á un relámpago que cae del cielo.

El clero insiste en que Dios ha enviado al Diablo para tentar á la humanidad, lo cual sería un modo bien singular de demostrar su ilimitado amor al género humano. Si realmente el Uno Supremo es culpable de semejante perfidia tan indigna de un padre, solo es digno en verdad de la adoración de una Iglesia capaz de cantar el *Te-Deum* después de una matanza como la de San Bartolomé, y bendecir las armas musulmanas, solicitadas para degollar á Griegos Cristianos.

Esto es á un mismo tiempo lógica sana, y lo que en buena ley procede, puesto que no es acaso una máxima de jurisprudencia, aquello de: *Qui facit per alium, facit per se?*

La gran diferencia que existe entre las distintas concepciones del Diablo es en realidad, con frecuencia, ridícula. Mientras que los fanáticos quieren dotarlo invariablemente de cuernos, cola, y de todos los atributos repulsivos concebibles, incluyendo hasta el de exhalar un poder pestilencial (1), Milton, Byron, Goethe, Lermontoff (2) y una multitud de novelistas franceses han cantado sus alabanzas en fluidos versos y en brillante prosa. El Satán de Milton y hasta el Mefistófeles de Goethe son, á la verdad, figuras mucho más imponentes que algunos de los ángeles, tal como están presentados en la

(1) Véase des Mousseaux; véase varios otros Demonógraphos; los diferentes «Procesos de Brujos», las declaraciones de los últimos arrancadas por la tortura, etc. En nuestra humilde opinión, debe el Diablo haberse saturado de este pestilencial hedor y de sus hábitos de sociedad, en compañía de los monjes de la edad media. Muchos de estos santos se vanagloriaban de no haberse lavado nunca. «El desnudarse por consideración á una *vana* limpieza es pecar á los ojos de Dios», dice Sprenger, en el «Martillo de Brujas». Los ermitaños y monjes «desdeñaban toda especie de aseo, por considerarlo como una profanación. Durante un millar de años, nadie se bañó», exclama Michelet en su «Sorcière». A qué viene, pues, un clamoreo tal contra los fakires indos, porque no se bañan? Si estos aparecen hechos unos cochinos es solo debido á que se ensucian después de haberse lavado, pues su religión les ordena lavarse todas las mañanas, y en algunas ocasiones hasta varias veces al día.

(2) Lermontoff, el gran poeta Ruso, autor del «Demonio».

prosa de algunos fanáticos extáticos. Solo tenemos que comparar dos descripciones. Le damos en primer lugar el sitio á la incomparable y sorprendente de des Mousseaux. Nos da una espeluznante descripción de un íncubo, valiéndose de las mismas palabras de la penitente. «Una vez», nos dice ella, «durante toda una media hora, vió *distintamente* cerca de sí á un individuo de cuerpo negro, espantoso, horrible, y cuyas manos, de un enorme tamaño, presentaban unos dedos á manera de garfios extrañamente retorcidos. Los sentidos de la vista, tacto, y *olfato* fueron confirmados por el del oído» (1)!!

Y sin embargo, por espacio de algunos años la paciente tuvo que sufrir el ser conducida por un camino de perdición por un héroe semejante! Cuán por encima de este odorífico galán no se halla la majestuosa figura del Miltónico Satán.

Imagínese el lector, si puede, á esta soberbia quimera, á este ideal del ángel rebelde que se convierte en la encarnación del orgullo, arrastrándose en la piel del más repugnante de todos los animales! Y no obstante, el Catecismo Cristiano nos enseña que *Satán in propria persona* tentó á nuestra primera madre Eva, en un Paraíso verdadero, y en la forma de una serpiente, la cual de entre todos los animales era el más insinuante y fascinador! Dios le impone como castigo, el arrastrarse eternamente sobre su vientre, y á morder el polvo. «Una sentencia—observa Levi— que en nada se parece á las llamas tradicionales del Infierno». Tanto es así cuanto que la verdadera serpiente zoológica, que fué creada antes que Adam y Eva, se arrastraba sobre su vientre y mordía igualmente el polvo, antes de que existiera ningún pecado original.

Además de esto, no era Ofión el Daimón, ó Diablo, llamado Dominus lo mismo que Dios (2)? La palabra *Dios* (deidad) se deriva del sánscrito *Deva*, y Diablo de la Persa *daëva*, cuyas palabras son substancialmente iguales. Hércules, el hijo de Jove y de Alcmena, uno de los más elevados dioses-sol, y también el Logos manifestado, es, á pesar de todo, lo mismo que todos los demás dioses, representado bajo una doble naturaleza (3).

El Agathodæmon, el demonio benéfico (4), el mismo que encontramos después entre los Ofitas bajo el nombre de Logos, ó sabiduría divina, era representado por una serpiente erigida sobre *una pértiga*, en los Misterios Bacanalianos. La serpiente con cabeza de halcón pertenece á los más antiguos emblemas Egipcios, y representa la mente divina, dice Deane (5).

(1) «Les Hauts Phénomènes de la Magie», p. 379.

(2) «Movers», p. 109.

(3) Hércules es de origen Indo.

(4) Lo mismo que el *Kneph* Egipcio y el Ophis Gnóstico.

(5) «Culto de la Serpiente», p. 145.

Azazel es Moloch y Samael, dice Movers (1), y vemos á Aarón, el hermano del gran legislador Moisés, ofreciendo iguales sacrificios á Jehovah que á Azazel.

«Y Aarón echará suertes *sobre las dos cabras*; un lote para el Señor (*Ihoh* en el original) y otro para el chivo». (*Azazel*).

En el *Antiguo Testamento*, Jehovah exhibe todos los atributos del viejo Saturno (2), á pesar de sus metamorfosis de Adonai en Eloí, y Dios de Dioses, Señor de Señores (3).

Jesús es tentado en la montaña por el Diablo, el cual le promete reinos y gloria, con tal de que se postre y le adore (*Mateo* IV 8, 9). Buddha es tentado por el Demonio Wasawartha Mara, el cual le dice al abandonar el palacio de su padre: «Suplícote te quedes, á fin de que puedan ser tuyos los honores que están á tu disposición; no te vayas!» Y ante la negativa de Gautama de aceptar sus ofrecimientos, rechina sus dientes de rabia, y le amenaza con su venganza. Como en el caso de Cristo, Buddha triunfa del Diablo (4).

En los Misterios Báquicos, circulaba de mano en mano, después de la cena, *una copa consagrada* á la que se llamaba la copa del Agathodæmon (5). El rito Ofita que consiste en esta misma ceremonia es evidentemente copiado de estos Misterios. La comunión consistente en pan y en vino era usada en el culto de casi todas las deidades importantes (6).

En conexión con el semi-Mithraítico sacramento adoptado por los Marcianos, otra secta gnóstica, completamente kabalística y *theúrgica*, existe una extraña historia contada por Epifanio como una ilustración de la habilidad del demonio. Cuando la celebración de su Eucaristía, tres grandes vasos del más fino y transparente cristal eran llevados entre la congregación, y llenados de vino blanco. Durante la celebración de la ceremonia, y á la vista de todos, el vino se convertía de pronto en rojo color de sangre, después en purpúreo, concluyendo por asumir un color azul celeste. «Entonces el magus —dice Epifanio— entrega uno de estos vasos á una mujer de la congregación, y le pide que lo bendiga. En cuanto lo ha hecho, vierte el magus el contenido del mismo en otro vaso de mucha mayor capaci-

(1) «Movers», p. 397. Azazel y Samael son idénticos.

(2) Saturno es Bel-Moloch, é igualmente Hércules y Siva. Los dos últimos son *Harakala*, ó dioses de la guerra, del combate, ó «Señores de los Ejércitos». Jehovah es llamado «un hombre de guerra», en el Exodo xv 3. «El Señor de los Ejércitos es su nombre», (Isaiah, LI 15), y David le bendice por enseñar sus «manos á guerrear y sus dedos á combatir». (Salmos, CXLIV 1). Saturno también es el Sol, y Movers dice que Kronos Saturno era llamado *Israel* por los Fenicios (130). Philón dice lo mismo (en Euseb., p. 44).

(3) «Bendito sea Iahoh, Alahim, Alahi, *Israel*» (Salmo LXXII).

(4) «Manual del Budhismo», de Hardy, p. 60.

(5) Cousin: «Lect. on Mod. Phil.», vol. I, p. 404.

(6) Movers, Duncker, Higgins, y otros.

dad, pronunciando la siguiente plegaria: «Pueda la gracia de Dios, que está sobre todas las cosas, inconcebible, inexplicable, llenar tu hombre interno, y aumentar el conocimiento del que está dentro de tí, sembrando la simiente de mostaza en buena tierra»(1). Concluída la cual, el licor contenido en el vaso de mayor tamaño se hincha más y más hasta que rebosa» (2).

Con motivo de que á varias deidades paganas á las cuales después de su muerte y antes de su resurrección se las ha hecho descender al Infierno, creemos que será útil el comparar las narraciones pre-cristianas con las post-cristianas. Orfeo hizo este viaje (3), y Cristo fué el último de estos subterráneos viajeros. En el *Credo* de los Apóstoles, que está dividido en doce sentencias ó *artículos*, habiendo sido cada artículo insertado respectivamente por un apóstol, según S. Agustín (4), la sentencia «Él descendió á los infiernos, y resucitó al tercer día de entre los muertos», se refiere á Tomás, quizás como una expiación á causa de su incredulidad. Sea como fuere, la sentencia ha sido declarada una falsificación, y no existe evidencia alguna que dé motivos para creer «que este credo fuese compuesto por los apóstoles, ó que existiese como tal en sus tiempos» (5).

Esta sentencia es la más importante interpolación introducida en el Credo de los Apóstoles, y data del año 600 de Cristo (6). No era conocida en tiempo de Eusebio. El obispo Parsons dice que no existía en los antiguos credos ó reglas de fé (7). Ni Ireneo, ni Orígenes, ni Tertuliano dan muestras de conocer esta sentencia (8). No se hace mención de la misma en ninguno de los Concilios anteriores al siglo séptimo. Theodoreto, Epifanio y Sócrates nada dicen de ella. Se diferencia del *credo* de S. Agustín (9). Ruffinus afirma que en su tiempo no existía ni en el credo Romano, ni en el Oriental (*Exposit in Symbol. Apost.* § 10). Pero el problema queda resuelto cuando sabemos

(1) «Hæres», xxxiv; Gnósticos», p. 53.

(2) En los misterios de Baco fué en donde por vez primera fué el vino considerado como sagrado. Payne Knight cree erróneamente—según nosotros—que se hacía uso del vino con el objeto de producir un éxtasis ficticio por medio de la intoxicación. Como quiera que sea, se le consideraba como sagrado, y la Eucaristia cristiana es ciertamente una imitación del Rito pagano. Esté ó no en lo cierto Mr. Knight, nosotros sentimos el tener que decir que un ministro protestante, el Rev. Joseph Blanchard, de New York, fué encontrado ebrio en una plaza pública en la noche del Domingo 5 de Agosto de 1877, y conducido á la cárcel. El informe publicado dice: «Dijo el preso que había estado en la Iglesia, y tomado un poco más de lo regular del vino de la comunión».

(3) El rito iniciatorio simbolizaba el descenso al mundo subterráneo. Baco, Herakles, Orfeo y Asklepios descendieron todos al infierno, y ascendieron de allí al tercer día.

(4) «Hist. Apost. Creed», de King, 8 vo, p. 26.

(5) «Oraciones Comunes», de Justice Bailey, 1813, p. 9.

(6) «Credo de los Apóstoles»; «Nuevo Testamento Apócrifo».

(7) «Acerca del Credo», fol. 1676, p. 225.

(8) Lib. 1, c. 2; «Lib. de Princ», en «Procem. Advers. Praxeam», c. 11.

(9) «De Fide et Symbol».

que, épocas hace, Hermes habló así á Prometeo, encadenado á las áridas rocas del Cáucaso:

«No esperes que terminen semejantes penas HASTA QUE APAREZCA ALGÚN DIOS COMO UN SUBSTITUTO EN TUS TORMENTOS, Y QUE SE MUESTRE DISPUESTO Á IR AL TÉTRICO HADES Y Á LOS TENEBROSOS ABISMOS QUE AL TÁRTARO CIRCUNDAN!» (ÆSCHILO: *Prometheo*, 1027, ff.)

Este Dios era Herakles, el «Único engendrado», y el Salvador. Y él fué al que tomaron por modelo los ingeniosos padres. Hércules —es llamado Alexicacos, puesto que en torno suyo reunió á los malvados convirtiéndolos á la virtud; *Soter*, ó Salvador, también llamado Neulos Eumelos, el *Buen Pastor*; y Astrochiton, el revestido de estrellas, y el Señor del Fuego. «Él no pretendía sujetar á las naciones por medio de la fuerza, sino con la *divina sabiduría* y la persuasión», dice Luciano. «Herakles difundió la cultura y una religión de amor, y destruyó la *doctrina de la condenación eterna*, arrastrando á Kerberus (El Diablo Pagano) al mundo inferior». Y como vemos, fué también Herakles quien libró á Prometeo (el Adam de los Paganos), poniendo fin á los tormentos que le habían sido impuestos por sus transgresiones, descendiendo al Hades, y recorriendo el Tártaro. Del mismo modo que Cristo, apareció como *un substituto para las miserias de la humanidad*, ofreciéndose espontáneamente en sacrificio sobre una ardiente pira funeraria. «Su voluntario sacrificio», dice Bart, «anunció el nuevo y etéreo nacimiento de los hombres..... Gracias á la liberación de Prometeo y á la fundación de iglesias, vemos en él al mediador entre las creencias antiguas y modernas..... Abolió los sacrificios humanos donde quiera que encontró que se practicaban. Descendió al sombrío reino de Platón, á manera de una sombra..... y como un espíritu ascendió y se reunió con su padre Zeus en el Olimpo».

En tanta estima tenía la antigüedad á la leyenda Herakleana, que hasta los *monoteísticos* (?) Judíos de aquellos tiempos, que en nada desmerecían de sus contemporáneos, la empleaban en la composición de sus fábulas originales. Herakles es acusado, en su mito-biografía, de una tentativa de robo del oráculo Déléfco. En *Sefer Toldos Jeschu*, acusan los Rabinos á Jesús de haber robado de su Santuario el Nombre Incomunicable!

Por lo tanto, es solo natural el encontrar sus numerosas aventuras, mundanas y religiosas, tan fielmente reflejadas en el *Descenso al Infierno*. Por su extraordinario atrevimiento en mentir, y su desvergonzado plagiarismo, el *Evangelio de Nicodemus*, únicamente ahora declarado apócrifo, sobrepuja á todo cuanto hemos leído. Juzgue el lector.

Al principio del capítulo XVI, á Satán y al «Príncipe del Infierno» se les presenta hablando pacíficamente. Súbitamente, son ambos sobrecogidos por una voz parecida al trueno, y al rugido de vientos,

que les manda abrir sus puertas porque el «*Rey de Gloria* desea entrar». Así que el Príncipe del Infierno oye esto, «empieza á responder á Satán porque no ha cumplido con su deber, puesto que no ha tomado las precauciones necesarias para impedir semejante visita».

Termina la querella arrojando el Príncipe á Satán de su infierno, ordenando, al mismo tiempo, á sus ímplies oficiales, «que cierren las puertas de bronce de crueldad, que las aseguren con férreas barras, y que combatan denodadamente, á fin de no ser cogidos cautivos».

Pero cuando toda la congregación de santos..... (del Infierno?) oyó esto, dijeron al Príncipe de las Tinieblas con voces enronquecidas por la cólera: «Abre tus puertas, á fin de que el Rey de Gloria pueda entrar», demostrando con esto que el príncipe necesitaba intérpretes.

Y el *divino* (?) profeta David exclamó diciendo: «Acaso cuando estaba yo en la tierra no profeticé la verdad?»

Después de éste, otro profeta, el santo Isaías, habló del mismo modo: «No profeticé yo la verdad?» Entonces la compañía de los santos y profetas, después de haberse alabado durante todo un capítulo, y de haber comparado las notas de sus profecías, promueven una sedición que hace decir al Príncipe del Infierno: «jamás los muertos osaron hasta ahora conducirse con nosotros» (los diablos, XVIII 6) de una manera tan insolente; fingiendo ignorar al mismo tiempo quién era el que pretendía entrar. Después pregunta inocentemente de nuevo: «Pero quién es el Rey de Gloria?» Entonces David le contesta que él conoce bien la voz, y comprende sus palabras, porque añade: «Yo les hablaba por medio de su Espíritu». Apercibiéndose finalmente de que el Príncipe del Infierno no quería abrir las «puertas de bronce de la iniquidad», á pesar de salir garante el rey-salmista por el visitante, él, David, decide tratar al enemigo como á un filisteo y le dice á gritos: «Y ahora tú, *impuro* y *pestífero* príncipe del infierno, abre tus puertas..... Yo te digo que el Rey de Gloria viene..... déjale entrar».

Mientras estaba todavía contendiendo, el «poderoso Señor apareció en la forma de *un hombre*» (?), ante el cual «la *Muerte* ímplies y sus crueles oficiales quedaron aterrorizados». Entonces éstos, temblando, empiezan á dirigir á Cristo varios halagos y cumplidos en forma de preguntas, cada una de las cuales *es un artículo del credo*. Por ejemplo: «Y quién eres tú, tan grande y poderoso, que libras á los cautivos que estaban *sujetos por las cadenas del pecado original*?», pregunta un diablo. «Quizás tú eres aquél Jesús—sumisamente dice otro—de quien hace un momento hablaba Satán, que debido á *la muerte que sufriste en la cruz* estabas á punto de recibir el poder sobre la muerte?» En lugar de contestar, el Rey de Gloria «pisotea á la Muerte, se apodera del Príncipe del Infierno, y le priva de su poder».



Entonces empieza un alboroto en el Infierno, que ha sido gráficamente descrito por Homero, Hesiodo, y por su intérprete Preller, en su relación del astronómico Hércules *Invictus*, y de sus fiestas en Tyro, Tarsus, y Sardis. Habiendo sido iniciado en los Eleusinia Atticos, el dios pagano desciende al Hades y «en cuanto ha entrado en este mundo inferior, difunde un terror tal entre los muertos, que todos huyen». (1) Las mismas palabras se encuentran repetidas en *Nicodemus*. Sigue una escena de confusión, horror, y lamentos. Viendo la batalla perdida, el Príncipe del Infierno arrolla la cola, y prudentemente se pone de parte del más fuerte. Aquel en contra de quien, según Judas y Pedro, hasta el mismo Arcángel Miguel no se atrevió á llevar ante el Señor una sola queja, es ahora ignominiosamente tratado por su ex-aliado y amigo el «Príncipe del Infierno». El pobre Satán es acusado y ultrajado por todos sus crímenes, así por los diablos como por los santos, mientras que el *Príncipe* es abiertamente recompensado por su traición. Dirigiéndosele, el Rey de Gloria dice así: «Beelzebub, Príncipe del Infierno, Satán el Príncipe, quedará ahora sujeto á tu dominio *para siempre, en el lugar de Adam* y de sus virtuosos hijos, los cuales son míos..... Venid á mí, todos vosotros mis santos, que fuisteis *creados á mi imagen, que fuisteis condenados por el árbol del fruto prohibido, y por el Diablo y la Muerte*. Vivid ahora *por la madera de mi Cruz*; el Diablo, el príncipe de este mundo, está vencido (?) y *la Muerte ha sido conquistada*». Entonces el Señor coge á Adam con su mano derecha, á David con la izquierda, y «*asciende del Infierno, seguido por todos los santos*», por Enoch y Elías, y por el «*santo ladrón*» (2).

El piadoso autor omite, quizás por olvido, el completar la comparsa, cerrando la marcha con el arrepentido dragón de Simeón Stilita y el lobo domesticado de S. Francisco, meneando sus colas y vertiendo lágrimas de gozo!

En el *Codex* de los Nazarenos, *Tobo*, que es «*el libertador del alma de Adam*», la conduce desde el Orcus (Hades) al lugar de la vida. Tobo es Tob-Adonijah, uno de los doce discípulos (levitas) enviados por Jehosaphat á predicar, por las ciudades de Judah, *El Libro de la Ley* (2 *Crónicas* xvii). En los libros kabalistas, estos eran «hombres sabios», Magos quienes atraían los rayos del sol para iluminar al mundo (Hades) Orcus, y de esta suerte mostraban el camino que se separa de las *Tenebræ*, las tinieblas de la ignorancia, al alma de Adam, que representa colectivamente á todas las «almas humanas». Adam (Athamas) es Tamuz ó Adonis, y Adonis es el sol Helios. En el *Libro de los Muertos*, (vi, 231) se hace decir á Osiris: «Yo brillo como el sol en la

(1) «Preller»: II, p. 154.

(2) Nicodemus: «Evangelio Apócrifo», traducido del Evangelio publicado por Grynaeus, «Orthodoxographia», vol. I, tom. II, p. 643.

mansión estrellada, cuando la fiesta del Sol». Cristo es llamado el «Sol de Justicia», «Helios de Justicia» (Euseb.: *Demons. Ev.*, v 29), una simple reminiscencia de antiguas alegorías paganas; sin embargo, el haberlo hecho servir para semejante objeto no es menos blasfemo por parte de hombres que han pretendido describir un verdadero episodio de la peregrinación terrena de su Dios!

«Herakles, que ha salido de las cámaras de la tierra,  
Abandonando la subterránea mansión de Ploutón» (1).

«Ante ti los lagos Stygios temblaron: Tú, el portero del Orcus

Temido..... A Tí ni aun el mismo Tifón te asustó.....

Salve, verdadero HIJO de JOVE, GLORIA sea dada á los dioses!» (2)

Más de cuatro siglos antes del nacimiento de Jesús, Aristófanes había escrito su inmortal parodia del *Descenso al Infierno* de Herakles (3). El coro de los «bienaventurados», los iniciados, los Campos Elíseos, la llegada de Bacchus (el cual es Iacchos—Iaho—y *Sabaoth*) con Herakles, su recepción con antorchas encendidas, emblemas de la *vida nueva* y RESURRECCIÓN desde las tinieblas de la muerte á la luz y á la eterna VIDA; nada de lo que se encuentra en el *Evangelio de Nicodemus* falta en este poema (4):

«Despierta, enciende antorchas..... porque tú vienes

Blandiéndolas en tu mano..... Iacche,

Fosforescente astro del nocturno rito!» (5)

Pero los Cristianos aceptan estas *post-mortem* aventuras de su dios, amalgamadas con las de sus Paganos predecesores, á las cuales Aristófanes ridiculizó claramente cuatro siglos antes de nuestra era. Los absurdos de *Nicodemus* eran leídos en las Iglesias, lo mismo que los del *Pastor de Hermas*. Ireneo cita á este último dándole el nombre de Escritura, una «revelación» divinamente inspirada. Tanto Jerónimo como Eusebio insisten en que sea públicamente leído en las Iglesias; y Atanasio observa que los Padres «han aconsejado se lea para confirmación de la fé y de la piedad». Pero luego se nos presenta el reverso de esta brillante medalla, para demostrar una vez más cuán estables y dignas de crédito eran las opiniones de las más fuertes columnas de la *infallible* Iglesia. Jerónimo, que alaba el libro en su catálogo de escritores eclesiásticos, en sus comentarios poste-

(1) Eurípides: «Herakles», 807.

(2) «Æneida», VIII, 274, ff.

(3) «Frogs»; véanse los fragmentos dados en «Sod, el Misterio de Adonis».

(4) Véanse las páginas 180 - 187 y 327.

(5) Aristhóphanes: «Las Ranas».

riores lo denomina «apócrifo y tonto»! Tertuliano, que no encontraba alabanzas suficientes para el *Pastor de Hermas* cuando era católico, «empezó á atacarlo cuando se hizo Montanista»(1).

El Capítulo XIII empieza con la narración dada por las dos almas resucitadas de Charinus y Lenthius, los hijos de aquel Simeón que en el *Evangelio según Lucas* (II 25-32) coge al niño Jesús en sus brazos y bendice á Dios, diciendo: «Señor, ahora permites á tu servidor morir en paz... porque mis ojos han visto tu salvación» (2). Estas dos almas levantáronse de sus frías tumbas con objeto de declarar los «misterios» que en el infierno presenciaron después de su muerte. Se les permite obrar así, únicamente ante las importunas súplicas de Anás y de Caifás, de Nicodemus (el autor), de José (de Arimathea) y de Gamaliel, quienes les suplican que les revelen los grandes secretos. Además, Anás y Caifás, que conducen á las *almas* á la Sinagoga de Jerusalén, toman la precaución de hacer que ambos resucitados, que años hacía estaban muertos y enterrados, juren por el *Libro de la Ley*, «por el Dios Adonai, y por el Dios de Israel», que dirán únicamente la verdad. Después de lo cual, habiendo hecho el *signo de la cruz sobre sus lenguas* (3), piden papel para escribir sus confesiones (XII 21-25). Sientan entonces que, permaneciendo «en el abismo del infierno, sumidos en negras tinieblas», vieron súbitamente «una intensa y purpúrea luz iluminando el lugar». Adam, junto con los patriarcas y profetas, se regocijaron al punto, como también Isaías, quien se jactó inmediatamente *de que todo aquello él lo habia profetizado*. Mientras todo esto sucedía, llegó Simeón, su padre, y declaró que «el niño que en sus brazos tomó en el templo venía ahora á libertarles».

(1) Véase el Prefacio á «Hermas» en el Nuevo Testamento Apócrifo.

(2) En la «Vida de Buddha», de Bkash Hgyur (texto Thibetano), encontramos el original del episodio citado en el Evangelio según Lucas. Un anciano y santo asceta, el Rishi Asita, viene de lejos á ver el niño Buddha, instruido como está de su nacimiento y misión gracias á visiones sobrenaturales. Habiendo adorado al pequeño Gautama, el santo anciano rompe á llorar, y al preguntarle la causa de su pena, responde: «Después de convertirse en Buddha, ayudará á miles de millones de criaturas á pasar á la otra orilla del océano de vida, y les conducirá para siempre á la inmortalidad. Y Yo, Yo no podré contemplar á esta perla de los Buddhas! Curado de mi depravación, no seré yo libertado por él de la pasión humana! Gran Rey!, yo soy demasiado viejo; por esto es por lo que yo lloro, y por lo que en mi tristeza exhalo hondos suspiros!»

Como quiera que sea, esto no impide al santo varón el hacer profecías acerca del joven Buddha, las cuales, á corta diferencia, son de la misma naturaleza que las que hace Simeón con respecto á Jesús. Mientras que este último llama al joven Jesús «una luz para la revelación de los gentiles, y gloria del pueblo de Israel», el profeta Buddhista promete que el joven príncipe estará revestido con la perfecta y completa *iluminación* ó «luz» de Buddha, y que hará dar vueltas á la rueda de *la Ley*, como *jamás lo hizo nadie antes que él*. «Rgya Tcher Rol Pa»; traducido del texto Thibetano, y revisado con el original Sánscrito, *Lalitavistara*, por P. E. Foncaux, 1847. Vol. II, pp. 106-107.

(3) El signo de la cruz—unos pocos días solo después de la resurrección, y antes de que se tomara á la cruz como á un símbolo!

Después de que Simeón diera á conocer su mensaje á la distinguida concurrencia del infierno, «hete aquí que aparece un pequeño hermitaño (?), que demostró ser Juan el Bautista». La idea es sugestiva y demuestra que hasta el «Precursor» y el Profeta del Altísimo no se vió libre de desecarse en el infierno, hasta quedar reducido á las proporciones más diminutas, de lo cual no quedaron exentos ni su cerebro ni su memoria. Olvidando que (*Mateo XI*) había manifestado del modo más evidente sus dudas en cuanto al Mesianismo de Jesús, también el Bautista reclama el derecho á ser reconocido como un profeta. «Y yo, Juan —dice—, cuando ví á Jesús viniendo hacia mí, hallándome influido por el Espíritu Santo, dije: 'He aquí al cordero de Dios, que quita los pecados del Mundo...' Y yo le bauticé... y yo ví al Espíritu Santo descender sobre él, diciendo: 'Este es mi Hijo muy Amado'». Y pensar que sus descendientes y secuaces, como los Mandeanos de Basra, desprecian completamente estas palabras!

Entonces Adam, fingiendo creer que su misma veracidad puede ser puesta en tela de juicio por esta «impía concurrencia», llama á su hijo Seth, y le pide que declare á sus hijos, los patriarcas y profetas, lo que el Arcángel Miguel le había dicho á la puerta del Paraíso, cuando él, Adam, envió á Seth «á suplicar á Dios que ungiera» su cabeza cuando se hallaba enfermo (*XIV, 2*). Y Seth les dice que cuando estaba orando á las puertas del Paraíso, Miguel le advirtió que no pidiera á Dios el «aceite del árbol de la misericordia, con que ungió al padre Adam, para curar su *jaqueca*; puesto que no puedes tú por ningún medio obtenerlo hasta el ÚLTIMO DÍA de los tiempos, ó sea, *hasta que hayan transcurrido 5.500 años*». Este pequeño fragmento de charla privada, entre Miguel y Seth, fué evidentemente introducido en interés de la Cronología Patristica; y con el objeto de relacionar todavía más íntimamente el Mesianismo con Jesús, apoyándose en la autoridad de un Evangelio reconocido como divinamente inspirado. Los Padres de los primitivos siglos cometieron un gran error al destruir las frágiles imágenes de mortales paganos y principalmente á los antiguos monumentos Egipcios. Estos han llegado á ser tanto más preciosos á la moderna ciencia y á la arqueología, desde el momento en que se ha encontrado que prueban que el Rey Menes y sus arquitectos florecieron entre cuatro ó cinco mil años antes de que el «Padre Adam» y el Universo, según la cronología Bíblica, fuesen creados «de la nada» (1).

«Mientras que todos los santos estaban regocijándose, he aquí

(1) Payne Knight muestra que «desde el tiempo del primer Rey Menes, bajo cuyo reinado todo el país situado bajo el lago Mæris era un pantano (*Herod., II, 4*), al de la invasión Persa, cuando era el jardín del mundo», deben haber transcurrido de 11.000 á 12.000 años. (Véase «Antiguo Arte y Mitología»; *CLT., R. Payne Knight, p. 108*. Edit. por A. Wilder).

que Satán, el príncipe y capitán de la muerte», dice al Príncipe del Infierno: «Prepárate para recibir al mismo Jesús de Nazareth, quien se jactó de ser el Hijo de Dios, y á pesar de todo era un hombre que tenía miedo á la muerte, pues dijo: 'Mi alma está triste hasta la muerte'» (xv 1, 2).

Existe una tradición entre los escritores eclesiásticos Griegos, de que los «Heréticos» (quizás Celso) hablan gravemente reprochado á los Cristianos tocante á este punto delicado. Sostenían ellos que si Jesús no era un simple mortal que era con frecuencia abandonado por el Espíritu de Cristo, no podía haberse quejado valiéndose de expresiones semejantes como las que le eran atribuidas; ni hubiera gritado con fuerte voz: «*Dios mío, Dios mío*, por qué me has abandonado?» A esta objeción se la contesta muy hábilmente en el *Evangelio de Nicodemus*, y es el «Príncipe del Infierno» quien resuelve la dificultad.

Empieza á contender con Satán como un verdadero metafísico. «Quién es aquél tan poderoso príncipe», pregunta, con sorna, «quién es este que es tan poderoso, y sin embargo un hombre que teme á la muerte?..... Te aseguro por lo tanto que cuando dijo que temía á la muerte, *trató de engañarte*, y desgraciado serás tú durante épocas sin cuento!»

Es muy chocante el ver cuán estrechamente el autor de este *Evangelio* se ciñe á su texto del *Nuevo Testamento*, y en especial al cuarto evangelista. Cuán hábilmente prepara el camino para preguntas y respuestas en apariencia «inocentes», corroborando los pasajes más dudosos de los cuatro evangelios, pasajes más puestos en tela de juicio y minuciosamente examinados durante aquellos días de sutil sofistería de los ilustrados Gnósticos, que lo que en la actualidad lo son; razón poderosa que explica por qué los Padres se mostraban más ansiosos de quemar los documentos de sus antagonistas que de destruir sus herejías. Lo que sigue es un buen ejemplo. El diálogo prosigue todavía entre Satán y el metafísico y *semi-convertido* Príncipe del mundo inferior.

«Quién es, pues, este Jesús de Nazareth — pregunta inocentemente el Príncipe—, que con solo su palabra me ha arrebatado los muertos, sin rogar á Dios?» (xv 16).

«Quizás», contesta Satán, con la inocencia de un Jesuita, «*es el mismo que me arrebató á Lázaro después de cuatro días que hacia que habia muerto*, y cuando ya estaba corrupto y apestaba?..... Es la mismísima persona, Jesús de Nazareth..... Yo te conjuro por los poderes que á ambos nos pertenecen, que no me lo traigas», exclama el príncipe. «Pues cuando oí hablar del poder de su palabra, temblé de miedo, y la perturbación se apoderó de todos mis *impíos compañeros*».

«Y no fuimos capaces de detener á Lázaro, pues pegó una sacudida, y, contadas las señales de la malicia, inmediatamente se nos escapó de entre las manos; y la misma tierra en la cual el cuerpo de Lázaro estaba colocado lo devolvió al momento vivo». «Sí», añade pensativo el Príncipe del Infierno, «Yo conozco ahora que él es el Dios Todopoderoso, que es grande en su reino, y poderoso en su naturaleza humana, que es el Salvador de la humanidad. No me traigas por lo tanto á esta persona aquí, porque pondría en libertad á todos cuantos tengo aprisionados por incredulidad, y... les conduciría á la vida eterna» (xv 20).

Aquí termina la evidencia *post-mortem* de las dos almas. Charinus (Alma núm. 1) entrega lo que ha escrito á Anás, Caifás y Gamaliel, y Lenthius (Alma núm. 2) lo suyo á José y á Nicodemus, hecho lo cual ambas se transformaron en unas formas extraordinariamente blancas y no se las volvió á ver más.

Para demostrar, además, que las almas estuvieron durante todo este tiempo sometidas á las más estrictas «condiciones de prueba», como dirían los modernos espiritistas, el autor del *Evangelio* añade: «Pues lo que escribieron se encontró que coincidía tan perfectamente, que no contenía lo de la una una letra más ó menos que lo de la otra».

Estas noticias, prosigue diciendo el *Evangelio*, se difundieron por todas las sinagogas, por lo que Pilatos, advertido por Nicodemus, fué al templo y reunió á los Judíos. En esta histórica sesión, á Caifás y á Anás se les hace declarar que sus Escrituras atestiguan «que Jesús, á quien nosotros crucificamos, es Jesu-Cristo, el Hijo de Dios, el Dios Verdadero y Omnipotente. Amén» (!).

A pesar de una tan aplastante confesión hecha por estos personajes, á pesar de que reconocían á Jesús como al mismo Dios Omnipotente, el «Señor Dios de Israel», ni el sumo sacerdote, ni su suegro, ni ninguno de los ancianos, ni Pilatos, que escribió estos relatos, ni ninguno de los Judíos de Jerusalén, que eran todas personas de arraigo, ninguno de ellos se convirtió al Cristianismo.

Todos los comentarios huelgan. Este *Evangelio* concluye con las palabras siguientes: «En nombre de la Santísima Trinidad (acerca de la cual nada podía saber todavía Nicodemus), terminan los hechos de nuestro Salvador Jesucristo que el Emperador Teodosio el Grande encontró en Jerusalén en la sala de Poncio Pilato, entre los públicos registros —y los cuales, según la historia refiere, fueron escritos en Hebreo por Nicodemus—, habiendo tenido lugar estos sucesos en el año décimo-nono de Tiberius Cæsar, emperador de los Romanos, y en el décimo séptimo del gobierno de Herodes, el hijo de Herodes, rey de Galilea, en el octavo día antes de las calendas de Abril, etc.» Esta es la más desvergonzada impostura que se perpetró después de la era de piadosos embustes que principiaron con el primer obispo de Roma, sea

este quien fuere que haya sido. El burdo falsificador parece que no sabía ni había oído hablar de que el dogma de la Trinidad no fué promulgado hasta 325 años después de esta pretendida fecha. Ni el *Antiguo*, ni el *Nuevo Testamento*, contienen la palabra Trinidad, ni nada que dé el más ligero pretexto para suponer esta doctrina (véase la página 197 de este volumen, «El descenso de Cristo al Infierno»). Ninguna explicación puede excusar la publicación de este espurio evangelio como una divina revelación, puesto que desde el principio fué considerado como una impremeditada impostura. Aunque este mismo evangelio ha sido declarado apócrifo, no obstante, todos los dogmas en el contenido eran y son todavía impuestos al mundo Cristiano. Y hasta el hecho de que ahora sea repudiado no entraña mérito alguno para la Iglesia, puesto que fué debido á que avergonzada se vió obligada á ello.

Y por lo tanto, nos sentimos perfectamente autorizados para repetir el *Credo* reformado de Robert Taylor, que substancialmente es el mismo de los Cristianos.

Yo creo en Zeus, el Padre Omnipotente,  
 Y en su hijo, Iasios Cristo nuestro Señor,  
 Que fué concebido por el Espíritu Santo,  
 Nació de la Virgen Elektra,  
 Por un rayo herido,  
 Muerto y enterrado,  
 Descendió al Infierno,  
 Levantóse de nuevo y ascendió á lo alto,  
 Y volverá para juzgar á los vivos y á los muertos.  
 Creo en el Santo Nous,  
 En el Santo círculo de los Grandes Dioses,  
 En la Comunidad de las Divinidades,  
 En la expiación de los pecados,  
 En la inmortalidad del alma  
 Y en la Vida Eterna.

Se ha probado que los Israelitas adoraban á Baal, el Bacho sirio, que ofrecían incienso á la serpiente Sabaziana ó de Æsculapio, y que verificaban los Misterios Dionysíacos. Y cómo podía ser de otro modo, si Tifón era llamado Tifón Set (1), y Seth, el hijo de Adam, es idéntico á Satán ó Sat-an; y Seth era adorado por los Hititas? Vemos que, menos de dos siglos antes de Cristo, los Judíos reverenciaban ó sencillamente adoraban la «dorada cabeza de un asno» en su templo; según Apión, Antíoco Epifanes se la llevó consigo. Y Zacarías

(1) Seth ó Sutech, «Historia de Herodoto» de Rawlinson, libro II, apéndice VIII, 23.

se queda mudo á consecuencia de la sorpresa que le causa la aparición de la deidad bajo la forma de un asno en el templo! (1).

Pleyté declara que El, el Dios-Sol de los Sirios, de los Egipcios y de los Semitas, que no es otro que Set ó Seth, y El es el Saturno primitivo, Israel (2). Siva es un Dios Etíope, lo mismo que el Baal Caldeo-Bel; de suerte que él es también Saturno. Saturno, El, Seth y Kiyun, ó el bíblico Chiun de Amos, son todos una sola y misma deidad, y puede también ser considerada en su peor aspecto como Tifón el Destructor. Cuando el Panteón religioso presentaba una expresión más definida, Tifón fue separado de su andrógino, la deidad buena, y cayó en la degradación como poder brutal y *anti-intelectual*.

Tales reacciones en los sentimientos religiosos de una nación no eran raros. Los Judíos habían adorado á Baal ó Moloc y al Dios-Sol Hércules (3), en sus primitivos tiempos—si después de todo eran anteriores á los Persas ó Macabeos—y después hicieron que sus profetas les denunciasen. Por otra parte, los rasgos característicos del Jehovah Mosaico tienen más puntos de contacto con la disposición moral de Siva que con los de un Dios benévolo y «paciente en sumo grado». Por lo demás, el hallarse identificado con Siva no es un don despreciable, puesto que este último es el Dios de la sabiduría. Wilkinson lo presenta como el más intelectual de los dioses Indos. Posee *tres ojos*, y, como Jehovah, es terrible en su cólera, y en su venganza irresistible. Y aunque es el Destructor, es asimismo el que reorganiza todas las cosas y las ordena con la más perfecta sabiduría (4). Es el Tipo

(1) Este hecho es admitido por Epifanio. Véase Hone: «Nuevo Testamento Apócrifo»; «El Evangelio del Nacimiento de María».

En su hábil artículo «Bachus, el Dios-Profeta», el profesor A. Wilder observa que «Tácito estaba equivocado al pensar que los Judíos adoraban un asno, el símbolo de Tyfón ó Set, el Dios Hyk-sos. El nombre Egipcio del asno era *eo*, el fonético de *lao*»; y por esto, añade, probablemente «un símbolo de aquella mera circunstancia». Dificilmente convenimos con este sabio arqueólogo, pues la idea de que los Judíos reverenciaban, por alguna razón misteriosa, á Tyfón bajo de esta representación simbólica, descansa en más de una prueba. Y una de ellas la encontramos en un párrafo del «Evangelio de María», citado por Epifanio, que corrobora este hecho. Se refiere á la muerte de «Zacharías, el padre de Juan el Bautista, muerto por Herodes», dice el Protoevangelion. Epifanio escribe que la causa de la muerte de Zacharías fué debida á que, habiendo tenido una visión en el templo, sorprendido, quiso divulgarla, pero su lengua se quedó paralizada. Lo que él vió, en el momento de ofrecer el incienso, fué un hombre de pié en forma de un asno. Cuando hubo salido, como tuviese intención de decir al pueblo: «*Desgraciados de vosotros, ¿quién adoráis?*» aquel que se le había aparecido en el templo le privó del uso de la palabra. Después, cuando la recobró, y pudo hablar, declaró lo que había visto á los Judíos, y estos le mataron. Ellos (los Gnósticos) añaden en este libro que por este motivo al sumo sacerdote le estaba ordenado por el legislador (Moisés) el llevar campanillas siempre que fuera al templo á sacrificar, para que aquel *á quien ellos adoraban*, al oír el ruido de las mismas, pudiese tener el tiempo suficiente para ocultarse, y no ser sorprendido en aquella desagradable forma y figura (Epiph).

(2) «Phallismo en las Antiguas Religiones», por Staniland Wake y Westropp, p. 74.

(3) Hércules es también un dios batallador como Jacob-Israel.

(4) «Phallismo en las Antiguas Religiones», p. 75.



del Dios de S. Agustín, «que prepara el *Infierno* para los que escudriñan sus misterios», é insiste en poner á prueba á la humana razón, lo mismo que al sentido común, obligando á la humanidad á mirar con igual reverencia sus actos buenos y malos.

A pesar de las numerosas pruebas que existen de que los Israelitas adoraban á diversos dioses, y hasta de que ofrecían sacrificios humanos en un periodo muy posterior á aquél en que sus Paganos vecinos lo hacían, han conseguido echar un velo sobre los ojos de la posteridad que le impide conocer la verdad acerca de este hecho. Ellos sacrificaban vidas humanas en un periodo tan reciente como el año 169 antes de Cristo (1), y la *Biblia* habla de algunos semejantes hechos. En una época en la que los Paganos largo tiempo hacía que habían abandonado una tan abominable práctica, habiendo reemplazado el sacrificio humano por el del animal (2), se representa á Jephthah sacrificando á su propia hija al «Señor» en holocausto.

Las acusaciones de sus mismos profetas son las mejores pruebas contra ellos. Su culto en los lugares elevados es el mismo del de los «idólatras». Sus profetas son reproducciones de las Pythiæ y Banchantes. Pausanias habla de colegios de mujeres que cuidan del culto de Baccho, y de las diez y seis matronas de Elis (3). Dice la *Biblia* que «Deborah, una profetisa..... juzgaba á Israel en aquellos tiempos» (4); y habla de Hulda, otra profetisa, que «moraba en Jerusalem, en el colegio» (5); y 2 *Samuel* menciona varias veces á «mujeres sabias» (6), á pesar del mandato de Moisés de no emplear la adivinación ni los augurios. En cuanto á la final y definitiva identificación del «Señor Dios» de Israel con Moloch, encontramos una muy sospechosa coincidencia de ello en el último capítulo del *Levítico*, que trata de *cosas consagradas que no pueden ser perdonadas.....* «Un hombre consagrará al Señor todo cuanto tenga, tanto de hombre como de animal..... Ninguno de los que serán consagrados por los hombres será perdonado, sino que ciertamente morirá..... porque esto es lo más santo para el Señor» (7).

La dualidad, cuando no la pluralidad, de los dioses de Israel puede ser inferida por el hecho mismo de tales severas recriminaciones. Sus profetas jamás aprobaron el culto de los sacrificios. Samuel negaba que el Señor se complaciese en los holocaustos y sacrificios

(1) Antiochus Epiphanius encontró en 169 antes de Cristo, en un templo Judío, á un hombre allí detenido para ser sacrificado. Apión: «Joseph. contra Apión», II, 8.

(2) El Buey de Dionysus era sacrificado en los Misterios Bákquicos. Véase «Anthon», p. 365.

(3) «Paus.» 5, 16.

(4) Jueces IV, 4.

(5) 2 Reyes XXII, 14.

(6) XIV, 2; XX, 16, 17.

(7) XXVII, 28, 29.

(I Samuel XV 22). Jeremías aseguraba de un modo inequívoco que el Señor, Yava Sabaoth Elohe Israel, jamás ordenó nada parecido, sino todo lo contrario (VII 21 - 24).

Pero estos profetas que se oponían á los sacrificios humanos eran todos *nazars* é *iniciados*. Estos profetas estaban al frente de un partido que existía en la nación, el cual luchaba contra los sacerdotes, del mismo modo que más tarde lucharon los Gnósticos contra los padres Cristianos. De aquí que cuando la monarquía fué destruída, encontramos á los sacerdotes en Jerusalem, y á los profetas en las tierras de Israel. Hasta Ahab y sus hijos, que introdujeron el culto Tyrio de Baal-Hércules, y la diosa Syria en Israel, fueron ayudados y protegidos por Elijah y Elisah. Pocos fueron los profetas que aparecieron en Judea antes de Isaiah, después de que la monarquía del norte hubo sido destruída. Elisah ungió á Jehu con objeto de que destruyese las dos familias reales de ambos países, para reunir así al pueblo bajo una sola institución política. Respecto del templo de Salomón profanado por el clero, ningún hebreo iniciado ó profeta le prestaba la menor importancia. Elijah jamás puso los pies en él, como tampoco Elisah, Jonás, Nahum, Amós, ni ningún otro israelita. Mientras que los iniciados estaban instruídos en la «doctrina secreta» de Moisés, el pueblo, conducido por sus sacerdotes, permanecía sumido en la idolatría exactamente lo mismo que los Paganos. Las opiniones é interpretaciones populares acerca de Jehovah son las que los Cristianos han adoptado.

Debemos igualmente hacer la siguiente pregunta: «En vista de que no puede ser más evidente que la teología Cristiana no es más que un *pot-pourri* de las mitologías Paganas, cómo se la puede relacionar con la religión de Moisés?» Los primitivos Cristianos, Pablo y sus discípulos, y los Gnósticos y sus sucesores, consideraban generalmente al Cristianismo y al Judaismo como esencialmente distintos. Este último, según su opinión, era un sistema antagonista, y de origen inferior. «Vosotros recibisteis la Ley —dijo Esteban— por el ministerio de los ángeles», ó æons, y no del Altísimo mismo. Los Gnósticos, como hemos visto, enseñaban que Jehovah, la deidad de los Judíos, era Ilda-Baoth, el hijo del antiguo *Bohu*, ó Caos, el adversario de la sabiduría divina.

Esta pregunta puede ser más que fácilmente contestada. *La ley de Moisés, y el llamado monoteísmo de los Judíos, difícilmente puede decirse que sean más de dos á tres siglos anteriores al Cristianismo.* Podemos demostrar que el *Pentateuco* mismo fué escrito y revisado á partir de esta reciente fecha en un periodo subsiguiente á la colonización de la Judea, bajo la autoridad de los reyes de Persia. Los padres Cristianos, en su anhelo para hacer que su nuevo sistema encajase con el Judaismo, para poder de esta suerte rechazar al

Paganismo, inconscientemente, libráronse de Scylla, solo para ser cogidos en los torbellinos de Charybdis. Bajo la monoteísta capa del Judaísmo, se descubrió la misma mitología familiar del Paganismo. Pero no debemos mirar á los Israelitas con menos benevolencia por haber tenido un Moloch, que era la encarnación de los naturales del país. Ni debemos obligar á los Judíos á que paguen las culpas de sus padres. Ellos tuvieron sus profetas y su ley, y con los mismos estaban satisfechos. Cuan fiel y noblemente han conservado ellos la fé de sus antepasados, ante las más diabólicas persecuciones, lo atestiguan los actuales restos de este en otro tiempo glorioso pueblo. Desde el primer siglo hasta el presente, el mundo Cristiano ha estado siempre en un estado de convulsión, y se ha dividido en millares de sectas, al paso que los Judíos permanecen substancialmente unidos, pues ni aun sus diferencias de opinión obstruyen su unidad.

Las cristianas virtudes inculcadas por Jesús en el Sermón de la Montaña no son en parte alguna puestas en práctica por el mundo Cristiano. Los ascéticos budhistas y los fakires indos parecen ser casi los únicos que las inculcan y practican. Y mientras tanto, los vicios que calumniadores de lengua viperina han atribuido al Paganismo son por doquier moneda corriente entre los Padres y las Iglesias Cristianas.

El tan ponderado y ancho abismo que, basándose en la autoridad de Pablo, se pretende establecer entre el Cristianismo y el Judaísmo, solo existe en la imaginación de los devotos. Nosotros no somos más que los herederos de los intolerantes Israelitas de los antiguos tiempos; no de los Hebreos de los días de Herodes y de la dominación Romana, los cuales, á pesar de todos sus defectos, se mantenían estrictamente ortodoxos y monoteístas, sino de los Judíos que, bajo el nombre de Jehovan-Nissi, adoraban á Bacchus-Osiris, á Dio-Nyssos, el multiforme Jove de Nyssa, el Sinaí de Moisés. Los demonios kabalistas—alegorías del más profundo significado—fueron adoptados como entidades objetivas, y una satánica jerarquía fué cuidadosamente cultivada por los ortodoxos demonologistas.

La sentencia *Rosacruz*, «*Igne natura renovatur integra*», la cual es interpretada por los alquimistas como la renovación de la naturaleza por el fuego, ó de la materia por el espíritu, se ha hecho ser aceptada hoy día como *Iesus Nazarenus rex Iudæorum*. La sátira burlona de Pilatos se aceptó literalmente, y por este medio se hizo confesar á los Judíos la realeza de Cristo sin que se dieran cuenta de ello; puesto que, si esta inscripción no es una invención del periodo de Constantino, los Judíos fueron después de todo los primeros en protestar violentamente contra la acción de Pilatos. I. H. S. se interpreta como *Iesus Hominum Salvator*, é *In Hoc Signo*, mientras que IH̄M̄ es uno de los más antiguos nombres de Baccho. Y ahora más

que nunca empezamos á descubrir, á la brillante luz de la teología comparada, que el gran objetivo de Jesús, el iniciado del santuario secreto, era abrir los ojos de la multitud fanática acerca de la diferencia que existe entre la divinidad más elevada—el misterioso é in-nominado IAO de los antiguos Caldeos y de los posteriores iniciados Neo-Platónicos—y el Hebreo Yahuh, Yaho (Jehovah). Los modernos Rosacruces, tan violentamente acusados por los Católicos, se encuentran en la actualidad con que uno de los más importantes cargos que se les hacen es el hecho de que acusen ellos á Cristo de haber destruído el culto de Jehovah. Ojalá hubiesen los Cielos permitido que así lo hubiera hecho, porque, de ser así, no se encontraría el mundo todavía sumido en las tinieblas, después de diez y nueve siglos de mutuas matanzas, entre 300 sectas en pugna, y con un diablo personal reinando sobre la aterrorizada Cristiandad!

Cierta es la exclamación de David, parafraseada en *King James Version*, de que como «todos los dioses de las naciones son ídolos», ó sea diablos, Bacchus, ó el «primogénito» de la teogonía Órfica, el Monogenes, ó «el unigénito» del Padre Zeus y de Koré, fué transformado, con el resto de los antiguos mitos, en un diablo. Por medio de semejante degradación, los Padres, cuyo piadoso celo solo podía ser sobrepujado por su ignorancia, han proporcionado sin saberlo pruebas contra sí mismos. Con sus propias manos han allanado el camino para que muchos hallen una futura solución, y han grandemente auxiliado á los modernos investigadores de la ciencia de las religiones.

En el Mito de Baco fué en donde durante largos y tristes siglos permanecieron ocultas á la par la vindicación futura de los denigrados «dioses de las naciones» y la última clave para el enigma de Jehovah. La extraña dualidad de las características mortales y divinas, tan conspicuas en la Deidad Sináitica, empieza á ser visible ante la investigación incansable de la época. Uno de los últimos trabajos hechos en este sentido lo encontramos en un corto pero substancioso artículo inserto en la *Evolución*, periódico de New York, cuyo párrafo final arroja un torrente de luz sobre Baco, el Jove de Nysa, que era adorado por los Israelitas como el Jehovah del Sinai.

«Tal era el Jove de Nysa para sus adoradores», concluye el autor. «Representaba para ellos, así el mundo de la naturaleza como el del pensamiento. Era el Sol de justicia que llevaba la salud en sus alas, y no solamente traía la alegría á los mortales, sino que además les hacía concebir la esperanza de encontrar más allá de la muerte una vida inmortal. Nacido de una madre humana, la elevó desde el mundo de la muerte á la región suprema para ser reverenciada y adorada. Siendo el Señor de todos los mundos, era al mismo tiempo su Salvador.

»Tal era Baco, el dios-profeta. Un cambio de culto decretado por

el Imperial-Asesino, el Emperador Teodosio, á instancias del Espiritual-Padre Ambrosio, de Milán, ha cambiado su título en Padre de Mentiras. Su culto, antes universal, fué denominado Pagano ó *local*, y sus ritos estigmatizados como hechicería. Sus orgías recibieron el nombre de *Sábados de Brujas*, y su favorita forma simbólica con el pie bovino se ha convertido en la moderna representación del Diablo con la pezuña partida. Habiendo sido el dueño de la casa llamado Beelzebub, todos los que á su servicio estaban fueron denunciados del mismo modo, como teniendo relaciones con los poderes de las tinieblas. Emprendiéronse Cruzadas; asesinóse á pueblos enteros. El saber y los conocimientos más elevados fueron denunciados como magia y hechicería. Convirtiósese la ignorancia en la madre de la devoción, tal como era entonces comprendida. Galileo se consumió largos años en una mazmorra por enseñar que el sol era el centro del universo solar, Bruno fué quemado vivo en Roma en 1600 por haber querido hacer revivir la antigua filosofía; sin embargo, cosa bastante rara, la Liberalía se ha convertido en una fiesta de la Iglesia (1), y Baco es un santo cuatro veces repetido en el calendario, y en más de un altar puede contemplársele reposando en brazos de su divinizada madre. Los nombres han cambiado; las ideas permanecen las mismas que antes» (2).

Y ahora que hemos demostrado que debemos mandar un eterno adiós á todos los ángeles rebeldes, pasaremos como es natural á examinar al Dios Jesús, que fué fabricado con el hombre Jesús para redimirnos de estos mismos diablos místicos, como el Padre Ventura nos demuestra. Este trabajo necesitará por descontado llevar á cabo, una vez más, una investigación comparativa de la historia de Gautama Buddha, sus doctrinas y sus «milagros», las de Jesús, y las del predecesor de ambos, Krishna.

(1) La fiesta denominada Liberalía tenía lugar el diez y siete de Marzo, ahora Día de San Patricio. Así es que Baco era también el santo patrón de Irlanda.

(2) Prof. A. Wilder: «Baco, el Dios-Profeta», en el número de Junio de 1877 de «La Evolución, Revista de Política, Religión, Ciencia, Literatura y Arte».

## CAPÍTULO XI

No cometer ningún pecado, hacer el bien y purificar la mente, esta es la tarea del que ha Despertado...

Mejor que la Soberanía de la tierra, mejor que ir al Cielo, mejor que el dominio de todos los mundos, es el premio del que da el primer paso hacia la santidad. —*Dhammapada*, versículos 178-183.

Creador, ¿en dónde están estos tribunales, á dónde van estos jueces, en dónde estos jueces se reúnen, dónde se encuentran estos tribunales á los cuales el hombre del mundo corpóreo da cuenta de su alma?—*Vendidad* 'Persa XIX, 89.

Salud á tí, oh, Hombre, que has llegado á la región de lo imperecedero desde la de lo transitorio! *Vendidad*, farg. VII, 136.

Para el verdadero creyente, la verdad, donde quiera que aparece, es bien recibida y ninguna doctrina le parecerá menos verdadera, ni menos preciosa, porque la haya sancionado Moisés ó Cristo, Buddha ó Lao-Tse.—  
MAX-MÜLLER.

**D**ESGRACIADAMENTE para aquellos que hubieran deseado hacer justicia á las antiguas y modernas filosofías religiosas del Oriente, jamás se les ha presentado una feliz oportunidad para ello. De algún tiempo á esta parte, existe un amistoso convenio entre los filólogos que ocupan elevados cargos oficiales y los misioneros de los países paganos. Es menester ser prudente ante la verdad cuando ésta pone en peligro nuestras nóminas! Además, es muy fácil transigir con la conciencia. Una religión del Estado es un apoyo para el Gobierno; todas las Religiones del Estado son «embustes explotados»; por lo tanto, desde el momento en que tan buenas ó malas son las unas como las otras, la religión del Estado puede ser apoyada como una cosa útil. Tal es la diplomacia de la ciencia oficial.

Grote, en su *Historia de Grecia*, compara á los Pitagóricos con los Jesuitas, y en su fraternidad solo ve un pensamiento hábilmente disfrazado para adquirir preponderancia política. Fundándose en el

fidedigno testimonio de Herakleitus y de algunos otros escritores que han acusado á Pitágoras de artificioso y le han descrito como á un hombre de vasta erudición... pero hábil para el mal, y destituido de sano juicio, algunos biógrafos históricos se han apresurado á presentarlo ante la posteridad bajo semejante aspecto.

Si aceptan el Pitágoras pintado por el satírico Timón: «un impostor de palabra solemne dedicado á pescar hombres», ¿cómo han de evitar que se juzgue á Jesús según el bosquejo con que Celso lo presenta en su sátira? La imparcialidad histórica nada tiene que ver con las doctrinas y creencias personales, y otro tanto exige de la posteridad así para las unas como para las otras. La vida y hechos de Jesús están mucho menos comprobados que los de Pitágoras, si verdaderamente podemos decir después de todo que existe alguna prueba *histórica* que dé fé de los mismos. Porque seguramente nadie negará que, como personaje real, Celso posee la ventaja en lo que á la autenticidad de su testimonio se refiere sobre Mateo, Marcos, Lucas ó Juan, que jamás escribieron ni una línea de los Evangelios que les son atribuidos respectivamente. Además, Celso es por lo menos un testigo tan digno de crédito como Herakleitus. Algunos Padres le consideraban como un sabio y un Neo-Platónico, mientras que la existencia misma de los cuatros apóstoles está basada en la fé ciega. Si Timón consideraba al sublime Samiano como á un «impostor», lo mismo pensaba Celso de Jesús, ó más bien de aquellos que sobre él fundaban todas sus pretensiones. Dirigiéndose al Nazareno, dice en su famosa obra: «Concedamos que las maravillas fueron verificadas por vos... pero acaso no son iguales con aquellas que los Egipcios enseñaban á ejecutar en medio de la plaza pública, mediante un modesto óbolo?» Y nosotros sabemos, basándonos en el *Evangelio según Mateo*, que el Profeta Galileo era también un hombre de «palabra solemne», y que se llamaba á sí mismo y ofrecía convertir á sus discípulos en «pescadores de hombres».

No vaya á creerse que lanzamos este reproche sobre aquellos que veneran á Jesús como Dios. Cualquiera que sea la fé, con tal de que el adorador sea sincero, debe ser respetada en su presencia. Aunque nosotros no aceptamos á Jesús como Dios, *le reverenciamos como hombre*. Un sentimiento tal le honra más que si le atribuyésemos los poderes y personalidad del Supremo, y creyésemos al mismo tiempo que había venido á representar una inútil comedia con la humanidad, ya que, después de todo, su misión ha resultado poco menos que un completo fracaso; 2.000 años han pasado, y ni siquiera cuentan los Cristianos con la quinta parte de la población del globo, ni es probable que el Cristianismo progrese más en lo futuro. No, nuestro objetivo único es la justicia estricta, prescin-

diendo de toda personalidad. Nosotros nos dirigimos á aquellos que, no adorando ni á Jesús ni á Pitágoras ni á Apolonio, recitan sin embargo la frívola charla de sus contemporáneos; á aquellos que en sus libros, ó bien guardan un prudente silencio, ó hablan de «Nuestro Salvador y Nuestro Señor» como si creyesen más en el Cristo de teológica fabricación que en el fabuloso Fo de la China.

*Antiguamente no existían ateos, ni incrédulos ó materialistas, en el moderno sentido de la palabra, así como tampoco existían fanáticos detractores.* Aquel que juzga á las antiguas filosofías por su externa fraseología, y cita de los antiguos escritos sentencias *aparentemente* ateistas, no se le puede prestar confianza como á crítico, pues es incapaz de penetrar en el interno sentido de su metafísica. Las opiniones de Pyrrho, cuyo racionalismo se ha hecho proverbial, pueden ser únicamente interpretadas á la luz de la más antigua filosofía Inda. Desde Manú hasta el último Swábhávika, su principal rasgo metafísico ha sido siempre el proclamar la realidad y supremacía del espíritu, con una vehemencia proporcionada á la denegación de la objetiva existencia de nuestro mundo material, pasajero fantasma de formas y seres transitorios. Las numerosas escuelas fundadas por Kapila no reflejan su filosofía de un modo más claro que las doctrinas dejadas como legado á los pensadores por Timón, el «Profeta» de Pyrrho, como Sextus Empiricus le llama. Sus opiniones acerca del reposo divino del alma, su indiferencia orgullosa ante las opiniones de sus semejantes, su desprecio al sofisma, reflejan de igual modo rayos de luz derivados de un asiduo estudio de los Gymnosofistas y de los *Vaibhashika* Buddhistas. A pesar de que á él y á sus secuaces se les llama, debido á su constante estado de duda, «escépticos», incrédulos, preguntones y efectistas, solo porque relegaban sus conclusiones finales á la categoría de dilemas, con los cuales nuestros filósofos modernos prefieren habérselas, para poder, como Alejandro, cortar el nudo Gordiano, cuando les conviene, declarando que el dilema es una superstición, á pesar de esto, á hombres como Pyrrho no se les puede tachar de ateos. Lo mismo puede decirse de Kapila, de Giordano Bruno, y también de Spinoza, que asimismo fueron tratados de ateos. Tampoco merece tal calificativo el gran poeta Indo, el filósofo y dialéctico Veda-Vyasa, cuyo principio de que todo es ilusión—salvo el Gran Desconocido y Su directa esencia—fué plenamente adoptado por Pyrrho.

Estas filosóficas creencias se extendían á manera de una red sobre todo el mundo pre-Cristiano; y, habiendo sobrevivido á las persecuciones y falsas interpretaciones, constituyen hoy día la piedra angular de todas las religiones existentes, excepto del Cristianismo.

Como se ha comprobado, la teología comparada es una espada de doble filo. Pero los defensores del Cristianismo, sin avergonzarse



ante la evidencia, tuercen el sentido de la parábola con la mayor frescura del mundo; las leyendas y dogmas Cristianos, dicen ellos, es cierto que en algo se parecen á los de los Paganos, pero téngase presente que mientras unos nos enseñan la existencia, poderes y atributos de un Dios Padre, Omnipotente é Infinitamente Bueno, el Brahmanismo nos da una multitud de dioses menores, y el Buddhis-  
mo ninguno; el uno es fetichismo y politeísmo, y el otro ateísmo puro. Jehovah es el único Dios verdadero y el Papa y Martín Lutero sus profetas. Este es uno de los filos de la espada, he aquí el otro: A despecho de las misiones, á despecho de los ejércitos, á despecho de las relaciones comerciales, forzosamente impuestas, nada encuentran los «paganos» en las enseñanzas de Jesús—á pesar de la sublimidad de algunas de ellas—que Krishna y Gautama no les hubiesen enseñado antes. Así es que para atraer nuevos conversos, y conservar los pocos que han catequizado durante siglos de astucia, los Cristianos enseñan á los «Paganos» dogmas aún más absurdos que los suyos propios, y les engañan adoptando el traje de los sacerdotes de su país, y practican la misma idolatría y fetichismo con los que tanto denigran á los «Paganos». La Teología comparada pone de manifiesto ambas prácticas.

En Siam y en Birmania, los misioneros católicos se han convertido en perfectos Talapoines en todo lo que á su aspecto exterior se refiere, esto es, en todo menos en lo referente á sus virtudes; y en toda la India, especialmente en el Sur, fueron denunciados por su mismo colega, el Abate Dubois (1). Esto fué más tarde negado rotundamente. Pero en la actualidad disponemos de testigos vivientes que corroboran la verdad del cargo. Entre otros, el ya citado capitán O'Grady, natural de Madrás, escribe lo siguiente acerca de este método sistemático de impostura (2): «Los hipócritas mendigos declaran que sienten horror por la carne y que observan una abstinencia absoluta con el fin de atraer conversos del Induismo... Yo convidé á un padre, ó mejor dicho, él mismo se convidó á mi casa, repetidas veces, en donde bebía admirablemente, y el modo con que trinchaba el *roast-beef* era una bendición». Además, el autor tiene preciosas historias que contar acerca de «Cristos de cara negra», de «Virgenes con ruedas», y de las procesiones católicas en general. Nosotros hemos presenciado esas solemnes ceremonias acompañadas de la más infernal cacofonía de una orquesta cingalesa, incluyendo tam-tam y gongos, seguida por una especie de procesión brahmánica, la cual, debido á su pintoresco colorido y *mise en scene*, presentaba un aspecto mucho más solemne é imponente que las saturnales cristianas.

(1) *Revista de Edimburgo*. Abril, 1861, p. 411.

(2) *Bosquejos Indos ó La Vida en Oriente*, escritos para el *Boletín Comercial de Boston*.

Hablando de una de éstas, observa el mismo autor: «Era más diabólica que religiosa.... Los obispos marchaban como acostumbran hacerlo en Roma, (1) con un enorme montón de dinero de Pedro, recolectado en pequeñas cantidades durante el tránsito; llevaban ornamentos de oro, anillos para la nariz, aros para los tobillos y los codos, aretes para las orejas, etc., todo en abundancia y confusamente amontonados á los pies de la cobriza y grotesca imagen del Salvador, quien llevaba una corona de metal blanco ostentosamente labrada, y ¡oh, sombra de Rafael! turbante azul» (2).

Como se vé, esas cuestaciones voluntarias hacen muy lucrativo el remedar á los Brahmanes y Bonzos del país. Entre los adoradores de Krishna y de Cristo, ó de Avany y de la Virgen María, existe en efecto menos diferencia substancial que entre las dos sectas indígenas de los Vishnavitas y de los Sivitas. Para los indos *convertidos*, Cristo no es después de todo más que Krishna ligeramente modificado. Los Misioneros cargan con ricos dones, y Roma queda satisfecha. Viene después un año de hambre, pero los anillos para la nariz y los aretes de oro se fueron y las gentes mueren á millares. Mas qué importa esto? Ellos mueren en Cristo, y Roma no escasea las bendiciones sobre sus cadáveres, de los cuales todos los años descienden á millares por los rios sagrados, hasta el Océano (3). Tan serviles son los Católicos en su imitación, y tanto cuidado ponen en no ofender á sus feligreses, que si en alguna iglesia cuentan con algunos conversos de casta elevada, ningún paria ni hombre perteneciente á una casta inferior, por buen cristiano que sea, puede ser admitido en la misma iglesia junto con ellos. Y á pesar de esto, se atreven todavía á llamarse los servidores de Aquél que preferentemente buscaba la compañía de publicanos y pecadores, y cuyo llamamiento «Venid á mí todos los aflijidos, y yo os daré el consuelo», le ha abierto los corazones de millones de dolientes y oprimidos!

Pocos escritores son tan valientes y sinceros como el malogrado Dr. Thomas Inman, de Liverpool, Inglaterra. Pero aunque escasos en número, todos convienen unánimemente en que tanto la filosofía del Buddhismo como la del Brahmanismo deben ser colocadas muy

(1) Véase el Cap. II de este tomo, p. 125 del texto.

(2) Valdría la pena que un artista se tomara la molestia de hacer un viaje en torno del mundo para formar una colección de las múltiples variedades de Madonnas, Cristos, Santos y Mártires, tal como aparecen vestidos en los distintos países, pues podrían servir de modelos para bailes de máscaras dados en beneficio de la iglesia.

(3) Mientras escribimos estas líneas nos llega un informe del Conde Salisbury, Secretario de Estado de la India, en que dice que el hambre de Madrás será probablemente seguido por otro todavía más cruel en la India Meridional, en el mismo distrito en que los más pesados tributos han sido exigidos por los Misioneros Católicos para los gastos de la Iglesia de Roma. Impotente ésta, para vengarse de otro modo, despoja á los súbditos Británicos, y cuando á consecuencia de esto llega el hambre, hace responsable de la misma al herético Gobierno Británico.

por encima de la teología Cristiana, y que no enseñan ni el ateísmo ni el fetichismo. «A mi entender—dice Inman—, la afirmación de que Sakya no creía en Dios es de todo punto infundada. Más aún, todo su esquema está basado sobre la creencia de que existen poderes superiores que pueden castigar á la humanidad por sus pecados.

»Verdad es que á estos dioses no se les llamaba Elohim, ni Jah, ni Jehovah, ni Jahveh, ni Adonai, ni Ehieh, ni Baalim, ni Asthoreth,—pero á pesar de todo, para el hijo de Suddhadana existía un Ser Supremo» (1).

Existen cuatro escuelas de Teología Budhista en Ceilán, en el Thibet y en la India. Una de ellas es más bien panteísta que ateísta, pero las otras tres son puramente *teístas*.

Las especulaciones de nuestros filólogos están basadas sobre la primera. En cuanto á la segunda, tercera y cuarta, sus enseñanzas solo varían en lo que á su forma externa de expresión se refiere. Pero ya hemos explicado plenamente el espíritu de las mismas en otra parte.

En cuanto á las opiniones prácticas, no teóricas, acerca del Nirvana, esto es lo que un racionalista y escéptico dice: «He preguntado á las puertas mismas de sus templos á varios centenares de Budhistas, y no he encontrado ni uno que no se sometiese á toda clase de austeridades, con objeto de perfeccionarse á fin de lograr la inmortalidad; no para obtener la anihilación final.

»Existen más de 300.000.000 de Budhistas que ayunan, oran y se imponen privaciones.....

»¿Por qué hacer de estos 300.000.000 de hombres idiotas y locos que maceran sus cuerpos y se imponen las más duras privaciones de toda especie para alcanzar al fin y al cabo la fatal anihilación que de un modo ú otro debe alcanzarles?»(2).

Lo mismo que este autor, nosotros hemos también preguntado á Budhistas y á Brahmanes, y hemos estudiado su filosofía. *Apavarg* tiene un significado completamente distinto de anihilación. Es solo el convertirse en más y más semejante á Aquél de quien él es una de las refulgentes chispas, lo cual es la aspiración de todos los filósofos Indos, y la esperanza del más ignorante *es no perder jamás su distinta individualidad*. «Si de otro modo fuera», observaba en una ocasión un apreciado amigo de la autora, «la existencia mundana y separada parecería la comedia de Dios y nuestra tragedia; un entretenimiento para Aquél para quien trabajamos y sufrimos, la muerte para nosotros que lo soportamos».

Lo mismo se puede decir con respecto á la doctrina de la metem-

(1) «Antiguas y Modernas Creencias», p. 24.

(2) *Fetichismo, Politeísmo y Monoteísmo*.

psícosis, tan desnaturalizada por los sabios Europeos. Pero á medida que los trabajos de traducción y de análisis avancen, nuevas bellezas religiosas se descubrirán en las antiguas creencias.

En la traducción de los *Vedas* por el profesor Whitney existen pasajes en los cuales el traductor dice que la importancia concedida al cuerpo por su antiguo poseedor se pone de relieve del modo más evidente. Los himnos que siguen son parte de los que se leen durante las ceremonias fúnebres ante el cadáver de la persona fallecida. Los citamos de la erudita obra de Mr. Whitney:

Lánzate hacia adelantel, reúne todos tus miembros;  
no permitas que tus miembros queden abandonados ni tampoco tu  
[cuerpo;

Tu espíritu ha partido antes, ahora sigue después;  
Donde quiera que te deleites, vé tú á aquel lugar.

Recoge tu cuerpo; con cada uno de sus miembros;  
tus miembros, con auxilio de los ritos, yo los moldearé por tí.

Si algún miembro ha sido dejado atrás por Agni,  
cuando al mundo de tus Padres él desde aquí te haya enviado,  
Este mismo miembro yo te lo proporcionaré entonces de nuevo;  
regocíjense en los Cielos con todos vuestros miembros, vosotros  
[Padres (1).

El cuerpo al cual aquí se hace referencia no es el físico, sino el *astral*—existe entre ambos una muy importante diferencia, como se verá.

Además, la creencia en la existencia individual del inmortal espíritu del hombre se demuestra en los siguientes versos del ceremonial Indo en la cremación y entierro.

Aquéllos que en la esfera de la tierra permanecen detenidos,  
ó que en la actualidad en los reinos del placer residen,  
Los Padres que á la tierra, á la atmósfera y á los cielos por su mansión  
[tienen,  
El «ante-cielo» el tercer cielo es llamado,  
y en donde los Padres poseen su solio (*Rig Veda*, x ).

Teniendo en cuenta las elevadas concepciones que con respecto á Dios y á la inmortalidad del espíritu del hombre tenían estos pueblos, no es de extrañar que una comparación entre los Himnos Védicos y los mezquinos y anti-espirituales libros Mosaicos resulte ven-

(1) «Estudios Orientales y Lingüísticos», «Doctrina Védica de una Vida Futura», por W. Dwight Whitney, Prof. de Sánscrito y Filología comparada en el Colegio Yale.

tajosa para los primeros en el espíritu de todo hombre de ciencia imparcial. Del mismo modo, el código de ética de *Manú* es incomparablemente superior al del *Pentateuco* de Moisés, en cuyo sentido literal todos los sabios no iniciados de ambos mundos no pueden encontrar ni una sola prueba de que los antiguos Judíos creyeran en una vida futura, ó en un espíritu inmortal en el hombre, ó de que el mismo Moisés enseñara jamás semejantes cosas. Sin embargo, tenemos orientalistas eminentes que empiezan á sospechar que la «letra muerta» oculta algo que no se percibe á primera vista. Así es que el Prof. Whitney nos dice que «á medida que nos fijamos más detenidamente en las formas del moderno ceremonial Indo, apenas si descubrimos discrepancia alguna entre la doctrina y su observancia; la una no se explica por la otra», dice este gran sabio Americano. Y añade además: «Nos vemos forzados á la conclusión, ó bien de que la India ha derivado su sistema de ritos de algún origen extranjero, y los ha practicado ciegamente, sin preocuparse de su verdadera importancia, ó que *estos ritos son el producto de una doctrina de fecha mucho más antigua* y que han continuado siendo de uso popular después de la decadencia de la doctrina de la cual fueron la expresión original» (1).

Esta doctrina no ha desaparecido, y su oculta filosofía es comprendida hoy día por los Indos iniciados, del mismo modo que lo era 10.000 años hace. ¿Pero pueden nuestros sabios seriamente esperar que les será entregada á su primera demanda? ¿O esperan todavía desentrañar los misterios de la Religión del Mundo en sus ritos populares exotéricos?

Ninguno de los Brahmanes y Buddhistas ortodoxos negaría la encarnación Cristiana, solo que la comprenden según su propio sentido filosófico; y ¿cómo podrían negarla? La verdadera piedra angular de su sistema religioso es las encarnaciones periódicas de la Deidad. Siempre que la humanidad está á punto de hundirse en el materialismo y en la degradación moral, un Espíritu Supremo se encarna en su criatura escogida para el objeto. El «Mensajero del Altísimo» se une con la dualidad de materia y alma, y habiéndose de esta suerte completado la tríada por medio de la unión de su Corona, nace un salvador que ayuda á la humanidad á volver al sendero de la verdad y de la virtud. La primitiva Iglesia Cristiana, impregnada por completo de filosofía Asiática, tuvo evidentemente la misma creencia— de otra manera *ni hubiera erigido en un artículo de fe al segundo advenimiento, ni astutamente inventado la fábula del Anti-Cristo como una precaución contra posibles encarnaciones futuras*. Ni pudieron ellos imaginar que Melchisedek era un avatar de Cristo. Solo tenían

(1) «Estudios Orientales y Lingüísticos», p. 48.

que dirigirse al *Bhagavad Gita* para encontrar á Krishna ó Bhagavad diciendo á Arjuna: «Aquél que me sigue se salva por la sabiduría y también por las obras..... *Tan pronto como la virtud decae en el mundo, yo me manifiesto para salvarlo*».

A la verdad, es más que difícil el dejar de tener en cuenta esta doctrina de las encarnaciones periódicas. No ha presenciado el mundo á grandes intervalos la aparición de grandes caracteres tales como Krishna, Sakya-muni, y Jesús? Lo mismo que los dos últimos personajes, Krishna parece haber sido un ser real, divinizado por su escuela, en algún periodo de los albores de la historia, y adaptado á la forma del programa religioso sancionado por el tiempo. Compárese á los dos Redentores, al Indo y al Cristiano, el uno precediendo al otro de algunos millares de años; colóquese entre ambos á Siddhártha Buddha, reflejando á Krishna y proyectando en la noche del futuro á su propia sombra luminosa, con cuyos rayos reunidos fueron dibujando los contornos del místico Jesús, y de cuyas enseñanzas fueron tomadas las del Cristo histórico, y nos encontraremos con que bajo de un mismo ropaje de poéticas leyendas, han vivido y alentado tres figuras humanas reales. El mérito individual de cada uno de ellos es puesto de relieve, más que por otra cosa, por este mismo colorido místico, puesto que á ningún carácter indigno hubiera escogido para la deificación el instinto popular, tan infalible y justo cuando se le deja en libertad. *Vox populi, vox Dei* fué en otro tiempo verdad, por erróneo que sea cuando es aplicado al actual populacho gobernado por clérigos.

Kapila, Orfeo, Pitágoras, Platón, Basíledes, Marción, Ammonio y Plotino fundaron escuelas y sembraron los gérmenes de muchos nobles pensamientos, y, al desaparecer, han dejado tras de sí el esplendor de semi-dioses. Pero las tres personalidades de Krishna, Gautama y Jesús aparecieron como verdaderos dioses, cada uno en su época, y legaron á la humanidad tres religiones edificadas sobre la roca imprecadera de los tiempos. Que todas tres, en especial la fé Cristiana, se hayan adulterado con los tiempos, y que esta última haya llegado casi á ser incognoscible, no es culpa de ninguno de los nobles Reformadores. Los clérigos que se llaman á sí mismos cultivadores de la «viña del Señor» son los que de ello deben rendir cuentas ante las generaciones futuras.

Purifíquese á los tres sistemas de la escoria de los humanos dogmas, y la pura esencia que quede se verá que es la misma. Hasta Pablo, el grande, el fiel apóstol, en el calor de su entusiasmo, ó pervirtió involuntariamente las doctrinas de Jesús, ó sus escritos han sido desfigurados hasta un punto tal que es imposible reconocerlos. El *Talmud*, la tradición de un pueblo que todavía se siente inclinado á reconocer la grandeza de Pablo como filósofo y hombre versado en

materias religiosas, no obstante su apostasía del Judaismo, dice de Aher (Pablo) (1), en el *Yerushalmi*, que «él corrompió la obra de aquel hombre», refiriéndose á Jesús (2).

Ínterin esta fusión se realiza por medio de la ciencia imparcial y las generaciones futuras, dirijamos una ojeada al aspecto actual de las tres legendarias religiones.

## LAS LEYENDAS DE TRES SALVADORES

### KRISHNA

*Epoca:* Incierta. La Ciencia Europea teme el soltar prendas acerca de dicha época. Pero los cálculos Brahmánicos la fijan sobre 6.877 años atrás.

Krishna desciende de una familia real, pero es educado por pastores; es llamado el *Dios Pastor*. Su nacimiento y divina descendencia son mantenidos en secreto, á causa de Kansa.

Como una encarnación de Vishnú, la segunda persona de Trimurti (Trinidad), era Krishna adorado en Mathura, sobre el río Jumna (Véase *Strabón* y *Arrio*, y los *Discursos de Bampton*, páginas 98-100).

Krishna es perseguido por Kansa, tirano de Madura, pero escapa milagrosamente. Con la esperanza de matar al niño, el rey manda degollar á millares de inocentes niños.

La madre de Krishna

### GAUTAMA-BUDDHA

*Epoca:* Según la ciencia Europea y los cálculos Ceilaneses, 2.540 han pasado desde la misma.

Gautama es el hijo de un rey. Sus primeros discípulos son pastores y mendigos.

Según algunos, una encarnación de Vishnú, según otros una encarnación de los Buddhas, y hasta de Ad'Buddha, la más Elevada Sabiduría.

Las leyendas Buddhistas se hallan libres de este plagio, pero la leyenda Católica que hace de él S. Josaphat presenta á su padre, el rey de Kapilavastu, matando inocentes juvenes *Cristianos* (!!). Véase la *Leyenda Dorada*.

La madre de Buddha

### JESUS DE NAZARETH

*Epoca:* Se supone que desde la misma han transcurrido 1.877 años. A Herodes el tirano le son ocultados su nacimiento y descendencia real.

Desciende de la familia Real de David. Al nacer es adorado por pastores, y es llamado el «Buen Pastor». (Véase el *Evangelio segun Juan*).

Una encarnación del Espíritu Santo, entonces la segunda persona de la Trinidad, hoy día la tercera. Pero la Trinidad no fué inventada hasta 325 años después de su nacimiento. Fué á Mathura ó Matarea (Egipto) y allí obró sus primeros milagros (Véase el *Evangelio de la Infancia*).

Jesús es perseguido por Herodes, Rey de Judea, pero huye á Egipto bajo la custodia de un ángel. Para asegurar su muerte, Herodes ordena la matanza de los inocentes, y de los cuales 40.000 fueron sacrificados.

La madre de Jesús

(1) En su artículo titulado «Pablo, el Fundador del Cristianismo», el Profesor A. Wilder, cuyas intuiciones acerca de la verdad son siempre evidentes, dice: «En la persona de *Aher* reconocemos al Apóstol Pablo. Parece haber sido conocido bajo diversos nombres. Se le llamaba *Saúl*, evidentemente á causa de su visión del Paraíso, Saul ó *Sheol*, el nombre Hebreo del otro mundo. *Paul* (Pablo), que únicamente significa el hombre pequeño, era una especie de apodo. *Aher*, ó *other* (otro), era un epíteto empleado en la Biblia para las personas ajenas á la política Judía, y le fué aplicado por haber extendido su ministerio á los Gentiles. Su nombre verdadero era Elisha ben Abuiáh».

(2) «En el Talmud, Jesús es llamado *AUTU H-AIS, ארתר החדש, aquel hombre*». — A. Wilder.

era Devaki, ó Devanagui, una Virgen inmaculada (pero había dado á luz á ocho hijos antes que á Krishna).

Krishna está dotado de belleza, omnisciencia y omnipotencia desde su nacimiento. Verifica milagros, cura al lisiado y al ciego, y lanza demonios. Lava los pies á los Brahmanes, y descendiendo á las regiones inferiores (infierno) pone en libertad á los muertos, y vuelve á *Vaicontha*—el paraíso de Vishnú. Krishna era el mismo Dios Vishnú, en forma humana.

Krishna convierte á beceros en niños, y viceversa. (*Antigüedades Indias* de Maurice, vol. II, p. 332). Él aplasta la cabeza de la Serpiente. Id.

Krishna es un unitario, combate al clero; ante su faz misma lo acusa de ambicioso é hipócritas, divulga los grandes secretos del Santuario — la unidad de Dios y la inmortalidad de nuestro espíritu. Dice la tradición que cayó víctima de su venganza. Arjuna, su discípulo favorito, no le abandona hasta el fin. Existen tradiciones dignas de crédito, segun las cuales murió en la cruz (un árbol), clavado á la misma por una flecha. Los eruditos más ilustrados convienen en que la cruz Irlandesa de Tuam, erigida largo tiempo antes de la era Cristiana, es Asiática. (Véase *Torres Redondas*, p. 296 y sig., por O'Brien; también *Religión de la antigüedad; Symbolik* de Creuzer, volumen I, p. 208, y el gra-

fué Maya, ó Mayadeva, unida á su marido (á pesar de esto una virgen inmaculada).

Buddha está dotado con los mismos poderes y cualidades y lleva á efecto las mismas maravillas. Pasa su vida entre mendigos. Se ha pretendido que Gautama fué distinto de todos los demás avatares, por poseer en sí el espíritu entero de Buddha, mientras que todos los demás no poseían más que una parte (ansa) de la divinidad en ellos.

Gautama aplasta la cabeza de la Serpiente, ó sea, destruye el culto Naga, como fetichismo; pero, como Jesús, hace de la Serpiente el emblema de la sabiduría divina.

Buddha suprime la idolatría, divulga los misterios de la Unidad de Dios y del Nirvana, cuya verdadera significación era antes solo conocida por los sacerdotes. Perseguido y arrojado del país evita la muerte reuniendo en torno de sí algunos cientos de millones de creyentes en su misión como Buddha. Finalmente muere rodeado por una multitud de discípulos, con Ananda, su bien amado discípulo y primo, á la cabecera de todos ellos. O'Brien cree que la Cruz Irlandesa de Tuam simbolizaba la cruz de Buddha, pero Gautama no fué crucificado. En muchos templos está representado sentado debajo de un árbol cruciforme, el cual es el «Árbol de la Vida». En otra imagen permanece sen-

fué Mariam, ó Miriam; unida con su marido, y también una virgen inmaculada, pero había tenido varios hijos además de Jesús. (Véase *Mateo* XIII, 55-56).

Jesús está dotado de una manera análoga (Véanse los *Evangelios* y el *Testamento apócrifo*). Pasa su vida entre pecadores y publicanos. Lanza igualmente demonios. La única diferencia notable entre los tres es que á Jesús se le acusa de lanzar los diablos gracias al poder de Beelzebub, lo cual no se ha dicho de los otros. Jesús lava los pies á sus discípulos, muere, desciende al infierno, y sube al cielo después de haber puesto en libertad á los muertos.

Acerca de Jesús se dice que aplasta la cabeza de la Serpiente, según la revelación original del *Génesis*. Él también transforma á los niños en cabritos y á los cabritos en niños (*Evangelio de la Infancia*).

Jesús se rebela contra la antigua ley Judía, denuncia á los Escribas y Fariseos, y á la Synagoga, por hipócrita y dogmática intolerancia. Quebranta el Sábado, y desafía á la Ley. Es acusado por los Judíos de divulgar los secretos del Santuario. Es condenado á morir en una cruz (un árbol). Del puñado de discípulos á quienes había convertido, uno le hace traición, otro le niega, y los demás le abandonan por fin, excepto Juan, el discípulo amado. Jesús, Krishna y Buddha, los tres Salvadores, mueren sobre ó debajo de árboles y están relacionados con cruces, que son los símbolos de los triples poderes de la creación.



bado de la p. 160 del *Cristianismo Monumental* del D. Lundy).

Krishna asciende al Swarga, y se convierte en Nirguna.

tado sobre Naga, el Rajá de las Serpientes, con una cruz sobre su pecho (1).

Buddha asciende al Nirvana.

Jesús asciende al Paraíso.

## RESULTADO

A la mitad del siglo presente, los secuaces de estas tres religiones se contaban como sigue (2):

DE KRISHNA	DE BUDDHA	DE JESÚS
Brahmanes 60.000.000.	Budhistas 450.000.000	Cristianos 260.000.000.

Tal es el aspecto actual de estas tres grandes religiones, cada una de las cuales es á su vez reflejada en su sucesora. Si los dogmatizadores Cristianos se hubiesen detenido allí, los resultados no hubieran sido tan desastrosos, puesto que difícil, á la verdad, hubiera sido el deducir una perniciosa creencia de las elevadas enseñanzas de Gautama ó de Krishna, como *Bhagarad*. Pero fueron más lejos y añadieron al puro Cristianismo primitivo las fábulas de Hércules, de Orfeo y de Baco. Así como los Musulmanes no quieren admitir que su *Korán* está fundamentado sobre la base de la *Biblia* Judía, del mismo modo no quieren confesar los Cristianos que casi todo cuanto tienen lo deben á las religiones Indas. Pero los Indos tienen su cronología para demostrárselo. Vemos á los mejores y más ilustrados de nuestros escritores esforzándose inútilmente en demostrar que las extraordinarias semejanzas—que equivalen á la identidad—entre Krishna y Cristo son debidas á los espurios *Evangelios de la Iglesia* y al de *Santo Tomás*, que «circularon probablemente por la costa Malabar, dando colorido á la historia de Krishna» (3). Por qué no aceptar sinceramente la verdad, é, invirtiendo los términos, admitir que Santo Tomás, fiel á aquella política de proselitismo que á los primeros Cristianos caracterizaba, cuando encontró en Malabar al original del mítico Cristo, en Krishna, procuró amalgamarlos; y, adoptando en su evangelio (del cual todos los demás eran copias) los más importantes detalles de la historia del Avatar Indo, introdujo herejía Cristiana en la primitiva religión de Krishna? Para cualquiera que conozca el espíritu del Brahmanismo, la idea de que los Brahmanes puedan aceptar algo de un extraño, y especialmente de un extranjero, es simplemente ridículo. Que de ellos, el más

(1) Véanse las láminas de Moor, 75. N.º 3.

(2) Cálculo de Max-Müller.

(3) Dr. Lundy: «Cristianismo Monumental», p. 153.

fanático de los pueblos en materias religiosas, que durante siglos no han podido ser inducidos á adoptar el más sencillo de los usos Europeos, se sospeche que han introducido, en sus sagrados libros, leyendas no demostradas acerca de un Dios extranjero, es una idea tan descabellada é ilógica que en realidad el combatirla sería perder el tiempo!

No nos detendremos á examinar las tan bien conocidas semejanzas existentes entre la forma externa del culto Buddhista, el Lamaismo especialmente, y el Catolicismo Romano, lo cual bien caro le costó al pobre Huc, sino que procederemos á examinar los puntos de mayor importancia. De todos los manuscritos originales que han sido traducidos de los distintos lenguajes en los que el Buddhismo se halla expuesto, los más extraordinarios é interesantes son *Dhammapada de Buddha*, ó *Sendero de Virtud*, traducido del Pali por el Coronel Rogers (1), y la *Rueda de la Ley*, conteniendo las opiniones de un ministro de Estado Siamés acerca de la suya propia y de otras religiones, y traducido por Henry Alabaster (2). La lectura de estos dos libros, y el descubrir en ellos semejanzas de pensamiento y de doctrina, que con frecuencia equivalían á la identidad, fué lo que indujo al Dr. Inman á escribir los muchos y profundamente verdaderos párrafos contenidos en una de sus últimas obras, *Creencias Antiguas y Modernas* (3). «Hablo con la mayor formalidad», escribe este bondadoso y sincero sabio, «cuando digo que después de cuarenta años de experiencia entre los que profesan el Cristianismo, y los que proclaman... más ó menos abiertamente su desacuerdo con el mismo, he encontrado una virtud más pura y una mayor moralidad entre los segundos que entre los primeros... Conozco personalmente á muchos Cristianos buenos y piadosos, á quienes honro, admiro, y á los cuales quizás me podría dar por satisfecho en poderlos emular ó imitar, pero merecen estos elogios á causa de su buen sentido, por haber en gran parte puesto de lado á la doctrina de la fé, y por haber cultivado la práctica de las buenas obras... Según mi modo de ver, los Cristianos más dignos de alabanza que conozco son *Buddhistas modificados*, aunque probablemente ninguno de ellos ha oído hablar jamás de Siddhârtha»(4).

Entre los artículos de fé y ceremonias Lamaico-Buddhísticas y Católico-Romanas, existen cincuenta y un puntos que presentan una perfecta y sorprendente semejanza; y cuatro que son diametralmente opuestos.

(1) «Parábolas» de Buddhaghosa, traducido del Birmano por el Coronel H. T. Rogers, B. E., con una introducción por M. Müller referente al «Dhammapada», 1870.

(2) Intérprete del Consulado General en Siam.

(3) «Creencias Antiguas y Modernas», p. 162.

(4) Idem.

Como que sería inútil el enumerar á las que son «similares», puesto que el lector puede encontrarlas cuidadosamente anotadas en la obra de Inman «Creencias Antiguas y Modernas», pp. 237-240, citaremos solo las cuatro que son distintas, y dejaremos á cada uno que de las mismas deduzca sus propias conclusiones:

1. «Sostienen los Buddhistas que nada de lo que la sana razón contradice puede ser una verdadera doctrina de Buddha».

2. «Los Buddhistas no adoran á la madre de Sakya», aunque la honran como á una bendita y santa mujer, escogida para ser su madre á causa de su gran virtud.

3. «Los Buddhistas no tienen sacramentos».

4. Los Buddhistas no creen en el perdón de sus pecados, excepto después de un adecuado castigo para cada una de las malas acciones, y de una compensación proporcionada á las partes perjudicadas.

1. «Los Cristianos aceptarán cualquier contrasentido con tal que la Iglesia la promulgue como artículo de fé» (1).

2. «Los Romanistas adoran á la madre de Jesús, y le dirigen oraciones para alcanzar su auxilio y protección». El culto de la virgen ha debilitado el de Cristo, y ha arrojado enteramente á la sombra al del Todopoderoso.

3. «Los secuaces del Papa tienen siete».

4. A los Cristianos se les promete que, con solo que crean en la «preciosa sangre de Cristo», esta sangre por Él ofrecida para la expiación de los pecados de toda la humanidad (léase Cristianos) servirá de expiación para todos los pecados mortales.

Cuál de estas dos teologías se recomienda más por sí misma al investigador sincero es una cuestión que con toda seguridad puede dejarse al sano juicio del lector. La una ofrece la luz, la otra las tinieblas.

La *Rueda de la Ley* dice lo siguiente:

«Los Buddhistas creen que cada acto, palabra ó pensamiento, lleva consigo su consecuencia, la cual aparecerá más pronto ó más tarde, en el estado presente ó en el futuro. Las malas acciones producirán malas consecuencias (2). Las buenas acciones serán productoras de consecuencias buenas; la prosperidad en este mundo, ó el nacimiento en los cielos... en algún estado futuro» (3).

Esto es justicia estricta é imparcial. Esta es la idea de un Poder Supremo que no puede errar, y que por lo tanto es incapaz de sentir cólera ó compasión, pero que deja que cada causa, sea grande ó pequeña, produzca sus inevitables efectos. «Con las medidas con que mediréis seréis también medidos»(4); ni por su sentido verbal ni por deducción dan lugar estas palabras á esperanza alguna de futura salvación ó misericordia por medio de delegado. La Crueldad y la

(1) Las palabras contenidas entre comillas son de Inman.

(2) Véase vol. I de esta obra, p. 428.

(3) P. 57.

(4) Mateo VII, 2.

Compasión son sentimientos finitos. La Suprema Deidad es infinita, por lo tanto solo puede ser *Justa*, y la Justicia debe ser ciega. Los antiguos Paganos tenían acerca de esta cuestión opiniones mucho más filosóficas que los cristianos modernos, pues que representaban á su Themis con los ojos vendados. Y el autor Siamés de la obra acerca de la cual nos ocupamos tiene también una más reverente concepción de la Deidad que la que los cristianos tienen cuando de este modo expresa su pensamiento: «Un budhista podría creer en la existencia de un Dios sublime, que se hallase por encima de todas las cualidades y atributos humanos, un Dios perfecto, que se hallara por encima del amor, del odio y de los celos, reposando en calma, en el seno de una felicidad tranquila que nada perturbar puede; y de semejante Dios no hablaría despreciativamente, no por el deseo de complacerle, ó por el temor de ofenderle, sino debido á la veneración natural que por Él sentiría. Pero él no puede comprender á un Dios con los atributos y cualidades de los hombres, á un Dios que ama y odia, y que siente cólera; á una Deidad que, ya sea que se la describan los misioneros cristianos, los mahometanos, los brahmanes ó los judíos, se halla hasta por debajo del nivel común del hombre regularmente bueno» (1).

Con frecuencia nos hemos quedado admirados ante las extrañas ideas que acerca de Dios y Su justicia sostienen, al parecer con la mejor buena fé, los cristianos que ciegamente creen lo que les dice el clero respecto de su religión, prescindiendo por completo de su propio juicio. Cuán extrañamente ilógica es esta doctrina de la Redención. Proponemos á los Cristianos el discutirla desde el punto de vista Budhista, y demostrar á la vez por medio de qué serie de sofismas, dirigidos hacia el único objetivo de hacer sentir más y más el yugo eclesiástico sobre la conciencia popular, su aceptación como mandamiento divino ha llegado finalmente á ser un hecho; y también que ha demostrado ser una de las más perniciosas y desmoralizadoras doctrinas.

Dice el clero: por enormes que sean nuestros crímenes en contra las leyes de Dios y del hombre, poco importa; solo tenemos que creer en el voluntario sacrificio de Jesús para la salvación del género humano, y Su sangre lavará todas las manchas. La misericordia de Dios es infinita é inconcebible. Es imposible concebir un pecado humano, por monstruoso que sea, que el precio pagado por adelantado para la redención del pecador no pueda borrarlo aunque fuese mil veces mayor. Y además, nunca es demasiado tarde para arrepentirse. Aunque el ofensor espere hasta el último minuto de la hora postrera del último día de su vida mortal, mientras antes sus

(1) P. 25.

blanquecinos labios pronuncien la confesión de fé, puede ir al Paraíso; así lo hizo el ladrón moribundo, y lo mismo pueden hacer otros tan malvados como él. Estas son las pretensiones de la Iglesia.

Pero si dejamos á un lado el estrecho círculo de la fé, y consideramos al Universo como á un todo equilibrado por el perfecto ajuste de sus partes constituyentes, ¡cómo toda sana lógica y el más débil vislumbre del sentimiento de Justicia se rebelan contra semejante Expiación por medio de delegado! Si el criminal solo hubiese pecado contra sí mismo, y á nadie más que á sí mismo hubiese perjudicado; si, por medio de un sincero arrepentimiento, pudiese lograr la obliteración de sucesos pasados, y borrarlos no solo de la memoria del hombre, sino también de aquel imperecedero registro que ninguna deidad—ni siquiera la más Suprema de las Supremas—puede hacer que desaparezca, entonces este dogma podría no ser del todo incomprendible. Pero sostener que uno puede perjudicar á sus semejantes, matar, perturbar el equilibrio de la sociedad, y el natural orden de las cosas, y que después—ya sea por el miedo, por la esperanza, ó por la violencia, el por qué poco importa—puede lograr el perdón por creer que el derramamiento de una sangre lava á la otra sangre vertida, ¡esto es absurdo! Pueden los *resultados* de un crimen ser evitados, como en el caso de que el crimen fuese perdonado? Jamás los efectos de una causa se hallan circunscritos á los límites de la causa, ni pueden las consecuencias del crimen quedar limitadas al ofensor y á su víctima. Toda acción buena ó mala produce sus efectos de un modo tan inevitable como los producidos por una piedra lanzada en medio de un estanque de agua tranquila. La comparación es vulgar, pero permitasenos emplearla, pues es la que mejor sintetiza la idea que trazamos. Las ondulaciones circulares son mayores y más rápidas, en proporción al tamaño mayor ó menor del objeto causa de la perturbación, pero el más pequeño guijarro, más aún, el cuerpo más diminuto produce sus ondulaciones. Y esta perturbación no es solamente visible en la superficie. Por debajo, invisible, en todas direcciones—desde la superficie al fondo—la gota empuja á la gota, hasta que toda la masa ha recibido la impresión de la fuerza. Más todavía, el aire que encima de la superficie del agua existe, es agitado, y esta perturbación pasa, como los físicos nos dicen, de strato en strato al espacio persistiendo eternamente; un impulso ha sido dado á la materia, y puede aquello que jamás se pierde, ser jamás anulado?...

Lo mismo sucede con el crimen, y con lo que le es opuesto. La acción puede ser instantánea, los efectos son eternos. Cuando, después de que la piedra ha sido lanzada al estanque, podamos recogerla de nuevo, y hacer retroceder las ondulaciones en dirección contraria, anular la fuerza empleada, restablecer las ondas etéri-

cas á su primitivo estado de no existencia, y borrar todas las huellas del acto de haber lanzado el proyectil, de un modo tal que el registro del Tiempo nó pueda mostrar jamás lo que ha sucedido, entonces, solo *entonces*, podremos oír con paciencia á los Cristianos argüir en pro de la eficacia de esta Expiación.

El *Times* de Chicago publicó recientemente el registro del verdugo referente á la primera mitad del presente año (1877), una larga y horrible lista de asesinos ahorcados. Casi todos criminales, recibieron los consuelos religiosos, y á muchos se les participó que, gracias á la sangre de Jesús, Dios les había perdonado, y que en aquel día subirían al Cielo! *Su conversión se realizó en la cárcel.* Véase lo que es este libro mayor de la Justicia Cristiana! Estos asesinos con sus manos teñidas de sangre, incitados al crimen por los demonios de la lujuria, de la venganza, de la avaricia, del fanatismo, ó por mera brutal sed de sangre, sacrificaron á sus víctimas, en la mayoría de los casos, sin darles tiempo para arrepentirse, ó de llamar á Jesús para que les redimiera con su sangre. Quizás murieron llenas de pecados, y por lo tanto—según la lógica teológica—encontraron su merecido proporcionado á sus transgresiones más ó menos graves. Pero cogido el asesino por la justicia humana, es encarcelado; las lágrimas y ruegos de personas sentimentales le conducen á pronunciar las mágicas palabras de conversión, y sube al cadalso convertido en un hijo redimido por Jesús! A no haber sido por el asesinato cometido, ni hubieran rogado por él, ni hubiera sido redimido ni perdonado. ¿No es cierto que este hombre hizo bien en asesinar, puesto que así obtuvo la felicidad eterna? ¿Y para la víctima, para su familia, para sus parientes, dependientes, y demás relaciones sociales, no tiene la Justicia recompensa alguna para ellos? Deben ellos sufrir en este mundo y en el próximo, mientras que aquel que los ha injuriado permanece al lado del «buen ladrón» del Calvario y es para siempre bienaventurado? Acerca de esta cuestión el clero guarda un prudente silencio.

Steve Anderson fué uno de estos criminales americanos, convicto de un doble asesinato, de incendio y de robo. Antes de la hora de su muerte, se le «convirtió», pero la relación nos dice que *sus auxiliares clericales ponían objeciones á que su muerte tardase en verificarse, fundándose en que estaban seguros de su salvación si moría entonces, mientras que no podían responder de la misma si su ejecución era diferida.* A estos ministros nos regimos rogándoles se sirvan decirnos en qué se apoyan para sentirse seguros de semejante monstruosidad. Cómo podían estar *seguros*, teniendo el futuro incierto ante sí y las complicadas consecuencias de su doble asesinato, incendio y latrocinio? Ellos no podían estar seguros de nada sino de que su abominable doctrina es la causa de las tres cuartas partes de

los crímenes de los llamados Cristianos; que estas terribles causas deben producir efectos igualmente monstruosos, los cuales á su vez engendrarán otros resultados, y que así seguirán al través de la eternidad, hasta una consumación final que ningún hombre puede calcular.

Ahora bien; consideremos otro crimen, uno de los que revelan mayor egoísmo, crueldad y dureza de corazón, y sin embargo uno de los más frecuentes, la seducción de una doncella. La sociedad, por un instinto de conservación, condena á la víctima sin piedad, y la rechaza de su seno. De esta suerte la víctima puede ser arrastrada al infanticidio, ó al suicidio, ó, si la muerte la asusta, vivir para hundirse en la carrera del vicio y del crimen. Puede convertirse en la madre de criminales que, como los actualmente célebres Jukes, de cuyos espantosos hechos ha publicado Mr. Dugdale los detalles, den origen á otra generación de malvados que en cincuenta ó sesenta años llegan á centenares. Toda esta calamidad social tiene por origen la pasión egoísta de un hombre: ¿le perdonará la Justicia Divina á menos de que su ofensa sea expiada, y caerá el castigo únicamente sobre los desdichados escorpiones humanos engendrados por su lujuria?

Gran clamoreo se ha levantado recientemente en Inglaterra, á consecuencia de haberse descubierto que los ministros Anglicanos estaban introduciendo en gran escala la confesión auricular, concediendo la absolución después de haber impuesto penitencias. Las investigaciones practicadas demuestran que lo mismo sucede en mayor ó menor escala en los Estados Unidos. Colocado el clero en la alternativa de tener que sincerarse con respecto á su conducta, cita triunfalmente los epígrafes del *Libro de la Oración Común* Inglés, que claramente le concede la autoridad de absolver gracias al poder de «Dios, el Espíritu Santo», que le ha sido transmitido por el Obispo con la imposición de sus manos cuando su ordenación. Preguntando al obispo, señala á *Mateo* XVI, 19, como el origen de su autoridad para atar ó desatar sobre la tierra á todos aquellos que tienen que ser glorificados ó condenados en los cielos; y á la sucesión apostólica como prueba de la transmisión de su poder, desde Simón Barjona hasta él. Escasa utilidad ha reportado el escribir estos volúmenes si no han conseguido demostrar: 1.º Que Jesús, el Cristo-Dios, es un mito urdido dos siglos después de haber muerto el verdadero Jesús Hebreo; 2.º Que, por lo tanto, jamás tuvo autoridad ninguna para conferir, ni á Pedro ni á nadie, pleno poder; 3.º Que, aunque hubiese conferido semejante autoridad, la palabra Petra (roca) se refería á las verdades reveladas de la Petroma, y no á aquel que por tres veces le negó; y que, además, la sucesión apostólica es un fraude palpable y grosero; 4.º Que el *Evangelio según*

*Mateo* es una ficción basada sobre un manuscrito completamente distinto. Todo el conjunto es por lo tanto una violencia que se hace pasar lo mismo sobre el sacerdote que sobre el penitente. Pero dejando por un momento todo esto á un lado, basta preguntar á estos pretendidos agentes de los tres dioses de la Trinidad cómo pueden reconciliar con las más rudimentarias nociones de equidad el que, si les ha sido concedido el poder para perdonar á los pecadores, *cómo no han recibido al mismo tiempo la facultad de hacer milagros con el objeto de anular el daño causado contra las personas, ó contra la propiedad*. Devuelvan ellos la vida al asesinado; el honor al que se lo han quitado; la propiedad á todos aquellos á quienes ha sido arrebatada; y obliguen á las balanzas de la justicia humana y divina á que recobren su equilibrio. Entonces podremos hablar de su divina misión para atar y desatar. Si pueden ellos hacer esto, que lo digan. Hasta la fecha, el mundo no ha recibido más que sofismas que ha creído con fé *ciega*; de la justicia y misericordia de su Dios exigimos nosotros pruebas evidentes y palpables. Pero todos callan; nadie responde, nadie contesta, y, sin embargo, la inexorable é infalible Ley de la Compensación prosigue en su inmutable camino. Con solo que observemos su curso, veremos que hace caso omiso de todas las creencias, que no demuestra preferencia alguna, sino que los rayos de su sol y sus centellas caen igualmente sobre paganos y cristianos. Ninguna absolución puede servir de escudo á estos cuando son culpables, ni ningún anatema perjudicar á aquellos cuando son inocentes.

Arrojemos de nosotros un concepto tan insultante para la Divina Justicia, como el que bajo su única autoridad los clérigos predicán, puesto que solo es á propósito para los cobardes y criminales! Si todo un ejército de padres y de eclesiásticos la apoya, á nosotros nos sostiene la más grande de todas las autoridades, el sentimiento instintivo y reverente de la eterna ley de armonía y de justicia siempre presente.

Pero, además de este argumento, poseemos otro de carácter evidente para demostrar que semejante interpretación carece por completo de fundamento. Siendo los *Evangelios* «revelación Divina», es indudable que los cristianos considerarán su testimonio como concluyente. ¿Afirman ellos que Jesús se ofreciera voluntariamente al sacrificio? Todo lo contrario, ni una palabra hay en ello que dé motivos para sostener semejante idea. Lo que bien claramente dicen es que él hubiera preferido vivir para continuar lo que él consideraba como su misión, *y que murió por no haber podido llevarla á efecto, y únicamente cuando se vió vendido*. Antes, cuando se veía amenazado de algún peligro, se hacía *invisible*, empleando el mismo poder mesmérico sobre los circunstancias que todo adepto oriental



pretende poseer, y de esta suerte la eludía. Y, cuando finalmente vió que su hora había llegado, sucumbió á lo inevitable. Pero contémplesele en el jardín, y en el Monte de los Olivos, retorciéndose en su agonía, hasta el punto que «su sudor era, por decirlo así, gruesas gotas de sangre», pidiendo con fervientes súplicas que de él fuese apartada la copa; aniquilado por la lucha hasta un punto tal que de los cielos tuvo que bajar un ángel para confortarle, y dígase si esta pintura es la de un mártir que se inmola voluntariamente. Como remate, á todo caso, y para no dejar el menor asomo de duda en nuestro espíritu, tenemos sus mismas desesperadas palabras: «Hágase tu voluntad Y NO LA MÍA!» (*Lucas XXII, 42, 43*).

Además, puede verse en los *Puranas* que Krishna fué clavado á un árbol por la flecha de un cazador, el cual, al pedir al moribundo Dios le perdonase, recibe la contestación siguiente: «Ve, cazador, por mediación mía á los cielos, á la mansión de los Dioses... Entonces el ilustre Krishna, habiéndose unido con su propio puro, espiritual, inextinguible, inconcebible, innato, inmarcesible, imperecedero y universal Espíritu, que es uno mismo con Vasudeva, abandonó su cuerpo mortal, y se.... convirtió en Nirguna». (*Vishnu Purana* de Wilson, p. 612). ¿No es esto el origen de la historia de Cristo perdonando al ladrón en la Cruz, y prometiéndole un lugar en los Cielos? Tales hechos, «tan anteriores al Cristianismo, reclaman que se les investigue en cuanto á su origen y significación», dice el Dr. Lundy en *Cristianismo Monumental*, y añade además: «La idea de Krishna como pastor creo que es más antigua que el *Evangelio de la Infancia* y que el *de S. Juan* y es profética de Cristo» (p. 156).

Hechos como estos suministraron, quizás, posteriormente un pretexto plausible para declarar apócrifas todas las obras que, como las *Homilias*, probaban bien claramente la carencia absoluta de autoridad primitiva alguna que sancionara la doctrina de la redención.

Las *Homilias* difieren muy poco de los *Evangelios*, pero disienten por completo de los dogmas de la Iglesia. Nada sabía Pedro acerca de la redención; y su respeto para con el místico padre Adam jamás le hubiera permitido admitir que este patriarca pecó y que fué maldecido. Ni las escuelas Teológicas Alejandrinas parecen haber conocido esta doctrina, ni tampoco Tertuliano; ni fué discutida por ninguno de los primitivos Padres. Filón presenta la historia de la *Caída* como simbólica y Orígenes la consideraba bajo el mismo punto de vista que Pablo, ó sea, como una alegoría (1).

Quieran ó no, los cristianos han de dar crédito á la ridícula historia de la tentación de Eva por una serpiente. Además, Agustín ha dado formalmente su opinión acerca del asunto. «Dios, por Su abso-

(1) Véase «Conflicto entre la Religión y la Ciencia» de Draper, p. 224.

luta voluntad», dice, «ha escogido de antemano á ciertas personas *sin tener en cuenta su fé ya prevista ó buenas acciones y ha decidido de una manera irrevocable el concederles la felicidad eterna; mientras que del mismo modo ha condenado á otras á una reprobación eterna!!*» (*De dono perseverantiæ*) (1).

Calvino publicó puntos de vista acerca de la parcialidad y sed de sangre de la Divinidad igualmente repugnantes. «La humana raza corrompida radicalmente con la caída de Adam, lleva sobre sí el estigma y la impotencia del pecado original; su redención puede ser únicamente lograda por una encarnación y una propiciación; de esta redención únicamente puede participar el alma por medio de la gracia que la elige, y una tal gracia, una vez concedida, jamas se pierde; *esta elección solo puede venir de Dios, y únicamente alcanza á una parte de la raza, siendo el resto de la misma abandonado á la perdición; elección y perdición (el horrible decretum) están ambos predestinados según el plan Divino; este plan es un decreto, y este decreto es eterno é inmutable..... la justificación solo se obtiene por la fé, y la fé es el don de Dios*».

Oh, Divina Justicia, cuán blasfemado ha sido tu nombre! Desgraciadamente para todas esas especulaciones, la creencia en la eficacia propiciatoria de la sangre puede encontrarse hasta en los ritos más antiguos. Difícilmente podría encontrarse á una sola nación que la iguorara. Todos los pueblos ofrecían á los dioses sacrificios animales y hasta humanos, con la esperanza de evitar por este medio públicas calamidades, aplacando la cólera de alguna deidad vengadora. Existen ejemplos de generales griegos y romanos que ofrecían sus vidas con el único objeto de conseguir que su ejército alcanzara la victoria. César se queja de ello y lo llama una superstición de los Galos. «Ellos

(1) Esta es la doctrina de los Supralapsarianos, quienes aseguraban que «Él (Dios) *predestinó la caída de Adam*, con todas sus perniciosas consecuencias, desde toda eternidad, y que nuestros primeros padres no tuvieron libertad ninguna desde el principio».

A esta doctrina *altamente moral* es á la que recurrió el mundo Católico, en el siglo once, para establecer la Orden conocida bajo el nombre de Monjes Cartujos. Bruno, su fundador, fué inducido á la fundación de esta monstruosa Orden gracias á una circunstancia bien digna de ser anotada aquí, pues ilustra de un modo gráfico esta predestinación divina. Un médico francés, amigo de Bruno, famoso en todas partes por su extraordinaria *piEDAD, pureza de costumbres y caridad*, murió, y su cuerpo fué velado por el mismo Bruno. Tres días después de su muerte, y cuando se le conducía al cementerio, se sentó súbitamente en su ataúd el piadoso médico, y declaró con firme y solemne voz «que por el justo juicio de Dios estaba condenado eternamente». Después de cuyo consolador mensaje del más allá «ignoto», cayó de espaldas y volvió á morir.

A su vez los teólogos Parsis se expresan del modo siguiente: «Si cualquiera de vosotros comete un pecado en la creencia de que será salvado por *alguien*, tanto el engañador como el engañado serán condenados hasta el día de Rasta Khéz... No existe Salvador alguno. En el otro mundo recibiréis según vuestras acciones... *Vuestro Salvador y vuestro mismo Dios son vuestras acciones*»(\*).

(\*) «Los Modernos Parsis», discurso por Max-Müller, 1862.

mismos se ofrecen á la muerte.... creyendo que, á menos de que la vida sea ofrecida por la vida, los dioses inmortales no pueden ser aplacados», escribe. «Si algún mal está á punto de caer sobre los que ahora sacrifican, ó sobre Egipto, que sea alejado de ellos y caiga sobre esta cabeza», era la invocación que pronunciaban los sacerdotes Egipcios cuando sacrificaban uno de sus animales sagrados. Y se lanzaban imprecaciones sobre la cabeza de la víctima expiatoria, en torno de cuyos cuernos se arrollaba una pieza de byblus (1). El animal era generalmente conducido á alguna región estéril, consagrada á Typhón, en aquellas primitivas edades en que á esta fatalidad le guardaban todavía los Egipcios cierta consideración. De esta costumbre procede el origen del «macho cabrío» de los Judíos, quienes, cuando el rojizo dios-asno fué desechado por los Egipcios, empezaron á sacrificar «la ternera roja» á otra deidad.

«Caigan sobre mí todos los pecados cometidos en este mundo, para que el mundo sea salvo», exclamaba Gautama, el Salvador Indo, siglos antes de nuestra era.

Nadie pretenderá asegurar en nuestros tiempos que fueron los Egipcios quienes copiaron algo de los Israelitas, como en la actualidad se acusa á los Indos de haberlo hecho. Bunsen, Lepsius, Champollion, hace mucho tiempo que han probado la prioridad del Egipto sobre los Israelitas, así en lo que se refiere á su antigüedad como en todos los ritos religiosos que hoy actualmente vemos entre el «pueblo escogido». Hasta el *Nuevo Testamento* reboza de citas y repeticiones del *Libro de los Muertos*, y Jesús, si todo lo que le atribuyen sus cuatro biografos es cierto, debió haber estado familiarizado con los Himnos Funerarios Egipcios (2). En el Evangelio según *Mateo* encontramos sentencias enteras del antiguo y sagrado *Ritual* que precedió á nuestra era en más de 4.000 años. De nuevo compararemos (3).

El «alma» sujeta á prueba es conducida ante Osiris, el «Señor de Verdad», quien está sentado adornado con la cruz Egipcia, emblema de la vida eterna, sosteniendo en su mano derecha el *Vannus* ó

(1) «De Isid. y Osir», p. 380.

(2) Todas las tradiciones demuestran que Jesús fué educado en Egipto, y que pasó su infancia y juventud entre las Fraternidades de los Esenios y de otras comunidades místicas.

(3) Bunsen encontró algunos documentos que demuestran que el lenguaje y culto religioso de los Egipcios, por ejemplo, no solamente existían al principio del antiguo Imperio, «sino que estaban ya tan definitivamente establecidos y fijados, que solo recibieron un *muy ligero desarrollo* durante el curso de los Imperios antiguo, medio y moderno», y al paso que á este principio del antiguo Imperio lo coloca más allá del periodo de Menes, á lo menos 4.000 años antes de Cristo, el origen de las antiguas plegarias é himnos Herméticos del «Libro de los Muertos» lo fija Bunsen en la época de la dinastía pre-Menita de Abydos (entre 4.000 y 4.500 años antes de Cristo), demostrando así «que el sistema de culto y mitología Osíricos estaban ya establecidos 3.000 años antes del tiempo de Moisés».

vara de la Justicia (1). Comienza el espíritu, en el «Recinto de las Dos Verdades», con una ardiente apelación, y enumera sus buenas acciones, apoyado por las respuestas de los cuarenta y dos asesores —*sus encarnadas acciones y acusadores*. Si logra justificarse se le llama *Osiris*, tomando así el nombre de la Deidad de la cual su divina Esencia ha procedido, y las siguientes palabras, llenas de majestad y de justicia, son pronunciadas: «Dejad que pase el *Osiris*; ya veis que él es sin mancha... Vivió en la verdad, y se alimentó con la verdad... *El dios le ha recibido bien*, tal como él deseaba. *Él ha alimentado á mis hambrientos, dado de beber á mis sedientos, vestidos á mis desnudos*... Él ha hecho del alimento sagrado de los dioses el manjar de los espíritus».

En la parábola del *Reino de los Cielos* (*Mateo xxv*), el *Hijo del Hombre* (*Osiris* también es llamado el Hijo) se sienta sobre el trono de su gloria, juzga á las naciones, y dice á los justos: «Venid, vosotros benditos de mi padre (el Dios), á heredar el reino... Porque *yo estaba hambriento y vosotros me disteis de comer; Yo estaba sediento, y vosotros me disteis de beber... estaba desnudo y me vestisteis*» (2). Para completar el parecido (*Mateo III, 12*), á Juan se le hace describir á Cristo como á *Osiris*, «cuyo *abanico* (aventador ó *vannus*) tiene en su mano, y con el cual limpiará su era, y almacenará su trigo en el granero».

Lo mismo sucede con respecto á las leyendas Buddhistas. En *Mateo IV, 19*, se le hace decir á Jesús: «Seguidme, y yo os convertiré en *pescadores de hombres*», refiriéndose á una conversación habida entre él, Simón, Pedro y su hermano Andrés.

En *Der Weise und der Thor*, de Schmidt (3), una obra en que abundan las anécdotas acerca de Buddha y de sus discípulos, procedentes en su totalidad de textos originales, se dice de uno reciente-

(1) Era también llamada el «anzuelo de atracción». Virgilio la llama «*Mystica vannus lacchi*», «*Geórgicas*», I, 166.

(2) En un discurso á los delegados de la Alianza Evangélica, New York, 1874, Mr. Peter Cooper, un Unitario, y uno de los *más nobles y prácticos* Cristianos de la época, lo termina con las siguientes y memorables palabras: «En aquel *juicio postrero y final*, será una felicidad para nosotros si entonces vemos que nuestra influencia durante la vida ha tendido á alimentar al hambriento, á vestir al desnudo, y á dulcificar las tristezas de aquellos que se hallaban enfermos ó encarcelados». Semejantes palabras de un hombre que ha dado dos millones de dollars en limosnas; que ha educado á cuatro mil doncellas en artes útiles, por medio de las cuales se proporcionan un modo decente de vivir; que ha sostenido una librería pública gratuita, un museo, y un salón de lectura; clases para los obreros; conferencias públicas dadas por sabios eminentes, abiertas á todo el mundo; y que en todas las obras útiles y benéficas ha sido el primero durante su prolongada existencia sin mancha, semejantes palabras suenan con la noble fuerza que caracteriza el lenguaje de todos los bienhechores de su especie. Las acciones de Peter Cooper harán que la posteridad atesore sus sentencias de oro en su corazón.

(3) *Aus dem Tibetischen übersetzt und mit dem Originaltexte herausgegeben*, von S. J. Schmidt.

mente convertido á la fé que «había sido enganchado por el anzuelo de la doctrina, del mismo modo que el pez que es cogido con el cebo y el sedal es con toda seguridad extraído del agua». En los templos de Siam, la imagen del Buddha esperado, el Mesías Maitree, está representada con una red de pescador en la mano, mientras que en el Thibet lleva una especie de lazo. La explicación de la misma es como sigue: «Él (Buddha) esparce sobre el Océano del nacimiento y decadencia á la flor del Lotus de la excelente Ley, á manera de un *cebo*; con el arpón de la devoción, que jamás lanza en vano, saca seres vivientes á manera de peces, y los conduce al otro lado del río, en donde existe el verdadero conocimiento» (1).

Si el erudito Arzobispo Cave, Grabe, y el Dr. Parker, que tan celosamente combatieron en sus tiempos para que se admitieran las *Epístolas de Jesu-Cristo y Abgarus, Rey de Edessa*, en el Canon de la *Escritura*, hubiesen vivido en nuestros días de Max-Müller, y de erudición Sánscrita, dudamos mucho que hubiesen obrado como lo hicieron. El que por vez primera hizo mención de estas *Epístolas* fué el famoso Eusebio. Este piadoso obispo parece haberse impuesto la tarea de proporcionar al Cristianismo las más inesperadas pruebas con que corroborar sus más extravagantes fantasías. Si, entre los múltiples conocimientos del Obispo de Cæsárea, debemos incluir el de las lenguas Cingalesas, Pehlevi, Thibetana y otras, no lo sabemos; pero él fué seguramente quien copió del Canon Buddhista las cartas de Jesús y de Abgarus, y la historia del maravilloso retrato de Jesús obtenido simplemente por medio de un lienzo que se le aplicó á la cara con el objeto de enjugársela. Para asegurarse más, declaró el obispo que él mismo encontró la carta escrita en Siríaco, conservada entre los registros y protocolos de la ciudad de Edessa, en donde Abgarus reinaba (2). Recordamos las palabras de Babrias: «Mytho, oh, hijo del Rey Alejandro, es una antigua invención humana de los Sirios, que vivieron en épocas remotas bajo los gobiernos de Nino y Belo». Edessa era una de las antiguas «ciudades santas». Los Arabes aún hoy día la veneran; y allí es donde se habla el Arabe más puro. La llaman todavía por su antiguo nombre, Orfa, antiguamente la ciudad *Arpa-Kasda* (Arphaxad), el asiento de un colegio de Caldeos y Magos, cuyos misioneros, llamados Orpheos, trajeron de allí á Thracia los Misterios Báquicos. Naturalmente, allí encontró Eusebio las narraciones con las cuales compuso la historia de Abgarus, y la de la sagrada pintura obtenida en un lienzo; del mismo modo que la de Bhagavat, ó sea el bienaventurado Tathagáta

(1) «Buddhismo en el Thibet», por Emil Schlagintweit, 1863, p. 213.

(2) «Historia Eclesiástica», I, I, c. 13.

(Buddha) (1), fué obtenida por el Rey Binsbisara (2). Habiéndosela el Rey llevado, Bhagavat proyectó su sombra sobre la misma (3). Este fragmento de «tela milagrosa» con su sombra, dicen los Buddhistas que todavía se conserva, solo que la sombra difícilmente puede ser percibida.

Del mismo modo, el Gnóstico autor del *Evangelio según Juan* copió y metamorfoseó la leyenda de Ananda, quien pidió de beber á una mujer, Matangha, la imagen de la mujer encontrada por Jesús en el pozo (4), la cual le recordó que pertenecía á una casta inferior, y que por lo tanto nada tenía que ver con un santo monje. «No te

(1) Tathagáta es Buddha, «el que anda sobre las huellas de sus predecesores»; como *Bhagavat*, él es el Señor.

(2) Nosotros tenemos la misma leyenda sobre la Verónica.

(3) «Introduction á l' Histoire du Buddhisme Indien», E. Burnouf, p. 341.

(4) Moisés era un práctico muy notable en la Ciencia Hermética. Teniendo presente que á Moisés (Asarsiph) se le hace huir al País de Madián, y que «se sentó junto á un pozo» (Exod. 11), encontramos lo siguiente:

El «Pozo» representaba un papel prominente en los Misterios de los festivales Báquicos. En el lenguaje sacerdotal de cada país tenía la misma significación. Un pozo es «la fuente de salvación» mencionada en *Isaías* (xii, 3). El agua es el principio masculino en su sentido espiritual. En su relación física en la alegoría de la creación, el agua es el caos, y el caos es el principio femenino vivificado por el Espíritu de Dios —el principio masculino. En la «Kábala», *Zachar* significa «masculino», y el Jordán era llamado *Zachar* («Historia Universal», vol. II, p. 429). Es curioso que al padre de San Juan Bautista, el Profeta del *Jordán* —*Zachar*—, se le llamara *Zachar-tas*. Uno de los nombres de Bachus es *Zagreus*. La ceremonia de verter agua encima del altar era sagrada, tanto en los ritos Osirianos como en las instituciones Mosaicas. En la *Mishná* se dice: «Tú morarás en Succa y verterás agua durante siete días, y los caños durante seis (Mishná Succah, p. 1). «Toma tierra virgen... y trabaja el polvo con AGUA viviente», prescribe el *Sohar* (Introducción al «Sohar»; «Kabbala Denudata», II, pp. 220, 221). Solamente la tierra y el agua, según Moisés, pueden producir una alma viviente, cita Cornelius Agrippa. Se consideraba que al iniciado el agua de Bachus le comunicaba el Santo *Pneuma*; y por medio del bautismo lava todos los pecados entre los Cristianos por mediación del Espíritu Santo. El «pozo», en el sentido kabalístico, es el misterioso emblema de la *Doctrina Secreta*. «El que tenga sed que venga á mí y beba», dice Jesús (Juan vii).

Por lo tanto, á Moisés el adepto se le representa naturalmente con frecuencia sentado junto á un pozo; está rodeado por las siete hijas del sacerdote Kenita de Madián, que van á llenar las cubetas para abreviar el rebaño de su padre. Aquí tenemos de nuevo el siete, el número místico. En la presente alegoría bíblica, las hijas representan los siete poderes ocultos. «Llegaron los pastores y trataron de arrojarlas de allí (á las siete hijas), pero, levantándose, Moisés sale en su defensa, y ellas pudieron entonces abreviar su ganado». Los pastores, según algunos intérpretes kabalistas, representan á los siete Astros de maligna influencia de los Nazarenos; pues, en el antiguo texto Samaritano, se dice también que el número de estos pastores es siete (véanse los libros kabalísticos).

Entonces á Moisés, que había vencido á los siete poderes del mal, y conquistado la amistad de los siete poderes ocultos y benéficos, se le representa viviendo en compañía del Sacerdote Reuel de Madián, quien convida «al Egipcio» á comer pan, esto es, á participar de su sabiduría. En la Biblia, á los ancianos de Madián se les considera como grandes profetas y adivinos. Finalmente, Reuel ó Jethro, el iniciador é instructor de Moisés, le da en matrimonio á su hija. Esta hija es *Zipporah*, ó lo que es lo mismo, la Sabiduría Esotérica, la brillante luz de la ciencia, pues *Siprah* significa el «brillante» ó «resplandeciente», de la palabra «Sapar», brillar. *Sippara*, en Caldea, era la ciudad del «Sol». Así es que Moisés fué iniciado por los Madianitas, ó mejor dicho, por los Kenitas, y de aquí la alegoría Bíblica.

pregunto, hermana mía», contesta Ananda á la mujer, «nada acerca de tu casta ni de tu familia, únicamente te pido agua, si puedes dárme-la». Esta mujer, Matangha, conmovida y desecha en llanto, se arrepiente y se une á la Orden monástica de Gautama, convirtiéndose en una santa, rescatada de una vida licenciosa por Sakya-Muni. Muchos de sus hechos subsiguientes fueron empleados por falsificadores Cristianos para enaltecer con ellos á María Magdalena y á otras mujeres santas y mártires.

«Y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñuelos, siquiera no sea más que un vaso de agua fría en nombre de un discípulo, en verdad os digo que en modo alguno perderá su galardón», dice el Evangelio (Mateo X, 42). «Cualquiera que, con un corazón puro y creyente, ofrece tan solo un sorbo de agua, ó presenta otro tanto á la asamblea espiritual, ó apaga la sed con ella al pobre y al necesitado, ó á un animal del campo, esta acción meritoria no se perderá en muchas épocas» (1), dice el *Canon Buddhista*.

En el momento de nacer Gautama-Buddha, tuvieron lugar 32.000 maravillas. Las nubes se quedaron inmóviles en el cielo; las aguas de los ríos cesaron de correr; las flores dejaron de producir capullos; los pájaros permanecieron silenciosos y llenos de asombro; la naturaleza toda quedó suspensa y llena de admiración. «Una luz sobrenatural se difundió por todo el mundo; los animales suspendieron su comida; los ciegos recobraron la vista y los mudos y lisiados quedaron libres de sus dolencias», etc. (2).

Ahora reproduciremos del *Protoevangelion*:

«En el momento de la Natividad, como mirase José hacia arriba, 'yo ví', dice, 'á las nubes asombradas, y á las aves del aire detenerse en medio de su vuelo... Y yo contemplé al carnero dispersado, y sin embargo el carnero estaba allí todavía; y yo miré al río, y ví á los cabritos con sus bocas junto al agua, tocándola, pero no bebían'.

»Entonces una brillante nube se posó sobre la cueva. Pero de repente la nube convirtiéndose en una gran luz en la cueva, de modo que sus ojos no podían soportarla... La mano de Salomé, que estaba seca, quedó repentinamente curada... Los ciegos recobraron la vista, y los mudos y lisiados quedaron libres de sus dolencias» (3).

Cuando el joven Gautama fué enviado á la escuela, sin haber jamás estudiado, sobresalió por completo sobre todos sus competidores; no solamente en la escritura, sino que también en la aritmética, matemáticas, metafísicas, en la lucha cuerpo á cuerpo, en el manejo del arco, en la astronomía y geometría, venciendo finalmente á sus

(1) Schmidt: «Der Weise und der Thör», p. 37.

(2) «Rgya Tcher Rol. Pa», «Historia del Buddha Sakya-muni» (Sánscrito), «Lalitavistara», vol. II, pp. 90-91.

(3) «Protoevangelion» (atribuido á Santiago), ch. XIII y XIV.

propios profesores dando la definición de sesenta y cuatro especies diferentes de escritura, las cuales eran desconocidas para los maestros mismos (1).

Y esto es también lo que se dice en el *Evangelio de la Infancia*: «Y cuando él (Jesús) tenía doce años... uno de los principales Rabinos le preguntó: 'Has leído libros?' y preguntóle un cierto astrónomo al Señor Jesús si había estudiado astronomía. Y el Señor Jesús explicóle... acerca de las esferas... acerca de la física y de la metafísica. Cosas también que la razón del hombre jamás ha descubierto... La constitución del cuerpo, la manera como el alma obra sobre el cuerpo... Y á todo esto quedó el maestro tan sorprendido, que dijo: 'Yo creo que este niño nació antes que Noé... él es más sabio que ningún maestro'» (2).

Los preceptos de Hillel, que murió cuarenta años antes de Cristo, aparecen más bien como citas que como expresiones originales en el Sermón de la Montaña. Nada enseñó Jesús al mundo que no hubiese sido enseñado antes, y con tanto ardor por otros maestros. Comienza su Sermón con algunos preceptos puramente Buddhísticos que habían sido aceptados por los Esenios, y que eran generalmente practicados por los *Orphikoi* y los Neo-Platónicos. Allí estaban los Filohelénicos, que, como Apolonio, habían consagrado sus vidas á la pureza moral y física, y que practicaban el ascetismo. Él procura inculcar en el corazón de sus oyentes el desprecio por las riquezas mundanas; una indiferencia para el día de mañana, como la que siente el fakir; amor hacia la humanidad, pobreza y castidad. Bendice á los pobres de espíritu, á los humildes, á los que tienen hambre y sed de justicia, á los misericordiosos y á los pacíficos, y, lo mismo que Buddha, bien pocas probabilidades deja á las castas orgullosas para entrar en el reino de los cielos. Cada una de las palabras de su Sermón era un eco de los principios esenciales del Buddhismo monástico. Los diez mandamientos de Buddha, tal como se encuentran en un apéndice del *Prátimoksha Sûtra* (texto Pali-Birmanó) están copiados á la letra en *Mateo*. Si deseamos comprender al Jesús histórico, debemos prescindir por completo del Cristo mítico, y aprender todo lo que podamos acerca del hombre en el primer Evangelio. Sus doctrinas, sus opiniones religiosas y sus más grandes aspiraciones se encontrarán reunidas en su Sermón.

Esta es la principal causa del fracaso de los misioneros para convertir á los Brahmanes y Buddhistas. Ven éstos que lo poco realmente bueno que en la nueva religión se ofrece está limitado á

(1) «Anales Pali-Buddhísticos», III, p. 28; «Manual del Buddhismo», 142. Hardy.

(2) «Evangelio de la Infancia», cap. xx y XXI; aceptado por Eusebio, Atanasio, Epifanio, Crisóstomo, Jerónimo, y otros. La misma historia, con las señales de origen Indo suprimidas para evitar que se reconozca su procedencia, se encuentra en Lucas II, 46-47.



la teoría, mientras que su propia fé exige que aquellas mismas reglas sean llevadas en el terreno de la práctica. No obstante la imposibilidad en que se hallan los misioneros cristianos para comprender claramente el espíritu de una religión basada por completo en la doctrina de la emanación que tan enemiga es de su teología, la lógica de algunos simples predicadores budhistas es tan elevada é inflexible que vemos á un sabio como Gutzlaff (1) reducido por completo al silencio y puesto en grandes apuros por los Budhistas. Judson, el famoso misionero Bautista de Birmania, confiesa, en su *Journal*, las dificultades en que con frecuencia se ha visto por su causa. Hablando de un cierto Ooyan, observa que su poderosa inteligencia era capaz de abarcar los asuntos más difíciles. «Sus palabras», dice, «son tan suaves como el aceite, tan dulces como la miel, y tan penetrantes como el filo de una navaja; su modo de razonar es suave, insinuante y agudo, y con tanta habilidad representa su papel que yo, con toda la fuerza de la verdad, apenas si me era posible vencerle». Parece ser, sin embargo, que en el último periodo de su misión, Mr. Judson vió que había comprendido su doctrina de una manera completamente errónea. «Empiezo á ver», dice, «que el semi-ateísmo que algunas veces había mencionado no es más que un Budhismo refinado que tiene su base en las Escrituras Budhistas». Así descubrió por último que al paso que existe en el Budhismo, que es un término genérico que significa la perfección más exaltada aplicado actualmente á numerosos individuos, un Buddha superior á toda la hueste de deidades subordinadas, existen también, ocultos en el sistema, «los destellos de una *anima mundi*, anterior y hasta superior á Buddha» (2).

A la verdad, que es este un descubrimiento feliz!

Hasta los tan calumniados Chinos creen en *Uno*, en un Dios el más elevado. «El legislador Supremo de los Cielos», Yuh-Hwang-Shang-ti, tiene su nombre inscrito únicamente en la plancha de oro existente ante el altar del cielo en el gran templo de Pekin, T'iantan. «Este culto», dice el Coronel Yule, «es mencionado por el narrador Mahometano de la embajada de Shah Rukh (después de Cristo 1421): 'Hay algunos días del año durante los cuales el Emperador no toma alimento animal ninguno... Pasa su tiempo en un departamento que no contiene *ídolo ninguno*, y dice que *está adorando al Dios del Cielo*'»(3).

Hablando de Shahrastani, el gran sabio Arabe, dice Chwolsohn

(1) Alabaster: «Rueda de la Ley», pp. 29, 34, 35 y 38.

(2) E. Upham: «La Historia y Doctrinas del Budhismo», p. 135. El Dr. Judson cayó en este monstruoso error á causa de su fanatismo. En su celo por «salvar almas», rehusó estudiar los clásicos Birmanos, por miedo de perder el tiempo con ello.

(3) «Anticuuario Indo», vol. II, p. 81; «Libro de Ser Marco Polo», vol. I, p. 441.

que, para él, el Sabeísmo no era astrolatría, como muchos se inclinan á creer. Cree «que Dios es demasiado sublime y demasiado grande para ocuparse por sí mismo del inmediato gobierno de este mundo; que, por lo tanto, ha transferido el gobierno del mismo á los dioses, y se ha reservado para Sí mismo los asuntos más importantes; que además, el hombre es demasiado débil para que pueda dirigirse directamente al Altísimo; que debe, en consecuencia, dirigir sus plegarias y sacrificios á las divinidades intermedias, á las cuales el gobierno del mundo ha sido confiado por el Altísimo». Chwolsohn demuestra que esta idea es tan antigua como el mundo, y que «en los países paganos, era universalmente aceptada por todas las personas ilustradas» (1).

El Padre Boori, un misionero portugués que en una época tan lejana como el siglo diez y seis fué enviado á convertir á los «pobres paganos» de Cochinchina, protesta desesperado, en su relación, de que no existe un solo adorno, función ó ceremonia, en la Iglesia de Roma, para los cuales no haya proporcionado allí el diablo su duplicado. Del mismo modo, en cuanto empezó el Padre á declamar contra los Idolos, le fué contestado que estos eran solo imágenes de grandes hombres que en un tiempo existieron, á los cuales rendían culto, apoyándose exactamente en el mismo principio, y de la misma manera que los Católicos lo hacían con respecto á las imágenes de sus apóstoles y mártires (2). Además, estos ídolos solo tienen importancia á los ojos de las multitudes ignorantes. La *Filosofía* del Buddhismo no tiene imágenes ni fetiches. Su robusta y potente vitalidad reside en sus psicológicas concepciones del yo *interno* del hombre. Los invisibles senderos del camino que al supremo estado de felicidad conduce, llamado el Río de Nirvana, serpentean al través de la vida espiritual de la persona, y no de la física, mientras en esta tierra permanece. La sagrada literatura Buddhista indica el camino, estimulando al hombre á seguir *prácticamente* el ejemplo de Gautama. Por esta razón los escritos Buddhísticos conceden una especial importancia á los privilegios espirituales del hombre, aconsejándole el cultivo de sus poderes para la producción de *Meipo* (fenómenos) durante la vida, y para la obtención del Nirvana en lo futuro.

Pero, volviendo otra vez de las narraciones históricas á las míticas, igualmente inventadas respecto á Krishna, Buddha y Cristo, encontramos lo siguiente:

Proporcionando un modelo que imitar para el avatar Cristiano, y para el arcángel Gabriel, el luminoso San-tusita (Bodhisat) apare-

(1) «Ssabismus», vol. I, p. 725.

(2) «Historia de los Descubrimientos en Asia», de Murray.

cióse á Maha-Maya á manera de una nube iluminada por la luna, viniendo del norte y llevando en la mano un loto blanco. Anuncióle el nacimiento de su hijo, y, dando por tres veces la vuelta en torno del lecho de la reina... salió del dewa-loka y fué concebido *en el mundo de los hombres* (1). El parecido se encontrará todavía más perfecto, examinando las ilustraciones de los salterios de la edad media (2), y, por ejemplo, las pinturas de diversas caras ó faces del siglo diez y seis de la Iglesia de Jouy, en las cuales se representa á la Virgen arrodillada, con sus manos elevadas hacia el Espíritu Santo, viéndose milagrosamente al niño aún no nacido á través de su cuerpo, y encontrando después el mismo asunto tratado de idéntica manera en las esculturas de ciertos conventos del Thibet. En los anales Pali-Buddhísticos, y en otros escritos religiosos, se dice que Maha-devi, y todos cuantos la asistían, estaban constantemente favorecidos con la vista del niño Bodhisatva desarrollándose tranquilamente en el seno de su madre, y difundiendo ya, desde el lugar de su gestación, sobre la humanidad, «los resplandecientes rayos de luna de su benevolencia futura» (3).

A Ananda, el primo y discípulo futuro de Sakya-muni, se le representa como habiendo nacido al mismo tiempo. Parece haber sido el original para las antiguas leyendas acerca de Juan el Bautista. Por ejemplo, la narración Pali refiere que Maha-maya, cuando estaba encinta del sabio, fué á visitar á su madre, del mismo modo que María lo hizo con la madre del Bautista. Así que aquélla hubo entrado en la habitación, el aún no nacido Ananda saludó al Bud-dha-Siddhârtha no nacido tampoco, quien á su vez le devolvió el saludo, del mismo modo que el niño que fué después Juan el Bautista saltó en las entrañas de Isabel, cuando María entró (4). Más aún que esto; pues Didron describe una escena de salutación, pintada sobre postigos en Lyon, entre Isabel y María, en la cual los dos niños aún no nacidos, pintados ambos fuera de sus madres, se saludan también entre sí (5).

Si ahora volvemos á Krisbna, y atentamente comparamos las profecías que al mismo se refieren, tal como se hallan coleccionadas en las tradiciones Ramatsarianas del *Atharva*, de los *Vedangas* y de las *Vedantas*, (6) con párrafos procedentes de la Biblia y de los

(1) «Manual del Buddhismo», p. 142.

(2) Véase «Ancient Pagan and modern Christian Symbolism» de Inman, p. 92.

(3) «Rgya. Tcher. Rol. Pa.», Bkah Hgyour (Versión Thibetana).

(4) Evangelio según Lucas 1, 39 - 45.

(5) Didron: «Iconographie Chrétienne, Histoire de Dieu».

(6) Existen numerosas obras derivadas directamente de los «Vedas», llamadas los «Upa-Ved». Cuatro obras se hallan incluídas bajo esta denominación, á saber: el «Ayus», «Gandharva», «Dhanus», y «Sthápatya». El tercer «Upaveda» fué compuesto por Viswamitra para uso de los Kshatriyas, la casta guerrera.

Evangelios apócrifos, acerca de los cuales se ha pretendido que algunos predicen la venida de Cristo, encontraremos hechos muy curiosos. A continuación insertamos los respectivos originales:

## DE LOS LIBROS INDOS

1. «Él (el Redentor) vendrá coronado de luces, el fluido puro que brotará de la gran alma..... dispersará las tinieblas» (*Atharva*).

2. «Al principio del Kali-Yuga, nacerá el hijo de la Virgen». (*Vedanta*).

3. «El Redentor vendrá, y los malditos *Raksasas* huirán refugiándose en el más profundo inferno». (*Atharva*).

4. «Él vendrá, y la vida desafiará á la muerte..... y él revivificará la sangre de todos los seres, regenerará todos los cuerpos, y purificará todas las almas».

5. «Él vendrá, y todos los seres animados, todas las flores, plantas, hombres, mujeres, los niños, los esclavos..... todos entonarán juntos cánticos de alegría, porque él es el Señor de todas las criaturas..... él es infinito, porque él es poder, porque él es sabiduría, porque él es belleza, porque él es todo y está en todo».

6. «Él vendrá más dulce que la miel y que la ambrosía, más puro que el cordero sin mancha.» (Idem).

7. «Feliz el seno bendito que lo parirá». (Idem).

8. «Y Dios manifestará Su gloria y hará que Su poder resplandezca, y Se reconciliará con sus criaturas». (Idem).

9. «En el seno de una mujer, es en donde el rayo del esplendor divino recibirá humana forma, y ella parirá siendo virgen, puesto que ningún contacto impuro la habrá manchado». (*Vedangas*).

## DE LOS LIBROS CRISTIANOS

1. «El Pueblo de Galilea de los Gentiles, que permanecía en las tinieblas, vió una gran luz». (*Mateo* IV, de *Isaías* IX, 1, 2).

2. «Mirad, una virgen concebirá y parirá un hijo». (*Isaías* VII, citado en *Mateo* I, 23).

3. «Mirad ahora á Jesús de Nazareth, que con todo el resplandor de su gloriosa divinidad ha puesto en fuga todos los poderes de las tinieblas». (*Nicodemus*).

4. «Y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás». (*Juan* X, 28).

5. «Regocíjate, oh, hija de Sión!; salta, prorrumpe en vítores, oh, hija de Jerusalén!; mira, tu Rey viene á tí..... él es justo..... porque cuán grande es su bondad, y cuán grande es su belleza! El trigo alegrará á los jóvenes, y el nuevo vino á las doncellas». (*Zachariah* IX.)

6. «Mirad al cordero de Dios». (*Juan* 36). «Él fué conducido como un cordero al matadero». (*Isaías* 53.)

7. «Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre». (*Lucas* I.) «Bendito es el vientre que te parió». (XI, 27.)

8. «Dios manifestó su gloria». (*Juan*, I epístola).

«Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo con Él». (2 *Corin* V.)

9. «Siendo un caso sin precedentes que sin ningún contacto ó impureza una virgen parirá á un hijo, y una doncella parirá al Señor». (*Evangelio de María*, III.)

Que haya exageración ó no en atribuir al *Atharva-Veda* y á los demás libros una tan grande antigüedad, el hecho es que *estas profecías y su realización precedieron al Cristianismo*, y que Krishna precedió á Cristo. Lo cual es todo cuanto necesitábamos averiguar.

Al leer el *Cristianismo Monumental* del Dr. Lundy se queda uno atónito de asombro. Y difícil sería el decir si la admiración que causa la erudición del autor es de un carácter más vivo que el asom-

bro que se siente ante su serena y sin igual sofistería. Ha coleccionado una multitud de hechos que prueban que las religiones de Krishna, Buddha y Osiris, mucho más antiguas que el Cristianismo, se habían anticipado á éste hasta en sus más insignificantes símbolos. Sus materiales no proceden de ningún papyro falsificado, ni de Evangelios interpolados, sino de esculturas talladas en los muros de antiguos templos, de monumentos, inscripciones y de otras reliquias arcaicas, solo mutiladas por las piquetas de los iconoclastas, el cañón de los fanáticos y los efectos del tiempo. Él nos presenta á Krishna y á Apolo como buenos pastores, al Krishna llevando el *chank* y el *chakra* en forma de cruz, y al Krishna crucificado en el espacio, como él le llama (*Cristianismo Monumental*, fig. 72). De esta figura—copiada por el Dr. Lundy del *Panteón Indo* de Moor—puede verdaderamente decirse que está calculada para dejar á un cristiano petrificado de asombro, pues es el Cristo crucificado del arte Católico Romano, llevado hasta el último grado de su perfección. Ni uno de sus rasgos característicos falta en el mismo, y acerca de él, dice el mismo autor: «Esta imagen creo que es anterior al Cristianismo... Bajo muchos aspectos se parece á un crucifijo cristiano... El dibujo, la actitud, las señales de los clavos en manos y piés, indican un origen Cristiano, mientras que la corona Partha de siete puntas, la ausencia del leño y de la inscripción usual, y los rayos de gloria en su parte superior, parecerían indicar un origen distinto del Cristianismo. ¿Será acaso el hombre-víctima, ó el sacerdote y la víctima en un solo individuo de la Mitología Inda, que se ofreció en sacrificio antes de que los mundos existiesen? ¿Será el Segundo Dios de Platón que se imprimió en el Universo en la forma de cruz? ¿O es su hombre divino quien quería ser azotado, atormentado y encadenado; tiene sus ojos inflamados; y finalmente... quería *ser crucificado?*» (*República*, c. II, p. 52, *Spens. Trad.*) Es todo esto y mucho más. La *Filosofía Religiosa Arcaica* era universal.

Como se vé, el Dr. Lundy contradice á Moor, y sostiene que esta figura es la de *Wittoba*, uno de los avatares de Vishnú, por lo tanto *Krishna* y anterior al Cristianismo, cuyo hecho no es fácil que pueda refutarse. ¡Y aunque la cree profética del Cristianismo, piensa sin embargo que no tiene relación alguna con Cristo! Su única razón es que «en el crucifijo cristiano, la gloria procede siempre de la cabeza sagrada, y aquí viene de arriba y de fuera... Así pues, el Wittoba del Pundit, dado á Moor, parecería ser el *Krishna* crucificado, el dios-pastor de Mathura... un *Salvador—el Señor de la Alianza, así como el señor de Cielos y Tierra—puro é impuro, luz y oscuridad, bueno y malo, pacífico y guerrero, amable y colérico, dulce y turbulento, generoso y vengativo, Dios y una extraña mezcla de hombre*, pero no el Cristo de los Evangelios».

Ahora bien, todas estas cualidades debieron pertenecer á Jesús, lo mismo que á Krishna; el hecho mismo de que Jesús era hombre por parte de su madre, aunque al mismo tiempo era un *Dios*, lo indica. Su manera de conducirse con respecto á la higuera, y sus mismas contradicciones en *Mateo*, en donde en una ocasión promete paz á la tierra, y en otra la espada, etc., son pruebas que lo confirman. Indudablemente que jamás se pretendió representar por medio de este grabado á Jesús de Nazareth. Wittoba era, como se le dijo á Moor, y como las *Sagradas Escrituras* Indas lo dicen también, Brahma, el sacrificador, que es al mismo tiempo sacrificador y víctima; Brahma es víctima en su Hijo Krishna, quien vino á morir en la tierra para nuestra salvación, y Él mismo es el que lleva á cabo el solemne sacrificio (del Sarvameda). Y sin embargo, es el hombre Jesús, así como el hombre Krishna, pues ambos estaban unidos con sus *Chrestos*.

Así es que, ó debemos admitir las «encarnaciones» periódicas, ó abandonar el Cristianismo como á la mayor impostura y plagio de los tiempos!

En cuanto á las *Escrituras* Judías, solo hombres como el Jesuita de Carrière, digno representante de la mayoría del clero Católico, puede todavía mandar á sus fieles que acepten exclusivamente la cronología establecida por el Espíritu Santo. Bajo la autoridad de este último se nos dice que Jacob fué, con un grupo de individuos cuyo número total ascendía á sesenta, á establecerse en Egipto el año 2298 A. M., y que en 2513 A. M., ó sea 215 años después, estas setenta personas habian aumentado de tal modo que cuando abandonaron á Egipto contaban 600.000 hombres aptos para la guerra, sin contar á las mujeres y niños, con los cuales, según la ciencia estadística, representarían una población total de dos ó tres millones! La historia natural no nos presenta ningún ejemplo de una tal fecundidad, más que en la especie de los arenques ahumados. Después de lo dicho dejamos que se rían los misioneros cristianos, si es que pueden, de la cronología y de las computaciones Indas.

«Felices son aquellas personas, pero no dignas de envidia—exclama Bunsen—que no tienen el menor inconveniente en hacer partir á Moisés con más de dos millones de personas, al final de una conspiración-levantamiento popular, durante los días gloriosos de la décima octava dinastía; que hacen conquistar Kanaán á los Israelitas bajo las órdenes de Joshua en el mismo momento en que los conquistadores Faraones habian realizado y estaban realizando aún las más formidables campañas en aquel mismo país. Los anales Egipcios y Asirios, combinados con la crítica histórica de la *Biblia*, demuestran que el Éxodo solo pudo haber sido confeccionado bajo Menephthah, de suerte que no pudo Joshua haber cruzado el Jordán

antes de la Pascua de 1280, pues la última campaña de Ramsés III tuvo lugar en Palestina en 1281»(1).

Pero debemos reanudar el hilo de nuestro discurso acerca de Buddha.

Ni él ni Jesús escribieron jamás una sola palabra de sus doctrinas. Tenemos que aceptar las enseñanzas de los maestros basándonos en el testimonio de sus discípulos, y por lo tanto es muy justo que se nos permita juzgar ambas doctrinas según sea su valor intrínseco. En cuál de ellas campea más la inflexible lógica puede verse en los resultados de las frecuentes disputas habidas entre los misioneros cristianos y los teólogos budhistas (*pungui*). Estos últimos, en general, si no invariablemente, llevan la mejor parte sobre sus contrarios. Por otra parte, el «Lama de Jehovah» raras veces deja de demostrar su carácter, con gran satisfacción del «Lama de Buddha», y prácticamente demuestra su religión de paciencia, compasión y caridad, insultando á su adversario en el más anti-canónico de los lenguajes. Esto lo hemos presenciado repetidas veces.

A pesar de la notable semejanza que entre las enseñanzas directas de Gautama y de Jesús existen, vemos que sus respectivos secuaces parten de dos puntas diametralmente opuestas. El teólogo budhista, siguiendo literalmente la doctrina ética de su maestro, permanece así fiel al legado de Gautama; al paso que el ministro cristiano, desnaturalizando los preceptos contenidos en los cuatro *Evangelios* de suerte que es imposible reconocerlos, enseña no lo que Jesús enseñó, sino las absurdas y con harta frecuencia perniciosas interpretaciones de hombres falibles, incluyendo á los Papas, Luteros y Calvinos. Lo que á continuación sigue son dos ejemplos escogidos de ambas religiones y puestos en evidencia para marcar el contraste. Juzgue el lector por sí mismo:

«No creáis una cosa solo porque muchos hablan y se ocupan de ella», dice Buddha; «no vayáis á pensar que esto es una prueba de su verdad.

»No creáis solo porque lo escrito proceda de algún antiguo sabio; no siempre debéis creer que el escrito ha sido revisado por dicho sabio, y que se puede tener confianza en él. No creáis en lo que hayáis imaginado, pensando que, *porque es una idea extraordinaria, debe haber sido inspirada por un Deva, ó por algún ser maravilloso.*

»No creáis en conjeturas, esto es, en algo que sea debido á la casualidad, ni toméis á ese algo como punto de partida para sacar conclusiones del mismo, contando vuestro dos, vuestro tres y vuestro cuatro, *antes de haber fijado vuestro número uno.*

»No creáis fundándoos meramente en la autoridad de vuestros

(1) «Lugar del Egipto en la Historia Universal», de Bunsen, vol. v, p. 93.

instructores y maestros, como tampoco debéis creer ó practicar solo *porque ellos creen y practican.*

»Yo (Buddha) os digo á todos vosotros: por vosotros mismos debéis conocer que esto es malo, que esto es punible, que esto es censurado por los hombres sabios; el creer en esto, á nadie concederá ventaja alguna; por el contrario, solo será causa de pesares; y cuando conozcáis esto, entonces evitadlo» (1).

Es imposible dejar de ver el contraste que existe entre estos benévolos y humanos sentimientos y los anatemas del Concilio Ecuménico y del Papa contra el empleo de la razón y las investigaciones de la ciencia cuando ésta choca con la revelación. La atroz bendición papal de las armas musulmanas, y la maldición de los Cristianos Rusos y Búlgaros, han sublevado los ánimos de algunas de las comunidades católicas más devotas. Los Czeches Católicos de Praga, el día del reciente jubileo semi-centenario de Pio IX, y también el 6 de Julio, día consagrado á la memoria de Juan Huss, el mártir quemado, para demostrar su horror á la política ultramontana, en este sentido reuniéronse á millares en el vecino Monte Zhishko, y con gran ceremonia é imprecaciones quemaron el retrato del Papa, su Syllabus y su última alocución contra el Czar de Rusia, diciendo que eran buenos Católicos, pero mejores Slavos. Es evidente que el recuerdo de Juan Huss es más sagrado para ellos que el de los papas del Vaticano.

«El culto de las palabras es más pernicioso que el culto de las imágenes», observa Robert Dale Owen. «La Gramatología es la peor especie de idolatría. Hemos llegado á una época en la que el literalismo está destruyendo la fé... La letra mata» (2).

No existe en la Iglesia un dogma al cual con más propiedad estas palabras puedan ser aplicadas que al de la doctrina de la *transubstanciación* (3). «Quien come mi carne y bebe mi sangre obtiene la vida eterna», se hace decir á Cristo. «Esta es una obscura sentencia», volvieron á decir sus asustados oyentes. La contestación *fué la de un iniciado.* «Os ofende esto? El espíritu es el que vivifica;

(1) Alabaster: «Rueda de la Ley», pp. 43 -47.

(2) «El País discutible», p. 145.

(3) «Nosotros», dice el Dr. Henry More, «dirigimos nuestras censuras contra tantas cosas que nos imaginamos que son Papistas, que apenas si nos reservamos *una justa parte de desprecio* para dirigirla contra aquello que verdaderamente lo es. Tales son aquella burda, grosera y escandalosa imposibilidad *de la transubstanciación*, las formas diversas de repugnante idolatría y de indignas imposturas, lo incierto de su lealtad á sus legítimos soberanos, debido á su supersticiosa adhesión á la espiritual tiranía del Papa, y aquella *bárbara y salvaje crueldad contra aquellos* que no son, ó tan bobos para que se les persuada que crean en tales cosas como las que ellos quisieran imponer sobre los hombres, ó tan falsos á Dios y á sus propias conciencias que, conociendo algo mejor, puedan todavía aceptarlas».(Posdata á «Glanvill»).



la carne para nada sirve. Las palabras (*remata* ó lenguaje secreto) que yo os hablo son Espíritu y son Vida».

Durante los Misterios, el vino representaba á Baco, y el pan á Ceres (1). El hierofante iniciador presentaba simbólicamente, antes de la *revelación* final, vino y pan al candidato, quien tenía que comer y beber de ambos en señal de que el espíritu debía vivificar á la materia, esto es, la sabiduría divina debía penetrar en su cuerpo, por medio de lo que se le revelaría. Jesús, en su fraseología Oriental, se comparaba constantemente al verdadero vino (*Juan* xv, 1). Además, al hierofante, el revelador del Petroma, se le llamaba «Padre». Cuando Jesús dice: «Bebed... esta es mi sangre», no hacía más que establecer una metafísica comparación de sí mismo con el vino, que contiene la uva, cuyo zumo es su sangre, vino. Era una indicación de que del mismo modo que él había sido iniciado por el «Padre», era el labrador, él, el vino, y sus discípulos las ramas. Ignorando sus secuaces la terminología de los Misterios, extrañaban esto; hasta lo consideraban como una ofensa, lo cual no debe sorprender, teniendo en cuenta el precepto Mosaico contra la sangre.

Existe lo suficiente en los cuatro Evangelios para demostrar cuál era la secreta y más ferviente esperanza de Jesús; la esperanza con la cual empezó á enseñar, y con la cual murió. En su inmenso y desinteresado amor hacia la humanidad, considera injusto el privar á las multitudes de los resultados obtenidos por los conocimientos adquiridos por los pocos. De acuerdo con esto, predica la unidad de un Dios espiritual, cuyo templo existe dentro de cada uno de nosotros, y en quien nosotros vivimos, así como Él vive en nosotros, en espíritu. Este convencimiento lo poseían los adeptos judíos de la escuela de Hillel y los kabalistas. Pero los «escribas», ó jurisconsul-

(1) Payne Kinght cree que Ceres no era una personificación de la materia bruta de que está compuesta la tierra, sino del *productivo principio femenino* que se suponía la penetraba, y que, unido al principio activo, se consideraba que era la causa de la organización y animación de su sustancia..... Se la menciona como la esposa del Padre Omnipotente, Æter, ó Júpiter. («El Lenguaje Simbólico del Antiguo Arte y de la Mitología», xxxvi). De aquí las palabras de Cristo, «el Espíritu es el que vivifica, la carne para nada sirve», aplicadas en su significado dual á las cosas espirituales y terrestres, al espíritu y á la materia.

Baccho, como Dionysus, es de origen Indo. Cicerón le menciona como hijo de Thyoné y Nisus. *Διονυσος*, significa el dios Dis del Monte Nys en la India. Baccho, coronado de hiedra, ó *kissos*, es Krishna, uno de cuyos nombres era *Kissen*. Dionysus es por excelencia la deidad en la cual estaban concentradas todas las esperanzas de la vida futura; en resumen, era el dios esperado que debía *libertar á las almas de los hombres* de sus prisiones de carne. También se dice que Orfeo, el poeta-argonauta, vino á la tierra para purificar á la religión de su grosero y terrestre antropomorfismo, y que abolió el sacrificio humano é instituyó una teología mística fundada en la espiritualidad pura. Cicerón llama á Orfeo el hijo de Baco. Es cosa singular el que ambos parecen haber procedido originariamente de la India. A lo menos, como Dionysus Zagreus, Baco es de origen indudablemente Indo. Algunos escritores, hallando una curiosa analogía entre el nombre de Orfeo y un antiguo término Griego, *ὄρφος*, negro ó de color pardo, le atribuyen un origen Indo, relacionando este término con su oscura tez Inda. Véanse Voss, Heyne y Schneider, sobre los Argonautas.

tos, habiéndose sumergido gradualmente en el dogmatismo de la letra muerta, hacía largo tiempo que se habían separado de los Tanaïm, los verdaderos instructores espirituales; y los kabalistas prácticos eran más ó menos perseguidos por la Sinagoga. De aquí el que veamos que Jesús exclama: «Ay de vosotros, doctores de la ley! *Porque os alzasteis con la llave de la ciencia (la Gnosis); vosotros no habéis querido entrar, y á aquellos que lo querían se lo habéis impedido.* (Lucas XI, 52). Aquí la significación es clara. Ellos se apoderaron de la llave, pero ni aun pudieron aprovecharla en beneficio de sí mismos, puesto que la *Masorah* (tradición) se había convertido en un libro oculto, tanto para ellos como para los demás.

Ni Renan ni Strauss, ni el mas moderno Vizconde Amberley parecen haber tenido la más remota idea del significado verdadero de muchas de las parábolas de Jesús, ni siquiera del carácter del gran filósofo galileo. Renan, como ya hemos visto, nos lo ha presentado como á un Rabino gallilizado, *le plus charmant de tous*, pero sin embargo un Rabino que ni siquiera procede de la escuela de Hillel, ni de ninguna otra escuela, á pesar de lo cual le llama repetidas veces «el sublime doctor» (1). Lo presenta como á un joven sentimental y entusiasta, salido de las clases plebeyas de Galilea, que imagina á los reyes ideales de sus parábolas como á los seres cubiertos de púrpura y pedrería de que se oye hablar en los cuentos de la infancia (2).

El Jesús de Lord Amberley, por otra parte, es «un idealista iconoclasta» muy inferior en sutileza y lógica á sus críticos. Renan examina á Jesús con la parcialidad de un semi-maniático; el Vizconde Amberley le desdeña desde el punto de vista del estado social de un lord Inglés. A propósito de la parábola del banquete de bodas, que él cree que encierra «una curiosa teoría de las relaciones sociales», dice el Vizconde: «Nadie puede criticar que personas caritativas inviten á su mesa á los pobres y lisiados *sin distinción de clase...* Pero no podemos admitir que esta buena acción deba ser obligatoria... es muy conveniente que hagamos precisamente lo que Cristo quiso prohibirnos, esto es, invitar á nuestros vecinos y ser invitados por ellos cuando las circunstancias lo requiriesen. El aliciente de que podamos recibir una recompensa por la comida que podemos dar es seguramente quimérico... Jesús, en efecto, olvida por completo la parte más intelectual de la sociedad» (3). Todo lo cual demuestra de un modo indudable que el «Hijo de Dios» no entendía gran cosa en achaques de etiqueta social, ni era muy á propósito para vivir en «sociedad»; pero es también un ejemplo patente de los

(1) «Vic de Jesús», p. 219.

(2) Idem, p. 221.

(3) «Análisis de las Creencias Religiosas», vol. 1, p. 467.

erróneos conceptos que prevalecen hasta con respecto á sus sugestivas parábolas.

La teoría de Anquetil du Perron de que el *Bagavad-Gita* es una obra independiente, porque no se halla en algunos manuscritos del Mahábhárata, puede ser un dato que lo mismo puede servir para atribuirle todavía una mayor antigüedad, que para lo contrario. Dicha obra es puramente metafísica y ética, y en cierto sentido es *anti-Védica*; por lo menos en los puntos en que está en oposición con muchas de las posteriores interpretaciones brahmánicas de los *Vedas*. ¿Cómo se explica, pues, que en lugar de destruir esta obra, ó al menos de rechazarla como anti-canónica—expediente al cual la Iglesia Cristiana no hubiera jamás dejado de recurrir—, los Brahmanes demuestran por ella la mayor veneración? Perfectamente *unitaria* en sus miras, está en pugna con el culto idolátrico popular. Y á pesar de todo, la única precaución que adoptan los Brahmanes para impedir que sus dogmas sean claramente comprendidos es el guardarla más secretamente que cualquier otro libro religioso de las miradas de todas las castas, excepto la sacerdotal; y aun en muchos casos imponen igualmente sobre ésta ciertas restricciones. Los más grandes misterios de la religión Brahmánica están contenidos en este magnífico poema; y hasta los Buddhistas lo reconocen, explicando ciertas dificultades dogmáticas á su manera. «Sé generoso, subyuga tus sentidos y pasiones, que ofuscan la razón y conducen al error», dice Krishna a su discípulo Arjuna, enunciando así un principio puramente Buddhista. «Los hombres de humilde condición siguen los ejemplos que los hombres de elevada alcurnia les dan... El alma debe libertarse por sí misma de los lazos de la acción y obrar en absoluto de acuerdo con su divino origen. *Un solo Dios existe*, y todos los demás devotos son inferiores y meras formas, (poderes) de Brahma ó de mi mismo. *El culto de las obras es superior al de la contemplación*» (1).

Esta doctrina coincide perfectamente con la del mismo Jesús (2). La fé, sin ir acompañada por las «obras», de nada sirve según el *Bagavad-Gita*. En cuanto al *Atharva-Veda*, era y es guardado con tanto secreto por los Brahmanes que es dudoso que los Orientalistas posean un ejemplar *completo* del mismo. El que haya leído lo que el Abáte Dubois dice bien puede dudarlo. «De este último nombre—el *Atharva*—existen muy pocos ejemplares», dice, escribiendo acerca de los *Vedas*, «y muchas personas creen que ya no existe ninguno. Pero la verdad es que todavía existen, si bien los ocultan con más cuidado que á los otros, por temor de que se sospeche de ellos, que están

(1) Véase el «Gita», traducido por Charles Wilkins en 1785; y el «Bhagavad-Purana», conteniendo la historia de Krishna, traducido al Francés por Eugène Burnouf en 1840.

(2) Mateo VII, 21

iniciados en los misterios de la magia, y en otros temidos misterios que se cree enseña la obra»(1).

Hasta entre los más elevados *epoptæ* de los más grandes *Misterios*, los había que nada sabían acerca de su último y temido rito, la libre transmisión de vida desde el hierofante al candidato. En el *País de los Espectros* (2), la mística operación de la transmisión de la entidad espiritual del adepto, después de la muerte de su cuerpo, al joven al cual ama con todo el ardiente amor de un padre espiritual, está soberbiamente descrita. Como en el caso de la reencarnación de los lamas del Thibet, un adepto del orden más elevado puede vivir indefinidamente. Su cáscara mortal necesita, no obstante, emplear ciertos procedimientos alquimistas para prolongar el vigor de la juventud más allá de los límites usuales; á pesar de lo cual, es raro que el cuerpo pueda conservarse más allá de 200 á 240 años. La antigua vestidura se deteriora entonces, y el Ego espiritual, viéndose obligado á dejarla, escoge para habitación un nuevo cuerpo, joven y lleno de un sano principio vital. En el caso de que el lector se sienta indignado á ridiculizar la afirmación de la posible prolongación de la vida humana, podemos también remitirla á las estadísticas de diversos países. El autor de un excelente artículo publicado en la *Westminster Review*, Octubre de 1850, afirma que en Inglaterra existen las pruebas auténticas de un tal Thomas Jenkins, que murió á los 169 años, y de un anciano Parr, á los 152; y que en Rusia se «conocen algunos campesinos que han llegado á la edad de 242 años» (3). También entre los indios peruanos se refieren casos centenarios. Sabemos que muchos escritores de valía han desacreditado recientemente estas pretensiones de extrema longevidad, á pesar de lo cual nosotros nos afirmamos en nuestra creencia de que están ajustadas á la verdad.

Verdaderas ó falsas, existen «supersticiones» entre los Orientales de una naturaleza tal como jamás han sido soñadas ni aun por un Edgar Poe ó por un Hoffmann. Y estas creencias se hallan infiltradas en la misma sangre de las naciones que las dieron vida. Cuidadosamente expurgadas de toda exageración, se verá que encierran una creencia universal en aquellas almas astrales, errantes é inquietas, conocidas con los nombres de gulas ó vampiros. Un obispo armenio del siglo quinto, llamado Yeznik, cita algunos ejemplos de esta clase en una obra manuscrita (Libro I §§ 20, 30) que se con-

(1) «Del Pueblo de la India», vol. 1, p. 84.

(2) O «Investigaciones acerca de los Misterios del Ocultismo», Boston, 1877, Editado por Mrs. E. Hardinge Britten.

(3) Véase «Apedreadle hasta morir»; «Instituciones Septenarias». El Cap. James Riley, en su «Narración» de su esclavitud en Africa, refiere ejemplos parecidos de gran longevidad en el Desierto de Sahara.

servaba hará unos treinta años en la Biblioteca del Monasterio de Etchmeadze (1). Entre otras, existe una tradición que data de los tiempos del paganismo, según la cual siempre que un héroe cuya vida es todavía necesaria en la tierra cae en el campo de batalla, los Araxes, ó sea los dioses populares de la antigua Armenia, que poseen la facultad de poder volver á la vida á los que han muerto en el combate, lamen las sangrientas heridas de la víctima, y soplan sobre ellos hasta que les han comunicado una vida nueva y vigorosa. Después de lo cual, levántase el guerrero, hace desaparecer todas las huellas de sus heridas y vuelve á ocupar su puesto en la batalla. Pero su inmortal espíritu ha volado; y durante el resto de sus días vive en un templo abandonado.

En cuanto un adepto era iniciado en el último y más solemne misterio de la transmisión de la vida, el *séptimo* y temible rito de la gran operación sacerdotal, que constituye la más elevada teúrgia, ya no pertenecía más á este mundo. Su alma desde aquel momento era ya libre, y los *siete* pecados mortales en acecho para devorar su corazón, cuando el alma libertada por la muerte cruzaría los *siete* recintos y las *siete* escaleras, no podían ya dañarle más ni en vida ni en muerte; ha pasado las «siete dobles pruebas», los *doce* trabajos de la hora final (2).

El Sumo Hierofante era el que únicamente sabía cómo llevar á cabo esta solemne operación de infundir su propia vida vital y alma astral en el adepto escogido por él para sucederle, quien de esta suerte se hallaba dotado con una doble vida (3).

(1) Armenia Rusa; uno de los conventos Cristianos más antiguos.

(2) «Libro de los Muertos Egipcio». Los Indos tienen siete cielos superiores y siete inferiores. Los siete pecados mortales de los Cristianos han sido tomados de los libros Egipcios de Hermes, con los cuales Clemente de Alejandría estaba tan familiarizado.

(3) La costumbre feroz, introducida posteriormente entre el pueblo, de sacrificar víctimas humanas, es únicamente una copia pervertida de los Misterios Theúrgicos. Los sacerdotes paganos, que no pertenecían á la clase de los hierofantes, continuaron practicando durante algún tiempo este horrible rito, el cual les servía para ocultar sus verdaderos propósitos. Pero el Herakles Griego está representado como el adversario de los sacrificios humanos, y como el destructor de los hombres y de los monstruos que los ofrecían. Bunsen demuestra, apoyándose en el hecho de que en los más antiguos monumentos no se nota figura ó señal alguna que indiquen que entonces se verificaban sacrificios humanos, que esta costumbre había sido abolida en el antiguo imperio, á la conclusión del séptimo siglo después de Menes; además, 3.000 años antes de Cristo, Iphicrates había prohibido severamente los sacrificios humanos entre los Cartagineses. Dífilus ordenó que las víctimas humanas fuesen sustituidas por toros. Amoris obligó á los sacerdotes á sustituir las víctimas humanas por figuras de cera. Por otra parte, por cada extranjero ofrecido sobre el altar de Diana por los habitantes del Chersoneso Táurico, la Inquisición y el clero cristiano pueden jactarse de haber ofrecido una docena de herejes en el altar de la «madre de Dios» y de su «Hijo». Y cuándo pensaron siquiera los cristianos en sustituir por animales ó figuras de cera á los herejes vivientes, á los judíos y hechiceros? A éstos los quemaban en estípite solo cuando, providencialmente, las víctimas condenadas lograban escapar de sus garras.

«En verdad, en verdad te digo, que solo puede ver el reino de Dios el hombre *que renaciere de nuevo*». (Juan III, 3). Jesús dice á Nicodemus: «Lo que ha nacido de la carne, es carne; y lo que ha nacido del espíritu, es espíritu».

Esta alusión, tan ininteligible en sí misma, está explicada en el *Satapa-Bráhma*. Enseña que el hombre que lucha por obtener la perfección espiritual debe pasar por tres nacimientos: 1.º Por el físico de sus padres mortales; 2.º Por el *espiritual*, por medio del sacrificio religioso (iniciación); 3.º Por su nacimiento final en el mundo del espíritu, á su muerte. Aunque puede parecer extraño que tengamos que ir al antiguo país del Punjab, y á las orillas del Ganges sagrado, en busca de un intérprete para palabras pronunciadas en Jerusalém, y expuestas en los márgenes del Jordán, el hecho es natural. Este segundo nacimiento ó regeneración del espíritu, después del nacimiento natural de lo que ha nacido de la carne, habria asombrado á un legislador judío. Sin embargo, habia sido enseñado 3.000 años antes de la aparición del gran profeta Galileo, no solo en la antigua India, sino también todos los *epoptæ* en la iniciación pagana, á los cuales se les instruía en los grandes misterios de la VIDA y de la MUERTE. Este secreto de los secretos, ó sea que el *alma* no está sujeta á la carne, era prácticamente demostrado en el caso de los Yogis, los secuaces de Kapila. Habiendo emancipado sus almas de las trabas de *Prakriti* ó *Mahat* (la percepción física de los sentidos y de la mente, en un sentido, creación), habian desarrollado de un modo tal el poder de su alma y su *fuerza de voluntad*, que poseían la facultad, mientras aún se hallaban sobre la tierra, de comunicar con los mundos superiores, y de verificar lo que impropriamente se llaman «milagros» (1). Los hombres cuyos espíritus astrales han logrado en la tierra *nehreyasa*, ó el *mukti*, son semi-dioses, espíritus desencarnados, alcanzan *Moksha* ó *Nirvana*, y este es su *segundo* nacimiento espiritual.

Buddha enseña la doctrina de un nuevo nacimiento tan claramente como lo hace Jesús. Deseando romper con los antiguos Misterios, á los cuales era imposible admitir á las masas ignorantes, el reformador Indo, aunque generalmente guarda silencio respecto á más de un dogma secreto, expone claramente su pensamiento en algunos pasajes. Así es que dice: «*Algunas personas nacen de nuevo*; los que obran mal, van al Infierno; los virtuosos van al Cielo; los que están libres de todos los deseos mundanos pasan al Nirvana».

(1) Por esta razón aconseja Jesús que la oración sea practicada en secreto y en un lugar retirado. Esta oración secreta no es más que el *paravidya* del filósofo Vedantino; «aquél que conoce su alma (yo interno) se retira diariamente á la región de *Swarga* (el reino celestial), esto es, en su propio corazón», dice el *Brihad-Araṇyaka*. El filósofo Vedantino reconoce al Atman, el yo espiritual, como al Dios Único y Supremo.

(*Preceptos del Dhammapada*, v, 126). En otra parte dice Buddha que «es bueno el creer en una vida futura en la cual se puede ser feliz ó desgraciado, porque, si el alma cree en ella, abandonará el pecado y se conducirá de una manera virtuosa; y aun en el caso de que no tuviera lugar resurrección alguna, una vida tal sería digna de loa y se atraería la consideración de los hombres. *Por el contrario, aquellos que creen en la aniquilación después de la muerte no dejarán de cometer todos los pecados que tengan á bien á causa de su incredulidad en un futuro*» (1).

La *Epístola á los Hebreos* trata del sacrificio de sangre. «En donde existe un testamento», dice el autor, «necesariamente debe haber ocurrido *la muerte* del testador... Sin el derramamiento *de sangre*, no hay remisión alguna». Además, «Cristo no se glorificó *por el mero hecho de que se le proclamara Sumo Sacerdote*, sino por medio de Aquel que le dijo: Tú eres mi hijo, HOY TE HE ENGENDRADO» (*Hebreos* v, 5). Esta es una prueba evidente de que: 1.º, Jesús solo era considerado como un sumo sacerdote, como Melchisedek— otro *avatar*, ó encarnación de Cristo, según los Padres; y 2.º, que el autor pensaba que Jesús se había convertido en un «Hijo de Dios» únicamente en el momento de su iniciación por el agua; y, por consiguiente, que no había nacido siendo un dios, ni había sido físicamente engendrado por Aquel. Cada iniciado de la «última hora» se convertía, por el hecho mismo de su iniciación, en un hijo de Dios. Cuando Máximo, el Efeciano, inició al Emperador Juliano en los Misterios Mithraicos, pronunció como fórmula usual del rito la siguiente: «Por medio de esta sangre te lavo de tus pecados. El Verbo del Altísimo ha penetrado en tí, y su Espíritu permanecerá desde ahora sobre el NUEVAMENTE NACIDO, *el ahora-engendrado* por el Dios Supremo... Tú eres el hijo de Mithra». «Tú eres el *Hijo de Dios*», repetían los discípulos, después del bautismo de Cristo. Cuando Pablo arrojó la víbora al fuego sin recibir el menor daño, el pueblo de Melita dijo «que era *un dios*» (*Actos* xxviii). «El es el hijo de Dios, el Hermoso», era la palabra usada por los discípulos de Simón Mago, porque creían reconocer en él al «gran poder de Dios».

El hombre no puede tener ningún dios que no esté limitado por sus propias concepciones humanas. Cuanto más amplio sea el campo de su visión espiritual, tanto más grande será su deidad. ¿Pero en dónde podemos encontrar una mejor demostración de Ella que en el hombre mismo, en los poderes espirituales y divinos que yacen dormidos en todos los seres humanos? «La capacidad misma de poder imaginar la posibilidad de los poderes taumaturgos es una prueba evidente de que existen», dice el autor de *Profecía*. «El

(1) «Rueda de la Ley», p. 54.

crítico, lo mismo que el escéptico, son generalmente inferiores á la persona ó asunto que critican, y por consiguiente, raras veces son entidades competentes. *Si existen imposturas, en alguna parte debe haber existido un principio verdadero*»(1).

La sangre produce fantasmas, y sus emanaciones proporcionan á ciertos espíritus los materiales necesarios para formar sus apariciones temporales. «La Sangre», dice Levi, «es la primera encarnación del fluido universal, es la *luz vital* materializada. Su nacimiento es la más maravillosa de todas las maravillas de la naturaleza; vive solo porque se transforma perpetuamente, puesto que es el Proteo universal. La sangre procede de principios en los cuales antes ni una sola partícula de la misma existía, y se convierte en carne, huesos, cabellos, uñas... lágrimas y sudor. No está sujeta ni á la corrupción, ni á la muerte; cuando la vida cesa, empieza á descomponerse; si sabes la manera de reanimarla, de infundir la vida por medio de una nueva magnetización de sus glóbulos, la vida volverá á ella de nuevo. La substancia universal, con su doble movimiento, es el gran *arcanum* del ser, la sangre es el gran *arcanum* de la vida».

«La sangre», dice el Indo Ramatsariar, «contiene todos los misterios secretos de la existencia, ningún ser viviente puede existir sin ella. El comer sangre es profanar la gran obra del Creador».

A su vez, Moisés, siguiendo la ley universal y tradicional, prohíbe el comer sangre.

Paracelso escribe que con los vapores de la sangre puede uno evocar cualquier espíritu que desee ver, puesto que con sus emanaciones se formará una apariencia, un cuerpo *visible*; pero esto es hechicería. Los hierofantes de Baal inferíanse profundas incisiones en su cuerpo, y con su propia sangre producían apariciones objetivas y tangibles. Los secuaces de una cierta secta en Persia, muchos de los cuales pueden encontrarse en las cercanías de los establecimientos Rusos del Temerchan-Shoura y Derbent, tienen sus misterios religiosos, durante los cuales forman un gran círculo y giran rápidamente entregándose á una frenética danza. Sus templos están arruinados, por cuyo motivo verifican sus ritos en grandes edificios provisionales, perfectamente cerrados, en cuyos pavimentos colocan una espesa capa de arena. Todos van vestidos con flotantes y blancas vestiduras, con la cabeza desnuda y cuidadosamente afeitada. Armados de cuchillos, pronto llegan á un grado de exaltación furiosa y entonces se hieren á sí mismos y á los demás, hasta que sus trajes y la arena del pavimento están empapados en sangre. Antes de que termine el «Misterio», *cada hombre tiene un compañero*, que gira con él. Algunas veces los espectrales bailarines tienen *cabellos en sus*

(1) A. Wilder: «Antigua y Moderna Profecía».



*cabezas*, lo cual les diferencia por completo de sus inconscientes creadores. Como que hemos prometido solemnemente no divulgar los principales detalles de esta terrible ceremonia (la cual solo una vez nos ha sido permitido presenciar), debemos abandonar este punto (1).

Antiguamente, las hechiceras de Tesalia añadían algunas veces, á la sangre de un cordero negro, la de un niño, y por este medio evocaban á las sombras. A los sacerdotes se les enseñaba el arte de evocar los espíritus de los muertos, así como los de los elementos, pero su manera de proceder no era ciertamente el de las hechicerías de la Tesalia.

Entre los Yakuts de Siberia, existe una tribu que habita en los confines mismos de las regiones Transbaikálquicas, cerca del río Vitema (Siberia Oriental), la cual practica la hechicería tal como era conocida en los tiempos de las brujas Tesalianas. Sus creencias religiosas son una mezcla curiosa de filosofía y superstición. Tienen un dios principal ó supremo, Aij-Taïon, el cual, según dicen, nada creó, sino que se limita únicamente á presidir sobre la creación de todos los mundos. Vive en el *noveno* cielo, y solo desde el *séptimo* pueden los demás dioses menores—sus sirvientes—manifestarse á sus criaturas. Este *noveno* cielo, según las revelaciones de las deidades menores (espíritus suponemos), posee tres soles y tres lunas, y el suelo de esta mansión está formado por cuatro lagos (los cuatro puntos cardinales) de «aire suave» (éter), en lugar de agua. Al paso que no ofrecen sacrificios á la Deidad Suprema, porque no necesita ninguno, procuran atraerse á las deidades buenas y malas, á las cuales llaman respectivamente los dioses «blancos» y «negros». Lo hacen así porque ninguna de las dos clases es buena ni mala debido al mérito ó demérito personal. Como todos están sujetos al Supremo Aij-Taïon, y cada uno tiene que cumplir con el deber que desde la eternidad le ha sido asignado, no son responsables del bien ni del mal que producen en este mundo. La razón que dan los Yakuts de tales sacrificios es muy curiosa. Los sacrificios, dicen, ayudan á todas las clases de dioses á ejecutar su misión de una manera más perfecta, complaciendo de esta suerte al Supremo; y todo mortal que ayuda á cualesquiera de ellos á cumplir con su deber debe, por lo tanto, complacer del mismo modo al Supremo, puesto que habrá

(1) Durante el tiempo que estuvimos en Petrovsk (Dhagestán, región del Cáucaso) tuvimos la oportunidad de presenciar otro *misterio* semejante. Debióse el hecho á la bondad del Príncipe Melikoff, gobernador general del Dhagestán, habitante en Temerchan-Shoura, y especialmente al Príncipe Shamsoudine, el ex-reinante Shamchal de Tarchoff, tártaro de nacimiento, el que durante el verano de 1865 pudíésemos asistir á esta ceremonia desde la respetable distancia de una especie de tribuna privada, construída en la terraza del edificio provisional.

contribuido á la acción de la justicia. Como que los «negros» dioses son los que están destinados á traer las enfermedades, las desgracias y toda suerte de calamidades á la humanidad, cada una de las cuales es un castigo debido á alguna transgresión; mientras que á los «blancos» les dedican ofrendas puras, consistentes generalmente en un animal consagrado á algún dios especial al que tratan con sumo cuidado y gran ceremonia por haberse hecho sagrado. Según sus creencias, las almas de los muertos se convierten en «sombras», y están condenadas á vagar sobre la tierra hasta que se ha verificado un cierto cambio, ya sea en sentido favorable ó adverso, cambio que los Yakuts no tienen la pretensión de saber explicar. Las sombras *luminosas*, ó sea las de los buenos, se convierten en los guardianes y protectores de aquellos á quienes han amado en la tierra; las sombras «obscuras» (los malos) siempre procuran, por el contrario, causar daño á aquellos á quienes conocieron en vida, incitándoles al crimen y á las malas acciones, y perjudicando por toda clase de medios á los mortales. Además de estos, como los antiguos Caldeos, cuentan siete divinos *Sheitans* (dæmons) ó dioses menores. Durante los sacrificios de sangre, los cuales tienen lugar de noche, es cuando los *Yakuts* evocan á las sombras *obscuras* ó malvadas, para saber de ellas lo que deben hacer para contener su malignidad; por esto *la sangre es necesaria*, porque sin sus vapores, no podrían las sombras hacerse claramente visibles, y, según sus creencias, serían todavía más peligrosas, puesto que la extraerian de las personas vivientes por medio de la transpiración (1). En cuanto á las buenas, á las sombras *luminosas*, no necesitan ser evocadas, además de que un acto semejante les desagrade; pueden ellas hacer sentir su presencia, cuando es necesaria, sin preparación alguna, ni ceremonias.

La evocación por medio de la sangre se practica también, aunque con diferente objeto, en distintos puntos de Bulgaria y Moldavia, especialmente en los distritos vecinos á los Musulmanes. La terrible tiranía y la esclavitud á que estos desgraciados cristianos han estado sujetos durante siglos les ha hecho mil veces más impresionables y al mismo tiempo más supersticiosos que los que viven en países civilizados. El día siete de Mayo de cada año, los habitantes de todas las ciudades y pueblos de la Moldavo-Valacca y de la Bulgaria celebran lo que ellos llaman la «fiesta de los muertos». Después de la puesta del sol, multitudes inmensas de hombres y mujeres, llevando cada uno de ellos un cirio encendido en la mano, acuden á los cementerios, y oran sobre las tumbas de sus amigos difuntos. Esta

(1) ¿No nos ofrece esto un punto de comparación con los llamados «médiums materializadores»?

antigua y solemne ceremonia, llamada *Trizna*, es en todas partes una reminiscencia de los primitivos ritos Cristianos, pero era mucho más solemne todavía mientras duró la esclavitud Musulmana. Cada tumba está provista de una especie de armario, de unos cuarenta y cinco centímetros de alto, formado por cuatro piedras y con dobles puertas con goznes. Estos armarios contienen lo que se conoce con el nombre de ajuar del difunto; esto es, algunas velas de cera, un poco de aceite y una lámpara de barro, la cual es encendida aquel día, y arde durante veinte y cuatro horas. Las personas pudientes ponen lámparas de plata lujosamente cinceladas é imágenes adornadas de pedrería, las cuales están libres de ladrones, puesto que en el cementerio los armarios siempre se dejan abiertos. Es tal el terror que la venganza de los muertos inspira á la población (musulmana y cristiana) que un bandido capaz de cometer cualquier crimen jamás se atreverá á tocar la propiedad de un muerto. Los Búlgaros creen que todos los Sábados, y especialmente desde la víspera del Domingo de Pascua hasta el día de la Trinidad (cerca de siete semanas), las almas de los muertos descienden á la tierra; algunas para pedir perdón á aquellos á quienes ofendieran; otras para proteger y comunicarse con aquellos á quienes aman. Siguiendo fielmente los naturales del país los ritos tradicionales de sus antepasados, conservan sus lámparas ó cirios encendidos durante los Sábados de estas siete semanas. Además de esto, el día *siete* de Mayo rocían las tumbas con vino, y en torno de las mismas queman incienso desde la salida hasta la puesta del sol. Entre los habitantes de las ciudades, la ceremonia se limita á estas simples prácticas. Entre algunos campesinos, sin embargo, este rito tiene las proporciones de una evocación teúrgica. La víspera del día de la Ascensión, las mujeres búlgaras encienden una porción de lámparas y cirios; colocan crisoles sobre trípodes, y en un radio de varias millas el incienso perfuma la atmósfera; durante este intervalo, espesas y blancas nubes de humo envuelven á cada una de las tumbas, como si un velo las hubiese separado de las demás. Desde que anochece, y hasta un poco antes de media noche, en memoria del difunto, se convida á comer á los amigos y á un cierto número de mendigos, obsequiándoles además con vino y *raki* (aguardiente de vino), y se distribuye dinero á los pobres según las posibilidades de los parientes vivos. En cuanto ha terminado la fiesta, se acercan los convidados á la tumba, y llamando al difunto por su nombre, le dan ó la dan gracias por las bondades de que han sido objeto. Cuando todos y hasta los más cercanos parientes se han marchado, una mujer, generalmente la de más edad, se queda sola con el muerto, y dicen algunos que procede á la ceremonia de la evocación.

Después de fervientes súplicas, repetidas una y otra vez con la

cara inclinada hacia el pavimento de la sepultura, se extraen un número mayor ó menor de gotas de sangre de cerca del lado izquierdo del pecho y se las deja caer lentamente sobre la tumba. Esto da fuerza al invisible espíritu que en rededor vaga, para asumir por algunos instantes una forma visible, y dar su instrucción á la cristiana teurgista—si es que tiene alguna que ofrecerle, ó simplemente para «bendecir al doliente»—desapareciendo después hasta el año próximo. Tan firmemente arraigada está esta creencia que, con motivo de una dificultad de familia, hemos oído á una mujer moldava proponer á su hermana el demorar toda decisión acerca del asunto que se debatía hasta la noche de la Ascensión, cuando su difunto padre *podría en persona decirle lo que le gustare y cuál era su voluntad*, á lo cual la hermana accedió con tanta naturalidad como si su padre estuviese en la habitación contigua.

Que en la naturaleza existen secretos terribles bien puede creerlo el que como nosotros ha sido testigo del caso del *Znachar* Ruso, en que el hechicero *no puede* morir hasta que ha comunicado la palabra á otro, lo cual, los hierofantes de la Magia Blanca raras veces dejan de hacerlo. Parece como si el temido poder de la «Palabra» sólo pudiese ser confiado á un hombre de una región ó categoría determinada y en un momento dado. Cuando el Brahmátma estaba á punto de desprenderse de la carga de la existencia física, comunicaba el secreto á su sucesor, bien fuese oralmente, ó por medio de un escrito que dejaba en un cofre herméticamente cerrado que era propiedad exclusiva de este último.

Moisés «impone sus manos» sobre su neófito Joshua, en las soledades de Nebo, y desaparece para siempre. Aarón inicia á Eleazar en el Monte Hor, y muere. Siddhârtha-Buddha promete á sus mendigos, antes de su muerte, vivir en aquel que de ello se haga acreedor, abraza á su discípulo favorito, murmura algo á su oído, y muere; y al descansar la cabeza de Juan sobre el seno de Jesús, se le dice que él se «quedará» hasta que vuelva. Así como las señales de fuego que en los tiempos antiguos se encendían y apagaban sucesivamente desde una á otra cresta de montaña servían para llevar las noticias de un extremo á otro de un país, del mismo modo vemos desde el principio de la historia hasta nuestros días á una no interrumpida serie de hombres sabios comunicando la Palabra de sabiduría á sus directos sucesores. Pasando desde uno á otro vidente, brilla la «Palabra», á manera de relámpago, y al paso que arrebatada para siempre al iniciador de la humana vista, concede la visión al nuevo iniciado. Y mientras tanto, naciones enteras se despedazan unas á otras en nombre de otra «Palabra», un substituto sin sentido aceptada literalmente por cada una de ellas, y erróneamente interpretado por todas!

Pocas sectas hemos encontrado que verdaderamente practiquen

la hechicería. Una de estas es la de los Yezidis, considerados por algunos como una rama de los Kurdos, aunque nosotros tenemos esta opinión por errónea. Habitan principalmente en las montañosas y desoladas regiones de la Turquía Asiática, cerca de Mosul, Armenia, y del mismo modo se les encuentra en Siria (1) y en Mesopotamia. Se les llama y conoce en todas partes como adoradores del diablo; no es por cierto que sea debido á ignorancia ó á preocupaciones el que hayan establecido un culto y una regular inter-comunicación con los elementales y elementarios más inferiores y maliciosos. Reconocen la maldad del jefe de los «negros poderes», pero al mismo tiempo temen su poder, y por lo tanto procuran granjearse sus favores. Él está constantemente en guerra con Allab, dicen, pero como algún día puede tener lugar una reconciliación entre ambos, todos aquellos que en la actualidad den muestras de poco respeto al «negro», es posible que sufran por ello en lo futuro, y de esta suerte tengan á Dios y al Diablo en contra suya. Esta es sencillamente una astuta política que tiende hacerse propicia á su Majestad Satánica, la cual no es otra que el gran *Tcherno-bog* (el Dios negro) de los Variagi-Rus, los antiguos idólatras Rusos de los días anteriores á Vladimiro.

Lo mismo que Wierus, el famoso demonógrafo del siglo diez y seis (el cual, en su *Pseudomonarchia Dæmonum*, describe y enumera una corte infernal regular, con sus dignatarios, príncipes, duques, nobles y oficiales), los Yezidis poseen un panteón completo de diablos y emplean á los Jakshas, espíritus del aire, para transmitir sus plegarias y respetos á Satán su amo, y á los Afrites del Desierto. Durante sus reuniones destinadas á la oración, se cogen las manos, y forman inmensos corros, con su Sheik ó sacerdote oficiante en el Centro, quien bate sus manos y entona versos en honor de Sheitan (Satán). Entonces giran y dan saltos. Cuando el frenesí ha llegado á su punto máximo, con frecuencia se hieren y cortan con sus dagas, prestando en algunas ocasiones este mismo servicio á sus vecinos más próximos. Pero sus heridas no se curan ni cicatrizan tan fácilmente como en el caso de los lamas y hombres santos, pues con bastante frecuencia caen víctimas de las heridas que se han inferido. Mientras bailan y blanden en alto sus dagas, sin soltarse de la mano, pues esto sería considerado como un sacrilegio y el hechizo se rompería al instante, adulan y dirigen alabanzas á Sheitan, suplicándole que se manifieste

(1) Parece ser que el contingente de los Yezidis se eleva á más de 200.000 hombres. Las tribus que residen en el Pashalik de Bagdad, y que están esparcidas por las montañas Sindjar, son las más peligrosas, y al mismo tiempo las más odiadas por sus perversas prácticas. Su principal Sheik vive constantemente cerca de la tumba de su profeta y reformador Adi, pero cada tribu escoge su propio Sheik entre los individuos más versados en el «negro arte». Este Adi, ó Ad, es un mítico antecesor suyo, y es sencillamente Adi, el Dios de Sabiduría ó el Parsi Ab-ad, el primer antecesor de la raza humana, ó también el Adh-Buddha de los indos antropomorizado y degenerado.

en sus obras por medio de «milagros». Como que sus ritos se verifican principalmente de noche, no dejan de obtener manifestaciones de caracteres diversos, la menor de las cuales consiste en enormes globos de fuego que toman la forma de los más extraños animales.

Se dice que Lady Hester Stanhope, cuyo nombre fué durante muchos años un poder entre las masónicas fraternidades de Oriente, presenció personalmente varias de estas ceremonias. Un *Ockhal* de la secta de los Drusos nos dijo que después de haber asistido á una de estas «misas del Diablo», de los Yezidis, como se las llama, esta mujer extraordinaria, tan notable por su valor personal y osadía, se desmayó, y á despecho de su varonil traje de Emir que como de costumbre llevaba, solo á duras penas se la pudo volver á la vida y recobrar más tarde la salud. Personalmente sentimos tenerlo que decir: todos estos esfuerzos para presenciar una de estas ceremonias fracasaron.

En un reciente artículo sobre Nagualismo y Voodooismo inserto en un periódico Católico, se acusa á Haití de ser el centro de sociedades secretas en las cuales se practican formas terribles de iniciación y sangrientos ritos, y en donde se *sacrifican niños que son devorados por sus adeptos* (!!). Al final se cita á Piron, un viajero francés, quien describe una muy horrible escena de la cual fué testigo en Cuba, en casa de una señora acerca de la cual jamás hubiera sospechado la menor conexión con una tan monstruosa secta. «Una blanca muchacha, desnuda, actuaba como sacerdotisa voodoo, impedida al frenesí, por medio de danzas y hechizos á los cuales siguió el sacrificio de una gallina blanca y otra negra. Una serpiente adiestrada para el objeto, y puesta en movimiento al compás de una música, enroscóse en torno de los miembros de la doncella, cuyos movimientos eran estudiados por los fieles, que, ó bailaban en torno de ella, ó permanecían quietos observando sus contorsiones. Por fin, el espectador horrorizado huyó cuando la pobre muchacha cayó retorciéndose en un ataque epiléptico».

Al paso que deplora semejante estado de cosas en los países Cristianos, el católico artículo en cuestión explica esta tenaz preferencia por los ritos religiosos de los antepasados, como una prueba evidente de la *natural depravación del corazón humano*, y hace un enérgico llamamiento á la grey Católica para que despliegue un mayor celo. Además de hacerse eco de la absurda ficción referente á lo de devorar niños, parece el escritor completamente insensible al hecho de que la adhesión á una creencia que siglos de la persecución más cruel y sangrienta no puede destruir, hace de un pueblo héroes y mártires, mientras que su conversión á cualquiera otra creencia les convertirla simplemente en renegados. Una religión impuesta á la fuerza solo puede producir apostasias. La contestación recibida por

el misionero Margil, de algunos indos, viene en apoyo de lo que decimos. La pregunta es la siguiente: «¿Cómo es que sois tan paganos, después de haber sido cristianos durante tan largo tiempo?» La contestación fué: «¿Qué haríais vos, padre, si los enemigos de vuestra fé penetrasen en vuestro país? ¿No recogeríais todos vuestros libros, ornamentos y símbolos religiosos y los esconderíais en las más secretas cuevas y montañas? Esto es precisamente lo que nuestros sacerdotes, profetas, adivinos y nagualistas han hecho en esta ocasión y todavía continúan haciendo».

Una respuesta semejante, hecha por un católico romano que fuese preguntado por un misionero de la Iglesia Griega ó Protestante, le conquistaría la corona de santo en el martirologio Papista. Vale más una religión «pagana» que, como la de los Japoneses, puede arrancar á un Francisco Javier un tributo tal de admiración como el que le concede cuando dice que en virtud y probidad sobrepujan á todas las naciones que hasta la fecha había visto, que la de los Cristianos, cuyo avance sobre la faz de la tierra arrebatara la existencia á las naciones aborígenes, á manera de un huracán de fuego (1). Las enfermedades, la embriaguez y la inmoralidad son los resultados inmediatos de haber apostatado la fé de sus padres, y de haberla convertido en una religión de nuevas fórmulas.

Para saber lo que el Cristianismo está haciendo en la India Británica, no tenemos necesidad de recurrir á ningún origen enemigo del mismo. El Capitán O'Grady, ex-empleado británico, dice: «El Gobierno Británico está cometiendo una acción vergonzosa, al convertir á los naturales de la India, que son una raza sobria, en una nación de borrachos. El beber por pura *glotonería* está prohibido, así por la religión Inda como por la Musulmana. Sin embargo, el vicio de la bebida se va generalizando más y más cada día..... Lo que el maldito tráfico del opio, impuesto á la China por la codicia Británica, ha sido para aquél desdichado país, la venta de licores por cuenta del Gobierno lo es igualmente para la India. Puesto que es un monopolio del gobierno, basado casi exactamente en el mismo modelo que el monopolio del tabaco por el Gobierno en España..... Generalmente los criados extranjeros en las familias europeas acostumbran á ser borrachos incorregibles..... Los criados del país detestan generalmente la bebida, y son, bajo este punto de vista, bastante más respetables que sus amos y amas..... todo el mundo bebe.... obispos, capellanes y hasta doncellas pensionistas recientemente admitidas».

Sí, estas son las «bendiciones» que la moderna religión Cristiana

(1) En menos de cuatro meses hemos reunido de los periódicos cuarenta y siete casos de crímenes, desde la borrachera al asesinato, cometidos por eclesiásticos, en los Estados Unidos solamente. Al final del año nuestros corresponsales de Oriente poseían hechos valiosos para oponer á las denuncias de los misioneros acerca de los delitos de los «paganos».

brinda con sus *Biblias* y *Catecismos* á los «pobres paganos». Ron y bastardía al Indostán; opio á la China; ron y vergonzosos desórdenes á Tahití; y lo que es peor de todo, el ejemplo de hipocresía en religión y un escepticismo y ateísmo prácticos, todo lo cual, desde el momento en que parece lo suficientemente bueno para pueblos *civilizados*, bien puede pensarse que lo es también para aquellos á quienes la teología ha tenido con demasiada frecuencia supeditados bajo un yugo de hierro. Por otra parte, todo lo que hay de noble, elevado y espiritual en la antigua religión, se niega y hasta se falsifica deliberadamente.

Tómese á Pablo, léase lo poco de original que de él se ha dejado en los escritos atribuidos á este hombre valiente, honrado y sincero, y véase si alguien puede encontrar una palabra en los mismos que demuestre que Pablo quería dar á entender por la palabra Cristo algo más que el ideal abstracto de la divinidad personal existente en el hombre. Para Pablo, Cristo no es una persona, sino una idea encarnada. «Si algún hombre existe en Cristo, él es una nueva creación», *él ha renacido*, como sucede después de la iniciación, porque el Señor es espíritu, el espíritu del hombre. Pablo fué el único Apóstol que comprendió las ideas secretas contenidas en las enseñanzas de Jesús, aunque jamás estuvo con él. Pero Pablo había sido iniciado, y, resuelto á inaugurar una nueva y amplia reforma que abrazara á la humanidad entera, sinceramente colocó sus propias doctrinas muy por encima de la sabiduría de los tiempos, por encima de los antiguos Misterios, y final revelación de los *epoptæ*. Como claramente lo demuestra el Profesor Wilder en una serie de excelentes artículos, *no fué Jesús, sino Pablo, el verdadero fundador del Cristianismo*. «En Antioquia fué en donde por vez primera se dió el nombre de Cristianos á sus discípulos», dicen *Los Actos de los Apóstoles*. «Hombres tales como Ireneo, Epifanio y Eusebio se han hecho célebres ante la posteridad á causa de sus falsedades y procedimientos nada honrosos; y el corazón se oprime ante el relato de los crímenes cometidos en aquél periodo», escribe este autor en un reciente artículo (1). «Se recordará—añade— que cuando los Musulmanes invadieron por vez primera la Syria y el Asia Menor, fueron recibidos por los Cristianos de aquellas regiones como á los libertadores de la opresión intolerable que sufrían de parte de las predominantes autoridades de la Iglesia».

Mahoma jamás fué, ni es en la actualidad, considerado como un Dios; y sin embargo, bajo el prestigio de su nombre, millones de Musulmanes han servido á su Dios con un ardor que no puede ser comparado con el de los sectarios cristianos. Que han degenerado de un

(1) «Evolución», art. Pablo, el Fundador del Cristianismo.



modo deplorable desde los tiempos de su profeta en nada altera la cuestión que discutimos; solo prueba con mayor evidencia el predominio de la materia sobre el espíritu en el mundo entero. Además, no han degenerado más en su primitiva fé que los mismos Cristianos. ¿Por qué, pues, no debe Jesús de Nazareth, un millar de veces más elevado, más noble, y más moralmente grande que Mahoma, ser también reverenciado por los Cristianos y seguido prácticamente, en lugar de ser ciegamente adorado como Dios con una inútil fé, y al mismo tiempo venerado según la moda de ciertos Buddhistas que hacen dar vueltas á su rueda de plegarias? Que esta fé se ha hecho estéril, y que por lo tanto no es más digna del nombre de Cristianismo de lo que lo es el fetichismo de los Calmukos de la filosofía predicada por Buddha, nadie lo pone en duda. «No quisiéramos se supusiese que admitimos la opinión—dice el Dr. Wilder—de que el Cristianismo moderno se parece en algo á la religión predicada por Pablo, pues le falta su amplitud de miras, su seriedad y sutil percepción espiritual. Llevando consigo los rasgos característicos de las naciones en las cuales se practica, se exhibe tantas formas como razas en ellas existen. En Italia y en España es el mismo, pero se diferencia por completo en Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Gran Bretaña, Rusia, Armenia, Kurdistán y Abisinia. Si se le compara con las religiones precedentes, la diferencia que se nota parece que es más de nombre que de fondo. Los hombres se acostaron Paganos y amanecieron Cristianos. En cuanto al *Sermón de la Montaña*, sus conspicuas doctrinas son más ó menos repudiadas por todas las comunidades Cristianas cuyo número de adeptos es de alguna importancia. La barbarie, la opresión y los castigos crueles son tan comunes en la actualidad como lo eran en los tiempos del Paganismo.

»El cristianismo de Pedro ya no existe; el de Pablo lo suplantó y este fué á su vez amalgamado con las demás religiones del mundo. Cuando la humanidad haya progresado, y las razas y familias bárbaras sean substituidas por otras de naturaleza é instintos más nobles, entonces los puros ideales pueden convertirse en realidades.

»El Cristo de Pablo dió lugar á un enigma que exigió los más titánicos esfuerzos para resolverlo. Era algo más que el Jesús de los *Evangelios*. Pablo para nada tenía en cuenta sus interminables genealogías. El autor del cuarto *Evangelio*, un Gnóstico Alejandrino, describe á Jesús como á una entidad á la que hoy día se la llamaría un espíritu divino materializado. Él era el Logos, ó la Primera Emanación, el Metathrón... La madre de Jesús, como la Princesa Maya, Danaé, ó quizás Periktione, había dado á luz, no á un hijo del amor, sino á un niño divino. Ningún Judío, sea de la secta que se fuere, ninguno de los apóstoles, ninguno de los primitivos creyentes divulgaron jamás semejante idea. Pablo habla de Cristo como de un per-

sonaje, más bien que como de una persona. Las sagradas enseñanzas de las asambleas secretas personificaban á menudo á la bondad divina y á la divina verdad en una forma humana asediada por las pasiones y apetitos de la humanidad, pero superior á ellos; y esta doctrina, surgiendo de la cripta, fué tomada, por sacerdotes ignorantes y por hombres de inteligencia obtusa, como la de la immaculada concepción y encarnación divina».

En un antiguo libro publicado en 1693 por Sieur de la Loubère, embajador francés cerca del Rey de Siam, se refieren muchos hechos interesantes acerca de la religión Siamesa. Las observaciones del satírico francés son tan gráficas que citaremos sus palabras acerca del Salvador Siamés, Sommona-Cadom.

«Por maravilloso que ellos pretendan que sea el nacimiento de su salvador, no dejan por esto de *atribuirle un padre y una madre* (1). Su madre, cuyo nombre se encuentra en algunos de sus libros *Balie* (Pali?), se llamaba, según dicen, *Maha-MARÍA*, lo cual parece significar grande. Como quiera que sea, esto no deja de llamar la atención de los Misioneros, y ha dado quizás motivo á los Siameses para creer que, siendo Jesús hijo de *María*, era hermano de Sommona-Cadom, y que, habiendo sido crucificado, era aquel hermano *perverso* que atribuyen á Sommona-Cadom, conocido bajo el nombre de Thevetat, de quien dicen que está castigado en el infierno con una pena que participa algo de la de la cruz... Los Siameses esperan otro Sommona-Cadom, esto es, otro hombre milagroso como él á quien han dado ya el nombre de *Pronarote*, y del cual dicen que fué profetizado por Sommona. Él hizo toda suerte de milagros... Él tuvo dos discípulos, uno de los cuales se halla á la derecha y otro á la izquierda de su ídolo... el primero se llama Pra Magla, y el segundo *Pra-Scaribout*... El padre de Sommona Cadom era, según este mismo Libro *Balie*, un Rey de Tere Lanca, lo cual equivale á decir un Rey de Ceilán. Pero los Libros *Balie* no llevan fecha ni el nombre de su autor, por cuyo motivo no tienen más autoridad que la de todas las demás tradiciones, cuyo origen es desconocido» (2).

Este último argumento está tan mal concebido como ingenuamente expuesto. No conocemos en el mundo entero á un libro menos auténtico en cuanto á fechas, nombres de sus autores ó tradición, que nuestra Cristiana *Biblia*. Bajo este punto de vista, tienen los Siameses tanta razón para creer en su milagroso Sommona-Cadom,

(1) Encontramos en Gálatas iv, 4 lo siguiente: «Mas cuando la plenitud de los tiempos llegaron, envió Dios á su Hijo, concebido por una mujer, concebido según la ley».

(2) En nuestro propio siglo, ha sido definitivamente fijada la fecha de estos Libros Pali de un modo que basta por lo menos para demostrar que existían en Ceilán, 316 años antes de Cristo, cuando Mahinda, el hijo de Asoka, estuvo allí. (Véase Max-Müller, «Chips», etc., vol. 1, sobre el Budhismo).

como los cristianos en su Salvador milagrosamente nacido. Además, no les asiste mejor razón para imponer su religión á los Siameses ó á cualquier otro pueblo contra su voluntad, y en su propio país, en donde penetran sin que nadie les llame, que la que tienen los llamados «paganos» para obligar con la punta de la espada á Francia y á Inglaterra á que acepten el Buddhismo. Un misionero buddhista se expondría hasta en la libre-pensadora América á ser insultado á cada paso, lo cual no es óbice para que los misioneros injurien la religión de los Brabmanes, Lamas y Bonzos, públicamente, y ante su faz misma, sin que estos últimos tengan siempre la libertad de contestarles. A esto se llama difundir la benéfica luz del Cristianismo y de la civilización sobre las tinieblas del Paganismo!

Y sin embargo, vemos que estas pretensiones—que podrían parecer ridículas si no fueran tan fatales á millones de nuestros semejantes, que solo piden que no se les moleste—eran tenidas en gran estima en un periodo tan primitivo como el siglo diez y siete. Vemos al mismo mordaz Monsieur de la Loubère dando, bajo el pretexto de una piadosa simpatía, algunas instrucciones verdaderamente curiosas á las autoridades eclesiásticas de su país (1), las cuales encarnan el alma misma del Jesuitismo.

«De lo que he dicho respecto de las opiniones de los Orientales», observa, «fácil es comprender la magnitud de la empresa de conducirlos á la religión cristiana; de aquí la importancia que tiene el que los misioneros, que en Oriente predicán el Evangelio, conozcan perfectamente las costumbres y creencias de estos pueblos. Porque así como los apóstoles y primeros cristianos, cuando Dios con tantas maravillas daba fuerza á sus predicaciones, no descubrieron súbitamente á los Paganos todos los misterios que nosotros adoramos, sino que durante largo tiempo ocultaron hasta á los mismos catecúmenos el conocimiento de aquellos que podían escandalizarles, me parece muy racional que los misioneros que no poseen el don de milagros no descubran de una vez á los Orientales, ni todos los misterios, ni todas las prácticas del cristianismo.

»Conveniente sería, por ejemplo, si no me equivoco, el no predi-

(1) «Una Nueva Relación Histórica del Reino de Siam», por M. de la Loubère, Enviado de Francia á Siam, 1687-8, capítulo xxv, Londres. «Diversas Observaciones que deben tenerse presentes al predicar el Evangelio á los Orientales». El informe de Sieur de la Loubère al rey tuvo lugar, como vemos, en 1687-8. Cuán completamente mereció su aprobación la proposición á los Jesuitas de disimular y disfrazarse para predicar el Cristianismo á los Siameses se demuestra en el párrafo citado en otra parte de la Tesis defendida por los Jesuitas de Caen (Thesis propugnata in regio Soc. Jes. Collegio celeberrimae Academiae, Cadoniemis, die Veneris, 30 Jan. 1693), cuyo sentido es el siguiente: «los Padres de la Compañía de Jesús no se disfrazan cuando adoptan las reglas y los hábitos de los *Thalaphoines* de Siam». En cinco años, la pequeña porción de levadura del embajador fermentó á toda la masa.

carles, más que *con gran cuidado*, el culto de los santos; y en cuanto al conocimiento de Jesucristo, creo sería necesario insinuárselo con prudencia, si es que puedo expresarme así, *y no hablarles del misterio de la Encarnación* hasta después de haberles convencido de la existencia de un Dios Creador. Porque ¿qué probabilidad existe de éxito, si se empieza tratando de persuadir á los Siameses de que quiten de sus alturas á Sommona-Cadmon, Pra Mogla y Pra Scari-bout, para colocar á Jesucristo á San Pedro y á San Pablo en su lugar? Sería quizás más propio no predicarles acerca de Jesucristo crucificado hasta que hubiesen antes comprendido que uno puede ser *desgraciado é inocente*, y que, en virtud del principio, hasta entre ellos mismos admitido, de que el inocente puede cargar con los crímenes del culpable, era necesario que *un dios se hiciese hombre*, con el objeto de que este hombre-dios pudiese, por medio de una vida de sacrificios y de una afrentosa pero voluntaria muerte, redimir todos los pecados de los hombres; pero ante todo sería necesario inculcarles la cabal idea de un Dios Creador juntamente indignado contra los hombres. La eucaristía, después de esto, no escandalizaría á los Siameses, como en un principio escandalizó á los Paganos de Europa; tanto más cuanto que los Siameses no creen que Sommona-Cadom pudiese dar á su mujer é hijos á los Talapoines para que se les comiesen.

»Por el contrario, como los chinos son tan escrupulosamente respetuosos para con sus padres, no dudo de que, si en la actualidad el Evangelio fuese puesto en sus manos, se escandalizarían al llegar á aquel pasaje en donde, habiendo dicho algunos á Jesucristo que su madre y sus hermanos preguntaban por él, contestó con tan pocos miramientos acerca de ellos que afectó no conocerlos. No se considerarían *menos ofendidos* por aquellas otras palabras misteriosas que nuestro divino Salvador dijo al joven que deseaba ir á enterrar sus padres: 'Dejad á los muertos—dijo—que entierren á los muertos'. Todo el mundo conoce las dudas que los Japoneses expusieron á San Francisco Xavier respecto á *la eternidad de la condenación*, no pudiendo creer que sus difuntos padres pudiesen haber sufrido tan terrible desgracia *por no haber abrazado al Cristianismo, del cual jamás habían oído hablar*... Parece necesario, por lo tanto, restringir y suavizar estas doctrinas por los medios que el gran apóstol de las Indias empleó, estableciendo ante todo la idea de un Dios Omnipotente, Omnisciente y más justo, autor de todo bien, y á quien únicamente todo es debido, y por cuya voluntad debemos rendir á los reyes, obispos, magistrados y á nuestros padres los respetos de que les somos deudores.

»Estos ejemplos son suficientes para hacer ver con qué precauciones es necesario preparar el espíritu de los Orientales, á fin de

que piensen como nosotros, y *no se ofendan con la mayor parte de los artículos de la fé cristiana»* (1).

¿Y qué, preguntamos nosotros, es lo que queda para predicar? Sin ningún Salvador, no queda redención alguna ni crucifixión por los pecados humanos, ni Evangelio alguno, ni condenación eterna de que hablarles, y sin tener á su disposición milagros que desplegar, qué les ha quedado á los Jesuitas para esparcir entre los Siameses, más que el polvo de los Santuarios Paganos para cegar sus ojos? El sarcasmo es, á la verdad, cruel. La moralidad á la cual estos pobres paganos están adheridos gracias á la fé de sus antepasados es tan pura que el Cristianismo tiene que ser despojado de cada uno de sus rasgos distintivos antes de que sus sacerdotes puedan aventurarse á presentarlo para que lo examinen. Una religión que no puede ser sometida al examen de un pueblo leal, que es un modelo de piedad filial, de honradez, de reverencia profunda á Dios, y que siente un horror instintivo á profanar Su Majestad, debe necesariamente estar fundamentada en el error. Que esto es así, nuestro siglo lo va descubriendo poco á poco.

En la espoliación general que sufrió el Buddhismo para la formación de la nueva religión cristiana, no era de esperar que un carácter tan incomparable como el de Gautama-Buddha dejase de ser puesto á contribución. Solo era natural que después de haberse apoderado de su historia legendaria, para llenar los huecos dejados en la ficticia historia de Jesús, después de haber empleado lo que pudieron de la de Krishna, cogiesen al hombre Sakya-Muni, y le pusiesen en el calendario bajo de un *alias*. Esto es lo que realmente hicieron y á su debido tiempo apareció el Salvador Indo en la lista de los Santos, bajo el nombre de Josafat, en compañía de los mártires de la religión, SS. Aura y Plácida, Longinus y Amfíbolus.

Hasta existe en Palermo una iglesia dedicada á *Divo Josafat*. Entre las vanas tentativas de escritores eclesiásticos posteriores para fijar la genealogía de este santo misterioso, la más original fué la de convertirle en Joshua, el hijo de Nun. Pero habiendo sido al fin ven-

(1) En una disertación de Hermes con Thoth, el primero dice: «Es imposible para el pensamiento el comprender debidamente á Dios..... No puede uno describir por medio de los órganos materiales lo que es inmaterial y eterno..... Una cosa es la percepción del espíritu, y otra la realidad. Lo que puede ser percibido por nuestros sentidos puede con palabras ser descrito; pero lo que es incorpóreo, invisible, inmaterial y sin forma, no puede ser comprendido por medio de los sentidos ordinarios. Así es como yo comprendo, oh Thoth. Yo entiendo que Dios es inefable».

En el *Catecismo de los Parsis*, tal como está traducido por M. Dadabhai Naoroji, leemos lo siguiente:

«P. ¿Cuál es la forma de nuestro Dios?»

«C. Nuestro Dios no tiene ni cara ni forma, ni color ni figura, ni lugar fijo. No existe ningún otro parecido á Él. Él es Él mismo, individualmente semejante á una gloria á La que no podemos ensalzar ni describir, ni nuestra mente comprender».

cidas estas pequeñas dificultades, encontramos en *La Leyenda Dorada* la historia de Gautama copiada *palabra por palabra* de los sagrados libros budhistas. Los nombres de los personajes están cambiados, pero el teatro de la acción, la India, es el mismo, así en las leyendas cristianas como en las budhistas. Se la puede encontrar también en el *Speculum Historiale* de *Vicent de Beauvais*, que fué escrito en el siglo trece. El primer descubrimiento fue debido al historiador de Couto, aunque el Profesor Müller cree que M. Laboulaye fué el que en 1859 dió la primera noticia acerca de la identidad de ambas historias. El Coronel Yule nos dice que (1) las historias de Barlaam y Josafat son admitidas por Baronius y que se encuentran en la página 348 del *Martirologio Romano*, publicado por orden del Papa Gregorio XIII, revisado por la autoridad del Papa Urbano VIII, traducido del latín al inglés por G. K. de la compañía de Jesús (2).

El repetir siquiera no fuese más que una pequeña parte de este contrasentido clerical sería tan fastidioso como inútil. El que dude y quiera conocer esta historia, que la lea tal como la da el Coronel Yule. Algunas (3) de las cristianas y clericales especulaciones parecen haber embarazado hasta al Dómine Valentyn. «Existen algunos», escribe, «que tienen á este Budhum por un judío syrio fugitivo; otros que le consideran como un discípulo del Apóstol Thomás, pero como en este caso pudo él haber nacido 622 años antes de Cristo, lo dejo para que ellos lo expliquen. Diego de Couto está en la creencia de que él era ciertamente *Joshua*, lo cual es todavía más absurdo!»

«La novela religiosa llamada *La Historia de Barlaam y de Josafat* fué durante algunos siglos una de las obras más populares de la Cristiandad», dice el Coronel Yule. «Fué traducida á todos los principales idiomas Europeos, incluso el Escandinavo y el Eslavo..... Esta historia aparece por vez primera entre las obras de S. Juan de Damasco, un teólogo de la primera mitad del siglo octavo» (4). Aquí pues, yace oculto el secreto de su origen, puesto que este S. Juan, antes de ser teólogo, desempeñó un elevado cargo en la corte de Khalifa Abu Jáfar Almansur, en donde probablemente aprendió esta historia, acomodándola después á las necesidades ortodoxas del Buddha transformado en un santo cristiano.

Habiendo repetido esta plagiarizada historia, Diego de Couto, quien parece que presenta con repugnancia su ansiosa teoría de que Gautama era Joshua, dice: «En honor de este nombre (Budão), los gentiles han elevado á través de toda la India grandes y soberbias pagodas. Con respeto á esta historia hemos procurado indagar si los

(1) «Revista Contemporánea», p. 588. Julio, 1870.

(2) «Libro de Ser Marco Polo», vol. II, pp. 304, 306.

(3) Idem.

(4) Idem.

antiguos Gentiles de estos países poseían en sus escritos algún dato referente á S. Josafat, quien fué convertido por Balaam, y que es representado en su leyenda como el hijo de un gran rey de la India, que tuvo exactamente el mismo elevado origen, y que se presenta con los mismos detalles que hemos contado de la vida de Budão. Cuando viajaba por la Isla de Salsette, y fui á visitar aquella rara y admirable pagoda á la cual nosotros llamamos la Pagoda Canará, (Cuevas Kanhari) construída encima de una montaña, y que contiene muchos recintos escavados en una sólida roca, pregunté á un anciano acerca de esta obra y quién creía él que la había construído, nos dijo que sin duda habla sido construída por orden del padre de S. Josafat para tenerle allí encerrado, como la historia cuenta. Y como sabemos que era el hijo de un gran rey de la India, bien puede ser, como justamente hemos dicho, que *él* fué el Budão de quien cuentan ellos tales maravillas»(1).

La leyenda cristiana está también tomada, en la mayor parte de sus detalles, de la tradición ceilanesa. En esta isla fué en donde se originó la historia del joven Gautama despreciando el trono de su padre, y de la erección por parte del rey de un soberbio palacio para él, en donde le tenía semi-prisionero, rodeado por todas las tentaciones de una vida llena de placeres. Marco Polo refiere esta historia tal como la obtuvo de los Ceilaneses, y en la actualidad se ha visto que su versión es una repetición fiel de la que se da en los distintos libros Buddhistas. Como Marco confiesa ingenuamente, Buddha llevó una vida de tal mortificación y santidad, y guardó una abstinencia tan grande, *«justamente como si hubiese sido un cristiano.* A la verdad—añade—que si lo hubiese sido, hubiera sido un gran santo de Nuestro Señor Jesucristo, tan buena y pura fué la vida que llevó». A cuyo piadoso apotegma, observa muy oportunamente su editor que no es Marco el único personaje eminente que con semejantes palabras ha expresado esta opinión acerca de la vida de Sakya-Muni. A su vez, el Profesor Max Müller dice: «y sea cual fuere la opinión que tengamos acerca de la pureza de los santos, aquellos que duden del derecho que asiste á Buddha de ocupar un lugar entre ellos, que lean la historia de su vida, tal como la refiere el canon Buddhista. Si él llevó la vida que allí se describe, pocos son los santos que tienen mejor derecho á este título que Buddha; y nadie, ya pertenezca á la Iglesia Griega, ya á la Romana, debe avergonzarse de haber concedido á su memoria el honor que se concedió á S. Josafat, el príncipe, el hermitaño y el santo».

Nunca la Iglesia Católica Romana ha tenido una mejor oportunidad para cristianizar toda la China, el Thibet y la Tartaria, como la

(1) «Dec», v, lib. vi, cap. 2.

que tuvo en el siglo trece, durante el reinado de Kublai-Khan. Parece extraño que no se aprovecharan de la oportunidad que se les ofreció durante el tiempo en que Kublai estuvo indeciso en escoger entre las cuatro religiones del mundo, y que, quizás debido á la elocuencia de Marco Polo, favorecía más al Cristianismo que al Mahometismo, al Judaismo, ó al Buddhismo. Marco Polo y Ramusio, uno de sus intérpretes, nos dicen el porqué. Parece ser que, desgraciadamente para Roma, la embajada del padre y tío de Marco fracasó, á causa de haber muerto justamente en aquél mismo tiempo Clemente IV. Durante varios meses no existió papa alguno para admitir los amigables ofrecimientos de Kublai-Khan; y por esto el centenar de misioneros cristianos por él pedidos no pudieron ser enviados al Thibet y á Tartaria. Para aquellos que creen que en lo alto existe una Deidad inteligente que se toma algún interés en procurar el bienestar de nuestro pequeño y miserable mundo, este *contretemps* debe en sí mismo parecerles una buena y muy preciosa prueba de que el Buddhismo llevó en esta ocasión la mejor parte sobre el Cristianismo. ¿Quizás—quién sabe— el Papa Clemente cayó enfermo para salvar de esta suerte á los Buddhistas de sumirse en la idolatría del Catolicismo Romano?

De puro Buddhismo, la religión de estos países ha degenerado en lamaismo; pero aun este último con todos sus defectos—consistentes en puros formalismos que no afectan gran cosa á la doctrina en sí misma—está todavía muy por encima del Catolicismo. El pobre Abate Huc muy pronto se convenció de ello por sí mismo. A medida que se internaba con su caravana, escribe, «todo el mundo nos decía que cuanto más avanzaríamos hacia Occidente, encontraríamos las doctrinas cada vez más luminosas y sublimes. Lha-Ssa era el gran foco de luz, cuyos rayos se debilitaban á medida que se difundían». Un día hizo á un lama thibetano «un breve sumario de la doctrina Cristiana, la cual á éste en manera alguna le pareció extraña (de lo cual nosotros no nos maravillamos) y hasta sostuvo que aquello (el Catolicismo) no se diferenciaba mucho de la fé de los grandes lamas del Thibet.... Estas palabras del lama thibetano nos dejaron admirados», escribe el misionero; «la unidad de Dios, el misterio de la Encarnación, el dogma de la presencia real se nos aparecieron en su creencia.... Esta nueva luz lanzada sobre la religión de Buddha nos indujo realmente á creer que encontraríamos entre los lamas del Thibet un sistema más purificado» (1). Estas palabras en loor del lamaismo, las cuales abundan en el libro de Huc, fueron la causa de que su obra fuera puesta en el Indice por Roma, y de que él mismo fuese exclaustroado.

Cuando á Kublai-Khan se le preguntó por qué no aceptaba la fé

(1) «Viajes por Tartaria», etc., pp. 121-122.



Cristiana, puesto que sostenía que era la mejor de las religiones que había protegido, su respuesta fué tan sugestiva como curiosa.

«¿Cómo queréis que me haga cristiano? Existen cuatro grandes profetas reverenciados y adorados por todo el mundo. Los Cristianos dicen que su Dios es Jesucristo; los Sarracenos, Mahoma; los Judíos, Moisés; los idólatras, Sogomon Borkan (Sakya-muni Burkham, ó Buddha), quien era el primer dios entre los idolos; pues bien, yo adoro y respeto á los cuatro, y ruego en verdad, á aquél que de los cuatro sea más grande en los cielos, que me preste su auxilio».

Podemos ridiculizar la prudencia de Khan, pero no podemos criticarle porque deja confiadamente á la Providencia la resolución de este embarazoso dilema. Una de las más insuperables dificultades que halla para abrazar el Cristianismo la expone á Marco del modo que sigue: «Tú ves que los Cristianos de estos países son tan ignorantes que nada hacen ni saben hacer, al par que ves á los idólatras que pueden hacer lo que les place, y tanto es así que, cuando me siento á la mesa, las copas llenas de vino y otros licores vienen á mí hasta el centro de la habitación, sin que nadie las toque, y yo bebo de ellas. Ellos dominan las tormentas, obligándolas á pasar en la dirección que desean, y ejecutan muchas otras maravillas; también, como sabes, sus idolos hablan, y les comunican predicciones acerca de cualquier asunto que deseen. Por otra parte, si yo me convirtiese á la fé de Cristo, y me hiciese cristiano, entonces mis barones y demás que no se han convertido dirían: '¿Qué es lo que te ha impulsado á bautizarte? ¿Qué poderes ó milagros has presenciado de parte de Cristo? No ignoras que los idólatras dicen aquí que sus maravillas son debidas á la santidad y al poder de sus idolos! Ahora bien, á esto yo no sabría qué contestar, y por lo tanto no lograría más que confirmarles en sus errores, y los idólatras, que son gente experta en tales sorprendentes artes, con facilidad maquinarian mi muerte. Así pues, irás ahora á ver á tu Papa, y le rogarás de mi parte que mande acá á un centenar de hombres instruidos en vuestra ley; y si ellos son capaces de reprochar cara á cara las prácticas de los idólatras, y de demostrarles *que demasiado saben ellos cómo producir estas cosas, pero que no quieren hacerlas*, porque son llevadas á cabo con auxilio del Diablo y de otros espíritus; y si ellos dominan de tal modo á los idólatras, que no puedan estos en su presencia ejecutar semejantes cosas, y cuando nosotros hayamos presenciado esto, en tal caso denunciaremos á los idólatras y á su religión, y entonces yo recibiré el bautismo junto con todos mis barones y principales personajes, y así en conclusión habrá más cristianos aquí que los que existen en los países que habitáis»(1).

(1) «Libro de Ser Marco Polo», vol. II, p. 340.

La proposición estaba puesta en razón. ¿Por qué no se aprovecharon de ella los Cristianos? Se dice que Moisés afrontó semejante prueba en presencia de Faraón, y que salió triunfante de ella.

Según nuestro modo de ver, la lógica de este inculto mongol era irrefutable y perfecta su intuición. Él veía buenos resultados en todas las religiones, y sentía que, ya fuese un hombre budhista, cristiano, mahometano, ó judío, sus poderes espirituales podían igualmente ser desarrollados y su fé conducirle del mismo modo á la percepción de la más elevada verdad. Todo lo que él pedía antes de elegir un credo para su pueblo era una evidencia sobre la cual pudiese basar su fé.

Juzgándola únicamente por sus juglares, debe ciertamente la India conocer mejor la alquimia, la química y la física que ninguna de las academias Europeas. Sus maravillas psicológicas producidas por algunos fakires del Indostán Meridional, y por los shaberones y hobilhanes del Thibet y Mongolia prueban igualmente nuestro aserto. La ciencia psicológica ha alcanzado allí un grado de perfección jamás obtenido en ninguna otra parte en los anales de lo maravilloso. Que tales poderes no son únicamente debidos al estudio, sino que por el contrario son inherentes á todos los seres humanos, se está probando actualmente en Europa y en América por medió de los fenómenos del mesmerismo, y de lo que se ha venido en llamar «Espiritismo». Si la mayoría de los viajeros extranjeros, y residentes en la India Británica, se inclinan á considerar todos estos fenómenos como hábiles juglerías, no sucede lo mismo con respecto á unos pocos Europeos que han tenido la rara fortuna de ser admitidos *tras del velo* en las pagodas. Seguramente estos no denigrarán los ritos, ni menospreciarán los fenómenos producidos en las logias secretas de la India. El *mahadthévassthanam* de las pagodas (llamado comunmente *goparam*, de la sagrada y piramidal puerta que da acceso á los edificios) ha sido visto por los Europeos antes de ahora, aunque por muy pocos.

No sabemos si el fecundo Jacolliot (1) fué alguna vez admitido en algunas de estas logias. Mucho lo dudamos si hemos de juzgar por sus numerosos cuentos fantásticos acerca de las inmoralidades de los místicos ritos de los Brahmanes, de los faquires, de las pagodas y hasta de los Buddhistas, en todos los cuales él mismo se adju-

(1) Sus veinte ó más volúmenes acerca de asuntos Orientales son en verdad una mezcla curiosa de verdades y ficciones. Contienen un gran número de hechos referentes á las tradiciones de la India, á su filosofía y cronología, con muy juiciosos puntos de vista valientemente expuestos. Pero parece como si el filósofo estuviese constantemente dominado por el novelista. Parece como si en su calidad de autor hubiese dos hombres reunidos: el uno cuidadoso, serio, erudito, científico, y el otro un novelista francés, sensual é impresionable, que juzga los hechos no como son, sino como él los imagina. Sus traducciones de *Manú* son admirables; sus dotes de controversia notables; sus opiniones acerca de la moral de los sacerdotes son injustas, y, tratándose de los Buddhistas, positivamente calumniosas. Pero en toda esta serie de volúmenes, no hay una sola línea que fatigue al lector, pues posee el ojo de un artista, y la pluma del poeta de la naturaleza.

dica el papel de José. Sea como fuere, es evidente que los Brahmanes no le enseñaron secreto alguno, puesto que hablando de los fakires y de sus maravillas dice que «bajo la dirección de los Brahmanes iniciados, practican en la soledad de las pagodas las *ciencias ocultas*... Nadie debe sorprenderse ante esta palabra, que parece abrir la puerta de lo sobrenatural; pues si bien existen, en las ciencias que los Brahmanes llaman ocultas, fenómenos tan extraordinarios que desafían toda investigación, sin embargo no hay uno solo de ellos que no pueda ser explicado, y que no esté sujeto á una ley natural».

Es indudable que cualquier Brahmán iniciado podía, si hubiese querido, explicar todos estos fenómenos. Pero *no quiso*. Mientras tanto, todavía estamos esperando una explicación de parte de los más inteligentes de nuestros físicos, siquiera no sea más que del más trivial de los fenómenos ocultos producidos por un fakir perteneciente á una pagoda.

Jaccoliot dice que le sería de todo punto imposible el dar una relación de los maravillosos hechos presenciados por él mismo. Pero añade con entera ingenuidad: «baste decir que, en lo referente al Magnetismo y al Espiritismo, Europa se halla todavía deletreando las primeras letras del alfabeto, y que los Brahmanes han alcanzado en estas dos ramas del saber resultados en el dominio de los fenómenos que son verdaderamente sorprendentes. Cuando uno contempla estas extrañas manifestaciones, cuyo poder no puede negar sin comprender las leyes que los Brahmanes *guardan tan cuidadosamente ocultas*, el sentimiento de lo maravilloso abruma á la mente, y siente uno que debe huir y romper el hechizo que le sujeta».

«La única explicación que pudimos obtener acerca de este asunto de un sabio brahmán con quien nos unian lazos de la más íntima amistad, fué esta: 'Vosotros habéis estudiado la naturaleza física, y por medio de este estudio de las leyes de la naturaleza, habéis obtenido maravillosos resultados: el vapor, la electricidad, etc.; *hace veinte mil años, ó más, que nosotros venimos estudiando las fuerzas intelectuales; hemos descubierto sus leyes, y obtenemos, haciéndolas obrar solas, ó en armonía con la materia, fenómenos todavía más asombrosos que los vuestros*'».

Jaccoliot debe á la verdad haber quedado asombrado de tales maravillas, puesto que dice: «Hemos visto cosas de una naturaleza tal que uno no se atreve á describirlas por el temor de que el lector forme un juicio poco benévolo acerca de la capacidad del escritor... pero á pesar de todo nosotros las hemos presenciado. Y á la verdad, en presencia de semejantes hechos, uno comprende que el mundo antiguo creía en las posesiones del Diablo y en el exorcismo» (1).

(1) «Les Fils de Dieu», «L' Inde Brahmanique», p. 296.

Pero á pesar de todo, este irreconciliable enemigo de las supercherías clericales, de las órdenes monásticas y del clero de todas las religiones de todos los países—incluyendo á los Brahmanes, Lamas y fakires—está tan afectado ante el contraste que ofrecen los cultos de la India apoyados por los hechos, y las ridículas pretensiones del Catolicismo, que después de describir las terribles torturas que á sí mismos se inflingen los fakires, en un raptó de justa indignación expone de esta suerte sus sentimientos: «Después de todo, estos fakires, estos brahmanes mendicantes, tienen sin embargo algo de grande en sí mismos cuando se flagelan, y cuando, durante el martirio que se inflingen, la carne es arrancada á pedazos, y la sangre corre por el suelo. Pero vosotros (mendicantes católicos) ¿qué es lo que hacéis hoy día? Vosotros, frailes carmelitas, capuchinos y franciscanos, que hacéis el papel de fakires, con vuestras cuerdas de nudos, vuestros pedernales, vuestras túnicas de pelo, y vuestras flagelaciones con agua de rosas, vuestros pies desnudos y vuestras cómicas mortificaciones, fanáticos sin fe, mártires sin torturas. No tiene uno el derecho de preguntaros si es para obedecer la ley de Dios que os encerráis tras de gruesos muros, para escapar así á la del trabajo que tan amargamente pesa sobre todos los demás hombres?... Largo de ahí, vosotros no sois más que pordioseros!»

Dejémoslos; ya hemos dedicado bastante espacio á ellos y á su enmarañada teología. A ambos les hemos pesado en la balanza de la historia, de la lógica y de la verdad, y les hemos encontrado defectuosos. Su sistema fomenta el ateísmo, el nihilismo, la desesperación y el crimen, sus sacerdotes y predicadores son incapaces de probar prácticamente que han recibido poderes divinos. Si así la Iglesia como sus sacerdotes pudiesen desaparecer de la vista del mundo, tan fácilmente como sus nombres desaparecen ahora de los ojos de nuestros lectores, esto sería para la humanidad un día feliz. New-York y Londres pronto llegarían á ser tan morales como una ciudad Pagana, no ocupada por los cristianos, y París ser más puro que la antigua Sodoma. Cuando los católicos y los protestantes estuviesen tan plenamente convencidos como los budhistas y brahmanes de que todos sus crímenes serán castigados y todas sus buenas acciones premiadas, entonces podrían emplear en beneficio de sus propios *paganos* las sumas que ahora destinan para asignar espléndidas retribuciones á los misioneros y en hacer el nombre de cristiano odioso y despreciado por todas las naciones que se hallan fuera del círculo de la cristiandad.

\* \* \*

Cuando ha sido necesario, hemos apoyado nuestro argumento con descripciones de algunos de los innumerables fenómenos que en diferentes partes del mundo hemos presenciado. El espacio que nos resta lo dedicaremos á parecidos asuntos. Habiendo presentado una base para la comprensión de la filosofía de los fenómenos ocultos, parece oportuno ilustrar este tema con hechos de los cuales hemos sido testigos oculares, y que pueden ser comprobados por cualquier viajero. Los pueblos primitivos han desaparecido, pero la sabiduría primitiva sobrevive, y puede ser obtenida por todos aquellos que «quieren», «se atreven», y saben «guardar silencio».

## CAPÍTULO XII

«Mi vasta y noble capital, mi Daitu, adornada espléndidamente;  
Y tú, Shangtu-Keibung mio, mi fresca y deliciosa estación de veraneo.

Ay, por mi ilustre nombre como el Soberano del Mundo!

Ay, por mi Daitu, solio de santidad, obra gloriosa del inmortal Kublaï!

Todo, todo de mi se ha apartado!»—COL. YULE, en *Marco Polo*.

«En cuanto á lo que tú oyes decir á otros, que persuáden á muchos de que el alma, una vez libertada del cuerpo, ni sufre... males ni es consciente, yo sé que tú estás demasiado bien instruido en las doctrinas recibidas de nuestros antecesores, y en las sagradas orgías de Dionysus, para creerla; *porque los místicos signos bien conocidos nos son á nosotros, que pertenecemos á la Fraternidad*».—PLUTARCO.

«El problema de la vida es el *hombre*. MAGIA, ó más bien Sabiduría, es el conocimiento desenvuelto de las potencias del ser interior del hombre, cuyas fuerzas son emanaciones Divinas, como la intuición es la percepción de su origen, y la iniciación, nuestra inducción en aquel conocimiento... Comenzamos nosotros con instinto; el fin es OMNISCENCIA».—A. WILDER.

«El poder pertenece á aquel QUE SABE». *Libro Brahámico de Evocación*.

**S**ERÍA demostrar por nuestra parte escaso discernimiento si fuéramos á suponer que hemos sido seguidos á través de las páginas de esta obra por alguien que no sea metafísico ó místico en algún modo. De no ser así, aconsejaríamos á estos tales se ahorrasen el trabajo de leer este capítulo; pues aunque nada en él se dice que no sea absolutamente cierto, no dejarían ellos de considerar aun á las menos maravillosas de estas narraciones como absolutamente falsas, por muy reales y verdaderas que sean.

Para comprender los principios de ley natural contenidos en los diferentes fenómenos que nos proponemos describir, debe el lector tener presentes las proposiciones fundamentales de la filosofía Oriental que sucesivamente hemos explicado. Recapitulemos brevemente:

1.º No existen milagros; todo lo que sucede es el resultado de una ley, eterna, inmutable y siempre activa. El milagro aparente es solo la operación de fuerzas antagónicas á las que el Dr. W. B. Carpenter, F. R. S., Miembro de la Sociedad Real —hombre muy instruido pero de escaso saber—, llama «las bien conocidas leyes de la naturaleza». Como muchos de su clase, el Dr. Carpenter ignora el hecho de que pueden existir leyes que en otro tiempo eran «conocidas», pero que actualmente son desconocidas por la ciencia.

2.º La naturaleza es trina: existe una naturaleza visible y objetiva; una invisible y oculta, que es la energía, el modelo exacto y el principio vital de la primera; por encima de las dos está el *Espiritu*, origen de todas las fuerzas y que es el solo eterno é indestructible. Las dos inferiores constantemente cambian. El tercero y más elevado no cambia jamás.

3.º El hombre es también trino: posee su cuerpo físico y objetivo; su cuerpo astral vitalizador (ó alma), el hombre real, estando estos dos cobijados é iluminados por el tercero, el soberano, el inmortal. Cuando el hombre real logra fundirse con este último, se convierte entonces en una entidad inmortal.

4.º La Magia, como ciencia, es el conocimiento de estos principios, y el medio por el cual la omnisciencia y la omnipotencia del espíritu y su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza pueden ser adquiridos por el individuo mientras todavía se halla en el cuerpo. La Magia, como arte, es la aplicación práctica de estos conocimientos.

5.º El conocimiento secreto mal aplicado es hechicería; empleado para fines benéficos, es magia verdadera ó SABIDURÍA.

6.º El Mediumnismo es el lado opuesto del Adeptado: el médium es el instrumento pasivo de influencias extrañas; el Adepto se domina positivamente á sí mismo y á todas las potencias inferiores.

7.º Estando registradas en la luz astral, ó libro del universo invisible, todas cuantas cosas han sido, son y serán, puede el adepto iniciado, empleando la visión de su propio espíritu, saber todo cuanto hasta aquí se ha sabido, ó debe saberse.

8.º Las razas de hombres difieren en sus dones espirituales, lo mismo que en color, estatura, ó en cualquier otra cualidad exterior; en algunos pueblos el don de la profecía natural prevalece; en otros prevalece el mediumnismo. Algunos se dedican á la hechicería, y se

transmiten sus reglas prácticas secretas de generación en generación, con un cúmulo de fenómenos psíquicos mas ó menos vasto como resultado.

9.º Una de las fases del arte mágico es la voluntaria y consciente separación del hombre interno (forma astral) del hombre externo (cuerpo físico). En el caso de algunos médiums, esta separación tiene lugar, pero es inconsciente é involuntaria. En estos últimos, en tal caso, el cuerpo se halla en un estado más ó menos cataleptico; pero en el Adepto, la ausencia de la forma astral no se notaría, porque los sentidos físicos están en actividad y el individuo parece solo como si estuviese abstraído, sumido en «un profundo estudio», como dicen algunos.

Para los movimientos de la errante forma astral, ni el tiempo ni el espacio ofrecen obstáculo alguno. El taumaturgo, que está bien impuesto en la ciencia oculta, puede hacer que él mismo (esto es, su cuerpo físico) *parezca* que desaparece, ó asumir aparentemente cualquier forma que desee. Puede hacer á su forma astral visible, ó darle apariencias proteas. En ambos casos estos resultados serán obtenidos por medio de una alucinación mesmérica ejercida sobre los sentidos de todos los circunstantes, los cuales serán simultáneamente colocados en este estado. Esta alucinación es tan perfecta que el que es objeto de ella apostaría su vida que vió una realidad, cuando no es más que una imagen de su propia mente, impresa sobre su conciencia por la voluntad irresistible del mesmerizador.

Pero, si bien la forma astral puede ir á todas partes, penetrar al través de cualquier obstáculo, y ser vista á cualquier distancia del cuerpo físico, este último está sujeto á los medios ordinarios de locomoción. Puede ser levitado bajo determinadas condiciones magnéticas, pero no pasar de una localidad á otra, excepto por los medios usuales. De aquí que rechazamos todas las historias de médiums volando por los aires en sus cuerpos físicos, pues esto sería un milagro, y nosotros repudiamos los milagros. La materia inerte puede, en ciertos casos, y bajo ciertas condiciones, ser desintegrada, y en este estado se la puede hacer pasar al través de las paredes, y vuelta á combinar después, pero con los organismos animales vivientes no puede hacerse esto.

Los Swedenborgianos creen, y la ciencia oculta enseña, que el abandono del cuerpo viviente por parte del alma tiene lugar con frecuencia, y que todos los días, y en todas las condiciones de la vida, nos encontramos con semejantes cadáveres vivientes. Varias causas, entre ellas el miedo excesivo, el pesar, la desesperación, un violento ataque de epilepsia, ó una sensualidad excesiva, pueden dar lugar á este resultado. En la cáscara vacía, pueden entonces entrar y habi-



tarla, bien sea la forma astral de un adepto hechicero, ó un elemental (un alma humana desencarnada ligada á la tierra), ó, lo que es muy raro, un elemental. Naturalmente, un Adepto de la magia blanca tiene el mismo poder, pero á menos de que deba llevar á cabo alguna misión muy transcendental é importante, jamás consentirá en mancharse ocupando el cuerpo de una persona impura. En la locura, el ser astral del paciente, ó bien está semi-paralizado, turbado y sujeto á la influencia de cualquier especie de espíritu que pase, ó se ha separado para siempre, en cuyo caso ha tomado posesión del cuerpo alguna entidad vampírica en vías de desintegración, la cual se aferra desesperadamente á la tierra, cuyos placeres sensuales puede por este medio prolongar por un breve periodo.

10. La piedra angular de la MAGIA es un íntimo conocimiento práctico del magnetismo y de la electricidad, de sus cualidades, correlaciones y potencialidades. Es necesario especialmente estar familiarizado con sus efectos en y sobre el reino animal y el hombre. Existen propiedades ocultas en muchos otros minerales, igualmente sorprendentes como las que posee la piedra imán, que todos aquellos que practican la magia *deben* conocer, de las cuales la llamada ciencia exacta está en la más completa ignorancia. También las plantas tienen parecidas propiedades místicas en un grado todavía más maravilloso, y los secretos contenidos en las hierbas para producir los sueños y encantamientos solo se han perdido para la ciencia Europea. Inútil es decir que la ciencia desconoce también esas hierbas, excepto muy contadas especies, tales como el opio y el hashish. Sin embargo, hasta los efectos psíquicos producidos por este corto número sobre el organismo humano son considerados como evidencias de un pasajero desorden mental. Las mujeres de Tesalia y de Epiro, los hierofantes femeninos de los ritos de Sabazius, no se llevaron consigo sus secretos cuando cayeron derribados sus santuarios. Todavía se conservan, y los que están enterados de la naturaleza de Soma conocen del mismo modo las propiedades de otras plantas.

Para decirlo de una vez en pocas palabras, MAGIA es SABIDURÍA espiritual; la naturaleza es el aliado principal, el pupilo y servidor del Mago. Un común principio vital compenetra todas las cosas, y este principio está sometido al imperio de la voluntad humana que ha alcanzado la perfección. El Adepto puede estimular los movimientos de las fuerzas naturales en los animales y plantas, hasta un grado que rebasa los límites naturales. Semejantes experimentos no tienen por objeto poner obstáculos á la naturaleza, sino estimularla; se emplean las condiciones más intensas del movimiento vital.

El Adepto puede dominar las sensaciones y modificar las condicio-

nes de los cuerpos físico y astral de otras personas que no sean adeptos; puede también dirigir y emplear á su gusto los espíritus de los elementos. Pero no puede dominar al inmortal espíritu de ningún ser humano vivo ó muerto, porque todos estos espíritus son igualmente chispas de la Esencia Divina, y no están sujetos á ningún poder extraño.

Existen dos especies de clarividencia: la del alma y la del espíritu. La clarividencia de las antiguas Pitonisas y la de los modernos sujetos mesmerizados varían solo en los modos artificiales adoptados para producir el estado de lucidez. Pero como las visiones de ambos dependen de la mayor ó menor sutileza de los sentidos del cuerpo astral, difieren extraordinariamente de las del perfecto y omnisciente estado espiritual; puesto que, á lo más, lo que puede lograr el sujeto es únicamente vislumbres de verdad al través del velo que la naturaleza física interpone. El principio astral, ó mente, llamado por los Yoguisindos *far átma*, es el alma sintiente, inseparable de nuestro cerebro físico, al cual mantiene en sujeción, estando á su vez ella entorpecida igualmente por él. Este es el *ego*, el principio de vida intelectual del hombre, su entidad consciente. Mientras permanece todavía dentro del cuerpo material, la claridad y corrección de sus visiones espirituales dependen de sus relaciones más ó menos íntimas con su Principio superior. Cuando estas relaciones son de tal naturaleza que permiten á las más etéreas porciones del alma-esencia el actuar independientemente de sus más groseras partículas y del cerebro, entonces puede comprender lo que vé sin temor de equivocarse; solo entonces es alma pura, racional y *super-sintiente*. Este estado es conocido en la India con el nombre de *Samáddi*; es la más elevada condición de espiritualidad posible para el hombre en la tierra. Los fakires se esfuerzan en obtener esta condición reteniendo su aliento durante varias horas seguidas cuando se entregan á sus ejercicios religiosos, y á esta práctica la llaman *dam-sádhna*. Los términos indos *Pranayama*, *Pratyahara* y *Dharana* se refieren todos á diferentes estados psicológicos, y demuestran que el Sánscrito y hasta los idiomas modernos Indos son mucho más apropiados para la clara exposición de los fenómenos con que se encuentran los que estudian esta rama de la ciencia psicológica, que las lenguas de los pueblos modernos, cuyas experiencias no han necesitado todavía de la invención de semejantes términos descriptivos.

Quando el cuerpo se halla en estado de *dharana*—ó sea estado de catalepsia total de la estructura física—puede el alma del clarividente quedar libre y percibir las cosas subjetivamente. Sin embargo, como que el principio senciente que radica en el cerebro está vivo y en actividad, las imágenes del pasado, del presente y del futuro estarán matizadas con las percepciones terrestres del mundo objetivo;

la memoria física y la imaginación se presentarán en lugar de la visión perfecta. Pero el Adepto-vidente sabe cómo suspender la visión mecánica del cerebro. Sus visiones serán tan claras como la verdad misma, puras é inalterables; al paso que el clarividente, incapaz de dominar las vibraciones de las ondulaciones astrales, solo percibirá imágenes más ó menos imperfectas por medio del cerebro. Jamás puede el vidente tomar sombras inestables por realidades, porque, estando su memoria tan completamente sujeta á su voluntad, como el resto de su cuerpo, recibe impresiones directamente de su espíritu. Entre sus *yos* subjetivo y objetivo no existen médiums obstructuccionistas. Esta es la verdadera visión espiritual, durante la cual, según una expresión de Platón, el alma es elevada por encima de todos los dioses inferiores. Entonces nosotros alcanzamos «aquello que es supremo, que es *simple, puro é inmutable, sin forma, color ó cualidades humanas*; el Dios, *nuestro Nous*».

Este es el estado que videntes tales como Plotino y Apolonio llamaban «la Unión con la Deidad», que los antiguos Yoguis llamaban *Isvara* (1), y que los modernos llaman «*Samâddi*»; pero este estado está tan por encima de la clarividencia moderna, como las estrellas respecto á los gusanos de luz. Plotino, como es bien sabido, fué un vidente durante toda su vida; y á pesar de esto, *solo estuvo unido á su Dios* en seis distintas ocasiones durante los sesenta y seis años de su existencia, como confesó á Porfirio.

Ammonius Sakkas, el «enseñado por Dios», asegura que el único poder que está en oposición directa con el don de la profecía y visión del futuro es la *memoria*, y Olimpiodorus la llama *fantasia*. «La fantasía», dice (en *Platonis Phæd.*), «es un impedimento para nuestras concepciones intelectuales; de aquí que, cuando somos agitados por la inspiradora influencia de la Divinidad, si la fantasía interviene, la energía entusiasta cesa, puesto que el entusiasmo y el éxtasis son contrarios entre sí. Si se nos preguntase si el alma es capaz de prestar energía sin la fantasía, contestaríamos que su percepción de los universales prueba que lo es. Posee por lo tanto percepciones independientes de la fantasía, al propio tiempo que ésta la sigue y ayuda constantemente en sus energías, de la propia suerte que la tempestad sigue al que navega por el mar.

(1) En su sentido literal, *Isvara* significa «Señor»; pero el *Isvara* de los filósofos místicos de la India era comprendido precisamente como la unión y comunión de los hombres con la Deidad de los místicos Griegos. *Isvara-Parasada* significa literalmente, en Sánscrito, *gracia*. Ambos «*Mimansas*», que se ocupan de las más abstrusas cuestiones, dicen que *Karma* significa mérito, ó la *eficacia de las obras*; *Isvara-Parasada*, gracia; y *Sradha* fé. Los «*Mimansas*» son debidos á los dos más célebres teólogos de la India. El «*Pourva Mimansa*» fué escrito por el filósofo Djeminy, y el «*Outtara Mimansa*» (ó *Vedanta*) por Richna Dvipayna Vyasa, quien coleccionó los cuatro «*Vedas*». (Véase Sir William Jones, Colebrooke, y otros).

El médium, por otra parte, necesita, para dominar sus partes mental y física, ó bien de una inteligencia extraña á sí mismo—ya sea ésta la de un espíritu ó la de un mesmerizador viviente—ó de algún medio ficticio para dar lugar al estado de trance. El Adepto, y hasta el simple fakir, solo necesitan algunos minutos de «contemplación de sí mismo». Las columnas de bronce del Templo de Salomón; las campanas y granadas de oro de Aarón; el Júpiter Capitolino de Augusto, en torno del cual pendían armoniosas campanas (1); y las copas de bronce de los Misterios cuando el Kora era llamado (2), estaban todos destinados para servir de tales ayudas artificiales (3). El mismo objeto tenían las copas de bronce de Salomón colgadas en círculo, con una doble hilera de 200 granadas que servían á manera de badajos dentro de las columnas huecas. Las sacerdotisas de la Germania del Norte, que estaban bajo la dirección de hierofantes, no podían jamás profetizar, excepto entre los rugidos de las tumultuosas olas. Mirando fijamente los remolinos formados por la rápida corriente del río, se *hipnotizaban* á sí mismas. Las sacerdotisas de Dodona se colocaban bajo el antiguo roble de Zeus (el dios Pelágico, no el Olímpico) y escuchaban atentamente el susurro de las sagradas hojas, mientras otras concentraban su atención en el suave murmullo producido por la fresca corriente que se deslizaba por debajo de sus raíces (4). Pero el Adepto no tiene necesidad alguna de semejantes auxilios extraños—la simple acción del *poder* de su *voluntad* es por completo suficiente.

El *Atharva-Veda* enseña que el ejercicio de semejante poder de voluntad es la más elevada forma de la oración, y su instantánea contestación. Desear es realizar según sea la intensidad de la aspiración; y ésta á su vez está en proporción de la pureza interna.

Algunos de estos nobles preceptos Vedantinos acerca del alma y de los místicos poderes del hombre, han aparecido recientemente insertos en un periódico inglés, quien los recibió de un sabio indo. «El *Sankhya*», escribe, «enseña que el alma (ó sea, el *cuerpo astral*) posee los siguientes poderes: reducirse hasta conseguir un volumen tan diminuto que todas las cosas le son penetrables; dilatarse hasta lograr la extensión de un cuerpo gigantesco; asumir levedad (elevarse á lo largo de un rayo de sol hasta la órbita solar); poseer un alcance ilimitado de órganos, como el tocar la luna con el extremo del dedo; voluntad irresistible (por ejemplo, introducirse en el interior de la tierra tan fácilmente como en el seno de las aguas); dominio sobre todas las cosas, animadas é inanimadas; facultad de

(1) Suetonius: «Augusto».

(2) Plutarco.

(3) Plinio, xxx, pp. 2, 14.

(4) «Servius ad. Æon», p. 71.

cambiar el curso de la naturaleza; destreza para llevar á cabo cualquier designio». Después da sus distintos nombres:

«Estos poderes son llamados: 1, *Anima*; 2, *Mahima*; 3, *Laghima*; 4, *Garima*; 5, *Prapti*; 6, *Prakamyá*; 7, *Vasitwa*; 8, *Isitwa*, ó poder divino. El quinto tiene el poder de predecir los sucesos futuros, de comprender los idiomas desconocidos, de curar las enfermedades, de adivinar los pensamientos no expresados, y de comprender el lenguaje del corazón. El sexto es el poder de convertir á un anciano en joven. El séptimo es el de mesmerizar á los seres humanos y á los animales, reduciéndolos á la obediencia; es el poder de dominar las pasiones y emociones. El octavo poder es el estado espiritual, y presupone la ausencia de los siete restantes poderes mencionados, pues en este estado el Yogi está lleno de Dios».

«A ningún libro», añade, «revelado ó sagrado se le permitió el ser tan autoritario y concluyente como á la enseñanza del alma. Algunos de los Rishis parecen haber concedido la mayor importancia á esta supersensible fuente de conocimiento» (1).

Desde la más remota antigüedad, *la humanidad como á un todo siempre ha estado convencida de la existencia de una entidad personal espiritual en el interior del hombre físico personal*. Esta entidad interna era más ó menos divina, según su proximidad á la *corona—Chrestos*. Cuanto más íntima es la unión, tanto más sereno es el destino del hombre, y tanto menos peligrosas sus condiciones externas. Esta creencia no es ni fanatismo, ni superstición; no es más que un siempre presente é instintivo sentimiento de la proximidad de otro mundo espiritual é invisible, que, aunque sea subjetivo para los sentidos del hombre externo, es perfectamente objetivo para el ego interno. Además, creían en *la existencia de condiciones externas é internas, las cuales afectan la determinación de nuestra voluntad sobre nuestras acciones*. Rechazaban el fatalismo, porque el fatalismo implica la acción ciega de un poder todavía más ciego. Pero creían en el *destino*, que desde el nacimiento á la muerte cada hombre teje hilo por hilo en torno de sí, lo mismo que la araña teje su tela; y este destino es guiado, bien sea por aquella presencia llamada por algunos el ángel guardián, ó por nuestro mas íntimo é interno hombre astral, que con demasiada frecuencia solo es el mal genio del hombre de carne. Ambos conducen al hombre externo, pero uno de los dos debe prevalecer; y, desde el principio mismo del invisible combate, *la ley severa é implacable de la compensación* interviene y prosigue en su curso siguiendo fielmente las fluctuaciones. Cuando la última hebra está tejida, y el hombre se halla completamente

(1) Peary Chand Mitra: «La Psicología de los Aryas»; «Naturaleza humana», para Marzo, 1877.

envuelto en la red que él mismo ha fabricado, entonces se encuentra por completo bajo el imperio del destino que por *si mismo ha labrado*. Entonces éste, ó bien lo fija á la manera que la concha inerte está adherida á la inmóvil roca, ó, como si fuese una ligera pluma, lo lleva de acá para allá en el torbellino levantado por sus propias acciones.

Los más grandes filósofos de la antigüedad no encontraban ilógico ni extraño que «las almas se comunicaran con las almas y las dieran ideas relativas á las cosas futuras, ocasionalmente por medio de cartas, por un mero contacto, ó por medio de un vislumbre que les revelaba hechos pasados ó les anunciaba sucesos futuros», como nos dice Ammonius. Además, Lamprías y otros sostenían que si los espíritus ó almas desencarnadas podían descender á la tierra y convertirse en guardianes de hombres mortales, nosotros «no tenemos motivo para despojar á *las almas que están todavía en el cuerpo* de aquel poder por medio del cual las primeras conocen los sucesos futuros y pueden anunciarlos. No es probable», añade Lamprías, «que adquiriera el alma un nuevo poder de profecía después que se ha separado del cuerpo, que antes no poseía. Podemos deducir, más bien, *que poseía todos estos poderes durante su unión con el cuerpo, aunque con un grado menor de perfección...* Porque así como el Sol no brilla únicamente cuando sale de entre las nubes, sino que siempre irradia, y únicamente á causa de los vapores aparecía opaco y obscuro, del mismo modo no recibe el alma únicamente el poder de mirar en lo futuro cuando sale del cuerpo como de una nube, sino que este poder lo *ha poseído siempre*, aunque obscurecido por su conexión con lo terrestre».

Un ejemplo familiar de una de las fases del poder del alma ó cuerpo astral para manifestarse es el fenómeno del llamado espíritu-mano. En presencia de ciertos médiums, estos miembros al parecer sueltos que la voluntad desarrolla gradualmente de una niebla luminosa, cogen un lápiz, escriben mensajes, y se disuelven luego á la vista de los circunstantes. Muchos casos semejantes existen registrados por personas competentes y dignas de crédito. Estos fenómenos son reales, y merecen que se les preste una seria atención. Pero falsas «manos fantasma» han sido algunas veces tomadas por las verdaderas. En Dresde vimos una vez una mano y un brazo contruidos con el objeto de mistificar. Consistía en un ingenioso mecanismo de resortes que hacían que la máquina imitase á la perfección los movimientos del miembro natural; mirada exteriormente, exigía un muy escrupuloso examen para descubrir su carácter artificial. Para hacer uso de ello, el falso médium saca su brazo de la manga de su vestido, y en su lugar coloca al substituto mecanismo; entonces parece que ambas manos descansan sobre la mesa, cuando en

realidad una de ellas toca á los asistentes, se expone á la vista, golpea á los muebles, y produce otros fenómenos.

Los médiums, aptos para producir manifestaciones reales, son por regla general los menos idóneos para comprenderlas y explicarlas. Entre aquellos que con más lucidez han escrito acerca de estas manos luminosas, puede ser citado el Dr. Francis Gerry Fairfield, autor de *Diez Años entre los Médiums*, de cuya pluma apareció un artículo en la *Library Table* de Julio 19, 1877. A pesar de ser el mismo médium, es sin embargo un contrario decidido de la teoría espiritista. Discutiendo la cuestión de la «mano fantasma», atestigua que «esto el autor lo ha presenciado personalmente, bajo condiciones por el mismo establecidas, en su propia habitación, en plena luz del día, con el médium sentado en un sofá á una distancia de seis ú ocho pies de la mesa sobre la cual la aparición (mano) aparecía flotando. La aplicación á esta mano de los polos de un imán en forma de herradura la hizo oscilar de un modo perceptible, y produjo al médium violentas convulsiones—prueba asaz evidente de que *la fuerza causa del fenómeno era generada por su propio sistema nervioso*».

La deducción del Dr. Fairfield, de que la ondulante mano-fantasma es una emanación del médium, es lógica y correcta. El experimento del imán en forma de herradura prueba de una manera científica lo que todo kabalista afirmaría fundándose en la autoridad de la experiencia, no menos que en la filosofía. «La fuerza causa del fenómeno» es la voluntad del médium ejercida inconscientemente sobre el hombre externo, el cual, durante este interva-lo, está semi-paralizado y cataléptico; y la mano-fantasma, una proyección del hombre interno, ó su miembro astral. Este es aquel verdadero yo, cuyos miembros no puede amputar el cirujano, y que persisten después que la corteza externa ha sido cortada, y que (á pesar de todas las teorías del nervio termidor deteriorado ó comprimido expuestas en contrario) experimentan todas las sensaciones que las partes físicas experimentaban antes. Este es aquel cuerpo espiritual (astral), á quien no alcanza la corrupción. Inútil es argüir que estos son los espíritus-manos; porque, aun admitiendo que en las sesiones son atraídas al médium espíritus humanos de diversas categorías, y que ellos dirigen y producen algunas manifestaciones, sin embargo, para formar manos y caras objetivas se ven obligados á emplear, ó bien los miembros astrales del médium, ó los materiales que los elementales les proporcionan, ó también las combinadas emanaciones de las auras de las personas presentes. Los espíritus puros no quieren *ni pueden* manifestarse objetivamente; los que tal hacen no son espíritus puros, sino elementarios é impuros. Desgraciado del médium que es presa de tales entidades!

El mismo principio referente á la inconsciente producción de un miembro fantasmagórico por el médium en estado cataléptico, se aplica á la proyección de todo su «doble» ó cuerpo astral. Este puede ser proyectado por la voluntad del propio yo interno del médium, sin que éste conserve en su cerebro físico ningún recuerdo de semejante proceso, lo cual es una prueba de la capacidad dual del hombre. Esto puede también llevarse á cabo por medio de espíritus elementarios y elementales, con quienes puede el médium estar en la misma relación en que está el sujeto mesmerizado. Tiene razón el Dr. Fairfield en una de las afirmaciones que en su libro sienta, ó sea que los médiums están generalmente enfermos, y que en muchos, sino en la mayor parte de los casos, lo están también sus hijos y parientes más allegados. Pero está completamente equivocado al atribuir todos los fenómenos psíquicos á condiciones fisiológicas mórbidas.

Los Adeptos de la Magia Oriental están constantemente en un estado de perfecta salud, así mental como física, y de hecho la libre é independiente producción de fenómenos á nadie más que á ellos es posible. Hemos conocido á muchos de ellos, pero jamás hemos visto á uno solo que estuviese enfermo. El Adepto conserva una conciencia perfecta; no experimenta su cuerpo los cambios de temperatura ú otro signo de enfermedad; no exige «condiciones», sino que realizará sus maravillas en todo tiempo y do quiera que sea; y en lugar de permanecer pasivo y sujeto á una influencia extraña, gobierna las fuerzas con férrea voluntad. Pero ya en otra parte hemos demostrado que el médium y el Adepto son tan opuestos como los polos. Solo añadiremos aquí que el cuerpo, el alma y el espíritu del Adepto están todos conscientes y trabajan armónicamente, al paso que el cuerpo del médium es una masa inerte, y hasta su alma puede estar ausente durante un sueño, mientras que su habitación está ocupada por otro.

Un Adepto puede no solo proyectar y hacer visible una mano, un pié, ó cualquier otra parte de su cuerpo, sino aun el cuerpo entero. Nosotros hemos visto á uno de ellos hacer esto en pleno día, mientras que sus manos y pies estaban sujetas por un amigo escéptico, á quien deseaba asombrar (1). Poco á poco, surgió todo el cuerpo astral á manera de una nube vaporosa, hasta que, por fin, ante nosotros aparecieron dos formas de las cuales la segunda era el duplicado exacto de la primera, aunque algo más oscura.

(1) El corresponsal en Boulogne (Francia) de un periódico inglés dice que conoce á un caballero á quien le fué amputado un brazo á raíz del hombro, que está seguro de que posee un brazo espiritual, al cual vé, y actualmente palpa con su otra mano. Puede tocar cualquier cosa, y hasta levantar objetos con el brazo y mano espirituales ó fantásticos. Esta persona nada sabe de espiritismo. Referimos este hecho tal como ha llegado hasta



El médium no necesita ejercer ningún *poder de la voluntad*.— Basta que él ó ella sepan lo que los investigadores esperan. La entidad «espiritual» del médium, si no está obsesada por otros espíritus, obrará independientemente de la voluntad ó conciencia del ser físico tan seguramente como lo hace cuando se halla en el cuerpo durante el estado de sonambulismo. Sus percepciones internas y externas serán más sutiles y mucho más desarrolladas, como sucede precisamente con el sonámbulo. Y esto es así porque «la forma materializada sabe algunas veces más que el médium» (1), puesto que la percepción intelectual de la entidad astral es proporcionalmente tanto más elevada que la inteligencia corporal del médium en su estado normal, cuanto la entidad espiritual es más sutil que aquella. En general, al médium se le encontrará frío; el pulso habrá visiblemente cambiado, y un estado de postración nerviosa se sigue á los fenómenos que tan tonta ó inocentemente son atribuidos á espíritus desencarnados, siendo así que solo una tercera parte de los mismos pueden ser producidos por estos últimos, otra por los elementales y el resto por el doble astral del mismo médium.

Como quiera que sea, nosotros creemos firmemente que la mayor parte de las manifestaciones físicas, ó sea, todas aquellas que no necesitan ni dan muestras de inteligencia ni de un gran discernimiento, son producidas mecánicamente por el *scin-lecca* (el doble) del médium, de la propia suerte que una persona que esté sumida en profundo sueño hará cosas de las cuales no conservará probablemente el menor recuerdo cuando despierte. Los fenómenos puramente subjetivos solo en muy contados casos son debidos á la acción del cuerpo astral de la persona. En su mayor parte, y según sea la pureza moral, intelectual y física del médium, son efecto ó bien de elementarios, ó algunas veces de espíritus humanos muy puros. Los elementales nada tienen que ver con las manifestaciones subjetivas. En raras ocasiones, el *divino* espíritu del mismo médium es quien las dirige y produce.

Como dice Baboo Peary Chand Mittra en una carta (2) al Presidente de la Asociación Nacional de Espiritistas, Mr. Alexander Calder (3), «un espíritu es una esencia ó poder, y no tiene forma alguna... La idea misma de forma implica materialismo. Los espíritus (almas

nosotros sin que lo hayamos comprobado, y solo porque corrobora lo que hemos visto en el caso de un Adepto oriental. Este sabio eminente, y kabalista práctico, puede á voluntad proyectar su brazo astral, y con la mano, levantar, mover, y transportar objetos, hasta una considerable distancia del lugar en donde está sentado ó permanece. Nosotros le hemos visto frecuentemente atender de este modo á las necesidades de un elefante favorito.

(1) Respuesta á una pregunta de «La Asociación Nacional de Espiritistas», 14 de Mayo de 1877.

(2) «Opiniones de un budhista acerca de los Estados Espirituales».

(3) Véase el «London Spiritualist», 25 Mayo, 1877, p. 246.

astrales les diríamos nosotros)... pueden asumir formas durante algún tiempo, pero la forma no es su estado permanente. Cuanto más material es nuestra alma, tanto más lo son también nuestras nociones acerca de la naturaleza de los espíritus».

Epiménides, el Orfikos, era renombrado por su «sagrada y maravillosa naturaleza», y por la facultad que poseía su alma de abandonar su cuerpo *durante tan largo tiempo y con tanta frecuencia como quería*. Los antiguos filósofos que poseían este don pueden contarse por docenas. Apolonio abandonaba consciente é instantáneamente su cuerpo, pero debe tenerse presente que Apolonio era un Adepto, un «Mago». Si hubiese sido simplemente un médium, no hubiera podido llevar á cabo semejantes maravillas á *voluntad*. Empédocles de Agrigentum, el taumaturgo pitagórico, no exigió *condiciones* para detener una tromba de agua que se había desencadenado contra la ciudad. Ni necesitó de nadie para volver una mujer á la vida, como así lo hizo. Apolonio no empleaba habitaciones *oscuras* para producir sus aéreas maravillas. Desvaneciéndose repentinamente en el aire, ante los ojos de Domiciano y de una gran multitud de testigos (muchos millares) apareció una hora después en la gruta de Puteoli. Pero una investigación hubiera demostrado que, habiéndose hecho invisible su cuerpo físico por medio de la concentración del akasha en torno del mismo, pudo salir sin ser visto y refugiarse en algún sitio seguro de la vecindad, y una hora después aparecer su forma astral á sus amigos en Puteoli, pareciendo ser esta el hombre mismo.

Tampoco tenía necesidad de hallarse Simón Mago en estado de trance para elevarse por los aires en presencia de los apóstoles y de una multitud de testigos. «Para ello no se necesita de conjuración alguna ni de ceremonias; el formar círculos y gastar incienso son simples contrasentidos», dice Paracelso. El espíritu humano «es una cosa tan grande, que ningún hombre puede expresarla; así como Dios es eterno é inmutable, así lo es también el espíritu del hombre. Si comprendiéramos correctamente sus poderes, nada nos sería imposible en la tierra. La imaginación es robustecida y desarrollada *por medio de la fé en nuestra voluntad*. La fé debe fortalecer la imaginación, pues ella afianza la voluntad».

Una singular relación acerca de una entrevista personal de un Embajador Inglés, en 1783, con un Buddha reencarnado —vagamamente mencionada en el volumen I—, un niño de diez y ocho meses en aquel entonces, existe publicada en el *Asiatic Journal*, según el relato de un testigo de vista, el mismo Mr. Turner, el autor de *La Embajada al Thibet*. La cautelosa fraseología del escéptico que teme el ridículo público disimula muy mal el asombro y el estupor del testigo que desea al mismo tiempo relatar los hechos del modo más verídico posible. El niño lama recibió al embajador y á su séquito con una

dignidad y decoro tan naturales y desembarazados, que todos se quedaron atónitos de asombro. El aspecto de este niño, dice el autor, era el de un anciano filósofo, grave, reposado y excesivamente cortés. El embajador trató de hacer comprender al joven Pontífice el inconsolable dolor en que el Gobernador General de Galagata (Calcutta), la Ciudad de los Palacios, y el pueblo de la India estuvieron sumidos al saber su muerte, y la general satisfacción cuando recibieron la noticia de que había resucitado de nuevo en un joven y robusto cuerpo; á cuyo cumplido, el joven lama le miró, así como á su séquito, con ojos de singular complacencia y les obsequió con algunos dulces que había en una bandeja de oro. «El Embajador continuó diciendo que el Gobernador General esperaba que el lama podría continuar por largo tiempo iluminando al mundo con su presencia, y que la amistad que había hasta entonces existido entre ellos se robustecería todavía más en beneficio y ventaja de los inteligentes admiradores del Lama..... después de lo cual, la pequeña criatura miró fijamente al orador, é inclinó graciosamente por dos veces su cabeza en señal de asentimiento, como *si* comprendiese y aprobase las palabras que se acababan de pronunciar»(1).

Como *si* comprendiese!! *Si* el niño se condujo de la manera más natural y digna durante la recepción, y si «cuando las tazas de té quedaban vacías, manifestaba malestar, volvía atrás la cabeza, fruncía las cejas y no cesaba de hacer ruido hasta que las volvían á llenar», por qué no podía también comprender lo que se le decía?

Hace años que una pequeña partida de viajeros emprendimos penosamente un viaje desde Cachemira á Leh, una ciudad de Ladáhk (Thibet Central). Entre nuestros guías figuraba un Tártaro Shamano, un personaje muy misterioso que hablaba un poco el Ruso, pero que nada absolutamente sabía de Inglés; sin embargo, él se ingenió de modo que podía hablar con nosotros, lo que nos sirvió de gran provecho. Habiendo sabido que algunos de los que formaban nuestra partida eran Rusos, había imaginado que nuestra protección era omnipotente, y que podía permitirle poder con seguridad volver á su hogar siberiano, del cual, por razones desconocidas, había huido hacía unos veinte años, según nos dijo, al paso de los Tcha-gars (2) pasando por Kiachta y el Gran Desierto de Gobi. Teniendo en cuenta tan plausible motivo, nos consideramos seguros bajo su dirección. Brevemente exponremos la situación. Nuestros compañeros habían formado el descabellado plan de penetrar en el Thibet bajo diferentes disfraces. Ninguno de ellos conocía la lengua del país, excepto

(1) Véase «Mitología Inda» de Coleman.

(2) A los súbditos Rusos no les es permitido cruzar el territorio Tártaro, ni á los súbditos del Emperador de la China el ir á las factorías Rusas.

Mr. K-, que, habiendo aprendido algo el tártaro kasan, creía saberla. Como no hacemos mención de esto más que incidentalmente, bien podemos decir que á dos de ellos, los hermanos N-, se les hizo retroceder y se les condujo con toda clase de miramientos hasta la frontera antes de haber andado diez y seis millas por el encantado país del Bod Oriental, y á Mr. K-, un ex-ministro luterano, ni aun le fué dable abandonar su miserable aldea cerca de Leh, puesto que, desde los primeros días, tuvo que guardar cama postrado por la fiebre, y se vió precisado á volver á Lahore por la vía de Cachemira. Pero una cosa presenció que fué para él como si hubiese visto la reencarnación del mismo Buddha. Habiendo oído hablar de este «milagro» á un antiguo misionero ruso, en el cual creía que podía tener más confianza que en el Abate Huc, hacía muchos años que alimentaba el deseo de desenmascarar la «gran jugarreta» pagana, como él la llamaba. K- era un positivista, y se enorgullecía de este anti-filosófico neologismo. Pero su positivismo estaba condenado á recibir un golpe mortal.

A cuatro jornadas próximamente de Islamabad, y en una insignificante y miserable aldea cuya única perspectiva agradable era su lago, nos detuvimos para descansar algunos días. Nuestros compañeros se habían momentáneamente separado de nosotros, y la aldea debía ser nuestro punto de reunión. Aquí fué en donde supimos por nuestro shameano que una numerosa partida de «santos» Lamaicos, que iban en peregrinación á diferentes santuarios, se habían detenido y alojado en un antiguo templo-cueva, y establecido allí un Vihara provisional. Añadió que, como se decía que los «Tres Ilustres» (1) viajaban en su compañía, los Santos Bikshu (monjes) podían producir los más grandes milagros.

Mr. K-, enardecido con la perspectiva de desemascarar á este embuste de los siglos, fué enseguida á visitarles, y desde aquel momento se establecieron entre los dos campos las más cordiales relaciones.

El Vihara se hallaba situado en un aislado y muy romántico paraje seguro de toda intrusión. A despecho de todas las finas atenciones, de todos los presentes, y de todas las protestas de Mr. K-, el Jefe, que lo era Pase-Budhu (un asceta de gran santidad), rehusó verificar el fenómeno de la «encarnación» hasta que se le exhibió un cierto talismán que se hallaba en poder de la escritora de estas líneas (2).

(1) Estos son los representantes de la Trinidad Buddhista, Buddha, Dharma, y Sangha, ó Fo, Fa y Sengh, como son llamados en el Thibet.

(2) A ningún Bikshu no le es permitido aceptar nada directamente, ni aun de sus mismos paisanos laicos, y mucho menos todavía de un extranjero. Evitan cuidadosamente todo contacto corporal y hasta el rozarse con los vestidos de toda persona que no pertenezca á su comunidad especial. Así es que hasta las ofrendas presentadas por nosotros,

En cuanto lo vieron, hicieron enseguida los preparativos necesarios y se pidió y obtuvo que una pobre mujer de la vecindad proporcionara á un hijo suyo, una criaturilla de tres ó cuatro meses. Ante todo exigióse de Mr. K— el juramento de que no divulgaría lo que pudiese oír ó ver, durante el espacio de siete años. Este talismán es una simple ágata ó cornerina, conocida entre los Thibetanos y otros con el nombre de *A-yu*, la cual poseía naturalmente, ó le habían sido comunicadas muy misteriosas propiedades. Sobre la misma existe un triángulo grabado que contiene en su interior algunas palabras místicas (1).

Varios días pasaron antes de que todo estuviese dispuesto; durante los mismos nada ocurrió que tuviese carácter misterioso, excepto que, al mandato de un Bikshu, aparecieron ante nosotros caras espectrales procedentes del cristalino seno del lago, mientras nos hallábamos sentados á orillas del mismo, junto á la puerta del Vihar. Una de éstas tenía el aspecto de la hermana de Mr. K—, á quien él había dejado buena y contenta en su casa, pero que, como supimos después, había muerto algún tiempo antes de que él hubiese emprendido el viaje que estábamos realizando. De pronto la visión le afectó, pero, llamando á su escepticismo en su auxilio, tranquilizóse á sí mismo con teorías de sombras de las nubes, reflejos de ramas de árboles, tales como aquellas á las que acuden las gentes de su clase.

que consistían en piezas de *pou-lou* rojo y amarillo, una especie de tejido de lana que los lamas llevan generalmente, tuvieron que ser sometidas á extrañas ceremonias. Les está prohibido: 1.º, pedir ó mendigar nada—aunque se estén muriendo de hambre—teniendo que esperar á que voluntariamente les sea ofrecido; 2.º, tocar oro ni plata con sus manos; 3.º, tomar un bocado de alimento aun cuando les sea presentado, á menos que el donante diga distintamente al discípulo: «Esto es para que vuestro maestro lo coma». Después de esto, volviéndose el discípulo al *pazen*, tiene que ofrecer el alimento á su vez, y cuando ha dicho: «Maestro, esto es permitido; tomad y comed», entonces únicamente puede el lama tomarlo con la mano derecha y participar del mismo. Todas nuestras ofrendas tuvieron que ser sometidas á semejantes purificaciones. Cuando las monedas de plata, y unos pocos puñados de annas (una moneda de cobre equivalente á cuatro céntimos), fueron en diferentes ocasiones ofrecidas á la comunidad, ante todo, un discípulo se envolvía la mano en un pañuelo amarillo, y recibíendolas en la palma, inmediatamente vertía la suma en el *Badir*, llamado en otras partes *Sabit*, un recipiente sagrado, generalmente de madera, destinado para las ofrendas.

(1) Estas piedras son tenidas en gran veneración entre los Buddhistas y Lamaistas; el trono y cetro de Buddha están adornados con ellas, y el Taley-Lama lleva una en el cuarto dedo de su mano derecha. Se las encuentra en los Montes Altai, y cerca del río Yarkuh. Nuestro Talismán era un regalo de un *Heiloung*, el venerable sumo sacerdote de una tribu kalmuko. Aunque son considerados como apóstatas de su primitivo Lamaismo, estos nómadas mantienen amistosas relaciones con sus hermanos Kalmukos, los Chokhots del Thibet Oriental y los Kokonor, y hasta con los Lamaistas de Lha-Ssa. Las autoridades eclesiásticas, sin embargo, no quieren tener relaciones con ellos. Nosotros hemos tenido numerosas oportunidades para trabar conocimiento con este interesante pueblo de las Estepas de Astrakhán, pues hemos vivido en sus Kibitkas en nuestra juventud y participado de la espléndida hospitalidad del Príncipe Tumene, su difunto jefe, y de su princesa. En sus ceremonias religiosas, emplean los Kalmukos trompetas construidas con los huesos de los muslos y brazos de sus difuntos jefes y sumos sacerdotes.

Conducido el niño al Vihara, la tarde para ello convenida, fué dejado en el vestíbulo ó sala de recepción, pues K- no podía penetrar más que hasta allí, en el santuario provisional. El niño fué colocado entonces sobre un pedazo de alfombra y conducido al centro de la sala, y habiendo mandado salir á todos cuantos no pertenecían á la partida, colocáronse «dos mendicantes» á la puerta, á fin de impedir que entraran los intrusos. Entonces todos los lamas se sentaron en el suelo, con sus espaldas pegadas á los muros de granito, de modo que todos estaban separados del niño por un espacio de diez pies al menos. El Superior se sentó en el rincón más apartado sobre una pieza cuadrada de piel que para él habian tendido allí los *criados*. Solo M. K- se colocó junto al niño espiando cada uno de sus movimientos con el mayor interés. La única condición que se nos impuso fué la de que debíamos guardar el más absoluto silencio y esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos ulteriores. La luz resplandeciente del Sol penetraba al través de la abierta puerta. Gradualmente cayó el «Superior» en lo que parecía un estado de meditación profunda, mientras que los demás, después de una corta invocación á *sotto voce*, guardaron súbitamente silencio, y se quedaron mirando como si estuviesen completamente petrificados. Era sin embargo un silencio opresivo, pues el lloriqueo del niño era lo único que se percibía. Hacía algunos momentos que estábamos allí sentados, cuando los movimientos de los miembros del niño cesaron de repente y pareció que su cuerpo se quedaba rígido. K- vigilaba atentamente todos los movimientos, y dos de nosotros, por medio de una rápida ojeada, nos convencimos con satisfacción de que todos los presentes permanecían sentados é inmóviles. El Superior, con su mirada fija en el suelo, ni siquiera miraba al niño, sino que, pálido é inmóvil, más bien parecía la estatua de bronce de un Talapoin en meditación que un ser viviente. Súbitamente, y con gran sorpresa nuestra vimos al niño, no levantarse, sino sentarse como si fuera violentamente impulsado á ello. Después de haber recibido algunas sacudidas más, y á manera de un autómatas puesto en movimiento por ocultos alambres, el niño de cuatro meses se puso en pié! Imagínese nuestro asombro y estupefacción y el horror de Mr. K-. Ni una sola mano se había desplegado, ni un solo movimiento ejecutado; ni una sola palabra se había pronunciado; y sin embargo allí estaba presente, en pié, erguido y firme como un hombre, un infante de los que se llevan envueltos en pañales!

El resto de esta historia la citaremos de una copia tomada de las notas escritas acerca de este asunto por Mr. K- aquella misma tarde, y que nos fueron facilitadas para el caso de que aquéllas no llegaran al lugar que las destinaba, ó no pudiese ver el escritor nada más.

«Después de vacilar uno ó dos minutos», escribe K-, «el niño volvió

su cabeza y me miró con una expresión de inteligencia que era sencillamente imponente! Esto me produjo un estremecimiento. Me pellizqué las manos, y me mordí los labios hasta casi hacerme brotar sangre para estar seguro de que no estaba soñando. Pero esto no fué más que el prólogo. La milagrosa criatura, dando, *según yo imaginé*, dos pasos hacia mí, volvió á sentarse, y, sin separar sus ojos de los míos, repitió sentencia por sentencia, en lo que yo supuse ser la lengua thibetana, las mismas palabras que, según se me había dicho antes, se pronuncian comunmente en las encarnaciones de Buddha: 'Yo soy el anciano Lama; Yo soy su espíritu en un nuevo cuerpo'. Entonces sentí un verdadero terror; los cabellos se me erizaron y la sangre se heló en mis venas. Aun cuando me hubiera debido cortar la vida no habría sido capaz de articular una sola palabra. Allí no había superchería alguna ni ventriloquismo. Los labios del niño se movían, y sus ojos parecían escudriñar mi misma alma *con una expresión tal que me hacía pensar que era la cara del mismo Superior*, sus ojos, su mirada misma lo que yo estaba contemplando. Parecía como *si su espíritu hubiese penetrado en aquél pequeño cuerpo, y me estuviese mirando al través de la transparente máscara de la faz del niño*. Sentí que el vértigo se apoderaba de mi cerebro. El niño se adelantó hacia mí y puso su diminuta mano sobre la mía. Me estremecí como si me hubiesen tocado con un carbón encendido; é, incapaz de soportar la escena por más tiempo, me cubrí el rostro con las manos. Pero esto no fué más que por un instante; cuando las separé, el pequeño actor se había convertido de nuevo en niño llorón, y un momento después yacía echado de espaldas, y lanzaba un grito plañidero. El Superior había recobrado su estado normal y la conversación continuó.

»Solo después de una serie de experimentos similares que se prolongaron durante un periodo de más de diez días, logré darme cuenta de que había presenciado el fenómeno asombroso é increíble descrito por algunos viajeros, pero que yo había considerado siempre como una impostura. Entre una infinidad de preguntas que no obtuvieron respuesta, á pesar de mis reiteradas instancias, el Superior dejó deslizar un dato que debe ser considerado como altamente significativo. 'Qué hubiera sucedido', pregunté por mediación del shamano, 'si mientras el niño estaba hablando, en un momento de loco terror, pensando que era el «Diablo», le hubiese muerto?' A esto contestó él que si el golpe no hubiese sido mortal instantáneamente, *solo* el niño hubiera sido muerto. 'Pero', continué yo, 'suponed que hubiese sido tan rápido como el rayo'. 'En tal caso', fué la contestación, '*también me hubierais muerto á mí!*'»

En el Japón y en Siam, existen dos órdenes de sacerdotes, de las cuales la una es pública, y se relaciona con el pueblo, siendo la otra

estrictamente privada. Esta última jamás se presenta en público; su existencia solo es conocida de algunos muy contados naturales del país, jamás de los extranjeros. Sus poderes jamás son exhibidos en público, ni tampoco, después de todo, más que en raras ocasiones de la mayor importancia, en cuyo caso las ceremonias son ejecutadas en templos subterráneos ó inaccesibles, y en presencia únicamente de unos pocos escogidos, que con sus cabezas responden del secreto. Entre tales ocasiones están incluidas aquellas en que ocurren defunciones en la familia Real, ó las de elevados dignatarios afiliados á la Orden. Una de las exhibiciones del poder de estos magos que son más misteriosas y que más impresión producen, es la de la separación del alma astral de los incinerados restos de los seres humanos, ceremonia igualmente practicada en algunas de las más importantes lamaserias del Thibet y Mongolia.

En Siam, Japón y en la Gran Tartaria, existe la costumbre de fabricar medallones, estatuillas é ídolos, con las cenizas de las personas incineradas. Estas (1) cenizas se mezclan con agua formando así una pasta, y, después de dar á ésta la forma que se desea, se las cuece á fin de endurecerlas y luego se las da un baño de oro. La Lamaseria de Ou-Tay, en la provincia de Chan-Si, Mongolia, es la más famosa para esta clase de labor, y las personas pudientes mandan allí los huesos de sus difuntos parientes, para que los pulvericen y modelen. Cuando el adepto en magia se propone facilitar la retirada del alma astral de los difuntos, la cual de otra suerte, según ellos piensan, podría durante un espacio de tiempo indefinido permanecer atontada *dentro* de las cenizas, se recurre al procedimiento siguiente. El polvo sagrado es colocado en montón sobre una placa metálica fuertemente magnetizada, del tamaño del cuerpo de un hombre. Entonces el adepto lo aventa suave y dulcemente con el *Talapat Nang* (2), un abanico de forma particular en el cual hay ciertos signos inscritos, murmurando al mismo tiempo una forma de invocación. Al momento las cenizas, como si estuviesen dotadas de vida, se esparcen suavemente formando una tenue envoltura que asume los contornos que tenía el cuerpo antes de la cremación. Luego surge gradualmente una especie de vapor blanquecino, que después de algún tiempo asume la forma de una columna en posición vertical, y condensándose se transforma finalmente en el «doble» ó duplicado astral ó etéreo del

(1) Los Kalmukos budhistas de las estepas de Astrakán tienen la costumbre de construir sus ídolos con las incineradas cenizas de sus príncipes y sacerdotes. Una parienta de la autora posee en su colección algunas pequeñas pirámides formadas con las cenizas de Kalmukos eminentes que le fueron regaladas por el mismo príncipe Tumene en 1836.

(2) El abanico sagrado usado por los sumos sacerdotes en lugar de sombrilla.



difunto, el cual á su vez se disuelve en aire sutil y desaparece de la vista humana (1).

Los magos de Cachemira, del Thibet, de Mongolia y de la Gran Tartaria son demasiado bien conocidos para que necesiten que nos ocupemos de ellos. Si son *prestidigitadores*, invitamos á los más expertos prestidigitadores de Europa y de América á que compitan con ellos si pueden.

Si nuestros sabios son incapaces de imitar el embalsamamiento de las momias de los Egipcios, cuánta mayor no seria su sorpresa si viesen, como nosotros hemos visto, cuerpos muertos conservados por medio de procedimientos alquímicos de un modo tal que, después del transcurso de siglos, parecen individuos que están durmiendo. Sus caras estaban tan frescas, su piel era tan elástica, sus ojos tan naturales y brillantes, como si estuviesen en perfecto estado de salud y solo hubiera transcurrido un momento desde que las ruedas de la vida se habían paralizado. Los cuerpos de algunos muy eminentes personajes están colocados sobre catafalcos en suntuosos mausoleos, algunas veces dorados y hasta cubiertos con verdaderas planchas de oro; tienen en torno de sí sus armas favoritas, sus joyas y utensilios de uso diario, así como un séquito de jóvenes criados de ambos sexos en la flor de la juventud, pero que no son sin embargo más que cadáveres conservados como sus dueños, que parece como si estuviesen prontos á servir cuando se les llame. En el Convento del Gran Kouren, y en otro situado sobre la Montaña Santa (Bohté Oula), dicese que existen algunas de semejantes sepulturas, las cuales han sido respetadas por todas las hordas conquistadoras que inundaron aquellos países. El Abate Huc oyó decir que tales sepulturas existen, pero no pudo ver ninguna, pues esto no se permite á ningún extranjero, cualquiera que sea, y los misioneros y viajeros Europeos, que no van provistos del indispensable salvo-conducto, son los últimos de todas las personas á quienes se permitiría aproximarse á los lugares sagrados. El relato de Huc de que las tumbas de los Soberanos Tártaros están rodeadas de niños á quienes se obligó á tragar mercurio hasta que se ahogaron, por cuyo medio el color y frescura de las víctimas se conserva tan bien que parece que están vivas, es una de las gratuitas fábulas inventadas por los misioneros que solo hacen mella sobre los ignorantes que todo lo aceptan de oídas.

Los Buddhistas jamás han inmolado víctimas, ya sean humanas, ya animales. Esta práctica es absolutamente contraria á los principios de su religión, y nunca ningún Lamaista ha sido de ello acusado. Cuando un hombre rico deseaba ser enterrado en *compañía*, se

(1) Véase vol. I, p. 608.

mandaban emisarios á través del país, junto con los lamas embalsamadores, y se elegían con este objeto á niños que hacia pocos momentos que acababan de morir de muerte natural. Los padres pobres se consideraban muy dichosos, con poder conservar á sus difuntos hijos de esta poética manera, en lugar de abandonarlos á la podredumbre y á las bestias feroces.

Cuando el Abate Huc estuvo en París, á su vuelta del Thibet, contó, entre otras maravillas á las cuales no se ha dado publicidad, á Mr. Arsenieff, un caballero ruso, el siguiente curioso hecho del cual fué testigo durante su larga estancia en la lamasería de Kounboun. Un día, mientras estaba hablando con uno de los lamas, éste cesó súbitamente de hablar y tomó la atenta actitud de uno que escucha algo que se le comunica, aunque él (Huc) no oía ni una sola palabra. «En este caso yo debo ir», prorrumpió de pronto el lama como si contestara á lo que se le decía.

«¿Ir á dónde?», preguntó el asombrado «lama de Jehovah» (Huc). «¿Y con quién estáis hablando?»

«A la lamasería de \*\*\*», respondió tranquilamente. «El Shaberon me necesita; él es quien me ha llamado».

Ahora bien, esta lamasería estaba á muchas jornadas de la de Kounboun, en la cual la conversación tuvo lugar. Pero lo que al parecer asombró más á Huc fué que, en vez de emprender el lama su viaje, se dirigió sencillamente hacia una especie de cúpula situada en el terrado de la casa en que vivían, y otro lama, después de haber cambiado algunas palabras, les siguió, y, pasando por en medio de ellos, encerró bajo llave en la misma á su compañero. Volviéndose entonces á Huc, después de unos pocos segundos de meditación, sonrióse y participóle que el huésped había ya partido.

«Pero cómo ha podido hacerlo?, pues le habéis encerrado aquí dentro, y la habitación no tiene salida ninguna?», insistió el misionero.

«¿Y qué clase de obstáculo es para él una puerta?», respondió el guardián. «El que ha partido es él mismo; *su cuerpo no es necesario, y por esto lo ha dejado á mi cuidado*».

A pesar de las maravillas que Huc había presenciado durante su peligroso viaje, su opinión era que ambos lamas le habían engañado. Pero tres días después, como no viera á su habitual amigo y huésped, preguntó por él, á lo que se le contestó que por la tarde volvería. Al ponerse el sol, y en el preciso momento en que los demás lamas estaban disponiéndose para retirarse, oyó Huc la voz de su amigo ausente, como si lo llamase desde las nubes á su compañero para que le abriese la puerta. Mirando hacia arriba, percibió la silueta del «viajero» tras la celosía de la habitación en donde había sido encerrado. En cuanto bajó, fué directamente á ver al Gran Lama de Kounboun, al cual transmitió ciertos mensajes y órdenes del lugar

que él pretendía acababa de dejar. No pudo Huc adquirir de él más noticias respecto de su aéreo viaje. Pero él siempre creyó, según dice, que esta «farsa» tuvo algo que ver con las inmediatas y extraordinarias preparaciones que se hicieron para llevar á cabo la expulsión de ambos misioneros, de él y del Padre Gabet de Chogortan, lugar perteneciente al Kounboun. Las sospechas del atrevido misionero pueden haber estado bien fundadas, en vista de su imprudente curiosidad é indiscreción.

Si el Abate hubiese estado versado en la filosofía Oriental, no hubiera encontrado grandes dificultades para comprender así el vuelo del cuerpo astral del lama á la distante lamasería, en tanto que su forma física permanecía atrás, como la conversación consabida con el Saberon, que para él era inaudible. Los recientes experimentos hechos en América con el teléfono, á los cuales aludimos en el Capítulo V de nuestro primer volumen, y que han sido notablemente perfeccionados desde que aquellas páginas se dieron á la prensa, demuestran que la voz humana y los sonidos de los instrumentos musicales pueden ser por medio de un alambre telegráfico transmitidos á gran distancia. Los filósofos herméticos enseñaban, como hemos visto, que la desaparición de una llama de la vista, en manera alguna implica su extinción total, pues no ha hecho más que pasar del mundo visible al invisible, y puede por lo tanto ser percibida por el sentido interno de la visión, el cual está adaptado para ver las cosas de aquel otro y más real universo. La misma regla se aplica al sonido. Así como el oído físico percibe las vibraciones de la atmósfera hasta un cierto punto, que sin embargo no es exactamente fijo, sino que varía con los individuos, del mismo modo el Adepto cuyo oído interno ha sido desarrollado puede percibir el sonido en este punto de fuga y oír indefinidamente sus vibraciones en la luz astral. No tiene necesidad de alambres espirales ó tornavoces, pues su poder de voluntad le basta. Oyendo con el espíritu, ni el tiempo ni la distancia le presentan dificultad alguna, de suerte que puede conversar con otro Adepto que esté en los antípodas, con la misma facilidad que si estuviesen en la misma habitación.

Afortunadamente podemos presentar numerosos testigos para corroborar nuestro aserto, los cuales, sin ser en modo alguno Adeptos, han oído sin embargo el sonido aéreo de la música y de la voz humana cuando el instrumento y el que hablaba se hallaban á millares de millas del lugar en que nos hallábamos sentados. En aquel mismo momento ellos oían interiormente, si bien suponían que solo eran empleados sus órganos físicos de audición. El Adepto, por medio de un simple esfuerzo del poder de su voluntad, les había comunicado por un breve momento la misma percepción del espíritu del sonido de la cual él goza constantemente.

Si solo se pudiese persuadir á nuestros hombres de ciencia á que examinaran en vez de ridiculizar la antigua filosofía del triple carácter de todas las fuerzas naturales, pronto marcharían á pasos agigantados hacia el descubrimiento de la esplendorosa verdad, en vez de marchar como lo hacen hasta ahora á paso de tortuga. Los experimentos del Dr. Tyndall en el South Foreland en Dover, en 1875, dieron claramente al traste con todas las teorías anteriores referentes á la transmisión del sonido, y los que verificó con las llamas sensitivas (1) le condujeron al mismo umbral de la ciencia oculta. Un paso más, y hubiera comprendido cómo pueden los Adeptos hablar á grandes distancias. Pero este paso *no será* dado. Acerca de su—en verdad—sensitiva y mágica llama, dice: «El más ligero golpe dado sobre un distante yunque es causa de que disminuya hasta siete pulgadas. Cuando se sacude un manojo de llaves, la llama se agita violentamente y emite un fuerte ruido. Si se deja caer una moneda de plata de medio chelin en una mano que ya contenga otras monedas, la llama sufre un notable descenso. El crujido de unas botas le produce una violenta conmoción. El manoseo ó desgarrar de un pedazo de papel, ó el roce de un vestido de seda, le causan el mismo efecto. Respondiendo á cada tic-tac de un reloj que tenga cerca de sí, decae y hace explosión. El dar cuerda á un reloj, la agita. Desde una distancia de treinta yardas, podemos excitar á esta llama, y hacerla extinguir y rugir. Copiando un párrafo de la *Faërie Queene*, la llama examina y selecciona los múltiples sonidos de mi voz, respondiendo á algunos con una ligera inclinación, á otros con una profunda reverencia, mientras que á otros contesta con una violenta agitación».

Tales son las maravillas de la moderna ciencia física; pero á costa de cuántos aparatos, de ácido carbónico y de gas; de silbatos, trompetas, gongos y campanas americanas y canadienses! Los pobres paganos no poseen semejante *impedimenta*, á pesar de lo cual—querrá creerlo la ciencia Europea—producen los mismísimos fenómenos. En cierta ocasión en que se presentó un caso de excepcional importancia y se llamó á un «oráculo», vimos la posibilidad de lo que anteriormente habíamos negado con gran vehemencia, ó sea, que un simple mendicante hiciera dar respuestas á una llama sensitiva por medio de llamaradas que emitía, pero esto sin ninguna clase de aparato. Encendióse una hoguera con ramas de *Beal*, y se arrojaron á la misma algunas hierbas destinadas al sacrificio. El mendigo estaba sentado junto á la hoguera inmóvil y absorto en profunda meditación. Durante los intervalos que mediaban entre las preguntas, el fuego ardía con dificultad y parecía próximo á extinguirse,

(1) Véanse sus «Conferencias sobre el Sonido».

pero cuando aquéllas eran propuestas, las llamas saltaban rugiendo hacia el cielo, revoloteaban, se inclinaban y lanzaban flamígeras y brillantes lenguas en dirección del este, oeste, norte ó sur, pues cada movimiento tiene su significado especial según un código de señales bien conocido. De vez en cuando la llama se hundía en la tierra y sus lenguas de fuego lamían el césped en todas direcciones, desapareciendo súbitamente y dejando solo una capa de brillante rescoldo. En cuanto terminó la conferencia con los espíritus llama, el Bikshu (mendicante) se volvió á la selva en donde vivía, entonando un monótono y lastimero canto, cuyo ritmo seguía la llama, no meramente con simples movimientos como lo hacía la que el Prof. Tyndall dice que leyó en *Faërie Queene*, sino por medio de una maravillosa modulación de silbidos y rugidos que duraron hasta que el Bikshu se perdió de vista. Entonces, como si su misma vida se hubiese extinguido, se desvaneció, dejando una capa de cenizas ante los ojos de los asombrados espectadores.

En el Thibet Occidental y Oriental, así como en todos los demás países en donde el Buddhismo predomina, existen dos distintas religiones, lo mismo que sucede en el Brahmanismo, esto es, la filosofía secreta y la religión popular. La primera es la de los secuaces de la doctrina de la secta de los Sutrántika (1), los cuales se atienen estrictamente al espíritu de las enseñanzas originales de Buddha, las cuales demuestran la necesidad de la percepción *intuitiva*, y todas las consecuencias que de la misma se derivan. Estos no divulgan el resultado de sus investigaciones, ni permiten que se hagan públicas.

«Todos los *compuestos* son perecederos», fueron las palabras postreras que los labios del moribundo Gautama pronunciaron, cuando bajo el árbol-Sâl se preparaba para entrar en Nirvana. «El espíritu es la única, elemental y primordial unidad, y cada uno de sus rayos es inmortal, infinito é indestructible. Guardaos de las ilusiones de la materia». El Buddhismo fué difundido por todo el Asia, y aun más allá, por Dharm-Asôka, el nieto del taumaturgo Chandragupta, el ilustre rey que rescató el Punjáb de manos de los Macedonios —si es que después de todo estuvieron alguna vez en el Punjáb—y que recibió á Megásthenes en su corte de Pataliputra. Dharm-Asôka fué el más grande de los Reyes de la dinastía Maûrya. De libertino y ateo se convirtió en Pryâdasi, el «amado de los dioses», y la pureza de sus filantrópicas miras jamás fué sobrepujada por ningún otro legislador terreno. Su recuerdo ha vivido durante siglos en los corazones de los Buddhistas, y ha sido perpetrado en las laudatorias inscripciones grabadas en distintos dialectos populares en las colum-

(1) De la palabra compuesta sùtra, máxima ó precepto, y antika, secreto ó íntimo.

nas y rocas de Allahabad, Delhi, Guzerat, Peshawur, Orissa y en otros lugares (1). Su famoso abuelo había reunido á la India entera bajo su poderoso cetro. Cuando los Nagas, ó adoradores de la serpiente de Cachemira, fueron convertidos gracias á los esfuerzos de los apóstoles enviados por los Sthaviras del tercer concilio, la religión de Gautama se difundió á manera de fuego irresistible. Gándhara, Cabul, é igualmente muchas de las Satrapias de Alejandro el Grande, aceptaron la nueva filosofía. El Buddhismo de Nepal es el que menos se ha separado de la antigua fé primitiva; así es que puede probarse que el Lamaísmo de Tartaria, de Mongolia y del Thibet, el cual es una rama directa procedente de aquél país, es el más puro Buddhismo. Lo repetimos, el Lamaísmo propiamente dicho no es más que una forma exterior de ritos.

Los Upásakas y las Upásikas, ó sea hombres y mujeres semi-monásticos y semi-laicos, deben, al igual que los monjes lamas, abstenerse por completo de violar ninguna de las reglas de Buddha, y estudiar asimismo á *Meipo* y á cada uno de los fenómenos psicológicos. Todos aquellos que se hacen culpables de alguno de los «cinco pecados» pierden todo derecho á congregarse en compañía de la piadosa comunidad. La más importante de estas reglas es la de *no maldecir en manera alguna, porque la maldición vuelve sobre el que la lanza, y con frecuencia cae también sobre sus inocentes parientes que respiran la misma atmósfera que el que la pronuncia*. Amarse unos á otros é igualmente á nuestros más crueles enemigos; sacrificar nuestras vidas aun cuando sea en beneficio de los animales, hasta el extremo de abstenerse de usar armas defensivas; ganar la más grande de las victorias, conquistándose á uno mismo; huir de todos los vicios; practicar todas las virtudes, en especial la humildad y la dulzura; obedecer á los superiores, amar y respetar á los padres, á los ancianos, al saber y á los hombres santos y virtuosos; proveer el alimento, abrigo y bienestar de los hombres y animales; plantar árboles en los caminos y abrir pozos para comodidad de los viajeros: tales son los deberes morales de los Buddhistas. Toda Ani ó Bikshuni (monja) está sujeta á estas leyes.

Numerosos son los santos Buddhistas y Lamaístas que han sido renombrados por la gran santidad de sus vidas, y por sus «milagros». Así es que Tissu, el instructor espiritual del Emperador, que consagró á Kublaï-Khan, el Nadir-Shah, era conocido en todas partes, tanto por la gran santidad de su vida como por las muchas maravillas que obraba. Pero no se limitó únicamente á milagros sin objeto, hizo algo

(1) Es evidentemente injusto comparar á Asóka con Constantino, como hacen algunos Orientalistas. Si baj el punto de vista religioso y político, hizo Asóka por la India lo que se pretende que Constantino realizó por el Mundo Occidental, toda similitud entre ambos se reduce á esto.

mejor que todo esto. Tissu purificó completamente su religión. Se dice que obligó á Kublai á que de una sola provincia de la Mongolia Meridional expulsara de los conventos á 500.000 monjes impostores, que hacían de su profesión un pretexto para vivir en el vicio y en la ociosidad. Entonces los Lamaístas tenían á su gran reformador, el Shaberon Son-ka-po, que se pretende fué concebido de una manera inmaculada por su madre, una virgen del Koko-nor (siglo catorce), el cual es otro taumaturgo. El árbol sagrado de Kounboum, el árbol de las 10.000 imágenes, que, á consecuencia de la degeneración de la fé verdadera, habla cesado de brotar durante varios siglos, echó entonces nuevos brotes y floreció más vigorosamente que nunca del cabello de este avatar de Buddha, dice la leyenda. La misma tradición le hace ascender (á Son-ka-po) á los cielos en 1419. Opuestamente á la idea corriente, pocos de estos santos son *Khubilhans*, ó Shaberonos, reencarnaciones.

Muchas de las lamaserias contienen escuelas de magia, pero la más célebre es el monasterio colegio de Shu-Tukt, en donde existen más de 30.000 monjes adscritos al mismo, constituyendo la lamasería una pequeña ciudad. Algunas de las monjas poseen poderes psicológicos maravillosos. Nosotros hemos encontrado á algunas de estas mujeres en su viaje desde Lha-Ssa á Candi, la Roma del Budhismo, con sus milagrosos sepulcros y reliquias de Gautama. Para evitar encontrarse con musulmanes y con otras sectas, viajan solamente de noche, sin armas y sin el menor temor de los animales salvajes, *pues éstos no las atacarán*. Al apuntar el día, se refugian en cuevas y viharas que sus correligionarios les tienen preparadas á distancias calculadas; pues, no obstante el hecho de que el Budhismo se ha refugiado en Ceilán, y de que nominalmente existen pocos Buddhistas en la India Inglesa, á pesar de todo, las secretas Byauds (Fraternidades) y viharas buddhistas son numerosas, y todo Jain se complace en favorecer indistintamente á Buddhistas y Lamaístas.

En nuestro deseo de presenciar fenómenos ocultos, ansiando poseer más conocimientos, uno de los más interesantes que hemos presenciado fué producido por uno de estos pobres viajeros Bikshu. Esto tuvo lugar hace años y en una época en que semejantes manifestaciones eran nuevas para la autora de estas líneas. Fuimos invitados á visitar á los peregrinos por un amigo buddhista, un místico caballero natural de Cachemira, de padres Katchi, pero buddhalamaísta converso y que ordinariamente reside en Lha-Ssa.

«¿Por qué llevan este manojo de plantas muertas?» preguntó una de las Bikshuni, una mujer alta, demacrada y entrada en años, señalando un gran ramillete de bellas, frescas y fragantes flores que yo llevaba en las manos. «Muertas?» contestamos interrogativamente. «Pues si no hace más que un momento que han sido cogidas en el jardín?»

«Y sin embargo, están muertas», contestó ella gravemente. «Acaso no es morir el nacer en este mundo? Ved cómo son estas hierbas cuando vivas en el mundo de la eterna luz, en los jardines de nuestro bendito Foh!»

Sin moverse del sitio del suelo en que estaba sentada, tomó la Ani una flor del ramillete, colocóla en su falda, y empezó á acumular, aparentemente sobre la misma, grandes puñados, materia invisible de la atmósfera circundante. Pronto empezó á percibirse una muy tenue nubecilla de vapor, que lentamente tomó forma y color, hasta que, manteniéndose en equilibrio en medio del aire, apareció una copia de la flor que le habíamos dado. Era una copia fiel del original hasta en sus más ligeros pétalos y matices, pero mil veces más hermosos sus colores y su belleza más exquisita, de la propia suerte que el glorificado espíritu humano es más bello que su cáscara física. Flor tras flor, hasta la hierba más diminuta, fueron así reproducidas y hechas desaparecer, reapareciendo según nuestro deseo, y hasta á nuestro simple pensamiento. Habiendo escogido una rosa en plena florecencia, la sosteníamos con el brazo extendido, y en pocos minutos nuestro brazo, mano y la flor, perfectos en cada uno de sus detalles, aparecieron reflejados en el espacio vacío á distancia de unas dos yardas del sitio en donde estábamos sentados. Pero al paso que la flor apareció hermosa hasta un punto imposible de describir, y tan etérea como las demás flores espíritus, el brazo y la mano aparecieron como una mera reflexión en un espejo, y lo mismo sucedió con respecto á una gran mancha que sobre el antebrazo había impreso una porción de tierra húmeda que estaba pegada á una de las raíces. Posteriormente supimos la razón de esto.

Hace unos cincuenta años que el Dr. Francis Victor Broussais dijo una gran verdad cuando declaró que: «Si el magnetismo fuera verdad, la medicina sería un absurdo». El magnetismo *es* verdad, pero en cuanto á que la medicina sea un absurdo no contradeciremos al sabio francés. El magnetismo, como hemos demostrado, es el alfabeto de la magia. Es inútil intentar comprender la teoría ó la práctica de esta última, hasta que se conoce el principio fundamental de las atracciones y repulsiones magnéticas á través de la naturaleza.

Muchas de las llamadas supersticiones populares no son más que claros indicios de una instintiva percepción de esta ley. Al vulgo, la experiencia de muchas generaciones le ha enseñado que ciertos fenómenos ocurren bajo condiciones fijas, y que colocándose en dichas condiciones obtiene los resultados apetecidos. Ignorando las leyes, se explica el hecho por medio del supernaturalismo, pues la experiencia ha sido su único instructor.



En la India, lo mismo que en Rusia y que en algunos otros países, existe una repugnancia instintiva en pasar á través de la sombra de un hombre, en especial si tiene el pelo rojo; y, en el primero de estos países, sienten sus naturales una repugnancia extrema en estrechar la mano á persona de otra raza. No son estas cosas fantasías ridículas. Toda persona emite un efluvio magnético ó aura, y puede un hombre gozar de una perfecta salud física, pero al mismo tiempo puede su efluvio tener un carácter morboso para otras personas que son sensibles á semejantes sutiles influencias. El Dr. Esdaile y otros mesmerizadores hace largo tiempo que nos han enseñado que los Orientales, en especial los Indos, son más susceptibles que las razas blancas. Los experimentos del Barón Reichenbach—y, de hecho, las experiencias del mundo entero—demuestran que los efluvios magnéticos que proceden de las extremidades son los más intensos. Las manipulaciones terapéuticas prueban esto. Los apretones de manos son, por lo tanto, lo más propio para comunicar condiciones magnéticas antipáticas, por lo cual hacen sabiamente los Indos en conservar constantemente en su mente su antigua superstición que recibieron de Manú.

En casi todos los países hemos visto que el magnetismo de un hombre de pelo rojo es instintivamente temido. Podríamos citar proverbios Rusos, Persas, Georgianos, Indostanos, Franceses, Turcos y hasta Alemanes, para demostrar que el vulgo supone que las complejiones rojizas van acompañadas de la traición y de otros vicios. Cuando un hombre recibe los rayos del sol, el magnetismo de este lumínar es causa de que sus emanaciones sean proyectadas hacia su sombra, y de que el aumento de la acción molecular desarrolle más electricidad. De aquí que un individuo á quien este hombre sea antipático—aunque este mismo hombre ignore el hecho—obrará prudentemente no pasando al través de su sombra. Los médicos prudentes se lavan las manos al dejar á sus enfermos; por qué, pues, no se les ha de acusar de supersticiosos como se hace con los Indos? Los microbios de la enfermedad son invisibles, aunque no menos reales, como lo han demostrado los experimentos que en Europa se han realizado. Ahora bien, los experimentos del Oriente han demostrado, hace de ello millares de años, que los gérmenes del contagio moral pueden difundirse á través de localidades enteras, y *que el magnetismo impuro puede comunicarse por medio del contacto.*

Otra de las creencias que están en boga en algunos puntos de Rusia, particularmente en Georgia (Cáucaso), y en la India, es la de que, en el caso de que no se pueda hallar el cuerpo de una persona que se ha ahogado, si se echa al agua una prenda de ropa de su uso, ésta flotará hasta que se halle perpendicularmente colocada sobre el sitio en donde se halla el cuerpo, y entonces se hundirá.

Nosotros hemos igualmente sido testigos de este experimento llevado á cabo felizmente por medio del sagrado cordón de un Brahmán. Este cordón flotó de acá para allá, trazando círculos como si buscase algo, hasta que lanzándose súbitamente en línea recta, hasta una distancia de unas cincuenta yardas, se hundió, y de aquel mismo sitio los buzos extrajeron el cuerpo. Hasta en América encontramos esta «superstición». Un periódico de Pittsburg, de fecha muy reciente, describe el hallazgo del cuerpo de un muchacho llamado Reed, en el Monongahela, por un medio parecido. Habiendo fracasado todas las demás tentativas que se hicieron, dice, «se recurrió á una curiosa superstición. Una de las camisas del muchacho fué lanzada al río, en el lugar en donde se había ido á fondo, y según se dice, aquélla flotó durante algún tiempo, hasta que por fin hundióse en un punto determinado, que resultó ser el sitio en donde se hallaba el cuerpo, el cual fué entonces extraído. La creencia de que la camisa de una persona ahogada, si se echa al agua, seguirá al cuerpo, es muy común, por absurda que parezca».

Este fenómeno se explica por la ley de la poderosa atracción que existe entre el cuerpo humano y los objetos que han estado por largo tiempo en contacto con él. La prenda más antigua es la mejor para llevar el experimento á feliz término; una prenda nueva no sirve para el caso.

Desde tiempo inmemorial, en Rusia, en el mes de Mayo, el día de la Trinidad, las doncellas de las ciudades y aldeas han observado la costumbre de arrojar al río guirnaldas de verdes hojas—que cada muchacha debe entretrejer por sí misma—y de consultar sus oráculos. Si la guirnalda se hunde, es señal de que la muchacha morirá soltera dentro de un corto tiempo; si flota, se casará dentro de un periodo de tiempo que depende del número de versos que pueda recitar durante el experimento. Por nuestra parte afirmamos de una manera categórica que hemos conocido personalmente varios casos, dos de ellos en que se trataba de amigas íntimas nuestras, en los cuales el augurio de muerte resultó verdad, pues *murieron* las muchachas dentro de los doce meses. Si el experimento se ensayara en cualquier otro día que no fuese el de la Trinidad, el resultado sería indudablemente el mismo. El hundimiento de la guirnalda se atribuye al hecho de que está impregnada con el mórbido magnetismo de un órgano que contiene los gérmenes de una muerte prematura, pues semejante magnetismo siente atracción por la tierra del fondo del río. Por lo que se refiere á la explicación de las demás causas que concurren á la producción de estos fenómenos, no tenemos inconveniente en dejar esta tarea á los amigos de las coincidencias.

La misma nota general de superstición, á pesar de tener una base científica, se aplica á los fenómenos producidos por los fakires y ju-

glares, á los cuales los escépticos confunden en la categoría común de fulleros. Y sin embargo, para un observador atento, aun cuando no sea iniciado, existe una enorme diferencia entre el *kimiya* (fenómeno) de un fakir, y el *batte-bâzi* (habilidades de un prestidigitador), y la nigromancia de un *jâdûgar* ó *sâhir*, tan temida y despreciada por los hijos del país. Esta diferencia imperceptible, y hasta incomprendible para el europeo escéptico, es instintivamente apreciada por todo indo, tanto si pertenece á la casta inferior como á la elevada, lo mismo si es instruido que si es ignorante. La *kangâlin* ó bruja que hace uso de su terrible *abhi-châr* (poderes mesméricos) con la intención de causar daño puede en cualquier momento encontrar la muerte, pues todo indo considera lícito el matarla; un *bukka-baz* ó juglar sirve para divertir. Un encantador de serpientes, con su *bâ-ini* lleno de víboras venenosas, es menos temido, puesto que sus poderes de fascinación solo alcanzan á los animales y reptiles; es impotente para hechizar á los seres humanos, para ejecutar lo que entre los naturales se llama *mantar phûnkna*, así como para lanzar sortilegios sobre los hombres por medio de la magia. Pero con respecto al yogi, el *sannyâsi*, á los santos hombres que adquieren enormes poderes psicológicos por medio de una educación mental y física, la cuestión es completamente distinta. Algunos de estos hombres son considerados como semi-dioses. Los europeos no pueden juzgar acerca de estos poderes salvo en casos raros y excepcionales.

El residente británico que ha encontrado en los *maidans* y en las plazas públicas á los que él considera como horribles y asquerosos seres humanos, sentados é inmóviles infligiéndose á sí mismos la tortura llamada *úrddva bahu*, con los brazos puestos sobre la cabeza, en cuya postura permanecen durante meses y hasta años, no debe suponer que ellos sean los fakires obradores de maravillas. Los fenómenos de estos últimos solo se consigue presenciarlos por medio de la benévola protección de un brahmán, ó bien bajo especiales y fortuitas circunstancias. Semejantes hombres son tan poco accesibles como las verdaderas doncellas que ejecutan el baile que en la India se llama *Nautch*, acerca de las cuales todos los viajeros hablan, pero que muy pocos han conseguido actualmente ver desde que pertenecen exclusivamente á las pagodas.

Es sumamente extraño que, á pesar de los millares de viajeros y de los millones de residentes Europeos que han estado en la India y que en todas direcciones la han atravesado, sea tan poco lo que se conozca acerca de esta región y de los países que la rodean. Es muy posible que alguno de nuestros lectores se sientan inclinados no sólo á dudar de la exactitud de nuestra afirmación, sino á contradecirla abiertamente. Probablemente se nos contestará que todo cuanto se desea saber acerca de la India se sabe ya. En efecto, esta misma

contestación se nos dió una vez. El que los residentes anglo-indos no se preocupen de hacer investigaciones nada tiene de particular, porque, como en una ocasión nos hizo observar un oficial británico, «la sociedad no considera de buen tono el ocuparse de los Indos ó de sus asuntos y hasta de demostrar asombro ó deseo de obtener datos acerca de cualquier cosa que se pueda ver de extraordinario en aquel país». Pero realmente nos sorprende que á lo menos los viajeros no hayan explorado más de lo que lo han hecho este interesante país. Hace apenas cincuenta años que al penetrar dos denodados oficiales ingleses que estaban cazando tigres en los bosques de los montes Azules ó de Neilgherry, en el Indostán meridional, descubrieron una extraña raza perfectamente distinta en sus formas y lenguaje de todos los demás pueblos Indos. Se hicieron acerca de este hecho muchas conjeturas más ó menos absurdas, y los misioneros, siempre al acecho de relacionar todas las cosas humanas con la *Biblia*, fueron tan lejos que hasta llegaron á sugerir la idea de que este pueblo era una de las tribus perdidas de Israel, apoyando su ridícula hipótesis en que tenían la misma blancura de tez y fuertemente pronunciadas facciones judías. Esto último es completamente erróneo, pues los Todas, como se les llama, no tienen ni la más remota semejanza con el tipo judío; sus facciones, formas, movimientos y lenguaje son completamente distintos. Se parecen muchísimo entre sí, y, como dice un amigo nuestro, los Todas más hermosos son los hombres que más se parecen en majestad y belleza de formas al Zeus Griego de cuantos había visto hasta la fecha.

Cincuenta años han transcurrido desde que tuvo lugar este descubrimiento; pero aunque desde entonces se han construído ciudades en aquellas montañas y los Europeos han invadido por completo el país, se sabe tanto ahora acerca de los Todas como se sabía al principio. Entre los estúpidos rumores que circulan acerca de este pueblo, los más erróneos son los que se refieren al número de sus individuos y al de que practican la poliandria. La opinión general que acerca de ellos prevalece es la de que, debido á esta última costumbre, su número ha quedado reducido á muy pocos centenares de familias, y de que la raza se está extinguiendo rápidamente. Nosotros hemos tenido las mejores oportunidades para adquirir amplios conocimientos acerca de ellos, y por lo tanto afirmamos de una manera rotunda que ni los Todas practican la poliandria, ni son tan pocos en número como se ha supuesto. Estamos dispuestos á demostrar que nadie ha visto jamás niños hijos suyos. Los que pueden haber sido vistos en su compañía debieron pertenecer á los badagas, una tribu Inda totalmente distinta de los Todas en raza, color y lenguaje. Los Badagas son los más fieles «adoradores» de este pueblo extraordinario. Decimos *adoradores* porque los Badagas visten, alimentan, sirven y posi-

tivamente consideran á cada Toda como una divinidad. Son de estatura gigantesca, blancos como los Europeos, con cabello y barba extraordinariamente largos, rizados, y en general de color obscuro, á los cuales desde su nacimiento no ha tocado navaja ninguna. Hermoso como una estatua de Phydias ó de Praxíteles, el Toda se está sentado todo el día sumido en la indolencia, según afirman algunos viajeros que han logrado tener de ellos algún vislumbre. De entre las opiniones y afirmaciones contradictorias que hemos oído de labios de los mismos residentes de Ootakamund y de algunos otros pocos y nuevos puntos civilizados, esparcidos en torno de los Montes Neilgherry, entresacamos lo siguiente:

«Los Todas jamás hacen uso del agua; son extremadamente hermosos y de noble aspecto, pero en extremo sucios; al revés de todos los demás naturales, desprecian las joyas y nunca llevan más que una gran túnica ó manto de un cierto tejido de lana, negro, con una franja de color en su extremo inferior; no beben más que leche pura; poseen rebaños, pero ni comen su carne ni hacen trabajar á sus animales de carga; no venden ni compran; los Bagadas proveen á su alimento y vestido; no usan ni llevan armas, ni siquiera un simple bastón; los Todas no saben ni quieren aprender á leer. Son la desesperación de los misioneros, y al parecer no profesan ninguna clase de religión fuera del culto de sí mismos como Señores de la Creación»(1).

Procuraremos corregir algunas de estas opiniones en cuanto nos lo permita lo que hemos aprendido relativo á este asunto de un muy santo personaje, un guru-Brahmanam que nos merece el mayor respeto. Jamás ha visto nadie á más de cinco ó seis de ellos á la vez; no quieren comunicarse con extranjeros, ni jamás fué ningún viajero introducido en el interior de sus peculiarmente largas y aplastadas chozas, las cuales no tienen al parecer ni ventanas ni chimeneas y sí solo una puerta; nadie ha presenciado jamás el entierro de ningún Toda, ni visto ancianos entre ellos; el cólera no los ataca, al paso que en torno de ellos mueren millares de personas de esta enfermedad durante estos periodos epidémicos; finalmente, aunque todo el país está poblado por un enjambre de tigres y de otros animales salvajes, no se conoce un solo caso en que ni el tigre ni la serpiente ni ningún otro animal, que tan feroces son en aquellos países, hayan atacado á un Toda ni á ninguno de sus animales, aunque, como ya hemos dicho antes, jamás llevan ni siquiera un bastón como arma defensiva.

Además, los Todas no se casan. Parecen pocos en número porque nadie tiene ni tendrá jamás la posibilidad de contarlos. Desde el momento en que su soledad fué profanada por la avalancha de la ci-

(1) Véanse «Esbozos Indos», «Nueva Cyclopedia» de Appleton, etc.

vilización—lo cual fué debido quizás á su misma indiferencia—empezaron los Todas á marcharse á otros puntos tan desconocidos y más inaccesibles que lo que los Montes Neilgherry lo habían sido anteriormente; no son ellos nacidos de madres Toda; ni es Toda su ascendencia; son los hijos de una cierta secta muy selecta, y son elegidos desde su infancia para dedicarlos á ciertos fines religiosos especiales. Reconocido desde su nacimiento por poseer una complexión peculiar y por ciertos otros signos, á semejante niño se le designa con lo que vulgarmente se llama un Toda. Cada tres años deben todos dirigirse á un cierto sitio, por un determinado período de tiempo, en donde todos deben encontrarse; su «suciedad» no es más que una máscara, tal como la que emplea el sannyân para presentarse en público, en obediencia á sus votos. La mayor parte de sus rebaños los destinan á usos sagrados; y aunque el suelo de los templos en donde verifican sus ceremonias no ha sido jamás hollado por ningún pie profano, sin embargo estos templos existen y quizás rivalizan con las más espléndidas pagodas—*gotaparams*—conocidas de los Europeos. Los Badagas son sus principales servidores, y, como con razón se ha observado, les adoran como á semi-dioses, pues su nacimiento y misteriosos poderes les dan títulos para merecer semejante distinción.

El lector puede tener la seguridad de que cualquier informe que á ellos se refiera que esté en pugna con lo poco que se ha dicho es completamente falso. Ningún misionero cogerá jamás á ninguno de ellos con su señuelo, ni ningún Badaga les hará traición aunque le despedacen. Constituyen un pueblo que lleva á cabo un cierto elevado designio y cuyos secretos son inviolables.

Además, no son los Todas la única tribu misteriosa que existe en la India. Hemos citado algunas en uno de los precedentes capítulos, ¡pero cuántas hay allí además de estas que no se mencionarán, que se desconocen y sin embargo existen!

Lo que el común de la gente conoce actualmente acerca del Shamanismo es muy poco; y aun este poco ha sido adulterado lo mismo que el resto de las religiones no Cristianas. Se le llama el «paganismo» de Mongolia sin razón ni motivo alguno, puesto que es una de las más antiguas religiones de la India. Es el culto del espíritu, ó la creencia en la inmortalidad de las almas, y en que éstas siguen siendo todavía los mismos hombres que eran en la tierra, aunque sus cuerpos han perdido su forma objetiva, y el hombre ha cambiado su naturaleza física por la espiritual. En su forma actual es un retoño de la teúrgia primitiva y una fusión práctica del mundo visible con el invisible. Cuando un extranjero naturalizado en el país desea entrar en comunicación con sus invisibles hermanos, tiene que asimilarse su naturaleza, esto es, debe encontrar á estos seres andando la mitad del camino que de ellos le separa, y, enriquecido entonces

por ellos con una provisión de esencia espiritual, dotarlos á su vez con una parte de su naturaleza física, colocándoles de esta suerte en situación de poderse aparecer algunas veces en una forma semi-objetiva.

Este proceso es un cambio temporal de naturalezas llamado teúrgia. Se llama hechiceros á los Shamanos porque se dice que evocan á los «espíritus» de los muertos con el objeto de ejercer la nigromancia. El verdadero Shamanismo—cuyos rasgos más salientes prevalecieron en la India en tiempos de Megásthenes (300 años antes de Cristo)—no puede ser juzgado por sus degeneradas ramificaciones, las cuales se encuentran entre los Shamanos de Siberia, del mismo modo que la religión de Gautama-Buddha no puede ser interpretada por el fetichismo de alguno de sus secuaces de Siam y de Birmania. Actualmente tiene su asiento en las principales Lamaserías de Mongolia y del Thibet, y allí el Shamanismo, si es que así debemos llamarlo, se practica en el sentido más amplio de comunicación que es permitido entre el hombre y el «espíritu». La religión de los lamas ha conservado fielmente la primitiva ciencia de la *Magia*, y actualmente lleva á cabo hechos tan maravillosos como los que producía en los días de Kublaï-Khan y de sus barones. La antigua fórmula mística del Rey Srong-ch-Tsans-Gampo, el «Aum mani padmé houm» (1), verifica sus maravillas ahora lo mismo que en el siglo séptimo. Avalokitesvara, el más elevado de los tres Bodhisattvas, y santo patrón del Thibet, proyecta claramente su sombra ante los ojos de los fieles, en la Lamasería de Dga-G'Dan, fundada por él; y la luminosa figura de Sonka-pa, bajo la forma de una nubecilla de fuego, separándose de los inquietos rayos del sol, platica con una numerosa comunidad de lamas, cuyo número asciende á millares.

La voz que desciende de lo alto es á manera del susurro que produce la brisa al deslizarse al través del follaje. Pronto, dicen los Thibetanos, la hermosa aparición se desvanece entre las sombras de los sagrados árboles del parque de la Lamasería.

Se dice que en Garma-Khian (claustro materno) se hace comparecer en ciertos días á espíritus perversos é inferiores, *forzándoles* á que den cuenta de sus fechorías, y que los adeptos lamas les obligan á reparar los daños que han causado á los mortales. A esto es á lo que Huc inocentemente llama «representar á los malos espíritus», esto es, a los diablos. Si á los escépticos de los distintos países Europeos se les permitiese consultar las relaciones impresas diariamen-

(1) *Aum* (mística palabra Sánscrita de la Trinidad), *mani* (santa joya), *padmé* (en el Lotus, siendo padma el nombre del lotus), *houm* (así sea). Las seis sílabas de la sentencia corresponden á los seis principales poderes de la naturaleza, que emanan de Buddha (la Deidad abstracta, no Gautama), que es el séptimo, y el Alpha y Omega del Ser.

te (1) en Moru y en la «Ciudad de los Espíritus», acerca de las comunicaciones que tienen lugar entre los lamas y el mundo invisible, se sentirían ciertamente mucho más interesados por los fenómenos que por modo tan ostentoso describen los periódicos espiritistas. En Buddha-lla, ó mejor dicho, Foht-lla (Montaña de Buddha), en la más importante de los muchos miles de lamaserías que en aquél país existen, se ve flotar el cetro de Boddhisgat en el aire sin apoyo alguno y sus movimientos regulan los actos de la comunidad. Siempre que un lama es llamado á presencia del Superior del monasterio para que dé cuenta de su conducta, sabe de antemano que es inútil faltar á la verdad; el «regulador de la Justicia» (el cetro) allí está, y su movimiento oscilatorio, ya sea en sentido favorable ó adverso, decide instantánea é infaliblemente la cuestión de su culpabilidad ó inocencia. No pretendemos haber presenciado personalmente todo cuanto referimos; nuestro deseo es que no se nos atribuyan pretensiones de ninguna especie. Nos basta, con respecto á los fenómenos que no hemos visto con nuestros propios ojos, que sean para nosotros evidentes para que no encontremos dificultad en responder de su autenticidad.

En Sikkin, un cierto número de lamas producen *meipo*—«milagros»—por medio de poderes mágicos. El difunto Patriarca de Mongolia, Gegen Chutuktu, que residía en Urga, un verdadero paraíso, era la décima sexta encarnación de Gautama, y por lo tanto un Boddhisattva. Gozaba de la reputación de poseer poderes que eran fenomenales, aun entre los taumaturgos del país de los milagros *par excellence*. No vaya nadie á suponer que estos poderes pueden ser desarrollados sin trabajo. Las vidas de la mayor parte de estos santos hombres, erróneamente llamados vagamundos perezosos, mendigos tramposos, que se supone pasan su existencia explotando la inocente credulidad de sus víctimas, son ellos mismos un milagro. Milagro, sí, porque ellos son una demostración viviente de lo que una voluntad firme y una perfecta pureza de vida y de intención pueden llegar alcanzar, y del grado de sobrenatural ascetismo á que un cuerpo humano puede ser sujetado, y sin embargo vivir y alcanzar una avanzada edad. Ningún hermitaño cristiano ha soñado jamás en un tal refinamiento de disciplina monástica, y la aérea habitación de un Simeón Stylita parecería un juego de niños ante las invenciones del fakir y del buddhista para poner á prueba la voluntad. Pero el estudio teórico de la magia es una cosa; la posibilidad de practicarla

(1) Moru (la pura) es una de las más famosas lamaserías del Lha-Ssa, situada precisamente en el centro de la ciudad. Allí reside el Shaberon, el Taley-Lama, durante la mayor parte de los meses de invierno; en los dos ó tres meses de la estación calurosa permanece en Foht-lla. El más importante establecimiento tipográfico del país está en Moru.



es otra por completo distinta. En *Brar-ss* Pungs, el colegio Mongol en donde más de trescientos *magos* (*sorciers*, como les llaman los misioneros franceses) enseñan casi doble número de discípulos desde los doce á los veinte años, estos últimos tienen que esperar aún muchos más para conseguir su iniciación final. Ni uno solo entre cien alcanza la meta más elevada. Y de entre los muchos millares de lamas que casi ocupan por completo una ciudad de edificios sueltos agregados en torno del mismo, solo un dos por ciento llegan á ser obradores de maravillas. Puede uno aprenderse de memoria, línea por línea, los 108 volúmenes de *Kadjur* (1) y sin embargo no ser más que un pobre mago práctico. Solo existe un método que con toda seguridad conduce á la meta, y su particular estudio ha sido indicado por más de un escritor Hermético. Uno de ellos, el alquimista Arabe Abipili, se expresa en estos términos: «Te advierto, quien quiera que fueres que deseas sondear los arcanos de la naturaleza, que si aquello que buscas no lo hallas *dentro de tí, tampoco lo encontrarás fuera de tí*. Si tú no conoces las excelencias de tu propia casa, por qué buscas la excelencia de otras cosas? OH, HOMBRE, CONÓCETE Á TI MISMO! EN TI SE HALLA OCULTO EL TESORO DE LOS TESOROS».

En otro tratado de alquimia, *De manna Benedicto*, el autor expone sus ideas acerca de la piedra filosofal en los siguientes términos: «Mi intención no es, por ciertas razones, hablar mucho acerca de este asunto, el cual por otra parte ha sido ya demasiado llanamente descrito, pues se relatan ciertos usos mágicos y naturales de la misma (la piedra) que muchos que la poseen jamás habían conocido ni oído hablar de ellos; cuando contemplaba á los que se hallan en este caso, mis piernas flaqueaban, mi corazón latía con violencia, y me quedaba absorto ante ellos».

Todo neófito ha experimentado más ó menos un sentimiento semejante, pero en cuanto lo ha vencido el hombre es un ADEPTO.

En los claustros de Dshashi-Lumbo y Si-Dzang, estos poderes inherentes á todos los hombres, pero desarrollados en tan escaso número de los mismos, se cultivan hasta su último grado de perfección. Quién no ha oído hablar en la India del Banda-Chan-Rambout, el *Houtouktou* de la capital del Alto Thibet? Su fraternidad de Khe-lan fué célebre en todo el país, y uno de los famosos «hermanos» era un *Peh-ling* (un inglés) que á principios de este siglo llegó un día de Occidente, un perfecto budhista, que después de un mes de preparación fué admitido entre los Khe-lans. Dice la tradición que hablaba todas las lenguas, incluso la Thibetana, y que conocía todas las artes y las ciencias. Su santidad y los fenómenos que producía

(1) El gran Canon Buddhista contiene 1.038 obras en varios centenares de volúmenes, muchos de los cuales se ocupan de magia.

dieron lugar á que se proclamara un shaberon después de una residencia de unos pocos años. Su memoria vive actualmente entre los Thibetanos, pero su verdadero nombre es un secreto que solo los shaberonos conocen.

El más elevado *Meipo*—que según se dice es el objeto de la ambición de todos los devotos buddhistas—era, y es todavía, la facultad de viajar por los aires. El famoso rey de Siam, Pia Metak, el Chino, era notable por su devoción y saber. Pero solo obtuvo este «don sobrenatural» después de haberse colocado bajo la tutela directa de un sacerdote de Gautama Buddha. Crawford y Finlayson, durante su residencia en Siam, observaron con gran interés los esfuerzos de algunos nobles siameses para adquirir esta facultad (1).

Numerosas y variadas son las sectas en China, Siam, Tartaria, Thibet, Cachemira, y en la India Británica, que dedican sus vidas al cultivo de los llamados «poderes sobrenaturales». Discurriendo acerca de una de estas sectas, los *Taossé*, dice Semedo: «Pretenden ellos que por medio de ciertos ejercicios y meditaciones, pueden unos recobrar su juventud, y otros llegar á ser *Shien-sien*, ó lo que es lo mismo, Beati Terrestres, en cuyo caso pueden satisfacerse todos los deseos, gozando al mismo tiempo de la facultad de trasladarse de un lugar á otro *por distante que sea* con prontitud y facilidad» (2). Esta facultad solo se refiere á la *proyección* de la *entidad astral*, en una forma más ó menos materializada, pero no seguramente á la locomoción del cuerpo físico. No es más milagroso este fenómeno que la reflexión de uno vista en un espejo. Nadie puede percibir en semejante imagen una sola partícula de materia, y sin embargo allí está nuestro doble reflejando fielmente hasta cada uno de nuestros cabellos. Si, por medio de esta simple ley de reflexión, puede verse nuestro doble en un espejo, ¡cuánto mayor y más real no es la prueba que de su existencia nos dá el arte de la fotografía! *El que nuestros físicos no hayan encontrado todavía los medios de sacar fotografías, como no sea á cortas distancias, no es una razón para que esta adquisición sea una cosa imposible para aquellos que han encontrado estos medios en el poder de la misma voluntad humana, desligada de toda suerte de intereses mundanos* (3). Nuestros pensamientos son *materia*, dice la ciencia; toda energía produce

(1) «Misión á Siam de Crawford», p. 182.

(2) «Semedo», vol. III, p. 114.

(3) Allá por los años de 1838 y 1840, corría como válida una anécdota entre los amigos de Daguerre. Unos dos meses antes de la presentación del célebre procedimiento Daguerriano á *L'Académie des Sciences*, por Arago (Enero, 1839), Madame Daguerre, en una tertulia, consultó con grandísimo interés á una de las celebridades médicas del día, acerca de la condición mental de su marido. Después de explicar al médico los numerosos síntomas de lo que creía ella ser aberración mental de su marido, añadió, con lágrimas en los ojos, que para ella la mayor prueba de la locura de Daguerre era su firme convicción de que lograría clavar su propia sombra en la pared, ó fijarla en placas metálicas *mágicas*. Escuchó el facultativo con mucha atención la consulta y contestó que él mismo

una perturbación mayor ó menor en las ondas atmosféricas. Por lo tanto, desde el momento que cada hombre—en común con todos los demás seres vivientes y hasta los objetos inertes—posee una *aura* producida por sus propias emanaciones que le circunda; y que, además, puede por un simple esfuerzo de su voluntad trasladarse en imaginación á donde quiere, ¿por qué ha de ser científicamente imposible que su pensamiento, regulado, intensificado y guiado por aquél poderoso mago, la VOLUNTAD educada, pueda asumir forma corpórea durante un tiempo dado, y aparecer ante quien desee como una fiel duplicación original? Es acaso esta anunciación, dado el estado actual de la ciencia, algo más inconcebible de lo que lo eran la fotografía ó el telégrafo aún no hace de ello cuarenta años, ó el teléfono no hace aún catorcé meses? (1).

Si la placa sensible puede con tanta minuciosidad apoderarse de la *imagen* de nuestros semblantes, debe en este caso esta reflexión ó imagen ser algo substancial, aunque no seamos capaces de percibirla. Y si podemos, con auxilio de instrumentos ópticos, proyectar nuestras *imágenes* sobre una pared blanca, á una distancia de varios centenares de pies, algunas veces, entonces no existe razón ninguna para que los adeptos, los alquimistas, los sabios del arte secreto, no hayan ya encontrado lo que los hombres de ciencia niegan actualmente, pero que ciertamente pueden descubrir mañana, esto es, el modo de proyectar eléctricamente sus cuerpos astrales de una manera instantánea á través de millares de millas del espacio dejando sus cáscaras materiales con una cierta porción del principio vital animal para conservar la vida física, y obrando dentro de sus cuerpos espirituales y etéreos tan segura é inteligentemente como cuando se hallaban revestidos con su cubierta de carne. Existe una forma de electricidad mucho más elevada que la física, única que conocen los investigadores; un gran número de correlaciones de esta última permanecen todavía ocultas para el ojo del físico moderno, y nadie puede decir en dónde sus posibilidades terminan.

Schott dice que por *Sian* ó *Shin-Sian* se entienden, en el antiguo concepto Chino, y particularmente según el de la secta Tao-Kiao (Taossé), «á las personas que se retiran á los montes para vivir como anacoretas, y que han obtenido, ya sea por sus ascéticas costumbres, ya por el poder de los hechizos y elixires, la posesión de dones mila-

había observado últimamente en Daguerre los más inequívocos síntomas de lo que, según su modo de ver, era una prueba innegable de locura, concluyendo por aconsejarla formalmente que con el mayor sigilo y sin pérdida de tiempo enviase á su marido á Bice-tre, el bien conocido asilo de lunáticos. Dos meses después, un profundo interés se despertaba en el mundo del arte y de la ciencia, con la exhibición de numerosos dibujos sacados con el nuevo procedimiento. Las *sombras* fueron al fin fijadas sobre placas metálicas, y el «lunático», proclamado el padre de la fotografía.

(1) Debe tenerse presente que esta obra fué por primera vez publicada en inglés en el año de 1877. (N. del T.)

grosos y la de la *inmortalidad terrestre*»(1) (?). Esto es exagerado, aunque no completamente erróneo. Lo que ellos pretenden es simplemente poseer el don de poder prolongar la vida humana, y así es la verdad si hemos de creer en el testimonio humano. Lo que Marco Polo afirma que tenía lugar en el siglo trece se halla corroborado en nuestros días. «Existen allí—dice—otra clase de personas, llamadas *Chughi* (Yogi), propiamente llamados *Abraimanes* (*Brahmanes?*), cuya vida es muy dilatada, pues todos los hombres viven de 150 á 200 años. Comen muy poco, y su principal alimento es el arroz y la leche. Estas personas hacen uso de un muy extraño brebaje; una poción de azufre y mercurio mezclados, que beben dos veces cada mes... Dicen ellos que esto les proporciona una vida dilatada, y que esta pócima se han acostumbrado á tomarla desde su infancia»(2). Dice el Coronel Yule que Burnier presenta á los Yogis como personas que saben preparar el mercurio de una manera tan admirable que tomando uno ó dos granos cada mañana restablecen el cuerpo en perfecto estado de salud; y añade que el *mercurius vitæ* de Paracelso era un compuesto en el cual entraban antimonio y mercurio (3). Lo menos que podemos decir á esto, es que es una exposición muy desaliñada, por lo cual expondremos lo que acerca de este asunto sabemos.

La longevidad de algunos lamas y Talapoines es proverbial, y es del dominio público que hacen uso de algún compuesto que «renueva la sangre antigua», como ellos la llaman. Era igualmente un hecho probado por los alquimistas que una prudente dosis de *aura de plata* devuelve la salud y prolonga la vida de una manera extraordinaria. Pero nos hallamos bien dispuestos para refutar los informes tanto de Bernier como del Coronel Yule, que le cita, acerca de que es *mercurio* ó azogue lo que los Yogis y los alquimistas usaban. Los Yogis, en la época de Marco Polo, lo mismo que en nuestros modernos tiempos, usaban y usan *lo que puede parecer ser mercurio, pero no lo es*; Paracelso, los alquimistas, y otros místicos, entendían por *mercurius vitæ* el espíritu viviente de la plata, el *aura* de la plata, y no el azogue; y esta *aura* no es ciertamente el mercurio conocido por nuestros médicos y drogueros. No puede haber la menor duda de que la imputación de que Paracelso introdujo el mercurio en la medicina práctica es completamente incorrecta. Ninguna clase de mercurio, bien sea que fuese preparado por un filósofo del fuego de la edad media, ó por uno de los que modernamente se llaman médicos á si mismos, puede ni pudo jamás devolver al cuerpo una salud perfecta. Solo un charlatán sin escrúpulos hará

(1) Schott: «Über den Buddhismus», p. 71.

(2) «El Libro de Ser Marco Polo», vol. II, p. 352.

(3) «El Libro de Ser Marco Polo», vol. II, p. 130, citado por el Coronel Yule en el vol. II, p. 353.

uso de semejante droga. Muchas son las personas que opinan que los enemigos de Paracelso fueron los que inventaron tan escandalosa mentira con la malvada intención de presentarlo ante los ojos de la posteridad como un *charlatán*.

Los Yogis de los antiguos tiempos usaban, como usan también los modernos lamas y Talapoines, un cierto ingrediente compuesto con una pequeña parte de azufre, y un jugo lechoso que extraen de una planta medicinal. Deben á la verdad estar en posesión de algunos secretos maravillosos, desde el momento en que les hemos visto curar en pocos días las más peligrosas heridas, así como volver en su sano estado á huesos rotos, logrando este resultado en igual número de horas que días necesita la cirugía ordinaria para obtener el mismo resultado. Una fiebre maligna que la autora de estas líneas contrajo cerca de Rangoon, después de una inundación del río Irrawaddy, le fué curada en algunas horas con el zumo de una planta llamada, si no nos equivocamos, *Kukushan*, aunque pueden existir allí millares de naturales del país, ignorantes de sus virtudes, á los cuales se les deja morir de la fiebre. Esto fué á cambio de un pequeño servicio que tuvimos ocasión de prestar á un *simple mendicante*, servicio que muy poco interés puede tener para el lector.

También hemos oído hablar de una cierta agua, llamada *âb-i-hayât*, que la superstición popular cree que es invisible para todo ojo mortal, excepto para el del santo sannyâsi; siendo la misma fuente conocida con el nombre de *âb-i-haiwân-i*. Sin embargo, es más que probable que los Talapoines rehusaron enseñar sus secretos, hasta á los académicos y misioneros; pues estos remedios deben ser empleados para el alivio de la humanidad, jamás para hacer dinero (1).

En las grandes festividades que tienen lugar en las pagodas indas, en las fiestas que se celebran con motivo del matrimonio de las personas ricas y de casta elevada, y en todas partes en donde se reúnen grandes multitudes, encuentran los Europeos, Guni, ó encantadores de serpientes, fakires mesmerizadores, sannyâsi taumatur-

(1) Ningún país del mundo puede jactarse de poseer más plantas medicinales que la India Meridional, la Cochinchina, Birmania, Siam y Ceilán. Los médicos europeos—según su habitual costumbre—zanjan la cuestión de la rivalidad profesional tratando á los doctores del país como charlatanes y empíricos, lo cual no es obstáculo para que estos últimos salgan airosos en muchos casos en que eminentes profesores de las Escuelas de Medicina Francesas é Inglesas fracasaron por completo. Las obras indígenas sobre Materia Médica no contienen ciertamente los remedios secretos conocidos y con éxito aplicados por los doctores del país (los Atibba), desde tiempo inmemorial; y sin embargo, los mejores febrífugos que conocen los médicos británicos los aprendieron de los indos, pues cuando enfermos aturdidos é hinchados por el abuso de la quinina se estaban muriendo lentamente consumidos por la fiebre, asistidos por ilustrados médicos, la corteza del Margosa y la hierba Chiretta les han curado por completo, y éstas ocupan ahora un lugar honroso entre las drogas Europeas.

gos, y los llamados juglares. El burlarse de esto es fácil, el tratar de explicarlo es una cosa que para la ciencia es, más bien que enojosa, imposible. Los residentes británicos de la India y los viajeros prefieren acudir al primer expediente. Pero pregunte cualquiera á uno de estos Tomases, ¿cómo se producen los resultados que se siguen, los cuales no niegan, ni pueden negar? Cuando grupos de guni y de fakires aparecen con sus cuerpos rodeados por cobras de capello, adornados sus brazos con brazaletes de corallilos—culebras diminutas cuya picadura mata en pocos segundos—y con sus hombros y cuellos enlazados por trigonocéfalos, el más terrible enemigo de los desnudos pies del indo, cuya mordedura mata con la rapidez del rayo, el espectador escéptico sonríe y gravemente procede á explicar que, habiendo sido estos reptiles sumidos en cataléptico sopor, han sido privados por el guni de sus colmillos. Son inofensivos y es una ridiculez el tenerles. ¿Quiere el Saëb acariciar á una de mis nâg?, preguntó una vez un guni aproximándose á nuestro interlocutor, el cual había estado fastidiando por espacio de más de media hora á sus oyentes con sus disquisiciones herpetológicas. Saltando rápidamente hacia atrás, demostraron los pies del intrépido guerrero—el Capitán B.—que no poseían menos ligereza que su lengua, y su colérica respuesta difícilmente podríamos inmortalizarla dándola á la imprenta. Solo el formidable poder del guni le salvó de una nada ceremoniosa trastada. Además, á una simple indicación acompañada de una moneda de media rupia, cualquier encantador de serpientes de profesión empezará en arrastrar y reunir á su alrededor en pocos momentos á una multitud inmensa de serpientes no domesticadas de las más venenosas especies, á las cuales manoseará y las arrollará en su cuerpo. En dos ocasiones distintas, en las cercanías de Trínkemal, estuvo una serpiente á punto de morder á la que estas líneas escribe, que en una de ellas se había casi sentado sobre su cola, pero en ambas, á un rápido silbido del guni que habíamos tomado á nuestro servicio para que nos acompañase, se detuvo á unas pocas pulgadas de nuestro cuerpo, como si hubiese sido detenida por un rayo, é, inclinando lentamente su amenazadora cabeza al suelo, se quedó rígida é inmóvil á manera de un tronco muerto bajo el hechizo del *Kilna* (1).

Habrá algún prestidigitador, domador, y hasta mesmerizador europeo que se atreva á repetir una sola vez siquiera un experimento que puede diariamente ser presenciado en la India, con tal de saber dónde hay que ir para verlo? Nada existe en el mundo más feroz que un tigre real de Bengala. En una ocasión, todo habitante de una pequeña aldea, situada no lejos de Dakka, en los confi-

(1) Nombre Indo dado al mantrâm ó encanto especial que impide morder á las serpientes.

finés de un juncal, experimentó un pánico general á causa de haberse presentado en ella, al rayar el día, un enorme tigre hembra. Estas fieras nunca abandonan sus madrigueras más que de noche, cuando van en busca de presa y de agua. Pero esta extraordinaria circunstancia era debida á que el animal era una madre á la cual le habian sido arrebatados sus dos cachorros por un atrevido cazador y andaba en busca de ellos. Dos hombres y un niño habian sido ya sus víctimas, cuando un anciano fakir que salia de la pagoda para emprender su paseo cotidiano vió la situación y de una ojeada se hizo cargo de ella. Cantando un mantrám se dirigió en línea recta hacia la fiera, que, con los ojos inyectados en sangre y echando espumarajos por la boca, estaba agachada junto á un árbol pronta para hacer una nueva víctima. Cuando estuvo á una distancia de unos diez pies de la tigre, procedió á ejecutar—sin interrumpir su modulada plegaria, cuyas palabras ningún láico comprende— un regular proceso de mesmerización tal como nosotros la comprendemos; hizo *pases*. Entonces se oyó un terrible ahullido que hizo estremecer á todos los que se hallaban en aquel sitio. A este prolongado y feroz ahullido sucedieron otros que gradualmente fueron menos violentos, los cuales á su vez fueron seguidos por una serie de plañideros y entrecortados gruñidos, como si la despojada madre estuviera exponiendo sus quejas, y entonces, con gran asombro y terror de todos cuantos se habian refugiado en árboles y casas, dió el animal un tremendo salto yendo á caer sobre el santo varón según ellos. Pero se equivocaban, pues la tigre estaba á sus piés, revolcándose y retorciéndose en el polvo. Algunos momentos después se quedó inmóvil, con su enorme cabeza apoyada sobre sus patas delanteras y sus ensangrentados pero entonces apacibles ojos fijos en la cara del fakir. Después, el santo varón de plegarias sentóse al lecho de la tigre, alisó suavemente su abigarrada piel, la acarició hasta que sus gruñidos se hicieron cada vez más débiles, y media hora después, toda la población rodeaba á este interesante grupo. La cabeza del fakir descansaba sobre el lomo de la tigre, como si fuese una almohada, su mano derecha sobre la cabeza, y su izquierda, que con su larga y rojiza lengua lamia suavemente la fiera, reposaba sobre el césped que se hallaba debajo de su terrible boca.

De este modo domestican los fakires á los animales más feroces de la India. ¿Pueden los domadores europeos, con sus barras de hierro calentadas al rojo-blanco, hacer otro tanto? Naturalmente, no todos los fakires están dotados de semejante poder, pues son comparativamente muy pocos los que lo poseen; sin embargo, su número actual es considerable. Como que estos procedimientos les son *enseñados* en las pagodas, permanecerán para siempre siendo un secreto para todo el mundo, excepto para los Brahmanes y Adeptos en los misterios

ocultos. Las historias, hasta aquí consideradas fabulosas, de Krishna y de Orfeo domesticando á los animales salvajes, reciben de este modo su corroboración en nuestros días. Un hecho existe que es innegable. *No hay un solo europeo* en la India que pueda ó haya podido jamás jactarse de haber penetrado en el santuario contenido en el *interior* de las pagodas. Ni las influencias ni el dinero han inducido jamás á ningún brahmán á franquear á ningún extranjero no iniciado los umbrales del recinto reservado. El hacer uso de la fuerza en un caso semejante equivaldría á lanzar en un polvorín una vela encendida. Los Indos, tan apacibles, tan pacientes y sufridos, cuya misma apatía salvó á los ingleses de ser arrojados del país en 1857, sublevarían á sus cien millones de devotos como un solo hombre ante semejante profanación; y, sin distinción de secta ó casta, exterminarían á todos los cristianos. La Compañía de la India Oriental sabía esto perfectamente, y cifró toda su fuerza en la amistad de los Brahmanes, pagando además subsidios á las pagodas; y el Gobierno Británico es tan prudente como su antecesora. La cuestión de castas y el no intervenir con las religiones que allí prevalecen es lo que aseguran su relativo dominio en la India. Pero debemos, una vez más, ocuparnos del Shamanismo, de aquella extraña á la par que la más despreciada de todas las religiones sobrevivientes, «El Culto del Espiritu».

No tienen sus secuaces ni altares, ni ídolos, y fundándonos en la autoridad de un sacerdote shamano afirmamos que sus verdaderos ritos, que están obligados á verificar solo una vez al año, durante el día más corto del invierno, no pueden tener lugar en presencia de ninguno que no pertenezca á su fé. Estamos por lo tanto seguros de que todas las descripciones hasta aquí dadas en el *Asiatic Journal*, y en otras obras europeas, son meras conjeturas. Los Rusos, que debido á su constante comunicación con los shamanos en Siberia y en la Tartaria deberían ser los más competentes para juzgar acerca de su religión, nada saben, excepción hecha de la personal habilidad de estos hombres en lo que ellos casi se inclinan á creer que es un hábil juego de prestidigitación. Con todo, muchos residentes rusos en Siberia están firmemente convencidos de los poderes «sobrenaturales» de los shamanos. Cuando se reúnen para celebrar sus ceremonias religiosas, lo hacen siempre en un espacio abierto, ó bien en una alta colina, ó en las ocultas profundidades de una selva, lo cual nos recuerda los antiguos ritos Druidicos. Las ceremonias que verifican con motivo del nacimiento, de la muerte y del matrimonio, no son más que partes secundarias de su culto. Consisten en ofrendas, en derramar esencias y leche en el fuego, en himnos mágicos, ó, mejor dicho, en encantaciones mágicas cantadas por el shamano oficiante, concluyendo con un coro ejecutado por las personas presentes.



Las numerosas campanillas de hierro y bronce que llevan sobre el traje sacerdotal, el cual es de piel de gamuza (1) ó de la de algún otro animal que se supone posee condiciones magnéticas, sirven para ahuyentar á los espíritus malévolos del aire, una *superstición* compartida por todas las naciones de la antigüedad, incluyendo á los Romanos y hasta los Judíos, de cuyas campanas de oro habla la historia.

Con este mismo objeto emplean bastones de hierro guarnecidos de cascabeles. Cuando, después de ciertas ceremonias, la deseada crisis es alcanzada y el «espíritu ha hablado», y el sacerdote (que lo mismo puede ser hombre que mujer) siente su avasalladora influencia, la mano del shamano es atraída por algún poder oculto hacia la empuñadura del bastón, que generalmente está cubierto de jeroglíficos. Con su mano cogida al baston, es entonces levantado al aire, hasta una altura considerable, en donde permanece por algún tiempo. Algunas veces se eleva á una extraordinaria altura, y obedeciendo á la influencia que le domina—puesto que con mucha frecuencia no es más que un médium irresponsable—profetiza y describe sucesos futuros. Buen ejemplo de lo que decimos es que, en 1847, un shamano de un punto apartado de Siberia profetizó y detalló minuciosamente el resultado de la guerra de Crimea. Los detalles de la profecía, que fueron cuidadosamente anotados por las personas que estaban presentes al acto, tuvieron todos lugar seis años después de esta ocurrencia. Aunque en general ni siquiera tienen noticia del nombre astronomía, y de que no se han preocupado de estudiar esta ciencia, con frecuencia predicen eclipses y otros fenómenos astronómicos. Cuando se les consulta acerca de robos y asesinatos, invariablemente indican á los culpables.

Los shamanos de Siberia son todos ignorantes y no saben leer. Los del Thibet y Tartaria—pocos en número—son en su mayor parte hombres instruídos á su manera, y en modo alguno se someterán al dominio de espíritus de ninguna especie. Los primeros son *médiums* en el estricto sentido de la palabra; los segundos «magos». Nada tiene, pues, de extraño que personas piadosas y supersticiosas, después de haber presenciado una de estas crisis, declaren que el shamano se halla bajo el poder del diablo. Como en los casos de la furia Cory-

(1) Entre las campanas de los fieles «paganos», y las campanas y granadas del culto Judío, la diferencia es la siguiente: las primeras, además de purificar el alma del hombre con sus armoniosos tonos, mantienen á los *malos* demonios á distancia. «pues el sonido del bronce puro rompe el encanto», dice Tibullim (1, 8-22), y los últimos lo explicaban diciendo que el sonido de las campanas sería oído (por el Señor) cuando él (el sacerdote) entrase en el santuario ante el Señor, y cuando saliese *á fin de que no muriese*. (Exodo xxviii, 33; Eccles. xiv, 9). De suerte que uno de los sonidos servía para alejar á los *malos* espíritus, y el otro, el Espíritu de Jehovah. Las tradiciones Scandinavas afirman que los duendes eran siempre arrojados de sus viviendas por las campanas de las iglesias. Una tradición parecida existe en Inglaterra con respecto á las hadas.

bántica y Bacante entre los antiguos Griegos, la crisis «espiritual» del shamano se manifiesta por medio de una violenta danza y extravagantes gesticulaciones. Poco á poco sienten los espectadores nacer en ellos el espíritu de imitación; arrebatados por un irresistible impulso se ven obligados á danzar, y á su vez se convierten en extáticos; y aquel que empieza por unirse al círculo gradual é inconscientemente acaba por tomar parte en las gesticulaciones, hasta que cae exhausto al suelo y con frecuencia moribundo.

«Oh, joven doncella, un dios se ha apoderado de tí!, es Pan, Hekaté, el venerable Corybantes, ó Cybeles, quien te agita!», dice el coro en Eurípides, dirigiéndose á Phœdra. Esta clase de epidemia fisiológica ha sido demasiado bien conocida desde los tiempos de la edad media, para que citeamos ejemplos de la misma. El *Choræa sancti Viti* es un hecho histórico difundido por toda Alemania. Paracelso curó radicalmente á muchas personas atacadas de semejante espíritu de imitación. Pero Paracelso era un kabalista, y por lo tanto fué acusado por sus enemigos de haber lanzado los diablos gracias al poder de un poderoso demonio que se creía llevaba consigo en el puño de su espada. Los jueces cristianos de aquellos tiempos de horrores, hallaron un remedio mejor y más seguro. Voltaire afirma que en el distrito del Jura, en el periodo comprendido entre los años 1598 y 1600, más de 600 licántropos fueron condenados á muerte por un juez piadoso.

Pero al paso que el ignorante shamano es una víctima, y de que durante sus crisis ve algunas veces á las personas presentes bajo la forma de diversos animales, y con frecuencia les hace compartir sus alucinaciones, su hermano, el shamano instruido en los misterios de los colegios sacerdotales del Thibet *expulsa* á la criatura elemental, la cual puede producir las alucinaciones del mismo modo que un mesmerizador viviente, no con auxilio de un poderoso demonio, sino sencillamente por medio del conocimiento que posee de la naturaleza del invisible enemigo. En donde los académicos fracasaron, como en los casos de Cevennois, un shamano ó un lama pronto hubieran dado fin á la epidemia.

Hemos hecho mención de una especie de piedra cornerina que poseemos, la cual habla producido un tan inesperado y favorable efecto sobre la decisión del shamano. Todo shamano posee un talismán semejante, que lleva atado con un cordón debajo de su brazo izquierdo.

«Para qué os sirve esta piedra y cuáles son sus virtudes?» preguntábamos con frecuencia á nuestro guía. A esto jamás contestaba directamente, sino que evadía toda contestación, prometiéndonos que tan pronto como se presentase una oportunidad, y estuviésemos solos, pediría á la piedra *que contestase por sí misma*. Con tan vaga espe-

ranza, éramos abandonados á los recursos de nuestra propia imaginación.

Pero el día en que la piedra «habló» llegó muy pronto. Fué durante las horas más críticas de nuestra vida; en una ocasión en que la naturaleza vagabunda del viajero había llevado á la autora á un país en donde ni la civilización fué conocida, ni la seguridad puede ser garantida ni por un momento. Una tarde en que todos los hombres y mujeres habían salido de la *yourta* (tienda de campaña tártara) que durante más de dos meses nos había servido de habitación para presenciar el exorcismo Lamaico de un Tshoutgour (1) acusado de transtornar y destrozar todos los muebles y vajilla del pobre ajuar de una familia que vivía á una distancia de dos millas, al shamano, que se había convertido en nuestro único protector en aquellos tristes desiertos, le fué recordada su promesa. El Shamano suspiró y dudó; pero, después de un corto silencio, dejó la badana en que estaba sentado y saliendo fuera colocó una cabeza de cabra disecada con sus cuernos hacia arriba sobre una estaca de madera, y, bajando entonces la cortina de fieltro de la tienda, hizo observar que de este modo ninguna persona viviente osaría penetrar en la misma, puesto que la cabeza de cabra era señal de que él estaba «trabajando».

Después de esto se metió la mano en el seno, sacó la pequeña piedra, que tendría el tamaño de una nuez, y, desenvolviéndola cuidadosamente, se la tragó, al parecer. En pocos momentos sus miembros y su cuerpo se pusieron rígidos, cayendo frío é inmóvil como un cadáver. A no haber sido por un ligero movimiento que con sus labios hacía á cada pregunta que se le dirigía, la escena hubiera sido más que embarazosa, horrible. El sol se hallaba en su ocaso y, si no hubiese sido por las moribundas ascuas que en el centro de la tienda ardían, la más profunda obscuridad se hubiera añadido al opresor silencio que allí reinaba. Hemos vivido en las praderas de Occidente y en las interminables estepas de la Rusia Meridional, pero nada es comparable con el silencio que al ponerse el sol reina en los arenosos desiertos de Mongolia, ni siquiera las estériles soledades de los desiertos de Africa, aunque los primeros estén parcialmente habitados, y estas últimas completamente desprovistas de vida. Sin embargo, allí estaba la escritora en compañía solo de lo que ella consideraba como un cadáver que yacía tendido en el suelo. Afortunadamente este estado no se prolongó mucho tiempo.

«Mahandub», dijo una voz que parecía salir de las entrañas de la tierra, en la cual el shamano estaba tendido. «La paz sea contigo... qué puedo hacer por tí?»

Por maravilloso que este hecho parezca, no nos cogió de sorpresa,

(1) Un demonio elemental en el que todos los naturales de Asia creen.

pués estábamos de antemano preparados para ello por haber visto á otros shamanos en análogas circunstancias.

«Quien quiera que seas—dijimos mentalmente—dirigete á K— y procura traer aquí el *pensamiento* de esta persona. Mira lo que aquella otra hace, y dile \*\*\* lo que estamos haciendo y cuál es nuestra situación».

«Estoy allí», contestó la misma voz. «La anciana señora (*Kokona*) (1) está sentada en el jardín.... se pone las gafas y lee una carta».

«El contenido de la misma, y date prisa», fué la orden que se le dió mientras preparábamos el libro de notas y un lápiz. Lo que la carta decía nos fué dictado despacio, como si, mientras dictaba, desease la invisible presencia darnos tiempo para anotar las palabras frenéticamente, puesto que reconocimos la lengua valaca, de la cual no sabemos una palabra, excepto el reconocerla como tal. De este modo llenamos una página entera.

«Mirad á Occidente.... hacia la tercera pértiga de la *yourta*», dijo el tártaro con su voz natural, aunque sonando hueca, como si viniera de lejos. «Su *pensamiento* está aquí».

Entonces, con una sacudida nerviosa, la parte superior del cuerpo del shamano pareció erguirse, cayendo pesadamente su cabeza sobre mis piés, de los cuales hizo presa con ambas manos. La situación iba siendo cada vez menos agradable, pero la curiosidad demostró ser una buena aliada del valor. En el ángulo occidental permanecía como si estuviese viva pero trémula, oscilante y á manera de niebla, la forma de una querida y anciana amiga, una señora rumana de Valaquia, mística por inclinación, pero incrédula por completo respecto á esta clase de fenómenos ocultos.

«Su pensamiento aquí está, pero su cuerpo yace inconsciente. No podemos traerla aquí de otro modo», dijo la voz.

Nos dirigimos á la aparición suplicándole contestase, pero todo fué en vano. Las facciones se movían, y la forma gesticulaba como si tuviera miedo, ó angustia, pero ningún sonido salió de sus espectrales labios; tan solo nos pareció (quizás fué una ilusión) oír como de larga distancia las palabras rumanas *Non se pote* (No se puede).

Durante unas dos horas nos fueron dadas las pruebas más evidentes é inequívocas de que el alma-astral del shamano viajaba obedeciendo á nuestro deseo no expresado con palabras. Diez meses después, recibimos una carta de nuestra amiga valaca en contestación á la nuestra en la que le habíamos incluido la página del libro de notas, y por ella misma supimos lo que había estado haciendo aquel día, pues describía la escena detalladamente. Estaba sentada (según

(1) Señora ó madama, en moldavo.

escribía) aquella mañana en el jardín (1) prosaicamente ocupada en cocer algunas conservas. La carta que le fué enviada era la copia, palabra por palabra, de una que había recibido de su hermano; de repente (á consecuencia del calor, pensaba ella) desmayóse, y recordaba distintamente *que soñando* vió á la autora en un paraje desierto que ella describía exactamente, y sentada bajo una «tienda de gitanos», como decía. «Desde ahora—añadía—ya no puedo dudar más».

Pero nuestro experimento resultó todavía ser mejor. Habíamos enviado el *yo* interno del shamano al mismo amigo ya mencionado en este capítulo, el Kutchi de Lha-Ssa, que viaja constantemente de allí á la India Británica y vice versa. Comprendimos que estaba enterado de nuestra crítica situación en el desierto por cuanto algunas horas después llegaron socorros, y fuimos rescatados por una partida de veinte y cinco jinetes que habían sido dirigidos por su jefe en busca nuestra al lugar en donde nos hallábamos, lugar que ningún hombre viviente dotado con las facultades comunes hubiera podido saber. El jefe de esta escolta era un shaberon, un Adepto, al cual jamás habíamos visto antes, ni vimos después, puesto que nunca abandonó su *soumay* (lamaseria) y nosotros no podíamos tener acceso á la misma. Pero *era un amigo personal del Kutchi*.

Por supuesto, lo que acabamos de exponer sólo provocará la incredulidad por parte de los lectores en general. Pero nosotros escribimos para aquellos que están dispuestos á creer; para aquellos que, como la autora, comprenden y conocen los ilimitados poderes y facultades del alma astral humana. En este caso, nosotros creemos buenamente, mejor dicho, sabemos que el doble astral del shamano no obraba solo, puesto que él no era ningún adepto, sino sencillamente uu médium. Según una favorita expresión suya, tan pronto como se metía la piedra en la boca, su padre se le aparecía, le sacaba fuera de su piel y se lo llevaba á donde quería ir, en cuanto se lo mandaba.

Uno que haya presenciado únicamente las habilidades químicas, ópticas, mecánicas y de ligereza de manos de los prestidigitadores europeos, no puede ver sin asombro las exhibiciones al aire libre y sin preparación ninguna de los juglares indos, por no decir nada de las de los fakires. De la simple ostentación de destreza ilusoria no nos ocupamos en modo alguno, porque Houdin y otros les sobrepujan en este particular; tampoco nos detendremos en hechos que permiten la connivencia, sea que se haya recurrido ó no á ella. Es incuestionablemente cierto que los viajeros no expertos, especialmente los que están dotados de mucha fantasía, exageran de un modo extraor-

(1) La hora de Bucharest correspondía exactamente con la del país en el cual la escena había tenido lugar.

dinario. Pero nuestra observación está fundada sobre una clase de fenómenos que ninguna de las hipótesis ordinarias es bastante para explicar. «Yo he visto—dice un caballero que ha residido en la India—un hombre lanzar al aire cierto número de bolas numeradas en serie de uno en adelante. A medida que cada una de ellas subía—acerca de lo cual no había ningún engaño—veíase claramente la bola en el aire, haciéndose más y más pequeña, hasta que desaparecía enteramente de vista. Cuando estaban todas arriba, veinte ó más, el operador os preguntaba, con mucha amabilidad, cuál deseabais ver, y entonces gritaba: 'N.º 1', 'N.º 15' y así sucesivamente, según le indicaban los espectadores, y entonces la bola pedida caía con fuerza á sus pies desde una remota distancia... Estos individuos van semi desnudos y en apariencia no disponen de ningún aparato. También les he visto absorber tres especies de polvos diversamente colocados y luego, echando la cabeza hacia atrás, engullirlos bebiendo agua, según la costumbre del país, á chorrillo, de un *lotah*, ó vasija de bronce mantenido á distancia de la boca en toda la longitud del brazo, hasta que el cuerpo completamente hinchado no podía contener una gota más, y el agua rebosaba de sus labios. Después de lo cual, aquellos individuos, arrojando el agua por la boca, escupieron los tres polvos sobre un pedazo limpio de papel, secos y sin estar mezclados»(1).

En la parte oriental de Turquía y de Persia han vivido desde tiempo inmemorial las tribus guerreras del Koordistán. Este pueblo, de un puro origen indo-europeo y sin una gota de sangre semítica en sus venas (aunque algunos etnólogos parece que piensan de otra manera), á pesar de su carácter algo merodeador, reúne en sí mismo el misticismo de los indos y las prácticas de los magos asirio-caldeos, vastas porciones de cuyo territorio ellos mismos se han apoderado, y que no cederán, sea para complacer á la Turquía ni á la Europa entera (2). Siendo de nombre mahometanos de la secta de Omar, sus ritos y doctrinas son puramente mágicos y magianos. Del mismo modo que los que son cristianos Nestorianos sólo son cristianos de nombre. Los kaldanos, que llegan á unos 100.000 hombres, con sus dos patriarcas, es innegable que son más bien Maniqueos que Nestorianos. Muchos de ellos son Yezid.

Se distingue una de estas tribus por su predilección hacia el culto del fuego. Al levantarse y al ponerse el sol, echan los jinetes pie á tierra y, volviéndose de cara al astro del día, murmuran una plegaria; y á cada luna nueva celebran ceremonias misteriosas que duran toda la noche. Tienen una tienda que destinan exclusivamente á este

(1) Capt. W. L. D. O'Grady: *La Vida en la India*.

(2) Ni Rusia ni Inglaterra lograron en 1849 obligarles á reconocer y respetar á los turcos del territorio persa.

objeto, y su tejido de lana, negro y tupido, está adornado con signos misteriosos, bordados en rojo brillante y amarillo. En el centro hay una especie de altar, rodeado por tres bandas de bronce de las cuales penden numerosos anillos adheridos á las mismas por medio de trenzas de pelo de camello. Estas bandas las sostienen los adoradores con la mano derecha durante la ceremonia. Sobre el altar, arde una curiosa lámpara de plata, de antiguo estilo, reliquia que es posible haya sido encontrada en las ruinas de Persépolis (1). Esta lámpara de tres mecheros es una copa oblonga provista de asa y pertenece evidentemente á la clase de las lámparas sepulcrales egipcias, que en tanta abundancia se encontraron en otro tiempo en las cuevas subterráneas de Memphis, si tenemos que creer á Kircher (2). Se ensancha desde su base al centro, y su parte superior tiene la forma de un corazón; las aberturas para los mecheros forman un triángulo, estando su centro cubierto por un heliotropo invertido adherido á un tallo graciosamente curvado que procede del mango de la lámpara. Este adorno claramente revela su origen. Era uno de los vasos sagrados empleados en el culto del sol. Los griegos fueron los que bautizaron al *heliotropo* con este nombre á causa de su maravillosa propensión á inclinarse siempre hacia el sol. Los antiguos Magos lo usaban en su culto; y quién sabe si Darío había celebrado las misteriosas ceremonias con su triple luz iluminando la faz del rey-hierofante!

Si hacemos mención de la lámpara, es porque tuvo lugar una extraña historia relacionada con la misma. Lo que hacen los kurdos durante sus ceremonias nocturnas del culto lunar sólo lo sabemos por referencias, pues lo ocultan cuidadosamente y ningún extranjero puede ser admitido á presenciar dichas ceremonias. Pero cada tribu tiene un anciano, algunas veces varios, que son mirados como seres sagrados, que conocen el pasado y pueden divulgar los secretos de lo futuro. Son tenidos en una grande veneración y se les consulta generalmente para saber la verdad en casos de robo, asesinato ó de algún peligro.

Viajando de una tribu á otra, pasamos algún tiempo en compañía de estos Kurdos. Como nuestro objeto no es autobiográfico, omitimos todos los detalles que no tienen relación inmediata con algún hecho oculto, y aun en cuanto á éstos, solo tenemos espacio para unos pocos. Diremos, pues, simplemente que una preciosa silla de montar, un tapiz y dos dagas circasianas ricamente montadas en oro cincelado, habían sido robadas de la tienda, y que los Kurdos, con el jefe

(1) Persépolis es la Persa Istakhâar, al nordeste de Shiraz; estaba en una llanura ahora llamada Merdusht, en la confluencia del antiguo Medus y del Araxes, ahora Pulwán y Bend-emir.

(2) *Ægyptiaci Theatrum Hieroglyphicum*, p. 544.

de su tribu á la cabeza, habian venido tomando á Allah por testigo de que el culpable no podía pertenecer á su tribu. Lo creímos, puesto que hubiera sido un hecho sin precedente entre estas nómadas tribus asiáticas, tan famosas por el respeto sagrado con que tratan á sus huéspedes, como por la sencillez con que les roban, y en ocasiones les asesinan, en cuanto han atravesado los límites de su *aoúl*.

Un georgiano perteneciente á nuestra caravana sugirió entonces la idea de recurrir al saber del *koodian* (hechicero) de su tribu. Fué esto dispuesto con gran secreto y solemnidad, y decidióse que la entrevista tendría lugar á media noche, cuando la luna estaría en su lleno. A la hora acordada, fuimos conducidos á la tienda anteriormente descrita.

Un gran orificio ó abertura cuadrada habia sido dispuesto en el arqueado techo de la tienda, y al través del mismo entraban verticalmente los brillantes rayos de la luna, confundiéndose con la vacilante triple llama de la pequeña lámpara. Después de varios minutos de conjuraciones dirigidas, según nos parecía, á la luna, el conjurador, un anciano de una colosal estatura, cuyo turbante piramidal tocaba la parte superior de la tienda, sacó un espejo redondo de los conocidos con el nombre de «espejos persas». Habiendo desenroscado su tapa, procedió entonces á echar aliento sobre el mismo durante unos diez minutos, y á limpiar la humedad de la superficie con un manojo de hierbas, murmurando mientras tanto palabras de encantamiento *sotto voce*. Después de cada rotación poníase el espejo más y más brillante, hasta que el cristal pareció despedir en todas direcciones rayos refulgentes y fosfóricos. Por fin terminó la operación; el anciano, con el espejo en la mano, permanecía tan inmóvil como si hubiera sido una estatua. «Mira, Hanoum... mira fijamente», murmuró moviendo apenas sus labios. Negras y sombrías manchas empezaron á aparecer allí donde un momento antes no se reflejaba otra cosa que la radiante faz de la luna llena. Pocos segundos después aparecieron allí las bien conocidas silla, alfombra y dagas, las cuales aparecía como si saliesen de una agua clara y profunda, dibujándose á cada instante de una manera más definida sus contornos. Entonces, una sombra todavía más oscura apareció fluctuando sobre estos objetos, la cual se condensó gradualmente, y entonces apareció, tan visiblemente como en el extremo pequeño de un telescopio, la figura completa de un hombre agachado sobre las mismas.

«Lo conozco!», exclamé yo. «Es el tártaro que vino á vernos la noche pasada, ofreciendo vendernos su mula!»

La imagen desapareció como por encanto. El anciano inclinó su cabeza en señal de asentimiento, pero permaneció inmóvil. Entonces pronunció de nuevo algunas extrañas palabras, y empezó súbita-



mente un canto. La modulación era lenta y monótona, pero después de haber cantado unas pocas estrofas en la misma lengua desconocida, sin cambiar ni de ritmo, ni de tono, pronunció, á manera de un *recitado*, en su chapurreado ruso, las palabras siguientes:

«Ahora, Hanoum, mira bien si nosotros le cogéremos, cuál es el destino del ladrón; queremos saberlo esta noche», etc.

Las mismas sombras empezaron á reunirse, y entonces, casi sin transición, vimos al hombre tendido sobre su espalda, en un charco de sangre, al través de la silla, y á otros dos hombres galopando á distancia. Horrorizada y disgustada á la vista de este cuadro, no deseamos ver más. Salió el anciano de la tienda, llamó á algunos de los Kurdos que estaban á fuera, y pareció darles instrucciones. Dos minutos después, una docena de jinetes bajaban á galope tendido la montaña sobre la que estábamos acampados.

Por la mañana temprano volvieron con los objetos perdidos. La silla estaba cubierta de sangre coagulada, y por consiguiente les fué abandonada. Lo que contaron fué que, al llegar á la vista del fugitivo, vieron desaparecer sobre la cresta de una colina distante á dos jinetes, y que, al correr hacia ellos, fué encontrado el ladrón tártaro muerto sobre los efectos robados, exactamente como en el espejo mágico lo habíamos visto. Había sido asesinado por los dos bandidos, cuyo evidente designio de robarle había sido estorbado por la aparición súbita del pelotón enviado por el anciano Koodiano.

Los resultados más notables son producidos por los «sabios» orientales, por el simple acto de soplar sobre una persona, sea con buena ó con mala intención. Esto es mesmerismo puro; y entre los Dervishes persas que lo ponen en práctica, el magnetismo animal es con frecuencia reforzado por el de los elementos. Creen ellos que si una persona permanece de cara á un determinado viento, existe siempre peligro para ella; y á muchos de los «instruidos» en materias ocultas no se les puede persuadir á que, al ponerse el sol, anden en cierta dirección en la cual sopla el viento. Hemos conocido á un viejo persa de Bakú (1), en el Mar Caspio, que gozaba de la poco envidiable reputación de *lanzar hechizos* con el oportuno auxilio de este viento, que con demasiada frecuencia sopla en aquella

(1) Por dos veces hemos asistido á las extrañas ceremonias de los restos de la secta de adoradores del fuego conocidos con el nombre de Guebres, que de tiempo en tiempo se reúnen en Bakú en el «campo del fuego». Esta antigua y misteriosa ciudad está situada cerca del mar Caspio. Pertenece á la Georgia Rusa. A unas doce millas al Nordeste de Bakú existen los restos de un antiguo templo Guebro, consistentes en cuatro columnas, por cuyos huecos brotan constantemente haces de llamas, lo cual, por consiguiente, le dá el nombre de Templo del Fuego perpetuo. La región entera esta cubierta de lagos y fuentes de nafta. Allí se reúnen peregrinos de puntos distantes de Asia, y un sacerdocio que adora el divino principio del fuego es sostenido por algunas tribus esparcidas aquí y allí por el país.

ciudad, como indica su mismo nombre persa (1). Si una víctima contra la cual se había inflamado la cólera del diabólico viejo estaba de cara á este viento, aparecíase él como por encanto, cruzaba rápidamente el camino y soplabá sobre su cara. Desde aquel momento, la víctima se encontraba afligida con toda clase de males; estaba bajo el hechizo del «mal ojo».

El empleo del aliento humano por el hechicero á guisa de auxiliar para el cumplimiento de sus malvados fines, está patentizado de un modo sorprendente en varios casos terribles registrados en los anales franceses, especialmente en algunos referentes á sacerdotes católicos. En efecto, esta especie de hechicería era conocida desde los tiempos más remotos. El emperador Constantino (en el Estatuto iv, *Código de Malef*) impuso los más severos castigos contra aquellos que hiciesen uso de la hechicería para hacer violencia á la castidad y para excitar pasiones ilícitas. Agustín (*Ciudad de Dios*) amonesta contra lo mismo; Jerónimo, Gregorio Nacianceno y muchas otras autoridades eclesiásticas denuncian un crimen que no era raro entre el clero. Baffet (libro v, tit. 19, cap. 6) refiere el caso del cura de Peifane, que causó la perdición de una altamente respetada y virtuosa señora de su parroquia, la *Dame du Lieu*, recurriendo á la hechicería, y por ello fué quemado vivo por el Parlamento de Grenoble. En 1611, un sacerdote llamado Gaufridy fué quemado por el Parlamento de Provenza, por haber seducido en el confesonario á una penitente llamada Magdelaine de la Palud, *soplando sobre ella*, é inspirándole así un delirante y pecaminoso amor hacia él.

Los casos anteriores se encuentran citados en el informe oficial del famoso caso del padre Girard, sacerdote jesuita de grandísima influencia, el cual en 1731 fué juzgado ante el Parlamento de Aix (Francia) por la seducción de su feligresa, la señorita Catherine Cadière, de Tolón, y por ciertos repugnantes crímenes relacionados con lo mismo. La acusación sentaba que la ofensa había sido inferida recurriendo á la hechicería. La señorita Cadière era una joven notable por su belleza, piedad y ejemplares virtudes. Atendía á sus deberes religiosos con una suma escrupulosidad, y esto fué la causa de su perdición. El ojo del padre Girard cayó sobre ella, y empezó él á tramar su desgracia. Ganando la confianza de la doncella y de su familia por su en apariencia gran santidad, encontró un día un pretexto para soplar sobre ella. Instantáneamente nació en la muchacha una violenta pasión hacia él. También tenía ella visiones extáticas de carácter religioso, estigmas ó sangrientas señales de la «Pasión», y convulsiones histéricas. Habiéndose por fin presentado la oportunidad tanto tiempo deseada de poder estar á solas con su

(1) *Baadéy-ku-Ba*, literalmente «una acumulación de vientos».

penitenta, sopló el jesuita sobre ella de nuevo, y antes de que la infeliz recobrase el sentido, el seductor había logrado su objeto. Por medio de sofismas, y excitando su fervor religioso, mantuvo durante meses estas relaciones ilícitas, sin sospechar ella que había hecho algo malo. Finalmente, sea como fuere, abrió la joven sus ojos, enteráronse del hecho sus padres, y el sacerdote fué encausado. Publicóse la sentencia el 12 de Octubre de 1731. De veinte y cinco jueces, doce votaron por enviarle al patíbulo. El sacerdote criminal fué defendido con todo el poder de la Compañía de Jesús, y dícese que se gastó un millón de francos en tentativas para hacer desaparecer las pruebas exhibidas en el proceso. A pesar de todo, los hechos fueron impresos en una obra en 5 tomos, rara en la actualidad, titulada *Recueil général des Pièces contenues au Procès du Père Jean-Baptiste Girard, Jésuite, etc.* (1).

Hemos hecho notar la circunstancia de que, mientras estuvo bajo la mágica influencia del padre Girard y en ilícitas relaciones con él, el cuerpo de la señorita Cadière fué marcado con los *estigmas* de la *Pasión*, ó sea, las sangrientas heridas de las espinas en su frente, de clavos en sus manos y pies, y la señal de la lanza en su costado. Puede añadirse que las mismas señales fueron vistas sobre el cuerpo de otras seis penitentas del mismo clérigo, á saber: las señoras Guyol, Lougier, Grodier, Allemande, Batarelle y Reboul. Lo cierto es que se observó generalmente que las hermosas penitentes del padre Girard estaban extrañamente predispuestas á éxtasis y á *estigmas*! Añádase á esto el hecho de que, en el caso del padre Gaufridy, antes citado, demostróse con testimonio quirúrgico que la misma cosa había sucedido á la señorita de Palud, y nos encontramos con una cosa que merece la atención de todos aquellos (especialmente de los espiritistas) que se figuran que estos *estigmas* son producidos por espíritus puros. Dejando á un lado la intervención del Diabolo, á quien tranquilamente hemos dado fin en otro capítulo, imaginemos que, á despecho de toda su infalibilidad, apurados se verían todos los Católicos para distinguir entre los estigmas de los hechiceros y los producidos por la intervención del Espíritu Santo y de los ángeles. Los anales de la Iglesia abundan en ejemplos de pretendidas imitaciones diabólicas de estos signos de santidad, pero, como hemos hecho observar, el Diabolo está ya fuera de litigio.

Todos aquellos que hasta aquí nos han seguido, naturalmente nos preguntarán cuál es el objeto práctico á que tiende este libro; mucho se ha dicho acerca de la magia y de sus potencialidades, y mucho acerca de la antigüedad de su práctica. ¿Es nuestro deseo el afirmar

(1) Véase también *Magia y Mesmerismo*, una novela reimprimida por los Harpers, treinta años atrás.

que las ciencias ocultas deben ser estudiadas y practicadas por el mundo entero? ¿Quisiéramos reemplazar el moderno Espiritismo con la antigua Magia? Ni lo uno, ni lo otro; la substitución no podría hacerse, ni el estudio podría ser universalmente perseguido, sin incurrir en el riesgo de dar origen á enormes peligros públicos. En este momento, un bien conocido espiritista y conferenciante sobre mesmerismo es reducido á prisión por haber violado á una persona á quien había hipnotizado. Un hechicero es un enemigo público, y el mesmerismo puede con mucha facilidad convertirse en la peor de las hechicerías.

No pretendemos que los sabios, ni los teólogos, ni los espiritistas se conviertan en magos prácticos, sino que todos ellos se hagan cargo de que ha existido una verdadera ciencia, una religión profunda, y fenómenos genuinos antes de esta era moderna. Quisiéramos nosotros que todos aquellos que tienen voz en la educación de las masas conociesen primero, y *enseñasen* después, que los más seguros guías para la ilustración y el bienestar de la humanidad son aquellos escritos que desde la más remota antigüedad han llegado hasta nosotros; y que en los países en donde la gente considera sus preceptos como una norma de vida, prevalecen unas aspiraciones espirituales más nobles y una moralidad mucho más sublime en general. Quisiéramos que todo el mundo comprendiese que los poderes mágicos, *ó sea*, los espirituales, existen en cada hombre, y que los pusiesen en práctica aquellos pocos que se sienten llamados á enseñar, y que están dispuestos á pagar el precio de la disciplina y de la conquista de sí mismos que su desenvolvimiento exige.

Muchos son los hombres que han tenido vislumbres de la verdad, y han imaginado poseerla completa. Los tales no han hecho el bien que hubieran podido y deseado hacer, porque la vanidad les hizo llevar su personalidad á una tan indebida altura, que se interpuso entre ellos y la verdad *completa* que estaba detrás. El mundo no tiene necesidad de ninguna iglesia sectaria, sea de Buddha, Jesús, Mahoma, Swedenborg, Calvino, ó de cualquier otro. No existiendo más que UNA Verdad, sólo una iglesia necesita el hombre, y es el Templo de Dios que está dentro de nosotros, rodeado por los muros de la materia, pero accesible para cualquiera que sepa encontrar el camino; *los que son puros de corazón ven á Dios*.

*La trinidad de la naturaleza es la cerradura de la magia, la trinidad del hombre la llave que á ella se ajusta.* Dentro del solemne recinto del santuario, el SUPREMO no ha tenido ni tiene nombre alguno. Es inconcebible é inefable; y sin embargo cada hombre encuentra en sí mismo á su dios: «¿Quién eres tú, hermoso ser?», pregunta el alma desencarnada, en el *Khordah-Avesta*, á las puertas del Paraíso. «Yo soy, oh, Alma, tus buenos y puros sentimientos, tus obras y tu buena

*ley... tu ángel... y tu dios*. Entonces el hombre, ó el alma, se ha reunido con ÉL MISMO, porque este «Hijo de Dios» es uno con él; es su propio mediador, el *dios* de su alma humana y su «Justificador». «*No revelándose Dios inmediatamente al hombre, el espíritu es su intérprete*», dice Platón en el *Banquete*.

Además hay muchas y muy buenas razones por las cuales el estudio de la Magia, excepto en su extensa filosofía, es casi impracticable en Europa y en América. Siendo la Magia como es la más difícil de todas las ciencias para ser aprendida experimentalmente, en la práctica su adquisición está fuera del alcance de la mayoría de las gentes de la raza blanca, y tanto si sus conatos para lograrlo se realizan en su país como en Oriente. Probablemente un solo hombre por cada millón de europeos está dispuesto—sea física, moral, ó psicológicamente—para llegar á ser un mago práctico, y ni uno solo en diez millones se encontraría dotado con estas tres condiciones que son las requeridas para la empresa. Las naciones civilizadas carecen de los fenomenales dotes de paciencia y sufrimiento, tanto mental como físico, de los orientales; el temperamento favorable natural apacible de los orientales falta en ellos por completo. El indio, el tibetano, el árabe tienen por herencia una percepción instintiva de la posibilidad de sujetar á la voluntad humana las fuerzas naturales ocultas; y en ellos, tanto los sentidos físicos como los espirituales están mucho más sutilmente desarrollados que en las razas occidentales. No obstante, la notable diferencia de espesor que existe entre los cráneos de un europeo y el de un indio del Sur, siendo esta diferencia sencillamente un resultado del clima, por efecto de la intensidad de los rayos solares, no envuelve el menor fundamento psicológico. Por otra parte, se tropezaría con tremendas dificultades en el curso del *amaestramiento*, si se nos permite expresarnos así. Contaminado por siglos y siglos de dogmática superstición, por un indestructible, aunque infundado sentimiento de superioridad sobre aquellos á quienes los ingleses tan despreciativamente llaman «negros», el blanco europeo difícilmente se sometería á la instrucción práctica de un kopto, brahmán ó lama. Para convertirse en un neófito, debe uno estar dispuesto á dedicarse con el mayor ahínco al estudio de las ciencias místicas. La Magia, la más exigente de todas las demás, no sufre rival alguna. Al revés de lo que en las demás ciencias sucede, un conocimiento teórico de las fórmulas, sin capacidades mentales ó poderes anímicos, es enteramente inútil en Magia. El espíritu debe matener en completa sujeción la combatividad de lo que sin más ni más se ha llamado razón educada, hasta que los hechos hayan vencido la fría sofistería humana.

Los que mejor preparados están para apreciar el ocultismo son los espiritistas, si bien, á causa de sus preocupaciones, han sido hasta ahora los que más encarnizadamente se han opuesto á que trascen-

diera á oídos del público. A despecho de todas las insensatas negativas y censuras, los fenómenos espiritistas son reales. A despecho también de sus propias afirmaciones, ellos se han equivocado por completo. La teoría por demás insuficiente de la constante intervención de espíritus humanos desencarnados en la producción de los fenómenos, ha sido la ruina de la *Causa*. Un sin fin de mortificantes desaires y chascos no han logrado abrir su razón ó intuición á la verdad. Ignorando las enseñanzas del pasado, no han descubierto nada que pudiera reemplazarlas. Nosotros les ofrecemos deducciones filosóficas en lugar de hipótesis indemostrables; análisis y demostración científicos, en vez de una fé ciega. La filosofía oculta les suministra los medios de encontrar lo que la ciencia racional exige, y les libra de la humillante necesidad de tener que aceptar las oraculares enseñanzas de «inteligencias» que en general tienen menos inteligencia que un niño que vá á la escuela. Así fundados y robustecidos, los modernos fenómenos estarían en disposición de llamar la atención sobre ellos, y se harían respetar por aquellos que arrastran la opinión pública. Si no invoca semejante auxilio, el Espiritismo debe continuar vegetando, viéndose rechazado (no sin motivo) tanto por los sabios como por los teólogos. Bajo su aspecto moderno, no es ni una ciencia, ni una religión, ni una filosofía.

¿Somos acaso injustos? ¿hay algún espiritista inteligente que nos culpe de haber expuesto mal la cuestión? ¿Qué puede él mostrarnos como no sea una confusión de teorías, y una mezcla de hipótesis mutuamente contradictorias? Puede él afirmar que el espiritismo, aun con sus treinta años de fenómenos, posee alguna filosofía sostenible; más aún, que exista algo parecido á un método determinado que sea aceptado y seguido generalmente por sus representantes reconocidos?

Y sin embargo, esparcidos por todo el mundo, existen muchos profundos, eruditos y entusiastas escritores entre los espiritistas. Existen hombres que, además de la científica disciplina mental y fé razonada en los fenómenos *per se*, poseen todos los requisitos necesarios para ser los directores del movimiento. ¿Cómo es, pues, que, salvo la publicación de alguna obra aislada, ó cosa por el estilo, ó alguna que otra colaboración en la prensa, todos ellos se abstienen de tomar una parte activa en la formación de un sistema filosófico? No es por falta de valor moral, como bien lo demuestran sus escritos. No es por indiferencia, puesto que el entusiasmo abunda en su campo, y ellos están seguros de sus hechos. No es por falta de capacidad, puesto que muchos de ellos son hombres de talla, que están al nivel de nuestras mejores inteligencias. Es sencillamente debido á que, casi sin excepción, se ven confundidos por las contradicciones con que tropiezan y aguardan á que sus aventuradas hipótesis sean compro-

badas por nuevas experiencias. Indudablemente este es el modo de conducirse de la sabiduría. Es el que adoptó Newton, que, con el heroísmo propio de un corazón sincero y desinteresado, difirió durante diez y siete años la promulgación de su teoría acerca de la gravitación, solo porque no la había comprobado á satisfacción suya.

El espiritismo, cuyo aspecto es más bien agresivo que defensivo, ha presentado tendencias iconoclasticas, y en esto ha hecho bien. Pero, al derribar, no reconstruye. Cada una de las verdades realmente substanciales que erige, pronto es sepultada bajo una avalancha de quimeras, hasta resultar todo ello una ruina confusa. A cada paso que da hacia adelante, á cada nueva posición ventajosa que conquista en el terreno de los HECHOS, algún cataclismo, sea en forma de fraude y escándalo, ó de engaño premeditado, sobreviene de improviso haciendo perder terreno á los espiritistas condenados á la impotencia, puesto que ni ellos *pueden*, ni sus invisibles amigos *quieren* (ó quizás pueden todavía menos que ellos mismos) probar sus pretensiones. Su fatal debilidad consiste en que solo tienen *una* teoría que ofrecer para la explicación de sus hechos tan combatidos, ó sea la intervención *de espíritus humanos desencarnados*, y la completa sujeción á los mismos por parte del médium. Atacarán ellos á todos cuantos difieran de ellos en sus opiniones con una vehemencia digna de mejor causa; considerarán á todo argumento que esté en contradicción con su teoría como una ofensa á su sentido común y á sus facultades de observación; y seguramente llegarán hasta á negarse de todo punto á discutir la cuestión.

¿Cómo puede por consiguiente el espiritismo elevarse á la categoría de una ciencia? Esta, como enseña el profesor Tyndall, comprende tres elementos absolutamente necesarios: observación de hechos, inducción de leyes sacadas de estos hechos y verificación de estas leyes por una constante y práctica experiencia. ¿Qué observador experimentado sostendrá que el espiritismo presenta alguno de estos tres elementos? El médium no se encuentra uniformemente rodeado por unas condiciones de prueba tales que nos den la seguridad de los hechos; las inducciones de los supuestos hechos son dudosas faltando tal verificación; y, como corolario, no ha tenido lugar ninguna verificación suficiente de tales hipótesis por la experiencia. En una palabra, el primer elemento de precisión, como es de regla, ha faltado.

Para que no se nos acuse de haber querido presentar de una manera falsa la situación del Espiritismo, en la fecha en que escribimos estas líneas, ó de negarle crédito por los progresos que ha hecho en realidad, citaremos unos pocos párrafos del *Spiritualist* de Londres, 2 de Marzo de 1877. En la sesión quincenal del 19 de Febrero, originóse un debate sobre el tema «Antiguo Pensamiento y Espiritismo

Moderno». Algunos de los espiritistas más inteligentes de Inglaterra tomaron parte en él. Entre estos estaba Mr. W. Stainton Moses, M. A., el cual ha dedicado recientemente alguna atención á las relaciones existentes entre los fenómenos antiguos y los modernos. Dice así: «El espiritismo popular no es científico; muy poco es lo que progresa en el camino de la verificación científica. Además, el espiritismo exotérico está en gran parte dedicado á la presumida comunicación con amigos personales ó la satisfacción de la curiosidad, ó la simple exhibición de maravillas... La ciencia del espiritismo verdaderamente esotérica es muy rara, y tan rara como valiosa. A esto es á lo que debemos tender á dar origen á conocimientos que puedan ser desarrollados exotéricamente... Nosotros seguimos demasiado el modo de proceder de los físicos; nuestras pruebas son groseras, y con frecuencia ilusorias; muy poco es lo que sabemos acerca del Proteico poder del espíritu. En esto los antiguos estaban muy por encima de nosotros, y mucho es lo que pueden enseñarnos. No hemos introducido certidumbre alguna en las condiciones, requisito necesario en todo experimento verdaderamente científico. Esto es en gran parte debido al hecho de que ningún principio ha presidido en la contracción de nuestros círculos... Ni siquiera hemos dominado las verdades elementales que los antiguos conocían y ponían en práctica, ó sea, el aislamiento de los médiums. Hemos estado tan atareados en la caza de maravillas que apenas hemos hecho el índice de los fenómenos, ó propuesto una teoría que explique el más sencillo de todos ellos... Jamás hemos hecho frente á la pregunta: ¿Qué es la inteligencia? Este es el gran defecto, el origen más frecuente de error, y aquí es en donde podemos ventajosamente aprender de los antiguos. Existe entre los espiritistas la mayor repugnancia para admitir la posibilidad de la verdad del Ocultismo. En este punto son tan difíciles de convencer como lo es la otra gente respecto del Espiritismo. Los espiritistas empiezan con una falacia, ó sea, que todos los fenómenos son debidos á la acción de los espíritus de personas fallecidas; *ellos no se han hecho cargo de los poderes del espíritu humano*; no conocen lo extenso del campo de acción del espíritu; hasta dónde puede éste alcanzar y lo que en el fondo del mismo se encierra».

Nuestra situación no puede estar mejor definida. Si el Espiritismo tiene ante sí un porvenir, depende éste de contener en su seno hombres tales como Mr. Stainton Moses.

Nuestra obra está terminada, y ojalá que hubiera terminado mejor! Pero, á pesar de nuestra inexperiencia en el arte de escribir libros, y á pesar de la seria dificultad de escribir en una lengua extranjera, abrigamos la esperanza de haber logrado decir algunas cosas que quedarán en la mente de los pensadores. Los enemigos de la verdad



han sido todos contados, y todos ellos pasados en revista. La moderna Ciencia, impotente para satisfacer las aspiraciones de la humanidad, hace de lo porvenir un vacío y quita toda esperanza al hombre. En cierto sentido, es como el Baital Pachisi, el vampiro indio de la fantasía popular, el cual vive en los cuerpos muertos y se alimenta con la podredumbre de la materia. La teología de la cristiandad ha sido frotada hasta descubrir la trama por las inteligencias más serias de nuestros días. En su totalidad se la ha encontrado subversiva, más bien que promotora de espiritualidad y de sana moral. En lugar de una siempre viviente Deidad, predica al espíritu maligno, haciéndole indistinguible de Dios mismo! «No nos induzcas en la tentación» (1) es el anhelo de los cristianos. ¿Quién, pues, es el tentador? ¿Satán? No, no es á él á quien se dirige la plegaria. Es á aquel genio tutelar que endureció el corazón de Faraón, que puso un mal espíritu en Saúl, que envió mensajeros mentirosos á los profetas y que excitó á David á pecar; él es el *Biblico* Dios de Israel!

Nuestro examen de las múltiples creencias religiosas que la humanidad tarde ó temprano ha profesado, muestra con toda seguridad que todas ellas han derivado de un origen primitivo. No parece sino que todas ellas no son más que los diferentes modos de expresar el ansia de la aprisionada alma humana por comunicar con las esferas sobrenaturales. Así como el rayo blanco de la luz es descompuesto por el prisma en los distintos colores del espectro solar, del mismo modo el rayo de la verdad divina, al pasar al través del prisma de *tres caras ó planos* de la humana naturaleza, se ha dividido en varios fragmentos diversamente coloreados llamados RELIGIONES. Y así como los rayos del espectro, por medio de gradaciones imperceptibles, se funden uno en otro, del mismo modo las grandes teologías que han aparecido en diferentes grados de divergencia en la fuente original han sido unidas por cismas menores, escuelas y rebrotes que de uno y otro lado han procedido. Combinadas, su conjunto representa una verdad eterna; separadas, no son más que sombras del humano error y signos de imperfección. El culto de los *pitris* Védicos se está convirtiendo rápidamente en la religión de la parte espiritual de la humanidad. Sólo necesita la debida percepción de las cosas objetivas para descubrir finalmente que el único mundo de la realidad es el subjetivo.

Lo que en tono de desprecio ha sido denominado Paganismo era antigua sabiduría repleta de Divinidad; y el Judaísmo, con sus descendientes, el Cristianismo y el Islamismo, todo cuanto tienen de

(1) *Et ne nos inducas in tentationem*, una de las peticiones de la oración dominical; en castellano se atenúa la palabra «induzcas» substituyéndola con la expresión «dejes caer». (N. del Tr.)

inspirado lo han adquirido de su étnico padre. El Brahmanismo pre-Védico y el Buddhismo son la doble fuente de la cual todas las religiones han brotado; el Nirvana es el Océano al cual todas tienden.

Para los fines de un análisis filosófico, no necesitamos tener en cuenta las enormidades que han ennegrecido el recuerdo de muchas de las religiones del mundo. La verdadera fe es la encarnación de la caridad divina; los que ejercen de ministros en sus altares no son más que humanos. Al volver las sangrientas páginas de la historia eclesiástica, notamos que cualquiera que haya sido el protagonista, y cualesquiera que hayan sido los trajes llevados por los actores, el plan de la tragedia ha sido siempre el mismo. Pero la Eterna Noche reinaba en todo y detrás de todo, y nosotros pasamos de lo que vemos á lo que es invisible á los ojos de los sentidos. Nuestro ferviente deseo ha sido el hacer ver á las almas sinceras cómo pueden correr hacia un lado la cortina, y en medio del resplandor de aquella Noche convertida en Día, contemplar con mirada serena la VERDAD SIN VELO.

FIN

# INDICE DE MATERIAS DEL TOMO II

## RELIGION

Páginas

### PREFACIO.

CAPÍTULO PRIMERO.—*Espiritistas y materialistas*.—El Falicismo Pagano en el Simbolismo Cristiano.—Ejemplos de invectivas papales.—Impiedad católica contra los cielos.—Los infiernos de varias naciones.—El infierno geocéntrico de Agustín.—Los biógratos del diablo.—¿Por qué no ocurren ahora milagros en Rusia?—El tipo físico-psíquico americano.—Adivinación episcopal por medio de la lotería.—Milagros laicos.—Historia de la cátedra de Pedro.—Lo que fué salvado del Bruckión.—La Biblioteca Oculta en Ishmonia. —Origen de la tiara y las llaves pontificias.—La Doctrina Trinitaria.—Opiniones órficas acerca del Eter.—La Primera Emanación de En-Soph.—Prudente reserva de Platón.—La Virgen María es tan solo rebautizada.—El terrible lecho mortuorio del hechicero.—Las Kadeshim hebreas.—El Lenguaje del Misterio.—Las Trinidades de varias religiones.—Ritos y dogmas paganos adoptados por los Cristianos.—Los escritos de Celso.—Irritantes contrastes. . . . . 7

CAPÍTULO II.—*Papas, obispos y clérigos hechiceros*.—Sangriento recuerdo de Torquemada.—Quemas de hechiceros en Bamberg y Wurzburg.—Recuerdo de diabólica crueldad.—Un total espeluznante.—En busca de tesoros escondidos.—Una bula pontificia contra el Espiritismo.—Un estupendo museo de reliquias.—Farsas clericales.—Confabulación entre exorcistas y demonios.—Los diablos y los modernos «espíritus».—Maravillas zoológicas.—Un presente muy original.—El Papa fraternizando con el Islam.—Una carta de la Virgen María.—Origen Pagano del Ritual Católico.—Apóstrofes lanzados contra el Diablo.—Crítica de las obras de Agustín.—Pedro era un iniciado.—La verdadera interpretación de «Petrus». —La tiara papal entre los Asirios.—La Virgen María y las Diosas Paganas.—Los antiguos médiums y los hierofantes.—Los secretos en las iniciaciones.—La tendencia de los Misterios era ennoblecer.—Los Semi-Dioses Indos del tercer grado.—El espectro viviente de un brahmán.—Lo que son los Pitris y lo que no son.—Elogio merecido de Thomas Taylor.—La Virgen María en el Carro de Jaggernath.—La más sublime porción de la Epopoiteia. La resplandeciente visión.—El Nirvana no significa aniquilación.—Sócrates era un médium.—La ignorancia conduce á la profanación.—Universalidad del sentimiento religioso . . . . . 65

CAPÍTULO III.—*La ficción de la sucesión apostólica*.—¿Quién y qué era Pedro?—Lo que era la religión de Moisés.—Un versículo de Miqueas.—Jesús predicó la filosofía Búddhica.—Jesús era esenio y nazareno.—El Bautismo de San Juan.—Los misterios del Lago.—El Culto de Adonis en Belén.—Lo que prueba la Filología acerca de Zoroastro. —Qué se entiende por Budhismo.—Frasas pitagóricas de Jesús.—La Kábala en el Apocalipsis.—Jesús en traje de Mago.—Los Nazarenos de largos cabellos.—Cuando se encarna un Dios.—El Colegio Gnóstico de Efeso.—El Gnosticismo era en alto grado reverente hacia la Deidad.—Significado de la palabra Cristo.—Las dos facciones en la Iglesia primitiva.—Jesús ignoraba á Jehovah.—El Emmanuel de Isaías no es Cristo . . . . . 139

CAPÍTULO IV.—*Las Trinidades Inda, Kadeca y Ofita*.—Varios Hijos Unigénitos.—La Trinidad escucha, esperando la respuesta de María.—Los primeros grupos de Cristianos.—El descenso de Cristo al Infierno.—Doctrina nihilista de los Saduceos.—Los Pacientes de Jesús eran Ebionitas.—La astucia de San Jerónimo.—Las venganzas de Ilda Baoth.—La verdadera teogonía Ofita.—Insultos de

- Tertuliano á Basílicos.—Pruebas de que Jesús enseñó esotéricamente.—Jamás Él pretendió ser Dios.—El origen de la inspiración de Cristo.—Los antiguos y modernos Nabatheanos.—Significación real de la matanza de niños por Herodes.—Las tradiciones hebreas acerca de Jesús.—Lo que dice de Jesús su Hermano.—Antigüedad enorme de los términos prestados al Cristianismo.—Las Dignidades, Poderes, Dominaciones, etc., explicados.—Las Letanías de tres Virgenes - Madres.—El Cuarto Evangelio no escrito por Juan.—La Esencia Suprema no es el Creador. . . . . 187
- CAPÍTULO V.—*Todas las religiones del mundo son fundamentalmente idénticas.*—La leyenda babilónica de Xisuthrus.—Significado del Aëon Gnóstico.—Cosmogonía de Zoroastro y sus derivados.—La Shekina Kabalística.—Ideas gnósticas, ofitas y nazarenas.—Comparación con los mitos indos.—Una alegoría apocalíptica explicada.—¿Qué son los querubines y serafines?—Los Dioses-Meru, ó Sefhirot Indos.—El evangelista Juan describe á Siva.—Descripción del Meru.—Identidad de símbolos indos, fenicios, asirios, hebreos y cristianos.—El Sosiosh persa en el Apocalipsis.—Jesús tan solo pretende ser un hombre.—La resurrección de Kalavatti.—Pasaportes episcopales para el Cielo.—La venida del Rey Mesías.—¿Quién era Gabriel Legatus?—Infamia de Epifanio confesada por él mismo.—Conceptos de San Jerónimo y de Tertuliano . . . . . 235
- CAPÍTULO VI.—*¿Por qué fué asesinada Hipatia?*—La Tau Egipcia.—El talismán de lady Ellenborough.—El Avatar-Pez de Vishnú.—Darwin comparado con Viasa.—Müller y Jacolliot, sin la clave de los Misterios.—Las enseñanzas del Budhismo y Brahmanismo.—Poderes creadores.—Sistema de Cosmogonía Inda, caldea y buddhista.—Sephira y Adam, dos aspectos de una misma entidad.—Emanaciones y disoluciones del Universo.—Cálculos brahmánicos.—La venida del Rey Mesías.—Los Yugas de la Raza.—Formas populares equivocadas del Budhismo y Brahmanismo.—La doctrina de la doble evolución.—Confusión de los conceptos de Alma y Espíritu en la Biblia.—Escuelas de Buddha, Pitágoras, Sócrates y Platón.—Enseñanzas que coinciden.—La filosofía de Siddharta-Buddha.—La fé buddhista. . . . . 277
- CAPÍTULO VII.—La secta de los Nazarenos.—Las enseñanzas de los Ofitas y modernos Drusos.—Nomenclatura de Poderes y Genios de los Nazarenos y Gnósticos.—Origen del nombre de Jehovah.—La Gematría kabalística es Aritmética.—Origen de la numeración decimal.—Relación entre Baphomet y Azazel.—Conceptos contradictorios de Ireneo.—Orígenes del Cristianismo.—Hermandades secretas.—Los Drusos del Monte Líbano.—Iniciaciones de los erróneamente llamados Drusos.—Pruebas para una iniciación.—Carta de un iniciado por los Drusos.—Sociedades secretas modernas orientales.—El Nirvana no es la aniquilación.—La verdadera castidad de los místicos orientales.—La filosofía Jaïna es el origen del moderno Budhismo.—Los Esenias perteneciendo á la secta Cristiana.—Origen de la milagrosa Concepción Mítica.—Eusebio convicto de falsificación.—Tertuliano, la antorcha papal.—Osculos santos heterodoxos de San Agustín.—Calumnias cristianas refutadas.—Jesús completamente desconocido por su siglo.—Una pobre alabanza á la Deidad.—El Cristo mítico copiado de Buddha.—Buddha, Jesús y Apolonio comparados.—Labau-laye y Saint Hilaire acerca de los Cristos.—Semejanza entre el ritual católico y buddhista según el Padre Huc.—Pruebas de las naciones orientales á los misioneros cristianos . . . . . 323
- CAPÍTULO VIII.—*¿Quién era el autor de Zohar y su libro?*—Misterios Mitraicos pre-Cristianos.—Fragmentos de la THEOLOGIE MORALIS y la TEOLOGIA TRIPARTITA.—Los Jesuitas y su constitución secreta.—Acusaciones contra Simón el Mago.—Lamentaciones proféticas del Trismegistus.—Los Judíos aprendieron de naciones más antiguas.—Modernos perfeccionamientos en Etica.—Las siete iniciaciones en el antiguo Egipto.—Ritual de los egipcios.—Muerte del alma. El Budhismo y los milagros.—Acusaciones contra los Masones.—Procedimientos antiguos y conceptos modernos.—Francmasonería.—Crítica del libro EL PAPA y el PODER CIVIL.—Falsas sociedades secretas.—Los antiguos y modernos

Templarios.—Sociedades secretas fundadas por los Jesuitas.—Una opinión de Rebold.—LA PALABRA de los Adeptos, no poseída por los Masones —Observaciones de un elevado masón acerca de la Masonería.—El bastardo «Rito Escocés» creado por el jesuita Ramsay.—El templo de Salomón es un símbolo.—Los poseedores de la sagrada «Palabra».—Criptografía de los diferentes grados masónicos.—Caracteres para la correspondencia secreta.—El libro de Jasher.—Ignorancia del verdadero «Nombre».—Jehovah, una deidad dual.—Los monjes griegos del desierto . . . . . 388

CAPÍTULO IX.—El misterio del número siete.—El místico valor del lenguaje humano.—Los Brahmanas interpretan el Rig-Veda.—Relativa antigüedad de los Vedas y la Biblia.—Máscaras sin actor, seres sin nombre.—Gran importancia del Atharva Veda.—Desdén de los europeos por los sabios indos.—Origen moderno del Sábado cristiano.—Los días del Génesis y los de Brahma.—Curiosa interpretación de Noé.—Anales indos acerca del Diluvio.—El silencio de los Vedas es muy significativo.—La antigüedad del *Māhābhārata*.—Las Leyes Mosaicas copiadas de Manú.—Opiniones acerca de los Arios.—El Khamismo y los Etiopes orientales.—Leyendas de dos dinastías indas.—David, el rey israelita Arturo.—Historia de Samuel, David y Salomón es un mito.—Ezequiah el esperado Mesías.—Opinión de George Smith acerca de Sargón.—Eva - Lilith y Eva.—El Orante egipcio.—Adam, el prototipo de Noé.—El Adonai judío y el Adonai indo.—Enoch, el tipo del hombre dual.—Controversia acerca del Zodíaco.—El signo Libra inventado por los griegos.—Significado de las tablas *Sethita* y *Kenita* del *Génesis*.—La Rueda de Ezequiel claramente explicada.—Libro idéntico á Enoch y Hermes.—Aries, el Adam de polvo.—Las dinastías de los Pradjapatis.—El hombre arquetipo esferoide.—La verdadera Biblia hebrea, un libro santo . . . . . 452

CAPÍTULO X.—El Diablo en todos sus aspectos.—El Politeísmo patrocinado por el Diablo.—El Diablo es el genio protector del Cristianismo teológico.—Concepto de Mahoma y sus discípulos acerca de Jesús.—«Sin Diablo no hay Cristos».—Samael y Tifón son Satán.—Las tentaciones de Job y Jesús.—El gran Dragón rojo.—Una explicación necesaria por largo tiempo diferida.—Los Misterios de Deméter y Mithras.—Job explicado en el «Libro de los Muertos».—Adulteraciones del texto é interpolaciones.—Job es un poema simbólico que se refiere á la iniciación.—El neófito es conducido á la Luz.—El Satanismo oriental y el Cristiano no son iguales.—Varias apariciones de Satán.—El secreto de Persephoné.—Pythón y Typhón, las sombras de la Luz.—La creencia en el Diablo no es impuesta por las religiones.—El demonio cingalés Rawho.—El Mefistófeles de Goethe.—La Copa del Agathodæmon.—El Príncipe del Infierno y Rey de la Gloria.—El Waterloo de Satán.—Lo que dos almas atestiguaron acerca del Infierno.—Debate entre Satán y el Príncipe del Infierno.—El Credo de Roberto Taylor.—Sacrificios humanos entre los Judíos.—Verdadero significado de las letras I. H. S. . . . . 523

CAPÍTULO XI.—La Teología comparada es una espada de dos filos.—Las Castas superiores é inferiores del Cristianismo.—Importante descubrimiento del Profesor W. D. Whitney.—Las Leyendas de tres Salvadores.—Importancia numérica de tres Religiones.—La Rueda de la Ley.—El dogma de la expiación analizado.—El poder para atar y desatar las almas no existe.—Las doctrinas crueles de Calvino.—Cristianismo práctico de Peter Cooper.—Misionero antagonista de Judson.—Más raterías cristianas de Budhismo.—La crucifixión de Wittoba.—El Lama de Jehovah.—El vino y el pan en los Misterios.—Máximas de Krishna á Arjuna.—Interpretación de la expresión «nuevamente nacido».—Propiedades mágicas de la sangre.—Evocaciones por medio de la sangre en Bulgaria y Moldavia —Una tribu de verdaderos hechiceros.—Los hechizos de los Voodoo.—Mahoma no es considerado como un dios por los Musulmanes.—No existe un libro menos auténtico que la Biblia.—Buddha transformado en un santo católico.—La fraudulenta historia de S. Josaphat.—Los Adeptos de Kublai Khan.—Verdaderos mendigos y genuinos pordioseros. 583

CAPÍTULO XII.—Compendio de los principios de la Magia.—La verdadera visión comparada con la clarividencia.—La Psicología de los Aryas.—La Filosofía del Espíritu-Tierra.—El desprendimiento del cuerpo astral.—Una aventura con los Bikshu Tibetanos.—El alma de un Adepto en el cuerpo de un niño.—Retirada del alma astral de las cenizas de un individuo.—Retención del espíritu del sonido.—La llama sensitiva de los Bikshu.—Una evocación de las almas de las flores.—El magnetismo de las personas de pelo rojo.—La verdad acerca de los Todas indos —Rasgos característicos del Shamanismo y Lamaismo.—El gran colegio Mongol —Deducciones lógicamente derivadas de los descubrimientos recientes.—Maravillosos específicos terapéuticos de los Yoguis.—Un fakir subyuga á una tigre de Bengala.—Apuntes acerca de los Shamanos siberianos.—Una sesión mágica en una tienda de campaña tártara.—Suertes de juglería en la India.—Una consulta al espejo de un vidente Kurdo.—Hombres blancos casi ineptos para la Magia.—Teoría única para los fenómenos del Espiritismo.—La única verdad universal . . . . .	648
---	-----